PREHISTORIA
DE
MEXICO

OBRA POSTUMA

DEL ILMO. SR. ARZOBISPO DE LINARES

Dr. D. FRANCISCO PLANCARTE
Y NAVARRETE



TLALPAM, D. F. (MEXICO)

IMPRENTA DEL ASILO "PATRICIO SANZ"
1923

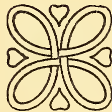
PREHISTORIA DE MEXICO

PREHISTORIA
DE
MEXICO

OBRA POSTUMA

DEL ILMO. SR. ARZOBISPO DE LINARES

Dr. D. FRANCISCO PLANCARTE
Y NAVARRETE



TLALPAM, D. F. (Mexico)

Imprenta del Asilo "Patricio Sanz"

1923

INDICE

PROLOGO

EMPRENDIO el Ilmo. Sr. Plancarte escribir esta obra, cuando, por las turbulencias de la República, fué obligado a pasar cinco años en los Estados Unidos del Norte de América; y fué ocasión para ello, el haber pedido apuntes para una historia de México, el Excmo. Monseñor Don Francisco Clemente Kelly que tantos y tan buenos servicios estaba prestando a los sacerdotes mexicanos refugiados en aquella nación.

Preparado como estaba por los sólidos estudios arqueológicos y por las investigaciones minuciosas a que se había dedicado desde su primera juventud, y habiéndose encontrado en la Biblioteca Newberry y en el Field Musseum de Chicago elementos que, unidos a los que poco a poco le llegaron de Europa y de México, fueron bastantes para el intento; llevó a término la empresa en cuatro años y medio de una diaria y asidua labor, no interrumpida sino por el tiempo preciso para los ejercicios espirituales y las necesidades del cuerpo, sin que hubiera sido parte a quitarle de su ocupación el caimiento y los sinsabores producidos por la penosa enfermedad que le atacó desde el primer año de empezado el trabajo. El lector juzgará de lo duro y pesado que fué éste, si se fija en el número y calidad de las fuentes citadas o transcritas en el libro, fruto de él.

Fué propósito del Ilmo. Sr. Plancarte, publicarlo el año de 1921, en homenaje a la Patria en el Centenario de su Independencia; pero, arrebatado violentamente de esta vida a la eterna, no pudo cumplirlo. Mas un grupo de sus amigos, vencidas las dificultades pecuniarias que hubo que vencer, lo realizan aunque tardíamente.

El libro se publica tal cual lo dejó su autor, que ya lo tenía dispuesto para darlo a la estampa, aunque quizá pensaba darle algún retoque, a juzgar por algunos puntos del original.

Los Editores quisieron que escribiera estas líneas a guisa de prólogo, ya que fuí testigo del empeño, del trabajo y del amor con que fué compuesta esta obra que en nuestro concepto llena el hueco que se sentía en nuestra literatura histórica, pues no había un libro donde, reuniéndose los datos que suministran los monumentos y las tradiciones, se resolvieran los problemas de la prehistoria y protohistoria de unos de nuestros aborígenes, estudiándolos con criterio libre de preocupación y ampliamente ilustrado no sólo en conocimientos de las ciencias auxiliares de la historia, sino también con sólida noticia de documentos y tradiciones de hombres de otros países. Que tal es el del Ilmo. Sr. Plancarte, lo verá el desapasionado y estudioso lector.

✠ Francisco Banegas Galvan,
Obispo de Querétaro.

INTRODUCCION

NO CONCLUYERON con el siglo XV los descubrimientos marítimos que gloriosamente marcaban su término con el establecimiento de numerosas colonias españolas en las islas y partes del continente americano tan providencialmente encontrado por el Almirante Dn. Cristóbal Colón. Vastísimas eran las tierras que abarcaba, al septentrión y mediodía, el continente que entonces sólo llevaba el simple nombre de *tierra firme,* recibiendo el de *América* más tarde en unión de las islas que una preocupación del Almirante hizo llamar *Antillas.* Tampoco se amortiguaba en Colón el deseo de hallar nuevas tierras, y para buscarlas, abandonó una vez más las playas españolas en Mayo de 1502.

Iba en la expedición con él su hermano Dn. Bartolomé, y entre la tripulación, desconocido y mezclado en la chusma, Antonio de Alaminos, imberbe y oscuro grumete. Los elementos nunca se mostraron decididos favorecedores de las empresas del Almirante: entre dificultades y peligros, trabajos y borrascas logró llegar a las costas meridionales de Cuba y siguiendo su navegación por esos mares desconocidos, encontró una islita y con ella otras más pequeñas, formando un grupo, que los marinos llamaron las Guanajas, por el nombre de Guanaja que daban los indios a la mayor.

Muy pobladas de habitaciones y árboles estaban, las costas se veían cubiertas de pinos, y por esto, dejando el descubrir al grupo el nombre que le habían dado los marineros, llamó a la más grande y más poblada Isla de Pinos. Había que reconocerla más de cerca: a Dn. Bartolomé se le dió el encargo, y al cumplirlo, advirtió que se acercaba a tomar tierra una canoa llena de indios,

tan larga como una galera y de ocho pies de ancho; venía cargada de mercaderías del occidente, y debía ser, cierto, de tierra de Yucatán, porque está cerca de allí, obra de treinta leguas, o poco más; traía en medio de la canoa un toldo de esteras, hechas de palma, que en la Nueva España llaman petates, dentro y debajo del cual venían sus mujeres e hijos, y hacendejas, y mercaderías, sin que el agua del cielo ni de la mar les pudiese mojar cosa. Las mercaderías y cosas que tenían eran muchas mantas de algodón, muy pintadas de diversos colores y labores y camisetas sin mangas, también pintadas y labradas, y de los almaizares con que cubren los hombres sus vergüenzas, de las mismas pinturas y labores. Item, espadas de palo, con unas canales en los filos y allí apegadas con pez y hilo, ciertas navajas de pedernal, hachuelas de cobre para cortar leña, y cascabeles, y unas patenas, y grisoles para fundir el cobre; muchas almendras de cacao, que tienen por moneda en la Nueva España y en Yucatán y en otras partes. Su bastimento era pan de maíz y algunas raíces comestibles, que debían ser las que en esta Española llamamos ajes y batatas, y en la Nueva España camotes: su vino era del mismo maíz que parecía cerveza. Venían en la canoa hasta veinticinco hombres, y no se osaron defender ni huir, viendo las barcas de los cristianos, y así los trajeron en su canoa a la nao del Almirante; y subiendo los de la canoa, si acaecía asillos de sus paños menores, mostraban mucha vergüenza, luego se ponían las manos delante y las mujeres se cubrían el rostro y el cuerpo con las mantas de la manera que lo acostumbraban las moras de Granada con sus almalafas. Destas muestras de vergüenza y honestidad quedó el Almirante y todos muy satisfechos, y, tratáronlos bien y, tomándoles de aquellas mantas y cosas vistosas para llevar por muestra, mandóles dar el Almirante de las cosas de Castilla en recompensa, y dejóles ir en su canoa a todos, excepto un viejo, que parecía persona de prudencia; para que les diese aviso de lo que había por aquella tierra; porque lo primero que el Almirante inquiría, por señas, era, mostrándoles oro, que le diesen nuevas de la tierra donde lo hubiese, y porque aquel viejo le señalaba haberlo hacia las provincias de oriente, por eso le detuvieron, y lleváronlo hasta que le entendieron su lengua" (Casas-Historia de las Indias, vol. III. p. 109).

Eran ciertamente mayas los tripulantes de la embarcación, lo dice el mismo Dn. Bartolomé, hermano del Almirante, al hablar del descubrimiento de las Guanajas. "En este lugar tomaron una nave de ellos cargada de géneros y mercancías, que decían procedía de cierta provincia llamada Maia". (Informazione di Bartolomeo Colombo. Apd. Harisse. Bibliotheca Americana Vetustissima p. 427). Una región oriental de la península de Yucatán llevaba el nombre de Maya y así se llamaba también la lengua y los habitantes. La tierra cambió de nombre por el de Yucatán que se extendió a toda la Península y el nombre de Mayas se les quedó a los habitantes y al idioma.

Era el primer contacto de los europeos con las tribus indígenas de México y fueron excelentes las impresiones que recibió Colón de sus maneras, del modo de vestir de las mujeres y sobre todo de las mercancías que llevaban para comerciar y las naves que usaban para trasportarlas a lugares distantes de sus tierras. Nada de esto había observado antes ni en las islas ni en la Tierra firme con los indios con quienes había tratado hasta entonces. Una idea tuvo necesariamente que cruzar por su pensamiento cuando el viejo maya le dió a entender donde había oro, la de ir a buscarlo, pero no estaba entonces en condiciones de hacerlo así, y le fué preciso aplazar la expedición para más tarde.

La presencia de los mayas que llevaban efectos para cambiar en las Guanajas, nos demuestra con evidencia que había una corriente comercial entre Yucatán y las Antillas, antes que los españoles llegaran a Cuba, pero no parece que hubieran hablado de ello a sus huéspedes, los cubanos, ni que se hubieran esparcido por la isla las noticias que recibió Colón de los mayas; lo que tiene su explicación en el deseo legítimo del Almirante de reservar para sí el futuro descubrimiento. Si los españoles no lograron de otro modo adquirir la noticia de la cercanía del continente por el lado de Cuba, debe haber sido, o porque la llegada de canoas yucatecas no era frecuente, o porque la presencia de los extranjeros en la isla los había ahuyentado de sus playas, o por la misma reserva de los cubanos, que hastiados de los castellanos, sólo tenían con ellos las comunicaciones indispensables. Sea cual fuere el motivo, el caso es que se pasaron algunos años en Cuba sin que se supiera que a pocas millas había grandes y buenas tierras.

En febrero de 1517, Francisco Hernández de Córdova, Cristóbal de Morante y Lope Ochoa de Caicedo, armaron tres pequeñas naves para proveerse de gente de las Guanajas que atendieran a sus plantaciones y granjerías. Primeramente se dirigieron a Puerto Príncipe para cargar provisiones, y lo estaban haciendo, cuando el imberbe grumete de Colón, Antón de Alaminos, ahora piloto, que tenía la expedición a su cargo, recordando lo acontecido hacía quince años al ser descubiertas las Guanajas, hizo saber a Francisco Hernández de Córdova, capitán de la flotilla, que hacia el poniente de aquellas islas debían encontrarse buenas tierras que, debido a las malas condiciones de sus naves, Dn. Cristóbal Colón no pudo ver cuando se descubrieron las Guanajas.

Hernández no despreció el aviso: la expedición se hacía con la autorización de Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, y era preciso recabar de él nuevas facultades para descubrir a su nombre, como teniente gobernador por el rey de Castilla, y tomar posesión, a nombre del rey, de las tierras que se encontraran. La respuesta de Velázquez no se hizo esperar y fué favorable a los deseos de Hernández, de modo que luego se dieron a la vela, doblando a poco el cabo de S. Antón hacia el poniente (Casas. o. c. l. II. c. 96).

Veintiún días tardaron en recorrer el espacio de pocas millas que separa de Cuba a Yucatán por ese rumbo, al cabo de los cuales descubrieron tierra. Era una isla muy pequeña cerca del continente: el cuatro de marzo estando en ella, vieron que se acercaban a remo y vela cinco canoas hechas a manera de artesas grandes de maderos gruesos y macizos, cavados por dentro, en que podían caber en pie cuarenta o cincuenta indios. (Bernal Díaz del Castillo.—Verdadera Historia de la Conquista de México, cap. II).

Volvían los mayas a ponerse en contacto con los europeos, mas ahora en su propio país. A Colón le llamaron la atención sus grandes canoas y modo de conducirse, a Hernández debió admirar mucho más el uso de las velas en las embarcaciones, y sobre todo los edificios que veía en la isla que pisaba, dos adoratorios,—cuyas ruinas yo mismo vi—, y entonces no sólo estaban intactos, sino arreglados para el culto, sobre plataformas piramidales hechas de piedra labrada y con dos co-

lumnas cilíndricas al frente de la entrada de las celdillas superiores, sosteniendo un arquitrabe de madera primorosamente esculpida. En los aposentos, que constituían el santuario, veíanse las extrañas figuras de las diosas mayas, probablemente de madera, vestidas o pintadas como solían hacerlo, y por eso llamaron al islote isla de las Mujeres, y hasta hoy así se llama.

No fué de lo más cordial el recibimiento que hicieron en el continente a los recién llegados. Hostilizados en todas partes, muertos unos y heridos los demás, sin exceptuar al capitán, dieron la vuelta a Cuba sin acabar de reconocer la Península, ni cerciorarse de que no era isla como creyeron, engañados por el contorno de la costa visitada. A los pocos días de haber llegado, murió Hernández a consecuencia de las heridas que le infligieron los mayas, pero después de haber dotado a la corona de Castilla con la joya de más valor que la adornó en el quinto lustro después que fué descubierto el nuevo mundo.

Eran las tierras donde tan mala acogida encontraron los españoles, parte de la región que hoy, cuatrocientos años después que fueron visitadas por vez primera, lleva el nombre oficial de Estados Unidos Mexicanos. Proponiéndonos trazar su historia primitiva hasta el día en que se apoderaron de dicha región los castellanos, es preciso antes darla a conocer, y para hacerlo mejor y tener puntos de referencia en que apoyarnos, lo que conviene saber desde luego es, cómo está dividida actualmente y cuáles son los nombres que llevan las divisiones principales, con las demás indicaciones geográficas necesarias para su mejor conocimiento.

* * *

Los Estados Unidos Mexicanos están comprendidos entre los grados 14° 30' 42" y 32° 42' de latitud Norte. Su longitud occidental, con relación al meridiano de Greenwich, es entre los 86° 46' 8" y 117° 7' 31". Tiene de superficie 757,326 millas cuadradas ó 1,946,292 kilómetros cuadrados según el Sr. García Cubas. Por la parte del septentrión linda con los Estados Unidos de Norte América; por la del mediodía, con el Océano Pacífico, la

República de Guatemala y la Colonia Inglesa de Belice. Son sus límites orientales el Golfo de México y Mar Caribe, y los occidentales, el Océano Pacífico, llamado por los antiguos Mar del Sur. 28 Estados, 2 Territorios y el Distrito Federal forman la Confederación Mexicana. Los Estados del norte, que lindan con los Estados Unidos, enumerados de este a oeste son: Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua Sonora y Territorio de la Baja California. Están situados a las orillas del Golfo de México, además del Estado de Tamaulipas ya mencionado, los de Veracruz, Tabasco, Campeche y Yucatán, con el Territorio de Quintana Roo que yace en el Mar Caribe. Al oeste en las aguas del Océano Pacífico, están comprendidos, comenzando al norte: el Estado de Sonora y Territorio de la Baja California ya nombrados y los Estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas. Ocupan el centro de la República, entre los Estados que limita el Golfo de México y el Pacífico, siguiendo una dirección aproximativa de norte a sur y de oriente a poniente: San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Aguascalientes, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, México, Puebla, Tlaxcala, Morelos y el Distrito Federal.

Las costas del Golfo de México y Mar Caribe desde la frontera de los Estados Unidos hasta Belice, son bajas y arenosas, cubiertas en parte de médanos y montones de arenas movibles al soplo de recios vientos. Tienen vegetación, exuberante a veces, en las desembocaduras de los ríos. Las recortan y forman pequeños cabos y diminutos promontorios, esteros, albuferas, lagunas y rías que, a pesar de sus dimensiones, su poco fondo las incapacita para servir de abrigo a embarcaciones de calado mayor del de las canoas de pesca. Las bahías de Chetumal, Espíritu Santo y la Ascensión en el Mar Caribe, grandes y espaciosas, no reúnen las cualidades de buen puerto como en parte lo es el del Carmen en la laguna de Términos, en Campeche.

Islotes, bajos y arenosos y escolleras, se encuentran con frecuencia en frente de las costas. Sólo merece el nombre de isla, aunque pequeña, Cozumel en el Mar Caribe y el Carmen que cierra la laguna de Términos en Campeche: y si la de Mujeres, que ya conocemos, la de Ulúa y Sacrificios llevan el nombre de islas, más bien que a sus dimensiones e importancia, lo deben a las circunstancias históricas que las dieron a conocer. Sólo las

bocas de los ríos se pueden utilizar como puertos de importancia sin el auxilio de la mano del hombre, y aún en ellos, para hacer su entrada capaz de dar paso a embarcaciones de gran calado, se requiere la obra de ingenio. Las costas del Pacífico y la Baja California tienen un aspecto muy diverso. No son siempre bajas y arenosas, desnudas y estériles: las islas son mayores, como la de Cedros, al oeste de la Baja California, la del Angel de la Guarda en el Mar de Cortés o Mar Bermejo, que así se llamaba también el Golfo de California, y la del Tiburón cerca de las costas de Sonora. Hay algunos pequeños archipiélagos, en el Pacífico. Los más notable son: las Tres Marías y Revilla Gigedo. Hay espaciosas bahías y buenos puertos en ese Océano: entre las primeras, muy notable es la Magdalena en la Baja California, y de los puertos, el de Manzanillo, en Colima, y Acapulco, en Guerrero, son de buenos fondos, amplios y abrigados.

* * *

Si poco notables son las costas de México, en cambio digno de atención es su sistema orográfico. Creen algunos que es una continuación de la Cordillera de los Andes, la cadena de montañas que entra de Guatemala a Chiapas, o sale de Chiapas a Guatemala, pasa por Oaxaca y atraviesa de norte a sur el istmo de Tehuantepec, estrecha garganta de tierra de donde queda separada la península de Yucatán. Hacia el nordeste del istmo se levanta el Cempoaltépec, elevada montaña que sirve de nudo a la cordillera que entró o salió de Guatemala. Allí la cordillera se bifurca: una parte sigue al norte a cierta distancia de las aguas del Golfo de México, y lleva el nombre de Sierra Madre Oriental, la otra, en la misma dirección, más o menos paralela a las costas del Pacífico toma el nombre de Sierra Madre del Sur cuando atraviesa los estados de Chiapas, Oaxaca y Guerrero, y Occidental en adelante. Una comisión de ingenieros que estudió sobre el terreno nuestro sistema orográfico en tiempo del Segundo Imperio, fué de opinión que la cadena de los Andes termina en Panamá y que las montañas mexicanas nada tenían que ver con el sistema montañoso de la América Meridional. El mismo Barón de Humboldt, que acariciaba la idea del

origen andino de nuestras cordilleras, reconoce muy marcadas diferencias entre nuestro sistema orográfico y el que se desarrolla más al sur del istmo de Panamá. Las mesetas de la América del Sur, dice: "son más bien valles limitados en forma longitudinal, colocados entre dos ramales de la gran Cordillera de los Andes: en México, por el contrario, se forma la mesa a espaldas de las montañas". En seguida continúa: "en el Perú las crestas de los Andes se constituyen por las montañas más elevadas; en México, las cumbres, menos colosales ciertamente, pero que no bajan de una altura de 4.900 a 5,000 metros, están puestas en la meseta y colocadas en una alineación que en manera alguna está relacionada con una dirección paralela al eje principal de la Cordillera".

Dejemos a los geólogos el trabajo de resolver si las nuestras son o no una continuación de las montañas de Sudamérica; quien deseare más detalles, además de las obras de Humboldt, podrá ver, "La Terra", de Marinelli, y el tratado especial de Violet d'Aoust, que con nuestros geólogos y geógrafos trata la materia de un modo especial. (Observations sur le système des montagnes d'Anahuac).

La península de la Baja California posee una tercera cadena de montañas que se liga con las otras dos al sistema orográfico de los Estados Unidos y corre paralela a la Sierra Madre Occidental, llevando el nombre de Sierra de la Giganta. El paralelismo de la cordillera con otros indicios geológicos y presunciones, hacen pensar que unida la que hoy es península, en las épocas de mayores perturbaciones de nuestro continente, un extenso valle separara de la Sierra Madre a la Cordillera de la Giganta. Vino una conmoción tremenda que hizo bajar notablemente el nivel del valle quedando inferior al de las aguas, y entonces las del Pacífico lo inundaron. Si la hipótesis responde a la configuración geográfica de los terrenos adyacentes, no sé si será admisible después de un examen del fondo del Mar Bermejo, y queda también la resolución a los especialistas en la materia.

Del nudo del Cempoaltépec se desprende una pequeña y baja cordillera, que imitando los contornos del Golfo de México en su lado meridional pasa por Tabasco, se ramifica y va a mo-

rir a Campeche y Quintana Roo. Es todo el sistema orográfico que hay en Yucatán.

Las cadenas de montañas de México, no se limitan a la Sierra Madre y a las cadenas de ambas penínsulas, Yucatán y Baja California. Contrafuertes y estribaciones se dirigen perpendicularmente de los ejes, a uno y otro lado de ambas Sierras, oriental y occidental y nuevas cadenas se forman entre una y otra que como puentes las unen en varias partes. La principal de todas, por estar compuesta de los picos más elevados, se extiende por las regiones más históricas del centro, en una zona comprendida entre los 18° 59' y 19° 12' de latitud, dividiendo los Estados de México y Morelos de Hidalgo y Puebla, y se encadena con otras ramificaciones, penetrando, por el oeste, a Michoacán y Jalisco, y por el este a Veracruz. Los primeros colonos españoles, llamaron a la serie principal de montañas entre México y Puebla, la Sierra de los Volcanes, por las dos nevadas cimas que contiene: el Iztaccíhuatl o Iztactépetl que apagó sus fuegos hace muchos siglos, y el Popocatépetl que hoy tiene los suyos escondidos, pero los mostró amenazador a los españoles cuando pisaron sus faldas por vez primera. A estas dos montañas colosales, centinelas avanzadas, que guardan la entrada oriental del Valle de México, en donde se agruparon las tribus indígenas al derredor de los lagos, se acerca, como avergonzado por su relativa pequeñez el Tlaloc, pero ufano al mismo tiempo, por su investidura sagrada. Era la habitación del Tonante mexicano y como el Ida y el Olimpo también escondía con nubes la mansión de los seres celestiales.

Otra cordillera suavemente se aleja de los declives del Pococatépetl dejando un paso para entrar fácilmente al plan de Amilpas en Morelos, y formando ángulo recto con el Volcán, se dirige enteramente al oeste. Los antiguos llamaban a esta otra serranía Axochco, los españoles sierra del Ajusco, y así se llama ahora. Sus alturas que dividen del Valle de México los valles, cañadas y vegas que rodean a Cuernavaca continúan en la misma dirección y son los límites al nordeste de Morelos, donde se unen en el Estado de México con el pico elevado del Cempoala e internándose en el Estado con el más elevado aún del Citlaltépetl o Nevado de Toluca. Algunos dan a esta montaña el nombre de Xinantecatl dejando el de Citlaltépetl para el

Pico de Orizaba. Las cumbres y mesetas que siguen constantemente la dirección que tomaron al formar la nueva cordillera del Ajusco, penetran a Michoacán y se unen al Pico de Tancítaro en el lugar donde se eslabona con la Sierra Madre Occidental, y allí forman las montañas un recodo que entra en Jalisco al sur del lago de Chapala. La parte más occidental de la derivación de la cordillera abraza el Nevado o Volcán de Colima y sigue con dirección hacia el norte para encontrar la Sierra de Nayarit, que divide a Jalisco del Territorio de Tepic, y no es sino una continuación de la Sierra Madre Occidental, que más adelante, en Durango, toma el nombre de Sierra de Topía y en Chihuahua, el de la Tarahumara.

La misma cordillera de los Volcanes con que se unió la del Ajusco al occidente, dejando al oriente fértiles vegas y amenos valles, regados con el agua que fluye de sus deshielos, sigue con suave pendiente por una derivación que arranca del Popocatépetl y en dirección contraria al Ajusco va a reunirse con el Matlalcueitl o cerro de la Malinche en Tlaxcala y de allí en la misma dirección, con el Poyautépetl o Pico de Orizaba, que estuvo en actividad en el siglo XVI y ahora es un volcán dormido, el cual se levanta entre Puebla y Veracruz y alcanza con sus contrafuertes en el Nordeste al Cofre de Perote o Naucampatépetl en la Sierra Madre Oriental.

Puentes de igual naturaleza, entre las dos cordilleras principales, aunque no de la importancia del que acabamos de mencionar, enlazan en otras partes la occidental con la Sierra Madre oriental, formando cadenas secundarias enlazadas con las derivaciones, estribos y contrafuertes de una y otra y forman una red de montañas, cerros, colinas y lomas que desde las alturas más elevadas dan a los terrenos montañosos más bajos, la apariencia de un inmenso pliego de papel que haya sido fuertemente estrujado entre las manos y extendido después sobre una superficie plana sin hacer desaparecer las arrugas. El Presidente Lerdo de Tejada comparaba a México con un cuero arrugado. Las aguas de los antiguos lagos que dejaron secos sus fondos en épocas remotas, nivelaron muchos terrenos formando al pie de las montañas, extensas llanuras, cerrados valles, estrechas cañadas y prolongadas vegas en todas direcciones, sólo cortadas

por grietas y barrancas abiertas por terremotos y corrientes de agua.

Las montañas mencionadas son como dijimos, las más altas: 17,540 pies de altura ó 5425 metros tiene el Popocatépetl. 17.362 el Citlaltépetl o Pico de Orizaba, 5.295 metros, según García Cubas; 16.076 el Ixtlacihuatl ó 4.900 metros; 15.019 pies el Xinantécatl o Nevado de Toluca ó 4.578 metros 13.628 la cima más culminante del Ajusco ó 4.153 metros; 13.415 pies ó 4.089 metros, el Cofre de Perote o Naucampatépetl; 14.363 el Nevado de Colima ó 4.378 metros y 12.467 el Pico de Tancítaro ó 3.884 metros. Tiene razón Humboldt cuando dice que en México, están fuera de las cordilleras principales las más altas montañas. Fácil es entender que no es de un mismo nivel la elevación de la gran Mesa Central y que hay gran diferencia entre los valles de México y Toluca, el bajío de Guanajuato y la cuenca del río Bravo. Como término medio de la altura del terreno en las planicies comprendidas entre México y las fronteras de Coahuila y Chihuahua, se calcula una elevación de 3.625 pies sobre el nivel del mar, teniendo en cuenta que el valle de México tiene una elevación de 7.500 pies ó 2.270 metros, el de Toluca pasa de los 8.000 ó 2.580 metros y la pequeña cañada de Tres Marías llega a unos 10.000 pies, en el camino de México a Cuernavaca.

Lo que se llama sencillamente la Mesa Central dice el Dr. E. Wittich y "se considera como una sola altiplanicie, se compone en realidad de un gran número de llanuras altas, situadas a diferentes alturas sobre el nivel del mar: algunas se levantan más de 2.000 metros con un rumbo general de norte a sur". (Morfología y origen de la Mesa Central de México en B. de la S. de G. y E. Jul. y Ag. 1918 pág. 128).

La Sierra Madre Oriental comienza a levantarse notablemente a la distancia aproximativa y media de unas cien millas de la costa del Golfo de México, y de allí rápidamente se eleva hasta llegar a las llanuras de la Mesa Central con rápida inclinación, lo que dificulta el ascenso y deja pocos pasos practicables para la comunicación entre el mar y el interior. Mucho más cerca de la costa comienzan las faldas de la Sierra Madre Occidental, quedando una faja estrecha a lo largo del Pacífico y el Golfo de California y presentando en lo general las mismas

dificultades de ascenso que en su gemela oriental. Hay en esta segunda, pasos más practicables en Tamaulipas donde la cordillera se eleva menos, se aparta más de las costas y es suave y tendida la elevación hacia las mesetas en los otros Estados limítrofes de Tamaulipas al Nordeste. En la ruta de Tula, a 1.171 metros de elevación a Tampico, por ejemplo, el paso más elevado no tiene una altura mayor de unos 4.800 pies sobre el nivel del mar; menos de la mitad de la altura de las Tres Marías en el camino para Cuernavaca y dos terceras partes del de Veracruz a México, suponiendo que el Valle fuera la altura mayor por donde había de pasar.

* * *

Las conmociones geológicas en un país eminentemente volcánico, las lluvias tempestuosas, los torrentes que se precipitan de las montañas y otros agentes físicos y químicos fueron los medios de que se valió la Providencia para formar, por una parte, esas inmensas planicies horizontales en las alturas y flancos interiores de las cordilleras, y por la otra, para abrir interminables, anchas y profundas barrancas que llegan a tener millares de pies de profundidad y varias millas de anchura; cuyos fondos están adornados con un verde tapiz de plantas matizado de pintadas flores, surcado por los hilos de plata de alguna corriente o los anchos listones de algún río.

Entre las barrancas más comunmente conocidas citaremos las de Oblatos, Atenquique, y Beltrán en Jalisco y Colima, la de Mochitilte entre Guadalajara y Tepic, la de Malinaltenango en México; la Cuera en Morelos; Zirizícuaro, Ziracuarítiro y el Jaral en Michoacán; Tomellín en Oaxaca y centenares de otras en todas partes, porque no hay Estado en la República que no tenga una montaña y una célebre barranca conocida por algún acontecimiento local o alguna histórica leyenda. La barranca de Urique, en Chihuahua, mide en algunas partes, de diez a doce mil pies de profundidad, 3,300 pies como término medio. El primer europeo que a ella descendió, sábese que fué el jesuíta lombardo P. Salvaterra, misionero de la Tarahumara. Los indios neófitos que lo acompañaban querían disuadirlo de la empresa y le decían: "Padre, es un abismo impenetrable; sólo

entran los pájaros, debido a sus alas". El Padre Alegre en su narración de los trabajos apostólicos de este misionero consignó la hazaña atrevida. (Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España, vol. II pág. 51). El Padre Gerste, hermano de hábito del misionero lombardo, que viajó por los mismos lugares así se expresa: "A veces a la admiración se mezcla cierta dosis de terror. No hay cosa que más sobrecoja al explorador novicio como el verse de repente detenido por alguna de esas impracticables barrancas, enormes rasgones que parecen desgarrar hasta el fondo la masa de la tierra". Puede decirse en cierto modo que sean las barrancas el corazón de la tierra y cuando los antiguos nauas llamaban al ocólotl el corazón de la montaña, según el P. Ríos, se referían al eco de las barrancas que repercutían el rugido del animal. Las barrancas, continúa el escritor belga P. Gerste, antes citado, guardan los secretos de la tierra; "los arcanos de su flora primitiva, de su fauna mejor conservados en los tipos aborígenes auténticos; el secreto de su constitución íntima puesto que en ninguna otra parte se pueden ver mejor las estratificaciones diversas, los acarreos sucesivos de las erupciones volcánicas y de la sedimentación". (Voyage d'exploration dans la Tarahumara. p. 17).

* * *

Veamos los secretos que se han podido arrancar al corazón de la tierra en nuestro país, y comencemos por su constitución geológica. "La geología de México ha sido imperfectamente estudiada" decía en 1898 nuestro embajador en los Estados Unidos. (Romero. México and the United States. pag. 12) Mas como no pretendemos hacer un curso de geología mexicana, sino dar a conocer superficialmente la constitución de nuestro territorio por medio de ligerísimos toques de pluma, para ello tenemos de sobra con las noticias, no tan superficiales, como se pudiera creer, que encontramos en las obras de nuestros geólogos nacionales. Por ellos sabemos que las rocas eruptivas tales como granitos, sienitas, dioritas, traquitas, basaltos, pórfidos, obsidianas y demás, abundan excesivamente en la Sierra Madre Occidental, mientras que la oriental está formada en su mayor par-

te de calizas, escasísimas de fósiles. Esto nos indica que en la parte oriental se encuentran máximamente los escasísimos elementos precambrianos, que son los primitivos, cuya área es de poquísima importancia con relación a los terrenos mezozoicos, terciarios y cuaternarios que cubren gran parte del territorio nacional. (Véase Ordóñez. Las Rocas Arcaicas de México. Aguila. Bosquejo Geológico de México, en las Memorias de la Sociedad Ant. Alzate vol. XXII y Revista Ant. Alzate vol. XV).

Por las rocas fosilíferas que se encuentran principalmente en algunos puntos de los Estados de Veracruz, Hidalgo, México, Guerrero y Jalisco, y que observé yo mismo en Michoacán, Guerrero y principalmente en Morelos, donde se encuentran esparcidas por la superficie de todo el cerro de Sta. María, cerca de Tlalquiltenanco, pero sobre todo en las montañas que corren paralelas a las costas del Pacífico, han podido determinar los geólogos, con cierto grado de probabilidad, que las sustancias ígneas que se extienden por nuestro territorio, principalmente en la parte occidental, fueron el resultado de erupciones volcánicas en el período eoceno, si no es que comenzaron a fines del cretáceo con las sienitas y dioritas. Las andesitas aparecieron en el período mioceno y las grandes erupciones basálticas, llenaron con sus lavas, arenas, escorias, bombas y lapilos, nuestro territorio en la época cuaternaria, prolongándose con más o menos interrupciones de intensidad y actividad hasta nuestros días en la zona de actividades subterráneas que se extiende entre los paralelos de latitud 18° y 22° y muy especialmente en el 19° desde el Volcán de Tuxtla en Veracruz hasta el de Colima. (Véase Roa Bárcena. Datos para el estudio de las rocas Mezozoicas de México—Aguilar. Los Volcanes de México.) Esto significa en buenos términos, que primero quedaron despejados los terrenos de la Mesa Central de nuestro territorio levantándose del líquido que los cubría, después los terromotos y las erupciones volcánicas modificaron la superficie, subiendo el nivel de los terrenos en unas partes y bajándolo en otras, formando montañas elevadas y abriendo profundas simas. Las mayores actividades se manifestaron en los bordes del Pacífico y pruebas de ello nos han quedado en la separación de la Baja California y formación del Mar Bermejo o Golfo de Cortés. Tal era la

superficie de nuestro territorio en donde los metales que lo enriquecieron encontraron cabida en las fisuras o aberturas de los esquistos y diversas rocas porfídicas.

Las cuencas y oquedades que se formaban por el movimiento desigual de los terrenos se iban llenando con las aguas copiosísimas que se precipitaban de una atmósfera saturada de vapor y por las corrientes formadas con los deshielos de las nieves de las montañas en las épocas glaciales, que no encontraban salida. Los detritus de las rocas pulverizadas por el frotamiento y la acción química y mecánica de los fuegos subterráneos, humedecidos, se preparaban a recibir los primeros gérmenes vegetales que les llevaba el aire y unos sucedían a los otros en la secuela de los siglos, depositando sus residuos en el fondo de los lagos. Caminos abiertos por más recientes conmociones del suelo dejaron libre el paso a las aguas que llenaban los lagos, y éstos, acabados de secar por la evaporación, con sus fondos nivelados, formaron las llanuras y los valles.

El Dr. Wittich, en el estudio que antes citamos, trae las conclusiones siguientes de los argumentos que lógicamente desenvuelve: "Resumiendo en pocas palabras los acontecimientos y las fuerzas dinámicas que en conjunto han labrado y modelado la Mesa Central, podemos distinguir las siguientes fases principales, que naturalmente no en todas las mesetas se manifestaron:—1° A consecuencia de movimientos tectónicos, hundimientos de grandes zonas continentales y el levantamiento de sierras que las rodean dando lugar a muchas erupciones volcánicas.—2° Rellenamiento de estas depresiones con escombros en parte de erosión local.—3° Formación de lagunas y aguajes estancados.—4° En las cuencas cerradas, desecación de las aguas, transformación de las aguas dulces en saladas y el acabamiento de las corrientes superficiales y subterráneas y reducción de los aguajes.—5° Eflorescencias y precipitación de sales y demás minerales antes disueltos en las aguas.—6° Disminución de las precipitaciones acuáticas, cambio del clima: efectos de los vientos; formaciones eólicas, transformación de las depresiones en estepas y desiertos. (o. y l. cit. pág. 139).

Una vegetación exhuberante cubrió con toda seguridad las márgenes de los lagos, las faldas de las montañas y las orillas de los ríos que se habían formado. Tales condiciones se demuestran

por las especies de animales propias de tales terrenos y de las épocas geológicas a que corresponden las mismas especies y géneros que se encuentran en el antiguo hemisferio. En este caso se encuentran los huesos fósiles que yacen enterrados en las diversas regiones de nuestro país, y no queda duda posible de que no haya sucedido en México lo que sucedió en Europa en donde con mayor perfección se llevan a cabo las exploraciones geológicas y paleontológicas.

Restos fósiles de grandes paquidermos se encuentran en México desde Sonora, Nuevo León y Coahuila, hasta Oaxaca, Tabasco y Chiapas. En cuanto a uno de los lugares más altos de la Mesa Central, el tajo practicado para dar corriente a las aguas sobrantes acumuladas en el Valle de México, sacó a luz muchos restos fósiles de los antiguos animales que poblaban sus riveras y las faldas de sus montañas.

La extensa área de la cuenca que forma el Valle de México ha estado siempre ocupada por grandes lagos que, por distintas causas, se han ido reduciendo. En virtud de sus condiciones especiales, dice el Dr. Villada, "disfrutaba la región que se considera, de un clima bastante cálido y excesivamente húmedo. Merced a esta doble influencia, su flora y fauna se desarrolló con extraordinario vigor. Las elevadas cumbres y los flancos de las montañas se cubrieron de espesos bosques, cuyos restos se conservan hasta el presente, y con un tupido manto de verdura la extensa superficie de las aguas. La vida animal tuvo su mayor apogeo como lo comprueban testigos irrecusables de su pasada grandeza, como son los fósiles".

Enumera en seguida el citado geólogo mexicano las diversas especies descubiertas allí; el glyptodon mexicanus, que aún permanece aislado en medio de los demás de este grupo. De talla gigantesca, carapacho inmóvil semejante al de una tortuga, muy convexo y exornado de tubérculos estrellados. La única especie viviente en el Valle de México que se le aproxima, es el armadillo, cachicama novecincta, que los indios llaman aiotochtli. (La Naturaleza, tercera serie t. I. c. I. págs. 7 y 8).

Creíase del glyptodon que habitara únicamente la cuenca del río de la Plata y las Pampas Argentinas: aparecieron sus restos en Tequisquiac y como se notaron algunas diferencias en los huesos y carapacho que parecieron específicas a los paleon-

tólogos que los examinaron, propusieron darle el nombre de glyptodon mexicanus. (Descripción de un mamífero fósil, del género glyptodon, encontrado en Tequisquiac).

Sigue enumerando el Sr. Villada los équidos, "representados por diversas especies del género equus cuya genealogía data de muy atrás. Todas nuestras especies domésticas provienen del Antiguo Continente, pues en América se extinguieron del todo las primitivas". Las especies fósiles encontradas en Tequisquiac y clasificadas por el Prof. Cope. son:—1ª E. crenidens, de mayor talla que los caballos actuales.—2ª E. tau, de talla mediana, que por sus caracteres dentarios se aproxima al asno y a la zebra.—3ª E. occidentale, que como la anterior, más bien corresponde a la sección asinus.—4ª E. barcenaei, cuya pequeña talla lo distingue muy particularmente de los anteriores.—5ª Finalmente, E. platystilus.

De la familia de los rinocerónticos "tan sólo una o dos de sus especies pueden señalarse hasta hoy en el pleistoceno mexicano".

Mejor representados están los camélidos. En rigor, el hololemnicus hesternus de Cope, según Leidy, puede considerarse como del género auchenia "al cual pertenecen las tres especies que viven actualmente en la cordillera del Perú; la llama o huanaco, que según Hernández, vivió también en México; la alpaca y la vicuña. La referida especie extinguida, excedió en tamaño al camello actual". El eschatius conidens se extendió muy al norte; el palauchenia magna, de mayor talla que los actuales y el auchenia minima, de un tamaño menor, dejaron allí sus restos con el auchenia castilli.

De la tribu bovina "se han extraído innumerables restos de una especie muy corpulenta, el bos latifrons de Harlan, que corresponde más bien al grupo taurina que al bisontina, como el llamado cíbolo de nuestra frontera norte, bison americanus".

Los suideos, familia a que pertenecen los cerdos, "tuvo un sólo representante de un género próximo al dicotyles actual, que tiene la particularidad de tener una glándula adiposa en el espinazo, y del cual género viven dos especies en los lugares cálidos de México: el jabalí rocillo. D. tayassu, y el jabalí candangas, D. bilabiatus; siendo este último más corpulento y bravío

que el primero. La especie fósil es el platygonus compressus, Le Cont., o P. Alemanii, A. Dug".

El importante grupo de los proboscideos excede en el número de los restos que dejó en muchas de las regiones de nuestro país y sobre todo en el Valle de México. "Dos son hasta hoy las especies descubiertas de verdaderos elephas: el E. primigenius Blum, y el E. Columbi, Falc.; uno y otro más parecidos al elefante asiático que al africano del mundo actual. La primera de las dos especies fósiles señaladas, vivió también en el Antiguo Continente. La segunda fué más corpulenta, pero menos complicada la superficie trituradora de sus molares, lo cual es indicio de que se alimentaba con vegetales menos duros; más que una verdadera especie, puede considerársela como simple raza de la primera, especial de América".

"Los mastodontes alcanzaron quizá mayor talla, pero su fecundidad fué seguramente más limitada". El Prof. Cope separa cuatro especies del antiguo género mastodon de Cubier, para distribuirlas en otros dos nuevos géneros creados por él. De ellas el dibelodon chepardi y probablemente también el tetrabelodon anvium vivieron en el antiguo Valle de México. (Villada o. c. págs. 9 y 10).

La parte más nueva de nuestro territorio es la Península de Yucatán. Ya muchos de los volcanes que habían arrojado torrentes de lava estaban apagados, y secos muchos de los lagos que reflejaron sus fuegos en los cristales de sus aguas, mientras estaba aún Yucatán sepultado bajo las olas del Océano. Su suelo está compuesto únicamente de terrenos calcáreos y de los productos que resultan de la destrucción de éste por las intemperies. La región comprendida entre las montañas de la alta Vera Paz al Sur, el alto Usumacinta al Sudoeste y las regiones regadas por los ríos que desembocan en la Laguna de Términos, con el mar al Norte y al Oriente, se puede decir que no tiene más agua que la que corre por debajo de la superficie. "Es que el suelo yucateco,—dice el Prof. Engerrand,— está constituído por una caliza no compacta sino agrietada y fisurada de tal manera que las aguas de lluvia en lugar de permanecer y formar ríos, se infiltran en dicho suelo y se acumulan en su interior". "Los ríos se forman en el subsuelo y caminando por las entrañas de la tierra van a desaguar al mar.

La evolución de la Península Yucateca no ha terminado aún. Varios fenómenos comprueban un levantamiento pausado pero progresivo: tales son entre otros "la desaparición del agua en ciertos cenotes; la desecación de lagunas; la aparición al aire libre de capas formadas en los cenotes, seguida de la destrucción de las formas superficiales, etc." (Engerrand. Informe sobre una excursión prehistórica en el estado de Yucatán. An. del M. N. de Arqueología II. p. 252-254).

La caliza del suelo de la península, está formada en gran parte por residuos de animales marinos, cuyas especies aún viven en las aguas que bañan las costas del Mar Caribe, y los fósiles que se encuentran en varias partes, mientras sus congéneres aún se mueven en el Golfo mexicano, convencen a los geólogos de que cuando por vez primera, los terrenos de Yucatán recibieron directamente los rayos solares, estaba para terminar el período plioceno, si no es que ya hubiera principiado el pleistoceno, en que se supone la clausura de la última época glacial, once o doce mil años antes de la era vulgar. La población del Mundo antiguo creen algunos ya estaba entonces condensada en algunos lugares, y nota el Prof. Holmes que la emersión de parte del suelo yucateco tuvo que acontecer cuando se supone que sucedió la inmersión de la Atlántida de Platón, imaginario continente que se piensa estuvo en medio del Atlántico (Archeological studies among the ancient cities of México).

* * *

Si México estuvo abundantemente dotado de corrientes de agua o inmensos lagos, antes que el hombre apareciera, hoy en vez tiene una rica nomenclatura hidrográfica y esto desgraciadamente no hace que sea convenientemente regada. Con tantos ríos como nombres llevan las que tenemos, no quedaría rincón estéril. Seis o siete nombres, que yo sepa, dan al Mexcala, otros tantos al Lerma, y el Pánuco no les va en zaga, sin contar los duplicados y triplicados nombres de sus afluentes y subafluentes. Casi tantos son los nombres de los ríos como los lugares por donde pasan.

Todos convienen, en general, que la escasez de las corrientes de agua en gran parte se debe a la topografía del suelo mexicano. Al sur, lo estrecha el istmo de Tehuantepec, y las dos cordilleras que siguen hacia el norte por toda su longitud, lo encierran sin detener las aguas pluviales que la falta de bosques en muchos lugares hace escasas, resumiéndose las que le conceden las nubes y precipitándose por las aberturas en su cubierta de basalto y pórfido con que lo dotaron los volcanes para seguir encajonadas su vertiginosa carrera hacia el mar.

El Bravo es el mayor de los ríos que, en parte, pertenecen a México sirviéndole de lindero con los Estados Unidos; pero como nace en este país, allí es donde se aprovechan mejor sus aguas. Uno de sus afluentes es el Conchos: riega parte del territorio de Chihuahua en donde nace, y engrosado con las corrientes del Savetó y el Nonoava del mismo Estado, une sus aguas a las del Bravo cerca de Oginaga o Presidio del Norte. Otro afluente mexicano del río fronterizo, aunque menos importante que el Conchos, es el Salado que nace en Coahuila y pasa por Nuevo León, recibe algunos tributarios en ambos Estados y desemboca en el Bravo cerca de Guerrero de Tamaulipas. El río de las Conchas tiene sus fuentes en Nuevo León y desemboca en el mar pasando por Tamaulipas. Cosa igual acontece con el río Soto la Marina.

El Pánuco nace en la unión de dos pequeños riachuelos; el río grande de Tula o río de Tepexi, que nace en la municipalidad de ese nombre. En el Estado de Hidalgo, va recorriendo los arroyos y escurrideros del nordeste de Hidalgo con los desagües del valle de México, y pasando por los límites del Estado de Querétaro, recibe con el río de San Juan, todas las corrientes del Estado, antes de llegar a Pisaflores y entrar en San Luis Potosí. En el distrito de Tamazunchale se le une el Amajaque, con las aguas de Meztitlán y la mayor parte de las vertientes de la Sierra Madre oriental que pasa por Hidalgo, y en ese mismo distrito se le unen los ríos Zocatípan, Xumucunco y Tancuilán con las de esa misma que pasa por San Luis Potosí. El Tamesí, que viene del noroeste de Tamaulipas, vierte en su lecho casi todas las corrientes del Estado que van reuniendo sus numerosos afluentes. Engrosado el Pánuco con esas aguas pasa por Tampico, en donde ya es navegable por toda

clase de embarcaciones, y a poco desemboca en el mar, entre los Estados de Tamaulipas y Veracruz. Su boca es ancha, y su barra acondicionada artificialmente para la entrada de grandes buques que apenas pueden pasar unos cuantos kilómetros al oeste de Tampico, pero las grandes canoas llegan hasta el pueblo de Pánuco y las pequeñas hasta donde comienzan los rápidos de las primeras elevaciones de la cordillera y pueden penetrar tanto por la corriente principal cuanto por la de su afluente el Tamesí.

El Cazones y el Blanco son pequeños ríos de Veracruz que desembocan en el Golfo de México, lo mismo que el de la Antigua o río de Cempoala. Mayor es el de Alvarado o Papaloapan, río de las mariposas, que nace en las montañas de Oaxaca, y más importante aún el Coatzacoalcos, conductor al mar de las aguas de la cordillera que pasa por el Istmo de Tehuantepec. Las aguas que bajan de las montañas del norte de Chiapas forman la red fluvial de Tabasco, que con el río González, el Seco, el Grijalva y sobre todo el Usumacinta hacen del Estado uno de los más abundantes de agua de nuestra República. El Usumacinta baja de las montañas de Guatemala y recibe una infinidad de grandes y pequeños afluentes que engruesan sus corrientes al grado de hacerlas navegables por largo trecho en embarcaciones pequeñas. En las llanuras se divide y entra al mar con nombres diferentes según las bocas. El río de San Pedro y el de Palizada son corrientes que pasan por Campeche y no son tan despreciables. Después de éstos, hacia oriente sólo merece el nombre de río el de la Candelaria que como el Palizada, desemboca en la laguna de Términos.

En la Península de Yucatán comprendiendo la parte oriental del Estado de Campeche, si se exceptúa el insignificante río de Champotón en este Estado, las demás corrientes de agua van por debajo de la tierra y sólo se comunican con la superficie por aberturas y pozos. Después que emergieron del mar los terrenos de la península, cuando comenzó a invadirlos la vegetación del sudoeste, las descargas eléctricas, tan frecuentes en las tempestades, originaban combinaciones químicas que atacaban las calizas del suelo por donde el poco declive hacía que las aguas bajaran lentamente. Así fuéronse abriendo pasos subterráneos y se formaron los cenotes que son los pozos de aguas vivas de

que se servían para los usos domésticos los indios, abiertos naturalmente por derrumbes o quizá intencionalmente por ellos para buscar el líquido que les hacía falta. La lentitud con que baja al mar el agua de las lluvias en un terreno de insignificante declive, tiene húmeda la tierra y cargada de vapor la atmósfera: con esto y el calor tropical, la vegetación es exhuberante en donde se ha llegado a formar una capa de tierra, aunque de poca profundidad. Los bosques se poblaron de altos y rollizos árboles y las plantas y arbustos se desarrollan con pasmosa rapidez. La industria humana desde los tiempos más remotos, en adición a los naturales cenotes, construyó aljibes y depósitos para conservar el agua necesaria a una densa población como fué antiguamente la de Yucatán, según se echa de ver por las ruinas diseminadas en todo el país.

El río Hondo forma el límite meridional de la República y divide al Territorio de Quintana Roo de la colonia inglesa de Belice.

La Península de la Baja California en el norte mucho se parece en la escasez de agua a su hermana del sur: con la desventaja de no tener como ésta, corrientes subterráneas: así es que los ríos sólo corren por la superficie cuando llueve, siendo pocos los manantiales perennes.

Al norte de Sonora el primer río que encontramos después del Gila, cuya sola desembocadura pertenece a México, es el de la Asunción, que nace en el mismo Estado, lo mismo que el Matape: ambos entran en el Golfo de California.

Sigue el Yaqui cuyas corrientes vienen desde las faldas de la cordillera que divide a Sonora de Chihuahua; recibe las aguas del río Moctezuma, río Chico y el Mulatos o Papigochi, que nace en el distrito de Guerrero, en Chihuahua, y otros afluentes que fertilizan muchos y muy buenos terrenos de Sonora. El Mayo nace también en Chihuahua, y después del Yaqui es el de curso más largo: los dos van a dejar también sus aguas en el Golfo de California.

A Sinaloa partenecen el Alamos y el Fuerte, que recoge el agua de una vasta cuenca: recibe el río del Septentrión que viene de Chihuahua, lo mismo que el Chinipas y, más al sur, el de San Miguel, engrosado por el Batopilas y el Urique. El Alamos y el Fuerte desembocan en el mar de Cortés. El Sina-

loa, el río Culiacán, el Elota, el Piaxtla, el Mazatlán y el Chamatla son ríos que nacen en Durango y entran al Pacífico en Sinaloa. Las demás corrientes, de menor importancia se originan todas en las vertientes occidentales de la Sierra Madre, cuyas estribaciones e insignificantes ramales son las únicas alturas que se ven en Sinaloa siendo de alguna importancia únicamente la sierra de Durango.

Dos importantes ríos desaguan en el territorio de Tepic, cerca uno del otro: el río de San Pedro, que viene de Zacatecas y Durango trayendo las aguas del Mezquital y sus afluentes, algunos de los cuales nacen en Zacatecas, los otros en Durango. El río de Santiago o Tololotlán es digno de mayor atención que el anterior. Nace en los deshielos del Nevado de Toluca, en los manantiales de las faldas de la montaña cuyas aguas se pierden en la cenagosa laguna de Lerma, nombre que toma también el río. Los aztecas le daban el de Chicunahuapan, que era el río del infierno o Mictlan de su mitología. Pasa por los Estados de Guanajuato y Michoacán, y de ambos recibe algunas corrientes de agua hasta entrar en la laguna de Chapala en donde entran también el Duero de Zamora, el Celio de Jacona y otros menores, y todos salen de la laguna junto con el Lerma que ya toma el nombre de Santiago o Tololotlán. Se le unen algunas de las corrientes de Jalisco y otras de las de Zacatecas y Aguascalientes: en Tepic recibe los derrames de la sierra de Nayarit y entra en el Pacífico. Colima tiene el río de Armería que nace en Jalisco y desagua en el Pacífico.

El río de las Balsas, que con el Pánuco y el Lerma, son los cursos de agua que recorren mayor extensión de territorio en México, se forma del Atoyac, el Quetzalapan, el Zauapan y otros ríos de Puebla y de Tlaxcala que recogen las aguas de la vertiente oriental de la cordillera de los Volcanes y el Matlalcueye con las otras alturas que forman lo que llamaron los españoles la sierra de Tlaxcala. Apenas entra al Estado de Guerrero, cuando recibe el río de Cuautla con todas las aguas que riegan el plan de Amilpas, en Morelos, al oriente de la pequeña cordillera de las Tetillas, la cual divide dicho plan de la vega de Mazatepec y la cañada de Cuernavaca. Las aguas del lado occidental, las recoge el Amacusac que viene formado por dos ríos del Estado de México, que nacen de las vertientes del sud-

oeste del Nevado de Toluca y Cempoala y pasan, antes de entrar en Morelos, por debajo de las admirables grutas de Cacauamilpa, a las cuales tan sólo pueden compararse en México las que se ven en Villa García, en el Estado de Nuevo León. Corre con el nombre de Amacusac por todo el sur de Morelos hasta entrar en Guerrero, en los confines de los tres Estados, Morelos, Puebla y Guerrero, y allí le tributa sus aguas al Mezcala. Al recibir las aguas de Michoacán y otras de México, que se unen al río de Tepalcatepec, el Mezcala recibe también el nombre de Río de las Balsas y es navegable por largos trechos en el interior del Estado y en los confines de Michoacán por Coyuca y Pungarabato. Al entrar al Pacífico forma pequeñas deltas y es navegable por barcas chicas.

El río Verde es el mayor de los ríos de Oaxaca que llegan al Pacífico. En Chiapas, tanto se acerca al mar la cordillera, que los ríos que nacen en sus vertientes del sudoeste, pierden toda importancia y muchos de ellos que apenas llevan agua cuando no llueve, después de un aguacero se vuelven invadeables: corren precipitadamente, inundan los campos y el infeliz caminante que tuvo la desgracia de llegar a la orilla cuando comenzó la creciente, sin puentes para pasarlos, tiene que esperar pacientemente hasta que pase el agua y deje de nuevo libre el vado.

Los inmensos lagos que en toda la extensión de nuestro territorio en épocas muy lejanas, ocuparon nuestras llanuras, apenas dejaron los recuerdos, en el centro, en las lagunas de Texcoco y Xochimilco, del valle de México, en la Lerma, del de Toluca, en las de Cuitzeo y Pátzcuaro de Michoacán, Yuriria, de Guanajuato, y algunas en Durango, Coahuila y Chihuahua, de que después hablaremos. Dan comunmente el nombre de lagos y lagunas al Cairel y Carpintero de Tamaulipas, Meztitlán de Hidalgo, Alcuzaque de Colima, Catemaco de Veracruz, Encantada de Tabasco y Bacalar de Quintana Roo; mas en realidad sólo son verdaderos lagos el de Chapala, en Jalisco, y el de Pátzcuaro, en Michoacán.

Antiquísimo e inmenso lago fué al parecer la región que se extiende entre Durango, Coahuila y Chihuahua con el nombre de Bolsón de Mapimí. Tiene 600 millas de largo, 400 de an-

cho y poco menos de 4.000 pies de elevación sobre el nivel del mar. Cuenca sin salida, los ríos que en ella desembocan viniendo de los declives orientales de las montañas de Durango y los occidentales de las de Coahuila en la parte más meridional del Bolsón, forman lagunas y pantanos que la evaporación del tiempo seco les roba las aguas dejando pocos, que pudieran llamarse mejor grandes charcos. La laguna de Palomas, en Chihuahua, la del Coyote, Parras y Viesca en Coahuila están en este caso. El río Nazas, que es el mayor de los que vienen de Durango, formó antiguamente la gran laguna del Tlahualilo, pero, debido a la abundancia de las lluvias en años consecutivos, cambió su curso y dejando la laguna a varias millas de distancia, la hizo secar y sólo conservó el nombre de laguna el terreno que antes había estado inundado. Hacia el norte los terrenos del Bolsón toman sucesivamente los nombres de el Llano de los Gigantes y el Llano de los Cristianos: pero como hasta allá no alcanzan los ríos, ambos llanos son dos desiertos áridos que se extienden hasta las márgenes del Bravo, al oriente del río Conchos.

* * *

Con la sola excepción de algunos distritos de los Estados del norte, el territorio mexicano yace todo en el Trópico de Cáncer: esto no haría tan variado su clima, si no fuera por la diversa elevación de los terrenos y las montañas. En México, la temperatura recorre toda la escala termométrica y tenemos lugares donde se siente el frío intenso de la Siberia del norte, como en los picos de las montañas perpetuamente heladas, y los abrasadores calores de Madagascar en algunas bajas hondonadas y fondos de barrancas. A las diversas latitudes y variadas alturas hay que añadir otros elementos que favorecen los cambios en las temperaturas y son muy comunes en nuestro país: las direcciones, constancia o intermitencias de los vientos y la mayor o menor abundancia de las lluvias y cantidades de agua en las playas del mar, orillas de los ríos y márgenes de los lagos.

Las tierras más bajas, que desde la época del establecimiento de los españoles llevan el nombre de tierras calientes, zona

comprendida entre el nivel del mar y una altura que se extiende hasta los 3.000 pies de elevación o cerca de 1.000 metros, tienen por término medio constante, un calor de 25° a 28° centígrados, no bajando nunca en las horas más frías de los poquísimos días de bajas temperaturas, a menos de 10 ni subiendo en las horas más calurosas de los días de altas a 40° si no es en contadas localidades sin ventilación o en el fondo de las barrancas en donde a veces suele subir hasta 42°. En las tierras templadas, zona que sigue a la tierra caliente y se extiende de los tres mil a los 6.500 pies, o entre los 1.000 y 2.500 metros de elevación sobre el nivel del mar, las oscilaciones barométricas son menores y la temperatura media ordinaria de 20° a 24° centígrados, no bajando de 5° ni subiendo de 32° en las horas más frías o calurosas de los pocos días de temperaturas extremas. La zona más alta es la de la tierra fría, y la división en tierras calientes, templadas y frías es la que hemos tenido siempre para marcar nuestros climas. La zona de la tierra fría se extiende de los 6.500 pies ó 2.500 metros en adelante, pero es raro encontrar lugares habitados en las más altas mesetas de las montañas arriba de los 13,000 pies, 3.500 ó 4.000 metros de elevación. Esa parte más alta de nuestro territorio llámase tierra fría con relación a las zonas antes nombradas no porque la temperatura sea en la parte ordinariamente habitada de esa zona, excesivamente baja. El termómetro de ordinario fluctúa entre los 13° y 18° nunca baja de 5° bajo cero y las temperaturas bajas sólo se observan a la madrugada por lo general. (véase M. Moreno y Anda. El clima de la República Mexicana en el año de 1895 en Mem. de la Soc. A. Alzate vol. XII). Desde tiempos inmemoriales se han considerado en México solamente dos las estaciones del año: las aguas y las secas, y esto debido a la casi uniformidad o pocas variaciones de la temperatura en todo el año, si no es con relación a las lluvias periódicas tropicales.

La configuración del terreno de México muy accidentado y sus condiciones climatológicas, dice el P. Gerste, ya antes citado "entrañan naturalmente una variedad extrema en la vegetación. El espectáculo es único: cuando el viajero en un trayecto relativamente corto pasa de las playas y bosques tropica-

les, a los declives de las regiones intermedias, después a la Mesa Central, ordinariamente árida y monótona, y finalmente a los climas de mayor altura, ha pasado revista en compendio a todo el reino vegetal. Plantas de las regiones circumpolares, productos de la zona tórrida, géneros y especies intermedias diversificadas hasta el infinito; no hace falta nada al panorama. Tierras calientes, templadas o frías, cada una de ellas tiene su propia flora". (Gerste o. c. p. 30).

* * *

El Prof. Ochoterena, en una reciente conferencia, divide botánicamente a nuestro país en ocho zonas o regiones.—1ª Del litoral y de los médanos.—2ª Tropical.—3ª Subtropical hasta los 2.300 metros de altura.—4ª De la Sierra Madre o Forestal. —5ª Fría, un poco húmeda en la cima de las altas montañas.— 6ª Caliente, seca del Sur de la Mesa Central.—7ª De las Llanuras Centrales.—8ª Texano-mexicana. (Bol. de la Sec. de G. y E. quinta época t. VIII n. 2. p. 223).

Sin pretensiones de formar en esta introducción un compendiado tratado de Historia Natural mexicana, me conformo con la división tradicional de nuestro territorio en tierras, templadas, calientes y frías sin que por seguir la rutina y consignar las noticias, aún a veces extravagantes y fabulosas de los antiguos escritores, deje de aprovechar lo que pude aprender en los escritos de nuestros sabios naturalistas y escritores extranjeros que tratan de nuestro país.

No pretendo hacer una larga enumeración de las plantas de nuestra tierra caliente. ¿Quién no conoce, si no el árbol copudo de rollizo tronco, por lo menos la madera de la caoba? ¿Quién no ha visto algunas, por lo menos, de las muchas especies de palmeras desde el gigantesco corozo con hojas de 6 a 8 metros de largo, hasta la diminuta palmilla que se esconde entre las peñas? El amarillo moral, chlorophora tinctoria, el púrpura brasil, el oscuro campeche, haematoxylon capechianum, el azul palo dulce, el rojo sangre de drago son árboles tintóreos que, con otros que crecen a su lado, pueden producir todos los matices del arco iris. Entre los frutales, la palabra

tzapotl, mexicana, que indica dulces y regaladas frutas, fué adoptada por los botánicos y, convirtiéndola en sapotacea o sapotilla, les sirvió para designar una familia que consta de unas 400 especies entre árboles y arbustos, la mayor parte de ellos propios, o por lo menos conocidos en México. Ttlilt-tzapotl o toto-cuitla-tzapotl (diospiros obstresifolia) es una fruta pulposa y fresca, sabrosa y dulce, pero negra y de mal aspecto: el xico-tzapotl (achras sapotilla) en vez, no solo gusta al paladar sino a la vista también. Dice de él Clavijero: "qué cuando está en madurez es fruta de las más exquisitas y, según muchos europeos, superior a todas las del Antiguo Mundo". Su madera es tan fuerte y resistente a los rigores del clima, que muchos de los umbrales de las puertas en los antiguos edificios de Yucatán, hechos con ella, se conservan muy bien. "Nace sin cultivo en las tierras calientes y en algunas provincias forma bosques enteros que cubren espacios de diez y doce millas". (Historia Antigua de México, vol. I. p. 21). En los Estados Unidos es muy apreciada la goma que se destila de las incisiones hechas en la corteza del árbol, que llaman goma de Yucatán y les sirve para mascar como lo hacían los antiguos indios de México. Al tetzon-tzapotl (lucuma mammosum) llamamos ahora con palabra haitiana mamey: al Iztac-tzapotl (casimiroa edulis) zapote blanco; al cochi-tzapotl (lucuma salicifolium) zapote borracho, en Michoacán llamamos güicumo y baste de enumerar, que ni todas las frutas que en mexicano llevan en combinación la palabra tzapotl están comprendidas entre las sapotáceas, ni es preciso enumerar las cuatrocientas especies de la familia.

El cacao fué para nuestros indios desde los tiempos más remotos, una bendición de Dios. Alimento, bebida, medicina y hasta moneda, sus bayas oleaginosas y duras tenían para ellos un inestimable valor, que reconocido por Linneo le dió el nombre botánico de theobroma, que significa alimento de Dios. Importante también bajo el aspecto religioso, era para los indios el ulli (castilloa elastica), con la goma que destila hacían ofrendas a los dioses, pelotas para jugar y suelas para sus sandalias. Antes que la industria humana se apoderara de esta goma, extensos bosques del árbol que la producía crecían en las riberas de ambos mares.

Copalli, nombre mexicano de una resina convertida en copal, se introdujo en las lenguas europeas para significar el barniz que al principio se fabricó con esa resina y hoy se hace con otras muchas. Los indios lo usaban y lo usan aún como incienso, y con él, el tecopalli y tepocopalli resinas extraídas del árbol que lleva el mismo nombre y los botánicos enumeran entre las burseráceas. El huitziloxochitl era el árbol de donde extraían el bálsamo: de dos clases nos habla Clavijero: uno rojo negruzco, otro blanco amarillento, de un olor intenso sumamente agradable. ¿Eran producto del mismo árbol las dos clases? No lo dice el autor, qué sólo nos hace saber que el huitziloxitl o huitziloxóchitl crecía en Pánuco y en Chiapas. (o. c. v. I. p. 30).

En la zona media, arriba de los setecientos o mil metros, continúa el P. Gerste: "se abre, si me es permitido decirlo, el paraíso terrenal de la tierra templada; jardín de delicias en donde se dan cita las especies vegetales de las tres zonas conocidas. Los lugares resguardados, los pliegues y repliegues de las cordilleras, dan abrigo a un mundo en pequeño de frutos exquisitos, de brillantes flores y excelentes maderas, repartido todo esto conforme a las circunstancias especiales de elevación, de exposición, de humedad y según la calidad de los terrenos. Esta privilegiada región, cuyas alturas se muestran coronadas de bosques de encinos, llega a la altura de 1.600 metros". (o. c. p. 31).

El paraíso esbozado sería universal en todas las tierras templadas del país, si la Providencia hubiera dotado a todas del agua necesaria para el desarrollo de la vegatación. Pero no tenemos razón de quejarnos, porque donde hace más falta el líquido, nos dió tal abundancia de vegetales que lo suplan cuando no viene del cielo, que nadie puede morirse de sed. Una numerosa familia de ellos la más extendida, propia casi exclusivamente de América, y de México en modo especial, es la que distinguen los botánicos con el nombre de cactus que abraza desde las pequeñas biznagas mamillarí pusilla, que se adhieren a las rocas, hasta los gigantescos pitahayos cereus giganteus, incluyendo todas las clases de nopales. Son de cactus las especies fósiles más abundantes encontradas en Oaxaca, y casi exclusivamente de cactus era de lo que se mantenían las tribus salvajes

de la Baja California. Guamongo, el espíritu soberano mandó a Gujiaqui, otro espíritu subalterno, para que visitara la Península y él fué quien plantó los pitahayos según aseguraban los guaicuras. (Clavijero. Historia de la Baja California).

Opuncia llaman los naturalistas al nopal; mientras nosotros llamamos biznaga indistintamente a las plantas que ellos llaman melocactus, mamillaria, y echinocactus, distinguiendo, por el contrario, con el nombre de pitaya o pitahaga, órgano y garambullo a las que ellos llaman únicamente cereus. La constitución de todas estas plantas es tal, que pueden resistir a prolongadas sequías y desarrollarse espléndidamente en países muy escasos de humedad o faltos en lo absoluto de corrientes perennes de agua. Se pueden considerar los cactus, dice un botánico inglés, "como uno de los medios con que la naturaleza provee la subsistencia del hombre y de los animales, allí donde no se pueden obtener otros medios": y como algunas regiones mexicanas se encuentran en este caso, tan a manos llenas las proveyó Dios de tan útiles vegetales, que algunos han llamado al nuestro, el país de los cactus y muy justo es que figure uno de ellos en nuestro emblema nacional.

La abundancia de pitahayas, nopales y biznagas es portentosa en nuestras tierras áridas y sus frutos no solo son comestibles, sino alimenticios, sanos y gustosos; cuando no es tiempo de cosecharlos, los tiernos renuevos suministran el alimento necesario a los animales y al hombre mismo. Después de caminar por semanas y aún meses por terrenos desiertos y arenosos, en los Estados del Norte, el viajero cansado no encunetra a veces para matar la sed y saciar el hambre sino el jugo extraído de cactus machacados y las tiernas pencas del nopal asadas. (Véase Ochaterena. Apuntes para el estudio de las cactaceas mexicanas en Mem. de la Soc. An. Alzate vol. XXXI).

A los cactus siguen en importancia los magueyes del orden de las amarilídeas, llamados agaves por Linneo del griego ἀγαυός ilustre, noble, de alta y esclarecida alcurnia y lo es en efecto el maguey. El mito mexicano nos cuenta que nació de los huesos descarnados de la diosa Mayaélel o Mayahuel, sembrados por Quetzalcóatl. No hay cosa más abundante que el maguey, dice el protomédico Hernández, enviado por Felipe II para estudiar las plantas y animales de la Nueva España: "si los hom-

bres fueran sobrios y moderados, como es conveniente, con esto bastaría para suplir a todas las necesidades". (véase Ochaterena. Plantas desérticas mexicanas en Mem. de la Soc. Antonio Alzate vol. XXXIII) En su "Historia planctarum" describe Hernández diez y nueve especies aún más diversas en la sustancia interior, que en la forma y color de sus hojas, dice Clavijero (c. c. v. I. p. 26).

Diversas bayas producidas por árboles también comunes en las regiones no muy abundantes de agua de las tierras templadas, pueden utilizarse como alimento del hombre. Las del uaxi (una leguminosa) especie de algarrobas, acacia pennatula, dice Sahagún, que son comestibles y se venden en los mercados: las del cuahmochitl pithecolobium dulce llamado pinzan por los tarascos y, con ese nombre, identificado dudosamente por los Sres. Ramírez y Alcocer, con el inga unguis eacti (sinonimia vulgar y científica de las plantas mexicanas. p. 56). Sus semillas negras y lustrosas están envueltas en una pulpa suave y carnosa de un hermoso color rojo o blanco, dulces y no desagradables al paladar: las del mizquitl propopis juliflora, de cuyas bayas, según el mieo, se alimentaban los hombres que fueron creados después de una de las cuatro catástrofes que destruyeron la humanidad, Cree el anotador de la Histoire du Mexique, de Thevet, que son incapaces de servir de sustento al hombre; pero quizá fué por que no tuvo ocasión de observar que todavía nuestros indios y gente del campo hacen ciertos bollos (mezquitamalli) con la pulpa seca y molida, y una especie de bizcochos que les duran por algún tiempo, lo mismo que un licor fermentado. Crudas y frescas las comen con mucho agrado. Ixtlilxóchitl dice que los chichimecas se alimentaban "de panes de mixquitl, una clase de árbol que da fruta seca dulce y sabrosa". (Obras Históricas. o. I. v. I. p. 75).

Ciertas especies de ciruelas, como por alguna semejanza llamaron los españoles a la fruta denominada en mexicano xocotl, anacar diaceas epondeas especificadas por los naturalistas con los nombres de bonbin, dulcis purpurea etc. (spondia bombin) se producen también en las tierras templadas, como algunas de auacatl (laurus persea o persea gratissima que escritores norteamericanos llaman tuétano vegetal y mantequilla de los marineros y tiene en inglés el nombre de pera de

los caimanes. No es dulce pero acompañado con la tortilla del maíz, se come con gusto, nutre y alimenta. Menos exigentes para la humedad son las guayabas, xalxocotl (psidium guayaba o p. pomiferum) y los texocotl crataegus de varias especies, que se conservan en rebanadas secas. Mientras las primeras, de la zona templada bajan a la caliente, las segundas suben a la fría. (véase Alcocer. Catálogo de los frutos comestibles mexicanos. Anales del Museo Nacional segunda época vol. II).

A los 6500 pies de elevación, las coníferas que comienzan a aparecer con abundancia nos anuncian que estamos en el límite inferior de la tierra fría. Aquí los oyometl (araucarias abietinas) los ocotl pinos resinosos, cedros y demás congéneres, se van desarrollando poco a poco, así como son más abundantes los encinos y madroños, nombre que se les da a varias ericaceas y amarantaceas de los géneros artostaphylos arbustus y gomphrenas, (Ramírez y Alcocer l. c. pag. 43.) mezclados con ellos. "Pintorescamente distribuídos en las faldas de las montañas, extensos bosques de pinos, de cedros, de cipreses, de ahuehuetes (taxodium mucronatum o cupresus distica) forman la decoración austera, pero armoniosa y grandiosa de las altas cordilleras" (Gerste o. c. p. 31).

Como árboles frutales, en las cercanías de las habitaciones del hombre y en los huertos de las casas, además del tejocote ya mencionado, vemos aquellos árboles que dice Sahagún, los españoles llamaban cerezos y los indios capulín: los botánicos les dicen prunus capulín o ceresus capuli, hermanando el nombre mexicano con el que por la semejanza de la fruta les dieron los europeos. Algunas variedades distinguen los indios diferenciándolas en el nombre; elo-capuli, tlal-capuli, xitoma-capuli y ama-capuli; aunque este último no pertenece a la familia de las cerezas botánicamente considerado, sino más bien a la de las moreras y así lo expresa el escritor misionero cuando dice que "tienen moras como las de Castilla pero pequeñuelas". (vol. III. p. 237). Otros árboles y arbustos de este mismo género se ven, pero con más frecuencia en las tierras templadas que en las frías.

En las ascensiones a las altas montañas de nuestro país, cuando terminan las encinas y madroños, quedan solos los pi-

nos y unos arbustos resinosos que el vulgo llama escobas, y los montañeses usan como un excelente combustible para formar hogueras y calentarse. A los 13.000 pies los pinos comienzan a escasear y los pocos que quedan tienen proporciones raquíticas: desaparecen finalmente con los arbustos resinosos, y sólo quedan con las primeras nieves que se encuentran, las plantas gramíneas que los criollos llaman zacatón, los tarascos de Michoacán zurumuta y los aztecas llamaban malinalli, siendo una planta litúrgica para éstos: después del zacatón unos cuantos líquenes en las peñas y los perpetuos hielos.

* * *

De las plantas comestibles, raíces, bulbos, semillas y bayas y de las útiles para las artes y la industria, que fueron cultivadas, tendremos que hablar de propósito en el lugar conveniente. Concluiré aquí esta materia manifestando mi opinión acerca de ciertos vegetales que se duda si son o no indígenas de México. El coco (cocus nucifera) es uno de ellos. Tal según los botánicos es su área de difusión en los climas tropicales del mundo entero, que se hace imposible determinar su lugar de origen. En lo que se refiere a México, Hernández resueltamente lo niega cuando dice que de la India oriental fué trasportado a la occidental, en donde se ha multiplicado: y en abono de lo dicho por el naturalista español, podré añadir, que ni en las tradiciones de los indios, ni en los escritos de los primitivos misioneros encuentro cosa que pueda contradecirlo con relación a nuestro país. Según la descripción que hace Clavijero del cuauhcoyolli, se entiende perfectamente que se trata del coco: mas, antes había dicho este escritor que, en virtud de los testimonios de Oviedo, Hernández y Bernal Díaz del Castillo, los cocos se debían a las islas Filipinas y los otros frutos, es decir, la banana o plátano, la cidra, la naranja y el limón, a las islas Canarias (o. c. v. I. p. 12). Ni hay que fijarse mucho en el nombre que le da en lengua mexicana, porque bien sabido es que los indios pusieron nombres en sus lenguas a los objetos que recibieron de Europa: así a los carneros llamaron los aztecas ítzcatl, algodón; a los cerdos pítzotl, glotón; y los tarascos les pusieron a las gallinas tzitziqui, escarbadoras.

Cuauhcoyolli es una palabra compuesta de cuáhuitl, árbol, y coyolli, sonaja: sonaja de árbol, o sonaja que se produce en

los árboles, sería el nombre que dieron los mexicanos a los cocos por el parecido de la fruta a las sonajas que usaban en sus bailes.

De los dátiles dice expresamente Motolinía, que fueron traídos de España y él personalmente sembró los primeros que nacieron en Cuernavaca. Sea el coco originario de la India, de las Filipinas o de Africa como otros dicen, lo cierto es que antes que vinieran los españoles no había en México ni dátiles ni cocos.

Tampoco había plátanos (musae) en México. Pedro Mártir de Anglería en sus cartas, publicadas a principios del siglo XVI, dice que fueron llevados a las Antillas desde el Golfo de Guinea y Oviedo asegura que Fray Tomás Berlanga los llevó de las islas Canarias a Sto. Domingo por el año de 1516. El primer Obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga, los introdujo en su diócesis, y no es difícil que antes que él los llevara de Sto. Domingo a Michoacán, otros los hubieran trasplantado en Veracruz. Sostiene Clavijero, sin más apoyo que su dicho, que sólo el plátano llamado guineo, fué el que se introdujo, y los otros ya existían en México. Si consta por Pedro Mártir que el guineo se llevó a las Antillas, no debe haber sido ese el que llevó Fray Tomás de Sto. Domingo. Ignoramos pues la especie que de las Antillas se trajo a México y llevó el Sr. Quiroga a Michoacán. ¿Cómo prueba Clavijero que fué el guineo y que existían los demás?

Todos los escritores, inclusive Clavijero, dicen que las vides se trajeron a México de Europa. Hay aquí, sin embargo, vides silvestres y "en la Mixteca hay dos especies naturales del país" asegura el mismo Clavijero. He visto yo también en los alderredores de Zamora, población importante de Michoacán, y en los campos de sus pueblos limítrofes, abundancia de esas vides silvestres que Clavijero dice que había en la Mixteca, y lo mismo he visto cerca de Morelia y otras muchas poblaciones del referido Estado de Michoacán; pero he observado que tales plantas se encuentran de ordinario a una relativamente corta distancia de los lugares que están o fueron habitados después que se introdujeron los españoles en México: viajando por lugares solitarios a gran distancia de los que acabo de indicar, no recuerdo nunca haber encontrado vides silvestres o uvas ci-

marronas como las llaman en el país. Me consta por documentos manuscritos que tenía, que en el siglo XVII y al principio del XVIII había viñas y se cultivaba la vid en la villa de Jacona y otros pueblos de los alderredores de Zamora. De ello habla también Villaseñor en su Teatro Americano y recuerda otras poblaciones en que se practicaba igual cultivo. Ahora bien, concretándome a Zamora, mi ciudad natal, de cuyas tradiciones no estoy mal informado, pude saber que a mediados del siglo XIX, no sólo ya no había ninguna viña, pero se había perdido aún el recuerdo de haberlas habido. ¿Las vides silvestres que abundan en aquellos campos, no serían los restos de las antiguas viñas?

Es un hecho bien averiguado, que la vid, teniendo flores hermafroditas cuando está cultivada, apenas se abandona a sí misma, inmediatamente muestra su tendencia a la separación de los sexos en las flores, produciendo plantas en que éstas sólo tienen estambres y los pistilos aparecen en formas rudimentales. Esta es una señal de que tales plantas pronto regresarían al estado salvaje primitivo. Si a esta tendencia de la planta se añade que los primeros misioneros franciscanos, dominicos y agustinos del siglo XVI, en las residencias temporales que establecían en los pueblos que misionaban, tenían siempre un huertecito y allí sembraban y plantaban vegetales europeos, entre los cuales no faltaban nunca ni el trigo ni la vid, sobre todo si estaba apartada la residencia de los centros de poblaciones europeas para tener asegurado el vino y las hostias con que poder celebrar la misa, y que con frecuencia tenían que abandonar las residencias; las vides que allí quedaban volvían con seguridad al estado salvaje. De este modo, sin recurrir a la existencia de las vides silvestres en México antes del descubrimiento de América, nos podemos explicar el que hoy existan tales plantas en nuestro país. ¿En más de doscientos años, no podían esas vides volver a un estado enteramente salvaje?

Todos sabemos cuál fué el origen que tuvieron los primeros naranjos, sembrados en México por Bernal Díaz de paso por Coatzacoalcos: los naranjos que se han vuelto silvestres en Yucatán nos enseñan los lugares en donde estuvieron muchos pueblos que hace muchos años fueron abandonados; y en otras partes se encuentran bosques de limones, no obstante que nadie

sostenga formalmente que son indígenas de México las naranjas y los limones.

Bentham y Hooker comprenden más de doscientas especies del género vitis, originarias principalmente de las regiones tropicales o subtropicales, pero de todas ellas, apenas unas cinco o seis son las que se pueden aprovechar. No dudo yo que de todas las doscientas especies de vides algunas haya concedido la Providencia a México; lo que no me parece probable, es que si entre las concedidas hubiera estado alguna de las aprovechables, nuestras indios, que eran tan sagaces en encontrarle el provecho a las plantas y, estimulados por la necesidad, no dejaron de probar cuanto fruto les cayó a la mano, hubieran dejado de aprovechar la uva cimarrona si la hubieran tenido.

Mientras en Michoacán se dió nombre tarasco al plátano, a las gallinas y a otras plantas y animales importados del Antiguo Continente, la vid silvestre se llama en español, así entre los indios como entre los criollos, uva cimarrona, o sea uva que volvió a su estado silvestre. Además cuando Sahagún, que nunca mienta las vides como propias de México, habla de una de las variedades de lo que los españoles llamaban ciruelas y le decían los indios atoiaxócotl, dice: "hácese de ellas pulcre para beber, emborracha más que la miel" (o. c. vol. III p. 236) y otras clases de pulque, o sea bebida embriagante, hacían los indios de cuantas tunas, pitahayas y otras frutas de los cactus se producen, de piñas, nananches, cerezas y de cuantas frutas aguanosas se les presentaban, hasta de la pulpa de los mezquites, como vimos, y sin embargo no sólo no sabemos que la hayan hecho de uvas cimarronas, sino que después que han visto hacerlas a los criollos, no los han imitado, y siguen haciéndolas sólo de las frutas de que antes las hacían.

Hablan los botánicos de varias especies de vides viníferas encontradas silvestres en nuestros Estados del norte y los Estados Unidos, que cultivadas convenientemente, han producido buenos vinos. Las partes de Coahuila, Chihuahua y California donde se encontraron esas vides, tuvieron misioneros franciscanos en el siglo XVI y principios del XVII que tuvieron que abandonar muchas de sus residencias, lo mismo que en Texas, Arizona y Nuevo México. ¿No pudo haber acontecido allí lo que sospechamos sucedió con las uvas cimarronas del valle de

Zamora? Regel sugirió la opinión de que las vides cultivadas descendían de un híbrido de vitis vulpina y vitis labrusca, especies silvestres americanas. Su opinión no fué recibida generalmente, pero tampoco tachada como absurda por los hombres de ciencia. Si es posible, aunque no sea propable, que dos especies de vides silvestres americanas hayan concurrido a la formación de una especie cultivada, esta especie cultivada al volver a su estado salvaje pudo haber producido vitis vulpina y vitis labrusca. ¿Quién nos dice las especies silvestres de que procedían las vides que trajeron a América los europeos? Quizá las que creemos especies americanas no sean sino progenitores de las vides que se cultivaron en Europa y que aquí volvieron a su primitivo ser después de centenares de siglos de cultivo. Mas ya voy entrando a un campo que nó me corresponde. Bástame haber indicado, que está lejos de ser una verdad demostrada, el que una especie de vid económicamente utilizable hubiera sido conocida por las tribus cultas de México antes del establecimiento de los españoles.

* * *

Abundan toda clase de conchas y caracoles en ambos mares, como también otras clases de moluscos aprovechados por los indios ribereños como alimento. A los grandes caracoles marinos llamaban los aztecas tecciztli; eran símbolo de la luna y los usaban como trompetas sobre todo los del género strombus que son abundantísimos en el Golfo de México. Aunque hay madreperlas en el Golfo de California, no las pescaban los indios por la perla, sino como todas las otras conchas, por comerse el animal y adornarse con ellas; llamábanlas tapachtli y como las usaban las médicas para agorar, también les decían ticicaxitl, escudilla de las matronas. Los mayas tenían en mucha estimación las rojas, lo mismo que los nauas: los primeros las usaban como monedas. Los mixtecas explotaban para teñir de morado, la secreción de un molusco, ni más ni menos como lo hacían los fenicios, con la diferencia que éstos, para aprovechar la sustancia producida por el molusco, destruían el animal, mientras que aquéllos no lo mataban. La Sra. Nuttal, que escribió una excelente monografía acerca de este argumento, no encuentra más diferencia que ésta en la elaboración de la púr-

pura entre el antiguo y el nuevo mundo. Atzcalli eran las conchas de agua dulce.

Para no cansar al lector con largas y fastidiosas enumeraciones de interminables moluscos mexicanos, terrestres y marítimos, diré sólo con los Sres. Crosse y Fischer, de la Misión Científica de México, que la fauna malacológica de nuestro país "es una de las más interesantes de la América, particularmente bajo el punto de vista de los moluscos terrestres y fluviales". (Missión Scientifique au Mexique. Etudes sur les mollusques terrestres et fluviatiles du Mexique et du Guatemala).

A las tortugas de mar llamaban los nauas, chimalmichin, pez abroquelado o "rodela pez, porque tiene redonda la concha como la rodela", dice Sahagún, y algunas tribus ribereñas las usaban realmente como broqueles, o como instrumentos músicos de percusión. En las leyendas se dice que los primeros pobladores nonoualcas llegaron caballeros en tortugas o sirviéndose de sus carapachos como barcas: y a fe que algunos de los quelonios que viven en ambos mares tienen tales dimensiones, que bien pudieran haber hecho el oficio de acuáticas caballerías. Otras especies hay tan pequeñas que los indios aprovechaban sus carapachos para hacer sonajas y cucharas para el chocolate. Las tortugas y galápagos de agua dulce y de tierra se llamaban áyutl.

En general toda la fauna de la Mesa Central tiene afinidades marcadísimas con la de los Estados Unidos, mientras que la de las costas del Golfo, es decir, la fauna tropical de las orillas de ambos mares, está en conexión más directa con la del Centro y Sudamérica. Los peces, moluscos y crustáceos, con otros anfibios marinos que pueblan el Mar Caribe y el Golfo de México, son especies correspondientes a otras de los mismos géneros que viven en las Antillas, Colombia y Venezuela y que se alejan mucho de las del Pacífico en conexión con otras especies de muy diferentes regiones marítimas.

A los grandes peces marinos, los aztecas llamaban tlacamichin, peces personas, u hombres peces, y en sus mitos se decía que cuando se inundó la tierra, los hombres se volvieron tlacamichin. Un cuadrúpedo anfibio llamado amiztli, león de agua, dice Clavijero que vivía en las playas del Pacífico y en algunos ríos que desembocan en él. Sahagún nos habla de otro

cuadrúpedo que habitaba en las costas del Pacífico, también llamado tezoníztac, porque tenía el cuerpo negro y la cabeza blanca. Era, dice, del tamaño del tigre pero bajo de pies. "Este animal muy pocas veces parece y si alguno encuentra con él, y le ve la cabeza amarilla, es señal que morirá presto, y si alguno le encuentra y le parece la cabeza blanca, es señal que vivirá mucho en pobreza aunque mucho trabaje". Era como se ve, un animal medio fabuloso, y tanto él como el almiztli de Clavijero sospecho que no fueran tales cuadrúpedos, sino focas, que aún se ven en el Pacífico, sobre todo en la Baja California, donde suele de vez en cuando aparecer alguna ballena también. Vértebras numerosas de esta clase de cetáceos se han encontrado en las costas de Guerrero y de Oaxaca hasta cerca de Tehuantepec en el Pacífico.

Las especies de pescados y mariscos de nuestros dos mares no son tan variadas y abundantes El cuauchinanco, especie de pargo se extiende por todo el Golfo, sobre todo de Tabasco a Tampico. Sahagún menciona otros peces marinos; el totomichi, ave pez; huitzilmichi, pez colibrí; papalomichi, pez mariposa y el ocelomichi, pez tigre que, "llámase así porque es semejante a dicho animal en la cabeza y en las manchas, y no tiene escamas". Difícil me parece identificar estos peces: el último quizá sea una especie de tiburón (selacoidei) de las numerosas que pueblan nuestros mares: a una de ellas llaman los ingleses cabeza de toro y conviene en alguna de las notas características que atribuye Sahagún al ocelomichi. (vol. III. p. 200). Los otros deben haber sido peces voladores.

Son peces de agua dulce el bagre, que alcanza un peso y tamaño regular y vive en los ríos, y el blanco, llamado amílotl por los indios, no tan grande, vive en los lagos de Chapala y Pátzcuaro y "tiene comer delicado y de señores", dice el cronista franciscano. Los xouili o juiles, cuitlapétlatl y xalmichi, son pescadillos pequeños de las lagunas de México y el charare de las de Michoacán con la popecha y el chuime. Algunos de estos los secan para conservarlos, y frescos o en conserva se comen bien.

* * *

Cuéyatl o enaguas del agua, se llamaban las ranas, tamazolin, los zapos y atepócatl, los renacuajos, larvas de ambas espe-

cies. La rana simboliza el agua: el sapo, la tierra. Nada de particular tienen las especies mexicanas de sapos y de ranas sino el grande tamaño y la sonoridad de la voz que alcanzan algunos en los lugares pantanosos de los trópicos en donde de noche, es fácil confundir su bramido con el de los becerros. Las ranas comestibles de la Huaxteca suelen pesar una libra. (Clavijero I. 54).

Más curioso es otro batracio singular de afinidad con las salamandras, cuyas larvas se crían en los lagos de México y de Pátzcuaro y algunos otros. Hernández y Sahagún los llaman axólotl, nombre que les daban los indios, y aunque ambos lo describen y cuentan de él cosas admirables, puesto que Hernández en muchos lugares de su obra no hace sino copiar a Sahagún, nadie admitió que era una larva con la singularidad de poderse reproducir en el estado imperfecto, Clavijero sostiene padecer evacuaciones periódicas las hembras, pero en realidad quien más detenida y científicamente los estudió y pudo relegar al dominio de la fábula mucho de lo que se decía de él, fué M. A. Dumeril, naturalista francés. Su singularidad de conservar las branquias exteriores y de que no todos los individuos, aunque fecundos, llegaban al estado perfecto, atrajo la atención de otros naturalistas y en 1871 Mr. E. D. Cope, publicó su interesante monografía de "las metamórfosis del Axólotl". Los indios las conocían y en Pátzcuaro oí decirles, que los ajolotes se volvían lagartijas como los atepocates ranas, y no creo que hayan leído la monografía del naturalista americano, que tal vez no se ha llegado a traducir al español. El pueblo tiene mucha fe en las virtudes terapéuticas de este animal: Clavijero dice que se cree muy provechoso para los éticos: yo lo he visto recetar a los empíricos contra las enfermedades del aparato respiratorio, y un famacéutico fabrica con él medicinas patentadas. Sahagún dice que "es muy bueno para comer y es comida de los señores". (o. c. v. III. p. 203).

El acaltetepon es un reptil parecido a las lagartijas que por su tamaño y figura ha inspirado siempre algún terror a nuestra gente de campo, y lo llaman vulgarmente con el impropio nombre de escorpión. Los hay de dos clases, dice Clavijero: "El más pequeño tiene de largo quince pulgadas, poco más o menos; la cola larga, las piernas cortas, la lengua encar-

nada, larga y gruesa, la piel cenicienta y áspera, salpicada en toda su extensión de berrugas que parecen perlas, el paso lento y la mirada feroz. Desde los músculos de las piernas traseras hasta la extremidad de la cola, tiene la piel atravesada por listas circulares y amarillas. Su mordedura es dolorosa; pero no mortal como algunos piensan. Es propio de los países calientes. Del mismo clima es el otro lagarto, pero mucho mayor del que acabamos de describir, pues según los que lo han visto, tiene cerca de dos pies y medio de largo, y más de un pie de circunferencia en el vientre y la espalda. Su cola es corta y la cabeza y las piernas gruesas. Este lagarto es el azote de los conejos" (o. c. v. II. p. 53). A semejantes lagartos colocan algunos en el grupo numeroso de las iguanas, cuauhquetzpalin, animales netamente americanos, representados en México por varias especies. "Espantables a la vista", dice Sahagún, porque parecen dragones, "no tienen ponzoña, ni hacen mal, antes son buenos para comer". (III. 202).

Mucho mayor que las más grandes iguanas es el caimán aquetzpalin, lagartija de agua, del género de los cocodrilos pero de distinta especie. Aligator palpebrosus los llaman los naturalistas y cocodrilus lucius. En México viven en la tierra caliente, pero en el norte llegan a tales latitudes que pueden encontrar helados los ríos y en la India suben a tal altura por los montes que pueden igualmente andar entre la nieve.

Si en México no se encuentran a tales alturas, más que al clima, creo yo que es debido a la escacez de grandes corrientes en las regiones más altas y la persecución que han tenido de parte del hombre. En tiempo de secas, pasan la estación encerrados en el lodo hasta que vuelven las aguas y pueden pasar un año entero sin alimento. Viajando por lugares desiertos cerca de las fronteras de Guatemala, vi algunos pequeños caimanes cerca de unas miserables corrientes de agua a varias millas de distancia del río de Palizada, en Campeche. No tenían muchos días de haber salido del huevo.

En México, como en Africa, el terrible aspecto y la ferocidad del animal ha dado origen a muchas fábulas. Cipactli llaman también al caimán en algunas partes y a él creo yo que se refiere lo que cuenta Sahagún del acipaquitli que no es otro a mi modo de ver. "Es largo, grande y grueso, tiene pies y ma-

nos, grandes uñas, alas, cola larga y llena de gajos como un ramo de árbol; hiere, mata y corta con ella lo que quiere, come peces y trágalos vivos, y aún a personas traga, desmenuza con los dientes, y éstos, y la cara, son como de persona "(o. c. v. III. p. 205). La tapaya o tepaiaxin es un saurio pequeño, de aspecto fiero pero inocente y muy lento en sus movimientos; el vulgo lo confunde con el camaleón y así lo llama, pero Clavijero dice que los aztecas llamaban coatapálcatl al camaleón. Según el mismo autor la teuzauhqui era una lagartija pequeña pero muy venenosa. (o. c. v. I, p. 54). La lagartija era un animal simbólico y mucho más el cipactli,—tan desfigurado en los mitos y pinturas de los indios que con dificultad se reconoce al caimán y aún dudan si lo es, o el cipactli de las pinturas y los mitos—es el peje espada como algunos traducen la palabra.

* * *

Casi no hay descripción de culebra, serpiente u ofidio en general de nuestros antiguos escritores, incluyendo al mismo Dr. Hernández y Clavijero, que lo copia en algunas de las descripciones de sus plantas y animales, que no esté mezclada con alguna circunstancia fabulosa, debido a las informaciones de los indios; mas como no es de conformidad con los modernos naturalistas, como queremos trazar algunos de los rasgos más salientes de la fauna de nuestro país, sino bosquejar simplemente la zoología de México como los indios la dieron a conocer a los primeros europeos, no creemos deber omitir las creencias fabulosas que tenían acerca de los animales, y sí dar a conocer algunas de las principales. Tales conocimientos son útiles para penetrar mejor en las creencias, sentimientos, usos y costumbres de nuestros indios y de todo ello podremos tomar argumentos que nos allanen lo escabroso del camino, e iluminen con algún destello la oscura senda por donde tenemos que entrar para averiguar el origen de las tribus que encontraron los españoles en nuestro país. Describimos, pues, en esta introducción el país que habitaron nuestros aborígenes, no el que habitamos nosotros; las plantas y animales como ellos las usaban y conocían, no como las usamos y conocemos nosotros.

La acóatl o tlilcóatl, culebra de agua o culebra negra, era una serpiente monstruosa: "anda en el agua y en el cieno y es tan gruesa cuanto un hombre puede abrazar y muy larga, tiene grande cabeza y barbas tras de ella". El único modo de librarse de la muerte cuando asaltaba, era el meterse dentro de la oquedad de un árbol. La serpiente creyendo que el árbol era el hombre que perseguía, se abrazaba de él, lo estrechaba con sus anillos y tales esfuerzos hacía para oprimirlo hasta que ella misma reventaba y moría (Sahagún. o. c. v. III, p. 208). Dice el mismo autor, que otra culebra llamada maquizcóatl tenía dos cabezas, una en el lugar donde debía tenerla y la otra en la extremidad de la cola. "anda hacia ambas partes, a veces guía la una cabeza, a veces la otra". A una culebra igual llamaban los griegos amphisbaina, palabra que en griego significa que anda en ambos sentidos, es decir, para adelante y para atrás.

De la mazacóatl, culebra venado, escribe el autor citado "que tenía en la cabeza cuernos como ciervo, y por eso la llaman mazacóatl" Cuando llega a la madurez de la edad, añade: "recógese a algún lugar o cueva y desde allí, sin salir afuera, atrae con el aliento conejos, aves, ciervos y personas, y cómelos, y de esto se mantiene queda en su cueva" (vol. III, p. 213). De otra serpiente cornuda, que tiene el mismo nombre de mazacóatl, dice que es pequeña y "no hace mal ni tiene eslabones en la cola"; su carne, por el contrario, tenía poderorísimas propiedades afrodisíacas, (vol. III, u. 214) propiedades terapéuticas de las cuales participaban, según el mismo autor, ciertos caracoles con el mismo nombre de la culebra y una larva de coleóptero llamada tlalómitl.

La serpiente que se dice quetzalcóatl, tiene plumas de varios colores y "vuela cuando quiere picar". Admirables son igualmente la tetzauhcóatl, la petlacóatl y la coapetlatl: la primera "pocas veces aparece, y el que la ve cobra tal miedo que muere de él o queda muy enfermo, por eso la llaman tetzauhcóatl". La segunda se junta con muchas otras de su especie, se entretejen y forman con sus cuerpos a manera de una estera, pétlatl, con las cabezas hácia fuera, de aquí el nombre petlacóatl, serpiente estera. La última, estera serpiente, se

llama así porque "es ancha como un pliego de papel, y en la una esquina tiene la cabeza y en la contraria la cola; anda de través como cangrejo y va haciendo ruido como cuando se arrastra un petate" (Sahagún, o. c. v. vol. III. p. 214).

La chimalcóatl tiene una rodela en el lomo, pintada de muchos colores; la mecacóatl es gruesa como el pulgar de la mano "pero la largura de ella no se sabe cuanto es, porque cuando alguno la ve, nunca acaba de ver el cabo de ella"; la xicalcóatl, culebra acuática, engaña a sus víctimas haciéndolas entrar al agua tras de la jícara, o escudilla, muy pintada de todos colores y labores" que lleva figurada en el lomo y allí las ahoga. Hay otras culebrillas del grueso de un cabello que andan enmarañadas siempre. El vulgo cree aún en nuestros días que cuando los cabellos salen con las raíces y se arrojan o caen en un charco o lugar húmedo, se vuelven culebras. ¡Cosa singular! de un autor persa que escribió en el siglo X de la era vulgar copio el siguiente pasaje, tomándolo de la traducción inglesa de su obra. "Del cabello que se desprende de la cabeza con la raíz con que lo fija en la piel, nacen culebras, cuando cae el cabello en el agua o algún lugar húmedo, a mediados del verano, creciendo en el tiempo de tres semanas o menos" (Abu-Raihan-Alathar-Albakiya 'an-el Kurun-Alkhaliya. El nombre de la obra suena en castellano—Monumentos y vestigios del pasado. pág. 214). La única diferencia entre los persas y los mexicanos es que estos últimos creen que en todo tiempo los cabellos se transforman en culebras y por esto las mujeres, cuando se peinaban, tenían cuidado de que no cayeran en el agua. Lo mismo se cree en otros países y en algunos, las cerdas de los caballos participan del privilegio de volverse culebras como el humano cabello.

"El príncipe o princesa de todas las culebras" refiere Sahagún, "era, según decían, una que se llamaba teutlacozáuhqui". "Es gruesa y larga, tiene eslabones en la cola como víbora: es de cabeza grande y también la boca: tiene dientes, lengua horcajada, tiene escamas gruesas, es de color amarillo parecido al de la flor de calabaza, y también tiene manchas negras como las del tigre. Los eslabones son pardillos y duros: silva esta serpiente, come conejos, liebres y aves y cualquiera clase de animales; y aunque tiene dientes no los masca sino los traga". A

las aves y animales que están en los árboles los caza desde abajo, "arrojándoles la ponzoña con que los hace caer muertos". Siempre andan juntos macho y hembra y cuando se separan y quieren volverse a reunir, "silva el uno y luego viene el otro y si alguno mata a alguno de ellos, el que queda persigue al que le mató hasta que se venga". No puede caminar por el suelo "va por encima del heno y de las matas como volando; si no le hacen mal, tampoco ella lo hace". La cazan con tabaco, que es, según el autor, la manera de adormecer a las serpientes y un antídoto eficaz contra el veneno de algunas de ellas. (vol. III, p. 210).

Otra culebra con dientes y colmillos era la iztaccóatl, culebra blanca, muy ponzoñosa: "es ligera en deleznarse, vuela, es brava acomete volando, a las personas, enróscase en el pescuezo y ahoga: también escupe ponzoña. "Otras muchas culebras engendra ésta, de diversas maneras, que hacen esto mismo: esta culebra es rara" (vol. III. p. 211). La tlecóatl se llama así porque "trae consigo fuego, es gruesa y larga", tiene las mismas condiciones de la iztaccóatl, "el lomo es pardo, el pecho colorado o vermejo, tiene la cola de este color, es ligera en deleznarse, vuela sobre las matas y yerbas, y cuando esto hace, va levantada sobre la cola, vuela como viento": el nombre lo debe a que cuando muerde, el que recibe la herida "parece que se quema con fuego y no hay remedio contra esta ponzoña sino que mata". (o. c. I. c.).

Dejando a un lado las fábulas, los ofidios están muy bien representados en México. Las boas no son raras en las tierras calientes y allí también y en las templadas son abundantes las de cascabel y otras no pocas especies venenosas. Innocuas por lo general son las serpientes de las tierras frías y las acuáticas también. En la mitología, las leyendas y los cuentos populares de nuestro país tienen un gran papel las serpientes cuyo simbolismo no deja de ser algo complicado por las representaciones que les dieron debido a las cualidades fabulosas con que las supusieron dotadas. No hay animal que más figure en los códices pictóricos de los indios, ya solo, ya entre los adornos y atributos de los dioses. Para saber interpretar bien nuestras pinturas es preciso no olvidar la ofiografía de nuestros primitivos autores.

* * *

Un hilo de araña sirvió a uno de los dioses mexicanos para bajar del cielo. No dice el mito cuál de tantas especies de estos animales que pueblan nuestros bosques y aún nuestras huertas y casas, proporcionó sus hilos al dios. Sahagún nos habla de unas que llaman chintlatláhuatl en las tierras templadas y abundan en las calientes, ponzoñosas, con el tórax negro y el abdomen rojo, las ponen en infusión con aceite y dicen ser muy medicinales.

Las impropiamente llamadas tarántulas, son muy grandes, no fabrican telas y están cubiertas de una peluza negruzca, suave y sutil. Es propia de las tierras calientes y no sólo se halla en el campo, sino también en las casas. Pasa generalmente por venenosa, y lo es en efecto su mordida. Caza acechando y arrojándose improvisamente sobre la presa con un salto formidable, sin perdonar a los colibríes y otras pequeñas aves. (Clavijero o. c. v. 1. p. 57).

No existían alacranes en nuestro país, pero un penitente, excitado por la diosa de la concupiscencia, fué infiel a sus promesas de castidad y los dioses lo convirtieron en alacrán negro y a su esposa en alacrán rubio. De ello se derivan estas dos especies de arácnidos. Sahagún dice que los hay además "pardos, blanquecinos y verdes": supongo que quiso decir verdiosos o verdinegros: añade que, para aplacar el dolor de sus piquetes, usan refregar con tabaco el lugar en donde clavaron el aguijón (o. c. v. III. p. 220). Leemos en Clavijero, "que el veneno de los escorpiones pequeños y amarillos es más activo que el de los grandes y pardos y que son más funestos sus piquetes en las horas en que tiene el sol más fuerza" (o. c. v. I. p. 67). Era el alacrán un animal simbólico, como lo era igualmente la escolopendra, cienpies o cientopies, de los cuales el Dr. Hernández dice haber visto algunos tan grandes que tenían dos pies de largo y dos dedos de grueso y más podemos imaginarnos que tuvieran si deducimos sus proporciones de las escolopendras que vemos pintadas en los códices pictóricos de los nauas.

"Hay muchas hormigas en esta tierra", dice Sahagún, "las hay grandecillas que muerden y son ponzoñosas, no matan pero dan pena". De todas ellas las más interesantes son las negras y

las rojas, de las cuales hay dos especies, unas de rojo claro que llaman bravas los españoles porque tienen ponzoña, y otras de un color más subido, casi guinda o medio café: "a estas llaman arrieras y se les da este nombre" dice Clavijero, "porque se ocupan continuamente en el trasporte de sus provisiones con mucho más ahinco que las hormigas comunes; por lo que son mucho más perniciosas a los campos" "En la provincia de Xicallan," y no Gicayan, como bárbaramente ortografía este y todos los nombres mexicanos el traductor que publicó la edición española de 1826; continúa Clavijero, "se ven en la tierra, por espacio de muchas millas, enormes manchas negras, que no son más que tribus de estos dañinos insectos" (o. c. v. I. p. 67).

Vi un espectáculo como el que recuerda nuestro autor en el pueblo de Xcanhá, en el Estado de Campeche, pero no eran las hormigas que formaban el formidable escuadrón las que se llaman arrieras en la Mesa Central, en Morelos coatalatas, chancharras en Michoacán y son el azote de las huertas y graneros de maíz, sino otras muy parecidas, no frugívoras solamente como las arrieras, sino omnívoras, porque devoraban aún los animales que ellas mismas mataban o cuyos cadáveres encontraban. Estas son casi negras, y negras pueden decirse, aún con relación a las arrieras, que más se parecen en el color a las rojas ponzoñosas, inofensivas para las plantas y los sembrados, que se alimentan principalmente de orugas y de otros insectos. Las hormigas de que hablan generalmente los autores no son esas terribles que ocupan millas enteras con sus escuadrones y sólo se ven en los bosques solitarios de las tierras calientes, sino las pequeñas que viven en todas partes. "En algunas partes las comen y por eso les llaman, azcamolli".

Otras negras también, llamadas cuitlaázcatl, hormiga del excremento, "huele mal, críase en los muladares y en las raíces de los magueyes; pica y escuece su picadura, muchas de éstas andan a bandadas" (Sahagún o. c. v. III. p. 221). Según el mito, las hormigas descubrieron el maíz pero "destruyen los árboles y cuanto hay, andan en escuadrones como gente de guerra" dice el mismo.

"Hay unos abejones en esta tierra que hacen miel y hacen

cuevas en la tierra donde la fabrican: es muy buena esta dicha miel; pican como abejas, lastiman e hínchase la picadura". (Sahagún o. c. v. III, p. 224). Del orden de los himenópteros también, pero no pertenecen a la familia de las abejas; los nauas los llamaban xicotl y nosotros conservamos el nombre corrompido en jicote.

Clavijero enumera seis especies de verdaderas abejas, contando como primera a la europea, que ignoro si es la misma que pudo haber venido en las naves españolas o una especie muy semejante a la nuestra. "La segunda especie se parece algo a la primera, pero carece de aguijón. A ellas pertenecen las abejas de Yucatán y de Chiapas, que hacen la famosa miel de estabentún, la cual es clara, aromática y de un sabor superior al de todas las clases de miel conocidas. Hácense seis cosechas de esta preciosa producción; una cada dos meses; pero la mejor es la que se coge en noviembre, porque las abejas la hacen de una flor blanca, semejante al jazmín, muy olorosa, que nace por septiembre y se llama estabentún, de donde proviene el nombre de la miel. La tercera especie es de unas abejas semejantes en la forma a las hormigas aladas; más pequeñas que las abejas comunes y sin aguijón. "De estas abejas se comen también las larvas". La miel es blanquizca y de un sabor delicado. Las abejas de la cuarta especie son amarillas, más pequeñas que las comunes y armadas como éstas de un aguijón. Su miel es inferior a la de las especies precedentes. Las de la quinta especie son pequeñas e inermes; fabrican panales orbiculares en las cavidades subterráneas y su miel es ácida y amarga. La tlalpipiolli, que forma la sexta especie, es negra y amarilla, del tamaño de las comunes, pero sin aguijón". (o. c. v. I. p. 63. 64).

El axayácatl es una especie de mosca acuática comunísima en los lagos mexicanos. Con sus innumerables huevecillos cubre la superficie de las hojas de todas las plantas que crecen en el agua. "Esta especie de caviar, llamado ahuauhtli, se comía en tiempo de los mexicanos y aún en el día es manjar común en las mesas de los españoles. Tiene casi el mismo sabor que el caviar de los peces. Pero los mexicanos antiguos no sólo comían los huevos sino también las moscas, reducidas a masa, y cocida ésta con nitro. "(Clavijero o. c. v. I. p. 65).

"Hay muchas maneras de mariposas en esta tierra y son de diversos colores y muchas más que en España. La xicalpapálotl era notable por la variedad de sus colores y la tlilpapálotl por su color negro con pintas blancas" (Sahagún o. c. III. 224). Era también animal simbólico y uno de los dioses llevaba el nombre de Itzpapálotl, mariposa de obsidiana, pero entre las varias especies de la familia papiliácea que poblaban los bosques y praderas mexicanas, no he podido encontrar ninguna que llevara en especial ese nombre.

Quiero hacer notar de paso la semejanza del nombre de la mariposa, casual o no, entre los nauas papálotl, y los latinos papilio.

"El temahuani es un gusano todo armado de espinas amarillas y venenosas. El temictli es semejante al gusano de seda en sus trabajos y metamórfosis", (Clavijero. o. c. v. I. p. 66) pero mejor lo era el del madroño de cuyas labores tendremos que hablar en otra parte. Los indios los comían y, como mejores al gusto, ciertas larvas que se crían en los magueyes y llámanlas meocuili, que quiere decir gusano de maguey "son muy buenos de comer". (Sahagún o. c. v. III. 225). Comíanse también los que se crían en el maíz y varias clases de langostas llamadas chapóllin en general, abundantísimas sobre todo en las costas, "oscureciendo el aire con las densas nubes que forman y destruyendo todos cuantos vegetales hay en el campo" (Clavijero I. 65).

* * *

La abundancia, la variedad y la excelencia de las aves mexicanas, dice Clavijero "dieron motivo a que algunos escritores dijesen que México es el reino de los pájaros, como Africa es el de las fieras" (o. c. v. I. p. 43). Hernández solo describe más de doscientas especies propias del país, y está muy lejos de enumerarlas todas, como se puede deducir de los escritos de modernos ornitólogos mexicanos (Beristain y Laurencio. Catálogo de las aves mexicanas. Mem. de la Soc. Ant. Alzate vol. VII).

En la ornitología de nuestro país, tenemos un hecho singular. Las pequeñas islas pertenecientes a nuestro territorio a no muy larga distancia del continente en el Pacífico, tales como las Tres Marías más o menos a 60 millas de distancia de las

costas de Jalisco y Tepic, la de Guadalupe a 150 de la Baja California, Socorro en el grupo de Revilla Gigedo, se distinguen por la singularidad de sus especies aladas. Guadalupe sola tiene once especies de aves de tierra, distintas de las de la Península, y las Tres Marías, que son las más cercanas, tienen por lo menos una especie propia de colibríes que no ha sido encontrada en otra parte. De la isla del Socorro dice un naturalista europeo, que de nueve especies de aves terrestres que allí anidan, cuatro son peculiares del pequeño grupo de islas del archipiélago de Revilla Gigedo de que forma parte y otras dos sólo tienen representantes en las Tres Marías. De las tres especies restantes, una es continental y las otras dos son de aves de rapiña y son las únicas de que puede decirse que no sean originarias de las islas.

De las innumerables especies de aves mencionaré aquéllas solamente que de alguna manera se distingan, y comenzaré por el águila, emblema principal de nuestra nacionalidad, y una de las aves más caracterizadas en las tradiciones, leyendas y mitos de nuestros indios. Entre las de mayor tamaño, "la más hermosa y celebrada es la que se llama en el país itzcuauhtli, la cual no sólo caza pájaros grandes y liebres, sino que también ataca a las fieras y a los hombres" (Clavijero o. c. I. 44). Cuautli en mexicano es el nombre genérico de las águilas, itztli significa obsidiana y también navaja o punta de lanza. Con mucha frecuencia encontramos en los códices nauas, águilas dibujadas que en la cola, en las alas, en las espaldas, en la cabeza y en el pecho, tienen cuchillos o puntas de lanzas de pedernal, marcadas; es que quisieron representar la itzcuautli que así se llama, dice Sahagún, porque las plumas del cuello, de las espaldas y del pecho tiene doradas y muy hermosas; las de las alas y de la cola ametaladas o manchadas de negro pardillo: es gran cazadora, acomete a los ciervos y otros animales fieros: mátalos dándoles con el ala grandes golpes en la cabeza, de manera que los ataranta, y luego les saca los ojos y se los come. Caza también grandes culebras y todo género de aves y llévaselas por el aire a donde quiere y se las va comiendo." (o. c. v. III. p. 188). Las navajas o itzli más bien son simbólicas en los códices y de ellas darían el nombre al ave. Los naturalistas la llaman aquila canadense.

Las mayores águilas, dice el autor que acabamos de citar, "tienen el pico amarillo, grueso, encorvado y recio, los pies amarillos, las uñas grandes, corvas y recias, los ojos resplandecientes como brasas, son grandes de cuerpo, las plumas del cuello, de los lomos y hasta de la cola son de hechura de conchas, llámanlas tapálcatl: a las alas de esta ave llaman mamaztli o aaztli, a la cola cuaquetzalli: las plumas que tiene debajo de las grandes son blancas como algodón, llámanlas cuauhtlaxcáoitl". Esta nomenclatura nos demuestra el aprecio con que veían los indios todo aquello que se relacionaba con este animal.

Otra de las águilas llamábase mixcoacuautli. Mixcóatl era el dios de los cazadores, y esta ave venía a ser entre las aves, lo que era Mixcoatl entre los dioses. No era tan grande como la itzcuauhtli, pero tampoco podía decirse que fuera de pequeñas dimensiones, puesto que tenía el tamaño de "una gallina de la tierra", dice Sahagún, y las gallinas de la tierra eran los guajolotes o pavos. "Llámanse así, porque en el cogote tienen unas plumas grandes y pareadas de dos en dos, levantadas hacia arriba; ninguna otra ave las tiene de esta manera". Mixcóatl y otros dioses congéneres suelen pintarse a veces con dos protuberancias en la cabeza a manera de cuernos: eran las plumas que adornaban la cabeza de esta águila las que probablemente hicieron que el ave llevara el nombre de Mixcóatl. Tiene "la cabeza negra y una raya blanca atravesada por los ojos, el pico amarillo, corvado y todas las plumas negras, con un arrebol de amarillo oscuro; tiene los pies amarillos; hay muchas de estas y son cazadoras". (o. c. v. III. p. 188). Parte de las insignias rituales de Mixcóatl y los dioses que a él se asemejan parecen estar indicadas en el plumaje de la mizcoacuautli.

La thrasactus harpyia o harpyia destructor, dicen los naturalistas que se extiende de México al Brasil, siendo más común en las montañas de las tierras calientes, y aún templadas de México y Colombia. Su tamaño, sus garras y poderoso pico demuestran los estragos que causa entre los mamíferos hasta de cierto tamaño y que es, como dice nuestro cronista de la mixcoacuautli, una ave cazadora. Su cabeza está adornada con dos penachos negros a manera de orejas o cuernos que le dan el aspecto de un buho. No han podido aún determinar con precisión los ornitólogos las afinidades de la harpía. Unos la relacio-

nan con los buitres, otros con los halcones y los más con las águilas: a esta última especie de aves de rapiña, dice un moderno naturalista europeo, es más probable que pertenezcan. A juzgar por la descripción de Sahagún, a las arpías debe pertenecer la mixcoacuauhtli, que será una especie de ellas o una variedad mexicana.

Motolinía nos habla de unas aves fabulosas de las Mixtecas, comedoras de gentes, que eran el terror de los habitantes de ciertos lugares apartados del país y las arpías de Sudamérica debieron su nombre a los falsos testimonios de antropofagismo que les levantaron los viajeros engañados por las fantásticas relaciones de los naturales. Quizá sea una arpía o mixcoacuáuhtli el ave comedora de gente de las Mixtecas, país que era para los mexicanos, lo que la Libia para los griegos y romanos. Aves comedoras de gente encontramos en la mitología griega. Hércules las destruyó o ahuyentó con el auxilio de Minerva.

Los halcones llevaban en nauátl el nombre de tlotli, y había varias especies de ellos: tlocuáuhtli eran los azores y llamaban youaltlotli, halcones nocturnos, "una clase de halcones y esmerejones grandes cazadores que de noche ven y cazan". (Sahagún o. c. v. III. p. 190).

No están muy conformes los autores en la especie de ave que era el cuixi, llamado quebrantahuesos y aura. Este nombre se da en Michoacán a una ave de rapiña que participa de las propiedades del buitre, pero tiene también algunas de las de los halcones. Un moño o copete en la cabeza, que es blanca, pudieran hacerla análoga a las arpías. Sahagún dice de las auras que "son negras y con la cabeza fea, andan en bandadas y ellas de dos en dos, comen carne muerta y por todas partes andan, cercan los pueblos y no son de comer" (o. c. v. III. p. 189). Aquí parece que el autor confunde las auras con los zopilotes, aves enteramente distintas. Los segundos, buitres muy conocidos, con las cabezas desplumadas y feas andan en bandadas; las primeras, de hermosa cabeza, parecida a la del águila. Clavijero tampoco distingue muy bien a las auras. Yo creo que aura y cuixi es la misma ave, como indistintamente se llama en Michoacán, y que aura es el nombre tarasco y cuixi el nauatl y que no son de la especie de los zopilotes, cathartes foctens por más que los naturalistas, confundidos por nuestros mismos escritores, les hayan dado el

calificativo de aura. Beaumont, y en general los escritores que se ocupan de Michoacán, en donde el cuixi o aura es muy abundante, lo distinguen perfectamente del zopilote, llamado en Norteamérica buharro-pavo. El Dr. Sánchez, que distingue el zopilote del cuixi, aplica a este último la denominación técnica de palevorus vulgaris. (Datos para un catálogo de las aves que viven en México).

Con esos buitres se relaciona el oactli que dice Sahagún "es semejante a la que se llama cozcacuáutli", águila de gargantilla, que no es una águila, sino un buitre también. Dejando al oactli, que sólo se diversifica del zopilote común en que tiene la cabeza y el pescuezo implumes de un rojo amoratado, mientras que el tzopílotl los tiene negros, veamos lo que dice Clavijero del cozcacuáutli, ave mucho más importante por su significado simbólico y mitológico. Es, dice, "del tamaño de una águila común, robusto, de majestuoso aspecto; tiene las garras fuertes, los ojos vivos y hermosos y un lindo plumaje negro, blanco y leonado. Su carácter más singular es la carnosidad color de grana que le circunda el pescuezo como un collar y a guisa de corona le ciñe la cabeza". (Clavijero v. I. p. 45 nota). Esta es el ave que vemos frecuentemente pintada en los códices y a ella más que a ninguna otra es a la que le conviene el nombre de águila con gargantilla, que le daban los aztecas. Los naturalistas le dan el nombre de sarcoranphus papa.

Sombríos y de mal agüero, objeto de supersticiones y fabulosas leyendas era el tecólotl. Los nauas llamaban tlacatecólotl a un supuesto sér siniestro que les causaba terror y era para ellos mensajero de desgracias, pero que no tentaba ni excitaba al mal. Los misioneros vieron en ese fantasma ciertas analogías con el demonio y con esa palabra lo llamaron en el idioma de los mexicanos. Tlacatecólotl quiere decir persona buho y para los indios, sus hechiceros tenían el poder de transformarse en tecólotl y estos animales en lo general no eran para ellos sino hechiceros disfrazados, anunciadores de muertes. Las especies de buhos mexicanos tienen pocas diferencias con las del mundo antiguo "son lo mismo que los de España", dice Sahagún, "y cantan lo mismo que los de allá". A los mochuelos les llaman mecatecólotl.

El nombre de Quetzalcóatl, uno de los personajes mitológicos más célebres de nuestros indios, hizo más conocida a una

ave que bien merecía la notoriedad por la hermosura de su plumaje, que nuestros aborígenes apreciaban más que el oro. El quetzaltótotl, o en una forma abreviada quetzalli, es el ave que lleva en la composición de su nombre uno de los elementos del dios del aire de los mexicanos. Las plumas que cría en la cola el quetzaltótotl, dice Sahagún "se llaman quetzalli", y en otro lugar refiriéndose a las plumas del alo o guacamaya, ara aracanga, nos hace saber que las plumas rojas de la cola y alas de esta ave, "llámanse quetzalin, que quiere decir llamas de fuego". (o. c. v. III. ps. 167 y 171). De manera que entonces quetzaltótotl vendría a significar ave de llamas de fuego. No sé por qué motivo Clavijero, que copia de Hernández tantas descripciones de animales, se haya olvidado de la del quetzatótotl el más hermoso de los trogos, familia que comprende las aves de más vistosos plumajes, y que sólo hasta los principios del siglo XIX de él se hayan ocupado los naturalistas. En México lo dió a conocer en un buen artículo publicado en el Registro, en 1832, el Dr. Dn. Pablo de la Llave que propuso se le diera el nombre de phoromacrus mocinno, que se aceptó. La descripción de Sahagún no difiere gran cosa de la de Hernández, quien es probable la ha tomado de los escritos del misionero. Tiene dice: "el pico agudo y amarillo, y los pies del mismo color: tiene un tocado de plumas en la cabeza como cresta de gallo". Las plumas que cría en la cola son muy verdes y resplandecientes; son anchas como unas hojas de espadaña, dobléganse cuando las toca el aire, resplandecen muy hermosamente. Tiene esta ave unas plumas negras en la cola con que cubre estas plumas ricas, las cuales están en medio de estas negras. El tocado que tiene en la cabeza es muy hermoso y resplandeciente. El cuello y pecho son colorados, de preciosas plumas. Detrás del pescuezo y en la espalda las plumas son verdes y también resplandecientes. (o. c. v. III. p. 166).

De hermoso plumaje es también la tzinitzcan que dicen es acuática, aunque el Dr. Sánchez la identifica con el pito real, trogón mexicano: Sus plumas son negras y las más apreciables son las que lleva en el pecho, en las junturas y debajo de las alas, mitad negras y mitad verdes resplandecientes. Tzinitzcan, dice Sahagún, se llaman las plumas que llevan los quetzales en la cabeza, en el pecho y en el cuello. (c. o. v. III. p. 168).

Otra ave llamada también acuática era el quecholli, quechol, tlauhquechol, nombres que parece eran sinónimos, y el primero se daba según suponen algunos, a una borla de pluma fina y a uno de los dieciocho meses del año. Su plumaje como el del quetzal, el tzinitzcan y el xiuhtótotl, servía para adorno de los señores y los dioses. El quechol, platalea ajaja es el único representante americano del género del platalea y el único de toda la familia que viste ropaje carmesí: "vive en el agua y es como pato" dice Sahagún. Su pico "es como paleta de boticario que ellos llaman espátula; tiene un tocadillo en la cabeza colorado, el pecho, barriga, cola, espaldas, alas y los codos de éstas, del mismo color muy fino". Se asocia de buena gana con las garzas y por esto "dicen que esta ave es el príncipe de las garzotas blancas que se juntan a él donde quiera que le ven" (o. c. v. III. p. 168). "Es un pájaro grande, acuático, dice Clavijero, que tiene las plumas de un bellísimo color de grana o de un blanco sonrosado, excepto las del cuello que son negras, habita en las playas del mar y en las márgenes de los ríos" (o. c. v. I. p. 48). Los que yo he visto en Michoacán carecen de las plumas negras del cuello: pudiera ser que los que las tienen sean una variedad de las costas.

El xiuhquechol o quechol verde, nada tiene que ver con las plataleas. "Su pluma es verde como yerba y las alas azules juntamente con la cola". Es propia de la tierra caliente en donde varias aves visten los mismos colores y es difícil averiguar a cuál se refiere el autor. Una de ellas es el xiuhtótotl cuyo plumaje llevaban también como distintivo los señores. (Sahagún III. 168). Esta ave debe seguramente ser o una cotinga como creen unos, o lo que llamamos nosotros azulejo o gorrión azul, abundante en el Valle de México, los Estados de Morelos, Michoacán y otros del centro. En algunas partes oí llamar a este paserino, pájaro azul que es la traducción del naua xiuhtótotl. El ya citado Dr. Sánchez clasifica al azulejo con el nombre de cyanocorax diadematus y al gorrión azul con los de sialia azurea, sialia mexicana y sialia ártica.

Los guerreros y las víctimas destinadas a los sacrificios llevaban plumas de garza, de áztatl, que es su nombre, créese que deriven el suyo los aztecas. La familia ardea está muy bien re-

presentada en México, en donde casi no falta ninguno de sus grupos, pero sólo las blancas y las grises llevan entre nosotros el nombre de garzas. Las grúidas, ciconíadas y en general todas las aves zancudas y de largos picos y pescuezos son numerosísimas en los lagos y lugares cenagosos.

Los patos, canauhtli vienen al Valle de México de las partes de occidente y hay más de veinte especies de ellos. Abundan las gaviotas, corvejones, en náuatl acacálotl o cuervos de agua, gallinetas, alciones y, del género limosa, una graciosa avecilla que fácilmente se domestica y llaman chichicuílotl, o atzitzicuílotl, como le dice Sahagún. Los indios lograron domesticar algunas especies de patos que tenían, tanto por su carne y los huevos, como principalmente para adornarse con sus plumas.

En abundacia y de variados colores se las suministraban las numerosas familias de prehensores, alos o guacamayas, loros, papagayos, pericos y cotorras. Toznene llamaban a los papagayos, toztli y quiliton: verdes casi todos y sólo diferenciándose en el tamaño y color de la cabeza; unos la tienen amarilla, otros guinda y otros roja. Los alos son más variados en el plumaje: verdès, rojos, azules y amarillos, ostentan diversas combinaciones de colores en sus plumajes. Criaban los indios, para su recreo, toznenes y cochos, este último sobre todo "canta, parla y habla cualquiera lengua que le enseñen", pero el primero "es el que mejor y más pronto se enseña a hablar" (Sahagún o. c. v. III. p. 171). Los alos en vez eran aves simbólicas de significación religiosa.

Para trabajos delicados y vestidos bordados y tejidos con plumas en que varias de las tribus sobresalían, pero en modo especial los tarascos de Michoacán, tenían los indios mexicanos el huitzitzilin, llamado tzintzuni por los tarascos y por nosotros chuparrosa y colibrí, la más pequeña de las aves, cuyas especies ostentan gran diversidad de colores tornasoles. Hay muchas maneras de ellas, dice Sahagún: "renuévanse cada año: en tiempo de invierno, cuélganse de los árboles por el pico: allí colgados se secan y se les cae la pluma: cuando el árbol torna a reverdecer, él vuelve a revivir y tórnale a nacer la pluma y cuando comienza a tronar para llover, entonces despierta, vuela y resucita". (o. c. III, 172). Las chuparrosas abundan tanto en la

República que de ellas se cuentan más de 52 especies de diversos géneros, entre las cuales hay que notar el amazilia yucatanenses, el cyanomyia quadricolor, el calothorax pulchro, ave pequeñita de color morado metálico y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Del orden de los passerinos el más grande que tenemos es el cacálotl, especie de cuervo muy parecido al corvus corax de Europa, y el más pequeño es el cuachitl, llamado así el macho porque tiene parte de la cabeza colorada. También les dicen a estas aves nochtótotl, que quiere decir pájaro de las tunas y mólotl. Nosotros los llamamos gorriones, y en cuanto a sus hábitos tienen los mismos que la fringilla doméstica de Europa, con la diferencia solamente que los nuestros "cantan muy bien y críanlos en las jaulas para gozar de su canto". (Sahagún o. c. v. III p. 193). El Dr. Sánchez los distingue con el nombre técnico de carpodacus frontalis, o carpodacus ahaemorrhous. Los cocotli son unas tortolillas poquito mayores que los gorriones y viven también en los jardines y huertas de las casas; cantan y son graciosos animalitos, muy buenos para comer. Nosotros les damos el nombre de coquitos, y los ornitólogos, el de scardafela inca. Otras mayores, de los campos viven en parvadas y las llaman huilotl y es la zenaidura carolinenses o yucatanenses.

Zolin o zuli es la codorniz, cuyos machos llevaban el nombre de tezuzulin. Consumían inmensas cantidades de estos animalillos en los sacrificios. Cóxcox o también coxcoxtli era una especie de faisán, el penelope purpuresens. El teutzánoatl, de la familia de los tordos más bien que de las picas, aunque los españoles le llamaron urraca, fué aclimatado en el Valle de México por los indios, pero ya no se encuentra sino en lugares más bajos y templados. Es el quiscalus macrourus, el quiscalus temirrostris y el quiscalus mayor de los naturalistas. De pícidos hay en la República de 25 a 30 especies, la mayor de las cuales, el campephilus imperialis vive en las serranías de la zona templada y fría y es más numerosa en el norte.

Son numerosas también las especies de tordos: la primera ave llamada así porque entonces canta, tiene mucho parecido al turdus migratorius del norte; el robin de los Estados Unidos. El coioltótotl es otro de ellos con la garganta, pecho y codillos de las alas colorados, y su nombre de pájaro cascabel lo debe a la

modulación de su voz; hay otros tordos que cantan, pero ninguna de nuestras aves es más variada en la voz que el tzentzontlatolli, cenzontle ordinariamente llamado, y mimus poliglottus por los naturalistas. Vive en los países templados y su area de extensión llega hasta el sur de los Estados Unidos, en donde lo llaman pájaro burlón, por la propiedad que tiene de remedar a todos los animales y aún aprender algunas cadencias musicales.

De todas nuestras aves la más útil, económicamente hablando, es el totollin, como se llama a la hembras, huexólotl a los machos. Oviedo, que fué el primero en descubrirlos, los llama pavos, y dice que los mexicanos los domesticaron y los españoles los llevaron de la Nueva España al Darién y a las Antillas. (Historia Natural de las Indias, cap. XXXVI). Muy probable es que, en las primeras expediciones que se hicieron a España de objetos mexicanos, se hayan remitido, y se sabe que el primer Arzobispo de Santo Domingo mandó al Papa un guajolote como presente: lo cierto es que ya los había en Europa en 1530, en donde se comenzaron a propagar con rapidez. Los naturalistas le dieron el nombre de meleagris y de él se conocen tres especies de donde se derivan todas las variedades domésticas. La que vive en los Estados del norte de México y se extiende por los Estados Unidos es el meleagris gallopavo o americana: en nuestros Estados del centro se encuentran aún, aunque raros ejemplares del meleagris mexicana, y la más hermosa de todas, que algo se acerca al pavo real, es la que vive en Yucatán y las fronteras de Chiapas y Tabasco, extendiéndose hasta Honduras y Guatemala: llámase meleagris ocellata. El Prof. Marsh ha encontrado una especie fósil en terrenos miocenos del Estado de Colorado, en los Estados Unidos, y dos especies en terrenos postpliocenos de New Jersey. Entre los fósiles casualmente encontrados en México, no sé que haya aparecido hasta ahora ningún hueso de alguno de estos animales. Los indios mexicanos creían que la parte carnosa y contráctil que tiene en el nacimiento del pico tenía propiedades antiafrodisiacas. Era un animal simbólico.

No tantas como las serpientes, pero hay también entre las aves algunas enteramente fabulosas. Si exceptuamos lo que se dijo de las aves de rapiña de la Mixteca, que comían hombres, todas las demás tienen relación con el agua y con el viento.

"Hay una ave de agua en esta tierra, que se llama atotolli, quiere decir gallina de agua, la cual dicen que es la reina de todas las aves del agua, viene a esta laguna de México cuando vienen las otras aves, que es el mes de julio". No se esconde entre la yerba del lago, "siempre anda en medio del agua, dicen que es corazón de ésta, porque anda en el medio de ella siempre y raras veces parece, sume las canoas en el agua con la gente, dicen que da voces, llama al viento y entonces viene este recio y las sume; esto hace cuando la quieren tomar. El cuarto día aparéjanse todos los cazadores de agua y van a donde está como aparejados para morir, porque tienen costumbre de perseguirla cuatro días y todos éstos está el atotolli esperando a los cazadores sobre el agua; y cuando vienen está mirando, no huye de ellos; y si al cuarto día no lo cazan, antes de puesto el sol, luego se dan por vencidos y saben que han de morir, porque ya se les acabó el término en que la podían matar; y como aquel día se acaba, comienza esta a vocear como grulla y llama al viento para que los suma y luego viene éste y levanta las olas y comienzan a graznar las aves, y pónense en bandas y sacuden las alas y los peces salen arriba; entonces los cazadores no se pueden escapar aunque quieran, muérenseles los brazos, súmense y ahóganse; y si en alguno de los cuatro días cazan esta ave, luego la toman y trábanla por el pico y échanla en la canoa, y estando viva le abren la barriga con un dardo de tres puntas, que se llama minacachalli. Le cierran el pico para que no arroje lo que trae dentro que es "una piedra preciosa o plumas ricas" que guarda en la molleja. Si en vez de esto hallan un carbón, es señal de que quien la cazó morirá luego, si no será dichoso en la caza y en la pesca y se hará rico. Comían la carne de esta ave todos los pescadores y cazadores del agua, repartíanla entre todos y a cada uno cabía poquita y teníanlo en mucho por ser aquella ave corazón del agua, y cuando se va allá donde crían, todas las demás se van tras ella y van hacia occidente". (o. c. v. III. p. 178, 179). Semejante en sus hábitos a la atotolli era la acoiotl; "tiene ésta las piernas cortas, los pies anchos como una mano de persona y tiénelos muy hacia la cola; también es rara esta ave, pocas veces parece, y sume a los que andan en las canoas: toda la fábula que se dice del atotolli de arriba, se dice

también de este acoiotl, es de muy buen comer". Lo mismo sucede con la acitli, libre de agua, que llama igualmente al viento contra los que la persiguen. (o. c.) Es una ave llamada zambullidora por nosotros y por los naturalistas pediseps occidentalis y podilymbus podiseps.

* * *

Parecidas atribuciones a las del águila como animal simbólico y mitológico eran las del océlotl, grande felino qué para el Dr. Hernández no se diferenciaba del tigre asiático, y tigre lo llaman generalmente los escritores españoles. Los modernos naturalistas, siguiendo el equivocado concepto que del acélotl tuvieron los que no muy cuidadosos de este punto de principios del siglo pasado, siguen aplicando en sus diferencias específicas erróneamente el nombre de náuatl. Así dice uno de ellos: "Las pequeñas especies manchadas o listadas del género felis de ambos mundos antiguo y nuevo, llámanse comunmente tigre-gato. De estas especies pequeñas, una de las formas mejor conocidas y hermosamente señaladas, peculiar del continente americano, ha recibido el nombre de océlotl, felis pardalis". (Brit. Encicl. art. océlotl ed. New York. 1900). A las especies más pequeñas los tarascos llamaban güindure, los aztecas, tlacocélotl; a las más grandes era a las que llamaban océlotl los mexicanos.

"Océlotl, dice Clavijero, en mexicano es el nombre del tigre, pero el Conde de Buffon lo da al gato pardo" y felis pardalis es el nombre técnico que lleva equivocadamente el más terrible y majestuoso de los felinos mexicanos, del cual escribe Sahagún que es "el príncipe y señor de todos los otros animales y tiénese en mucho" (o. c. v. III, p. 143). Es entonces el océlotl el jaguar de Sudamérica, una variedad más bien que una especie distinta del felis onza. Mejor que los naturalistas lo han reconocido los arqueólogos y para no crear confusiones a los que aprenden en los tratados de zoología que el océlotl es una especie de gato cerval o lince, prefirieron despojar al animal del nombre náuatl que llevó en su país y darle el de guaraní que llevan sus parientes del sur, llamándolo jaguar.

Los indios lo veían con grande veneración y respeto supersticioso encarnando en él la prosperidad de sus dioses. Cuenta el Sr. Las Casas, que llegó un animal de éstos a la casa de

unos indios en donde se había quedado sola una mujer "y haciendo algún estruendo en la puerta por entrar, la mujer creyendo que era persona abrió la puerta y visto el tigre le dijo: señor, no me mates, que no tengo más de tres pecados. El tigre arremetió con ella y matóla" (Ap. Remesal Hist. de la Prov. de Chiapas y Guatemala. p. 374).

Míztli, dice Clavijero, es el león sin melena de Plino y león lo llama indirectamente Sahagún cuando dice que mazamiztli significa venado león: venado, mázatl; león, miztli. Describiéndolo añade que no es manchado pero sí del mismo tamaño y "en el cuerpo es de la manera del tigre". (o. c. v. III. p. 153). Corresponde en todo al puma de los quichuas del Perú, que los naturalistas clasifican entre los felinos con el nombre de felis concolor. Océlotl y miztli son palabras mexicanas que entran en composición de nombres de felinos menores: así el gato cerval o lince, el acélotl de los naturalistas, lo llamaban los mexicanos tlacocélotl, medio jaguar "porque es pequeño, del tamaño de un gato, es pardo, tiene uñas y manchas oscuras como el tigre pintado" (Sahagún, o. c. v. III. p. 151). A este animal es al que llaman güindure en Michoacán. El cuanmiztli "parece ser onza y si no lo es, no sé a qué otro animal sea semejante: dícen que es parecido al león, sino que siempre anda en los árboles saltando de uno a otro y allí busca su comida, pocas veces anda en el suelo". (Sahagún vol. III. p. 153).

El nombre mexicano del lobo es, según Hernández y Clavijero, cuetlachtli "y en algunos pueblos, donde no se habla con mucha pureza el idioma, se llama tecuani, que es el nombre genérico de las fieras" (Clavijero o. c. v. II p. 274). Sahagún llama a este animal cuitlamiztli, que quiere decir león bastardo. "Come ciervos y gallinas y ovejas" y lo llaman león bastardo por que es glotón; "ni tiene cueva como los leones y de noche come las gallinas y las ovejas y aunque esté harto mata todas las gallinas y las ovejas que puede" (Sahagún, o. c. v. III. p. 153). Si en la antigüedad hubo lobos en la Mesa Central, es cosa que no lo he podido averiguar con toda certidumbre. Lo dicen los escritores antiguos y las leyendas y cuentos populares de los criollos, pero el hecho es que ahora no los hay y a cuantas personas dignas de crédito lo he preguntado desde Zacatecas, San Luis Potosí, Querétaro, Hidalgo, Veracruz, Jalisco y Mi-

choacán para el sud, me han asegurado que no los hay, o que el vulgo los confunde con ciertas especies de zorras y coyotes. El P. Gerste habla del lobo como habitante de las tierras altas de Chihuahua y dice que los tarahumaras lo llaman nariori (o. c. p. 44). Habrán huído al norte, o se habrán exterminado los de la Mesa Central, si los hubo. No todas las cualidades que aplica Sahagún al cuitlamiztli convienen al lobo. Este animal es un osado salteador de caminos, audaz y valeroso: ataca al descubierto y se arroja sobre la presa a la luz del día: la zorra y el coyote, de la familia de los chacales, son cobardes y traidores, rateros nocturnos, ladronzuelos que se aprovechan de las tinieblas para despoblar los gallineros. El lobo, como el león, hace su guarida en las grutas; la zorra y el chacal se contentan con la espesura de los matorrales y los montones de hojarasca. ¿Si hubiera habido lobos en las montañas de la Mesa Central, cómo habría sido posible exterminarlos en tres siglos, cuando en Italia diez veces más poblada que México, persiguiéndolos desde tiempo inmemorial con un encarnizamiento que aquí no se ha tenido nunca, aún cometen sus depredaciones en los Apeninos? Es de tanta fuerza este argumento para mí, que me convence de que la área de difusión de los lobos no pasó nunca, en épocas postglaciales, de las montañas de la Tarahumara y que el canis mexicanus no sea sino el nariori de Chihuahua. Así como lo que llamaron los españoles tigre, no era tigre, ni león lo que llamaron león; así creo yo también no fuera lobo lo que llamaran lobo, y que el cuitlamiztli de Sahagún y el cuetlachtli de Clavijero, no eran sino especies de zorras o chacales como los que reemplazaron a los lobos en la América del Sur. Cierto es que en la Mesa Central se juntan a veces las especies de la fauna del norte con las del sur de América, pero esta es más bien una excepción que una regla general para los Estados centrales de nuestra República.

Las dificultades con que tropiezan los naturalistas para encontrar una demarcación neta y precisa entre el perro, la zorra, el lobo y el chacal, hacen que algunos enumeren a nuestros coyotes, cóyotl, canis latrans, entre los lobos, y en este caso, si el coyote es una especie de lobo, no tengo inconveniente en admitir que hubo y hay lobos en todo el territorio mexicano. "Hay en esta tierra un animal, escribe Sahagún, que se dice cóiotl, el

cual algunos de los españoles le llaman zorro, y otros le llaman lobo, y según sus propiedades, a mi modo de ver, ni es lobo ni zorro, sino animal propio de esta tierra; es muy velloso, de larga lana; tiene la cola gruesa y muy *lamida;* las orejas pequeñas y agudas, el hocico largo y no muy grueso y prieto; tiene las piernas nerviosas, las uñas encorvadas y negras y siente mucho: es decir, tiene los sentidos muy desarrollados, sobre todo el oído, que es a lo que aún entre nuestra gente vulgar se da por antonomasia el nombre de sentido. Es muy recatado para cazar, agazápase y pónese en acecho, mira a todas partes para tomar su caza: es muy sagaz en acechar esta". (o. c. v. III. p. 154).

Entre sus cualidades morales, permítaseme la expresión, según los indios, campeaba la gratitud. A este respecto nuestro autor trae la siguiente historia: "Un caminante yendo por su camino, vió uno de estos animales que le hacía señal con la mano para que se llegase a él; espantóse de esto el caminante y fué hacia donde estaba, y como llegó cerca de él, vió una culebra que estaba enroscada en el pescuezo de aquel animal, y tenía la cabeza por debajo del sobaco de este y estaba muy apretada con él: esta culebra era de las que llaman cincóatl; el caminante como vió este negocio, pensó interiormente diciendo: ¿a cuál de éstos ayudaré? y determinó ayudar a aquel animal: tomó una vardasca y comenzó a herir a la culebra, y luego ésta se desenroscó, cayó en el suelo y comenzó a huír y meterse entre la yerba, y también el animalejo se fué huyendo: de ahí a un rato tornóse a encontrar con el caminante en unos maizales y llevaba dos gallos en la boca por los pescuezos, y púsolos delante del caminante que le había librado de la culebra, e hízole señal con el hocico que los tomase; se fué tras él hasta que llegó a su casa, y como vió donde entraba, fué a buscar una gallina y llevósela a su casa, y dentro de dos días le llevó un gallo". (Sahagún, o. c. v. III. p. 155).

Unido con la virtud de la gratitud, tiene el coyote un vicio capital. "Es diabólico este animal; si alguno le quita la caza, nótale, aguárdale, y procura vengarse de él, matándole sus gallinas u otros animales de su casa; y si no tiene cosa de estos en que se vengue, aguarda al tal cuando va de camino y pónese delante ladrando como que le quiere comer por amedrentarle; también

algunas veces se acompaña con otros tres o cuatro de sus compañeros para espantarle y esto hacen o de noche o de día" (o. c. l. c.)

La mezcla de buenas y malas cualidades en el coyote que le suponían los indios, hacía que en los mitos representara papeles de índole enteramente opuesta. Para los del norte unas veces era el Ahura Mazda, principio de las cosas y benefactor de la humanidad: otras el Ahriman, origen de los males y malévolo causante de calamidades. En México tenía como dios a cargo la música y el baile y como tal le llamaban huehuecóyotl: el viejo coyote.

Con excepción del coxamólotl, comadreja, del cacomiztli, fuina o garduña, ambos del género de las mustelas, los demás carnívoros, insectívoros y aún roedores de pequeñas dimensiones tienen nombres que los acercan al coyote por llevar su nombre en la composición de la palabra que los designa: tal es el azcatlcóyotl, hormiguero; el tlalcóyotl llamado por algunos "zorro o raposo, y come gallinas, fruta, mazorcas de maíz, cosas muertas y sabandijas". (Sahagún o. c. v. III. p. 156) y otros que no vale la pena enumerar.

"Los perros de esta tierra, según el mismo autor, tienen cuatro nombres". Llámanse chichi, itzcuintli, xochiocóiotl, tetlamin y también teuítzotl. Las cuatro clases que describe Hernández, son el techichi, de aspecto melancólico y enteramente mudo, que dió origen a la creencia de "que los perros del mundo antiguo enmudecían cuando se trasportaban al nuevo". En sentido propio este animal no puede llamarse perro, pero como desapareció, según piensa Clavijero, no lo podremos saber con seguridad; los otros tres son, el itzcuintli, itzcuintepotzotli y el xoloitzcuintli. (Clavijero o. c. v. I. 37 vol. II. p. 276). Van de acuerdo con Sahagún en el itzcuintli, que más bien es el nombre genérico de los perros. Habla también después del xoloitzcuintli y está en consecuencia su descripción, más o menos, con la siguiente que trae Clavijero: "En algunos individuos el cuerpo tiene cuatro pies de largo: tiene las orejas derechas, el cuello grueso y la cola larga: lo más singular de este animal es estar enteramente privado de pelo; pues sólo tiene sobre el hocico algunas cerdas largas y retorcidas. Todo su cuerpo está cubierto de piel lisa, blanda, de color de ceniza, pero manchada

en parte de negro y leonado. Estas tres especies de cuadrúpedos están extinguidas, o cuando menos, sólo se conservan de ellas algunos individuos". (o. c. v. I. p. 41). Una sola puede decirse extinta: el itzcuintepotzotli. El itzcuintli, dijimos, era el nombre genérico; el xoloitzcuintli, lo he visto muchas veces en la zona caliente y aún en Nuevo León y el Estado de Texas, de los Estados Unidos, entre las numerosas colonias mexicanas. Del tepeitzcuintli se nos dice que con ese nombre existe un cuadrúpedo en Veracruz y Oaxaca, mas parece que no es de la familia canina. (Peñafiel y Barranco: en la Naturaleza v. II. p. 259) y en algunas partes se da este nombre al tejón. Los demás nombrados por Sahagún no hemos podido saber si son sinónimos de los que traen Hernández y Clavijero, o son otros animales difíciles de identificar. También el perro era animal simbólico y sobre todo el xoloitzcointli.

Nos habla Sahagún de un animal cuyo nombre no lo dice "que parece que es oso, y si no es oso, no sé a qué animal se compare de los que conocemos" (o. c. v. III. p. 152). Clavijero hace también mención de los osos como animales mexicanos y el P. Gerste dice que en las montañas de Chihuahua, los osos están muy lejos de haber desaparecido y que en lengua tarahumara se llaman boji u hoji según el dialecto. El oso gris, sobre todo, ursus horribilis, es el terror de las montañas y animales de carga. (o. c. p. 44). Al no dar Sahagún ni Clavijero el nombre náuatl del animal, es indicio, a mi ver, de que, aunque fuera común en las montañas del norte, no llegaba a la Mesa Central, ni entonces, como sucede hoy día, se encontraban en páises habitados por náuas, otomites, mixtecas, zapotecas, tarascos y mayas, que no hacen mención de este animal ni en los mitos ni en las leyendas y cuentos populares.

Un plantígrado, pequeño relativamente, es por el contrario muy común en esas y todas las otras regiones de México, el mapach o mapachtli, (melis) que también llevaba el nombre de ilamaton, la viejita o ciuatlamacazqui, la sacerdotisa, y nosotros llamamos tejón. "Tiene las manos y los pies de persona, destruye los maizales cuando están verdes comiéndolos, sube a los árboles y come la fruta de ellos y la miel de los magueyes, vive en cuevas, hace su habitación en las montañas, en los riscos y entre las espadañas del agua. En tiempo de invierno, cuando no hay

fruta ni maíz, come ratones y otras sabandijas; algunas veces anda en dos pies como persona y otras en cuatro como animal: hurta cuanto halla". Por la costumbre que tiene de robar "y por tener manos de persona, le llaman mapachitli". (Sahagún o. c. v. III. p. 157).

El grupo de los perissodáctilos, que comprende hoy día las familias aisladas de los caballos, rinocerontes y tapires tiene en estos últimos sus representantes en México. Los tapires se han encontrado fósiles en la Mesa Central y viviendo en Oaxaca, Veracruz, Tabasco y Chiapas. (Galeotti. Reconocimiento del Istmo de Tehuantepec. p. 102.—Peñafiel en la Naturaleza v. III. p. 259). Sahagún nos hace saber que se encontraban en Honduras. Los mayas de Petén los llamaban tzimín y los náuas tlacoxólotl: los mestizos y creollos los llamaban en español danta, anta, anta burro o anteburro; Clavijero y Sahagún hacen la descripción del animal y aunque más ajustada a la verdad la descripción del primero, el reflejar las ideas y modos de ver las cosas de los indios me hacen decidir por la del segundo, que es la siguiente: "Es grande, mayor que un gran buey, tiene gran cabeza, largo de hocico, las orejas muy anchas, los dientes y las muelas muy grandes, pero de forma de una persona: tienen muy grueso el pescuezo y fornido, los pies y las manos gruesas, las uñas como buey pero mayores; tiene las ancas grandes y anchas, la cola gruesa y larga; es de color de buey rojo, tiene muy grueso el cuero, la carne es de comer: dicen que tiene ésta sabor de todos los animales, aves y aún del hombre". (o. c. v. III. p. 151). Importante en la mitología, de él tendremos que ocuparnos después.

Los monos están representados en México por no menos de cinco especies, ninguna con afinidades de los del continente oriental, sino con muchos puntos de contacto con las de Sud América y especies fósiles encontradas en los Estados Unidos. "Críanse", dice Sahagún, "en las partes que llaman Anáoac, que es hacia oriente respecto de México". Al oriente de México precisamente y a la orilla del mar está la Huaxteca, y el vulgo nuestro suele llamar huaxtecos a los monos, lo que prueba que de allí se llevaban al interior del país. Hoy se encuentran más al sur y donde más abundan es en los bosques fronterizos de Belice y Guatemala. "Son estos animales barrigudos, tienen lar-

ga cola y enróscanla, tienen manos y pies como persona y también uñas largas: gritan, silvan y cocan: tienen cara casi como de persona, son peludos y vellosos, tienen las ancas gruesas: se crían en los riscos" (o. c. v. III. p. 162). Animal mitológico, tenía que ver con la música y la danza: con frecuencia se representa en los códices, y la descripción de Sahagún más bien parece tomada de las pinturas y numerosas estatuitas que hacían los indios, que sacada del natural. El mono se llama en mexicano otzomatli y ni Sahagún ni Clavijero, ni algún otro autor antiguo que yo sepa, dicen que fuera este nombre consagrado al animal que llevaba una representación en los ritos y en el calendario como dice un moderno escritor.

El tlacuátzin, dydelphus opossum, es el único de los marsupiales que vive en México. De tales virtudes creían su carne y sobre todo su cola, para los alumbramientos difíciles y prolongados, que se cuenta de un perro que la comió y arrojó hasta los intestinos. (Sahagún o. c. v. III. p. 159). Huitztlacuatzin, dice Clavijero, es una especie de puerco espín mexicano y tozan o tuza el topo de México. (o. c. v. I. p. 42).

Hay ardillas techálotl y tlalmolotli: sus más comunes especies son el scurus hypopyrrhus, scurus variegatus y spermophilus mexicanus. Los coras, huicholes y otras tribus del norte las veían con superstición, de que no estaban exentos los indios del interior. En el códice Magliavecchi, de Florencia, se menciona entre las divinidades de los náuas un dios techálotl. Los cérvidos tenían el nombre complexivo de mázatl, pero los naturalistas, entre otras distinguen las especies de cervus mexicanus, cariacus toltecus y coassus rufinus. "Hay otra manera de ciervos que llaman tlamacazcamazatl, es largo y alto, la cara tiene manchada alrededor de los ojos, de negro, y abajo de los ojos tiene una beta de blanco que atraviesa por todos los hocicos" (Sahagún v. III. p. 163). También era un animal ritual el venado, mitológico y legendario.

Del género dasypus tenemos el ayotochtli llamado así conforme al parecer de Sahagún y Clavijero, de áyotl calabaza y tochtli conejo. "Por la semejanza, aunque imperfecta, que tiene con el conejo cuando descubre la cabeza, y con la calabaza cuando la oculta en las conchas". (Clavijero o. c. v. I. p. 37). Los españoles lo llamaron armadillo y este nombre pasó a otros idio-

mas europeos. No estoy muy conforme con la etimología del nombre mexicano: en este idioma, áyotl, no sólo significa calabaza, sino también tortuga, y a mi parecer el carapacho de un armadillo se puede mejor parangonar con el de un quelonio que con una cucurbitácea. El conejo con una concha de tortuga representa mejor un ayotochtli que el tochtli con una calabaza. Era también el conejo un animal que tenía alguna importancia en el simbolismo ritual cronológico y astronómico y muy abundante en todas partes del país. A la liebre le decían çitli y una que otra vez tiene cabida en los mitos. Era y es muy abundante también.

Los ratones tenían varios nombres en mexicano, o más bien los indios reconocían varias especies o variedades de estos pequeños roedores. El más común y genérico era quimichin: a otros llamaban tepanchichi, perro de pared; a otro tepanmántzatl, barreno de pared, a otro cálxoch, casero y calquimichtin, ratón de casa, para distinguirlo del del campo. (Sahagún, v. III. p. 165). Ratas no había en México. Clavijero dice que llegaron en las naves españolas y rápidamente se difundieron por todas partes.

Notable más que por su hermosa piel, es por la insoportable y penetrante fetidez que despide el epatl, mephitis americana, llamado zorrillo por los españoles.

Acabo de leer en un libro publicado en inglés pocos años ha, que los mayas probablemente tenían cerdos domésticos. Nada más improbable. El sólo animal que pudo acaso haberse domesticado y tomar ciertas apariencias del cerdo fué el único representante de la familia que se encontró en América y Buffon llamó pecary, tomando la palabra de un idioma de Sudamérica. Los mexicanos le decían coyómetl y, por ciertas apariencias exteriores, los españoles le pusieron jabalí. (Clavijero o. c. v. I. 36 II. 306). "Es muy semejante al puerco de Castilla, dice Sahagún, y aún algunos dicen que es puerco de allá". (o. c. v. III. 158). No era exacto, y la glándula odorífera que tiene el coyómetl en el espinazo, mientras no existe suino europeo, doméstico o salvaje con ella, es muestra más que suficiente para indicar su origen americano.

Pétzotl, glotón, llamaron los aztecas al cerdo que les llevaron de Europa, tomando el nombre de un animal que tenían,

por la semejanza de la voracidad insaciable más bien que por la forma exterior. "Porque de todas cosas come mucho y nunca se harta y de aquí se tiene costumbre de llamar pétzotl al que siempre anda comiendo y donde ve alguna cosa de comer, luego arremete a tomarla". Así pues "llamaban también pétzotl al puerco de Castilla porque come como este animalejo a quien dicen glotón o pézotl" (Sahagún o. c. v. III. p. c.) En Centroamérica llamaban pizote o pitzotl al tejón, del cual dice el P. Coto que su nombre, en cakchiquel, era tzitz. "Pizote: un animalejo como el tejón o el mismo, tzitz, son caserositos cuando se cogen pequeños y traviesos mucho, y de aqueste animal toman el decir cuando un muchacho es travieso, tzitzulah aqual" (Diccio. cakchiquel. ap. Brinton) ¿Era el gulo luscus, el pétzotl, que dió su nombre a los cochinos europeos? Lo ignoramos, pero no era ciertamente un animal de la familia suina, ni el glotón de las latitudes del norte.

Ninguno de los escritores antiguos que tratan de las costumbres de los indios habla jamás de cerdos que tuvieran domesticados, cuando no dejan de recordar que "criaban perrillos para comer". Landa y Cogolludo, que tratan exclusivamente de los mayas, nos dicen los animales domésticos que tenían y el cuidado que ponían para domesticarlos, al grado de hacernos saber que las mujeres llegaban hasta a dar el pecho a los cervatillos para conseguir su domesticidad; pero nada dicen de los cerdos.

"La carne del coyómetl, es buena de comer", dice Clavijero, pero no dice que la comieran los indios, aunque comían cuanta carne se les presentaba inclusive la del épatl o zorrillo: tampoco Sahagún nos dice que comieran la del coyómetl, cuando no deja nunca de apuntar cuáles eran los animales de carne comestible para los indios o que usaran como medicina o por motivos supersticiosos. No sólo pero ni aún sabemos que lo cazaran en México como lo hacían los españoles, acostumbrados en Europa a la caza del jabalí y si lo dice Muñoz Camargo, no hay que fiarse de su testimonio por ser reciente. Herrera cuenta que lo cazaban los indios de Honduras pero no de filiación maya.

No escasea el coyómetl en nuestros días, han hablado de él y he visto algunos ejemplares y sus huellas en muchas partes:

algunos perjuicios debe haber causado en sus sementeras a los indios como aún ahora los causa y con todo, no obstante que tuvieran una mitología zoológica bien surtida en donde tomaban parte el tapir, el acélotl, el míztli, el cóyotl, el mázatl, el tochtli, el citli y algún otro mamífero más, ni para la mitología, ni para la leyenda, ni para los cuentos en donde muchos otros mamíferos toman parte, hacían caso alguno del coyómetl: Mientras hay nombres geográficos compuestos con los de muchos animales y mientras en los nombres propios figuran hasta las moscas, axayácatl y los ratones quimichin, nadie se acuerda del coyómetl. Tanto olvido no parece casual y debe haber tenido origen en algún motivo religioso que escapó a las investigaciones de los misioneros; mas de esto por ahora no nos tenemos que ocupar.

* * *

Lo que hemos terminado de bosquejar fué la tierra y los elementos naturales con que, en animales y vegetales, enriqueció la Providencia a las regiones, una muy pequeña parte de las cuales acababa de visitar Francisco Hernández de Córdoba, en donde lo habían recibido tan mal los mayas. No eran sólos los que la habitaban, y muchas otras tribus independientes unas de otras, de lenguaje distinto, se albergaban en ella. Vamos a conocerlas aunque en globo y muy superficialmente, que ya tendremos tiempo de entrar en relaciones más íntimas con las principales y más interesantes de ellas.

Los mayas no solo ocupaban las regiones que tocaron los castellanos en su primer viaje de exploración, sino además del Estado de Yucatán, al que pertenecían esas regiones, el de Campeche, el territorio de Quintana Roo y una parte del Estado de Tabasco. La otra estaba en posesión de los chontales desde las fronteras de Campeche, casi hasta el río de Coatzacoalcos, por toda la costa del Golfo y el sur de las montañas que confinan con Chiapas.

Las noticias etnográficas de muchas de las tribus de nuestro territorio, sobre todo, de aquellas que estaban en algún contacto con los nauas, llegaron hasta nosotros por intermedios de pueblos de esa raza o que usaban su idioma, tales como los que vivían en el valle de México, que fué donde tomaron sus

noticias los primitivos escritores españoles. La raza naua estaba muy extendida; era la que dominaba en el centro y estaba esparcida por todas partes. Una fracción de ella la encontraron los españoles establecida en el río de Coatzacoalcos, otra en las bocas del Usumacinta en la punta de Xicalanco; de la laguna de Términos. El país, donde estaban establecidos los primeros, lleva el nombre de Nonoualco, Nonoalco u Onoalco, y esta denominación se extendía al Sur por el territorio de Tabasco, no se sabe con seguridad hasta donde, pero en el sentido de los nauas, quizá hasta Xicalanco, a la entrada de la Península de Yucatán, para ellos conocida vagamente con este nombre, como Tabasco con el de Nonoalco.

Chontalli, el nombre que dieron a la tribu que vivía en Tabasco, es palabra náuatl y significa extranjero. No era, pues, sino un nombre común que se aplicaba a aquellos que no hablaban el mismo idioma de los nauas de Coatzacoalcos; y como esto mismo se repetía en otras partes, de aquí la mala inteligencia de querer hermanar tribus enteramente distintas tan sólo porque se les daba el nombre de chontalli, como sucedía con otras establecidas en Oaxaca, en Guatemala, en Honduras y Nicaragua. Lo mismo sucedió con otras palabras nauas que significan vecinos, extraños, torpes, incultos, de distinto idioma, y se tomaron como nombres étnicos.

Los Chontales de Tabasco eran de la familia maya y su lengua tan parecida a la que se hablaba en Yucatán, que los intérpretes de Cortés que conocían ésta, podían entenderse perfectamente con los que hablaban aquélla, argumento tan fuerte, que ya no hay ahora quien dude que era de origen maya la tribu que habitaba en Tabasco (véase Cyrus Thomas. Mexican Languages). No ocupaban los chontales todo el territorio que hoy abraza el Estado de Tabasco. Además de algunos establecimientos nauas en las montañas del norte que se extienden hasta el istmo de Tehuantepec, vivían los zoques, próximos parientes de los mixes, que ya ocupaban terrenos de Oaxaca y Veracruz y al norte estaban lindando con ellos.

Los mayas de Campeche y los chontales-mayas de Tabasco confinaban al sudoeste con otras tribus de la misma filiación, establecidas en Chiapas, cerca de las fronteras de Guatemala y penetrando en la América Central, por esta República como los

mayas de la península de Yucatán penetraban por Honduras. Las tribus de Chiapas eran los lacandones, xoquinoes y choles ramificados hasta la Verapaz, en Guatemala: los tzotziles, tzendales o tzentales al Este de los zoques y los mames con todas sus ramificaciones y subtribus que no todas quedaban dentro de los actuales límites de nuestra República. Entre esas y otras tribus más, de filiación maya todas, vivía una que no lo era, los chiapanecos, establecidos en Chiapan y que dieron al Estado su nombre. A esta tribu, que por haber sido la más conocida de los nauas que tenían algunos establecimientos en Xoconochco, aunque de las menos importantes de Chiapas, suelen atribuir injustamente los conocimientos cronológicos, tradiciones y, en general, la cultura, poca o mucha que de sus mayores heredaron los zoques, tzotziles y tzendales que antes que ellos ocuparon el territorio. Créense los chiapanecos emparentados con familias de distinto origen de los mayas, radicadas en la América Central, como igualmente otros chontales y los huaves de Tehuantepec vecinos de los mixes.

Volvamos a las regiones orientales. Desde el río de Coatzacoalcos al Papaloapan o Alvarado había establecimientos nauas. Nada hay más ambiguo que los confines de los territorios de los indios, una vez que ellos mismos no los tenían bien determinados y variaban constantemente. De Nonoalco, al norte seguía Cotxtla o Cuetláxtlan. Para Clavijero todo el territorio entre Coatzacoalcos y Papaloapan, queda fraccionado en tres partes: al sur, una fracción de Nonoalco, en seguida Aualulco hacia el norte y un territorio bastante extenso con el nombre de Coatzacoalcos, al que seguía Cuetláxtlan al norte del Papaloapan abrazando en su comprehensión las playas de Chalchiuhcuecan, donde está la ciudad de Veracruz, hasta el pequeño río de la Antigua o río de Cempoala. Nos faltan datos para llegar a una certidumbre, por lo menos relativa, de tales denominaciones territoriales que juzgamos no tenían entre los indios la amplitud que les daban los españoles.

En lo que sí no cabe duda, es en que toda esa parte de la costa del Golfo de México al norte de los chontales, estaba sembrada de poblaciones nauas, más o menos importantes, hasta el río de la Antigua, en donde comenzaba el territorio de los totonacos extendido por la costa hasta el río de Tuxpan y entra-

da meridional de la laguna de Tamiahua. No eran provincias las que se extendían por el mar desde el país de los chontales al de los totonacos; eran pueblos independientes unos de otros, sin más sujeción que la que les imponía el más fuerte y más atrevido, obligándoles a pagar cierto tributo. Al interior, no faltaban, de cuando en cuando, pueblos nauas, ya mezclados con los zapotecas, que vivían al sur, en lo que es hoy Estado de Oaxaca, y con los totonacos en el mismo Estado de Veracruz.

A los zapotecas seguían más al sur, los mixtecas en el mismo Estado de Oaxaca, extendiéndose por las costas del Pacífico hasta el istmo de Tehuantepec. La línea divisoria de ambas tribus en el interior era tan incierta y vaga, que no nos es posible definirla. Los mixtecas ocupaban por lo general las montañas, los zapotecas los valles, pero como había zapotecas en los montes, no faltaban tampoco mixtecas en los planos.

Otras varias tribus, habitaban con todos ellos en el Estado de Oaxaca, llegando hasta los limítrofes de Veracruz y Puebla al norte, y de Guerrero al Suroeste. Tales eran los chatinos y amuzgos o amuchcos de la misma prosapia de los chochos o chuchones que llegaban hasta el Estado de Veracruz, y opinan algunos eran de la misma familia de los popolocas de Puebla. Lo eran seguramente de la de los yopis o tlapaltecas, extendidos más bien por el Estado de Guerrero, hasta llegar al puerto de Acapulco, que a ellos pertenecía. Estas tribus todas tenían afinidades más o menos estrechas con los mixtecas, quienes también entraban al Estado de Guerrero y confinaban allí con los couixcas de origen naua.

Venían los mazatecas y cuicatecas ligados con parentesco más bien con los zapotecas, pero que vivían entre éstos y los mixtecas en Oaxaca. Eran de la misma afinidad étnica según el Sr. Pimentel, los chinantecas, broncos y salvajes, pero de vida sedentaria que tenían sus guaridas en las barrancas y quebradas que dividen a Oaxaca de Veracruz y Puebla. Otros hacen a los chinantecas afines de los Huaves de Tehuantepec, lo mismo que a los popolocas de Puebla de la familia de los mixes y zoques. A decir verdad las afinidades de estas tribus están muy lejos de recibir una definitiva solución y más me inclino a afiliarlas al grupo mixteco-zapoteca con el Sr. Pimentel.

Confinando con los totonacos en el río de Tuxpan, estaban

en el Golfo de México los cuextecas o huaxtecas, y seguían por la costa sus tierras hasta la desembocadura de Pánuco. Los totonacos se creen una tribu mezclada de nauas y de mayas: por lo menos así aparece su idioma; los cuextecas no cabe duda que son mayas de origen. Estos entraban a los Estados de Hidalgo y S. Luis Potosí, tomando también algún terreno del Sur de Tamaulipas. En Hidalgo confinaban, por el poniente y Sur, con los metzcas de origen naua y en S. Luis Potosí y en Tamaulipas, con los pames, xanambres y tamaulipecos, los primeros cierto, los segundos muy probablemente de filiación otomite, como además los xanambres y tamaulipecos, se juzgan los pisones y en general las tribus de Tamaulipas que confinaban con las de S. Luis Potosí.

Enteramente bárbaras eran todas las tribus de la margen izquierda del Pánuco, y no menos los coahuiltecas que habitaban y dieron nombre al Estado de Coahuila, extendiéndose por Nuevo León y Tamaulipas, como un ramal de la familia Pakawana radicada en los Estados Unidos. Los coahuiltecas tenían al Sur a los cuachichiles en Nuevo León y Coahuila y los pames que llegaban hasta S. Luis Potosí. Los cuachichiles eran nómadas y llevaban sus excursiones vandálicas hasta Zacatecas. No eran más quietos los hualahuises y en general las tribus que tenían su centro de correrías en Nuevo León y Coahuila. Los zacatecas que dieron su nombre al Estado en donde más frecuentemente moraban, no sólo eran salvajes y fieros, sino, como dice el P. Arlegui, se complacían en comer carne humana (Crónica de la Provincia de Zacatecas) Allí vivían menos salvajes los huicholes de la familia de los nayaritas y coras. Numerosos eran los tepehuanes, divididos en varias sub-tribus que desde Durango se extendían por Chihuahua, Coahuila y Nuevo León.

Los tarahumaras estaban establecidos en las sierras de Chihuahua y allí tenían sus guaridas los apaches, Tobosos, Conchos, Comanches y otras innumerables tribus de merodeadores, azote de los Estados fronterizos de México y los Estados Unidos. Los Apaches, Tobosos y otras tribus y sub-tribus de la familia, que estaban establecidas en Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Durango, eran ramales de la grande familia atapascana, la más numerosa y extendida de los Estados Unidos, y los Co-

manches con los shoshones, rama del mismo tronco de los atapascas que, confinando con los esquimales, abrazaban en el norte del Canadá y los Estados Unidos, del Atlántico al Pacífico.

En la Baja California habitaban al norte los cocopas y cochimíes, emparentados con los yumas de la Alta California y al Sur, los pericúes con otras tribus inferiores del mismo linaje pericú. Los seris, con los guaimas y upanguaimas de su misma estirpe, tenían la isla del Tiburón en el Golfo de California, y pequeñas extensiones en la costa de Sonora. Había también allí y más al Sur en Sonora, un hervidero de tribus y sub-tribus menos salvajes que las vecinas de Chihuahua, pero muy abajo en la escala de la cultura. Las principales eran los ópatas y los pimas, emparentados casi con todas ellas y aún con los nayaritas y coras de Tepic.

Los jovas y pápagos, los sabaipures y julimes vivían más bien en Sonora, mientras que los cahitas, mayos y yaquis con las familias consanguíneas, llegaban a Sinaloa y partían términos con los sinaloas, que dieron nombre al Estado, y con los tehuecos que estaban avecindados allí y los acaxees de Zacatecas. Cansada y de ninguna importancia sería la enumeración de todas las tribus conocidas, nómadas o salvajes del Norte, asignando a cada cual su territorio en los Estados limítrofes de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Querétaro e Hidalgo. Estos tres últimos Estados, estaban poblados de otomites; en su totalidad, como Querétaro; en la mayor parte de su territorio, como Guanajuato, en donde sólo una faja tenían los tarascos que habitaban en Michoacán hacia las fronteras de ambos Estados; y mezclados con otras tribus, sobre todo nauas, como en Hidalgo.

Desde el río de Piaxtla, en Sonora, hasta Acapulco, en Guerrero, toda la costa del Pacífico estaba poblada por familias nauas, que se extendían hacia el interior bajo diversos nombres, en Jalisco, hasta la entrada del río Lerma, en el lago de Chapala: en todo el Estado de Colima; el Norte de Guerrero por toda la orilla del Mescala; todo Morelos, casi todo Puebla y el Sur del Estado de México abrazando el valle. Al nordoeste del Estado vivían los matlaltzincas que confinaban con Guerrero y Michoacán, y al nordeste los mazahuas, de familia otomite, que confinaban con ellos. Familias otomites había acá y allá en los Estados de México, Puebla y Tlaxcala, en donde pre-

dominaban los nauas. Los pirindas de Michoacán, que vivían entre los tarascos que ocupaban la casi totalidad del Estado, no eran sino una fracción de los matlaltzincas.

Eran pues innumerables como se ve, las tribus indígenas que poblaban el territorio mexicano cuando por vez primera pusieron en él sus plantas los descubridores españoles. Por centenares las enumeran en sus crónicas los religiosos misioneros y en sus relaciones los primeros escritores europeos. Pero no eran todas de distinto origen y raza diversa. Las tribus se habían dividido y subdividido; y de unas, otras se habían formado. Los pueblos eran independientes en lo absoluto; a lo más grupos de ellos, más o menos grandes, formaban ciertos señoríos, malamente llamados provincias por los autores españoles. En estos señoríos, los pueblos que dependían del principal, sólo estaban vinculados a él por los servicios personales que tenían que prestar sus habitantes y los tributos que en ciertas épocas pagaban, uniéndose todos para acometer o defenderse bajo las órdenes del Señor del pueblo principal. El idioma, la religión y las costumbres eran siempre el vínculo de unión entre los pueblos de un señorío; pero aún con la misma lengua, religión y costumbres había muchos señoríos no sólo independientes sino en guerras continuas unos y otros con el único fin de hacerse tributarios, mas no súbditos.

Esto hizo que a los primeros conquistadores y misioneros les pareciera infinito el número de las tribus; pero, como uno de los cronistas dice acertadamente, mientras mejor se iban conociendo las tribus más se acortaba su número, y el estudio comparativo de los idiomas hizo reducir mucho más el número de las razas. Este estudio es el único recurso de que podemos echar mano por ahora para clasificar nuestras razas indígenas y a él se han dedicado con mucho empeño nuestros lingüistas.

Muy cierto es lo que dice el Prof. Gamio, que: "de acuerdo con el concepto antropológico moderno, las agrupaciones humanas están caracterizadas por la concurrencia de estos tres aspectos inseparables: 1° Su tipo físico o étnico, es decir, las características anatómicas y fisiológicas, individual y seriamente consideradas.—2° Su tipo cultural, o sea las manifestaciones intelectuales y las obras materiales.—3° Su tipo lingüístico, o sean los idiomas y dialectos que les sirvieron como medios de comu-

nicación" (La geografía arqueológica de México, Bol. de la Soc. de G. y E. quinta p. t. VIII. n. 2. p. 233). Mas tratándose de agrupaciones humanas constituidas algunos millares de años antes que nosotros las pudiéramos observar, tenemos que comenzar por aquel de los aspectos que más fácilmente se puede estudiar, la lingüística, dejando al análisis y la síntesis el trabajo de darnos a conocer cuáles son las manifestaciones de la inteligencia y las obras materiales que debemos adjudicar a cada uno de los grupos encontrados por la glottología según el criterio del Sr. Mena. Porque tratándose de nuestros indios y refiriéndonos a los tiempos prehistóricos, el tipo físico y étnico es tan difícil de especificar en los diversos grupos, que uno de los antropólogos más entendidos, el Dr. Hrdlicka, cuyos profundos estudios de los aborígenes del continente americano nadie puede poner en duda, después de hacer notar todas las semejanzas e identidades anatómicas y fisiológicas encontradas en todos ellos, concluye que, "una clasificación de los indios en más de una raza se hace casi imposible". Admite ciertamente algunas diferencias locales pero añade que "estas variaciones y desarrollos son fluctuaciones entre la misma raza de origen más o menos remoto". (Genesis of the American Indias. Pros. of the 19the. Inter. Cong. of Amer. p. 567).

Contrayéndonos a los indios de nuestra República, las mezclas y cruzamientos, debidos a las migraciones y guerras hacen más difíciles de discernir en ellos estas variaciones y desarrollos, y poco nos podrá servir la antropología para reunir los diversos grupos sin atenernos a la cultura después de haber tomado por base la lingüística, buscando primeramente por su medio un modo, aunque no infalible, de reunir y reducir el número de las agrupaciones étnicas que poblaban nuestro territorio en la época en que fué descubierto por los españoles.

* * *

Las lenguas americanas comenzaron a codearse con los idiomas de naciones más cultas en el "Catálogo de las Lenguas" del P. Hervás, jesuíta español del tiempo de la supresión de la Compañía de Jesús a fines del siglo XVIII. De una manera formal y sistemática, pero bajo un aspecto distinto, estudiaron las mexicanas, nuestros compatriotas el Sr. Dn. Francisco Pimentel y

Dn. Manuel Orozco y Berra, logrando ambos reducirlas a pocas familias, y las innumerables tribus de nuestros indios, a grupos etnológicos relativamente no muy numerosos. La clasificación del Sr. Orozco, como él mismo lo dice, fué "siguiendo única y exclusivamente la autoridad" (Geografía de las Lenguas y carta Etnográfica de México). La del Sr. Pimentel tuvo por base la directa comparación de las gramáticas, diccionarios y otros escritos en lenguas mexicanas que pudieron llegar a su alcance. Sus conclusiones fueron recibidas por el Sr. Orozco y la obra del Sr. Pimentel sirvió de base para la clasificación de las lenguas y agrupaciones de las tribus mexicanas. (Orozco y Berra. Historia Antigua de México. v. II. p. 244).

Encuentra el Sr. Pimentel que las familias lingüísticas a que se reducen los idiomas mexicanos y, por consiguiente, los grupos etnográficos de sus tribus son diez y nueve, a saber: I Mexicana. II Sonorense u ópata-pima. III Comanche. IV Texana o coahuilteca. V Keres-zuñi. VI Mutzun. VII Guaicura. XIII Cochimí-laimón. IX Seri. X. Tarasco. XI Zoque-mixe. XII Totonaca. XIII Mixteco-zapoteca. XIV Pirinda o Matlaltzinca. XV Maya. XVI Chontal. XVII Idiomas oriundos de Nicaragua, huave y chiapaneco. XVIII Apache. XIX Otomite. (Pimentel cuadro comparativo y descriptivo de las lenguas indígenas de México).

Estudios posteriores han confirmado que el grupo ópata-pima debe unirse al naua, y así lo hacemos reuniendo los dos en uno solo naua-ópata-pima, que para mayor brevedad llamaremos simplemente naua. Como el shoshone se ha reducido al atapasca, resulta que el apache y el comanche se reducen a esta familia también: (Powel. Linguistic Familis of American Indians) pero el atapasca no es una familia de México sino de los Estados Unidos, por consiguiente, ceñidos, como queremos estarlo, a las tribus propiamente mexicanas, es decir, a las que tienen el tronco y raíces en el territorio que hoy se llama República Mexicana, tendremos que dejar a un lado a esas dos tribus con todas las otras que les son afines, por no pertenecer su tronco a nuestro país y no estar en él plantadas algunas de sus más importantes ramas.

Lo mismo hay que hacer por idénticos motivos con las ra-

mas mexicanas de las familias pakawana, keres-zuñi, mutztun, huave y chiapaneca. De las lenguas de la Baja California que el Sr. Pimentel reúne en dos familias, considerando que las del norte están ligadas con la familia yuma, dejamos únicamente las del sur comprendidas bajo el nombre de pericú.

Es opinión del Sr. Pimentel, que el totonaco sea una mezcla de nauatl y maya. Si se atiende a la tribu, sus costumbres y modo de ser, los cuextecas se acercan más a ellos que los nauas, y cuextecas se decían como lo atestigua Sahagún. Siendo esto así más se aproximan a los mayas ya que, en esto no hay duda, eran de la misma familia de los cuextecas; y en efecto, "la tendencia de los modernos lingüistas", dice Cyrus Thomas, "es de colocar la lengua totonaca en la familia maya" (o. c. p. 49).

Después de los estudios del Lic. Belmar acerca del otomite con relación al grupo mixteco-zapoteca, creo deben fundirse en una sola estas dos familias. (La familia mixteco-zapoteca en sus relaciones con el otomite) Esto ya se había hecho con el matlaltzinca que fué reconocido también de la familia otomite (Cyrus Thomas. Indian Languages of México) El mismo autor hablando de los chontales dice: "Gran confusión reina en lo que se refiere a este nombre, que no sólo se aplica al pequeño grupo de Oaxaca, sino a uno de Tabasco y a otro de Nicaragua, ambos colocados por Orozco y Berra en la familia maya. Sin embargo ahora ya se sabe que solamente los de Tabasco y algunos de Guatemala y Honduras, a los que se aplicó algunas veces este nombre, pertenecen a dicha familia. Las lenguas de los grupos de Oaxaca y Nicaragua pertenecen a un tronco muy distinto". (o. c. p. 58). Compuesto el grupo otomite de las familias otomite-mixteca-zapoteca-matlaltzinca, para abreviar lo llamaremos únicamente otomite.

Las diez y nueve familias del Sr. Pimentel, con las restricciones antes propuestas, quedan reducidas únicamente a las siguientes. I Naua. II Pericú. III Seri. IV Tarasco. V Mixe. VI Maya. VII Otomite. Las familias seri y pericú, por su salvajismo y número tan reducido de individuos que la usan, al grado que la segunda se halla enteramente extinguida, son tan insignificantes, que a nadie escapa su ninguna importancia etnográfica. Los mixes y zoques no llegaron hasta ese grado, pero tampoco gozaron de más histórico prestigio, que el que les dieron las in-

vasiones zapotecas y nauas. Con algunas tradiciones, reflejo de las de estas dos tribus, los mixes no son sin embargo para compararse con las que se llamaron civilizadas y que nos dejaron el recuerdo de su arte y sus monumentos.

Reducidos al Estado de Michoacán, los tarascos si llegaron a un grado de cultura superior al de los mixes, lo deben al pueblo que conquistaron y se asimilaron; su cultura no es sino la de ese pueblo que desapareció de Michoacán a su impulso y que era un pueblo naua, los tecos. (Los tecos en Anales del Museo Michoacano vol. II). La importancia de los tarascos es entonces la de los nauas y como si fueran una tribu derivada de esta raza, hay que tratarlos en cuanto a la cultura; por lo demás, aparecen, cuando los otros pueblos ya tenían recuerdos y tradiciones y su influencia al estudiar los orígenes es de tan poco valor en ese sentido como la de los mixes, seris y pericúes. Con todo veremos quienes eran los tarascos y procuraremos rastrear su origen.

Nos han quedado tres numerosísimas e importantísimas familias etnográficas. I los otomites, II los nauas, III los mayas.

* * *

Todos nuestros cronistas e historiadores están conformes en que los otomites fueron los más antiguos pobladores de México. Parte fabuloso, parte histórico, aparece en las tradiciones el nombre de otro pueblo primitivo tomado como sinónimo del otomite: formaban este pueblo los quiname o quinamétin, que considerados mitológicamente son los gigantes fabulosos que perecieron en el diluvio; pero históricamente fueron vencidos y sujetados por un pueblo que vino después, y en ese caso son los otomites. Una vez que históricamente considerados otomites y quinametin son nombres sinónimos del pueblo primitivo, teniendo que comprender en la familia etnográfica otomite una tribu que lleva este nombre hasta hoy, me propongo, para evitar confusiones, llamar complexivamente toda la familia con la palabra quinametin, dejando la que lleva el de otomite para la tribu particular que se conoce con este nombre.

No se presenta dificultad igual para los nauas: Sahagún así llama colectivamente a todos los que usaban la lengua que se hablaba en Tlaxcala, México y Texcoco, y nadie da este nom-

bre a ninguna tribu determinada, pues cuando parece que a alguna se quiere aludir, no se le asigna territorio y la referencia más bien se relaciona con pueblos determinados que hablaran un dialecto más rudo y arcaico que el que estaba en uso en México y en Texcoco cuando los españoles llegaron. Mayas seguiremos llamando con los filólogos a todas las tribus que comprenden la familia lingüística maya-quiché, incluyendo en ella, de contado, las ramas centro-americanas. Al llegar a tratar de acontecimientos en que la nomenclatura pudiera acarrear confusiones, ellos mismos se encargarán de proporcionarnos los medios de remover cualquiera ambigüedad que se presentara con más propias expresiones que distingan a los mayas pobladores de Yucatán, de las demás tribus de su misma familia etnográfica.

Tres eran según las conclusiones de la lingüística, las más grandes e importantes familias etnográficas que poblaron nuestro país y tres fueron también las razas que sabemos por las tradiciones hallarse establecidas en él, en los tiempos más remotos. La primera y más antigua es la raza de los quiname, quinametin o gigantes, que, como acabamos de decir, históricamente no son sino los otomites, de quienes los indios decían no saber cómo ni de dónde habían venido. Comunmente los llaman chichimecas, palabra que, cualquiera que sea su origen y significación etnológica, para los indios no tenía la noción de advenedizos, que alguien le quiere dar, sino incluía el concepto de salvajes vagamundos, sin hogar ni lugar fijo de residencia. Ixtlilxóchitl les asigna un antiquísimo jefe mitólogico, por nombre Tlaloc, dios del agua, que era gigante, según dicen, y, como ellos ni había venido de otra parte, ni había dejado nunca el país.

De los segundos pobladores, suele comunmente decirse en las crónicas y en los anales de los indios, que llegaron de fuera. Debido a la palabra chichimeca que se les aplica, se confunden por un lado con los otomites y por otro con tribus nómadas posteriores muy próximas a los tiempos históricos. Procuraré demostrar que las migraciones de esta segunda tribu, que es la naua, no están de acuerdo con las genuinas tradiciones veladas en los mitos mexicanos. La opinión más corriente entre los escritores indios no muy antiguos, es que tales inmigrantes supuestos, llamados por ellos teochichimecas o también chichime-

cas como dijimos, vinieron de lejanas regiones situadas al noroeste y conducidos por Mixcóatl, dios de la caza y padre también de los progenitores de todas las principales tribus que vivieron en México, sin excluir al caudillo de los debatidos tultecas, Quetzalcóatl. De donde se desprende haber los teochichichimecas ocupado el país antes que aquellos que trajeron la cultura según las tradiciones. Si por una parte los teochichimecas nauas no se deben confundir con los posteriores chichimecas, tampoco hay que identificarlos con los otomites con quienes encontramos en las leyendas que combatieron los compañeros de Mixcóatl. (Historia de los mexicanos por sus pinturas cap. VIII pág. 236).

El tercer pueblo que aparece en las tradiciones es un pueblo que llega trayendo las artes y la cultura que derrama entre los habitantes que encuentra. A estos terceros pobladores llaman los escritores antiguos ordinariamente toltecas, pero también los llaman ulmecas, nombres sinónimos que equivocadamente se ha creído representar dos tribus distintas. Representan una sola. Quetzalcóatl, jefe de los toltecas era también el jefe de los ulmecas. Los toltecas fundan el reino de Tula, los ulmecas el de Tamoanchan; históricos o mitológicos, veremos que son la misma cosa. De ambos, pues, tiene que ser el fundador Quetzalcóatl. "Está el negocio de este reino de Quetzalcóatl", dice Sahagún, "entre estos naturales, como el del rey Artús entre los ingleses". (o. c. v. II. p. 266).

Sin pretenderlo, no pudo nuestro cronista haber escogido mejor símil para darnos exacta idea del personaje mitológico, legendario y hasta cierto punto histórico de nuestros indios, que el héroe igualmente mitológico, legendario e histórico de los ingleses. Arthur o Artús, como escribe Sahagún y se encuentra ortografiado en antiguos documentos del País de Gales, es muy probablemente la transcripción de los celtas insulares del dios de los continentales Artaios, que en una inscripción encontrada en Francia, se identifica con el Dios de los romanos Mercurio; Artús o Artaios tenía por consiguiente que ser, si no el mismo, un dios muy semejante en sus divinos atributos a Mercurio. Entre los dioses mexicanos, no hay ninguno que tanto se parezca al romano como Quetzalcóatl. Las crónicas de Geoffrey de Monmoult, y mejor que ellas, las novelas de los caballeros

de la Mesa Redonda y del Santo Grial tan en boga en la literatura popular española del tiempo de Sahagún, hicieron conocer al religioso franciscano los hechos novelescos de Artús, y por ellos, comparados con los de Quetzalcóatl que oía de boca de los indios, es más bien por lo que compara al mexicano el héroe inglés. Finalmente, la opinión de muchos escritores británicos, es que Artús representa la personalidad histórica de algunos antiguos régulos del País de Gales, anteriores a la invasión romana o de ese tiempo; y tal es también, con relación a México, la opinión que se han formado algunos historiadores relativamente a Quetzalcóatl considerándolo como un personaje que realmente existió. (Véase Rhys. Studies in Arthurian Legends).

* * *

La primera raza que aparece en nuestras tradiciones, los otomites, que llamamos quinametin, no han presentado serias dificultades ni a los analistas y cronistas primitivos ni a los historiadores posteriores. Si en los anales de los indios y en las crónicas de los españoles se confunden a veces con los chichimecas primitivos y prehistóricos que convenimos en llamar teochichimecas, no es tal la confusión que no se pueda desenmarañar con un exámen minucioso de los sucesos, atención y cuidado. Los españoles encontraron poco menos que salvajes a los otomites, considerados como el tipo lingüístico y étnico de la familia: bárbaros eran juzgados por los mismos nauas; nadie encontró pues dificultad en creerlos una raza primitiva y juzgar que habían sido ellos los pobladores del país, cuando llegaron los primeros inmigrantes. Si han surgido divergencias entre los modernos, no es por habérseles querido negar la prioridad, sino todo lo contrario, es porque se les ha creído tan antiguos, que se les juzga autóctonos en el más estricto sentido de la palabra, es decir, no venidos al país, sino nacidos aquí.

Comienza la confusión con los segundos pobladores, los chichimecas, entre los analistas y cronistas, debido al diverso concepto que se ha tenido de la palabra chichimeca, unos particularizándola demasiado, otros generalizándola más de lo debido. De las confusiones de los primitivos escritores toma origen el desorden y divergencias de los que escribieron después, sin preocuparse de estudiar el fondo de la cuestión y dejándose incons-

cientemente llevar por las pinturas y la autoridad de aquellos escritores primitivos que a priori les parecía que estaban mejor informados. Las tradiciones, no se puede negar, son confusas, contradictorias, a veces, incompletas y alteradas por los mismos indios que las aprendían descifrando antiguas pinturas, cuyos caracteres simbólicos no eran sino una ayuda para la memoria que no excluía las posibilidades de errar interpretándolos mal. A la incertidumbre e infidelidad de las fuentes se debe, que no obstante los esfuerzos de los escritores para conseguir la verdad, el éxito no haya siempre respondido a sus buenos deseos, como se puede juzgar por las contrarias opiniones de los historiadores, fundadas a su juicio en las tradiciones escritas y en los hechos.

Algunos, dejando exclusivamente a los otomites la aplicación prehistórica de chichimecas, sin preocuparse de inquirir si podía convenir a otra raza que hubiera llegado después de ellos, admiten dos tribus inmigrantes, una con una cultura superior, los toltecas, otra que llegó en divisiones después de ellos, de cultura inferior, los nauas. Otros, que admiten la misma hipótesis, hacen nauas y toltecas de la misma familia, difiriendo sólo en el tiempo de las inmigraciones. Los que hacen de distinta raza a los nauas y toltecas se encuentran perplejos para explicar las inmigraciones de unos y otros, y ya conceden a los toltecas el magisterio de la cultura, ya traen a los nauas con una cultura distinta. De todos modos, sean o no los toltecas de raza naua, los nauas tienen por lo general en las diversas opiniones de los escritores el segundo lugar después de los otomites. Si los nauas fueron toltecas, a ellos se debe la cultura; si no lo fueron su cultura se mezcló con la de los toltecas. No sólo, pues, admiten en general haber sido los segundos que llegaron, sino también haber ellos traído cierta cultura.

La confusión que se comienza a introducir con los segundos inmigrantes, ya puede comprenderse por lo dicho, que llegó al colmo con los terceros. Los antiguos poco se preocupaban de las filiaciones étnicas y hacían unas mezclas de razas dándoles el mismo tronco genealógico, que tan sólo se puede concebir en los albores de la humanidad. Quedaron por esto en libertad los escritores venideros, y se aprovecharon de ella para conceder a los nauas la cultura, que, según algunos primitivos escritores,

habían traído a México los segundos inmigrantes, considerando autóctonos a los quinametin. No era una hipótesis absurda: en una misma familia etnográfica podía haber tribus colocadas en mayores y menores grados de cultura. Nadie se acordaba de los mayas, y si alguna indicación indirecta se hacía de ellos en algunos anales de los indios, o se ignoraba, o no se comprendía. De ordinario las crónicas que se refieren a los acontecimientos de la Mesa Central, se reducen a hablarnos de los bárbaros otomites, los nauas que trajeron del norte cierta cultura y los toltecas civilizados que cedieron el lugar a las tribus también nauas que vinieron y a los chichimecas que a su contacto se pulieron.

Clavijero, el primer escritor que quiso sacar partido de todos los escritos anteriores que llegaron a sus noticias para formar una historia, se contenta con decir, con relación a los mayas, que terminada la monarquía o imperio de los toltecas "los míseros restos de la nación, pensando sustraerse a la común calamidad, buscaron oportuno remedio a sus males en otros países. Algunos se dirigieron hacia Onoualco o Yucatán; otros hacia Guatemala" (o. c. v. I. p. 83). Son las únicas alusiones que se conocieron en las crónicas y anales antiguos de los pueblos de la Mesa Central, en que se haga alguna reminiscencia de los países que habitaban los mayas. No obstante, de ese Onoualco o Nonoualco que se encontró, pudo haber sacado mucho partido la penetración de Clavijero, pero ya la historia había tomado un camino torcido; las verdaderas tradiciones se despreciaban, se entendían malamente las migraciones, alguna de las cuales por ignorancia desde un principio se habían omitido, y con esto a las tribus se dió distinto origen y todas las tradiciones se embrollaron.

En la última mitad del siglo XVIII el P. franciscano Fr. Tomás de Soza, que, como colector había tenido necesidad de viajar por toda la península de Yucatán, observó infinidad de ruinas y dió cuenta de sus observaciones al Capitán de artillería Dn. Antonio del Río. Este por su parte tuvo ocasión de visitar las ruinas de Palenque y el 15 de mayo de 1786 recibió una real orden de Carlos III en que se le comunicaba que practicara otro reconocimiento y examinara las ruinas descubiertas en las cercanías de ese pueblo de la provincia de Ciudad Real de Chiapas, distrito del Carmen, en la Nueva España.

Cumplió su cometido el Capitán del Río y el siguiente año escribió un pequeño informe de las exploraciones practicadas, acompañándolo con planos y dibujos de las antigüedades observadas que permaneció inédito hasta que en 1822 se imprimió en Londres, traducido al inglés juntamente con las reflexiones e ideas que tales investigaciones sugirieron al Dr. Dn. Pablo Félix Cabrera, escritas en 1794 y fueron el fundamento de muchos escritos posteriores de mexicanos y extranjeros que marcaron otro rumbo distinto del que se había seguido, a los historiadores de nuestras razas indígenas.

El Capitán Dupaix hizo una excursión a Yucatán en 1805 y Mr. Waldeck de 1834 a 1836 publicando sus descubrimientos y observaciones en obras monumentales ilustradas, que atrajeron mayormente la atención de los sabios, ya estimulada por las cortas reseñas del Capitán del Río y el Dr. Cabrera, hacia la desconocida cultura que se manifestaba en los monumentos de Chipas, Yucatán y Centroamérica. En 1848, Dn. Santiago Nigra de S. Martín publicó su plano de Yucatán en donde se anotaba con signos convencionales las localidades en donde existían ruinas o hasta entonces desconocidas por los hombres de ciencia o ya exploradas por Stephens y otros viajeros nacionales y extranjeros.

Fué a mediados del siglo XIX cuando los hombres de ciencia comenzaron a preocuparse seriamente de las cosas de Yucatán y una tal actividad científica se debe en gran parte a los franceses y belgas excitados poderosamente por el celo y actividad del Abate Brasseur de Bourbourg, sacerdote francés entusiasta admirador e investigador incansable de nuestras antigüedades.

Al norte de México, en la Mesa Central quedaban intactos los toltecas, el pueblo que había esparcido la cultura; al sur quedaban los mayas, pero no se consideraron capaces de haber construído los edificios que se admiraban, y olvidando en tanto las tradiciones o explicándolas cada quien a su modo, se abrió de par en par la puerta a las hipótesis y a la imaginación de eruditos y sabios.

La observación de antiguos cráneos y el cuidadoso estudio de los monumentos de Palenque demostraron las deformaciones craneanas de los primitivos habitantes de Yucatán hasta

entonces no conocidas en la Mesa Central. La diferencia era notable, y un hecho tan singular surgió a M. Angrand la idea de dividir la antigua cultura mexicana, atribuyéndola a dos distintas razas. Hizo venir a la una del oriente y la llamó la de las cabezas chatas (têtes plates); era la raza del sur, los antecesores de los mayas. Trajo a la otra de occidente y la llamó la de las cabezas rectas (têtes droites); era la raza de la Mesa Central, los toltecas, que no se habían olvidado. (M. L. Angland. Lettre a M. Daly sur les Antiquités de Tiaguanaco. Revue générale de l'Architecture vol. XXIV).

La teoría de las dos razas civilizadas, encontró acogida en Bélgica y Francia, y en ella se funda la voluminosa Historia de las naciones civilizadas de México y Centroamérica del erudito, estudioso y entendido Abate Brasseur de Bourbourg. ¡Lástima grande, que no sea verdad tanta belleza! Era tan seductora la hipótesis, respondía tan bien a las tradiciones y a los hechos, según las interpretaciones de los autores, que no se podía pedir más. Con más o menos modificaciones, según los sentimientos individuales de cada quien y las creencias de los escritores, fué recibida por nuestros historiadores nacionales, quienes ante todo, considerando indignos de naciones civilizadas los epítetos de cabezas rectas y cabezas chatas, cambiaron la indicación de cabezas por la de casas, conforme a la diversidad de construcciones observadas, y les llamaron la civilización de la casa redonda y la de la casa cuadrada; cambiando asimismo las procedencias de oriente y poniente por las de norte y sur, haciendo el más reciente de nuestros escritores de grandes obras históricas acerca de los indios, otra modificación interesante a la teoría, declarando autóctona a la raza del sur.

A cada una de las dos razas asignaron una religión distinta: los del norte, que pertenecían a la civilización que llamaron también tlapalteca, eran sabeistas, mientras los del sur, que pertenecían a la civilización autóctona denominada por ellos palenkana, eran zoólatras.

Para explicar algunas semejanzas notables en el sistema religioso y en los conocimientos comunes de ambas civilizaciones, hicieron que las razas se cruzaran y resultó otra de transición, con elementos de ambas razas civilizadoras. Otras

creencias comunes tuvieron fácil explicación en las predicaciones tradicionales de Quetzalcóatl, el rey Artús de Sahagún, que para unos fué un monje occidental, propagador del budhismo; fué para otros un misionero oriental, anunciador del Evangelio o el mismo apóstol Sto. Tomás. De modo que, conforme al modo de ver las cosas de cada quien; los símbolos cruciformes, tan comunes en México, fueron, o la suástica de Budha o la cruz de Jesucristo.

Mientras florecía en Palenke la civilización del sur, que era la de los mayas después de haberse extendido por las costas del Golfo mexicano hasta el Misissipi y el Misouri, la civilización Tlapalteca de las márgenes del Gila, se movía por el Pacífico hacia le Mesa Central. La civilización palenkana tuvo origen en las extremas provincias del sur; la civilización Tlapalteca se comenzó a desarrollar en un antiguo territorio mexicano del norte. Ambas civilizaciones podía decirse que fueran mexicanas, tanto más, que la más importante de las dos, la del sur, no sólo había surgido en territorio que es actualmente mexicano, sino que era hija de una tribu autóctona y comenzaba a desarrollarse entre las palmeras, caobas y ceibas de un clima tropical, mientras los otomites, autóctonos también, cazaban al pie del Popocatépetl e Ixtacciuatl, mastodontes y megaterios y labraban huesos de llamas, al rojizo esplendor de las lavas que se desprendían de las cumbres del Ajusco, retratándose en los cristales de plata del inmenso lago que cubría todo el valle de México.

Los meca, primeras avanzadas de los naua, entonces aparecían y tras de ellos sus congéneres los tlapalteca, fundadores de la Ciudad de Tula y del imperio tolteca que, grande y floreciente, se daba la mano con el palenkano, derramando una corriente civilizadora desde Casas Grandes a Copán. Mas el entusiasmo candente de uno de nuestros ilustres escritores recibió un poco atento chorro de agua fría de parte del Prof. Brinton que, con rudo golpe, echó por tierra todo el edificio levantado de la civilización tolteca diciendo que "la historia de Tula y sus habitantes los toltecas, tan atildadamente referida en la historia antigua de México, es un mito y no una historia" (Myths of the New World) y dirigiéndose a Mr. Charnay, que defendía las mismas teorías admitidas por nuestro

historiador, decía en otro escrito: "el que use de aquí en adelante estos nombres (Tula y toltecas) en un sentido histórico, revela tal ignorancia del sujeto que trae entre manos, que si se encontrara en el campo mejor explorado de los conocimientos arianos y egipcios, quedaría convicto de no merecer el nombre de sabio" (Were the toltecs an Historical Nationality?).

Convengo con el Prof. Brinton que la historia de Tula y los toltecas tal como la encontramos en nuestros antiguos anales y crónicas, con los portentos que la rodean sea un mito. No estoy de acuerdo con las teorías de autotonismo de nuestras tribus, ni convengo en los fantásticos detalles de las civilizaciones tlapalteca y palenkana, que describe con varios colores nuestro historiador, pero ¿el mito de Tula y los toltecas, como lo llama el Prof. Brinton, tiene forzosamente que carecer de fundamento histórico? ¿Es un imposible que acontecimientos históricos se hayan enlazado con mitos en nuestro país como ha sucedido en otras partes?

"La caída de Tula, la capital tolteca, fué para los bardos y cuenta-historias de Anahuac un manantial inagotable de imaginación, como lo fué Troya para los poetas cíclicos Griegos", añade en otro lugar el Prof. norteamericano, que no fué el primero en comparar a Tula con Troya. Los toltecas cuando salieron de la ciudad de Tula, dice Sahagún, "edificaron otra muy próspera que se llama Cholula a la cual por su grandeza y edificios, los españoles en viéndola le pusieron Roma por nombre. Parece que el negocio de estas dos ciudades, llevaron el camino de Troya y Roma" (o. c. v. II, p. 267); ¿Y quién nos dice que Troya, tema de los cantares griegos, careció de fundamento histórico? Lo cierto es que en el lugar señalado por la tradición como sitio de la legendaria ciudad se encontraron restos de la época en que tenía que haber existido con las muestras del incendio y la violencia que se nos dice sufrió al ser destruída. (Schlieman. Ilion. Troya). "Después que Schlieman nos ha probado que Troya no es solamente un nombre mítico, como pensaban los filólogos, debemos ser más cautos en estos problemas". (Beyer. La Astromía de los antiguos Mexicanos, en Bol. del M. N. de Arqueología II. p. 225).

He aquí lo que del mítico imperio de Agamemnón, el

héroe griego destructor de Troya, dice Mr. Freeman "Sabemos que la leyenda Carlovingia queda bastantemente confirmada por la historia: por consiguiente, no se puede objetar a priori contra la leyenda de los Pelópidas que consta de análogos rasgos parecidos. La verdad es que la idea de tal extensión de dominio de Carlo Magno no habría pasado por la mente de un novelista posterior, si alguna historia y tradición real no se lo hubiera sugerido. Así también sin algún cimiento histórico o tradicional, nadie habría pensado en Mikene, lugar insignificante en las historia posterior, como la capital de este imperio dilatado. Las novelas llevaron la capital de Carlos, de Aquisgrana a París; nadie la hubiera llevado a Aquisgrana" (The Mythical and Romantic Elements in Early English History).

Si los toltecas tuvieron la sede de su señorío en el Estado de Hidalgo o en Morelos, y no fué el mítico Quetzalcóatl el jefe que lo fundó, sino otro con un nombre cualquiera, nada importa. De los toltecas puede decirse lo que el autor citado dice de los súbditos de los Pelópidas, y de Tula lo que se refiere a Mecenas: en cuanto a Quetzalcóatl y los que le sucedieron en el mítico reino, lo que añade les conviene admirablemente. "Sea o no Agamemnón un hombre real, la combinación de los argumentos exteriores e interiores nos conducen a colocar en Mikene la dinastía de los Pelópidas como un hecho establecido" (b. c. p. 23).

No hagamos cuestiones de nombres ni de pedazos determinados de territorio. Con más justicia que el Prof. Brinton, dice su compatriota Mr. Thompson, de la tribu que según la tradición introdujo en México la cultura, "llámese tolteca si se quiere, fué probablemente aquella que edificó las ahora arruinadas ciudades de Yucatán, de las cuales Chichen Itzá fué la gran metrópoli". (The Temple of the Jaguars—Am. Mus. Journal 1913 vol. XIII, p. 267). Estamos de acuerdo con el Cónsul de los Estados Unidos en Yucatán y otros americanistas que opinan lo mismo: llámese como se quiera; la misma tribu a que los anales y crónicas nauas, dan el nombre de tolteca, buena o malamente aplicado, fué la que labró los monumentos de Yucatán; esta tribu fué la progenitora de los mayas, la tercera fa-

milia étnica de nuestros lingüistas y la tribu que, según auténticas tradiciones, introdujo la cultura en la Mesa Central

* * *

Dicen algunos modernos escritores que la historia de América comienza desde el descubrimiento de Cristóbal Colón y que las tribus que allí fueron encontradas por el célebre navegante Genovés y los que le sucedieron en los descubrimientos posteriores, no tenían sino prehistoria, antes que este acontecimiento sucediera.

Lo que se dice es la verdad si se trata de la inmensa mayoría de las tribus que entonces poblaban las islas y el continente Americano, entre las cuales estaban muchas de las que acabamos de nombrar: pero esto no se puede afirmar de todas universalmente las que estaban establecidas en el territorio mexicano porque se encontraban entre ellas algunas cuya historia se sabe con certidumbre que comienza cuando en el Viejo era enteramente desconocido el Nuevo Mundo.

Algunas de las tribus que vivían en México, conocían un modo imperfecto de perpetuar los acontecimientos, ordenándolos de un modo conforme a la sucesión del tiempo en que habían acontecido. Las desnudas imágenes de los objetos materiales pintadas en las paredes o grabadas en las piedras, que fué como los hombres comenzaron a conservar la memoria de los acontecimientos pasados, había dado un paso más entre nuestros aborígenes. Por medio de signos derivados de los objetos materiales que representaban, comenzaron a denotar los nombres de las personas aun cuando no estuvieran solamente ligados a los objetos materiales. De la misma manera anotaban los nombres geográficos y comenzaban también a designar, con ciertas figuras convencionales, ideas que carecían de imágenes materiales: un terromoto, un período determinado de años, el aire, una enfermedad, la locución y otras muchas ideas que ya se iban separando del simbolismo material para entrar en el convencional. Los años, meses y días tenían signos especiales que, unidos a los de los nombres propios de personas y lugares y a los dibujos que copiaban del natural los hechos materiales, podían perfectamente indicar no sólo el acontecimiento histórico

sino los nombres de las personas que en él tomaron parte, el lugar y el tiempo en que se verificó.

Estos documentos figurados eran un poderoso auxiliar para conservar y fijar la memoria de las tradiciones orales; y cuando los indios de México aprendieron la escritura fonética de los españoles, pudieron fácilmente escribir sus tradiciones interpretando sus pinturas. Estos son los documentos en que está consignada la historia de nuestras tribus, escrita por ellos mismos. Sus tradiciones, auxiliadas con las pinturas pudieron conservarse mejor y ser comunicadas de viva voz a los primeros misioneros católicos, que, en sus escritos, las hicieron llegar hasta nosotros.

Creen algunos escritores extranjeros que son totalmente impuras estas fuentes de nuestra historia antigua y, juzgándolas indignas de fe, las desechan de plano, relegando los hechos consignados en las pinturas y tradiciones indígenas a la categoría de los cuentos y las fábulas. Según ellos, ni las tribus mexicanas que se distinguieron de las demás por haber alcanzado mayor grado de cultura, pueden presentar una historia verdadera que consigne acontecimientos pasados antes del siglo XVI. Para estos escritores, las únicas fuentes que se deben útilizar para saber algo de los antiguos habitantes de México en tiempos anteriores al descubrimiento de América, son las deducciones que podemos arrancar a la etnología, lingüística y arqueología.

Para otros, sobre todo, de nuestros modernos historiadores, las pinturas de los indios mexicanos, en cuanto a veracidad y exactitud, están en un nivel superior a los antiguos documentos históricos del viejo mundo y son dignos de tal fe que basta encontrar un hecho cualquiera consignado en una pintura para que ya no sea permitido discutirlo. Ninguna razón se nos ocurre por la cual las pinturas de los indios hayan de tener casi el privilegio de la infalibilidad. En ellas tiene que tener cabida el orgullo de raza y la superioridad de tribu para adulterarlas intencionalmente: en ellas debe manifestarse la ignorancia y fragilidad humanas para equivocar inadvertidamente las fechas, alterar los nombres, anteponer o posponer el orden de los acontecimientos, adjudicar a unos lo que a otros pertenece; en fin, todo aquello de que es capaz la malicia

o la ignorancia de un escritor, aunque haga su obra con pinturas y glifos, y el descuido y deliberadas intenciones de un copista de alterar el original.

Para acercarme a la verdad lo más que pueda, creo deber evitar ambos extremos. Ni hay que despreciar los hechos consignados en las pinturas y las tradiciones de los aborígenes, que nos conservaron los escritores mexicanos y españoles; ni admitirlas sin reserva como verdades indiscutibles. A la luz de las ciencias auxiliares de la historia, geografía, etnología, lingüística, arqueología y demás, o procuraré examinarlas despreocupadamente, sin la pauta de un sistema previamente concebido; aplicarles las reglas de la más sana crítica, ordenarlas según los dictámenes de la razón y las exigencias de los mismos acontecimientos históricos a que se refieren y desechar la idea de una infalibilidad absurda en las pinturas y documentos de los indios.

Los mexicanos que durante mucho tiempo no fueron sino una tribu nómada de aventureros pobres y despreciables que vagaban al derredor de los lagos, cuando reunieron sus esfuerzos para quedar enteramente independientes y comenzaron a sobresalir haciendo que les pagaran tributo los demás, muy bien se puede concebir que quisieran borrar de los antecedentes de su historia aquello que los humillaba, y que se quisieran apropiar con el nombre, las tradiciones gloriosas de los culúas, a cuya parcialidad pretendían pertenecer y que, después de la desmembración de la tribu naũa, había conservado las prerrogativas de superioridad entre muchas de las nuevas tribus que se formaron.

El orgullo de los aztecas al comenzar a sobresalir entre las otras tribus que poblaban el Valle de México exigía hacerlos presentar con cierta importancia, y hacer ver que hubieran llevado a cabo su peregrinación llegando al último, como dice uno de los escritores de su tribu, "por ordenación divina para venir a ser señores desta tierra después de haberse extendido por ella estotros seis linajes referidos" (Códice Ramírez, pág. 19). Para conseguirlo, cuando ya se comenzaron a engrandecer hicieron destruir todas las pinturas antiguas en las cuales, si figuraban los aztecas, era en un papel secundario y desairado. El verdadero motivo no se hizo público y por eso no lo conservó la tradición.

Los indios, que pusieron el hecho en conocimiento de Sahagún, le hicieron creer que cuando este escritor tomaba sus informes se ignoraban muchos de los acontecimientos sucedidos en los tiempos antiguos "y se sabían por las pinturas que se quemaron en tiempo del Señor de México que se decía Itzcóatl, en cuya época los señores y los principales que había entonces acordaron y mandaron que se quemasen todas para que no viniesen a manos del vulgo y fuesen menospreciados" (Lib. X. cap. XXIX. vol. III. pág. 140-141). La razón era fútil y no sé cómo la admitió el misionero bien instruido en las costumbres de los indios. Todas las pinturas y en general lo que pertenecía a la comunidad, lo guardaban los indios en los teocalli; aun hoy día guardan en la sacristía de sus templos sus escrituras de comunidad y los mapas antiguos de las demarcaciones de los pueblos. A los teocalli y sus pertenencias sólo tenían acceso los tlamacazque y los tecutli con el tlatoani, o sea los sacerdotes, los nobles y los señores. El pueblo jamás habría osado manejar las pinturas aunque hubiese tenido ocasión de hacerlo, ni mucho menos menospreciarlas.

El emperador de China Che-Hwang-Ti, de la dinastía Tsin, 220 años antes de Jesucristo, había mandado destruír por razones políticas cuantos libros había en el imperio con excepción de los que trataban de medicina, adivinación y agricultura. No el respeto a los manuscritos sino otras razones también políticas fueron las que inspiraron el mandato de Itzcóatl y las que en todo tiempo han hecho desaparecer las fuentes de la historia. En México quedaron los libros litúrgicos y adivinatorios y muy probablemente con ellos se forjaron muchas de las tradiciones dando un valor histórico a la mitología y asignando una existencia real a los personajes de la fábula. Cosa igual aconteció en el Viejo Mundo y a esto los modernos han dado el nombre de euhemerismo.

He aquí una clave que nos servirá para esclarecer muchos puntos oscuros de nuestra historia y para apreciar el valor histórico de muchas pinturas hechas por los mexicanos en tiempos posteriores a Itzcóatl y de donde tomaron las tradiciones que los mismos indios escribieron y comunicaron a los misioneros. Si por una parte los aztecas procuraban borrar el recuerdo de su poco ilustre pasado como inferiores en rango y linaje a los

culúas, por la otra, estos mismos culúas, los tepanecas, los aculúas y los chalcas con las demás tribus que se desmembraron de los Nauas, no debemos creer que fueran tan sinceros para escribir en sus anales, dibujar en sus pinturas y comunicar a los misioneros las glorias de los demás sin atribuírse a sí mismos lo mejor. No hay que dejar la balanza de la mano cuando conocemos el origen de los documentos y en cuales fuentes bebieron los escritores. Más que por las palabras hay que juzgar las cosas por los hechos mismos atribuyéndolos, no a quien los atribuyen los documentos sino a quienes nos dicta la razón que les pertenecen y tenemos otras pruebas para adjudicarlos, comparando y cotejando las tradiciones, las leyendas y sobre todo los mitos.

Por su parte los escritores españoles tenían ideas etnográficas perfectamente determinadas y tan grabadas que absurdo sería decir que las pudieran abandonar. Base y fundamento de todas ellas era la unidad de la especie humana descendiente de una sola pareja. Encastillados en esta verdad, naturalmente desechaban como falsas las creencias de los indios en un origen local. Con estas ideas, cuando en las pinturas y tradiciones encontraron lo de la peregrinación de los nauas del norte, no haciendo caso ya de los acontecimientos que la precedieron, a ella se aferraron sin vacilar abandonando como falsas todas las otras. En otra parte he de tener que volver a tratar de este mismo asunto y dejo para lugar más oportuno lo que aún me queda que decir.

Las enseñanzas cristianas de los misioneros, las nuevas instituciones, nuevos sistemas político y civil de los españoles, las nuevas costumbres que se introducían, pero, sobre todo, las ceremonias y el culto de los cristianos impresionaban hondamente el ánimo de los indios y los más avisados que iban saliendo de las escuelas de los religiosos, ya no apreciaban las cosas de su tribu, de su antigua religión, de su país, sino bajo el prisma de las nuevas impresiones recibidas. Así comenzaron a interpretar sus pinturas y a explicar a los religiosos sus tradiciones. De aquí otra fuente de errores que hay que tener muy presente para evitarlos. Al leer los primeros capítulos del Códice Ramírez, involuntariamente se va la imaginación al libro segundo del Pentateuco y se compara la peregrinación de los mexicanos con la de los israelitas en el desierto. Cuando se leen en Ixtlilxóchitl los

hechos de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, sin querer se acuerda uno de David y Salomón, Urías y la reina de Sabá. Eran los frutos de las enseñanzas cristianas, el resultado de la civilización que recibían.

Para sacar provecho de los anales de los indios y crónicas de los españoles emprendí la obra de despojarlas: Primero, de todas las reminiscencias de las nuevas doctrinas que se hubieran introducido en ellas, siempre que no se pueda probar que son puras y genuinas las tradiciones examinadas. Segundo, no tener en cuenta todo aquello que en cierto modo se roza con la civilización europea y es contrario al carácter, modo de ser, creencias y sentimientos de los indios. Tercero, indagar cuidadosamente el origen de los documentos y estar en guardia para hacer justicia a las diversas tribus. No hay que seguir a ningún autor en particular; tomar de cada quien lo que convenga, examinar cuidadosamente las tradiciones, leyendas y fábulas; cotejarlas, compararlas y después de haberlas tamizado, reunirlas en grupos y colocar cada grupo en el orden de sucesión que le convenga.

El trabajo que me propuse hacer en la parte de nuestra historia que abraza los tiempos anteriores a la elección de Itzcóatl como jefe supremo de los mexicanos, y especialmente los anteriores a las peregrinaciones de los nauas, del norte a la Mesa Central, es comparable al de un arqueólogo que habiéndose encontrado fragmentos revueltos de varias inscripciones, los va escogiendo y separando, y colocando uno junto a otro los que embonan y forman sentido las palabras que contienen, hasta dejar inteligibles las inscripciones. En nuestras pinturas, análes y crónicas tenemos rica mina de inapreciables tradiciones revueltas y confusas; hay que escogerlas y unirlas hasta formar sentido. Con algunas hay además que hacer lo que se hace con los palimpsestos, separar o borrar lo que está escrito encima para leer lo de abajo. Me parece haber encontrado en alguna de nuestras leyendas, tradiciones históricas incrustadas y entreveradas formando un solo cuerpo con otras más antiguas. No soy poeta; mi trabajo es obra de observación, síntesis y análisis, no de imaginación ni fantasía.

Los hechos serán mi guía en el análisis de las tradiciones, y me ayudarán a discernirlas. Alguien dice que hay que abando-

nar por completo las tradiciones y recurrir únicamente a los hechos, porque las tradiciones son como las jacas de alquiler de los parques públicos, que se llevan por donde se quiere y después de dar vueltas y más vueltas, no se sale del mismo lugar. Ni la comparación es propia, ni justa la observación. Caminando de acuerdo con las verdaderas tradiciones y los hechos, es como se consigue el fin.

Tres distintas manifestaciones de la cultura se han encontrado en las estratificaciones arqueológicas del Valle de México, exploradas últimamente de una manera científica, como nos enseña el Prof. Gamio en sus interesantes escritos. A la primitiva, dieron el nombre de cultura arcaica, teotihuacana y azteca a las otras dos, respectivamente. Prescindiendo de la propiedad o impropiedad de los nombres, estas tres culturas superpuestas están enteramente de acuerdo con las tradiciones, tal como nos parece haberlas comprendido, y este es un hecho que, al haberlo probado, justificará la necesidad del auxilio de las tradiciones para explicar los hechos. Sin la sanción de los hechos, las tradiciones son siempre sospechosas y pueden ser falaces: los hechos solos abren de par en par las puertas a la imaginación y la fantasía: ambas pruebas juntas se contrapesan y rectifican y más nos acercan a la verdad.



CAPITULO PRIMERO

LOS PRIMEROS POBLADORES DE MEXICO

Pocos son los antiguos indios o españoles que escribieron acerca de los primitivos pobladores de México que no digan haber sido éstos, gigantes. En los anales de Cuautitlán, escritos en lengua mexicana, leemos que en la segunda época o segundo sol "vivían los gigantes" y Muñoz Camargo nos hace saber que los que vivían cuando aconteció el diluvio "habían sido gigantes cuyos huesos se hallaban por las quebradas" (Historia de Tlaxcala,p.153). Para Ixtlilxóchitl, "los gigantes que vivían en esta rinconada que se dice agora Nueva España" perecieron por "un gran temblor de tierra que los tragó y mató reventando los altos montes volcanes; de suerte que se destruyeron todos sin escapar ninguno, y si escapó alguno fué de los que estaban más hacia la tierra dentro" (Obras Históricas, vol. I. p. 13).

Algunos debieron haberse salvado sin duda, porque el P. Acosta nos dice que los tlaxcaltecas, o sea los teochichimecas, al llegar, tuvieron que vérselas con los gigantes; empresa que admite el P. Fr. Juan de Torquemada, pero no a cargo de los teochichimecas que fueron los últimos en llegar a Tlaxcala, sino de los ulmecas xicalancas, que según él fueron los que llegaron a esa parte del país cuando estaba poblada por gigantes. "Se dice que habitaban aquella tierra gigantes, escribe el misionero franciscano, y como llegaron los forasteros, se la quisieron defender; pero los recién venidos, como viesen la desigualdad de las fuerzas de los moradores y cuánto se les aventajaban en valor, los aseguraron, y fingiendo paz con ellos los convidaron a una gran comida y teniendo gente puesta en celada, cuando más metidos estaban en su borrachera, hurtáronles las armas, con mucha disimulación, que eran unas grandes porras y rodelas, espadas de palo y otros géneros. Hecho

esto, dieron de improviso en ellos. Queriéndose poner en defensa, echando menos sus armas, acudieron a los árboles cercanos y echando mano a sus ramas, así las desgajaban, como otros deshojaran solas las hojas, pero como al fin los advenedizos venían armados y en orden, desbarataron a los gigantes y hirieron en ellos, sin dejar hombre con vida" (Monarquía indiana, l. I. c. III. p. 35).

Referían los medos, que deseando desembarazarse de los escitas que se habían apoderado de algunas regiones de Asia que antes les habían pertenecido en tiempo de Cyaxares, usaron un ardid enteramente igual, matando gran parte de los escitas a quienes embriagaron en un banquete. El Prof. A. von Gutschmid opina, que una tal narración pudiera muy probablemente estar influenciada por el mito relativo a la fiesta de Sacaia en honor de la diosa Anaitis que celebraban los persas y los armenios. (Véase Estrabon, XI. VIII. 4 y 5.) No menos mitológica me parece a mí también en su origen la destrucción de los gigantes de Tlaxcala con los pormenores copiados de Torquemada.

Preguntando a los tlaxcaltecas los soldados de Cortés cuando llegaron por primera vez a su pueblo, cuál había sido su origen, respondieron: "que les habían dicho sus antecesores, que en los tiempos pasados, que habían allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras, que los mataron peleando con ellos, y otros que quedaron se murieron; y para que viésemos qué tamaños y altos los cuerpos tenían, trujeron un hueso o zancarrón de uno de ellos y era muy grueso, el altor, del tamaño como de un hombre de razonable estatura; y aquel zancarrón era desde la rodilla hasta la cadera: yo me medí con él y tenía tan grande altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y trujeron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra; y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra" (Bernal Díaz, o. c. cap. LXXVIII).

No sólo los aventureros de Cortés quedaron persuadidos de la existencia de los gigantes a la vista de aquellos huesos: creyéronlo también los religiosos misioneros. "Hallóse en la memoria de los indios viejos cuando fueron conquistados por los españoles que en esta Nueva España en tiempos pasados hubo gigantes, co-

mo es cosa cierta. Porque en diversos tiempos después que esta tierra se ganó, se han hallado huesos de hombres muy grandes. El P. Fr. Andrés Olmos, tratando de esto dice que él vió en México, en tiempo del Virrey D. Antonio de Mendoza, en su propio palacio, ciertos huesos del pie de un gigante, que tenían casi un palmo de alto: entiéndese de osesuelos de los dedos del pie. Y yo me acuerdo que el Virrey D. Luis de Velasco el viejo le llevaron otros huesos y muelas de terribles gigantes" (Mendieta. Historia Eclesiástica Indiana, lib. II. cap. XIII). El P. Arlegui supone también como una cosa cierta que los primeros pobladores de Zacatecas y Estados limítrofes fueron los gigantes y "yo he visto", dice, "una muela en el punto llamado San Agustín, entre Durango y San Juan del Río, que medida ante mi secretario, tenía la mesa de ella más de una cuarta en cuadro, que proporcionándose esta medida a la que ahora ocupa una de nuestras muelas, le correspondía tres varas y media de medio círculo que forma la dentadura en el circuito de la boca" (Crónica de la Provincia de N. P. S. Francisco de Zacatecas, p. 5).

Los indios de Jalisco contaron a los primeros misioneros historias de gigantes por el estilo de la que refiere el P. Torquemada. Cierto Francisco Ocelotl, indio principal y de mucha reputación y autoridad como dice el P. Tello, contaba que unos cincuenta años antes de la invasión española, en el valle de Tlala a ocho leguas de Guadalajara, aparecieron treinta gigantes de los cuales tres eran mujeres. Sus cuerpos medían treinta y cinco pies. "Vivían en el campo como bestias excepto en tiempo de aguas que tenían unas chozas para poder dormir y abrigarse acostados; eran haraganes y glotones y con su ferocidad sujetaron los indios de aquel valle y les obligaron a que les sustentasen, y para la comida de cada uno, se amasaba una fanega de maíz y cocían o asaban cuatro niños de a dos años; comían pescado, ratas, venados, jabalíes y en lugar de verdura, cogollos de enea; tenían para su servicio seis mil indios e indias; las armas que usaban eran unos bastones y eran de color amulatado, el cabello crespo y no muy crecido, poca barba, las orejas de más de un palmo, algo caídas y vellosas, la voz espantable y horrible, que su eco resonaba un cuarto de legua; cubríanse con hojas de palma; eran torpísimos en el andar, etc." (Tello, crónica de Xalisco. págs. 34-35). Los descubrimientos de fósiles, vistos y palpados por los misione-

ros, les hicieron creíbles las patrañas contadas por Ocelotl y consideraron como históricos los mitos referidos por Torquemada.

*
* *

Las creencias en hombres de fenomenal estatura no eran peculiares a los indios de México, ni aquí sólo se encontraban los enormes huesos que servían para confirmarlas. "Cuentos de gigantes y monstruos que están en conexión directa con el hallazgo de grandes huesos fósiles, están esparcidos profusamente en la mitología del mundo entero. Enormes huesos encontrados en Punta Santa Elena, al norte de Guayaquil, sirvieron de fundamento para la historia de una colonia de gigantes que dicen allí vivió. Toda el área de las Pampas, es una gran necrópolis de inmensos animales extinguidos; no hay porqué maravillarse pues, que una grande llanura lleve el nombre de Campo de los Gigantes, y que denominaciones tales como colonia del Gigante, corriente del Animal, hayan guiado a los geólogos en sus pesquisas de huesos fósiles" (Sir E. B. Tylor. Researches into the History of Mankind. p. 322).

Los huesos que vieron los conquistadores en Tlaxcala y los religiosos en los palacios de los virreyes o en los campos, tienen que haber sido de fósiles y podemos suponer que en el siglo XVI, la paleontología no estaba de lo más adelantada para haber reconocido que fueran de animales. No habían encontrado en las partes hasta entonces descubiertas del Nuevo Mundo, ni caballos, ni toros, ni mamífero grande alguno del Mundo Antiguo, a excepción de los bisontes y tapires. ¿Cómo podían pensar que aquellos huesos pudieran ser de animales? La creencia en los gigantes era común en Europa y no se oponía, antes bien confirmaba la común interpretación de algunos pasajes de las Sagradas Escrituras. No había por consiguiente ningún motivo para no creer que no hubieran sido gigantes los primeros pobladores.

Muy bien sabemos que no son raros en México los restos de grandes mamíferos extintos. "La diversidad de lugares de México en que se hallan osamentas de elefantes, mastodontes y tapires, Estados de Jalisco, Guanajuato, México, Puebla, etc.; su yacimiento en terrenos de aluviones lacustres, a no muy larga distancia generalmente del gran lago de Chapala, hacen creer que algu-

na gran invasión de las aguas hizo que perecieran aquellos animales" (Galeotti. La Laguna de Chapala). Yo mismo, explorando terrenos que tenían restos arqueológicos en una barranca cercana al pueblo de San Joaquín de la Municipalidad de Tacuba y en otra barranca en las inmediaciones de Cuernavaca, accidentalmente encontré restos fósiles de grandes cuadrúpedos, sin conexión alguna con los restos arqueológicos que buscaba. Son de toda clase los huesos encontrados sin que se echen de menos las defensas de paquidermos antidiluvianos; por lo que ya no tiene razón de ser la observación del historiador que decía no haberse encontrado en México hasta su tiempo un colmillo de elefante. Dos grandes defensas conservaba yo: una en perfecto estado de conservación encontrada en Tasquillo, pueblo del Estado de Hidalgo, y otra más grande aunque menos bien conservada, que apareció en la hacienda de Santa Cruz, del Distrito de Morelia, en Michoacán. Varios ejemplares pueden verse en el museo de Historia Natural.

En las llanuras de Megalópolis en Grecia, suelen desenterrarse no raras veces huesos gigantescos de animales fósiles, y allí también se han visto levantarse llamas del suelo. En esos terrenos fosilíferos, localizaban los árcades la fabulosa batalla de Júpiter con los Titanes. Pausanias a quien debemos la noticia, dice también que se conservaban en Megalópolis huesos de un tamaño sobre humano que la creencia popular atribuía a un famoso gigante. (Ellados Periegesis, lib. VIII. 29 y 325). Los gigantes de las fábulas griegas se hicieron creíbles debido a los huesos fósiles, del mismo modo que la leyenda de los tlaxcaltecas. En ambos casos un hecho malamente interpretado fué la confirmación de un mito; pero el hallazgo de fósiles en México, no es prueba de que estos huesos hubieran dado origen a la creencia de la existencia de los gigantes de las leyendas cosmogónicas, en que perecen según el mito o ahogados por las aguas del diluvio, o tragados por la tierra en sus conmociones volcánicas, exactamente del mismo modo que perecieron los gigantes de los mitos griegos.

La creencia popular en casi todos los pueblos del mundo, que hayan existido gigantes en tiempos muy remotos, pudo haber tenido origen en algunas partes, como en Guayaquil y las Pampas argentinas, en los fósiles de grandes animales descubiertos en diversas partes, pero esto no basta para explicar la creencia en los

gigantes, allí donde hasta hoy no se han encontrado semejantes fósiles. Países hay en donde a despecho de la absoluta ausencia de restos paleozoicos de grandes mamíferos, las leyendas y cuentos populares de gigantes están al corriente y viva la fe del vulgo en tales seres extraordinarios. En 1896 Mr. Henry C. Mercer exploró muchas grutas de Yucatán con un objeto científico: otra comisión geológica compuesta por los señores Ingenieros Baz y Urbina bajo las órdenes de Mr. J. Engerrand tuvo el encargo de explorar la parte prehistórica de Yucatán en 1908 y 1909 y varias otras exploraciones, aunque no todas de un carácter científico, se han llevado a cabo en el subsuelo de la península y ni en las exploraciones de Mr. Mercer ni en las de Mr. Engerrand, ni en otras que yo sepa, vino jamás a luz el hueso fósil de algún gran mamífero: y sin embargo los mayas creían que habían existido gigantes en su país como los mexicanos y tlaxcaltecas. Hubo un gigante en Yucatán "llamado Chac, inventor de la agricultura y por eso lo adoraban" (Cogolludo. Historia de Yucatán, pág. 197). Además consta que en algunos otros países esa creencia existía antes del hallazgo de fósiles y que éstos sólo sirvieron para confirmarla. ¿No podía también en México haber tenido un origen diferente del que se le asigna y haber sido introducida de otra parte en donde existiera?

El hallazgo de restos humanos verdaderos, no ha probado en México hasta ahora, que la especie humana en este país sea tan antigua como en Europa. Los fósiles de animales de las mismas especies de los europeos, encontrados en México, demuestran que pudo haberlo sido. Si allí fué el hombre contemporáneo de esos animales, no hay razón para que no lo pudiera haber sido en México también, pero hasta hoy carecemos de un hecho que lo pruebe con evidencia. "Cinco son los descubrimientos que he podido hacer" decía el Sr. Ingeniero don Mariano Bárcena, "relativos a la existencia del hombre prehistórico en México". Tales descubrimientos fueron hechos: "en los terrenos post-terciarios de Tequisquiac y del Peñón; entre las masas de roca de la Calera en Jalisco y en las formaciones relativamente más recientes como son el pavimento de la Caverna de Cacahuamilpa y bajo los promontorios de rocas basálticas del Pedregal de Coyoacán o San Angel" (Congreso Internacional de Americanistas, México 1895). Dejando los descubrimientos de la Calera y Cacahuamilpa no to-

mados en cuenta por los historiadores más serios, vamos a discutir brevemente los otros.

*
* *

Los huesos humanos encontrados debajo de las corrientes de lava de los extintos volcanes de la cordillera del Ajusco, como no se estudiaron en el lugar del yacimiento, ni presentan los caracteres que de por sí mismos los hagan remontar a una antigüedad muy remota; no proporcionan un sólido argumento para demostrar que pudo un ser humano, desde las riberas del inmenso lago que cubría todo el Valle de México, contemplar el espectáculo aterrador de una erupción volcánica en esas montañas inactivas y silenciosas centenares de años antes que las hollaran plantas europeas.

Se encontraron últimamente sepulcros en grutas naturales formadas por las corrientes de lava del Ajusco en el pedregal muy cerca de San Angel. El señor Gamio tuvo la atinada idea de conservar los cadáveres *in situ* rodeados de todos los objetos que los acompañaban, de modo que cualquiera los pudiera estudiar en el yacimiento en que se encontraron. Allí tuve ocasión de verlos y estudiarlos quedando persuadido por los fragmentos de cerámica que abundan y los utensilios que los rodean, que no son mucho más antiguos que los constructores de las pirámides de Teotihuacán, y que la observancia de los ritos fúnebres en el sepelio, excluye una catástrofe producida por el volcán. El sepelio tuvo lugar en grutas ya formadas mucho antes por las lavas y ni los esqueletos, ni los cráneos, ni los objetos encontrados con ellos tienen una marca tal que nos lleve a los tiempos de las formaciones geológicas del Valle.

Otros hallazgos fueron aducidos como pruebas de la remotísima existencia del hombre en México. Fragmentos de un esqueleto humano, entre los cuales el cráneo, se descubrieron, "en un banco de toba caliza silicífera de origen hidro-termal, de consistencia bastante dura, como de seis, en la escala decimal, y con una potencia de tres metros aproximadamente. Esta roca sedimentario rodea en parte el cerro del Peñón, situado a cuatro kilómetros E. de la Capital: se extiende a más o menos distancia en todas direcciones y muy a la superficie". De la porción N. del terreno que forma una explanada algo elevada, se extrajeron diferentes fragmentos de huesos de un esqueleto humano, inclu-

sive el cráneo, "sólidamente enclavado en la masa del mineral que le servía de matriz; todos de un solo esqueleto y en un estado más o menos avanzado de fosilización". (Villada. El hombre prehistórico en el Valle de México).

Como se encontraron en la misma formación geológica, a una distancia de tres kilómetros, restos de mamíferos cuaternarios, paquidermos en su mayoría, reducidos también a fragmentos y enclavados en la misma roca con igual solidez, se creyó por algunos de nuestros geólogos que los fragmentos del esqueleto del Peñón, pertenecían a un ser humano contemporáneo de la fauna cuaternaria; pero otros geólogos opinaron que la roca que encerraba los restos humanos no era sino un travertino moderno y por consiguiente no se podía probar que el hombre del Peñón hubiera vivido en una época remotísima, pudiendo haber sido sus huesos aprisionados en la roca en tiempos no muy lejanos, fundándose en que el origen hidro-termal de la roca no supone forzosamente una actividad volcánica antiquísima porque las aguas termales que aún brotan en el Peñón y los manantiales a manera de surtidores de agua hirviendo llamados geysers en Islandia, que hemos visto aparecer en estos últimos años casi a las goteras de México, no nos permiten dudar que las fuerzas plutónicas a las que atribuyen nuestros geólogos la formación de la roca en que se encontró el esqueleto, no sólo manifestaron sus actividades en la época cuaternaria sino se han seguido mostrando operosas desde las entrañas de la tierra, con mayor o menor intensidad aún en nuestros días. No son los huesos encontrados en el Peñón una prueba irrecusable de la existencia en México del hombre post-terciario y así lo creen al presente no pocos geólogos, paletnólogos e historiadores que en general han dejado de aducir al hombre del Peñón como una prueba de la presencia en México del hombre cuaternario.

"Afortunadamente para la ciencia", decía el Sr. Orozco y Berra, "existe una prueba irrecusable auténtica, de la antigüedad del hombre en esta comarca. En la formación post-terciaria, en la capa de marga, de entre los restos fósiles que dan al yacimiento su carácter paleontológico, tomó uno de los ingenieros encargados de las obras (del desagüe en el tajo de Tequisquiac) el hueso sacro de un caballo, de talla superior a la de los caballos actuales, en el mismo estado fósil de los demás restos. Aprovechan-

do la figura natural, se le dió artificialmente, por medio de un instrumento cortante, la forma de una cabeza de cuadrúpedo, las orejas paradas y puntiagudas, hocico prolongado, la nariz con dos aberturas, los ojos redondos: el conjunto toma el aspecto análogo al de un carnicero. Este valioso despojo pertenece a la colección de nuestro amigo el señor D. Alfredo Chavero y ahora está en nuestro poder". (Historia Antigua y de la Conquista de México, vol. II. págs. 289-290).

Oigamos lo que de ese hueso singular nos dice el señor Chavero: "En los trabajos del tajo de Tequisquiac, en las capas fosilíferas, se encontró en 4 de febrero de 1870, un hueso que llama notablemente la atención por las entalladuras o cortes que tiene, y que indiscutiblemente son obra de la mano del hombre. Este hueso es un sacro, al parecer de llama y aprovechando parte de su misma forma se ha completado la figura de la cabeza de un cochino o coyote, practicando las cortaduras sin duda alguna con un instrumento afilado, pues se ve algo todavía el lustre en el labio de la herida, notándose que ésta fué hecha por golpes sucesivos y de corta amplitud". (Historia Antigua de la Conquista de México, pág. 62).

Desde luego me llamó mucho la atención que personas que pudieron disfrutar del objeto que describen a todo su sabor, no estén de acuerdo a qué clase de animal perteneció, si a un solípedo o a un rumiante. Si se confundió un caballo con una llama, fósiles los dos, ¿no pudiera ese sacro haberse confundido con el de un animal que se coló entre los fósiles del yacimiento mientras se ejecutaban los trabajos de excavación? El tajo de Tequisquiac no tenía un objeto científico; ni los hombres que de él estaban encargados, peones, sobrestantes e ingenieros tenían para qué preocuparse poco o mucho de cuestiones de paleontología. No tenemos pues motivo alguno para suponer que en la excavación pusieran todo el cuidado que se requiere cuando estos trabajos se llevan a cabo con un fin meramente científico, para que los objetos que se encuentran en las diversas capas superpuestas del terreno que se explora no se mezclen y se confundan unas con otras al hacer la excavación.

El mismo señor Chavero nos hace saber en otro lugar de su obra que "en el mismo tajo en que se encontró el hueso labrado, se hallaron también otros ejemplares de industria humana como

husos o malacates, barros con grecas, jarros, con una concha de ostra comenzada a labrar y pipas" (o. c. p. 69). Suponemos, que aunque en el mismo lugar, el yacimiento fosilífero de que antes nos habló y el terreno que contenía los objetos enumerados, ocuparan distintas capas: una vez que ni el mismo autor pretende que la pipa, el malacate y los fragmentos de utensilios de barro descubiertos fueran obras del hombre contemporáneo de los fósiles: y sería un absurdo pretender que en México hubiera llegado la industria humana a tal grado en ese tiempo, al que jamás se ha visto que llegara en otras regiones debidamente exploradas. Pero ¿quién nos dice, que al hacer las excavaciones no fuera rodando el hueso o los objetos de barro y se mezclaran; o que el referido hueso que estaba acaso entre ellos, no bajara durante los trabajos a inferiores capas? ¿No podían los mismos trabajadores haberlo relacionado con los otros fósiles y entre ellos mezclado?

Para que el sacro que apareció en Tequisquiac pudiera decirse que fuera "una prueba irrecusable, auténtica, de la antigüedad del hombre en esta comarca", tenía que haberse muy bien demostrado: Primero, que el hueso, nada importa si de llama o de caballo, era realmente fósil, perteneciente a una especie desaparecida. Esto no lo podemos dudar puesto que así lo afirman geólogos y paletnólogos competentes. Segundo, que se encontró en un yacimiento fosilífero que, desde que allí se depositó, nunca había sido removido. Lo que no sabemos que haya sido evidentemente demostrado. Tercero, que las modificaciones que se observan en sus contornos, realmente se deben a la mano del hombre y no podían haberse verificado sin ella. Tampoco se ha demostrado con una certidumbre tal de dejar cerradas las puertas a la duda. Cuarto, que tales modificaciones fueron hechas cuando aún estaba viva la especie de animales a que pertenecía y no cuando el hueso era ya un verdadero fósil.

Los señores Orozco y Chavero nos presentan su dicho como única prueba de sus afirmaciones, y aunque para nosotros sea muy respetable su palabra porque reconocemos su ciencia y su talento, esto no es suficiente para que creamos enteramente imparcial a quien pudiera estar preocupado con una idea, por ejemplo, la del autoctonista de una raza. O ambos o uno de los dos se equivocaron en el juicio que se formaron del hueso en cuestión, cuando uno lo juzga de llama y otro de caballo, así como

en la idea que tuvieron de la figura que quisieron darle creyendo uno que era la de un animal carnicero, el otro la de un cochino: y si en esto, con seguridad, cayó en error alguno de los dos, pudo haber sucedido lo mismo cuando creyeron que el sacro fósil, siempre estuvo en un yacimiento fosilífero y allí se encontró, y que la figura que tiene se debe a la mano del hombre.

Para terminar oigamos lo que con relación al fósil dice el ingeniero director de las obras del desagüe Sr. D. Tito Rosas: "La profundidad a que se encontró fué de doce metros; en la misma capa se encuentran fósiles, pero con éste inmediatamente no había; los otros que se extrajeron estaban a doce y más metros de distancia; no lo extraje yo pero vi el lugar; la fecha en que lo encontraron fué el 4 de febrero de 1870. La capa es de toba". Como se ve agrega el señor Prof. Bárcenas: "No existe desgraciadamente una información detallada de las circunstancias en que se hizo el hallazgo y la carta a que nos referimos fué escrita doce años después de aquel suceso sin que fuese posible precisar esos detalles".

Otro de los ingenieros directores, el señor D. Jesús Madrazo, refiriéndose al yacimiento fosilífero, escribe: "Los fósiles se encontraron primeramente al hacer los estudios para la obra del desagüe en 1864 y 1865, ya en el terreno, ya a flor de tierra, y algunos en poder de los habitantes de esos campos; después en las obras de excavación para el desagüe, sobre todo en el tajo de desembocadura del túnel". No se encontraron indicios de haber sido removida la capa fosilífera, sino por las corrientes de agua que la atravesaron rompiéndola en algunos puntos, "como en el que encontré una mandíbula inferior, humana al parecer. Muchos otros vestigios de industria humana se encontraron siempre sobre la capa fosilífera y casi en la tierra vegetal o en la división de ésta y la toba; consistieron según recuerdo, en pipas, malacates para hilar" y otros objetos "y una concha de ostra comenzada a labrar".

El señor Bárcena, que opina con los señores Orozco y Chavero, concluye su estudio acerca del fósil que hemos venido estudiando, diciendo que " en el caso que nos ocupa, faltan el estudio estratigráfico y el acta correspondiente de autenticidad que debieran haberse levantado, estando aún el fósil sobre el yacimiento, y por estas circunstancias sólo manifestamos nuestra opinión par-

ticular sobre el asunto y citamos los hechos observados con toda imparcialidad, sometiéndolos al estudio de las personas que se ocupan de la paleoantropología, ciencia tan importante como difícil en las deducciones a que dan lugar los hechos que a ella se refieren" (Descripción de un hueso labrado de llama fósil. An. del M. N. II. págs. 438 y sig.)

En los pocos minutos que me fué dado observar de cerca el objeto, sólo me pude convencer de la infidelidad con que está representado en el dibujo que se reproduce en la obra del señor Chavero, y de que para explicar la forma que representa en los contornos, no es absolutamente necesario recurrir a la intervención de un ser que piensa. Desgraciadamente para la ciencia que invoca y cuyos principios profesa el autor de la historia antigua en la obra voluminosa que lleva por título "México a través de los siglos", las pruebas que se han presentado hasta hoy para demostrar la grande antigüedad del hombre en México, no son concluyentes.

En cuanto a los restos fósiles de nuestra especie: "hasta el día de hoy" dice el profesor Hrdlicka, "no hay en América un solo hueso humano que exista o de que se tenga memoria cuya geológica antigüedad se pueda demostrar fuera de toda duda". Y con relación a la existencia del hombre en nuestro continente, es de parecer que no tuvo lugar sino "diez mil años ha al comenzar la aurora del período histórico en el Viejo Mundo". (The genesis of the American Indians. Proc. of the nin. int. Con. of Am. Washington 1917). Con relación al hombre puede con entera verdad llamarse América, el Nuevo Mundo.

*
* *

En teoría el monogenismo es una verdad para nosotros demostrada y está muy lejos de poderse probar que el género humano tuvo su origen en México. Los poligenistas más modernos no señalan a México como centro de expansión de una parte de los hombres. Los evolucionistas no admiten que hubiera sido el punto de partida de la humanidad porque en ninguna parte de la República se ha llegado a encontrar un solo resto fósil que denuncie no sólo la anterior existencia del antropopiteco supuesto precursor del hombre, pero ni aún la de alguno de los grandes monos, o por lo menos un cráneo del tipo del hombre de Neanderthal,

escalones por donde, según el sistema evolucionista, tuvo que ir subiendo la humanidad para llegar del bruto irracional a la perfección actual. ¿Y es el hombre de Neanderthal según el parecer de los antropólogos más modernos el tipo más bajo en la escala de la humana inteligencia?

*
* *

Mr. Klaatsh, en su descripción de los recientes esqueletos llamados por él el Homo Mousteriensis, los hace aparecer tan exentos de la apariencia de mono que se quiso dar a la raza de Neanderthal, que se suben a un peldaño muy superior en la escala de la inteligencia al que ocupan muchas tribus salvajes de nuestros días, dando razón a Hukley que escribía, que el cráneo de Engis "podía del mismo modo haber pertenecido a un individuo del período diluvial que a un filósofo de nuestros días".

Comenzando por los restos más antiguos indudablemente humanos encontrados en otras partes, decía en 1916 el Prof. Keit: "Nos vemos precisados a admitir que hombres del tipo moderno han existido mucho antes que el tipo de Neanderthal". (The Antiquity of Man). Antes que él había dicho el Prof. Dweght, maesto de anatomía por más de veinticinco años en la Universidad de Harvard, que: "Los antropólogos y etnólogos están de acuerdo en que no se ha encontrado hasta hoy una nación por más bajo que se suponga el nivel de su cultura, que no haya dado señales evidentes en algún tiempo de haberlo tenido más elevado", y confirma su dicho, además de los argumentos propios de su profesión, con acertadas consideraciones acerca de los idiomas de muchas tribus salvajes, superiores en los conceptos que pueden expresar, a la mentalidad actual de los que las usan. "Por mi parte", continúa, "creo que el hombre de Neanderthal, es el ejemplo de una raza, no detenida en su elevación, sino bajada de una esfera más alta" (Thoughs of a Catholic Anatomist). El Prof. Keit acaba de dar entera razón al Prof. de la Universidad de Harvard y así lo comprende perfectamente el Dr. Walsh. Mientras el evolucionismo declina, la verdad se abre paso. (Véase "América" Dic. 15 de 1917). En México sin embargo no son raros los partidarios de ideas que van marchando a su ocaso y mientras en otras partes se abandonan aún por aquellos que están muy lejos

de adoptar las enseñanzas bíblicas, aquí se abrazan apoyándose en los argumentos que ya fueron desechados por una crítica imparcial.

Abundante, variada y persuasiva es la literatura que combate el darwinismo, mas no tenemos necesidad de echar mano de ella porque para el mismo jefe de la escuela y sus discípulos, las teorías mejor aceptadas son que América en general, no es un país favorable a la evolución y transformación de las especies: por consiguiente no fué en América donde pudieron haber aparecido los primeros antropoides, término medio imaginario entre el hombre y los monos. El Africa oriental, según los transformistas, es la región que ofrece excepcionales ventajas para el rápido progreso de tales especies intermedias; y descubrimientos modernos, como ellos mismos aseguran, confirman lo que dicen. Añaden, que si fuera posible hacer exploraciones en el fondo del Océano Indico, allí se encontrarían los esqueletos necesarios para establecer con toda certidumbre, el gradual progreso de los monos y sus transformaciones sucesivas hasta llegar a ser animales racionales. (De Roo. History of America before Columbus. vol. I. p. 8).

El Dr. Ameghino, en sus exploraciones a la Patagonia y a las Pampas Argentinas, asegura haber encontrado restos fósiles de antropoides. Lo niegan muy competentes antropólogos: uno de ellos, el Dr. Hrdlicka en un trabajo recientemente publicado hace ver que el hombre no pudo haber tenido origen en América porque faltan aquí los primates inferiores que se lo pudieran haber dado. "Hubo en este continente lemures eocenos y oligocenos y pequeños monos; y a últimas fechas micos americanos comunes, pero nada se ha descubierto que se relacione con un tipo tan avanzado que pudiera con alguna probabilidad incluirse en la más próxima prosapia del hombre. Un hecho tal, es lo que basta para alejar la idea de un origen americano para los indios" (l. c.) En el falso supuesto que los descubrimientos del Dr. Ameghino en la Argentina fueran exactos, no quedaría probada otra cosa sino que los antropopitecos a que se refiere habrían venido de otra parte, no existiendo en América elementos en donde pudieran haberse formado.

Morton y Agaziz sostuvieron también el origen autóctono de los americanos, pero sus teorías encontraron opositores en su mismo campo: uno de ellos fué nada menos que el corifeo de la es-

cuela, Darwin, en su libro, "Descent of Man" y otro, una de las lumbreras del transformismo, Haeckel. El primero dice que no hay que buscar a los progenitores del hombre entre las especies de jimios que pueblan el Nuevo Mundo, sino entre los que viven en el Antiguo, los catarrhinos. (Descent of Man p. 1 cap. VI) y el segundo: "en todo caso", dice, "los primitivos habitantes de América, vinieron del Mundo Antiguo, y no fueron, con toda seguridad, como alguien supone, el resultado de la evolución de los micos americanos. Los catarrhinos o monos de narices pequeñas, en ninguna época existieron en América". (Historia de la Creación). A esto agrega Roberson que: "El hecho de la grande semejanza de los hombres en ambos hemisferios, mientras los animales son tan diferentes, es por sí mismo un argumento decisivo" en favor del origen común de los americanos del mismo tronco del Mundo Antiguo. (Religion of Ancient America). El mismo Winchell dice que: "Todas las investigaciones hechas hasta hoy, nos han traído la convicción, que una raza americana de hombres, distinta de las Mongoloides, es solamente una preocupación que tuvo origen en consideración al aislamiento del Continente Americano y extrema lejanía al tiempo de la separación de sus asiáticos parientes". (Preadamites p. 67).

No obstante todo esto el Sr. Dr. Ramírez, en una disertación leída ante el Congreso de Americanistas de México, en 1895 sostiene que: "Las leyes biológicas permiten asegurar que las razas primitivas de América son autóctonas" y entre otras cosas asienta que: "El grupo de los cuadrumanos precursor del hombre está representado (en México) por múltiples formas que nos demuestran que el medio ha sido favorable a su variación". Pregunta además: "El maya, el azteca, el kikapoo y el inca, ¿qué han tenido de común en sus caracteres autoctómicos etnógraficos para que pudiera establecerse entre ellos alguna relación? ¿Qué rasgos fundamentales los acercan a las razas del Antiguo Mundo? Absolutamente ninguno". (XI Reunión del Congreso Internacional de Americanistas, de México, 1895). La respuesta la ha recibido ya de los antropólogos renombrados que acabamos de citar y de otros que adelante citaremos. La mayor parte de estos autores son poligenistas o evolucionistas. Los escasos partidarios que quedan al autoctonismo americano, viendo la debilidad de los argumentos

paleontológicos, recurrieron a otro, tomado de la etnología, fundando la hipótesis de que el hombre americano es autóctono, en la diversidad de coloración de la piel. Quatrefages empero, hace notar que de los cuatro grupos en que suelen ordinariamente dividir la humanidad, tomando como norma el color de la piel, el cobrizo o rojo de los americanos es el menos característico. Hombres con piel roja no los hay solamente en América, también habitan en la isla Formosa, en Corea, y en el Africa. Además hay tribus en América que no tienen roja la piel y el color rojo aparece como un producto del cruzamiento de las razas. Fritzroy hace observar que en la Nueva Zelandia es con frecuencia el carácter de los mestizos de Ingleses y Maorís: como el amarillo es generalmente el color de los mulatos. (Quatrefages. Histoire générale des Races humaines).

*
* *

No encontrándose en México ningún hueso humano fósil, ninguna relación auténtica e indiscutible entre la fauna geológica y el hombre, se buscó una manifestación de la existencia humana en terrenos geológicos que pudieran manifestar su presencia allí donde faltaban sus despojos. Yucatán y la Baja California han sido considerados como la cuna primitiva de las dos civilizaciones que se han creído desarrolladas en el territorio mexicano; la maya y la tolteca y era natural que en ambas penínsulas se buscara al hombre primitivo que, evolucionando desde el estado más salvaje, hubiera llegado a demostrar el estado de cultura intelectual que se ha descubierto en nuestro país.

Desde mediados del pasado siglo se creyó haber encontrado en Francia primero y después en otros países de Europa, Asia, Africa y aún América, ciertas piedras en cuyos cortes se pretendió ver la mano del hombre ejerciendo sus fuerzas musculares en yacimientos geológicos en que no se había manifestado hasta entonces otro indicio de la presencia humana. A unas tales piedras se les llamaron eolitos y no pocos hombres de ciencia se propusieron demostrar que las fracturas de semejantes rocas se debían a las fuerzas humanas. El abate Breuil, Mr. Carthaillac, A. Laville, L. Mayet y otros, demostraron, que para explicar tales fracturas eran suficientes las fuerzas de la naturaleza, los cambios

bruscos de temperatura y otros agentes físicos, químicos y mecánicos sin necesidad de recurrir a la fuerza muscular del hombre.

En México se buscaron los eolitos en Yucatán y la Baja California, pero Mr. G. Engerrand mandado por nuestro Gobierno para hacer exploraciones geológicas en Yucatán, honradamente aseguró que en toda la parte de la Península Yucateca explorada por él no existe el más pequeño vestigio de la existencia del hombre en una época prehistórica. (Informes sobre una excursión prehistórica en el Estado de Yucatán. An. del M. N. de Arqueología II). El mismo Ingeniero exploró en 1912 la Península de la Baja California y asegura en su informe que los eolitos de esa Península no tienen nada que pueda considerarlos como la obra del hombre eolítico. La Naturaleza, en ciertos casos, dice "puede imitar de una manera casi perfecta, paleolitos y hasta neolitos" y Mr. R. Verneau escribe que "todos los caracteres con la ayuda de los cuales los prehistoriadores creían reconocer una acción intencional sobre un silex, cuya forma no estaba bien definida, pueden resultar de choques accidentales". (Bull. Soc. Anthropol. París 1905. p. 378) No existen, pues, en la Baja California tales eolitos, ni las manifestaciones humanas correspondientes y no se puede probar que en esta Península hubiera existido el hombre en épocas geológicas ni aún en tiempos excesivamente remotos. (Informe sobre una excursión a la Baja California. Bol. del M. N. de Arqueología tom. II. Méx. Febr. 1913 n. 8 p. 150).

Contra los anteriores argumentos se empeña un moderno escritor de nuestra historia antigua en encontrar en México, una raza autóctona; y primero seducido por muy dudosas indicaciones que encuentra entre los objetos que vinieron a luz en Teotihuacán, en pequeñas cabecitas de barro y en grandes y colosales de piedra encontradas en el Estado de Veracruz, en que los escultores indígenas quisieron al parecer reproducir el tipo de los negros africanos; quiere hacer de ellos los primeros pobladores y no se comprende bien si autóctonos de México. Mas con menos desacierto dice después que "en efecto aún cuando la raza negra sea la primera que se extiende en la tierra, aún cuando la admitamos como primitiva habitadora de nuestro continente, es sin embargo en él una ave de paso y debemos buscar otra raza para llamarla autóctona". (Chavero. Historia Antigua y de la Conquista de México, pág. 64).

Un escritor inglés va más allá de nuestro compatriota, "Tulan, Atulan o Atlán que son varias formas del mismo nombre", dice Mr. Gerald Massey, y no veo porqué no añadió también Autlan y Aztlan, "fué el origen y la tierra natal creída así en todas las tradiciones primitivas de la civilización Americana". Tula, prosigue el autor después de citar los textos competentes del Popol Vuh y la Crónica de los Cakchiqueles, "existe geográficamente en nuestros días en las costas occidentales de Africa y al Oeste de las costas Bulom. El país de Bulom confina con el de Timne. También en el Alto Sudán del Noroeste encontramos el grupo de las lenguas de Mandengas, una de las cuales es la *Tolonka* o *Toronka,* la lengua de *Tolon;* y hay allí una capital llamada *Tolon* o *Toron* donde se habla la lengua Tolonka. La posición de *Tolon* o *Toron* es al Oeste de Konia, al Este de Sankara, Sur o Suroeste de Mande y Norte de Toma. Aquí entonces hay una tierra occidental en dirección de la cual los negros americanos vinieron, con un Tulon en la costa del Oeste y otro que yace al Noroeste, muy al interior; éstas, pudieran ser, en mi opinión, las dos Tulas, al otro lado del agua, conocidas por los Quichés que vinieron al Oeste a una Tula en América guiados por el Tulan de que se habló, estaba en el cuadrante donde viven los dioses. Esta insinuación incidental se puede sostener. El Oeste es la mano izquierda, en donde se apaga la luz en el lenguaje pantomímico antes que pudiera tener un nombre propio, y en algunas lenguas Africanas la mano *de abajo* que es la izquierda se llama *Tulan,* como en Bulom, y Atalan en Timne; y ambos dialectos pertenecen a un grupo de lenguas del noroeste de Africa en las costas del Atlántico. El mismo nombre por la mano de abajo o la izquierda se puede deducir de los dialectos Aku. Puédese en seguida deducir que el Océano Atlántico tomó su nombre de Atalan en la lengua Timne en la costa del oeste, significando el agua de la mano izquierda o de abajo, y Tulan es la morada llamada así por el lado de la mano izquierda al cual cae el sol en las aguas del Atlántico. Atlan y Tulan concluye el citado autor "son la mano izquierda y el lugar de la mano izquierda en Africa, y no tenemos necesidad de indagaciones ulteriores para derivar la más antigua de las oscuras razas americanas o su mitología y civilización de una perdida Atlantide sumergida en el Atlántico o mar de la mano izquierda". (The Natural Genesis II. p. 229-231).

El origen de nuestras antiguas razas cultas está encontrado. Eran los negros cuyos vestigios se encuentra en México, según el Sr. Chavero. Sin embargo estos negros, pretende probar Mr. Gerald Massey, que no eran autóctonos de México sino que vinieron de Africa. ¡El autor que citamos es darwinista! Otra noticia añadiremos a las que nos da el autor, relacionada con nuestras Tulas y Zulas. Cerca de la Bahía de Annesley, en la costa africana del Mar Rojo, hay un pueblo llamado Thulla, Zula o Dola, en cuyas cercanías existen las ruinas de una antigua ciudad. Cosme Indicoplute vió allí una inscripción de Ptolomeo Evergetes, y Ruppel habla de esas ruinas. (Muller. Geog. Graec. Min. I. 259). Mas nosotros no tenemos que ocuparnos de los negros; aún en el concepto del Sr. Chavero fueron aves de paso en nuestro territorio; pasen en buena hora; los dejamos en manos de los antropólogos que se encargarán de probar que no fué la raza negra la primera que se extendió sobre la tierra, ni la raza primitiva (Quatrefages obra citada.—Lyell. The geological evidence of the antiquity of Man).

Veamos cuál fué la raza que encontró nuestro autor para llamar autóctona. "Si consideramos por una parte la persistencia del idioma y por la otra los grandes centros de civilización que en nuestro territorio se establecieron, tendremos que reconocer en la antigüedad remota como razas autóctonas, en el centro, el otomite y, en el sur, a la mayaquiché y como inmigrante, a la naua" (Chavero 1. c. p. 60). Encontró no una sino dos razas autóctonas, y las únicas razones que nos da para creerlas tales, son la persistencia del idioma y los grandes centros de civilización. Confieso ingenuamente que no alcanzo la fuerza probatoria de ninguna de las dos razones.

Persistente como ninguno es el idioma de los Arabes que se habla en Egipto, Argel, Túnez, Marruecos, en fin, en todos los países marítimos del Africa del Norte desde el Nilo hasta Gibraltar, y nadie ha soñado decir hasta ahora que los Arabes sean autóctonos de la Africa del Norte. Tres fueron los más antiguos centros de civilización en Italia: el Lacio, la Etruria y la Campania y nadie dice que los Latinos, los Etruscos y los Griegos fuesen pueblos autóctonos de Italia. Todavía más, hay escritores entre los mismos poligenistas que no creen autóctonos ni a los Egipcios

constructores de las pirámides, ni a los Caldeos que echaron los cimientos de Babilonia.

Mas tenemos que ser leales: el autor parece indicar en otro lugar, que el monosilabismo juntamente con la persistencia de los idiomas es la verdadera razón del autoctonismo de los Otomites y los Mayas. Como pretendo probar ampliamente en mi trabajo histórico las inmigraciones de las tribus y como los mismos argumentos con que se pretende probar el autoctonismo de los otomites se aplican a los mayas, me contentaré con demostrar brevemente que el otomite no es un idioma persistente, y aunque fuera monosilábico, esto no sería razón suficiente para probar que es autóctona la tribu que lo habla.

Comprendiendo que en realidad no es monosilábico el idioma que hoy día hablan los Otomites y llaman hiahiú, el Sr. Chavero probablemente entendió hablarnos del idioma de donde se deriva la numerosa familia lingüística que los filósofos llaman Otomite de la cual acaso este idioma es el representante más próximo. Puedo sin inconveniente convenir con él en que esta lengua fuera monosilábica, pero no puedo convenir en que fuera persistente, puesto que habiéndose perdido, nos dejó una tan numerosa generación; ni persistente es el hiahiú su representante directo, porque el mismo Sr. Chavero nos dice "que se divide en muchos dialectos o más bien en cada pueblo se habla un dialecto de otomí" y es un axioma bien fundado entre los filólogos que los dialectos de hoy son las lenguas de mañana. (Lyell. o. c. cap. XXIII).

Admiten los filólogos, aunque no todos, que el monosilabismo es señal de antigüedad del idioma: pero una cosa es el idioma y otra la tribu que lo usa. Es un hecho nada raro en la historia el cambio de lenguaje en las naciones: los coptos, para no citar otros, descendientes de los antiguos egipcios, que aunque vivan separados de los Arabes hablan la lengua de sus dominadores. De modo que los Otomites aún siendo una tribu moderna, como pudieran haber sido, habrían podido usar una lengua muy antigua trasportada de otra parte.

Quiero ser generoso; concedo que el hiahiú fué la lengua de los otomites desde un principio. ¿Porqué no hubieran podido haber venido de otra parte? ¿Acaso los chinos que tienen una lengua monosilábica, como dicen, no pudieron haber jamás fundado una colonia? Sostiene el P. Nájera en una erudita disertación, que los

otomites descienden de los chinos, y a nadie que yo sepa, para refutarlo, se le ha ocurrido la idea de que los otomites no podían descender de los chinos porque entonces no serían autóctonos de México como su lengua monosilábica lo requería.

El Sr. Chavero no carece ni de erudición ni de ingenio y vió muy bien la poca consistencia de su argumento: y para apuntalarlo recurrió a las costumbres salvajes de los otomites, a las cacerías en que se ejercitaban, a las grutas en que vivían, a los petroglifos que dejaron en muchas partes, a la zoolatría que dice él profesaban, comparándolos en todo esto con otras tribus salvajes de América y concluye diciendo: "No nos atrevemos a sacar consecuencias de todos estos hechos pues son de por sí aislados y no queremos entrar en cuestiones inútiles sobre si esa raza primitiva nació en esta tierra o en tiempos lejanísimos vino a ella. Nos basta encontrar pueblos monosilábicos, pueblos con conexiones que no pueden ser casuales, extendidos por todo el continente para cometer la audacia de decir: la primera raza que existió aquí y por eso la llamamos autóctona fué la raza monosilábica" (Chavero o. c. p. 68). La audacia del autor no debe haber consistido en llamar autóctonos a los otomites por haber sido los primeros hombres que habitaron en México, como podría comprenderse por sus palabras: esto más o menos antes que él, lo dijeron casi todos los que se ocuparon de nuestra historia antigua y no se necesita audacia para repetir lo que antes había dicho todo el mundo. La verdadera audacia consiste entonces en afirmar contra la opinión aún de los mismos poligenistas, que son autóctonos los otomites, porque tuvieron en México su origen, y esto no lo confiesa ingenuamente sino lo deja deslizar vergonzante y embozadamente al que lo pueda entender.

El monosilabismo y las conexiones que no pueden ser casuales, entre algunas de nuestras tribus y otras americanas, hacen al Sr. Chavero, a falta de mejores argumentos, declararse por el autoctonismo de los otomites y mayas. Si el monosilabismo resulta un argumento nulo y de ningún valor, las conexiones prueban todo lo contrario: porque no sólo las tribus americanas vivían en grutas, eran salvajes cazadores, grababan o pintaban signos o figuras en las peñas y adoraban animales, dioses de nuestras tribus primitivas según el dicho del autor. En las edades primiti-

vas de Europa y Asia se hizo lo mismo. En Africa y Oceanía se practica esto mismo en nuestros días y eso más bien nos da a entender el común origen de la humanidad.

Morgan lo comprendió y por esto dice: "Dondequiera que en diversos continentes se puedan descubrir huellas de conexiones entre instituciones presentes y un principio común, se deduce la derivación original de esos pueblos de un mismo tronco" (Ancient Society cap. I. p. 8). Al mismo Darwin no se le escapó que, "cuando advierte un naturalista una estrecha conformidad en muchos pequeños detalles de hábitos, gustos y aptitudes entre dos o más razas domésticas o entre grupos naturales íntimamente unidos, usa de un hecho semejante como argumento para probar que tales razas tuvieron un origen común que se les asigna como progenitor, y la consecuencia que se sigue es que deben clasificarse todas bajo la misma especie. El mismo argumento hay que aplicar a la raza humana" (Descent of Man. p. I. cap. VII). El P. Roo hace la aplicación del argumento del naturalista inglés: "Es un hecho comprobado también que cualquiera que sea el período de tiempo intermedio siempre encontramos al hombre del Nuevo Mundo perfectamente semejante en el esqueleto y en los huesos, al hombre del Mundo Antiguo: hecho más sorprendente, cuanto que los otros mamíferos de los dos continentes grandemente difieren en este respecto los unos de los otros. La misma semejanza se observa en las obras del hombre en ambos hemisferios: las armas, los utensilios, la alfarería, todo tiene la misma forma, las mismas variedades, la misma ornamentación. En ambos continentes el hombre manifiesta los mismos instintos de asociación: las mismas necesidades lo conducen a los mismos medios para satisfacerlas. La identidad de la humana inventiva en todos los países, en todos los climas es no menos notable, no menos concluyente que la uniformidad de su estructura corporal". "Tengo para mí, dice Winchell, que la sangre de la primera humana cepa fluye en las venas de todo humano sér" (o. c. v. I. p. 11 y 12). Y E. B. Tylor concluye. "Se puede asegurar que la doctrina de la unidad de la humanidad, ahora descansa sobre una base más sólida que en las edades anteriores" (Art. Anthropology n. Br. Enc.)

¿Tendría el pensamiento el señor Chavero, de que comenzó en México la humanidad? No sería el primer americano que quisiera hacer salir a todas las naciones, del Nuevo Mundo, aunque sí el

primero que declarara a los otomites los progenitores de los egipcios y caldeos, griegos y romanos, ingleses y alemanes, franceses y españoles. Desgraciadamente no nos cabe un honor tan singular; éste al menos es el modo de ver las cosas del Dr. Hrdlicka y también mi humilde parecer. "Al aceptar la opinión que los indios tuvieron origen en América, estaríamos obligados a sacar la consecuencia que toda la humanidad tuvo su origen aquí, teoría que últimamente ha sido defendida, pero que al presente aparecería monstruosa aún a aquellos que están dispuestos a creer en el origen americano de los indios" (The Genesis of the American Indians). A la misma conclusión del antropólogo moderno llegó un anónimo misionero franciscano del siglo XVI que escribe así refiriéndose precisamente a los otomites. "Onde si aquí fueran criados, claro está que de aquí habrían ido los culuas y aún los españoles y todas las otras naciones" (Origen de los mexicanos). Y si al antropólogo moderno, parece monstruosa la teoría ¿cómo debía de parecer a un misionero en el siglo XVI? Con todo, salva la unidad del género humano, cada quien era libre entonces también de colocarle la cuna donde mejor le pareciera y no pocos se veían tentados de hacerle el nido en América, trayendo acá el Paraíso Terrenal.

La fe ciega que el humilde misionero maestro de religión entre los indios mexicanos, tenía a las verdades que predicaba y la convicción adquirida por las legítimas conclusiones de la ciencia profesada por el catedrático de antropología y etnología de las universidades de los Estados Unidos, los pusieron de acuerdo en la opinión que era monstruosa la teoría del origen americano del hombre. Nuestros indios que ni noticia tenían de las Sagradas Escrituras, ni conocían otras ciencias que las indispensables para llegar al día de mañana lo mejor y más alegremente que pudieran, eludiendo los malos influjos de las estrellas y haciendo que les fueran propicios los espíritus a cuyo cuidado estaba todo aquello que tenía que ver con la vida del hombre; y "lo uno porque al principio no tenían escritura ninguna ni otra memorativa que se acuerden, lo otro, porque después que ya hubo escritura no fué perfecta sino caracteres y figuras", habiendo pasado tantos siglos y generaciones, era imposible que supusieran o se acordaran de haber venido de otra parte, y tenían forzosamente que creerse originarios del país

(Orígenes de los mexicanos ap. Icazbalceta. Nueva colección de documentos para la historia de México. vol. III. p. 282). Ni fueron ni pudieron ser autóctonos los primeros pobladores de México, pero autóctonos se creyeron entre otros los indios del Valle de México y esto lo vamos a demostrar.

*

* *

La fantasía sugirió a los indios el modo y discurrieron o adoptaron para sí de otros pueblos que se encontraron en circunstancias análogas, mitos raros, con que darse cuenta de cómo comenzaron a vivir sus primeros antepasados. Autóctonos se creyeron los germanos, los atenienses, los persas y los egipcios con mayores medios para conservar la memoria de sus pasadas migraciones; y para explicar su origen recurrieron a fábulas no menos increíbles que las de nuestros indios, que sólo un simbolismo que sobrepuja la mentalidad de los americanos como la encontraron los europeos, podría hacerlas ver menos absurdas de lo que a primera vista aparecen.

El año 28 o sea el segundo del tercer tlapilli o período de trece años después del diluvio, "Mixcóatl tomó un bastón y dió con él a una peña y saltaron de ella cuatrocientos chichimecas, y éste fué el principio de los chichimecas a que decimos otomites, que en lengua de España quiere decir serranos; y éstos, como adelante se dirá eran los pobladores de esta tierra, antes que los mexicanos vinieran a la conquistar y poblar" (Historia de los mexicanos por sus pinturas. ap. Icazbalceta. Nueva colección de documentos para la Historia de México. vol. III. p. 236). Mixcóatl era un dios representante del poder creativo y de la fecundidad. Los mixtecas y zapotecas, otras de las tribus de filiación otomites, se creían también originarios de su país si hemos de creer a Burgoa, y decían proceder de las piedras, de árboles y de animales feroces. De las otras tribus del mismo origen, desgraciadamente no sabemos nada.

Entre los pueblos que habitaban la Mesa Central no sólo a los otomites se asignaba un principio autóctono fabuloso. Un día de madrugada, cayó del cielo una flecha en un lugar cercano a Texcoco y del hoyo que se formó en la tierra, salieron un hombre y una mujer, cuyos cuerpos no constaban sino del pecho para arriba:

el hombre fué llamado Tlotli, halcón, y aludiendo a su forma, Tzontecomatl, cabeza, o mejor dicho calavera: la mujer recibió el nombre de Tzonpachtli, cabellos de heno. En un documento que contiene pintadas las tradiciones aculuas con jeroglíficos que dan a entender los nombres propios, el de la mujer de Tlotli se expresa por medio de una cabeza cuyo cabello es de heno, que en mexicano se llama pachtli; y como Tzontli lo mismo significa cabeza que cabello, por eso el jeroglífico rectamente se puede leer tzonpachtli. No le pareció así al antiguo intérprete de las pinturas, que en las anotaciones en lengua mexicana escribió Pachxochitl, nombre que adoptaron todos los cronistas y que significa flor de heno. A mi juicio es más racional el nombre tal como lo escribe Thévet, que es de quien tomamos la narración del mito: la flor del pachtli (tidlansia usneoides) es apenas perceptible, mientras que la yerba parásita tiene realmente la forma de una cabellera.

De un modo extraordinario esta singular pareja tuvo hijos y fueron seis varones y una hembra que nacieron perfectos, mientras sus padres caminaban dando saltos como los gorriones: pero esto no impidió que Tlotli Tzontecomatl hiciera buen uso de sus manos fabricando arcos y flechas y cazando pájaros o conejos y liebres cuyas carnes comían crudas y cuyas pieles les servían de abrigo. Los hijos procrearon y en breve se aumentó la posteridad; con buenas piernas se derramaron por todas partes en busca de tierras desconocidas, quedándose en donde les parecía y poblando en muchas partes sin fijar habitaciones permanentes porque no sabían edificar casas, y sólo vivían en cavernas naturales o chozas que hacían de ramas de árboles cubiertas con yerbas. Así tuvo origen el señorío de Texcoco, todos reconocían a Tlotli como soberano y le llevaban de la caza que cogían. "No se preocupaban del tiempo ni sabían contar meses ni años hasta que llegaron los mexicanos que les trajeron calendarios figurados con algunos caracteres" (Thévet. Histoire du Mechique. En Journal des Americanistes sec. ep. vol. II p. 7-10). No fueron los mexicanos los que tales calendarios les llevaron.

El autor anónimo que copió servilmente Thévet, probablemente uno de los primeros misioneros que estuvieron en México a raíz de la caída de los aztecas y escribió su obra en español por el año de 1543, llama genéricamente otomites a los descendientes de Tlotli

y sigue llamando así a los habitantes del señorío de Texcoco. Se daba en los primitivos tiempos el significado de serrano a la palabra otomite y en tal sentido la usa probablemente el autor, pero fuera de él ningún otro escritor llama constantemente otomites a los acoluas que poseían el señorío de Texcoco y eran de filiación étnica enteramente distinta de la de los otomites. Olmos, otro de los primeros predicadores del Evangelio en México, si no es, como pienso, el mismo que escribió la obra que Thévet no hizo más que traducir y últimamente fué publicada en francés; en una cita de Torquemada tomada de Mendieta, pone hasta cierto punto las cosas en su lugar cuando dice haber sabido de los aculuas, fundadores y habitantes de Texcoco que "llegaron primero los chichimecas sus abuelos a tierras de Texcoco y la poblaron y habitaron, no para hacer luego casas, sino que habitaban en chozas o cuevas y no sembraban ni cocían, ni asaban las carnes de la caza hasta que después otras gentes que ellos llamaban colhuaques, vinieron y de ellos tomaron el sembrar y asar la carne y otras cosas" (Ap. Torquemada. Monarquía Indiana. lib. I. p. 32). Los otomites tuvieron origen del golpe con la vara o dardo de Mixcóatl; los chichimecas del flechazo que vino del cielo, pero unos y otros promiscuamente se llaman otomites y chichimecas.

Con algunas variantes encontramos en Mendieta la misma fábula del origen de los acoluas relacionada con el pueblo de Acolman perteneciente a la misma tribu. En la versión de este autor, los indios "en pinturas mostraron y declararon al sobredicho Fr. Andrés Olmos" que fué el sol quien mandó la flecha a la tierra como a las nueve de la mañana y del hoyo que se formó sólo el hombre salió incompleto y por eso se llamó Acolmaitl, hombros-manos, la mujer salió con todos sus miembros cabales. (Historia Eclesiástica Indiana. pág. 81). El sol fué el padre, la tierra la madre de los acoluas, por eso dice Ixtlilxóchitl que los chichimecas no adoraban "sino al Sol que llamaban padre y a la Tierra madre" (Obras Históricas. vol. I. p. 457).

*
* *

No cabe duda que fueron dos razas diversas las que indistintamente llaman nuestros autores antiguos, otomites y chichimecas, Hay dos pinturas dice Durán, "que señalan dos géneros de gen-

tes; una de esta parte de México y otra de la otra parte, en la parte de la Puebla y Cholula, y que los de esta parte eran chichimecas y los de la otra parte eran gigantes, los cuales se llamaron Quiname, que quiere decir hombres de grande estatura. "(Historia de las Indias de Nueva España vol. I. c. II. p. 13). Los chichimecas, pues, según las pinturas de Durán, eran contemporáneos de los gigantes, que nadie ha llegado a decir fueran de raza naua u otra sino únicamente otomite. Una raza igualmente primitiva vivía con ellos y esta raza no podía ser sino la de los hijos del Sol. Ixtlilxóchitl, dice "que los gigantes se llamaron Quinametin y que los alcanzaron a conocer y tuvieron muchas guerras y disensiones con ellos". (o. c. v. I. p. 17). Clasifica a los gigantes entre los chichimecas, como también lo hace el autor del Códice Ramírez, pero éste, como luego veremos, asegura que los otomites eran chichimecas también.

A despecho de la incertidumbre que se origina de la lectura de los antiguos escritores, si por los gigantes entendemos a los otomites, Durán está en lo justo y no podía menos teniendo dos pinturas en su abono. Se acerca notablemente a él quien escribió el códice Ramírez cuando dice, que "los indios de esta Nueva España, según la común relación de las historias de ellos, proceden de dos naciones: la una de ellas llaman nauatlaca, que quiere decir gente que se explica y habla claro, a diferencia de la segunda nación, porque entonces era muy salvaje y bárbara, sólo se ocupaban de andar a caza, los nauatlaca les pusieron por nombre chichimecas, que significa cazadora y que vive de aquel oficio agreste y campesino y por otro nombre les llamaban otomites". (Crónica Mexicana p. 17).

Tenemos el campo más claro, pero no enteramente despejado. Aunque Mendieta nos diga que los otomites habitaban por todas partes, al Oriente y Poniente del Valle de México y que "no se sabe de donde tuvieron origen"; la parte principal de ellos parece que estaba al Oriente, en el lado en que todos colocan a los quinametin. Al Poniente tenían que estar los nauatlacas o nauas y no nos debe llamar la atención que a ese viento coloque Durán a los chichimecas, porque los nauatlacas o simplemente nauas "eran los que hablaban la lengua mexicana, aunque no la pronunciaban tan claramente como los perfectos mexicanos: y estos nauas tam-

bién se llamaban chichimecas". (Sahagún. o. c. vol. III. p. 121). Un escritor anónimo dice: "En esta tierra de Nueva España hay tres maneras de linajes de gentes que son: chichimecas, los de Culua e Mexicanos: todos estos están mezclados, emparentados por casamientos: desde muchos años ha, antes que fuese México, se emparentaron los dos primeros linajes que son los de chichimecas y los de Culua". Añade en seguida, que estas gentes, es decir los culuas habitaron en el país "después que hubo gigantes" pero "de do viniesen no se saben dar razón, antes dicen que los dioses los habían engañado diciendo que aquí los habían ellos criado en cierta parte do agora es un pueblo Eutivaca (Teotihuacán) cerca de Texcoco" (Origen de los Mexicanos p. 283 y 284) No queda duda que los culuas que eran nauas y siguieron a los gigantes, eran de los que vivían al Poniente y es sólo por antelación por lo que se dice que introdujeron la cultura entre los otomites, cuando en el tiempo a que nos referimos eran poco menos salvajes que ellos y es por eso por lo que se les llama chichimecas.

Fácilmente se resuelve el embrollado problema de los otomites y chichimecas si consideramos que los chichimecas a veces son los nauas, a veces son otomites; llámanse a los nauas chichimecas porque "anduvieron peregrinando como chichimecas por las tierras antes dichas (de los chichimecas) y de allí volvieron hasta estas partes" (Sahagún III. p. 147). En resumen, en el período en que los nauas fueron incultos y salvajes se les aplica la denominación de chichimecas y es en el período en que se confunden con los otomites primeros o reputados más antiguos pobladores. Los modernos historiadores no admiten generalmente un tal período trayendo desde un principio cultos a los nauas; para mí las verdaderas tradiciones lo suponen.

Parece que la ambigüedad de la denominación de chichimecas no existía entre los indios antes de la predicación del Evangelio; entonces de alguna manera se diferenciaban aquellos que siempre permanecieron en un estado salvaje como los otomites y los que vivían en los territorios del norte cerca de los que gozaban de una vida más culta; de aquellos que habían sido salvajes pero ya no lo eran. Para distinguirlos de los primeros, se llamaba teochichimecas a los segundos; pero los primeros misioneros por infun-

dados escrúpulos abolieron la denominación y vinieron las ambigüedades y el desorden que encontramos en muchos de los antiguos escritores.

A cierto Culuacan, pueblo medio fabuloso, llamaban los indios Teoculuacan para distinguirlo del pueblo situado a la orilla de la laguna en el Valle de México y que hasta el presente lleva el mismo nombre de Culuacán. Decían Teoculuacan al otro "por ser tierra lejos y de lejos tiempos". El prefijo añadido se deriva del nombre teotl "de mucha veneración, tanto, que este es el nombre que usan por Dios, y no hay otro para esto sino aqueste". Creyendo que era una profanación al nombre de Dios añadirlo como prefijo a otros nombres profanos o por temor a recuerdos idolátricos que pudiera este nombre traerles, prohibieron a los indios que usaran el prefijo y desde entonces "ya no le saben decir a esta tierra que digo sino Culuacan e no Teoculuacan porque se lo reprendemos" (Origen de los Mexicanos p. 284). Igual noticia tenemos en otro documento. Ya no dicen Teuculuacan "porque se lo reprendemos, que teutl quiere decir Dios y nombre divino; en este nombre está compuesto Teuculuacan; de manera que los que ya creen no dicen sino Culhuacan". (Relación de la Genialogía y Linaje de los Señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España ap. Icazbalceta Nueva Colección etc. vol. III. p. 264).

Los teochichimecas o nauas primitivos en su estado salvaje andaban muy mezclados en las leyendas mitológicas en que toman parte Tezcatlipoca, Mixcóatl, Itzpapálotl, Quilaztli y algunas otras divinidades, y si hubo razones suficientes para apear el teo a Teoculuacan, mucho mayores las había para cercenarlo a los teo-chichimecas dejándolos simplemente chichimecas. Los cronistas en general y en particular Ixtlilxóchitl y Muñoz Camargo, por cuyas venas corría la sangre de los antiguos teochichimecas, nos hablan del ahínco que tenían todos en pretender que tenían su origen de los chichimecas y el honor que a este nombre se vinculaba como en España a la descendencia de los Godos. Tal hecho sólo se explica, considerando lo despreciables que eran para los mismos indios los que en tiempo de la ocupación española se llamaban chichimecas, si admitimos que los primeros, los que se rozaban con los dioses, de alguna manera, aún en el nombre se diferen-

ciaran de estos despreciables chichimecas, llamándose teochichimecas o divinos chichimecas.

No faltan antiguos testimonios que confirmen nuestras presunciones. "Llaman a las que de estas gentes no son tan avisados, otomites, como quien dice villanos: ca las otras que todavía andan por montes como de antes, teuchichimeca, como si se dijese antiguo chichimeca: en singular a uno se dice teuchichimecatl". (Origen de los Mexicanos p. 286). Cuando dejaron los nauas el salvajismo, fácilmente se comprende que no todos lo hicieron: muchas familias, que formaron tribus después, permanecieron salvajes y a éstas se siguió llamando teochichimecas y quizá por eso Sahagún llama teuchichimecas a los salvajes del norte en su parágrafo de los chichimecas, diciendo que la palabra teuchichimeca significa "del todo bárbaro". Si en vez de teuchichimeca hubiera escrito techichimeca, entonces el prefijo te se derivaría de tetl piedra y se podría dar el significado que da el autor a la palabra. Me temo que a nuestro diligente cronista en ese y en algún otro párrafo de su obra se le pueda aplicar el trillado quandoque bonus dormitat Homerus.

Según Muñoz Camargo, los teochichimecas, "que quiere decir tanto como divinos chichimecas" fueron los que llegaron de muy lejanas tierras "pasando grandes desiertos, montañas, ríos, ciénegas y otros trabajos y peregrinaciones" (Historia de Tlaxcala p. 95). De estos mismos emigrantes nos habla el autor en otro lugar y de ellos tenemos noticia por los Anales de Cuautitlán: pero ni eran emigrantes, ni vinieron de tierras muy lejanas como nos lo dicen los cronistas, ni pasaron más montes ni más ciénegas que las del Valle de México y tierras de Puebla y Cholula. Eran ni más ni menos los hijos de Tlotli y Tzonpachtli que se habían multiplicado y buscaban lugares con cuevas para establecerse. Los que adoraban al Sol como Padre y la Tierra como madre y les ofrecían a su padre las primeras piezas que cazaban; a su madre "cierta yerba llamada tlazoltzacatl, que quiere decir yerba preciosa, para que la tierra les diera que comer", estos son los que se dice que vinieron de muy lejos, mientras hacía siglos que estaban en la Mesa Central tanto que creían haber principiado su ser en Texcoco naciendo de un flechazo del Sol. Si esos que se dice que vinieron, al Sol llamaban padre y la Tierra madre, era porque de ellos creían haber recibido el ser.

Un hijo de aquel par de seres incompletos llevó a casa un ídolo o amuleto que había encontrado y le llamaban Tezcatlipoca y "en ese tiempo comenzaron ellos a sembrar maíz y frijoles que son semillas que tienen en Chalco a seis leguas de Texcoco y de allá trajeron la semilla. Tzontecomatl Tlotli que era el Señor de Texcoco por ese tiempo murió" (Thevet p. 9—II). La leyenda del origen de los acoluas desde que brotó de la tierra Tlotli hasta que murió, no tiene la más pequeña indicación de su origen extranjero de la tribu. En Texcoco nace, en Texcoco se ensancha, de allí se propaga por todas partes. El culto al Sol y a la Tierra tiene origen en la misma leyenda y allí se origina el fetiche que se convirtió en dios tutelar Tezcatlipoca.

En los anales de otros pueblos del mismo origen naua como el texcocano, aparecen además del culto al Sol y a la Tierra otros fetiches que se confunden de tal manera con Tezcatli que difícilmente se puede saber en los principios cuál de ellos fué el tipo. Cuando la tribu se acercó a la civilización, los fetiches tomaron el aspecto de dioses y entonces quedó enteramente separado por sus atributos Tezcatlipoca, quedando casi idénticos Camaxtli y Mixcóatl; pero al principio, en los mitos primitivos que tratan del desarrollo y primeras empresas de la tribu, Tezcatlipoca, Mixcóatl y Camaxtli son la misma cosa; se nombran indistintamente y se echa de ver que no son sino tres nombres del mismo ser, el espíritu que guía a la tribu en sus empresas. (Véase Historia de los Mexicanos por sus pinturas en los capítulos VI y VIII).

*
* *

En el segundo año después del diluvio "Texcatlipoca dejó el nombre y se mudó en Mixcóatl". Quiso hacer fiesta a los dioses, el Sol y la Tierra probablemente, dioses supremos, padres de los teochichimecas, y para celebrarla sacó fuego con los palillos que para esto les servían y "fué la fiesta hacer muchos y grandes fuegos". (Hist. de los Mex. por sus pint. p. 224). Fué probablemente esa fiesta en el cerro de Huixachtitla, que ahora se llama de la Estrella y está contiguo a Culuacan y allí se incendió el fuego y se levantaron las hogueras. Ni física, ni geológica, ni artísticamente considerado, tiene el cerro de la Estrella nada de particular y sin embargo allí era donde los soberanos de México con

una pompa inusitada celebraban la fiesta del fuego nuevo, la última noche del período cíclico de 52 años. En los himnos sagrados el cerro de la Estrella se llama la Montaña de Mixcóatl: "Quiero sacar el fuego nuevo, quiero barrenarlo en la Montaña de Mixcóatl" leemos en la canción de Macuilxóchitl. (Sahagún ap. Seler. Codex Feyerbary, pág. 72). ¿Y de dónde le pudo venir la celebridad a ese cerro insignificante sino porque creyeran los indios que allí había encendido sus primeros fuegos Mixcóatl? El hijo de Tlotli había encontrado a Tezcatlipoca y Texcatlipoca-Mixcóatl comenzada a ejercitar sus funciones encendiendo fuego en honor de los dioses en Huixachtitla en Culuacan. No había venido de ninguna parte, según las creencias de los indios, en el territorio de la tribu se encontró y allí comenzó por venerar a los dioses. Esto sucedía el segundo año después del diluvio.

Los mitos son generalmente incoherentes y desordenados; se reúnen de distintas evoluciones se sobreponen los emblemas y al quererles dar una sucesión racional se tropieza con dificultades insuperables; no importa, queremos probar que los indios se creyeron autóctonos y por consiguiente la falsedad de las inmigraciones de los teochichimecas en el concepto de las verdaderas tradiciones de los indios y esto lo podemos hacer en medio del desorden cronológico de los mitos.

Después de haber encendido el fuego, cuando habían pasado ya algunos años, "el mismo Camaxtli, o por otro nombre Mixcóatl, tomó un bastón" y creó a los otomites como dijimos ya. (Hist. de los Mex. p. 235). También esto sucedió en el Valle de México porque poco tiempo después cayó del cielo un venado con dos cabezas "y Camaztli lo hizo tomar y dijo a los hombres que entonces poblaban a Cuitlahuac, tres leguas de México, que tomasen y tuviesen aquel venado por dios y así lo hicieron. (Hist. de los Mex. por sus pint. p. 237). Entre los compañeros de Mixcóatl por esa época figuran un Mímich y un Xímbel o Xiúnil o Axiúnil que se habían salvado de una matanza de chichimecas perpetrada por cuatro hijos y una hija de Tezcatlipoca a quien la incoherencia del mito distingue aquí de Mixcóatl. Mimich y Xiúnil no eran personajes otomites, puesto que acompañaban a Mixcóatl que favorecía a los de Cuitlahuac que no lo eran, y combatían contra los otomites para proporcionar víctimas al Sol. La confusión del nombre chichimeca ha enredado toda la fábula y des-

de los cronistas hasta los modernos historiadores no se dan una cuenta exacta si Mixcóatl era un dios de los otomites o no.

¿Hay en todos estos mitos algo exótico, o que por ellos se puede sospechar que fuera Mixcóatl un personaje que vino con sus teochichimecas de fuera? Todo lo contrario; pero no sólo Muñoz Camargo, sino los Anales de Cuautitlan traen con Mixcóatl a los teochichimecas de muy lejos hacia el norte de las famosas cuevas de Chicomóstoc y con él a Xiúhnil y a Mímich y otros personajes fabulosos, míticamente originarios de la Mesa Central.

La persistencia de los primitivos escritores en borrar las tradiciones del origen autóctono de los nauas por ellos firmemente creído, tiene su razón de ser y se explica cómo de muy buena fe, se hayan falseado las tradiciones. A ello contribuyó la confusión introducida con la denominación ambigua de chichimecas que se prestaba para interpretar las pinturas que contenían los anales de los indios de un modo más conforme a la verdad profesada por los misioneros y ya recibida por los indios de que todos los hombres habían tenido un origen común. Chichimecas eran los nómadas salvajes del norte: chichimecas trogloditas y cazadores como fueron los nauas, hijos del mítico Tlotli, se encontraban pintados en los anales que representaban el estado primitivo de la tribu. ¿No era natural que esos cazadores vestidos de pieles, con sus arcos y sus flechas, dibujados enfrente de sus cuevas, ya sentados, ya de pie, mejor se interpretaran venidos de muy lejos y descansando de las fatigas del largo viaje, que nacidos allí de un absurdo flechazo del sol? Era obvia y racional la nueva interpretación que se daba a la pintura, y podían los indios pensar que los primeros que la hicieron, eso pretendieron significar una vez que eso era lo que más se ajustaba a las enseñanzas recibidas; los que erraban eran los que la interpretaban de otro modo. Entre los nauas que tenían sus crónicas pintadas el cambio de interpretación era muy sencillo, los jeroglíficos que expresaban los nombres propios quedaban intactos y aunque no hubiera pinturas de peregrinaciones chichimecas el trabajo quedaría a los cronistas adaptándoles otras de otras tribus. Los mismos mitos podían tener una interpretación euhemerística y reducirse los dioses a caudillos de la tribu; los mitos y leyendas que no eran susceptibles de cambio había que abandonarlos como absurdos.

Tlotli y Tzonpachtli, decía la leyenda del origen de los nauas, habían tenido seis hijos y una hija (Thevet. 1. c). en todo

siete. Otra versión hace a Mixcóatl y no a Tlotli el padre de los seis hijos varones con una mujer y otro séptimo con otra: de todos modos son siete los progenitores de los nauas según las más comunes tradiciones. En la leyenda de Tlotli, los hijos salen de Texcoco, sede del señorío del padre, y se derraman por todas partes, fijándose en distintos lugares, pero sin edificar pueblos, vivían en cuevas; y en las pinturas vemos a los teochichimecas enfrente o dentro de sus cuevas, y la mayor parte de los lugares que los anales nos dicen que poblaron, tienen nombres que llevan en composición ostoc que en mexicano significa cueva. Cada uno de los hijos de Mixcóatl en el códice Vaticano A. está representado como metido dentro de su cueva. De las siete cuevas de los siete hijos de Tlotli y de los de Mixcóatl viene el nombre de Chicomostoc, las siete cuevas de la leyenda del origen de los nauas.

Los otomites no tenían pinturas que interpretar y estaban atenidos a lo que de ellos dijeran los nauas y por esto bajo las nuevas doctrinas fueron ellos solos los que salieron cargando con el autoctonismo, y por eso es también por lo que informado de los nauas el autro que traduce Thevet, declara otomites a todos los chichimecas descendientes del par que brotó del hoyo que hizo la flecha del sol.

Sin desechar sus anales, los nauas convertidos a la fe, buscaron el modo de interpretar sus pinturas de conformidad con los que habían aprendido de los religiosos misioneros, y dieron estas interpretaciones a sus maestros, y con el alfabeto que los nuevos cristianos habían aprendido, escribieron en su lengua estas interpretaciones al margen de sus anales pictóricos. No es una fantástica suposición el que las enseñanzas cristianas hayan tenido mucha parte en la interpretación de las pinturas históricas de los indios que dieron ellos mismos a los misioneros, y el nuevo aspecto que se les dió a sus antiguas tradiciones para ajustarlas a la verdad.

"La causa por qué dicen que primero estuvieron aquí los de Culua" dice uno de los primeros misioneros, "fúndase sobre falso, y es que aquí fueron criadas las gentes como dije... por lo cual so corrección de nuestro Dios que sabe la verdad, parece que esto sea más venrisimil, que solos los chichimecas son los primeros que aquí habitaron, e que fueron gentes desmandadas que se vinieron de otras partes e se entraron en los despoblados e montes que por ahí había". (Origen de los Mexicanos p. 286 y 287)

Otro de ellos, o el mismo Religioso misionero decía en otro escrito. "Dejo aparte los engaños y ficciones del demonio que dicen que dizque nacieron aquí los primeros padres suyos que los dioses los hicieron y otras ficciones, muchas falsas de que ellos agora se ríen y burlan, y ven claro que es falso, aunque no todos, que es muy necesario el ayuda de Dios y favor de S. M. para que se dé crédito a quien desea alumbrarlos y hacerlos creer que son engaños y falsedades". (Relación de la Genialogía etc. p. 268 y 269). No podemos estar seguros que los anales y crónicas primitivas representen las genuinas tradiciones de los indios; pero sí las representan las leyendas y ¡quién lo creyera! la verdad que se puede sospechar desfigurada en la crónica más bien es fácil encontrarla en el mito.

*
* *

Ixtlilxochilt nos presenta un ejemplo del euhemerismo adoptado por los indios para ajustar las leyendas y tradiciones de sus antepasados a las verdades que les habían enseñado los misioneros y reducir a historia los mitos. "Jurado que fué y recibido en el imperio Tloltzin" dice en su Historia de la Nación Chichimeca, "una de las cosas en que más puso su cuidado, fué el cultivo de la tierra; y como en tiempo de su abuelo Xolotl, lo más de él vivió en la provincia de Chalco, con la comunicación que allí tuvo con los chalcas y tultecas por ser su madre su señora natural, echó de ver cuán necesario era el maíz y las demás semillas y legumbres, para el sustento de la vida humana" (Obras Históricas vol. II. p. 59). En lo que ya vimos que dice de Tlotli la fábula traducida por Thevet. Si al Tlotlzin de Ixtlilxochitl se le quita la partícula reverencial tzin, muy afecto a usarla en los nombres propios el autor, tenemos el Tlotli, mítico fundador de la monarquía de Texcoco e introductor de la agricultura de los chalcas en su país. Todo lo referido en el mito de Tlotli inclusive la introducción de la agricultura por ministerio de los chalcas, lo tenemos en una pintura, denominada mapa Tloltzin por su posesor. Hoy se encuentra en una biblioteca de París. Desgraciadamente fué hecha después de la llegada a México de los españoles y ya se observan en las anotaciones en mexicano que la explican, las influencias de los nuevos dominadores y el euheme-

rismo que se comenzaba a desarrollar para explicar los mitos de una manera histórica y racional.

Sahagún, en su nómina de los señores de Texcoco, no hace mención de Tlotli, creyéndolo quizá, como lo es en realidad, un personaje fabuloso. Tlaltecatzin fué para él fundador del señorío pero sólo gobernó ochenta días, "no hizo cosa digna de memoria y se dice Señor de los chichimecas" (o. c. vol. II. p. 275). Su nombre se deriva de tlalli tierra y el verbo teca "asentar piedras en el edificio o poner maderos o cosa semejante en el suelo" dice Molina y por esta razón algunos traducen el nombre "el que tiende o allana la tierra". En la pintura llamada Mapa Quinantzin, que es otro nombre de Tlaltecatl, se dibuja sentado como suele hacerse en los antiguos códices para significar que el personaje que así se pinta está en posesión del lugar. Es por consiguiente Tlaltecatzin, como dice Sahagún, el primer señor de Texcoco en un sentido histórico, y si en los mapas antiguos se designa como hijo de Tlotli, es para significar su descendencia del pesonaje mitológico.

Ignoro de donde tomarían Ixtlilxóchitl, Torquemada y otros autores que los siguen, el nombre de Xólotl como abuelo de Tlotli, la historia del reino Chichimeca de Amequeme y la peregrinación que de allí emprendió hacia el sur dejando a su hermano mayor Achcauhtli a la cabeza del imperio chichimeca. Refiriéndose a otro asunto tratado por el mismo autor, dice de Ixtlilxóchitl el señor Orozco y Berra, que no se atreve a tacharlo de mala fe, entre otras razones porque "los ancianos que le informaron, convertidos al cristianismo, mezclaron sin pretenderlo las antiguas y nuevas doctrinas" (Historia Antigua y de la Conquista de México, vol. III. p. 22). Opino como él y con más razón respecto a Torquemada, quien se fió de lo que le decían o de lo que otros antes que él escribieron.

Xólotl, no fué el caudillo de una peregrinación que no existió en los términos en que hablan de ella Ixtlilxóchitl y Torquemada. Era un dios nocturno, un emblema del sol como visitante nocturno de las profundidades de la tierra. Como dios sol, como fecundador de la tierra, Xólotl mitológicamente puede decirse el padre de Tlotli, el hijo de la Tierra y del Sol.

Cuando había escasez de agua en Tlaxcala y la tierra se mostraba infecunda, dice Muñoz Camargo que tomaban los tlaxcalte-

cas cierto número de unos perros pelones que tenían, llamados xoloitzcuintli, perros xolotl y "los sacaban en procesión y andas muy adornadas y los llevaban a sacrificar a un templo que les tenían dedicado que lo llamaban Xoloteupan" o sea palacio de Xólotl (Hist. de Tlaxcala, p. 156). El mismo Ixtlilxóchitl nos hace saber que el padre de Tloltzin, hijo de Xólotl "asistía en el bosque de Texcoco, que ya a esta sazón se llamaba Xolotepan, que es lo mismo que decir templo de Xólotl, en donde daba muchos y saludables documentos a su hijo el príncipe Tloltzin, de la manera que había de regir el imperio" (Obras Hist. vol. II. p. 55). No es templo sino palacio de Xólotl lo que significa Xolotecpan, y cuando Ixtlilxóchitl sabiendo muy bien que técpac significa palacio lo traduce templo, quiere decir que tal era el nombre que se daba al templo de este Dios singular, que por lo que dice Muñoz Camargo parece que la representación o imagen en que se adoraba era un vivo perro pelón. Sahagún que nos da a conocer las representaciones de los dioses, nada nos dice de la de Xólotl, que vemos en los códices en figura de perro, o de hombre contrahecho con un ojo saltado y orejas caninas o por lo menos con un adorno en forma de oreja de este animal.

Xólotl, según Ixtlilxóchitl, salió de Chicomóstoc, y "partió de su tierra con su esposa la reina Tomiyauh, que era Señora de Tomiyauh y Tampico" y que era reina de los cuextecas (Obr. Hist. vol. I. pgns. 82, 268 y 277). Tomiyauh es el pueblo que ahora llamamos Tamiahua, que como Tampico, está en el Golfo de México y no es nombre propio de persona. El calificativo de reina o Señora de los cuextecas que da Ixtlilxóchitl a la supuesta mujer de Xólotl, nos hace comprender quién es; porque es absurdo que una mujer de carne y hueso, por más que fuera reina o princesa, caminara en esa época de Tampico a California o Nuevo México que es donde se supone a Xólotl para casarse con él.

Tlazoltéotl era la diosa tierra y era una diosa cuexteca; por eso la diosa Uixtociuatl de quien largamente nos habla Sahagún, la identifica con ella una vez que Uixtociuatl significa la señora Uixtoti. Tomiyauh, no es pues sino la diosa Tierra en su denominación cuexteca de Tlazoltéotl. El anotador del mapa Tloltzin no nombra a Xólotl ni a Tomiyauh, sino en vez de ella a Amacui y Malimalxóchitl, y esta última, la comparación de los mitos, nos hace pensar que no sea sino la hija de Totli que no nombra Thévet.

Dice el mismo Ixtlilxóchitl que Xólotl el jefe de la supuesta peregrinación chichimeca, tenía un hermano mayor llamado Achcauhtli que se quedó a la cabeza del imperio cuando él con los suyos se vino al sur (Obras Hist. Vol. I. p. 264) y sabemos por Torquemada que era achcauhtli el título del sacerdote mayor de Cholula (Monarquía Indiana, lib. X. cap. 32). La palabra se deriva del verbo achcauhuia que traduce Molina "ser mejorado en lo que se reparte" y como el supremo sacerdote de México, Texcoco y otras partes tenía el título de Quetzalcóatl, creemos que auchcauhtli fuese un epíteto de ese dios singularmente venerado en Cholula y por eso lo llevaba el gran sacerdote de esa ciudad, viva representación de Quetzalcóatl. De Xólotl sabemos por el códice Magliavecchi de Florencia que era hermano de Quetzalcóatl, y los códices no sólo no contradicen sino parece que confirman la noticia en varias partes, por lo que creemos que el emperador chichimeca hermano de Xólotl que se quedó a la cabeza de la monarquía, no era sino un disfrazado Quetzalcóatl hermano del dios perro pelón.

Para formar un nuevo sol, uno de los dioses se arrojó en una hoguera y "bajó al infierno", es decir a las profundidades de la tierra en donde como dios nocturno moraba Xólotl. Al salir hecho sol el que se había quemado "detúvose que no pasaba adelante, y viendo los dichos dioses que no hacía su curso, acordaron de enviarle a Tlotli por su mensajero y que de su parte le dijese y mandase que hiciese su curso". No obedeció el dios, y creyendo los otros que para que se moviera se necesitaba un sacrificio, todos los dioses se ofrecieron como víctimas y "el ministro de ese sacrificio fué Xólotl, que abriéndoles el pecho con un navajón los mató y después se mató a sí mismo". El sacrificio fué eficaz y el sol siguió su curso (Mendieta, o. c. cap. II). Era necesario criar hombres para que sirviesen a los dioses y Citlalicue a quien los pidieron, les aconsejó que fueran a ver a Mictlanteuctli señor de las profundidades de la tierra y solicitaran de él que les diera un hueso. El dios escogido como mensajero para ver a Citlalicue fué Tlotli y el que mandaron al infierno por el hueso fué Xólotl. Con el hueso hicieron un niño y una niña que dieron a Xólotl para que criara y él lo hizo dándoles leche de cardo.

Con relación a este hueso que sirvió para formar a los hombres, no hay que despreciar lo que dice Motolinía quizá euhemeri-

zando el mito anterior. Los de Texcoco dice, "se llaman hoy día acolhuas y toda su provincia junta se llama Acolhuacan y este nombre se les quedó de un valiente capitán que tuvieron natural de la misma provincia, que se llamó por nombre Acoli, que así se llama aquel hueso que va desde el codo hasta el hombro, y del mismo hueso llaman al hombre acoli. Este capitán Acoli era como otro Saúl, valiente y alto de cuerpo, tanto que de los hombros arriba sobrepujaba a todo el pueblo y no había otro a él semejante. Este Acoli fué tan animoso y esforzado y nombrado en la guerra, que de él se llamó la provincia de Texcoco Acolhuacan" (o. c. p. II). El hueso que dió a Xólotl Mictlautentli pudo haber sido el origen del nombre Acoli y de la leyenda de la grande estatura del jefe de los acoluas.

Xólotl y Tlotli intervienen en los mitos de la creación del hombre y del sol y hay para sospechar que quizá en alguna perdida pintura Xólotl era el flechador cuando Tlotli vino a luz. Las conexiones entre el Xólotl y Auchcauhtli chichimecas; Xólotl y Quetzalcóatl dioses; Xólotl y Tlotli de los mitos de la creación del sol y de los hombres; Xólotl y Tlotli fundadores del señorío de Texcoco, producen la fuerte presunción de que tan fabuloso es el Xólotl jefe de la peregrinación chichimeca, como el Xólotl perro-pelón.

En la Historia de la Nación Chichimeca de Ixtlilxóchitl se encuentra un personaje intermedio entre Xólotl y Tlotli, cierto Nopalli o Nopaltzin. Sahagún que comienza el señorío de Texcoco con Taltecatl, ya se puede comprender que no mienta a Nopalli para nada: pero tampoco se encuentran sus huellas ni algún indicio de su existencia, en el mapa Quinantzinc. Compañeros de Tloltzin, en el mapa que lleva su nombre, se encuentran dos individuos con sus mujeres que llevan los nombres de Amacui y de Nopalli según los jeroglíficos que los adornan interpretados así por el anotador indio, pero no hay señales en ese mapa que nos indiquen que esos dos personajes fuesen el padre y el abuelo de Tlotli más bien que sus hijos o compañeros.

Dice Thévet que los hijos de Tlotli "vivían tan en paz que cuando encontraban algún animal muerto en la caza, aunque no estuviera presente quien lo había cazado, no lo tomaban, sino avisaban a los demás dónde estaba para que su dueño lo recogiera" (o. c. p. 10). Es lo que dice Ixtlilxóchitl haber sido ordenado por

Nopaltzin y no era en realidad sino una costumbre de los primitivos teochichimecas según el mito. Por último las conferencias de Nopiltzin con su hijo Tloltzin en el bosque de Texcoco en el templo de Xólotl que menciona Ixtlilxóchitl, cuando él mismo dice que en ese tiempo los chichimecas no tenían ídolos ni templos, acaban de poner en claro que Nopiltzin hijo y sucesor de Xólotl en el imperio chichimeca es un personaje tan fantástico como lo fué su padre.

Algún autor, explicando el nombre de Acolmáitl que se da al hombre que brotó de la tierra por el flechazo del sol en la versión de Mendieta, dice que una leyenda tal pudo haberse originado del jeroglífico representativo de Acolman en donde nació, según esa versión, el hombre con sólo manos y cabeza. Del jeroglífico de Acolman dice el señor Orozco y Berra que es un brazo con el simbólico atl, agua, cerca de la mano para indicar que ésta toma parte en el compuesto. "La voz se forma de acolli hombro; de maitl significando el verbo ma, coger y el n verbal: Acol-ma-n. En donde se hizo o se copió el hombro" (Historia Antigua, vol. I. p. 495).

Los habitantes del señorío de Texcoco se llamaron acolhuas, dice Pomar, porque los chichimecas de quienes descendían "eran gente más dispuesta y alta de los hombros arriba que los culhuaques, porque acol quiere decir hombro, de manera que por acolhuaque se interpreta hombrudos y así nombran a esta provincia Acolhuacan que es tanto como decir tierra y provincia de los hombres hombrudos" (Relación de Texcoco, pgs. 4 y 5). Ya vimos, citando a Motolinía, como este nombre pudo derivarse de la leyenda del hueso que trajo Xolotl de los dominios de Mictlanteuctli para que de él fueran hechos los primeros hombres en territorio de Tamoanchan o Teotihuacán, en la región de los acolhuas.

Según esto el pueblo de Acolman fué el que tomó el nombre de la leyenda y no la leyenda, del jeroglífico del pueblo que expresa en su forma una cosa muy distinta. Tal denominación del pueblo implica una antigüedad muy remota de la leyenda y demuestra la autenticidad de ésta al propio tiempo.

La fábula del portentoso origen de Tlotli a mi entender envuelve la idea común en los primitivos pueblos, que el cielo, representado por el sol y la tierra fueron ambos principio activo y pasivo de todas las cosas y por esto aquí, como en otras partes,

se llamaban padre y madre de los hombres. El mito del origen de los persas tiene alguna semejanza con el de los nauas-teochichimecas-acolhuas. Gayomarth, el primer hombre de los persas, brotó de unas gotas de sudor que cayeron del rostro de Ahura Mazda, espíritu del bien, y recibió el nombre de Gilshah, rey del barro o Girshah, rey de la montaña, porque cuando se formó no había sino montes y lodo. Tlotli, recibió el de Tzontecómatl, calavera, y Acolmáitl, hombros y manos, porque era lo único que tenía. Tlotli quiere decir halcón y le venía bien el nombre como hijo del sol. A Horus, dios sol, hijo de un representante del sol nocturno, simbolizaban los egipcios en un halcón.

Gayomarth "dicen que significa un sér racional y mortal que vive" Ahriman el espíritu del mal, se apoderó de Gayomarth y devoró la mitad de su cuerpo; con la mitad que le quedaba hizo Gayomarth que la tierra produjera dos arbustos que se convirtieron en Mesha y Meshana, el primer hombre y la primera mujer de donde procedieron los persas (Abu-Raihan Alathar Albakiya. Monumentos y vestigios del pasado, p. 108).

Pausanias alude a una opinión entre los griegos de que los primeros hombres fueron producidos por el sol calentando a la tierra (o. c. VIII. 29. 4.) y Hesiodo y Apolodoro mencionan la leyenda que Pelasgo, padre de los primitivos habitantes de Grecia, brotó de la tierra aunque no en el estado imperfecto de Tlotli (Apol. III. 8. 1). Antes Homero había hecho decir a Penélope al encontrarse con Ulises. "Dime tu linaje y de dónde provienes porque tú no brotaste del árbol antiguo o de la roca" (Odis. XIX. 163) como de una roca herida por la vara de Mixcóatl habían brotado los otomites.

*
* *

Una grave dificultad nos queda que resolver y es que todos los autores o la gran mayoría de los que tratan de nuestra historia primitiva, antiguos y modernos son de parecer, fundados en tradiciones y escritos de los indios y primeros escritores españoles, que los nauas llegaron a México viniendo del septentrión. Entendámonos: tal es también mi modo de pensar, pero no fundado en

los escritos antiguos sino en argumentos de otra naturaleza que expondré a su debido tiempo. De las primitivas y verdaderas tradiciones de los nauas se deduce que ignoraban haber venido originariamente de otra parte, creyéndose naturales de la Mesa Central, y esto lo vengo sosteniendo porque de los mitos y algunos raros testimonios de los más antiguos escritores parece haber sido la verdad.

El fundamento en que se apoyan los cronistas e historiadores para asignar a los nauas, fundados en las tradiciones, un origen septentrional, para abreviar, podemos reducirlo al testimonio del Códice Ramírez, de donde Acosta, Durán y Tezozómoc tomaron mucho de lo que escribieron y de ellos la mayor parte de los modernos escritores. Dice el citado documento que los nauas o nahuatlaca, como allí se les llama, llegaron a la Mesa Central procedentes de un lugar llamado Chicomóstoc que quiere decir siete cuevas, y añade: "Es de advertir que aunque dicen que salieron de siete cuevas, no es porque habitaban en ellas, pues tenían sus casas y sementeras con mucho orden y policía de República, sus dioses, ritos y ceremonias por ser gente muy política, como se echa bien de ver en el modo y traza de los de Nuevo México de donde ellos vinieron, que son muy conformes en todo. Usase en aquellas provincias de tener cada linaje su sitio y lugar conocido: el que señalaban en una cueva diciendo la cueva de tal y tal linaje o descendencia, como en España se dice: la casa de los Velascos, de los Mendoza, etc." (Códice Ramírez, p. 18 en Crónica Mexicana de Tezozómoc).

No he podido encontrar en los informes de las expediciones de Cabeza de Vaca, Fray Marcos de Niza, Sánchez, Antonio de Espejo, Juan de Oñate o en las otras relaciones y crónicas de los religiosos franciscanos que visitaron las famosas siete ciudades de Cíbola en el país de los zuñis, los establecimientos de los Hopis en el Gran Cañón del Colorado o las tribus de la familia shoshona que habitaban Nuevo México, noticia alguna que confirme la especie de que los antiguos habitantes de Nuevo México distinguían sus linajes por cuevas: pero no tengo interés ni en afirmarlo ni en negarlo y dejo las cosas en tal estado. Las cuevas de los nauas dicen, aunque no todos, eran siete, y consecuente el autor con que a cada cueva correspondía un linaje, siete escribe que fueron los linajes o tribus nahuatlaca que de Nuevo México emprendieron

el viaje hacia el sur, a saber: Xochimilca, Chalca, Tepaneca, Tlalhuica, Tlaxcalteca, Culhua, Mexicana. A este último linaje es muy probable que perteneciera nuestro autor, y como es justo que conozcamos también lo que pensaba de sí misma cada una de las otras tribus, lo apuntaremos aquí.

Muy poco sabemos de los xochimilcas y nada de su origen, sino lo que encontramos proporcionado a los escritores por individuos de otros linajes. Ixtlilxóchitl que nos habla de ellos en su "Relación del origen de los Xochimilcas", acérrimo partidario de las inmigraciones de las tribus al grado de hacer venir hasta a los otomites de California, cuando todo el mundo los ha dejado siempre quietos, no los había de hacer originarios de sus chinampas. "Su patria de donde ellos vinieron se llamaba Aquilazco" y "eran algo circunvecinos de los aztlanecas". Como sus otomites, "anduvieron muchas y diversas tierras, costas y brazos de mar, dentro de un tiempo increíble aunque ellos lo tenían por cosa muy cierta". Al fin llegaron a Tula, "en donde enviaron a darle obediencia a Tloltzin". El emperador aculua les dió para que vivieran "adonde es ahora Xochimilco, lugar muy bueno para su propósito, agregándoles otros lugares en Tula" (Obras Históricas, vol. I. p. 455).

Desgraciadamente los medios que tengo a mi alcance sólo me permiten saber que cuando los aztecas llegaron a Chapultepec ya los xochimilcas andaban en guerra con los culuas. En épocas posteriores los pueblos circunvecinos les dieron el nombre que llevaban cuando se dedicaron al cultivo de las flores en los terrenos que robaban a la laguna. Xochimilco quiere decir en el terreno cultivado de flores y xochimilca los que habitan un tal terreno, o los cultivadores de flores.

Noticias más abundantes tenemos de los chalcas, suministradas por sus propios anales que aunque confusos y truncos nos conservó Chimalpain: de ellos dice que eran los nonoalcas, teotlixcas y tlacochcalcas, que "no siendo chichimecas, sólo se conocían con el nombre de tecpantlaca, gente del país, porque se donaban y se hacían servidores en la mansión de dicho diablo Tlatlauqui-Tezcatlipoca", es decir donde Tezcatlipoca era venerado. De aquí podríamos deducir que los chalcas se consideraban autóctonos u originarios del país: pero no era posible prescindir de las peregrinaciones y una vez que Chimalpain los identifica con los

nonoalcas, con ellos los hace vagar, "atravesando el vasto mar llevados en carapachos de tortugas y pasando ríos, brazos de mar, bosques y montañas nevadas hasta llegar a Tula". Esto no es exacto como lo veremos después, pero desde luego Chimalpain, discurrió otra manera de evitar el autoctonismo de los chalcas ligándolos, no con las peregrinaciones de los nauas que se dice vinieron a pie de norte a sur, sino con las de otras gentes que aseguran haber venido por mar.

Si no fuera cierto que existiera la tradición que los nauas originariamente habían venido del norte, la habrían conservado los chalcas en sus anales, y su cronista, para no hacerlos originarios del país, no habría tenido necesidad de identificarlos con otros pueblos y los habría traído directamente a pie como los trae el autor del Códice Ramírez sin recurrir a carapachos de tortugas. Chimalpain que conocía las opiniones de los otros se esfuerza en ponerlos de acuerdo diciendo que Tlapalan, Nonoualco y Chicomóstoc eran la misma cosa. No es exacto en realidad, ni aún conforme a las opiniones extraviadas por las tradiciones desfiguradas. Tlapallan o Huehuetlapallan más bien se supone al oriente; Chicomóstoc equivocadamente al norte y Nonoalco era una región también medio mitológica al oriente o al sur de México.

Los tepanecas se llamaban así por la región que ocupaban con relación a México. Su nombre se deriva de Tetl piedra y el verbo panohua, vadear; quiere decir, los que pasan el agua por la calzada, refiriéndose a las que unían a México o el islote de Tenochtitlan, con el país que ellos habitaban. El nombre de la tribu era moderno lo mismo que el de los xochimilcas y sospecho que ambos fueron invención mexicana. Por los anales del pueblo supo Torquemada que Azcapotzalco, principal población de los tepanecas se había fundado en el siglo primero de nuestra era vulgar y que el fundador Ixpútzal le dió el nombre de Ixputzalco corrompido más tarde en Azcapotzalco, (Monarquía Indiana lib. III. c. IV) y del origen de la tribu no sabemos más; pero no se dice que haya peregrinado o haya venido de otra parte, si no es lo que de ella escribe erróneamente Ixtlilxóchitl.

Poca o ninguna fe tenemos a las fechas de los anales; careciendo los nauas de un signo o una expresión que distinguiera sus períodos cíclicos, pasando de 52 años, sólo podemos estar seguros cuando se van marcando los signos anuales uno después de otro

que es lo que vemos en algunos códices; pero ignoramos si así estaban marcadas las pinturas de donde se tomaron los anales y tememos no hayan tenido esta costumbre desde que los comenzaron a escribir y que, por consiguiente, ni los mismos indios supieran las fechas de las fundaciones y las computaran a bulto. Con todo, marcando el autor del códice Ramírez como fecha de la salida de las tribus de Chicomóstoc el año 820 de la era vulgar, por más exagerada que supongamos la fundación de Azcapotzalco, resultaría siempre la diferencia necesaria para presumir que los tepanecas no salieron de allá, o si salieron fué mucho antes que las otras tribus, y de todos modos resulta inexacto el autor del códice Ramírez y da lugar a que se dude de todo lo demás.

De los tlalhuicas, llamados así, porque vivían al otro lado de la cordillera del Ajusco con relación a México, no conozco anales particulares, pero en la relación de Tepoztlán, pueblo que a ellos pertenecía, leemos, que cuando llegaron los habitantes del lugar que encontraron los españoles, hallaron que el pueblo se llamaba Tepoztlán "porque los primeros que lo tenían poblado dijeron que el gran diablo o ídolo que tenían, se llamaba Ometuchtli, que quiere decir los conejos y que por sobrenombre tenía Tepuztecate". De aquí se comprende que no fueron los otomites los anteriores pobladores, que no tenían ídolos, mientras los de Tepoztlán adoraban nada menos que al dios del vino, lo que además de la idolatría supone la agricultura, negada a los otomites también. En la misma relación se nos dice que esos moradores de Tepoztlán antes de los tlalhuicas "fueron lanzados de la tierra y se fueron a vivir a Veracruz". (Relación de Tepoztlán, Boletín de la Diócesis de Cuernavaca vol. X. p. 314). No dice la relación si fueron los tlalhuicas los que lanzaron de Tepoztlán a los adoradores de Ometochtli o si otros lo hicieron antes que llegaran ellos, pero queda en pie que antes que ocuparan la tierra los tlalhuicas había habido en la región gentes que hacían pulque y adoraban a los ídolos y queda con ello demostrado que ya había habido gente culta en el país y no vivían sólo en él los salvajes otomites cuando llegaron los nauas tlalhuicas, como dice el autor del códice Ramírez.

Al hablar de los teochichimecas y sus pretendidas emigraciones hablamos indirectamente de los tlaxcaltecas que de ellos se decían descendientes y, como dice su historiador Muñoz Camargo,

antes de poblar en Taxcala vivieron en Poyautlan, territorio en la falda occidental de la sierra de los Volcanes. De allí y no directamente del norte emprendieron la marcha atravesando las montañas, pero no en los tiempos primitivos. De los mexicanos tengo que hablar largamente y entonces diré lo que pienso acerca de su origen y migraciones y si en realidad es un pueblo de origen naua como ordinariamente se piensa de él.

Hemos dejado para el fin a los culuas porque en sus anales, de donde principalmente se formaron tres interesantes documentos que he venido aprovechando, vamos a encontrar un rayo de luz que nos guíe con seguridad en este laberinto de peregrinaciones y orígenes y nos haga ver cuáles fueron las verdaderas y primitivas tradiciones de los indios, antes que se desvirtuaran por la mezcla de las nuevas doctrinas; que si bien, indudablemente verdaderas, no era esto lo que habían creído los habitantes de México antes de la conquista.

Leemos en uno de esos documentos, que inmediatamente después de los tiempos mitológicos, en una época, (que según la cronología del autor, resulta para nosotros muy reciente y por consiguiente habría que abrazar algunos siglos), saliendo del Valle de México y sus contornos, en donde creían haber nacido, "fuéronse cierta gente y la más de ella a otras partes do dicen Culhuacan y por tierra lejos y cosa antigua llámanle agora Teuculhuacan". He aquí la clave del enigma.

No fué de Culhuacan o Teoculhuacan, al norte en Nuevo México (donde más o menos colocan los autores el lugar del cual hacen venir las tribus nauas), de donde al principio vinieron; los nauas estaban en México en la Mesa Central, en donde creían haber tenido origen, y de aquí se fueron al norte a Teoculhuacan, Nuevo México, el Colorado o donde haya sido. "La gente que se quedó fué poca y gente muy rústica, que vivían a manera casi de salvajes por los montes sin tener casa ni habitación cierta". De manera que los que se fueron al norte ya llevaban alguna cultura, una vez que fueron los salvajes los que se quedaron, y por consiguiente, de México fué de donde ya los nauas llevaban la cultura cuando peregrinaron al norte y se fueron a Teoculhuacan (Relación de la Genialogía etc. p. 264).

Una tradición tal suponía el origen mexicano de los indios y otro autor anónimo, o el mismo en otro escrito, movido por cier-

to mal entendido escrúpulo añade: "las gentes que dije que se fueron de estas partes a los once años, después que entraron en ellas, al dicho Culhuacan, no fueron los que se dicen de Culhua, que después vinieron; antes dicen que de la generación de los chichimecas: después que se acuerdan e han oído, que moran en estas tierras, no se han ido ningunos a parte que sean lejos tierras de la cual no se tenga noticia, e según esto, los de Culhua no son o fueron al principio de la generación de los chichimecas".

El buen religioso se embrolla y se confunde para salvar el principio de la unidad de la especie humana. Por las tradiciones de los indios aparecía que habían tenido su origen en México y que se habían ido al norte los más aventajados, quedándose los más salvajes. Esto no lo podía admitir el misionero, porque el haber salido de México los culhuas "fúndase sobre falso y es que aquí fueron criadas las gentes como dije: onde si aquí fueron criados claro está que de aquí habían ido los de Culhua y aún los españoles y todas las otras naciones". (Origen de los Mexicanos p. 286) Las palabras del misionero prueban hasta la evidencia que los culhuas se creían originarios de México, aunque con toda justicia juzgaba el religioso errónea una tal creencia.

Con todo, en ambos documentos se encuentra después, que "las gentes que decimos que se fueron a Culhuacan, de do tomaron el nombre, conviene a saber, los de Culhua, levantaron un señor y vivían más políticamente que estotros y tenían edificios y había oficiales de todas maneras, que es gente más avisada". (Relación de la Genealogía etc. p. 265). En esto hay su confusión, pero nos demuestra cómo fueron efectivamente los culhuas, es decir los nauas, los que se dirigieron al norte, y ahora sí podemos explicarnos muy bien que digan todas las crónicas, que vinieron del norte, es decir que de allá volvieron; expresión que usa Sahagún cuando dice hablando en general de todas las tribus nauas: "Todas las dichas familias se llaman chichimecas, y aún de tal nombre se jactan y glorian y es por que todas anduvieron peregrinando como chichimecas por las tierras antes dichas y de allá volvieron para estas partes". Nótese bien, no dice vinieron, sino volvieron, "aunque a la verdad no se llamaban tierras de chichimecas por donde ellos anduvieron, sino Tlaotlalpan, Talcochcalco, Mictlanpan, que quiere decir: campos llanos y espaciosos, que están hacia el norte" (vol. III. p. 147).

Ahora bien, si es cierto que como dice el autor del códice Ramírez, del norte vinieron los nauatlaca, fué porque primero fueron de México allá. Esto segundo es lo que no se podía admitir y lo más sencillo fué para muchos de los cronistas, siguiendo al códice, transportar al norte a Chicomóstoc, pretendiendo probar el origen septentrional de los nauas, precisamente por que en ese rumbo se colocaron las siete cuevas, o Chicomóstoc, que según las tradiciones mitológicas genuinas no estuvo situado sino en el Valle de México, cerca de Culhuacan.

No ha faltado entre los modernos escritores quien haya puesto en duda la autenticidad de la tradición relativa a Chicomóstoc, como lugar de origen de los nauas, atribuyéndola a las consejas que corrían entre los españoles a fines del siglo XV, de siete ciudades fundadas por un Arzobispo portugués que huyó de las persecuciones de los moros cuando se apoderaron de una parte de España, a una isla llamada Antilha al oeste del archipiélago de Cabo Verde, nombre que perpetuó el Almirante Colón al llamar Antillas a las primeras islas que descubrió en el Nuevo Mundo. (Bandelier. The Gilded Man-Cibola. c. II. p. 144). La tradición de Chicomóstoc es verdadera y ya vimos que se funda en el mito del origen de los nauas, de los siete hijos de Tlotli, o de Mixcóatl, de quien no solo los nauas sino otras tribus se hacen descender.

La primera opinión de Sahagún respecto de las siete cuevas, fué que no indicaban un lugar geográfico determinado, sino eran más bien una expresión alegórica. "Por una fama que hay que tienen todos estos naturales que salieron de siete cuevas, son los siete navíos o galeras en que vinieron los primeros pobladores de esta tierra, según se colige por congeturas verosímiles". (Vol. I. p XVIII). Después cambió de parecer con relación a la interpretación y decía que estando los nauas en un valle, al parecer en el norte, antes de emprender el viaje al sur, iban a hacer sus sacrificios a Chicomóstoc, "por lo cual todas las naciones de esta tierra, gloriándose, suelen decir que fueron criados en las dichas cuevas y que de allá salieron sus antepasados, lo cual es falso, porque no salieron de allá sino que iban a hacer sus sacrificios cuando estaban en el valle ya dicho". (vol. III. p. 145). En ambas opiniones del autor campea un hecho indiscutiblemente cierto: Chicomóstoc era creído por los indios el lugar en donde habían tenido origen las tribus, pero al mismo tiempo asoma la cabeza

un intento: sin negar el hecho de las cuevas, explicarlo de manera que quedara a salvo la verdad de la unidad del linaje humano: por eso las cuevas o eran barcas o eran altares; todo podían ser menos el lugar de origen de la raza. Poco importaba llevarlas al norte si no se les quitaba ese carácter. Chimalpain, que comprendía muy bien lo que sus paisanos entendían por Chicomóstoc, al trazar la peregrinación de los chalcas directamente desde la torre de Babel poniendo Huehuetlapallan en las llanuras de Senaar, lo dejó arreglado todo, identificando ambos lugares: para él Huehuetlapallan es lo mismo que Chicomóstoc, así como los chalcas lo mismo que los nonoalcas y teotlixcas. Otros hacen que las tribus emigrantes pasen o se fijen en Chicomóstoc por algún tiempo.

La teoría de Chimalpain en consonancia con las enseñanzas del cristianismo, tenía dos inconvenientes con relación a las tradiciones de los indios. Los que llegaron a México por mar, vinieron por el oriente, puesto que desembarcaron en Pánuco y por eso le decían los mexicanos Panoaya "que quiere decir lugar por donde pasan"; (Sahagún vol. III. 132) éstos traían las artes y cierta cultura; mientras Chicomóstoc que ya se colocaba al norte, era el lugar de donde habían salido los salvajes chichimecas. En el códice Vaticano se pintan al principio de la parte histórica las siete cuevas y de ellas saliendo otros tantos individuos con arcos y flechas y vestidos de pieles tal y cual como cuentan las crónicas que andaban los chichimecas. La opinión de Chimalpain quedó olvidada y Chicomóstoc en definitiva fué colocado al norte o noroeste de México.

Por el año de 1539 fué el viaje del P. Fray Marcos de Niza a Nuevo México y a su vuelta toda la entonces Nueva España se llenó de fantásticas novelas que cada quien se forjó tomando por fundamento, no otra cosa, sino haber el Padre descubierto un nuevo reino con siete ciudades de las cuales había visto una desde lejos subido en una montaña. El informe de Vázquez Coronado y su desgraciada expedición en el año siguiente de 1540, no bastó para amortiguar las narraciones novelescas e inverosímiles cuentos que se habían forjado y de boca en boca corrían, de ciudades llenas de oro y piedras preciosas. Solo a fines del siglo encontramos que un cronista mestizo Muñoz Camargo, cuente la verdad de lo acontecido, narración que copia el cronista franciscano

Torquemada (Historia de Tlaxcala p. 256 y sig.). Entre tanto las impresiones causadas por el reino de Cíbola y sus siete ciudades no se habían alterado. Eran siete seguramente, las había visto Vázquez Coronado más o menos a la distancia de cuatro leguas una de otra.

El P. Fray Alonso Benavides, misionero de Nuevo México, en su memorial al Papa Urbano VIII escribía, que a las cincuenta leguas "de los postreros pueblos de valle de Señora, (Sonora) todavía yendo al norte está la provincia de Sibola. La principal ciudad tiene al derredor otras siete, la primera será de mil casas, y las otras de muchas más, hechas de piedra y madera, de dos a tres y cuatro altos, muy vistosas con sus azoteas, calles y plazas muy concertadas y fuertes". La descripción es algo exagerada según otras relaciones que tratan de las famosas ciudades del reino de Síbola o Cívola, pero el número siete coincidía con el de las cuevas tradicionales de los nauas y había la tradición genuina que del norte habían vuelto. No se necesitó más para explicar el origen de las cuevas y precisar el sitio de Chicomóstoc. Lo único falso, según la nueva hipótesis, era que los nauas hubieran marchado al norte y por esto muchos lo callan y los únicos que lo dicen, añaden que es falso o se desmienten.

El problema del origen estaba resuelto, las siete cuevas, si no eran otras tantas ciudades cuando salieron del norte los nauas, eran por lo menos solares; los nauas vinieron de Nuevo México. La hipótesis se hizo tesis, la explicación e interpretación del mito fué un hecho y si los nauas no vinieron de Nuevo México, como era lo más probable, vendrían de California o de un lugar cualquiera pero más allá de Jalisco. Nadie se volvió a acordar que allá habían ido. El autor del códice Ramírez fué quien indirectamente más influyó para que por todas partes se esparciera la teoría. Escrita su obra cuando en México estaban aún en boga las siete ciudades y el reino de Cíbola en Nuevo México, vió la luz en Europa antes que terminara el siglo XVI, a través de los escritos del P. Acosta, que se tradujeron a todas las lenguas cultas de Europa. (Véase la advertencia del Sr. Ramírez en la crónica Mexicana de Tezozomoc. p. 10 y sig.) Las crónicas primero y después las historias desviaron la idea de las siete cuevas del lugar que les asignaban los indios, pero quedó embebida en los

mitos y de su comparación podemos deducir que Chicomóstoc en las tradiciones de los nauas no estaba situada fuera de la Mesa Central, cuando del mito pasó a la geografía.

*
* *

Encontramos en los Anales de Cuautitlan "que Mixcóatl, antes llamado Ixtac-Mixcóatl Xocóyotl, habiendo bajado a Culhuacan y dando vueltas por nueve veces al derredor de la orilla de los lagos (Anauatl) no encontró cosa que fuera de su agrado" (Anales de Cuautitlan edic. del Museo Nacional de México p. 82). Culuacan, el del Valle de México, era por consiguiente un lugar predilecto de Mixcóatl o Ixtacmixcóatl, una vez que a él había bajado. Esto se confirma con lo que ya dijimos que se llamaba cerro de Mixcóatl el que está cerca de Culhuacan.

Tanto Motolinía como Mendieta nos dicen que la gran cueva de Chicomóstoc era la habitación de Mixcóatl o Ixtacmixcóatl. Los indios dice el P. Mendieta "comienzan a contar y tomar principio de sus generaciones, de un viejo anciano Ixtacmixcóhuatl" que residía en aquellas siete cuevas llamadas Chicomóstoc, de cuya mujer llamada Ilancuey dicen que hubo seis hijos". (Historia eclesiástica Indiana p. 145). En cuanto a Motolinía, nos asegura haberle contado un indio que los de Nueva España "traen principio de un pueblo llamado Chicomóstoc". Decía además, que un señor de ellos, o sea Ixtacmixcóatl, tuvo siete hijos: seis de una mujer, con quienes salió "de aquel lugar llamado Siete Cuevas" (Historia de los Indios p. 9 y 10). Ninguno de los dos cronistas dice que Chicomóstoc estuviera fuera del Valle de México. Como en Culhuacan y en las faldas del cerro de Mixcóatl hay muchas cuevas con señales evidentes de antiguas habitaciones, lo probable es que a estas cuevas materiales se haya ligado la leyenda de la gran cueva Chicomóstoc o las siete, si se quiere materializar hasta el número cabalístico y sagrado entre nuestros indios como entre las naciones del otro lado de los mares. (Tamoanchan p. 46).

Ixtacmixcóatl, mientras residía en Chicomóstoc ya vimos haber tenido seis hijos de su esposa Ilancueitl y otro más de Chimalma que fué Quetzalcóatl y como según esta leyenda, Quetzal-

cóatl nació en el Valle de México en la provincia de Culhuacan, se deduce que allí, según el mito, estaba Chicomóstoc. Probémoslo. Un indio llamado Chichimécatl, añade Motolinía, "ató una cinta o correa de cuero al brazo de Quetzalcoátl, en lo alto cerca del hombro, y por aquel tiempo y acontecimiento de atarle el brazo aclamáronle Acólhuatl; y de este dicen que vinieron los de Colhua, antecesores de Mocteuczoma, señores de México y de Colhuacan; y a dicho Quetzalcóatl tuvieron los indios por uno de los principales de sus dioses y llamáronle dios del aire, y por todas partes le edificaron infinito número de templos y le levantaron su estatua y pintaron su figura" (o. c. p. 10 y 11.). Si de Quetzalcóatl tuvieron origen los colhuas, claro está que Colhuacan fué la residencia de este personaje mitológico.

El anónimo autor de la historia de los Mexicanos por sus Pinturas, escritor de los más antiguos que no estaba influenciado aún con las supuestas peregrinaciones de los teochichimecas, nos cuenta cómo andando Mixcóatl en guerras con los chichimecas, probablemente otomites, de los cuales dice Motolinía "proceden los chichimecas" (o. c. p. 9) se encontró, con una hija de Tezcatlipoca y de ella tuvo a Quetzalcóatl. Se infiere que esto haya pasado en el Valle de México, porque poco antes había acontecido la caída del cielo del venado que dió Mixcóatl a los de Cuitlauac, pueblo no muy lejos de Culhuacan. A pesar de sus peregrinaciones, es más explícito Muñoz Camargo. Una vez que con Mixcóatl-Camaxtli hizo entrar a los teochichimecas al Valle de México, al llegar "a la provincia de Culhuacan y Teotlacochcalco y Teohuiznahuac: aquí quisieron flechar y matar a una señora cacica que se llamaba Cohuatlicue, señora de esta provincia, a la cual no flecharon, antes hicieron amistad con ella e la hubo por mujer Mixcóatl Camaxtli; e de esta Coatlicue nació Quetzalcóatl" (Muñoz Camargo Hist. de Tlaxcala p. 40). No hay que dudar que la leyenda se refiere a Culhuacan. Esta señora Coatlicuesa la diosa Tierra, con los nombres de Toci y de Ciuacóatl deidad tutelar de Culhuacan y con el nombre de Quilastli, hermana de Mímich y de Xiúhnel, creaturas de Tezcatlipoca, sacrificada por los mexicanos que apropiaron la leyenda a su tribu.

Los seis hijos de Ixtacmixcóatl e Ilancuéitl en el mito, tal como lo refiere Mendieta, y el anotador del códice Vaticano interpreta; los chichimecas que al comenzar la parte histórica se ven

pintados en las cuevas, no son los progenitores de los siete linajes nauas que nos dice al autor del códice Ramírez haber salido de Chicomóstoc, sino las cepas de las tribus principales de México. Xelua es el primero y según el intérprete del códice Vaticano A, fué uno de los gigantes que se salvaron del diluvio en unas cuevas de las faldas de un cerro cerca de Texcoco: este representa a los más antiguos pobladores, y según Motolinía "pobló a Cuauhquechollan y otros muchos pueblos y su generación vino poblando hasta salir a Tehuacan, Cozcatlan y Teutitlan". (o. c. p. 7) Mendieta nombra los pueblos de Itzocan, Epatlan y Teopantlan como de la generación de Xelhua, además de los enumerados por Motolinía. (o. c. p. 146). Ténoch, fué el segundo, y aunque directamente se refiere a los mexicanos, indicio que el códice es obra mexicana o anduvieron los mexicanos en su interpretación, como no es raro encontrarlos tomados en general por todos los nauas; aquí hace las veces del progenitor de toda la raza. El tercero es Ulmécatl que dió o tomó el nombre de los ulmecas, los terceros que las leyendas y tradiciones nos dicen fué la tribu que introdujo la cultura. Xicaláncatl fué el cuarto; padre de los xicalancas en las leyendas, compañeros inseparables de los ulmecas. Ulmécatl y Xicaláncatl, dice Motolinía, "poblaron muchas provincias y pueblos, hasta donde está ahora la ciudad de los Angeles edificada, adonde hubieron grandes batallas y reencuentros, según que en aquel tiempo se usaba y poblaron también adelante, adonde ahora está un pueblo de gran trato, a donde se solían juntar muchos mercaderes de diversas partes y de lejas tierras, y van allí a contratar que se dice Xicalanco". (o. c. p. 7) El quinto fué Mixtécatl, origen de los mixtecas que Sahagún hace afines a los ulmecas, y el sexto es Otómitl padre de los otomites moradores de las montañas. (Mendieta Hist. Ec. Indiana lib. I. c. XXXIII). Recordamos que en la leyenda que tomamos del autor anónimo traducido por Thévet fueron seis hijos y una hija la progenie de Tlotli. La hija que Mendieta no llega a mentar, tuviera Mixcóatl, ¿no sería en vez la otra mujer, la hija de Tezcatlipoca, Coatlicue la madre de Quetzalcóatl y señora de Culuacan? Desgraciadamente, no tengo hecho ninguno en que apoyar esta suposición sino el paralelismo de las leyendas.

Al referir Motolinía que Ixtacmixcóatl e Ilancueitl salieron de Chicomóstoc, añade que la gente creía haber sido engendrada

por la lluvia y el polvo de la tierra; (Historia de los Indios p. 10) con lo que quiso decir, a mi entender, que Iztacmixcóatl simbolizaba el poder fecundante de la lluvia e Ilancueitl era otro de los nombres de la diosa Tierra, madre de los hombres según los indios, y en este caso el mito que acabamos de referir no es sino una variante del de Tlotli y Tzonpachtli o el flechazo del Sol en las cercanías de Texcoco, aplicado o modificado en el pueblo de Culuacan o en México para comprender en él, el origen de todas las tribus que habían tenido alguna conexión con los hechos históricos desarrollados en el Valle de México y territorios circunvecinos al otro lado de las montañas.

No solo las tribus, también muchos dioses tuvieron origen en Chicomóstoc. Citlalinicue, la señora de las enaguas de estrellas, dió a luz un pedernal, que los otros dioses sus hijos arrojaron al suelo y de los pedazos se formaron 1600 dioses más. Este pedernal arrojado del cielo cayó en Chicomóstoc. (Mendieta lib. II. c. I). "Citlaline, dice el anónimo traducido por Thévet, mandó del cielo 1600 dioses hijos suyos a una ciudad llamada Teotihuacan, cerca de Texcoco" (Histoire de Mechique, l. c.)

Estamos dentro del Valle de México todavía y no lejos de Culuacan. Los dioses que cayeron del cielo necesitaban hombres que los veneraran y los sirvieran y ya hemos visto en otro lugar como lo consiguieron. Si los dioses estaban en Chicomóstoc, que fué donde cayó el navajón que les dió origen, los primeros hombres que hicieron para que los adoraran tenían, según Mendieta, que haber sido hechos también en Chicomóstoc, y así lo refiere: "Decían los indios que sus antepasados habían venido de aquella tierra donde cayeron los dioses y de aquella cueva de Chicomóstoc", (o. c. p. 81), pero el anónimo antes citado que trae también la misma historia con pequeñas variantes dice que la confección de la primera pareja humana tuvo lugar en Tamoanchan, (Histoire du Mechique, pág. 27), nombre de una región, parte mitológica y parte geográfica, que comprendía en sus límites a Cuernavaca y Teotihuacan con todo el Valle de México y otros lugares adyacentes.

Puestas todas estas cosas ¿cómo puede el mismo Mendieta decir al hablar del origen de los indios "que sus antepasados vinieron de muy lejos tierras, de hacia la parte de Xalisco que es al poniente de México," cuando añade en seguida "que salieron de

aquella gran cueva que ellos llaman Chicomóstoc que quiere decir siete cuevas, de la cual cueva dicen que también salieron sus dioses como arriba se contó"? (Hist. Ec. Ind. lib. II. c. XXXII). Mendieta que refiere la fábula del medio hombre que brotó en Acolman después del flechazo del sol, sabía muy bien lo que creían los indios con relación a su origen, mas esto era falsedad y de aquí que también afirme haber venido de más allá de Jalisco y olvide que si de allá vinieron fué por haber antes ido allá.

Aún como él narra la caída del pedernal y la confección de los hombres comparando lo que dice con lo que copiamos del anónimo autor, se comprende que de propósito evitó en la narración toda alusión que pudiera significar que el origen de los indios había sido local. La leyenda de Chicomóstoc rectamente interpretada en vez de ser una dificultad, confirma la opinión de que la genuina tradición de los nauas fué haber tenido origen en el Valle de México, en Culuacan o cerca de Texcoco o en Teotihuacan, si se quiere precisar el lugar, pero de preferencia en Culuacan. Los indios del Valle de México y sus alderredores creyeron que sus progenitores habían sido autóctonos, y lo demuestran sus mitos.

Paréceme sin embargo haber demostrado que el autoctonismo creído por nuestros indios, es un absurdo, aún según el parecer de muchos de los escritores hostiles a la revelación, y que hasta la fecha no hay sólidos argumentos para demostrar la existencia del hombre cuaternario en nuestro país en donde los gigantes tan sólo se encontraban en los mitos euhemerizados de un origen que no se puede demostrar con evidencia haber sido local. Las tribus mexicanas de una misma familia etnográfica más extendidas en la República, es cierto que proceden del norte, pero sus primitivas migraciones no se pueden probar por las tradiciones conservadas entre los indios por referirse a posteriores acontecimientos de que tendremos que tratar. Creo pues haber probado que nuestros indios primeros pobladores fueron inmigrantes, a pesar de haberse creído ellos autóctonos.



CAPITULO II

LOS QUINAMETIN U OTOMITES

Los mitos y tradiciones de los nauas nos dejan comprender que las dos razas establecidas en la Mesa Central de que hablamos en el capítulo anterior, quinametin u otomites, teochichimecas o nauas, abarcaban un corto territorio que apenas comprendía el Valle de México con los Estados de Pueblay de Morelos. Son indicaciones geográficas muy estrechas, pero no podemos pretenderlas más amplias de aquellos cuyo horizonte no pasaba de los mezquinos límites del altepetl o pueblo en que vivían independientes de los demás. Sin tener que recurrir a otros argumentos distintos de los que usan en general nuestros escritores hoy en día, negué apoyado en las teorías de los etnólogos más entendidos y sinceros, que los otomites y aún los mismos nauas a pesar de sus leyendas y tradiciones, fuesen originarios de nuestro país y como tengo que desechar las leyendas y tradiciones como pruebas de un autoctonismo imposible de admitir, estoy en el deber de buscar otros medios de poder conjeturar de dónde vinieron y de recurrír a otras fuentes igualmente del agrado de quienes no admiten las verdades reveladas.

Tenemos la lingüística, y la misma etnología que me favorecieron para desechar su origen autóctono, y con ellas buscaremos sus peregrinaciones comenzando por los otomites; ya cuando queden establecidos en el país y me abandone la lingüística, con la etnología y las pocas tradiciones conservadas veré de rastrear algo de sus primitivas creencias, usos, costumbres y modo de vivir que tuvieron antes de adaptarse a cierto género de cultura. Sin el auxilio de seguras, probadas y copiosas tradiciones, por más firmes que vayan mis pasos con otros guías, no podré sino acercarme a la verdad por medio de la hipótesis, sin llegar a establecer un hecho enteramente probado.

Hay que ver ante todo en qué parte de nuestro territorio coloca la lingüística a los quinametin que, con el nombre de otomites, dice Ríos, fué la nación más antigua que pobló el país (Códice Telleriano Remense). "Othomitarum genus dispersum est per diversas regiones Novae Hispaniae", escribe el P. Fray Pedro Nieto en su relación a la Santa Sede escrita en 1628, "fuerunt olim domini omnium terrarum Novae Hispaniae". "El linaje de los otomites ocupa diversas regiones de la Nueva España y en un tiempo fueron los dueños de todo su territorio". (Copia manuscrita en mi poder).

Auxiliados por la comparación de los idiomas podemos deducir de dónde y cuándo los trae la etnología. Quinametin, hay que recordarlo, llamamos la tribu primitiva que hablaba la lengua de donde se derivó el grupo de idiomas que los filólogos llaman otomite. No hace muchos años que este grupo lo tenían reducido a la lengua otomite con sus numerosos dialectos y el mazahua, afinidad lingüística que hace decir a Clavijero que los mazahuas "fueron algún tiempo parte de la nación otomite pues aquellos dos idiomas no son más que dialectos de uno mismo" (o. c. v. I. p. 98).

Los matlaltzincas y pirindas formaban familia aparte y su igualdad de origen no pasó inadvertido a los religiosos misioneros, porque su separación era históricamente conocida (Beaumont. Crónica de Michoacán, lib. I. c. XXXVII). Basalenque en su Arte y vocabulario de la lengua matlaltzinca, dice: que en Toluca tenían estos indios tres nombres "nentambati, que quiere decir los del medio del valle; el segundo nombre era nepyntatahui, los de la tierra del maíz; el tercer nombre era matlaltzingos, los que hacen redes, este es nombre mexicano esotros dos son de la mesma lengua matlaltzinga". En Michoacán tuvieron el nombre de pirindas y charenses. "Pirindas se llamaron por que el puesto que habitan es la mitad del reino de Michoacán y la mitad en esta lengua se dice pirinta:" charenses por el pueblo de Charo su principal asiento en Michoacán y por Toluca les decían toloques los mexicanos dándoles además el apodo de cuácuata; hombres que traen la honda como guirnalda (Sahagún, o. c. III. p. 128).

Al idioma de los matlaltzincas, nentambati y pirinda, se añadió también el ocuilteca, enigmático para los antiguos, pero como afortunadamente está vivo aún en el pueblo de San Juan Atzingo

cerca de Ocuila, cuando allí estuve formé un vocabulario que comparado con otro que había en San Francisco cerca de Temascaltepec con algunos viejos que aún hablaban el matlaltzinca, resultó que no eran tales las diferencias entre uno y otro que ameritaran ser colocados en grupos lingüísticos distintos. El ocuilteca es para mí del mismo origen que el matlalcinca, y así resulta comparando los vocabularios formados por mí con el arte y vocabulario del P. Basalenque. Opina lo mismo el Dr. León a quien comuniqué mis vocabularios y que poseía otro del ocuilteca en que se ve, dice, que "a través de las alteraciones del tiempo el ocuilteca realmente es un dialecto del matlaltzinca muy más aproximado que este al otomí" (Los matlaltzincas. Bol. del Museo Nacional de México, v. I. núm. I). Con mucha razón pues, se reunió al grupo, y el grupo entero a la familia del otomite a la cual se agregó el pame, el jonas o meco, el vexamen, el serrano y el ha mucho tiempo extinguido tamaulipeco.

A los pames, que según Villaseñor habitaban en San Luis de la Paz, Rivas constantemente los llama chichimecas cuando habla de la fundación de esas misiones (o. c. XII. c. III. y sig.) Esta lengua, dice Cyrus Thomas "se ha recientemente unido al grupo otomite, con una probable, aunque no enteramente segura exactitud" (Indian languages of México, p. 47). El Dr. León y otros filólogos asignan a ese grupo los demás idiomas nombrados, entre los cuales ponen también algunos al guachichil, que más bien creemos pertenecer al grupo naua como lo veremos después. Cierto, como los pames de San Luis de la Paz, otras tribus llamadas chichimecas, deben asignarse a la familia otomite o quinametin, sobre todo de las que vivían entre los otomites propiamente dichos o eran sus limítrofes pero nos es imposible discernir cuáles de las que llaman chichimecas los autores como a los pames y guachichiles eran de origen naua y cuáles de filiación otomite.

Las maduras, diligentes y cuidadosas investigaciones del señor Belmar, hicieron que al otomite y todos los demás idiomas afines, se agregara todo el grupo Mixteco-Zapoteca con las otras lenguas que lo componían y se hablaban en Oaxaca, Guerrero y Puebla, a saber: popoloca, yopi, chuchon o tlapaneca; amuzgo, chatino, trique, mazateco, cuicateco y chinanteco. (Familia mixteco-zapoteca y sus relaciones con el otomí). De este último idioma niega el doctor Berendt que pertenezca al grupo, y otros lo

niegan del popoloca, sin razón, creo yo, en cuanto a éste, que no hay que confundir con otro del mismo nombre. "Comparaciones gramaticales y léxicas" dice el Dr. León en un estudio especial acerca de los popolocas de Puebla, "entre las lenguas mixteca, chuchona y popoloca, que no me es dado detallar en esta vez, prueban el parentesco de ellas quedando solamente por esclarecer cuál sea la madre y cuáles las derivadas y dialectales" (An. del Mus. Nac. II. ep. t. II. p. 115).

Buscando en un mapa de la República Mexicana los lugares en donde habitaban las tribus que hablaban idiomas del grupo otomite con todos los otros grupos afines, encontramos que ocupaban gran parte del Estado de Tamaulipas, una no despreciable porción de la parte oriental de Nuevo León, casi todo el Estado de San Luis Potosí, la mayor parte del de Guanajuato, todo el de Querétaro, una faja al sur y oriente de Michoacán, gran parte del oeste de Hidalgo, el oriente y norte de México y muchas otras partes de ese mismo Estado y los de Puebla, Veracruz y Tlaxcala en donde las tribus quinametin y en especial otomites están mezclados con las de la familia naua. Bajando más al sur volvemos a encontrarlos en la parte meridional de Guerrero y casi todo el Estado de Oaxaca (Cyrus Thomas. Mapa etnográfico en su obra. Indian Languages of Mexico).

La excursión que acabamos de hacer por el mapa de nuestra República, nos manifiesta que a ella entraron los quinametin por el norte, pues que no se encuentran huellas ni motivos suficientes para creer que de regiones del sur más abundantes en caza y de mejores climas hubieran pasado a las del norte de nuestro territorio, escasas y extremosas. De manera que siguiendo las playas del Golfo de México, estériles y arenosas en el norte, se internaron buscando mejores sitios en las orillas de los pocos y no caudalosos ríos que hay desde la desembocadura del Bravo hasta el Pánuco. Por aquí subieron la cordillera llegando hasta la Mesa Central y estableciéndose en los valles de México y Toluca y los Estados de Puebla y de Tlaxcala, como también creo yo, en el de Morelos hasta Guerrero, deteniéndose en Tlapa y Yopicingo, para seguir en dirección a Oaxaca por los límites de Puebla y de Guerrero. Dejémoslos aquí, que ya los acontecimientos que tendremos que referir los llevarán más lejos.

No encontramos vestigio alguno de los quinametin en el noroeste de la República desde Chihuahua hasta Sonora, ni en toda la faja de territorio que bordeando el Pacífico, baja desde allí hasta Colima y Michoacán. Toda ella estaba ocupada por tribus afines entre sí la mayor parte, pero completamente distintas de los quinametin si no en los hábitos y el salvajismo, por lo menos en el idioma. Esta fué la razón que me indujo a pensar que habían bajado a México, de los Estados Unidos, por el este. Al quererlos ligar con las tribus que antiguamente poblaban ese país no hay que pensar en las históricas cuyos idiomas se han estudiado y comparado con los de nuestros indios: se habrían encontrado entre ellos conexiones y ningunas hasta ahora se han descubierto, no sólo con los más septentrionales pero ni aún con los de Texas, la Luisiana y la Florida, por lo menos así se desprende de las obras de Powel, Cyrus Thomas y otros filólogos norteamericanos que los compararon.

*
* *

Pensaban los etnólogos del norte que una tribu llamada por ellos de los Cliff-dwellers, había sido de las más antiguas en su país: pero recientes y cuidadosas investigaciones llevaron a la conclusión que los Cliff-dwellers, moradores de los riscos, no son sino los mismos indios de los pueblos de Arizona y Nuevo México, que vivían cuando por vez primera conquistaron esas tierras los españoles. Así lo dice Bandelier y con él lo piensan muchos otros. Las construcciones en los riscos y los objetos encontrados en ellas nos indican que los que allí vivieron no tenían conexión alguna con los quinametin (Véase Chapin. Land of the Cliff-Dwellers).

Están en el mismo caso los Mound-Builders, constructores de teteles o terraplenes, de los cuales dice Cyrus Thomas que "eran los antecesores de los indios que los primeros exploradores europeos encontraron establecidos en las mismas regiones", y que en estos terraplenes "nada se ha encontrado que indique una remota antigüedad, estando inclinados los arqueólogos a asignarles un período de tiempo que no pase de los principios de la era vulgar". El arqueólogo norteamericano no va muy en desacuerdo con

el americanista belga Charencey, que les asigna la época Merovingia es decir de mediados del siglo V a mediados del siglo VI: que es, dice, hasta donde más puede extenderse el principio de la civilización en el valle de Misisipi. (Des Ages ou Soleils. p. 97).

Muy anteriores a los Constructores de terraplenes tenemos a los Amontonadores de desperdicios de cocina, como los llamaron los dinamarqueses que fueron los primeros que estudiaron esos enormes depósitos, sobre todo de conchas, que estos antiquísimos salvajes dejaron diseminados por todas las playas de las islas danesas. Los dinamarqueses los llamaron en su idioma kjökkenmöddingers y los norteamericanos en cuyo territorio también se encuentran kitchen-middings. Mr. Moor asegura que algunos de esos montones de desperdicios en el sur de los Estados Unidos no contienen ningún fragmento de alfarería y calcula que la data más reciente que se les puede asignar, no debe bajar de mil años. El Prof. Dall que los estudió en las islas Aleutianas, concluye que para haber formado las diversas capas de que se componen, se necesitaban por lo menos tres mil años de vida sedentaria en el mismo lugar. (On succession in the shell-heaps of the Aleutian Islands).

La distribución geográfica de estos montones de desperdicios en los Estados Unidos es enorme: abraza todas las costas del Atlántico y del Golfo de México, lo mismo que las del Pacífico, desde las islas Aleutianas hasta California, de modo que por un lado se ligan con los países escandinavos y por el otro con el Japón en donde se encontraron esos montones cerca de Tokio en Omuri como lo sabemos por J. Milne (Tlan. Asiatic Soc. of Japan feb. 1880).

Dos razones me inducen a dudar que los que tales depósitos nos dejaron tengan algún parentesco con los otomites: la primera es, que no sé yo que se hayan encontrado en México depósitos semejantes de precolombianos desperdicios, si no es en las costas de Yucatán en donde el Prof. Holmes exploró algunos cerca de Progreso, sin haber encontrado nada en ellos que denunciara una época anterior al establecimiento de los mayas en la península. También es verdad que no los han buscado en otras partes y quien sabe si al hacerlo como en Dinamarca, los Estados Unidos y el Japón, no aparecieran también en México en las riberas del mar y de los ríos y a las orillas de los lagos debajo de los tiestos de épocas más recientes.

Mayor peso tiene otra razón. Las enormes cantidades de conchas en los depósitos de desperdicios, "son el resultado de largos períodos de deshechos y construcciones que gradualmente se hacían sirviendo alternativamente de residencias y cementerios y en el sud acaso también de lugares destinados al culto y la defensa". (W. H. Holmes. H. B. of Amer. Ind. art Shell-heaps). y esto supone una vida sedentaria y una morada fija en los constructores que sabemos no acostumbraban los primitivos otomites. Hay que llevar nuestras investigaciones a otro campo si queremos encontrar el eslabón que los una con las tribus del norte.

No hace muchos años, en una gruta de Montealto lugar que desde tiempo inmemorial ocupan los otomites, encontraron una momia, o mejor dicho un cadáver seco, que se había conservado por largo tiempo, y otros objetos que revelaban la presencia del hombre en aquellos lugares desde tiempos muy remotos según dicen (Chavero. Historia Antigua cap. I). Cadáveres como el encontrado en Montealto se encontraron también en Durango y Coahuila en grutas que podemos llamar sepulcrales. La cueva de Montealto es muy probable que haya pertenecido a los otomites, las de Durango y Coahuila no sabemos con la misma probabilidad a qué tribus pertenecieron, pero como hubo en Coahuila una tribu de la misma familia lingüística de los otomites que, como ellos en sus principios, no tenía lugar fijo para residir, y el estado de Durango al sudeste confina con el de Coahuila, no veo una grave dificultad para adjudicárselas a ellos supuestas las costumbres nómadas y troglodíticas de los quinametin.

Los chichimecas solían enterrar sus muertos en cavernas, y el P. Rivas dice de los acaxees "que en espirando, antes que se helase el cuerpo" juntaban las rodillas con la boca y hechos los cadáveres una bola, "los ponían en una cueva o debajo de una peña hueca, sin echarles tierra encima. Dejábanle allí algunas de sus comidas para viático del camino, que entendían habían de hacer: y también le ponían allí el arco y las flechas, por si las hubiese menester en su viaje, y tapando la cueva lo dejaban". (Triunfos de N. S. Fe. p. 485). Los acaxces de Durango y Sinaloa hablaban una lengua de filiación naua y bien pudieron haber comunicado algunas de sus costumbres a sus vecinos de filiación otomite en Durango y Coahuila, como los chichimecas-nauas del Estado de México a los otomites de Monte Alto.

Las tradiciones primitivas nos pintan a los otomites trogloditas y las grutas sepulcrales fueron el último recuerdo de su primitivo género de vida, porque los objetos encontrados con los cadáveres nos demuestran que los que allí los depositaron ya no estaban tan atrasados como ellos lo estuvieron al principio. En Kentucky, Tennessee y otros lugares de la Unión Americana, se han encontrado también, esqueletos y objetos parecidos a los encontrados en México; pero en las cuevas de allá dice Holmes, "los depósitos que forman el piso, con pocas excepciones no se han examinado enteramente y hasta el presente no han proporcionado una evidencia absoluta de la presencia del hombre más allá del limitado período de los indios Americanos que conocemos" (H. B. of Am. Ind. art. Caves). Lo mismo tenemos que decir nosotros, y con más razón, de nuestras cuevas, que arqueológica o etnográficamente casi nunca se han examinado en debida forma: y si un perito geólogo examinó las de Guadalcázar en Sn. Luis Potosí y otras personas examinaron otras, la arqueología no sacó más provecho que la simple adquisición de los objetos encontrados, que, como en las cuevas de los Estados Unidos, más se refieren a las modernas tribus de nuestros indios que a los primitivos pobladores.

Rocas con señales e imágenes pintadas y grabadas, como se ven en Meztitlan y en unas grandes peñas del Estado de Nuevo León, lugares en donde es probable que hayan estado los quinametin en los tiempos de sus primeras inmigraciones, comparadas con otros petroglifos de los Estados Unidos, aunque tienen algunas semejanzas no pueden por sí solos indicarnos el origen común de las tribus, porque hace notar Holmes que "aunque el uso más antiguo de los signos pintados, está amortajado con la niebla de la antigüedad, todos los pueblos salvajes lo tuvieron", y nos conduce solamente al común origen de la humanidad, no a la conexión de dos tribus determinadas. Por esto dice con mucha razón Mallerey, que aunque los signos de los petroglifos fueran muy semejantes en dos muy apartadas regiones, no podrían nunca considerarse, sino como un auxiliar en conexión con otros argumentos, para deducir la afinidad de las tribus. (Pictographs of the North American Indians. Fourt Rep. Bur. Eth.) Tendremos pues que buscar otro camino toda vez que las grutas y piedras grabadas o pintadas no son suficientes para enseñarnos cuáles eran los consanguineos de los quinametin en los Estados Unidos, y

tendremos que acercarnos al dominio de la geología para ver si con su auxilio podemos establecer una hipótesis que no carezca de probabilidad.

*
* *

Trazas del hombre, cuya autenticidad ya no se puede poner en duda, hacen llegar su estancia en la América del norte hasta el período geológico postglacial, que, por deducciones sacadas de las erosiones del río de Sn. Lorenzo, Winchell calcula haber comenzado hace unos ocho o diez mil años. "Dentro de este período, que en la parte central del norte de los Estados Unidos puede propiamente llamarse postglacial, se han colocado los numerosos vestigios del hombres, talmente ligados con los depósitos de esos tiempos, que los hacen valiosos para el estudio de la cronología, porque se puede medir el tiempo del yacimiento". (Holmes. H. B. of. Am. Ind. art. Antiquity). Para Spence; "la época geológica en que se cree comunmente que se estableció el hombre en América es el pleistoceno cuaternario, en uno de los períodos interglaciales más benignos durante la grande época glacial". (Mythologies of Mexico and Peru. London 1914).

Los quinametin de México aparecen en las leyendas mitológicas más antiguas: el intérprete del códice Vaticano los hace perecer al terminar el primero de los cuatro grandes cataclismos que al principio del mundo afligió a la humanidad según el mito. Al pie del cuadro que la representa en el códice se ve pintada una figura colosal que yace y tiene el colorido que los indios solían dar a los muertos. Los quinametin, históricamente considerados, son la raza que encontraron los teochichimecas posesionada de los terrenos que ellos ocuparon, o sea los progenitores de los otomites, quienes, para que paulatinamente hubieran podido haber llegado antes de los teochichimecas, atravesando los Estados Unidos y parte de México para establecerse en las faldas de la cordillera de los Volcanes, tenían que ser descendientes de los primeros hombres que se posesionaron de los Estados Unidos.

Dos o tres mil años después que allí se habían multiplicado y extendido en Delaware, en Ohio o en Columbia, bajaron a México

y entonces aparecerían en el país por vez primera los quinametin. Si estos hombres fueron los que grabaron algunas de las peñas de México y los Estados Unidos que se encuentran en la parte oriental de ambos países: si estos hombres habitaron las cavernas y fueron poco a poco subiendo la escala de la cultura hasta llegar en uno y otro país al grado, no muy aventajado por cierto, que demuestran los restos encontrados en las cuevas y esto lo consiguieron por iniciativa propia o auxilios exteriores de otras tribus no lo podemos saber, pero no repugna.

Esta es la hipótesis que más aceptable nos parece. Una vez que no eran autóctonos los quinametin padres de las familias lingüísticas Otomites, pero sí fueron los primeros habitantes de nuestro territorio y que en él tienen señalado al Nordeste su itinerario, lo natural es suponer que fueran sus padres los más antiguos habitantes de Norte América entre cuyos artefactos no se encuentra uno sólo que no se pueda relacionar con la época que los arqueólogos Europeos llaman paleolítica o de la piedra sin pulir. Las tradiciones mexicanas, en ese estado nos hacen concebir a los primeros habitantes quinametin, que si hemos de creer a Torquemada no conocían ni aún el uso del arco para arrojar sus dardos. Eran los nietos del hombre de las cavernas que, con etapas de centenares de años, llegaron del Viejo al Nuevo Mundo sin más guía que el sol y ya en América por las costas del Este bajaron de norte a sur en busca de un clima menos riguroso después de una permanencia de dos o tres mil años en Norteamérica. Los hijos de aquellos hombres que habían penetrado al continente americano ocho o diez mil años antes de Jesucristo y nietos de los trogloditas del Mundo Antiguo ¿desde dónde vinieron?

Es opinión de Spence, hablando en general de los indios americanos, que "se prueba por la diversa configuración de sus cráneos y se puede establecer con seguridad, que tanto Asia como Europa son responsables de los primitivos progenitores del Hombre Rojo" (The Mithologies of Ancient Mexico and Peru, p. 3). Otros etnólogos hay, sin embargo, que no estiman tales las diversidades craneanas de los indios para que haya necesidad de clasificarlos en dos razas distintas. Dice Morgan que el origen asiático de los indios es una hipótesis hacia la cual se dirigen todos los hechos consignados en la antropología: (Ancient Society, p. 464) y el Prof. Hrdlicka, hombre muy competente en la materia,

nos hace saber que aunque entre los indios de América se encuentren diferencias según las localidades y las tribus, "la semejanza total en el conjunto de las diversas partes del esqueleto es tal en todo el continente, que se hace imposible la clasificación de los indios en más de una raza". Para él esta única raza es de origen asiático, no sólo por la mayor facilidad de la comunicación entre ambos continentes por ese lado, cuanto por el conjunto de los caracteres físicos y morales, no menos que los anatómicos, a tal grado, que tanto en el Asia oriental como en América, pueden encontrarse y se encuentran tipos perfectos de la raza primitiva de donde tuvieron origen los asiáticos y los americanos: lo que no sucede comparando tipos americanos con africanos o europeos. (Genesis of the American Indians, l. c. p. 564 y sig.)

Perfectamente: estoy enteramente de acuerdo con las doctrinas del Profesor. ¿Pero antes que se estableciera la raza blanca de Escandinavia, no pudo haber existido allí también la raza a que pertenecen los americanos? Los montones de conchas que se extienden desde Dinamarca hasta el Japón y bordean las costas del Atlántico hasta el Golfo de México, nos indican que si hay que atribuir a una raza o tribu especial esta costumbre, los individuos de esta raza tuvieron que pasar de Dinamarca a América y Asia y bajar al sur de nuestro continente por el Atlántico o pasar del Japón a América y Europa bajando en América por el Pacífico hasta California: en suma, que a oriente y poniente había una vía expedita por donde pudo haberse poblado América y que como vinieron a suelo americano los que dejaron los montones de desechos, pudieron haber venido los progenitores de los quinametin; los cuales como entraron a México por el oriente, parece indicado que por ese rumbo llegaron a Norte-américa. Son estas ya cuestiones imposibles de resolver con los datos que tenemos hasta hoy, y no soy afecto a remontarme en alas de la imaginación: cualquiera que sea el lugar por donde hayan pisado el territorio americano los ascendientes de los otomites no se debilitan los argumentos con que el Profesor Hrdlicka demuestra que nuestros indios, y los de toda la América, descienden de la misma raza que pobló el Asia oriental.

Ocho o diez mil años ha, cuando llegaron los quinametin al Valle de México todas las especies fósiles de animales estaban extinguidas y del Iztacciuatl y el Ajusco ya no brotaba el fuego,

ni un lago inmenso cubría todo el valle. Los siglos disminuyeron las nieves, y dos montañas solas, debido a su altura, conservaron su blanca cabellera. Se cerró Tequisquiac dejando sepultados en su seno los huesos de los gigantes en los esqueletos de los paquidermos fósiles; las aguas no cebadas ya por tantas nieves disminuyeron el lago aumentando la superficie del valle y quedando de los volcanes uno sólo encendido que aún da testimonio que duerme el fuego interior mas no se apaga.

Los recién venidos encontraron probablemente que Chapultepec era un islote y el cerro de Culuacan un promontorio ligado al sudoeste con la tierra firme por un istmo que lo comunicaba con las tierras más altas. Otros islotes había en el lago y tierras llanas a las orillas en las faldas de las montañas en donde abundaba la caza. Las antiguas corrientes de lava habían formado muchas grutas al pie de las cordilleras, el lugar era propio para trogloditas dedicados a la caza y no sólo se extendieron por el valle sino a uno y otro lado de las montañas. Las tierras estaban yermas, ellos eran los únicos habitantes, podían ir a donde quisieran sin recibir molestias de nadie. Los quinametin estaban instalados: veamos quienes eran hasta donde se puede, sacándolo de las tradiciones y deduciéndolo de algunos hechos.

Todas las crónicas están de acuerdo con los antiguos anales de los indios en la pintura que hacen de estos primeros habitantes y a la verdad nada repugna en ella de lo que pudiéramos concebir en un pueblo que se encontraba en el nivel más bajo del salvajismo. Copiaré la que hace de ellos el códice Ramírez que es de donde muchos escritores la han tomado. Llamábanlos chichimecas u otomites "porque todos ellos habitaban en los riscos y más ásperos lugares de las montañas, donde vivían bestialmente, sin ninguna policía, desnudos en cueros. Toda la vida se les iba en cazar venados, liebres, conejos, comadrejas, topos, gatos monteses, pájaros, culebras, lagartijas, ratones, langostas, gusanos, con lo cual y con yerbas y raíces se sustentaban. En la caza estaban bien diestros y tan codiciosos de ella que a trueque de matar una culebra o cualquier otra sabandija se estaban todo el día en cuclillas hechos un ovillo tras una mata acechándola sin cuidado de coger, ni sembrar, ni cultivar. Dormían por los montes en las cuevas, y entre las matas, y las mujeres iban con sus maridos a los mismos ejercicios de caza dejando a los hijuelos colgados de

una rama de un árbol, metidos en una cestilla de juncos bien hartos de leche hasta que volvían con la caza. Eran muy pocos y tan apartados que no tenían entre sí alguna conversación ni trato, ni conocían ni tenían superior, ni adoraban dioses algunos, ni tenían ritos de ningún género, solamente se andaban cazando sin otra consideración alguna, viviendo cada cual por sí como queda referido. Estos chichimecas son los naturales de esta tierra que por ser pocos y vivir en las cumbres de los montes, estaban todos los llanos y mejores sitios desocupados" (Crónica de Tezozomoc, pág. 17 y 18). Opina el P. Nájera que la palabra otomite significa irrequieto, nómada en la misma lengua de ellos y que los otomites "en el nombre que se impusieron a sí mismos, conservaron la memoria de sus larguísimas peregrinaciones y de las muchas veces que tuvieron que mudar de residencia para llegar a donde se denominaba othomí, pues otho quiere decir nada, y mí, sentados o quietos" (Disertación sobre la lengua othomí, p. 23).

*
* *

En cuanto a religión no dudo que no tuvieran ídolos, ni templos, ni sacerdotes, ni ritos, pero no me parece probable que no hayan tenido ninguna creencia y puede inferirse lo contrario. Hay una pequeña ermita entre los montes que separan los valles de México y Toluca, en tierras donde moran los otomites, y siempre han vivido allí. La ermita está consagrada a la Santa Cruz y se encuentra en una altura lejos de lo habitado. Pasando una vez no lejos de allí, algunos otomites que me acompañaban, me dijeron que aquel lugar era de mucha veneración para sus paisanos. Me desvié del camino para visitarlo y me encontré con una cosa rara que nunca había visto en otras ermitas rurales de indios de otras tribus entre las cuales había andado.

Las paredes del santuario medio desmantelado que visitaba, interior y exteriormente estaban tapizadas con impresiones de pies y manos de todos tamaños. Al verlas recordé que improntas de manos vense dibujadas en las cavernas de Altamira en España y en otras partes, y pregunté al de mis acompañantes que me pareció más avisado lo que aquello significaba. Esas manos, me dijo,

las dejan aquí pintadas los otomites que vienen el día de la fiesta o algún otro a cumplir sus promesas. Eran como exvotos que atestiguaban la presencia de los que habían ido a mostrar su gratitud al Sér, cuya representación se encontraba allí, por algún favor alcanzado de Dios o para que los tuviera presentes concediéndoles nuevas gracias solicitadas.

Algunos años después fué visitado este mismo lugar por el señor Pablo Henning, y aunque no participo de todas sus opiniones relativas a los otomites, me causó placer encontrar en un escrito suyo que los contornos de manos y pies dibujados con carbón era la manera de atestiguar su presencia en el santuario, lo cual había pensado también yo. (Apuntes Etnográficos sobre los Otomíes del distrito de Lerma. An del M. N. de Arq. II. 76). Por vez primera se me presentaba la ocasión de ver practicada en nuestros días por la tribu más antigua de México una costumbre paleolítica europea.

Mejor ocasión se me presentó más tarde en el Santuario de Chalma en territorio matlaltzinca, pero cerca de los otomites y los nauas de Malinalco. En una gruta al borde de una barranca, dedicada a San Miguel, vi la huella estampada de una mano en la pared interior de la caverna, que desgraciadamente para mis pesquisas habían recientemente encalado para borrar otras muchas huellas que los indios habían dejado pintadas. Uno de los Padres del Santuario me refirió que aquello había que hacerlo con frecuencia porque cuando menos pensaban ya los otomites y los matlalcincas de Atzinco, pueblo no lejos de allí, habían dejado estampadas sus manos en las paredes de la cueva: me dijo también que lo mismo hacían en todas las ermitas apartadas, pero sólo en los montes y en las cuevas, ordinariamente consagrados a la Santa Cruz o a San Miguel. Pude comprender entonces que no era la insignia de nuestra Redención o el Santo Arcángel lo que veneraban de aquella manera singular sino a cualquiera santo con tal que tuviera su ermita o su altar en una cueva o en un monte.

Me persuadí, que en nuestros días, los otomites y matlaltzincas que aún quedan sin mezclarse enteramente con otras razas, fracciones descendientes de los quinametin, acostumbraban preferir para sus devociones los santuarios que se encontraban arriba de los montes o en las cuevas y me puse a indagar si éste ha-

bía sido el uso primitivo de toda la familia etnográfica en tiempo de su gentilidad. De los otomites que vivían entre los nauas al tiempo de la llegada de los españoles dice Sahagún "que siempre iban a hacer oración y sacrificios a las alturas de las sierras" y que cuando en tiempos remotos se separaron de los nauas fué porque "el que era su señor, los llevó a las sierras para poblar allá y por esta causa estos tales tenían de costumbre hacer sacrificios en las alturas de las sierras y poblar en las laderas de ellas". (III pág. 144).

Jilotepec fué en esos mismos tiempos inmediatos a la dominación española, en donde estaba reunido el núcleo principal de la tribu; según Mendieta, la provincia de Xilotépetl era el riñón de los otomites y quizá en los tiempos primitivos, reunidos allí, de allí se diseminaron por todas direcciones, habiéndose allí concentrado la tribu propiamente dicha otomite, mientras la mazahua se agrupó al derredor del cerro de Xocotitlan y de allí se diseminó. En Chiapa, pueblo del territorio de Xilotepec y a poca distancia de este lugar estaban las cuevas sagradas de la tribu, de las cuales no nos habla ninguno de los cronistas pero lo sabemos por Hernández de Vargas. De allí salieron el Viejo Padre y la Vieja Madre, nombres con que a imitación de otras tribus llamaban el principio de quien recibieron el sér y recibían los hijos y el sustento. Ellos también "habían procedido de unas cuevas que están en el pueblo de Chapa". (Relación de Querétaro, manuscrito en poder de D. Luis G. Pimentel). Las cuevas y las alturas, antes que los otomites recibieran el cristianismo eran lugares de veneración para ellos. Veamos si sucedía lo mismo con sus hermanos de otras tribus.

La cueva de Chalma a que nos referimos poco ha, es una de las varias que están situadas en el borde de una barranca de salvaje hermosura que comienza en las faldas del Nevado de Toluca y sus profundidades sirven de lecho a un riachuelo que desemboca en el río de Amacuzac y, por su medio, en el de las Balsas y el Pacífico. Están las grutas en un terreno en donde los matlaltzincas estaban mezclados con los nauas, a poca distancia de los otomites y todos ellos veían con suma veneración desde tiempo inmemorial esas cuevas, sobre todo la que los religiosos agustinos que se establecieron en Malinalco, habían dedicado a Sn. Miguel. Allí desde tiempos remotos, adoraron un ídolo que llamaban

los nauas Ostotéotl, dios, o espíritu de las cavernas: particular de aquel lugar seguramente o de los matlaltzincas, porque no encontramos su nombre en ningún documento de origen naua, ni de él nos hablan otros escritores que al mismo lugar no se refieran. (Sardo. Relación Histórica de la Imagen de N. S. Jesucristo aparecido en una de las cuevas de Sn. Miguel de Chalma. I. 1.)

La montaña más venerada de la misma tribu era probablemente un cerro de Toluca en donde se daba culto a Coltzin el dios de los matlaltzincas, honrado con bárbaros sacrificios humanos que, con los ídolos y los ritos, aprendieron de otras tribus las familias quinametin. Al hablar de los matlaltzincas dice Sahagún que "en el pueblo de Toluca está una sierra que se llama Tolutzin o Tolotépetl, de la cual toman el nombre los tolucas y otros y aún los mismos del pueblo dicen que se llaman del mismo que por su nombre se dice Toluca" (vol. III p. 129). Ni Toluca, ni Tenango, ni Tenancingo, ni otros pueblos que fundaron los matlaltzincas estuvieron al principio en un lugar plano sino en los cerros, en donde vivían como los otomites y allí veneraban a su dios en las alturas y en las cuevas, sin imágenes, ni sacerdotes, ni ceremonias rituales, del mismo modo que lo hacían aquellos de los otomites que, por haberse establecido más al norte de los que vivían en el Estado de México, nada recibieron de las tribus cultas que habían poblado más al sur. (Véase Alegre. Historia de la Com. de Jesús en Nueva España vol. II p. 153).

Los mixtecas y zapotecas, aún en medio de sus adelantos en la cultura, no se olvidaron de sus antiguos montes y cuevas. Dos muy venerables santuarios dice Burgoa que tenían los mixtecas: uno en Yangüitlán, en una capacísima cueva a donde iban a ofrecer sus sacrificios los pueblos de los contornos: el otro estaba en Ñuundecu, llamado por los nauas Achiutla, sobre una aspérrima montaña, y los mixtecas decían haber tenido su origen allí, de dos árboles que estaban a uno y otro lado de un río que pasa por el pie de la montaña y llaman en su lengua Yutalnuju, río de los linajes o Yutalnojo, río de donde salieron los señores.

Los zapotecas tenían en Mitla un famoso santuario, que por lo que dice Burgoa, parece haber sido edificado sobre la entrada de una profunda caverna. Otro santuario tenían en Teotitlán, en la parte más elevada de la montaña, donde se destaca la peña de Xaquija. En el templo edificado en ese lugar era donde se adoraba al dios tutelar de la tribu.

Las cuatro ramas principales del tronco quinametin; otomites, matlaltzincas, mixtecas y zapotecas, tenían las cuevas y las alturas como lugares de adoración. ¿De dónde pudo venir ese concierto no obstante la separación y la diversidad del grado de cultura, sino porque en su origen, cuando era una sola tribu, fueran las cuevas y las alturas donde adoraban a su dios? ¿No sería acaso que en éstas lo consideraran como el padre, en aquéllas como la madre de lo creado y de aquí los nombres del Viejo Padre y Vieja Madre, que daban al dios creador los otomites?

Muchos pueblos consideraron al dios de donde todas las cosas dimanaban como una dualidad indivisa pero compuesta de dos principios, masculino y femenino. La montaña y la gruta que están unidas podían simbolizar muy bien estos dos principios. La montaña que se eleva hacia el cielo, el masculino, el Viejo Padre; la gruta que penetraba en las profundidades de la tierra, la Vieja Madre. Hombres groseros y degenerados, tribus envilecidas y materializadas podían fijarse en la forma de muchas montañas y muchas grutas relacionándolas en su tosca fantasía con aquello de que se vale la naturaleza para perpetuar los seres animados.

Fueron siete dice el Padre Ríos en su interpretación al códice Vaticano A, los que se salvaron del diluvio en unas cuevas que estaban al pie de una montaña cerca de Texcoco y como entonces fueron quinametin los que perecieron, a ellos deben haber pertenecido. El principal era Xelua, el progenitor de los gigantes según otras crónicas. Aquí tenemos ya la cueva y la montaña ligadas con los quinametin; veamos si algo encontramos en las tradiciones que los pueda relacionar con algún dios.

Era Tláloc una divinidad, cuya veneración estaba difundida por todas partes y dice de él Ixtlilxóchitl "que fué un rey muy valeroso de los quinametin que son los filisteos e hizo grandes cosas y por eso lo colocaron por dios" (Obras Históricas vol. I p. 39). Se veneraba en las montañas y su santuario primitivo estaba en una que tenía su mismo nombre: allí según Durán, su imagen estaba rodeada de gran cantidad de idolillos pequeños "que le tenían en medio como a gran señor suyo y estos idolillos significaban todos los demás cerros que este gran cerro tenía a la redonda de sí". (Historia. vol. II p. 136). En esa montaña donde se adoraba a Tláloc era donde dice Ríos que se salvaron los quinametin del diluvio y por eso no me parece que falte fundamento a Ixtlilxóchitl al relacionar a Tláloc con los quinametin, de quienes, más que un

jefe, pudo haber sido el ser mitológico en quien se incorporó su primitivo dios.

Algún escritor moderno deriva del verbo tlaloa el nombre de Tláloc, y este verbo significa apresurarse, correr, pero en su origen, asegura el autor, significaba brotar, y en tal caso Tláloc quiere decir, el que hace brotar las cosas y su nombre está muy de acuerdo con el de un dios creador, sustentador de los hombres, como el Viejo Padre de los otomites. Pudiera estar también su nombre en conexión con la velocidad del rayo y en ese sentido, mejor que en el de productor, es donde yo juzgo se encuentra la verdadera razón del nombre. Los antiguos lo derivaban de tlalli tierra y así Pomar lo traduce "abundador de la tierra", que entiendo quiere decir, el que hace que la tierra produzca abundantemente y, en esta segunda interpretación del nombre, viene envuelta la tierra como aquella que produce excitada o fecundada por obra del dios: tenemos pues aquí la Vieja Madre y el Viejo Padre envueltos en el solo concepto de Tláloc y éste es el que yo creo que tuvieron de su primitivo dios los quinametin: El criador y productor de todas las cosas.

Sahagún y otros primitivos escritores, llaman frecuentemente al dios Tlalocateuctli, o sea el Señor del Tlalocan, y el Tlalocan era para los indios una especie de Paraíso terrenal, un lugar análogo, a veces al Olimpo, a veces a los campos Elisios de la mitología de los griegos. Tláloc, como Señor de Tlalocan tiene todos los atributos y prerrogativas de un Júpiter Tonante, inclusive el rayo que le ponían en la mano en figura de serpiente por lo que me incliné a creer que a la velocidad del relámpago debía su nombre. Cuando las tribus quinametin adoptaron los ídolos, las ceremonias y los templos, creo yo que fué cuando convirtieron en Tláloc el dios invisible que adoraban en las alturas incorporando sus atributos en él y, en ese sentido es en el que Tláloc era el dios de los quinametin y por eso lo encontramos venerado por todas las tribus que de ellos tuvieron origen o con ellos se ligaron.

El sacrificio de los niños se introdujo entonces para honrar a este dios y tan cruel holocausto fué practicado por todas ellas. Hernán Cortés, Gomara, Bernal Díaz del Castillo y otros historiadores de la conquista española, narran que, en la primera entrada que hicieron contra los matlaltzincas durante el sitio de México, al encontrarlos cerca de unos pueblos de otomites, huyeron, abandonando entre otras cosas, los cadáveres de unos niños que

llevaban preparados en barbacoa. (Orozco y Berra Hist. Ant. vol. IV p. 615). Los españoles interpretaron el hecho de los cadáveres de los niños como una señal evidente de canibalismo y así parecía, pero aquellos cuerpos no los llevaban los matlaltzincas como simples provisiones para el camino, sino como un manjar sagrado de víctimas ofrecidas a Tláloc, probablemente en el Nevado de Toluca, donde con frecuencia tenían lugar tan repugnantes sacrificios y de donde llevaban los despojos de las víctimas ofrecidas en aquella forma para que les pudieran llegar en buenas condiciones y celebrar en sus pueblos el sagrado banquete en compañía de sus parientes y amigos, o para ponerlos en los graneros, como nos dice Ríos que acostumbraban hacerlo con el fin de que no se echaran a perder las provisiones de todo el año. (Códice Vaticano A.) En la fiesta de Atlacaualco dice Sahagún, mataban gran cantidad de niños sacrificándolos a los dioses Tlaloques en los montes y "después de muertos los cocían y comían". (I, 84). Esto se hacía con los cuerpos de los niños sacrificados en las montañas y por esto llevaban aquellos cuerpos los matlaltzincas. Adoraban a Tláloc y a él o sus Tlaloques habían ofrecido el sacrificio.

En una gruta de las montañas de Nanchititla en territorio matlaltzinca, fué encontrado un soberbio vaso de jade de 0.24 centímetros de alto, 0.09 de diámetro en la base y 0.13 en la boca. Representa a Tláloc, y con él estaban otros objetos de origen ciertamente matlaltzinca por la semejanza que tenían con los bien conocidos del Valle de Toluca, Coatepec, Tenango y otros pueblos habitados por esta tribu. Todos ellos los pude ver, adquiriendo el precioso vaso con otros objetos que me fueron obsequiados; ídolos de pizarra, sartales de cuentas, cantaritos, malacates y molcajetes. A pesar de la procedencia seguramente matlaltzinca de los objetos que acompañaban el vaso de jade, no se puede sacar la deducción que fuera también el vaso una obra matlaltzinca porque bien pudiera haberse adquirido por los que lo colocaron en la gruta o por medio de transacciones comerciales, o como botín de guerra. Adquirí en Oaxaca después un vaso de barro, casi de las mismas dimensiones y de una forma algo parecida al de jade, también con la imagen de Tláloc, el cual sí es netamente mixteca o zapoteca y fué el que me hizo dudar que fuera matlaltzinca el encontrado en Nanchititla, pueblo en los confines del Estado de Guerrero en donde, como en Oaxaca, no son raros los objetos de jade y pudo muy bien de allá haberse traído a territorio matlal-

tzinca. De todos modos en esas regiones no faltan las representaciones de Tláloc en figurillas y vasos de barro.

Cocijo era el nombre con que conocían a este dios los zapotecas y el concepto que tenían de él y el modo de representarlo era el mismo que tenían de Tláloc en otras partes. Las imágenes grandes de piedra y pequeñas de barro, que abundantemente se encuentran en Oaxaca, llevan esculpidos los mismos símbolos peculiares de Tláloc, y como a Tláloc, los zapotecas sacrificaban niños a Cocijo. (Seler Walls paintigs of Mitla) Burgoa traduce rayo su nombre. Las mismas figurillas de este dios, con los mismos símbolos comunes a Tláloc y a Cocijo, se encuentran esculpidas en piedra y modeladas en barro en vasos votivos que se descubren en los picos de las montañas en territorio habitado por los mazahuas y otomites. ¿Era este el ídolo a que llamaban Yoxippa? Una estatua de piedra con los símbolos bien determinados y muy conocidos de Tláloc me fué ofrecida en Xilotepec, en donde se encontró al excavar la cepa para los cimientos de un templo que iban a construir en la cumbre del cerro de Canalejas a corta distancia del pueblo. Como se puede ver, no es fruto de la imaginación el haber constituido a los quinametin progenitores de las tribus que lingüísticamente se llamaron otomites. Mi suposición no carece de fundamento en las creencias de los antiguos ni en las deducciones del sentimiento religioso de las mismas tribus, sino me favorecen.

*
* *

Hemos visto ya que los quinametin carecían de sacerdotes y de ritos, pero tenían hechiceros y adivinos. De los matlaltzincas se nos dice "que eran muy maléficos porque usaban hechicerías"; sobre todo los de Ocuila, que eran los que vivían cerca de las cuevas de Chalma, se aprovechaban "muy mucho de los maleficios y hechizos", fama de que hicieron partícipes a los nauas que tenían allí cerca una colonia en Malinalco, fundada según decían los mexicanos por una famosa hechicera hermana de Huitzilopochtli. (Sahagún vol. III. p. 130 y Códice Ramírez en Crónica de Tezozomoc, pág. 23 y 24).

Los otomites decían de sus adivinos y hechiceros "que sabían y alcanzaban lo que su dios disponía y determinaba de las cosas",

porque, los tales le hablaban y él les respondía, de tal manera que a estos hechiceros les preguntaban los otomites, "cuándo y cómo habían de ir a la guerra y el suceso que en ella tendrían y si había aquel año de llover bien o no, y si había de haber hambres, enfermedad o mortandad y otras muchas preguntas de esta suerte se hacían a los tales adivinos y por las respuestas que les daban que eran como oráculos, si salían alguna vez verdades los adoraban y tenían por dioses y por esta fama concurrían gentes de muchas y lejanas partes a verlos". (Sahagún vol. III. p. 123). Nótese aquí de paso como dice el autor citado que sabían lo que su dios disponía; que le hablaban y él respondía etc., tratando en singular de un solo dios lo que supone que uno solo era, por lo menos, el dios principal tutelar de la tribu y que no nos faltaba razón al suponer que la Vieja Madre no fuese sino un complemento de la dualidad origen de los hombres, para comprender la eficiencia generadora del Viejo Padre que, en realidad, era el que juzgaban como dios, origen de lo creado.

Entre los mixtecas y zapotecas, la cultura hizo que el papel de oráculo no lo representara el hechicero, como entre los otomites, sino el supremo ministro de la religión que recibieron. Dzahuidanda llamaban al suyo los mixtecas y daba sus respuestas en Achiutla, a donde dicen que Moteuczoma mandó embajadores que le consultaran cuando aparecieron las naves españolas en las costas de México. El de los zapotecas tenía el título de Huijaloo, que significa "el que lo ve todo" y tenía su oráculo en un subterráneo encerrado en una de las construcciones de Mitla. Este, antes de dar sus respuestas, murmuraba imperceptibles sonidos, miraba fijamente las imágenes de los dioses, se estremecía con sacudidas convulsivas de nervios, contraía los músculos del rostro haciendo visajes y daba voces a manera de bramidos. Al volver en sí del paroxismo profería las respuestas a las consultas que se le hacían. También en la peña de Xaquija tenían un oráculo los zapotecas. Allí el mismo dios "daba las respuestas en acentos formidables, desentonados y confusos, que no entendidas nunca por los fieles, eran explicadas por los sacerdotes, como intérpretes de la divinidad" (Burgoa. (Geográfica descripción cap. LIII).

Poca es la difrencia en el modo de contestar de los oráculos zapotecas y los de las Sibilas y Pitonisas de los Romanos y Griegos. Cuenta Diódoro de Sicilia como los primeros que re-

cibieron las inspiraciones en Delfos muchas veces, en el colmo del paroxismo y las convulsiones, se arrojaban a la hendidura de cuyo borde daban las respuestas solicitadas. El lugar en donde se proferían los oráculos, era un subterráneo en el templo de Apolo, al cual, como en el del templo de Mitla, no se permitía entrar sino al sacerdote. (Smith. Dic. of. Greek and Roman Geography, v. I. 766). El oráculo de Dodona, según Pausanias, estaba cerca de la grieta "por donde se coló el agua después del diluvio que hubo en tiempo de Deucalión". (obr. cit. I. 18. 7) y allí o en Delfos, el par que se salvó del diluvio fué a consultar el oráculo de Temis para saber cómo se había de poblar la tierra y la diosa les contestó que arrojando piedras que se convertirían en hombres y mujeres (Ovidio Metam. lib. I. ver. 381 y sig.) Es de notar que según Burgoa los zapotecas creían haber tenido origen de las piedras, como de una peña lo tuvieron los otomites y el Río de los Linajes, en donde tuvieron origen los mixtecas, estaba al pie del cerro de Achiotla en donde Dzahuidanda daba las respuestas a lo que se le preguntaba. Como en la peña de Xaquija, hubo un antiquísimo oráculo en un pico del monte Citerón en Grecia. (Plutarco, Arístides II).

*

* *

Por lo expuesto se comprende que la religión de los primeros pobladores de México consistía en la adoración de un sér que primeramente no estuvo representado por ninguna imagen visible. Los otomites de los tiempos últimos del culto pagano, dice Sahagún, adoraban a dos dioses: "al uno llamaban Otontecutli, el cual es el primer señor que tuvieron sus antepasados; al otro llamaban Yoxippa y a éste hacían mayor fiesta que al otro". Otontecutli pudo haber sido uno de esos afortunados hechiceros cuyas predicciones por casualidad se verificaron y adoró el pueblo como decía Sahagún. Un héroe por el estilo de Calcante y Melampo de los griegos, no un dios en estricto sentido de la palabra, y así lo creía seguramente Sahagún cuando decía que el dios de los otomites "se llamaba Yocipa al cual le tenían hecho buen cu", y acabamos de ver como en otra parte habla de un solo dios a quien consultaban los hechiceros y cuyas órdenes comunicaban

al pueblo. Ateteina, que el mismo autor cuenta como un tercer dios, podemos creer que fuera una divinidad de los nauas venerada por los otomites, no un dios propio de la tribu; carácter que el misionero franciscano propiamente sólo atribuye a Yocipa o Yoxippa (Sahagún vol. III págs. 123 y 127). El nombre del dios no parece otomite y no sabemos cuales eran sus relaciones y atributos ni si estaban conformes, como lo suponemos, con los que por su nombre debían corresponder al Viejo Padre.

Lo mismo tenemos que decir de Coltzin dios de los matlaltzincas: su nombre es naua al parecer y se deriva de una radical que envuelve la idea de dar vueltas, encorvar o torcer, con relación al significado simbólico del ídolo o al modo de venerarlo como cree Sahagún. Se le sacrificaban víctimas humanas "retorciéndolas con cordeles puestos a manera de red y dentro de ellos las oprimían tanto que por las mayas de la red salían los huesos de los brazos y pies y derramaban la sangre delante del ídolo". (Sahagún vol. III p. 130). El primitivo nombre del dios de los matlaltzincas, antes que estuviera representado por ídolo tan cruel, era quizá alguno correspondiente en su idioma al nauatl Ostoteotl dios de las cuevas. Quizá Coltzin era una forma de Iztacoliuqui, el dios del frío: hay que notar que entre las regiones frías de mayor extensión y planas que tenemos en el país, el Valle de Toluca, donde habitaban los matlaltzincas tenía el primer lugar. Lo más probable, no obstante, es que Coltzin sea el representante de un dios proveedor de lo necesario para la conservación del hombre y su reproducción.

Los mixtecas llamaban a su dios tutelar "Corazón del Pueblo". Ignoramos cuál fuera el que daban al suyo los zapotecas que buscaban su auxilio en Mitla o Teotitlan; pero tenían ellos una palabra en su lengua, que, en el politeísmo idolátrico que adoptaron después, aplicaban a todos sus dioses y fetiches: era Pitao, que, como el Teotl de los nauas los diccionarios zapotecas traducen dios. Por otra parte los de la misma tribu zapoteca que poblaban en el istmo de Tehuantepec, en la laguna que antes se llamaba de Sn. Dionisio, tenían en una extensa y profunda cueva que había en una isla, uno de sus más importantes y reverenciados ídolos que llamaban, dice Burgoa, "Alma y Corazón del Reino" porque creían que la tierra estaba sobre sus hombros y temblaba cuando los movía. El les proporcionaba las victorias y años abundantes

en mantenimientos. Aquí había también oráculo. Al principio del reinado de Cocijopij, último señor de Tehuantepec, quiso consultarlo para saber el significado de ciertas figuras grabadas en unas peñas, y el gran dios le respondió que de donde nace el sol vendrían "unos hombres blancos, a cuyas fuerzas y armas no han de poder resistir todos los reyes de esta tierra". (Burgoa. Geográfica descripción cap. LXXII y LXXV). Era este oráculo que profetizaba la venida de los españoles, el mismo de Achiutla y el Corazón del Reino de los zapotecas de Tehuantepec, era el mismo Corazón del Pueblo de los mixtecas, y, en su esencia y atributos, ambos no eran sino el Viejo Padre de los otomites de Xilotepec: el Dios creador y conservador de la tribu a quien los matlaltzincas llamaban Dios de las Cuevas.

Para demostrar que allí quedaban presentes mostrando su gratitud a este Viejo Padre, Corazón del Pueblo, Dios de las Cavernas, era para lo que estampaban sus manos según me había figurado por lo que nuestros otomites de hoy hacen en los santuarios de los montes y las cuevas, y lo harían los quinametin de los tiempos primitivos como se puede suponer por haber entrado a la categoría de las leyendas y las fábulas las improntas de manos que se encuentran grabadas o pintadas en las piedras. Yucumana, pueblo de la Mixteca llamado por los nauas Amoltepec, poseía y veía con cierta veneración estas señales.

Hay cerca del pueblo una gran peña en la cúspide de una montaña "y en ella una concavidad del tamaño de una gran portada y en lo alto de ella están tres manos esculpidas coloradas y así mismo cuatro o cinco letras que parecen griegas; dicen los naturales que antiguamente pasó por allí un hombre y les predicó y dejó allí aquellas señales; no saben dar razón de lo que les dijo". (Relación de Teotzacualco y Amoltepec por Hernando de Cervantes) Cuenta la leyenda que cuando Quetzalcóatl salió de Tula, después que pasó por Cuautitlán "llegó a otro lugar en el camino donde descansó y se asentó en una piedra y puso las manos en ella y dejó las señales de las manos en la misma". Y al capítulo siguiente al que esta noticia contiene, puso Sahagún el encabezado; "de las señales que dejó en las piedras, hechas con las palmas de las manos", y en él dice que, en la piedra antes referida, quedó la señal "así como si pusiera las manos en todo, que ligeramente se quedaran señaladas". El lugar donde esto aconteció desde entonces

tomó el nombre de Temacpalco que significa "la piedra en donde está la mano". (Sahagún I. ps. 256.)

En Yucatán son muy comunes estas improntas de manos esculpidas, grabadas o pintadas en los monumentos antiguos, además de las que se encuentran como símbolos ideográficos entre los jeroglíficos. Las pintadas no raras veces tienen la apariencia de haberlo sido con una mano viva que se sumergiera en un líquido rojo oscuro, del color de la sangre cuajada, y mojada en él, se oprimiera, dejando la impronta en la columna o la pared (Stephens. Yucatán. I. 177). Así me pareció en muchas de estas señales que yo mismo vi y otros viajeros, quizá más perspicaces investigadores que yo, llegan a decir haber observado aún las líneas de las junturas musculares. Sabemos por Clavijero, que en la Baja California, hay un altísimo risco, con una serie de manos pintadas de rojo (Hist. de la Antigua o Baja California).

Schoolcraff encontró en las riberas del lago Superior un curioso edificio que servía a los indios chipewas como lugar de adoración. Dentro de él, en otra construcción circular a modo de laberinto, observó muchas improntas de manos en las paredes interiores. Tales señales no escasean en otras partes de la América del Norte (Stephens. Incidents. of travel in Yucatan vol. II App.) ni son raras en toda la del Sur. Si los hombres que vivían en las cavernas del Viejo y del Nuevo Mundo usaron de la impresión de la mano como un símbolo religioso, y ese símbolo se siguió usando a través de las edades, era natural que cuando los adelantos de los hombres sacaron a sus dioses de las cavernas para construirles templos, se tomara la señal de la mano roja como un motivo de decoración y esto independientemente podía habérsele ocurrido a cualquiera que hubiera conservado ese símbolo primitivo. En Yucatán, se ha encontrado como motivo decorativo en un arruinado templo en Cozumel y en la India lo encontró también usado como tal entre las ruinas de un edificio religiosos de Bharahat, Sir Alexander Cunningham, monumento que se calcula de una edad de 200 años antes de la era vulgar.

La impresión de la mano fué considerada siempre como un emblema de significación religiosa desde los tiempos prehistóricos más remotos hasta nuestros días, tanto en el hemisferio oriental como en el occidental, y un curioso rito mexicano sirve de eslabón para unir la cadena entre la piedra de los mixtecas de

Yucumana y las paredes de la destartalada ermita que visité en las montañas de los otomites, que separan los valles de México y de Toluca.

En la décima quinta veintena o mes de los mexicanos llamado Panquetzaliztli en que celebraban una fiesta a Huitzilopochtli, los ministros de los templos "a media noche iban a enramar los altares, oratorios y humilladeros de los montes, aunque estuvieran lejos". Dedicada por los mexicanos esta fiesta a su dios tutelar, el cuidado que tenían en adornar los adoratorios de los montes nos hace presumir que una tal fiesta no fuese dedicada en un principio al ídolo mexicano que ninguna conexión tenía con los montes. En ese día, los mercaderes hacían gala de presentar al dios el mayor número de víctimas que podían para el sacrificio y a este fin compraban gran número de esclavos, otomites, matlaltzincas o mazahuas que eran las tribus extranjeras que tenían más a mano, aunque los dioses preferían recibir como ofrenda los corazones de los nauas.

Acercándose la solemnidad, "iban los esclavos que habían de morir, a las casas de sus amos a despedirse y llévanles delante una escudilla de tinta o de almagre o de color azul; iban cantando con muy alta voz, que parecía que rompían el pecho y en llegando a las casas de sus amos, metían ambas manos en las escudillas de color o de tinta y poníanlas en los umbrales de las puertas y en los postes de las casas de sus amos y dejábanlas allí impresas con los colores; lo mismo hacían en casa de sus parientes". (Sahagún vol. I. pág. 170, 171).

El ser sacrificados en las aras de los dioses, era una dicha y un honor para los indios, y los que así morían se consideraban como predestinados que iban a acompañar al sol en su morada. Al dejar estampadas sus manos en las puertas de las casas de aquellos que los llevaban al sacrificio, querían con eso manifestar los esclavos, que se quedaban allí y desde allí velarían por la casa: la impronta de la mano representaba la persona y era la señal de la presencia del espíritu del individuo en el lugar donde moraba el dios, para que viéndolo éste constantemente, no se olvidara de sus plegarias y atendiera las súplicas que le hacía: en la del hombre para manifestar que, si en la vida corporalmente había velado por ella, su espíritu lo haría después de muerto.

Las creencias prehistóricas de nuestras tribus, en este particular, están de acuerdo con las que subsisten aún en algunos de los pueblos más conservadores del Mundo Antiguo. Le Plongeón que no había de dejar de hablar de la impresión de la mano roja en Yucatán, toma lo siguiente de la relación de un viaje a la India en 1879. Narra el viajero que en Jeypur: "En las paredes de algunos de los templos vieron las señales de manos humanas como si hubieran sido sumergidas en sangre e impresas en las paredes blancas. Se nos dijo que era la costumbre, cuando se solicitaba alguna bendición de los dioses, para conseguirla, notarla mojando la mano en un líquido y estampándola en la pared. Era esto como un memorial a los dioses de los votos y las súplicas y si el favor se conseguía en forma de lluvia, alimentos, semillas o hijos, el devoto volvía exultante al templo para hacer algunas oblaciones". (Vestigios de los Mayas). La presencia de los adoradores era lo que significaban las manos pintadas lo mismo en las montañas de Méxicc que a las orillas del Ganges.

Los primitivos irlandeses, dice Smiddy, ratificaban sus contratos delante de los dolmenes "poniéndose en frente uno del otro los contratantes mientras tenían las manos colocadas sobre la piedra sagrada, como señal de la solemnidad del acto y prenda de la fidelidad en el cumplimiento del compromiso que contraían y sellaban con un beso al monumento". Dolmen llamaban los celtas de las Galias a las piedras enhiestas que decían los irlandeses Dalan, palabra que el mismo autor cree una contracción de dalna-mionne "el dios piedra del juramento" (The Druids. pgs. 38-40). En la India tenían un modo muy semejante de jurar y bien puede imaginarse que careciendo de escritura los pueblos primitivos, dejaran los que celebraban algún pacto o hacían una solemne promesa a los hombres o al dios tutelar, la impronta de la mano con cuya imposición sobre la piedra sagrada la habían ratificado, y aquella impronta recordaba el contrato o la promesa y los autenticaba, siendo testigo el espíritu que animaba la piedra o la representaba, y era el del sér de donde les venía la sucesión y el alimento.

Este sér era lo que reverenciaban los otomites en las cuevas y las montañas. En varias partes de Europa y Asia los dolmenes estaban apareados, aún se ven así en Engleberg en Alsacia, Lochaber en Escocia, Constantina y Madron en Cornwall y otras

partes. Algunos de los dolmenes aún se ven con señales naturales o artificiales que indican uno u otro sexo; podrían ser entonces una representación o un emblema reducido de la cueva y la montaña. "La mano roja de Irlanda es conocida lo mismo por los Turanios que por los Semitas y Arianos desde ambas Américas hasta las partes más lejanas del Asia" dice el Gen. Forlong y añade: "todos los hombres han venerado y asegurado su veracidad o han jurado por medio de signos que se hacen con la mano, así es que la mano toma el lugar de la persona misma". Cuando Mahomed II se apoderó de Constantinopla, se dice que entró a caballo al templo de Santa Sofía y en señal de posesión en la parte más alta que alcanzó, dejó la impronta de su mano bañada en sangre.

*
* *

Otra cosa parece que indicaban las huellas de los pies. Desde la Luisiana al Paraguay las tomaron los misioneros inducidos por los relatos de los indios, como las señales de un personaje extraordinario que por allí había pasado, tal como los mexicanos explicaban las señales de las manos en las piedras de Temacpalco. Pero en el Viejo Mundo tampoco faltaban huellas de pisadas extraordinarias. Sin hablar de las que dejó Budha en el Asia oriental, ni de las de Visnú veneradas en Gaya y las de su discípulo Ramanad en Benares, el Coronel Forbes Leslie en sus "Primitivas razas de Escocia", nos asegura haber encontrado huellas de pies entre todas las naciones y creencias, y desde las prehistóricas hasta las modernas edades.

Sabemos por Diódoro que no sólo se enseñaban en Sicilia las huellas que habían dejado los bueyes que llevó Hércules de España y paseó por todo el mundo entonces conocido, sino que los escitas mostraban las del mismo dios. En Escitia, dice Herodoto, aún se muestra una cosa digna de admiración: "esta es la impronta del pie de Heracles sobre una roca cerca de Tyras. Estas huellas son semejantes a las de un pie humano, mas tienen dos codos de largo". (IV. 82). Diódoro dice también que en Egipto decían los de Chemmis "que Perseo algunas veces tiene a bien aparecer en su tierra y con frecuencia dentro de su templo se encuentra una sandalia llevada por él, de dos codos de largo, y cada vez que aparece, todo el Egipto prospera". (Biblioteca II. 91 y IV 82.)

En los países del norte de Europa son comunes signos esculpidos en rocas. En una piedra de Irlanda que ha gozado en los tiempos antiguos de cierta veneración por suponerse conmemorativa de antiguos reyes o caudillos del país, se encuentran grabadas las huellas de unos pies. (Sipson. Archaic Sculpluring. p. 183). Los naturales de Samoa enseñan dos agujeros en una roca que tienen cerca de seis pies de largo y aseguran los del país que son las huellas de los pies de Tiitii, dejadas en el lugar donde estuvo cuando levantó el cielo y lo separó de la tierra. (Nineteen Years in Polynesia p. 245).

No dejan de verse en nuestro país prehistóricas improntas de pies. Cerca de Amanalco, a diez leguas al oeste de Toluca, en territorio matlaltzinca, fueron descubiertas en un canto desprendido de las paredes de una barranca, las impresiones de pisadas humanas. Se creyó que tales impresiones hubieran sido producidas cuando la roca aún no había tomado consistencia y era capaz de recibirlas directamente de los pies humanos, pero la simple inspección de las improntas alejan la idea de que hubieran sido impresas por las extremidades inferiores de seres racionales y a mi parecer no son sino grabados hechos en la piedra, si se quiere tomando los contornos de los pies de individuos que los colocaron sobre la roca. Son las sólitas imágenes de pisadas humanas que indicaban la presencia de los devotos en los lugares venerados o de un dios o de un ser sobrenatural, como se encuentran en otras partes. (Véase Congreso Internacional de Americanistas. México 1895 p. 393 y sig.) Estas huellas no relacionan con la geología a los seres que los estamparon, como se ha pensado, sino con la etnología y los sentimientos religiosos de las tribus primitivas que poblaron esas regiones del Estado de México.

Dice Sahagún que la duodécima veintena que según su cómputo, empezaba el 10 de septiembre y era llamado Teotleco, "que quiere decir la llegada o venida de los dioses" preparaban los mexicanos un montoncito de harina de maíz, "redondo como un queso", y por la noche que antecedía al día de la fiesta lo colocaban en el templo sobre una estera para ver a la hora que llegaban los dioses, "porque aparecía la pisada de un pie pequeño sobre la harina, entonces entendían que eran llegados los dioses". Cuando aparecía la señal, el sacerdote que estaba de guardia viendo la huella del pie sobre el montón de harina exclamaba: "venido

ha su majestad" y entonces todos los demás se "levantaban y tocaban sus caracoles y cornetas en todos los cues, en todos los barrios y en todos los pueblos. Con esto entendía toda la gente que los dioses eran llegados y luego todos comenzaban a ir a los cues con sus ofrendas para ofrecer a los recién venidos". (Obra cit. vol. I. p. 157, 158).

De Itzpapálotl dice Ríos que lo pintaban con patas de águila porque decían los indios "que algunas veces se les aparecía y no veían otra cosa sino las patas de la Aguila" y Tlaloc manifestaba su presencia dejando estampada la pisada de un pavo o guajolote como en México llamamos a esa ave de corral.

Los pequeños hombres de la tierra, los Enanos de las creencias populares alemanas, se dice que tienen pies de ganso, por las huellas que dejan impresas en la ceniza que para cerciorarse de su presencia, esparcen los campesinos y gente vulgar en el suelo. Los Enanos escandinavos y germanos eran seres que estaban ligados con la fertilidad, lo mismo que los dioses mexicanos Tláloc e Itzpapálotl que manifestaba su presencia por pisadas de aves.

Tanto a la huella del pie como a la impronta de la mano suelen atribuír algunos un sivaitico significado, o sea suelen relacionarlos con las funciones necesarias para la conservación de la humanidad; y no se puede negar que actualmente en la India, entre ciertas sectas, son emblemas usados en el culto de Siva, ligado con esas funciones, y por eso ese culto se llamó sivaitico por varios escritores cuyo ejemplo nos proponemos imitar. Mas los testimonios aducidos de nuestros indios prueban que no sólo la impronta de la mano sino la huella del pie tuvieron al principio una diversa significación. Convienen los induistas que Siva es un desarrollo de Rudra el dios de los vientos y las tempestades, de las lluvias y fecundidad de la tierra, y en ese caso, el culto del dios pudo haberse desarrollado de esa manera, buscando nuevos símbolos o interpretando de ese modo los antiguos y primitivos cuyo significado se ignoraba y nada tenía que ver con el culto especial del dios.

La huella del pie significaba al principio la pretendida venida del dios y su presencia: era correlativa con la de la mano que significaba la presencia del hombre, y de ambas podemos deducir que los dioses que adoraron las primitivas tribus que poblaron nuestro país, ni eran animales, como cree un moderno escritor,

ni plantas, ni mucho menos ídolos sino seres invisibles que manifestaban su presencia por la huella de un pie, y allí les dejaban sus adoradores la de la mano para que ellos vieran que habían estado allí. ¿Eran estos también los dioses de los hombres paleolíticos de las cavernas de Europa? Todo induce a que lo creamos; y si en las cavernas más antiguas son raras, o no se encuentran allí pintadas las huellas de los pies, será que también los dioses de aquellas cavernas las dejarían pintadas en la ceniza, en el polvo o en el lodo, como los dioses mexicanos ya más cultos las dejaban sobre la harina de maíz, o dejarían una sandalia como lo hacía en Egipto Perseo, y por eso no pudieron llegar hasta nuestros días.

*
* *

Del estado social de los quinametin sólo podemos colegir, por conjeturas, que obedecían a un jefe el cual estaba supeditado a los hechiceros, si no es que ellos fueran los directores de la tribu como parece deducirse del ascendiente que tenían los supremos sacerdotes de los mixtecas y zapotecas cuando estas tribus salieron del salvajismo, y comparando lo que dice Sahagún de Otontecutli y de los adivinos de los otomites. En cuanto a la familia, sus costumbres dejaban mucho que desear si hemos de juzgar de ellas por las de los otomites que alcanzaron los misioneros. "A los muchachos", dice Sahagún, "les daban niñas de la misma edad y se las buscaban por mujeres" y Clavijero añade que les "era lícito abusar de cualquiera doncella antes de casarse". Uno y otro autor convienen en que cuando alguno de ellos se casaba, si hallaba en su mujer algo que le disgustara, podía despedirla y tomar otra: privilegio de que ellas igualmente gozaban. (Sahagún vol. III .p. 127 Clavijero Vol. I. p. 293). Malas eran estas costumbres, pero peores las de los garamantes de Etiopía que "matrimonium exsortes passim cum feminas degunt" (Plinio. Hist. Nat. V. 8) y Estrabon asegura que del mismo modo vivían algunas tribus celtas de las islas Británicas, (lib. IV c. V) de quienes dice Julio César que: "Uxores habent deni duodenique inter se communes, et maxime fratres cum fratribus, parentesque cum liberis". (De Bello Gallico. V. 14). En lo que sólo con los cuadrúpedos gregarios podían haber tenido comparación.

Aún viviendo ya una vida menos salvaje conservaron su régimen alimenticio primitivo comiendo "los zorrillos que hieden, culebras, lirones y todo género de ratones, comadrejas y otras sabandijas del campo y del monte, lagartijas de todas suertes y avejones y langostas de todas maneras" (Sahagún, vol. III p. 127) sólo que todo esto ya lo comían cocido o asado.

Antes que adoptaran el modo de vestir de otras tribus menos salvajes, el modo de adornar su cuerpo era pintarlo, tatuarse y mutilar los dientes: costumbres que no desecharon con el vestido en las cuales demuestran también haber conservado las modas de los trogloditas prehistóricos del Mundo Antiguo. Las mujeres otomites y mazauas, aún las viejas, se embadurnaban con un betún amarillo que llamaban los nauas tecozauitl y sobre él pintaban sus caras con otros colores: los yopis se pintaban todos de colorado: teñían sus dientes de negro los otomites y el Prof. Saville encontró en Oaxaca cráneos con dientes mutilados. Tales costumbres no fueron de ellos solos, en esta última se distinguieron sobre todo las tribus de origen maya.

La costumbre de pintar el cuerpo es tan antigua, que en los sepulcros prehistóricos de Europa se encuentran vasos con colores en polvo que no han de haber servido para otra cosa. (Mosso. Le origini della Civiltá Mediterranea, pág. 194). Los egipcios primitivos tuvieron la costumbre de pintar de rojo su cuerpo (Budge. Osiris and The Egiptian Resurrexion, II. p. 257). Herodoto nos habla de un pueblo de la Libia en donde se pintaban de rojo (Historiae, lib. IV. p. 194) como lo hacen hoy día no pocas tribus del Alto Nilo, Guinea, Sudán y Senegambia (Stanley. Viajes en busca de Livingston. IX Hovelacque y Hervé. Précis d'Antropologie, p. 428) y es común entre las tribus salvajes de ambas Américas y Oceanía. Más aún, Julio César asegura que los britanos se pintaban de azul (De Bello Gall. V. 12) y se cree que por la costumbre de pintarse llamaban los romanos picti, pintados, a cierta tribu de Escocia, lo que dicen no era sino una traducción de la palabra Brith, lo que está pintado, que según Canden es la radical del nombre Briton. No todos los escritores ingleses admiten una tal etimología, pero sí están conformes con el testimonio del escritor romano.

Quizá tan antiguo como la pintura del cuerpo es el tatuaje, dibujos indelebles hechos de diversos colores en el cuerpo por me-

dio de piquetes o incisiones en la epidermis, a los cuales se aplicaba una materia colorante. Las mujeres otomites, dice Sahagún, "se pintaban los pechos y los brazos con una labor que quedaba de azul muy fino pintada en la misma carne cortándola con una navajuela" (vol. III. p. 125). Algunas tribus de Tamaulipas cerca de Reinosa, hacia el mar, rayaban sus rostros de azul de una manera arbitraria y las mujeres se rayaban todo el cuerpo (Orozco y Berra. Geog. de las Lenguas, p. 294). El P. Fr. P. Nieto que en sus misiones entre los cuextecas conoció a varias tribus bárbaras de Tamaulipas que confinaban con ellos o estaban a corta distancia por el interior y las costas del mar, dice que "pintaban su cuerpo de negro, y como tienen las caras rayadas según las costumbres de sus naciones, producen gran miedo con su aspecto, pareciendo demonios en su figura". Narra en otro lugar que en sus saetas pintan ciertos pájaros y líneas convencionales "con las cuales afean también el semblante, haciendo incisiones en sus carnes para que con carbón y ceniza aparezcan negras las líneas. Del mismo modo suelen marcar sus hechos más culminantes en los brazos y otras partes del cuerpo" (Relación a la S. C. de Propaganda Fide. Cop. ms. latina en mi poder).

Landa explica cómo se tatuaban los mayas. "Los oficiales de ello labraban la parte que querían con tinta y después sajaban delicadamente las pinturas y así con la sangre y tinta quedaban en el cuerpo las señales". Añade Cogolludo que en la provincia de Valladolid se usaba mucho (Historia de Yucatán, pág. 186). No tenemos noticias por los escritores que hubieran acostumbrado este género de adorno otras tribus mexicanas; sino algunas de las más salvajes que habitaban al norte, pero yo encontré en Tacuba y en el Valle de Temascaltepec, en territorio de los matlaltzincas, unas cabecitas de barro en las cuales estaba seguramente indicado este modo de adornarse con incisiones hechas en el cuerpo.

"La costumbre, de tatuarse", dice Miss Alice C. Fletcher al hablar de los indios de los Estados Unidos, "con mayor o menor extensión prevalece en todo el país", es común en la América del sud, y el origen tahitiano de la palabra nos enseña su extensión en Oceanía. Lo encontramos en los primeros monumentos del Mundo Antiguo, pues, en algunos de los dibujos de monumentos de Egipto publicados por Champolión y Rosellini, se ve que las mujeres egipcias

como las otomites y las mayas, tenían los pechos tatuados y en la mayor parte de los relieves de File y Kom Ombos las diosas y las reinas tienen esas mismas partes del cuerpo señaladas con largas incisiones. Los libios en las más antiguas pinturas llevan en el brazo tatuado el nombre de la diosa Neith. En tiempos de Severo, era en Egipto tan general esta costumbre, dice Maspero, como lo es aún en la clase media de las provincias (Etudes de Mithologie et d'Archéologie Egyptienne, vol. I. p. 218). Hoy día, la costumbre de tatuarse que prevalece entre cierta gente en África, Asia y aún en Europa, como lo hacían las reinas de Ombos y los magnates libios, puede ser un argumento de la antigüedad y universalidad de la costumbre en el Viejo Mundo.

Las mutilaciones y decoraciones dentarias que se han visto en cráneos de Oaxaca, no eran peculiares de los mixtecas y zapotecas de raza quinametin. Los cuextecas, dice Sahagún que se pintaban de negro los dientes como los otomites y se los limaban como los mayas, "dejándolos como dientes de sierra y esto tenían por galantería y hacían este oficio viejas, limándolos con ciertas piedras y agua (Relación de las Cosas de Yucatán, p. 128). En Michoacán encontré yo tres cráneos con los dientes en la misma forma, uno en un terraplén sepulcral de Jacona, cerca de Zamora, país en donde antes de los tarascos habitaron los tecos, de raza naua; y en las orillas del lago de Cuitzeo. El Prof. Seville que estudió detenidamente la materia encontró que no sólo mutilaban y adornaban con pintura los dientes varias tribus de México y la América del sur, sino los agujeraban e incrustaban con piedras y oro (Precolombian decoration of the teeth in Ecuador. American Anthropologist, vol. 15. p. 376). En el antiguo continente los fanes de Africa, tribu que no pertenece a la raza negra, tienen la costumbre de limarse los dientes (Hovelacque y Hervé, o. c.) En Borneo se agujeran los dientes y llenan el hoyo con un tapón de metal en forma de botón. A veces se los liman de manera que parte del esmalte queda en forma de losange (Flover. Fashion in Deformity. p. 31). En una región de Sumatra, las mujeres se pintan de negro los dientes y algunas de ellas los liman hasta las encías (Masden. Sumatra, p. 52). También entre los japoneses había la costumbre de pintarse de negro los dientes. Bastian recuerda que los Pinangos de Burmah aseguraban que "rompían sus dientes para que no pudieran parecerse a los monos" (Oestl. Asian.

I. 66-69). De aquí piensan algunos que se originó la costumbre de las mutilaciones dentarias teniendo por fin el diversificarse de los animales, o de otras tribus parecidas a las suyas.

No sé que se hayan encontrado dientes limados ni agujerados o de otro modo mutilados en sepulturas paleolíticas europeas. Si en Oaxaca se han encontrado dientes con alguna decoración, yo creo que tal fué una costumbre de las tribus cultas allí establecidas adoptada de otras; ningún autor nos dice que otra de las tribus de origen quinametin la tuviera y no ha llegado a mis noticias que se haya descubierto algún cráneo otomite, mazaua o matlaltzinca con los dientes de alguna manera artificialmente mutilados. Además, ¿está enteramente probado que los que se encontraron en Oaxaca eran de individuos de raza mixteca o zapoteca? ¿No podrían haber sido de algún individuo de raza maya, llevado a Oaxaca como cautivo, de Chiapas, Veracruz, Tabasco o Yucatán? En todas esas partes se han encontrado dientes decorados y la vecindad de los mayas con los zapotecas y mixtecas no hace que la hipótesis quede fuera de toda probabilidad.

Aficionadísimos al adorno y la compostura los quinametin no lo deben haber sido menos a las fiestas y las danzas, puesto que de los mazauas nos dice Sahagún que cargaban siempre el aiacachtli, sonaja con que las acompañaban. "Los hombres de aquella tierra de ordinario traen las dichas sonajas, y cuando se les ofrece hacer alguna fiesta, átanse la cabeza con alguna correa y allí ponen una de las dichas sonajas" (vol. III. p. 131). De fiestas religiosas sólo nos habla de una en particular que celebraban los otomites en honor de su dios, pero debían haber tenido otras por que dice que era la mayor. "Para celebrarla iban al campo a dormir y a holgarse; comían allí cuatro días, y cada vez que la celebraban aparejaban para aquellos días todo género de comida y de bebida" (o. c. III. p. 127). Nueve días duraba una fiesta enteramente igual que celebraban los espartanos y siete la de hagh hasskkooth, o fiesta de los tabernáculos, también campestre que tenían los judíos en memoria del tiempo que peregrinaron por el desierto. ¿Querían también conmemorar con esas fiestas campestres sus respectivas peregrinaciones los espartanos y los otomites? De los segundos, más me parece a mí que fuera una imitación de la que celebraban los nauas, que una fiesta original, de que no tengo noticia fuera celebrada por las otras tribus hermanas, y por

consiguiente no me es posible juzgar si era una fiesta que los quinametin celebraran a su dios.

"Los otomites de su condición eran torpes, toscos e inhábiles", dice Sahagún, los nauas los despreciaban lo mismo a ellos que a los mazauas y a los yopis a quienes daban igualmente los epítetos denigrantes de tenime, pinome, chinquime y chochonti, que más o menos todos vienen a significar bárbaros y salvajes y les decían así a los yopis, muy allegados parientes de los mixtecas, porque "son muy inhábiles, incapaces y toscos, y eran peores que los otomites" (o. c. vol. III. p. 135). Unos y otros se habían quedado casi salvajes, mientras otros de sus hermanos habían avanzado bastante en la cultura; fenómeno que no sólo en México sino en todas partes registra la historia, y aquí sirvió para dar crédito a la tradición que los otomites o sea los quinametin en general fueron los primeros pobladores, y esta tradición examinada a la luz de los hechos parece verdadera.

*
* *

Además de aquellas tribus que viviendo en territorio mexicano y que hablaban lenguas emparentadas con las de otras tribus establecidas fuera de los confines de la República como los cocopas y cochimies del norte de la Baja California, cuyos idiomas pertenecen al grupo Yuma; como los apaches, tobosos y sus numerosas subtribus de los Estados de Chihuahua, Coahuila y Nuevo León, que tenían lenguas de la familia atapasca, y como los coahuiltecos que dieron el nombre al Estado de Coahuila en donde, y en parte de los de Nuevo León y Tamaulipas, se dividían en varias ramas cuyo tronco se reputa la lengua Pakawana que como las otras se hablaba en los Estados Unidos: hay muchas otras tribus sin historia ni tradiciones, sin monumentos ni manifestaciones conocidas de un sentimiento artístico o religioso, cuyas lenguas han sido refractarias hasta el presente a toda agrupación con otras lenguas de México, Norte o Centro América.

Si exceptuamos las lenguas de las tribus que habitaban en el Estado de Oaxaca, mije-zoque, huave y chontal, las demás tribus que hablaban y hablan aún idiomas que no se pueden clasificar

en ningún grupo, son poco numerosas y están esparcidas entre las otras. A estas tribus pertenecen los pericues en el extremo sur de la Baja California; los series en una región limitada de Sonora, ahora confinados en la isla del Tiburón en el Golfo de Cortés; los janambres y pisones que poseían un pequeño territorio en Tamaulipas y ya desaparecieron mezclados con la población europea e indígena de la localidad, lo mismo que en el sur los chiapanecas, tribu originaria de Centro América, que se estableció en el Estado de Chiapas al que dió su nombre y los olivas de Tamaulipas, originarios de la Florida, que se fueron siguiendo al P. Olmos de quien recibieron la fe católica, y desaparecieron ya de la misma manera que los janambres y pisones sus vecinos.

De todas estas tribus nada se sabe con relación a su origen, ni es fácil hacer una conjetura que fundadamente se pueda acercar a la verdad. La posición geográfica que ocupaban nos hace sospechar que sean residuos de tribus más numerosas que vinieron del norte o del sur huyendo de algún poderoso enemigo, o que empujadas por tribus invasoras se guarecieron en los rincones que ocupaban en el norte o en las montañas del istmo de Tehuantepec. Hoy por hoy es esta la hipótesis menos aventurada que podemos hacer. Estas pequeñas tribus del norte y del istmo no pudieron ser las primitivas; habrían crecido, se habrían multiplicado por todas partes, no estarían tan aisladas, habrían dejado en otras partes del país tribus que hablaran lenguas afines. No eran autóctonas, podemos decirlo a priori, ni lo podían ser; pero no podemos formular ni una hipótesis aceptable que los haga anteriores o posteriores a los quinametin en la posesión del país. En el presente estado de la paletnología mexicana, ninguna tribu de filiación distinta de la otomite puede pretender la prioridad en la ocupación del país.

Las tribus quinametin fueron por consiguiente los primeros pobladores de México. Vinieron del norte y fueron probablemente los descendientes de las primeras tribus que viniendo de Asia o tal vez mejor, de la Península Escandinava, se establecieron en los Estados Unidos. Estaban en los más bajos peldaños de la cultura y pertenecían a las tribus paleolíticas del Viejo Mundo usando el tatuaje y la pintura del cuerpo y probablemente las

mutilaciones dentarias. Sin embargo adoraban una divinidad creadora considerándola en una dúplice inseparable personalidad cuyo símbolo eran la montaña y la cueva y, por eso los actos de adoración que tenían los ejecutaban o en las montañas o en las cuevas. Las manifestaciones de culto conocidas eran las huellas de los pies que indicaban la presencia de la divinidad y las improntas de las manos, memoriales de la presencia y súplicas de los devotos en los lugares de adoración. No tenían ni imágenes, ni templos ni sacerdotes. Los hechiceros y adivinos eran los árbitros de las conciencias y portavoces de la divinidad. Tales fueron, como nos parece haberlo demostrado, los primeros pobladores de México.



CAPITULO III

LOS NAUAS

EL HIJO mayor de Iztac-Mixcóatl, conforme a la leyenda recordada por Mendieta, fué Xelua, el progenitor y jefe de los gigantes, que, como acabamos de ver, fueron los representantes mitológicos de la primera tribu de quien se tiene alguna noticia que habitó en México antes que las demás. El segundo hijo fué el padre de los nauas representados por los mexicanos en la leyenda, cuyo tronco, héroe o jefe Ténoch, se da como el hijo segundo del padre de los progenitores de las principales tribus mexicanas, y como ya sabemos que los nauas vivieron juntamente con los quinametin al derredor de la cordillera de los Volcanes, desde luego se deduce que el mito no está fuera de la tradición, según la cual fueron los nauas los segundos pobladores conocidos. De dónde y por cuál camino hayan venido, nos lo va a indicar de nuevo la lingüística y a confirmar la etnología, que fueron nuestras compañeras en las pesquisas anteriores.

Dan los filólogos el nombre de familia naua o nauatlana a varios grupos de lenguas, que, por sus afinidades y relaciones mutuas, suponen derivadas de un tronco común. Son los nauas, nauales, nauatlacas o nauatlatos como les dicen los escritores indígenas y españoles "los que hablaban la lengua culua, que ahora los españoles llaman la lengua mexicana, y son de todos los géneros de naciones" (Ixtlilxóchitl. Obras Históricas, vol. I. p. 107). Sahagún quita toda ambigüedad al decir que: "las gentes nauas que son los que entienden la lengua mexicana", comprenden "los te-

panecas, acoluas, chalcas y los hombres de tierra caliente", a saber: tlalhuicas, couixcas y cuitlatecas o tecos, " y los tlatepuzcas que son los que viven hacia el oriente, como son los tlaxcaltecas, huexotzincas, cholultecas y otros muchos" o sea los chinampanecas que abarcaban a los xochimilcas, cuitlahuacas, mixquiques y otros de los habitantes de los pueblos al derredor de los lagos; los culuas, aztecas, malinalcas, aualulcas, metzcas, niquiras y pipiles con otras tribus antiguas de dudosa filiación o que poblaban los Estados de Colima y de Jalisco y parte del territorio de Tepic.

Entre estos otros muchos, comprende seguramente nuestro autor también a aquellos que él en particular llama nauas, y por la relación del Arzobispado de México, sabemos que vivían en pueblos aislados o mezclados con los otomites, en una región que se llamó Teotlalpan y estaba situada en terrenos limítrofes de los Estados de Hidalgo y México con una pequeña parte del de Puebla, teniendo como núcleo o cabecera el antiguo pueblo de Tula en Hidalgo. De ellos nos hace saber el cronista citado que eran "los que hablaban la lengua mexicana aunque no la pronunciaban tan clara como los perfectos mexicanos" y que eran aquellos que se habían quedado en Teotlalpan "cuando los demás salieron de su pueblo y lo abandonaron", es decir, cuando dejaron a Tula sus habitantes nauas y se diseminaron por otras partes. No cabe duda que nauatl o nauatlacatl era el nombre colectivo de todas las tribus que hablaban la lengua que los españoles llamaban mexicana, porque era la que se usaba en México cuando llegaron.

Las lenguas que hablaban los pimas, ópatas, yaquis, tepehuanes, tarahumaras, conchos, tepehuas, acaxees, zacatecas, coras, huicholes modernos o huachichiles antiguos y otras tribus que vagaban generalmente por los Estados de Zacatecas, Aguascalientes, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, Sonora, Sinaloa y Territorio de Tepic, formaban grupos afines entre sí, relacionados unos con otros y que, habiéndoles encontrado los filólogos conexiones con el nautl reunieron a todos ellos en un solo grupo y lo llamaron naua-ópata-pima. Considerando que algunos lingüistas colocan la lengua de los huachichiles, guachichiles o cuachichiles, una de las tribus llamadas chichimecas más extendidas por el norte, entre las de la familia otomite, me veo obligado a demostrar que debe colocarse en el grupo naua.

Los guachichiles o cuachichiles, dice Cyrus Thomas, se clasifican por su idioma entre los nauas siguiendo al Dr. Hralicka, quien asegura que un hombre muy inteligente entre los huicholes le dijo "que guachichil fué el nombre antiguo de la tribu" (Ind. Lang. of Mexico, p. 41). Esto explicaría, por qué en las antiguas relaciones no se hace alguna referencia a los huicholes. Por su parte asienta el señor Orozco y Berra, que al huichol se le considera como "un dialecto del mexicano, y se opina que los huicholes son los restos de los antiguos cuachichiles" (Geog. de las Leng. p. 282). Opinión que va de acuerdo con Frejes quien asegura "que los indios guachichiles o güicholes tomaron el nombre de nayaritas" (Historia breve de la Conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano, p. 33)

"El nombre de huicholes que aplican los mexicanos a estos indios, "escribe Lumholtz" es una corruptela de vishálica o virarica, que es como ellos se llaman, palabra cuyo sentido es doctores, curanderos, denominación muy justificada por ser shamans casi la cuarta parte de sus hombres" (El México Desconocido, II. p. 21). Si está en lo justo el moderno explorador de nuestros tribus semibárbaras del norte, el nombre que se dan los huicholes correspondería al nombre naualli o nagual como nuestro pueblo aún llama a los hechiceros y sea tal vez la primitiva significación de la palabra náuatl.

Mas no deja de tener alguna probabilidad la opinión, que la palabra huichol no sea sino la misma palabra cuachichil corrompida. "Este nombre guachichil", dice Gil González Dávila, o quienquiera que sea el autor de La Guerra de los Chichimecas", "es puesto por los Mexicanos; compónese de cabeza y colorado". Los gorriones, avecillas muy comunes en nuestros campos llevaban el nombre de cuachichil, porque sus machos tienen las cabezas coloradas y dicen haber puesto los nauas el nombre de estos pájaros a la tribu "porque se embijaban lo más común con el color colorado" y también porque algunos de ellos acostumbraban "traer unos bonetillos agudos de cuero colorado" (Anales del Museo Nacional, II. ap. vol. I. p. 166). El autor que acabamos de citar aplica a los huachichiles el nombre genérico de chichimecas y dice que "comienzan por la parte de Michoacán, del Río Grande y salen a Ayo el chico y Valle S[a]. y los Aranda y sierras de las minas de Comanja y Villa de los Lagos que es del nuevo reino de Jalisco, y to-

man las sierras de Xale y Bernal y Tunal grande por el límite de los guamares y bocas de Maticoya, las Salinas y Peñol blanco y Mazapil y por las Macolias llegan hasta los confines de Pánuco. Ocupan mucha tierra y así es la más gente de todos los chichimecas y que más daño han hecho".

El señor Orozco y Berra, que estudió a los cuachichiles, en otros documentos asegura que "ocupaban un espacio inmenso" y por las misiones fundadas entre ellos, concluye que abarcaban un territorio que se extendía "por Zacatecas hasta San Luis Potosí y Coahuila" (o. c. p. 285). Nada dice este autor de los establecimientos de los huachichiles en Michoacán y Jalisco, porque desde antes de concluir la mitad del siglo XVI los fueron empujando al norte los españoles con la fundación de presidios en el sur y de aquí la tradición conservada por los modernos indios de esa tribu que llegaron del sur (Lumholtz, o. c. II. 23). Los coras sostenían en vez haber llegado del oriente y decían que entonces ya había criollos o vecinos como les llaman ellos (Lumholtz, I. 499). Lo que prueba haber sido empujados por los españoles.

Si los huicholes y los coras o nayaritas son como lo aseguran Frejes y los otros autores citados los restos de los cuachichiles, bien podemos asegurar que eran de origen naua porque en primer lugar la lengua de los actuales huicholes está estrechamente emparentada con la de los coras, y después porque según el parecer de Lumholtz "aunque tienen ciertas relaciones de raza con los aztecas, los huicholes pertenecen a las tribus que han continuado en la barbarie mientras la rama principal de la familia se desarrolló hasta llegar al culminante estado de cultura del Imperio Azteca" (o. c. II. p. 22). Dice el mismo autor de los modernos coras, que "se dan el nombre de nayari o nayar y por la lengua, religión y costumbres son afines a los huicholes, quienes por lo demás, no hacen mucho caso de sus parientes, a quienes llaman hashi, cocodrilos" (obr. c. I. 480). Los coras, dice Cyrus Thomas, forman la tribu más meridional de lo que puede llamarse el grupo sonorense de la familia nauatlana (o. c. p. 21).

En cuanto al grupo septentrional colocado resueltamente en la familia nauatlana, bástenos oír lo que acerca de él dice el P. Pérez de Rivas, misionero que recorrió los Estados de Durango, Sinaloa, Chihuahua y Sonora y aprendió varias de las lenguas habladas por los indios de esas localidades. "Noté y observé apren-

diendo algunas de sus lenguas" dice, "que en casi todas ellas, que son muchas y varias, se hallan vocablos principalmente los que llaman radicales, que o son de la lengua mexicana, o se derivan de ella, y retienen muchas de sus sílabas, de que pudiera hacerse aquí un muy largo catálogo. De todo lo cual se infieren dos cosas. La primera que casi todas estas naciones comunicaron en puestos y lenguas con la mexicana; y aunque los artes y gramáticas dellas son diferentes; pero en muchos de sus preceptos concuerdan. La segunda es que todas estas naciones, con la mexicana salieron a poblar este Nuevo Mundo de la vanda del norte" (Triunfos de Nuestra Santa Fe. p. 20).

Escritores hay que encuentren mucho más al norte de nuestra República lenguas afines del nauatl, haciendo que sus conexiones lingüísticas atraviesen todos los Estados Unidos y, por las costas del Pacífico y el Canadá, les hacen llegar hasta Alaska. Koluscana es el nombre que dieron a la familia de lenguas que entre otras tribus hablaban los tlingitas esparcidos en Alaska y el Canadá. Los koluschis de quienes tomó el nombre la familia, fueron llamados así, dice Dall, de la palabra rusa kaluska, pequeño agujero, o de la aleutiana kaluga, disco, como quieren otros, aludiendo ambas expresiones a los bezotes, adornos de los labios, que usaban casi todas las tribus que hablaban lenguas o dialectos de la familia koluschana. Otras menos septentrionales de la familia lingüística wakashana, entre las cuales se encuentran la cuaquiutl, ouitlope, tlatlasicola, auaitlala y de la familia tsimsicoana formada por las lenguas que hablan los quitlani, quitsaltlal, quitzilas y algunas otras tribus más, tienen la misma costumbre de llevar un labio perforado para poder usar el bezote.

Humboldt primero y Vater después, señalaron entre las lenguas de la familia koluskana el yucuat y el koluschi con cierta afinidad con el nauatl por el uso frecuente de la combinación de letras tl, tli, tle; y Vater, comparando con el mexicano estas dos lenguas usadas por los tlingitas, encontró en doscientas palabras que designaban los mismos objetos, veintiséis polisílabos de la última lengua con tales afinidades con las de las otras dos, que le parecieron derivadas de las mismas radicales (Mitridates III). Si tal afinidad entre las lenguas fuera cierta, encontraríamos que el área geográfica de extensión del nauatl abarcaría una faja de terreno que por las costas del Pacífico, en frente de las islas Aleu-

tianas, llegara hasta Panamá, variando mucho de anchura y encontrándose a veces interrumpida su continuidad por idiomas de otras familias etnográficas distintas. Pero no son tomadas de la lingüística las mejores presunciones que tenemos para inferir que en tiempos muy lejanos los nauas estuvieron en contacto con los tlingitas y aún con pueblos del Asia oriental. Por ahora concretémonos a nuestra República hasta dejarlos enteramente establecidos.

Tocan la frontera de los Estados Unidos y se extienden de norte a sur por el oeste hasta llegar a Jalisco, las tribus que hablan idiomas del grupo ópata-pima. Desde Tepíc, y quizá un poco más al norte, desde el río de Piaxtla en Sinaloa, comienza el grupo propiamente llamano naua. Abarca el Estado de Jalisco y de Colima, sigue al oeste de Michoacán, entra a Morelos por Guerrero, toma parte del Estado de México y el Distrito Federal mezclándose con el otomite en Tlaxcala y Puebla, siguiendo al noroeste y sud de Hidalgo, sureste de Veracruz y algunos lugares de Oaxaca y el sur de Chiapas, como también de Tabasco, Campeche, Guatemala, S. Salvador, Nicaragua y un sitio muy reducido entre Costa Rica y Panamá, (Cyrus Thomas. Indian Languages. Mapa etnográfico). En su primera emigración los nauas dejaron en el norte las colonias del grupo ópata-pima y llegaron a la Mesa Central encontrando allí a los quinametin y extendiéndose con el curso del tiempo, entre ellos, hasta Meztitlán.

Los mitos, las leyendas y las tradiciones bien comprendidas, nos persuaden que fué en el Valle de México donde primeramente se fijaron. Los nauas parece que eran una tribu acostumbrada no solamente a la caza como los quinametin, sino también a la pesca, ocupación que requiere hábitos más sedentarios que los del cazador. Si buscaban cuevas para vivir y bosques en donde cazar y procurarse frutas y raíces con que alimentarse, buscaban también lagos y corrientes de agua en donde pescar. Pudiera ser que el país de donde habían salido al principio o donde estuvieron después algunos siglos, fuese un país marítimo, lacustre o fluvial en donde se alimentaron de productos acuáticos, antes que, al internarse por los bosques, la necesidad los obligara a unir la pesca con la caza, o con ella sustituirla.

Es digno de tomarse en consideración que los encontramos en México establecidos a las orillas de los lagos y de los ríos, desde las tribus que permanecieron salvajes en el norte que vi-

vían a la orilla del Pacífico o en las márgenes de las corrientes de agua, hasta las que en el centro adquirieron cierto grado de cultura después y se fijaron al derredor del lago de Chapala, de las lagunas del Valle de México y Meztitlán como sus centros primitivos de expansión. Los mexicanos, dice Sahagún "propiamente se dicen atlacachichimecas que quiere decir pescadores que vinieron de lejos tierras" (vol. III. P. 147). ¿Tal concepto se refería únicamente a los aztecas o abrazaba a toda la familia naua? No pocas veces el cronista franciscano y otros dan a la palabra mexicana una acepción más amplia de la que se usa para denotar una tribu en particular, y no me parece difícil que aquí esté usada en ese sentido. A sus pueblos o caseríos llamaban los nauas altépetl palabra compueta de las dos cosas que buscaban, atl agua para ejercitar la pesca, tépetl el monte para cazar y vivir en las grutas. Agua y grutas encontraron en el Valle de México sin necesidad de tener que recurrir a las montañas que abandonaron a los otomites establecidos en ellas.

*

* *

Los hijos de Tlotli, en la leyenda texcocana del origen de los hombres "se derramaron por todas partes para ver nuevas tierras, quedándose donde les parecía, de manera que poblaron en muchos lugares sin fijar habitación permanente, porque no sabían edificar casas, viviendo en cavernas naturales o fabricando chozas de ramas de árboles que cubrían con yerbas". (Thevet p. 10) Con lo que acabamos de copiar tiene seguramente conexión, un pasaje de los Anales de Cuautitlán. En ellos se hace mención de un cierto Tlactli, que sospecho no sea sino una mala ortografía del Tlotli de la leyenda, y mis sospechas se fundan, además de lo mitológico del pasaje en sí mismo considerado, en que éste fué el sucesor de otros dos tan míticos como los dos ascendientes del Tlotli de Ixtlilxóchitl. Fué el primero Chicontonatliuh, siete sol o septimo sol y el segundo Xiuhnetl uno de los cuatro primeros hombres creados por Tezcatlipoca y compañero de Mixcóatl o Camaxtli (Historia de los Mex. p. 237). "Los ancianos, encontramos en los dichos Anales, sólo refieren que cuando comenzó el imperio Chi-

chimeca, un hombre-mujer llamado Ixpapálotl (cetlácatl ciuátl-itoca-Ixpapálotl) los llamó y les dijo: vosotros tomaréis asiento y Tlactli os gobernará: allá en Necuameyocan pacíficamente ordenaréis vuestras casas de palma y esteras de palma y luego iréis a Tlapco y allí vosotros cazaréis: iréis de la misma manera a Mictlampa teotlalli: al norte, tierra de los dioses, y en el centro de ella cazaréis: iréis a Huitztlampa, amilpa, zochitlampa: al sur tierra de labor y de flores y allí cazaréis, y cuando hayáis cazado allí, tomaréis estos animales divinos: una águila, un tigre, una culebra, unos conejos azules, amarillos, blancos, rojos". Era la orden de dispersión que les daba el personaje andrógino Ixpapálotl a los teochichimecas, por los cuatro puntos cardinales como se indica por los colores de los animales. Ixpapálotl, dice Ríos, que era la misma diosa Xochiquetzalli, y ésta era la diosa Tierra, madre mítica de Tlotli.

El códice pictórico, a que han dado el nombre de mapa Tloltzin y es la historia figurada de los acoluas desde su origen fabuloso, poner a Tlotli al principio a la entrada de una gruta cuyo nombre interpretan Tzinacanóstoc, que significa gruta del murciélago. Ixtlilxóchitl en su fantástica peregrinación de Xólotl, al hablar de un tal lugar dice que en Tzinacanóstoc vivieron muchos años "y hoy en día están las cuevas muy curiosamente labradas y encaladas con muchos caseríos y palacios, bosques y jardines" (obras Hist. vol. I. p. 85) ¿Sería Tzinacanóstoc el primitivo Chicomóstoc de los acoluas? El murciélago cuyo nombre llevaba la cueva o las cuevas, tiene grande importancia mitológica entre los nauas, y aunque esos animales son los naturales habitantes de las cavernas, quizá las grutas de Tzinacanóstoc no son ajenas a las leyendas mitológicas de los murciélagos. Los acoluas las veían con veneración y al colocar en ellas a Tlotli parece que se nos indica que a su alderredor formaron los nauas acaso el primer núcleo de donde se fué extendiendo la tribu. Itzpapálotl, la madre Tierra de Tlotli, tiene que ver con el murciélago ciertamente y no creo fuera de camino el pensar que Itzpapálotl sea el murciélago de Tzinacanóstoc.

Los coras han conservado hasta nuestros días un curioso mito de los quirópteros que se liga con la tierra que, en la opinión de esos indios de raza naua, era una llanura llena de agua. Para que se pudiera sembrar suplicaron los hombres al cozcacuautli, la prin-

cipal de todas las aves, que pusiera las cosas en su lugar, pero contestó que no lo podía hacer. Hay que notar que el cozcacuautli o rey de los zopilotes o simplemente el zopilote era entre algunas tribus cultas de México el emblema del crepúsculo matutino y del cielo diurno. No consiguiendo nada de él, una tras otra llamaron a todas las aves con igual resultado. Por último llegó el murciélago, muy viejo y muy arrugado y consintió en abordar la empresa. El murciélago simbolizaba el crepúsculo vespertino y la noche entre las tribus cultas. "Esa misma noche se lanzó a volar precipitadamente, abriendo salidas para las aguas; pero tan profundos hizo los valles, que era imposible recorrerlos. Las personas principales se lo reprocharon y contestó:—Volveré entonces a ponerlo todo como estaba.—No, no; dijeron ellos—Lo que queremos es que las laderas sean un poco más inclinadas, que nos quede alguna tierra pareja y no todo sea montañas". El murciélago consintió en hacer lo que le pedían "y las personas principales le dieron las gracias". (Lumholtz. o. c. I. 500). Aunque el mito se relaciona con un pueblo agricultor, lo que parece no haber sido los nauas cuando llegaron a nuestro país por vez primanera, nos hace ver, sin embargo, que quizá desde entonces era para ellos el murciélago un animal emblemático que les inspiraba cierta veneración, y al recibir la idolatría con la cultura, lo hicieron tomar parte en los mitos.

Otro de los lugares en donde deben haberse fijado son las cuevas de Culuacán, de la leyenda de Chicomóstoc de los culuas y los aztecas a donde bajó Ixtac Mixcóatl y de donde salieron sus hijos, y en los Anales que acabamos de citar se hace mención de este lugar como el primero del valle de México donde se establecieron los teochichimecas. "El año IX calli los chichimecas fundaron su pueblo principal en Culuacán". No olvidemos a Chicontonatliuh, siete soles o séptimo sol, personaje mitológico que los anales hacen fundador del señorío de Cuautitlán, no olvidemos tampoco que el sol fué padre de Tlotli; y aquí, como vemos de las siete cuevas me vinieron a la memoria los siete soles y pensé que Chicontonatliuh pudiera relacionarse con Chicomóstoc, como Izpapálotl con Tzinacanóstoc.

Dejando a un lado las indicaciones geográficas que las doctrinas enseñadas por los misioneros hicieron añadir a la leyenda de Chicomóstoc para quitar la idea de un origen local, nos en-

contramos que, por las descripciones de los anales y las pinturas de los códices, otra cosa no se quiso significar por Aztlán y Teoculuacán, sino Chapultepec y Culuacán del valle de México.

En la tira del Museo Nacional de México, lo mismo que en el códice que lleva el nombre de Auben: Aztlan se dibuja como una montaña o un lugar rodeado de agua: Culuacán es un cerro en la tierra firme a poca distancia, inmediatamente después de la isla. Chapultepec fué una isla en tiempos remotos, como eran islas todavía un tiempo del sitio de México por los españoles, el Peñón de Baños y el Peñón del Marqués.

No eran dos provincias distintas una de otra como indica algún cronista. Léese en el Códice Ramírez: "En esta tierra están dos provincias, la una llamada Aztlan, que quiere decir lugar de garzas y la otra se dice Teuculuacan, que quiere decir tierra de los que tienen abuelos divinos, en cuyo distrito están siete cuevas de donde salieron siete caudillos nahuatlaca, que poblaron esta Nueva España, según tienen por antigua tradición y pinturas". (Crónica de Tezozómoc p. 18). Tres de nuestros antiguos escritores tomaron sus noticias en gran parte del Códice Ramírez: Acosta, que lo copia en muchos pasajes de su obra sin comentarlo: Tezozómoc y Durán que le añaden muchas informaciones propias, comentándolo, explicándolo y a veces corrigiéndolo. En vez del trozo que acabamos de copiar, escribe Tezozómoc: "La venida de estos mexicanos muy antiguos, de la parte que ellos vinieron, tierra y casi antigua llamada hoy día Chicomóstoc, que es casa de siete cuevas cavernosas. Segundo nombre llaman Aztlan, que es decir asiento de la garza" (Crónica p. 223). Entiende decir el escritor indio que Aztlán era un segundo nombre de Chicomóstoc, y Durán lo explica mejor cuando dice del mismo Chicomóstoc: "Estas cuevas están en Teuculuacan por otro nombre Aztlán" (Hist. de las Ind. vol. I. p. 8) con lo que se pone de manifiesto que el autor del Códice Ramírez no quiso dar a la palabra provincia el sentido que solían darle los españoles. Entiendo que Aztlán y Teuculuacán eran dos lugares en una misma región, tan cerca uno de otro según Tezozómoc y Durán, que podían llamarse sinónimos. A esta interpretación no se opone el autor del códice quien al nombrar las tribus que salieron no se vuelve a acordar de las provincias.

Como Tezozómoc perteneció a los tepanecas podemos decir que la opinión que expresa era la de su tribu, y no era distinta

la de los chalcas a juzgar por lo que dice Chimalpahin. "Teoculhuacan-Aztlan, donde se fijaron los antiguos, está en medio del mar, en una tierra rodeada de agua por todas partes". Ya se sabe que para este autor las tribus nauatlacas y propiamente los chalcas, vinieron de Asia, atravesando el mar, y en medio de él creyó conveniente colocar el lugar de donde vinieron a México directamente. Lo que queremos hacer ver es que no separa a Teuculuacan de Aztlan, antes bien a uno y otro lugar los coloca dentro de la isla, en lo que demuestra también su opinión personal y lo tenía que hacer al colocar la isla en el mar.

Sabemos la versión de los culuas por el autor de la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, escrita en el segundo decenio después de la conquista cuando estaba su autor en la residencia que pusieron los franciscanos inmediatamente en Culuacán. De Aztlan dice que es un cerro "del cual sale una fuente que hace un río según y como es la de Chapultepeque en esta ciudad de México; y de la otra parte del río está otro pueblo muy grande que se dice Culuacan" (p. 238). Así podía haber visto nuestro autor desde el pueblo en que residía la actual colina de Chapultepec al otro lado del canal de la laguna de México, volteando la espalda al cerro de la Estrella que es el que pintan los códices en Culuacan y el que sirve de jeroglífico que indica el nombre del pueblo y de la tribu, derivado de cóltic, cosa tuerta o torcida; o del verbo coloa; entortarse o encorvarse. El jeroglífico que se ve en el códice es el cerro con la punta exageradamente torcida, y al mismo tiempo indica el lugar del monte y el nombre del pueblo y de la tribu. Si el autor del códice Ramírez no hubiera dicho que Aztlan y Culuacan estaban en Nuevo México, y otros no hubieran escrito que estaban al norte o al nordoeste ¿no hubiéramos creído, por las relaciones y las pinturas que Aztlan fué un antiguo nombre de Chapultepec? Así lo acabé de creer cuando años ha ví por primera vez las cuevas que están en la falda del monte qua ahora llaman cerro de Ixtapalapa o de la Estrella, antes Huizachtitlan. Estas cuevas, dije para mí, fueron Chicomóstoc; en ese cerro estuvo Teoculuacan; aquella colina, Chapultepec, era Aztlan; de aquí salieron los nauatlacas de la leyenda, aquí nacieron los hijos de Iztac-Mixcóatl.

El paralelismo entre las leyendas de Tlotli e Iztac-Mixcóatl me parece claro cambiando únicamente las circunstancias de personas y lugares. Iztac-Mixcóatl baja a Culuacan, del cielo segura-

mente, puesto que era la serpiente blanca de nube o de neblina; se acoge a Chicomóstoc y de allí se derraman sus seis hijos por todas partes. Era la culebra blanca probablemente el emblema del agua, principio fecundante de la tierra y por esto agrega Motolinía que los hijos de Iztacmixcóatl, decían los indios, haber tenido origen de la lluvia y el polvo de la tierra, que era Ilancueitl, la esposa de Iztacmixcóatl.

Las serpientes blancas tienen un interesante papel en las fábulas de algunos pueblos arianos. En Escocia hay varias leyendas en que figura la serpiente blanca lo mismo que en Alemania. En las antiguas tradiciones legendarias del País de Gales a la serpiente blanca se le llama la reina de las serpientes y se habla de ella con respeto y veneración. En Ceylón una serpiente blanquizca es reconocida por los del país como la soberana de sus congéneres. Los habitantes de Ararat, en Armenia, cuentan una historia de una gran serpiente blanca y de una real prosapia de serpientes blancas a las cuales todas las demás prestan homenaje: así lo dice el Gen-Forlong, de quien tomamos estos datos. El color blanco en los animales indicaba en México cierta especie de dominio. "El tigre blanco dicen que es capitán de los otros tigres", escribe Sahagún, y en otro lugar. "Hay ciervo blanco, dicen que este es rey de los otros ciervos". (III 149, 150, 163).

Tlotli nace de la flecha que cayó del cielo, se acoge a Tzinacanóstoc y sus seis hijos se difunden por toda la tierra: aquí tenemos el calor solar como principio fecundante de la tierra, el mito es más claro y el simbolismo menos velado, pero la significación es igual. De modo que lo que fué para los aculuas Tzinacanóstoc, las cuevas del murciélago, fué para los culuas Chicomóstoc las siete cuevas o sea el nucleo en donde en el valle de México se comenzó a formar la tribu. Es cuestión de nombres y de provincialismo que debemos despreciar.

Los culuas llevan en su tribu y en su historia un apéndice, un parásito inseparable, los aztecas que formaron y adaptaron para su linaje los mitos y tradiciones culuas. Tenemos un árbol curioso en nuestros bosques, una especie de higuera silvestre, que los nauas llaman ámatl y los tarascos tziranda. Los pájaros frecuentemente al limpiarse el pico depositan la diminuta semilla de que procede, entre las hojas de una palmera; allí germina, las raíces velozmente se dirigen al suelo, se entierra y entonces el tallo comienza a circundar la palmera hasta dejar el tronco enteramente

cubierto por la corteza del intruso. Apenas sobresale la copa con las hojas de la palmera, pero ésta también cubierta con el hojoso ramaje del amate. Como lo tendremos que ver tales fueron para los culuas, los aztecas que se apoderaron y adaptaron a ellos mismos los mitos y tradiciones de otras tribus. También ellos tuvieron en Aztlan su cueva y de ella leemos en Thévet que salía viento (Histoire du Mexique p. 15) circunstancias que en otros escritores y en la tradición popular encontramos referida a Chapultepec que tenía una cueva legendaria, a la que dan el nombre de Cincalco, íntimamente unida con los mitos.

Los Anales de Cuautitlán nos hablan de otro establecimiento de los teochichimecas en Tlalpan, cerca de las faldas de las montañas al sudoeste del Valle de México, y dice el anónimo colector del documento que "realmente por el año I ácatl establecieron su gobierno en Ocotlipalan, un barrio de ese pueblo". A Tlalpan llamaron los españoles San Agustín de las Cuevas, por las muchas grutas que allí se ven y era por esta razón lugar muy propio para los trogloditas teochichimecas. Está cerca de Coyoacán en donde vivieron los tepanecas, y no dudo que su cuna la hubieran tenido en Tlalpan y cuando abrazaron una vida menos salvaje y abandonaron la caza, dejarían también las cuevas que estaban lejos del agua para establecerce a la orilla del lago en Coyoacán, Tlacopan y Aztcapotzalco.

Si prescindimos de la salida de Chicomóstoc, ni el mismo Tezozómoc que era de esta tribu, nos deja comprender cuál haya sido el origen primitivo de los tepanecas. Los signos jeroglíficos con que designan a los tepanecas las pinturas hay que leerlos tepan; una piedra, tetl, y una bandera, pan, y dan idea de personas oriundas de un país pedregoso (Clavijero, obr. cit. vol. I. p. 100). Cerca de Tlalpan hay una antigua corriente de lava que hoy día lleva el nombre de Pedregal: lo que confirma que en Tlalpan tuvieron origen los tepanecas, o más bien allí se formó su tribu.

Islote y cuevas tenían los chalcas también en sus leyendas cuando tenían laguna, de la cual queda sólo el recuerdo. "El año XIII tochtli, dice Chimalpahin, los chichimecas se fueron a Xicco con los chalcas, que habitaban allí desde hacía dieciocho años y se ocupaban en el arte adivinatorio a la orilla del agua y por esto los chichimecas los llamaban atempanecas; se metían al agua, nadaban y daban las respuestas a los que venían a consultar sus

espantosas nigromancias". El año XIII tochtli a que se refiere el autor, lo hacen coincidir algunos con nuestro año 1258 de la era vulgar, mas no pudiendo saber con toda certidumbre cuál fuese el período cíclico al cual ese año pertenecía no creo que se pueda fijar la correspondencia con nuestros años.

En los anales de Cuautitlán se habla de Xicco con relación a datas anteriores, indicándose un lugar como sagrado, en donde se sacrificaban víctimas humanas y una especie de oráculo a donde se acudía para averiguar el futuro. Xicco aparece en los Anales, como lugar a donde iban desde lejos en tiempos mitológicos y legendarios; era por tanto un sitio de tradiciones y recuerdos que bien puede ponerse en la categoría de Chicomóstoc y Tzinacanóstoc, tanto más que no era solamente un islote sino también una cueva mitológica como la de Cincalco en Chapultepec. Perseguido por sus enemigos Quetzalcóatl, bajo el nombre de Topiltzin, dice Ixtlilxóchitl, que se refugió en la cueva de Xicco junto a Tlalmanalco, y que a los pocos días salió con algunos de sus criados, dió algunos avisos y profecías a los tultecas que estaban en Culuacan y volvió otra vez a Xicco, y una noche con algunos tultecas partió para Tlapallan". (Obr. Hist. vol. I. ps. 54, 55).

Ocurriósele a Júpiter una vez la idea de saber en donde estaba el centro de la tierra, y para salir de la curiosidad, mandó dos cuervos, según unos o, según otros, dos águilas, una al extremo oriente, otra al extremo poniente con orden que al mismo tiempo emprendieran el vuelo de regreso en línea recta: donde se encontraran estaría el punto cuya situación se deseaba averiguar. Así se hizo y las águilas se encontraron en Delfos, en el lugar en donde primero había estado el oráculo de la diosa Tierra y últimamente estaba el de Apolo; y para dejar bien determinado el lugar, pusieron allí una piedra que llamaban ὀμφαλος el ombligo.

También los Chalcas averiguaron, ignoramos de qué manera, que el centro de la tierra estaba en Xicco, y Xicco significa en mexicano lo mismo que omfalos en griego, viene de xicctli, ombligo y la partícula co, en: en el ombligo. En una antigua lámina conservada en el manuscrito de Thévet y publicada en su "Histoire du Mexique", los cuatro símbolos de los años, que son también los de los cuatro puntos cardinales, están nombrados al terminar los cuatro brazos de una cruz en cuyo centro está escrito tlalxico, el ombligo de la tierra. No cabe duda pues, que nuestros

indios llamaban como los griegos ombligo al centro de la tierra, y que ese nombre en mexicano era xicco, el de la cueva e islote de los chalcas.

Los irlandeses celtas tenían igualmente un lugar llamado por ellos el ombligo y creído el centro de su país. Lo llamaban Uis-Neach y decían haber sido encendido allí la primera vez el fuego sagrado por el principal Druida Midhe. En la colina que allí está hay una gran piedra llamada Ailna-Mireann, la piedra de las divisiones (Smiddy. Druids).

"Lo que los delfinos llaman omfalos", dice Pausanias, "está hecho de mármol blanco y dicen ellos que está en el centro de toda la tierra. Píndaro en una de sus odas está de acuerdo con ellos" (Obr. cit. X. ps. 6. y 16). Las descripciones, vasos pintados y monumentos, nos muestran el omfalos en figura de un medio huevo sobre una base cuadrada con una altura que no pasa de dos terceras partes de la estatura humana, ni baja de la mitad.

Singulares son las coincidencia que encontramos en el lugar que creían el centro de la tierra los chalcas y los griegos, Xicco y Delfos. En Xicco los chalcas se dedicaban a la adivinación y los pronósticos, en Delfos era el mismo el oficio que tenía la pitonisa entre los griegos. Al principio, narra Diódoro, que todo el mundo podía ir a adivinar y profetizar en Delfos, como lo hacían los chalcas en Xicco. Delfos estaba consagrado a Apolo, dios de los adivinos y agoreros, y en Xicco estuvo encerrado Topiltzin que era Quetzalcóatl, dios que tenía el mismo oficio entre los nauas y que de allí salió para profetizar a los culuas, su futura venida con los hombres blancos.

Leemos en los Anales de Cuautitlán que el año VII tochtli, los de Tula, en venganza de los males que les había causado Huemac, el enemigo de Topiltzin o Quetzalcóatl, arrebataron a sus hijos y los fueron a sacrificar a Xicco y otros lugares. El mito griego, aunque con muchas divergencias entre los autores, está de acuerdo en que Pirro, hijo de Aquiles, en venganza de las impiedades contra Apolo y de los males causados fué muerto en el omfalos por un sacerdote o una sacerdotisa del dios, y Töffer sugiere la idea que en esa leyenda pudiera encerrarse una reminiscencia de los sacrificios humanos que en los tiempos primitivos practicaran los griegos en ese lugar. ¿Sería el famoso omfalos, nada menos que el primitivo téxcatl o piedra de los sacrificios de los helenos? (Véase Pausanias y sus comentadores, l. c.)

En una piedra cónica truncada, de 37 centímetros de altura, existente en la galería de monolitos de nuestro Museo Nacional de Arqueología, que tiene esculpidas cuatro representaciones iguales del jeroglífico de la piedra preciosa emblema de la sangre del sacrificio, creyó el señor Prof. Beyer haber encontrado "un auténtico y típico téchcatl" o piedra de los sacrificios, que en efecto así parece haber sido comparado el monumento con las representaciones de los códices, una pintura mural de Chichen Itzá y una lámina de la obra de Durán. (La piedra de los sacrificios del Museo Nacional). La forma de esta piedra muy semejante a la del omfalos griego que nos ha quedado en las pinturas, nos permite conjeturar que la famosa piedra del santuario délfico fuera en realidad un téchcatl neolítico de los griegos.

Bien se comprende que no fué sino hasta después de haber recibido la cultura, cuando a los chalcas se les ocurrió un tal concepto de Xicco. Con relación a las otras tribus nauas, Xicco era probablemente para los chalcas lo que Tzinacanóstoc para los aculuas y Chicomóstoc para los coluas: el lugar en donde a la llegada se reunió el núcleo que dió origen a la tribu. Si atendemos a lo que llevamos expuesto bien se puede conceder que tenían razón los que decían al anónimo autor del "Origen de los mexicanos" que antes que tuviera principio la legendaria Tula " ya entonces era Azcapotzalco, Tenayucan, Tepechpan, Coatlinchan e Culhuacan y Cuyuacan e Tlacupan aunque poca cosa" (o. c. p. 288). O sea que además de los chalcas ya estaban establecidos en el Valle de México los aculuas, tepanecas y culuas, que es precisamente lo que acabamos de probar.

Veamos ahora en que estado de atraso estaban los nauas cuando se establecieron en el Valle de México deduciéndolo, sobre todo, del de aquellos de su mismo linaje y del de las tribus de su misma familia etnológica que encontraron los españoles más o menos salvajes. La comparación del estado de estas tribus con los recuerdos, tradiciones y mitos que conservaron las que adelantaron en la cultura será la mejor prueba que podamos presentar de que fué un estado estacionario y no retrógrado el de esos nauas salvajes y, por tanto, nos hacen ver cómo llegaron al país cuando primeramente se establecieron en él.

*

* *

Muchos de los mezcas que poblaban las regiones al derredor de la laguna de Meztitlán todavía cuando comenzó en México la predicación del Evangelio, conservaban sus primitivas costumbres de teochichimecas. Después de haber dicho el P. Grijalva que su lengua era "la mexicana aunque inculta, de manera que en comparación de los tlaxcaltecas eran como aldeanos de Castilla en comparación de toledanos", añade que la provincia de Meztitlán estaba "llena de gente desde las cavernas más hondas hasta los riscos más encumbrados, sin tener población alguna, ni más casas para su vivienda que las cavernas y riscos con que se abrigaban, haciendo cuanto más y mejor unas sombras de faginas, que apenas los defendían de las inclemencias de aquel cielo" (Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en la Provincia de Nueva España, lib. I. c. XIX). Estos eran los nauas salvajes, los teochichimecas que allí vivían: pero el mismo autor nos hace saber que había otros que tenían pueblos: "la fundación del pueblo de Meztitlán era antiquísima", dice en la obra citada, y Chávez, en la relación que hace de la misma Provincia, nos asegura que tenían religión, ídolos y un calendario que nos conservó, sabiendo por los Anales de Cuautitlán que tenían también pinturas de que se valían para conservar el recuerdo de los acontecimientos más notables de su historia.

En presencia de tales hechos, que a primera vista aparecen contradictorios, lo que debemos inferir es que entre los mezcas se conservaron hasta principios del siglo XVI los dos estados en que estuvieron en México los nauas propiamente dichos: uno, el de salvajes viviendo en cuevas, en los riscos y sin poblaciones ni cultura de ningún género: otro en que, habiendo salido de un semejante estado de salvajismo, edificaban casas para sí y templos para sus dioses, escribían en jeroglíficos y estaban reunidos en pueblos como Meztitlán. Este o, si se quiere, otro más adelantado en cultura, era el estado a que habían llegado ya las tribus que se constituyeron a oriente y poniente de la cordillera de los Volcanes cuando fué descubierto nuestro continente. Aquí sólo nos vamos a ocupar de los que estaban en estado salvaje, y no sólo se conservaron en ese estado primitivo de salvajismo en Meztitlán sino

principalmente en el norte, en donde así encontraron los españoles a muchas de las tribus que se fueron formando de las familias nauas que allá quedaron.

La pintura que nos dejó el P. Grijalva de los nauas salvajes de Meztitlán no es completa, y tendremos que recurrir a otras fuentes si queremos formar una idea, aunque pálida, de los nauas teochichimecas primitivos. Los había en estado salvaje en otras partes y el P. Sahagún les da su antiguo nombre de teochichimecas: abundaban en el norte entre las familias que se quedaron allí y participaron muy poco de su cultura. Las que menos contacto tuvieron con otras tribus más feroces y mejor conservaron sus costumbres antiguas fueron los sinaloas y pueblos limítrofes hasta donde no llegaron las excursiones de los apaches y comanches, cuyos ejemplos perniciosos de canibalismo siguieron otras tribus nauas de Chihuahua, Durango y Zacatecas. De las costumbres de esas tribus podemos sacar algunas deducciones y comprender si son exactas las relaciones que de los nauas primitivos encontramos en algunos escritos.

La Relación de los Linajes de los Señores de México así describe las costumbres de los que estuvieron establecidos en el Valle: "Vivían a manera casi de salvajes por los montes, sin tener casa ni habitación cierta: no comían pan, que no había maíz ni otra cosa de que lo hacer, salvo hierbas silvestres y caza de venados, liebres, conejos, aves, culebras, para lo cual usaban arcos y flechas, y no para guerra que no la había entre ellos; no tenían algodón ni otra cosa de que hiciesen ropa: vestían de los pellejos de la caza que tomaban, no todos, que muchos andaban desnudos: había empero entre ellos una manera de conocimiento del Señor principal, como pater familias, y para saber do estaba y do se albergaba la noche para que todos acudiesen allí, hacían ya tarde un humo por señal; todos los que alcanzaban a verle iban y llevaban delante del mismo Señor lo que aquel día habían cazado y él lo repartía entre todos de manera que quedasen satisfechos. Había también entre ellos modo de matrimonio que se guardaban mucha lealtad: también dizque había cierta señal para saber donde estaba el uno y el otro a la noche, que de día andaban por los montes a una parte y a otra a buscar qué comer" (Icazbalceta. Nuev. Col. vol. III. p. 264). Otro autor escribe que al Señor le llamaban en su lengua tlatoani palabra nautl que significa Señor, y que a él llevaban todo lo que habían cazado en el día "y él

lo repartía entre todos e los contentaba, de manera que ninguno quedase sin haber parte e lo comían sin pleito o envidia alguna" (Origen de los mexicanos, p. 285) y agrega Motolinía que "no tenían ídolos, ni casas de piedra, ni adobes sino chozas pajizas; manteníanse de caza no todas veces asada, sino cruda o seca al sol. Comían alguna poca de fruta y raíces y yerbas: carecían de muchas cosas y vivían brutalmente" (Memoriales, l. c.) Sus Señores cuando morían eran sepultados en cuevas sin enterrarlos.

Tal era igualmente la vida de los teochichimecas que aún encontraron los españoles en algunas partes. "Tenían su Señor y caudillo que los regía y gobernaba", dice Sahagún, y ellos en reconocimiento de su soberanía, "si acertaban a matar algún león, tigre, gato montés, conejo o venado, le presentaban el pellejo y la carne, y la caza que le daban así en reconocimiento, era para el sustento del tal Señor; todo se lo presentaban y daban como tributo y también arcos y flechas y tenían palacios que eran unas casas de paja o las mismas cuevas".

"Este Señor tenía una sola mujer y lo mismo tenían todos estos mismos teochichimecas". No eran muy sociales, "cada uno andaba y vivía por sí con su esposa sola, buscando lo necesario para la sustentación de la vida". Guardaban fidelidad a sus esposas y cuando alguno de ellos faltaba, "llamaban a toda la gente que tenía a su cargo el tal Señor y se lo llevaban delante de él y a la mujer y los sentenciaban y daba por sentencia que todos sus vasallos cada uno de ellos, emplease cuatro flechas en los tales adúlteros y estando vivos los flechaban".

El traje de los jefes era una piel de tigre o gato montés, o una manta "hecha de pellejos de ardillas". Una piel del mismo animal les servía de corona "de manera que la cabeza venía sobre la frente y la cola al colodrillo" terminando el adorno en plumaje a manera de aventadorico redondo de pluma encarnada".

Su calzado eran unas sandalias de hojas de palma, y asiento y lecho, pieles de leones y de tigres. "Llevaba consigo muchos teochichimecas de guarda. Todos usaban vestidos de pieles tanto los hombres como las mujeres, pero las pieles de leones estaban reservadas a los señores. Traían el cabello largo, crecido, trenchado y no se tresquilaban, así hombres como mujeres".

Usaban constantemente el arco y las flechas "y cuando comían las tenían consigo, y cuando dormían ponían los arcos en sus cabeceras y decían que les guardaban". Conocían y pulían y

agujeraban las piedras y labraban navajas y puntas de flechas. Usaban espejos de piedras pulidas y lustrosas llevándolos colgados a las espaldas.

Su comida eran hojas de nopal, tunas, camotes y otros bulbos y raíces, mezquites, palmitas y flores con otras yerbas y carne de toda clase de animales. Conocían las cualidades y virtudes de las yerbas, descubrieron el peyote y ciertos hongos "que emborrachan también como el vino" y para usar estos narcóticos, se reunían en un llano, "bailaban y cantaban de noche y de día a su placer". Si alguno enfermaba y no sanaba pronto, lo mataban, y hacían lo mismo con los viejos. Sabían y usaban maleficios para enhechizar. (Sahagún, vol. III. pgs. 116-120).

Hay muy pocas diferencias debidas en parte a cierto roce con tribus más cultas, entre estas costumbres y las que antes copiamos como partenecientes a los primeros teochichimecas. Con ellas van igualmente de acuerdo las pinturas de los mapas Tloltzin y Quinantzin, que gráficamente nos enseñan el modo de vivir de esta tribu al establecerse en México. Ni encontramos defeterencia alguna en las leyendas y los mitos, Tezcatlipoca, Mixcóatl y Camaxtli, dioses que adoraron los nauas, nos enseñan que tenían un jefe absoluto a quien obedecer: que eran nómadas y cazadores y que vivían en cuevas. Los códices nos indican sus costumbres monogámicas al ver dibujados constantemente en ellos un hombre con una sola mujer. Tlotli el héroe de la leyenda no tuvo más de una, y si Mixcóatl se deslizó con una hija de Tezcatlipoca, la fábula misma nos hace ver que hizo mal por el castigo que recibió al perder el prodigioso venado que cayó del cielo (Hist. de los Mexic. por sus pint. p. 237).

Los tepehuanes, nombre que, derivándolo del nauatl, el señor Ramírez traduce señores de las montañas y el diccionario de Molina, conquistadores o vencedores en las batallas, habitaban en los Estados de Sinaloa hasta Nuevo León en fracciones entreveradas entre otras tribus, sin tener en muchas partes asiento fijo. Por las relaciones de los misioneros conocemos que tenían las mismas costumbres de los sinaloas y sabemos por la lingüística que eran como ellos de origen naua.

De los tepehuanes encontramos en el libro del P. Alegre que "guardaban la ley natural con gran exactitud. El hurto, la mentira, la deshonestidad, están muy lejos de ellos. La más ligera falta de recato o muestra de liviandad en las mujeres, será bastan-

te para que abandone el marido a las casadas y para jamás casarse las doncellas. La embriaguez no es tan común en estas gentes como en otras más ladinas; no se ha encontrado en ellos culto de algún dios, y aunque conservan de sus antepasados algunos ídolos, más es por curiosidad o por capricho que por motivos de religión". (obr. cit. p. 452).

Los acaxees vivían en la sierra de Topía del Estado de Durango y limítrofes. Una india llamada Topía, dice el P. Alegre "se convirtió en piedra, que hasta hoy veneran los indios en forma de jícara que llaman en su idioma Topia". (vol. I. p. 394). El nombre acaxee creen que es una corrupción del nauatl acázitl, escudilla de agua, que en ese idioma se da a las albercas. Tuvieron roce con tribus cultas puesto que eran agricultores e idólatras cuyo dios principal, que ignoramos si era representado sensiblemente, tenía el nombre de Mayucanel, el que todo lo hace. En un pueblo, dice el P. Pérez de Rivas, tenían como dios, "un navajón grande de pedernal natural que reverenciaban para que los pedernales de sus flechas no se les acabasen", piensa el misionero, mas el pedernal pudo muy bien ser el emblema de Mayucane. Practicaban la monogamía y por regla general se eran mutuamente fieles. Aunque de origen naua eran antropófagos debido quizá al roce con otras tribus de distinto origen o a una propia degradación moral como la de los xiximes de su mismo linaje, pero más atrasados que ellos. Los acaxees no consta que tuvieran sacerdote pero sí infinidad de temidos hechiceros: usaban llevar espejos colgados a las espaldas y perforarse el labio inferior para ponerse el bezote los que habían hecho hazañas en la guerra. (Pérez de Rivas, o. c. l. VIII. c. II. y sig.)

Entre los sinaloas el matrimonio se contraía con el expreso consentimiento de los parientes y sólo los jefes podían tener más de una mujer. Estos tenían muy limitado el poder que casi consistía en convocar a la tribu para arreglar alianzas o decidir la guerra. Tenían grande estimación a los ancianos. Tampoco entre ellos había templos, ni ídolos ni ceremonias pero temían y respetaban a los viejos hechiceros y hacían siempre sus juntas al derredor de una hoguera. Para caminar por las noches el remedio de que se valen "es tomar un tizón encendido en la mano y aplicarlo cerca del estómago para su abrigo, y corre el demás cuerpo al viento". (Pérez de Rivas o. c. p. 8).

Los ópatas y pimas tampoco tenían ídolos, ni templos ni ceremonias, pero como los sinaloas tenían hechiceros, que eran también agoreros y adivinos, y de ellos aprendían algunas creencias y supersticiones, creyéndolos con suficiente poder para dominar los elementos e inclinarlos a su favor. Eran monógamos y enterraban a los muertos poniéndoles en las sepulturas vestidos, armas y provisiones para la otra vida. Los ópatas cargaban consigo la mano disecada de un enemigo para revolver con ella el pinole que tomaban en sus danzas. (Tercera Serie de doc. para la Hist. de México) Muchos de los escitas dice Herodoto "desuellan el brazo derecho de sus enemigos que han matado hasta las uñas de la mano, inclusive y con las pieles cubren sus aljavas" (Hist. IV. 54).

De los chichimecas que por el sur confinaban, las tribus cultas entre los cuales el autor de la Guerra de los Chichimecas nombra a los cuachichiles, tribu naua la principal de las mentadas por él, asegura que "son dados muy poco o nada a la Religión, digo a idolatría, porque ningún género de ídolo se les ha hallado, ni Quu, ni otro altar, ni modo alguno de sacrificar, ni sacrificio, ni oración, ni costumbre de ayuno, ni sacarse sangre de la lengua ni orejas, porque esto todo usaban todas las naciones de la Nueva España. Lo más que dicen hacen, es algunas exclamaciones al cielo, mirando algunas estrellas que se ha entendido, dicen lo hacen, por ser librados de los truenos y rayos". Para la guerra y la caza "de otra arma más que de arco y flecha no usan". En otras de sus costumbres se echa de ver algo del influjo de las tribus cultas en contacto de las cuales se encontraban los que vagaban hacia Michoacán y Jalisco. "Tienen matrimonio y conocen mujer propia y lo celebran por contrato de tercería de parientes". No tienen casas y andan de una a otra parte. "Su comida es fruta y raíces silvestres, no siembran ni cogen ningún género de legumbres ni tienen ningún árbol cultivado". Usan varias bebidas fermentadas hechas del jugo del maguey, de tunas y las bayas del mezquite, que también comen crudas y de ellas hacen pan para guardar y comer cuando se acaba la fruta. "Para los usos domésticos, ninguna vasija tienen de barro ni palo, solo tienen unas que hacen de hilo tan tejido y apretado que basta a detener el agua donde hacen el vino, y son algunas tan grandes como una canasta". (An. del Mus. N. II. t. I. p. 166 y sig).

*
* *

En la ligerísima revista que hemos pasado de algunas de las tribus de origen naua que se conservaron salvajes o poco menos hasta la llegada de los españoles, prescindiendo de las costumbres que son propias de todos aquellos pueblos en general que han permanecido en el salvajismo dedicados a la caza y a la pesca exclusivamente, encontramos de común con lo que leemos de los nauas teochichimecas del sur: 1°. que tenían un jefe independiente de otro poder cualquiera. 2°. que las tribus primitivas no estaban divididas en parentelas y parcialidades sometidas a un consejo o a jefe alguno supremo. 3°. que era monogámica la familia y los jefes, más bien lo eran de las numerosas familias, sin haber encontrado trazas, en alguna tribu de origen indiscutiblemente naua y fuera del influjo de tribus de origen diverso, ni de comunidades conyugales, ni mucho menos de uniones incestuosas. 4°. que no solamente no hay el menor vestigio de propiedad territorial, sino que aún la caza misma se repartía equitativamente entre todos los miembros que formaban una comunidad bajo la dirección de un jefe. 5°. que carecían de toda exterior manifestación de culto pero que se reunían al derredor de las hogueras y las encendían en las moradas de los jefes. 6°. que tenían adivinos y hechiceros. 7°. dos peculiares adornos aparecen entre ellos: los espejos que llevaban a la espalda y los bezotes en los labios. 8°. que mataban a los ancianos y a los enfermos. 9°. que colocaban en grutas los cuerpos de los difuntos sin enterrarlos.

Con la sola excepción de los sinaloas que convocaban la tribu para acordar la guerra o establecer alianzas, los demás nauas salvajes sólo nos han dejado en sus recuerdos que su gobierno era absoluto, como lo fué después el de Netzahualcóyotl, en Texcoco, y el de Tezozómoc en Azcapotzalco. Otra cosa es imposible deducir de lo poco que nos quedó anterior a la cultura de esta tribu y de las costumbres de aquellas que permanecieron salvajes. Si este gobierno absoluto era colectivo, como el de alguna tribu de Zacatecas de dudosa filiación naua, o hereditario como se puede deducir del mito de Tlotli, no lo puede decir de una manera categórica. Ambos sistemas estuvieron en uso entre los salvajes de todo el

mundo y de todas las épocas y ambos tuvieron razón de ser en el diverso modo como se fueron formando las sociedades de los diversos países.

Tratándose de seres que por más salvajes que hayan sido no dejaban de gozar del libre albedrío, no es posible hacerlos entrar a un cartabón preconcebido al cual necesariamente hubieran tenido necesidad de ajustarse cuando se constituyeron en sociedad. No formo la historia sino la refiero, y lo más que puedo deducir de los poquísimos hechos que han llegado a mi noticia, es que el gobierno absoluto de los nauas en su estado salvaje pudo haber sido hereditario en una determinada familia y electivo entre los miembros de ésta.

Una tribu de Zacatecas, de cuya filiación nada sabemos con seguridad y lo mismo pudo ser naua que coahuilteca o shoshona, había descendido en la moralidad hasta ponerse en un nivel más bajo que el de los otomites. Todas las otras tribus nauas salvajes de quienes nos llegó alguna noticia eran monógamas, porque si los jefes sinaloas admitían varias mujeres, puede creerse que fuera una degeneración como, sufrieron con la cultura de los acoluas y otros nauas que, aunque sus jefes tenían varias, una sola se consideraba legítima. Hacer de todos los salvajes primitivos manadas de bípedos gregarios porque así vivieron algunas tribus degradadas no se conforma ni con la naturaleza de algunas especies de animales. Lo vuelvo a repetir, la humanidad no es una locomotora que, puesta en el carril, forzosamente tiene que caminar por él sin que pueda apartarse. La familia punuluana no hay pruebas que acrediten que no haya sido la degeneración de una tribu o raza particular y no el estado inicial de la familia humana. De la propiedad tendremos que hablar despacio más tarde.

Iztlilxóchitl y otros cronistas nos dicen de los teochichimecas primitivos que adoraban al Cielo y a la Tierra, al Sol y a la Luna, y que les llamaban Padre y Madre. La idea se contiene en el mito de Tlotli y de allí se tomó seguramente, pero este mito no pudo ser de origen teochichimeca por más pueril y absurdo que aparezca considerándolo superficialmente. Supone un modo de concebir las cosas y una cultura que los nauas del norte nos dicen que no tenían cuando hicieron su aparición en México; los que encontraron los Agustinos en Meztitlán lo confirman, y sus propias genuinas tradiciones no lo niegan. Comparando el mito de Tlotli con otros del Mundo Antiguo que se le parecen, encontramos que el es-

tado mental de los teochichimecas, como los describimos, no era capaz de llegar a esos conceptos.

Creen con razón muchos egiptólogos que el paso más avanzado que dieron los egipcios para volver al primitivo monoteismo, partiendo del politeismo en sus creencias religiosas en que habían caído, fué el concepto de la unidad divina que introdujo Amenhotep III, al reducir los antiguos dioses al solo Aton, cuya adoración y culto Amenhotep IV declaró exclusivo y universalmente en la monarquía Tebana. Aton se adoraba en la forma de un disco solar cuyos rayos se dirigían a la tierra y unos terminaban en manos, y otros en el emblema y símbolo de la vida. El Faraón que, en honor del nuevo dios, cambió su nombre por el de Ikhnaton en compañía de su esposa Nefernefruaton, le compusieron un himno en que leemos los siguientes versos: "Aunque tú estás lejos, tus rayos están sobre la tierra: aunque estás en las alturas, tus huellas son el día". Pongamos en relación con estos versos de Amenhotep el mito de Tlotli. La flecha que se desprende del sol, es simbólicamente uno de sus rayos que baja para fecundar la tierra; el rayo de Aton con el símbolo de la vida que irradia el disco solar.

El dardo se clava en la tierra; el rayo solar deposita el emblema de la vida que lleva en la punta y el hombre germina; pero no nace completo: la parte que se quedó enterrada servirá para producir nuevas generaciones en la tierra, como en el mito persa hizo la parte de Cayomart que no se tragó Ahriman, produciendo los dos arbustos. El concepto del sol egipcio que deposita en la tierra la vida con sus rayos, y del hombre persa que hace germinar las plantas, forman, combinándose, el mito de los aculuas; y no me es posible creer que hombres que no conocieran la agricultura, como eran los primitivos aculuas, hayan sido capaces de llegar, vistiendo pieles y viviendo en cuevas, hasta un refinamiento del concepto pagano de la creación del hombre tal como el que expresan los versos egipcios y el mito persa.

El mito aculua supone además en los que lo creían, una cultura adelantada, porque no es posible que una mente salvaje sacrifique lo que ve, por un simbolismo puramente intelectual. Que crea que un hombre es capaz de brotar de la tierra herida por un rayo de sol en forma de flecha, no lo dudo, pero sólo lo creerá cuando se lo digan: que invente o que discurra que tal fué el origen de los primeros hombres de una manera simbólica, de esto sí

no la juzgo capaz; en ese estado salvaje, no se concibe el simbolismo. Es además el de Tlotli un mito de gente que vive de la agricultura no de un pueblo nómada cazador que se contenta con lo que produce espontáneamente la tierra. Porque la misma razón mitológica que dejó la mitad del solo cuerpo de Tlotli enterrado según la versión de la fábula que trae Mendieta, fué la que en la tradición mitológica de Osiris hizo que se quedara perdido en el limo del Nilo, aquel miembro del cuerpo del dios que no pudo encontrar Isis: en estos mitos se quiso significar la fecundidad de la tierra; en el egipcio, la que producían las aguas del Nilo.

Los pueblos agricultores son los que se preocupan de la fecundidad de la tierra y los teochichimecas eran principalmente cazadores. Con la agricultura recibieron el mito y hasta entonces fué cuando comenzaron a llamar al Sol o al Cielo Padre, a la Tierra Madre, y entonces fué también cuando el dios de las alturas y de las cavernas de los otomites se volvió el Viejo Padre y la Vieja Madre que salieron de la caverna de Chiapan.

Los primitivos teochichimecas, dice un autor que escribió apenas pasada la primera década de la dominación española, "no se sabe a quien adoraban, mas de que dicen los viejos que oyeron a sus abuelos, que dizque antes que vinieran los de Culua, que diremos, llamaban a un dios", y en otra parte vuelve a decir que un viejo respetable de Coyoacán, "me dijo una vez confesándose que oyó decir a sus antecesores que eran, y él lo es, naturales de los chichimecas primeros habitadores de esta tierra, que antes que viniesen los de Culua e los mexicanos no tenían muchos dioses sino uno". Lo que me dijo el viejo chichimeca, agrega "después me lo dijo el señor del mismo pueblo, que es persona que sabe mucho de las cosas antiguas y huelga en nos las decir". Por lo demás: "no se acuerdan que hubiera sacrificio entre ellos" (Relación de la genealogía, p. 265. Origen de los Mexicanos, p. 287). ¿Y cuál era este dios que adoraban los teochichimecas? No teniendo sacrificios, ni templos, ni altares, ni ceremonias, ni sacerdotes, debe haber sido un dios invisible a la manera del dios de los quinametin, no la tierra, material, ni la luna, sino el espíritu, el corazón como ellos decían de alguna de las cosas que manifestaran cierto poder extraordinario e incomprehensible en la naturaleza.

*
* *

A muchas tribus del norte las juzgaron ateas los conquistadores misioneros por no haberles encontrado señales exteriores de adoración. Dicen sin embargo que los sinaloas, hacían sus reuniones teniendo en medio una hoguera: que llevaban tizones en sus viajes nocturnos y que los teochichimecas del sur encendían fuego ante las moradas de sus jefes. ¿Las hogueras y tizones de los sinaloas, tenían solamente por objeto el calentarse? ¿Las humaredas en las moradas de los jefes teochichimecas, sólo servían para indicar en dónde estaban? No lo creo, otra era la significación principal que se daba a tales signos.

Los nauas que vivían en Teotlalpan, con usos y costumbres de las tribus cultas, en cuanto a la religión, o nunca habían admitido el politeísmo que vino con la cultura, o a ejemplo de los que se quedaron salvajes en las montañas y barrancas de Meztitlán y eran sus vecinos, se habían conservado monoteístas. Conservaban el nombre primitivo de la tribu y hablaban la misma lengua, pero "no la pronunciaban tan clara como los perfectos mexicanos, y estos nauas también se llamaban chichimecas". En lo que se distinguían de los otros era en que "tenían dios a quien adoraban, invocaban y rogaban pidiendo lo que les convenía y le llamaban Youalliehécatl, que quiere decir noche y aire o apu invisible". (Sahagún III. 122).

De este dios de los nauas nos habla en otro lugar el mismo autor. "Los chichimecas no adoraban a Tlazoltéotl, porque no tenían más de un solo dios llamado Mixcóatl y tenían su imagen o estatua y tenían otro dios invisible sin imagen llamado Youlliehécatl que quiere decir dios invisible e impalpable y favorecedor, amparador y todopoderoso, por cuya virtud todos viven, el cual por solo su saber rige y hace su voluntad en todas las cosas". (Obra cit. vol. II. p. 64). Resulta que los nauas salvajes además del dios invisible tenían otro palpable que era Mixcóatl a quien dejaremos por ahora ocupándonos del invisible, en realidad, como veremos único dios de los teochichimecas o nauas primitivos. Veamos pues quién era.

Los nauas después que recibieron la cultura, así como las otras tribus cultas de México, a semejanza de los griegos, tenían

ceremonias lustrales para purificarse de algunos delitos cometidos. Los griegos usaban como materia para sus purificaciones, el agua, el fuego y la sangre: las mismas usaban nuestros indios, con la diferencia que la sangre con que se purificaban, mientras entre los griegos era generalmente la de cerdos, entre nuestros indios era la que extraían de sus propias venas con punciones de espinas, incisiones y perforaciones de las partes blandas y delgadas de su cuerpo. Las purificaciones de los griegos eran ordinariamente por delitos de sangre, las de los mexicanos por pecados públicos de la carne, que estaban penados con la muerte. Los mayas usaban más frecuentemente para sus purificaciones el agua, los zapotecas la sangre, los nauas el fuego, por lo menos así aparece de la principal ceremonia lustratoria que usaban y que los misioneros, por la semejanza que encontraron con nuestro sacramento de la penitencia, la llamaron la confesión. Sahagún la describe detalladamente como se practicaba entre los mexicanos.

Cuando alguien quería purificarse de sus culpas, recurría al agorero en busca de un día propicio y le decía: "Señor, querríame llegar a dios todopoderoso y que es amparador de todos, el cual se llama Youalliehécatl, esto es, Tezcatlipoca". Se concertaba el día: el que deseaba purificarse llevaba una estera nueva, incienso y leña para el fuego en que tenía que echarse el incienso. Barría el lugar, colocaba la estera, se sentaba en ella el ministro encargado de la ceremonia enfrente del fuego que encendía y echaba el incienso dirigiendo al fuego estas palabras: "Vos, Señor, que sois el padre y la madre de los dioses y sois el más antiguo dios". Después de la invocación continuaba diciendo al fuego que allí estaba aquel penitente, reo de delitos que merecían la muerte, a solicitar el perdón: en seguida exhortaba al penitente a que los confesara y le decía: "desnúdate, echa fuera todas tus vergüenzas en presencia de nuestro señor el cual se llama Youlliehécatl, esto es, Tezcatlipoca. Es cierto que estás delante de él, aunque no eres digno de verle, ni aunque él no te hable, porque es invisible y no palpable". (Sahagún vol. I. lib. I. c. XII).

Este era el dios único de los teochichimecas primitivos, el fuego; pero no el elemento material, sino su espíritu invisible e impalpable, su poder, la fuerza que suponían en él para quemar, iluminar y calentar; el calor que dimanaba de él. Este fuego invisible e impalpable era el más antiguo dios, por que lo habían tenido los nauas antes que el politeísmo se introdujera entre ellos

y por esto era el padre y madre de los dioses, la unidad en la dualidad, de que ya hicimos mención hablando del dios de los quinametin, que se introdujo entre ellos con las ceremonias y los ídolos, y no estaba embebida en la idea que al principio tuvieron los quinametin y nauas; concibiendo a sus dioses uno e indivisible.

Siendo el espíritu del fuego el dios de los teochichimecas, ya podemos comprender porqué los sinaloas que pertenecían a esa familia etnógrafica hacían sus reuniones al derredor de las hogueras y llevaban tizones en sus viajes que los misioneros creían una puerilidad, juzgando que los llevaban para librarse de los rigores del frío mientras era el dios que llevaban consigo para que los protegiera en el camino por la noche: ya podemos comprender también que la hoguera encendida en la morada del jefe no era para que con el humo indicara donde estaba, sino para que el espíritu del fuego lo acompañara. No eran ateos los nauas primitivos, como lo juzgaron los misioneros que no veían altares, ni ritos, ni ceremonias, ni sacerdotes: adoraban a su dios invisible e impalpable encarnado en el fuego de sus hogueras, pasando inadvertido para los predicadores del evangelio, en los mismos hogares de sus casas.

En los Anales de Cuautitlán, aunque con algunas variantes, tenemos referida la supuesta peregrinación que, del mítico Chicomóstoc septentrional, hicieron los teochichimecas al valle de México y trae Muñoz Camargo en su Historia de Tlaxcala para enlazar con esta tribu a los que poblaron el oriente de la cordillera de los Volcanes y llama Sahagún los tlatepuzcas. Al principio de los Anales en un lugar que desgraciadamente está trunco, pero cotejándolo con el paralelo de Muñoz Camargo parece que se trata de la llegada de la tribu, se lee que los teochichimecas tenían que ir a cazar "una águila roja, un tigre rojo, una serpiente roja, unos conejos rojos y un ciervo rojo, y después de haber cazado estos animales míticos y simbólicos tenían que presentarlos al dios del fuego Xiuhteuctli Huehuetéotl". Huehuetéotl, el antiguo dios, era el epíteto con que lo llamaba el sacerdote en la ceremonia de la lustración y al mandárseles a los teochichimecas que ofrecieran al fuego las primicias de la caza en el lugar a donde acaban de llegar es una señal de reconocimiento a la supremacía del dios que tomaba posesión de aquel lugar, mucho más, simbolizando aquellos animales cazados los cuatro puntos cardinales, y si eran

rojos, era porque se relacionaban con el fuego cuyo color simbólico era el rojo.

Tan grabado tenían los nauas el recuerdo de su antiguo dios que sólo el cristianismo se los hizo dejar, y aún hoy día tienen ellos alguna supersticiones que se ligan con el primitivo culto. Del fuego cantaban en un himno los mexicanos, que era "in teteo inan, in teteo inta" la madre y el padre de los dioses "in tlalxicco onoc" que vive en el ombligo de la tierra. He aquí la dualidad generadora aplicada al fuego con relación a los dioses. En la plegaria que le hacían los mercaderes le decían. "Siéntate aún en tu trono, noble señor, tú que tienes tu asiento en el centro de la tierra" (Véase Sahagún en el lib. IV y IX c. III y en el VI cap. XVII ap. Seler Cod. Vat. 110. III).

Con este espíritu invisible e impalpable del fuego, dios único de los primitivos teochichimecas, identificaron los nauas cultos a Tezcatlipoca, lo leímos en el testimonio al principio copiado de Sahagún que se refiere a las lustraciones, y Tezcatlipoca fué según la leyenda de Tlotli, el primer ídolo que tuvieron, encontrado por uno de sus hijos y llevado a Texcoco. Cuando el cronista citado nos lo da a conocer dice de él que "el dios llamado Tezcatlipoca, era tenido por verdadero dios e invisible, el cual andaba en todo lugar en el cielo, en la tierra y en el infierno". (Ob. cit. vol. I. p. 2).

Había dos Tezcatlipocas, el rojo Tlatlauqui-Tezcatlipoca y el negro Yayauqui-Tezcatlipoca. El que de los dos se identificó con Youalliehécatl fué el negro, dios nocturno, que es a quien mejor corresponde la apelación de noche y viento. Yayauqui-Tezcatlipoca, entre los cuatro dioses principales, fué según el autor de la Historia de los Mexicanos, "el mayor y peor y el que más mandó" (Ob. cit. pág. 228) También se llamaba Titlacaoan, tenido por el dios de los dioses, "era creador del cielo y de la tierra y era todopoderoso, el cual daba a los vivos todo cuanto menester de comer, beber y riquezas: y el dicho Titlacaoan *era invisible y como oscuridad y aire* y cuando aparecía y hablaba a algún hombre era como sombra y sabía los secretos que tenían en los corazones". (Ob. cit. vol. I págs. 55, 100, 241). Bastan las palabras subrayadas *era invisible* y *como oscuridad* y *aire,* para que desde luego comprendamos que Titlacaoan era el nombre que se daba a Tezcatlipoca identificado con Youalliehécatl. Tezcatlipoca o Titlacaoan

fué entonces la manifestación idolátrica del dios de los nauas, el espíritu del fuego.

*

* *

Desde el espíritu del fuego hemos venido conduciendo al dios único de los teochichimecas primitivos hasta convertirlo en Titlacaoan, una de las fases que tenía en la mitología de los ya politeístas nauas posteriores, su principal dios Tezcatlipoca. Sigámoslo en las otras que esto nos llevará al conocimiento de cuanto es posible saber con certidumbre y sin hipótesis arriesgadas del estado salvaje de los nauas.

Tenemos que recordar ante todo que todas las ramas de esta familia más o menos tenían sus hechiceros y los mismos teochichimecas del sur no estaban limpios de la fama de brujos. "Eran ansí mismo estos chichimecas grandes hechiceros y nigrománticos, que usaban el arte mágico con que se hacían temer, y ansí eran temidos, por cuya causa no los osaban enojar las gentes vecinas y comarcanas". (Muñoz Camargo Hist. de Tlax. ps. 31, 32).

En los mitos que muchos han creído mezclados con acontecimientos históricos que se relacionan con la destrucción de Tula, Titlacaoan tiene el papel de un hechicero que toma diversas apariencias para hacer mal a los tultecas y engañarlos con perjuicio de Quetzalcóatl. Ya es un viejo cano; ya un indio toueyo o huaxteca; ya un capitán esforzado; ya un formidable gigante que hacía bailar a un mozuelo sobre la palma de la mano. (Sahagún vol. I. p. 245 y sig). No rehusa las apariencias de animales: "Dicen también que Tezcatlipoca se les aparecía en figura de un mono que habla por las espaldas: otras veces en figura de ave que bate las alas haciendo gran ruido". (Thévet ob. cit. p. 33).

Su favorita metamórfosis era la de todos los hechiceros nauas, el océlotl o tigre. Cayó al agua "y allí se hizo tigre y salió a matar a los gigantes". (Hist. de los Mex. p. 233). Jugando a la pelota con Quetzalcóatl en Tula "se volvió tigre, de que la gente que estaba mirando se espantó en tanta manera, que dieron todos a huír y con el tropel que llevaban y ciegos del espanto concebido cayeron y se despeñaron por la barranca del río que

por ahí pasa y se ahogaron". (Mendieta p. 82). Como un grandísimo hechicero no podían menos los indios, de reconocerlo sobre todo en su forma de océlotl, la más común de sus transformaciones, y en tal forma lo vemos pintado en el códice Vaticano B. como una divinidad nocturna.

En tal librea de tigre del dios hechicero el paso a las cuevas, morada del océlotl, era muy fácil y en ellas cambiarse en el dios de las cuevas y las alturas de los quinametin identificándose con él.

Cuando tratamos de ese dios, para no embrollar las cosas reservamos para este lugar el decir, que el Ostotéotl que conocimos en el capítulo anterior; el corazón del pueblo de los mixtecas y el corazón del reino de los zapotecas, tiene una conexión muy íntima con Tepeyolotli, dios de las cuevas corazón de la montaña quizá un reflejo del dios de los quinametin que sólo tenían cabida entre los nauas en su libro de oróscopos y adivinaciones que llamaban el libro o papel de los días, tonalámatl, nombre que me trae a la memoria la segunda parte del "Erga kai hemerai" de Hesíodo.

Eran 260 los días comprendidos en este cómputo cabalístico, divididos ordinariamente en veinte grupos de trece días, llamados trecenas o más impropiamente semanas. A cada trecena estaba asignada una o dos divinidades como patrona que dominaba en ella, y cada día contaba con una divinidad y un signo que le eran propios. Nueve númenes especiales tenían los nauas que se iban turnando por todos los días del año, y ya uno ya otro acompañaban los signos de los días: y como eran todas nocturnas divinidades, los llamaban señores de la noche. A ellos también estaba encomendado el régimen de las trecenas. Era uno de ellos Tepeyolotli, el corazón de la montaña, a quien estaba encomendada la trecena tercera. En una de las láminas del códice Vaticano B y del códice Borgia en que está representado Tepeyolotli, tiene no sólo la figura del océlotl que aunque no sea el único es el más común de los aspectos que le dan. A la figura van añadidas las insignias con que se adoraban las estatuas y pinturas de Tezcatlipoca, representación que patentiza como se identifican el dios de las cuevas corazón de la montaña, el tigre Tepeyolotli, con el hechicero que toma la forma de ese animal y se vuelve el tigre Tezcatlipoca. Otro dibujo de Tepeyolotli, el que domina en la tercera trecena y va con las señales características de Tezcatlipoca, inclusive el muñón descarnado en vez de uno de los pies, se ve en el

códice Vaticano A y en el Telleriano Remense, lo que no deja duda de la identificación del dios.

Comprendemos que dos tigres se identifiquen fácilmente; comprendemos que Tezcatlipoca como hechicero se representara con la forma ordinaria de tigre que decían tomar los hechiceros, y no vemos fuera de razón que el dios de las cuevas llevara la forma del tigre. ¿Mas porqué Tezcatlipoca que llevaba ya la representación de Youalliehécatl siendo el tigre hechicero, asumió los atributos del dios de las cuevas y el corazón de las montañas? Lo vamos a explicar.

Soñó Tezozómoc, señor tepaneca, vencedor de los acoluas, dice Ixtlilxóchitl, que Netzahualcóyotl el señor vencido de Texcoco se transformó primero en una águila que le devoraba el corazón y después "en tigre que con sus uñas y dientes le despedazaba los pies, se metía dentro de las aguas y lo mismo hacía dentro de las montañas y sierras convirtiéndose en corazón de ellas" (Obras Hist. II. P. 105). Tezozómoc con los pies despedazados no se podía mover y el tigre, forma del hechicero Tezcatlipoca, dios tutelar de los acoluas, en persona de su soberano Netzahualcóyotl que tenía fama de ser un grande hechicero dominaría los pueblos tepanecas de la orilla del agua, y los otomites de las sierras sujetos a ellos, identificándose con Tepeyolotli para ser él únicamente el corazón de las montañas. El sueño de Tezozómoc se verificó y Tepeyolotli sin culto, sin fiestas, sin altares ni sacrificios se quedó entre los nauas dominando únicamente los agüeros y cábalas de la tercera trecena: ¡quedó suplantado por Tezcatlipoca!

Era el tigre la figura animada del corazón de la tierra, que como a rey de los animales le correspondía: era la figura de la misma tierra, cuya animación se manifestaba, dice el P. Ríos, con el retumbo de su voz cuando ruge en las barrancas; el eco de las montañas: y el nombre de Tepeyolotli se daba a la tierra porque el océlotl es el más feroz de todos los animales salvajes, y el eco de las montañas fué un recuerdo que quedó del diluvio o sea de la emersión de las tierras inundadas. (Iter. del Cod. Tel. Rem.) Esta era la razón porqué el tigre era el representante del Corazón de la tierra, del dios de las cavernas y las alturas, que identificado con Tezcatlipoca, perdió casi enteramente en el terreno dominado por los nauas, el primitivo significado que tuvo entre los quinametin, cuando fué su única divinidad. Las más simples y sencillas creencias de los pueblos primitivos se fueron uniendo y enlazando

hasta formar con la idolatría un complicado laberinto, difícil de recorrer para llegar a encontrar y deslindar los elementos que formaron la religión de los indios encontrados por los europeos al tomar posesión de nuestro territorio. El dios de los nauas cuando llegaron incultos a México era la fuerza, la vitalidad, el espíritu que suponían en el fuego.

*
* *

Decía Sahagún que los chichimecas, o sea los nauas en su estado nómada y salvaje, no solamente adoraban a Youalliehécatl, sino también a Mixcóatl, y ahora tenemos que ver quién fué en los tiempos primitivos este dios, que en los posteriores se adoraba en estatuas y figuras, mientras Youalliehécatl permaneció constantemente invisible e impalpable. Camáxtli es la forma y el nombre tlaxcalteca de Mixcóatl; lo admite Muñoz Camargo y lo que es más, se deja comprender por la identidad de las fiestas, ritos y ceremonias con que ambas divinidades se veneraban al oriente y al poniente de la cordillera de los Volcanes. En los mitos y en las leyendas se usan promiscuamente ambos nombres, y para mayor brevedad y claridad usaré yo siempre únicamente el de Mixcóatl, cuando no tenga que citar al pie de la letra algún testimonio en que use el autor el de Camáxtli.

Sahagún en un pasaje y varias veces Torquemada, Clavijero y otros escritores posteriores a Torquemada, dicen que Mixcóatl era dios de los otomites. Sahagún no solamente en el testimonio aducido antes lo asocia con Youalliehécatl el dios de los nauas, como dios de los chichimecas, sino lo vuelve a decir en otra parte; por lo que creo que si una vez dijo de él que era dios de los otomites, se debe no a otra cosa sino a la ambigüedad de las expresiones otomite y chichimeca. Otomite y chichiqueca eran nombres considerados como apelativos comunes que traducían serrano los españoles, no como nombres propios de tribus; por eso el autor anónimo del manuscrito que tradujo Thévet llama a Netzahualcóyotl tlatoani de Texcoco y a todos los otros señores acoluas que eran nauas y usaban la lengua nàuatl, constantemente reyes de los otomites y otomites nombra siempre a los acoluas que otros autores llaman en sus principios chichimecas.

En el pasaje en donde Sahagún llama a Mixcóatl dios otomite, se trata nada menos que de la fiesta que los mexicanos y tlaxcaltecas le celebraban, y si Mixcóatl hubiera sido un dios otomite y no naua, no lo hubieran escogido los tlaxcaltecas como su patrón principal con el nombre de Camáxtli. Además habla Sahagún exclusivamente de los otomites, a quienes dedica los párrafos IV y V del capítulo XIX de su libro X, y aunque nombra a los dioses que adoraban, entre esos nombres no está comprendido el de Mixcóatl. El P. Mendieta hace desaparecer toda duda cuando dice de Tezcatlipoca, Huitzilopochtli y Camáxtli que "fueron grandes y esforzados capitanes, y tan valerosos que señorearon por grado o por fuerza aquellas provincias de México, Texcoco y Tlaxcala cuyos naturales habitadores eran entonces los otomites" (Hist. Ecl. Ind. p. 91), y Camáxtli o Mixcóatl no había de favorecer a los contrarios contra sus propios adoradores. Con esto cae por tierra la autoridad de Torquemada y Clavijero con tanta mayor razón, que la opinión precisa de Mendieta va más de acuerdo con los mitos y las leyendas que se refieren a los tiempos primitivos de los nauas teochichimecas.

Dejamos previamente demostrado que los teochichimecas tenían un dios que era el espíritu del fuego y lo representaba Youalliehécatl: también tenían hechiceros y los representaba en conjunto Tezcatlipoca, que llegó a identificarse con el dios. Pero tenían además un jefe, y ahora tendremos que ver si ese Mixcóatl que adoraban juntamente con Youalliehécatl, no era sino la personificación del jefe, de la cabeza de la tribu, del origen de la misma tribu. En cuanto a esto último nada tendremos que añadir a lo ya dicho. La leyenda de Iztac-Mixcóatl y Chicomóstoc en combinación con la de Tlotli lo deja suficientemente probado, y como jefe nato y caudillo primitivo de los teochichimecas, las leyendas lo hacen vencer a los otomites y ser vencido por los pueblos comarcanos del Valle de México. (Hist. de los Mex. p. 237).

En los Anales de Cuautitlán se ve a Mixcóatl conduciendo a los chichimecas; él ordena que se establezcan y con su consejo se les señalan a unos las alturas, a otros los llanos, para que formen sus establecimientos. Como jefe de una tribu de cazadores guerreros, al ser venerado como dios en las fiestas que le celebraban, a la guerra y las cacerías tenían que señalarles un lugar preferente, y lo tenían. Pero era el espíritu del fuego el dios de la tribu, y el jefe tenía que estar en conexión íntima con él. El

dios era invisible e impalpable y de alguna manera tenía que comunicar sus órdenes al jefe mismo, y eran los hechiceros los conductos que usaba el dios para manifestar su voluntad; de manera que si el jefe tenía que estar en conexión con el dios, tenía que estarlo con los hechiceros también. En la extracción del fuego nuevo era en lo que entre los nauas se debió haber manifestado principalmente la conexión del jefe con el dios. A falta de sacerdotes los jefes teochichimecas eran los que sacaban el fuego nuevo.

Las hogueras que usaban los sinaloas para celebrar al derredor de ellas sus reuniones nos suministran una presunción que indica lo que pensamos. La función más solemne en la tribu, no podemos concebir que se llevara a cabo al derredor de una hoguera sin haberse solemnemente encendido y sin que el jefe, que era el único que tenía el derecho de convocar a reunión, no hubiera procurado con sus propias manos que el espíritu del fuego se apoderara de la leña para brillar en medio de los que se congregaban e inspirar sus discursos. La presunción de la hoguera de los sinaloas pasa a ser un argumento cuando veo en la leyenda que Mixcóatl personalmente enciende las hogueras con que festejaba a los dioses.

En las solemnidades que en honor del dios del fuego celebraban en México, siempre sacaban fuego nuevo, y en las fiestas de Mixcóatl y de Camaxtli se sacaba fuego nuevo también. Habla el P. Durán de unas reliquias del dios tlaxcalteca que se conservaban en el templo suntuoso que le habían edificado en Tlaxcala y como la principal, enumera los palillos que servían a Camáxtli para excitar el fuego. Fué por consiguiente el jefe de la tribu quien tuvo a su cargo el fuego nuevo.

En esta atribución de la autoridad suprema de los teochichimecas considerada como de capital importancia religiosa para los adoradores del fuego, Mixcóatl se identifica con Tezcatlipoca, el jefe militar con el hechicero. "En el segundo año después del diluvio, que era ácatl, Tezcatlipoca dejó el nombre, y se lo mudó en Mixcóatl, que quiere decir culebra de nube, y así los que por este nombre lo tenían por dios le pintaban como culebra, y quiso hacer en este año fiesta a los dioses, y para eso sacó lumbre de los palos que lo acostumbran sacar, y fué el principio de sacar fuego de los pedernales que son unos palos que tienen corazón, y sacado el fuego fué la fiesta" (Hist. de los Mex. p. 234). Quedan

ligados jefe y hechicero, Mixcóatl y Tezcatlipoca y el eslabón que los liga es el fuego, dios único de los chichimecas, y la unión tiene lugar para sacar el fuego nuevo con que encender las hogueras para honrar a los dioses. ¿Es una historia o es una leyenda? Si una leyenda ¿cuál fué su histórico fundamento? Esto es lo que ahora averiguaremos.

*
* *

Intencional o casualmente, el autor que acabamos de citar usa unas expresiones que son un rayo de luz en el asunto que vamos tratando. Dice que el sacar lumbre de los palos fué el principio de sacarla de los pedernales. ¿De dónde la comenzaron a sacar los nauas, de los palos o de los pedernales? Cuando los españoles llegaron a México, en ninguna parte de nuestro territorio usaban los indios pedernales para sacar lumbre; todos usaban dos palillos que los mexicanos llamaban mamaloaxtli y los vemos pintados en los antiguos códices y se introdujeron en las leyendas y en el simbolismo ritual; de manera que podemos colegir que el uso que hacían de ellos tenía ya muchos años de existencia y las tradiciones mismas atribuían su invención a los salvajes. Lo que parece raro es que no hubieran atribuido los aculuas, la invención a ellos mismos, como descaradamente lo hicieron los mexicanos. "En la provincia de Texcoco", dice Thévet, "señoreaban los otomites". Léase teochichimecas nauas. "Cerca de ellos vivían los popolocas". Ya nos ocuparemos de ellos y diremos quiénes eran. Fueron ellos, continúa el autor, "los primeros que encontraron el fuego. Era gente ociosa que no se preocupaba de nada, y tomando uno de ellos un palo agudo, lo colocó sobre una plancha de madera seca y comenzó a remolinearlo sobre ella, hasta que a tanto darle vueltas, con la gran fuerza, salieron algunas chispas que al fin encendieron el palo". Los texcocanos declararon la guerra a los popolocas por causa de la invención, envidiosos porque no la hicieron ellos (Thévet, o. c. p. 12).

La leyenda en sí misma no contiene nada de extraordinario; pudo muy bien haber sucedido que un cazador salvaje ocioso y desocupado hubiera visto por casualidad que el frotamiento rá-

pido de dos cuerpos inflamables produce el suficiente calor para incendiar la madera. Lo que me parece increíble es que los aculuas hubieran atribuído la invención a otros, si en realidad otros no hubieran sido los inventores.

Cuando los nauas, aunque envidiosos de que otros lo hubieran discurrido, atribuyen la invención de los palillos a una raza enteramente distinta, debemos creer que ellos no acostumbraban al principio un modo tal de hacer fuego. ¿Entonces no lo sacaban cuando llegaron a México? Esto tampoco es creíble: usaban espejos de piedra con una superficie pulida y reluciente: claro está que ya pertenecían a una raza que sabía pulimentar las piedras, y es natural que hubieran ya tenido el uso del fuego. ¿Y no hemos probado que era su dios el espíritu de este elemento? No podrían haberlo adorado como un dios tutelar, si no lo hubieran tenido a su alcance palpando sus efectos con los sentidos. Entonces el medio de que se valían para sacar lumbre en aquella época, no siendo los palillos, tenía que ser los pedernales, y muy probablemente, éste fué el más antiguo modo de sacarlo, conocido hasta por los hombres paleolíticos, que al golpear una piedra contra otra para fabricar sus toscos instrumentos de sílice con otro mineral más duro, deben haber visto cómo alguna chispa que se desprendía si acertaba a caer sobre el musgo, algún hongo seco, un pedazo de suave corteza, o cualquiera otra materia fácilmente inflamable, prendía y se formaba una llama de fuego. El mito del pedernal que al caer produjo 1600 dioses, tiene por fundamento las chispas que despide cuando se hiere con otra roca más resistente.

El segundo año después del diluvio, que fué cuando Tezcatlipoca cambió su nombre por el de Mixcóatl, fué cuando se encendieron las hogueras para celebrar a los dioses; y en ese mismo año la diosa que dió a luz el pedernal, que se hizo 1600 o sea 4x400 fragmentos, juntamente con su esposo "hicieron las estrellas" (Thévet, o. c. p. 25). El número 400 indica en nauatl una infinidad y multiplicado por cuatro quiere decir que esa infinidad estaba repartida por los cuatro puntos cardinales. De modo que los 1600 fragmentos o chispas que resultaron del pedernal no fueron sino las innumerables estrellas que brillan en el firmamento comparadas a la infinidad de chispas que brotan del herido pedernal.

De la combinación de todas estas fábulas, leyendas y tradiciones de los indios deduzco, ciñéndome al asunto que voy tratando, que los nauas primitivos no usaban cuando llegaron a Mexico el mamaloaxtli para sacar lumbre, sino dos rocas y voy a procurar demostrar que Mixcóatl y Tezcatlipoca no fueron en sus principios sino esas dos rocas, no dos dioses, sino dos fetiches en relación con el espíritu del fuego que adoraba la tribu y en conexión con los jefes y hechiceros que la condujeron; los fetiches se volvieron dioses cuando se introdujo entre los nauas la idolatría.

*

* *

La fiesta de Mixcóatl se hacía en la veintena, impropiamente llamada mes, que tenía el nombre de Quecholli, y era la décima cuarta de las dieciocho en que dividían los nauas el año compuesto por esto de 360 días útiles y 5 complementarios que llamaban inútiles. Para solemnizarla se procuraban en México dos esclavos o cautivos, un hombre y una mujer que representaran a Mixcóatl y Coatlicue, Chimalma o Ilamcuéitl su mujer, y ambos morían sacrificados en el lugar que en el templo mayor estaba destinado al dios y "era un bosquecillo cercado con cuatro paredes, como un corral en el cual estaban riscos hechos a mano". Este lugar se llamaba Teotlalpan, tierra fragosa según unos, valle o desierto de tierra llana y larga, según Molina, pero más ajustado a la etimología de las palabras, tierra divina, traducen otros, o tierra de los dioses (Sahagún, o. c. v. I. p. 200).

Una fiesta igual celebraban a Camáxtli los tlaxcaltecas en la misma veintena. Un anciano sacerdote representaba allí la persona del dios, después de haber ayunado a pan y agua ochenta días, sin comer más de una vez cada veinticuatro horas. Las víctimas sacrificadas en honor del dios eran también dos, un hombre y una mujer: al primero daban el nombre de Mixcoatontli, y la segunda llevaba el de Yoztlamiyáuatl. A ésta sacrificaban brutalmente azotándola cuatro veces contra "una peña grande que había en el templo, la cual tenía por nombre Teocómitl, olla divina, y antes que acabase de morir, así aturdida de los golpes, cor-

tábanle la garganta como quien degüella un carnero, y escurríale la sangre sobre la mesma peña: acabada de morir, cortábanle la cabeza y llevábanla a Mixcoatontli". La cogía de los cabellos y, enseñándola a todos acompañado por unos que hacían las veces de los hombres que creó Mixcóatl y llamaban Mimixcoas, daba con ella cuatro vueltas al derredor del templo en la actitud que, en los vasos pintados de los antiguos griegos, vemos a Perseo con la cabeza de Medusa chorreando sangre. (Durán, o. c. v. II. p. 131). A Mixcoatontli lo sacrificaban también pero del modo ordinario. No dice Sahagún que el modo de sacrificar a la mujer en México fuera el que usaban los tlaxcaltecas sino el común, pero en otra fiesta en que se veneraba al mismo dios se degollaba la víctima que era una mujer, y su cabeza se llevaba en triunfo como en la fiesta de Tlaxcala.

En la XVII veintena hacían en Tlaxcala otra fiesta a Camáxtli. Llamábase Tititl y para representarla, dice Durán, "ponían o imaginaban en el cielo dos niños estirándose el uno al otro al mismo modo que nosotros pintamos el signo de géminis" (vol. II. p. 180 y 181). En esa misma veintena celebraban en México a la diosa Ilamatecutli, como diosa tierra identificada con Xochiquetzalli y para el día de la fiesta se formaba un corro de sacerdotes vestidos y enmascarados con la librea de los dioses. El que llevaba la de la diosa, que sacrificaban en la persona de una mujer después que la degollaban, tomaba la cabeza por los cabellos y blandiéndola en el aire "iban bailando con los demás y levantaba y bajaba la cabeza de la muerta a propósito del baile y guiaba a todos los demás dioses y personajes de los númenes: así iba bailando al derredor por lo alto del cu" (Sahagún, I. pgs. 180 y 181).

El intérprete del códice Telleriano Remense dice que en la veintena llamada Tititl, se hace una fiesta a Mixcóatl y las tejedoras celebraban a Ichpuchtli, la virgen Xochiquetzalli. De esto aparece que los niños, comparados por Durán a los gemelos de la constelación de géminis con que se simbolizaba la fiesta Tititl, eran probablemente Mixcóatl y Xochiquetzalli o Mixcoatontli que significa el pequeño Mixcóatl y su compañera Yoztlamiyáuatl de la fiesta celebrada en la decena Quecholli. Si en ella no degollaban los mexicanos a la mujer lo hacían en vez a la que era su representación en la fiesta de Tititl.

La compañera de Mixcoatontli en la fiesta de Tlaxcala llevaba el nombre ritual de Yoztlaniyáuatl, que opinan pudiera ser

lo mismo que Yotztlemiyáuatl o una corrupción o mala ortografía de esta palabra que significa llama de la que está en estado interesante, o llama que está en cinta. Significación que dice el señor Del Paso y Troncoso "no choca, ni con las funciones de coadjutor del dios del fuego reconocidas entre los arreos con que vestían a Mixcóatl, ni con el nombre que daban al monte donde hacían la batida de caza en México, pues le decían Ixillan-Tonan, el vientre de nuestra madre" (Códice Borbónico).

En ambas regiones, México y Tlaxcala, antes del sacrificio de las víctimas que representaban a las divinidades, hacían una solemnísima cacería. En México, el lugar escogido era el cerro de Zacatepec, que estaba cuatro leguas al sur, más allá de Tacubaya, donde comienzan los contrafuertes de la cordillera del Ajusco, y lo tenían en gran veneración los antiguos dando a ese cerro, como dijimos, el nombre de Ixillan-Tonan o Ixtlantonan, y los mexicanos "dicen que es su madre aquel monte". En la cumbre construían una enramada para Mixcóatl en donde le sacrificaban todos los animales que tomaban vivos. Sacaban fuego nuevo, asaban con él la caza y alegremente se la comían en la montaña (Sahagún, vol. I. pgs. 70 y 64). Escribe el P. Pérez de Rivas que los tobosos, tribu de Nuevo León y Coahuila, que se cree de origen naua, suspendían en sus cabañas las cabezas de todos los venados que cazaban; los coras y huicholes de la misma estirpe, las guardaban en sus cuevas y reductos sagrados. Esta costumbre observaban los mexicanos en la fiesta: cada quien se llevaba las cabezas de los animales que había cazado y las colocaba en el patio de su casa como trofeo de sus hazañas cinegéticas o como un fetiche que los hiciera afortunados en la caza.

Los tlaxcaltecas hacían su cacería en otra montaña también de mucha veneración para ellos, llamada Matlalcuéitl, del nombre de una diosa de quien dice Muñoz Camargo que sustituyó a Xochiquetzalli después que Tezcatlipoca la hurtó, (Hist. de Tlax. p. 155) y decían que la montaña era la misma diosa. A ese lugar llevaban solamente al viejo sacerdote que representaba al dios, lo colocaban en una muy bien adornada enramada que preparaban en la cumbre, y ante él se hacía el sacrificio de los animales de la misma manera que solían hacer el de los hombres; bajaban del monte, tendían yerbas en una encrucijada "y los sacerdotes encendían lumbre nueva, bendiciéndola con ciertas ceremonias y hacían grandes lumbradas y asaban toda aquella caza y comían-

la con grande devoción y contento" (Durán, o. c. vol. II. p. 129).

En el culto naua, Mixcóatl es el único dios en cuya fiesta estuviera, juntamente con él, también representada su mujer, y la ceremonia tlaxcalteca de azotarla a la peña, típica de los adoratorios de este dios, nos sugiere la idea de que no sólo Mixcóatl sino también su mujer estaban comprendidos en el significado ritual del Teocómitl, así como también en la montaña en donde tenía lugar la cacería, se excitaba el fuego nuevo, se asaban los animales cogidos y se encendían hogueras y grandes luminarias. Los salvajes ignoraron a punto fijo de cuál de las dos rocas que se hacían chocar para producir el fuego, procedían las chispas que encendían la llama y las atribuían a cualquiera de las dos. Yoztlamiyáuatl, la llama en cinta, o la llama que está para nacer, es evidentemente el emblema de la roca que produce la chispa; el teocómitl donde se azotaba cuatro veces, tenía que ser el de la otra piedra que choca para producir el fuego.

Mixcóatl y su mujer eran los primeros progenitores de la tribu. Así en Tlaxcala se llamaba a la compañera del pequeño Mixcóatl, llama que está para nacer o llama en cinta y en México al cerro, vientre de nuestra madre. Yoztlamiyáuatl estaba por esto tan estrechamente ligada con la peña donde era decapitada y se bañaba con su sangre, lo mismo que la mujer de Mixcóatl estaba unida con el cerro de Zacatepec. ¿Porqué a la compañera de Mixcoatontli llamaban llama en cinta o llama que tiene que nacer? Precisamente por su relación con la peña, con el pedernal que despide chispas donde nacen las llamas y estas chispas son el calor que da vida al sér que nace, por lo que llamaban los mexicanos a su cerro vientre de nuestra madre y de aquí también el fuego nuevo que se sacaba en el cerro o en el lugar donde se cruzan los caminos y las grandes hogueras y luminarias que se hacían para celebrar una fiesta cuyo punto objetivo no era el fuego simplemente considerado, sino el fuego que fertiliza, fecunda y vivifica. Este fuego era el prototipo de Mixcóatl y su mujer, padres del género humano y su fecunda paternidad era simbolizada por el choque de las piedras que producen chispas y representada en las fiestas del dios.

No sólo la mujer de Mixcóatl y su representante tlaxcalteca debían estar ligadas con las montañas y las rocas como lo vemos por el ritual; en los mitos encontramos que con ellas también es-

taba vinculado Mixcóatl. Habiendo creado este dios cuatro hijos y una hija en el octavo cielo, tuvo necesidad de hacer una peña para que pudieran bajar de allá y matar a los cuatrocientos chichimecas que había sacado dando un golpe con su vara o dardo a la misma peña, y así dieran de comer al sol. Peña simbólica de la madre de los primeros hombres, y entonces fué cuando murió Xochiquetzalli, que fué la primera mujer, y "murió en la guerra y fué la más esforzada de cuantos murieron en ella". Veremos que la guerra era considerada como necesaria para la fertilidad de la tierra y la fecundidad en general, lo mismo que la muerte y el sepelio. ¿No veían los salvajes que de los frutos podridos y enterrados brotaban lozanos renuevos, de las larvas que se metían bajo la tierra nacían bulliciosos insectos? Esta es la razón por qué la primera progenitora de la tribu es guerreadora y muere, su prosapia tiene que ser abundante y nacer como los insectos que brotan de la tierra, donde se enterraron las larvas que los produjeron.

De los hombres que salieron de la roca sólo quedaron tres: Xiúhnil, Mímich y Mixcóatl "el dios que los había fecho, el cual se hizo chichimeca". Después de esto cayó del cielo un venado con dos cabezas, que era Quilaztli, dios de los xochimilcas y con este venado venció Mixcóatl en los encuentros con el enemigo, hasta que encontró a una descendiente de Tezcatlipoca; entonces perdió el venado, pero tuvo en vez a Quetzalcóatl que le nació de aquella mujer (Hist. de los Mex. pgs. 235-239). He aquí a Mixcóatl ligado con la peña de donde procedieron los primeros hombres y por ende bajaron del cielo sus hijos para sacrificarlos, muriendo también en la guerra la primera mujer. La difusión de sangre humana era necesaria para la fecundidad como la muerte. Las mismas ideas simbolizadas en el mito anterior girando al derredor del símbolo de la piedra productora de la llama cuyo tipo era la paternidad de Mixcóatl que la hiere con su dardo. Ya consideraremos la caída del venado de dos cabezas.

En otro mito conservado por Thévet, Mixcóatl tomó por mujer a Chimalma y de ella tuvo algunos hijos, cinco dice Mendieta, y cuando el último vió la luz murió la madre. Este último fué el predilecto y en cambio de la predilección sufrió la odiosidad de sus hermanos: para matarlo lo subieron a una peña llamada Tlachinoltépetl, monte donde se hace quemar, y quisieron acabar con él por medio del fuego, pero se salvó metiéndose en un agu-

jero de la misma peña: cuando salió de él mató un venado y se lo llevó a su padre. Viendo sus hermanos que no conseguían sus perversos designios, y altamente irritados con su padre, lo mataron y enterraron en un peñasco, pretendiendo hacer creer al hermano que Mixcóatl se había vuelto piedra, y que en aquel peñasco debían ofrecerle como sacrificio, leones, tigres, venados y toda clase de animales.

Aquí parece Mixcóatl no sólo íntimamente ligado con la peña sino en ella enterrado por sus hijos que lo matan siendo flechado después por el menor de ellos desde la misma peña en que pretendieron haberse convertido Mixcóatl. No falta el venado que caza el hijo menor de Mixcóatl y lleva a su padre después que se escapó de la muerte en el hueco de la peña donde queman. La caza del venado ¿no sería un eufemismo del venado de dos cabezas que cayó del cielo y fué entregado al dios?

Con mayor precisión encontramos enumerados los animales que debía sacrificar a su padre el hijo menor de Mixcóatl en los Anales de Cuautitlan, en donde se nos dice que eran águilas, tigres, culebras, conejos y venados, los que debían los chichimecas sacrificar al fuego. Los colores de estos animales indicados en otro lugar del texto, nos enseñan haber sido representación de los cuatro puntos cardinales, más el centro que estaba representado por el venado, y como el centro era el trono del fuego, el venado tenía que ser un símbolo del fuego, del sol o del ardor, y en efecto tenemos el dios Xochipilli encargado del hogar doméstico y de carácter solar representado por un ciervo. De aquí que el hijo predilecto de Mixcóatl, al salir de la peña donde se hace quemar y donde lo quisieron quemar sus hermanos, hubiera matado un venado para llevarlo a su padre.

En vez de adorar y hacer sacrificios a su padre que decían sus hermanos habíase convertido en piedra, lo que hizo él fué matarlos a todos subido en un árbol o desde la misma peña en donde lo habían enterrado. La intervención de Quetzalcóatl en este mito lo hace complicado y complexo; dejemos por ahora lo que se refiere a él considerando solamente las relaciones que tiene con Mixcóatl. El único autor en que he visto esta leyenda no dice el nombre de la peña donde los hijos parricidas enterraron a su padre, pero muy bien le queda el de Tepenénec, el cerro del lugar por donde se produce la fecundidad, por donde vienen al

mundo los que nacen, el cerro del ídolo o de la muñeca, nombre que encuentro en análogas leyendas y cuya relación con Mixcóatl no es preciso explicar considerando que el simbolismo de las dos piedras que se chocan para producir el fuego es el mismo aquí con la sola diferencia que en esta leyenda tenemos invertidas las relaciones encontradas entre Yoztlamiyáuatl y el Teocómitl. Aquí Mixcóatl que muere y es enterrado en la piedra, es el elemento activo, la piedra que produce las chispas; lo que fué Teocómitl respecto de Yoztlamiyáuatl, mientras que Tepenénec es el elemento pasivo, la peña o el cerro que producen las chispas o por donde salen. Es tan íntima la unión de Mixcóatl con la peña, que en ella se convierte y entonces Tepenénec se interpreta en vez del significado anterior, el cerro del ídolo o la muñeca (Thévet. Histoire du Mexique, p. 34 y sig.)

Entre los mitos adaptados a su dios por los aztecas no faltan los que se relacionan con Mixcóatl. Sahagún ha dicho: "El orden y costumbre que tenían los mexicanos para servir y honrar al dicho Vitzilopochtli, tomáronlo del que solía usar y hacer en aquella dicha sierra que se nombra Coatepec", (I. 237) es decir en Tula y por consiguiente tomaron esos tipos y, también, añadiremos, las fábulas de los nauas establecidos allí. Piensa lo mismo el Prof. Beyer cuando dice en las pinturas de la peregrinación azteca que "no se pueden utilizar como documentos históricos" porque son "tradiciones de un período mítico, historia ficticia" (Memor. de la S. C. A. Alzate, vol. XXXVIII. p. 300).

Cuando los Tzentzonhuitznáuac, quisieron matar a Coatlicue, mujer de Mixcóatl y madre que adaptaron a Huitzilopochtli, iban capitaneados por Coyolxauqui, la cual murió incendiada por la serpiente de fuego Xiuhcóatl, y su cabeza fué conservada allí. Los Tzentzonhuitznáuac fueron los cuatrocientos chichimecas de Mixcóatl y Coyolxauqui; Xochiquetzalli, la primera mujer que murió en la guerra, Yoztlamiyáuatl con cuya cabeza daban los tlaxcaltecas cuatro vueltas al derredor del Teocómitl como las dieron al derredor de Coatepec los Tzentzonhuitznáuac, quedándose en el cerro la cabeza de Coyolxauqui. El cerro de Coatepec es mitológicamente lo mismo que el Teocómitl, la peña sagrada de Mixcóatl, y el símbolo del dios; Coatepec significa el cerro de la culebra y este reptil simbolizaba doblemente a la tierra y al fuego y era emblema del elemento activo de la fecundidad.

Los mitos referidos fueron el canevá que sirvió a los que primero bordaron la peregrinación de los teochichimecas que nos conservaron los Anales de Cuautitlán y Muñoz Camargo, y algunos de los episodios de la de los mexicanos que se encuentran en sus pinturas y se han tomado no muy rectamente, a mi entender, como hechos originales de la historia de los aztecas. En esas peregrinaciones toma parte principal Mixcóatl con su propio nombre, con el de Camaxtli, Amínitl, Huitzilopochtli u otros y podemos sacar algún partido de ellas, si las consideramos como tomadas de los mitos.

Muñoz Camargo refiere que los chichimecas vinieron a Mazatepec, el mitológico cerro del venado, y allí dejaron a Itztolli y Xiúhnel, personajes principales. Xiúhnel es uno de los que brotaron de la peña con Mímich y quedaron con vida después de la matanza que los hijos de Mixcóatl hicieron de los chichimecas al bajar del cielo por la peña, conforme a la leyenda que citamos al principio: la prueba de que esta matanza se refiere al hecho de que acabamos de hablar, es que una matanza igual de chichimecas se cuenta en los Anales de Cuautitlán que hicieron los viejos mimixcoas, es decir los hijos o descendientes de Mixcóatl en Mazatepec, la montaña o peña del venado, con la circunstancia que quedaron allí los cadáveres; era entonces la peña o montaña donde se quema. El mismo mito de la procreación simbolizada con las piedras para sacar el fuego, reducido a historia y adaptado a la supuesta peregrinación de los chichimecas, como lo adaptaron a su tribu los aztecas.

En una pintura de la peregrinación mexicana vemos que poco antes de llegar a Coatepec, el cerro de la culebra, otro cerro mitológico, fueron sacrificados unos individuos sobre un arbusto espinoso y unas enormes biznagas. Teocómitl, como llamaban los nauas a esta planta y era el nombre que tenía la peña típica de los adoratorios de Mixcóatl: las biznagas debían ser el glifo o la imagen del Teocómitl. Las víctimas, como se ve por los jeroglíficos, eran Mímich, Xiúhnel y una mujer. Los primeros fueron los chichimecas que habían quedado vivos y acompañaban a Mixcóatl que se volvió chichimeca como dice la crónica, y la segunda aunque no tiene jeroglífico que designe su nombre, como sucede con los otros dos, podemos estar seguros que fué Coyolxauqui o Quilaztli que es lo mismo, y más me inclino a creer que fuese la segunda: Amímitl era el sacrificador.

Torquemada refiere que por esos rumbos por donde andaban los mexicanos "una mujer llamada Quilaztli que venía con ellos, era grande hechicera" y a dos de sus caudillos, uno llamado Mixcóatl y el otro Xiúhnel, aparecióseles Quilaztli en figura de águila. Xiúhnel y Mixcóatl quisieron flechar aquella águila que veían, pero la hechicera se dió a conocer y no lo hicieron. En la tira de la peregrinación mexicana sobre la pintura de los tres sacrificados se ve un hombre con arco y flecha en la mano unido por medio de una línea de puntos con una águila que viene volando tocada por una flecha. A este personaje algún intérprete le da el nombre de Mixcóatl. El águila debía de ser Quilaztli, flechada por él. Con su dardo hizo brotar Mixcóatl a los chichimecas de la peña y de un flechazo el sol hizo brotar de la tierra a la primera pareja humana, los padres de las acoluas. El dardo y la flecha eran otros de los símbolos del principio activo de la fecundidad y por eso a Mixcóatl, dios que la representaba, se hace cazador más bien que por ser el jefe de los chichimecas y por eso se adoraba su dardo como un fetiche y con el nombre que tenía en nauatl, de Amímitl, se decía que había conducido a los michoacanos a su país.

Muñoz Camargo nos cuenta que al llegar Camaxtli a Culhuacan, quiso flechar a la cacica Coatlicue, pero terminó por casarse con ella. Quilaztli era Coatlicue también. Después tomó Quilaztli la apariencia de un guerrero: ahora es Xochiquetzalli que combate con denuedo; mas Mixcóatl y Xiúhnel la reconocieron y despreciaron diciendo que no habían de combatir con una mujer. (Torquemada o. c. vol. I. p. 80. 81). Ella es, pues, con seguridad la que aparece sacrificada con Xiúhnel en la pintura de la peregrinación mexicana, y Amímitl era la vara o dardo de Mixcóatl, es decir, el dardo de este dios que adoraban en Cuitlahuac y no era sino un emblema o representación del mismo Mixcóatl.

Otra versión de los mitos que acabamos de referir se encuentra en Guatemala en el Popol Vuh de los quichés. "Yo soy el hacedor de los montes, dice Sipacua", o Sipacna, como otros creen que se debe ortografiar la palabra, "y este Sipacua se estaba bañando en un río que pasaron los cuatrocientos muchachos" los tzentzon-huitznáuac o cuatrocientos chichimecas hechos brotar de la peña por el dardo de Mixcóatl. Estos cuatrocientos muchachos "llevaban arrastrando un palo para pilar de su casa, cuatrocientos de montón, y cortaron un gran palo para madre de su casa de paja". Por la peña de Mixcóatl bajaron sus hijos a la

tierra desde el octavo cielo: el gran palo que debía servir de madre para la casa de los cuatrocientos muchachos, debía ser entonces como la peña, un punto de apoyo entre el cielo y la tierra, como el Teocómitl que llegaba hasta el noveno cielo en donde Itzpapálotl se alimentaba con los corazones de los venados. Al ver Sipacua a los muchachos en la tarea les preguntó: "¿Qué es lo que hacéis muchachos? —Este palo, respondieron, que no lo podemos levantar. —¡Levantadlo!, dijo Sipacua: lo llevaré yo. ¿Y a dónde ha de ir, de qué sirve o para qué lo habéis cortado? —Para madre de nuestra casa, respondieron ellos. —Está bien, dijo Sipacua tirando de él, lo cargó y lo llevó hasta la puerta de la casa de los cuatrocientos muchachos".

Quisieron pagar con una ingratitud el servicio hecho por Sipacua procurándolo matar y a fin de conseguirlo "hicieron un hoyo para que entrara con engaños y sepultarlo allí, pero Sipacua lo comprendió y cavó una cueva en las paredes del hoyo en donde se escapó cuando los cuatrocientos muchachos taparon el hoyo. Creyéndolo muerto se alegraron, hicieron chicha y se embriagaron y "estando todos borrachos los cuatrocientos muchachos y no sentían, luego fué derribado el rancho sobre sus cabezas por Sipacua y todos fueron aporreados: ni uno, ni dos escaparon de los cuatrocientos muchachos; fueron muertos por el Sipacua hijo de Vucub-caquix" (Ximénez. Las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala. ps. 20-23).

Sipacua el hacedor de montes, ya lo apuntamos antes, no es sino Mixcóatl, el elevador de peñascos hasta el cielo. Mas también parece confundirse con Quetzalcóatl, el hijo menor de Mixcóatl en el mito conservado por Thévet, escapado de la muerte que sus hermanos premeditaban contra él, en el agujero de una roca y que desde una roca o un árbol mató a flechazos a todos sus hermanos. Los cuatrocientos muchachos dicho está que, siendo los cuatrocientos chichimecas hechos brotar de la peña por el poder creador de Mixcóatl, bien podían considerarse como los hermanos de Quetzalcóatl. Los cuatrocientos muchachos y los cuatrocientos chichimecas murieron estando ebrios unos y otros.

Entre los mixtecas había leyenda de un dios llamado un Ciervo y una diosa llamada un Ciervo también, teniendo por sobre nombre, el primero, culebra de león y la segunda, culebra de tigre, formaron una gran peña con unos palacios encima donde vivían los dos, y a esa peña llamaban los mixtecas, lugar donde

estaba el cielo. (García. Origen de los indios. p. 327). El nombre igual de los dos dioses masculino y femenino de un Ciervo, no puede referirse sino al venado de dos cabezas que se encuentra pintado en los fragmentos de los frescos que se conservan en Mitla, herido al parecer por dos flechas, y no puede caber duda haber sido el que cayó del cielo y fué entregado a Mixcóatl según el mito ya referido.

El nombre de la peña que los dioses ciervos levantaron, lugar donde estaba el cielo, nos indica desde luego la peña que levantó Mixcóatl para poner en contacto la tierra con el cielo. Si traducimos al náuatl el segundo nombre del dios ciervo varón, culebra de león, encontraremos mizcóatl, de miztli, león, y cóatl, serpiente, palabra que muy fácilmente pudieron haber confundido los mixtecas de lengua enteramente distinta a la de los nauas con Mixcóatl para traducirla culebra de león. ¿Y no pudiera ser que el primitivo nombre del dios hubiera sido también entre los nauas, Mixcóatl? Tendríamos la fiera reverenciada por los nauas primitivos en unión de la serpiente, símbolo de la tierra, mas no hay que bordar sobre hipótesis fundadas ligeramente.

Iztacmixcóatl, el viejo padre de las tribus nauas, está dibujado en la página 55 del Códice Borgia como un viejo que tiene un tocado en la cabeza formado por las fauces abiertas de un ciervo, y en la hoja 32 del Códice Feyérbáry este mismo dios se ve con cabeza de venado. Era entonces Mixcóatl el dios, un Ciervo.

Había entre los nauas por aquel tiempo, dice Thévet, otro dios llamado Piltzinteuctli, el señor de los nobles o de los niños, y su mujer se llamaba Xochiquetzalli, quienes tenían un hijo llamado Xochipilli (o. c. p. 30). Ce Mázatl, un Ciervo, era uno de los nombres de Xochiquetzalli, llamada también Mazatéotl, dios venado. En un códice lleva, como Iztacmixcóatl, la cabeza de un ciervo por tocado. Identificándose esta diosa con Quilaztli, que era el venado de dos cabezas, tenemos que convenir en que Xochiquetzalli fuese en verdad la diosa un Ciervo, mientras Mixcóatl era el dios un Ciervo del mito de los mixtecas, una vez que Xochipilli no era sino otra forma de Mixcóatl, y en la página 53 del Códice Borgia se ve disfrazado como un ciervo. El venado de dos cabezas no era únicamente Quilaztli o Xochiquetzalli porque siendo ella un venado y un venado Mixcóatl, las dos cabezas del ciervo en un cuerpo sólo tenían que representar un personaje andrógino o sea

la unión personal de Xochiquetzalli o Quilaztli con Mixcóatl en la esencia de un solo ser.

Conocidos los ritos de las fiestas de Mixcóatl y las leyendas de las diversas tribus cultas de México que nos llegaron de él, veamos lo que de unos y otras es posible deducir en abono de nuestra tesis, comenzando por hacer ver que la peña o el monte, símbolos culminantes en los mitos y el ritual en conexión con el fuego son, como los venados, el prototipo de Mixcóatl y su mujer como emblemas de la fecundidad. Este era el objeto principal de las fiestas de Mixcóatl y por esto en las ceremonias y en los mitos encontramos enlazados, confundidos y embrollados los montes o peñas, el fuego y el venado. El venado es un emblema que se asoció con el fuego y el ardor, el cerro, la peña y la roca es otro emblema igualmente ligado con el fuego y el calor, ambos emblemas en relación con Mixcóatl y su mujer como principios de la fecundidad, como los padres de la raza, como los primeros hombres.

Los adoratorios dedicados a Mixcóatl tenían un recinto sembrado de árboles y plantas llamado Teotlalpan, tierra de los dioses, y una peña simbólica Teocómitl, olla divina. Mixcóatl tenía entonces que ser el dios de la abundancia y la fertilidad, de otra manera es difícil interpretar el significado del bosquecillo, tierra de los dioses y la olla divina. En sus fiestas sacrificaban a un hombre y a una mujer que representaban al dios y su esposa, lo que no sucedía en otras fiestas en que nunca aparece la esposa o el consorte de la divinidad celebrada. Los elementos masculino y femenino deben tener el primer lugar donde se trata de la fecundidad y para conseguirlo son celebrados los dioses que la representan.

Mixcóatl es el elemento activo, fecundante, agua y calor, su compañera es el elemento pasivo, la tierra. Mixcóatl y su compañera se confunden uno con la otra y entonces los mitos aparecen a primera vista contradictorios, pero es porque la naturaleza para hacerse productiva exige, desde las plantas hasta los seres animados, la unión íntima de los dos principios y esta unión confunde en sus representantes mitológicos al hombre y la mujer como si cada uno de ellos simbolizara a los dos. De aquí viene: que los cerros en que tenían lugar las cacerías que era lo más culminante en la fiesta Quecholi, la principal de Mixcóatl,

simbolizaran a la madre de los hombres y a la primera mujer. La peña era un cerro en miniatura y el cerro una peña en grande.

Mixcóatl hace una peña que vendría a ser un cerro altísimo para que bajen sus hijos desde el octavo cielo y en la versión mixteca, a esa peña, llamada lugar donde está el cielo, se va a vivir con su mujer. De esa peña hace brotar cuatrocientos chichimecas o sea a los innumerables hombres primitivos ¿No está, pues, ligado Mixcóatl con la peña y la fecundidad? Su hijo menor Quetzalcóatl se salva en el hueco de la peña donde se quema, Tlachinoltepetl. En un peñasco recibe sepultura Mixcóatl de manos de sus hijos que lo mataron y en ese peñasco dicen ellos que se convirtió. Aquí tenemos la unión de Mixcóatl con la peña que lo representa en el teocómitl de sus templos; peña que al mismo tiempo tenía mucho que ver con su compañera, porque en una peña en un cerro, que es igual, murió y fué enterrada Itzpapálotl, o Quilaxtli o Xochiquetzalli, que todo es lo mismo por ser ellas representantes de la diosa tierra como Chimalma, Ilacueitl, Coatlicue, Coyolxauqui y alguna otra identificada con ellas. La víctima que en Tlaxcala representaba a la compañera de Mixcóatl, era estrellada contra la peña y una vez decapitada, quedaba bañada con su sangre. Quilaztli muere sacrificada en una enorme biznaga, planta que lleva el mismo nombre de Teocómitl que tenía la peña de los templos de Mixcóatl.

Las peñas y los cerros tienen conexiones con el fuego y con Mixcóatl. En su fiesta encendían el fuego nuevo los mexicanos en el cerro de Zacatepec, madre reputada de los indios, y en ese mismo cerro los mexicanos hijos, descendientes o partidarios de Mixcóatl quemaron a los muertos chichimecas. En la peña donde se quema quisieron los hijos de Mixcóatl quemar a su hermano menor, que se salvó en una oquedad. La peña y el fuego que representan a Mixcóatl y su mujer tienen seguramente que ver con la fertilidad y la fecundidad que se significan en los mitos y ceremonias de su fiesta, pero antes de ver la razón, porque con los peñascos y el fuego simbolizaban los indios la fecundidad, veamos otro simbolismo que representa las mismas funciones de Mixcóatl y su mujer y aunque de un género enteramente distinto, en los ritos y las fábulas está ligado enteramente con los cerros y también con las peñas y el fuego.

*
* *

Aunque la batida de caza que tenía lugar en la fiesta de Mixcóatl se dirigía sin distinción a todos los animales, los venados se procuraban en primer lugar. Salvado el hijo menor de Mixcóatl de las asechanzas de sus hermanos en la oquedad de la peña donde se quema, lo primero que hizo es cazar un venado para llevarlo a su padre. En el mitológico cerro de Mazatepec, el cerro del venado, mueren y son quemados algunos chichimecas por los mimixcoas. El cerro del venado, Mazatepec, donde celebraban su fiesta los mexicanos, fué visto arder espontáneamente deste Tula por los toltecas. Aquí tenemos la conexión de las montañas y las peñas con el fuego y los venados. Los dioses mixtecas, un Venado, hacen su habitación en la peña llamada el lugar donde está el cielo. Con un gran ruido cae del cielo un venado con dos cabezas y este venado es Quilaztli, diosa tierra. El venado, símbolo del fuego y del ardor conyugal, emblema de la fecundidad, se liga con las rocas, el fuego, Mixcóatl y su mujer, precisamente porque estos dioses eran los que velaban por la reproducción de los seres animados y la fertilidad de la tierra de manera que, al ligarse con las rocas y el fuego, era porque también las rocas simbolizaban lo mismo.

La compañera de Mixcoatontli en las fiestas de Tlaxcala llevaba el nombre de Yoztlamiyáuatl, llama que está por nacer o llama en cinta, nombre que alude claramente al pedernal de donde brota la chispa, y más se comprende la alusión considerando que antes de cortarle la cabeza, cuatro veces la azotaban contra el teocómitl; pero para persuadirnos mejor antes que llegar a una demostración directa, debemos considerar otras constancias mitológicas consignadas en las leyendas de las peregrinaciones chichimecas indispensables de conocer previamente. Tan embrolladas y confusas están estas tradiciones mitológicas como los mitos que acabamos de comparar. En ellas toma una parte muy principal, no se comprende muy bien si como dios o conductor euhemérico de la tribu en la supuesta peregrinación, Itzpapálotl, personaje ambiguo que ya hemos nombrado, andrógino según los Anales de Cuautitlán que lo llaman hombre-mujer, tlacaciuatl, cuya personalidad está unida a la de Mixcóatl al grado de confundirse e identificarse uno con otro.

Dice Muñoz Camargo, que de Mazatepec, el famoso cerro del venado, pasaron los chichimecas a Tepenénec, nombre cuyos principales componentes son tépetl, cerro y nénetl, palabra que, como vimos hace poco, puede muy bien relacionarse con el nombre de vientre de nuestra madre, que daban los mexicanos al monte donde tenían la solemne cacería de Mixcóatl, según la primera acepción que le da Rémi Simeón en su diccionario mexicano y que tiene también la de ídolo y muñeca. En Tepenénec, Mímich, hijo menor de Mixcóatl, según los Anales de Cuautitlán, flecó a Itzpapálotl. Relacionemos esta leyenda mitológica con las otras que ya conocemos.

Ya nos son conocidos el bosquecillo Teotlalpan y la peña Teocómitl, encerrados en el recinto del templo de Mixcóatl. El Teocómitl formaba parte de Teotlalpan y no era sino la peña sagrada consagrada a Mixcóatl. Ahora bien, encontramos en los Anales de Cuautitlán que en el Teocómitl se apareció en Teotlalpan el mal espíritu, tlacatecólotl, a los tultecas fugitivos diciéndoles que descansaran allí y allí permanecieran. ¿Y quién era ese mal espíritu que se aparecía en el Teocómitl de Teotlalpan, ese tlacotecólotl, ese diablo que sin otro determinativo encontramos con frecuencia en los Anales de Cuautitlán?

El atento estudio del documento nos hace comprender que se trata aquí de Itzpapálotl, el dios a quien mató Mímich en Tepenénec. En un himno sagrado, leemos: "Vino el dios sobre el teocómitl, nuestra madre Itzpapálotl, dadle su alimento en los nueve cielos con los corazones de venados: es nuestra madre la diosa Tierra" (Ap. Séler. Cod. Vat. B.) Esto nos sugiere la sospecha que Teocómitl sea lo mismo que Tepenénec, tanto por el primer significado de la palabra nénetl, cuanto por haber sido allí enterrado Mixcóatl, que sus hijos parricidas quisieron hacer adorar al menor que era Quetzalcóatl, como una metamórfosis del padre, y por eso la peña donde fué enterrado pudo haber tenido el nombre de cerro del Idolo que es la segunda acepción de la palabra nénetl. En este caso se identificarían Itzpapálotl y Mixcóatl. Lo que más resalta en el himno es, empero, la identidad del teocómitl con la peña que hizo Mixcóatl para que bajaran del cielo sus hijos.

Itzpapálotl que no es la primera vez que aparece identificado con Mixcóatl en los Anales de Cuautitlán, por lo menos fué

sepultado con él en la peña de Tepenénec. Y no cabe duda que la muerte de Mixcóatl está consignada en las leyendas con relación a una peña, a un monte o a una altura, como la de Itzpapálotl con relación a Tepenénec o la altura en donde fué enterrado Mixcóatl.

Muñoz Camargo, los Anales de Cuautitlan, Thévet y la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, nos dicen que Mixcóatl, con ese o con otro nombre, se casó con Coatlicue o Chimalman, y de esa unión nació Quetzalcóatl, con ese o con otro nombre también. Los mismos documentos nos hacen saber que fué asesinado el padre de Quetzalcóatl, y cuando éste lo supo buscó los restos de su padre para adorarlos, de los que los Anales de Cuautitlan nos dicen estaban enterrados en el templo de Quilaztli, o sea en una altura dedicada a Quilaztli o que llevaba su nombre.

En algunos de los documentos citados el padre de Quetzalcóatl es Totepeuh, palabras que algunos derivan de to, nuestro, y la traducen nuestro, y tepeua, señor de las montañas, dios, como dice Olmos, pero otros creen encontrar en Totepeuh una palabra híbrida compuesta de to, nuestro en nauatl, y tepeuh, señor en maya. Sea una u otra la etimología, el título de Totepeuh puede muy bien aplicarse a Mixcóatl como epíteto o como título y así creo que se debe entender.

Quilaztli se identifica con Itzpapálotl y con Xochiquetzalli, resultando que el lugar donde fué enterrado Mixcóatl estaba dedicado a ellas como aparece por las inferencias de los mismos mitos por estar enterradas también allí.

Itzpapálotl y Xochiquetzalli eran personajes andróginos y lo mismo podemos inferir de Quilaztli con quien se identifican: lo era también Mixcóatl, de manera que bien pueden todos ellos identificarse con él y unos con otros a pesar que en Mixcóatl predomine el sexo masculino, en Quilaztli y Xochiquetzalli el femenino e Itzpapálotl a veces aparezca como hombre, a veces como mujer.

El cerro o la peña donde se dice en los Anales fué enterrado el padre de Quetzalcóatl y se llama templo de Quilaztli, era el que representaba la peña artificial que llamaban los nauas Teocómitl, y no era otro el cerro de Tepenénec. La peña llamada Teocómitl era entonces una representación, un símbolo de Itzpa-

pálotl o Xochiquetzalli, Mixcóatl y Quilaztli, es decir, los dos elementos de una divinidad andrógina.

En la foja 60 del Códice Borgia vemos la figura de un dios representado con dos cabezas, que el paralelismo con las figuras correspondientes de los códices Vaticano B y Laud no dejan duda tratarse aquí de la diosa Xochiquetzalli. El modo como está dibujada la cara femenina con la quijada inferior descarnada nos dice desde luego que se trata de una diosa tierra y el Dr. Seler cree ver la imagen de Itzpapálotl, compañera de Tepeyolotli, cuya semblanza parece retratar la otra cara, que pudiera también ser una de las diversas formas en que se pinta a Mixcóatl; tanto más que distinto y bien caracterizado tenemos en frente de la imagen bicípite a Quetzalcóatl. La imagen sería entonces una personificación del teocómitl y el cuadro, una ilustración de los mitos que vamos estudiando con relación a la fecundidad, simbolizada por una mazorca de maíz con que está adornado de un modo insólito Quetzalcóatl.

Varias curiosas cabecitas fueron encontradas por mí en el valle de Temascaltépec territorio de los matlaltzincas. La mitad de la cara, generalmente la derecha, presentaba un estado normal en la figura, la otra mitad era la de una calavera. Poseía una representación igual encontrada en territorio de los mixtecas. La mitad descarnada indica probablemente la tierra algunas veces simbolizada de este modo, la otra mitad probablemente a Mixcóatl u otro dios que represente al fuego, al sol o al cielo como principio activo de la fecundidad.

Vi entre las figurillas de barro encontradas en las grutas que formaban en el Valle de México las corrientes del Ajusco, una desnuda, al parecer de mujer, con dos cabezas enteramente separadas una de otra y completas. Otra figurilla enteramente igual conservaba yo, encontrada en el pueblo de Xochitepec del Estado de Morelos. Representaciones de personajes mitológicos con un cuerpo, una cabeza y dos caras, encontramos en el códice Borgia y Vaticano B. Poseía un amuleto de piedra verde encontrado en Cuernavaca, con dos caras señaladas en la única cabeza, una parece de hombre, la otra de mujer y aunque está desnudo no se puede distinguir el sexo del cuerpo.

Clavijero cuando habla del mes Quecholli, dice que en él se hacía la fiesta Mixcóatl, diosa de la caza, y esto no lo escribe

influenciado por los recuerdos clásicos de Artémis y Diana, diosas cazadoras de los griegos y romanos, con quienes tiene Mixcóatl muchos puntos de contacto, sino por haberlo visto así en otros autores que escribieron antes que él. De Xochiquetzalli dice Ríos que fué el hombre que se quedó detrás de la tierra, aunque en otros lugares da a la misma divinidad el sexo femenino como lo hacen los otros autores en general.

De ella se dice que fué la inventora de los tejidos y por eso la veneraban las tejedoras: ahora bien, en la veintena Títitl, dice Ríos, "celebraban las mujeres la fiesta de la diosa Mixcóatl que quiere decir serpiente de nubes, porque dicen que ésta fué la inventora de los tejidos y las labores y por eso la pintan con aquel palo en las manos que es como el peine con que tejen" (Códice Vaticano A. Ap. Kings. V. 196). Es evidente que aquí Mixcóatl se identifica con la diosa Xochiquetzalli. En la interpretación del códice Telleriano dice el autor que la fiesta Títitl se hacía a Mixcóatl y que las tejedoras celebraban a la diosa Ichpuchtli que quiere decir la diosa Virgen Xochiquetzalli, diosa identificada con Itzpapálotl, numen andrógino por excelencia, tlacacíuatl, exacta y literal traducción del griego ἀνδρόγυνος hombre-mujer, de donde tomamos nuestra expresión vulgar. No hay que admirarse entonces de que los citados anales se confundan e identifiquen en su personalidad masculina Itzpapálotl y Mixcóatl.

Itzpapálotl es siempre hombre en Muñoz Camargo y los Anales de Cuautitlan, mientras que a veces hombre y a veces mujer para el P. Ríos, quien dice: "Itzpapálotl es la misma Xochiquetzalli. Eva después del pecado": exactamente lo que era Ciaucóatl para Sahagún, de quien dice "también lo llamaban Tonantzin, que quiere decir nuestra madre" y que parece que esta diosa "es nuestra madre Eva la cual fué engañada de la culebra" (vol. I. p. 5.) y Durán la identifica con Quilaztli, diosa de los xochimilcas (vol. II. p. 170.) que debe haber sido por lo mismo una divinidad andrógina también.

Dioses andróginos tenemos en Grecia. Una moneda de Ténedos, que tendremos ocasión más propicia para explicar, nos muestra una cabeza con dos caras, la de Dioniso y la de Athene. El verso virgiliano.

"Descendo ac ducente deo flamman inter et hostes" (En. II. p. 632) refiriéndose a Venus, en algunos manuscritos la palabra

deo se hallaba cambiada por dea. Pero no obstante que se refiere a Venus, Macrobio sostiene que está bien puesto deo, afirmando Acteriano que en el verso de Calvo se debe leer:

"Pollentenque deum Venerem".

"Venus el poderoso dios" no la diosa (Satur. III. II. 24). Servio en su anotación al mismo verso de Virgilio, dice: "Hay en Chipre una imagen de Venus barbada, con cuerpo y vestido de mujer, pero con un cetro y el distintivo masculino. A esta imagen llaman Afrodito y a ella hacen sacrificios los hombres vestidos de mujeres y las mujeres de hombres". Hesiquio identifica a Júpiter con Helena y Valerio llama al mismo la Madre de los dioses.

En un monumento egipcio de la XII dinastía, encontró De Rugé, que al sol se le llamaba madre de los dioses. Horapolo dice de Neit con el nombre de Athene, que cuando los egipcios la querían representar en sus escritos a ella y a Hefesto, que pudiera ser Kefera o Ptah, para representar al segundo dibujaban un escarabajo o un buitre y para representar a la primera pintaban un buitre y un escarabajo "porque creían que el mundo estaba compuesto de dos elementos uno masculino y el otro femenino siendo éstos los únicos dioses que ellos creían eran a la vez macho y hembra", (Hierogliph. I. 12). En la India, Siva y Prayapati estaban en el mismo caso y aquí viene muy a propósito una interesante comparación por tratarse de un mito de Mixcóatl que ya hemos considerado y se liga con el asunto que vamos tratando, haciéndonos comprender el androginismo de Mixcóatl en el símbolo del venado; perdónesenos la disgresión, si tal se quiere llamar.

Hemos visto la historia de Mixcóatl con el venado de dos cabezas en relación con la pareja de los dioses mixtecas, un Ciervo que era Quilaztli o sea Xochiquetzalli o Itzpapálotl y Mixcóatl. Historia confusa porque seguramente los indios ignoraban ya el significado simbólico de la fábula que arreglaron a su manera. Un mito de Prayapati que acabamos de nombrar lo ilustra admirablemente; se encuentra en la Aitareya Brahmana del Rig Veda.

Prayapati se unió con Ushas, la aurora o acaso una diosa crepuscular y terrestre, tal y cual como Itzpapálotl y Xochiquetzalli. Entonces se transformó en Rishya, cierto animal del género de los ciervos en cuya especificación no están de acuerdo los in-

térpretes, mientras la mujer tomó la forma del mismo animal, roshit. Podemos decir que ambos se convirtieron en venados, hembra y macho y así se unieron. Al observarlo los otros dioses comenzaron a decir: Prayapati ha hecho una cosa que no había acontecido hasta hoy, es decir era la primera vez que en el mundo acontecía una semejante unión, y buscaron uno que destruyera las malas consecuencias que vendrían de aquello: mas entre ellos no pudieron encontrar quien lo hiciera. Los dioses tienen diversos cuerpos: juntaron los más espantosos y con ellos hicieron uno declarándolo dios y llamándolo Bhútavan. Entonces le dijeron: Prayapati hizo una acción que no debía haber cometido; atraviesa esta mala acción de Prayapati. El mito personifica la mala acción haciéndola un ser especial que Bhútavan persiguió y habiendo atravesado la mala acción de Prayapati, ésta se convirtió en una constelación: la llaman Miriga, esto es, el venado. El que flechó la mala acción de Prayapati se volvió la constelación Rohini. El dardo que sirvió para traspasarla fué trasportado al cielo también. (De la versión inglesa de A. Haug. p. 217 y sig.)

Mimañsahas, antiguo escritor hindú fué quien primeramente dió una interpretación al mito diciendo que Prayapati es uno de los nombres del sol y como su esposa la Aurora era hija suya, por eso los dioses juzgaron mala su acción. El mito en la versión mexicana que hace a una diosa crepuscular y terrestre la contraparte del fuego o del sol, es natural porque el eufemismo del hindú lo hace más forzado. La unión del calor con la tierra es la causa de la fertilidad, no del sol con la aurora, como lo interpreta Mimañsahas en el mito hindú.

El término Prayapati, señor de las creaturas, se emplea al principio como un cualificativo de Savitri o de Soma. Savitri se identifica con Surya, el sol, pero Savitri, según Saussay, no representaba "la figura concreta del sol, sino sus movimientos", es decir, "el principio de actividad" o sea el poder fecundante del astro y por eso se identificaba con Tvastri, el Hefesto griego, dios del fuego, el sol nocturno que fecunda la tierra personificación de la cual en cierto grado era Soma. Por esto Prayapati identificado con Tvastri y Soma, el fuego y la tierra fecunda, era un dios andrógino considerando al fuego o el calor y la tierra unidos en un mismo sér. El simbolismo hindú no difiere en nada del naua. El androginismo de Mixcóatl, el fuego o el calor, y Xochiquetzalli, la tierra fecunda, en su unión, eran

el venado de las dos cabezas, Prayapati y Ushas convertidos en venados cuando se unieron y esta unión fecunda fué la acción que se destruyó flechándola o sea haciendo que el calor se apartara de la tierra por el invierno infecundo, o se malograra la unión por los temporales.

El aspecto astronómico del mito de Prayapati debió haber existido también en el naua, porque en México tenemos la vara o dardo de Mixcóatl, adorado en Cuitlauac como dios e identificado con él. Mixcóatl en los códices, aunque representante del sol, no deja de tener una bien marcada significación planetaria y estelar. Los cronistas lo relacionan con la vía láctea, con la cual también se relaciona Prayapati, por el lago celeste que de él procedió y los dioses no quisieron estropear.

Hay en el cielo estrellas, dice el comentador del códice Vaticano A, que tenían los nombres de los dioses y una de ellas era Mixcóatl. El venado de dos cabezas, la unión de los principios fecundantes que como la de Prayapati pudiera llamarse la mala acción de Mixcóatl, por su caída del cielo, juzgan algunos estar relacionado con el mundo sideral. La mala acción de Prayapati se convirtió en la constelación Miriga, el venado. Mazatl, venado, es el nombre de uno de los días del calendario nauatl y no pocos americanistas creen que los nombres de los días representan constelaciones o grupos estelares. Si tal opinión es cierta como a mí me parece, tendríamos que el venado era el nombre de una constelación tanto en la India como en México.

El mito de Prayapati es juzgado por algunos no como originario de la India sino como propio de los arianos, asegurando el Prof. Kuhs que un mito igual se encuentra en las tradiciones germánicas. Wodan o Goden, dice, el dios supremo de la tribu teutónica, coincide en su representación como en su aspecto mitológico con el antiguo Rudra de los Vedas: "Ahora bien, hay cierta clase de tradiciones, en las cuales se dice que este antiguo dios fué a caza de un venado y lo mató precisamente como Rudra en las Brahmanas se representa cazando a Rishya y Roshit". La caza del venado que llevó a Mixcóatl su menor hijo Quetzalcóatl después de haber estado en la oquedad de la peña donde se quema o sea donde se inflama y enardece, bien puede ser otra versión de la caída del venado de dos cabezas y así Wodan dios de los vientos como Quetzalcóatl, que tenía la misma atri-

bución, acercaría más el mito mexicano al ario hasta identificarlos. "El venado en la mitología germánica es el animal del dios Freyr que como Prajapati es el dios sol de la fertilidad": en la mitología mexicana el venado está estrechamente unido con el dios Xochipilli, igualmente dios sol de la fertilidad en conexión con Xochiquetzalli y con Mixcóatl. "De manera que la caza del venado se debe comparar con la caza de Rudra al Riha o sea Prajapati". (Rajendralala Mitra. Indo-Arians. vol. II. pgs. 269-306).

No debió este mito haber sido ajeno a los primitivos griegos, puesto que de él algo se percibe aún a través del ropaje literario con que se vinieron vistiendo y revistiendo los mitos primitivos en Grecia. Taigeta, hija de Atlas y una de las Pléyades, para escapar de la persecución de Zeus, fué cambiada por Artemis en una cierva que cuando volvió a su ser natural consagró a la diosa en señal de gratitud por el favor recibido, una cierva con cuernos de oro y patas de bronce. Héracles, comisionado para llevarla viva a Mecenas, la encontró entre los hiperboreos, es decir, en el extremo norte y la persiguió durante un año al cabo del cual la hirió con un dardo y la llevó sobre sus hombros a Mecenas. (Píndaro. Olym. III. 28. con la versión inglesa y notas de Sir John Sandys). La fábula de Orión cambiado en ciervo por Artemis y devorado por sus propios perros, convertido después en constelación, podría ser otra forma del mismo mito.

Tanto en el códice Vaticano como en el Borgia encontramos las imágenes aisladas de dos ciervos en una de sus páginas, uno pintado de color claro, que en el códice Vaticano lleva la cabeza adornada con penachos iguales a los tocados de algunas divinidades, otro de color oscuro atravesado por una flecha y sin más adornos que unas como ajorcas o moños en las cuatro patas. No creo difícil que estos venados tengan que ver con el mito de Mixcóatl.

Por la caída y vuelta a nacer de los cuernos, dice un escritor, que fué el venado en Egipto el emblema de la renovación. Decían los mexicanos de los ciervos, escribe Sahagún, que "mudan los cuernos metiéndolos en una horcada de árbol para desprenderse de ellos; tiran hacia atrás y déjanlos en el árbol: de esta manera arrancan los cuernos de su cabeza y vuélvense mozos y muchachos". El rejuvenecimiento imaginario del sol en

la primavera fué quizá el motivo porque entre los arianos y nauas se tomó el venado como representante del astro que fulgura en esa estación del año y del fecundo calor que irradia. De la gacela, orix, dice Horopolo que era para los egipcios el símbolo de la lujuria y Wilkinson cree más bien que representaba a Ptah-Socheris-Osiris o sea el dios de la procreación. (Anc. Egypt. III. p. 301 y sig.) Aunque de familia distinta de los ciervos, participan las gacelas de algunos de sus hábitos, tanto que algunos autores españoles las llaman cervicabras. En México el venado, a falta de gacelas simbolizaba el ardor de la concupiscencia y estaba ligado con los dioses encargados de la fecundidad como Mixcóatl. Volvamos a las rocas y el fuego.

*

* *

La mujer de Mixcóatl origen de las tribus, y su unión conyugal entre ella y el mismo dios, estaban simbolizados con cerros, peñas y pedernales y otras piedras usadas en los ritos o conmemoradas en las fábulas. Mas todos ellos no eran sino derivaciones y variantes del mismo tipo, es a saber el pedernal, escogido como símbolo de la primera mujer en los mitos que vamos discutiendo, ya como origen del fuego, o sea la vida, ya como instrumento para el sacrificio, en el sentido de considerarse como necesario para la fecundidad de la tierra por medio de la efusión de la sangre. De Ciuacóatl con quien vimos que se identifican Coatlicue e Itzpapálotl dice Sahagún que "tenía una cuna a cuestas, como quien trae a su hijo en ella y cuando la dejaba e iban a ver lo que había dentro hallaban un pedernal como hierro de lanza con que ellos mataban a los que sacrificaban" (Vol. I. p. 5) y Durán dice que llamaban a Ciuacóatl la madre del pedernal. Itzpapálotl que como identificada con Ciuacóatl era también la madre del pedernal, al caer del cielo fué el pedernal mismo, el técpatl que dió a luz Citlalcuéitl y al romperse dió origen a los dioses terrestres e infernales. Era también Toci la madre de los dioses y los hombres.

De la primera piedra para el sacrificio, el téxcatl en donde colocaban de espaldas a la víctima, se decía que cayó en Tula del

cielo, que ésta tuvieron como primer lugar de adoración los toltecas y que sobre ella los comenzaron a sacrificar los mexicanos (Historia de los Mexicanos. ps. 241-242. Sahagún. vol. I. p. 254). En la tira de la peregrinación mexicana las víctimas del sacrificio están sobre el Teocómitl representado jeroglíficamente por la biznaga; podremos observar que el téxcatl, o piedra de los sacrificios que cayó en Tula del cielo, se identifica con el Teocómitl, emblema de Mixcóatl.

Dios Ríos de Itzpapálotl que siempre traía en la mano una navaja y parece que él era el sacrificador "creído por diablo", y como en Tula al llegar los mexicanos dice la crónica que "resucitaron las cuatro mujeres que había creado Tezcatlipoca, siendo una de ellas Coatlicue", y habían resucitado también los cuatrocientos chichimecas, no es difícil que la piedra que cayó del cielo, donde sacrificaba Itzpapálotl, hubiera sido la misma piedra simbólica que hizo Mixcóatl para que por allí los hombres que había criado bajaran a sacrificar a los chichimecas. (Historia de los Mex. por sus pint. p. 241).

En resumen, en Tula se repiten los mismos mitos relacionándolos con Huitzilopochtli y aplicando el simbolismo de las dos piedras engendradoras de la vida a los sacrificios humanos. Por la repetición comprendemos que así como para sacar el fuego eran necesarias dos piedras, así también dos se necesitaban para el sacrificio, el téchcatl donde colocaban a las víctimas y el pedernal con que les abrían el pecho y que Mixcóatl, el que hizo brotar a los chichimecas de la peña con su dardo, hizo la misma peña para que bajaran los que habían de matar a los chichimecas, estaba representado, el Texcatl en el navajón Itzpapálotl, quien en Tula aparece como sacrificador con su pedernal en la mano. En Tepenénec, en donde murieron y se enterraron Itzpapálotl y Mixcóatl, lo mismo que en la piedra del sacrificio el téxcatl, están unidos el padre y la madre de la humanidad, y esta unión de ambos progenitores de la raza humana era lo que representaba la piedra llamada olla divina, teocómitl, en los templos de Mixcóatl.

Llaman los cronistas Chalchihuitl-apaxtli, lebrillo precioso, al vaso que sirvió para la confección de la primera pareja de los hombres. La piedra que simbolizaba el lugar en donde se habían sepultado el padre y la madre de los hombres se llamó olla divina, tal vez en el mismo sentido del chalchiuitlapaxtli quedando éste como símbolo del origen del género humano, y la olla divina,

a mi juicio, apoyado en los mitos, como símbolo de la fecundidad. Las estatuas yacentes de Mixcóatl llevan siempre un disco o un recipiente de la forma del utensilio que llamaban los nauas apaxtli y lo llevan en la parte inferior del vientre; este recipiente debía ser el chalchiuitl-apaxtli, y las estatuas yacentes la representación humanizada del Teocómitl o principio de la humanidad.

Leemos en los Anales de Cuautitlán que las estatuas de Mixcóatl estaban acostadas, y estatuitas yacentes de todos tamaños se han encontrado en Yucatán, Tlaxcala, México, Cempoala y Michoacán; todas con un disco, un cilindro de corta altura o un recipiente a manera de lebrillo cogido con las dos manos en el lugar en donde se unen al abdomen las extremidades inferiores. Una estatua recostada de la misma forma y actitud de las halladas en México fué descubierta en la República del Salvador y conservada en el museo de la Capital.

El Sr. Paso y Troncoso opina en vez, que las estatuas tendidas sobre las espaldas, con la cabeza erguida y volteada a un lado, las piernas encogidas y sujetando con las manos una pieza cilíndrica o hueca y redonda en forma de recipiente descansando sobre la parte media del vientre, son del dios Tezcazoncatl, "un símbolo solar" que se refiere al ocaso del astro. (Catálogo de la sección de México I. 38). El sol poniente que penetraba al centro de la tierra era el que suponían nuestros antiguos indios que la fecundaba. Tezcazoncatl tenía entonces las mismas atribuciones que Mixcóatl con relación a la fecundidad. Otros arqueólogos las creen representaciones de otros dioses más o menos relacionados con la fecundidad, que como principal atribución de Mixcóatl no vemos por qué motivo se deba desechar el testimonio de los Anales de Cuautitlán que las atribuye a este dios al cual conviene el simbolismo también.

Amasis rey de Egipto, dice Herodoto, "hizo colocar un coloso de setenta y cinco pies de largo, que yacía sobre un dorso ante el templo de Hefesto en Menfis" y añade que "había en Sais otro coloso de piedra de las mismas dimensiones que el de Menfis y en la misma postura". Horapolo ya nos había hablado de Hefeso, Ptah o Kefera y Neith que era la diosa adorada en Sais, como personajes andróginos afines a Mixcóatl y Xochiquetzalli.

Adoraban un dios los mayas, cuyo nombre Cumahau literalmente significa el Señor de la Olla, del cual el diccionario de Mo-

tul dice que era "Lucifer príncipe de los demonios". La palabra maya cum, creen algunos que es de origen nauatl derivada de cómitl o cúmitl, olla, y ya el Prof. Brinton había sospechado que ese príncipe de los demonios era un dios de la procreación común a los mayas y a los nauas. (Am. Hero Myths 165 nota) En ese caso más bien sería una personificación del teocómitl y eso sería también lo que representaban las estatuas yacentes que los Anales de Cuatitlan dicen que eran de Mixcóatl.

En otra versión del mito persa relativo a los primeros hombres que antes recordamos, de Gayomart o como otros escriben, Gaya-Maretan, nació la primera pareja no en dos plantas distintas sino de un solo tallo con quince hojas porque la pareja tenía quince años y estaba íntimamente unida. (Wendishmann. Estudios zoroástricos p. 216). En una versión del mito mexicano de la formación de los primeros hombres en el chalchihuitl-apaxtli encontramos que aparecieron el niño y la niña de doce años.

La peña fué el templo de Quilaztli que era el venado de dos cabezas que cayó del cielo de la misma manera que la piedra de Tula que sirvió de templo o altar a los tultecas, peña y piedra que eran sin duda la misma cosa, porque fué en Tula en donde Quetzalcóatl fué a buscar los huesos de Mixcóatl que allí estaban enterrados. Itzpapálotl, identifica con Xochiquetzalli, y Mixcóatl eran las dos cabezas del venado, padre y madre de las tribus representados en el cuerpo solo de un venado, porque en este animal se había observado desde muy temprano el ardor frenético que lo asalta cuando está en brama y por eso era uno de los símbolos del sol y por consiguiente también del fuego y en general de la fecundidad que necesita del calor, y aquí tenemos al fuego como símbolo de unión entre los dos primeros padres. La misma unión se encuentra en la peña como vimos y cuando en los códices se pinta la pareja con humanas formas, entre uno y otro suele pintarse un pedernal, una flecha o dardo, una caña, la sonaja o chicauaxtli símbolos todos con la misma significación que confirman una vez más que de ese simbolismo participa el pedernal.

La unión del padre y madre de los hombres en el símbolo único del pedernal dió lugar al androginismo o a la ambigüedad del sexo de los dioses que tenían que ver en los mitos relacionados con él. Mixcóatl, Xochiquetzalli y sobre todo Itzpapálotl, el tlacacíuatl de los Anales de Cuautitlan y en un mito del códice

Magliavecchi parece que podría haberse llamado lo mismo a Xochiquetzalli.

El hombre mientras goza de la vida posee el calor: la sangre al salir del cuerpo está caliente. Interior y exteriormente está el cuerpo humano invadido por el calor. Un cadáver está frío, de manera que podía creer el hombre de inteligencia más ruda, que el fuego, causa del calor, constituyera su vitalidad. Veían los salvajes que el choque de dos piedras producía chispas de fuego, ¿no era natural tomar esas dos piedras como símbolos de aquellos que engendraban a un ser viviente y aún creer que la vitalidad del ser engendrado era una chispa que se había introducido en su cuerpo para producir el calor? Es tan claro y evidente en el ritual y mitos de los nauas el simbolismo de las dos piedras con que se saca lumbre que imposible me parece pensar que no las hubieran usado antes de adoptar los palillos, porque creemos que ellos no fueron los inventores de los mitos y ceremonias en que vemos usado el simbolismo de las piedras, si no las hubieran tenido cuando los recibieron de aquellos que les enseñaron el uso de los palillos, no los hubieran comprendido y expresado dejando que nosotros lo comprendiéramos también.

Los pedernales que proporcionaron el simbolismo de la primera pareja humana, como padres de los hombres, cuando se usaban para sacar el fuego, al dejar de ser los instrumentos productores de chispas y ser substituidos por los pallilos, continuaron desempeñando su primitivo papel en el simbolismo; mas entonces ya no se fijaban en la cualidad de las piedras y les era indiferente si producían chispas o no: atendían al simbolismo de los colores y buscaban rocas que los tuvieran determinados según lo que querían con ellas representar.

Tal fué la razón por la cual la obsidiana, piedra negra, tomó parte en el simbolismo representado al fuego, a la primera pareja humana y al ardor conyugal; ideas todas simbolizadas en un principio con el sílice que no por esto dejó de simbolizarlas. De la obsidiana tomó su nombre Itzpapálotl, palabra que se compone de Itztli obsidiana y papálotl, mariposa, y la Eva después del pecado, quedó convertida en mariposa de obsidiana. Peores metamórfosis le trajeron las evoluciones del simbolismo, a la que había sido la reina del Paraíso Terrenal..

*

* *

De las figuras simbólicas con que los antiguos mexicanos representaban a sus dioses, una de las que más deben haber impresionado a los españoles ha de haber sido la del dios tlaca-cíuatl Itzpapálotl. Las divisas militares que usaban los jefes en la guerra llevaban figuras de efectos mágicos ordinariamente escogidos para aterrorizar al enemigo. Una de ellas era la que llevaba el nombre Itzpapálotl que así describe Sahagún: "Es esta divisa hecha a la manera de figura de diablo, de plumas ricas y tenía las alas y la cola a modo de mariposa de plumas ricas y los ojos, uñas, pies, cejas y todo lo demás era de oro y en la cabeza de ésta poníanle dos manojos de quétzatl que era como cuernos" (Sahagún. vol. II. p. 295). En las láminas de la trecena del tonalámatl, bajo la custodia de Itzpapálotl, podemos ver en los códices la imagen de esta divinidad. Es generalmente un monstruo alado, a veces con la boca armada de dientes y las alas de ganchos a manera de uñas, lo que es propio de las mariposas; y si los españoles compararon una tal figura a la del diablo, no fué seguro por haberle encontrado alas de mariposa, aunque encontramos en los autores que las tenía y su nombre lo dice.

Los dioses mexicanos recibían en general de los misioneros y de los indios convertidos al catolicismo el dictado de diablo, pero a ninguno de ellos se le prodiga tanto como a Itzpapálotl en los Anales de Cuautitlán que es donde más se hace mención de él y a veces sin otra indicación específica sino la denominación genérica de diablo, talcatecólotl y mal espíritu. Cuando en la iconografía cristiana el diablo se representaba con alas, nunca se las ponían de mariposa, reservadas por los artistas para imágenes paganas de las hadas y amorcillos, sino de murciélago.

Los murciélagos no solo tienen en mexicano el nombre de Izinacantli sino también el de quimichpapálotl, que significa ratón-mariposa y entre el vulgo de México aún hay gente que cree, que a los ratones cuando se hacen viejos les nacen alas y se vuelven murciélagos. Itzpapálotl, en cuyo nombre entra la mariposa que debía tener más o menos el mismo color del ratón puesto que era negra como la obsidiana, bien pudo haber sido un dios crepuscular y nocturno como en efecto lo era, y su nombre representado

con un animal crepuscular y nocturno como el murciélago o ratón-mariposa, pues hay en México ciertas mariposas nocturnas negras de tamaño aparente de los murciélagos que frecuentemente yo mismo las he confundido con ellos. Mixcóatl, con su librea listada de blanco y rojo, que es la de los dioses crepusculares del cielo del planeta Venus, puede ser muy bien el esposo de una diosa murciélago y Quetzalcóatl, representante del planeta, el hijo de tales padres o también el padre del murciélago.

Existía semejante animal no sólo en la mitología de las tribus de raza maya, que le dedicaron un mes que era el cuarto según el cómputo de los mayas de Yucatán, y es común su representación mitológica, tanto en esa región como en Chiapas y sobre todo en Guatemala, sino también entre los nauas. De ello dan testimonio los coras en cuya mitología el murciélago fué quien dió salida a las aguas para que dejaran libre a la tierra que enteramente cubrían (Lumholtz. El México Desconocido. I. 500-501). Un hijo había tenido Quetzalcóatl, dice la Historia de los Mexicanos y este no tuvo madre (ob. cit. p. 235) : en el códice Magliavecchi de Florencia encontramos que el hijo fué el murciélago y nació en una piedra. En la fiesta de Teotleco, para solemnizar la llegada de los dioses, cuando suponían que llegaba el dios del fuego con otros viejos como él, que venían rezagados, se hacían los sacrificios de la misma manera que se le ofrecían las víctimas a este dios, arrojándolas vivas en los carbones encendidos. Al momento de echar los desgraciados cautivos en el brasero danzaban a su derredor, juntamente con otro, un joven que agitaba en ambas manos sendos chicauaxtlis o sonajas y que para el acto "se aderezaba como murciélago, con sus alas y con todo lo demás, para figurar esta ave" (Sahagún. vol. I. p. 154). El chicauaxtli o sonaja era símbolo de la procreación.

En los códices se ve la figura de un dios que no puede caber duda que sea un murciélago, y figuras tales se ven en las pinturas de los códices de Bolonia, Feyerbary y Vaticano B. En el códice Borgia vemos al murciélago bien caracterizado con la cabeza de un hombre decapitado, cogida por los cabellos con la derecha y otra cabeza chorreando sangre en la izquierda. En su propia cabeza lleva el murciélago el gorro cónico propio de Quetzalcóatl, con otros adornos peculiares de este dios, y lo más singular de esta figura es que en la punta de la nariz lleva un navajón de obsidiana o un pedernal. Otros dioses murciélagos que se pueden

ver en los mismos códices tienen la librea de Quetzalcóatl y no faltan en el códice Feyérbáry imágenes de Mixcóatl como cazador, que ostente el tocado peculiar y otros atavíos del mismo dios. El murciélago podría servirnos de lazo de unión, cuando otros argumentos nos faltaran, entre Mixcóatl y Quetzalcóatl y este murciélago para mí es Itzpapálotl: lo dice el navajón de obsidiana en la punta de la nariz y el empleo de sacrificador que le dieron en la piedra de Tula donde estuvo enterrado el padre de Quetzalcóatl que fué Mixcóatl. .

Horapolo dice que los egipcios pintaban un murciélago cuando querían representar a una madre que amamantaba y criaba bien a sus hijos considerándose este animal como un ser andrógino por que participaba de la naturaleza de los mamíferos amamantando a sus hijos y de la de las aves por sus alas. El tlacacíuatl Itzpapálotl, la Eva después del pecado según Ríos, en su cualidad andrógina perfectamente podría representarse con el murciélago juzgándolo con el criterio que Horapolo atribuye a los egipcios.

*
* *

Era la obsidiana, según el Dr. Brinton, el dios principal de los cakchiqueles. "Tiene un papel principal en la mitología cakchiquel, en los usos ordinarios de la vida. Este era el sagrado Chay-Abah, la obsidiana, que era el oráculo de la nación, que revelaba la voluntad de los dioses en asuntos importantes, tanto civiles como militares" (The Annals of the Cakchiquels. p. 43). Un tal dios en el libro quiché, que ordinariamente lleva en los escritos modernos el nombre de Popol Vuh con que lo dió a conocer traduciéndolo al francés el Abate Brasseur, aparece con otro aspecto.

Tohil, dios de los quichés "fué el ídolo del pueblo que primero creó el fuego". Era, como en el mismo libro se asienta, Youalliehecatl, el dios del espíritu del fuego de los nauas, y les hizo el fuego a sus adoradores, pero los cakchiqueles no lo quisieron recibir para no quedarle sujetos. "Y otra tribu o parcialidad hurtó el fuego en el humo, estos eran los de la casa de murciélagos y su ídolo se llamaba Chamalcan, de los cakchiqueles, y era semejanza de un murciélago cuando pasó por el humo, y pasando suavemen-

te, vino a tomar fuego y no lo pidieron el fuego los cakchiqueles". (Ximenez. Las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala pág. 90). Por este pasaje se ve que Chay-Abah, la obsidiana sagrada, no era para los cakchiqueles sino una representación del murciélago, o viceversa, que el murciélago era la representación animada y viviente de la obsidiana; ambas imágenes del dios del fuego Chamalcan. De Itzpapálotl dice el P. Ríos que "píntanlo con los pies de águila, porque dicen, algunas veces se aparecía y solamente veían los pies como de águila". (Códice Telleriano Remense) En esa misma forma y por la misma razón pintaban a Chantico, diosa del fuego, y el águila era un emblema del mismo elemento y ya vimos como en una pintura de la peregrinación mexicana aparece Quilaxtli en figura de águila.

El Dr. Seler, cuya traducción del pasaje que acabamos de copiar del Popol Vuh difiere un poco de la del P. Ximenez, sin hacer comentarios trascribe el nombre del dios cakchiquel una vez Chimalman en vez de Chamalcan, identificándolo así con la madre de Quetzalcóatl, la mujer de Mixcóatl. (The Bat God of the Maya Race). En el caso que haya sido intencional la transcripción del autor estoy conforme en que Chamalcan pudiera haber sido una forma corrompida del nauatl Chimalma, y no sería este el único ejemplo de un dios naua que con su propio nombre en este idioma, aunque corrompido, hubiera pasado a una tribu de origen maya: en Yucatán adoraban a Piltzinteuctli, el señor de los niños, esposo de Xochiquetzalli, que en el fondo era la misma Chimalma, como Piltzinteuctli, dios del fuego del hogar doméstico, era una forma, otro aspecto mitológico de Mixcóatl y conocían también a Mictalanteuctli. Si Zotzil o Zotzilaha, como cree el Dr. Seler, es el nombre cakchiquel del dios murciélago, y este no es sino otra denominación de Chimalma, la cuestión queda resuelta por completo. Chimalma es el murciélago, Itzpapálotl es Chimalma, luego Itzpapálotl es el murciélago.

El simbolismo del murciélago tuvo probablemente su primer asiento en el valle de México, quizá en la cueva de Tzinacanóstoc como otros mitos que se refieren a Mixcóatl, pero se desarrolló más en Centroamérica en donde asegura Ximenez que el ídolo de los cakchiqueles "tenía la figura de un murciélago". (Ob. cit. p. 170). En México lo suplantaron otros mitos.

La obsidiana era un dios, como vimos, a quien consultaban sus negocios los cakchiqueles; debía entonces haber sido un feti-

che material que respondía a las consultas por boca de adivinos o sacerdote, y tal fetiche en forma de cuchillo de obsidiana o en figura de murciélago era en realidad Chimalma aunque el nombre de Chamalcan no responda al de Chimalma identificada con Itzpapálotl. Por tanto el cuchillo que se ve en la punta de la nariz del murciélago demostraría haber sido Itzpapálotl un fetiche de obsidiana también, cuya forma viviente era el murciélago. La representación de la diosa tierra en México era un cuchillo, un trozo de obsidiana ni más ni menos como Cibeles la diosa frigia en esa forma de Niger lapis, trasportada a Roma en el tiempo de la República. ¿Qué era entonces Mixcóatl la personalidad masculina de Itzpapálotl, el Hermes de Afrodite?

*

* *

Cuando habla Sahagún de los tarascos de Michoacán, de ellos dice que tomaron el nombre del dios que adoraban, Taras, que "en lengua mexicana se dice Mixcóatl, que era el dios de los chichimecas": (vol. III. p. 138) y cuando dice en otro lugar que comenzaron a peregrinar los michuaques, añade que venía con ellos "su señor que los guiaba llamado Amímitl": el mismo que se enumera como uno de los caudillos de la peregrinación mexicana, y fué quien sacrificó a Mímich, Xiúhnil y Quilaztli.

Se asegura que cuando salieron los de Cuitlahauc, venía con ellos su dios Amímitl "que era una vara de Mixcóatl, al cual tenían por dios y por su memoria tenían aquella vara". (Hist. de los Mexicanos. p. 239). La palabra vara está entendida aquí en el sentido de dardo o javalina. Veamos por consiguiente cual era ese dios de los tarascos para saber en concepto de Sahagún quién era Mixcóatl y cuál el simbolismo mitológico encerrado en él. Los isleños del lago de Pátzcuaro preparaban hostilidades a los tarascos invasores de Michoacán: súpolo su jefe Tariácuri y cuando le llevaron la noticia pidió una bolsa que cargaba consigo "y sacó de allí una navaja para sacrificar las orejas y díjoles; mirá: llevad esta navaja; con esta daba yo de comer al dios del fuego que hace llama en medio de la casa de los papas". El espíritu que hacía arder el fuego era el dios

de los tarascos, y en lo que sabemos de ellos por la Relación de Michoacán a cada paso queda confirmado; en ese documento no se da al dios el nombre de Taras que le da el cronista y en ninguna otra parte encontramos mencionado sino el de Curecaveri. El Irecha, rey o señor de los tarascos, Ticatame apenas llegó a Naranjan y fué advertida su presencia por los moradores del país, lo hicieron saber al Señor del pueblo diciéndole: "Iré Ticatame trae leña para los fogones de Curecaveri, todo el día e la noche ponen incienso en los braseros o pilas los sacerdotes". Curecaveri era el nombre del espíritu que se manifestaba en el fuego, y por eso se llama sus fogones.

En otra parte lo tenemos expresado con mayor claridad. Tariácuri Cétaco y Aramen, hijos de los jefes tarascos habían quedado huérfanos, y estaban bajo el amparo de tres sacerdotes del dios, quienes dirigiéndose a Tariácuri que era el mayor "no hacían sino amonestarle y avisarle todos tres diciéndole: Tariácuri ya tienes discreción, trae leña para los cues, da de comer leña a Curecaveri, porque le han hecho huérfano los isleños de la laguna que mataron a tu padre". (Relación de Michoacán ed. de Morelia págs. 135, 168 y 179). ¿Quién otro podía haberse alimentado con leña sino un dios del fuego, el espíritu de las llamas, la luz y el calor que despide? Ese era el Curecaveri de los tarascos en cuanto a su esencia; en cuanto a su forma tangible lo encontramos en la misma Relación.

"Yo os quiero dar una parte de Curecaveri", decía Tariácuri a sus sobrinos, y añade el autor de la relación "que es una navaja de las que tienen consigo". "Yo os quiero dar una parte de Curecaveri y esta pondréis en mantas y la llevaréis allá y a ésta traeréis vuestra leña y haréis un rancho y un altar donde pondréis esta navaja" (Relación p. 256). Palabras que no dejan lugar para dudar que un cuchillo de sílice u obsidiana fuera la forma en que los tarascos adoraban al espíritu del fuego Curecaveri. Desgraciadamente ignoramos de qué manera representaban al dios cuando se hicieron idólatras y politeístas a ejemplo de los nauas que ya lo eran cuando los tarascos se encontraron con ellos en la laguna de Pátzcuaro, pero podemos presumir que sean de Curecaveri las estatuas yacentes encontradas en Michoacán como eran las de Mixcóatl según los Anales de Cuautitlán.

Carecemos de motivo para dudar de las palabras de Sahagún, que el dios de los tarascos fuera el que los nauas llamaban en su

lengua Mixcóatl, y por el contrario todo concurre a hacernos creer que a semejanza de Curecaveri, Mixcóatl hubiera sido un fetiche también, un navajón de pedernal, la piedra que sirvió para sacar lumbre en las primeras peregrinaciones y se volvió obsidiana después. Los enormes trozos de obsidiana en forma de cuchillo que se encuentran en varias partes de México, aún en la península de Yucatán, son testigos fehacientes del culto que recibía esta roca volcánica que ordinariamente los nauas llamaban itztli, los tarascos tzinapu, pero que los primeros ennoblecieron con la designación de teotetl, piedra dios.

No hay duda que un navajón de sílice fué al principio el símbolo de Mixcóatl. El culto que recibía Mixcóatl y los dioses ligados con él en la forma que nos lo indican los mitos, las leyendas y ceremonias rituales examinados, es el mismo del egipcio Khem y del griego Pan. Manifiestas señales de él en la forma más patente de los egipcios y griegos se encuentran en las ruinas de Yucatán, en las piedras que en Chiapas parece tenían el mismo significado de los dolmenes y obeliscos y en las representaciones que tanto dieron que decir a los conquistadores, de las estatuas y símbolos encontrados entre los huaxtecos.

En Pánuco principalmente y otras provincias, dice el Conquistador Anónimo, "adoraban objetos indecentes que tienen en sus mezquitas, y así mismo en las plazas, juntamente con figuras obcenas de bulto". (Icazbalceta. Col. de documentos p. 387) Esto mismo es lo que se ve en las ruinas de Uxmal y otras de Yucatán. Aunque todas las tribus cultas de México tenían un culto que los modernos tomándolo de las religiones de la India llaman sivaítico, no todas lo tenían en la forma tan repugnante como se conservó entre los cuextecas hasta la llegada de los españoles.

Las peñas de Mixcóatl entre los nauas tenían el mismo significado sivaítico de los ídolos cuextecas y monumentos de Yucatán, pero entre ellos, ese culto, que nuestras creencias y moralidad nos hace juzgar una infamia, pasó sin ser notado por los misioneros, entre los pliegues del simbolismo; y disfrazado con el pedernal y la obsidiana, revestía más bien las formas veladas y simbólicas de los misterios eleusinos de Grecia y de Isis de Egipto, sin sus repugnantes manifestaciones realísticas. Algunas cosas creo yo que los misioneros no comprendieron, pero la mayor parte de ellos callaron, y por eso cuando habla Motolinía de un as-

queroso vicio que se achacaba a los mexicanos dice que "el demonio para más predominarlos los cegó e hizo creer que entre sus dioses se usó y fué lícito aqueste vicio e no obstante que así se lo notificó e introdujo según sus historias lo manifiestan, como sea vicio tan repugnante a la naturaleza, siempre lo tuvieron por malo e en gran deshonra e infamia y en las provincias de México y Texcoco, con lo a estos señoríos sujeto había pena de muerte al que tal pecado cometía". (Memoriales p. 264).

Tales mitos que los misioneros callaron y eran enteramente simbólicos, no fueron inspirados por un estado de inmoralidad brutal que gratuitamente suponen en el hombre primitivo, y simbólicos fueron también los mitos similares de los egipcios y los griegos, de los hindues, iranios asirios y otros pueblos. Si la ley natural no hubiera hecho oír su voz al hombre primitivo, no se ve la razón, por qué pueblos neolíticos como los nauas a pesar del ejemplo de los dioses hubieran condenado a muerte a los infractores de esta ley.

Antes de terminar tan escabroso pero interesantísimo argumento, que indispensablemente tenía que tratar, quiero hacer percibir una coincidencia más. Chemmis era la ciudad de Egipto en donde estaba el centro de adoración de Chem o Khem que los griegos juzgaban sinónimo de Pan y por esto dieron a la ciudad el nombre de Panópolis. Sus habitantes, según Estrabón, se dedicaban a las construcciones de piedra y fábrica de tejidos ni más ni menos como leemos en las antiguas crónicas que hacían los xochimilcas adoradores de Chantico, diosa del fuego y Quilaztli que tan importante papel desempeña en los mitos de Mixcóatl; pero no es esta la coincidencia a que me refiero. Chemmis no era solamente conocida por el culto de Pan o Khem, cuyos atributos, culto y adoración están de acuerdo con los de Mixcóatl, sino también por un templo que tenía dedicado a Perseo, otro dios o héroe griego asimilado al egipcio Khem, y era cuadrangular y rodeado por un bosquecillo de palmeras, teniendo a la entrada dos elevados pasillos de piedra terminados en lo alto por sendas estatuas. (Champollion. L'Egypte vol. I. p. 267). Recordemos el lugar que en el templo mayor de México estaba dedicado a Mixcóatl con su peña artificial y su bosquecillo; recordemos que como Perseo, el representante de Camaxtli, Mixcoatontli, paseaba al derredor del templo de Tlaxcala, cogida de los cabellos y chorreando sangre la

cabeza cercenada del cuerpo de una mujer que, como Medusa, era símbolo de la tierra y que como Medusa llevaba en el simbolismo mexicano las serpientes de Coatlicue, la que lleva las enaguas de serpientes. Algunos filólogos derivan el nombre de Perseo de πέρθα quemar, y es probable, dicen que sea el mismo Hefesto o Phtah, dios del fuego entre los griegos y egipcios: ¿No pudiera ser el mismo Chem o Pan que simbolizara el ardor de la concupiscencia? De uno y otro modo las relaciones de Perseo con Mixcóatl son muy notables.

Con relación a los teochichimecas, los nauas salvajes primitivos, no llegaron a estos refinamientos del simbolismo que vinieron después, pero con sus piedras para sacar lumbre, que los que vinieron ya traían probablemente entre su simbolismo religioso, una, considerada como elemento pasivo, la que despedía las chispas; otra, como el elemento activo, la que las excitaba, ya venían los sexos confundidos, y así se aplicaron a los fetiches de los nauas que fueron divinidades después. A la piedra que recibía los golpes convenía el género femenino, pero como el jefe estaba encargado de ella, y este jefe se volvió el fetiche primero y el dios después, vino la confusión entre el sexo supuesto en la piedra y el que correspondía al jefe en la realidad.

Otra fiesta hacían los nauas al mismo dios del fuego, que tenía especialmente dedicada la última de las veintenas, la décimaoctava, en que la fiesta era menos clamorosa y más doméstica, y se dividía en dos solemnidades con iguales ritos, considerando al fuego, al cual se destinaban ambas, dividido en sus dos elementos y por eso la primera solemnidad se consagraba a un dios, la segunda a una diosa, de los que en especial tenían a su cargo la conservación y aumento, pero no en general de la tribu, sino de la familia en particular. Para usar los términos clásicos que admirablemente corresponden a las fiestas que en dos veintenas distintas hacían los nauas al fuego diré, que la primera fiesta en la décimacuarta veintena estaba destinada al fuego de la ciudad y de la tribu, que entre los griegos ardía en el pritaneo, entre los nauas en un edificio especial del templo mayor, y estaba en Grecia bajo la salvaguardia de Pan. En el pritaneo de Olimpia dice Pausanias "en el aposento donde está el hogar hay un altar dedicado a Pan". (o. c. V. XV. 3).

La segunda solemnidad se dedicaba al fuego del hogar que ardía en las casas de los griegos, romanos y nauas y entre estos

últimos además, en el edificio del calpulli que era una agrupación social análoga a la curia de los romanos y fratra de los griegos, En Grecia y Roma el fuego del hogar estaba a cargo de Vesta, en México, de Xochiquetzalli y Piltzinteuctli, que significa el señor de los niños.

La última veintena del año en que tenía lugar la fiesta del fuego doméstico se llamaba Itzcalli, y por razón de la segunda solemnidad Xochilhúitl. En Tlaxcala llevaba también el nombre de Xilomaniztli. En general toda la veintena estaba consagrada "al dios del fuego o a ese mismo fuego que lo tenían por dios generalmente por todas partes". (Motolinía. Mem. p. 61). En preparación a la primera solemnidad los muchachos y mancebillos, como dice Sahagún, salían la víspera a cazar animales de toda clase y apagaban los fuegos en los templos y en las casas. A media noche sacaban fuego nuevo en los calpullis o barrios y todas las familias que al calpulli pertenecían, lo tomaban con yesca y lo colocaban en el hogar. "En amaneciendo el día siguiente, venían todos los muchachos y mancebillos trayendo toda la caza que habían tomado el día antes" y en el calpulcalli "ofrecían las aves que tenían cazadas de todo género, y también peces y culebras y otras sabandijas del agua, y recibían estas ofrendas los viejos y echábanlas en el fuego que era grande" y ardía delante de la imagen del dios hecha con un manequí de varas, al cual ponían la máscara y todos los adornos de la divinidad. (Sahagún vol. I. p. 184). La misma ofrenda hacían los niños en los hogares de sus casas: recibiendo todos como obsequio de los viejos sacerdotes del fuego y de sus padres, cierta clase de bollos o tamales especiales, que en todas las casas se hacían para esta solemnidad. Era la recompensa del mantenimiento que daba el dios a la familia por los sacrificios de los animales.

El nombre Xochilhúitl o fiesta de Xóchitl, flor, se daba a la veintena por la otra solemnidad en honra de Chicomexóchitl, siete flores, uno de los nombres litúrgicos de Xochiquetzalli, relacionado con las fechas del calendario y tonalamatl en que se obsequiaba a la diosa en modo especial. (Códice Magliavechi, en la explicación de la lámina correspondiente a la solemnidad). La diosa a quien se hacía la fiesta en Tlaxcala era Matlalcueye, la de las enaguas de red; nombre que daban a Xochiquetzalli los tlaxcaltecas, y Clavijero nos dice que a quien se hacía la fiesta era a la Madre de los dioses. (o. c. vol. I. p. 286). Los ritos que des-

cribe Sahagún sin decirnos a quién se hacían en particular, sino en general al fuego, son iguales a los de la solemnidad anterior; ofrecimiento al fuego de animales cazados por los muchachos y recompensados con tamales.

El intérprete del códice Telleriano Remense dice que celebraban al fuego de esta veintena "porque en tal tiempo calentaban los árboles para brotar. Fiesta de Piltzinteuctli, la naturaleza humana que nunca se perdió en las veces que se perdió el mundo". Piltzinteuctli, entonces en unión de Xochiquetzalli su esposa, representan en estas fiestas el fuego del hogar, como el conservador y reproductor de la humanidad por medio de la familia y la unión conyugal. Es el complemento de la fiesta simbólica de Mixcóatl que fué para la tribu, con su mujer Coatlicue, lo que Piltzinteuctli con la suya Xochiquetzalli era para la familia.

Las razones simbólicas hacen que en los mitos se confundan los personajes. La multiplicación de los animales y los frutos de las plantas, con sus renuevos, eran necesarios para la conservación y aumento de la familia y de la tribu y para conseguirlo se hacían las fiestas del fuego representado por las parejas matrimoniales de Piltzinteuchtli y Mixcóatl. A esto alude el nombre de Xilomaniztli que daban los tlaxcaltecas a la solemnidad y significa, según Durán, "estar las mazorcas en leche o empezar a brotar y nacer la espiga del maíz"; y la representación gráfica del ideograma que expresa la veintena y consiste en la imagen del dios fuego o en el templo a cuyo lado se ve un árbol cuyos renuevos comienzan a brotar.

*

* *

No hay dos autores que estén de acuerdo en el significado de la palabra Itzcalli. Durán la deriva del verbo mozcaltia que quiere decir crearse, en lo que demuestra haber comprendido el significado que daban los indios a la solemnidad; pero no veo yo como una palabra pueda etimológica y fonéticamente derivarse de la otra. Veitia dice que significaba retoñar la yerba, sacándolo tal vez del ideograma, pero no de la palabra que Torquemada traduce, resucitado o el de la resurrección. "Tampoco puedo de-

cir nada, leemos en Clavijero, acerca del nombre Itzcalle que daban a este mes. Itzcalli quiere decir, he aquí la casa, pero la interpretación que le dan Torquemada y León me parece demasiado violenta" (o. c. I. p. 286). Y a mí me parece increíble que una etimología tan bien indicada, hubiera escapado a la penetración de los maestros en el idioma de los indios, y juzgo que una tal etimología no la dieron a la palabra, por haberles parecido demasiado absurda. Itztli es la obsidiana, palabra que al entrar en composiión con otra, pierde su última sílaba como ya lo vimos en Itzpapálotl que tiene el mismo elemento, y unida con calli, la casa, se forma itzcalli, casa de obsidiana, o mejor, casa de la obsidiana.

Para la segunda solemnidad de Itzcalli, dice Sahagún, "hacían otra vez la estatua del dios del fuego, de palillos y círculos atados unos con otros, como arriba se dijo. Concluída la estatua poníanle una carátula o máscara hecha de mosaico de pedacitos de concha, que llaman tapachtli, la barba y hasta la boca tenía esta máscara de piedras negras, que llamaban teutetl: también tenía una banda de piedras negras que atravesaba las narices, y ambos rostros, eran hechos de piedras que llaman tezcapuctli" (o. c. v. II. p. 185). Teutetl era el nombre de la obsidiana más negra, fina y compacta que el autor citado compara al azabache. Cuando usaban esta clase de piedra para la máscara del dios del fuego, al cual no da ningún nombre nuestro cronista en este lugar, tal vez lo hacían para significar que Itztli o Teotetl era su nombre.

Los mayas tenían un mes Zotz, los cakchiqueles tenían su dios con el nombre de murciélago, que cree el doctor Seler no era solamente Zotz sino Zotziha o Zotzilaha, que quiere decir, casa de murciélago. Conocemos ya las relaciones íntimas que en las tribus mayas y nauas había entre el murciélago y la obsidiana. ¿Por qué de ellas no podemos deducir, que Itzcalli se llamara casa de obsidiana o de la obsidiana porque este nombre fuera una advocación, un epíteto de Piltzinteuctli que se festejaba en la veintena llamada así? El dios del fuego llevaba la máscara con teotetl en la segunda solemnidad dedicada a la esposa de Piltzinteuctli, la madre de los dioses, la que entre los cakchiqueles llevaba el nombre de Chimalma y Zotzilaha, la casa del murciélago. No repugna que la misma divinidad, supues-

ta la igualdad del murciélago y la obsidiana como símbolos del dios fuego, llevara entre los nauas el nombre de casa de la obsidiana y por eso se llamara Itzcalli la veintena en que se festejaba.

Según los escritores más antiguos de nuestra historia, Motolinía, Mendieta, el autor de las anotaciones al códice Magliavecchi, el de la Historia de los Mexicanos y otros igualmente del siglo XVI, entre los cuales Durán; nos dicen que el año entre los mexicanos y otros nauas comenzaba el día primero de marzo y por consiguiente el mes Itzcalli que era el último debía comenzar el 3 de febrero. Fundados seguramente en razones idénticas a los que tuvieron los nauas para consagrar su mes Itzcalli al fuego doméstico en las personas de Piltzinteuctli y su mujer, los atenienses llamaron γαμελιών a su séptimo mes que correspondía a la última mitad de nuestro enero y la primera de febrero, y era entre los meses atenienses el que más se aproximaba a la época señalada para el Itzcalli de los nauas. γαμήγιος significa en griego matrimonial y dice Passow que así se llamaba este mes por ser el tiempo más propicio para las uniones conyugales. Ese mismo mes tuvo también el nombre γηναιών por una fiesta celebrada en honor de Dionisio, dios que entre los griegos tenía mucho que ver con la procreación y la agricultura, y sus mitos tenían fuertes conexiones con los de Demeter y Pan. Λήναια era una fiesta agrícola, y si consideramos el nombre de Xilomaniztli que los tlaxcaltecas daban a Itzcalli, podemos decir que era también agrícola la fiesta que hacían los nauas este mes.

*
* *

Uno de los atributos de Tezcatlipoca, rojo o negro, que raras veces le faltaba en las estatuas y pinturas con que lo representaban, era un espejo. Cuando fué a Tula, celoso del culto que allí tenía Quetzalcóatl, entró al templo del dios, donde se guardaba un espejo que los dioses estimaban en gran manera, porque les había dicho Quetzalcóatl que por su medio, cuando hubieran menester de lluvia y se la pidieran con ese espejo, se las había de conceder. Cuando entró Tezcatlipoca en el templo, encontró dor-

midos a los guardianes, se fué de rondón al altar y se robó el espejo escondiéndolo debajo del petate en donde dormían los guardianes, y hecho esto se fué. Era sólo una burla del dios, porque al salir, encontró una vieja y le dijo: "ve al templo y di a esos guardianes que lo que buscan está debajo del petate y ellos te querrán bien". Así lo hizo adquiriendo la vieja la gratitud de los guardianes. (Thévet, o. c. p. 37).

Texcoco era el centro principal del culto de Tezcatlipoca y por la descripción que conservó Pomar de la estatua de madera que allí tenían, comprendemos que era el negro el Tezcatlipoca que adoraban allí. "Tenía de los molledos abajo hasta las manos tiznadas de negro y espejuelo que es un género de metal reluciente". Lo que llamaban marmaja vulgarmente y es la obsidiana pulverizada. "Tenía las piernas de los medios muslos abajo embijados de lo mismo: el rostro de hombre mozo y muy bien contrahecho y una máscara con tres vetas de espejuelo y dos de oro que le atravesaba el rostro, con un bezote de caracol blanco y dos orejas grandes, como de lobo, de nácar muy reluciente, y debajo de ellas las otras que parecían propias". En el pecho llevaba "tres sartas de piedras preciosas que ellos llaman teoxiuitl y nosotros turquesas; y por bajo de ellas un joyel de oro, que significaba el mundo". Este joyel era el espejo simbólico del dios. (Pomar. Relación de Texcoco. Icazbalceta. Nueva colección de documentos. vol. III. p. 8 y 9).

Junto al templo mayor de Texcoco "hay una sala y aposento que llaman Tlacatecco, que se interpreta por una casa de hombres de dignidad, en donde se guardaban por cosas principalísimas y divinas; dos envoltorios y líos de muchas mantas muy ricas y muy blancas, el uno del ídolo Tezcatlipoca y el otro de Huitzilopochtli. En el de Tezcatlipoca estaba un espejo de alinde del tamaño y compás de una media naranja grande engastada en una piedra negra tosca". (Pomar. o. c. p. 13). El fetiche de Curecaveri era una simple navaja de sílice u obsidiana, el de Tezcatlipoca un espejo de alinde engastado en obsidiana sin pulir.

El significado que se le da en español a la palabra alinde, según el diccionario de la Academia edición de 1884, es la capa metálica reluciente que se coloca detrás del cristal para formar el espejo. Alinde es una palabra arábica, al-hind que propiamente significa el hindú o indio, y como de las Indias orientales lle-

vaban los árabes el acero, lo llamaron alhind, dando este nombre también alguna vez al hierro. En los libros de Alfonso X, se lee: "Et sea esta pierna movible de azero o de alfinde", y también: "Et toma un pedazo de alfinde o de fierro calzado con acero" (II. 118 y 129), lo que manifiesta que en el antiguo español la palabra alfinde o alhyde como se lee en el Cancionero de Braena, tenía el mismo significado del árabe de donde se tomó. Los autores árabes hablan de espejos de alinde o sea de acero. pero el significado de la amalgama de estaño y mercurio usada en nuestros espejos que prefiere la Academia, escribe Dozy que él ignora si los árabes usen la palabra en ese sentido. (Glossaire des Mots Espagnols et Portugais Dérivés de l'Arabe). No eran así los espejos de los indios, porque no conocían el acero, el hierro o el vidrio ni mucho menos el modo de amalgamar el azogue para formar el alinde. Sus espejos eran de piedra y los había de dos clases.

Hay unas piedras negras, que cuando las labran y pulen, dice Sahagún, "hácense unos espejos de ellas que representan la cara muy al revés de lo que es". A los espejos de obsidiana, que tal es la piedra negra que dice el autor, les daban varias figuras "pues unos son redondos y otros triangulares, etc." Eran los espejos más ordinarios los usados por la gente común. Es curioso que el escritor árabe Ibn-Djobair hablando de una piedra negra, la obsidiana probablemente, dice "que es muy negra y muy brillante, de manera que refleja enteramente la imagen de las personas como si fuera un espejo de aire (alinde) recientemente bruñido". (Ap. Dozy. o. y l. citados). Para los más costosos y ricos, sigue diciendo Sahagún: "Hay en esta tierra piedras de que se hacen espejos; hay venas de ellas y minas donde se sacan: unas son blancas, de las cuales se hacen buenos espejos, son para señores y señoras. Cuando están en piedra parecen pedazos de metal: mas las labran y pulen, son muy hermosos lisos, sin raya ninguna, son preciosos y hacen la cara muy al propio" (Sahagún. vol. III. p. 301). Si estos espejos eran de una piedra que parecía pedazos de metal, no podía ser blanco en el sentido propio de la palabra; eran de un color claro y así son algunos que he visto y he tenido en mi poder, que eran de pirita de fierro, mineral que llamaban los mexicanos petztli y les servía para sus espejos, y bien pulido, muy bien pudiera decirse de alinde o acero bruñido. Para hacerlos cortaban sutilmente las piedras, las raspaban con

un instrumento llamado teuxalli, una piedra arenosa, y para ello usaban un betún hecho de estiércol de murciélago, puliéndolo con una especie de cañas de bambú que ellos llamaban quitzalutlatl. Los fabricaban "de dos ases, pulidos en ambas partes y de una as solamente: espejos cóncavos todos muy buenos y algunos de piedra blanca y negra". (Sahagún. III. p. 60). Pomar quizá ignoró el equivalente castellano de la palabra petztli o en aquella época se daba acaso en México a la pirita el nombre de alinde por su parecido al hierro y al acero pulidos y así es indudablemente inexacta la denominación del espejo de Tezcatlipoca, que casi con absoluta certidumbre podemos decir que era de pirita.

Tezcatlipoca no significa en mexicano espejo resplandeciente, sino espejo que humea y así generalmente traducen la palabra derivándola de tezcatl, espejo, y el verbo popoca, humear. Etimología que abonan los jeroglíficos del nombre no sólo de Tezcatlipoca sino de citlalpopoca, coapopoca y otros que se componen del mismo elemento popoca, gráficamente expresado por una voluta que indica el humo. ¿Y qué conexión podía tener con el humo el espejo de pirita, sino porque era el instrumento que servía para arrancar las chispas al pedernal que encendía el fuego de donde el humo procedía? El nombre que dan a la roca en mineralogía y es el del griego πῦρ fuego, le vino de esa cualidad, y fragmentos de él encontrados en estaciones neolíticas y sepulcros egipcios predinásticos, arguyen en favor de la remotísima antigüedad del mineral usado como instrumento para sacar chispas de lumbre del pedernal.

El humo que salía del espejo de Tezcatlipoca nos da a entender que la pirita de que estaba formado no tenía exclusivamente el objeto de reflejar las imágenes, sino ante todo el de excitar el fuego, como se desprende del mito en que Tezcatlipoca se vuelve Mixcóatl, para encender las hogueras, es decir, la pirita se une con el pedernal para encender el fuego, que sólo se podía hacer por medio de la unión de ambas piedras. Cuando abandonaron el antiguo método de sacar lumbre, en la pirita de Tezcatlipoca sólo vieron el espejo pero no perdió el objeto nada de la veneración que le tenían: quizá era ya un fetiche, un representante del dios fuego, el Tezcatlipoca cambiado en Youalliehécatl, y de allí la costumbre de llevar los espejos como imágenes del dios, introducida desde que el espejo de Tezcatlipoca servía de ins-

trumento activo en la operación de sacar fuego nuevo. Tezcatlipoca era el eslabón, Mixcóatl la piedra con que hacían aparecer al dios manifestado por el fuego.

Itztli, la obsidiana, o técpatl, el pedernal, era el segundo de los señores de la noche, dioses nocturnos cuyas principales atribuciones eran las cábalas del tonalámatl. Este dios era dibujado en el códice Vaticano B con las insignias y atributos que corresponden a Yayauqui-Tezcatlipoca, el negro dios nocturno, con quien se liga el símbolo de la obsidiana más bien que el pedernal.

*

* *

El autor de la explicación de las figuras del códice Magliavecchi dice de Tezcatlipoca que "era el mayor de los mayores de sus dioses que ellos reverenciaban. Llámanlo por otro nombre Titlacaon que quiere decir de quien somos esclavos, y a este se atribuyen bailes y cantares y rosas y traer bezotes y plumajes que es la cosa que ellos más estiman". Lo que atribuían los indios a Tezcatlipoca, podemos estar seguros que lo tuvieron antes de recibir la cultura y fué uso o costumbre de los nauas teochichimecas.

El uso del bezote, adorno ordinariamente de piedra, que se colocaba en un agujero practicado en el labio inferior, puede, a mi modo de ver, relacionarse en un tal caso con el del espejo; y si uno era símbolo de una de las piedras con que sacaban el fuego, el otro sería representación de la otra, y por eso el bezote iba por delante, el espejo por detrás y el individuo quedaba sumergido en el dios por decirlo así. Pronto tendremos ocasión de ver que el bezote era probablemente una insignia relacionada con el sol. Algunas tribus salvajes de los nauas llevaban los espejos en la parte posterior, los cultos, en vez del espejo, tenían una especie de escudo adornando el nudo posterior del máxtlatl con el nombre de tezcacuitlapilco, espejo de la cola. Mas estas ya son conjeturas que no descansan en muy sólidos fundamentos.

El bezote, que tenía varias formas y varios significados, según su forma, en la más común y primitiva, que era la de un

disco a manera de los botones grandes que se han usado en los puños de las camisas, significaba valor; y los llevaban aquellos que iban a la guerra. Entre los acaxees de Durango tantos se ponía el guerrero cuantos hubieran sido los enemigos que había matado. Los bezotes largos, cilíndricos, los usaban los señores.

Las danzas, los cantos, las flores y las plumas, fueron propios de todos los pueblos de ambos mundos cuando estaban en un estado salvaje, y sólo arguyen el común origen de la humanidad. Puede decirse lo mismo del uso de los narcóticos y plantas venenosas en cuyo conocimiento se distinguían los nauas.

Inhumana, egoísta y sanguinaria, a nuestro modo de ver, caritativa en el concepto salvaje, era la costumbre que tuvieron los nauas antes de recibir la cultura, de abandonar a los enfermos o matarlos, lo mismo que a los ancianos. A éstos, dice Sahagún de los teochichimecas, "los mataban metiéndoles por la hoya de la garganta una flecha". (Vol. III. p. 119). Idéntica costumbre tenían algunas tribus teutonas y los cimbros colocaban a estos desgraciados sobre una pira, los mataban y quemaban sus cuerpos. Escribe Frazer que "la costumbre de matar a los viejos y enfermos parece haber sido practicada generalmente en varias ramas de la familia ariana y algún tiempo pudo haber sido común en toda ella". (Golden Bough vol. IV. p. 14). En tiempo de la más refinada cultura griega, una ley de la isla Keos, una de las Cícladas, prohibía a sus habitantes bajo pena de muerte vivir más de sesenta años. ¡Y la excelencia de las leyes de Keos era proverbial en Grecia!

Poco adelantamos en las fastidiosas y largas disquisiciones anteriores, pero lo poco que conseguimos saber es indudablemente cierto y mucho nos ha de servir el conocimiento de las pocas verdades adquiridas con algún esfuerzo, para llevarnos por buen camino tras de otras. No encontramos sombra de alguna cultura en los nauas: su religión, su sistema social sus costumbres no difieren de las que tenían las tribus del norte, más allá de Arizona y Nuevo México, vagando por las praderas, cazando en las montañas, pescando en las orillas del Pacífico. Queda por consiguiente demostrado no haber sido los nauas quienes introdujeron la cultura. Ellos la adquirieron en México. ¿Cómo? ¿Por sus propios esfuerzos o con exteriores auxilios? Lo veremos. Entretanto dejemos establecido que su concurso en

la obra de civilización de las otras tribus fué casi nulo, y que su estado de salvajismo, difería, pero muy poco, del de los quinametin que ya encontraron establecidos.

Cuando llegaron a la Mesa Central, al Valle de México, adoraban un dios, que era el espíritu del fuego y traían dos fetiches relacionados con el mismo dios: era uno un espejo de pirita que les servía de eslabón y lo traían sólo con el respeto, veneración y acatamiento de un fetiche; no era para ellos un ídolo. Venía encargado de este fetiche un hechicero, un adivino, que no hacía las veces de sacerdote sino de hechicero, astrólogo y nigromante, y era a quien, como a representante del fetiche, imagen del dios, se consultaba en las largas estancias, en las jornadas que emprendían, todo lo que miraba al bien de la comunidad. "Venía hablando con ellos este espejo en voz humana para que pasasen adelante y no parasen ni asentasen en las partes que viniendo pretendieron parar y poblar, hasta que llegaron a esta tierra de los chichimecas acoluaques, donde llegados no les habló más, y por eso hicieron en ella su asiento". (Pomar. l. c. p. 13). El hechicero a cuyo cuidado estaba el espejo que humeaba, de él recibía el nombre de Tezcatlipoca.

El otro fetiche era el pedernal, la culebra de nube; lo llevaba el jefe, de esa culebra de nube, tomaba el nombre de Mixcóatl. Aunque su representación era grande por ser la madre de las chispas, Yotztlamiyauatl, llama que va a nacer, como materia que más fácilmente se encuentra, era el pedernal de importancia inferior a la pirita más rara y de mejor vista por sus reflejos metálicos. Si la pirita se entregaba a la custodia del hechicero y no del jefe, era por las facultades sobrenaturales que poseía y podía poner en juego, en defensa del fetiche, ya convirtiéndose en oso o tigre, ya en águila o serpiente, según convenía para su defensa. Objeto tan precioso y de importancia tan capital para el bienestar de la comunidad, debía estar bajo el cuidado, no sólo del valor personal sino de las artes de la magia. Para la defensa del pedernal y de su custodia bastaba el valor y la autoridad del jefe; si se perdía, era más fácil reponerlo.

Cuando los cakchiqueles y los tarascos tenían la piedra como símbolo y fetiche del fuego, convertida en obsidiana, el fuego ya se sacaba con los palillos y por esto el eslabón que hacía

saltar la chispa, no estaba representado en su roca simbólica sino el pedernal de donde procedía y había sido la insignia, el fetiche encargado a los jefes nauas. Dejaron el eslabón, el espejo de pirita, la insignia, el fetiche del hechicero: la piedra fué entonces el dios principal de los cakchiqueles y tarascos simbolizando en la obsidiana al dios del fuego. Los nauas conservaron el eslabón, tomando como símbolo del mismo dios el espejo que humea, la pirita, y Tezcatlipoca fué constantemente para ellos el más grande de sus grandes dioses. Tezcatlipoca y Mixcóatl son nombres simbólicos que no repugna pudieran haberlos llevado en realidad los jefes y los hechiceros principales de los nauas, hasta que la cultura y el politeísmo que les vino con ella, jefe y hechicero, representantes de los fetiches se convirtieron en dioses y se les adaptaron mitos apropiados al objeto que simbolizaban. Todos están de acuerdo, dice Mendieta, "en que Tezcatlipoca y Camaxtli eran hermanos" (o. c. p. 91). La hermandad de los utensilios indispensables para la extracción del fuego: y por eso Mixcóatl y Camaxtli se identifican tantas veces con Tezcatlipoca. Los dioses que traían los mexicanos, dice Thévet, confundiéndolos con los nauas primitivos, eran Tezcatlipoca y Huitzilopochtli (o. c. p. 16). El autor de "El Origen de los Mexicanos" nos hace saber que antes de que idolatrara Topiltzin o sea Quetzalcóatl adorando los huesos de su padre, "tenían ya los dioses Vicilopuctli e a Tezcatlipuca" (pg. 287). No hay necesidad de volver a repetir que según la historia de los mexicanos, a Mixcóatl llamaban los aztecas Huitzilopochtli (p. 229). Por tanto los dioses que existían antes de la introducción de la idolatría en México, fueron Tezcatlipoca y Mixcóatl. Pero éstos que con la idolatría fueron dioses, en los primitivos tiempos no eran sino fetiches y por eso podía haberse dicho con entera exactitud que los nauas chichimecas tuvieron un solo dios, el espíritu del fuego, y que veneraron los dos fetiches o piedras de donde se extraía, asimilados con los jefes y hechiceros que los llevaban, Mixcóatl y Tezcatlipoca, y después como símbolos identificados a los principales creadores, el cielo y la tierra, el sol y la luna. Los mitos, el simbolismo ritual y las tradiciones bien entendidas están conformes en ello.

CAPITULO IV

¿DE DONDE VINIERON A MEXICO LOS NAUAS?

EL FUEGO, dios de los nauas, tenía su habitación en el agua: así lo decían ellos, ya cultos. "Padre de todos los dioses que reside en el albergue del agua y entre las flores que son las paredes almenadas, envueltos entre nubes de agua, éste es el antiguo dios que se llama Ayamictlan y Xiuhtecutli". (Sahagún ap. Seler. Cod. Vat. B. p. 257). Fúé creencia general en todas partes, que el fuego se hubiera traído del sol a la tierra, y esto me parece más natural y no que viviera en el agua y allí se hubiera pescado: y lo más raro es que mientras en el corazón de América daban los nauas a su dios el agua, las nubes y las flores como residencia, en el corazón del Asia los hindues asignaban a su dios del fuego Agni, una misión igual. Había nacido en las aguas atmosféricas entre las nubes y por eso se llamaba Apam Napat: hijo de las aguas, era el toro que crece en su regazo. Las aguas son terrestres también, porque de él, como del dios naua, dicen que está en el agua entre las plantas, que desciende con la lluvia y nace de las plantas. (Berriedale Keith. Indian Mithology. p. 43).

El mismo concepto del fuego que nace del agua lo encontramos en Alaska, a medio camino entre México y el Hindostán. Las tribus de la familia etnográfica koluschiana lo encontraron en el mar y le trajeron a la tierra. Tenían los tlingitas un dios, o cosa parecida, un genio más bien, un espíritu benéfico llamado Yetl, el cuervo. El petrel ave marina, era el que tenía las aguas a su cargo, pero no fué tan cuidadoso con ellas que no dejara que Yetl le robara una parte para formar los arroyos y los ríos, y engolosinado con el buen éxito de la empresa, le robara también el fuego que puso en la piedra y en la madera que es de donde lo sacaban los hombres.

Otra tribu vecina contaba la cosa de otro modo. Cierto viejo tenía una hija que poseía un arco y unas flechas portentosas. Un remolino formidable formaba el ombligo del océano y atraía cuantos trozos de madera eran aptos para hacer fuego. La muchacha se entretenía en tirar flechazos al remolino y el efecto de los tiros era que el tronco en vez de sumergirse en el agua, volvían a la playa en donde estaba el viejo y con ellos alimentaba una hoguera que cuidaba muy bien. Se le ocurrió a un venado robarse el fuego y para conseguirlo escondió entre su pelo cortezas inflamables y con achaque de secarse se acercó a la hoguera. Apenas comenzaron a inflamarse las cortezas corrió y derramó por todas partes el fuego. (Hartley Burr. North American Mithology. pgs. 256 y 261).

En este mito el venado aparece también en relación con el fuego, como su propagador. Entre los nauas, las tribus del noroeste de América y los pueblos de la India, el fuego tenía su origen en el agua.

El petrel, no era un pájaro tan torpe como se pudiera creer por la mala pasada que le jugó Yetl robándole el agua y el fuego; al menos no lo creían así los esquimales que contaban de él una galante aventura. Sedna era una hermosa joven del continente boreal a quien los groenlandeses daban el nombre de Nerrivik. Un petrel se enamoró de ella y comenzó a cortejarla con un canto tan arrobador que la joven esquimal no pudo resistir y se fué tras el pájaro hasta el otro lado del mar. Corrieron sus parientes a rescatarla y lograron meterla en su barquilla, pero tal tempestad excitó en el mar el petrel que temiendo todos perecer echaron a Sedna en el mar. Logró asirse con una mano a la embarcación, esfuerzo inútil, le cortaron la mano, y se fué al fondo del mar; pero desde allí reina sobre todos los animales marinos que se pueden comer. (Hartley, o. c. p. 5).

El petrel entre los tlingitas y esquimales venía a ser el corazón del agua, según la expresión de nuestros indios que eso decían del atotollin, ave de la cual aseguraban vivía sumergida en el fondo de la laguna de México y sólo salía a la superficie cuando la iban a cazar, esperando con osadía a los cazadores durante cuatro días: si en ellos no la cogían, daba voces para llamar al viento; las otras aves y peces de la laguna se formaban en hilera, el viento acudía a su llamado y levantaba una formidable tem-

pestad que hacía zozobrar a las canoas, y los hombres, "no se pueden escapar aunque quieran; muérenseles los brazos, súmense y ahóganse". (Sahagún, v. III. p. 176). Fábula demasiado pomposa para una laguna como la de México, que era más bien un grande y cenagoso pantano, debe haber tenido el mismo origen marítimo que la del petrel, si no es que sea una modificación de la misma.

Otro cuento también de origen probablemente septentrional, contaban los indios a los misioneros. Lo leemos en el cronista acabado de citar. Hay en México un animal, dice, "que vive en el agua y nunca se le ha oído, el cual se llama auítzotl. Es de tamaño como un perrillo; tiene el pelo muy lezne y pequeño: tiene las orejitas pequeñas y puntiagudas, así como el cuerpo negro y muy liso, la cola larga y en el cabo de ello una como mano de persona: tiene pies y manos, y son como de mona: habita este animal en los profundos manantiales de las aguas". Allí arrebataba con la mano que tenía en la cola a las personas que se acercaban a la orilla y las ahogaba. "De allí a pocos días el agua arroja fuera de su seno el cuerpo del que fué ahogado y sale sin ojos, sin dientes y sin uñas, que todo se lo quitó el auítzotl: el cuerpo ninguna llaga trae sino todo lleno de cardenales".

Solamente los sacerdotes podían sacar aquel cuerpo, porque decían que "los dioses tlaloques habían enviado su ánima al paraíso terrenal y por esto le llevaban en unas andas con gran veneración a enterrar a uno de los oratorios que llamaban Ayauhcalco". Quien no siendo sacerdote se atrevía a tocar el cadáver, perecía ahogado o se enfermaba de gota. El que así moría era porque era muy bueno y los tlaloques lo querían de compañero o porque poseía piedras preciosas y los tlaloques no lo sufrían, pero los recompensaban llevándoselos al paraíso.

Cuando el auítzotl no encontraba gente que atrapar, hacía que salieran a la superficie del agua peces y ranas para que con el cebo de buena pesca se acercaran los pescadores. Otras veces salíase a la orilla "y comenzaba a llorar como niño y el que oía aquel lloro iba pensando que era realidad, y como llegaba cerca del agua, asíale con la mano de la cola, y llevábale debajo de élla y allá le mataba en su cueva". El que veía sin temor al animal y éste no le acometía, era señal que pronto tendría que morir. A una vieja que cogió uno de estos animales una vez, hiciéronla sol-

tarlo diciéndole "que había pecado en tomarle, porque es sujeto a los dioses tlaloques y su amigo y mandáronselo volver a donde le había tomado". (Vol. III. pgs. 205 a 207).

Era la creencia de los tlingitas de Alaska que dicen aún hoy día "que el espíritu de los que se ahogan es arrebatado por la nutria y llevado a su cueva y allí se vuelve un guxtacah, especie de hada, duende o espíritu de los bosques": los tlaloques de los nauas. (Jones. The Thlingits of Alaska). Los haídas creían también que los ahogados iban a lugares de bienaventuranza a la casa del narval.

El auítzotl sin embargo, no era un animal que existiera en realidad; era un anfibio fabuloso que debió haber tenido su prototipo en la naturaleza, y la singularidad de la cola, armada con una mano, nos hace sospechar cuál pudo haber sido este prototipo; porque las fábulas no se inventan sin haber visto antes algo que, por medio de asociaciones y modificaciones, tome la forma fabulosa que le da la fantasía.

Sólo hay un animal entre los cuadrúpedos anfibios cuya cola hubiera podido dar origen a la fantástica creación del auítzotl con su cola portentosa: es el bibaro, befre o castor americano que los naturalistas describen: un cuadrúpedo anfibio y roedor del género de los castores, diferentes de los otros roedores en sus patas traseras provistas de menbranas natatorias y su cola a la manera de una plana de albañil, ambas características muy propias de los hábitos cavadores y constructores del animal. Es admirable por su destreza en edificar su alojamiento y habitación y valioso por su piel y una sustancia olorosa llamada castor, que lleva en una bolsita inguinal. Su piel es de un color castaño oscuro. De la cola y la bolsa con perfume se han dicho y creído muchas consejas en todos tiempos que aún se han colado en libros serios. ¿Qué maravilla si la cola como plana de albañil se volvió una mano entre los indios?

Uno de los totem de las familias koluschanas es el castor bibero y su origen fué singular. Un individuo de ese totem capturó un pequeño castor y logró domesticarlo a tal grado que, según cuentan los indios, hasta aprendió a cantar. Cierto día que su dueño salió a la pesca encontró dos hermosos harpones con grabados, al pie de un árbol en el lugar a donde fué a pescar, y supo que los había hecho su castor. Mas a poco enojado el animalito por

una ofensa, con uno de ellos mató a su dueño y de un colazo hundió el suelo de la casa que había minado por debajo. "Por este acontecimiento los daseton dicen que el castor es el emblema o totem de su tribu". (Jones. o. c. p. 186).

No he visto ni he sabido que el castor haya habitado jamás en territorio ocupado por los nauas, ni creo que antes de la conquista hubieran bajado a los trópicos. Los hay en los Estados Unidos y el Canadá y su area de difusión en esos países llegaba a paralelos más meridionales cuando la población era menos densa y menos se les perseguía por su piel, pero si alguna vez llegaron a México no deben haber pasado más al sur de Chihuahua y Sonora, y si se introdujeron en los cuentos de los indios no fué seguramente después se establecieron en el Valle de México, en donde no por vivir a centenares de millas lejos del mar, puede creerse que hubieran olvidado los nauas todas sus costumbres antiguas de la costa y creencias populares.

*
* *

A la orilla del mar, se ha notado una muy marcada diferencia entre las tribus de los Estados Unidos que bordean el Pacífico, las cuales pueden dividirse en dos grupos enteramente distintos con relación a sus aficiones y destreza en el arte de marear. Desde Sta. Bárbara, al sud de California, hasta el norte, donde comienza el Canadá, no se usaban entre los indios como embarcaciones sino alsadias y balsas, los vehículos acuáticos mas primitivos y rudimentales, y los indios de esas costas no buscaban mucho el sustento en el mar, prefiriendo las semillas, las frutas, las yerbas y sobre todo las bellotas que formaban la base de la alimentación de las tribus de California. Todo lo contrario sucede de Vancouver a Alaska, en los territorios ocupados principalmente por las tribus koluschanas y esquimales que viven del mar y son las más expertas de Norteamérica en el arte de marear. (Hartley, o. c. p. 213, 214).

Los nauas, que por vivir internados en el continente, se debía suponer que imitaran más bien las costumbres de los indios de California, aunque poseían un lago pantanoso de bajo

fondo y no mucha extensión, construían muchas y buenas embarcaciones; usaban palas para remar, y para la pesca, además de trampas y redes, fizgas llamadas chichiquilli y harpones de tres puntas que les decían minacachalli, de resultados excelentes para las focas y los salmones, pero armas demasiado poderosas para las ranas y los peces de la laguna que poco pasan de diez centímetros de largo los más grandes.

Avidísimos de los frutos y animales acuáticos no se puede adscribir esta afición a las estrecheces en que se encontraron los mexicanos encerrados en un islote, por que era común a los chalcas, acoluas y tepanecas que tenían buenas tierras, pobladas de vegetales, y montes con animales y frutas, y no fué impulsados por la necesidad por lo que se acogieron a las orillas de los lagos. Era un pueblo que por sus costumbres se advierte que había vivido algunos siglos a la orilla del mar, pero, como bien se puede comprender, no en las costas de California y Oregón sino más al norte entre Vancouver y Alaska.

Al uso del bezote debieron los tlingitas que en vez de este nombre, que significa pueblo, gente, le pusieron a la familia etnográfica a que pertenecen, koluschana, y como fué Tezcatlipoca el que introdujo esa insignia entre los nauas, creemos que no fué en México en donde primero la usaron sino que ya la llevaban de otra parte. El uso del bezote sin tener en cuenta las tribus norteamericanas del sur que lo tenían, estaba extendido en los Estados Unidos a lo largo del Pacífico, además de las mencionadas tribus koluschanas, entre los esquimales y muchas otras de la gran familia lingüística atapasca, y es más regular que el uso haya bajado del noroeste y no del sud hubiera subido por el Pacífico hasta los esquimales.

Entre los tlingitas, eran las mujeres las que lo llevaban: entre los esquimales y otras tribus los hombres, como entre los nauas. De esta prenda dice Jones: "es una pieza de hueso o de plata que varía en tamaño según el rango de la persona que la lleva, se pone en el labio inferior debajo de la boca. Lo portaban las mujeres que habían llegado a la edad de poderse casar". Mientras más aumenta la edad más aumentaba el tamaño del bezote pero "sólo las mujeres de alto rango lo pueden usar". (The Thlingits p. 68). Ballon cree que se lo ponían para evitar la salivación por el hoyo del labio inferior y que era una especie de tapón "de hueso, marfil o palo, hecho como un gran botón de

puño, con la parte interior extendida y alargada para conservarlo en su lugar". (Alaska). Tal era exactamente el bezote ordinario de los nauas, pero no lo usaban tan solo como un tapón, sino como una verdadera insignia, una señal de valor. Cambiaba de forma entre ellos según el significado que se le daba y usaban uno nada más, como las mujeres tlingitas: los esquimales usaban dos y los acaxees de Durango y Zacatecas, varios.

Tenemos que resolver dos dificultades de algún peso que se presentan, antes de continuar las comparaciones etnográficas que ligan a los nauas primitivos con las tribus septentrionales de las costas del Pacífico. La condición social de los nauas enteramente distinta de la que tenía la generalidad de las tribus koluschanas, y el no encontrarse entre ellos el totemismo tan difundido y desarrollado en esas y otras tribus limítrofes del interior y de las costas del norte. Son ambos, puntos de algún interés, que merecen la pena de que aunque sea muy brevemente me ocupe de ellos.

Entre los tlingitas, era grande el predominio de la mujer en la familia y aún en la tribu. Marido y mujer, siempre habían de pertenecer a diferente parcialidad o por lo menos a diversa parentela, y los hijos no se consideraban como de la progenie del padre, sino pertenecientes a la ascendencia de la madre; quedando en cierto modo el padre sin autoridad sobre los hijos. Cuando la madre moría dejando hijos que aún estuvieran bajo su potestad, sus parientes eran los que los recogían y el padre tenía que entregarlos a sus tíos maternos, o si no los tenían, a otros allegados de la parentela de la difunta esposa. (Jones o. c. p. 44). Son las leyes del sistema social en que predomina la madre y por eso entre los tlingitas la mujer era la señora de la casa, la del mando de la familia, la que representaba la ascendencia y exteriormente eran las mujeres tlingitas las que llevaban los signos de distinción y superioridad.

Un tal sistema era universal entre las tribus moradoras del norte del Pacífico en las costas americanas, pero no era exclusivo. Tribu había también, entre las que estaba desarrollado el sistema matriarcal, en quienes predominaba la autoridad del padre, como entre los nauas desde los tiempos hasta donde alcanzan los más antiguos recuerdos que nos han quedado. No repugna tampoco que antes que se establecieran en México hubiera sido su sistema social parecido al de los tlingitas, y escri-

tores hay que pretenden encontrar vestigios de un tal sistema en los nombres que usaban para expresar los parentescos. Yo admito la posibilidad, pero creo que hasta ahora no está bien fundada, ni aún la probabilidad que así hubiera sido.

El sistema social de los nauas, distinto del de muchas tribus del septentrión, no es entonces un obstáculo para que en tiempos muy remotos hubieran podido haber vivido entre esas tribus como viven entre ellas otras que observaban el mismo sistema con que vivían nuestros indios. No pretendemos deducir la comunidad de origen de los nauas con las familias koluschanas de Alaska y el Canadá, sino que vivieron mucho tiempo entre ellas comunicándose mutuamente varias de sus costumbres peculiares y aún algunas palabras de su idioma.

Para poder hablar del totemismo tengo que comenzar por establecer lo que se entiende ordinariamente por totem. El Padre Thavenet, misionero del Canadá, al explicar el significado de *ote* de donde se deriva la palabra *totem*, nos hace saber cual era la idea que ligaban a esa palabra los algonquines. Cuando las parcialidades se reunieron para formar tribus, se puede presumir que cada una de ellas, tenía como genio benéfico, como manitú "el animal amigo del hombre, o más temido, el más común, aquel que ordinariamente se cazaba y que servía para el ordinario sustento de la parcialidad en el lugar de su origen. Un tal animal se volvió el símbolo de cada una de las familias, y cada una de ellas lo trasmitió a su posteridad para que fuera el símbolo de la parentela. Por esto hablándose de una determinada parcialidad, se designaba por el nombre del animal que era su peculiar símbolo. *Makwa nindotem* significaría entonces, el oso es mi parentela, yo soy de la parentela del oso, y de ninguna manera como se dice comunmente: el oso es mi señal, mi blasón. Cuando un indio dice a otro *pindiken nindotem* ¿podría creerse que le dijera, entra entonces, mi señal? ¿No está más puesto en razón creer que le diga, entra entonces mi compañero de parentela, como diríamos nosotros, entra entonces paisano mío? Pero una vez que los mercaderes, y los indios imitándolos, adhieren a la palabra *otem* la idea de marca o señal, veo que no me debo ensañar demasiado contra un tal prejuicio" (Cuoq. Lex. de la Lang. Algonquine 313). En lo único que no voy enteramente de acuerdo con el autor es en considerar a los animales como verdaderos manitues. En vez estoy de acuerdo con Gerald Massey que aun-

que darwiniano, no juzgó tan torpes a los salvajes para creer que fueran seres sobrehumanos los animales. Los animales eran símbolos y emblemas, no verdaderos manitues, tomando las imágenes según las cualidades que veían en los animales conforme a las ideas que se habían formado de los seres invisibles amigos o temidos por las tribus.

Conforme a la doctrina del P. Thavenet se ve que malamente entendió Log la idea que los indios quisieron expresar con la palabra *totem* cuando dice: "Parte de las religiosas supersticiones de los salvajes consiste en que cada quien tiene su totam, o espíritu favorito, que cree vela sobre él. Ellos conciben que un tal totam toma la forma de un animal o de otra cosa, y por esto jamás lo matan, lo cazan, o se comen el animal cuya forma creen que lleva este totam" (Voy. and Trav. p. 86, 67).

Los erróneos conceptos que se atribuyeron a la palabra y las malas inteligencias de observadores superficiales hicieron que debido a sus escritos "el totem vino a significar, el guardián principal, el tutelar o protector de una persona, de una parentela, de una parcialidad o de una sociedad o tribu, y de aquí a indicar el nombre, el blasón, sello o símbolo de una parentela, de un hombre, de una sociedad, o de una tribu; finalmente el fetiche o espíritu familiar de una persona; mientras su primitiva significación no era otra, que la de una expresión que aproximativamente equivalía a decir *uno de la misma o determinada parentela*" (Hewet en H. B. of Am. Ind. art. totem).

La palabra totemismo se volvió entonces un término convencional, y en el sentido en que la usan muchos de los etnólogos, puedo decir que en el tiempo del descubrimiento de México no eran totemistas los nauas y que algunas de las tribus del noroeste de América que lo eran, no por eso usaban los postes totémicos en sus pueblos. Boas asegura que no se han encontrado tales guardianes o tutelares entre los kuakiutles cuyo idioma pertenece a la familia lingüística de los kitamates, y el mismo escritor nos informa que estos indios no se consideran descendientes de un totem o tutelar y que de las tribus de las costas del norte, los salishes "no tienen un animal como totem, en el estricto sentido que se le suele dar a la palabra" (Kwakiutl. Ind. Rep. U. S. Nat. Mus. 1895-1897). Por consiguiente, a pesar del gran desarrollo que tuvo el totemismo entre las tribus del norte de América

que habitaban las playas del Pacífico, había algunas entre las cuales era desconocido.

Así es que del mismo modo que el distinto sistema social de los nauas, nada influiría tampoco la falta del totemismo para suponer, apoyados en otras costumbres semejantes, que cuando estuvieron en el norte de América hubieran vivido mezclados con las tribus koluskianas. Hay un hecho, sin embargo, que pudiera considerarse como la supervivencia de un antiguo totemismo entre los nauas y en ese caso lo podríamos enumerar entre las otras presunciones cuyo número casi puede ya hacer las veces de una buena prueba que, en tiempos muy remotos, estuvieron los nauas con los tlingitas u otras tribus afines cercanas al círculo polar.

La cultura hizo de los nauas muy diestros alfareros, pero no por eso dejaron de fabricar cestos como lo hacían cuando eran salvajes y no conocían los utensilios de barro, una vez que no comían cocidos sus alimentos sino crudos, secados al sol o a lo más asados, como leemos en los anales.

Ya dijimos de algunos de ellos, que no abrazaron la cultura y así se conservaron hasta la llegada de los europeos, lo que escribía un escritor de fines del siglo XVI: "Ninguna vasija tienen de barro ni palo, sólo tienen unas que hacen de hilo tan texido y apretado que basta a detener el agua onde hacen el vino y son algunas tan grandes como una canasta" (Guerra Chichimeca, l. c.) Ya civilizados, para hacer canastos usaban mimbres, cortezas, hojas de palma, fibras y otras substancias vegetales, pero daban la preferencia a la cañavera o carrizo muy abundante en las orillas de sus lagos. El que fabrica las cestas, dice Sahagún, "primero hiende las cañas, después de partidas entretéjelas; de ellas hace los cestos tejiéndolas muy bien, echándoles un borde u orilla al derredor de la boca, unos hacen redondos o largos y otros anchos y angostos y otros que tienen asientos por pie y tapadera" (Vol. III. p. 60). Mas por excelentes que hubieran sido sus obras mucho habían olvidado y no llegaban ya a la perfección del trabajo con que hacían sus canastas cuando fueron salvajes en que tanto se distinguieron los tlingitas, los cuales se aprovechaban de sus cestas hasta para cocer sus alimentos; tan apretados hacían sus tejidos que no dejeban pasar el agua.

Las obras de los tlingitas, que antes de ponerse en contacto con los rusos no hacían uso de utensilios de barro, eran sólidas

y elegantes a la vez, adornadas con dibujos de varios objetos pintados de colores. Uno de ellos me llamó bastante la atención, consistente en losanjes o rombos negros como decoración principal, acompañados de otras líneas y figuras ordinariamente geométricas. Las piezas adornadas con este dibujo se llaman tlacadadixe, palabra que significa murciélago, porque dicen ellos que el losanje o rombo negro presenta el aspecto del murciélago, con las extremidades membranosas plegadas (Jones, o. c. p. 86). La misma forma rombal o almendrada daban frecuentemente los nauas al símbolo técpatl, el pedernal, cuando le daban la figura de un navajón, y si querían hacer conocer que era de obsidiana lo pintaban de negro y entonces no se diferenciaba del tlacadadixe o murciélago de los tlingitas.

Sabemos ya que el murciélago era el espíritu del fuego, el numen principal de los nauas, que tenían como símbolo no menos la obsidiana que el murciélago, animal que, aunque representaban en sus adornos los tlingitas, no sabemos que ninguna de sus parcialidades o parentelas, ni las tribus afines y vecinas conocidas, lo hubieran tenido como totem en su desarrollado y amplio sistema.

Los recuerdos totémicos animales, si alguna vez los hubo entre los nauas, puede decirse que con el politeísmo quedaron enteramente desvanecidos, y sus tótemes se convirtieron en fetiches o en dioses. Sus tribus en los últimos tiempos fueron conocidas ordinariamente por los nombres geográficos de los lugares que habían definitivamente ocupado, y más bien encontramos algunos vestigios que pudieran interpretarse como señales de un totemismo animal primitivo, en ciertos emblemas como el águila de los mexicanos y la garza de los tlaxcaltecas.

El murciélago era emblema religioso que a veces podía confundirse con la obsidiana, y es raro que la forma y la significación se hayan conservado entre los tlingitas sin que fueran la representación de algún totem, y entre los nauas simbolizaran al sér tutelar de la tribu, el espíritu del fuego. Bien pudo haber sido una coincidencia, no lo negamos, pero una coincidencia tanto más singular cuanto los tlingitas y los nauas coinciden también en asignar al agua el origen del fuego.

Mixcóatl, la culebra de nube, nombre del ascendiente mítico de los nauas, ya sabemos que se identifica con Itzpapálotl, representado con la obsidiana y el murciélago, y si éste era un totem

al estilo tlingita, podríamos explicarnos muy fácilmente el que hubiera cambiado de sexo suponiendo que era mujer, cuando la mujer predominaba en la primitiva organización de los nauas y que se cambió en hombre cuando el predominio de la mujer pasó al del hombre en la organización de la tribu.

Abona la idea de que el murciélago pudiera haber sido el tótem de los nauas, el que se llamara la cueva del murciélago el lugar donde los teochichimecas primero se establecieron. El nombre de aculua que tenía la tribu que se estableció en Texcoco, por la tradición unánime resulta, que no era el más antiguo del establecimiento de Quinantzin en ese lugar. ¿Cómo se llamó la parcialidad aculua cuando se establecieron los nauas en el Valle de México y territorio de Texcoco? El nombre teochichimeca es genérico. ¿No podría haber sido tzinantca u otro tomado de la raíz de tzinacantli, murciélago, derivándolo de la representación del dios, del origen supuesto de la tribu y de Tzinacanóstoc la cueva donde se establecieron? Por desgracia todas estas especulaciones carecen de un fundamento que me deje enteramente satisfecho, y lo único que puedo asegurar es, que si el totemismo no favorece, tampoco contradice la permanencia de los nauas al noroeste del Pacífico, antes que emprendieran el viaje a México. Otras presunciones nos quedan para considerar.

*
* *

Opinaba un escritor de fines del pasado siglo, deduciéndolo de los antiguos escritores, que el nombre nauatl, dado a los que hablaban la lengua mexicana, quiere decir, el que habla con claridad, el que da órdenes o manda y el que habla como quien tiene autoridad. Creían también que había sido un nombre que dieron los aztecas a los mayas primero, y adoptaron para sí mismos después.

El significado de esta palabra se encuentra en antiguos escritores: leemos en el códice Ramírez, que "nahuatlaca quiere decir, gente que se explica y habla claro", y pocos renglones después encontramos en el mismo documento, que chichimeca "significa cazador" (Crónica de Tezozómoc, p. 17). Todos saben que

aunque los chichimecas eran cazadores no es esa la traducción de la palabra y podríamos argumentar de aquí, que aunque hablaran claro los nauas, eso tampoco significaba su nombre. Si hemos de creer a Sahagún tampoco es cierto que hablaran claro los nauas.

De los que por antonomasia llevaban este nombre, dice, que "eran los que hablaban la lengua mexicana, aunque no la pronunciaban tan clara como los perfectos mexicanos" (v. III. p. ag. 121). Por lo consiguiente, no porque hablaban claro era por lo que se llamaban nauas. Leemos frecuentemente en la relación de Michoacán, que los pueblos que habitaban los que antes de los tarascas estaban establecidos en esa región, eran de *nauatlatos*, palabra que no debe haber tenido el significado que le da el autor del códice Ramírez, porque los mismos nauas llamaban a los de su raza que habitaban en Michoacán con los injuriosos y despectivos nombres de *teca* y *cuitlateca* y no es de suponer que los tarascos los trataran con mayores miramientos.

A la palabra nauatlacatl se le dió el significado de intérprete y en muchos documentos españoles de los primeros años de la dominación la vemos usada en ese sentido, corrompida en navatlato derivándola de nauatl y tlatoa, los que hablaban nauatl, y esto sucedió porque en su calidad de buhoneros, los nauas del Valle de México hablaban varias lenguas de otras tribus, y como los españoles la primera lengua que aprendieron fué el mexicano, de ellos se valían como intérpretes para con los otros, tanto los soldados como los misioneros.

Aún en escritos de indios encontramos la palabra con ese significado. "Puestos en un alto y grande cerro, dice Tezozómoc, los huaxtecas llamaron a los mexicanos y valiéndose de *nahuatlatos* que les hablasen en su lengua les dijeron" (o. c. p. 315 y 421). Molina en su diccionario trae la palabra nauatlato con la significación de faraute, intérprete.

De intérprete a persona que habla claro, el paso es corto y de allí, a gente que tiene autoridad, no hay mucho trecho. Los nauas, que sólo usaban la expresión colectivamente para nombrar con ella a todos los que hablaban su lengua designando individualmente con ella sólo a los que vivían en Teotlalpan, que ni hablaban claro ni tenían autoridad, pronto añadieron al nombre esta honrosa significación, y así volvió a los escritores españoles

y encontró un lugarcito en el diccionario en donde a otras palabras había acontecido lo mismo, que se les dió acogida con acepciones postizas y con tales las usaban españoles e indios.

Encontramos en las crónicas y anales de los nauas palabras con que pudieran haberse designado a los mayas y francamente creemos que a ellos se refieren, pero nunca hemos encontrado un solo pasaje que justifique la apreciación absolutamente imaginaria de que los aztecas hubieran llamado nauatlacas o nauas a los habitantes de Yucatán. Pero, ya se ve, el autor que lo dice confunde en su desdén a todas las tradiciones y en ese caso lo más expedito es recurrír a la imaginación para probar lo que se pretende. Ignoramos igualmente que los aztecas hubieran aplicado a sí mismos la denominación de nauas en un sentido particular y sólo sabíamos que además de mexicanos y tenochcas solían llamarse y ser llamados culuas. Un autor de la misma tribu nos dice, que el propio nombre de los mexicanos era "aztecas chicomostoques en cuanto a que dicen que donde salieron hacia acá cuando llegaron fué de Chicomóztoc Aztlan y luego los llamaron culuas chichimecas, porque de allá vinieron a salir acá, de Ueicoluacan, de Ueichichimecatlalpan, de donde los llamaron culuas, chichimecas, chicomostoques, aztecas" (Troncoso. Fragmento sobre la historia de los mexicanos. p 81). Los testimonios de los autores españoles que también lo dicen son abundantes y es una cosa tan sabida por todos el que eran llamados culuas, que para que no se me crea únicamente bajo mi palabra, trascribiré lo que dice Bernal Díaz: "Fué Alvarado a unos pueblos chicos subjetos de otro pueblo que se decía Ootastan que era de lengua culua, y este nombre de culua es aquella tierra como si dijésemos los romanos a sus aliados" (Verdadera Historia. cap. XLIV. p. 125).

De donde haya venido a los nauas su nombre, creo deducirlo, más bien que de la etimología de la radical *naua* que envuelve la idea de proximidad en su acepción primitiva, del significado que daban los indios a algunos de sus derivados, que muy bien pudieran ser la palabra misma diversamente ortografiada. A los hechiceros llamaban ellos naualli y entre la gente del pueblo se llama hoy día nauál, corrupción de naualli o náuatl, un animal fabuloso que dicen aparece a la gente para dejarle desdichas o dinero. Nauales encuentro en varios escritos en vez de nauas.

Del naualli de los antiguos, encontramos en Sahagún que: "propiamente se llama brujo que de noche espanta a los hombres

e chupa a los niños. Al que es curioso de este oficio bien se le entiende cualquiera cosa de hechizos, y para usar de ellos es agudo y astuto, aprovecha y no daña. El que es maléfico y pestífero de este oficio, hace daño a los cuerpos con los dichos hechizos, saca de juicio y ahoga, es envahidor y encantador". Más adelante añade que "el hombre que tiene pacto con el demonio se trasfigura en diversos animales y por odio desea la muerte a los otros usando hechicerías y otros maleficios contra ellos" (vol. III. p. 22 y 23).

En las palabras citadas aparece que había dos clases de nauallis, unos buenos, que podemos comparar con nuestros transformistas y prestidigitadores; otros malos, los que dice nuestro autor que "tenían pacto con el demonio". Malos o buenos, los nauas en general eran considerados como hechiceros o sea nauallí, y lo que en el capítulo anterior dijimos de Tezcatlipoca como grande hechicero, y el temor y respeto con que los vecinos veían por sus hechicerías a los teochichimecas, y lo que hacían los chalcas en Xicco, abundantemente nos demuestran que, si se les llamaba naualli, muy bien merecido tenían el apodo.

Náuatl no es sino una forma sincopada de nauatlácatl, el nombre que, con el autor del códice Ramírez, otros muchos dan a la tribu. Ahora bién, esta palabra puede perfectamente derivarse de naualli, porque en mexicano el primer componente de una palabra compuesta pierde en la composición la última sílaba y en ese caso naualli se convertiría en naua y añadiéndole tlácatl que significa hombre o persona, quedaría nauatlácatl cuyo plural es nauatlaca, y entonces sería el significado del nombre hombres hechiceros o personas hechiceras.

Cierto que para Sahagún, no obstante lo que copiamos de él, eran los nauas los que así se llamaban por hablar claro y lengua mexicana y fueron "los descendientes de los tultecas que se quedaron y no pudieron ir y seguir a Quetzalcóatl", pero de esos mismos tultecas decía "que eran ladinos en la lengua mexicana aunque no la hablaban tan perfectamente como ahora se usa" (vol. III. p. 113). Los hechos salen siempre en oposición a los dichos y si atendemos al jeroglífico con que la palabra se expresa que es una cabeza de cuya boca salen las volutas que significan la palabra, la voz o el sonido simplemente, sólo podremos deducir que nauatlácatl es la persona que habla y nada más, y como el

hechicero era el que hablaba por el dios, el jeroglífico más bien favorece que contradice mi opinión.

Había entre los mercaderes nauas que visitaban lejanas provincias, algunos que se decían naualoztomeca, "porque, dice Sahagún, los mercaderes mexicanos entraban a tratar en aquellas provincias disimulados; tomando el traje y el lenguaje de la misma provincia y con esto trataban entre ellos y sin ser conocidos por mexicanos" (vol. II. p. 355). Su nombre se debía al disfraz que tomaban y este nombre se compone de tres elementos: náuatl, óztotl y mécatl. Este último que significa cuerda, alude a la compañía o sociedad de los dichos mercaderes: óztotl que quiere decir cueva o escondite, a que se presentaban ocultando sus personas y náuatl, de manera alguna puede dar a entender el que habla claro, sino el que como hechicero toma semblanzas diversas.

Al contrario de lo que dice el escritor al cual hicimos alusión al principio, quienes dieron el nombre de nauas a la tribu de que tratamos parece haber sido los mayas. Nauaol en maya significa, según los diccionarios ms., considerar, contemplar, entender, arbitrar. En las lenguas de la misma familia, habladas en Guatemala, encontramos el mismo concepto. Xaqui-naual y xanaual, traduce Ximénez, por milagro, por arte de magia, por encantamiento, por sortilegio, lo mismo que xaqui-puz y xa-puz, y Verea dice de naval: "creían que había cosa viva dentro del árbol, piedra o monte que hablaba y llamaba"; de donde naval-che, el espíritu del árbol, naval-abah, el espíritu de la piedra, navalih, hacer milagros de hechiceros, encantos. (Ap. Brinton). Parece pues que es de las lenguas de origen maya de donde se tomó la palabra naualli y de allí nauatlaca aplicado a las tribus llamadas con ese nombre; y más propio es que así lo hubieran llamado otros y no se hubieran los mismos nauas dado el título de hechiceros.

*

* *

Shaman, dicen algunos, es una palabra persa que significa pagano; pero otros, quizá con mayor acierto, la derivan del tunguz, idioma en que significa curandero y hechicero y se aplicaba a los que ejercían esos empleos entre las tribus siberianas, de

quienes la tomaron los rusos aplicándola a los que en sus antiguas posesiones de América tenían esos oficios entre los indios.

Si algún objeto podía decirse que veneraran los tlingitas no era sino sus difuntos hechiceros. Ikt era el nombre que les daban, les hacían súplicas y les pedían que les diera larga vida y éxito feliz en sus empresas: se procuraban algún objeto que hubieran usado durante su vida y lo conservaban para que por su medio se libraran de los peligros. El ikt mientras vivía era supersticiosamente creído: "lo que él decía no tenía réplica y casi lo veían como dios. Todas las supersticiones estaban relacionadas con él". Cuando alguno de ellos moría no incineraban su cadáver, lo embalsamaban, "envolvían en una estera hecha con los mismos materiales con que tejían las cestas, lo ligaban fuertemente y dejaban el envoltorio en la casa que le había servido de habitación". Con él quedaba cuanto había poseído, y aunque fueran cosas que ellos estimaban de valor, no había peligro de que se perdieran, "porque la tumba de un hechicero era considerada como un objeto especialmente sagrado" (Jones. o. c. p. XXIII).

Iguales a las consideraciones que en Alaska se tenían con los iktes, eran las que se tenían en Siberia con los shamanes, por consiguiente, "de la misma fe de los tlingitas participaban los siberianos al otro lado del estrecho de Bering. Esta no es una nueva u original forma de religión: era la fe de la raza tártara antes que se hicieran discípulos del budhismo", (Ballon. Alaska) y era el shamanismo fetichista de los nauas primitivos. Si consideramos con cuidado el papel de Tezcatlipoca entre los indios, únicamente bajo el aspecto de hechicero, no encontramos diferencia entre él y un ikt de Alaska o un shaman de Siberia. Apartemos de Mixcóatl la personalidad de Camaxtli, sólo considerando al segundo como jefe o más bien hechicero de los tlaxcaltecas, cercenándole los mitos que se le atribuyen de aquel dios.

Tecpanecateuctli, señor de Tepetícpac, uno de los barrios en que estaba dividida Tlaxcala, ya convertido al catolicismo y bautizado con el nombre de Gonzalo, "tenía escondidas en su casa las cenizas de Camaxtli, ídolo muy venerado entre los naturales de la provincia". Los tlaxcaltecas como los tlingitas conservaban con veneración los restos mortales de sus hechiceros. "Este ídolo Camaxtli no pudo ser sino el mismo demonio, porque hablaba con ellos, y les decía y revelaba lo que había de suceder y lo que ha-

bían de hacer y en que partes e lugares habían de poblar y permanecer" (Muñoz Camargo. o. c. p. 31 y 243).

Lo que el ikt de los tlingitas les decía, no tenía réplica y lo consideraban casi como un dios. No es posible averiguar si Camaxtli en persona iba con los tlaxcaltecas o sus huesos eran los que daban las órdenes por medio de algún otro hechicero; vivo o muerto, lo que él decía no tenía réplica y los tlaxcaltecas lo consideraron y adoraron como un dios, identificándolo con Mixcóatl que fué lo mismo que hicieron los mexicanos con Huitzilopochtli, de quien a su debido tiempo nos tendremos que ocupar largamente. Los restos de Camaxtli terminaron mal: fueron entregados por Don Gonzalo Tepanecateuctli a Fray Diego Olarte, misionero franciscano en Tlaxcala, y él "los quemó y derramó por el suelo con gran menosprecio de ello" (Muñoz Camargo. o. c. p. 244).

El océlotl o tigre, como lo llama Sahagún, "anda y bulle entre las sierras y entre las peñas y riscos y también en el agua y dicen es príncipe y señor de los otros animales". Era el animal de los hechiceros, ya lo hemos visto; era la metamórfosis favorita del dios hechicero Tezcatlipoca; era en fin el animal de los nauatlaca, hombres hechiceros: pero no por eso dejaban de cazarlo, cuando podían aunque sólo le podían disparar cuatro flechas. Cuando veía al cazador con sus armas no huía sino se sentaba y lo miraba. "Hipa y aquel aire endereza hacia el cazador con el propósito de ponerle miedo". Coge la primera saeta que le tiran y la despedaza lo mismo que las otras tres si no le hieren. A la cuarta el animal se espereza y se sacude, se relame y se encoge, "y da un salto como volando y arrójase sobre el cazador aunque esté lejos diez o quince brazas, no da más que un salto, va todo encrespado como el gato con el perro, luego mata al cazador y le come".

Si la flecha lo hiere "luego da un salto hacia arriba y tornando a caer en tierra tórnase a sentar como estaba antes y allí muere sentado sin cerrar los ojos y aunque está muerto parece vivo. Cuando el tigre caza, primero hipa y con aquel aire desmaya a lo que ha de cazar". La carne del océlotl era remedio eficaz no sólo para las enfermedades físicas, sino también para las afecciones morales. "Comían esa carne los señores para ser fuertes y animosos" (vol. III. pgs. 151 y 286). Los guerreros usaban correas de su piel para aumentar su valor y los hechiceros para re-

cibir auxilio en sus prácticas de encantamientos y nigromancia. Era considerado el tigre como un ser racional, capaz de comprender los razonamientos que se le dirigían y de escuchar y atender las súplicas elevadas a él.

Con el tigre estaba enlazada entre los nauas una compañía o asociación, una secta, acaso una sociedad secreta de hechiceros como las que pululaban en las costas del Pacífico entre las tribus del norte de América. "Había una gente que eran como asesinos, los cuales se llamaban nauatzaleque; era gente osada y atrevida para matar, traían consigo del pellejo del tigre, un pedazo de la frente y otro del pecho, el cabo de la cola, las uñas, el corazón, los colmillos y los hocicos: decían que con esto eran fuertes, osados y espantables a todos, y todos los temían, y a ninguno habían miedo por razón de tener consigo estas cosas del tigre" (Sahagún vol. III. p. 151).

Las supuestas y creídas hechicerías unidas a la verdadera ferocidad del animal, tenían que despertar en los indios cierta sensación y sentimiento de terror, venerando al océlotl movidos por el espanto que les infundía por su aspecto amenazador, su sanguinaria ferocidad, los males que causaba devorando víctimas indefensas y no era tanto al felino en su cualidad de océlotl al ser que veneraban, sino al animal feroz y sanguinario, prescindiendo del nombre y de la figura. El mixtli, al que llamaron león los españoles, era otro felino carnicero que inspiraba a los nauas el mismo sentimiento del océlotl, y a uno y otro llamaban tecuani, devorador: y un tecuani en general más bien que en particular un mixtli o un océlotl, era el animal que veneraban con supersticioso terror, o de quien esperaban que los beneficiara. Si traían del norte esos sentimientos supersticiosos unidos al recuerdo de una fiera, esa fiera no podía ser el océlotl que no sube a latitudes muy septentrionales; tenía que ser otra, pero una que no bajara a las montañas del Valle de México y el Meztitlan, donde se establecieron; de otra manera la habrían seguido venerando como el símbolo de un ser benéfico o maligno y no la habrían sustituído por otra.

Esa fiera que los aterrorizó en el norte fué el oso que vive entre los hielos del septentrión y sólo baja hasta las montañas de Chihuahua, por eso más al sur donde no se encontraba, se sustituyó con el océlotl o el mixtli, los dos tecuani o fieras que encontraron. Si el oso tenía en las regiones del nordoeste los mismos

o parecidos honores a los que prodigaron los nauas en el sud al océlotl, podremos presumir que el plantígrado fué la fiera que veneraron y temieron ellos también antes de venir a México en donde la cambiaron por el felino, y de aquí deducir un nuevo indicio de su primitiva morada en esos sitios.

En un poste totémico de Alaska dicen que está esculpida la leyenda siguiente: "años ha una partida de mujeres recogía bayas en el campo, cuando una de ellas, hija de un jefe de la tribu que casualmente formaba parte del grupo, comenzó a burlarse de los osos. Aparecieron de improviso algunos de ellos y mataron a las mujeres con excepción de la joven burlona, llevada como esposa por el oso que capitaneaba a los demás. De ella nació una criatura hembra, mitad en forma humana y la otra mitad de oso, que descubrieron subida en un árbol y viendo que era un sér humano la llevaron al pueblo: de ella tuvo origen el tótem o parentela del oso" (Jones. o. c. p. 172). La veneración supersticiosa a la fiera viene desde el Asia tropical; allí donde hay tigres, el tigre se venera; subiendo al norte la veneración pasa al oso.

Leí en los anales de la Propagación de la Fe que en Chihuahua se considera al tigre como una terrible divinidad. Les tienden lazos y no dejan medio que no pongan en práctica para atraparlos: cuando cogen alguno le presentan sus excusas y condolencias por la penosa situación en que se encuentra. Los chinos localizaban el valor y la osadía en la vesícula biliar, y para volverse valerosos y osados se procuran una de tigre y se la comen. Hablando de tales costumbres con el doctor Laufer, distinguido cinólogo encargado de la sección antropológica del Field Museum de Chicago, me decía que aún hoy día no es raro en China el que coman carne de tigre para adquirir valor. Cuéntase de un chino que en Seul compró un tigre, y con el mismo objeto poco a poco todo se lo comió. En Corea los huesos de tigre alcanzan un gran valor como específicos contra la cobardía.

En varios lugares de la India son adorados los tigres que se creen susceptibles de ser dominados por la magia. Los Bhomkas, sacerdotes de Bagh Deo, el dios tigre de Hoshanga, creen por medio de oblaciones a su dios, alejar el terrible felino, de los lugares habitados. Si a un tigre se le da el tratamiento de tío, dicen que no acomete al hombre. Creen que los hombres pueden fácilmente

volverse tigres, y, cuando esto sucede, la falta de cola es lo único que los distingue del verdadero animal. (Keith. Indian Mythology. p. 241). Los malayos de Singapur pagan subidos precios para poder comer carne de tigre, porque están persuadidos que quien la come adquiere la sagacidad y el valor del animal. (Keppel Expedition to Borneo. I. p. 231).

Los ainos forman una tribu semisalvaje que vive en el Japón y se cree anterior a los japoneses en la posesión del país. Por su lengua y caracteres antropológicos piensan algunos que son de raza ariana y aún a simple vista su tipo difiere notablemente del japonés. Antiguamente ocupaban grande extensión de territorio, hoy día viven principalmente en las islas Yesso, Saghalien y Kuriles. Tienen a los osos una veneración especial: los llaman kamui como los japoneses llaman kami a sus dioses y fetiches: los adoran y son para ellos, dice Wood, la divinidad principal. Mas por otra parte también los matan cuando pueden; pero cuando descuartizan el cadáver "se esfuerzan en aplacar la divinidad cuyos representantes mataron, con actos de sumisión, acatamiento y salutaciones deprecatorias". (The hairy man of Yesso).

Los cogen pequeños, hacen que los amamante alguna de las mujeres de la aldea, juegan con los niños de la casa, duermen bien arropados en la misma cama con el dueño del rancho o casa donde los tienen y alimentan con todo cuidado y atención. Sólo cuando por la edad se hacen peligrosos para la familia los encierran en una jaula de madera. A los dos o tres años los sacrifican con toda solemnidad.

Antes de la fiesta, el que tenía alguno de ellos a su cargo, mandaba a las vecinas aldeas una invitación concebida en esta forma: "Estoy para sacrificar al pequeño sagrado sér que mora entre los montes. Amigos y señores míos, venid a la fiesta: juntos tendremos el gusto de despachar al dios: venid". (Scheube Der Baerencultus und die Baerenfeste der Ainos. p. 45). La solemnidad comenzaba por un acto de acatamiento al dios del fuego, haciéndole una libación en el hogar: el animal se sacaba ligado de la jaula y antes de sacrificarlo se le dirigían algunos discursos. "Oh! tú, sér divino", le decía el orador señalando para el caso, "mandado para que te cacemos: oh tú, preciosa pequeña divinidad; te adoramos y suplicamos oigas nuestras plegarias. Te nutrimos

y te hicimos crecer con muchas penas y trabajos sólo por que te amamos. Ahora que ya creciste, estamos para servirte con tu padre y tu madre. Cuando te presentes a ellos, dígnate hablarles bien de nosotros y diles lo amables que fuimos contigo, vuelve a nosotros, te lo suplicamos y sacrificamos de nuevo". (Batchelor. The Ainu and their Folk-lore).

Por el discurso que copiamos, se deja ver que para los ainos el oso no era propiamente un dios, como no lo era tampoco el océlotl para los nauas. El oso era un sér intermediario entre el hombre y la divinidad, un mensajero, un intercesor y esto más claramente se ve en el discurso que le dirigían los ainos de Saghalien: "Ahora tenemos una fiesta en vuestro honor. No temáis: ningún mal os haremos: únicamente os mataremos y enviaremos al dios de los bosques que os ama. Estamos para ofreceros un buen banquete, el mejor que jamás habéis probado entre nosotros y todos juntos lloraremos por vos. El aino que os matará es entre nosotros el mejor arquero: aquí esta él, llora e implora vuestro perdón. Casi nada sentiréis, tal será la rapidez con que lo hagamos; como sois capaz de entenderlo, no es posible que siempre os mantengamos: bastante hemos hecho para vos, a vos toca ahora sacrificaros por nosotros. Vos pediréis a dios que nos mande abundancia de nutrias y martas para el invierno: focas y copiosos peces para el verano. No olvidéis vuestro mensaje, os amamos mucho, y nuestros hijos jamás se olvidarán de vos".

El que lo había mantenido le dirigía también un discurso antes de que muriera, y, en él le hacía las mismas recomendaciones de obtener buenas pieles y riquezas, animales para la caza y peces para la pesca. "Nosotros os dimos alimento, gozo y salud; ahora os matamos para que volváis y nos traigáis riquezas a nosotros y a nuestros hijos". Esto sucedía por la noche: al aparecer en el horizonte los rayos del nuevo sol, un certero golpe de flecha daba fin al oso partiéndole el corazón. Las garras con otras partes del cuerpo, que se conservaban como amuletos, se introducían a la casa, pero no por la puerta sino por el agujero de escape del humo: la cabeza la llevaban al bosque y la colocaban sobre un montón de cráneos de oso, de los que antes habían tenido la misma suerte: en Yesso las ponían sobre un palo. (P. Labbe. Un Bagne Russe, l'Isle de Sakhaline, p. 227 y sig.) La sangre se recogía en copas y los hombres la bebían con avidez "para que el valor y otras virtudes del animal pudieran pasar a ellos". La un-

taban también en su cuerpo y en sus vestidos, pensando que con ello adquirirían fortuna en sus cacerías. La carne se cocía y se repartía entre los convidados, poniendo un trozo ante la cabeza de la víctima para que, antes que nadie, probara él su propia carne. De ella no había de quedar el más pequeño fragmento y se consideraba un sacrilegio el dar algún pedazo a los perros. (Batchelor. lug. y obr. cit.)

Los hechiceros, que fueron entre los nauas primitivos lo verdaderos medianeros e intérpretes de su dios, eran los que estaban representados por el océlotl. Los sacrificios humanos, cuando se introdujeron en México, sustituyeron muchas de sus constumbres primitivas y quien sabe si la del cautivo que en la fiesta de Nauiollin se sacrificaba para que sirviera de mensajero al sol y le pidiera riquezas, o la de las cabezas de los animales que cazaban y conservaban los tobosos de Coahuila delante de sus hogares; la de los acaxees de poner sobre palos de las de los enemigos vecinos, el tzonpantli de los nauas ya civilizados y la costumbre que tenían los sacerdotes de embadurnarse con la sangre de las víctimas tuvieron origen en algún recuerdo que hubiera quedado de alguna fiesta primitiva como la que hacían los ainos para sacrificar al oso.

Creencias y ceremonias relacionadas con este animal tenían igualmente los guilyakes, tribu tunguciana de la Siberia oriental, y otras de las que moraban en esa región pero en frente de las costas americanas. El oso, nos dice el viajero ruso L. von Schrenck, tiene una muy excepcional importancia en las creencias y ceremonias no sólo en el valle de Armur, donde es común y alcanza mayores dimensiones, sino en otras regiones de la Siberia hasta Kamtchatka. Los glodi, dice otro escritor, vecinos de los gilyakes comen la carne de oso y mucho la aprecian "porque creen que todo el que participa de ella adquiere gusto por la caza y alcanza fuerza y valor". (The Russians on the Armur. p. 379).

Esta veneración al oso, tiene muy bien marcado el camino desde el Japón, valle de Armur y Kamchatka hasta el continente americano y existen dos hechos típicos que ligan a los gilyakes siberianos con los nauas por una parte, y a los tlingitas por la otra con los ainos del Japón. El fuego que usaban los gilyakes para cocer la carne del oso sacrificado tenía que encenderse con un pedernal y un eslabón especial, que era propiedad de la tribu, guardaba el jefe y había pasado de generación en generación desde tiempo inmemorial. (L. Sternberg. Die Religion der Giljaken).

Eslabón parecido al de Tezcatlipoca que también en los tiempos primitivos fué propiedad de la tribu y se usaba en circunstancias solemnes. Todavía hasta el descubrimiento de América, en el extremo norte se usaba la piedra y el eslabón como lo siguieron usando los gilyakes de Siberia en las circunstancias más solemnes.

El método de sacar lumbre con pirita y pedernal, dice Holmes, "estaba en uso entre los esquimales y las tribus atapascas y algonquinas del norte a través del continente, desde el río Stikine en Alaska hasta Terranova y por las tierras árticas hasta la Nueva Inglaterra, lo mismo que entre las tribus de las costas septentrionales del Pacífico". (Hand Book of Am. Ind. art. Firemaking). La fábula de Yetl, que roba el fuego al Petrel y lo pone en la piedra, nos garantiza que entre los tlingitas la costumbre venía desde muy antiguo.

No se nos ha de haber olvidado que una de las parcialidades de esta tribu contaba tener entre sus ascendientes a un oso: una pretensión igual tenían los ainos que decían que una de sus mujeres había tenido un hijo de un oso y muchos de los montañeses se gloriaban de ser descendientes de él, llamándose kimun kamui sanikiri, descendientes de oso. "En cuanto a mí, decía uno de ellos, yo soy hijo del dios de las montañas, tengo un origen divino del que gobierna en los montes". (Batchelor. o. c. p. 8). Tepeyolotli, corazón de la montaña, era representado en México por un tecuani y fué un dios primitivo de los nauas. Una mujer, hija de un oso, era el tronco de una parcialidad de los tlingitas: un hombre, hijo también de un oso, era el ascendiente de los montañeses ainos: la diferencia consiste en que entre los ainos el hombre era el jefe de la familia, entre los tlingitas, la mujer: por lo demás las pretensiones de ambos pueblos eran enteramente las mismas. El respeto y veneración a una fiera, forma una cadena que liga a los pueblos de la India, la China, el Japón, la Siberia, Alaska y México.

*
* *

Muchos de los sentimientos religiosos que conservaron los nauas aún después que dejaron de ser salvajes, deben haberlos

tenido desde antes que emprendieran su marcha hacia el sur. De algunos lo hemos ya procurado demostrar. El espíritu del fuego era su dios, y podemos fácilmente suponer que otros espíritus que, con el politeísmo y la idolatría, tomaron también el nombre de dioses, de quienes decían los nauas que el fuego era su padre, hubieran sido al principio, espíritus de otros seres considerados inferiores y subordinados al espíritu del fuego, que después por eso se llamó padre de los dioses.

Hemos visto que una ave acuática era el corazón, el alma del agua: que una fiera, se llamaba el corazón, el alma de las montañas; los espíritus representados por ave acuática, llámese petrel o atotóllin, y por la fiera, llámese oso o tigre, eran los del agua y las montañas y así como éstos, habría otros muchos desde el principio entre los nauas que según ellos, informaban y vivificaban a otras de las criaturas que nosotros llamamos irracionales e inanimadas y ellos, aún después de haber adoptado el culto politeísta e idolátrico, continuaron viéndolas con cierta veneración y respeto en atención al espíritu que creían los informaba. La idolatría detuvo el desarrollo del espiritualismo entre los nauas pero no acabó con el que llevaron, y siguieron trayendo en los espíritus distintos de los dioses que andaban en todas partes y residían en sus fetiches.

Estos espíritus entre ellos tomaban también la forma de fantasmas y como sujetos al espíritu del fuego, era Tezcatlipoca quien los mandaba. "Cuando de noche veía alguno unas fantasmas que no tenían pies ni cabeza, las cuales andan rodando por el suelo y dando gemidos como enfermo, las cuales sabían eran ilusiones de Tezcatlipoca, los que las veían tomaban mal agüero". Luchaban los valientes con estos fantasmas toda la noche, y cuando se partían al rayar el alba, les prometían riquezas y prosperidades. A otras veían en forma de "una mujer pequeña y tenía los cabellos largos hasta la cinta, su andar era como de ánade o pato. Cualquiera que veía a esta estantigua cobraba gran temor y si la quería asir no podía porque luego desaparecía y tornaba a aparecer en otra parte casi allí junto". El fantasma a veces era una calavera: "presentábase de noche, de repente a alguno o algunos, luego le saltaba sobre la pantorrilla o detrás de él, iba haciendo un ruido como calavera que iba saltando" (Sahagún. vol. II. ps. 15 y 16). Veían volar por los aires una cabeza de hombre con la boca abierta hasta las orejas y los cabellos largos (Torquemada.

o. c. l. XIV. cap. XXII.) como la Gran Cabeza de los iroqueses dibujada en una lámina de "Indian Tribes" de Schooleraft. Eran las creencias de los esquimales, de las tribus del noroeste del Pacífico y del extremo norte de América.

La obsidiana negra y el murciélago, animal oscuro y amante de las sombras de la noche y las tinieblas, fueron entre los nauas símbolos del fuego y nos dan motivo para creer que Youalli, la noche y la obscuridad, más bien que Youalliehécatl, viento y obscuridad, fueran el nombre primitivo del espíritu del fuego que mayormente brilla en las tinieblas de la noche. La llama que calienta e ilumina de noche, tenía que ser un espíritu nocturno; youalli, la obscuridad, la noche. En el tonalámatl era el fuego, Xiuhteuctli el primero de los nueve señores de la noche.

Ehecatl, el viento, el aire, no era entre los nauas, como entre nosotros la palabra espíritu, un sinónimo de alma: al principio vital que informa al cuerpo lo llamaban yólotl nuestros indios, literalmente el corazón, porque creían que en esa víscera residía la vitalidad real o supuesta, no sólo del hombre sino de todos los seres aún inanimados que suponían con espíritu, y a este espíritu imaginario del ser inanimado llamaban su corazón. Es por eso por lo que el océlotl lo llamaban el corazón de las montañas, tepeyólotl; al atotóllin, el corazón del agua, a-yólotl. Ehecatl nada tiene que ver ni con el alma ni con el espíritu y en la composición del nombre Youalli-ehecatl tiene, si acaso, el único objeto de significar la impalpabilidad o invisibilidad del dios, ya significadas con la sola palabra youalli cuya combinación y movimiento expresa ehécatl; por lo que yo creo que ehécatl fué una adición posterior para identificar al viejo dios de los nauas con Ehécatl, dios del viento, divinidad principal que entre ellos se introdujo con la cultura que en los mitos se atribuye a Quetzalcóatl cuyo nombre fué también Ehécatl. Al tercero de los hijos del cielo y de la tierra, tenemos en la forma politeísta de la religión que adoptaron después los nauas con la cultura, "llamaron Quetzalcóatl y por otro nombre Youalliehécatl" (Hist. de los Mex. por sus pint. p. 228). Aquí tenemos a Quetzalcóatl, el espíritu del aire, Ehécatl, identificado con Youalliehécatl, el espíritu del fuego, formando una sola divinidad.

Si Youalli fué el nombre primitivo del dios, como suponemos: la noche, la obscuridad y las tinieblas eran el espíritu del fuego, que llevó el mismo nombre del dios muy apropiado por cierto al concepto de un sér impalpable e invisible, como ellos concebían el espíritu del fuego. En la rama fínnica de las religiones ural-altáicas, entre otros nombres del dios supremo que encontró Castres, vemos los de Yummal, Yubmal, Yumala, que aunque no muy estrecha en apariencia, tienen cierta analogía fonética con Youalli; pero más que en esta débil semejanza de nombres, encontramos una fuerte analogía en los sentimientos religiosos mismos de los pueblos.

Los esquimales, con los fínneses y nauas, creían en un espíritu superior llamado por los esquimales Torngarsuk, que dominaba a los demás y creían también que los espíritus subordinados a Torngarsuk se habían repartido el dominio del agua, el fuego, el aire y las montañas, seres materiales que vivificaban. Además, lo mismo que los nauas y las tribus del noroeste del Pacífico creían ciegamente en los fantasmas y en el poder mágico de sus hechiceros, que llamaban Angokokes, en todo lo cual, dice el profesor Thiel, "no difieren de aquello que caracteriza las religiones Urano-altáicas". De todos modos la religión de los esquimales es el eslabón que liga a aquellos, con las religiones de los aborígenes de América.

La creencia en un espíritu superior, incorporado en algún sér material al cual estaban subordinados otros espíritus inferiores igualmente ligados a la materia, y los que sin tener morada fija aparecían como fantasmas o se concebían libres de toda envoltura material, fueron al parecer los sentimientos religiosos de los nauas primitivos, del mismo modo que los de las tribus de la América del norte que vamos comparando con ellos. Los espíritus, desde el superior, jefe y señor de todos ellos, hasta los últimos que causaban los espantos en los fantasmas y los males en las enfermedades, tenían que ponerse en contacto con el hombre; y el medio eran los hechiceros. De aquí el exagerado poder que se atribuía a estos hombres y el respeto, veneración y sobre todo terror que se les tenía, y no cesó del todo con la adoración de los ídolos aunque recibió un rudo golpe con la institución del sacerdocio entre los nauas. Al pasar de hechicero a dios Tezcatlipoca, de fetiche a ídolo, tuvo necesidad del sacerdote que sustituyó, en el culto y trato con el dios al hechicero que carecía de altar y ce-

remonias, y se alejó del templo vencido, dejando el dios al sacerdote y siguiendo con los espíritus en las soledades: siempre temido y solicitado, pero ya no como antes venerado.

Fué entonces quizá cuando los nautzaleque se volvieron maléficos asesinos, confiando en la protección del océlotl, el corazón, el alma de las montañas, el espíritu de los bosques, el eco d las barrancas, el Tepeyolotli de las cavernas que carecía de altares y de templos. En los lugares hasta donde no llegó la idolatría, ni se establecieron templos ni sacerdotes, creció la autoridad del hechicero, se desarrolló el espiritualismo fomentado por estos hombres y se formó aquella especie de sistema religioso a que han dado los modernos etnólogos el nombre de shamanismo, que se diferencia del ordinario fetichismo en que el mismo hechicero, su persona y sus cosas dan origen a los fetiches que son los númenes tutelares de las tribus, las familias y los individuos.

Fetiche que se deriva del latín fictitius o factitius y viene a ser como nuestro hechizo, de donde viene hechicero, es un objeto al cual se le atribuyen poderes sobrenaturales extraordinarios y es considerado como un numen, por su origen, por el modo misterioso con que se fabricó o por las facultades mágicas de que se suponía estar dotado en virtud de la posesión que de él tomó algún espíritu o se le incorporó en fuerza de los hechizos que se pusieron en práctica sobre él.

"Los objetos que sirven como fetiches, dice el Dr. Nassau, se consideran simplemente como la actual residencia de un espíritu. Un espíritu puede vivir donde quiera y en cualquier cosa. Este es el desnudo fetichismo. El objeto mismo, la materia no es la que se venera. El fetichista hace una preciosa distinción entre la reverencia con que trata a ciertos objetos materiales, y el culto que tributa a los espíritus que durante cierto tiempo habitan en ellos. Por este motivo, no hay nada tan bajo, tan pequeño, tan despreciable y ridículo que no se pueda considerar como la morada de un espíritu. Si por algún motivo se considera que el espíritu abandonó su morada y dejó aquel objeto definitivamente, la cosa en sí misma ya no recibe ninguna reverencia y se desecha como inútil" (Fietichism in West Africa p. 76). Vulgarmente suelen confundirse los fetiches con los amuletos y talismanes, que más bien sirven para el uso personal mientras el fetiche puede pertenecer también a la colectividad.

Para no entrar en discusiones inútiles, diré solamente que el fetichismo de los nauas no era el degenerado, burdo y grosero de ciertos negros africanos que como uno de ellos decía: "Cuando alguno de nosotros se resuelve a intentar un negocio de importancia, lo primero que hace es buscar un dios que le asegure el buen éxito de la empresa, y saliendo de casa con un tal designio, toma como dios lo primero que a sus ojos se presenta, un perro, un gato, el objeto más despreciable; aún cosas inanimadas como una piedra, un pedazo de palo, lo primero con que tropieza. A este nuevo dios se obsequia inmediatamente con un presente, acompañado de una solemne promesa, que si se complace de hacer que prospere nuestra empresa, en lo futuro lo tendremos y estimaremos como dios. Si nuestra empresa tiene éxito descubrimos un nuevo dios protector a quien diariamente hacemos propicio con nuevos dones, pero si fracasa, el dios se desecha como un mueble inútil y vuelve a su primitivo ser". Terminaba el negro diciendo: "nosotros hacemos y deshacemos diariamente nuestros dioses, y por consiguiente somos los amos y los inventores de lo que les sacrificamos" (Haddon. Magie and Fetishism pgs. 68, 69).

No es así como yo concibo los fetiches de los nauas sino aquellos objetos materiales, sin forma determinada, que los indios conservaban desde tiempo inmemorial o los acogían como tales por haber pertenecido a sus jefes y hechiceros o los habían encontrado en una circunstancia extraordinaria y especial, razones por las cuales y no por el simple capricho, creían que aquel objeto se encontraba dotado del poder de auxiliarlos, librarlos de los males, ampararlos y beneficiarlos en virtud de un poder oculto y misterioso o un espíritu que en él permanentemente residía. Tal era el espejo de Tezcatlipoca, la vara o dardo de Mixcóatl, el maztlate de Huitzilopochtli, los huesos y las flechas de Camaxtli y otros varios objetos por el estilo que se guardaban con respeto y se tenían con veneración considerándolos como poseedores de los mismos poderes que atribuían a los que fueron sus dueños. A la fe que se les tenía a esos objetos y al acatamiento que se les manifestaba, es a lo que yo llamo fetichismo, y en cuanto a que este fetichismo está ligado con los hechiceros es lo que entiendo por shamanismo.

Además del espejo que conservaron los acoluas como una reliquia y un fetiche de Tezcatlipoca, tenemos un mito conservado por Mendieta en que se pinta el fetichismo de los nauas primitivos con toda evidencia. Los dioses hicieron el sol para que alumbrara, pero

se quedó inmóvil hasta que no murieron sacrificados todos ellos. Antes de morir, cada uno de los dioses, dió a sus devotos la manta que traía, en memoria de su devoción y amistad. "Estos devotos servidores de los dioses muertos, envolvieron estas mantas en ciertos palos, y haciendo una muesca o agujero al palo, le ponían por corazón unas pedrezuelas verdes y cuero de culebra o tigre y a este envoltorio le decían tlaquimilolli, y cada uno le ponía el nombre de aquel demonio que le había dado la manta, y este era el primer ídolo que tenían en mucha reverencia, y no tenían en tanta como a este los bestiones o figuras de piedra o palo que ellos mismos hacían. Refiere el mismo P. Fr. Andrés de Olmos que él había encontrado en Tlalmanalco uno de estos ídolos envuelto en muchas mantas, aunque ya medio podridas de tanto escondido". (Mendieta o. c. p. 80).

Los nauas que creían que el espíritu del hombre residía en el corazón, pusieron esos corazones postizos a sus fetiches como lo hacían con sus ídolos y aún con sus difuntos, con ello entendiendo comunicarles el alma y la vitalidad. Esa piedrezuela verde venía a ser en el tlaquimilolli el espíritu del dios que entendían tener en cada uno de ellos. Una curiosa creencia nos demuestra evidentemente que los nauas envolvían el significado de alma y espíritu en la palabra yólotl, corazón. El yolotótotl, ave-corazón, era un pajarillo como codorniz, dice Sahagún, y se llamaba así porque los habitantes de Teotlixco "dicen que los corazones de los difuntos o sus ánimas se convierten en aquella ave; su canto es dulce y suave". (o. c. vol. III. p. 178).

Las mantas que el mito cuenta les dejaron los dioses, eran las reliquias de sus primitivos hechiceros, según la fe de los tlingitas; ellas encerraban su poder, a ellas había que recurrir; y estaba tan arraigado el shamanismo entre los nauas, que más caso hacían de estos tlaquimilolli que de los dioses que les vinieron después. El espejo de Tezcatlipoca no tenía un solo corazón, una sola alma, sino varias, si es que todas las piedrezuelas que lo acompañaban tenían el mismo significado. Estaban con el espejo, dice Pomar, "muchas piedras ricas, sueltas, como eran chalchihuites, esmeraldas, turquesas y otros muchos géneros y la manta que estaba más cercana del espejo y piedras era pintada de osamenta humana" (o. c. p. 13). ¿Querrían con los huesos pintados en la manta indicar que aquella reliquia era considerada como el cuerpo de Tezcatlipoca? Si es así,

en el fetiche del dios tendremos otra señal del shamanismo naua, además de la del fetichismo que no admite réplica.

El dios que adoran los coras, tribu de Jalisco de lengua de la familia náuatl, pero menos culta de los que habitaron en el Valle, dice el P. Tello "es un indio muerto y enjuto, el cual fué un rey que tuvieron en su antigüedad; dentro por el cual habla el demonio; y que antiguamente había mucha devoción". (Crónica miscelánea p. 30). Este es un caso de shamanismo conservado por una tribu en donde se siguieron observando muchas de las prácticas de los nauas primitivos. Tello dice que el cadáver venerado era el de un antiguo jefe; yo creo que debe haber sido el de algunos de sus hechiceros, hombres temidos y respetados aún hoy día por los coras del territorio de Tepic.

Los dioses en el Japón llevan el nombre que unos trascriben kami, otros kimi y hablando de ellos Moturi, escritor japonés, nos enseña, que no sólo recibían ese nombre los diversos seres sobrenaturales que poblaban el cielo y la tierra, sino también los espíritus de esos mismos kimi llamados mitama "que residían en los santuarios en donde son adorados". Creen muchos, aún entre los mismos japoneses ilustrados, que los antiguos dioses fueron todos personajes que vivieron en este mundo, y no eran sino sus más ilustres antepasados. Esto pudiera hacernos creer que originariamente en el Japón hubiera existido una especie de shamanismo, el de los tlingitas y nauas, y que las fuerzas de la naturaleza que algunos de sus fetiches representaban, no fuera sino por el supuesto poder de que sobre esas mismas fuerzas de la naturaleza decían estar dotados los hechiceros o personajes cuyos fueron los fetiches que como reliquias suyas se conservaron. "Un examen superficial nos demuestra", dice Aston, "que todas las grandes divinidades del más antiguo shinto, no eran hombres sino dioses de la naturaleza" (Shinto p. 9). No diría yo dioses en el sentido más vulgar de la palabra, sino seres incomprehensibles que se suponían causantes de los fenómenos naturales y residentes en objetos que están bajo el dominio de nuestros sentidos.

Los mitama o espíritus de los kimi eran fetiches en el sentido en que los hemos venido considerando: éstos representaban un sér invisible que se suponía tener su morada en el cielo o sobre la tierra, y podían muy bien ser, como Aston los llama, dioses de la naturaleza dando a esa palabra el sentido indicado; porque no repug-

naría a las creencias de ese pueblo que animaran un objeto cualquiera, tomándolo como habitación o residencia, enumerando entre ellos a los que verdadera o atributivamente hubieran pertenecido a personajes ilustres y representaran a la par a los mismos personajes cuyas reliquias animaban, y así en cierto modo decirse que habían sido reales personajes como lo creen los japoneses. Tezcatlipoca es un ejemplo palpable de como esto pudo haber acontecido. En la probable suposición que hubiera sido un personaje real, poseedor de un espejo, eslabón de pirita del cual le vino el nombre, el espejo fué un fetiche que representó uno de los grandes poderes de la naturaleza, el fuego, porque al mismo tiempo era el eslabón que lo excitaba del pedernal, y representó a un personaje que suponemos real, Tezcatlipoca, el cual por el fetiche que a él perteneció, se volvió dios del fuego.

Los espíritus de los kimi, o sea sus mitama, como nos dice Moturi "residían en los santuarios en donde se adoraban". ¿En qué forma? "Se representaban en el santuario por objetos concretos llamados shintoi o cuerpo de dios: y eran un espejo, una espada, una lanza, una tablilla con el nombre del dios etc". (Aston o. c. p. 16). Eran en otros términos más o menos lo que los nauas llamaban tlaquimilolli. El mitama era el espíritu, según la expresión naua, el corazón; el shintoi el cuerpo del dios, del kimi determinado. Los tlaquimilolli eran lo mismo: la piedrecilla verde, el yólotl, equivalía materialmente al mitama espiritual japonés: el pedazo de palo en el envoltorio de la manta, que era lo que constituía el tlaquimilolli, venía a ser el shintoi o cuerpo del téotl determinado, el kimi japonés.

Narra el P. Román que los indios de la Vera Paz ponían en la boca de los moribundos, una piedra preciosa "que era para que recibiese su ánima y en espirando luego le refregaban el rostro con ella livianamente. Esta piedra se guardaba y era tenida con el acatamiento debido a la persona cuya alma guardaba". (Ap. Ximenez o. c. p. 211). Este ejemplo no me deja duda que las piedrezuelas de los tlaquimilolli eran verdaderamente creídas el alma de los dioses cuyo cuerpo y vestidos eran las mantas y los palos, siendo las primeras las creídas reliquias del dios.

El espejo de Tezcatlipoca era un tlaquimilolli sin duda alguna, aunque no lo diga ningún antiguo escritor, y en él, como tal espejo, encontramos una notabilísima analogía con un shintoi japonés. Amaterazu era en el Japón la diosa sol, pero su mitama,

como los de los otros dioses estaba en un shintoi y éste era un espejo, ni más ni menos como el de Tezcatlipoca que estaba en su tlaquimilolli, y hay que notar que Tezcatlipoca se volvió sol, porque viendo él que no alumbraba bien el sol "por ser dios Tezcatlipoca se hizo sol". (Hist. de los Mex. p. 231). Envuelto en ricas telas y encerrado en lujoso cofrecito el espejo, shintoi de la diosa sol Amaterazu, estaba entregado a la custodia de una virgen de la casa imperial, que lo guardaba en el santuario de Ise. Se creía que Amaterazu había sido el tronco genealógico de la familia imperial del Japón. (M. Edwards and. L. Spence. 8 y 9).

Habría sido un sueño irrealizable el pretender encontrar primitivos argumentos para averiguar a la distancia de algunos miles de años el origen de un pueblo que careció por mucho tiempo de un medio adecuado para perpetuar los acontecimientos. Pero en vez, tales y tantas son las presunciones halladas, que el número y la importancia suplen hasta cierto grado los deficientes argumentos, y podemos confiadamente trazar con probabilidades de no apartarnos mucho de la verdad, el lugar de partida y las etapas de los nauas antes de llegar a México.

Conforme a estas presunciones, salieron de un país del Asia central situados en los alderredores de las montañas del Himalaya, que sería demasiado pretender localizar en el mapa. Se dirigieron a las costas situadas en el Pacífico y allí estuvieron establecidos entre tribus que tenían las mismas creencias religiosas de los japoneses y ainos. Subieron a la Siberia en donde practicaron el shamanismo, y por el estrecho de Bering o las islas Aleutianas pasaron el mar, pues eran diestros marinos y se establecieron en el extremo norte de América con los esquimales. Arrojados quizá de Alaska por tribus atapascas o en busca de mejores climas, bajaron al Canadá, y allí vivieron algún tiempo entre los tlingitas y otras tribus de la familia koluschana, hasta que probablemente los salishes hicieron que abandonaran las costas del Pacífico y otras tribus más meridionales de la familia atapascana los empujaron hasta México o por otros motivos llegaron a nuestro país.

Tales son las conclusiones a que me ha llevado el mapa etnográfico de la América del norte con el auxilio de la etnología misma, la arqueología y el estudio comparativo de las creencias religiosas.

Las noticias adquiridas por tales medios me ponen en situación de poder ampliar los conocimientos que habíamos ya adqui-

rido de los nauas teochichimecas primitivos. Sus creencias tenían por base el espiritualismo, siendo el espíritu del fuego el centro de su fe y sentimientos religiosos. Sus prácticas piadosas, si tales pueden llamarse, eran el shamanismo, y sus fetiches principales representaban el espíritu del fuego, objeto primario de su veneración, que manejaban y dirigían los hechiceros, entre los cuales probablemente había un jefe o principal como entre las tribus de Siberia y Alaska. Usaban el pedernal y la pirita como las tribus septentrionales y rivereñas del Pacífico para encender el fuego, y esos instrumentos eran los fetiches, considerando la pirita como el principal; pero ni los guardaban en templos, ni les tenían altares consagrados, ni los honraban con fiestas. Una celebraban probablemente, que consistía en matar una fiera, beber su sangre y comerse la carne para adquirir fortuna, fuerza y valor, y para que la víctima les sirviera como mensajero ante su divinidad principal, y de ella les consiguiera el alimento que necesitaban para el sustento; su cabeza era guardada con respeto.

Eran supersticiosos y crédulos, y por consiguiente estaban enteramente en las manos de sus hechiceros que hacían de ellos lo que querían. Tales eran los teochichimecas, nauas primitivos, que, con los quinametin, se habían fijado en el Valle de México. Estamos inclinados a creer que habían traído de las costas noroeste del Pacífico un signo totémico que se refería al objeto principal de su veneración, estamos para decir a su único dios, a su fetiche y al lugar en donde se fijaron; y este signo totémico para designar la tribu que emigró a los países meridionales, si alguna vez lo tuvieron, otro no fué sino el murciélago, Itzpapálotl que se identifica con Mixcóatl y dió su nombre a la cueva de Tzinacanóstoc, en donde se establecieron los chichimecas.



CAPITULO V

LOS MAYAS

MIENTRAS el caudillo español se rehacía de la derrota que le infligieron los mexicanos y atendía a los preparativos del ataque a la ciudad azteca, el 30 de octubre de 1520, de Segura de la Frontera, establecimiento español que con el nombre de villa acababa de fundar en el territorio de Tepeyácac, escribía al Emperador Carlos V una larga relación de los últimos acontecimientos pasados desde que comenzó a internarse en el país. Al darle cuenta del recibimiento que al llegar a México les hizo el tlatoani Moteuczoma, no dejó de referir las palabras del prócer indio en que aparecen cuáles eran las creencias que tenían los mexicanos acerca de su origen, y qué era lo que pensaban de los invasores que se les presentaban como enviados del monarca español. "Muchos días ha", decía el infortunado tlatoani "que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo ni todos los que esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas, y tenemos así mismo, que a estas partes trajo nuestra generación un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza y después tornó a venir desde en mucho tiempo y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado, con las mujeres naturales de la tierra y tenían mucha generación y hechos pueblos donde vivían: e queriéndolos llevar consigo no quisieron ir, ni menos recibirle por señor y así se volvió. E siempre hemos tenido que los que de él descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como sus vasallos, e según de la parte que nos decís que venís, que es a donde sale el sol e las cosas que decís de este gran señor o rey que acá os envió: creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural: en especial que nos

decías que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros". (Cortés. 2 Carta de Relación im. por Lorenzana pág. 81).

Entre las varias tradiciones referidas por el tlatoani azteca al jefe español, encontramos que estando ya en los tiempos primitivos habitado el país, llegaron unos extranjeros quienes enlazándose con las hijas de los aborígenes formaron una nueva, numerosa y esclarecida generación de la cual creían los mexicanos y se preciaban de proceder. Como jefe de los extranjeros y su señor venía un personaje distinguido que volvió al lugar de donde había venido y tenían los indios como una verdad indudable que los descendientes de ese señor habían de volver a dominarlos. Estos conquistadores habían de venir de donde nace el sol, porque de allá habían venido los extranjeros y para allá había vuelto su señor.

No hubieran pretendido los mexicanos descender de la tribu que se formó con la unión de los extranjeros y las mujeres del país, si no hubieran tenido como cierto que había sido la más ilustre de las que, por sus tradiciones, sabían que había introducido la cultura, las artes, la religión y el calendario. A ella seguramente se refería el tlatoani y de sus mismas palabras se colige, no haber sido la primera que habitó en el país, porque los que llegaron, encontraron a otros con quienes enlazarse, y en este punto, el discurso de Moteuczoma confirma lo que dejamos establecido en los capítulos anteriores.

El jefe de aquella expedición dejó seguramente, recuerdos imperecederos porque en todas partes esperaban su vuelta. Ya antes que llegaran a México los españoles les habían dicho los tlaxcaltecas "que sabían de sus antecesores que les había dicho un su ídolo, en quien ellos tenían mucha devoción, que venían hombres de la parte de donde sale el sol y de lejos tierras a les sojuzgar y señorear, que si somos nosotros que holgaran dello". (Bernal Díaz. o. c. cap. LXXVIII). Veamos quién era este jefe y fijemos bien el rumbo por donde dicen las tradiciones que llegó a México y volvió, porque este conocimiento nos es preciso para colegir quienes pudieron ser los que vinieron con él, uniéndose con las hijas del país, deduciendo al mismo tiempo cuál de nuestras tribus fué la que se formó con la unión.

Nos manifiesta el dicho de los tlaxcaltecas que el jefe que había venido con la expedición, era considerado por los indios

com uno de los dioses a quienes mayormente veneraban y cuál de ellos haya sido, el mismo tlatoani de México nos lo hace saber con la ocasión de la llegada de los españoles y por los presentes que mandó a Hernán Cortés; porque apenas los calpixqui o recaudadores de los tributos que andaban por las costas de Chalchicueyecan llevaron a la laguna mexicana la portentosa nueva del arribo de los misteriosos forasteros, Moteuczoma "despachó gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era él que venía, porque cada día le esperaban y como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente, y los navíos venían de hácia el oriente, por esto pensaron que era él", dice Sahagún: y en otra recensión de la misma obra encontramos "que todos convinieron en decir, que según la relación de los embajadores, aquel que había llegado era Quetzalcóatl, el cual mucho tiempo antes había ido por la mar a verse con el dios Sol que le había enviado a llamar al reino de Tlapalla y les dejó dicho que había de volver y que todos sus antecesores le habían esperado y que no era posible sino que era él".

Mandó entonces Moteuczoma a cinco de los principales que fueran a la orilla del mar a recibir al esperado dios y les dijo: "mirad que han dicho que ha llegado nuestro señor Quetzalcóatl, id y recibidle, y oíd lo que os dijere con mucha diligencia: mirad que no se olvide nada de lo que os dijere; veis aquí estas joyas que le presentéis de mi parte que son todos los atavíos sacerdotales que a él convienen". (Sahagún vol. III. lib. XII. p. 9).

En el manuscrito que dice Bustamante es de letra de Sahagún y está firmado por él, las palabras de Moteuczoma suenan así: "andad y cumplid vuestra embajada como os lo he mandado: mirad que no os detengáis en ninguna parte, sino que con toda brevedad lleguéis a la presencia de nuestro señor y rey Quetzalcóatl y decidle: vuestro vasallo Motheuzoma, que ahora tiene la tenencia de vuestro reino, nos envía a saludar a Vuestra Majestad y nos dió este presente que aquí traemos" (Bustamante, La Aparición de N. S. de Guadalupe de México, etc. pgs. 20, 21).

El obsequio que con sus mensajeros mandaba al creído Quetzalcóatl el lugarteniente de sus reinos, consistía, entre otras muchas cosas, en las insignias de Xiuhteuctli, Tezcatlipoca, Tláloc y el mismo Quetzalcóatl. Estas últimas se componían de gorro cónico de piel de tigre que ponían en la cabeza del dios, de "una ca-

pilla grande hecha de plumas de cuervo, y en el gorro un chalchiuitl grande y redondo en la punta, y también unas orejeras redondas de musaico de turquesas con un garabato de oro que llamaban ehecacótzcatl, una manta rica con que se ceñía y unos cascabeles de oro para los pies y una rodela que tenía en el medio una plancha de oro redonda, la cual rodela estaba bordada con plumas ricas. En lo bajo de la rodela salía una banda de plumas ricas en la forma que se dijo arriba; llevaban un báculo labrado de musaico de turquesas y en la vuelta de arriba puestas unas piedras ricas o perlas eminentes, en lo alto de arriba también llevaban unas cotaras como los señores solían traer: todas estas cosas llevaban los mensajeros y las presentaron según dicen a D. Hernando Cortés" (Sahagún vol. III. lib. XII. p. 7-9). Las pinturas que se conservan en los códices y las descripciones que de sus insignias nos hacen los escritores, no deja duda que con estos atavíos se adornaban las esculturas e individuos que representaban a Quetzalcóatl, el dios que los mexicanos creían había venido como jefe de los extranjeros de quienes en su discurso habló Moteuczoma a Cortés.

Por el oriente llegaron las naves españolas, por el oriente debió también haber llegado Quetzalcóatl con sus compañeros y hácia ese mismo punto tenía que haberse dirigido cuando volvió. Veamos si los escritores que nos hablan de la llegada están de acuerdo por lo menos en que por ese rumbo volvió. Encontramos en Mendieta que Tezcatlipoca fué persiguiendo a Quetzalcóatl "hasta cerca de la mar donde dicen Tlilapa o Tizapan y que allí murió". En otra parte indica haber sido Coatzacoalcos el lugar de las playas a donde fué (o. c. caps. V. y X). Tilapan quiere decir agua negra y Tizapan agua de una tierra blanca que los indios llamaban tízatl, Tezozómoc traduce albayalde, y otros greda. La opinión de Mendieta es singular en cuanto a los nombres geográficos, que yo creo no son sino una variante de Tlillan Tlapallan, nombre completo del lugar a donde se dice que volvió Quetzalcóatl.

Otro de los primeros escritores dice que "se fué a Cempoala ciudad principal cerca de la orilla del mar por donde llegó Hernán Cortés: permaneció allí 260 años y hasta ese lugar lo persiguió Tezcatlipoca, y viéndose tan perseguido se fué al desierto, tiró un flechazo a un árbol y se metió dentro del agujero de la flecha;

allí murió y sus servidores lo tomaron y quemaron y de allí vino la costumbre de quemar a los cuerpos muertos". Del humo que salió de su cuerpo, dicen que se formó una grande estrella que se llama Héspero. (Thévet p. 28) La noticia está de acuerdo con la relación de Moteuczoma y su conducta para con los españoles que desembarcaron en las costas de Veracruz, no lejos de donde estaba situada Cempoala, población importante de los totonacos. Quetzalcóatl se dirigió a las orillas orientales del mar, pero no se advierte que se haya embarcado y allí fué donde probablemente murió según la relación del autor traducido por Thévet.

Leemos en los Anales de Cuautitlan: "En este año, ce ácatl, murió Quetzalcóatl y se dice que se fué a Tlillan Tlapallan y allí murió". Más adelante refiere este documento cómo aconteció el hecho. "En el mismo año ce ácatl llegó Quetzalcóatl al mar, el agua que está junto al firmamento, teopan ilhuicaateneo y vió en el agua su imagen, su hermoso rostro, y se adornó con todas sus riquezas y se arrojó a la hoguera. Luego se escondió en el lugar llamado Tlatlayan". El pasaje a la simple vista se manifiesta un mito astrónomico. "Luego que se consumió la hoguera, salió de las cenizas su corazón, su espíritu en forma de estrella y subió al cielo; y dicen los viejos que esa estrella es el lucero de la mañana y por eso llaman a Quetzalcóatl Tlahuitzcalpanteuhtli, el señor que brilla en los campos sobre las casas". (Durán o. c. vol. II. Apéndice p. 74).

No hay duda que el mito se refiere al planeta Venus, pero ¿solamente al planeta? así lo entienden los expositores en general. Sin embargo, Quetzalcóatl era también un dios solar: en los códices no es raro verlo ataviado con los distintivos propios del dios Sol, y pudiera este mito significar que, venido por Tezcatlipoca de tres maneras: astronómica, habiéndose dado a este dios naua la representación del Sol: religiosamente, habiéndose dado la supremacía en el Olimpo al dios naua, y civilmente, habiendo salido vencedores los nauas; Quetzalcóatl, el culto y el pueblo que representaba en el concepto de los nauas tuvo que bajar a una segunda categoría: el Sol, se cambió en la estrella de la mañana; el dios, se hizo inferior a Tezcatlipoca, y el pueblo tuvo que huir. Todas esas ideas me parece que encierra el mito de la vuelta de Quetzalcóatl a Tlapallan, referido por los Anales de Cuautitlan.

Sol, luz crepuscular o planeta Venus, los viajes de Quetzalcóatl, astronómica y mitológicamente, no salen de la eclíptica y por eso los del jefe de los extranjeros tenían que ser, geográficamente, de oriente a poniente y tenía que volverse a Tlapallan para morir. Volviendo al campo mitológico, Tlillan Tlapallan no es propiamente el oriente sino el país de la aurora. Cuando Quetzalcóatl se fué para morir allá no se volvió la estrella de la tarde Véspero que aparece en el crepúsculo, sino el astro matutino Héspero que se hace visible en la aurora.

El autor del escrito llamado "Origen de los Mexicanos", nos hace saber que murió Quetzalcóatl en Tlapallan y el de la Relación de las Genealogías, que "fué desterrado de la tierra y fuese a unas partes que dicen que se llama Tlapalla pero no saben donde es". Sahagún dice que se embarcó "y así se fué por la mar navegando y no se sabe cómo y de qué manera llegó a Tlapallan" (vol. I. p. 259) que era una región mitológica. "Dicen que caminó hacia el oriente y que se fué a la ciudad del sol llamada Tlapallan y fué llamado del sol" (lib. VIII prólogo) Según el testimonio del cronista, Tlapallan no estaba en México sino al otro lado del mar. Moteuczoma creía que había desaparecido Quetzalcóatl en las playas de Veracruz; podemos entonces suponer, sin peligro de errar, que los indios situaban a Tlapallan en el oriente, tanto más que si allá volvió Quetzalcóatl, lo hizo porque el Sol lo llamó y la casa del Sol, de donde salía por la mañana no estaba en el poniente sino al oriente. "La casa del Sol", dice Motolinía, "llamaban Tonatiuixco, que es la faz de él o el nacimiento en el oriente" (Memoriales pgs. 246, 247) y en su Vocabulario mexicano así llama al oriente Molina.

Aparece claro por todo lo dicho, que la opinión general de todos los autores citados va de acuerdo con lo que Moteuczoma decía a Cortés, que por el oriente volvió Quetzalcóatl al lugar de donde había venido con los suyos, y no cabe duda que al oriente estaba la mítica Tlapallan de donde vino esta expedición, asimilada al mito astronómico del dios que se identificó con el jefe que la trajo; mito que hace absurdo imaginarse que hubiera venido de otra parte, tratándose del Sol o de Venus o de la luz crepuscular que se supone caminan y aparecen por esa dirección. ¿Cómo es entonces que Chimalpain, Ixtlilxóchitl o algún otro escritor, traen a los hombres que introdujeron en México la cultura por el Pacífico, haciéndolos fundar una nueva Tlapallan al noroeste del

país, cuando la Tlapallan de donde venían como por lo que dicen estos mismos autores se deduce, era un país fabuloso situado al oriente de México? La razón salta a la vista: fué el asimilar los expedicionarios a los nauas y traer del noroeste a todos los pobladores primitivos a pesar de los mitos y verdaderas tradiciones que son patentes. Tan bien indicado está el viaje de los extranjeros del oriente guiados por Quetzalcóatl, que no han faltado escritores que lo expliquen exclusivamente como un mito solar o planetario. (Brinton. American Hero-Myths cap. III).

Es también mi opinión que fué Quetzalcóatl un personaje eminentemente mitológico, que a su complexa mitología no es extraño el movimiento diurno y anual del sol, y que representa otros astros, fenómenos y fuerzas de la naturaleza; pero si es cierto lo que decía Moteuczoma, que vinieron a México unos colonos y éstos traían un jefe a quien se le da el nombre de Quetzalcóatl, creo también que los sucesores del caudillo que llegó con ellos, en las leyendas y tradiciones, se incorporaron en una sola personalidad con este personaje, histórico y mitológico a la vez, en quien se acumularon los mitos que ya traían de su dios con los que acaso se fueron desarrollando aquí, a los cuales hay que añadir las tradiciones históricas que se referían a él y a los que fueron jefes después de él.

Por ahora sólo reconozco en Quetzalcóatl al caudillo de la expedición y sus inmediatos sucesores, y si adopto su nombre, no es por que pretenda dar un carácter enteramente histórico a los mitos que lo rodean. Quetzalcóatl es para mí un nombre nada más, como el de Perseo, Jasón, Hércules, Cadmo y Cimbad que hubiera llevado algún famoso viajero, de cuya existencia histórica no se pudiera dudar, mas no con esto se debe suponer que opino que llevaba este nombre el caudillo de los que llegaron por el oriente. La real personalidad de los compañeros de Quetzalcóatl, que todas las tradiciones y aún los mitos concurren para demostrarla, no sólo no repugna a los hechos recogidos fuera del campo tradicional, sino estos mismos hechos se ponen de acuerdo y se combinan para señalar, como verdades, muchas de las tradiciones que se refieren a ellos. Después de un maduro exàmen de los documentos que nos quedan, me adhiero a la opinión de aquellos escritores que creen que el viaje de Quetzalcóatl de ida y vuelta al oriente es el mito de un dios sideral: el viaje de Quetzalcóatl

con sus compañeros a las costas orientales de México es una verdadera histórica tradición. Estudiemos por ahora, aún con el auxilio de las fábulas, al viajero terrestre y sus compañeros; más tarde haremos lo mismo con el celestial.

*
* *

Al venir del oriente, los hombres que acompañaron a Quetzalcóatl tuvieron que hacer el viaje en embarcaciones por el mar. "Cuando los nonoalcas tlacochcalcas partieron de Tlapallan": dice Chimalpain, "atravesaron el vasto mar llevados en conchas de tortuga y llegaron a un gran río cuyos bordes siguieron". (Anales p. 38). Fácilmente se comprende que no eran conchas de tortuga, sino verdaderas embarcaciones, como lo encontramos en Sahagún y en Ixtlilxóchitl. "Los que poseían el nuevo mundo en esta tercera edad" refiere el segundo "fueron los ulmecas y xicalancas; y según parece por sus historias que vinieron en navíos o barcas por la parte del oriente hasta la tierra de Papuha, desde donde comenzaron a poblar y en las tierras que están en la orilla del río Atoyac". (ob. his. vol. I. p. 19 y 470).

El primero de los dos autores citados nos hace saber cuál era esta tierra de Papuha, que no encontramos en ninguna otra relación. Dice este autor, que los huaxtecas o cuestecas también se llamaban pantecas o panotecas y "fueron así llamados y son los que viven en la provincia de Pánuco, que propiamente se llama Panotlan, cuasi panoia, que quiere decir lugar por donde pasan, que es a orillas o riberas de la mar, y dicen que la causa porque le pusieron nombre de Panoaya es que dizque los primeros pobladores que vinieron a poblar esta tierra de México, que se llama ahora India occidental, llegaron a aquel puerto con navíos, con que pasaron aquella mar y por llegar y pasar de allí, pusieron nombre de Pantlan que antes se llamaba Panotlan, cuasi panoayan que quiere decir como ya está dicho, lugar de donde pasan por la mar". (vol. III. pgs. 132, 133).

Papuha, pues, era un lugar en la Huaxteca cerca de la desembocadura del Pánuco que ahora lleva el nombre del mismo río, y según el capitán Pedro Martínez, está a unas 20 leguas de dis-

tancia del mar por el camino que lleva el río y a 8 en línea recta. (Descripción de la provincia de Pánuco. Colección de Documentos inéditos vol. IX p. 134). El cap. Barnett de la marina inglesa, calcula su distancia de la desembocadura del río a 80 millas por agua y 40 por tierra.

Completaremos el testimonio antes citado de Chimalpain, añadiéndole un pequeño comentario. Después que llegaron al gran río los nonoalcas "volvieron hacia el oriente para cumplir algunas prácticas religiosas ante el sol, por lo que se llamaba teotlixcas: allí vieron ellos gentes con tres pies de verdines. Entonces atravesaron de nuevo el gran mar y se apresuraron a ir a visitar achiutl-michin-tlaco e hicieron uso de grandes conchas de tortuga y recorrieron el mar". (Anales p. 38).

Comencemos el comentario desde las palabras antes citadas. "Salieron los nonoalcas de Tlapallan", que ya dijimos era un país mitológico oriental, la región de la aurora que como el griego ἠώς, a veces significa el oriente, y no tiene otro significado en el mito de Quetzalcóatl que los nauas confundieron o sobrepusieron a las tradiciones históricas. "Atravesaron el vasto mar", debe entenderse al Atlántico, porque viniendo de las regiones orientales a México, no podía ser otro." "Llegaron a un gran río", que Sahagún nos dice fué el Pánuco y veremos no podía ser otro, admitiendo que llegaron por nuestras costas del norte, porque es el mayor que se encuentra en la parte septentrional de las costas de la Huaxteca que fué las que tocaron. "Cuyos bordes siguieron", internándose en el país con dirección opuesta a la corriente. Cuánto tiempo tardaron en el interior, no lo dice el autor, pero fué mucho, aunque lo contrario deja entender. "Volvieron hacia el oriente": no los mismos, como parece, sino los descendientes de los que se internaron y el objeto de la vuelta fué "cumplir algunas prácticas religiosas ante el sol"; otra forma del mito que volvió a Tlapallan Quetzalcóatl porque el Sol lo llamó o porque lo mandó Tezcatlipoca a la casa del Sol. Es raro que los cronistas indios y los españoles malamente dirigidos por ellos, no mezclen mitos con las verdaderas tradiciones.

Cuando Tezcatlipoca mandó al dios del viento Ehécatl, que era Quetzalcóatl, que fuera a la casa del Sol, al otro lado del mar, le dijo que allí tenía ese dios "muchos músicos trompeteros

consigo, que le sirven y cantan, entre los cuales hay algunos de tres pies, los otros con las orejas tan grandes que les cubren el cuerpo: y habiendo llegado a la orilla del mar", añadió Tezcatlipoca: llamarás a las tortugas, las mujeres del mar "acíhuatl que es mitad mujer y mitad pez, y al acipactli, que es la ballena, y dirásles a todos, que se hagan un puente para que tú puedas pasar, y me traerás del sol los músicos con sus instrumentos para hacerme honor". Obedeció el mandato el dios del viento "se fué a la orilla del mar y llamó a los ya nombrados y vinieron y se volvieron puente por donde pasó". (Thévet o. c. p. 32). A esta fábula alude nuestro autor cuando dice que volvieron los nonoalcas a cumplir algunas prácticas religiosas ante el sol, encontrando gente con tres pies y siguieron navegando en conchas de tortuga.

Era creencia entre los nauas, como en el viejo mundo según de estos datos se desprende, que el oriente estaba poblado de monstruos: pero como el oriente de nuestros indios limitado por el mar les era conocido, echaban los monstruos más allá del océano. Escribe Tezozómoc que algunos viejos a quienes Moteuczoma preguntó lo que sabían acerca de la venida de los españoles, le contestaron que "algunos antiguos les dejaron profetizado, que los que habían de venir a reinar y poblar estas tierras que habían de ser llamados tezocuilxique y por otro nombre centeyxique que son aquellos que están en los desiertos de Arabia que al alto sol enciende, que tenían un pie sólo, de una pata muy grande con que se hacen sombra y las orejas les sirven de frazadas, que tienen la cabeza en el pecho; y esto dejaron declarado los antiguos nuestros antepasados, al tiempo que vinieron a poblar estas tierras". (Crónica p. 692).

Hablando de monstruos en su libro de la Ciudad de Dios, San Agustín hace mención de los sciápodes llamados así porque se servían de los pies para hacerse sombra (lib. XVI. 8) y los de las grandes orejas se mencionaron antes como habitantes de la casa del sol. Tenía yo en mi colección de antigüedades una curiosa figurilla de piedra encontrada en Michoacán, cuyas extremidades inferiores arrancaban de la cabeza que hacía las veces del abdomen. Vasos que representan esa misma monstruosidad fueron encontrados en territorio de Chalco.

El viaje de los nonoalcas del oriente a las riberas del gran

rio y su vuelta a la fabulosa casa del sol, también lo encontraremos referido por Sahagún, pero sin llamar a los viajeros nonoalcas y sin aludir a la parte fabulosa de la vuelta de Quetzalcóatl al oriente. "Ha años sin cuenta", dice, "que llegaron los primeros pobladores a estas partes de la Nueva España que es casi otro mundo, y viniendo con navíos por la mar aportaron al puerto que está hacia el norte; y porque allí se desembarcaron se llamó Panutla, cuasi panoia, lugar donde llegaron los que vinieron por la mar, y al presente se dice, aunque corruptamente Pantlan". Continuaremos nuestra cita, tomándola del original en lengua mexicana, para evitar largas discusiones. "Siguieron por la ribera, atentli, mirando los montes principalmente las montañas blancas, iztactépe y las montañas que humean, popocatetepe y siguiendo llegaron a Guatemala". La versión española dice que desde Pantlan comenzaron a caminar por la ribera del mar.

El mar es una adición del texto español que hace ambiguo el sentido, está en pugna con el contexto y se demuestra ser una falsedad. No fué por la ribera del mar por donde siguieron sino por la del río como dice Chimalpain. Atentli significa simplemente ribera, derívase de atl, agua y tentli labio, orilla, y Molina dice en su diccionario puede aplicarse lo mismo a los ríos que al mar. No eran propiamente las sierras nevadas lo que iban viendo, como dice la versión española, sino las sierras blancas iztactépe, y aunque parece la misma cosa, en realidad no lo es, por que Iztactépel, era el nombre que llevaba la montaña que ahora más comunmente se conoce con el de Iztaccíhuatl que en vez de cerro blanco, como se traduce Iztactépetl, hay que traducir mujer blanca, que es la forma que presenta la cumbre nevada de la montaña desde el valle de México en donde se ve una forma femenina yacente, cubierta con una sábana de nieve. Esta forma no se percibe del lado oriental y por eso los tlatepuzcas más comunmente la llamaban Iztactépetl, montaña blanca.

Literalmente comprendido que, navegando por las costas del Golfo desde el Pánuco, llegaron a Guatemala viendo las montañas nevadas o blancas y las montañas que humean, es una cosa que se aparta de la verdad y un error que, no pudo haber cometido el P. Sahagún conocedor de todos esos lugares; porque ni se ven tales montañas desde el mar, ni por las aguas del Golfo se puede llegar hasta Guatemala situada más cerca de las playas del Pacífico.

En la segunda expedición española bajo las órdenes de Juan de Grijalva, entre las desembocaduras de los ríos de Coatzacoalcos y Papaloapan "descubrieron las sierras nevadas de la Nueva España y las de S. Martín, y este nombre las dieron porque se llamaba S. Martín el primer soldado que las vió". (Herrera Doc. II. lib. III. cap. IX). La montaña nevada que se ve desde esa parte del mar es el Poyautépetl, que ahora más comunmente llamamos Pico de Orizaba. El Popocatépetl y el Iztactépetl es mucho lo que están al interior para que se pudieran ver desde el mar, impedida además su vista por altas montañas de la Sierra Madre oriental que la interceptan.

La especificación de las montañas que hace Sahagún con sus nombres mexicanos, aunque puestos en plural nos hace comprender de cuales montes se trata y cuales playas o riberas tenían que seguir por agua y por tierra para que las pudieran ver. Hay un monte muy alto, nos dice en otro lugar el mismo autor, "que humea, que está cerca de la provincia de Chalco que se llama Popocatépetl, que quiere decir monte que humea; es monstruoso y digno de ver, y yo estuve encima de él. Hay otra sierra junto a ésta que es la sierra nevada, y llámase Iztactépetl, que quiere decir sierra blanca, es monstruoso de ver lo alto de ella, donde solía haber mucha idolatría: yo la vi y estuve sobre de ella".

Estas eran las montañas que veían y para poderlas ver, tenían que tomar de Pánuco un camino que los llevara hacia Chalco, al valle de México y sus alderredores que es donde se ven esas montañas. De allá volvieron al oriente después de mucho tiempo: vuelta de que nos habla el autor, y entonces fué cuando siguieron su viaje hasta Guatemala, no los que vinieron, sino sus descendientes; tal es el modo más racional y conforme al sentido general de la narración con que hay que entender la relación de Sahagún y así también la entendió el Sr. Orozco y Berra (Hist. Ant. vol. III. p. 15). Chimalpain después de la vuelta a oriente, se divaga en viajes y peregrinaciones que les adapta para hacer llegar a los nonoalcas al noroeste y de allí llevarlos al interior otra vez conforme al sistema que se había formado de antemano.

Eran en realidad los nonoalcas de Chimalpain, los mismos extranjeros que habían desembarcado en Pánuco y llama Ixtlil-

xóchitl ulmecas. Sahagún no los llega a nombrar, dejándolos anónimos, pero dice de ellos que iban "guiados por un sacerdote que llevaba consigo su dios de ellos con quien siempre se aconsejaba para lo que había de hacer"; que llevaban consigo también sabios y adivinos, pero no se quedaron todos en el lugar a donde llegaron a la vista de las montañas nevadas; porque dejando allí a los colonos, el sacerdote y los sabios "se tornaron a embarcar".

Al dejar a los que se quedaron, les hicieron saber que se volvían con su dios; "pero vase" les dijeron, "para volver y tornar a os visitar". Se llevaron al dios y "fuéronse hácia oriente llevando consigo todas las pinturas donde tenían todas las cosas de antiguallas y de los oficios mecánicos, y de estos sabios no quedaron más que cuatro con esta gente que no volvió que se decían Oxomoco, Cipactonal, Tlaltetecui, Xuchicauaca". (Sahagún o. c. vol. III. p. 140).

Es muy fácil reconocer en la tradición que conservaron Chimalpahin y Sahagún, la misma que Moteuczoma declaró a Cortés, en el jefe sacerdote que conducía a los extranjeros a Quetzalcóatl, y en los colonos que desembarcaron en Pánuco y se internaron en el país, a aquellos que pretendían los mexicanos eran el tronco de donde provenían sus progenitores. Los coluas se decían descendientes de los fundadores de Tula, tanto que en sus anales se consideraban como señores culuas a los que habían gobernado a los tultecas. (Origen de los Mexicanos, p. 288 y sig.).

Los mexicanos que pretendían una prosapia distinguida se querían hacer creer y se jactaban de ser de la misma generación de los culuas, y culuas se llamaban y se hacían llamar, pero en estas pretensiones dice un escritor antiguo "más es de creer a los de Culua e los chichimecas que a ellos quoniam nemo judex in causa propia, pues los chichimecas y de Culua afirman que no son de ellos". (Relación de las genealogías, p. 272). Moteuczoma tenía naturalmente las pretensiones de los aztecas de tener como tronco de su linage el mismo de los culuas y descender de los toltecas, que era de quienes se decía haber venido del oriente con Quetzalcóatl. "Los tultecas", dice Sahagún, "que en romance se puede llamar oficiales primos, según se dice, fueron los primeros pobladores de esta tierra y los primeros que vinieron a estas partes que llaman tierras de México o tierras de chichimecas" (vol. III. p. 103).

Fueron éstos, que ahora llama toltecas el cronista, y dice que se establecieron en Tula, los que antes hemos visto que hacía innumerables años que habían llegado por la mar en navíos y habían desembarcado en Pánuco siendo los primeros pobladores: y para que no quede alguna duda que a ellos se refiera Sahagún, tenemos que recordar que en el lugar en donde se establecieron y llama Tamoanchan el autor, dejaron cuatro sabios Oxomoco, Cipactónal, Tlaltetecui y Xuchicahuaca, los mismos que encontramos entre los tultecas. "Porque también eran médicos", dice nuestro autor, "y esencialmente los primeros de esta arte que se llamaban Oxomoco Cipactónatl, Tlatecuin, Xochicaoaca, los cuales fueron tan hábiles en conocer las yerbas, que ellos fueron los primeros inventores de la medicina y aún los primeros médicos herbolarios". (Sahagún vol. III. p. 109).

¿Y quién fué el sacerdote que estuvo con los que vinieron del oriente y llevaban consigo su dios? Oigamos lo que dice de los toltecas. "Adoraban los tultecas a un solo señor que tenían por dios, al cual le llamaban Quetzalcóatl, cuyo sacerdote tenía el mismo nombre, es decir Quetzalcóatl, el cual era muy devoto y aficionado a las cosas de su dios, y por esto era tenido en mucho entre ellos; y así es que lo que les mandaba lo hacían y cumplían y excedían de ello... Finalmente fueron persuadidos y convencidos por el dicho Quetzalcóatl, para que saliesen del pueblo de Tula y así salieron de allí por su mandato". Salió también el mismo Quetzalcóatl "y todos se mudaron luego que él se salió del pueblo de Tula para irse a la región que llaman Tlapallan donde nunca más pareció el dicho Quetzalcóatl". (Sahagún vol. III. p. 113).

Mayor semejanza entre la narración de los que llegaron a Pánuco, con su sacerdote conductor y su dios y los que estuvieron establecidos en Tula no se puede dar y, por consiguiente, podemos ya decir sin necesidad de más pruebas, que aunque no lo diga, Sahagún, para él los que llegaron del oriente en barcas y por algún tiempo estuvieron establecidos al derredor de la cordillera de los volcanes en una región de donde se veían el cerro nevado y el cerro que humea, eran los llamados toltecas.

Los nonoalcas de Chimalpain, después que mitológicamente se los volvió a llevar al oriente para traerlos, quien sabe cómo, al noroeste de México, de allí los conduce a Tula por una serie de peregrinaciones admirables, y una vez instalados allí nos ha-

ce saber que "se habían igualmente elegido para sí como jefe a uno llamado Chalchiutlatonac Cahuitzcatzin teouateuctli, que se estableció como soberano en Tula". Teouateuctli es nombre de la dignidad, los anteriores son los de persona, el segundo de los cuales antes lo había escrito Yacahuezcatzin, y no es raro encontrar en las crónicas y anales de los nauas, personajes con dos y aún con tres y cuatro nombres. (Crónica. p. 38 y sig.)

El primer rey que tuvieron los toltecas, dice Ixtlilxóchitl, "se llamaba Chalchiutlanetzin y por otro nombre Chalchiutlatonac". (Obras Hist. vol. I. p. 471). No garantizo la autenticidad del nombre ni la existencia real de los reyes de Tula como nos la pintan los autores, pero hay que ver lo que se saca de lo que dicen y las verdades que forman el núcleo de las fabulosas historias que nos cuentan, poniéndolos de acuerdo aún en las fábulas, y en esto, es de llamar la atención que los nonoalcas que llegan a Tula, según Chimalpain, den a su primer rey el mismo nombre que, según Ixtlilxóchitl, los toltecas que llegaron a la misma ciudad dieron al suyo, y sería una casualidad inadmisible por su improbabilidad que habiendo los nonoalcas y toltecas salido del mismo punto, Tlapallan: habiendo llegado al mismo lugar, Pánuco: y habiendo dado igual nombre a su primer rey Chalchiutlatonac, fueran creídas dos tribus diferentes y no una misma. Ni obsta para una tal suposición el que en unos manuscritos citados por el Sr. Orozco, se diga con circunstancias poco creíbles, que en Tula estuvieron en pugna los nonoalcas con los tultecas, dado el caso que lo que se refiere en los manuscritos no fuera un mito que ya conocemos, aplicado en vez de a los gigantes primeros pobladores, a los nonoalcas, que en los documentos referidos se dice ya estaban en el país cuando llegaron peregrinos los toltecas.

La pugna entre nonoalcas y toltecas si se considera como tradición histórica, puede referirse a los disturbios en la misma región como nos dicen los hubo en Tula y uno de los partidos o facciones podía llamarse la de los nonoalcas, la otra la de los tultecas. La especie nos puede servir más tarde, y por eso le hacemos caso, una vez que no puede ser obstáculo para que creamos que los nonoalcas de Chimalpain no eran otros sino a los que Sahagún da el nombre de toltecas.

Nos queda por averiguar si los ulmecas de Ixtlilxóchitl eran

también los mismos nonoalcas y toltecas. ¿No fueron los ulmecas los que llegaron embarcados a Papuha que no era sino Pánuco? ¿No fueron ellos los que continuaron su viaje al interior hasta establecerse en las riberas del Atoyac desde donde podían estar viendo las montañas nevadas? Entonces son esos mismos los que llevaban un dios y un sacerdote como jefe y ese dios y ese sacerdote era Quetzalcóatl.

Sahagún menciona también a los ulmecas, pero como una parte, una familia de los que se establecieron y salieron de ese lugar tras de los toltecas; si, como parece, fueron tultecas, o tultecas se llamaron todos los que se establecieron en ese lugar al derredor de las montañas nevadas, podemos decir entonces que los ulmecas no fueron sino una parte de los tultecas quienes, tomando la parte por el todo, pudieron haber sido llamados ulmecas. Estos tales, dice también Sahagún de los ulmecas, "dicen que son tultecas, que quiere decir oficiales de todos los oficios primos, y sutiles en todo y que son descendientes de los tultecas". De ellos se decía "que eran hijos de Quetzalcóatl y así creían los antiguos que el que era próspero, rico y bien afortunado, que era conocido y amigo del dicho Quetzalcóatl". (vol. III. p. 136).

Los autores indígenas Ixtlilxóchitl y Chimalpain son unos escritores singulares, empeñados en traer a México a los indios desde la Torre de Babel, a despecho de las tradiciones y los mitos que no recuerdan tan lejanos acontecimientos, y consignan otros muy distintos, a los cuales aluden o refieren estos escritores en sus obras. El segundo lleva del oriente de la casa del sol, embarcados en conchas de tortuga, a los nonoalcas para introducirlos a México por el poniente, mientras el primero deja a los ulmecas bien establecidos y en su mayor prosperidad para poder hacer llegar a Quetzalcóatl, que le estorba con sus leyendas orientales, para poder llevarlo a Tula, con sus toltecas que había establecido por el rumbo de California.

Llegó pues durante la prosperidad de los ulmecas "un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl y por otro nombre Huémac, virgen, justo y santo, el que vino del oriente y enseñó la ley natural y constituyó el ayuno evitando todos los vicios y pecados: él fué el primero que colocó y estableció la cruz a quien llamaron dios de las lluvias y de la salud; el cual viendo el poco fruto que hacía en la enseñanza de estas gentes, se volvió por la parte de

donde vino, y al tiempo que fué dejó dicho a los naturales de aquellos tiempos que volvería en los venideros" (o. c. vol. I. p. 470).

Es la leyenda de Quetzalcóatl que ya sabemos, con los adornos que de su cosecha, con fundamento en los libros rituales, solía hacer más interesantes este autor. Lo que aquí le faltó lo vamos a encontrar disfrazado en otros lugares de sus escritos. Huémac, dice, era otro nombre de Quetzalcóatl; pues bien este Huémac o con el reverencial Huematzin dijo a los toltecas "que hacia donde sale el sol era tierra larga y próspera donde habían vivido muchos años los quinametin y hacía tantos años que se había destruido y estaba despoblada; además de que los feroces chichimecas sus vecinos pocas veces llegaban allá".

Persuadidos por él los toltecas emprendieron el viaje. Llegaron a Tula "ciudad que fué cabecera de reinos y señoríos muchos años". La tierra era buena y "la vieron muy bien los tultecas y principalmente Huemantzin el astrólogo que les guiaba, que era ya de edad de más de ciento ochenta años; y viendo el puesto tan bueno para su propósito y el temple de la tierra y las demás cosas que halló en su astrología ser buenas para una ciudad, comenzaron a edificarla". (Ob. c. vol. I. pgs. 20, 23 y 29).

Hueman, que era Quetzalcóatl, como dice nuestro autor, saca a los toltecas de Tlapallan o Hueitlapallan, la grande, la vieja Tlapallan y funda a Tula. Esta era la tradición trabucada por el texcocano que comienza por colocar en el oeste a Tlapallan papara llevar al este a los tultecas, todo lo contrario de lo que él mismo había dicho cuando hizo llegar de oriente a Quetzalcóatl. No me detendré a indicar los mitos que da como historia. Para seguir la leyenda de Quetzalcóatl después de la novela que forma con el reino de Tula, tenía que haber concedido a Huémac la edad de los patriarcas antidiluvianos, y a tanto no se atrevió el autor, de donde toma sus datos nuestro cronista, que para terminar la leyenda cambia el nombre de Quetzalcóatl por el de Topiltzin que también le pertenecía y con ese "se fué hasta Tlapallan, provincia que cae hasta el mar del sur" diciendo a los que se quedaban "cómo él se iba hacia donde el sol sale" añadiendo "que volvería de nuevo a esta tierra" (Ixtlil. o. c. v. I. p. 55).

El episodio de la llegada de Quetzalcóatl cuando estaban en su mayor prosperidad los ulmecas, es postizo, con el objeto de

separar a los ulmecas de los toltecas y poder traer a éstos libremente del poniente sin el embarazo del mito y la tradición que los hacían llegar por el oriente con Quetzalcóatl. Torquemada, que parece que bebió en las mismas fuentes de Ixtlilxóchitl, trae a Quetzalcóatl del oriente con sus compañeros, pero según él ya estaban los tultecas establecidos en Tula, y allí fué donde llegó con su expedición Quetzalcóatl. Los que desembarcaron, dice: "traían consigo una persona muy principal por caudillo que los gobernaba, al cual llamaban Quetzalcóatl, que después los chotultecas adoraron por dios" (Monarquía Ind. lib. III. cap. VII. vol. I. p. 335). Leemos en los Anales de Cuautitlan, que este mismo Quetzalcóatl, que allí se hace cuarto o quinto rey de los toltecas "vino a salir a Cuextlan pasando el agua sobre un madero" (Durán. ap. p. 70). Cuextlan era la Huaxteca en donde desembocaba el Pánuco. El testimonio va en consonancia con la llegada de los ulmecas a esas playas, porque el agua que pasó Quetzalcóatl con sus compañeros cuando llegó a Pánuco en la Huaxteca o Cuextlan no fué la de alguna corriente o lago sino la del mar.

Es de opinión también el Dr. Seler, que los indios juzgaban que había sido Quetzalcóatl el jefe de los ulmecas, y de ello encuentra una prueba en el códice Vaticano B, en donde en una lámina de la página 50 se ve pintada la imagen de un dios que, por el lugar que ocupa y los atributos que lo adornan, desde luego se comprende que es Quetzalcóatl. En frente de su imagen se ve una casa almenada, con la particularidad de que en vez de la primera almena a la derecha, tiene pintada una bola negra, del mismo modo que en este y en otros códices, se simboliza el hule que representa un papel tan principal en los ritos idolátricos de los indígenas de México. La casa, que significa morada o permanencia de una tribu y el hule, (palabra que viene del nauatl olli o ulli e ignoro por qué al pasar al español se le agregó una h que no tiene motivo para llevar) representa ideográficamente a los ulmecas, cuyo jefe está en frente y es Quetzalcóatl (Codex Vaticanus B).

Se demuestra con los argumentos que adujimos, el viaje de Quetzalcóatl del oriente por mar y todas las tradiciones están conformes en decir que fué Quetzalcóatl quien enseñó las artes y las ciencias a los salvajes, introdujo la agricultura, edificó templos y casas y que su pueblo vivía en ciudades y se componía de hombres diestros e inteligentes.

*
* *

Vimos que Ixtlilxóchitl decía, que cuando salió Topiltzin o sea Quetzalcóatl, se fué a Tlapallan, provincia que cae hasta el mar del sur, y dijo a los que se quedaron que se iba hacia donde el sol sale. ¿Cómo, si Tlapalla estaba en el oriente, se iba Quetzalcóatl por el mar del sur que es el Pacífico? Si tal cosa la dijera el historiador chichimeca podría yo decir: ¡bah! es una de las rarezas del autor indio y seguiría impávido mi camino. Pero no es sólo el texcocano quien sitúa el Pacífico al oriente, autor hay de mucho mayor peso y autoridad que hace lo mismo y para seguir sin tropiezo el hilo de mis investigaciones y quitar malas inteligencias a los lectores de nuestras antiguas crónicas, se hace necesario un paréntesis y una discusión geográfica que desate el nudo. No perderemos el tiempo y dejaremos adelantado con ella un conocimiento que es indispensable adquirir. Dice Sahagún que el zacuan es una ave "que se cría en la provincia de Anáuac que es el oriente de México hacia el mar del sur" (o. c. v. III. p. 168). Tenemos aquí el oriente y el mar del sur relacionados con Anáuac y estas relaciones nos servirán para averiguar cómo el Pacífico puede estar situado al oriente y cómo en rigor no es un absurdo que, al pretender dirigirse al oriente, Quetzalcóatl llegara a una provincia bañada por el mar del sur.

El nombre de Anáhuac, dice Clavijero, "que se dió en los principios sólo al Valle de México, por haber sido fundadas sus principales ciudades en las islas y en las márgenes de los dos lagos, extendido después a una significación más amplia, abrazó casi todo el gran país, que en los siglos posteriores se llamó Nueva España" (Vol. I. p. 1). Anáuac quiere decir lugar cerca del agua, o junto al agua, y cuando entre los antiguos escritores se llama así a determinado territorio es porque con la expresión anáuac quieren abarcar colectivamente los lugares ribereños de los lagos o del mar y con anauaca a los habitantes de esos lugares, como diríamos nosotros la costa o la ribera, los costeños o ribereños y en ese sentido fué aplicado a los pueblos de las orillas de los lagos en el Valle de México.

Por motivos análogos Xochimilco, Cuitlauac, Mixquic y algún otro pueblo se llamaron las chinampas y a sus habitantes los chinampanecas, como los de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco que se llamaron colectivamente tlatepuzcas. Las denominaciones de Anáuac y anauaca, aún así, de un modo común y colectivo dadas a los pueblos ribereños de los lagos y sus habitantes son muy raras en los autores de principios y mediados del siglo XVI, y como nombre propio de una determinada región, extendido al valle de México, no sé que se haya usado antes de fines de ese siglo. Sólo en el siglo XVIII se extendió a lo que se llamaba la Nueva España en tiempo del gobierno colonial, y por lo que copiamos de Clavijero podemos comprender era ya común a principios del siglo XIX. Hay un escritor que, dando a la palabra nauc la significación de corona, dice que Anáuac significa península: su opinión es singular y carece de todo apoyo en antiguas autoridades filológicas e históricas.

Si los nauas dieron el nombre de Anáuac a una determinada región, ésta, más bien que el Valle de México, fué otra muy distinta, como se puede colegir de los escritos del P. Sahagún. Refiriéndose al xiuhtólotl, dice que es un pájaro que vive "en las provincias de Anáuac que es hacia la costa del mar del sur", pero cuando habla de los monos, que, aún hoy día, llama el vulgo de México, huaxtecos, porque se llevaban de las costas del Golfo mexicano, asegura que "críanse en las partes que llaman Anáuac que es hacia oriente respecto de México" (o. c. v. III. p. 161 y 169). ¿Estaría el misionero en el mismo error de Tezozómoc que dice que son "los naturales de la Huaxteca gente de la costa del mar del sur"? (Crónica. p. 314). No; pienso que Sahagún llamaba a Anáuac a las regiones de ambos mares comprendidas en el istmo de Tehuantepec.

Los mercaderes mexicanos, cuando entraban a la provincia de Anáuac, dice, "iban todos juntos hasta el pueblo de Tochtépec: en este pueblo se dividían, unos iban a Anáoac Ayotlan y otros a Anáoac Xicalanco". Los que se dirigían a este segundo país, daban a los señores de él los presentes que llevaban de México y entonces "el señor o señores de la misma provincia del pueblo de Xicalanco y del pueblo de Chinamécatl y Coatzacoalco, les daban grandes piedras labradas, etc." (vol. II. pgs. 352 y 354). El pue-

grandes piedras labradas, etc." (vol. II. pgs. 352 y 354). El pueblo de Coatzacoalcos que aún existe a la desembocadura del río del mismo nombre en el Golfo de México y es muy conocido de todos, nos indica perfectamente la posición geográfica de Anáuac Xicalanco en la parte más estrecha del norte del istmo.

Cuando los mercaderes en tiempos de Ahuítzotl comenzaron a viajar a la provincia de Ayotlan, los de Tehuantepec y otros pueblos limítrofes los sitiaron en Cuauhtenanco, pero no los pudieron vencer y los mercaderes conquistaron la provincia de Anáuac. Al haber tomado parte en esos hechos los de Tehuantepec y sus vecinos, pueblos perfectamente conocidos y situados al sur de la parte más estrecha del istmo, claro está que en esa parte estaba situada la provincia de Anáuac Ayotlan, y queda demostrado que, en el concepto de Sahagún, Anáuac eran las regiones marítimas que en el Golfo de México y el Pacífico abrazaban el istmo de Tehuantepec, y por extensión, las regiones adyacentes de ambos mares. (Sahagún, vol. II. p. 337).

Ya que sabemos que la denominación de Anáuac pertenece a las costas de uno y otro mar, principalmente con relación al istmo de Tehuantepec, nos será fácil inquirir por qué dicen algunos autores antiguos que tanto el mar del sur o Pacífico, como el Golfo de México, estaban al oriente de nuestra capital. Dice Sahagún que los ulmecas, vixtoti y mixtecas "estaban hacia el nacimiento del sol" (vol. III. p. 136), expresión que debe referirse al mar del sur, porque no ignoraba ciertamente el misionero que parte de los mixtecas vivían en su tiempo en las riberas de ese mar, aunque al principio quizá ocuparon también las del Golfo. En otro lugar, en vez, asegura que "los que están hacia el nacimiento del sol se nombran olmeca, vixtoti, nonoalca" y los nonoalcas eran los habitantes de una región o pueblo legendario que tanto la geografía como los mitos sitúan en las playas del Golfo o por lo menos al oriente de México.

Geográficamente considerado, Nonoalco, dice Sahagún, que estaba en guerra con México, pero que cuando en esta población se hacía la fiesta de Tlacaxipeualixtli, venían secretamente los señores de aquella región con quienes Moteuczoma estaba enemistado, que eran "los de Huexotzinco, de Tlaxcala, de Nonoalco, de Cempoala" y al nombrar Nonoalco con Cempoala, parece que quiere establecer las mismas relaciones de vecindad que existen

entre Tlaxcala y Huexotzinco y si así es, esta región debe considerarse geográficamente al oriente de México por el rumbo del Golfo, tanto más que en otros lugares, donde se habla de las visitas ocultas a México de sus enemigos, el nombre de Nonoalco se substituye con el de Meztitlan, limítrofe de la Huaxteca.

Tenemos positivos testimonios que sitúan a Nonoalco confinando con Coatzacoalcos, donde estaba Anáoac Xicalanco, al norte de la región del istmo de Tehuantepec. De varios modos se ortografía este nombre: Nonoalco, Nonohualco, Onoalco y Onohualco. Torquemada lo escribe Onoualco y dice que son tierras "vecinas al mar y son las que ahora llamamos Yucatán, Tabasco y Campeche" (Monarquía Indiana. vol. I. p. 255). Clavijero nos informa que "la provincia de Coatzacoalcos confinaba al Este con el vasto territorio de Onoualco, bajo cuyo nombre comprendían los mexicanos las regiones de Tabasco y de las penínsulas de Yucatán que no estaban sujetas a su dominio" (o. c. v. I. p. 35). De manera que si consideramos esta región geográficamente situada, podremos decir que ocupaba las playas del Golfo de México habitadas por tribus de la familia maya.

Para conciliar consigo mismo a Sahagún, cuando dice que los ulmecas y vixtoti por un lado vivían con los mixtecas en el Pacífico y por otro con los nonoalcas en el Golfo, pero en ambos casos al oriente, podemos considerar, tratándose de tribus históricamente consideradas que ya no existían con ese nombre en tiempo de la conquista española, que mucho antes del descubrimiento de América hayan ocupado el istmo de Tehuantepec de una manera transitoria, cediendo el lugar del Pacífico a los mixtecas y zapotecas y el del Golfo a los nauas que se establecieron en Coatzacoalcos. Viviendo en el Istmo, en uno y otro mar, podía decirse con toda verdad que estaban al oriente de México.

Nuestra capital está situada, en números redondos, a 33 grados de longitud occidental del meridiano de Greenwich: longitud que más o menos corresponde a la del río Dulce en su desembocadura en el Pacífico, en las playas del Estado de Guerrero. De aquí se deduce que todas las costas de Oaxaca en donde viven los mixtecas y las de Chiapas, Guatemala y todo Centroamérica están colocadas en meridianos más orientales que el de México; y por esto no es un error el decir que todos esos países como los que están en las costas del Golfo, yacen al oriente de México y

que el mar del sur o Pacífico que baña las playas de esas regiones está al levante igualmente, aunque más correcto sería decir que están esos países y esas costas situados al sudeste. Salva la diferencia de los grados de latitud, en las mismas circunstancias y con los mismos grados de longitud oriental respecto de México, se encuentran muchos lugares del Golfo al sud de Tampico hasta los límites de Tabasco y Campeche, que todo el litoral de Oaxaca y de Chiapas. Dijimos que mitológicamente, Nonoualco era también un país oriental.

En los Anales de Cuautitlan se lee que la hermana o mujer de Quetzalcóatl, Quetzalpetlaltzin, vivía en Nonoalco y que Tezcatlipoca, del cerro de Nonoalco se dirigió a Tula para hacer uso de su arte de hechicero contra Quetzalcóatl. La apariencia que tomó Tezcatlipoca para perjudicar a los de Tula, fué la de un huaxteco o toueyo, como lo afirma Sahagún. Por otro mito sabemos que fué a Tula no del cerro de Nonoalco, sino que bajó de la casa del sol por un ilhuicamécatl o cuerda celestial, o "descolgándose por una soga que había hecho de tela de araña". La casa del sol estaba en el oriente que fué a donde mandó Tezcatlipoca a un su devoto a quien se le apareció en la orilla del mar, diciéndole que fuera a la casa del sol. (Mendieta. p. 80 y 82).

Nonoalco como país legendario oriental, puede identificarse y de hecho lo identifican con Tlapallan. "Eran muy antiguos los nonoalcas, teotlixcas y tlacochcalcas", dice Chimalpain, "que en sus pinturas nos indican el origen esclarecido de su nombre; y nos señalan también como lugar de demora y de partida Tlapallan, nombre que se cambió en el de Nonoalco; de modo que es preciso entender por Nonoalco el mismo Tlapallan" (Anales. p. 37). Teotlixcas y tlacochcalcas eran epítetos de los nonoalcas, no tribus o pueblos considerados con ellos, como equivocadamente lo llegué a creer cuando pensaba que tales tribus no tenían un origen mitológico. Ambos nombres confirman el origen oriental de los legendarios nonoalcas, que si se llamaron teotlixcas, fué como dice Chimalpain, por haberse vuelto al oriente para cumplir con algunos deberes religiosos para con el sol. Teotl, era entre los nauas el nombre que se daba a Dios, pero Mendieta nos hace saber que ese nombre lo aplicaban antonomásticamente al sol: en cierto modo era sinónimo de tonatiuh. En tal caso como tonatiuixco es el oriente, teotlixco lo será también, y teotlixca no significará otra cosa que oriental.

El mismo autor que acabamos de citar había dicho antes de los tlacochcalcas que "nonoalca es el primer nombre de los antiguos, que dejaron para tomar otro de tlacochcalca". (Anales. p. 28). En sentido mitológico y figurado, tlacochcalca es sinónimo de teotlixca. A los lugares en donde guardaban las armas, llamaban tlacochcalli los nauas, que perfectamente podemos traducir arsenales y donde estaban estos arsenales se llamaba tlacochcalco, de manera que tlacochcalca vendría a significar el que vive en los arsenales o procede de ellos. Tlacochtli quiere decir dardo, flecha, y calli casa: la casa de las flechas, es el arsenal. Los rayos del sol en su mitología, eran considerados por los indios como sus flechas; de modo que la casa del sol no era sino un tlacochcalli y los tlacochcalcas los que procedían de la casa del sol o sea del oriente. Considerados teotlixca y tlacochcalca como epítetos de nonoalca, y estos últimos procediendo de Tlapallan, no queda duda que en el concepto de Chimalpain tenía que estar Tlapallan al oriente y de allá tenían que venir los nonoalcas.

La etimología de la palabra nonoalca es muy oscura, y de las que se le han dado, a mi parecer, la que más se acerca a la verdad es la que traduce por mudo y Nonoalco, el país de los mudos, nombre que pudieron haber puesto los nauas a los viajeros orientales cuando aparecieron entre ellos, porque no comprendían su idioma ni se podían con ellos comunicar. La etimología de nonoalca está en consonancia con la tradición de Chimalpain y a falta de otra mejor, me conformo con ella.

*
* *

He podido demostrar en los anteriores capítulos que tenía razón Moteuczoma al asegurar que cuando llegaron los que venían del oriente ya había habitantes en México. Por lo menos dos familias etnográficas estaban establecidas, y cuando dice Sahagún que los que desembarcaron en Pánuco fueron los primeros, debe referirse a que fueron los primeros que no llegaron salvajes o llegaron por ese rumbo, o fueron los primeros colonos según los indios, creyéndose autóctonos los que ya estaban.

Todos los escritores antiguos en general, cada quién según

su modo de ver las cosas, nos hacen saber que los que trajeron la cultura no encontraron despoblado al país y llámense éstos mexicanos, como los llama Olmos, llámense culuas, como los llama el autor de la Historia de los Mexicanos, llámense toltecas o ulmecas, todos encontraron que los habían precedido los chichimecas o quinametin. Muñoz Camargo dice que "estando poblado México y toda su comarca y redondez de la laguna, al cabo de tanto tiempo vinieron los ulmecas, chalmecas y xicalancas unos en seguimiento de otros" (o. c. p. 19) y en el mito de los hijos de Iztacmixcóatl, Ulmécatl, tronco de los ulmecas, tiene el tercer lugar, que me parece es el que en realidad corresponde a los introductores de la cultura, déseles el nombre que se les quiera dar. Si se prefiere llamarlos toltecas, porque como dice Sahagún "eran oficiales primos" y diestros en todas las ciencias y las artes o porque habitaron una región o pueblo llamado Tula y como dice Clavijero, toltécatl o tultécatl no significa otra cosa sino "el natural de Tollan como tlaxcaltécatl el natural de Tlaxcallan y choloItécatl el natural de ChololIan", para mí es lo primero, con tal que un tal nombre no se crea ligado únicamente con Tula, la población que aún existe en el Estado de Hidalgo o con otra que hubiera conservado igual nombre y con él haya llegado hasta nuestros días. Si los toltecas primitivos, a los cuales ahora exclusivamente nos referimos, tuvieron una Tula como origen del nombre mítico o que realmente existió, ésta dejó de existir, por lo menos con ese nombre, por mucho tiempo antes que el dominio de los nauas a uno y otro lado de las cordilleras de los Volcanes cayera para siempre a principios del siglo XVI bajo el peso de los golpes que le asestó otro pueblo también venido del oriente en naves y creído descendiente de los hijos de Quetzalcóatl.

Ya con la certidumbre de una tradición naua que ciertos colonos portadores de la cultura, regidos teocráticamente, vinieron de donde nace el sol, desembarcaron en las playas del Golfo en la desembocadura de un gran río, siguieron su camino al interior del país y se establecieron en un lugar desde donde podían ver las montañas nevadas y las montañas que humean, indaguemos ahora cuál fué la tribu que se formó, como decía Moteuczoma, con la unión de esos colonos y las hijas del país a donde llegaron primero.

*

* *

Sahagún, el único autor que algo desarrolla la tradición enunciada por el tlatoani azteca, nos habla de los acontecimientos que a ella se refieren en el párrafo duodécimo del capítulo diez y nueve del libro décimo de su "Historia General de las Cosas de la Nueva España". Por el encabezado del párrafo, parecería que sólo a los mexicanos se refiere, pero no es sino un compendiado resumen histórico de las tribus emigrantes desde la llegada de los colonos que él llama los primeros pobladores, hasta la vuelta de las tribus nauas al Valle de México. Resumiendo lo que dice este autor con lo que nos sugiere la razón, la tradición es ésta.

Pasado un largo tiempo del establecimiento de los nuevos colonos llegados a México por Pánuco, entre las tribus que ya poblaban el país, comenzaron a salir del lugar que escogieron para residir en el interior y lo hicieron, según nuestro autor, en tres partidas o grupos que abandonaron ese lugar para establecerse definitivamente en regiones diversas del sur y del oriente. A la postre también dejaron el lugar los que moraban en él cuando llegaron los extranjeros, y llevaban una vida salvaje por lo que son indistintamente llamados chichimecas. Eran otros ya los chichimecas cuando salieron de allí: pulidos por los ejemplos y enseñanzas de los que arribaron del oriente, habían salido de su prístino estado salvaje, volviéndose tribus cultas, compuestas de diversas parcialidades. Los teochichimecas nauas pasaron un largo tiempo en las regiones septentrionales, y de allá volvieron para establecerse de nuevo en el centro de nuestra República. Esto es lo que se deduce del párrafo duodécimo de Sahagún. Tomemos por ahora en consideración solamente lo que se relaciona con los que vinieron de oriente por el mar.

Lo que ahora nos interesa es averiguar y dejar establecido fuera de toda duda, el lugar que los colonos extranjeros eligieron para su definitiva morada, porque así podremos saber la tribu o familia etnográfica que de ellos se derivó. Para ello conviene adelantar que dos eran los linajes de quienes los indios se gloriaban tener su origen; los salvajes chichimecas a quienes consideraban como los primeros pobladores, y como tales, los que an-

tes que nadie se habían adueñado del país; los otros eran los que habían introducido la cultura, llamados ordinariamente toltecas. No es posible que sepamos si los indios tuvieron siempre estos sentimientos o se despertaron en ellos cuando los españoles comenzaron a inquirir acerca de su origen: de todos modos ellos tuvieron que influir poderosamente en las noticias que comunicaron a los misioneros y en sus mismos documentos pintados o escritos cuando ya estaban bajo la denominación española.

Los salvajes habían llegado del norte; los que llevaron la cultura, del oriente. Los primeros, que olvidándose de su origen se creyeron autóctonos, no dejaron de conservar la tradición de los que, llegados de otra parte, los sacaron del salvajismo. Cuando poseedores de cierto estado de cultura, volvieron los nauas al centro después de haber pasado mucho tiempo en el norte; sólo encontraron a los de su propia tribu, cultos o salvajes, que no habían dejado el país o a los de las familias quinametin que estaban en idénticas condiciones. (Relación de la Genealogía, p. 264).

De los que desembarcaron en Pánuco y habían abandonado el país antes que ellos, apenas tenían ya vagos y confusos recuerdos, conservados por las tradiciones y leyendas que se habían formado. Tanto a los salvajes que encontraron aún, como a los que vinieron después del norte, los nauas, que ya se habían establecido de nuevo en el Valle de México, comunicaron la cultura que tenían. Con el transcurso de los años, alejados enteramente de las tribus de quienes ellos mismos habían recibido la cultura y cortada por completo la comunicación con ellos, las tradiciones se confundieron y fácilmente se creyó haber sido los maestros de la cultura aquellos de su mismo linaje que al volver del norte se habían establecido en Tula y llevaban por esto el nombre de tultecas.

El orgullo de los pueblos y las pretensiones de las tribus concluyeron con los recuerdos de los primeros introductores de la cultura, creyéndose o haciéndose creer todos chichimecas y deudores de la cultura a los toltecas. Envuelta y unida con los mitos, la única tradición que no se pudo borrar por haber pasado a las creencias religiosas fué la de la venida de Quetzalcóatl por el oriente y la de los extranjeros que lo acompañaron, y no recordando quienes eran, los confundieron con los mismos tultecas, si no es que a ellos mismos se hubiera dado este nombre heredado por los nauas cultos después.

Los españoles se encontraron con dos cosas difíciles de conciliar en las tradiciones indígenas: la venida mítica e histórica de Quetzalcóatl con los ulmecas por el oriente, y la difusión de la cultura hecha por los toltecas que habían venido del noroeste y veneraban a Quetzalcóatl como dios. Sahagún salva la dificultad, indicando, sin darles el nombre, que eran toltecas los que desembarcaron en Pánuco y directamente asignándoselos a los que volvieron del norte y se establecieron en Tula. De los primeros, que no eran ciertamente nauas, dice que eran descendientes de los ulmecas "y no eran chichimecas" (vol. III. p. 144) mientras de los segundos dice que de ellos descendían los nauas "y se llamaban chichimecas" (vol. III. p. 121). En esto no veo yo contradicción. ¿No pudieron unos y otros haberse llamado tultecas o por ser ambos pueblos diestros en las artes, o también por haber vivido ambos en una población o región que hubiera tenido por nombre Tula? La confusión nacida de las embrolladas tradiciones de los indios, es la que ha originado muchas fábulas en los antiguos, y muchas novelas en los modernos escritores que han hecho del nombre de Tula y los tultecas una pesadilla para todo aquel que quiera escribir la historia primitiva de nuestras razas indígenas.

El Prof. Brinton, el más encarnizado de los sabios enemigos de los tultecas, no contento con haber fulminado anatema, amenazando no reconocer como hombre docto a quien osara nombrarlos entre las tribus que tuvieron una existencia real, se hace la ilusión de haber exorcizado de la historia antigua de América "estos seres imaginarios que han servido ya lo suficiente como el último refugio de la ignorancia" (American Hero-Myths. p. 144). Pero sus esfuerzos fueron vanos perdiendo oleum et opera y en estos últimos años no han faltado americanistas inteligentes y versados en nuestra historia antigua que, desafiando los anatemas del digno Profesor norteamericano, evoquen a la vida real los seres imaginarios, no una sino varias veces exorcizados por él. Sin nombrar otros, me contentaré con mencionar al inteligente arqueólogo Thomas A. Joyce que así lo hace en su "Mexican Archaelogy" (New York-London 1914) y el no menos apreciable americanista Alfredo Tozzer en su "The Domain of the Aztecs and their Relation to the Prehistoric Culture of Mexico" (Washington 1916).

Con el ejemplo de tales autoridades nadie me podría echar en cara el que yo también evocara a los toltecas haciéndolos tomar una parte activa en nuestra historia: mas para evitar confusiones una vez que Ixtlilxóchitl y Muñoz Camargo dan el nombre de ulmecas a los primeros introductores de la cultura en Mexico, y que este nombre es sinónimo del de tulteca que aplica a los mismos Sahagún, a ellos me atengo y les seguiré llamando ulmecas.

Al hacerlo así no es porque crea que los ulmecas, toltecas, popolocas, chalmecas, teotlixcas, tlacochcalcas, vixtoti y xicalancas no sean en su origen tribus tan mitológicas como los gigantes quinamentin: en esto estoy enteramente de acuerdo con el Prof. Brinton y reconozco la fuerza de sus argumentos; pero una vez que los indios y los antiguos cronistas usaron esos nombres para designar las tribus primitivas también en su histórico significado, no quiero aumentar la confusión con inútiles y nocivas innovaciones. Usaré los mismos nombres, dándoles su carácter histórico o mitológico según convenga, reduciendo una cuestión de hechos a la de simples palabras, que bien entendidas, no pueden confundir a nadie. Los pelasgos, ligures, iberos y otra multitud de tribus de origen tan mitológico como el de los toltecas, ulmecas, xicalancas y vixtoti, han conservado sus nombres en las modernas historias, sin que por eso se crea otra cosa de ellas, que haber sido las representantes de las ignoradas tribus primitivas de los distintos países de los cuales se suponen autóctonas.

La primera partida de ulmecas que abandonó el lugar en donde se habían establecido después que dejaron las playas del Golfo saliendo con dirección al oriente y llevando al sacerdote que los guió con el ídolo, no fué un acontecimiento histórico, era el mito solar o planetario que se había encarnado en la tradición y formaba parte de la leyenda. El segundo grupo, mucho más numeroso, que salió en pos de la primera partida mítica, ya puede considerarse como histórico: los que abandonaban el lugar, eran los ulmecas vixtoti que se dirigían tras de los que fueron al oriente, pero en vez tomaron la dirección del Pacífico y "llegando al puerto se quedaron allí y no pudieron pasar por el mar y de ellos descienden los que al presente se llaman anaoaca mixteca" (Sahagún. vol. III. p. 142). Anáoac eran las regiones marítimas del sur y el norte, circunvecinas al istmo de Tehuantepec, y los mixtecas en tiempo de la conquista ocupaban las playas del sur.

La primera expedición al oriente no fué sino un mito que al atravesarse en el camino desvía la tradición. En el mito, el viaje tenía que ser por fuerza al oriente, el sol y los planetas no se mueven sino de oriente a poniente: la tradición exigía el viaje al sur por haber dicho antes nuestro cronista que los que llegaron a Pánuco se fueron después a Guatemala. Pero no podían haber ido a Guatemala el sacerdote y el ídolo que míticamente eran los astros viajeros celestiales, los que salieron tras de ellos, los verdaderos viajeros terrenales, que eran los ulmecas tenían que haber sido, conforme a la tradición, los que llegaron a Guatemala. En las playas del Pacífico, al oriente del meridiano de México, estaban poblados los mixtecas; sus progenitores viajaron probablemente con los ulmecas y por esto los llama Sahagún sus descendientes: ellos fueron los que no pasaron el mar. Por tierra o por agua, no lo podemos con toda certidumbre saber, los ulmecas llegaron finalmente a Guatemala como nos lo dijo Sahagún.

Después de los ulmecas, emprendieron el viaje los cuextecas. "Hubo un cuexteca, caudillo y señor de los cuextecas" quien tuvo que salir con los suyos y "fuéronse hacia Panutla de donde ellos habían venido, que al presente se dice Pantlan y los españoles le dicen Pánuco: y en llegando al puerto no pudieron ir adelante por lo cual allí poblaron" (Sahagún. vol. III. 141). Al considerar que de Pánuco, que fué de donde los cuextecas salieron para el interior, también salieron los ulmecas, que en el mismo lugar donde estuvieron los unos, estuvieron también los otros, y que de donde salieron los ulmecas para el sur salieron los cuextecas para el oriente: no puede quedarnos duda que unos y otros estuvieron íntimamente ligados. Sahagún y los Anales de Cuautitlan nos han hecho notar por otra parte las afinidades entre los nonoalcas y los cuextecas o más bien entre Nonoalco y Cuextecapan o Cuextlan tanto geográfica como mitológicamente, y como Sahagún nos dijo que los nonoalcas habían vivido en el oriente con los ulmecas, resulta lógicamente que los ulmecas que marcharon al sud y los cuextecas que volvieron al oriente de seguro pertenecían a la misma familia etnográfica de la cual no eran sino parentelas o parcialidades antes de separarse.

La lingüística conforma enteramente la tradición, porque el maya es el idioma a cuya familia pertenece el cuexteco, y siendo esto así, los ulmecas debían pertenecer a la misma familia etno-

gráfica, eran entonces mayas. En efecto, las tribus de Guatemala en donde los ulmecas se establecieron, con pocas e insignificantes excepciones, eran todas de familia maya. De donde se colige que como los nonoalcas, tultecas o ulmecas viniendo del oriente, llegaron a Pánuco, de allí se internaron hasta la cordillera de los Volcanes, abandonando el territorio ocupado, para establecerse en el oriente y en el sud, y las tribus que han habitado siempre en esos lugares en donde se fijaron definitivamente, pertenecen a la familia etnográfica de los mayas,—la tribu de donde todas estas familias se derivaron, fué la que se formó de la unión de los colonos orientales que desembarcaron en Pánuco y las hijas de los salvajes que ya encontraron establecidos en el país.

*
* *

Más de veinte son las lenguas enumeradas en la familia maya, contando entre ellas el Chontal de Tabasco y el Totonaco que algunos lingüistas no incluyen en el número, admitiendo en vez las lenguas y dialectos antillanos que no tienen de común con el maya sino un cierto número de palabras cuya presencia se explica fácilmente por las relaciones comerciales y por los accidentes marítimos que pusieron en contacto las tribus.

Cuando llegó a la isla de Cozumel en Yucatán, la segunda expedición española mandada por el capitán Juan de Grijalva, los isleños huyeron del lugar y en el reconocimiento emprendido por los españoles sólo "pareció una india de buen rostro y dijo en lengua de la isla de Jamaica, cómo todos los indios, de miedo, se habían ido al monte. Entendieron algunos soldados la lengua y extrañando el habla de aquella parte, le preguntaron quién era. Respondió que de Jamaica y que había dos años que salieron de aquella isla diez indios en una canoa a pescar y que las corrientes los echaron a aquella de Cuzamil cuyos indios mataron a su marido y demás compañeros sacrificándolos a sus ídolos y a ella dejaron con vida" (Cogolludo. Hist. de Yucatán. p. 10).

El caso de los jamaiquinos debe haberse presentado con frecuencia y embarcaciones de las Antillas, arrastradas por la corriente del Golfo, serían llevadas a Yucatán como aconteció también a Valdivia y los desgraciados náufragos españoles, compañeros suyos. Cuando estuve en Icaiché, distrito entonces habitado

casi exclusivamente por indios mayas que confinaba al sudeste con la colonia inglesa de Belice y al sudoeste con Guatemala, los indios del lugar me hablaban con insistencia de una tribu de caribes que situaban hacia el sur bastante lejos de allí pero en territorio maya. De tales caribes lo único que pude saber fué lo que dice Mr. E. C. Huntington: que mucho tiempo después del descubrimiento de América fueron llevados a Honduras de las Antillas sin que hubieran olvidado su lengua y sus costumbres. En 1796, los ingleses los llevaron a la colonia de Belice de las islas Dominica y San Vicente.

Estuve con algunos de estos caribes en unos de sus pueblos: Huntington dice que estaban divididos en dos clases; unos rojos y otros negros, mezcla de raza africana y americana: yo no vi sino a los negros que me refirieron la historia de su deportación y cómo habían ido a dar a San Vicente y se habían mezclado con los indios cuyo idioma y nombre de tribu habían adoptado. Pero estos caribes nada tiene que ver con los mayas anteriores al descubrimiento de América.

Algunos escritores han dicho, sin embargo, que en tiempos precolombianos Yucatán sufrió invasiones de caribes antillanos y en la Crónica de Chumayel encuentro una noticia que lo pudiera confirmar. "El quinto ahau vinieron extranjeros y buscaron gente para comer, eran llamados ixmapicdzul, extranjeros sin enaguas" (Brinton. Maya Chronicles. p. 170). Los caribes antillanos tenían fama de andar desnudos y comer carne humana, tanto que el nombre de caníbales, que Colón les dió a los antropófagos, se dice que de ellos lo tomó. Las tradiciones de los caribes llegaban hasta Tabasco.

Si tales invasiones son ciertas se mezclarían antillanos y yucatecos y pasarían al maya palabras de las lenguas de las islas. Todas ellas con mejores fundamentos se han agrupado a la gran familia arawaka, que comprende todos los idiomas y dialectos de las islas y se extiende por el continente en la América del Sur hasta Bolivia y la parte meridional del Brasil.

Esa familia lingüística nada tiene de común con el maya, cuyas lenguas principales son el maya o yucateco, el itzae, el chañabal o comiteco, el chol, el quiché, el zutuhil, el cakchiquel, el zotzil, el tzental o zendal, el mame, el poconchi y otras de menor importancia, todas ellas del sur de México y la América Central. Al norte de nuestra República, en las costas del Golfo, se hablan

solamente el totonaco y el huaxteco o cuexteca. La extensión geográfica de la familia con una sola interrupción de continuidad al sud de Veracruz, era cuando llegaron los españoles, desde el Pánuco hasta cerca del istmo de Panamá abarcando toda la península de Yucatán y casi toda la América Central menos la mayor parte de Costa Rica y algunos puntos de Nicaragua y El Salvador. (Cyrus Thomas. Indian Languages of México. Mapa). De todos los idiomas que conprende la familia maya, se dice que el mame, hablando principalmente en Soconusco "en una ceja paralela a la frontera de Guatemala de sur a norte desde Tapachula al departamento de Mariscal" (Santibañez. Chiapas. vol. II. p. 215) es el que contiene formas arcaicas porque es una lengua aglutinativa, cuya estructura gramatical es complexa y esto no sucede con las otras lenguas sus hermanas. (Véase Vocabulario de la lengua mame reimpreso por Alberto María Carreño. Introducción). Del maya hablado en Yucatán juzga el doctor Berendt que es el ejemplar más genuino. El quiché, el cakchiquel, el poconchi y el tzutuhil de Guatemala están ligados entre sí de tal manera "que mútuamente se entienden como sucedía en Grecia con los dialectos ático, jónico y dórico" (Brinton. The names of the Gods in the Kiche Myths. p. 3).

Clavijero nos dijo ya que el país de Onoualco o Nonoalco comprendía desde la desembocadura del Coatzacoalcos hasta la península de Yucatán, incluyéndola aunque vagamente en sus confines. En todo el litoral de este país habitaban tribus de filiación maya y si llama nonoalcas Chimalpahin, a los teotlixcas y tlacochcalcas, viajeros orientales que desembarcaron en México, era, muy probablemente, refiriéndose a la filiación etnográfica de las que habitaban ese territorio, a quienes por hablar un idioma muy distinto del nauatl, podía muy bien convenir el nombre de mudos en contraposición de los que hablan, que serían los nauas. Ignoramos completamente de una manera positiva qué nombre daban los nauas a los habitantes de Yucatán, y si a ellos extendían también el de chontales que tenían los de Tabasco; pero si alguno estaba dedicado en particular a los mayas peninsulares, ninguno les podría convenir mejor que el de nonoalcas por encontrarse comprendidos en el territorio que llevaba el nombre de Nonoalco.

Escribe el Lic. Don Diego García del Palacio que cuatro lu-

gares de indios nonoalcas vivían en su tiempo en la parte oriental de la provincia de San Salvador, que recientemente habían ido allá. (Carta al Rey. p. 60). Si estos indios eran de origen naua como otros del mismo territorio, nada difícil es que les llamaran nonoalcas en el mismo sentido que dice Chimalpain se llamaban nonoalcas los chalcas, o también porque vivieran al oriente con relación a los otros o porque hubieran emigrado de la parte del territorio de Nonoalco cercana a la desembocadura del río de Coatzacoalcos en donde había pueblos nauas en la época de la conquista. El nombre de nonoalcas, aunque propiamente podían los nauas aplicarlo a los mayas, era un nombre común como chontal, popoloca y otros que se aplicaban a tribus de filiaciones diversas, y no es un argumento que pueda destruír los que han servido para deducir que los nonoalcas de las tradiciones y las leyendas eran de la misma familia etnográfica de los ulmecas y con ellos se asimilaban, el que en El Salvador hubiera nauas que se llamaran o fueran llamados por las tribus vecinas también nauas, con el nombre de nonoalcas.

Cuando Ixtlilxóchitl dice que se fué Quetzalcóatl al oriente, al mar del sur y habla de una provincia de Tlapallan hacia Hibueras u Honduras y Sahagún indica que los ulmecas se fueron al oriente a las costas habitadas en el Pacífico por los mixtecas, ambos indican el camino que se tomaba para ir de México a los países del sur pasando por el istmo de Tehuantepec, ya sea que se quisiera ir a Chiapas, Guatemala u Honduras, regiones todas pobladas por tribus mayas como la península de Yucatán.

"De Quetzalcóatl decían los indios que fué natural de un pueblo que se dice Tula, escribe Motolinía, y fué hacia la costa de Coatzacoalco a do desapareció y siempre le esperaban que había de volver y cuando aparecieron los navíos de Don Hernándo Cortés y de los españoles que esta tierra conquistaron, viéndolos venir a la vela decían que venía Quetzalcóatl y que traía por mar teucales; pero cuando desembarcaron decían que eran muchos dioses" (Memoriales. p. 84). Aquí tenemos a Quetzalcóatl en el istmo de Tehuantepec, pero por las costas del Golfo y por esto era por allí por donde los indios esperaban su vuelta. Otros lo hacen pasar por Cempoala, aún en la creencia que se fuera al sur.

Se lee en la Historia de los Mexicanos que estando en Tula Ceacatl, Quetzalcóatl "vino a él Tezcatlipoca y díjole que hacia

Honduras, en un lugar que hoy día también se llama Tlapalla, tenía su casa fecha y allí había de estar y morir". Emprendió Quetzalcóatl el camino, "dejó en Cempoala otros que poblaran allí y él llegó a Tlapalla y el día que llegó cayó malo y otro día murió" (o. c. p. 238). Había efectivamente, según decían, una provincia de Tlapallan en la América Central, lo escribe Alvarado desde Guatemala a Hernán Cortés: "saldré de esta ciudad en demanda de la provincia de Tlapallan que está a quince jornadas de aquí, la tierra adentro, que según soy informado, es la ciudad tan grande como esa de México" (Barcia. vol. I. p. 165). La existencia en Honduras de una población tan grande como México con el nombre de Tlapallan no significaría que el sur y en especial Centroamérica fuera el lugar de origen de los mayas como algunos pretenden. Con el nombre de Tlapallan, si existió en realidad esa ciudad de la cual no tenemos otro testimonio auténtico que yo conozca, los mayas de Honduras lo único que quisieron fué recordar el lugar mítico de donde creían haber venido. Tlapallan es palabra de origen naua y no maya; su existencia en el sur si fué real, sólo demostraría que los indios de Honduras descienden de los ulmecas y que por largo tiempo estuvieron en contacto con los nauas puesto que dieron un nombre mitológico a uno de sus pueblos, tomado de la lengua de los nauas.

Los indios unieron con los mitos las tradiciones históricas como ya lo dijimos, y no es preciso demostrar de propósito que una de las atribuciones de Quetzalcóatl había sido la de ser sol. "Quetzalcóatl fué sol" leemos en la Historia de los Mexicanos, "y dejólo de ser Tezcatlipoca" (o. c. p. 233). Esas idas y venidas al levante, se refieren por consiguiente al mito solar traído por los que vinieron de oriente, envuelto en su dios. Físicamente, de dos maneras concebían los nauas el curso del sol: una considerando que el astro aparecía por el oriente y caminaba al poniente; allí se ocultaba dando la vuelta por detrás de la tierra para volver a aparecer al otro día por el oriente: la otra, consistía en figurarse que sólo de día caminaba el sol "porque llegando al medio día volvía al oriente y su resplandor era el que iba al poniente" (Hist. de los Mex. p. 257). Por esto decían que su casa, el lugar donde pasaba la noche, estaba en el oriente y de esa casa era de donde salía.

En la India "el sol no camina del oeste al este debajo de la

tierra, sino que vuelve atrás por la misma vía volteando su luminosa superficie hacia el cielo y dejando en tinieblas a la tierra" (A. Berriedale Keith. Indian Mythology. p. 16). Se concebía al sol en forma de un disco inmenso reluciente y fulgurando rayos de luz por una parte, enteramente opaco por el otro. Cuando volteaba hacia la tierra la superficie luminosa de su disco el cielo quedaba a obscuras, cuando le presentaba la opaca entonces aparecían las tinieblas en la tierra y el cielo se iluminaba. Los indios nuestros también se imaginaban al sol como un disco pero para ellos era siempre luminoso, volviéndose opaco en su movimiento retrógrado de medio día hacia el oriente. El concepto naua del movimiento del astro era casi igual al indú, con la única diferencia que nuestros indios eran más considerados con el astro dándole la noche para descansar.

La tradición histórica podemos ahora explicarlo mejor: expresaba que había venido Quetzalcóatl con los suyos del oriente a México y de aquí se había marchado para el sud. El mito está de acuerdo con la tradición histórica tan sólo en la venida, y por eso cuando se trata de la venida todos los autores que no están influenciados con las primitivas peregrinaciones que se suponen del noroeste, sitúan a Tlapallan al oriente: tratándose de la salida de México quieren combinar la tradición con el mito, haciendo marchar a Quetzalcóatl o a sus ulmecas hacia oriente por el mar del sur, o a Honduras por Cempoala. La creencia que volvería Quetzalcóatl, tan astutamente explotada por la sagacidad de Cortés, correspondía al mito ya creído por los indios como una tradición histórica.

Echando una ojeada a las costas de México y Centroamérica desde la desembocadura del Pánuco hasta el Golfo de Honduras, encontramos que el corto trecho del río de la Antigua al Coatzacoalcos no estaba poblado por tribus de origen maya. La lengua hablada en la región no maya, era enteramente igual a la usada en México y Tlaxcala cuando llegaron los españoles, y esto nos hace creer que eran de muy reciente fundación las colonias nauas establecidas allí. La célebre Malintzin, la intérprete de Cortés, era natural de la más lejana y meridional de esas colonias en el río, Coatzacoalcos de que confinaba con los chontales mayas de Tabasco (Bernal Díaz o. c. cap. XXXVII). Su lenguaje era perfectamente comprendido no sólo por los nauas que vivían en las

costas de Veracruz en el extremo septentrional de esa faja de territorio que confinaba con los totonacos, sino también de los tlaxcaltecas y mexicanos: prueba que aquellas colonias se habían enclavado en terrenos mayas en épocas no lejanas, como las que separaban a los cuextecas de los chontales y de los maya que ya habían formado distintos idiomas, y aún de los totonacos. ¿Estuvo yermo ese territorio? Así parece o quizá si algunas tribus vivieron allí, emigrarían a otras partes o se confundirían con las familias vecinas.

Muñoz Camargo y Torquemada nos hablan de la expansión de los tlatepuzcas nauas al oriente entre los totonacos que ocupaban las vertienes orientales de la sierra Madre, antes que se acabaran de consolidar los aztecas en su islote de Tenochtitlan, y los cronistas mexicanos nos hablan de las colonias nauas que se fueron estableciendo hacia el sur cuando su comercio llegó a las playas del istmo de Tehuantepec, en tiempo de Ahuízotl, como dice Sahagún o Moteuhzoma primero, como escribe Tezozómoc. Una serie de acontecimientos que se sucedieron en tiempo de este tlatoani empujó hacia el sudeste a los nauas del Valle, siendo el principal de todos ellos el hambre.

Del año X tochtli, 1450 en adelante, según las pinturas y anales de los mexicanos, primero terribles nevadas, fenómenos rarísimos en el valle de México, inundaciones y sequías después, acabaron con los frutos de la tierra. "Los manantiales se secaron, las fuentes y ríos no corrían, la tierra ardía como fuego, y de pura sequedad hacía grandes hendeduras y grietas, de suerte que las raíces de los árboles y de las plantas, abrasadas con el fuego que de la tierra salía, se les caía la flor y hoja y se les secaban las raíces, y que los magueyes no daban su acostumbrado jugo de miel, ni los tunales podían fructificar, volviéndoseles sus gordas hojas hacia abajo, inclinándose sin fuerza ninguna casi cocidas con el calor: el maíz en naciendo se ponía luego amarillo y marchito y todas las demás legumbres. Empezó la gente a desfallecer y andar marchita y flaca con la hambre que padecían y otros a enfermar, comiendo cosas contrarias a la salud: otros viéndose necesitados, desamparaban la ciudad, casas, mujeres e hijos, íbanse a lugares fértiles a buscar su remedio" (Durán. v. I. cap. XXX).

Esto duró cuatro años consecutivos, y agotadas hasta las

yerbas y raíces menos comestibles y las más repugnantes sabandijas de los lagos, la gente no tuvo más remedio que emigrar. "Ocho partes de los mexicanos se fueron y disminuyeron, a extrañas partes y lugares: y no solamente los mexicanos sino también los pueblos vecinos y comarcanos como Azcapotzalco, Tacuba, Cuyuacán, Huitzilopochco, Mexicaltzinco, Itztapalapan, Chalco, Tezcoco y los acoluaques: de todo género de indios se disminuyeron, que jamás volvieron a su natural patria, sino que se quedaron por allá por el hambre, pestilencia y mortandad" (Tezozómoc. o. c. p. 366). A los países situados cerca de las playas del Golfo llamaban los mexicanos Tonacatlalpan, país de los mantenimientos, y allá se fueron a establecer los que huían del valle acosados por la necesidad. A todos estos motivos se debe la población naua de las regiones del Golfo limítrofes de los totonacos.

Las tradiciones nauas relativas al establecimiento de los ulmecas en las costas del Golfo, Chiapas, Yucatán y Centroamérica, están de acuerdo con las mayas.

Los quichés de Guatemala conservaban la tradición de haber venido del oriente, pero no directamente al país en donde se establecieron en definitiva. Llegaron primero a Tulan-Zuiva, como transcribe el Abate Brasseur, o a Tulanzú, como lo hace Ximénez, y ese lugar lo llaman también Vukub-Pek, las siete cuevas. Antes de venir, leemos en el Popol Vuh, "estuvieron todos juntos y fueron muchas cosas las que hicieron allá en el oriente y no cabían de sustento, sino que levantaban las caras al cielo y no se sabían alejar". El hambre fué lo que los hizo emigrar. En un pasaje de Chimalpahin que dejamos citado, vimos que a los que venían del oriente les llamaron teotlixcas, por haberse vuelto hacia ese rumbo para dar cumplimiento a ciertas prácticas devotas para con el sol: a ver el sol era a lo que volvían sus caras los quichés hacia el cielo, antes de abandonar el oriente, y los quichés como los nauas eran grandes devotos del sol a quien unos y otros ofrecían la sangre de las víctimas en todos los sacrificios, después de haber rociado con ella al ídolo a quien celebraban la fiesta. "Oh tú," leemos en el Popol Vuh, que decían al sol los quichés, "creador y formador, miradnos y oídnos; no nos dejes, no nos desampares". Así comenzaba su oración "cuando saludaban e invocaban y esperaban el nacer del sol y asímismo estaban mirando el nacimiento del sol".

No conservaban el recuerdo de cómo habían emprendido el viaje y sólo encontramos en el libro citado que: "Cuando se vinieron a Tulanzú, las siete cuevas y siete barrancas, dicen las antiguas tradiciones que anduvieron mucho para llegar a Tulanzú". De allí emprendieron la marcha para el sur y dice el P. Román que quienes los guiaron al principio "fueron cuatro hermanos, salieron de cerca de México y llegaron a esta tierra que a la sazón estaba despoblada, comenzaron a labrarla y cultivarla, sin hallar quien se lo resistiera" (Ximénez. pgs. 83-87-186-195). En la traducción de Popol Vuh, hecha por el Abate Brasseur, leemos que habiendo salido los quichés de Tulan-Zuiva Vukub-Pek, "se acordaba de sus hermanos que se habían quedado allá, en un lugar lejano de la nación Yaqui, donde tuvieron origen y que hoy se llama México" (Popol-Vuh. Tercera parte. Cap. IX. p. 247). Yiaque, llamaba Sahagún, a ciertos mercaderes nauas que solían viajar hasta Guatemala: yaqui, es un adjetivo de la lengua mexicana derivado del verbo yauh, ir a alguna parte. Es indudable que los quichés llamaban yaqui a los mexicanos y nauas en general, por la palabra con que ellos llamaban a los mercaderes.

Nos engañaríamos si creyéramos que todo el relato de la peregrinación de los quichés está fundado en tradiciones puramente históricas. A él, como al de la llegada de los extranjeros a Pánuco, se mezcla el mismo mito solar, con la diferencia que en el relato del Popol Vuh el dios está separado de los caudillos. De Tohil que era el dios que los guiaba, leemos en el libro quiché que "es Tohil su ídolo de los yaqui que se llama Yoliuat y Quitzalcual" o sea Youalliehécatl y Quetzalcóatl. (Ximénez. o. c. p. 98). Tohil entonces era una forma de Gucumatz como Youalliehécatl lo era de Quetzalcóatl y en esa forma no humanizada era en la que el dios quiché acompañaba a los viajeros, guiados por los cuatro conducto de la tribu, formados por Gucumatz-Quetzalcóatl y mitológicos representantes de los cuatro puntos cardinales, como fundadamente establece el Prof. Brinton.

Tohil ordenó a los cuatro jefes que salieran del oriente para Tulan-Zuiva y los cuatro jefes inspirados por Tohil los sacaron de Tulan-Zuiva para llevarlos a Guatemala. Sahagún no dice el número de los que salieron de Tula con Quetzalcóatl, pero como fueron cuatro los sabios que se quedaron, fácil es suponer que igual número haya sido el de los que fueron, y cuatro dice Tezozómoc acompañaron al dios.

La tradición de los mayas de Yucatán, está enteramente de acuerdo con la de los quichés. Así comienza la serie de katunes del libro de Chilán Balán de Maní: "Esta es la serie de katunes corridos desde que partieron de la tierra de su casa de Nonoual, en donde estaban los cuatro Tutulxiu, al poniente de Zuina; saliendo del país de Tulapan" (Stephens. Incidents of travel in Yucatan. Ap to the vol. II. p. 465). Después de Tulapan viene en el original maya la palabra chiconauhthan que falta en la traducción inglesa de Stephens tomada de la española de Dn. Pío Pérez y en la francesa del Abate Brasseur. El Dr. Brinton sospecha sea de origen naua: "Chiconautlan, el lugar de los nueve, un pueblo y una montaña al norte del lago de Texcoco y cerca del santuario de Teotihuacan, en donde el mito azteca narra que se juntaron los dioses para crear el sol. Tulapan Chiconauhtlan sería entonces un nombre geográfico compuesto". (The Maya Chronicles. p. 107). Estoy enteramente de acuerdo y la tradición maya no lo podía estar mejor con la naua. También los cakchiqueles hacen mención de la salida de Tula de la tribu, según vemos en sus anales (Brinton. Annals of the Cakchiquels. p. 79). "No se puede negar, dice el Dr. Brinton, que los mayas, los quichés y los cakchiqueles reclamaban el haber emigrado del norte o el oeste de alguna parte del presente territorio de México" (Maya Chronicles. p. 21).

Las tradiciones de los mayas de Yucatán y la América central, en su acuerdo con la de los nauas que conservaron Sahagún y Chimalpahin, no hacen sino confirmarlas y confirmarnos también a nosotros en la idea que las tribus de la familia maya se formaron de la unión de los colonos que vinieron del oriente con los salvajes indígenas que vivían en la desembocadura del Pánuco.

*

* *

El norte fué el único paso que las tribus salvajes, desprovistas de embarcaciones para un largo viaje en mar abierto, tuvieron para llegar a México y los filólogos se preocuparon de buscar en el norte un idioma que, por sus analogías con el maya, pudiera indicar el parentesco de las tribus y el camino que siguieron en su viaje nuestras razas del sur. Alguna conexión con el

maya, nos dice un moderno escritor, encontró el doctor Brinton en el idioma de los natches, una de las razas más cultas que fueron descubiertas por los franceses en la Luisiana. Las semejanzas son puramente lexicográficas y de las parecidas dice el americanista norteamericano, según el libro que citamos, que "cinco tienen afinidades más o menos marcadas con palabras peculiares de los huaxtecas del río Pánuco; trece con palabras comunes al huaxteca y al maya y treinta y nueve con palabras de igual significación en el segundo idioma". Poca cosa para declarar enfática y dogmáticamente, como lo hace nuestro moderno escritor, que los mayas descienden de los natches (The American Egypt.—London 1909).

Powel hace de los natches una familia etnográfica independiente, constituída por dos tribus: la propia y la de los taensas; pero otros aseguran que "a pesar de las grandes divergencias lexicográficas, es muy poco dudoso que el idioma de los natches no sea sino un dialecto muskhogeano", grupo al cual pertenecen entre otros idiomas el apalachi, el crik, el chickasaw, el seminola y el coctaw, con el cual el apalachi tiene muy marcadas analogías. Un vistazo a la carta etnográfica de los Estados Unidos nos manifiesta desde luego que la familia muskhogeana estaba comprendida en los Estados de Georgia, la parte más setentrional de Florida, Alabama, Mississippi y Luisiana, con un territorio al oeste de la desembocadura del gran río, faja de terreno que abarca toda la costa del Golfo de México desde el oeste de las bocas del Mississippi hasta la base de donde arranca la península de la Florida; y es más que probable que tanto estas pocas semejanzas lexicográficas como muchas otras en que las costumbres, estado social y religión no sólo de tribus de la familia muskhogeana sino de la timucuana y calusa de la Florida, tienen algún parecido con las de los mayas, se deben más bien a las comunicaciones marítimas que a la comunidad de origen entre las tribus.

Los yucatecos eran intrépidos marineros, conocían el uso de las velas y Colón encontró una embarcación de ellos surta por motivos comerciales en la isla de Pinos. Casi la misma distancia hay del cabo Catoche en Yucatán al de San Antón, en Cuba, que de esta isla a la punta más meridional de la Florida. Si para ir de Yucatán a las islas Guanajas podían los marineros mayas superar la fuerza de la corriente del Golfo que pasa entre la pe-

nínsula y las Antillas, con mayor facilidad, haciendo escala en Cuba, pudieron haber llegado a la Florida salvando un corto canal sembrado de islotes.

Menos diestros en el arte de marear eran los cubanos: más pequeñas sus canoas, y no se sabe que a los remos hayan añadido el uso de las velas, y sin embargo abundan las pruebas para demostrar las comunicaciones de los antillanos con la Florida. Entre otras no tiene réplica la de una colonia de estos indios que existió entre Tampa y el Cabo Yable, formada por individuos que cautivaron los calusas y los confinaron en un pueblo. Otras más leemos en una memoria de Fontaneda que nos convencen, no de la posibilidad, sino de la probabilidad que hayan hecho los indios de Yucatán más de lo que sabemos con certidumbre que hicieron los antillanos, éstos poniéndose en contacto con los calusas, aquéllos también con los más distantes muskhogeanos.

Los cuextecas fueron igualmente hombres de mar que pudieron haber ejecutado, rodeando por las playas del Golfo, lo que creemos hicieron los mayas por Cuba. Los desmanes de los tripulantes españoles de la segunda expedición que entró al Pánuco irritaron a los huaxtecas, quienes se reunieron por agua y tierra, y mientras unos obligaban a los que habían desembarcado a buscar el refugio de las naves, los otros las atacaban en sus canoas, echaban a pique una de las naves y hacían huír a las demás. (Navarrete. Colección de viajes y descubrimientos. vol. III. pgs. 64 y sig. y apen. XLV). Usaban embarcaciones y eran resueltos: es lo que se necesitaba para que hubieran podido seguir las costas hacia el norte hasta llegar al Mississippi.

En vano perdemos el tiempo demostrando la insubsistencia de las afinidades entre las familias maya y muskhogeana, cuando el mismo Dr. Brinton, en cuya autoridad se apoyan los autores del libro antes citado, dice todo lo contrario. "No se ha descubierto ninguna afinidad lingüística entre el grupo maya y algún otro. Contiene cierto número de palabras tomadas del náuatl; y este último a su vez presenta muchas indudablemente tomadas del maya, mas ésto sólo nos demuestra que estas dos grandes familias tuvieron prolongadas y estrechas relaciones, y esto también lo sabemos por su historia, tradiciones y cercanías geográficas" (The maya Chronicles. p. 37. Philadelphia. 1882). ¿Y la pretendida parentela con los natches? Ni palabra: si en realidad el escritor

norteamericano tuvo la opinión que se le atribuye, debe haberla abandonado por completo. Las afinidades de pocas palabras nada prueban en favor del origen común de los natches y los mayas, y éstas y las etnográficas pueden tener mejor explicación de otro modo como lo tienen las afinidades con los nauas.

Si no en el diccionario, veamos si en el fonetismo podemos unir a los mayas con alguna otra de nuestras tribus. Las letras heridas de la lengua maya, dice el Dr. Seler, "que son tanto las guturales como las paladiales, dentales y labiales y que se distinguen por la propiedad que tienen de ser pronunciadas por un abrir y cerrar contemporáneamente la laringe y el punto de articulación de la boca, son propias también de los idiomas aborígenes de México, otomí, matlaltzinca, mixteca, etc., y denotan una antiquísima e íntima relación entre los mayas y estos pueblos, que son de la misma filiación lingüística" (Die alten Bewohner der Landschaft. Michuacan. vol. III. p. 33). También el Prof. Joyce, aunque en oposición a la opinión de Cyrus Thomas, cree en la analogía del maya con la familia arawacana, no por eso deja de confesar que "la lengua maya en conjunto manifiesta ciertos puntos de semejanza con la de los mixtecas y zapotecas" (Mexican Archaeology. p. 203).

Las tribus de filiación quinametin, en los días que comenzaron las expediciones de Garay al río Pánuco, llegaban en Tamaulipas a las márgenes del río Tamesí y estaban esparcidas en otros puntos del mismo Estado y el limítrofe de San Luis Potosí al norte y noroeste de los huaxtecas, con quienes sólo confinaban familias quinametin y nauas. Dadas las analogías fonéticas, la estructura paulosilábica y una que otra palabra común a los mayas y quinametin, que hacen aproximar a esas dos familias lingüísticas más que a cualquiera otra de las conocidas, podemos formular la hipótesis más probable y verosímil que la lengua matriz de donde se derivaron todas las de la familia maya hubiera sido un idioma compuesto de una lengua de la familia quinametin y la que trajeron los expedicionarios que vinieron del oriente y reformó completamente el idioma de los salvajes y su propia estructura. Con estos dos elementos que al presente son para nosotros enteramente desconocidos, se formó la familia maya, en la cual, apenas se puede discernir el fonetismo de uno de los elementos que la forman.

Las palabras nauas, que se encuentran en las diversas lenguas de la familia, no se han considerado nunca como señal que indicara un origen común sino en el totonaco, que se reputa un idioma formado de la mezcla del naua con el maya: de este idioma dice el señor Pimentel: "El Sr. Orozco y Berra, en su geografía de las lenguas de México, coloca el totonaco al lado del maya; pero usando de una juiciosa reserva manifiesta que esa clasificación es dudosa. M. Charensey, en su noticia sobre algunas familias de lenguas de México, se inclina a creer que el totonaco es un idioma mezclado, pues a lo suyo propio agrega algo de mexicano y algo de maya; pero más del primero: efectivamente, comparando bien el totonaco con el mexicano y el yucateco se observa que en cuanto a la gramática exceden las formas aztecas a las mayas, y en cuanto al diccionario si se toman unas mismas palabras mexicanas y mayas resulta también que es mayor el número de analogías con las primeras que con las segundas". Aunque según el señor Pimentel en la mezcla del totonaco predomina el elemento naua, el Prof. Cyrus Thomas nos hace saber que "la tendencia de los modernos lingüistas es de colocar la lengua totonaca en la familia maya, relacionándola de este modo con la huaxteca" (Indian languages of Mexico. p. 49).

Hay también palabras nauas en el cakchiquel, pero éstas son de índole distinta de las que se encuentran en el totonaco: "los nombres de uno o dos de sus meses, de ciertos objetos comerciales, de algunas instituciones sociales, son evidentemente tomadas de esta lengua" (Brinton. Annals of the cakchiquels). De la misma índole son también las que usaban los quichés y los mayas y no pueden indicar otra cosa, como ya hemos visto que lo hace notar el autor que acabamos de citar, que una prolongada e íntima comunicación entre ambas familias que corrobora fuertemente la coexistencia de ellas en una misma región de la mesa central.

La lengua castellana, dice un escritor yucateco, "es más difícil que la maya para la gente adulta que no la ha mamado con la leche, como lo ha enseñado la experiencia en los extranjeros de las diferentes naciones y en los negros bozales que se han radicado en esta provincia que más fácilmente han aprendido la maya que la castellana" (García. Historia de la Guerra de Castas en Yucatán. prol. p. LXXV). "Comparada con muchas lenguas americanas, añade el Dr. Brinton, es simple en su cons-

trucción. Es un idioma analítico más bien que sintético: la mayor parte de sus raíces son monosílabos y disílabos y el orden de su distribución es muy semejante al del inglés". (Maya Chronicles. p. 37). Finalmente, dice del maya el Prof. Holmes que "está altamente desarrollado aunque el modo de hablarlo sea gutural: su construcción gramatical se dice que es más parecida al inglés que la de cualquiera otra lengua americana" (Anciens Cities of Mexico. p. 21).

¿Serán las construcciones gramaticales las reliquias que le quedaron al maya de la lengua traída por los introductores de la cultura? El inglés, es entre las lenguas indo-germánicas la que más ampliamente representa el tronco de la familia lingüística a que pertenece por estar formado de alemán, latín y celta, tres de las principales ramas europeas. Tratándose de una lengua moderna, no debemos insistir en unas semejanzas, que más bien pudieran parecer casuales; pero el hecho conservado por la tradición, de que vinieron a México del oriente los que derramaron la cultura en el país, hace que no se pueda considerar una cosa imposible el que un elemento ariano, semítico o egipcio se haya unido con el preexistente americano para formar la familia maya.

Tribus mayas más o menos degeneradas encontraron los españoles en Chiapas y Guatemala, pero no tan salvajes como las nauas de Durango y Sinaloa. Esto quiere decir que los mayas no ascendieron sino descendieron de la cultura inicial, pues algo les quedó, y en estas subtribus mayas degeneradas se verifica lo que dice Lagrange: "la civilización no ha tenido por origen el salvajismo mas de aquello que el salvajismo haya salido de la civilización" (Etudes sur les religions sémitiques. Introduction).

En cuanto a los salvajes que encontraron en las márgenes del Pánuco los emigrantes orientales podemos figurarnos que serían como los que encontró Colón en las Antillas. "Muchas veces, dice, me aconteció enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa para haber fabla, y salir a ellos, dellos sin número y después que los veían llegar fuian a non aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya fecho mal, antes a todo cabo a donde yo haya estado y podido haber fabla les he dado de todo lo que tenía, así paño, como otras cosas muchas sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tan sin en-

gaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creerá sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela jamás dicen de no; antes convidan a la persona con ello y muestran tanto amor que darían los corazones y quier sea cosa de valor quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosa de cualquiera manera que sea que se les dé por ello son contentos... Y esto no procede porque sean gnorantes, salvo de muy sotil ingenio e hombres que navegan todas aquellas mares" (Carta al Escribano de Ración a los Sres. Reyes Católicos). Los acontecimientos posteriores nos justifican en creer que la pintura de los isleños hecha por el descubridor de América convenga a los desconocidos salvajes que encontraron en las playas mexicanas los compañeros de Quetzalcóatl.

Desde luego se debe suponer que los que desembarcaron en las orillas del Pánuco no vinieron en número tan grande como los que del norte llegaron antes por tierra formando una verdadera inmigración. Sahagún dice que fueron siete las naves que arribaron, pero no es una tradición es una simple conjetura suya, que no tiene otro fundamento que volver embarcaciones las siete cuevas tradicionales donde decían haber tenido origen los nauas. Para Las Casas fueron veinte los capitanes que vinieron con Cocolcán a la península yucateca (Hist. ap. cap. 123) mas el dato no se funda, a mi juicio, sino en lo que en Chiapas se decía acerca de los veinte signos de los días, creídos los nombres de otros tantos jefes bajo cuya dirección habían llegado allá los tzendales y también es una suposición: ni era posible que después de tantos siglos que habían pasado, se conservara la memoria de estos detalles.

"Es difícil creer" dice el Dr. Valentini, "que hayan llegado en gran número; todo lo contrario. Dando que eran hombres ilustrados que poseían ciertos conocimientos astronómicos con que poder calcular períodos de tiempo y les eran familiares las artes necesarias para la vida: con este auxilio, ciertamente, aunque en número pequeño, pudieron haber intimidado a los rústicos salvajes, haciéndolos al principio siervos sumisos, después voluntarios secuaces que los acompañarían como hijos de una misma familia en sus posteriores emigraciones para sujetar a los vecinos y conquistar después tribus más lejanas". (The Olmecas and the Toltecas p. 32). A falta de datos precisos hay que recu-

rrir a las hipótesis y ninguna mejor que la del docto americanista alemán, justificada con las tradiciones que se refieren a los conocimientos de los que llegaron por el oriente, a la pericia, habilidad y excelentes cualidades físicas y morales de su jefe sacerdote Quetzalcóatl y principalmente a las uniones matrimoniales con las hijas del país de que hablaba Moteuczoma a Cortés.

Dice un antiguo cronista de Yucatán, refiriéndose a las mujeres indígenas del país que "son en general de mejor disposición que las españolas y más grandes y bien hechas, ca, no son de tantas renes como las negras. Précianse de hermosas las que lo son y a una mano no son feas: no son blancas sino de color bazo, causado más del sol y del continuo bañarse que de su natural; no se adoban los rostros como nuestra nación y esto tienen por liviandad". (Landa. Ob. c. p. 182). Deben haberse parecido a éstas las que vivían en las riberas del Pánuco, al no haber encontrado repugnancia los extranjeros en tomarlas por esposas aunque de condición más salvaje que la suya.

En cuanto a los hombres, no hay motivo para creer que no fueran entonces como los que encontraron los españoles cuando por vez primera visitaron las costas de Tamaulipas. Las tribus quinametin nunca se distinguieron por lo belicoso y de los tamaulipecos en general no se dice que hayan sido agresivos para con las tribus limítrofes: solo tomaban las armas para defenderse y rechazar los asaltos sobre todo de sus vecinos los janambres y pisones. Eran, según Orozco y Berra, "dóciles, mansos y pusilánimes". (Geografía de las Lenguas p. 292). Los españoles que recorrieron esas costas en 1519 desde el río de la Marina hasta el Pánuco, no llegaron a tener un solo encuentro con ellos, ni sufrir hostilidades de parte de los indios. (Prieto. Historia de Tamaulipas p. 15). Los huaxtecas mismos más aguerridos, solo se opusieron con las armas al avance de los europeos cuando fueron provocados por la reprochable conducta de los invasores. ¡Qué distinto al de estos indignos españoles pintaban los indios en sus recuerdos el retrato de los ulmecas o toltecas y Quetzalcóatl!

Fué el personaje representante del dios que llevaban de mayor veneración entre los indios, por varias razones, dice Mendieta. Por haber enseñado a conocer y trabajar los metales; por que no quiso admitir sacrificios humanos y por que prohibía la guerra, robos, muertes y otros daños. Fué castísimo, honestísimo y en

muchas cosas moderatísimo. Lo estimaban además porque su gobierno fué suave, no les pidió sino cosas ligeras, les enseñó las virtudes y mostró aborrecimiento al vicio. "Era hombre blanco, crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda; a este canonizaron por su dios y le tuvieron grandísimo amor, reverencia y devoción". (Hist. Ecles. lib. II. cap. III). Torquemada agrega: "que fué este Quetzalcóatl muy amigo de la cultura y ceremonias de la adoración de los ídolos y él mismo ordenó muchos ritos y ceremonias y fiestas de los dioses; y tiénese por cierto que este hizo el calendario". (Monarquía Ind. lib. VI. c. XXIV).

Tanto el retrato físico como el moral de nuestro personaje no era ni podía ser tomado del natural, pero sí el que, fundados en los mitos y las tradiciones más o menos auténticas y verdaderas, se habían los indios forjado en su imaginación después que conocieron a los misioneros españoles. Los descendientes de los emigrados, era de esperarse que conservaran de Quetzalcóatl los mitos y tradiciones que acumularon los nauas, y así lo vemos en Chiapas, en Guatemala y en Yucatán con su doble carácter de dios y de jefe; en este segundo aspecto, como entre los nauas, ofuscado por los mitos y las leyendas. Su nombre se ha creído el mismo traducido a las diversas lenguas pasando de unas a otras sin perder su metafórica y simbólica significación, Quetzalcóatl dice el Abate Brasseur "en lengua náuatl significa serpiente cubierta de plumas de quetzal, verdes y azules; serpiente con penacho o adornada con un copete de plumas. La misma significación tiene en lengua maya Cuculcan, en tzendal Cuchulchan, y en quiché Gucumatz" (Popol Vuh p. LXXII. nota 3).

Tenemos francamente que confesar, que no van de acuerdo en general algunos escritores en la interpretación de esos nombres dada por el abate francés, sino en el último elemento de las palabras compuestas que todos traducen culebra o serpiente y en algunos casos, gemelo, acepción que tiene también el naua cóatl. Dejando el nombre de Quetzalcóatl, Cucumatz, como Ximénez ortografía el nombre del dios quiché, recibe de él la interpretación de fuerte culebra, y del significado de Cuculcan dice el Sr. Obispo Carrillo, "serpiente adornada de plumas ha sido repetido por tal número de etimologistas que tendremos necesidad de aceptarlo aunque nos parece un poco violento" (Historia de Yucatán vol. I.

p. 44). Ortografiado el nombre Kukulcan como lo hacen muchos, puede derivarse de ku, dios o divinidad, kul muy o mucho en composición como en "kuluinic, muy hombre, hombre de respeto". (Diccionario de Motul ms.) y can culebra. El significado sería entonces Dios, la fuerte Culebra, de acuerdo con la etimología que da Ximenez a Cucumatz. "Yo preferiría" dice el Dr. Brinton, "ortografiar el nombre Kukulkan y referirlo al primer día de la semana maya kan" (American Hero-Myths. p. 161). Bien puede considerarse el dios como el patrono del día inicial sin necesidad de cambiar la ortografía y, con ella, la significación de la palabra en que van de acuerdo muchos autores.

La identidad entre el Quetzalcóatl de los nauas de México y el Cuculcan de los mayas de Yucatán como jefe, como soberano y como dios, nos la da a conocer Landa: "Es opinión entre los indios que con los itzaes que poblaron a Chichen Itzá, reinó un gran señor llamado Kukulcan y que muestra ser verdad el edificio principal que se llama Kukulcan. Y dicen que entró por la parte de poniente y que difieren en sí entró antes o después de los itzaes o con ellos, y dicen que fué bien dispuesto, y que no tuvo mujer ni hijos y que después de su vuelta fué tenido en México por uno de sus dioses y llamado Cezalcuoati y que en Yucatán también le tuvieron por dios por ser gran republicano, y que esto se vió en el asiento que puso en Yucatán después de la muerte de los señores para mitigar la discusión que sus muertes causaron en la tierra". (Relación de las cosas de Yucatán p. 35).

Durán, en medio del erróneo concepto que se había formado de Topiltzin-Quetzalcóatl, nos pinta al dios no sólo como un caudillo, un reformador de costumbres y un sacerdote, sino como el dios de la guerra de los nauas, que decían de él incitaba y embravecía los corazones de los hombres para la guerra y por esta causa "llevaban la estatua del ídolo a la guerra". (vol. II. p. 72-78). Se hacía lo mismo en Yucatán. "Veneraban un ídolo de uno que había sido gran capitán entre ellos, llamábanle Kukulcán". (Cogolludo o. c. p. 196). Queda con esto demostrado que las tradiciones principales relativas a la personalidad y culto de Quetzalcóatl están de acuerdo entre los nauas de México y los mayas de Yucatán y que Cuculcan, no como escriben otros Kukulcán, era el mismo personaje divino y humano que fué el dios y al mismo tiempo el caudillo de los ulmecas. Vamos a ver si sucede lo mismo con el Cucumatz o Gucumatz de los quichés de Guatemala.

Hay presunciones muy fuertes que nos obligan a creer que tanto la entera serie de los reyes de Tula, como los primeros soberanos de los quichés sean personajes o puramente mitológicos y legendarios o supuestos. En Tula esto sucede con todos exceptuando acaso uno solo; entre los quichés las sospechas más bien fundadas, sólo se extienden desde Balam-quitzé o Cocavib, que dicen fué el primero, hasta Tepepul-Ztayul o su antecesor Quicab-Cavizimah que se enumera como el séptimo. La historia legendaria del llamado imperio tolteca y la no menos fantástica de los reyes quichés hasta la separación de los cakchiqueles de la grande, también supuesta monarquía, haciendo abstracción de los nombres y accidentes geográficos de los dos países, tiene entre sí muy notables puntos de contacto; siendo el más saliente de todos y el más notable y significativo el que se refiere a Gucumatz, cuarto o quinto rey de los quichés según el Popol Vuh, con relación a Quetzalcóatl cuarto o quinto rey de Tula según los Anales de Cuautitlán.

Gucumatz se llamó así, dice el P. Ximenez "sin duda alguna porque fué el primero de los que llaman portentosos, por las brujerías que dicen que hacía". De estas brujerías algunas refiere al Popol Vuh, y en Sahagún y los Anales de Cuautitlán podemos ver que no le van en zaga las de Quetzalcóatl durante su reinado en Tula. Una de ellas v. gr.: era, que Gucumatz siete días se subía al cielo y siete días se bajaba al infierno" y Quetzalcóatl "tenía en varios lugares palacios oscuros y nebulosos en que se encerraba excusándose de todos", y decían que "cuando murió, no pareció luego en el cielo, porque fué a visitar el infierno; y a los siete días salió el lucero grande y Quetzalcóatl fué divinizado" (Anales de Cuautitlán. Ximenez).

Por el citado documento quiché sabemos que en el reinado de Cotuha, padre de Gucumatz, "sólo había paz y quietud sin pleitos ni riñas, sin envidias... y viendo esto los de Ilocab quisieron venir a matar a Cotuha". Entonces "fué el principio de las revueltas y las disensiones de las guerras". El padre de Quetzalcóatl se llamaba Totepeuh y en una antigua relación leemos que "matóle un cuñado suyo por señorear donde ya había entre ellos muertes y envidias" (Relación de la genealogía y linaje de los Señores p. 265). "El haber pretendido matar a Cotuha, padre de Gucumatz, fué por que querían los de Ilocab el imperio de quiché, pero no les su-

cedió así, y así fué el principio de ser los hombres sacrificados ante el ídolo". (Ximenez p. 119). Los sacrificios humanos se dice que comenzaron en Tula en el reinado, o más bien antes del reinado de Quetzalcóatl, porque él mismo "fué aconsejado que sacrificase hombres para aplacar a los dioses, y como no lo quiso facer, fué desterrado de la tierra" (Relación de la genealogía p. 266). Esto aconteció al fin del reinado de Quetzalcóatl, antes cuando comenzó su gobierno en Tula, había inmigrado allí, "trajo mucha gente consigo" y estando allí "comenzó un templo" construyó suntuosos edificios y la monarquía llegó a su mayor esplendor. (Anales de Cuautitlan). Los quichés emigraron también y se fueron a Cumarcaab "y entonces vinieron allí los señores Cotuha-Gumatz y todos los señores y allí hicieron sus casas y allí también hicieron casa del ídolo". Fijados allí los quichés y fabricado el pueblo de calicanto luego se engrandeció la monarquía. (Ximenez p. 124-135).

Ateniéndonos a los trozos citados, la historia de Gucumatz, cuarto o quinto rey de los quichés, tiene mucho de la que sabemos de Quetzalcóatl, cuarto o quinto rey de Tula y si es tan semejante la personalidad legendaria de ambos reyes, no lo es menos la mitológica de Gucumatz y Quetzalcóatl como dioses. Los dioses que entre los quichés sirvieron como agentes del dios supremo para la creación de las cosas fueron Gucumatz y Tepeuh. "¡Tierra! dijeron, y luego al instante fué hecha, así como neblina y como nube". Su ser fué formado en retazos y se puso en forma de cangrejo sobre el agua; los cerros se hicieron solos como por milagro o maravilla y se dió el poder a la tierra de producir cipreses y pinavetes en su faz y así se alegró Gucumatz" (Ximenez p. 7) Quetzalcóatl y Mixcóatl, a quien los aztecas sustituían con Huitzilopochtli, fueron los dioses creadores entre los nauas o los instrumentos del creador. Estos "criaron los cielos allende del treceno, e hicieron el agua, y en ella criaron a un peje grande que se dice cipactli que es como caimán y de este peje hicieron la tierra". (Historia de los Mexicanos p. 30).

Tepeuh, como dios, acompañó en la creación a Cucumatz: Totepeuh fué el padre de Quetzalcóatl, funciones que en otras versiones del mito se atribuyen a Mixcóatl que es su compañero en la creación. En la leyenda histórica se identifican Totepeuh con Mixcóatl y ese nombre no es sino el mismo Tepeuh con el prefijo

pronominal to, nuestro. Entre lo poco que sabemos de la mitología de los quichés, encontrar una tal semejanza en los dos dioses creo sea suficiente para colegir la identidad cuando concurre la de los nombres en su significado.

Quetzalcóatl, el dios tutelar de los que venían del oriente, es indudable que emparentó también con los espíritus y fetiches de las tribus encontradas. El corazón del Pueblo, dios principal de los mixtecas, tomó la forma simbólica de Quetzalcóatl. Era este fetiche dice Burgoa "una esmeralda tan grande como un grueso pimiento de esta tierra, tenía labrado encima una avecilla o pajarillo con grandísimo primor y de arriba abajo enroscada una culebrilla con el mismo arte, la piedra era tan trasparente que brillaba desde el fondo, donde parecía como la llama de una vela ardiendo: era antiquísima alhaja, que no había memoria del principio de su culto y adoración". (Geográfica descripción cap. XXVIII). El color de la piedra, el ave y la culebra forman un glifo con el nombre de Quetzalcóatl.

El dios impalpable e invisible de los nauas Youalliehécatl se volvió sinónimo del dios. Tezcatlipoca le dió esa forma, según el mito bajo el nombre de Ehécatl que le correspondía a Quetzalcóatl, el cual de las manos del hechicero naua "apareció en figura negra con una grande espina sangrienta en señal de sacrificio y le dijo Tezcatlipoca: ven acá, vete al otro lado del mar a la casa del sol". (Thévet o. c. p. 31).

Con quien se hicieron más íntimas las relaciones entre el fetiche y el dios fué con Mixcóatl, porque ya lo hace nacer el mito de Iztac Mixcóatl y Chimalma, ya de Camaxtli y Coatlicue o la misma Chimalma; mas aún en estos mitos, a pesar del carácter local, conserva Quetzalcóatl cierta distinción entre los otros hijos del dios, y aún la fisonomía oriental; no sólo por que siempre termina su carrera con un viaje a las costas o a la casa del Sol, sino por que en una versión de la leyenda se alude con claridad al origen oriental del dios. "Tenían un ídolo llamado Camaxtli, que tomó por mujer a una diosa llamada Chimalma, que tuvo de él algunos hijos, entre los cuales uno llamado Quetzalcóatl que nació en Nonoalco y lo llevaron a sus abuelos para que lo nutrieran, porque su madre murió al darlo a luz" (Thévet o. c. p. 34).

En verdad el nombre del lugar del nacimiento lo escribe el copista Nichitlanco, palabra enteramente desconocida y con se-

guridad malamente escrita como la mayor parte de las de idioma náuatl que usa el autor; pero ningún otro lugar puede mejor que Nonualco convenir al nacimiento de Quetzalcóatl, lugar en el cual lo ligan los Anales de Cuautitlán por ser la residencia de su mujer o de su hermana.

No hay personaje real, mitológico o legendario en nuestra historia antigua, más controvertido de Quetzalcóatl. Quien lo reduce a un mito, quien lo hace el Apóstol Sto. Tomás, o un Santo obispo de Meliapur del mismo nombre, o un predicador escandinavo o irlandés. Otros lo hacen un misionero budhista, un bonzo chino o japonés. Charencey lo identifica con Djemoschid, Zohak y Baco. (Djemoschid et Quetzalcóatl), Beaubois lo duplica (Les deux Quetzalcóatl) y así por el estilo; entre un ser imaginario y una dinastía teocrática; entre un dios pagano y un pregonero del Evangelio, cada quien podrá escoger a su placer.

Nosotros creemos que hubo en efecto dos Quetzalcóatl, uno real y verdadero, en quien se acumularon todas las leyendas y tradiciones no sólo del jefe sacerdote que condujo a México a los expedicionarios orientales, sino de todos aquellos que le sucedieron mientras existieron unidos y compactos los ulmecas, llevaran o no el mismo nombre: el otro mitológico cuyas fábulas o son enteramente alegóricas, o se aplicaron al personaje tomándolas del dios cuyo carácter representaba el jefe, o tuvieron por fundamento hechos verdaderos llevados a cabo por personajes reales que le fueron aplicados, o finalmente son aquellos mitos con que antes de emprender el viaje ya estaba adornado el dios tutelar de los que llegaron a nuestras playas, y aquí tomaron nueva forma y un carácter adecuado a las circunstancias del lugar. Para mí Quetzalcóatl, nombre que le dieron los nauas, era el dios; Quetzalcóatl era el sacerdote supremo; Quetzalcóatl era el caudillo que guió a los extranjeros, y fué el jefe que gobernó en una dinastía a los ulmecas, mientras duró el gobierno teocrático del sacerdote que representaba al dios, el cual ya llegó a México investido con los mitos que conservaron de él nuestros indios.

Las consecuencias que tenemos que sacar de lo dicho son: que es cierto que existió la tradición que los que trajeron la cultura a México vinieron del oriente embarcados: que traían un jefe diestro e inteligente que al mismo tiempo era su sacerdote y el representante de su dios, y finalmente que se establecieron en

el país uniéndose con los salvajes que moraban en él. Ni los hechos ni mucho menos la razón, contradicen la veracidad de estas tradiciones, sino más bien la confirman. De la unión de los extranjeros con los naturales del país, parece cierto que resultó la familia etnográfica maya, puesto que no sólo del conjunto de las doctrinas, sino de los monumentos que dejaron los primitivos pobladores en Centroamérica y Yucatán aparece manifiesto, como lo procuramos demostrar, que es maya la base de la cultura llamada vulgarmente tolteca. (Joyce Mexican Archaelogy p. 219) Los salvajes que concurrieron a su formación es probable que hayan pertenecido a la estirpe de donde proceden los otomites y los mixtecas. Los extranjeros que vinieron del oriente y prestaron su concurso para la formación de la nueva tribu, no es imposible que hayan sido de los pueblos que en esas remotas edades habitaban las márgenes del Mediterráneo o del Africa del norte y noroeste arianos, semitas, egipcios o libios.

Imposible del todo sería para mí aducir alguna prueba con que demostrar la veracidad de la tradición de los indios, que vinieron del oriente los introductores de la cultura, si con mi trabajo quisiera sentar plaza de sabio. Acatando el anatema fulminado contra los que no creen que era Quetzalcóatl únicamente un símbolo de la luz solar, y los toltecas los rayos que fulguraba el astro luminoso, algunos escritores que desean sentarla, echan en cara al Dr. Valentini que al hablar de tales entes imaginarios, que él no cree tales sino verdaderos pobladores de México, que fueron igualmente llamados olmecas, los haga llover del cielo sin decir de donde vinieron, como otros que los traen por el mar los hacen como a Venus nacer de las espumas. (Mexican Egypt pgs. 243-247).

Yo, que participo de la misma opinión del sabio, para mí, aunque no crea en la única naturaleza solar de Quetzalcóatl del autor de la docta monografía "The Olmecas and the Toltecas", había preparado mis razones para no afirmar dogmáticamente y con la única garantía de mi palabra, que los debatidos toltecas u olmecas no habían sido sino los mayas primitivos, y que los viajeros que formaron la tribu prehistórica de donde se deriva la familia etnográfica que lleva ese nombre, habían venido de un lugar determinado aproximativamente en nuestro planeta, al oriente del continente americano, y para que no se dijera también de mí, que

después de quitarles la aureola solar los hago también bajar de las nubes o salir del centro de la tierra entre la lava de algún volcán. Pero algunos de mis argumentos estaban fundados en semejanzas mitológicas y etnográficas tanto para probar en todas sus manifestaciones la unidad de la cultura en todas las tribus mexicanas que la tenían, como el origen oriental de esta cultura conforme a las tradiciones de los mismos indios.

Saltando sobre el anatema, me parece haber podido demostrar y para mejor conseguirlo añadiré a otros indicios que confirmen la tradición indígena de la llegada de los portadores de la cultura, probando que no era sólo un mito una verdadera historia, no contradicha sino corroborada con argumentos extraños a la misma tradición: mas ahora me encuentro con que no puedo deducir la unidad de una interesantísima parte de la cultura de los nauas y los mayas, cual es la religión, porque el mismo apreciable escritor que anatematizó a quien creyera que los toltecas habían sido un pueblo real, protesta formalmente "contra los esfuerzos de identificar las divinidades y mitos de una raza con los de la otra, como en muchos casos lo hace Brasseur y de una manera aún más pronunciada Bancroft", y por que el mismo autor establece como un canon "que las teogonías de los mayas y los nauas eran distintas en su origen, diferentes en carácter y solamente parecidas, por aquella general semejanza que necesariamente tuvo que existir entre dos naciones rodeadas del mismo ambiente y casi en el mismo estado de progreso". (Brinton. The Names of the Gods in the Kiche Myths of Central America p. 35). Si quiero ser consecuente con el digno Prof. Norteamericano tendré que prescindir de los argumentos mitológicos al querer probar que tuvo el mismo origen la cultura de los nauas y los mayas.

Lo peor del caso es que tampoco podré valerme de un semejante argumento para demostrar que es exótica en su origen la cultura de nuestros aborígenes porque según el parecer del mismo escritor, la semejanza de los mitos americanos con los del viejo mundo "no quiere decir que históricamente se deriven los unos de los otros. Cada uno tiene su origen independiente, y como es uno solo el reflejo del mismo fenómeno físico en la naturaleza; las mismas formas de expresión se adoptaron en todas partes para simbolizarlo". (Brinton American Hero-Myths, p. 35, 36).

Hablando en particular del mito de Xbalanqué, héroe, como algunos creen, deificado de los quichés, dice, que aunque sea grande la semejanza de su mito con los de otros héroes similares del mundo antiguo "no es científico el atentar la derivación del uno del otro y no lo es menos el procurar investirlos con un carácter histórico, como en este caso lo hizo el Abate Brasseur de Bourgourg y varios otros". Y más adelante, después de probar que el mito del Héroe quiché es astronómico insistiendo en que desde sus principios fué autóctona la cultura de los mayas, "yo no tengo reparo, dice, en identificar la fábula de Xbalenqué y sus hechos, como una de las manifestaciones de este muy conocido mito universal, poniendo mis palabras al seguro con una formal declaración, que la identidad pudiera ser únicamente psicológica, no histórica". (Brinton. The Names of the Gods. pgs. 26-29). Más ¿prueba el Dr. Brinton que la semejanza de los mitos nauas con los mayas se deba únicamente a la igualdad del ambiente en que ambas tribus vivían? ¿Prueba que la semejanza de los mitos mayas con los de otros pueblos del mundo antiguo sea la consecuencia necesaria de la psicología? ¿Por qué tales semejanzas no se pueden considerar más bien como indicios de un origen común, de una dependencia de otra tercera fuente primordial cultura? Se ha llegado a probar la imposibilidad de un tal origen de una tal fuente común de cultura? En ninguna de las obras del Profesor Norteamericano que han llegado a mis manos y he leído con atención e interés, he podido encontrar algo que pudiera responder a estas preguntas. Los hechos que aduce y la erudición que despliega en apoyo de sus teorías no sólo son enteramente conciliables con las opiniones que he abrazado sino de ellos he podido sacar mucho partido para robustecerlas.

El mito de Xbalenqué, al cual se refiere nuestro autor, es un mito solar. Suponían los hombres primitivos que el sol entraba al centro de la tierra por el poniente y atravesaba las profundidades del suelo por debajo de nuestros pies para poder salir de nuevo al día siguiente por el este. Un viajero que camina de día, un guerrero batallador que sostiene rudos combates con los seres que se suponía poblaban las misteriosas regiones subterráneas a donde veían penetrar por sus aberturas, terribles fieras, reptiles espantosos, siniestras aves nocturnas, eran propias imágenes para representar el curso del sol, que, después que lo sabemos,

nos imaginamos, que como el legendario huevo de Colón, pudieron ocurrírsele a cualquiera.

Doy por hecho que un mito tal vino espontáneamente a la imaginación del hombre en muchas partes y que no tuvo un origen de donde lo tomaron otros en sus contornos más sencillos. Pero como adorno de los lineamientos generales que forman la base del mito, encontramos una infinidad de pequeños detalles que muchos son independientes de la naturaleza del astro que sirvió de prototipo a la ficción y están ligados a otro círculo de ideas ajenas a las apariencias astronómicas o que, si tienen que ver con ellas, suponen un simbolismo más complicado: ahora bien, en la asociación de esas ideas que se funden con el prototipo del mito, en la complicación y multiplicación de los simbolismos es en lo que no estoy ni puedo estar de acuerdo que su repetición en varias partes sea un mero fenómeno psicológico en que nada tenga que ver una herencia o una imitación de lo que en otras partes se haya discurrido.

Si veo que las circunstancias que rodean un mito son las mismas en México, en Yucatán y en Oaxaca, nadie me podrá persuadir que, aún en la hipótesis que el mismo simbolismo inicial se hubiera presentado a la imaginación de un naua, un maya o un mixteca, la igualdad y aún semejanza de los adjuntos no se derive de la comunicación entre las tribus: y lo mismo pensaré si no se trata de tribus vecinas sino de naciones lejanas unas de otras. Muchos piensan como yo y viniendo a las semejanzas de la religión entre los nauas y los mayas no faltan escritores posteriores al Dr. Brinton que enuncien esta misma opinión. Dice el Prof. Joyce p. e. que "la religión de los mayas nos demuestra tan estrecha semejanza con la de los mexicanos, que de hecho nos sea permitido deducir de lo que sabemos de la segunda, lo que no aparece claro en la primera; siempre con las debidas precauciones". (Mexican Archaeology. 219).

Ignoro si sea o no científico un tal método de investigación, usando, bien entendido como claramente lo advierte el Prof. Joyce con las debidas precauciones, pero estoy seguro que es lógico y racional y esto me basta para aprovecharlo, poniendo únicamente los mitos frente a frente para que, con entera independencia del criterio con que los juzgo yo, pueda el lector comprender por sí mismo si las semejanzas pueden conducirlo a un origen común o son meramente casuales. Lo mismo me propongo hacer con otras

comparaciones en los usos, las costumbres, los ritos y ceremonias y los lenguajes, como ya lo he comenzado a poner en obra desde los primeros capítulos. A falta de otros positivos argumentos, sólo con tales comparaciones, si de ellas resulta algo más provechoso que una simple posibilidad, podremos tener alguna manera de hacer ver que no se aparta de la verdad la tradición que vinieron del oriente los que trajeron la cultura a nuestro país, que fué única en el principio, cuando todas las tribus que se llamaron cultas la abrazaron, y que los que la trajeron fueron los que formaron la familia etnográfica maya.



CAPITULO VI

TAMOANCHAN

Hechos rigurosamente históricos, acaecidos muchos siglos después entre los salvajes de México, cuando de nuevo se presentaron a ellos otros colonos que venían también del rumbo por donde nace el sol, nos demuestran que bien podemos prestar fe a la tradición que fueron benévolamente recibidos los compañeros de Quetzalcóatl. Narra el P. Tello, que estando para reunirse con su capitán algunos hombres de Chirinos, que andaban explorando las regiones del nordeste de México, supieron "que en la tierra adentro, había algunos hombres blancos como los nuestros y que traían consigo un hombre negro y que curaban enfermos y resucitaban muertos y que los acompañaba multitud de gente". Después de narrar el encuentro de estos hombres con los españoles agrega que "despidieron a los indios que los habían acompañado hasta esta provincia, agradeciéndoles la buena compañía que les habían hecho, y ellos con muchas lágrimas se volvieron a sus rancherías, y si los dejaran ir se fueran con Dorantes y los demás". (Tello. Crónica miscelánea de la provincia de Xalisco. p. 186).

No tenemos motivo para creer que los orientales compañeros de Quetzalcóatl hubieran sido peores que los que viajaban con Dorantes aunque fueran hombres de la época neolítica; todo lo contrario, si nos guiamos por los recuerdos que tenían de Quetzalcóatl, comparados con los de los aventureros del siglo XVI. Del mismo modo que siguieron a Dorantes, encontramos en las crónicas franciscanas que lo hizo una entera parcialidad que llamaron olives, y desde la Florida vinieron siguiendo al P. Olmos hasta Tamaulipas en donde establecieron pueblos para quedarse con él.

Vivían en Tamaulipas a principios del siglo XVII cinco tribus indígenas enteramente salvajes, que hablaban dialectos diversos pero tenían las mismas costumbres. Los nombres con que las conocían los españoles eran pacitas, pellones, palmados, telnocos y salineros. Estos últimos vivían en las costas del mar. Las cinco tribus nombradas estaban divididas de los cuextecas, hacia el norte, por las corrientes de agua que forman el Pánuco y sus afluentes septentrionales, que pasaban a nado cuando querían dirigirse a la Huasteca, señal que no usaban embarcaciones.

Aunque de distinto lenguaje sus costumbres eran las mismas. Los hombres andaban enteramente desnudos, las mujeres se cubrían con pieles de venado. Usaban el arco y la flecha y eran muy diestros tiradores. Los hombres usaban el cabello muy crecido y las mujeres lo cortaban. Ellos "tenían dos o tres mujeres como esposas a quienes trataban con iguales consideraciones y afecto, por lo que no reñían ellas entre sí". Usaban ciertas ceremonias para el matrimonio y contraído con una, dos o tres quedaba indisoluble, pero muerta una de las esposas podían tomar otra. Habitaban en pequeñas cabañas construídas de ramas de árboles, principalmente de palma, en donde podían caber el hombre con las mujeres. Sus alimentos consistían en las frutas que cada mes cosechaban y si en algún lugar o algún tiempo había escasez, los hombres cazaban venados cuya carne era la única que comían. Era entre ellos común y ordinario cambiar de residencia. Desterraban a los criminales y no los volvían a admitir en sus congregaciones hasta que no recibían el perdón y eran llamados por todos; entre ellos nunca se mataba uno a otro, siendo el destierro la mayor de sus penas.

Narra el P. Nieto, de quien tomamos todas estas noticias, que estando de misionero entre los cuextecas y sabiendo los telnocos lo floreciente que estaba la cristiandad al otro lado del Pánuco, solicitaron venirse a vivir entre los cuextecas. De acuerdo con éstos asignó a aquéllos el Padre, solares y no siendo agricultores los telnocos, los cuextecas les prometieron ayudarles a labrar sus tierras y hacer sus casas. El proyecto no se llevó a cabo debido a las autoridades españolas que, como dice el misionero, no hacían caso de la ley de Dios ni de los mandatos del rey de España; mas a pesar de esto los telnocos abrazaron el cristianismo y "fueron siempre amigos de los cristianos y auxi-

liares de los españoles en las guerras contra las otras tribus. Son los más robustos y esforzados de todos, pero en sus costumbres no difieren de las tribus paganas. No habiendo sido recibidos por nosotros para que entre nosotros vivieran, siguieron su vida de nómadas sin habitaciones y quizá vuelvan a sus costumbres primitivas". (Nieto. Relación a la S. C. de Propaganda Fide. copia man. en mi poder). Quizá los ascendientes de los telnocos, o una tribu parecida a ellos fué la que encontraron los que venían del oriente a su llegada a las costas, en donde a principios del siglo XVII vivían las tribus salvajes de que habla el P. Nieto.

Ixtlilxóchitl dice de los ulmecas, que comenzaron a poblar desde que comenzaron a desembarcar en Pánuco, y esto es lo más natural que hubieran hecho antes de internarse en un país enteramente desconocido los que acababan de ejecutar un viaje largo por mar. En el territorio de Tamaulipas, que a la llegada de los españoles estaba poblado como hemos visto de tribus enteramente salvajes, se han encontrado restos de una cultura prehistórica. El Coronel López y el Ing. D. Alejandro Prieto describen monumentos, estatuas y objetos antiguos descubiertos en el Distrito Sur y cuarto Distrito de ese Estado en las municipalidades de Altamira, Sta. Bárbara, Jaumave, Palmillas y otras, restos arqueológicos que suponen un estado de cultura más elevado que el de todas las tribus establecidas en Tamaulipas. (Prieto, Historia de Tamaulipas p. 18).

Careciendo de pruebas directas para afirmar que todos esos restos arqueológicos pertenecieron a los ulmecas, más bien que a otra tribu que se hubiera establecido en Tamaulipas después que ellos estuvieron allí, no por eso me creo autorizado para negar que ellos hubieran puesto la mano en muchos de los objetos encontrados tanto en las regiones antes enumeradas cuanto en los cantones de Ozuluama, Tantoyucan y Tuxpan del Estado de Veracruz y otras en el territorio que aún lleva el nombre de Huaxteca y pertenece a los Estados de Hidalgo, San Luis Potosí y Querétaro.

Hay marcadas semejanzas entre tales objetos y otros que han salido a luz en las regiones donde se nos dice que habitaron los ulmecas, y estas semejanzas son por lo menos suficientes para

engendrar una presunción que los constructores de los unos pudieran haber construido también los otros. Creo, pues, que el tiempo breve o largo que pasaron establecidos a las márgenes de las corrientes los que entraron a México por el Pánuco, no estuvieron con los brazos cruzados mientras echaban los cimientos de una nueva tribu enlazándose con los salvajes tamaulipecos y que a ellos se debe algo de lo que ha podido llegar hasta nuestros días.

Del Pánuco, dice el Dr. Seler, buen conocedor de los lugares que describe por haberlos minuciosamente examinado, que es un río cuyas márgenes fueron habitadas en tiempos prehistóricos, como lo demuestran los restos de antiguas poblaciones que se encuentran a uno y otro lado de sus riberas hasta la desembocadura (Gesamelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthmuskund-Die alten Ansiedelungen im Gebicte der Huaxteca. Band II. p. 168). Formado en Tamaulipas el núcleo de la futura familia etnográfica maya, las tradiciones conservadas en las crónicas antiguas a la par de las ruinas que se ven en las márgenes del río, nos demuestran que los ulmecas se fueron encumbrando por las mismas aguas o las orillas en sentido contrario a las corrientes. La más elemental previsión debió haberles sugerido este camino donde tenían segura el agua y podían fácilmente encontrar los alimentos en los bordes poblados de vegetación y animales de caza y también en los peces del río, si no es que desde entonces comenzaron a dedicarse a la agricultura experimentando aquellas semillas silvestres que les parecían apropiadas al cultivo y tenían mayor analogía con las que en sus tierras de origen cultivaban.

No lejos del pueblo de Tula, en el Estado de Hidalgo y ya en las alturas de la mesa central, están las fuentes del Pánuco en un territorio desde tiempo inmemorial habitado por los otomites. Al pasar por el pueblo toma el río el nombre de Tula que conserva hasta que comienza el descenso de la cordillera. ¿Se detendrían los ulmecas en ese lugar? ¿Dejarían algunos de ellos que fundaran el pueblo dándole un nombre parecido al que lleva? Tulha, dicen que puede significar en maya agua azul, y este nombre lleva un riachuelo de Chiapas que pasa por las inmediaciones de las ruinas de Palenque y así traducen su nombre los habitantes indígenas del país. El nombre conviene a las aguas cristalinas del río de Tula y la hipótesis no me parece absurda;

en ese caso el pueblo habrá tomado el nombre del río: adelante discutiremos más detenidamente la etimología de Tula.

La exuberante vegetación que tapiza las faldas de las cordilleras y hermosas cañadas por donde serpentean los afluentes y subafluentes del Pánuco, cesa al subir de las tierras calientes a las templadas, y entonces las variadas producciones tropicales dejan el lugar a los innumerables cactus, opuncias y mimosas que caracterizan a aquellas de nuestras zonas de altura media poco favorecidas por las aguas. Tales son las regiones que rodean el pueblo de Tula, en las partes en que no se deja sentir la influencia benéfica de las corrientes del río, y que debido a la abundancia de la mimosa, que llamaban mízquitl los aztecas, aún hoy día lleva entre los pueblos de los contornos el nombre de Mezquital.

Los antiguos veían con cierta veneración esas regiones que llamaban Teotlalpan, tierra de dios o tierra divina, nombre que a decir la verdad, por su aspecto físico no merecía y por esto alguno de los cronistas no hace derivar el nombre de téotl dios, sino de tetl piedra y en vez de tierra divina dan a Teotlalpan el significado de tierra fragosa; mientras el P. Molina en su diccionario traduce teotlalli, valle o desierto de tierra llana y larga. No a los dones celestiales que fueron negados al lugar, era a lo que se debía el nombre de tierra de Dios o tierra divina, sino a los recuerdos tradicionales de los nauas. Era su creencia, aunque no universal, que había fundado el pueblo la tribu naua de la cual juzgaban haber recibido la cultura y ser los descendientes. Pero otros decían "que ya había población en Tula cuando allí vino el Topilce": es decir cuando allí se fijaron los nauas que volvían del norte y decían que los había llevado Quetzalcóatl. (Origen de los Mexicanos p. 288). Lo mismo nos da Sahagún a entender y Torquemada e Ixtlilxóchitl cuando dicen que a la llegada de Quetzalcóatl ya había gente culta en el país, refiriéndose a la gente encontrada por los nauas a la vuelta.

Estas y las noticias relativas a la fundación de Tula por los nonoalcas antes de los toltecas no tienen otro fundamento, a mi modo de ver, que la creencia en muchos de los indios de que, cuando los nauas llegaron del norte de Tula, el pueblo estaba habitado ya, y no por los otomites, que se supone fueran entonces nómadas, sino por gente que vivía en pueblos y edificaba casas. La veneración que tenían los nauas a esa región no hay

entonces que reducirla al lugar en donde primero se establecieron al volver del norte, sino a tiempos muy anteriores: al paso y fundación quiza de los ulmecas y a la mítica presencia de Quetzalcóatl. Al no querer admitirlo no se podría fácilmente explicar que los nauas, que venían del norte, se hubieran ido a establecer allí y su estancia en Tula, antes que México existiera, no solamente nos lo dice unánime la tradición sino también los hallazgos arqueológicos.

La geografía y los recuerdos tradicionales sugieren que al pasar por Tula los ulmecas algunos de ellos se quedaran allí y los demás que, sin hacer caso de los que allí permanecieron, podemos decir con Sahagún, fueron todos los que llegaron por el mar, comenzaron a caminar y "siempre guiados por su sacerdote... fueron a poblar a Tamoanchan, donde estuvieron mucho tiempo... Desde Tamoanchan iban a hacer sacrificios al pueblo llamado Teutihuacan, donde hicieron a honra del sol y de la luna dos montes, y en este pueblo se eligieron a los que habían de regir a los demás... Allí también se enterraban los principales y señores". Dice también que cuatro sabios de los ulmecas, que se quedaron en Tamoanchan, entre los cuales estaban Oxomoco y Cipactónal "compusieron la cuenta de los días, de las noches, de las horas y de las diferencias de los tiempos". Todos estos datos nos llevan a la conclusión, que Tamoanchan, esa región misteriosa tan decantada por aquellos que desde la segunda mitad del siglo pasado han pretendido dilucidar nuestra historia antigua, tenía por centro y corazón al actual Estado de Morelos, que en tiempo del gobierno colonial Español se llamó el Marquesado del Marqués del Valle y Tlalnáuac o Tláhuic cuando dominaron los tlalhuicas o tlahuicas. Demostrémoslo mejor.

*
* *

Es sumamente discutida por los modernos americanistas, historiadores y arqueólogos que se ocupan de las cosas de México, no solo la ubicación sino la misma real existencia de Tamoanchan en determinado lugar. El Dr. Valentini, arqueólogo distinguido y diligente investigador de cuanto se refiere a los ulmecas,

llegó a decir que el recuerdo geográfico de Tamoanchan se había perdido en el siglo XVI. (The Olmecas and the Toltecas). Los que admiten la ubicación geográfica de esta región, además del papel mitológico que indudablemente desempeñaba, están muy divididos en sus opiniones: unos suponen que estaba en Guatemala; otros en Tabasco, Chiapas o Yucatán; otros en Misantla y Papantla o en un lugar determinado del Estado de Veracruz entre las vertientes de la Sierra Madre Oriental y el Golfo de México; opiniones que no se pueden sostener sin forzar y aún contradecir abiertamente las tradiciones que nos han quedado de los ulmecas y el mismo texto de Sahagún, que a primera vista parece favorecer la opinión de los que dicen que Tamoanchan estaba en Centroamérica.

Vemos por lo que acabamos de copiar de este autor, que Tamoanchan era una región situada relativamente a corta distancia de Teotihuacan, que más bien estaba comprendido dentro de sus límites. Conocemos perfectamente la posición geográfica de este santuario de los ulmecas, que a pocos quilómetros de México ostenta aún los dos montes que dice nuestro escritor hicieron los ulmecas a honra del sol y de la luna: no cabe duda, el Teotihuacan de los ulmecas es el que aún lleva el mismo nombre que le dieron los nauas pero no el que le dieron los ulmecas. Y encontrándose en el valle de México, ¿quién podrá pensar que si Tamoanchan estaba en Veracruz, Tabasco, Chiapas o Guatemala, pudieran los ulmecas venir a Teotihuacan a adorar a sus dioses, elegir a sus jefes y enterrar sus cadáveres cuando morían? Para que racionalmente hubieran podido hacer todo esto Tamoanchan, en la mente del escritor franciscano no debía estar a tan inmensa distancia de Teotihuacan.

El mismo cronista franciscano nos dice que los ulmecas arreglaron el calendario en Tamoanchan, mientras asegura Mendieta que Xomoco y Cipactónal, personajes también nombrados por Sahagún, hicieron este arreglo "en tierra de Cuernavaca, en cierta cueva". (Hist. Ec. Ind. lib. II. c. XIV. p. 97). El autor no mienta el lugar pero se refiere a lo que dice Sahagún. Luego, como por tierra de Cuernavaca o provincia de Cuernavaca en tiempo del autor se entendía la mayor parte del Estado de Morelos, en ese Estado estaba Tamoanchan. Más explícito es Olmos o el autor, quienquiera que sea, de los fragmentos de Historia anti-

gua de México que tradujo Thévet del castellano al francés. Refiriéndose a la creación del primer hombre que, según los indios, habían formado en México los dioses, dice que este acontecimiento tuvo lugar "en una caverna de Tamoanchan, en la provincia de Quauhnáhuac, que los españoles nombran Cuernavaca o Marquesado del Marqués del Valle". Indicación más precisa y categórica del lugar no era posible darla; con ella queda fuera de duda la existencia real de Tamoanchan en el sentir de los indios y si Valentíni hubiera conocido la obra de Thévet, que se publicó después de su muerte, no habría dicho que en el siglo XVI se había perdido ya la memoria de la ubicación geográfica de Tamoanchan, que, por las indicaciones de Olmos, Mendieta y Sahagún, sabemos que estaba en Cuernavaca. Los ulmecas se establecieron definitivamente en el Estado de Morelos, y desde su viaje desde Tamaulipas hasta allá podemos encontrar indicaciones arqueológicas.



Por los años de 1886 a 1890 en un lugar llamado Atoto, cerca del pueblo de S. Joaquín Cacalco, perteneciente al antiguo Señorío Tepaneca de Tlacopan, a flor de tierra, extraídas por el arado, encontré algunas cabecitas de un tipo singular, muy distintas de las que de ordinario se encuentran en el Valle de México. Otras saqué de unas excavaciones practicadas en el mismo lugar en un manto más profundo del que contenía restos de cerámica de la manufactura que se usaba en el Valle de México en tiempo del predominio militar de los aztecas. La más grande y la más singular de las cabezas encontradas en Atoto, fué una que apareció en una zanja que cavaban cerca del lugar en donde se encontraron a flor de tierra las primeras pequeñas cabecitas que me llevaron. Está hueca, mide 13 centímetros de altura, los cabellos quedan representados por líneas quebradas que corren paralelas y trasversalmente dejando bien descubierta una frente ancha, y pasando su punta un poco delante de las orejas; por la parte posterior se reúnen sobre el vertex y cuelgan de allí formando trenza que cubre la parte media del occipucio y baja hasta la región medio escapular.

La línea de cabellos en esta trenza está formada por impresiones paralelas pero verticales, como se ve en otras piezas procedentes de Oaxaca y de Yucatán. En la configuración del cráneo preséntase como notable su altura de modo que el vertex está muy levantado y la cabeza tiene aplastamiento marcado en el sentido anteroposterior como los cráneos de Palenque y dos que encontró después en Tlaquiltenango, Estado de Morelos, el Sr. Ing. Reyna y tuvo la bondad de obsequiarme con las figurillas que con ellos estaban y tienen el mismo tipo de la cabeza que voy describiendo. Las facciones del rostro ofrecen la singularidad de quedar los ojos muy rasgados y algo inclinados hacia abajo y adentro, habiendo poca separación, exagerada tal vez, entre los párpados; el modelado de nariz, boca entreabierta dejando ver los dientes, labios naturalmente separados y dispuestos con juego estético y barba bien determinada y señalando la contracción procedente de la separación de los labios, es perfecto, y la pieza muy acabada. Este es en general el tipo de las cabecitas encontradas en Atoto, mucho más pequeñas y de una hechura más tosca. (Catálogo de la colección Plancarte en los Anales del Museo N. de México 1892).

Más tarde encontré figurillas enteras de ambos sexos y cabecitas con tipo igual, en todos los distritos del Estado de Morelos, en donde mi excelente amigo el Sr. Ingeniero D. Juan Reyna desenterró con las calaveras antes mencionadas varios ejemplares de figurillas completas, en un terreno intacto a tres metros de profundidad. También yo encontré en excavaciones hechas con todo esmero y vigiladas por mí mismo en un corral de la casa episcopal de Cuernavaca, algunas de estas cabecitas del tipo indicado, a la profundidad de cerca de un metro más abajo de una capa de terreno que contenía fragmentos de loza con el tipo bien marcado de la alfarería Tlahuica de los años anteriores a la conquista.

Las excavaciones hechas en Atoto no me habían dejado satisfecho. El terreno estaba demasiado removido para que pudiera estar enteramente seguro que las cabecitas encontradas debajo de los tiestos tepanecas pudieran creerse depositadas allí mucho antes de los fragmentos que se encontraron en la capa superior. No sucedía lo mismo en el terreno excavado en Cuernavaca. Desde la fundación del convento el terreno escogido para explorar se destinó para los caballos y este fué el único destino que tuvo hasta hoy, de modo que ni los indios ni los españoles lo movieron: no los primeros, porque era una de las dependencias del teocalli; no

los segundos por la razón indicada; y su destino fué tan antiguo que la calle que pasa cerca se llamaba antes con palabra, híbrida de Cauallocalco, la casa de los caballos. Del modo de llevar a cabo la excavación estaba satisfecho y quedé enteramente convencido que entre la formación y superposición de uno y otro manto pudieron haber corrido algunos siglos. Se hizo imposible la duda: los que habían fabricado aquellas cabecitas de Cuernavaca vivieron allí con mucha anterioridad a los tlahuicas.

Otras excavaciones que se hicieron en mi presencia en Zacatepec cerca de Tetelpa, en el mismo Estado de Morelos, me condujeron a idénticas conclusiones. En ese mismo lugar, a un centenar de metros de distancia, encontraron años ha algunos objetos pintados del modo peculiar que se suelen encontrar los vasos pintados de Teotihuacán. Se extrajeron donde yo hice que excavaran algunas cabecitas del tipo de las de Atoto y Cuernavaca a una regular profundidad de la capa que contenía tiestos tlahuicas.

Las figuras completas y los cuerpos mutilados del tipo que nos ocupa, sacados a luz en el Estado de Morelos, Distrito Federal y lugares cercanos de los Estados de Puebla, México y Guerrero, estaban enteramente desnudos; lo que no sucede con las figurillas de barro de épocas menos retiradas. En posteriores exploraciones y pesquizas pude encontrar los mismos tipos en Malinalco, Ozumba y Chimaluacan del Estado de México, Itzocan y Texmelucan del de Puebla, Tlaxmalac de Guerrero, Xico, cerca de Chalco y Papalotla cerca de Texcoco. La Sra. Nuttall, que sin comunicarse conmigo se había fijado en el mismo tipo y lo estudiaba, lo encontró en Coyoacán y después en las orillas del Pánuco y Tampico y yo, que tuve que hacer una expedición a Tula, lo encontré cerca del pueblo y en Atitalaquia donde casualmente vino a luz.

Estas cabecitas enlazaban el Estado de Morelos con la desembocadura del Pánuco por el valle de México y Teotlalpan, exactamente la ruta que la tradición y la geografía marcaron a los ulmecas; pero ninguno de los escritores nos dice que hubieran fundado algún establecimiento en Tláhuic, Tlalnáhuac o tierra de Cuernavaca, y sin embargo allí es donde con mayor abundancia y en todas partes se encontró el tipo por primera vez observado en Atoto y encontrado igualmente en los Estados de Puebla y de Tlaxcala en donde Torquemada y Muñoz Camargo nos dicen que estuvieron los ulmecas. No puede caber duda que Tamoanchan, en donde se establecieron los que desembarcaron en Pánuco, y que Ix-

tlilxóchitl denomina ulmecas, era una región que encerraba dentro de sus límites no solo las tierras de Cuernavaca el antiguo marquesado del Marqués del Valle, sino todo el Estado de Morelos con los de Puebla, Tlaxcala y los distritos del de México y Guerrero, que confinan con Morelos lo mismo que el valle de México.

*
* *

La forma de las cabecitas y deformaciones craneanas de que acabamos de hablar ponen a nuestra consideración un nuevo hecho del cual podemos deducir una presunción más específica, que fueron los ulmecas los que en tiempos muy atrasados ocuparon el territorio de Tamoanchan, en donde estuvo vigente la costumbre de la deformación artificial del cráneo, abandonada allí en tiempos menos antiguos cuando otra raza ocupó ese mismo territorio.

Tanto en las cabecitas antes mencionadas como en varios cráneos que encontró el Sr. Reyna en el Estado de Morelos, se nota perfectamente bien definida una depresión anormal anteroposterior que nadie recuerda haberse practicado entre los nauas que en la época del descubrimiento de América vivían en todos esos lugares, ni sabemos tampoco hubieran acostumbrado las tribus hermanas de los otomites o ellos mismos, que vivían entre los nauas. Se han encontrados a poca distancia de México cráneos con una depresión lateral. En el pueblo de S. Simón Tonáhuac, a milla y media de la ciudad de México, en un hoyo practicado para hacer adobes y a tres metros de profundidad, se encontró un esqueleto prehistórico como cree el Prof. Hrdilicka, quien halló otros cráneos en la misma localidad. El cráneo del esqueleto encontrado, dice el Prof.: "es pequeño, algo deformado. La deformación es de la especie llamada por Topinard, occipital simple. Consiste en la depresión mayor en el lado derecho, de la parte del occipucio situada entre la protuberancia occipital externa o inion y el foramen parietal u obelión." La misma deformación se encuentra en algunos otros cráneos masculinos de la propia localidad. Yo también he hallado el mismo tipo en otros cráneos de los hombres prehistóricos de diversas partes de México. Es el tipo de deformación de los constructores de montículos o terrapleneros (mound-buil-

ders) y de los moradores de las rocas, (cliff dwellers) pero no llevado a un grado excesivo. Weitz dice que: en muchas de las tribus indias se produce artificialmente la depresión de las cabezas a causa de una disposición o forma especial de las cunas o lo que se emplee en lugar de ellas" (Anales del M. N. M. t. VII p. 75-77).

Esta no es la depresión encontrada en los cráneos de Morelos, ni la que acostumbraron los mayas desde los tiempos anteriores a la conquista hasta la llegada de los españoles. A los indios de Yucatán, dice Herrera "hacíanles de industria en la niñez, las frentes y cabezas llanas". (Hist. General Dec. X c. III) y el Sr. Landa: "tenían las cabezas y frentes llanas, hecho también de sus madres por industria desde niños".

Sólo tribus de la familia maya nos dicen los cronistas que a la llegada de los españoles a México se deformaban adrede la cabeza. De los cuextecas escribe Sahagún que "son de la frente ancha y las cabezas chatas" y de los totonacos, que "tienen la cara larga y las cabezas chatas". (o. c. vol. III. pgs. 131 y 133). En Yucatán, a los pocos días de haber nacido la criatura "la ponían tendidita en un lecho pequeño hecho de varillas, y allí boca abajo le ponían entre dos varillas la cabeza, la una en el colodrillo y la otra en la frente entre las cuales se la apretaban reciamente y le tenían allí padeciendo hasta que acabados algunos días le quedaba la cabeza llana y amoldada como lo usaban todos ellos" (Landa o. c. pg. 180).

La costumbre de achatar las cabezas era muy antigua en Yucatán, Chiapas y Guatemala. En Progreso se encontró un cráneo achatado, del cual dice el Sr. Obispo Carrillo y Ancona, que lo examinó: "aparece desde luego artificialmente comprimido como una esfera que encontrándose tierna y blanda cual la cera, hubiera sido aplastado de atrás para adelante". (Las Cabezas Chatas).

Los relieves de los monumentos de Chiapas y Guatemala no sólo nos dicen que esas tribus, mayas también, en tiempos remotos usaron de la deformación craneana antero-posterior sino que tal costumbre la practicaban los potentados y por esto se representaba en los relieves de sus héroes, de sus soberanos y de sus dioses.

Los sirakenos o sirakos del hemisferio oriental acostumbraron también deformarse la cabeza, y Zenobio asegura que entre ellos se daba el reino al hombre más corpulento y que tuviera más alargada la cabeza. (Cent. V. 25). Eran los sirakos un pueblo

fuerte y muy numeroso de la Sarmacia que vivían en la cuenca del Volga al norte del Cáucaso si hemos de creer a Estrabon, Pomponio Mela y otros geógrafos griegos y latinos que nos hablan de ellos. Hipócrates a ellos se refiere cuando dice que los hombres de más largas cabezas eran considerados los más nobles y que aplicaban vendajes y otros aparatos a las cabezas de sus hijos durante la infancia con el objeto de amoldarlas a la forma por ellos admitida. (De aere, locis et aquis I. 550).

Del Cáucaso pudo muy bien una tal costumbre haberse extendido en tiempos prehistóricos a oriente y occidente: la observaba un pueblo eslavo de Rusia y Broca escribió acerca de la deformación tolosana del cráneo. Lo cierto es que el historiador chino Matuan-lin la menciona como de uso común en Corea, y su compatriota Hiuan-tsang la encontró entre los habitantes de Kaschgar, Ovington habla de ella como existente en el reino de Pegú, y Charencey dice que la tenían otros pueblos asiáticos y africanos. (Tula Votanida p. 8).

Al mencionar una tal costumbre que se encuentra también en otras tribus americanas al norte de México y al sur de Guatemala y Honduras, no es intención mía tomar de allí un argumento para deducir el origen de los mayas, cuestión que no quiero tratar por de pronto, sino una presunción que corrobora otras ya apuntadas de que algún pueblo que observó la costumbre de deformar la cabeza en sentido ante-posterior, habitó en tiempos muy lejanos sobre todo en el territorio que hoy lleva el nombre de Estado de Morelos: y como sólo las tribus mayas acostumbraban en México deformarse artificialmente las cabezas en ese mismo sentido, es presumible que sean de mayas, es decir de los progenitores de la familia, los cráneos desenterrados en Morelos, y que las cabecitas encontradas, sean representaciones de los mismos individuos de quienes descienden los mayas.

No es preciso suponer que la costumbre de achatar las frentes hubiera venido del Asia oriental, como suponen algunos escritores, porque los extranjeros que desembarcaron en Pánuco pudieron haberla traído, tomada de las tribus prehistóricas de quienes la aprendieron los sirakos de la cuenca del Volga y norte del Cáucaso, o de donde la tomaron las tribus africanas que dice Charencey que la usaron o aquellos de quienes la heredaron los eslavos de Rusia, los tolosanos, los tártaros de Crimea y algunos turcomanos.

*
* *

No faltan antiguos monumentos en el Estado de Morelos que directamente nos enseñan haber vivido allí una tribu bastante adelantada en la cultura. Los antiguos griegos atribuían de ordinario a los pelasgos los monumentos cuyo origen no sabían explicar. Lo mismo hacían con los toltecas nuestros indios antiguos. Entre las ruinas de las más señaladas ciudades de los toltecas, dice Ixtlilxóchitl, había en tierra de Cuernavaca "un palacio labrado todo de piedras grandes, de piedras de cantería sin lodo ni mezcla ni vigas ni ninguna madera sino unas piedras grandes pegadas unas a otras". (o. c. vol. I. p. 38). El pasaje anterior creen algunos se refiere a las ruinas, también creídas de los toltecas, con piedras esculpidas, que les llaman Xochicalco; de ellas se han ocupado muchos de nuestros escritores, desde Alzate que restauró el edificio principal en un grabado fantástico, hasta el Dr. Peñafiel que lo reconstruyó en madera no sin acudir al auxilio de la imaginación, y no menos los extranjeros desde el Barón de Humbolt y el Capitán Dupaix hasta el Prof. Holmes y el Dr. Seler.

Para muchos de los modernos escritores ese monumento demuestra que, antes de la tribu naua que vivía en Morelos cuando llegaron los españoles, estuvo otra poblando esos lugares, que se manifiesta de superior cultura. El monumento de Xochicalco en sus relieves y caracteres simbólicos tiene más puntos de contacto con los de Oaxaca que se encuentran en el monte Albán, que con otros monumentos del mismo Estado de Morelos, obra de los tlahuicas. Las losas esculpidas, características de Oaxaca, dice un moderno escritor, "con sus fechas en estilo mezclado, mexicano y maya tienen sus paralelos en los relives de lo que debe haber sido un extremadamente hermoso templo en Xochicalco en la región de los tlahuicas. Estas ruinas aunque en el mismo distrito en que está el templo azteca de Tepoztlán, tienen un tipo enteramente distinto y el estilo de su rica ornamentación tiene un estrecho parecido a las ruinas de Tulan, una de las ciudades toltecas". (Joyce. Mexican Archaeology p. 176).

No hace mención alguna Ixtlilxóchitl de los relieves que son los que dan más realce a estas ruinas, y por esto, más bien que a ellas, creo yo que se refiere a otras muy notables también y a mi

parecer de mayor antigüedad, que visité por vez primera a principios del presente siglo, situadas en la cima del cerro de Chimalacatlán en el distrito de Jojutla del mismo Estado de Morelos, que por desgracia no me ha sido posible detenidamente estudiar aún. En una ligera monografía escrita algunos años ha, decía de ellas. "Cualquiera que visite los grandiosos monumentos del cerro de Chimalacatlán, con sus murallas formadas con grandes paralelepípedos de piedra, algunos de los cuales llegan a medir más de dos metros en sus lados mayores y que haya visto los monumentos de Italia llamados pelásgicos y los ciclópeos de Grecia y Asia Menor, no se figuraría estar en el nuevo, sino en el antiguo continente, delante de algunos de aquellos monumentos megalíticos en Italia y Grecia atribuidos por la fábula a los gigantes". (Tamoanchan. pgs. 28 y 29). Tanto Eurípides como Apolodoro nos dicen que Tirinto y Micenas, en donde aún se admiran antiquísimas murallas de esa clase, fueron edificadas por siete cíclopes mandados de Licia con ese fin, y de la famosa puerta de los leones que aún se conserva entre las ruinas de Micenas, escribe Pausanias haber sido obra de los mismos. (Hifigenia en el Tauro.—Hércules furioso etc.).

El monumento de Chimalacatlán en su grandiosa desnudez y el de Xochicalco con sus graciosos relieves, demuestran objetivamente la existencia en Morelos no sólo de una tribu que sabía hacer buenas construcciones, ejecutar artísticos relieves y labrar piedras con perfección, sino conocía los principos de algunas ciencias, tenía un cómputo cronológico, usaba glifos para expresar ciertas ideas y practicaba una religión, cosas todas en que se demostraba muy superior a los salvajes trogloditas que fueron los primeros en posesionarse del país. Esa misma tribu culta, en sus manifestaciones científicas y artísticas que nos dejó en Morelos, se demuestra relacionada con los antiguos constructores de los monumentos que se encuentran en varias partes de Oaxaca y a su vez se ligan con los de Yucatán.

En Oaxaca, dice el Prof. Olmes, muchos de los restos de arquitectura prehistórica se encuentran en las cumbres de las montañas, y pronto se llega a reconocer que los dentados perfiles que presentan en sus bordes las siluetas se debe más bien a la obra de las manos de los antiguos pobladores. (Archaeological Studies among the ancient Cities of México p. 211). Viajeros observadores se han dado cuenta que lo mismo pasa en algunos sitios al nor-

deste de Guerrero, sudoeste de Puebla y sudeste de Morelos, en aquellas regiones que de Chimalacatlán, por los distritos limítrofes de Guerrero y de Puebla, se dirigen a las Mixtecas y al Estado de Oaxaca en general hasta Tehuantepec.

Si pasamos el itsmo y entramos al territorio de las tribus mayas, vemos que en Centroamérica los lugares en donde estaban edificados los pueblos de los quichés eran por lo común elevaciones flanquedades por casi inaccesibles despeñaderos o estrechas lenguas de tierra "por todos lados protegidas con acantiladas y profundas barrancas, que cortan el terreno en todas direcciones bajando a veces a una profundidad de miles de pies". (Brinton. Culture of the Cakchiquels p. 15). En las alturas de las montañas se colocaron los edificios cuyas ruinas aún vemos en Morelos en Xochicalco, Chimalacatlán y los cerros de Huautla; rodeadas de barrancas están aún las antiquísimas poblaciones de Cuernavaca y Yecapixtla que, a pesar de la superioridad y pericia de los conquistadores españoles, sólo con grandes esfuerzos y con el arrojo de los soldados pudieron hacerlas su presa.

Las conexiones encontradas en los sitios elegidos para edificar las más antiguas poblaciones cuyos restos podemos ver aún en los lugares antes nombrados, serían un indicio de muy poco valor para deducir la comunidad de origen de la cultura de estas tribus si se limitáran a la sola topografía: pero las pocas manifestaciones del arte que acá y allá se han podido salvar de la destrucción, vienen en nuestro auxilio para señalar las mismas conexiones que ya nos había indicado la topografía y a indicarnos el lazo que une a Tamoanchan con las regiones mayas por medio de las mixtecas y zapotecas.

Uno de los caracteres típicos del monumento de Xochicalco que por completo lo distingue de las ruinas del templo de Tepoztécatl y otros restos que nos han quedado de los tlahuicas en territorio de Cuernavaca, es que los glifos de forma naua que vemos en Xochicalco, están encerrados en cartuchos como los que ostentan los monumentos mayas y esto no sucede con los glifos tlahuicas de Cuernavaca y Tepoztlán. Además los signos numéricos de los monumentos nauas posteriores y de los códices de origen indudablemente naua, del uno al diez y nueve y aún al veinte son tantos puntos o circulitos, cuantas unidades contiene la unidad expresada. Los mayas sólo usaban cuatro puntos o círculos numerales, el cinco lo expresaban con una barra, el diez con dos y así en lo

sucesivo valiéndose de los puntos para completar los números intermedios. Tales barras se encuentran igualmente en Xochicalco representando el número cinco, y de territorios nauas, que yo sepa, sólo fueron encontradas en una antiquísima piedra de Xicco, cerca de Chalco, lugar famoso, sede primitiva de adivinos y nigromantes.

De los códices en que se ve también ese numeral así expresado, creen los americanistas comunmente que fueron dibujados en pueblos que son limítrofes de los mixtecas, y en Oaxaca en general tanto las barras usadas por numerales, como también los glifos encerrados en cartuchos, se ven comunmente en losas sepulcrales y en los monumentos de Monte Albán. En esas partes dice Joyce "se encuentran signos de días en estilo naua cuyos glifos están encerrados en cartuchos al estilo maya y los acompañan numerales entre los cuales el cinco se expresa por una barra".

Lo que sucede con los cartuchos y los numerales encontrados en Xicco y en Xochicalco, lugares incluidos en el territorio de Tamoanchan, sucede con la cerámica de Cholula y de Tlaxcala, otros lugares que las tradiciones asignan como primitivas posesiones ulmecas y por consiguiente partes del mismo territorio. Esta cerámica muestra una semejanza muy marcada con la de las regiones mixtecas y zapotecas, y las líneas comunes de su ornamentación, dice el autor que acabamos de citar, tienen un gran parecido con el estilo ornamental de las ruinas de Xochicalco. (Joyce, o. c. p. 197).

*

* *

Los hombres que fabricaron el templo de Xochicalco, los ulmecas que se establecieron en Tamoanchan, fueron entonces los maestros, que llevando una cultura desconocida para las tribus salvajes que a su llegada encontraron establecidas en México, la comunicaron a esos salvajes que, sacados por ellos del salvajismo, fueron después a establecerse a Oaxaca. Esta tribu constructora de los monumentos que se ven arruinados en las montañas, eran los mixtecas, que, como montañeses, recibieron de sus vecinos de las llanuras, discípulos de los mismos maestros, el despectivo mo-

te de miztoquijxi, gato salvaje, que los nauas volvieron en su idioma, mixteca, derivado como creen algunos de mizton, gato, nombre que en el de michi que damos a los gatos, ha pasado al lenguaje familiar, o de miztli, león, o más bien puma.

Por una parte, con relación a su primitivo estado salvaje, los mixtecas se juzgaban autóctonos, diciendo haber nacido en dos frondosos árboles situados uno frente del otro a uno y otro lado de un arroyo, cerca de Apuala, llamado en mixteca Yutalnoho, río de donde salieron los señores, y Yutalnuhu, río de los linajes. De estos dos árboles que se encontraban en sus márgenes, el uno produjo a los hombres, el otro a las mujeres, que se juntaron y dieron origen a la tribu. Homero hace decir a Penélope en la Odisea, que no creía que Ulises descendiera del árbol antiguo, de donde colegimos que los griegos creyeron alguna vez que había hombres descendientes de los árboles.

Otro mito menos salvaje tenían, que por otra parte no hacía de los mixtecas una tribu autóctona sino inmigrante, y éste con seguridad se refiere a la época en que ya poseedores de cierta cultura, de Tamoanchan emigraron al sur. Allá, según el mito, fueron conducidos por un esforzado capitán que ardiendo por el deseo de combatir y no teniendo con quien, se encaró con el sol que estaba cerca de su ocaso, le disparó una flecha, lo mató y encontró digna sepultura en las montañas de la Sierra Madre. (Burgoa, Geográfica descripción, II, parte. cap. XXIII). Los que llegaron hicieron cuatro partes del país: una fué la Mixteca alta que llamaban "ñundza vui ñuhu que es cosa divina y estimada"; otra, al norte, hacia Oaxaca "tocuisi ñuhu, por ser también tierra estimada": la tercera, era la Mixteca baja que tenía por nombre "meniñe, que quiere decir tierra cálida" y la cuarta era la costa del mar del Sur, que llamaban "ñundad, por ser tierra llana, y ñuñama, que es la caña de maíz, y ñundeui, porque aparece mejor en aquella tierra el horizonte que llaman sahaan deoui, que quiere decir el pie del cielo". (Reyes, Arte de la lengua mixteca. Prólogo).

La muerte del sol, al bajar al ocaso, y la división de la tierra en cuatro partes, según los cuatro puntos cardinales hasta donde los accidentes geográficos permiten la orientación, nos hacen desde luego sospechar que también los mixtecas, como los nauas y los mayas, relacionaban al conocido mito solar el recuerdo de su

corta peregrinación. Digno de atención es el hecho, porque no habiendo procedido de oriente a poniente, sino de norte a sur, sin embargo relacionaban su última etapa y estancia permanente con la puesta del sol, lo que a mi entender nos demuestra que el mito no era original en la esencia de su concepción, sino que los mixtecas lo tomaron de otros, variando las circunstancias para adaptarlo al país montañoso a donde se dirigieron a pie.

Los zapotecas caminaron siempre paralelamente a los mixtecas a quienes parece que siguieron al sur. Ramas del mismo tronco etnológico, de ellos, dice Ixtlilxóchitl, que estuvieron con los ulmecas en Puebla y es probable que allí hayan recibido la cultura. Muchos los hacen superiores a los mixtecas atribuyéndoles cuantas ruinas se encuentran en Oaxaca: tal opinión me parece que no descansa en un sólido fundamento: para mí, penetraron en Oaxaca después que los mixtecas, con quienes estuvieron siempre en contacto tan íntimo que la cultura que recibieron del mismo origen, tuvo el mismo desarrollo y se unificó de tal manera, que ahora resulta poco menos que imposible el saber lo que a cada quien le corresponde, y por eso la considero como una sola y le doy indistintamente el nombre de mixteca o zapoteca cuando no me consta seguramente el origen.

También los zapotecas tuvieron mitos que hacían de ellos una tribu autóctona y forastera a la vez, porque mientras decían que eran descendientes de árboles, de peñas y de fieras, Torquemada los hace emigrar del norte "lo que se encuentra confirmado", dice un escritor oaxaqueño, "por las tradiciones de los indios y el sentido de sus pinturas, especialmente una que se halló en Coatlan hacia el tiempo de la conquista". (Gay. Historia de Oaxaca. vol. I. p. 30). Tenemos que indagar el origen de estas dos tribus interesantes, aprovechadas discípulas de los ulmecas, y demostrar que, por lo menos con relación a los mixtecas, no es una mera suposición privada absolutamente de fundamento lo que nos hace pensar que estuvieron con los ulmecas en Tamoanchan.

Los nómadas trogloditas vivían al derredor de la cordillera de los Volcanes, cuando llegaron a esos lugares los ulmecas, los quinametin al oriente, los teochichimecas al poniente; no vemos por cual motivo no hayan podido haber caminado más al sur, estando yerma la tierra sin más habitantes que los animales salvajes, dueños de los bosques interminables que crecían de una tierra surcada por las corrientes de innumerables manantiales.

Muchas grutas naturales hay al pie de la cordillera del Ajusco y sus contrafuertes meridionales que deben su existencia a las grandes corrientes de lava de los antiguos volcanes que estuvieron en actividad en esa cordillera y, al enfriarse, formaron largas y amplias galerías subterráneas, a las cuales dieron acceso posteriores derrumbes del terreno dejando al descubierto entradas en las paredes de las grandes depresiones que con esos derrumbes se formaron. Visité algunas de esas galerías y encontré en ellas cuentas de piedra, fragmentos de utensilios de barro y un gracioso amuleto de piedra verde no muy dura que tenía dos caras y habían depositado debajo de una calavera colocada sobre uno de los pretiles que bordean ordinariamente a uno y otro lado las paredes abovedadas de la galería de lava basáltica.

El señor ingeniero Reyna, mi compañero en algunas de mis excursiones subterráneas, encontró otro muy parecido en idénticas circunstancias, pero ni él ni yo advertimos en ninguna de las cavernas que, junta o separadamente, exploramos en Morelos y el norte de Guerrero, nada que pudiera llevarnos a la conclusión que aquellos lugares hubieran sido aprovechados como morada o refugio del hombre antes que los tlahuicas o couixcas se hubieran instalado en Morelos y Guerrero. A ellos probablemente pertenecían las cuentas y los idolillos, y de ellos eran ciertamente los fragmentos de utensilios de barro que de alguna manera se pudieron identificar.

Si los salvajes que se supone habían vivido en Morelos, ocuparon esas cuevas antes de los ulmecas, sus vestigios quedaron borrados o confundidos con las huellas de posteriores habitantes. Hay también petroglifos en la parte montañosa del distrito de Cuernavaca, y los he visto cerca de Malinalco en el Estado de Mexico, al poniente de Morelos y en sus confines, que algo nos dicen por lo inaccesible del lugar en que ahora se ven; mas tales monumentos, en general, no se pueden considerar como la obra exclusiva de los salvajes y, aunque con ellos se pudiera demostrar que antes de los tlahuicas hubo habitantes en Cuernavaca y Malinalco, no se podrá nunca deducir que tales habitantes fueron salvajes.

No encontramos argumentos arqueológicos que nos lleven al deseado fin, veamos si los podemos conseguir de otro modo. Los yopis, yopes o yopime vivían con los tlapanecas en un territorio del Estado de Guerrero, confinando con los couixcas al norte que,

por el nombre del pueblo principal, se llama Yopitzinco. Esta misma tribu vivía también en Oaxaca y allí les llamaban chuchos o chuchones, siendo etnográfica y lingüísticamente los mismos yopis. Cuando llegaron al país los españoles, abarcaban una muy considerable extensión de terreno porque no sólo confinaban al norte con los couixcas, que eran como los tlapanecas de raza naua, sino que por el sur se extendían hasta el Pacífico y, por el este, sus fronteras llegaban hasta el territorio ocupado por los mixtecas. A los yopis pertenecía el puerto de Acapulco y los pueblos de Zalzapotla, Acatempa y Xiquipila, de manera que por ese lado del noroeste tenían como limítrofes a los cuitlatecos, otra grande tribu de raza naua que, con el nombre de tecos, se había extendido en Michoacán. (Orozco y Berra. Geografía de las lenguas.—Los tecos. Anales del Museo Michoacano. vol. II).

Los chuchones de Oaxaca vivían entre los mixtecas, con quienes estaban establecidos; también los amuchcos extendidos hasta el Estado de Guerrero al norte, y por el sur hasta el pacífico; su lengua tiene muchas y muy grandes analogías con el mixteco y la de los yopis y chuchones con una y otra, de manera que el yopi o chuchon y el amuchco forman un grupo lingüístico ligado estrechamente con el mixteco, y este grupo, como ya sabemos, está enlazado con el otomite cuyo tronco fué la lengua que suponemos hablaron los quinametin. De aquí podemos colegir que a la llegada de los ulmecas a Tamoanchan los yopes y los chuchones, los amuchcos y mixtecas formaron una sola tribu, pero ya separada de sus hermanos los otomites, y que de la familia de los quinametin eran los que más se habían alejado hacia el sur, pero no tanto como estaban en el siglo XVI.

Entraron a México los quinametin por el nordeste, dejando colonias acá y allá: algunas de ellas, a la llegada de los ulmecas, se encontraban al lado oriental de la cordillera de los Volcanes, y no faltaban en las montañas que cierran el valle de México. La tribu a que nos referimos era la más meridional de la familia, pero lo más natural es que entonces vagara por los bosques del sur, al otro lado de las montañas que limitaban los terrenos ocupados por las otras tribus sus hermanas, es decir, en los valles y cañadas que forman el Estado de Morelos. Había allí vegas espaciosas y amenas, frondosos bosques y abundancia de agua: grutas, no faltaban, y en tales condiciones del terreno no podía escasearles la caza. El país no estaba ocupado; a su disposición quedaban

los animales de los bosques, las frutas y las yerbas del campo ¿por qué dejar tantas comodidas para caminar más al sur y establecerse en peores lugares, cuando nadie les estorbaba sus cacerías, nadie les envidiaba sus abundantes campos?

Es de los yopis que vivían cuando los españoles conquistaron el país, de los que dice Sahagún que hablaban una lengua distinta de la de México, y añade que los llamaban tenime "que quiere decir gente bárbara, y son muy inhábiles, incapaces y toscos y eran peores que los otomites y vivían en tierras estériles y pobres con grandes necesidades y en tierras fragosas y ásperas" (vol. III. p. 135). Al encontrarse los yopis confinados en tales sitios, rodeados casi enteramente por los nauas, sólo con salida para las tierras de los mixtecas de su misma familia, quiere decir que a ellas los arrojaron los nauas de los tiempos más cercanos a la invasión española, porque no es de presumir que, habiendo sido de los primeros en llegar al país, viniendo del norte al nordeste, por gusto se hubieran ido a establecer a las peores tierras dejando atrás las fértiles vegas de Morelos, las faldas boscosas de las montañas de la cordillera del Ajusco en sus declives del sur, los campos bien provistos de corrientes de agua, por tierras fragosas y ásperas, campos estériles y pobres donde vivían con grandes necesidades.

Las posteriores invasiones de los cuitlatecas, por el poniente, formaron un infranqueable muro que, siguiendo las márgenes del río de las Balsas en dirección enteramente al este, iban a juntarse con el que habían formado los couixcas y tlahuicas que ocuparon el territorio dejado libre por los ulmecas cuando abandonaron Tamoanchan y se marcharon al sur. Estas invasiones postreras de tribus nauas tuvieron lugar cuando los nauas volvieron del noroeste y, por ellos empujados, los yopis tuvieron que abandonar los terrenos que conservaban aún al norte de Guerrero, dejándolos a los couixcas y, detrás de ellos, a los tlahuicas que se establecieron en Morelos y fué entonces cuando no teniendo más salida que al sur, hasta la orilla del Pacífico, y al este, en los lugares que por malos habían despreciado los mixtecas, se establecieron en las tierras estériles y pobres, ásperas y fragosas en que Sahagún encontró que estaban establecidos.

La topografía de los terrenos ocupados por las tribus de la familia mixteca y su hermana zapoteca, en el siglo XVI, relacionada con las últimas migraciones de los nauas, nos está indicado

claramente que esas dos familias etnográficas tan unidas en todo, geográfica, etnográfica y filológicamente, en los tiempos primitivos, ocuparon el territorio que, a la postre, pasó a manos de los couixcas, tlahuicas, tlatepuzcas y otros nauas que se establecieron en los Estados de Morelos, Puebla y Guerrero. Aquéllos de esta familia mixteco-zapoteca que estuvieron en íntimo contacto con los ulmecas establecidos en Tamoanchan, recibieron de ellos la cultura y dieron origen a los mixtecas y zapotecas posteriores: los otros pueblos de la misma familia etnográfica mixteco-zapoteca, más apartados del foco de cultura, permanecieron salvajes en mayor o menor grado.

Lo mismo sucedió a muchos de los nauas que, en el estado salvaje, siguieron viviendo por mucho tiempo al pie de la cordillera cerca del Tláloc y se llamaron teochichimecas, y éstos recibieron después la cultura de sus hermanos los chalcas y culuas educados en Tamoanchan por los ulmecas, mientras los que se habían quedado al noroeste permanecieron siempre salvajes, como los otomites propiamente dichos que vivían en las montañas del Valle de México y más aún, los que estaban establecidos al nordeste.

No faltan en las tradiciones, leyendas y mitos de los indios, indicaciones que nos hagan comprender la unión que hubo entre los mixtecas y ulmecas. Así Sahagún nos hace saber que los mixtecas se creían descendientes de los ulmecas, y Torquemada que "estando Quetzalcóatl en Cholollan envió desde allá a las provincias de Huaxyácac a poblarlas y a toda esta Mixteca baja y alta y Tzapotecas" (Ob. cit. I. 255). Ixtlilxóchitl escribe que: "recién entrado que fué Quinantzin en su imperio vinieron de la provincia de la Mixteca dos naciones que llamaban tlailotlaques y chimalpanecas, que eran asimismo del linaje de los tultecas". Quinantzin les dió asiento en Texcoco donde se establecieron en los barrios de Tlailotlacan y Chimalpan "aunque antes habían estado estas dos naciones mucho tiempo en la provincia de Chalco". Los mapas Taoltzin y Quinanzin están de acuerdo en la llegada de esos extranjeros a Texcoco y el anotador indio, del primero nos dice que "en tiempo de Quinantzin llegaron los tlailotlaques y chimalpanecas". Los primeros, sigue diciendo Ixtlilxóchitl "eran consumados en el arte de pintar y hacer historias más que en las demás artes". (Ob. cit. vol. II. p. 69. 70).

No sólo Ixtlilxóchitl y Sahagún sino también los Anales de Cuautitlán y otros, enumeran a los mixtecas entre los descendien-

tes de los toltecas, o sea de los introductores de la cultura, que para evitar confusiones y malas inteligencias hemos preferido llamar ulmecas. De los tlailotlaques que, según Ixtlilxóchitl, fueron de Chalco a Texcoco y eran mixtecas, consumados en el arte de pintar y hacer historias, nos habla Chimalpain diciéndonos haber vivido en Chalco antes que los chalcas llegaran al país, lo que yo interpreto, antes que volvieran del norte aquellos nauas que se establecieron con los otros que ya vivían en el territorio de Chalco, por haberse quedado allí cuando emigraron los demás.

Si los tlailotlaques eran mixtecas, como dice el autor aculua, la cosa tiene fácil explicación suponiendo que los mixtecas vivieran con los ulmecas en Tamoanchan. El territorio de Chalco estaba dentro de los límites de Tamoanchan y la familia mixteca, a quien dieron el nombre de tlailotlaca, en vez de seguir a las otras familias que se fueron al sur, se quedó en ese territorio o en él se estableció cuando los nauas marcharon al norte. Tlaillotl de donde se deriva tlailotlaca, significa en náuatl, escoria o residuo, y si la derivación es correcta, aplicándola con relación a las tribus que abandonaron a Tamoanchan, bien pudo haberse llamado ese residuo de los mixtecas que se quedó en el territorio de Chalco, tlailotlaca, o sea los rezagados. Otros traducen la palabra, persona que se vuelve de donde iba, significando que no contradice nuestra suposición.

Entre los que ocuparon ese territorio, antes de la vuelta de aquellos nauas que llama chalcas Chimalpain y les llaman también chalmecas él y Muñoz Camargo, los acxotecas fueron los primeros que se habían establecido en Tlalmanalco y fueron a mi entender de los nauas ya cultos que no se movieron para el norte con los demás. Después de hablar de los mihuacas y otras familias, que reputa salvajes el analista chalca porque "no tuvieron sino jefes militares, no crearon nobleza y sus jefes no tenían séquito", dice que "vinieron a introducirse entre los otros los tlailotlaques que se establecieron en su mismo territorio", o sea en el señorío de Chalco, cuya principal población era Tlalmanalco, pueblo quizá fundado cuando aún ocupaban el territorio los ulmecas; y digo esto por la leyenda que refiere Ríos de que eran de Tlalmanalco los adobes con que se construyó la llamada pirámide de Cholula, especie que, aunque históricamente falsa como lo ha demostrado el análisis químico de las tierras según Bandelier, no por eso deja de hacer del pueblo un lugar legendario ligado con los mitos de

Xelua y Quetzalcóatl constructores del edificio de Cholula. (Bandelier. Studies about Cholula and its vicinity).

No se puede probar de una manera absoluta que los tlailotlaques hayan sido mixtecas, como me parece no muy lejos de la verdad y lo indica Ixtlilxóchitl, pero sí se puede, con probabilidad, deducir que pertenecieron a una tribu culta que habitó en territorio de Chalco en tiempos muy antiguos y que cuando con el señorío de Quinantzin comenzaban los tiempos históricos de los acoluas, éstos cooperaron con los chalcas y los culuas a sacar del salvajismo a los teochichimecas que habían bajado de las montañas al Valle de México sin haber abrazado la cultura. Al considerarse mixtecas a los tlailotlaques es señal que, si no lo eran, se creía que los mixtecas habían habitado en el territorio de Tamoanchan y habían tomado parte en la obra civilizadora de las tribus salvajes, única verdad que procuramos poner en claro.

Clavijero nos hace saber que en su tiempo la Mixteca era conocida también con el nombre de Xicayan. (Vol. I. p. 7). Xicayan es probablemente una mala ortografía de Xicallan, originada de la defectuosa pronunciación de la *ll* que tiene entre nosotros y, en Puebla y Oaxaca especialmente. Los que no se daban cuenta que esa letra doble no tiene en mexicano el sonido especial con que la pronuncian los españoles, pudieron atribuirle el incorrecto modo de proferirla que le damos y confundirla con la *y*, como muchas veces sucede y lo he visto yo en palabras que como Xicallan se suelen escribir con esa letra duplicada en mexicano.

Siendo Xicallan sinónimo de Mixtecapan, cae por su propio peso que los xicalancas, sempiternos compañeros de los ulmecas, no fueron sino los mixtecas. El mismo Clavijero dice de los xicalancas y ulmecas que "ora se consideren como una sola nación, o como dos naciones perpetuamente juntas y aliadas, fueron tan antiguas en el país de Anáhuac que algunos autores los creen anteriores a los toltecas". (Vol. I. p. 96). Por su parte, el autor de las interpretaciones del códice Vaticano y Telleriano Remense, hace de los dos un nombre solo ulmecaxicalanca, asignando a estas tribus unidas, una sola de las cuevas legendarias. Demostramos ya que los ulmecas no eran anteriores ni posteriores, sino los mismos toltecas. Los xicalancas fueron entonces sus contemporáneos unidos con ellos en Tamoanchan, y como los ulmecas, no encontraron allí más familias que nauas o quinametin, al no ser

nauas, tenían que ser los xicalancas de filiación quinametin y por consiguiente mixtecas.

Antes de estudiar detenida y atentamente la materia, llegué a pensar, como otros escritores, que fueran nauas los xicalancas, teniendo como principal razón el que en Xicalanco, población del istmo de Tehuantepec, se hablaba el náuatl y había una isleta con el nombre de Xicalanco cerca de Veracruz (Sahagún 1. XII. c. VI, p. 27) cuando llegaron los españoles, sin fijarme en que la carta etnográfica del siglo XVI no era probable que hubiera sido la misma algunos centenares de años antes, y que los xicalancas de entonces, así como los nonoalcas, podían haber sido muy distintos de los xicalancas y nonoalcas de las leyendas y tradiciones. Xicalanca era, decían, un nombre náuatl, pero esto no es obstáculo para que los xicalancas no pudieran haber sido una tribu de distinto linaje: los zapotecas, los mixtecas, los mazauas, los matlaltzincas y otro muchos tenían nombres nauas sin que lo fueran: como no es obstáculo tampoco que sea náuatl el nombre geográfico Xicalanco de la región o del pueblo o del jefe supuesto de la tribu, porque lo eran también Achiutla, Tilantongo, Míctlan, Teotzapótlan, Huitzitzílan, pueblos principales de los mixtecas, zapotecas y tarascos y a los tlatoanis totonacos se les da en los anales nombres nauas. Los moradores de Xicalanco, en el siglo XVI, hablaban el náuatl, pero ya hemos visto que en tiempo de Moteuczoma I se fundaron colonias nauas en el istmo de Tehuantepec para favorecer el comercio de los nauas del Valle de México con el sur, y que, en atención al idioma que hablaban los de Xicalanco, no se podía haber dicho que su establecimiento en el istmo fuera muy antiguo, encontrándose los datos filológicos de acuerdo con los históricos que nos hacen saber, con toda certidumbre, que el establecimiento de esas colonias nauas no fué anterior al siglo XIV, habiendo comenzado después la expansión de esas tribus por el sur, y el Xicalanco de Veracruz pudo haber estado relacionado con el del istmo y haber sido posterior a aquél y, por lo que dice Sahagún, pudiera creerse que esa islita llamada Xicalanco, no fuese un pueblo habitado sino una estación, un paradero para las embarcaciones. (La Aparición de Ntra. Señora de Guadalupe p. 27).

Es probable, por otra parte, que antes de los acontecimientos nauas hubiera al norte del istmo pueblos mixtecas. Anauacamixteca, dice Sahagún, se llamaron los descendientes de los ulmeca-

vixtoti y, llamándose Anáuac ambas regiones marítimas, la del sur y la del norte del istmo, la cual comprendía nominalmente Anáuac Xicalanco ¿qué razón hay para creer que tales anauaca-mixtecas, descendientes de los ulmecavixtoti, no fueran los que los otros cronistas llaman xicalancas? Sahagún no llega a nombrar a estos últimos, que el dominicano Ríos los une en olmecaxicalanca como el franciscano Sahagún en olmecavixtoti une a los presuntos progenitores de los mixtecas. Los vixtoti son, para mí, sinónimo de los xicalanca y, en realidad, aquellos que se creían progenitores de los mixtecas, o era vixtoti un término genérico que se podía aplicar a todos los costeños.

Todavía se conserva en las regiones cercanas a Tehuantepec una colonia mixteca, que explicaba un antiguo cronista como un premio dado a ellos por los zapotecas en atención al auxilio que les prestaron contra las huestes mexicanas que invadieron el istmo. Aun suponiendo rigurosamente histórica toda la narración de Burgoa, que a tal hecho se refiere, y que tal fué el origen de Mixtequilla, la colonia mixteca cerca de Tehuantepec no tiene motivo para estar en oposición con la hipótesis de que, en tiempos remotos, el istmo todo hubiera estado en poder de los mixtecas, siendo que a todas las mixtecas, todavía en tiempo de Clavijero se les daba el nombre de Xicallan que llevó una colonia de los nauas porque allí más tarde se establecieron, haciendo tal vez retroceder al sur a los mixtecas. Puesto en claro que los xicalancas primitivos no eran probablemente nauas, sino mixtecas, vamos a la leyenda.

En la legendaria Teohuitznáuac, lugar que geográficamente creo yo corresponde a Tamoanchan, al sur, con relación al valle de México porque sur se dice en naua Hitznáuac: allí, dice Muñoz Camargo, vivía Xicalan, el tronco mítico de los xicalancas. Ahora bien, "habiendo nacido Quetzalcóatl en esta provincia de Teohuitznáuac les hizo grandes fiestas Xicalan, y les dió de presentes grandes dádivas de ropas de algodón: y de esta provincia los llevó a Acoluacán". A quienes llevó Xicalan a Acoluacan fué a Mixcóatl-Camaxtli y Coatlicue, señora de Culuacan que se había casado y de esta unión nació Quetzalcóatl. En Tamoanchan nacieron los dioses, allí debe haber nacido Quetzalcóatl que en Tamoanchan encontró el maíz, en Tamoanchan formó a los primeros hombres y en Tamoanchan ayudó a sus abuelos Cipactónal y Oxomoco al arreglo del calendario: efectivamente los

ulmecas hicieron conocer en Tamoanchan a Quetzalcóatl, y por esto, pudo decirse que allí nació. En otra leyenda que recuerda Ríos se hace nacer en Tula a Quetzalcóatl y vamos a ver como en Tamoanchan, mítica región, el oriente, sinónimo de Nonoalco, donde también nació Quetzalcóatl, no sólo había una mítica Tula, sino en el Tamoanchan terrenal y geográfico, región al sur de Acoluacan, hubo también una Tula real. Xicalan pues, el tronco de los xicalancas y por consiguiente de los mixtecas, vivía en Tamoanchan.

Tenían los antiguos nauas la costumbre de hacer presentes cuando algún niño nacía y Xicalan no se olvidó de esta costumbre, sus presentes fueron de ropas de algodón, efectos que nos indican claramente cual era el lugar de su residencia, porque para los nauas del valle de México era Cuernavaca el emporio del algodón y los tlahuicas, cuando tenían que pagar tributo a los mexicanos, se les exigía que lo hicieran o en tejidos de esta fibra o en la materia prima de que se hacían. Xicalan vivía entonces en tierras de Cuernavaca y allí estaba Tamoanchan. El viaje de Xicalan a Acoluacan no tiene otro objeto que un parentesco mítico entre los ulmecas establecidos en Tamoanchan y el tronco mítico de los acoluas. Tal parentesco, ya contraído con los coluas por medio de su señora Coatlicue la madre de Quetzalcóatl, no podía contraerse con éste y se contrajo con Xicalan, el jefe de los inseparables compañeros de los ulmecas, "quien dió una hermana suya llamada Coyollimaquiz, a un principal llamado Tzontecómatl". (Historia de Tlaxcala p. 42).

Tzontecómatl ya nos es conocido, era otro nombre de Tlotli, el hijo del sol, y Coyollimaquiz es el nombre malamente ortografiado de Coyolxauqui, otra forma de Coatlicue, la diosa tierra, que los mexicanos, en su remendada mitología, hicieron hermana de Huitzilopochtli. La fábula de Muñoz Camargo, además de confirmar plenamente la ubicación geográfica de Tamoanchan y el establecimiento allí de los ulmecas con los xicalancas, favorece nuestra opinión, que este lugar estuvo habitado por la tribu de donde procedieron los mixtecas.

El matrimonio fabuloso de la hija de Xicalan con el tronco mítico de los acoluas, se enlaza, a mi entender, con la tradición que fueron los tlailotlacas mixtecas los que cooperaron con los chalcas y coluas en la introducción de la cultura entre los sal-

vajes teochichimecas acoluas. Quetzalcóatl, jefe legendario de los ulmecas, al nacer, es decir al establecerse en Tamoanchan los forasteros y comenzar a difundirse sus creencias religiosas, es festejado por Xicalan, tronco putativo de los mixtecas que allí vivían y con quienes se unieron inseparablemente los ulmecas. Achcautli, sacerdote chalca, según Ixtlilxóchitl, fué el misionero que enseñó la cultura a los bárbaros chichimecas del señorío de Texcoco y ya hemos visto, en un capítulo anterior, que Achcautli pudo ser un epíteto de Quetzalcóatl, adoptado como el nombre del dios por el supremo sacerdote de Cholula y lo mismo pudo haber acontecido en Chalco siendo Quetzalcóatl en realidad el misionero de los salvajes acoluas.

Del tronco legendario de los nauas y la señora mítica de Culhuacan tiene origen Quetzalcóatl; es la naturalización del dios y el jefe de los extranjeros; la ciudadanía que los nauas y en modo especial su principal tribu los culuas, dieron a los que los sacaron del salvajismo, apoderándose al mismo tiempo del origen ilustre de los extranjeros. Si no vamos por mal camino y es exacta la interpretación de un mito puramente naua, los que lo discurrieron difícilmente podían haber enlazado mejor los principios de la cultura que entre las tribus indígenas comenzaron a sembrar los viajeros orientales desde las fértiles y amenas vegas de Cuernavaca.

Cerca de los otomites, como en toda su obra llama a los aculuas el autor del manuscrito traducido por Thévet, "vivían los popolocas hacia la Mixteca, gente que adoraba al sol creyéndolo creador de todas las cosas". Los teochichimecas acoluas quisieron declararles la guerra por haber ellos inventado el modo de sacar lumbre con dos palillos. Mas antes de comenzar la batalla, para probar cuál dios era más bueno y cuál de las dos tribus superior, los acoluas dijeron a los popolocas que si su dios Sol era tan poderoso como decían, les manifestara su poder con algún portento. Accedieron los popolocas, y los acoluas pidieron entonces tres cosas. 1o.—Que la llanura en donde estaban se llenara inmediatamente de casas, y así sucedió; 2o.—Que aparecieran allí innumerables gentes y unos con otros se mataran, lo que también aconteció, volviendo a quedar desierta la llanura; 3o.—Que por la tarde se detuviera el sol. Un hechicero voló entonces para hacer la proposición al Sol que caminaba con una larga barba y, encontrando al mensajero, le preguntó a donde iba: "a pedirte

que te esperes un momento", le contestó, considerando que si el sol no lo hacía, los acoluas no concederían la ventaja ni a los popolocas ni a su dios. "¡Pararme!", contestó el Sol, "esto no puede ser, porque como yo soy gran dios y señor, muchos otros dioses hay que me esperan adelante, de modo que es preciso que me apresure para encontrarlos y ver lo que hacen: pero para satisfacción de vuestros enemigos, llévales estas barbas que es lo que yo más aprecio de todo lo que poseo, y las doy a vosotros como a quien amo más que a nadie: y decid a esos perversos que si no se declaran por vencidos, yo los destruiré a todos sin que uno solo quede". El hechicero volvió con las barbas, y cuando las vieron los aculuas, que no las habían visto jamás tan largas y pobladas, quedaron conformes y concedieron a los popolocas la supremacía. "Tales barbas tenían de largo medio codo y eran un poco ásperas y rojas". (Thévet. ob. cit. pgs. 12-19).

El mito, enteramente naua, también es pueril y digno de hombres de los tiempos neolíticos, pero contiene interesantes recuerdos históricos que fueron los que me indujeron a transcribirlo. Nos encontramos desde luego con dos pueblos de diferente idioma, religión y cultura: los popolocas que se manifiestan más cultos, aunque los nauas pretenden hacerlos aparecer lo contrario, y los acoluas, que según el mito no habían llegado a descubrir el modo de sacar el fuego con los palillos. Al sur de los acoluas vivían los popolocas, cerca de los mixtecas, pero esto sucedía cuando el autor del manuscrito tomaba sus apuntes por el año de 1543; entonces, por el rumbo del sur, eran los popolocas la tribu de lengua extraña más vecina de los acoluas, sin que se pueda decir que confinaban con ellos, estando interpuestos entre unos y otros varios pueblos que aunque nauas, como los aculuas, eran enteramente independientes. Etnológicamente está averiguado que por razón del idioma son los popolocas de Puebla de la familia mixteco-zapoteca y hermanos carnales de los yopis y chuchones. El Dr. Valentini dice que son los últimos restos que se encuentran de los ulmecas en la mesa central: yo diría, de los xicalancas y juzgo que en el mito citado no se toma la palabra popoloca como el nombre de una tribu particular. Molina traduce esta palabra en su diccionario "bárbaro, hombre de otra nación y lenguaje" y en ese caso lo mismo se puede aplicar la palabra a los popolocas, yopis, chuchones, mixtecas y a los mitológicos xicalancas y ulmecas, tanto

más que el mito supone a estos hombres de diverso lenguaje próximos vecinos de los acoluas, y los popolocas de Puebla estaban a la distancia de algunas leguas interceptados por otros de lengua náuatl.

La tribu de lengua diversa, que según la leyenda, encontró el modo de encender el fuego con los palillos, adoraba al sol y a los otros dioses que a él estaban sujetos, y nada de esto hacían los acoluas; lo hacían los ulmecas y los mixtecas ya cultos que vivían unidos en Tamoanchan al sud de Texcoco y confinaban con los acoluas cuyos celos y envidia habían despertado con la invención del fuego, que para consolarse, decían ellos había sido el resultado de la ociosidad. Teotihuacan se encuentra a muy corta distancia de Texcoco, y es muy probable que en las llanuras en donde se ven las ruinas de la ciudad ulmeca fuera en donde fingieran que el sol les cumplió el deseo de cubrirlas de casas por arte de magia, y a su destrucción aluda quizá el segundo portento que pidieron al sol los acoluas.

Eran largas y rojas las barbas del sol. El P. Durán dice que vió en México en un papel muy antiguo la pintura de Topiltzin Quetzalcóatl que tenía "barba larga entre cana y roja" (vol. II. p. 73), y fueron las barbas de este dios una de las cosas que más impresionaron a los españoles. No tenemos necesidad de insistir en que el dios de los ulmecas, Quetzalcóatl, era una divinidad solar, y era él de seguro a quien se refería el mito de las barbas que les dejó a los aculuas. Velado con una envoltura que parece tradición o leyenda histórica, encontramos en los Anales de Cuautitlan el mito solar de Quetzalcóatl. Allí se narra que, viéndose el dios muy acabado y viejo, se quiso remozar y entonces los toltecas "le hicieron unos agujeros y le pusieron la barba". Los señores nauas llevaban oradado el labio inferior y la ternilla de la nariz y allí colocaban unos cilindros largos y delgados; éstas eran las barbas que colocaron en los agujeros que hicieron los toltecas a Quetzalcóatl. Al cilindro que usaban en el labio inferior le llamaban bezote los españoles, los mexicanos tentetl. Al haber introducido los indios en el mito las barbas del dios de los ulmecas, el sol, y al pintar en los códices a Quetzalcóatl barbado, podemos asegurar que, si nunca hubieran visto barbas largas y pobladas, no se les habría ocurrido adornar con ellas ni al sol ni a Quetzalcóatl, que viene a ser lo mismo. Debemos creer entonces que esas barbas las trajeron los extranjeros orientales

y tanto impresionaron a los salvajes, que no las tenían y ya vivían en México, que con ellas constantemente representaron a su dios y al sol cuya imagen era y cuya representación tenía para los ulmecas Quetzalcóatl.

Entre los bezotes o adornos del labio inferior que usaban los nauas y decían haber sido introducido por Tezcatlipoca, otro dios solar, los había de varias formas según el estado, clase y dignidad de las personas. Se encuentran hechos de piedra, de metal y aún de barro; en figura de botón, de tapón, de pera, anchos, largos y delgados, curvos y en figura de gancho. Conservaba en mi colección uno hermosísimo, de cristal de roca, en forma cilíndrica, de unos cinco centímetros de largo y uno y medio de diámetro. En las mantas, cuyos dibujos nos han quedado en el códice Magliavecchi, encontramos algunos de estos adornos referidos a los dioses y creemos que algunos de ellos no solamente fuesen un distintivo honorífico, sino un símbolo religioso. Los señores "que tenían el bezo ahujerado" por allí hacían salir los bezotes, bezoleras o barbotes, llamados así por los españoles porque les colgaba del labio inferior a manera de barba. De estos adornos o insignias, que los mexicanos llamaban téntetl, piedra del labio, "unos eran chalchíuitl engastados en oro", otros "de cristal largos y dentro de ellos una plumas azules metidas que les hacían parecer zafiros". Estos los llevaban los señores. A los guerreros más esforzados, que hubieran tomado en la batalla cinco cautivos, que fueran de origen naua "les daban un barbote largo verde", (Sahagún, vol. I. p. 289, 332) y en varios pasajes de Tezozómoc vemos que iguales insignias gastaban también los señores.

De este escritor y de Sahagún, se deduce que los tlatoanis de México usaban como divisas las libreas de los dioses sobre todo la de Xipe, dios solar como Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, con la cual en alguna pintura se ve adornado Axayácatl. En la batalla contra los matlaltzincas, donde estuvo a punto de perecer, llevaba la divisa del tlauhquechol que le arrojó una vieja (Tezozómoc, p. 404) y ésta era divisa del dios sol a quien estaba consagrado el quechol. Hay, pues, razones suficientes para creer que los bezotes largos fueran una representación de las barbas del sol, Tezozómoc los llama tenzácatl, literalmente zacate o yerba del labio. Decían los yucatecos que los hombres habían sido formados de barro y de zacate: este eran los cabellos, las *barbas* y el vello.

Los egipcios quizá en su época neolítica llevaron también bezote, porque cuando eran un pueblo civilizado usaban un apéndice de pelo postizo en el mento a manera de una barba delgada y puntiaguda, tal como en las pinturas aparecen los bezotes largos de los señores nauas. "Los particulares la usaban pequeña, apenas dos pulgadas de largo: la del rey era bastante larga, cuadrada en la raíz. En las imágenes de los dioses se distinguía por su punta encorvada. Nadie se atrevía a tomar o poner en su imagen la barba de una divinidad, mas después de la muerte, se permitía adornar con este emblema la imagen de los reyes y otras personas que se juzgaban dignas de ser admitidas en el Eliseo". (Wilkinson. Manners and Costums. II. 333). Las barbas postizas de los dioses egipcios se encuentran entre las insignias de las divinidades y una barba de esta naturaleza hecha de bronce esmaltado, se guarda en el Museo del Louvre, en París. (Pierrot. Dic. d'Arch. Egyp.) En una inscripción de Abidos se lee que la barba de Osiris era de cristal que emitía rayos de luz. (Budge. Osiris. II. p. 48).

Algunos dioses aztecas tenían sus bezotes particulares. Los bezotes cortos en forma de tapones usados en general, fueron propios de los nauas salvajes y tenían relación con el fuego, su dios tutelar. Los bezotes largos que usaban los señores y tenían el aspecto de una pera o barba que se deja crecer debajo del labio inferior, estaban probablemente en conexión con el culto solar. Ciertos indios de Jalisco de raza naua, usaban barbas postizas de oro y otros metales ¿lo hacían en memoria de las barbas del sol? Tuve en mi poder un idolillo encontrado en Cuautla de Morelos adornado con una poblada barba que parecía postiza.

Las barbas eran comunes en el dios sol de los pueblos arianos, y si es de admirarse que las tuvieran largas, pobladas y rojas el de los nauas, cuando ellos eran morenos y lampiños, no es de causar maravilla que lo mismo las tuviera el de los germanos. Con esta digresión de las barbas del sol que no viene fuera de lugar, terminamos de exponer las presunciones que tenemos para demostrar que en Tamoanchan se unieron los ulmecas con una tribu de la familia otomite, probablemente de la rama mixteco-zapoteca. La tradición conservada por Ixtlilxóchitl, Torquemada y Muñoz Camargo, de la servidumbre en que los ulmecas estuvieron reducidos por los quinametin y la guerra que sostu-

vieron para librarse de ellos, en vista de las indicadas presunciones y argumentos, no parece enteramente fabulosa, si se excluyen de ellas a los gigantes y la manera admirable con que los vencieron. Otros argumento nos proporciona el mito de las barbas del sol en comprobación del contacto de los civilizadores con los pueblos salvajes que encontraron en México.

*

* *

Acabo de recordar el origen que entre los aculuas se atribuía al método usado por todos nuestros indios bárbaros o salvajes de sacar fuego valiéndose de dos palillos, y antes espero haber demostrado que el método seguido por los nauas era el de la percusión de la pirita contra el pedernal. Con tal motivo recordé también la fábula de Tezcatlipoca, que para sacar con los palillos el fuego en el cerro de Culuacan, antes cambió su nombre por el de Mixcóatl, aludiendo con ello a las dos piedras con que lo sacaban los nauas salvajes y quizá también al cambio de método en tan importante función.

Tenían los indios unas maneras de sacar el fuego con palos, dice el escritor agustino, "muy curioso y más fácil que las nuestras del pedernal", (Roman. Repúblicas Indias, II. 88) y bien se ve por los mitos y las leyendas que un sistema tan sencillo, y la facilidad de encontrar dondequiera los aparatos, les causó impresión profunda y les hizo abandonar por completo el antiguo sistema menos práctico cuando se podía disponer del eslabón de acero que hiciera las veces de la pirita no tan fácil de encontrar. Fué con seguridad la primera enseñanza que los salvajes recibieron de los extranjeros orientales, y en lo que se refiere a los nauas lo deducimos no sólo de la leyenda de los popolocas que acabamos de citar, sino de la que se atribuyeron a sí mismo los mexicanos y confirma la explicación que dimos de la anterior.

No es opinión nueva entre los americanistas, la que encontramos expresada en un artículo publicado recientemente y suscribimos en la parte principal: que "los aztecas no tenían en su cronología un punto fijo de donde partir, y cada ciclo de cincuenta y dos años en realidad era un nuevo calendario. Difícilmente se puede decir que sus recuerdos llenaron un período más largo

que éste. La tradición y la leyenda pueden llevarse a un tiempo enormemente lejano, pero cuando el cronista azteca habla de lo que sucedió un par de siglos antes de su tiempo, es un punto sobre el cual nunca se puede insistir, porque lo que nos da entonces es una información esencialmente mitológica que nada tiene que ver con acontecimientos históricos y cronológicos. A despecho de su sistema complexo de calendario, los aztecas del tiempo de la conquista, eran un pueblo sin historia". (Waterman. The deliniation of the day-signs in the aztec manuscripts. p. 313 en Univer. of California Publ. Mar. 8-1916).

No es rigurosamente exacto que fueran los aztecas un pueblo sin historia, considerando que sus tiempos primitivos fueran tan oscuros y nebulosos como los orígenes de todos los pueblos de la humanidad, ni se puede afirmar que no hayan tenido historia antes del descubrimiento del Nuevo Mundo porque sus recuerdos anteriores al siglo XIV estén llenos de fábulas y leyendas inverosímiles. Es imposible afirmar sin peligro de ser inexacto, que la historia de los aztecas no comience verdaderamente con el establecimiento de la tribu en el islote de Tenochtitlan, precisamente un par de siglos antes de la caída de México en poder de los españoles. Antes de ese acontecimiento estamos de acuerdo en que no sean sino sucesos que no se refieren a la verdadera historia de la tribu lo que como tal encontramos en los autores.

La relación de sus peregrinaciones, sea que se encuentre en sus pinturas o en los anales de los primeros escritores, es un tejido de mitos, leyendas y tradiciones, interesantísimos por cierto, pero que hay que buscarles el lado filosófico, o el histórico también, en la época y en el punto que les corresponde, de donde los asimilaron a su propia tribu los fundadores de Tenochtitán, que son los que siguiendo las antiguas crónicas, llamamos aztecas o mexicanos, sin entrar en discusiones si tiene o no una rigurosa exactitud la aplicación del vocablo, que a mi modo de entender lo han extendido fuera de lo conveniente algunos modernos escritores, siguiendo ejemplos antiguos.

Malamente aplican sus anales a los aztecas la leyenda de la invención del fuego que conforme a los principios asentados, debemos colocar en donde le corresponde y atribuír a quien por derecho le conviene, y a nadie mejor se puede atribuír el derecho de propiedad que a los ulmecas en su primer contacto con los nauas. He aquí la leyenda como la referían los mexicanos. En la

tercera etapa de la supuesta peregrinación, encontraron los emigrantes aztecas dos envoltorios misteriosos: el uno contenía una piedra preciosa, el otro dos palillos. Venían divididos los peregrinos en dos bandos, a los cuales se les da el nombre de tenochcas y tlaltelolcas, por los sitios en donde estuvieron establecidos en el islote, y ambos pretendían apoderarse de la piedra que les parecía mejor. Persuadidos los tenochcas por el jefe de la expedición, no sin pesar cedieron la piedra a los tlaltelolcas y ellos se quedaron con los palillos. Hecho lo cual "deseosos de saber el secreto de estos palillos, pidieron a Huitziton que se lo descubriese. El, deseoso de quietarlos, los tomó, y puesto uno en otro, sacó el fuego de ellos, de que quedaron grandemente admirados los presentes, porque jamás habían visto cosa semejante y de aquí quedó conocida esta invención del fuego por este modo". (Torquemada, lib. I. c. II. p. 80).

Cuando dicen que los mexicanos emprendieron su peregrinación hacia el sur, como lo hicieron los nauas cuando no siendo ya salvajes volvieron a sus antiguas posesiones, aseguran que tampoco lo eran los aztecas. Todos los cronistas hacen mención de que cultivaban el maíz, que tenían una religión establecida, que fabricaban adoratorios a sus dioses y otras muchas costumbres tenían que no se pueden concebir en gentes que no conocieron el uso del fuego y el modo de sacarlo. No fué por consiguiente en la supuesta peregrinación cuando lo aprendieron. Su jefe, además, si se supone que no lo ignoraba ¿por qué esperó hasta la tercera etapa para enseñarlo a los que conducía? Si tal cosa aprendieron los aztecas o los nauas que lo ignoraban, de una manera aparatosa, no debe haber sido de uno de sus jefes, sino del de una extraña tribu con quien se hubieran puesto en contacto y conociera lo que ellos ignoraban, como lo encontramos más relacionadamente expresado en la leyenda de los popolocas.

Relacionando estas dos leyendas con la de Mixcóatl en el cerro de Culuacan, podemos deducir de las tres, que los ulmecas enseñaron a los nauas el modo de sacar lumbre con los palillos cuando se encontraron con ellos en el Valle de México, que fué cuando los nauas tuvieron la primera ocasión de rozarse con una tribu más adelantada que ellos y de otro idioma. El modo como los nauas lo encendían no era el más sencillo, ni estaba al alcance de todos como el que llevaban los extranjeros y así la enseñanza resultó nueva por lo útil y práctico, aunque no fuera un

verdadero descubrimiento sino una sustitución como bien claro se trasluce en Tezcatlipoca, el espejo que humea, la pirita que produce humo convertido en Mixcóatl, la culebra de nube, que puede entenderse el humo que sale de los palillos; y en la piedra, que aunque preciosa, conocida la utilidad de los palillos, se considera de un valor inferior y se abandona de buena gana.

Mientras confiesan los aculuas haber recibido el fuego de una tribu extranjera y de la narración azteca se desprende que se introdujo el uso de los palillos para extraerlo viniendo de camino, las tradiciones quichés nos hacen saber que un dios comunicó el fuego a todas las tribus en su viaje para Tula. "Cuando vinieron a Tulanzú, las siete cuevas y siete barrancas, dicen las antiguas tradiciones que anduvieron mucho para llegar a Tulanzú y no tenían fuego sino que se estaban donde estaba el ídolo Tohil que fué el ídolo del pueblo que primero creó el fuego y no se sabe cómo lo creó, sino que ya relumbraba el fuego". Es decir, el fuego se sacaba para que ardiera ante el dios y de allí lo iba a tomar el pueblo, que no conocía el modo de extraerlo, porque quizá los sacerdotes lo guardaban en secreto.

Un aguacero con granizo apagó todos los fuegos y aún el fuego sagrado que ardía delante del dios y no teniendo modo de librarse del frío que había traído el granizo, "nos acabamos de frío le dijeron a Tohil; está bien, dijo él, no os aflijáis, y luego sacó el fuego dando vueltas en su zapato". El palillo que servía para barrenar al otro era la imagen de Tohil, su zapato era el palillo inferior que se incendiaba por medio del rápido frotamiento del otro. En la India para obtener el fuego sagrado los antiguos brahmines se servían de un palillo llamado matha o pramatha, "cuyo prefijo pra añade la idea de robar con fuerza a la idea contenida en la raíz matha del verbo mathnami o manthani, producir fuego por medio de la fricción". El sacerdote que sacaba el fuego introducía este palillo en un agujero practicado en el punto de intersección de otros dos en forma de cruz: a esto llamaban swastika, y el frotamiento rápido del pramatha en el swastika, producía el fuego. La figura cruciforme, símbolo de la swastika, se ve frecuentemente en las huellas que creen los hindúes son del pie de Budha de donde podríamos presumir que ellos también un tiempo las hubieran considerado como el zapato del dios. (Véase Joly. Les origines du feu dans l'humanité).

No sólo a los quichés, a las otras tribus también se les ha-

bían apagado los fuegos y se morían de frío, y cuando advirtieron que aquéllos ya tenían fuego, fueron a verlos y "no nos afrentamos con vosotros de pediros fuego, dadnos un poco de vuestro fuego, dijeron cuando llegaron, y no se les respondió, y entonces se enojaron los pueblos". Hablaban distinta lengua. "Entonces se manifestó un hombre demonio que les hablaba" diciéndoles no diesen su fuego a los pueblos hasta no preguntarlo a Tohil; y diciendo aquel habitante del infierno "que tenía alas como murciélago, yo soy mensajero de vuestro criador y fundador, luego desapareció". Era quizá Camazotz, el murciélago de la muerte que bajaba del cielo para visitar Xibalba y cortó la cabeza de otro dios de los quichés Hunahpú, porque Tohil, al conceder el fuego a las otras tribus, lo que hizo a condición de que habían de proporcionar víctimas para los sacrificios humanos, y quizá por eso en una de las solemnidades con que los nauas celebraban al dios del fuego, aparecía uno en figura de murciélago, danzando y silbando al derredor de la hoguera en que se arrojaban las infelices víctimas. El hombre demonio con alas de murciélago que se manifestó disuadiendo a los quichés que dieran el fuego, quizá sea la sombría figura de Itzpapálotl de los nauas. Tohil era el dios que los yaquis, como los quichés llamaban a los nauas, tenían con el nombre de Youalliehécatl Quetzalcóatl, (Ximénez, o. c. p. 87-98) y ya hemos visto las conexiones entre mayas y nauas con relación al fuego y simbolismos derivados del modo de extraerlo, introducido seguramente por los segundos con el uso de los palillos.

Pramathâ, nombre sanscrito del palillo que servía a los indúes para barrenar el otro swastika y extraer el fuego, es afin de Pramahyus o nombre de donde se deriva, y que significa el que roba el fuego frotando. En ese caso puede decirse que Prometheos sea la forma helénica de esa palabra, porque Prometheos fué, según el mito griego, quien se robó el fuego para beneficiar a los hombres. (Joly. ob. c.) El dios del fuego de los helenos entonces no fué sino una personificación del palillo que servía para sacarlo, y lo mismo vemos por el Popol Vuh que era el dios Tohil de los quichés y por consiguiente el Youalliehécatl de los nauas identificando a Quetzalcóatl. El paralelismo es claro y completo y el origen mitológico de estos dioses no podía acercarse más. En un códice de origen oaxaqueño se ve a Quetzalcóatl sacando fuego con los palillos.

El mito persa de la invención del fuego une con ella al aire.

Mashya y Mashyana, los primeros hombres, mataron un carnero y para comerlo, "sacaron fuego del kunar, un árbol espinoso, y del boj, guiados por los ángeles celestiales, siendo estos árboles los más propios para producir el fuego para ellos: con sus bocas, estimularon el fuego soplando. El primer combustible que encendieron fué yerba seca, kendar, loto, hojas de palma de dátil y mirto. Entonces hicieron un asado de carnero". (Bundahesh. c. XV). Los ángeles zoroástricos que guían a la primera pareja humana para encender el fuego, son para mí los espíritus del viento de los cuatro puntos cardinales, el naui-ehécatl de los nauas, una de las formas en que concebían a Quetzalcóatl; de aquí que a ese dios como a Tohil o Youalliehécatl se atribuya la invención del modo de extraer el fuego con los palillos y que en los códices se vea llevando a efecto esta operación. En Grecia fué Hermes, el dios del aire, quien por primera vez extrajo el fuego de los palillos para consumir una víctima sacrificada como lo veremos después.

Muchas tribus del continente africano y los isleños de las Canarias hacían uso de los palos para encender el fuego. Los egipcios antiguos, como los persas, los hindúes, los griegos y los romanos, ponían en práctica ambos sistemas, los palillos y el pedernal, sin que se pueda saber si se servían de ellos indistintamente o dejaban uno para los usos litúrgicos y otro para los domésticos como era costumbre entre los segundos. Los griegos, según Teofrasto, usaban los palillos litúrgicos de materia determinada; uno de hiedra, consagrada a Dioniso, otro de laurel, dedicado a Apolo, el dios cazador, el Mixcóatl de los griegos, siendo Dioniso como nuestra Coatlicue, el dios al cual estaban encomendadas las funciones de la fecundidad. (Theophrastus De Igne IX. 64). En los ministerios ordinarios los romanos usaban, como los griegos, el pedernal. Así dice Virgilio que hicieron los troyanos cuando arrojados por la tempestad, tomaron tierra en el continente africano:

Ac primum silice scintillam excudit Achates
Suscepitque ignem foliis atque arida circum
Nutrimenta dedit rapuitque in formite flamman.

(Aen. I. 174).

La chispa de una piedra antes que todo
Hizo saltar al vigoroso Acates;
En hojas secas recibió la lumbre

Y árida leña en derredor le puso
Que envuelta vióse por la roja flama.

(*Ilmo. Sr. Obispo Pagaza. Obras de Virgilio, vol. I. p.* 185).

En circunstancias solemnes y cuando necesitaban excitar de nuevo el fuego perpetuo que se les había apagado, usaban los palillos y de esto se encargaban las Vestales, que hacían uso de una pequeña tabla de madera de buen agüero, barrenándola con un largo punzón también de madera, pero resistente, movido con violencia hasta que la fricción hacía brotar la llama de la tabla. Esto lo sabemos por los escritos que nos han quedado de Festo. "Ignis Vestae si quando interstinctus esset, virgenes verberibus afficiebantur a pontifice, quibus mos erat tabulam felicis materiae tandiu terebrare, quousque exceptum ignem cribro aeneo virgo in aedem ferret". (Ignis. p. 106).

Los agniotris, brahmanes dedicados al servicio del dios del fuego en el Hindostán, eran los encargados de producirlo de los palillos, aparato en que habían introducido la mejora de una cuerda que comunicaba mayor violencia y facilidad en el movimiento rotatorio del que servía para barrenar al otro. (Cook. The Tribes and Castes of the N. W. Prov. I. 31). También en las regiones extremas del Asia oriental encontramos el uso de los palillos. En el "Libro de los Documentos Históricos" se lee que uno de los primeros jefes chinos se llamó Suy-jin-She, el productor del fuego, que por casualidad encontró el modo de encenderlo con la fricción de dos trozos de madera seca. El modo chino no era igual sin embargo al ariano que conviene en todo con el que ponían en práctica nuestros indios. Estos usaban la fricción por medio del barreno, aquéllos por el mutuo frotamiento de los trozos de madera.

No se pararon los ulmecas en el establecimiento que fundaron en Tlalháuac, continuaron su ensanche hacia el oriente, y si hemos de creer a Ixtlilxóchitl, llegaron hasta las riberas del Atoyac, agregando Muñoz Camargo que ocuparon el territorio de Tlaxcala, Huexotzinco y Tochimilco, mientras Veitia asegura que se extendieron por Puebla "cuya primitiva y principal población fué la ciudad de Cholollan" (Historia Antigua de México. I. 153). Los zapotecas, según este autor, se desarrollaron principalmente en Tepeyácac, Tecamachalco, Quechólac y Tehuacán y los xicalancas en Atlixco e Itzocan: noticias que no contradicen sino confirman, la lingüística y arqueología.

Aprovechando todos estos datos y otros de que ya hicimos mención, proporcionados por la arqueología, podemos asegurar que aunque la región de Cuernavaca, el antiguo Marquesado del Marqués del Valle, el Tlalnáuac y Tlahuic de los aztecas, era el núcleo, el corazón de Tamoanchan, sede principal de los ulmecas, con ellos también estaban tribus nauas, principalmente en el Valle de Mexico y las tribus mixteca y zapoteca que se extendieron la primera al sudoeste, la segunda al sudeste de Tlaxcala. Los nauas siguieron viviendo donde estaban establecidos, y unos, como los culuas y los chalcas, desde luego abrazaron la cultura, otros, que vivían en las faldas del Tláloc, siguieron en su vida nómada y salvaje de chichimecas.

Por las tradiciones nada podemos colegir de las otras tribus, pero la arqueología nos dice que los tlapanecas que siguieron el ejemplo de los chalcas y culuas, lo mismo que algunos de los que vivían en el territorio que se llamó Acoluacan después. Los resultados arqueológicos conseguidos hasta ahora, nos hacen creer que la influencia civilizadora de Tamoanchan se extendió, antes de la dispersión de las tribus que allí recibieron la cultura, al norte, por todo el Valle de México; al este por el distrito de Tochimilco, Huexotzinco, Cholula y otros del Estado de Puebla limítrofes de Morelos, con todo el Estado de Tlaxcala: al oeste, el distrito de Tenancingo del Estado de México: y al sur los distritos de Guerrero, colindantes también de Morelos. En este territorio que al sudeste confinaba después con las mixtecas, que de allí se extendían hasta el Pacífico, es donde los monumentos y ruinas que aún se ven en las montañas, nos enseñan el eslabón que ligó a los mixtecas de Oaxaca y Guerrero, con los ulmecas establecidos en Morelos.

*

* *

La etimología de Tamoanchan, si se quiere tomar del naua, presenta sus dificultades. El intérprete del códice Telleriano, la traduce "allí es su casa donde abajaron": Muñoz Camargo ortografía la palabra Tamohuanichan, pero no la traduce y sólo dice que es "el lugar de Tamohuan". Tamoanchan, dice Sahagún, "es lo que ahora dicen Tictemoatochan, que quiere decir, buscamos nuestra casa natural". De donde algunos modernos escritores deducen que la significación del nombre, considerándolo de origen

naua es, "el lugar de donde venimos", "el lugar de nuestra descendencia" y como mitológicamente Tamoanchan era considerado como una especie de paraíso terrenal en donde moraba Xochiquetzalli, en donde fueron creados los dioses o cayeron del cielo; en donde se formaron los hombres, y los dioses se dispersaron; tal significado mitológicamente le convendría muy bien; pero para sacarlo de la palabra hay que hacer un esfuerzo mayor que los que de testamentum sacan testis mentis; de matrimonium, matris munus, sin que se pueda probar que con tales etimologías, aunque enteramente adecuadas a las ideas que envuelven las palabras, no fué eso lo que con ellas se quiso decir.

Tal palabra que, si hemos de creer a Brasseur, era conocida en Guatemala y se le daba la significación de paraíso, parece que no está escrita de un modo tan incorrecto que autorice la transcripción que le dan los etimologistas para poder secar de ella un significado propio y racional. No hay que recurrir a tales transcripciones si no se considera naua, sino de origen maya, lo que no sería un ejemplo único, no siendo raras las palabras de las lenguas del sur que se encuentran en el norte y viceversa, y habiendo demostrado que los ulmecas formaron el tronco genealógico de la familia maya, se hace más probable que en el nombre de la región hubiera quedado el recuerdo de los que se lo pusieron.

En uno de los idiomas de la familia maya, el cuexteca, se encuentran tres elementos de que pudo haberse formado este nombre Tamoanchan, tal como suena. Tam, prefijo muy común en nombres geográficos de las regiones cuextecas como Tampico, Tamiahua, Tamazunchale y Tamaulipas. En todos esos y otros muchos nombres geográficos que contienen este prefijo, puede muy bien traducirse por nuestro verbo hay, de haber: oan, es un adverbio de lugar que significa donde, y chan o ztan, lo mismo que en otras lenguas de la familia, en cuexteco significa serpiente. Tam-oan-chan, vendría a decir entonces lugar donde hay serpientes, o donde están las serpientes, o donde viven las serpientes. (Valentini, the Olmecas and the Toltecas. p. 17).

Ixtlilxóchitl nos dijo que Papuha se llamaba el lugar en donde habían desembarcado los que llegaron del oriente, y a ese lugar los españoles le dijeron Pánuco. Para reducirlo al náuatl, Sahagún lo hace "Pantlan o Panotlan quasi panoia, que quiere decir, lugar por donde pasan". La etimología está muy conforme con la tradición, pero como a la anterior de Tamoanchan, tomándola del

náuatl, la veo rebuscada y el mismo Sahagún parece no estaba muy conforme con ella, porque tres veces la repite, como esforzándose en dar a comprender que la verdadera ortografía y significación de la palabra era la que él proponía.

Adoptando la variante de Ixtlilxóchitl, que hemos seguido y se encuentra en la "Sumaria Relación" y buscándole interpretación en algunas de las lenguas de la familia maya, Brasseur se la encuentra en el quiché y dice que en ese idioma significa, sobre el agua turbia, nombre que le conviene al pueblo situado cerca de la desembocadura del río que tomó su nombre, cuyas aguas ya no son azules y cristalinas como en Tulha, cerca de sus manantiales, sino turbias y fangosas. Tendríamos entonces que los tres lugares que se relacionan con los ulmecas, Pánuco, Tula y Tamoanchan pueden tener en la familia lingüística maya etimologías muy apropiadas.

Fundado en las antiguas crónicas de Yucatán, dice el entendido escritor peninsular Lic. Dn. Juan Molina Solís, que el pueblo que tomó posesión de esas regiones "no se denominaba maya sino chan, e indudablemente vino del interior de México" (Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán. Reseña. p. XI). El nombre propio de la tribu que se había formado y que los nauas llamaron ulmecas, era en su propio idioma chan o sea serpiente y siendo así no se podía haber dado mejor denominación a las tierras que ocuparon en el interior de México, de donde salieron para Yucatán, que el país de los chanes, el lugar donde vivían las serpientes. Mayas, tzendales, quichés, cakchiqueles y nauas, todos están de acuerdo en que el jefe de los que llegaron, lo mismo que su dios tutelar que era un emblema solar, se llamaba serpiente y con una serpiente lo representaban. Serpiente preciosa, serpiente admirable, serpiente poderosa, serpiente de plumas ricas, pero siempre serpiente con un epíteto que diera a entender que esa serpiente cuyo nombre llevaba el dios y el jefe, en algo sobresalía a las otras serpientes que formaban la tribu.

Cuando llegó al mar Quetzalcóatl para volver a Tlapallan, dice Sahagún, que "mandó hacer una balsa formada de culebras que se llama coatlapextli y en ella entró y asentóse como en una canoa y así se fué por el mar navegando y no se sabe cómo ni de qué manera llegó a Tlapallan" (Vol. II. 259). Estas culebras de la balsa pudieran ser el complemento del mito solar del dios, pero pudieran ser al mismo tiempo los compañeros serpientes que a-

compañaron al caudillo ulmeca a Yucatán. Siendo serpiente el dios, siendo serpiente el jefe y componiéndose la tribu de serpientes, cuando se fijaron en la Mesa Central, el país donde vivieron tenía que ser Tamoanchan interpretado en su idioma el país de las serpientes.

Los extranjeros que llegaron a México y formaron la tribu de los ulmecas pudieron haber traído de su país de origen esta denominación de serpientes. Hubo lugares, tribus, jefes y dioses serpientes en el hemisferio oriental, de donde vinieron los chanes. Según Tucídides, vivían en Etolia ciertos pueblos semi-bárbaros entre los cuales los ofios u ofioses que dice Polibio no eran helenos. (Tuc. III. 94)."Οφις" en griego significa serpiente, de modo que a los ofios de Etolia bien pudieron haberles llamado chanes los mayas. Estrabón nos hace saber además, que en el territorio de Troade, en el Asia Menor, entre Lámpsaco y Príapo, célebres poblaciones por el culto que allí se le tributaba al dios cuyo nombre tenía la segunda, vivían los ofiógenos engendrados por las serpientes y "dicen que el fundador que había sido de ese linaje de serpientes, se volvió héroe y semidiós" (Estrabón lib. XIII). Además de Príapo, se veneraba con culto especial en esas regiones a Dioniso, dios que en su simbolismo mitológico tenía, como tendremos que ver, muchos puntos de contacto con Quetzalcóatl, así como Príapo, que es otra forma de Pan, los tenía con Mixcóatl.

El mismo autor dice que el tronco genealógico de los ofiógenos: "acaso fué uno de los psilos africanos", quienes en el concepto de Herodoto vivían en la Cirenaica y un mito recordado por él decía que habiéndose arrojado contra el viento del sur, airado por semejante osadía levantó las arenas del desierto, los sepultó en ellas y ocuparon su país los nasamones. (Hist. IV 173). Se creía que estos psilos poseyeron un secreto que los volvía inmunes de las mordeduras de las serpientes y por esto quizá es por lo que dise Estrabón que el jefe y tronco de los efiógenos, habitantes de la Troade había sido un psilo, nombre que significa pulga.

Ofiusa fué el primitivo nombre de la isla de Rodas según Estrabón y este u otro análogo derivado de la misma radical "Οφις" serpiente, llevaron otras islas y poblaciones del Mundo Antiguo. Uno de los titanes, hijo de Urano y de Gea, fué Ofion según Apolodoro Rodio. (I. 503). Reinó en el Olimpo en compañía de Eurimone y dejó el reino cuando su hermano Cronos desterró a todos los titanes a los confines de la tierra, hacia el occidente. El mito

astrónomico como el nombre del dios griego, tienen alguna semejanza con el de Quetzalcóatl. La creencia en un origen serpentino se extendió mucho más al este de Asia Menor. Los maharajahes de Nagpur dicen que una serpiente fué el tronco genealógico de la familia real y lo mismo aseguran de la suya los rajas de Manipur en la India. (Frazer. G. B. IV. 133).

El símbolo representativo de Quetzalcóatl en conexión con su nombre y con su carácter solar, era muchas veces una serpiente adornada con plumas como lo vemos en códices y monumentos. En códices rituales igualmente se ve la imagen del dios Sol no sólo adornada con una guirnalda que lleva como remate sobre la frente del dios, una cabeza de ave, sino también las fauces de una serpiente estilizada enteramente, iguales a las otras serpientes, representaciones de Quetzalcóatl o emblemas no claramente determinados.

Iguales representaciones solares tenemos en el hemisferio oriental. "El áspid", escribe Plutarco, "como que jamás envejece, y se mueve con facilidad y soltura sin necesidad de miembros adicionales, se asemeja al sol": por eso dice Mariette Bey, que los egipcios encontraron en la serpiente un emblema natural de la juventud eterna del Sol y de su camino por el cielo. (Notice des Principaux Monuments de Boulak) Era para que se rejuveneciera la causa por que se mandaba Quetzalcóatl a la casa del sol como leemos en Sahagún. Arar es el nombre que en Egipto se daba al ureo que sirve como determinativo o emplema de las diosas y ciñe también el disco solar que llevan como tocado las principales divinidades que representan el sol (Lanzoni. Dizionario di Mitologie Egizia). Este emblema es el áspid de que nos hablaba Plutarco, y que nos parece distinguir en las guirnaldas que ciñen la cabeza de las imágenes del dios Sol en muchas de las figuras que lo representan en algunos códices mexicanos. Para algunos, estas guirnaldas representan *siempre* la imagen de una ave estilizada, pero yo encuentro tanta semejanza en muchas de ellas con las cabezas de serpientes dibujadas v. g.: en la pág. 72 del Códice Borgia, que no me puedo persuadir que tales cabezas sean de aves, con las cuales no tienen parecido ninguno y no sean de serpientes estilizadas a las cuales me parecen idénticas. Aves y serpientes creo yo que formaron en México el tocado del dios Sol.

Al comparar, como lo voy haciendo, los pueblos del antiguo con los del nuevo continente, al poner frente a frente sus religio-

nes y costumbres en la parte en que se nota alguna semejanza o analogía, no es con el objeto de buscar en ellas un origen común, que bien comprendo no es cuerdo deducir de un puñado de aislados hechos que se pueden diversamente interpretar. No es otro el objeto que con estas comparaciones me propongo por ahora, que el de mostrar, por los hechos que las tradiciones conservan, la posibilidad de que la cultura encontrada en las tribus mexicanas no era autóctona en los principios de donde se desarrolló, sino traída a México del oriente, aquí plantada en cierto grado de desarrollo, aquí difundida y en unas partes mejorada, en otras degenerada.

No pretendo desde luego poner en conexión a nuestras tribus, ni a los extranjeros de la tradición, con un pueblo determinado del viejo Mundo, tema predilecto de los antiguos escritores y visto con olímpico desdén por los modernos, que a despecho de las tradiciones que niegan o desprecian, fomentan y acarician la idea de una cultura autóctona y aún del autoctonismo de nuestras tribus. Líguense éstas con pueblos africanos o europeos que vivieron en las costas del Atlántico o en las playas del Meditérraneo, el Caspio o el Mar Negro; háganse los introductores de la cultura a los arianos, egipcios, semitas o turanios; lo único que pretendo por ahora, es demostrar por medio de esas comparaciones que nada tiene de absurda la tradición que los introductores de la cultura llegaron a México del oriente, y que su venida no es sólo un mito astronómico, sino un hecho real que no está en oposición con algún otro hecho sino en consonancia con muchos.

Contentos por lo pronto con generalidades, quizá el número e importancia de los puntos de contacto que se encuentren entre nuestras tribus y los pueblos del viejo mundo las acerquen a algunos de ellos. Por el momento me conformo con la esperanza de haber demostrado en este capítulo que:—1º Los ulmecas, progenitores de la familia etnográfica maya, se establecieron en un territorio de la mesa central al cual daban el nombre mitológico de Tamoanchan y yacía al derredor de la cordillera de los Volcanes, teniendo como núcleo, más o menos, el actual Estado de Morelos;—2º Que al establecerse allí encontraron que una parte del lugar estaba poblada por los teochichimecas, de donde procedió la parte culta de la familia naua; y —3º que la otra parte la tenían los quinametin, de quienes descienden los mixteco-zapotecas y alguna otra familia hermana que se unieron con los ulmecas, sin que ni ellos ni los nauas perdieran su autonomía. Esta unión explica el que

en su origen sea igual la cultura de nuestras tribus que, merced a la diversidad de las circunstancias en unas, degeneró, mientras en otras llegó a un alto grado, desarrollándose diversamente según el carácter, la índole, vicisitudes, naturaleza, disposiciones y aptitudes de cada una de ellas, teniendo en cuenta el medio y considerando el ambiente en que se encontraron.

En el diverso desarrollo que tuvieron, además de las diferencias de carácter individual e intrínseco, tuvieron que influir poderosamente no sólo las diversas circunstancias de cada una, sino la misma naturaleza de los lugares en donde definitivamente se establecieron una vez separadas. Los principios comunes de la cultura no se desarrollaron igualmente ni en pueblos que tuvieron el mismo origen, como el ariano, y milagro es que tribus de tan diversa procedencia, como los nauas, mixteco-zapotecas y mayas, tengan en su organización social y doméstica, en su religión, artes, ciencias y costumbres en general, entre sí, muchos mayores puntos de contacto, que los hindúes, iranios, griegos, teutones, celtas y eslavos, que, a no ser por el idioma, nunca se hubieran considerado de la misma familia; tan distinto fué el desarrollo que tomó entre ellos la cultura.



CAPITULO VII

TULA

SE ATRIBUYE generalmente a los ulmecas, y por consiguiente a los toltecas, la fundación de dos de las poblaciones situadas en el territorio de Tamoanchan cuyas ruinas han llegado hasta nuestros días, y son éstas, Teotihuacán y Cholula. Ambas llevan nombres en náuatl porque ambas estuvieron o habitadas o rodeadas de pueblos nauas, cuando de los ulmecas casi no se conservaba ya ni la memoria, y si el nombre no desaparecía aún, no por eso eran más claras las nociones que de ellos se tenían. Los constructores de Teotihuacan, dice Holmes, cualesquiera que hayan sido sus afinidades y el tiempo en que vivieron, pertenecieron a un pueblo "inteligente, emprendedor y poderoso, cuyo imperio se prolongó por un gran período de años. Las reliquias de su arte indican una cultura decididamente diversa de la de Tenochtitlan, la capital azteca, ahora la capital de México, y esta diversidad se manifiesta en tan distintos modos, que pueden garantizar la deducción de una diferente nacionalidad; pero al mismo tiempo las analogías son tan estrechas y numerosas que los dos pueblos, si no fueron del mismo origen, deben haber estado íntimamente unidos durante un gran número de años". (Ancient Cities of Mexico p. 289). Las palabras del competente arqueólogo son una prueba más de la veracidad de las tradiciones arrancada a los monumentos que nos dejaron los habitantes de la Tamoanchan primitiva.

En Teotihuacan, aprendemos de Sahagún que "se elegían a los que habían de regir a los demás, por lo cual se llamó Teutihuacan, que quiere decir veitioacan o lugar donde hacían señales" (vol. III p. 141). Pero esta derivación, por lo general no se admite, ni se ve la necesidad de sustituir el componente teotl que tan claramente se percibe en el primer elemento de que se forma la

palabra que con él traduce Veitia "habitación de los dioses" y Betancourt "lugar donde se adoran los dioses" (Theatro Mexicano II. 185). Orozco y Berra asegura que "la palabra está formada de teotl, dios, la ligadura ti, hua partícula denotativa de posesión y del sufijo can, lugar: lugar de los poseedores de dioses, lugar de los que adoran dioses" (Hist. Ant. v. II. p. 354). Etimología aceptable que nos demuestra ser Teotihuacan el nombre con que llamaban los nauas una ciudad que, como dice Holmes, "la naturaleza y arreglo de las principales construcciones nos indican el predominio de motivos religiosos en su construcción, y esto añadido a su vasta importancia, nos garantiza la conclusión de que Teotihuacan fué en cierto sentido un centro religioso" (ob. cit. p. 290). Bien se echa de ver que los nauas no tuvieron ídolos, aún cuando dieron el nombre a la ciudad, fijándose en que los que la edificaron, los tenían, y confirmando con esto la tradición que fueron los ulmecas los que llevaron el culto de los dioses.

Mas si Teotihuacan fué fundada por otra raza, por más que le convenga el nombre que le dieron los nauas, no ha de haber sido ése el que le impusieron sus fundadores. En un manuscrito de la colección de Auben citado por Brasseur, encontró este escritor que el nombre primitivo de Teotihuacan era Toltéçat, y tanto Ixtlilxóchitl como Veitia llaman Toltécatl a una ciudad que dicen fundaron los toltecas antes de emprender su peregrinación, (Hist. Ant. I. 139), y de una Toltécat se hace mención en el Popol Vuh como lugar de donde salieron los quichés. (Ed. de Brasseur p. CCLIV). La peregrinación de los toltecas descrita por Ixtlilxóchitl y Veitia no es sino una variante de la tradición que se refiere a la vuelta del norte de los nauas, y por esto la especie de la fundación de Toltécatl antes de emprender esa peregrinación, puede muy bien referirse a una población establecida en Tamoanchan cuando allí estuvieron los ulmecas y los nauas antes de separarse y emigrar, los primeros, al mediodía, los segundos, al septentrión: en esta hipótesis la ciudad fundada por los toltecas es la misma Toltécat del libro quiché y del manuscrito citado por Brasseur o sea Teotihuacan.

Boturini habla de un antiguo documento que poseía y en él la pirámide de Cholula se decía "tultécatl chalchihuatl en azía ecatépetl" que traduce: "Monumento o piedra preciosa de la nación tulteca que anda con su cerviz buscando la región del ayre". (Idea de una nueva Historia General p. 113). No podemos saber si en

el sentido de nombre gentilicio que le da Boturini a toltécatl, la inscripción de Cholula es como hay que tomar el nombre que en otro manuscrito se da a Teotihuacan, siendo que toltécatl se toma ordinariamente como el apelativo del individuo de una tribu llamada con el mismo nombre; pero aun considerado toltécatl como gentilicio, no faltan ejemplos de nombres de lugar tomados de uno de ellos; Chololtécatl, el gentilicio de Cholollan.

"Mientras el nombre de Teotihuacan es náuatl," dice Mr. Bandelier, "las confusas tradiciones acerca del origen de las ruinas, las atribuyen a una tribu enteramente distinta. Sólo nos queda el recuerdo del nombre más antiguo del lugar en la aserción que también se llamó Tula o Tulha, Tollan, Tollam" (Report of an archaeological tour in Mexico p. 42, 43.). En qué autoridades se apoye el apreciable escritor para referir esos nombres a Teotihuacan, ni él lo dice, ni nosotros lo hemos podido averiguar pero Mr. Bandelier, aunque exagerado en ciertas opiniones, es un escritor serio y diligente y bien podemos creer bajo su palabra que fué Tula o Tulha, el primitivo nombre de Teotihuacan, lo que no estaría muy en desacuerdo con Tultécal por derivarse de Tula el gentilicio tultecátl. Según este autor Tollam, que es la ortografía del nombre que prefiere, trae su origen del maya tuloom, toloom, que significa una construcción de piedra, una muralla o un recinto hechos de material durable; derivación quizá un poquillo rebuscada, que no es necesario para demostrar que fueron los ascendientes de los mayas los constructores de Teotihuacan, habiendo probado ya que fueron mayas los ulmecas establecidos en Tamoanchan y fundadores de la ciudad.

Cholula llevaba también el nombre de Tula; lo dicen Torquemada, Ríos, el comentador del Códice Vaticano A. y Boturini en el lugar citado. Gabriel Rojas, en la Relación de Cholula, nos hace saber que la llamaban los indios "Tulam Cholulam Tlachiuh altépetl, y también pronuncian Tollam Chollollam: que Tullan significa congregación de oficiales de diferentes oficios... También dicen los indios que los fundadores de esta ciudad vinieron de un pueblo que se llamaba Tullam, del cual por ser muy lejos y haber mucho tiempo no se tiene noticia, y que de camino fundaron a Tullam doce leguas de México y a Tullantzinco, también cerca de México y que vinieron a parar a este pueblo; y también lo llamaron Tullam, y esta opinión es la más verosímil de todas,

por ser cosa usada de todas las naciones poner el nombre de su patria al pueblo que fundan y especialmente lo hacen los españoles en las indias". (Manuscrito que estaba en poder del Sr. García Pimentel pag. 13). De manera que los cholultecas creían que Tula se llamó originariamente su ciudad porque así le pusieron sus fundadores en memoria del lugar de donde habían venido, que como era muy lejos de él ya no se tenía noticia.

No resolviéndose Quetzalcóatl a salir del lugar en donde estaba, fué a verlo un viejo a quien preguntó "¿A dónde me tengo que ir? y el viejo le dijo; por fuerza habéis de ir a Tullan-Tlapallan, donde está otro viejo aguardándoos; él y vos hablaréis entre vosotros y después de vuestra vuelta estaréis como mancebo y aun otra vez os volveréis como muchacho" (Sahagún vol I. p. 246). Quetzalcóatl vino de Tlapallan, de manera que allá estaba la Tula de donde vinieron los ulmecas que dieron a Cholula su nombre primitivo y está en consonancia lo que consignó Rojas en su relación con nuestra sospecha de que antes de llegar a Tamoanchan los ulmecas, fundaron la Tula del Estado de Hidalgo, a doce leguas de México, como dice el citado escritor.

En los anales de Cuautitlan se menciona también Tollan-Culuacan, y como allí era el lugar de las siete cuevas, Chicomóztoc, a Tullal-Culuacan se debe referir Tulan, Zuiva Vucubpech del Popol Vuh, puesto que Vucubpecha significa Chicomóztoc, las siete cuevas. Salen del oriente los quichés leemos en ese libro y el monte y paraje donde se fueron se llamaba Tulan Zuiva Vucub Pech o Tulanzú, siste cuevas y siete barrancas como leemos en la traducción de Ximenez. "Y llegaron a Tulanzú todos, y no son contables los hombres que fueron, y eran muchos los que iban". (o. c. p. 86). De buena gana admitimos que la Tula de Tlapallan no signifique necesariamente una Tula geográfica situada al otro lado del Atlántico, y que sea mitológico su más probable origen; pero una tal probabilidad no excluye la posibilidad que la tradición se refiera a una terrestre ciudad o región que tuviera el nombre de Tula y estuviera situada en el hemisferio oriental, y la posibilidad será mayor si encontramos en el Mundo antiguo una tal ciudad o país.

*
* *

Dejando la "última Thule" de los clásicos, bastante desprestigiada entre los americanistas por el abuso que se ha hecho de ella, y dejando las Tulas que ya encontramos en Africa, busquemos en la Geografía antigua de Ptolomeo, en el Itinerario de Antonio o algún otro autor antiguo o moderno, lo que nos pueda convenir. En Albion encontramos primeramente una pequeña isla Toliapis, que no se ha llegado a identificar de una manera satisfactoria entre las numerosas que cortejan al Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda.

En la Hispania Tarraconensis encontramos a Tolous lugar de los ilergetes que se suele identificar con Monzón; a Tolobis pueblo ribereño de los ilercaones, del cual nos habla Pomponio Mela, (Geo. II. 6), pero no se sabe si desapareció o tomó algún otro nombre; Tullica, pueblo de los caristos y Tullonium, de los bárdulos que se supone sea la moderna Alegría y finalmente Toletum, capital de los carpentanos, cuyo verdadero nombre dicen que era Toledoch y, si conforme a la tradición se considera de origen semítico, significaría Madre del pueblo.

En las Galias encontramos a Tullum, hoy Toul antiquísima ciudad, capital de los leucios, llamada en la "Noticia de las Provincias de las Galias" Civitas leucorum Tullo. Viene en seguida la no menos antigua e ilustre Tolosa, de la cual habla muchas veces Julio Cesar y que existió, muchos siglos antes que la conquistaran los romanos, en poder de los tectosages. Ausonio habla de ella como de una populosa ciudad que dió origen a otras cuatro y sus fabulosos tesoros son el argumento de muchas fábulas. Talbiacum, Tuliphordon y Tulisurgeon eran antiguos pueblos en el norte, que los autores alemanes no están conformes con la ortografía con que los escribe el geógrafo griego,pero no discuten la del nombre de los tulingios que habitan al oeste del Rhin.

En Italia tenemos una Tula igual a la nuestra en la isla de Cerdeña, ciudad prehistórica en donde se fundía el cobre, y, fabricados de este metal, encontró allí Spano gran cantidad de hachas y cinceles: (Bulettino di paletnología italiana anno I. p. 31) tenemos la gens Tullia que, de Alba Longa, pretendía haber

pasado a Roma en los albores de su fundación, después de los combates de los Horacios y Curiacios; tenemos a Tollentinum en el Piceno y a Tolerium, una de las treinta ciudades de la liga latina, y de las conquistadas por Coriolano; su nombre desapareció desde tiempos muy antiguos y en vano se quiere identificar con Valmontone.

Los tectosages que habitaron el territorio de Tolosa, dice Estrabon, tuvieron que emigrar en tiempos remotos y con ellos otras tribus de los galos entre los cuales los tolistobogios que se establecieron en el Asia Menor y de allí fueron a fundar un señorío (basileion) en Tracia, en la ciudad de Tule, en las costas del Ponto Euxino. En Grecia se encuentra a Tolophon y en Creta a Tulissos, cuyos nombres conocemos por Plinio y las inscripciones de algunas monedas. (Smith. Diccionary of Greek and Roman Geography).

Existe una Tula muy antigua en Rusia, ciudad que hoy día no es de las últimas de esa nación. Tul es el nombre de un paso en las montañas Hindu Kush y Toll el de una ciudad de Afganistan. "No hay que olvidar que tur puede ser una palabra turancia, la radical de turania misma o derivarse de un acadio dur, lugar fortificado como Dur—Sargina, una ciudad". (Donison. The primitive aryans of America p. 140). Como la *l* fácilmente se cambia en *r* y viceversa, cuadruplicaríamos la lista si quisiéramos anotar todas las poblaciones en que encontramos una radical tor o tur.

*
* *

Los fenicios que hablaban una lengua semítica estrechamente emparentada con el hebreo, no obstante sus conexiones lingüísticas, etnográficamente se consideran por algunos como pertenecientes a una familia no semítica, originaria de un territorio mucho más al oriente del que los tirios y sidonios ocuparon en las costas del Mediterráneo. El lugar de donde se creían originarios era una isla en el golfo Pérsico o en el mar Eritreo mas allá de las costas arábigas, mencionada por el geográfo griego Ptolomeo con el nombre de Τύλος (Geo. VI. 7, 47) que lo mismo, se

puede transcribir Tilos que Tulos en nuestra lengua por que la pronunciación de la *v* es análoga a la u de los franceses y un sonido igual no existía entre los latinos que por esto adoptaron la forma *y* para transcribirla, dándole el nombre de i griega; mas las palabras que se derivan de la misma radical en latín a veces se escriben con *u* mientras en griego llevan la *v*, como lux que viene de la misma raíz que el griego λύχη, lux. Estrabon escribe Ιύρος, pronunciación que prevaleció por creerse que Tiro, la ciudad que fundaron los fenicios, había tomado el nombre de la antigua isla, pero los fenicios llamaron a su capital mediterránea Sor o Sur y los hebreos צוֹר Tzor, derivado u otra forma según dicen, de צוּר roca.

Herodoto consigna la tradición que los fenicios emigraron del Eritreo, diciéndonos que se la comunicaron ellos mismos ἀντοι λέγουει (Hist. I. I, VII. 89) teniendo que hacer notar que tanto el historiador como el geógrafo, y en general los antiguos escritores griegos y latinos, entienden por Eritreo no sólo el Mar Rojo, sino el Golfo Pérsico y aún el Océano Indico.

Justino, hablando de tal emigración, dice haber tenido lugar por motivo de terribles disturbios seísmicos que los tirios tuvieron que sufrir en su lugar de origen; y que primero se establecieron en el lago Asirio y después en las costas del Mediterráneo. Kenrik cree que ese lago asirio no pudo ser otro sino el de Genesaret o el Mar Muerto, no habiendo otro gran depósito natural de agua al sur de Asiria a que Justino hubiera podido aludir. (Phoenicia p. 47).

Los terromotos, causa de la emigración, la lluvia de fuego que destruyó la Pentápolis, la inundación que formó el Mar Muerto, no falta sino un terrible simoun, muy fácil de suponer que hayan sufrido los peregrinos fenicios al tener que atravesar una zona sujeta a esa calamidad, para completar los cuatro cataclismos que, según los recuerdos nauas, cuatro veces destruyeron a la humanidad.

El lugar donde quedaron definitivamente establecidos los fenicios en el Mediterráneo era llamado por los griegos Φοινιχη, nombre derivado de φοίνιξ, que igualmente significa palma de dátil que color rojo, y por consiguiente Fenicia lo mismo puede significar el país de los dátiles que la región del rojo, y más bien me inclino a la segunda etimología en la hipótesis que vinieron de la isla de Tulos, en el Eritreo, porque este nombre viene de

ἐρύθρος que significa rojo, y por esto llamaron los romanos al Eritreo Mare Rubrum y nosotros le decimos el Mar Rojo.

Tlillan Tlapallan en el códice Vaticano A. se representa con un espacio pintado de rojo y negro; el negro es ciertamente Tlillan; por consiguiente, el rojo será Tlapallan; luego el significado propio del lugar o la región donde estaba Tula y de donde procedían los tultecas, era la tierra o región del color rojo: el Eritreo, donde estaba la isla de Tulos, puede traer su etimología de Τύλη, tule que en griego significa hinchazón, callosidad, joroba; nombre muy propio para una isla y una ciudad situada en una colina.

El punto central de la religión de los fenicios era como el de casi todos los otros pueblos que vivían en las costas del Mediterráneo, la adoración del sol y de la luna, que eran al mismo tiempo el cielo y la tierra, ordinariamente bajo los nombres de בַּעַל Baal y בַּעֲלַת Baalath, que significan señor y señora; nombres comunes que a veces se juntan con otros que les sirven de determinativos. Los griegos llamaban a estos dioses de los fenicios y los sirios Adonis y Astarte, palabras también semíticas helenizadas que envuelven la misma idea. Astarte, la diosa principal de Tiro, tenía como símbolo una estrella, Venus, que los griegos endonaron a Afrodite, forma helénica de Astarte, llamada por sus adoradores fenicios מְלֶכֶת הַשָּׁמַיִם la Reina del Cielo, como lo sabemos por Jeremías quien nos da a comprender la parte activa que se atribuía a la diosa en la reproducción de los seres. (Jeremías VI. 18). Reina o Señora del Cielo, llamaban los totonacos a su diosa principal, la mujer del Sol.

En Biblos estos dos dioses estaban unificados en אֵל El, dios, ser poderoso de quien decían que había fundado la ciudad e introducido las prácticas rituales entre las cuales la de sacrificar un hijo o hija Virgen al dios supremo. Era sin embargo —El— según Filón, el dios a quien todos los otros dioses estaban subordinados; de carácter evidentemente solar, viajó por toda la tierra hacia el poniente. Su esposa Baaltis y su hijo Melcarth, tan viajador como—El—y, por consiguiente, otra forma del dios Sol, adorado no solo en Fenicia y Cartago sino en España, donde tenía un santuario famoso en Cádiz y era conocido con el nombre romano de Hércules, y en Grecia, en donde le llamaban Melicertes y Heracles. Mercharth, o como otros transcriben Melcarth,

significa rey de la ciudad y al principio pudo haber sido solamente un epíteto de—El—que más tarde se volvió su hijo.

Baal y Baalath, Adonis y Astarte estaban dotados con el poder de conceder la vida no solo vegetal y animal de los brutos, sino también de los hombres, y Baal era concebido como el principio activo, Baalath como el pasivo de la reproducción; por eso los mitos y ceremonias que se relacionan con la fecundidad de la tierra por medio del sol, estaban en Fenicia y en Siria ordenados del mismo modo que los de Demeter y Dioniso en Grecia, los de Isis y Osiris en Egipto. Para conseguir el beneficio de sus dones en la abundacia de los frutos de la tierra, aumento del ganado y de la sucesión, se les sacrificaba lo mejor que se tenía y los fenicios como la mayor parte de los semitas en general, no escatimaban a sus Baalim el sacrificio de sus propios primogénitos, como los primeros frutos, y en los nombres que daban a sus hijos significaban muy frecuentemente la oblación hecha de ellos a su dios. (Robertson Smith. Religion of the Semites. pág. 107).

El juramento de Hannibal, dice Gutschmid, nos da idea de los objetos reverenciados en modo especial por los cartagineses, fenicios de origen. En este juramento hecho ante Filipo Macedonio, se toman como testigos del cumplimiento de las promesas y se jura por el Sol, la Luna, la Tierra, los Ríos, los Prados y las Aguas en general. El Sol y la Luna como representantes del Cielo y de Tierra y los Elementos eran, como entre los otros pueblos del Mediterráneo, la base del culto de los fenicios. Con excepción de la Reina del Cielo, cuya imagen de madera tenía formas humanas, estas en los otros dioses fenicios cuidadosamente se evitaban o encubrían con fantásticos y simbólicos detalles; ya poniéndoles dos caras, o alas, o un emblema animal, frecuentemente las serpientes, o dándoles la forma de una columna, un cono, un tronco, una piedra bruta.

Con este pequeño bosquejo que acabamos de trazar de la religión del pueblo que en la antigüedad se distinguió por sus empresas marítimas, bien se puede comprender que si la isla de Tulos pudo haber sido la Tula, y Fenicia o el Eritreo, la Tlapallan de los que introdujeron en México una cultura, que nos dicen los monumentos históricos llevaron los fenicios a otras partes; y su dios viajero,—El—o Mercharth,—en sus expediciones al poniente pudieron haber llegado hasta México y uno de ellos haber sido

el dios de los extranjeros que se establecieron en Tamoanchan y que en Tula dejó ordenado que fueran sacrificados unos niños.

Pero téngase en cuenta que no hablo sino de la posibilidad; no quiero decir que los colonos orientales de las tradiciones de nuestros indios salieron de alguna de las Tulas nombradas, ni aun inclinar la balanza de las probabilidades del lado de los fenicios, aunque parezcan más favorecidos en todos los respectos y desde los tiempos primitivos de la colonización española hasta el pasado siglo hubieran pensado muchos de los escritores de nuestra historia antigua en los fenicios como los ascendientes de nuestros indios.

Movers niega la veracidad de la tradición de sus emigraciones del Eritreo, procurando echar abajo la autoridad de Justino con la de Sanconiatón, y con otros argumentos, a decir verdad, no tan sólidos que no sufran serias objeciones y no se puedan destruír trayendo otros en su contra. (Die Phoenizier, vol. II. pgs. 23-62). Salvando la emigración de los fenicios, nos queda a salvo Tulos, su patria de origen, para compararla con Tula, patria de origen de los ulmecas pero no es en Tulos, o si se quiere Tule, donde encontramos el mejor punto de contacto. La semejanza en las creencias religiosas, en los sacrificios humanos, en los ritos y modo simbólico de representar a los dioses, es un indicio que envuelve cierta probabilidad de origen común o más bien de contacto entre los fenicios y los ascendientes de los extranjeros que llevaron a México la religión y los dioses; pero como todas esas señales de manifestaciones religiosas en los tiempos neolíticos eran comunes a casi todos los pueblos que vivían a la orilla del Mediterráneo, sin excluír a los mismos griegos anteriores a la época de Hesiodo y Homero, los fenicios en ese punto no están colocados tampoco con relación a los introductores de la religión en México, en posición más ventajosa que los otros pueblos del Mediterráneo.

En conclusión: la semejanza y la igualdad misma en las palabras sobre todo cuando se trata de nombres geográficos, son muy dudosos argumentos para tenerse en cuenta aisladamente considerados, y no me satisfacen para probar más que la posibilidad de un origen común. En la palabra Tula la combinación de sonidos; es muy frecuente, sobre todo si se atiende a la ambigüedad de todas sus letras sujetas a cambios y mutaciones en todas las lenguas y, por eso, un omónimo de esa naturaleza puede origi-

narse de muy diversas raíces de significación enteramente distinta.

No tenemos una certidumbre absoluta de cuál sea verdaderamente el sentido de la palabra de las lenguas mexicanas de donde pudiera venir, y estando seguros que son las mismas Tulas de las que se habla en los anales y crónicas de los nauas y los de Yucatán y de la América Central, podemos pensar que Tula fuera en su origen un nombre común que se pudiera aplicar a varios centros de población; y puesto que ya conocemos varios y sabemos que ese nombre no es posible que lo hayan traído del lugar de donde vinieron los que se establecieron en Tamoanchan, veamos si podemos conjeturar cuál fué el primer establecimiento que allí se llamó Tula, de donde los moradores de Tamoanchan pudieron haber recibido el nombre de tultecas.

* * *

Hice mención hace poco de las ruinas que, al principio de este siglo, visité en el Estado de Morelos, situadas sobre el cerro de Chimalacatlan, en la pequeña cordillera de Huautla, no lejos de la confluencia del río de Cuautla con el de Amacuzac, tributario del Mezcala, con el cual se une no muy lejos de ese lugar. En las faldas del cerro, desde cuyas cumbres se goza un hermosísimo y extenso panorama, cerrado al poniente por montañas que limitan el Estado de Morelos, al sur por las de Guerrero, al norte y este por los picos de la misma cordillera a que pertenece el cerro y desde donde se contempla parte del valle de Cuernavaca y del de Amilpas y de las vegas de Mazatepec y Tetecala, con los ríos que por ellas serpentean y las montañas que las cortan y separan; en las faldas de ese cerro, a la vista de las ruinas colocadas en sus cumbres, se encuentran grandes áreas de terreno en llanos y mesetas cubiertos de vestigios que nos enseñan haber estado habitados antiguamente formando en esa región poblaciones desaparecidas ya enteramente cuando los españoles comenzaron a colonizar la región, atraídos, muy al principio de la época colonial, por los filones de plata que descubieron en las montañas de Huautla.

Ni las pinturas mexicanas, ni las crónicas españolas o los anales de los indios dicen una sola palabra que nos pudiera guiar

al conocimiento de la principal población antigua cuyo núcleo solo nos quedó en las ruinas de la cumbre del cerro y en los vestigios de sus laderas, en las llanuras y mesetas que lo circundan. Acaso la única indicación que tenemos, aunque no muy segura, es lo que ya copiamos de Ixtlilxóchitl: pero la forma arcaica del monumento con sus grandes piedras y la falta de tradiciones y recuerdos nos hacen pensar que fueran las más antiguas ruinas que nos restan de los ulmecas en el corazón del territorio que ocuparon y que esta fuera la primera de las poblaciones establecidas en Tamoanchan con el nombre de Tula, de la cual fueron llamados tultecas los que también llevaron el nombre de ulmecas.

Así se podría pensar cómo los nauas, que vivían al derredor de Teotihuacan, dieran a este pueblo el nombre de Toltécatl, gentilicio de los moradores de Tula, como si dijeran el lugar, el santuario de los toltecas, que cambiaron después por el lugar de los que adoran a los dioses; y cómo ellos mismos a sus cuevas de Chicomóstoc, a sus enramadas de las faldas del cerro de Culuacan, cuando aprendieron a fabricar casas y dieron forma mejor a su pueblo, le llamaron Tullan-Coluacan.

La pintura mitológica que Sahagún nos hace de la Tula de Quetzalcóatl, es la pintura de una población situada en un terreno cuya vegetación sólo se puede concebir en un país tropical como el Estado de Morelos; ni Teotihuacan, ni Cholula, ni Culuacan pueden ser el prototipo, menos la Tula de Teotlalpan que tenía en la mente el escritor como la Tula de Quetzalcóatl. En esta era el maíz tan abundante que usaban las mazorcas en vez de otro combustible para alimentar el fuego; las calabazas y los bledos alcanzaban un desarrollo enorme y el algodón que se cosechaba tenía naturalmente todos los colores. Poblaban esa región aves de riquísimas plumas y allí crecía el árbol del cacao. (vol. I. lib. III. par. IV).

Describiendo Durán la región de Cuernavaca, dice: "Tierra por cierto la más bella y deleitosa que hay en el medio mundo, que si no fuera por el mucho calor que en ella hace, era otro paraíso terrenal, por haber en ella hermosísimas fuentes, caudalosos ríos llenos de mucho pescado, árboles fresquísimos, frutales de muchas diferencias; llena de mil diferencias de flores odoríferas unas mejores que otras". (Historia de las Indias I. 13).

La Tula de Teotlalpan que conocía Sahagún no era seguramente así. El terreno de los alderredores de este pueblo es calizo

y seco: elevándose a más de mil metros sobre el nivel del mar; la vegetación que se produce fuera de las márgenes del río y las aves que se crían en sus campos están muy lejos de parecerse en algo a las plantas exageradamente lozanas y a las aves de vistosos plumajes que poblaban los campos de la Tula de Quetzalcóatl. ¿Cómo explicar tan radical mudanza? La cosa era sencilla: por Quetzalcótl su produjeron esas y otras muchas maravillas en Tula; cuando él partió los árboles de cacao se convirtieron en mezquites; los pájaros huyeron hacia las costas del mar a cien millas de distancia, desapareció el algodón y el maíz, las calabazas y los bledos, volvieron a su estado normal. Lo que en realidad sucedió fué que con el olvido de la primitiva Tula de Tamoanchan, en un exuberante y fértil país tropical, ésta se volvió la Tula de la Teotlalpan, única que quedaba con este nombre, y a ella pasaron las tradiciones y leyendas que se conservan de la primitiva. El mito solar de Quetzalcóatl había pasado enteramente a la geografía.

Ya indicamos en otro lugar que los documentos de Yucatán y Centroamérica están de acuerdo con los de México en la existencia de una o más Tulas en la región donde estuvieron reunidas las tribus. Para el autor de los anales cakchiqueles, las Tulas eran cuatro y estaban al oriente, al poniente, en Xibalba y en donde está dios. Ajustando las Tulas que ya conocemos a la noticia que de ellas tenían los cakchiqueles, podemos presumir que Tulan-Coluacan sería la del poniente, si consideramos a Tulan-Cholulan la del oriente, por que esta población queda al lado oriental de las cordillera de los Volcanes, mientras aquella queda al occidental. Xibalba llamaban los quichés y cakchiqueles al lugar de los muertos y como, si está en lo justo Sahagún, Teotihuacan era la necrópoli de los señores de Tamoanchan, Teotihuacan era la Tula de Xibalba. Si la Tula primitiva estuvo en el cerro de Chimalacatlan, allí tenía que haber estado el dios tutelar o fetiche de la tribu antes que se dividieran sus parcialidades y parentelas y, por consiguiente, era esta la Tula en donde estaba dios, en la cumbre más conspicua, desde donde se veía todo el territorio de Cuernavaca, en donde primero aparecían los rayos del sol.

No ignoro que algunos americanistas no toman las cuatro Tulas de los anales cakchiqueles en un sentido geográfico, sino puramente mitológico. En estas cuatro Tulas, dice Joyce; "es imposible no distinguir una referencia a los cuatro puntos car-

dinales que, como se ha demostrado, tenían una importancia capital entre los mexicanos". (Mexican Archaeology p. 211). El oriente y el poniente están perfectamente bien designados ¿pero el norte y el sur? Aunque el Mictlampa, lugar de los muertos entre los aztecas, se consideraba el norte, no sucedía lo mismo con el Xibalba de los mayas de todas las familias, para los cuales era el centro de la tierra, y en el caso de que Xibalba fuera el norte ¿por qué se había de mandar al dios al sur?

Ríos llama al norte "Teotlalpan y ésta creo yo que fué la primera orientación de los nauas, llamar al norte tierra de dios"; si extendemos a los mayas la misma idea ¿qué sucede entonces con los muertos? ¿en qué nos fundamos para despacharlos al sur? Esta puede ser la respuesta: el sur era el punto cardinal que correspondía a la tierra y en Yucatán el dios que acompañaba el Bacab de esa región era Hac-Mitun-Ahau o, como alguien prefiere, Vuc-Mitum-Ahau, el señor de los siete infiernos. Xibalba en Cakchiquel, no solo era el nombre de la región de los muertos sino de su señor también el Mitun-Ahau de los mayas, Mictlan-teuctli de los nauas, que dominaban en las regiones del sur como pertenecientes a la tierra.

El Dr. Brinton no ve en las cuatro Tulas los puntos cardinales; las expresiones del texto: "donde el sol nace está una Tula; otra en Xibalba, otra aún donde el sol se pone y otra aún donde vive dios", para él se refieren al movimiento del sol de oriente a poniente, a su paso por el meridiano y a la supuesta visita del sol a la región de los muertos en el centro de la tierra. (Crónica cakchiquel p. 85). Las Tulas podían muy bien estar mitológicamente relacionadas con los puntos cardinales, pero esto no quita que hubiera habido otras Tulas reales y geográficas que más o menos hubieran tenido la misma relación y a unas y otras se hubieran referido los anales cakchiqueles.

Si por una parte no cabe duda que Tula fué el nombre de pueblos reales y verdaderamente situados en la región en donde habitaron los ulmecas, no cabe duda tampoco que el nombre de Tula está, como el de los mismos ulmecas y toltecas con su jefe Quetzalcóatl, íntimamente ligado al mito solar. Cuando en su prólogo al libro octavo dice Sahagún que el rey de los toltecas Quetzalcóatl "se fué hácia la ciudad del Sol llamada Tlapallan y fué llamado del Sol", parece que alude a esta mítica Tula, como mansión solar, puesto que ya en el libro tercero había dicho có-

mo querían persuadir al mismo Quetzalcóatl que se fuera a Tullan-Tlapallan en donde habría sido rejuvenecido.

Tezozómoc, al principio de su crónica, no da el nombre de Tollan al pueblo a donde llegaron los aztecas después de haber estado en Coatepec, sino dice que llegaron a "Tonalan, lugar del sol". (Crónica p. 226). y agrega el Dr. Brinton "que la forma completa es Tonatlan, de tona, hacer sol, y la terminación de lugar. tlan". (American Hero-Myths p. 83 nota). La traducción libre de la palabra sería en este caso, donde más hace el sol, o donde primero se ve el sol. Sea cual fuere la verdadera ortografía y el significado etimológico de la palabra, en el concepto de Sahagún, Tula era mitológicamente la ciudad del sol. Algún partido pudimos sacar de la geografía para indagar en que parte del viejo mundo estuvo el lugar de origen de los extranjeros que vinieron a México, sacando por lo menos la consecuencia que alguna de tantas Tulas, encontradas mitológica o geográficamente, pudiera haber sido el prototipo de las demás. Veamos si la mitología nos es más propicia, estrechando en menos amplitud el área de nuestras pesquisas.

*

* *

Licosura, dice Pausanias, "es de las ciudades de la tierra en el continente y en las islas, la más antigua y fué la primera ciudad que antes de ninguna otra vió el sol. El resto de la humanidad aprendió a fabricar ciudades según su modelo" (ob. cit. VIII. XXXVIII. I). Estaba esta ciudad al pie del monte Likeo, y había sido fundado por Licaón hijo de Pelasgo. Los árcades daban al monte también el nombre de Olimpo y de Pico Sagrado, por estar en su cumbre el templo de Zeus Likeo, a cuyo recinto a nadie se permitía la entrada; "y si alguno desobedece el precepto no es posible que pueda vivir más de un año". Se dice también que todo ser viviente, hombre o animal, dentro del recinto no produce sombra, fenómeno que se observaba en todo tiempo del año y a cualquiera hora. El altar de Zeus estaba constituído "por una elevación artificial de tierra" desde donde se veía la mayor parte del Peloponeso, y debe por consiguiente haber tenido una suficiente altura. "En frente del altar, al o-

riente, hay dos columnas" y sobre el altar de tierra, tlaltelli, como dirían los mexicanos, "ofrecían secretos sacrificios a Zeus Likeo, pero yo no tengo orqué escudriñar los detalles del sacrificio, sea lo que fuera y ha sido siempre desde el principio". (Pausanias. l. c. 6). Las circunstancias geográficas del Pico Sagrado en donde estaba el altar de Zeus Likeo, con relación al Peloponeso, eran enteramente iguales a las de las cumbres del cerro de Chimalacatlan y sus ruinas anónimas con relación al centro del territorio de Tamoanchan.

El modo misterioso con que habla el autor del sacrificio secreto que hacían a Zeus en el monte Likeo mientras de ordinario se complace en describir los que se hacían en lugares determinados, fuera del modo ordinario de sacrificar, hace sospechar con mucha razón, y lo sospecharon antiguos escritores, que todavía en tiempo de Pausanias tuvieron lugar en el monde Likeo los sacrificios humanos que los mitos, las leyendas y las tradiciones nos dicen que desde el principio se hacían allí. A esta clase de sacrificios, pues, alude seguramente Pausanias cuando dice: "sea lo que fuere y ha sido siempre desde el principio". En el monte Likeo los sacrificios humanos que el mismo autor y los mitos atribuyen a Licaón, por lo menos en algún tiempo estuvieron acompañados de antropofagía ritual, que era el término ordinario de los sacrificios en México, en donde la falta de grandes animales domésticos no permitió la sustitución, por bueyes, cabras o carneros.

En una reunión de dioses, refiere Júpiter, cómo cuando estuvo en Arcadia quiso Licaón hacerle probar la carne humana para cerciorarse si era un dios o no. Así lo refiere Ovidio:

Signa dedi venisse deum, vulgusque precari
Coeperat: irridet primo pia vota Lycaon,
Mox ait "experiar deus hic discrimine aperto
An sit mortalis: nec erit dubitabile verum".
Nocte gravem somno nec opina perdure morte
Me parat: haec illi placet experientia veri;
Nec contentus eo, missi de gente Molossa
Obsidis unius iugulum mucrone resolvit
Atque ita semineces partim ferventibus artus
Mollit aquis, partim subiecto torruit igni.

Quod simul imposuit mensis, ego vindice flama
In dominum dignosque everti tecta penates.
(Metamorfoses, I. 220).

Llega el dios a casa de Licaón, el cual manda matar a un extranjero, se asan y cuecen sus miembros y se sirven a la mesa para que Júpiter los coma: pero éste, indignado, manda un rayo y convierte en lobo a Licaón.

Lo mismo que hizo Licaón con Júpiter puso en práctica Tántalo con los dioses, a los cuales ofreció en un banquete el cuerpo de su propio hijo Pelops. Ambos mitos nos hacen comprender que el sacrificio humano entre los griegos de la edad neolítica, tenía el mismo significado que entre las tribus igualmente neolíticas de México: era el alimento propio de los dioses, y entre unos y otros los relieves de los dioses eran aprovechados por los hombres.

Licaón, dice Pausanias, "llevó un niño al altar de Zeus Likeo y se lo sacrificó y derramó la sangre en el altar y dicen que inmediatamente se volvió lobo", (o. c. I. II.) y Clemente de Alejandría dice que ese niño se llamaba Nictimo y era el propio hijo de Licaón. (Prop. II. 36). El mito de Licaón y las leyendas derivadas de él tienen probablemente origen en un juego de palabras a los que eran los griegos tan aficionados como los antiguos egipcios Λύκη en griego significa luz y λύκος lobo. Licosura, encontramos en el mismo autor, que había sido la primera ciudad del mundo que había visto el sol y, estando al pie del monte Likeo, esto no puede significar sino que mitológicamente había sido la primera en recibir la luz del dios que se adoraba en la montaña, de Zeus Likeo, en cuyo caso este nombre nada tiene que ver con los lobos y sí mucho con la luz principalmente del sol.

Vino, con la mayor cultura de los griegos, el aborrecimiento, primero, de la antropofagía y después, de los sacrificios humanos, y un fácil juego de palabras convirtió a Zeus, el dios que exigía los sacrificios humanos cuyos despojos se comía, de fuente de luz, en lobo, y de aquí que Licaón, que ofreció a Zeus como víctima a su propio hijo, a un niño o a un extranjero, se hubiera vuelto lobo, y que los que participaban de las víctimas humanas ofrecidas a Zeus Likeo, comiendo una parte de ellas, se volvieran lobos. Tal metamórfosis estaba tan arraigada en las creencias de los griegos

que nos asegura Platón que aconteció, (De República, IX. 563) nos lo repite Plinio y lo confirma San Agustín con la autoridad de Varrón. (De Civitate Dei, XVIII. 17). El mismo Pausanias dice que: "Del tiempo de Licaón hasta hoy un hombre ha sido a veces convertido en lobo en el sacrificio de Zeus Likeo, pero una transformación tal, no es por toda la vida: porque si mientras está convertido en lobo, se abstiene de comer carne humana, a los nueve años después de esto, vuelve a convertirse en hombre; pero si probó la carne humana, queda convertido en bestia para siempre". (o. c. VIII. II).

Que Zeus Likeos fuera un dios del cual emanaba la luz y su nombre se derivara de luz y no de lobo, es opinón acertadamente sostenida por Cox. (Mythology of the Aryan Nations, p. 180). Es probable por lo que dice Pausanias de las columnas colocadas en frente del altar de tierra del dios, y por la conseja de que allí no daban sombra ni los animales ni los hombres, que en ese lugar se hicieran observaciones para precisar los equinoxios y que allí también hubiera tenido una adoración especial el sol, nutrido como en México con sangre humana, después identificado con Zeus bajo la advocación de Likeo.

El autor de la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, nos hace saber que los indios de México se valían de los equinoxios para el arreglo de sus fiestas, viendo cuando el sol "hacía la sombra derecha", (p. 256) y, para conseguir su objeto, observaban la sombra proyectada por los dos torreones o edículas que estaban sobre la pirámide del templo mayor de México. Dice Motolinía de la fiesta de Tlacaxipeualiztli, que "caía estando el sol en medio del Uchilobos, que era equinoxio, y porque estaba un poco tuerto, lo quería derrocar Motizuma y enderezallo". (Memoriales, p. 44). Luego en el templo era donde se hacían las observaciones y para ellas tenían necesariamente que servirse de la sombra de los dos torreones construídos sobre la pirámide trunca que lo constituía.

Es singular que en la mitología de una tribu de origen maya, se encuentre un dios solar en idénticas circunstancias a las de Zeus Likeo. Hun-ahpu-Vuch era, según el P. Ximénez, uno de los atributos o advocaciones del dios supremo de los quiché, cuya mitología nos hace comprender fuera un dios solar. Hun, quiere decir uno, primero y único: ahpu, según el doctor Brinton, envuelve la idea de poder sobrenatural, ilimitado: es una noción

análoga a la que los griegos tenían de Zeus. Vuch, en quiché, como en cakchiquel vugh, significa tlacuatzin, un marsupial del género didelphis, que ahora llamamos en México tlacuache. Pero tanto vuch, como vugh, conforme a un testimonio de Popol Vuh y a lo que dice el P. Coto, significa: "Cuando ya quiere amanecer aquel ponerse oscuro el cielo", o sea la oscuridad precursora del crepúsculo.

No se trata aquí, dice el Prof. Brinton, sino de un omófano, como son comunes en las lenguas paulosilábicas. (The names of the Gods in the Xiché Myths, p. 7-9). Pero un omófono singular, como el del griego λυχ: de donde se forma λύχος lobo y λύχη luz; y más singular aún el que estos omófonos griego y quiché, se apliquen a un mismo dios supremo en sus funciones solares; el uno significando luz, el otro la oscuridad precursora de la aurora. Los mexicanos usaban con el tlacuatzin una distinción especial. El nombre del animal propiamente es *tlácuatl* (Sahagún, III. 159) pero de ordinario lo usaban con la terminación reverencial *tzin* que no aplicaban sino a los nombres propios de los grandes personajes. Igualmente decían del épatl, animal del género mephitis que los españoles llamaron zorrillo, que era imagen del dios Tezcatlipoca, también solar. (Sahagún, II. 13).

Los hábitos parecidos de ambos cuadrúpedos azotes de los gallineros, el épatl y el tlacuatzin, con relación al crepúsculo matutino, no diferentes de los del lobo, me hacen sospechar en algún omófono del género del de los quichés y de los griegos de que no se hubieran dado cuenta los lexicógrafos o los mitólogos nauas. Estos dicen, sin embargo, que solía Tezcatlipoca tomar la forma de Coyote, canis latrans. En la descripción que hace Pomar de la estatua de Tezcatlipoca que había en Texcoco, dice que tenía dos orejas grandes como de lobo: y son frecuentes los casos en que se toman las orejas en los códices como símbolos de todo el animal cuyas son. Otra denominación o advocación del mismo dios quiché Hun-ahpu-vuch, era Hun-aphu-utiú y esta palabra utiú significa coyote, canis latrans, nombre que los españoles a veces traducían zorra o raposa, a veces lobo y es, en la América tropical, el sustituto de este mamífero carnicero.

La transformación en lobo de Zeus Likeo, dios solar, que a semejanza del dios Sol de nuestras tribus cultas se alimentaba con víctimas humanas, debe haber sido antiquísima, porque ya

otro Zeus de Orcómenos, amante también de víctimas humanas, lleva francamente el título de Lafitio, el devorador, de λαφύσσω devorar. Bernard, para quitar a los griegos el oprobio de los sacrificios humanos y la antropofagía ritual, los echa encima de los semitas, diciendo que Zeus Likeo no era sino un Baal introducido en Arcadia por los fenicios. (De l'origine des cultes Arcadiens p. 49). Creo yo fuera de duda que el sacrifico humano, y en parte la antropofagía sagrada también, fué una práctica universal en las playas del Mediterráneo. Volviendo a Licosura, lo consecuencia que creo poder sacar de lo dicho es que fué para los griegos una ciudad real y mítica a la vez, relacionada con el culto y los mitos del sol, como nuestra Tula, primera ciudad fundada en México por los toltecas, de donde otras tomaron el nombre y el modelo también.

He aquí una tradición o un mito paralelos en México y en Grecia relacionados con la primera ciudad fundada, acá en Tamoanchan, allá en Arcadia; ambas propiedades del Sol o de la Luz. Licosura, la primera ciudad del nuevo mundo occidental como lo aseguraban los nauas. Si la verdad no está de parte de la ciudad de Arcadia, que no fué cierto la primera en contemplar los risueños resplandores del sol naciente, sí puede estar del lado de la Tolteca, primera en presenciar las moribundas ráfagas del sol que se pone. Ambas son una sola en el mito, la mansión del Sol, morada que deja en Grecia para llenar de claridad al mundo entero, morada a donde se recoge en México y sume en tinieblas al universo.

¿Cómo era la ciudad del Sol? Ovidio describe la casa y su descripción tiene algo del sello mitológico primitivo que conservaron los helenos.

> Regia Solis erat sublimibus alta columnis,
> Clara micante auro flammasque imitante pyropo,
> Cujus ebur nitidum fastigia summa tegebat,
> Argenti bifores radiabant lumine valvae.
> Materiam superabat opus. (Metam. II. ver. I sig.)

"El palacio del Sol se elevaba sobre columnas excelsas, brillante por el oro que resplandecía y reluciente como el fuego por el bronce. Cándido marfil cubría los tímpanos y las hojas de las puertas rutilaban por la bruñida plata. La obra de arte era superior al material.

*
* *

Créese que pertenezca al idioma náuatl la palabra Tula aunque, bien a bien, no es muy seguro que sea de esta lengua, en la cual fuera de tulli, enea, no encontramos otra raíz que le pueda convenir. En un diccionario maya manuscrito antiguo, se encuentra la raíz tul, con la significación de lleno, abundante, que perfectamente cuadra a la Tula mitológica y a la que estuvo en Tamoanchan, y el décimotercero de los signos del tonalámatl, que en náuatl se llama ácatl, caña, en quiché y cakchiquel tiene el nombre de ah con igual significación según el Dr. Seler. De tul y ah; ¿no podría haberse formado Tulah, que cambiara en *n* la *h* aspirada formado Tulan? en tal caso al nombre correspondería el significado de abundancia representada por las cañas significando lugar lleno de cañas, campo abundante en cañas.

El glifo con que la representan es un manojo de espadañas o eneas, tipha latifolia, si no es que originalmente hayan sido cañas. Las eneas eran llamadas tolli o tulli por los mexicanos, palabra que conservamos en nuestro provincialismo, tule. Los glifos mexicanos no son siempre absolutamente exactos en el fonetismo, y el manojo de eneas que rigurosamente tendríamos que leer tulli, aplicado a la capital de los ulmecas, lo leían los indios Tullan, y probablemente por la expresión fonética representada en el glifo se le dió la significación a Tula de lugar de eneas, o donde las hay en abundancia, etimología muy poco en acuerdo con los lugares conocidos que llevaron este nombre, porque si se exceptúa Culuacan, situado a la orilla de la laguna en donde abunda el tule, esta planta ahora no crece en los contornos de ninguna de las otras. Para Sahagún, Tula quiere decir "lugar de fertilidad y abundancia" (Lib. VIII. prólogo) pero no atinó con la radical de donde pudo en náuatl haber sacado esa etimología que está muy en consonancia con la raíz maya tul de que hablamos. Rojas escribe que no falta quien diga "que Tullan significa, multitud de gente congregada en uno a similitud del tule que es la enea", etimología que mejor pudiera convenir a tulteca que a Tula.

Los cuatro símbolos que usaban los nauas para designar los

años, a saber: ácatl, caña; técpatl, pedernal; calli, casa; tochtli, conejo, estaban relacionados con los cuatro puntos cardinales. La caña pertenecía al oriente; el pedernal, al norte; la casa, al poniente y el conejo al sur. Los años simbolizados con la caña, que correspondía al oriente, dice Durán que eran considerados como "fértiles, abundosos, sanos y de buenos sucesos" (vol. II. p. 254) de aquí tal vez que diga Sahagún que Tula quiere decir "lugar de fertilidad y abundancia" tomando por cañas el manojo de eneas del glifo de Tula, con tanto más de razón, cuanto que uno de los nombres de Quetzalcóatl el fundador, era Ceácatl, una caña y que a Tula, siendo mitológicamente la ciudad del Sol situada en Tlapallan, por derecho le corresponde el símbolo del oriente o sea la caña; y el manojo de vegetales con que jeroglíficamente se designa puede muy bien ser cañas y no eneas y el glifo, ideográfico y no fonético para los nauas.

Como plantas acuáticas y con cierta semejanza aparente, las eneas pueden tomarse por cañas y viceversa, y muchas veces a las eneas se les llama cañas. En inglés, por ejemplo, a la enea se llama mace-reed, caña-maza, y los escritores ingleses y norteamericanos frecuentemente traducen nuestro tule por reed. Lo probable, a mi entender, es que la Tula mitológica haya tomado el glifo de las cañas, símbolo del oriente, de la fertilidad, de la abundancia; que ese glifo se leyó tolli entre los nauas y de all se hizo Tula, pero que, en atención al significado mitológico y aún a la interpretación que da al nombre Sahagún, el verdadero significado de Tula sea caña o campos de caña según la etimología que tiene en maya la palabra y esto con relación al mito, tanto más, que todas las tribus cultas de México, nauas, mayas, mixteco-zapotecas y tarascos, veían en la caña un símbolo de fertilidad y abundancia.

El primer descubrimiento o fundación que hicieron los mayas que por el oriente llegaron a Yucatán, fué, según la crónica de Chilán Balán, de Maní, Ziyancaán o Bakhalal. (Ap. Stephens Incidents of travels in Yucatan vol. II. apén. p. 465). Ziyancaán significa el nacimiento del cielo donde comienza el cielo; Bakhalal se deriva de bak, manojo, cercado, y halal caña: de manera que Bak halal vendría a ser, manojo o cercado de cañas. Existe hoy día en Yucatán cerca de las costas orientales del mar Caribe, el pueblo de Bacalar, como ahora lo llaman, situado a la

orilla de una laguna, y creen generalmente, fuese el que la crónica de Maní dice fundaron los mayas cuando llegaron a la Península. Si una tal suposición es verdadera, el nombre de ese pueblo pudo incluír un significado y un recuerdo mitológico igual al que estaba incorporado en la Tula de México.

En Chiapas en vez tenemos una Tulha o Tulah. Cuenta Ordóñez que cuando llegaron a esa región los tzequiles se establecieron en Chiapas, fundaron una ciudad con el nombre de Tulha. Galindo la cree imaginaria y sin más fundamento que el nombre de Tulija, que como él dice, lleva una corriente de agua que pasa no lejos de las ruinas de Palenque: Tulha llaman los indios de esas rumbos a un pequeño afluente del Grijalva y traducen la palabra en castellano, agua azul, sin que pueda yo decir el fundamento de esta popular etimología que me fué comunicada por un amigo que vivió algunos años cerca de las ruinas del Palenque, Mr. H. Byam. Ortografiando la palabra Tulah como la he visto y refiriéndola a la ciudad que dicen fundaron los tzequiles, su etimología puede muy bien encontrarse en el maya con el significado de abundante de cañas.

Cabrera y Ordóñez seguramente siguen el ejemplo del Sr. Núñez de la Vega, Las Casas, Remesal y en general los primeros misioneros de Chiapas que admitieron torcidas interpretaciones de las leyendas de los indios: pero no por eso veo alguna repugnancia en que, siendo probablemente de origen maya la palabra Tulan que encontramos en las crónicas de los indios de Yucatán y Guatemala, al establecerse los tzotziles y tzendales en Chiapas no hubieran dado a un pueblo el nombre de Tulha, cuando el primer pueblo de los mayas que mencionan las crónicas tenía el nombre de cercado de cañas, manojo de cañas donde comienza el cielo, y el héroe tzendal, terminó su carrera en este mundo llegando, conforme a la leyenda a la raíz del cielo.

Pie del cielo, sahaandeoui, llamaban los mixtecas al horizonte, y estas expresiones de los mayas probablemente tienen el mismo significado y la tradición de los tzendales no es sino un mito que estudiaremos después. Pero así como hubo una verdadera geográfica Tula que aún existe en México, una verdadera geográfica Bakalal que aún existe en Yucatán, pudo haber habido una Tulha o Tulah en Chiapas, cuyo nombre conservaron las tradi-

ciones y un riachuelo. Los tzequiles, a quienes se atribuye la fundación, están, en las tradiciones de Chiapas, en idénticas circunstancias a las de los toltecas de México y no es absurdo admitir que algunas de las ruinas anónimas de Chiapas hubieran tenido ese nombre que tuvieron poblaciones toltecas. (Charencey. La Tula Votánida).

Cabrera admite que esta ciudad fué la que los españoles llamaron Ciudad Real y ahora lleva el nombre de S. Cristóbal Las Casas, apoyándose en que uno de sus barrios llevaba en su tiempo el nombre de Tzequil, como recuerdo dice, de sus primeros fundadores. (Descripción de las Ruinas de una antigua Ciudad). Fundamento ilusorio que no nos lleva más allá de la posibilidad. Cristianizadas al principio las tradiciones de Chiapas, sin que haya llegado hasta nuestros días un documento original, la ardiente imaginación de muchos modernos escritores ha formado verdaderas novelas fundadas en un mito, único residuo de la religión de los tzendales combinado con una tradición, lo único que nos queda de su historia.

La región celestial en donde estaba el reino de Osiris, dios egipcio en cuya mitología encontramos muchas y muy marcadas semejanzas con Quetzalcóatl, se llamaba Sekhet-Aalu, nombre que, como lo desmuestran sus terminativos, significa Campo de Cañas. En el texto de Unas, encontrado en las Pirámides, y en otros, la región simplemente se denomina Aar o Aal, caña, y el jeroglífico con que se expresa tiene un gran parecido con el de Tula que vemos en el códice Vaticano A, así como el nombre aal, con el maya alal de la caña. En esos campos deliciosos Sekhet-Aalu, en todas direcciones cruzados por el agua, el trigo y la cebada eran de una naturaleza desconocida a los hombres que no habían llegado a penetrar a esta región. En el capítulo 149 del papiro de Nu, de la XVIII dinastía se dice que "el trigo tenía una altura de cinco codos, siendo sus espigas de la grandeza de dos y el tallo de tres; la cebada tenía la altura de siete codos, siendo las espigas de tres y los tallos de cuatro codos". La estatura de quienes cosechaban y aprovechaban tan portentosas mieses era proporcionada a su desarrollo, porque los privilegiados que vivían en Sekhet-Aalu tenían una altura de nueve codos. En medio de estos feracísimos campos situados al oriente había una puerta que tenía dos sicomoros de turquesas, uno a cada

lado, y por esta puerta diariamente aparecía el dios Sol, Ra. (Budge. Osiris and the Egyptian Resurrection vol. I. p. 97. 98). Veamos qué dice Sahagún en su descripción medio real y medio mitológica de Tula de Quetzalcóatl, que hay que referir por entero a la mitología, haciendo abstracción del pueblo de Tula cuya topografía tenía en la imaginación el misionero al escribir.

En esta Tula mítica: "el maíz era abundantísimo, las calabazas eran muy gordas de una braza de redondo y las mazorcas de maíz eran tan largas que se llevaban abrazadas y las cañas de bledos eran muy largas y gordas y que subían por ellas como por árboles y que sembraban y recogían algodón de todos colores como decir colorado, encarnado, amarillo, morado, blanquecino, verde, azul, prieto, pardo, naranjado y leonado: estos colores de algodón eran naturales, que así se nacían". (vol. II. p. 244). La estatura de los habitantes de Tula también era proporcionada a los frutos porque "eran altos, de más cuerpo que los que ahora viven y por ser tan altos corrían y avanzaban mucho". (Sahagún vol. III. p. 112).

La casa y adoratorio de Quetzalcóatl, que moraba en esta ciudad, "estaba en medio de un río grande que pasa por allí por el pueblo de Tula: allí tenía su lavatorio el dios y le llamaban Chalchiuhapan", donde estaban las aguas de piedras preciosas verdes, en donde diariamente tomaba un baño a media noche. Cuatro mansiones tenía la casa y adoratorios de Quetzalcóatl: uno de estos aposentos "estaba hacia el oriente y era de oro y llamábanle aposento o casa dorada, porque en lugar del encalado tenía oro en planchas y muy sútilmente encalado. El otro aposento estaba hacia el poniente y a éste le llamaban aposento de esmeraldas y de turquesas porque por dentro tenía pedrería fina de toda suerte de piedras, todo puesto y junto en lugar de encalado, como obra de musaico, que era de grande admiración. El otro aposento estaba hacia el medio día que llaman sur, el cual era de diversas conchas mariscas y en lugar del encalado tenía plata y las conchas de que estaban hechas las paredes estaban tan sútilmente puestas que no parecía la juntura de ellas. El cuarto aposento estaba hacia el norte y este era de piedra colorada de jaspes y conchas muy adornado". (Sahagún vol. I. p. 107).

El mito es igual: la Tula mitológica de los indios de Mé-

xico es el reino de Osiris de los egipcios. El mismo terreno regado por las aguas, la misma abundancia y exuberancia en los mantenimientos, que si en Egipto son trigo y cebada, en México son maíz, calabazas y bledos o huautli, amaranthus paniculatus. En ambos países los habitantes guardan las mismas proporciones con los frutos de los campos maravillosos. La mansión del sol en medio de esos campos sirve al dios para pasar la noche, y de allí, en Egipto, sale diariamente por la mañana; en México, allí se baña a media noche, circunstancias que traicionan la procedencia extranjera del mito mexicano, porque en México está el mar al oriente, y para suponer que de noche llegue el sol a una mansión en donde se pueda bañar es preciso verlo entrar al mar por el poniente, por que los mitos tienen siempre un prototipo real en la naturaleza o en la historia.

Los árboles de turquesas en el mito egipcio y las mansiones de piedras y metales preciosos en el mexicano, son símbolos de los puntos cardinales y solsticiales más bien, como las columnas de Ovidio sobre las cuales descansa la casa del sol. En Egipto se redujeron a dos, los que están en mayor relación con el sol; oriente y poniente son los puntos equinoxiales: en México se conservaron los cuatro, bien caracterizados por su orientación y los colores de las sustancias de que se formaban las mansiones, blanco la plata, amarillo el oro, rojo y verde, que en algunos códices mexicanos encontramos consagrados a los puntos cardinales, indicados en el oro, plata y cobre que adornaban según Ovidio el palacio solar; simbolismo que habría quedado completo, si el poeta hubiera dicho que eran cuatro las columnas sobre las cuales descansaba el palacio del Sol y, en vez del marfil, hubiera introducido el hierro con sus cuatro edades de oro, plata, cobre y hierro en perfecto acuerdo, en cuanto a los colores, con las cuatro edades de los nauas, a las cuales asigna Ríos los colores blanco, amarillo, rojo y negro que eran constantemente los de los cuatro puntos cardinales de los mayas y quichés. Mas probablemente, ni el color negro, ni el hierro, le pareció al poeta que estaban bien en una descripción literaria, y así como los egipcios y nuestras tribus cultas, en la debida proporción, sacrificaban el arte al simbolismo, así, por el contrario, los griegos y sus imitadores los latinos, sacrificaban cuanto hay al arte y a la belleza literaria.

En México encontramos también los árboles celestiales reducidos a dos. En un mito naua el cielo se desploma y cae sobre la tierra debido a la abundancia de las aguas del diluvio. Quetzalcóatl y Tezcatlipoca lo vuelven a su lugar con el auxilio de cuatro hombres creados exprofeso para ese fin, y entonces ambos dioses para levantarlo "se hicieron árboles grandes": Tezcatlipoca se volvió tezcacuahuitl, árbol de espejos, y Quetzalcóatl, se hizo quetzalhuexotl, sauz de plumas preciosas. (Historia de los Mexicanos por sus pinturas p. 234).

No fué enteramente feliz Osiris en su reino de Sekhet-Aalu y las vicisitudes prósperas y adversas de este dios ocupa extensos tratados de la mitología egipcia. Sucedió lo mismo a Quetzalcóatl, al grado de haber tenido que abandonar a Tula, la terrenal para volverse a Tlapallan y entonces "hizo quemar todas las casas que tenía hechas de plata y de concha y mandó enterrar otras cosas muy preciosas dentro de las sierras y barrancas: convirtió los árboles de cacao en otros árboles que llaman mízquitl y, además de esto, mandó a todos los géneros de aves de pluma rica que se fuesen delante y fueron hasta Anáuac que dista más de cien leguas. Quetzalcóatl comenzó a tomar el camino y partióse de Tula y así se fué".(Sahagún l. c.) Tal es el término del mito solar de Quetzalcóatl que se relaciona con Tula.

Un cuadro parecido a esta faz del mito solar de Quetzalcóatl encontramos en una de las fábulas griegas, copiadas por los autores romanos. Quiero tomarla de Ovidio porque allí encuentro una circunstancia interesante que no he visto en otro autor que la refiera. Ceres perdió a su hija arrebatada por Plutón, y antes de echarse a buscarla enciende en los fuegos del Etna dos rajas de pino y, con ellas en las manos, recorre el mundo entero como lo habría hecho una india nuestra con dos rajas de ocote. Sin poder saciar la sed en ningún arroyo, imagen de la sequía de la tierra, acude a una cabaña en donde le dan agua con granos tostados de cebada flotando en la superficie. Usábase entre los indios el maíz tostado en las fiestas que hacían para pedir a los dioses, agua para sus campos, mantenimientos y sucesión. No había aún terminado de beber la diosa, cuando se presentó una muchacha riéndose de ella y llamándola ávida. "La diosa se creyó ofendida y le arrojó a la cara lo que aún le quedaba

para beber, con los granos de cebada. Su cara quedó pringada, sus brazos se convirtieron en patas y se añade una cola a sus transformados miembros: se empequeñece su estatura para que carezca de gran poder de causar daño y se transforma en una lagartija de menor tamaño". Una gran sequía desoló a Tula por cuatro años en tiempo de Quetzalcóatl, el cual comenzó a rogar y hacer sacrificios a la diosa del agua Chalchiutlicue. La diosa escuchó sus ruegos y la señal que iba a terminar la sequía fué que "apareció sobre la tierra una lagartija que rascaba, dándole con ello a entender que cesaba el azote del cielo y la tierra produciría frutos y vendría pronto la alegría". Para significar abundancia de agua, dice Ríos, pintan una lagartija. (Ríos. Cod. Vaticano A. lam. XI). El significado simbólico de estos reptiles, no sólo en éste sino en otros sentidos, es igual en México y en el Antiguo Mundo.

Cierto esquinco, el scincus officinalis, animal como las lagartijas, era considerado en el Viejo Mundo como una panacea buena para curar muchas enfermedades y era al mismo tiempo un poderoso afrodisíaco. Según lo que dice Conrado Gesner, de la carne de este animal, en Europa tenían de él la misma opinión que, por las pinturas de los códices, aparece que tenían nuestros indios de las lagartijas. A este concepto se refiere seguramente la figura afeminada en que se ve esculpido por Praxiteles Apolo Sauróctono, el matador de la lagartija de que nos habla Marcial. (Ep. XVI. 172). El capítulo CLXXXII del libro de los muertos en el papiro de Mut-hetep, tiene una curiosa viñeta en cuya parte superior se ven cuatro dioses, tres sentados y el cuarto de pie. Los que están en sus tronos llevan ambas manos extendidas y en ellas una lagartija en cada una, que llevan de la cola. El primero tiene cabeza de cinocéfalo, el segundo de chacal y el tercero de macho cabrío. El cuarto, que está de pie, tiene una sola lagartija en la diestra extendida y lleva la cabeza de serpiente. Por el contenido del capítulo podemos sospechar que quizá la lagartija tenía el mismo significado en Egipto que en Grecia y México y dicen algunos egiptólogos que la lagartija era un idiograma de la multiplicación y un tipo de la fertilidad.

En Sicilia descubrió Ceres el rapto de su hija hecha reina de las profundidades de la tierra y tomada por esposa por el que allí tenía su imperio, Plutón; y enfurecida por las ingrati-

tudes de los hombres a quienes había enseñado el modo de cultivar la tierra,

Fregit aratra manu parilique irata colonos
Ruricolasque boves leto dedit arvaque iussit
Fallere depositum vitiataque semina fecit.
Fertilitas terrae latum vulgata per orbem
Falsa iacet: primis segetes moriuntur in herbis,
Et modo sol nimius, nimius modo corripit imber;
Sideraque ventique nocent avidaeque volucres
Semina iacta legunt; lolium tribulique fatigant
Triticeas messes et inexpugnabile gramen.

Con sus propias manos hace pedazos los arados, destruye a los agricultores y a los bueyes y da órdenes a la tierra de cultivo que no devuelva lo que se depositó en su seno y pudra la semilla. La fama de la fertilidad de Sicilia esparcida por todo el orbe resulta una mentira. Mueren las mieses antes de madurar o por el calor demasiado o por la demasiada humedad. El influjo de los astros y los vientos le son perjudiciales y las aves voraces devoran las semillas apenas sembradas: la cizaña y los abrojos y la grama pertinaz sofocan los trigos en las sementeras". (Metam. V. 438-486). En un estado semejante quedó Tula a la salida de Quetzalcóatl.

*

* *

El concepto legendario que tenían los árcades de Licosura y el simbolismo de abundancia y fertilidad que los egipcios encerraban en Sekhet-Aalu, los encontramos reunidos en el mito, medio griego y medio egipcio de Panquea cuya relación debemos a Euhemero, y repetida por historiadores y geógrafos, tales co- Diodoro Sículo y Estrabón, creen, autorizados modernos escritores que tiene un fundamento mitológico antiquísimo. Era Panquea, según Estrabón, una isla del Eritreo, cuyo nombre si lo derivamos de πας, todo, la totalidad, entero, y χαίος genuino, verdadero, bueno, nos daría a entender que la isla o región llamada Παγχαία era un lugar de bienaventuranza completa, pero si traemos el nombre del verbo χαινω, abrir ampliamente, que más agrada a otros por estar más conforme con la acentuación, enton-

ces podría significar "la inmensidad en el espacio". Si la segunda etimología se acerca más a la índole del idioma en las palabras compuestas, la primera se ajusta mejor al pensamiento dominante en el mito y a ella me atengo. Diódoro Sículo, nos hace una pintura bastante completa del lugar y sus fabulosos habitantes, y de él voy a tomar aquellos rasgos característicos que más se relacionen con Tula y nuestros míticos toltecas.

El gobierno de Panquea era teocrático porque "los sacerdotes están a la cabeza y son los árbitros de todo" y "los más arduos negocios se dejaban a la decisión de los sacerdotes". Lo mismo hacía en Tula el sacerdote que hacía las veces y llevaba el nombre de Quetzalcóatl. En Panquea el templo del dios, que era Zeus Trifylios, estaba construído en un monte cerca de la ciudad "en un campo lleno de árboles de todas clases, no sólo frutales sino de ornato". Hay allí, escribe nuestro autor, "cipreses altísimos, plátanos, laureles y mirtos, y aguas que manan de perennes fuentes. Cerca del bosque sagrado un manantial de agua dulce tan abundante, que forma un río navegable, de donde dimanan riachuelos y canales con que se riega todo aquel campo".

Nótese la enumeración de cuatro árboles sagrados para los griegos: el ciprés, el plátano, el laurel y el mirto, tal vez representantes de los árboles sostenedores del cielo en la primitiva mitología, puesto que estaban consagrados a otros tantos dioses. El río caudaloso que allí nacía, era el océano de los mitos, que, como dice Homero, circundaba la tierra y el mar como un anillo; concepto que los egipcios tenían también de su Nilo, del cual dice Diódoro en otro lugar que "su nombre antiquísimo era Okeane que para los griegos es Okeanos". (I. 19).

Los bosques sombríos, en tiempo de verano, se llenan de gente "y allí anidan aves de todas clases que producen gran contento con la variedad de colores de sus plumajes y la suavidad de su canto. Grande es la multitud de las huertas, grande la amenidad de los prados cubiertos de yerbas y salpicados de flores, de tal naturaleza que con su admirable y divino aspecto todo se muestre digno de los dioses que allí habitualmente concurren". El pueblo de Panquea fué prototipo de los súbditos de Saturno. Sus ciudades no estaban resguardadas por fosos, es decir, no tenían murallas y estaban enteramente abiertas como los pueblos de nuestros indios.

Nondum praecipites cingebant oppida fossae

y eran comunes los campos y toda la tierra en donde habitaban.

Communemque prius seu lumina solis et auras
Cautus humum longo signavit limite mensor.
(Ovid. Metam. I. 97. 135).

En Panquea "no es lícito tener en propiedad ninguna cosa sino la casa y el huerto". Cada habitación tenía un huertecillo anexo, costumbres que seguramente tuvieron los griegos primitivos antes que la necesidad les hiciera reunirse más estrechamente y defender las entradas de sus pueblos con fosos y murallas: nuestros indios conservaron siempre la primitiva costumbre de la comunidad de las tierras y el huertecillo contiguo a la habitación; también cultivaban los terrenos de la comunidad, reuniéndose para ello y así lo hacían los de Panquea. "Los campesinos cultivaban la tierra, pero los frutos se reparten en común mejorándose en la repartición el que mejor cultivó los campos como un premio a su diligencia y solicitud".

También tuvo término el bienestar de esta afortunada región. Ammón acabó con ella arrojando a los habitantes del país. (Diódoro. Bibliotheca, l. V. 45).

Ammón, Amem o Amen como otros lo llaman, era un dios egipcio cuyo nombre significa oculto, escondido y por eso algunos egiptólogos aseguran que es "aquella fuerza oculta en la naturaleza que la empuja a renovarse continuamente, aquella fuerza expansiva que es una de las propiedades de la misma". Amen-Ra, según Maneton, era el primero y jefe de los dioses, el espíritu que penetra en todo, el espíritu creador que preside a la generación y da la luz a las cosas escondidas. (Lanzoni. Dizionario di Mitologia Egizia); los egipcios lo pintaban de azul como los aztecas a Huitzilopochtli. De Tezcatlipoca con el calificativo de Yayauqui, el negro, sabemos que fué "el dios que mandó más" y a él se refiere probablemente Sahagún cuando dice que "Tezcatlipoca era tenido por verdadero dios e invisible, el cual andaba en todo lugar en el cielo, en la tierra y en el infierno". El solo atendía en el regimiento del mundo y "él solo daba las prosperidades y riquezas". Tezozómoc lo llama dios del infierno, lo que nos indica su carácter nocturno (Crónica, p. 312). Huitzilopochtli no

fué sino el nombre azteca de Tezcatlipoca, con quien lo simularon los mexicanos.

Los griegos asimilaban a Amen con Zeus, los romanos con Júpiter y de Tezcatlipoca, dice el mismo autor que antes citamos, que era "otro Júpiter". (Ob. cit. v. I. p. 2). "Vino el tiempo, añade en otro lugar, en que acabose la fortuna de Quetzalcóatl y de los tultecas" (vol. III. 245) y Durán escribe que "el caudillo de esta persecución, según dicen, fue Tezcatlipoca" (vol. I. p. 75) siendo el resultado de ella la destrucción de los tultecas y la fuga de Quetzalcóatl; de manera que lo que hizo Amen en Panquea, hizo en Tula Tezcatlipoca con la sola diferencia de que, habiendo sido este dios en sus principios un simple hechicero, reducido por los nauas a la categoría de fetiche, cuando la religión introducida por los ulmecas lo sublimó al rango de dios con atributos solares y poder sobre la producción, no por eso echó en olvido su oficio primitivo valiéndose de la magia para la destrucción de los toltecas y la fuga de su rival.

En la fábula de Panquea tenemos los elementos principales del mito de Tula. Situada en el Eritreo, era como si dijéramos que estaba en Tlapallan, el lugar del color Rojo. "Dicen que caminando Quetzalcóatl, llegó al Mar Rojo, que está pintado aquí", dice Ríos explicando la lámina del códice Vaticano A. en donde se encuentra la fuga de Quetzalcóatl, y este "ellos llaman Tlapallan". (Cod. Vat. A.) Una circunstancia falta, y es que, no obstante la abundancia de agua en Panquea, no se haga mención alguna de eneas ni de cañas aunque fuera un lugar de abundancia y de fertilidad; pero esto no es inconveniente porque sabemos por otra parte que también los griegos asociaban a la caña la idea de la fertilidad.

Artemis, que era la diosa de la abundancia, la fertilidad y la fecundidad en general, no sólo en Efeso, en donde su imagen estaba cubierta de pechos por todas partes, sino en las otras regiones de Grecia, tenía un culto, según la observación de Curtius, íntimamente ligado con las tierras pantanosas cubiertas de cañas y estas plantas eran partícipes de la adoración que los hombres tributaban a la diosa, moviéndose al sonido de las notas musicales en sus fiestas o, como dice Estrabón, danzaban el canastillo, o las doncellas lacedemonias danzaban coronadas de cañas.

La asociación de las cañas con la diosa de la abundancia y

la fertilidad, no puede significar otra cosa sino que, en los primitivos tiempos, fueron las cañas también en Grecia, símbolo de la fertilidad y de la abundancia como en Egipto y en México, detalle que, como poco artístico para la descripción de los bosques sombríos, prados alegres, amenos campos y floridos jardines, un literato griego de buena gana podía descuidar aunque las cañas y las eneas no estuvieran incluídas en el nombre de la región que describe como lo estaba en el Sekhet-Aalu de Osiris y la Tula de Quetzalcóatl.

Pintan a la diosa Chalchiutlicue, dice Ríos "in mezo di un laco, con una corona e un bosco appresso per significare Tulan": "en medio de un lago con una corona y un bosque en seguida para significar Tula". Chalchiutlicue, era la diosa del agua pero con relación a la fertilidad que el elemento líquido comunicaba a los campos. ¿Era por esto por lo que los griegos asociaban con Artemis los lugares húmedos y cubiertos de cañas? Así lo creo.

El Popol Vuh, donde también encontramos la doble significación de Tula como lugar mitológico oriental y como sitio que se encontraba en México, vemos igualmente que la caña tenía un significado entre los quichés análogo al que le daban los nauas. Antes de ir a Xibalba, Hunahpú y Xbalenqué plantaron unas cañas en el patio de su casa para que si se mostraban lozanas y verdes o áridas y secas pudiera comprender su abuela si vivían o habían perecido. El lugar donde se plantaron fué llamado chalan uleu, tierra convertida en lecho. (Ximénez, o. c. 77).

*
* *

Para formar un mito que se funda en los fenómenos observados en la naturaleza, como el mito solar que hemos venido considerando, es preciso que en el prototipo se vean todas aquellas circunstancias que figuradamente rodean al mito y lo hacen comprensible. Un mito tal puede tan sólo inventarse en aquellos lugares en donde el fenómeno natural aparezca siempre con todos los adjuntos simbolizados en la fábula.

Que el sol se ve caminar de día por el espacio, salir del mar o de las montañas por la mañana y ponerse en el mar o en las

montañas del lado opuesto de donde salió para volver a salir el día siguiente del mismo lado, es un fenómeno natural, digno de excitar la curiosidad de los hombres. ¿En dónde se oculta y qué hace por la noche? ¿De dónde sale por la mañana y cómo viaja por el espacio? Todo esto lo explicaron los mitos que nos dan una razón más detallada del lugar en dónde se oculta el sol, de dónde sale y cómo viaja, que si se anduviera viajando con él. Todos los pueblos observan este fenómeno y cada quien se lo explica a su modo, supliendo la fantasía lo que no se ve, con analogías tomadas de lo observado.

Viste la naturaleza sus mejores galas en la primavera, los árboles visten un brillante ropaje de verdes hojas: los prados se esmaltan de matizadas flores; las aves cantan y fabrican sus nidos, todo es bullicio y vida: este es el prototipo del mito. Proserpina, la hermosa hija de Ceres, con otras Ninfas, no menos hermosas que ella, son la personificación de la primavera. Juegan en el bosque umbrío, recogen violetas y blancos lirios con la viveza de la juventud emulando la hija de Ceres a sus compañeras que llenan de flores el seno, el delantal y la canastilla que pende de sus brazos; el cuadro que se describe es lo que acontece comunmente en ese tiempo. Pero viene el invierno, y entonces caen marchitas las hojas de los árboles; quedan las ramas desnudas; el prado pierde su pintada alfombra, su tapiz la montaña y el collado; las aves enmudecen y huyen y la naturaleza se cubre con blanco sudario para indicar que ha muerto. Plutón, personificando el invierno, con sus negros caballos se lleva a proserpina arrebatándola del campo florido, y por una grieta la introduce en el centro de la tierra. Desaparece la primavera arrebatada por el sol de la noche y del invierno.

Nacido y criado yo en un país en donde estos cambios de escena en la naturaleza apenas se perciben, jamás me impresionó un invierno, hasta que, fuera de mi patria, vi por primera vez todos los árboles enteramente desnudos, los campos desolados y las nieves, que estaba acostumbrado a ver sólo en los picos más altos del Popocatépetl e Iztaccíhuatl, vi que habían bajado de las cumbres de las montañas y ocupaban los campos, las calles y los tejados. El dios sol de nuestros indios nunca se ausentaba, los días de México son casi iguales y allí no se conocen esas noches eternas. Si hay algún cambio en la naturaleza,

culpa no es del sol, sino del agua que cuando falta deja secos los campos. Para los indios, dice un antiguo escritor, "la mitad del año era de lluvias desde nuestro abril hasta septiembre. los otros seis meses son secos y fríos. Hacen la cosecha en noviembre y diciembre". (Thévet. o. c. p. 21).

Aún en la parte más elevada de la Mesa Central, en donde algunas veces el agua se conjela, las heladas, dice Sahagún, comienzan en la veintena Ochpaniztli, que en su calendario comenzaba el 21 de octubre, hasta la decena Tititl, que terminaba el 7 de enero. Cuando era celebrada la fiesta principal de la decena "toda la gente vulgar decía que era tiempo de beneficiar y labrar la tierra, sembrar maíz y cualquier género de semillas y así se aparejaban todos para sembrar". (Sahagún, II. 255). Noviembre y diciembre son los meses, según el cronista, en que en las regiones más altas de México, suele algunas veces observarse una tenue capa de hielo por la mañana.

Hoy día el vulgo de nuestro país no habla de invierno o de primavera, de verano o de otoño; para él no hay sino tiempo de aguas y tiempo de secas y las estaciones son hoy en México para el pueblo, como lo eran cuatrocientos años ha para los aztecas. Si el cambio poco notable de las estaciones en los terrenos elevados de nuestro país, casi nada perceptible en los bajos, hubiera sido capaz de inspirar un mito a los indios, éste lo hubieran adaptado a Tláloc, su dios de las lluvias, nunca al dios sol.

Sin embargo, esta ausencia del astro, que físicamente muy poco se dejaba sentir y no se veía en México, tenía cabida también en la astrología. En su interpretación de una figura simbólica, dibujada en la trigésima tercera lámina del Códice Vaticano A., que se refiere a la décima trecena del tonalámatl cuyo regente era el dios Tonatiuh, el Sol, dice Ríos: "Esta figura dicen que significa el tiempo de invierno, que era muy fastidioso por la ausencia del sol y el verano muy agradable por su presencia, y así al volver el sol sobre nuestro zenit, no era otra cosa sino la vuelta del dios para hacerles mercedes". (Códice Vaticano A.)

Dudo que los indios atendieran a la vuelta del sol al zenit y la relacionaran con los fastidios del invierno y agrados del verano que no tenían, por más que el fenómeno que producía tal fastidio y tal agrado hubiera dado motivo a los mi-

tos y representaciones que tenían los indios. El tonalámatl, donde ocurre la figura que interpreta Ríos, y de cuyo cómputo se valían para la celebración de su fiesta principal en honor del sol, el día naui-ollin. no iba de acuerdo con el calendario solar y sus fiestas podían celebrarse en todas las estaciones. No acontecía lo mismo con el dios del agua cuyas solemnidades estaban arregladas al cómputo solar y de acuerdo con la aparición y retirada de las lluvias.

Por consiguiente, las representaciones del tonalámatl y el mito que nos indica que cuando Quetzalcóatl salió de Tula para volver a Tlapallan mandó quemar sus casas, enterrar sus tesoros, e hizo que huyeran las aves y se cambiaran y desaparecieran los vegetales, o tienen el fundamento histórico que les asignamos trayéndolas del oriente con los emigrantes que de allá vinieron, o si, como el Dr. Brinton, suponemos que Tula, los toltecas y Quetzalcóatl no fueron sino un puro mito solar, este mito tendremos también que considerarlo exótico y nacido fuera de los trópicos ¿y quiénes mejor que los ulmecas pudieron haberlo traído de donde ya existía tal como los indios lo contaban? A ello nos inducen las tradiciones, la conveniencia y el no caer en el absurdo que nuestros indios forjaran un mito igual al que inventaron en el antiguo mundo sin haber tenido ocasión, ni los elementos que allá tuvieron para forjarlo. Para mí, como ya lo he dicho, en los mitos de Quetzalcóatl, de Tula y de los toltecas, están envueltas también las tradiciones históricas más antiguas de nuestros aborígenes.

La geografía del mundo antiguo no se rehusa a conceder, no una, sino varias Tulas reales y verdaderas a nuestros ulmecas o tultecas, los chanes o serpientes de los mayas, introductores de la cultura, de las que pudieron haber emprendido el viaje. La mitología es tan generosa como la geografía que pone a su disposición una Licosura la cual sólo tiene de común el nombre con la antiquísima ciudad de Arcadia ya en ruinas en tiempo de Pausanias, pero ligada con ella como nuestra Tula mitológica con las geográficas, por el mito solar suponiendo haber sido la primera ciudad fundada o visitada por el dios Sol: unos campos de eneas o de cañas con el glifo para significarlos, lugar escogido por el Sol para construir su palacio y establecer allí su morada, y una Panquea región de felicidad y deleites.

Las poblaciones del viejo mundo que llevaron y aún llevan el nombre de Tula nos demuestran que éste fué allá tan conocido como en México y las creencias religiosas asociadas a la significación que daban los nauas a la palabra, nos hacen ver que eran las mismas a uno y otro lado del Atlántico. Si queremos derivar el nombre de nuestra Tula de una radical ton, como lo hace Tezozómoc, adaptándole la idea de resplandecer e iluminar que envuelve, allí tenemos el paralelo de Licosura con una radical griega que envuelve la misma idea y estuvo fundada al pie de una montaña en donde tenía su templo un dios Sol, Zeus Likeos, que mandaba sobre ella rayos luminosos, y en este caso Tula será la Tonalan de Tezozómoc, ciudad del Sol pero esta ciudad iluminada por el sol puede encontrarse entre las cañas o eneas de las orillas de un lago, del remanso de un caudaloso río, de su fangosa desembocadura en el mar, y allí tenemos la radical tul que representa la abundancia con esta idea expresada por el glifo de un manojo de plantas acuáticas que los nauas leían Tollan, los mayas Tulah y los egipcios Aalu.

En Tamaulipas, primera región de nuestro territorio que pisaron los viajeros orientales de las tradiciones, tenemos la primera Tula de la cual no habíamos hablado porque de ella no conocemos sino el nombre, que ya sabemos ahora era el que daban los extranjeros a las poblaciones que fundaban. La Tula de Tamaulipas nos recuerda que ese mismo nombre pudo haber sido el de algunas de las anónimas ruinas que abundan en esas regiones, trasportado de las márgenes del Pánuco en tiempos más recientes a los pasos de las montañas. Ya conocemos las otras Tulas de Teotlalpan y Tamoanchan, y cuando hubo Tulas en todos esos lugares ¿porqué no pudo haber habido tultecas?

Deduciendo la etimología de este nombre de Tullin, enea, y de tequi cortar, dice Mr. Bandelier (An Archaeological Tour in Mexico p. 43), que esa palabra no significa sino cortadores de cañas, y se apoya en Durán que toma el mismo elemento tequi para explicar el significado de la palabra tlaca-técatl, sin pensar que el mismo autor traduce la palabra aztécatl, no cortadores de blancura, sino "la gente de la blancura" (Durán vol. I. p. 19) tomando técatl, segundo elemento de la composición de aztécatl, no de tequi como lo tomó en tlacatécatl, sino de tlácatl, hombre, persona, gente, como era muy natural que lo hiciera en un nombre que no es de oficio ni dignidad sino gentilicio, de familia etno-

lógica o de tribu, como lo es también indudablemente tulteca. Así lo entendieron escritores versados en la historia y en el idioma de los nauas, como Clavijero, quien escribe que toltécatl "quiere decir el natural de Tollan como tlaxcaltécatl el natural de Tlaxcallan y chololtécatl el natural de Cholula" (vol. I. p. 87 nota).

Sahagún, Ixtlilxóchitl y otros dan al nombre tulteca un significado análogo a oficial o artista, diestro y consumado en su arte, teniendo presente, más bien que la etimología de la palabra, el concepto que tenían los indios de ese pueblo, real y mitológico a la vez. Los tultecas, dice Sahagún "no tenían otro nombre particular", es decir, los nauas no los llamaban con otro apodo, como solían hacerlo con otras tribus que tenían alguno, ordinariamente denigrante como a los yopis, que les decían tenimes: a los cuestecas, toueios: a los tarascos, cuachpanes; a los toltecas solo les decían este nombre "que tomaron de la curiosidad de las obras que hacían que se llamaron tultecas, o sea como si dijéramos oficiales pulidos y curiosos, como ahora los de Flandes, y con razón, porque eran sutiles y primorosos en cuanto ellos ponían la mano, que todo era muy bueno, curioso y gracioso, como las casas que hacían muy bellas de dentro, muy adornadas de cierto género de piedras preciosas muy verdes por encalado y las otras que no estaban así adornadas tenían un encalado muy pulido, que era de ver, y piedras de que estaban hechas tan bien labradas y pegadas que parecía ser cosa de musaico; con razón después se llamaron cosas de primos y curiosos oficiales, por tener tanta lindeza de primos y labor". (Sahagún III. 107).

La comparación con los flamencos nos demuestra que el escritor tomaba el primitivo significado del nombre tulteca, como un gentilicio derivado de Tula, como flamenco es un derivado de Flandes; pero que las habilidades, parte reales, parte supuestas de los compañeros de Quetzalcóatl, hijas estas segundas de la suposición que ellos hubieran labrado las moradas mitológicas del dios Sol que en seguida describe el autor, hicieron que el nombre gentilicio de los tultecas recibiera, como el de los flamencos la significación, derivada, de artistas diestros e inteligentes.

Hay que rebajar a los toltecas reales, o sea a los ulmecas establecidos en Tamoanchan, todo aquello que les corresponda a los mitológicos, pero no al grado de hacer de ellos simples corta-

dores de cañas como lo hace Mr. Bandelier, no por impericia, ni mucho menos por ignorancia, sino movido por el afán de nivelar la cultura de nuestros indios con la de los de Arizona y Nuevo México, contra lo que escribieron los antiguos, las tradiciones y los hechos. Aún sin hacer mención de los monumentos de Chiapas y Yucatán y restringiéndose a los discípulos de los ulmecas, los nauas, algo más que cortadores de cañas eran los que fabricaron las empuñaduras de mosaico de los cuchillos de pedernal que se guardan en los museos de Europa, los vasos y adornos de obsidiana pulida, los anillos y placas de oro, collares, dijes y amuletos del mismo metal que se conservan en el Museo Nacional de México. ¡Lástima que tan apreciable autor haya desperdiciado su talento, su erudición y su ciencia en sostener falsas teorías en vez de haberlos puesto serena y desapasionadamente al servicio de la verdad! ¿Y hay quién se admire de que no se haga caso de las apreciaciones y teorías de Mr. Bandelier? Cuando se ve la pasión, se hace sospechosa hasta la verdad y, aún lo que descansa en buenos fundamentos, difícilmente nos resolvemos a admitir sin examinarlo y comprobarlo muy bién.

Tula, Tollan, Tulha o Tulah pudo ser o no una palabra de origen naua; nosotros la creemos más bien maya; esto nada influye en que de allí hubieran formado los nauas el gentilicio tulteca, y si hubo Tulas en Tamoanchan, Teotlalpan y Tamaulipas, es injusta a todas luces la guerra sin cuartel que han hecho a los tultecas autores de un mérito indiscutible, y otros sin él, que los siguen a ojos cerrados. A tres clases se reducen las Tulas, dejando a un lado la Tula de Tamaulipas cuya historia y tradiciones enteramente se ignoran, y a tres clases también deben reducirse los tultecas. 1°. Los nauas que al volver del norte se fijaron en Tula de Teotlalpan y se llamaron tultecas; eran éstos especialmente los culuas: 2°. Los progenitores de las familias mayas de Chiapas, Yucatán y Centroamérica, fundadores de las Tulas de Tamoanchan, a quienes en obvio de confusiones llamamos ulmecas y algún autor también llama nonoalcas, nombre de origen mitológico también; y 3°. los mitológicos compañeros de Quetzalcóatl en su calidad de dios Sol, habitantes de la Tula de Tlapallan y su imagen terrenal.

No cabe duda que, también para los indios, hubo toltecas mitológicos a quienes en cierto modo equipararon a los dioses,

siendo para ellos personajes análogos en muchos respectos a los héroes y semidioses de los griegos. El oráculo contestó a Solón: "Honra a los jefes del país los muertos que moran debajo de la tierra" (Plutarco. Solón. 9). Nuestros indios obedecieron este precepto del dios. Cuando volvieron a México los mensajeros enviados por Moteuczoma a llevar al capitán español los atavíos de Quetzalcóatl, creyendo que era el dios que volvía con sus compañeros a tomar posesión del reino que había dejado, el tlatoani azteca mundó sacrificar unos cautivos y rociar a los mensajeros con su sangre "por que habían visto grandes cosas y habían visto a los dioses y hablado con ellos". (Sahagún vol. III. lib. XII. p. 12). No sólo tenían como dios a Cortés sino a todos sus compañeros, prueba de que consideraban dioses también a los tultecas compañeros de Quetzalcóatl. Los soldados españoles que ignoraban las creencias de los indios, pensaban que por sus grandes hazañas les daban el título de dioses. "E viendo cosas tan maravillosas e de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos sino teules, que ansí llamaban a sus ídolos en que adoraban, e a esta causa, desde allí adelante nos llamaron teules que es como si ha dicho o dioses o demonios" (Bernal Díaz ob. cit. cap. XLVII).

Nuestros indios sin tener sacrificios ni ritos especiales en obsequio de sus antepasados en particular, como lo hacían los griegos con sus héroes; en conjunto los veneraban, les presentaban oblaciones y llamaban con el título de dioses, en especial modo a sus señores difuntos, como lo atestiguan Landa y Cogolludo de los mayas, Sahagún y Torquemada de los nauas. En Yucatán hay el ejemplo de un famoso hechicero que comenzó a ser venerado como dios en tiempos muy próximos a la conquista española; en Oaxaca, el de la hija del último señor de los zapotecas, también venerada como diosa.

Creyéndose los indios descendientes de los toltecas juzgaban a sus antepasados como dioses o por lo menos seres sobrenaturales y con ellos procuraban entroncar a sus tlatoanis haciéndolos descendientes del último soberano que suponían había reinado en Tula por línea recta u oblicua: lo mismo que vemos en Italia y en todos los estados griegos. Mas no por la veneración a los antepasados dejaban nuestros indios de considerar a los toltecas como seres extraordinarios relacionados con el Sol; y

al hacerlos venir a México asignan a su aparición alguna de las cuatro épocas mitológicas conocidas con el nombre de "los Cuatro Soles", después de aquella en que son creados los gigantes. En la primera edad, dice Ixtlilxóchitl, "el mundo se acabó y consumió por el diluvio". La segunda terminó "con un gran temblor de tierra que se abrió por muchas partes, cayeron y rodaron pedazos de peñas y sierras de tal modo, que perecieron casi todos los hombres, en cuya edad fueron los gigantes". En la tercera, concluida con un formidable viento que arrojó al suelo árboles y edificios, "los que poseían en esta edad este nuevo mundo fueron los ulmecas y xicalancas". (vol. I. p. 470). Por el contrario, el intérprete del códice Vaticano A. que hace perecer a los gigantes en la primera edad, dice que "la cuarta edad tuvo lugar cuando comenzó la provincia de Tula".

El culto de los héroes griegos, troncos de sus tribus y más ilustres familias, dice Paley, "constituía un rasgo característico en la religión de Helas" y, no queriéndolos dejar olvidados Hesíodo en sus cuatro edades, que más tarde veremos en consonancia con las de los nauas, los puso entre la tercera y la cuarta sin romper su orden ni sucesión como igualmente lo hicieron los escritores citados antes, con los tultecas. (The Epics of Hesiodo p. 26).

Los héroes, semidioses y, en último término, los dioses supremos griegos, fueron los ascendientes de las tribus helénicas, cuyos troncos inmediatos eran considerados como númenes protectores de las principales familias. Cuando el culto de las diversas tribus recibió cierta unidad, hasta donde era posible, con el triunfo de los dioses Olímpicos, los otros fueron considerados como héroes, enlazados de algún modo con ellos, intermediarios entre los dioses Olímpicos y los hombres y relegados a la categoría de Chthonios o dioses del centro de la tierra con las dinastías divinas vencidas mitológicamente. Estos dioses de las diversas tribus, muchos de los cuales eran las mismas personificaciones de las fuerzas de la naturaleza que estaban encarnadas en los dioses Olímpicos con distinto nombre, tuvieron las mismas funciones simbólicas de éstos últimos. Todos estos seres abstractos se humanizaron enteramente, y en el mito se volvieron los héroes de legendarias batallas, de sobrehumanas empresas, de admirables invenciones que sirvieron para satisfacer la curiosidad y tener

a quien atribuir el origen de muchas cosas, la fundación de las ciudades y el predominio de los pueblos.

Tales fueron en conjunto para los indios los jefes y caudillos de los toltecas o ulmecas y xicalancas. Teotihuacan era, para Sahagún, la necrópoli de los señores y principales; por esto se llamó el lugar "de teutl que es dios, porque los señores que allí se enterraban, después de muertos los canonizaban por dioses y hacían que no se morían, sino que despertaban de un sueño que habían vivido". También creían "que unos se convertían en sol, otros en luna y otros en varios planetas". (vol. III. p. 141). Creencias semejantes a las de los egipcios y helenos cuyo cielo estrellado tenía en los astros muchos representantes de los dioses y héroes fantásticos divinizados. "Las almas de los dioses, dice de los griegos Plutarco, son estrellas que brillan en el cielo. Al alma de Isis los griegos la llaman Sirio, los egipcios Sothis; a la de Horus, Orión; y la de Tifón, la Osa". (Isis y Osiris).

Estos dichos tultecas, dice Sahagún en otro capítulo, "eran buenos hombres y allegados a la virtud porque no decían mentira... su habla en lugar de juramento era, es verdad, es así, así es, está averiguado, y sí por sí, y no por no". (l. c. p. 112). También Durán escribe: "Cuando me ocurre preguntar, quién hizo esta abertura en este cerro, o quién abrió esta fuente, quién descubrió esta cueva, o quién hizo este edificio; responden que los toltecas". (vol. II. p. 74).

El terreno al derredor de las pirámides de Teotihuacan y el que se extiende a uno y otro lado de una larga vía conocida con el nombre de "Calle de los Muertos", está sembrado de montecillos y pequeñas elevaciones de tierra y escombros llamados en lengua mexicana, momoxtli y tlaltelli. Los escombros de antiguos edificios dieron origen a algunos de ellos, pero no faltan construcciones artificiales destinadas a recibir los cadáveres de personajes muertos. En ellos dice Sahagún, "se enterraban los principales señores, sobre cuyas sepulturas se mandaban hacer túmulos de tierra que hoy se ven todavía y parecen como montecillos hechos a mano, y aún se notan todavía los hoyos donde sacaron las dichas piedras de que hicieron los túmulos". (vol III. p. 141).

Hay en frente de Troya, "en una parte del llano, un elevado montón de tierra a cuyo derredor se puede correr: los hombres, en verdad, lo llaman Batiea, pero los inmortales le dicen la tumba de Mirina, que salta con ligereza". (Hom H. II. 811. sig).

Mirina fué hija de Teucro y esposa de Dárdano, héroes de los tiempos mitológicos de Grecia. En toda la Troade, en las islas y el Continente griego se veían estos montecillos llamados sepulcros de héroes aunque en las exploraciones arqueológicas no hayan aparecido en todos, vestigios de haber sido sepulcros antiguos como ha sucedido en muchos de los que se creyeron sepulcros en Teotihuacan.

Además de los dioses propiamente dichos, si hemos de creer a Hesíodo, poblaban el mundo mitológico griego seres invisibles que vivían sobre la tierra o en sus entrañas. En Tamoanchan, lugar geográfico y mitológico a la vez, vivieron juntos dos clases de seres hijos de Citlalcuéitl, hasta que enojado con ellos el dios supremo, según dicen, por haberlo desobedecido y haber roto el árbol florido, los arrojó a todos de Tamoanchan y "así venían unos a la tierra y otros al infierno y estos son los que a ellos ponían los terrores". (Ríos. Códice Telleriano Remense).

Los dioses que estuvieron en Tamoanchan eran mil seiscientos o sea cuatro veces cuatrocientos; y cuatrocientos, más bien que un número determinado, indica como ya lo dijimos una multitud indefinida que, como estaba repartida en la tierra y en las profundidades infernales a los cuatro vientos, podemos pensar que el mundo imaginario de los indios no estaba menos poblado que el de los griegos. De este número de seres eran los toltecas, ulmecas, xicalancas, nonoualcas, teoxtlixcas, chalmecas, vixtoti y otros, de quienes hizo el euhemerismo, tribu de donde descendieron los primitivos pobladores, como los griegos hicieron de los cíclopes, curetas, dáctilos, telquines y cabiros, amén de otros pueblos fabulosos creídos habitantes primitivos del territorio helénico. Esta no es razón, empero, para borrar su nombre de la historia. Sabiendo que hubo toltecas, xicalancas y nonoalcas tan fabulosos como los gigantes quinametin; pero sabiendo a la vez que hubo regiones que en tiempos históricos llevaron los nombres de Tula, Xicalanco y Nonoalco, cuyos habitantes primitivos se dice que fueron los mitológicos fundadores de las tribus que allí existieron, demos su lugar a la historia y tratemos como tales los mitos, haciéndolo notar cuando se trata de unos y otros, sin confundir la Tula y los tultecas de los mitos con la Tula y los tultecas de la historia.

CAPITULO VIII

EL DIOS DE LOS ULMECAS

Los ulmecas o toltecas históricos, que es lo mismo, nos enseña Sahagún que "adoraban un solo señor que tenían por dios, al cual le llamaban Quetzalcóatl, cuyo sacerdote tenía el mismo nombre, es decir Quetzalcóatl". (vol. III. 112). Era el dios principal que hasta la llegada de los españoles se adoraba en Cholula "porque decían que fué su primer Papa o Sacerdote: "(Ríos. Códice Vaticano A.) y se adoraba en Tula de Teotlalpan, en donde "tenía un cu muy alto con muchas gradas y muy angostas que no cabía un pie". (Sahagún I. 243) Fuera de Tula y Cholula, centros históricos de los ulmecas, sólo sabemos con certidumbre que en territorios nauas de nuestra República, Quetzalcóatl fuera dios tutelar de lugares de ninguna importancia como Mixquic, pueblo chinampaneca que a veces pertenecía a Xochimilco, a veces a Chalco y nunca tuvo alguna resonancia histórica. (Hist. de los Mex. 239).

En Centro América recibía los principales honores de los pipiles, tribu naua que vivía en Guatemala y el Salvador, como encontramos en la relación del Lic. Palacios. Los nauas de Nicaragua lo reverenciaban también con el nombre de Ciagat, Ce-ácatl, y Chiquinau-Hecal, Chicunaui-Ehécatl, como nos lo dice Oviedo, aunque no era para ellos el dios más venerado según parece, sino Quiateot, Quiauiteotl, el dios de las lluvias, hijo del par divino de dioses supremos, según ellos, Home-Atelite, Ometeuctli, y Home-Ateciaguat, Ome-cíuatl. Aunque no como dios principal, se le tributaban actos de culto y adoración.

En México sus imágenes se encuentran dondequiera; pero el culto con que se reverenciaba era inferior al de los dioses tutelares de los pueblos. En una leyenda de origen acolua leemos que "era Quetzalcóatl menos poderoso que Tezcatlipoca y le temía". (Thévet. 36). No puede considerarse entonces como un dios tutelar de los nauas sino sólo de aquellos pueblos que tenían las pretensiones de haber sido fundados por los ulmecas, Tula y Cholula.

Durán describe la estatua del dios que adoraban los cholultecas fabricada de palo: "todo el cuerpo era de hombre y la cara de pájaro, con un pico colorado: nacido en el mismo pico una cresta, con unas berrugas en ella a manera de anadón del Perú. Tenía en el mismo pico unas rengleras de dientes y la lengua fuera, y desde el pico hasta la media cara tenía amarilla y luego una cinta negra que venía junto al ojo, ciñendo por debajo del pico. El ornato de este ídolo era que en la cabeza tenía una mitra de papel puntiaguda, pintada de negro y blanco y colorado. Desta mitra colgaban atrás unas tiras largas pintadas con unos rapacejos al cabo, que se tendían a las espaldas. Tenía en las orejas unos zarcillos de oro a la mesma hechura de unas orejas. Tenía al cuello un joyel de oro grande a la hechura de una ala de mariposa, colgado de una cinta de cuero colorado. Tenía una manta toda de plumas muy labrada de negro y colorado y blanco a la mesma hechura que el joyel como una ala de mariposa. Tenía un suntuoso braguero con las mesmas colores y hechura que le daba abajo de las rodillas. En las piernas tenía unas calcetas de oro y en los pies unas sandalias calzadas. Tenía en la mano derecha una segur a hechura de hoz, la cual era de palo pintada de negro blanco y colorado y junto a la empuñadura tenía una borla de cuero blanco y negro: en la mano izquierda tenía una rodela de plumas blancas y negras todas de aves marinas, conviene a saber; garzas y cuervos marinos con cantidad de rapaces de las mesmas plumas muy espesas". Este era el adorno que de ordinario llevaba, pero "algunos me han referido que a tiempos se le diferenciaba" (Vol. II. 119. 120).

Su fiesta tenía lugar en Cholula el día 3 de febrero, según el cómputo del autor que hace comenzar el año mexicano el 1°. de marzo, por consiguiente se hacía la XVII veintena que se llamaba Tititl, veintena en que, en México y Tlaxcala, se conmemoraba de algún modo a Mixcóatl. Digno es de notar que la pin-

tura de los adornos y persona del dios no contenía otros colores sino los simbólicos de los mayas: amarillo, rojo, blanco y negro.

Algunas variantes encontramos en la descripción que hace Sahagún de la imagen de Quetzalcóatl, sin que sepamos si se refiere a alguna en particular. Nada dice el cronista franciscano del pico, y Ríos nos hace saber que sólo este dios "tenía cuerpo humano y como los demás hombres: los demás dioses no tenían cuerpo". O sea, que no se concebían con él como Quetzalcóatl, aunque se figuraran con formas humanas. (Cod. Tel. Rem.) La llamada mitra, conforme el parecer de Sahagún, tenía "un penacho de plumas que llaman quetzalli" y el color era manchado "como cuero de tigre; la cara teñida de negro y todo el cuerpo tenía vestida una camisa como sobrepelliz labrada y no llegaba más que hasta la cinta". En su collar de oro "colgaban unos caracolitos, mariscos preciosos. Llevaba a cuestas por divisa un plumaje a manera de llamas de fuego; tenía a más unas calzadas desde la rodilla abajo de cuero de tigre, de las cuales colgaban unos caracolitos mariscos. Tenía calzadas unas sandalias teñidas de negro revuelto con margagita: tenía en la mano izquierda una rodela con una pintura con cinco ángulos que llaman el joyel del viento". (vol. I. p. 4). Lo asimila a Hércules y no me parece impropia la analogía por los muchos puntos de contacto entre el dios ulmeca y el romano, sobre todo cuando éste se identifica con el fenicio Malcarth.

De la estatua que veneraban en Tula nos dice en particular que "estaba siempre echada y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea y su cabeza era larga y barbudo" (vol. I. 243). Si, como parece, era ésta una estatua yacente como la de Mixcóatl que adoraban en Cuautitlan, según dicen los anales de ese pueblo, debía entonces el dios de Tula participar en algún modo de los atribuos de ésta, con relación a la fecundidad. La cabeza larga indica tal vez la deformación craneana de los mayas.

En las pinturas de los códices lo encontramos de varios modos representado: con aspecto enteramente humano o con un pico de ave entre la nariz y el mento, que a veces tiene aspecto de trompa. Lleva ordinariamente el cuerpo pintado de negro lo mismo que la parte posterior de la cara no cubierta con la trompa o el pico, cuando lo lleva: la parte anterior es amarilla. El pico

o la boca, los labios y el mento son rojos, y lleve o no el apéndice rostriforme, completa su adorno facial una híspida y poblada barba.

Parte sustancial de su librea, que casi nunca lo abandona, es el gorro cónico que los cronistas llaman mitra o sombrero porque no siempre termina en punta sino muchas veces en la superficie de un cono truncado imitando una piel de océlotl, o dividido en sentido perpendicular en dos partes iguales, una roja, otra negra o azul. En algunas pinturas se sustituye el gorro con un adorno especial que consiste en el ojo que a veces suele adornar el tocado del dios de las lluvias y que no es raro encontrar también en el centro del gorro de Quetzalcóatl; pero cuando falta el gorro, entonces se adorna el ojo con un adorno especial que dicen los intérpretes de los códices significa oscuridad. El gorro se encuentra ordinariamente combinado con el adorno a manera de abanico de que nos habla Sahagún, formado con plumas negras de donde se desprenden otras rojas a manera de rayos, y son las que llama quetzales nuestro autor cuando habla de las guacamayas.

El complemento de los distintivos del dios es una diadema, pintada como piel de océlotl, o con adornos geométricos o puntos significando cuentas de piedras finas, y sobre la frente una cabeza estilizada, para unos de ave, para otros de serpiente o dragón, de la cual hablamos ya: yo creo que ambas cosas puede representar según el sentido simbólico que en cada caso especial se le quiera dar. Encajadas en la diadema, lleva una o dos canillas puntiagudas en el extremo inferior, cuando es visible. Algunas ocasiones la guirnalda se sustituye con un lazo elegantemente anudado, o con el glifo del oro y las piedras preciosas que lleva sobre la frente.

De los pendientes en forma de ganchos que lleva en las orejas nos habló Sahagún al describir las insignias del dios que mandó Moteuczoma a Hernán Cortés. La forma del joyel que se dibuja en el pecho y es la misma que campea en el escudo llevado en la izquierda, es la que presenta la sección horizontal de un caracol marino. El objeto curvo, a manera de corto báculo, hoz o machete, como los que se acostumbran en los lugares calientes de los Estados de México, Morelos, Guerrero y Michoacán, varía en los dibujos que lo adornan. (Seler Códice Vaticano B).

Los descritos, son los principales y más comunes adornos

simbólicos con que se distingue Quetzalcóatl. Muchos de ellos no se encuentran en las estatuas de piedra o de barro que han llegado hasta nosotros, las cuales conservan por lo regular el pico, el gorro, el joyel y a veces también el adorno en forma de abanico, únicos distintivos que nos lo hacen reconocer y distinguir de otros dioses, sobre todo el pico que no lo lleva sino él.

*

* *

No era Quetzalcóatl el único nombre que llevaba entre los nauas el dios ulmeca. El encabezado del capítulo LXXIX de la obra de Durán es el siguiente: "De quien se sospecha que fué un gran varón que hubo en esta tierra llamado Topiltzin y por otro nombre Papa a quien los mexicanos llamaron Hueymac: residió en Tula". Todo el capítulo está consagrado a la narración de las leyendas de Quetzalcóatl. Este dios era por consiguiente el que llevaba los nombres de Topiltzin, Papa y Hueymac o Huemac, según Durán.

Topiltzin se compone de *to,* pronombre posesivo, nuestro; *pilli,* hijo, niño, *noble;* y la partícula reverencial *tzin.* En muchos pasajes de Sahagún, en oraciones y plegarias se usa la expresión Nuestro Hijo Quetzalcóatl; es una versión del náuatl Topiltzin Quetzalcóatl. Topiltzin fué al principio un título, un dictado de Quetzalcóatl que se volvió un sinónimo después, como entre los griegos φοῖβος, radiante, resplandeciente, en Homero aplicado como epíteto al dios Ἀπόλλων, que se volvió Φοίβος, nombre del dios Sol usado por los poetas posteriores que indistintamente lo llaman Apolo o Febo.

Papa era uno de los nombres que se daba a los ministros de los dioses, quizá a los principales que nos dice Sahagún y otros cronistas, llevaban el nombre de Quetzalcóatl. Encontramos en los anales de Cuautitlan que en el año Ce Acatl, "nació Quetzalcóatl y fué llamado Papa, Toltzin y Ceácatl". En el mismo documento se lee que en el año Chicuace Calli los toltecas fueron a traer a Quetzalcóatl, le nombraron jefe en el gobierno de Tollan, dándole también el nombre de sacerdote y ministro, esto es, papa. Papa claro está que era un título del dios ulmeca, como lo era también del sacerdote jefe de la tribu.

Dice Motolinía de los sacerdotes mexicanos que "criaban sus cabellos a manera de nazarenos, y como nunca los cortaban ni peinaban y ellos andaban mucho tiempo negros y los cabellos muy largos y sucios, parecían al demonio. A aquellos cabellos grandes llamaban *nopapa* y de allí les quedó a los españoles llamar a estos ministros papas". (Motol. Hist. p. 25). Lo asentado por Motolinía no es sino una conjetura del escritor que quiere derivar la palabra papa, usada no sólo por los escritores españoles sino también por los indios, en sentido de sacerdote, del modo como traían los cabellos los ministros de los ídolos. Bernal Díaz, refiriéndose a los sacerdotes mayas de Campeche, dice de ellos que, "en Nueva España, comunmente se llaman papas". En la explicación de un códice pictórico de París encontramos una figuras que representan a los niños dedicados al templo y la explicación dice: "éstos están dedicados al ídolo para papas". Que más: en el "Proceso del Santo Oficio contra Tecátetl y Taníxtetl, indios, por idolatría" seguido en 1536, se lee frecuentemente la palabra *papa* como el término usual y corriente para designar a los sacerdotes gentiles.

Los que sostienen el parecer de Motolinía no derivan la palabra de *nopapa* como él, sino de *papahuaque,* que viene de *papachtli,* plural de *pachtli* heno, comparando esta planta con las sucias y enmarañadas guedejas de los sacerdotes idólatras y por eso *papahuaque* significaría guedejudo como puede verse en el diccionario de Molina y sería la correcta ortografía del apodo que les pusieron los españoles. Otros, admitiendo que *papahuaque* es el nombre verdadero, dicen que es un plural de *papahua,* derivado de "*papatli,* guedeja o vedeja, y por eso Molina dice: *Papatli* cabellos enhetrados y largos de los ministros de los ídolos". (Robelo. Diccionario de Mitología Naua ps. 324-326). Sin entrar en discusiones lingüísticas, más lógico y natural me parece que de los papas hayan tomado el nombre los cabellos, de la manera que los traían los ministros, y no ellos de las guedejas enmarañadas que llevaban. Estoy de acuerdo con Durán y Orozco y Berra en que papa fué uno de los nombres que llevaron los sacerdotes gentiles en México y Papa fué un título que se volvió sinónimo de Quetzalcóatl. Los argumentos con que lo prueba el autor de la Historia Antigua y de la Conquista de México son convincentes.

Youalliehécatl llama a Quetzalcóatl la Historia de los Me-

xicanos por sus pinturas, y Ehécatl es un nombre que se le da en muchos anales y crónicas. De todos estos nombres usados por los autores como sinónimos del dios ulmeca entre los nauas y otros usados con menos frecuencia, el que merece mayor atención es el de Huémac, Hueman o Hueyman, usado por Durán en unión del de Papa y Topiltzin en el capítulo de su historia que a él se refiere.

Suelen ordinariamente decir que el nombre de Quetzalcóatl está compuesto de dos elementos: *quetzalli*, pluma preciosa y *cóatl*, culebra o también mellizo. Dejando el primer elemento para discutirlo plenamente después, fijémonos en el segundo *cóatl*, con la significación de culebra y de mellizo admitido generalmente por todos. Hoy se conserva aún entre nosotros el significado de gemelo que se daba en naua a la palabra *cóatl*, en nuestro provincialismo *cuate*. ¿Por qué se llama gemelo a Quetzalcóatl? La serpiente, dice Mr. Gerald Massey refiriéndose a otros países en donde la palabra correspondiente a nuestra serpiente tiene también la significación de gemelo, como en náuatl, por su propiedad de cambiar piel se vuelve el tipo más acabado de los gemelos. Otros creen que por la propiedad de algunos ofidios vivíparos de reproducir siempre gemelos, mas yo creo que la doble acepción de la palabra se daba a un simbolismo que se pierde en la más remota antigüedad, en el cual la unión de dos serpientes representaba una esencia compuesta e indisoluble que a veces se desunía en dos distintas personalidades; el androginismo de los dioses supremos en una forma tal, que los dos elementos se suponían masculinos y sólo podían concebirse como dos gemelos, a veces inseparables, confundidos uno en otro, a veces distintos.

¿Quién era entonces el gemelo de Quetzalcóatl en el sentido que acabamos de enunciar? De Xólotl, dios nocturno, dice el comentador del Códice Magliavecchi que era su hermano y no le falta razón; el del Códice Vaticano A en vez nos presenta a Tótec como un compañero, un discípulo predilecto de Quetzalcóatl, y este dios no deja de tener un estrecho vínculo de parentesco con Xólotl. Tótec, según Ríos, fué un imitador fiel de la penitencia de Quetzalcóatl. Este, antes de ir a Tula a reinar, "hizo siete años de penitencia andando solo por los cerros y sacándose sangre para que los dioses le hiciesen gran guerrero": (Hist. de los Mex. 237) aquél se ve dibujado en el códice que citamos, sobre el monte de las espinas, y nos dice el comentador que, terminada su penitencia,

se subió en una montaña y allí gritaba fuertemente llamando al pueblo de Tula "que viniese a hacer penitencia con él"; modo de decir, quizá reminiscencias de las predicaciones de San Juan Bautista, que no hay que tomar en cuenta sino sólo para tener a Tótec como el compañero de la penitencia simbólica de Quetzalcóatl.

El igualmente llamaba a los pueblos desde la montaña "que se llama Tzatzitépetl, en donde pregonaba un pregonero" que los llamaba a cien leguas de distancia y "desde allá oían y entendían el pregón y luego con brevedad acudían a saber lo que mandaba el dicho Quetzalcóatl" (Sahagún I. 243). La predicación de Tótec y Quetzalcóatl y las gentes que reunían a su alderredor no son sino una alegoría o semejanza que se aplica al Sol y tenemos la misma en la India, aplicada a un dios solar también. En el himno dedicado a Mitra leemos en el Rigveda, que este dios reunía a los hombres cuando él hablaba y que vigilaba a los cultivadores del campo con un ojo que no parpadeaba. (III. 59).

Compañero de Tótec, llama Ríos, a Quetzalcóatl, también cuando explica el significado de una serpiente con plumas que se traga a un hombre. En otra lámina vemos a los dos dioses, uno en pos del otro, ante ciertas montañas cuyos vértices se tocan, y el intérprete nos dice que, como no las pudieron pasar, fingen que las perforaron por debajo y así pasaron; "fingono che le pertusarono di sotto e cosi passarono". Estos hechos, en que se muestran tan unidos y amigables Tótec y Quetzalcóatl como ningunos de los otros dioses, sugieren que quizá fueran éstos los gemelos, puesto que juntos atravesaron la montaña que perforaron en el camino de Tlapallan: mas no me resuelvo todavía a creer que fueran en su origen Xólotl o Tótec los gemelos de Quetzalcóatl.

Ríos nos da a entender que hubo dos Quetzalcóatl, o como lo entiendo yo, que el dios estaba mitológicamente duplicado: la personalidad suya podía considerarse bajo dos aspectos distintos y estos dos aspectos distintos de la misma persona, o las operaciones de dos seres mitológicos distintos unificados en el mismo fin, es lo que yo entiendo por los gemelos Quetzalcóatl. Tales gemelos hay que buscarlos en los mitos que pasan como la historia de los toltecas y no es sino un euhemerismo de las fábulas simbólicas relacionadas con Quetzalcóatl. Huémac a mi entender es el gemelo que en esas fábulas ya se identifica con Quetzalcóatl, ya se le apar-

ta, y éste y no Tótec ni Xólotl es el verdadero gemelo del dios olmeca.

"Llegó a esta tierra", dice Ixtlilxóchitl, "un hombre a quien llamaron Quetzalcóatl y otro Hueman por sus grandes virtudes, teniéndole por justo y santo y bueno, enseñándoles por obras y palabras el camino de la virtud y evitándoles los vicios y pecados, dando leyes y buenas doctrinas". A Quetzalcóatl lo llamaron también Huémac dicen unos "porque imprimió y estampó sobre una peña sus manos, como si fuese en cera muy blanda en testimonio que se cumpliría todo lo que les dejó dicho; otros quieren decir que significaba el de la mano grande y poderosa". (Ixtlilxóchitl Ob. hist. I. ps. 20 y 21). En una pintura, añade Durán, "le vi pintado con una loba larga y un sombrero grande puesto en la cabeza a este varón Huémac, y un rótulo que decía: padre de los hijos de las nubes" (vol. II. 77.). He aquí a Huémac idéntico a Quetzalcóatl.

Sabemos que histórica y mitológicamente los toltecas llegaron al centro del país y fundaron a Tula bajo la dirección de Quetzalcóatl, pero encontramos en Ixtlilxóchitl que fué Huémac el alma de la expedición; grande astrólogo que había encontrado un propicio agüero para haber salido de su tierra y después de larga peregrinación, aconsejados los toltecas por él, fundaron la ciudad. (Ixtlil. Ob. H. vol. I. ps. 23-27). Aquí aunque no tan abiertamente, Huémac también queda identificado con Quetzalcóatl.

Antes de morir juntó Huémac "todas las historias que tenían los tultecas desde la creación del mundo hasta en aquel tiempo y las hizo pintar en un libro muy grande, en donde estaban pintadas todas sus persecuciones y trabajos, prosperidades y buenos sucesos, reyes y señores, leyes y buen gobierno de sus pasados, sentencias antiguas y buenos ejemplos, templos, ídolos, sacrificios, ritos y ceremonias que ellos usaban, astrología, filosofía, arquitectura y demás artes, así buenas como malas y un resumen de todas las cosas de ciencias, sabiduría, batallas prósperas y adversas y otras muchas cosas; e intituló este libro llamándole Teoamoxtli, que bien interpretado quiere decir, diversas cosas de dios o libro divino". (Ixtlil. vol. I. p. 31. 32).

El Teoamoxtli no fué quemado como los libros sibilinos, pe-

ro desapareció: el Sr. Chavero, que lamenta su pérdida, sospecha que un fragmento de él se conservó copiado en las primeras páginas del Códice Vaticano A. Otros escritores en vez, se ríen de la enciclopedia tolteca atribuyendo el libro a la fecunda imaginación del escritor texcocano. Que haya existido el libro no me cabe la menor duda, solo que no era un libro real, pintado en pieles o papel de maguey, sino un libro tan mitológico como el de los destinos de que nos hablan los griegos, o los que Hermes escribió, o se encontraron en Egipto varias ocasiones en remotos tiempos escritos en jeroglíficos por Tahuti.

El origen de todos estos libros es el mismo, y no falta el tolteca en las manos de Quetzalcóatl. "También me dijo un indio viejo", escribe el Padre Durán, "que pasando el Papa, así llama nuestro autor a Quetzalcóatl, por Ocuituco pueblo del Estado de Morelos, el histórico Tamoanchan les había dejado un libro grande, de cuatro dedos de alto, de unas letras, y yo movido con deseo de haber este libro fuí a Ocuituco y rogué a los indios, con toda homildad del mundo, me lo mostrasen y me juraron que habrá seis años que le quemaron, porque no acertaban a leer la letra, ni era como la nuestra y que temiendo no les causase ningún mal, le quemaron, lo cual me dió pena porque quizá nos hubiera satisfecho de nuestra duda que podía ser el sagrado Evangelio en lengua hebrea, lo cual no poco reprehendí a los que lo mandaron quemar" (ob. cit. p. 76). Reprensión muy bien merecida, no por haber quemado el libro, que no hubo tal, sino por perjuros y embusteros. Era el Teoamoxtli de Huémac en manos de Quetzalcóatl, era el libro de los destinos que no se puede quemar ni perder. Quetzalcóatl otra vez identificado con Huémac.

Durante la permanencia en Tula de Huémac, y muchos años después, no se acuerda Ixtlilxóchitl de Quetzalcóatl que no viene a figurar en su historia del imperio tolteca sino con el nombre de Topiltzin, nuestro hijo, nuestro noble señor, poco antes que se derrumbara y sepultara en sus ruinas a los toltecas. Cuando era irremediable la catástrofe huyó y se encerró en la cueva de Xicco cerca de Tlalmanalco "y una noche con algunos toltecas partió para Tlapallan caminando de noche por desiertos hasta que llegó a aquel lugar" y estando para morir "mandó que con él quemasen todo el tesoro que tenía. Tuviéronlo cuatro días por quemar,

al cabo de los cuales lo quemaron". Hay otra versión: "de este rey dicen muchos indios que está todavía en Xicco y no se fué a Tlapallan" (Ixtlilxóchitl. vol. I. ps. 55, 73). Durán asegura que Topilcin "comenzó a caminar pasando por los demás pueblos de la tierra dando a cada lugar y cerro su nombre apropiado al pueblo y a la hechura del cerro... y tomó la vía hacia la mar y que allí abrió, con solo su palabra, un gran monte y que se metió por allí" (vol. II. pp. 75. 76). Todo lo que estos autores cuentan de la salida de Topilcin es lo que Sahagún escribe de Quetzalcóatl.

Para los anales de Cuautitlán, fué Huémac, el último rey de Tula; subió al trono después de haber gobernado dos años a los atempanecas; y Chimalpain nos hace saber que *atempaneca* era el nombre que daban a los hechiceros chalcas que practicaban la nigromancia en el agua de la laguna cerca del islote de Xicco. Era entonces un astrólogo, jefe de los hechiceros, y astrólogo lo encontramos en Ixtlilxóchitl. Apenas comenzó a reinar "se casó con una señora llamada Coacueya, la que fué educada por el demonio en el lugar llamado Coacueyecan, en donde tenía su casa". Tal lugar no era un pueblo, era la habitación o morada, o el adoratorio de Coacuétl, Coatlicue, enaguas de culebra, la diosa tutelar de Culuacan con el nombre de Ciuacóatl, culebra hembra. Fué la hija de Tezcatlipoca y madre de Quetzalcóatl. (Muñoz Camargo p. 40.—Códice Vaticano A.—Historia de los Mexicanos p. 237). Esta es la causa porque se dice haber sido educada por el demonio. Aquí tenemos a Huémac padre de Quetzalcóatl. Volvamos a Ixtlilxóchitl.

En las postrimerías del imperio Tolteca tiene un papel muy principal una hermosísima mujer llamada Xóchitl o Quetzalxóchitl, inversión el segundo, del nombre Xochiquetzalli. "Era esposa de un caballero Papantzin, descendiente de la casa real y en esta señora tuvo el rey a Topiltzin" (ob. cit. vol. I. p. 71): en otro pasaje el mismo autor hace a Xóchitl hija de Papantzin. Quitándole a Papantzin la terminación reverencial tzin nos queda Papa, nombre que ya vimos daba Durán a Quetzalcóatl. De donde resulta que Xochiquetzalli y Coatlicoe al mismo tiempo era hija, madre y esposa de Quetzalcóatl.

Coatlicue y Xochiquetzalli era diosa representante de la tierra, madre de los dioses y de los hombres y, como tal, madre de

Quetzalcóatl; pero era al mismo tiempo la que recibía del sol el poder de producir plantas y frutos y, por eso, era esposa del sol, padre de la tierra florida y fructífera. Representante del dios Sol era Quetzalcóatl: por eso mitológicamente no es un absurdo que sea padre, hijo y esposo de una diosa representante de la tierra, como parece al dar al mito una forma histórica. Para evitarlo los analistas tomaron diversos nombres del dios, volviéndolos personajes distintos.

Perdida Tula, según los anales de Cuautitlan, Huémac salió huyendo con los toltecas y trató de meterse a la cueva de Tlamazcalcinco, pero no pudo penetrar, se llevó a los suyos y el año VII Tochtli "se mató Huémac en Chapultepec en un paraje llamado Cincalco". (Anales de Cuautitlan). La causa de la salida de Huémac, leemos en otro documento, "fué cierta novedad que aconteció, que vieron una estatua muy alta e muy fea, espantable que puso en temor a la gente, e no osaban morar en la ciudad, de lo cual le cayó a este señor un gran pensamiento, e se vino como desesperado a la dicha sierra de Chapultepeque a donde se ahorcó él mismo, de allí a seis años: dicen otros que no se ahorcó sino entróse en una cueva que está cerca de la dicha sierra en Atlacoyoaya e nunca más de allí salió" (Origen de los Mexicanos p. 289). Aun creían los indios, decía Ixtlilxóchitl, que Topilzin estaba metido dentro de la cueva de Xicco, cerca de Tlalmanalco: también creían que Huémac estaba aún en la de Cincalco, cerca de Tacubaya; así lo cuentan Tezozómoc y Durán y lo apuntaba Sahagún. Con circunstancias análogas el mito de la fuga de Huémac de Tula se identifica con el de la huida de Topiltzin-Quetzalcóatl.

Quedó muy preocupado Moteuczoma por los presagios que, a juicio de los indios, precedieron en México la llegada de los españoles; pedía consejo a los principales acerca de lo que había que hacer y ellos le decían: "hay quien sabe el camino para ir al infierno", es decir, el Mictlan, lugar de los muertos "y también el paraíso terrenal", el Tlalocan, lugar de delicias de ciertas almas privilegiadas, "y la casa del sol", Tlapallan, que conocemos ya, "y la cueva que se llama Cincalco que está cabe a Tlacuyoayan detrás de Chapultepec que hay grandes secretos". Tal cueva era la entrada de Mictlan, Tlalocan y Tlapallan, según parece

todos lugares enteramente mitológicos como se comprende (Sahagún III. lib. XII. cap. IX).

Con esta noticia llamó a sus servidores, dice Tezozómoc, y les dijo: "Hijos, ya he hallado a donde habemos de ir y todos vosotros conmigo, que es en Cincalco, y hemos de estar en compañía del que andaba ya muchos años ha en Tula, que nos trajo aquí, que se llama Huémac, y si allá entramos, jamás moriremos, sino viviremos para siempre, a donde hay cuantos géneros de comida hay en el mundo, bebidas y todo género de rosas, y todo género de árboles frutales, porque todos los moradores que allá están, se hallan lo más contentos del mundo, y el rey de ellos, que es Huémac, está el más ufano y contento del mundo: allá hemos de ir y estar en su compañía".

Antes de poner en obra su designio Moteuczoma quiso mandar una embajada. Hizo que le llevaran gran cantidad "de vino blanco y se embriagó" con todos sus servidores. Sacrificó cuatro cautivos, los hizo desollar y quitar las pieles; llamó los mejores hechiceros y les dijo: "id a la parte que llaman Cincalco y de mi parte le besaréis las manos al rey Huémac". Con las pieles, que le mandaba como presentes, debían de ir unos xolos, enanos y corcovados, para presentarlos al antiguo rey de los toltecas, de parte del tlatoani de México. Quetzalcóatl se embriaga también antes de emprender el viaje y lo siguen enanos y corcovados. Los mensajeros de Moteuczoma entran a Cincalco "y hallaron cuatro caminos". Cuando los dioses quichés Hunahpú y Xbalenqué bajaron a la región de los muertos, Xibalba, para jugar a la pelota con los soberanos de allí "llegaron a una encrucijada con cuatro caminos y ciertamente sabían el camino del infierno: uno era negro, otro blanco, otro colorado y otro verde". Esta misma encrucijada había tenido que pasar su padre, mas en el texto hay una pequeña diferencia en los colores de los caminos que eran "uno colorado, otro negro, otro blanco y otro amarillo, y viéndose perplejo habló el camino negro y dijo: a mí me habéis de tomar, porque yo soy el camino de los señores". (Ximénez o. c. ps. 34 y 58).

Los mexicanos, no muy lejos de la entrada de la gruta, "toparon al viejo Tótec chicahua" y Tótec los condujo a la presencia de Huémac. Ya es nuestro conocido Tótec; recordemos que fué el discípulo predilecto de Quetzalcóatl, que lo acomppañaba cuando agujeraron las montañas para poder pasarlas; aquí

es uno de los cortesanos de Huémac. Los cronistas lo identifican con Tezcatlipoca y era un dios solar también: Chicáuac quiere decir fuerte, robusto y viejo, pero aquí tal vez se le da el epíteto de chicáhua a Tótec por el chicahuaxtli que llevaba en la mano, la sonaja símbolo y emblema de la fecundidad que, a manera de cetro, llevaban los dioses que de alguna manera estaban ligados con los productos de la tierra. Durán dice que era todo negro el dios, símbolo de su naturaleza infernal. Estando Tótec allí con Huémac tenía que llevar el chicahuaxtli.

La embajada no tuvo el resultado apetecido por el tlatoani de México y fué preciso mandar la segunda: entonces los mensajeros encontraron "a uno natural de allá que era como ciego que no ve: Ixtepetla, que tenía los ojos tan delgados que parecían la punta de una paja y la boca era por lo consiguiente". Se trataba de uno de los dioses infernales compañeros de Tótec.

Caeculus, el cieguecillo, el que ve muy poco era un dios romano de quien nos habla Virgilio:

Nec Praenestinae fundator defuit urbis
Vulcano genitum pecora inter agrestia regem
Inventumque fòcis omnis quem credidit aetas

"Caeculus. (Aen. VII. 678-681).

"La ciudad de Palestina tuvo también su fundador. Céculo, el soberano que se ha creído siempre haber sido hijo de Vulcano, nacido entre los agrestes rebaños y encontrado sobre el hogar". Servio en sus anotaciones nos hace saber que, estando al amor del fuego de su cabaña la hermana de ciertos pastores, por nombre *Depidii* le voló una chispa de fuego al regazo y nació Céculo, cuyo origen divino probó Vulcano mandando sobre él llamas de fuego. Céculo seguramente fué algún dios de los prenestinos a cuyo cuidado estuvo el fuego doméstico y era otro Vulcano o Hefesto con los atributos de estos dioses, antes que el eufemismo lo hiciera el fundador y primer rey de Palestina. Su nombre lo liga con Ixtepetla del cual muy poco sabemos y por su incumbencia en las moradas subterráneas de Huémac laboratorio de la fecundidad, podemos pensar que fuera, como Céculo, un dios del fuego y del hogar doméstico.

A la segunda siguió la tercera embajada y otro dios infernal la recibió, Acuacuauh. Como el verbo *acua* significa sudar,

trasporar, dejar pasar el agua por una rendija, Acuacuauh, que se deriva de este verbo, será el nombre de un dios del agua desconocido, en relación con la fecundidad de la tierra. Por fín se consiguió una entrevista entre Huémac y Moteuczoma, que tendría lugar "encima de Chapultepec, en la parte que llaman Tlachtonco": lugar mitológico, diminutivo de Tlaxtli que significa el jueguito de pelota. (Tezozómoc. Crónica ps. 671-675).

Viendo Topiltzin, dice Ixtlilxóchitl, "que sus competidores iban paso a paso apoderándose de sus tierras y provincias, ordenó enviarles un gran presente de oro, mantas y piedras preciosas y joyas, con dos embajadores, caballeros muy valerosos, y un juego de pelota del tamaño de una mediana sala, que se dice tlachtli, de cuatro géneros de piedras preciosas, conviene a saber: esmeralda, rubí, diamante y jacinto". (Vol. I. 50). No consta que nuestros indios conocieron más piedras trasparentes que la obsidiana, el cristal de roca y quizá la amatista y el granate que se encuentran en el país. Las piedras que dice Ixtlilxóchitl, hay que considerarlas únicamente por sus colores, que son los simbólicos de los cuatro caminos y de los puntos cardinales, a saber: la esmeralda, el verde: el rubí, rojo; el diamante, blanco; y el jacinto, amarillo. Por Mendieta sabemos que cuando Tezcatlipoca fué a Tula para hostilizar a Quetzalcóatl, lo convidó a jugar una partida de pelota: y en el Popol Vuh encontramos que los gemelos Hun-ahpú y Xbalenqué "muy alegres se fueron a jugar a la pelota al lugar de los muertos" y cuando oyeron el ruido los señores de Xibalba, los mandaron llamar para que jugaran una partida con ellos. (Ximénez o. c. p. 54). El juego de pelota tenía conexión con el lugar de los muertos y con la puesta del sol al occidente.

Con el mito de la fabulosa cueva de Chapultepec, veo que combina también lo que tradujo Thévet acerca del lugar de origen de los aztecas en donde "había una gran roca, al pie de la cual una horadación de donde salía viento y cerca de esta roca vivían dos hermanos cada uno de los cuales adoraba un dios: y sucedió que hubo contienda entre los dos, tocando la mejor parte al mayor que obligó al segundo a que huyera, lo que, viendo el dios del menor, se le apareció y le dijo: no te acongojes que yo te llevaré a un lugar en donde serás más gran señor que tu hermano". (Thévet ob. cit. p. 15).

En los anales de Cuautitlan se habla de la contienda entre Huémac y Quetzalcóatl, a la cual parece que alude la de los hermanos de la fábula azteca: el viento que salía de la horadación indica la morada del dios aire, Quetzalcóatl; la gran roca, las peñas de Chapultepec. En el mito de la permanencia en las cuevas de Xicco y Cincalco, no cabe duda que se identifican o equiparan Huémac y Quetzalcóatl y la presencia de Tótec, que entra con Quetzalcóatl por la horadación que hicieron y se encuentran con Huémac, quita la duda que aún pudiera quedar, porque dice Ríos, de Tótec y Quetzalcóatl, "que algunos creían que se habían quedado encerrados cuando entraron debajo de las montañas". (Códice Vaticano A.).

Encontramos en el Asia Menor una gruta que servía de paso a las regiones infernales, por donde también salía el viento. Estaba en el país de los Mariandinos, en Bitinia, en el promontorio Aquerusio, dice Apolonio Rodio y "de ella, sin cesar, salía de sus profundidades frías un viento helado formando un margen reluciente que se descuajaba con el sol de medio día. El silencio nunca reina en este sañudo promontorio porque continuamente se escucha el rumor del resonante mar y de las hojas que tiemblan por el viento que sale de la caverna, (Argon. II. 734) ¿Esta cueva era mitológica o real? Me inclino a creer lo primero.

En una de las leyendas relativas a Tula, que conservó Sahagún, Tezcatlipoca, en forma de indio cuexteca, hizo que la hija del rey de los toltecas se enamorara perdidamente de él, al grado que la muchacha se enfermó y, para que se pudiera aliviar, no hubo más remedio que casarla con él. Desgraciadamente el cronista misionero calla su nombre, pero debe haber sido Xochiquetzalli, Quilaztli, Coyolxauqui, Coatlicue o alguna otra de esas diosas que, en los mitos indígenas, representan los papeles de damas jóvenes de las comedias de nuestro antiguo teatro clásico.

Quetzalcóatl era, en los mitos de Sahagún, el sacerdote casto, penitente y austero que dió motivo para miles de inmerecidas sospechas de los sencillos y buenos religiosos, y aquella coquetuela casquivana que se enamoró del toveyo que vendía chiles verdes, no podía ser hija suya; pero "Vemac era señor de los tultecas en lo temporal, porque Quetzalcóatl era como sacerdote y no podía tener hijos", nos dice el excelente viejo misionero al endonar

a Huémac la enamorada doncella para quitársela a Quetzalcóatl; más a vuelta de unos cuantos episodios en que el protagonista es el yerno, no se vuelve a mencionar ni la mujer ni el suegro forzado de Tezcatlipoca, preocupado únicamente el escritor con los antecedentes de la fuga y viaje a Tlapallan de Quetzalcóatl hasta dejarlo en el mar, después de haber dado "todos los nombres a las sierras, montes y lugares". (Sahagún vol. I. p. 248 y sig.).

La causa de la fuga de Topiltzin, dice Durán, fueron las asechanzas que pusieron a su pudor dos brujos y hechiceros, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, introduciendo en su celda a una mujer "muy deshonesta que había nombre Xochiquetzal". En los anales de Cuautitlan es Quetzalpetlatzin la compañera de los orgías de Quetzalcóatl y, en Ixtlixóchitl, es Xóchitl de quien se prenda Topiltzin.

A pesar de los borrones de su reinado y haber terminado en sus manos el imperio tolteca, a Topiltzin "lo colocaron como uno de sus dioses" dice Ixtlilxóchitl, y Huémac, el grande astrólogo, fundador de Tula, profeta cuyas predicciones se cumplieron al pie de la letra, no encontró un rinconcito en el Olimpo sino en el infierno, de donde Tezozómoc lo declara dios. (Crónica p. 677).

Huémac aparece por los mitos identificado con el dios ulmeca y al mismo tiempo con un personaje distinto de él: es el gemelo de Quetzalcóatl. Topiltzin es el nombre del dios que usa Ixtlilxóchitl en el euhemerismo del mito solar, mientras Durán usa indistintamente los de Huémac y Papa, y Sahagún y los Anales de Cuautitlan, el de Quetzalcóatl. ¿Cuál es la significación simbólica de los gemelos que se unifican? Lo vamos a ver, pero antes hay que aclarar mejor quien era otro personaje, por algunos creído distinto de Quetzalcóatl y que no es, como vimos, sino un dictado, un título del dios, que personificó el euhemerismo de los escritores o de los indios de quienes tomaron sus noticias.

Mientras que a Quetzalcóatl le dan el carácter de dios del viento, hijo de los dioses supremos, hermano y padre de los dioses, a Topiltzin casi nunca le conceden un carácter divino, considerándolo como la parte humana e histórica de Quetzalcóatl, rey de Tula y soberano de los toltecas, los que no hacen de él un personaje enteramente distinto. "Topiltzin, escribe Durán, era un

hombre advenedizo de tierras extrañas, que casi quieren certificar que apareció en esta tierra, porque ninguna relación pude hallar, de qué parte hubiese venido": y preguntando a un indio conocedor de las antiguas tradiciones cuál había sido el fin de Topiltzin "vino a confirmar que hacia la mar se había ido y que nunca más se supo de él ni sabían donde aportó". (vol. II. ps. 74 a 78). Es el mito de Quetzalcóat. Ixtlilxóchitl, en vez le da como padre a Iztaccaltzin para humanizarlo enteramente, pero si de este nombre quitamos la terminación reverencial *tzin,* nos queda *iztaccalli,* compuesto de *iztac* blanco y *calli,* casa. El sol se esconde en las montañas y se queda debajo de la tierra, le corresponde el poniente punto cardinal del símbolo *calli,* que tenía designado el color blanco *iztac;* de aquí, la casa blanca, Iztaccaltzin, el padre de Topiltzin. Sahagún nos dice también que de las cuatro casas de Quetzalcóatl la del sur era de plata y conchas, blanca; por consiguiente, y como el sur era el punto cardinal de la tierra, madre y esposa de Quetzalcóatl, de allí pudo salir también Iztaccaltzin.

Toda la nómina de los reyes de Tula podemos sacarla de los mitos. El primer nombrado por Ixtlilxóchitl, fué Chalchiutlatónac el dios supremo que, con un soplo, engendró portentosamente a Quetzalcóatl. En los anales de Cuautitlán es Mixcoamatzatzin, el venado de Mixcóatl, cuyo mito ya conocemos y dió origen a la fábula de que, por consejo de Huémac, se pidió para el reino de Tula al hijo del rey de los chichimecas. De los cinco nombres que da Ixtlilxóchitl al segundo de los reyes, uno es Tlachinoltzin, y hay que recordar que donde hicimos mención del venado de Mixcóatl, hablamos también de un mito que se refiere a Quetzalcóatl en donde aparece el Tlachinoltépetl, peña o montaña donde se quema. El tercer rey es Huetzin, de *huéhuetl* viejo y nombre también de uno de los instrumentos músicos que veremos trajo Quetzalcóatl de la casa del sol. Sigue Totepeuh, de quien hablamos ya, y en seguida Mitl o Mímitl, cardo, en relación con Amímitl la vara de Mixcóatl y de quien dice Torquemada era el mismo Topiltzin. A éste le sucedió en el reino su esposa Xiuhtlaltzin, tierra verde o tierra preciosa, y el símbolo de una tal tierra era Xochiquetzalli, la esposa del padre de Quetzalcóatl, o del mismo, con el nombre de Papantzin. Los últimos soberanos antes de Huémac, según los Anales, fueron Matlalcáatl y Tlilcóatl, diez culebras y culebra negra el segundo; nombres de dos de los días del tonalámatl, per-

teneciente el primero, a la XVI trecena Ce Cozcacuauhtli; el otro, también personaje mitológico. ¿No es una coincidencia rarísima, que todos estos personajes tengan que ver con mitos en relación con Quetzalcóatl?

Tenía razón Durán al decir que Papa, Topiltzin y Huémac eran tres nombres del mismo personaje, pero no está de acuerdo en que este personaje fuera el mismo Quetzalcóatl, a quien, contradiciendo el parecer de todos, hace aliado de Tezcatlipoca contra Topiltzin, de la misma manera que, en los Anales de Cuautitlan, se hace aliado de Huémac al mismo Tezcatlipoca contra Quetzalcóatl; contradicciones aparentes que se explican perfectamente en el simbolismo del mito. Tezcatlipoca y Quetzalcóatl eran dioses solares relacionados con los cuatro elementos y los cuatro puntos cardinales o, mejor dicho, los puntos solsticiales de oriente y occidente: por eso aparecen contrarios, una vez que contrarias son las dos estaciones principales del año, el frío y el calor, las aguas y las secas, relacionadas con las distintas posiciones del sol en el espacio.

Tezcatlipoca se hace sol, pero Quetzalcóatl lo echa abajo de un bastonazo y sube él: a su vez Tezcatlipoca convertido en tigre "dió una coz a Quetzalcóatl que lo derribó y quitó de ser sol" (Historia de los Mexicanos, p. 233). En figura de tigre fué como, jugando a la pelota con Quetzalcóatl en Tula, lo hizo escapar hasta Tlapallan, según Mendieta. El juego de pelota era un símbolo de la eclíptica y de los caminos infernales en donde por la noche atravesaba el sol; tenía los cuatro colores de los puntos solsticiales de oriente y poniente, y los dioses que jugaban eran los que se disputaban el paso por los caminos de las regiones inferiores y el dominio del espacio en los cambios de las estaciones.

Cuando no había esta pugna, los dioses solares representantes de las estaciones, los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales eran hermanos y amigablemente departían. Tezcatlipoca y Quetzalcóatl fueron elegidos entre los cuatro dioses, hijos del dios supremo, para la creación del mundo. Cuando el cielo se cayó, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl olvidaron las contiendas, criaron cuatro seres para volver el cielo a su lugar, ellos mismos se volvieron árboles para levantarlo y juntos "hicieron el camino que parece en el cielo, en el cual se encontraron y están después acá en él, y con su asiento en él". (Historia de los Mexicanos, 233,234).

Ese camino probablemente no es la vía láctea, como se cree, sino la eclíptica. De manera que si Quetzalcóatl, lo mismo que Huémac y Topiltzin aparecen enemigos o aliados de Tezcatlipoca, esto no quiere decir que Topiltzin y Huémac fuesen personajes esencialmente distintos de Quetzalcóatl; Topiltzin no hay ninguna duda que es el mismo Quetzalcóatl. Sahagún repetidas veces en el original mexicano lo llama Topiltzin Quetzalcóatl, traduciendo el primer nombre en la versión española en las plegarias, en donde lo llama nuestro hijo Quetzalcóatl. También en Ríos encontramos a Topiltzin-Quetzalcóatl. Huémac es también el mismo, pero en las contradicciones reales o aparentes de los mitos puede considerarse el gemelo o aún el enemigo de Quetzalcóatl.

Poco afecto a comparaciones mitológicas para buscar la razón de ser al nombre de gemelo dado a Quetzalcóatl, que no discordara con el sol, prototipo del dios, el Dr. Brinton, sin embargo, la busca en el libro egipcio de los muertos. Autorizados por el Prof. norteamericano haremos iguales pesquizas en el campo de la mitología antigua de las orillas del Nilo. "Mi alma se está volviendo dos gemelos", encontramos en el libro citado por el Profesor, y esto significa, dice Tiel, "que el alma del dios Sol es una, pero que al haber nacido de nuevo, se dividió en dos formas principales. Ra fué adorado en An bajo estas dos manifestaciones principales; Tum, el dios primitivo o más definidamente el dios Sol vespertino, y Harmaquis, dios del nuevo Sol, de la aurora". (History of the Egyptian Religion, p. 80).

Su y Tefnut eran dos gemelos y "en la tumba de la reina Maat Kara, se dice que los dos ojos de Horus eran Su y Tefnut, el uno es el de la barca del sol matutino y el otro el de la barca del sol vespertino". (Lanzoni. Diz. di Mit. Egiz. p. 1161). Horus era un dios solar. En otro pasaje del citado libro de los muertos se dice de Osiris: "Salve tú que estás victorioso sobre tus piernas, en tu hora, tú Señor de los divinos dioses Gemelos, fortaléceme, como fortaleciste a ti mismo sobre la tierra"; y en el capítulo anterior, leemos: "yo soy el alma divina que habita en los dioses Gemelos", y Budge, que es el traductor inglés, hace notar que esos dioses Gemelos eran las almas de Horus y Ra, (Book of the Dead. II. ps. 102, 238, 239) por lo que parece que no es una sola, sino se dividen las personas en el caso que Horus sea diverso de Ra. El resultado es el mismo, sean dos o uno los re-

presentantes del dios sol: se trata del nacimiento en el oriente y de su puesta en el ocaso; un doble aspecto del astro, y esto es lo que piensa el doctor Brinton que es la idea que se quiere expresar cuando se llama gemelo a Quetzalcóatl.

Yo creo que quizá sea otro mejor el sentido en que se toma esa cualidad de mellizo, refiriéndolo no al doble aspecto de un mismo ser mitológico representante del sol, sino a dos seres distintos con las mismas tendencias, y las mismas apariencias los cuales dieron origen al mito. El doctor Brinton me enseñó el camino de las comparaciones con la mitología egipcia y no quiero poner en saco roto las enseñanzas de maestro tan eximio. "El sol y la luna eran los dos grandes ojos del dios Cielo; el sol era el derecho, la luna el izquierdo". (Budge. Osiris and the Egyptian Resurrection, vol. II. 250). Algunos escritores afirman que el cielo era el más antiguo, Horus, Heru, el que está arriba: Horus el mayor, Heru-ur, que los griegos llamaban Aroeris "el halcón de plumaje pringado, que extiende sus alas elevado en los aires y cuya mirada perspicaz abraza todo el campo de la creación". (Maspero. Down of Civilisation, p. 85, 86).

Aroeris, dice Brugsch, generalmente se admite que es Ra, el dios sol. Ahora bien, Horu, her o hra en egipcio significa la faz humana y debido a la semejanza del sonido, cree algún escritor que a la idea del halcón se añadió la de la faz divina, cuyos dos ojos se abren al derredor, siendo el derecho el sol para alumbrar durante el día y el izquierdo la luna para dar luz en la noche. (E. Lefebure. Les Yeux d'Horus, p. 96). Es un título muy conocido del dios: "Horus de los dos ojos" y "Horus que vive sin ojos". He aquí el sol y la luna, los dos ojos de Horus, en combinación con los dos gemelos del alma de Ra.

El dios maya Kinich-kakmoo era una forma o una advocación de Itzamná, y sabemos que *kin* significa sol y día; *ich*, otro de los elementos de su nombre, como *horu* en egipcio, significa faz y ojo también, de modo que *kinich* es la faz y el ojo del sol. "Fuerte es el ojo de Horus, oh Thoth", leemos en el libro de los Muertos, "Yo libré el ojo de Horus que brilla con esplendor en la frente de Ra, el padre de los dioses. Yo soy el mismo Osiris habitante de Amentet. Osiris supo su día y que viviría durante su período de vida. ¿No podré hacer lo mismo? Yo soy el dios luna,

que vive entre los dioses y no perecerá. Levántate entonces ¡oh Horus! porque Osiris te ha numerado entre los dioses". (Book of Dead. I. p. 56).

El ojo del sol es uno solo, que brilla en la frente de Ra: el dios sol, sin embargo, el alma que habla en persona de Osiris y lo libró, es el dios luna. ¡Cuánto mejor vendrían esas expresiones en el dios maya Kinich-kakmoo por el doble significado de ojo y faz que tiene la palabra ich! Símbolo de Horus, Aroeris era en Egipto el ave que, por el color del plumaje y por su vuelo alto y majestuoso, en aquel país podía mejor que ninguna otra simbolizar al sol como el halcón. Las plumas rojas de las guacamayas tropicales, su larga cola extendida en el vuelo a semejanza de una ráfaga de rayos de luz, respondía mejor al simbolismo, y la guacamaya de fuego, significación de la palabra *kakmoo,* fué agregada al nombre de Kinich, el ojo del sol, como un título, una advocación de Itzamná, una de las formas del dios ulmeca, Quetzalcóatl, entre los mayas, como lo vamos a ver.

En la mitología de los hindúes el sol es el ojo de Mitra y de Varuna. (Keith. Indian Mythology. p. 22). El nombre de Varuna significa el que todo lo envuelve y, cuando representa el firmamento, le dan cien ojos, símbolo de las estrellas como lo eran también entre los nauas. De Mitra dice el autor que acabamos de citar, que la indudable naturaleza solar del dios persa que lleva el mismo nombre, nos trae la certidumbre de que fué un dios sol. Como Kinich-Kakmoo, un dios sol lleva en la India por ojo al mismo sol. Así como en los ojos de Horus encontramos el sol y la luna, sol y luna encontramos en la representación de Quetzalcóatl: Huémac, su gemelo, tiene en su desfigurada mitología algunos rasgos propios de los representantes del dios Luna.

Para jugar a la pelota en Tula con Quetzalcóatl, bajó Tezcatlipoca del cielo y a un juego de pelota invitó Huémac al tlatoani azteca. Hay en la cita que dió Huémac a Moteuczoma algunas circunstancias que nos interesan. Debían concurrir a media noche a Tlachtonco, el jueguecito de pelota, cuando viera una señal en las rocas de Chapultepec. Apareció la señal y era "una piedra blanca que relumbraba". Moteuczoma, acompañado de sus enanos y corcovados, se dirigió al lugar indicado, arreglados todos convenientemente para poderse presentar "ante el rey Huémac de la gran cueva infernal". Era Tlachtonco, el jueguito de pelota,

el lugar por donde el tlatoani de México debía entrar en ella para vivir con Huémac, y Tlachtonco estaba "en medio de la laguna honda", es decir, en donde era la laguna más profunda, probablemente donde arrojaban joyas y víctimas humanas destinadas al dios del agua, un vórtice llamado el sumidero de Pantitlan. Cuando se acercó la canoa era media noche y poco después "vieron venir a Huémac que venía relumbrando como si fuera medio día; cada vez que relumbraba, se aparecían las casas y las sierras todas". (Tezozómoc, ps. 677, 678). Era quizá Huémac una represantación de la luna, y el cuento de la entrevista de Moteuczoma con él, lleno de circunstancias mitológicas que no encontramos en otros autores, prueba que el descendiente de los tlatoani de México que lo escribió, estaba muy interiorizado en las creencias de los indios que no supieron o no creyeron conveniente escribir los cronistas españoles.

Es un hecho digno de nota, leo en un estudio reciente, "que los antiguos mexicanos tuvieron pocos miramientos al más conspicuo de los cuerpos celestiales después del sol, es decir, a la luna. Esto es especialmente interesante, porque las faces de la luna se aprovechaban casi en todo el mundo, para señalar los períodos de tiempos más propicios". (Waterman. The delineation of the Daysings in the Aztec manuscripts, l. c. p. 301). El hecho debe tener su explicación y la buscaremos al tratar del cómputo astrológico, contentándonos con decir ahora que en México a la llegada de los españoles las indicaciones astrológicas se tomaban del planeta Venus, que fué el que sustituyó a la luna en el oficio de indicar los acontecimientos futuros: pero el astro de la noche no estaba tan olvidado como pudiera creerse.

Quetzalcóatl, que con sus abuelos Oxomoco y Cipactonal, intervino en el arreglo del cómputo astrológico y cabalístico, sin dejar de representar el papel de sol en algunos de los mitos fundamentales, asumió el carácter del planeta y, con él, muchas de las atribuciones que en justicia habrían correspondido a la luna. Después de haber reinado en Tula 52 años, según los anales de Cuautitlan, ciclo en que están combinados el cómputo solar con el planetario, al dirigirse al oriente para comenzar un nuevo ciclo y arrojarse a la hoguera, no sale de entre las cenizas convertido en sol, sino en la estrella vespertina y entonces fué cuando Huémac se ahorcó o se quedó perpetuamente encerrado en la caverna.

Es muy significativo el que hubiera sido Huémac el astrólogo de la expedición de los toltecas, perfectamente enterado de las malas y buenas influencias de las estrellas, quien de acuerdo con los odios o simpatías de cada una, profetizó los acontecimientos futuros del imperio, las señales precursoras de su ruina y el fin desastroso de los toltecas. ¿No eran estos los oficios que estuvieron encomendados a la luna, que viajaba por las 28 casas de las constelaciones lunares espiando lo que en ellas pasaba con los planetas que las visitaban también? Además de las predicciones que inicialmente se fundaron en el zodiaco lunar, además de ser la luna un poderoso auxiliar para los hechiceros, este satélite de la tierra tenía a su cargo la humana generación y de él dependía la fecundidad de la tierra en compañía del sol poniente. Ambas funciones relacionadas con Quetzalcóatl lo hacen una representación lunar participada de su mellizo Huémac.

Estamos acostumbrados a considerar a la luna como una mujer. Después de Hesíodo y Homero así la consideraron los poetas griegos casi siempre, pero en Estrabón se encuentra un dios Μην, que corresponde al dios Lunus de los latinos y nos indica haber sido algún tiempo en ambos pueblos considerado el astro como un sér del género masculino. *Menu* en lituanio y *menes* en leto, la luna, son del género masculino. Ambas palabras conservan la radical del griego μην.

El dios Luno fué en la India un joven galán que, unido con sus mansiones, produjo los meses. Plutarco asegura que le gustaba jugar a las damas, pero no era muy hábil jugador. Ra, terriblemente irritado contra Nut, juró solemnemente que Osiris no nacería en ningún día de ningún mes, que en Egipto eran 12 y sólo tenían 30 días, haciendo el año un total de 360. Thoth se compadeció de la desdichada madre y se propuso jugar algunas partidas de damas con el dios, a cuyo cargo estaba la medida del tiempo, apostando el que fuera necesario para añadir al año nuevos días. Le ganó cinco Thoth, de modo que en ellos pudo nacer Osiris porque no pertenecían a ningún mes y desde entonces tuvo el año 365 días, añadiendo estos cinco a su cómputo los egipcios, como lo hacían los mexicanos para acabalarlo. Sol y Luno, personajes masculinos, eran los gemelos cuando cambiaron sexo a la Luna, o al Sol como los lituanios; entonces se volvieron marido y mujer y entonces la Luna asumió en los mitos muchas de las

partes que había tenido la tierra con relación al Cielo o al Sol. Siva volvió mujer a Soma, la Luna llamáronla Chandra, la blanca o plateada, porque encontró a su mujer Robina en compañía de otros dioses.

Además de los cómputos consignados en los códices, no faltan presunciones mitológicas que hagan entrever que nuestros indios hubieran tenido alguna vez en cuenta las fases de la luna para sus cómputos astrológicos y astronómicos. En la trecena Ce-Xóchitl, signo de Xochiquetzalli, la esposa de Quetzalcóatl, celebraban los indios la fiesta de una oscura divinidad por medio de ayunos y mortificaciones que hacían cada ocho años. Llamábase Ixnextli, dice el intérprete del códice Telleriano, "qué quiere decir los ojos ciegos con ceniza". En la interpretación del códice Vaticano se menciona entre los cuatro dioses infernales a Nextepeua, "uno que derrama la ceniza". Ixnextli quedó ciega "después que pecó en coger las rosas y así dicen que ahora no puede mirar al cielo". Quien cogió las rosas, nos dice el mismo autor en otro lugar, fué Itzpapálotl, la cual, entre otras formas mitológicas que la identifican con el murciélago, tiene la de representar un astro, una de las fases o períodos de las ocultaciones y apariciones del planeta Venus.

En el euhemerismo de los Anales de Cuautitlan, Itzpapálotl es un cazador, jefe de los chichimecas, y la luna, en la mitología ariana, era una divinidad muy diestra en el manejo del arco y de la flecha como Itzpapálotl. Probamos sus íntimas relaciones con Quetzalcóatl, dios no sólo en estrecho contacto con el planeta Venus, sino con la luna también, y una fábula hindú me hace concebir la idea de que Ixnextli no sea sino la faz lunar de Xochiquetzalli e Itzpapálotl y la compañera de Quetzalcóatl como luna. Un autor inglés me proporciona el mito hindú: "Cierto individuo concibió una pasión criminal por su suegra, quien ofendida y altamente indignada por las vergonzosas proposiciones del yerno, le arrojó a la cara un puñado de ceniza. El galán era el dios Luno. La luna nueva vuelve la parte ennegrecida y quemada de su cara hacia nosotros y las manchas se ven aún". (Natural Genesis I. 114). Nextepeua, al derramar la ceniza, pudo haber debido su nombre a un hecho semejante al que causó la ceguera de Ixnextli, que no la deja ver al cielo. Era un dios infernal y lo que hizo con Itzpapálotl cuando prevaricó, si lo hizo como suponemos, puede

muy bien estar en consonancia con el mito de la prevaricación, simbolizado por Itzpapálotl, y la ceguera de Ixnextli, de acuerdo con las fases de la luna. La fiesta celebrábase cada ocho años y este período se usa entre los griegos y otros pueblos arianos para arreglar y poner de acuerdo el tiempo solar con las lunaciones que cada ocho años se combinan en el mismo punto de partida.

El ejemplo del dios latino Lunus creo que me autorizará para llamar luno al dios naua del astro de la noche que siguió siendo varón, y lo pintaban los indios en sus códices, viejo y con barbas. Se llamaba Tecuciztécatl y las mujeres le tenían gran devoción ayunando en su honor y encomendándose a él para que las aliviara de las enfermedades propias de su sexo. Se encuentra a veces pintado en frente del dios Sol y así como a éste atribuían "todas las cosas necesarias", dice Ríos, al dios Luno, "tenían como abogado de la generación humana y por esa razón le ponían en la cabeza un caracol marino para mostrar *che siccome il piscato esce dalle pieghe di quell'osso o conca cosi va ed esce l'uomo ad utero matris suae*" (Códice Vaticano A.) El molusco encerrado en la concha es imagen del sér destinado a vivir sobre la tierra.

Entre los dibujos encontrados en las láminas del "Hindoo Pantheon" de Moor, hay dos figuras, una de Vishnu, dios Sol, y otra de su mujer, que tienen en las manos sendos caracoles con alas. Comentando esos dibujos un escritor inglés, perito en la mitología y costumbres de la India, nos hace saber que los caracoles eran en ese país un emblema tal como Ríos nos acaba de decir que eran entre nuestros indios. El sol allá y acá eran fuente de fecundidad y a su esposa, como en México al dios Luno, estaba en la India encomendada la generación. Las alas de los caracoles me llaman a la memoria los versos del himno homérico a Selene, en que se llama a la luna la de las extendidas alas.

La palma era en México planta dedicada a Huitzilopochtli, que tomó la personalidad de Tezcatlipoca, un dios solar; en Grecia, la India y el Egipto era también la palma consagrada al sol. En una moneda, que lleva el nombre de Turiorum, encontramos una palma y un caracol, a uno y otro lado de un emblema sivaítico, que en otras monedas y sellos está colocado entre bien claras y perceptibles imágenes del sol y de la luna. Otras monedas de ciudades de Asia Menor llevan los mismos emblemas de la pal-

ma y el caracol, de donde se desprende que en la India y el Mediterráneo oriental era el caracol un emblema de la Luna, como en México.

Tecuciztécatl, el nombre del dios Luno entre los nauas, significa persona caracol, y el simbolismo, incluído en su nombre y en el caracol que le ponían en la cabeza, encierra uno de los principales atributos de Quetzalcóatl. "Nuestro Señor Quetzalcóatl que es creador", decía la matrona a la que había sido madre, "ha puesto una piedra preciosa y pluma rica en este polvo, en esta casa pobre hecha de cañas; y puedo también decir, que ya ha adornado vuestra garganta, cuello y mano, con un joyel de piedras preciosas y de plumas ricas de rara preciosidad, y que raramente se hallan ni aún cuando se solicitan para comprar: también puedo decir que ha puesto en vuestras manos un manojito de plumas ricas, que se llaman *quetzalli* de perfecta hechura y color": y dirigiéndose a la creatura que acababa de nacer: "habéis sido formado, le decía, en el lugar más alto donde habitan los dos supremos dioses, que es sobre los nueve cielos: os echó su majestad de vaciadizo, como una cuenta de oro; haos agujerado como una piedra preciosa muy rica y labrada, vuestro padre y madre, el gran señor y señora y juntamente con ellos Topiltzin Quetzalcóatl" (Sahagún, II. 202-204).

En conformidad con el caracol emblemático del dios Luno, el joyel que llevaba en el pecho y en el escudo Quetzalcóatl era la sección de un caracol, y las mujeres estériles le hacían votos y promesas para conseguir de él sucesión. (Torquemada. Monarquía Ind. l. XI. cap. XXIV). Los corazones de las víctimas se ofrecían al sol, pero en la fiesta de Quetzalcóatl celebrada en Cholula, la víctima que lo representaba se sacrificaba a media noche y dice Durán que "haciendo ofrenda de su corazón a la luna". (v. II. p. 121). No recuerdo haber leído de otra ofrenda de corazones hecha a la luna sino en la fiesta de Quetzalcóatl en Cholula donde era la divinidad principal.

En un mito de la creación del sol y de la luna, Tecuciztécatl fué escogido por los dioses para que fuera el sol, pero no tuvo valor para arrojarse a una hoguera encendida: cuando se resolvió, sólo había quedado el rescoldo, y se volvió luna, pero apareció tan brillante como el sol, y no pareciéndoles bien a los dioses,

le arrojaron encima un conejo y opacaron los resplendores. (Sabagún, II 247-250). También los indúes admitían que en la superficie de la luna estaba una liebre y de ellos seguramente lo tomaron los chinos que pintaban la liebre en la luna de un modo muy semejante al que usaban en sus pinturas nuestros indios.

En otra versión del mito, Quetzalcóatl arrojó a su propio hijo en la hoguera para que se volviera sol y mandó que Tlalocateutli echara también el suyo para que se volviera luna y así sucedió. (Historia de los Mexicanos. pgs. 235-236). Los indios relacionan la luna con la humedad, por eso en el mito la consideran como hija del dios del agua y hemos visto como a Huémac, dios que representaba a la luna, le llamaban el padre de los hijos de las nubes, y de Itzamná, contraparte de Huémac en Yucatán, decían que era el rocío del cielo y la sustancia de las nubes. Una figura del dios identificado con la que el profesor Schellhas llama el dios D, a veces se encuentra en manuscritos, esculturas y vasos pintados, mayas, con un caracol, de lo cual es lícito deducir que Itzamná estaba asociado con la luna. (Joyce. Mex. Arch. 227).

En el códice pictórico mexicano de la biblioteca Bodleiana de Oxford, donde vemos a Quetzalcóatl con sus padres en lo más alto de los cielos, en los más bajos, encontramos al sol y a la luna cada cual en el suyo. Al lado del sol está el glifo que indica el año con el signo ácatl y el numeral uno; al lado de la luna está el mismo glifo con el signo cipactli y el numeral uno también. El ciclo solar comenzaba con ce ácatl, una caña; el cómputo del tonalámatl con ce cipactli, un caimán. Tales signos con el sol y la luna, entiendo quieren decir que, así como el sol era astro regulador del calendario, así lo era la luna del tonalámatl antes que el cómputo astrológico se relacionara con el planeta Venus, cuyo representante fué Quetzalcóatl, que se decía haberlo arreglado y se infiere lógicamente que, antes que hiciera ese arreglo, hubiera sido el representante de la luna.

No solamente como Sol, sino como luna, se consideraba a Quetzalcóatl autor de la generación; y en que la Luna fuera el astro de quien dimanaban todas las cosas, van enteramente de acuerdo las creencias de nuestros indios con las de los pueblos civilizados del antiguo hemisferio. "No hay duda, dice Macrobio, que la luna es el autor y el hacedor de los cuerpos mortales".

(Com. in. Somnum Scipionis). Y Apuleyo, convertido en asno, se dirige al astro que, rutilante, se levanta del mar y, después de haber sumergido siete veces la cabeza en sus aguas, le dice: "Oh reina bendita de los cielos, sea que tú seas la Madre Ceres, origen y productora de las mieses que sustituyeron a los salvajes alimentos y ahora proporcionas a los mortales modo mejor de sustentarse: sea que tú seas la Venus celestial, que en los principios del mundo uniste a los seres con los lazos del amor" proveyendo a su propagación y al aumento del género humano: "sea que tú seas la hermana de Febo" que asiste a las mujeres en sus trabajos, "adorada en el santuario venerable de Efeso: o llámesete la terrible Proserpina" que ahuyentas los fantasmas: "Tú que iluminas a todas las ciudades de la tierra con tu luz de mujer y nutres las semillas con tu húmedo calor, conforme al vigor o debilidad de la luz que te comunica el sol. Bajo cualquier nombre y del modo que sea lícito invocarte, pon término a mis aflicciones y miserias y levanta mi esperanza desfallecida". (Metamorphoses, XI. 2).

La humana generación, la vegetación de las plantas y el desarrollo dependía de la humedad de la luna, combinada con el calor. Al identificar el escritor africano a la diosa Luna, ya del género femenino, con Ceres, la diosa Tierra que produce los frutos; con Venus, la diosa Tierra de las flores y del amor; con Proserpina, la reina de las regiones infernales, la diosa Tierra, que recibe a los muertos en su seno, hace de la luna la misma identificación que nuestros indios en los diferentes aspectos que daban a su diosa Tierra, simbolizándola en un vaso cuyas paredes tienen la forma estilizada que daban a las canillas de los muertos, emblema de la tierra que los recibe en su seno y dando adornos lunares a Tlazoltéotl y Xochiquetzalli, las diosas del amor y de la tierra fructífera y florida. Los atributos de la generación y la abundancia atribuida a la Luna asimilada a la diosa Tierra, era por la idea de madre universal que tenía la Tierra, más bien que como Señora o reina del cielo, como se llamaba a la Luna entre los fenicios de Asia y a la Tierra entre los totonacos de México.

La idea de la humedad estaba asociada con la luna porque se creía productora del rocío cuyas precipitaciones aparecen sin señales de lluvia al bajar la temperatura después de la caída del sol. En países donde es abundante y frecuente el rocío, la atmós-

fera es muy húmeda y favorable a la vegetación y los fenómenos del rocío y la humedad deben haberse atribuído a la luna por sus manifestaciones al oscurecer, y de aquí su influjo en la fecundidad de la tierra; y las lunaciones en que se manifiestan los fenómenos fisiológicos de la mujer, relacionados por el tiempo con las mismas lunaciones, hicieron creer su influjo en la procreación, atribuído a la humedad producida por el astro.

Itzamná, considerado como representante lunar, debe su nombre al rocío, mientras por otra parte Afrodite, sea como representante de la Tierra o del planeta Venus, sustituto de la luna, "mandaba el rocío a su altar de Eryx". (Clas. Dic. art. Aphrodite).

La identificación de los atributos de la luna con los de la tierra, la producción de la humedad y del rocío atribuída a ella y a las crecientes y menguantes del satélite de la tierra en sus manifestaciones luminosas eran los motivos por los cuales el astro influía no sólo en el aumento y conservación de los seres, sino en su crecimiento y disminución. El hecho existe y se manifiesta aún en las creencias populares de ambos hemisferios. Se observan las fases de la luna como se observaban miles de años ha no sólo para buscar un buen resultado en las operaciones agrícolas de la siembra, el trasplante y la poda de los árboles, sino aún para cortarse las uñas, el cabello y otras operaciones en conexión con el aumento y disminución de las cosas. "Omnia quae caeduntur, corpuntur, tenduntur", decía siglos ha Palladio, "innocentius decrescente luna quam crescente fiunt". (De Re Rustica, I. 34. 8). Lo que se arranca, se corta y se recoge, más impunemente se puede hacer la menguante que la creciente de la luna.

Dice Apuleyo de la luna llena que es cuando "la diosa tiene más fuerza y poder, considerando que todas las cosas humanas se gobiernan por su providencia; y que no sólo los animales domésticos y salvajes se robustecen por el divino régimen de luz y su poder, sino también los seres inanimados y todos los cuerpos celestiales, terrestres y marinos crecen cuando ella crece, disminuyen cuando ella se aminora". (Metam. XI. 1). Superstición antiquísima que no sólo conservan los indios de México y los creollos, sino el pueblo europeo. Brand nos atestigua de Inglaterra que allí, cuando se quiere que una cosa crezca o aumente de ta-

maño, se escoge la luna en creciente y cuando se quiere que disminuya, se busca la menguante. (Popular Antiquities of Great Britain, III. 144).

El modo como se representa la luna en algunos códices mexicanos no puede engañarnos acerca del concepto que tenían nuestros indios respecto a las relaciones de la luna con la tierra, ligadas con la humedad. Pintaban un recipiente en forma de olla llena de agua y dentro un conejo. El agua naturalmente indicaba la humedad emanada de la luna en forma de rocío; el conejo era el símbolo que correspondía al sur, el punto cardinal asignado a la tierra: las paredes del vaso, en forma de canillas, aluden a la misma tierra. Era esta la expresión gráfica de la idea que en el nuevo y en el viejo mundo se tenía de la luna con relación a la tierra.

De Huémac, dios que creemos lunar, gemelo de Quetzalcóatl, decían haberse ahorcado; y lo mismo decían los griegos de algunas diosas que tenían igual representación y fueron gemelas también. Artemis, llamada Diana por los latinos, fué una de ellas. En una tragedia de Eurípides, Calcas, uno de los personajes, dice antes de sacrificar a Ifigenia: "Hija de Zeus, cazadora de animales feroces, y tú disco luminoso alegra con tu esplendor; acepta la oblación que te hacemos". Artemis, el disco luminoso, la luna, aceptó el sacrificio de la doncella hija de Agamemnon, que había exigido para calmar el mar, pero cuando el sacrificador "tomó el cuchillo, recitó la plegaria ritual, examinó el cuello de la víctima para buscar el mejor lugar donde descargar el golpe... ¡oh portento! Todos escucharon el golpe, pero nadie supo a cuál tierra se fué la virgen... Yacía en el suelo un ciervo que boqueaba, enorme, fuera de toda comparación, cuya sangre bañaba enteramente el altar de la diosa". (Ifigenia en Aulis, 1570-1589). Al leer los hermosos versos del trágico griego no puedo dejar de acordarme que "hubo un gran ruido en el cielo y cayó un venado de dos cabezas", (Hist. de los Mex. por sus Pinturas, 237) venado que era Quilaztli, añade Durán, una diosa tierra, enlazada con la luna.

Ya conocemos el mito relacionado con la unión simbólica del sol y la tierra, o la luna. Ifigenia era una diosa luna. Pausanias, tomándolo de una obra perdida de Hesíodo, dice que por la voluntad de Artemis, Ifigenia se volvió Hécate, otra diosa lunar, y

añade "Herodoto escribe que los taurios en los confines de Escitia sacrificaban advenedizos náufragos a una doncella y dice que la virgen era una doncella, hija de Agamemnon" (I. XLIII. 1.) pero el mismo Eurípides en otra tragedia hace de Ifigenia una simple sacerdotisa de la diosa Táurica, en cuyo altar consagraba las víctimas humanas que se habían de ofrecer. (Ifigenia en Taurica) Que Ifigenia fuese otra diosa luna o una forma de Artemis, es el parecer de muchos mitólogos griegos.

A la misma Artemis, representante de la Luna, daban en una ciudad de Arcadia el extraño título de ahorcada, y fué, dice Pausanias, porque jugando algunos niños cerca de su santuario "encontraron una cuerda, la ligaron al cuello de la imagen de la diosa y dijeron que Artemis se había ahorcado". Se descubrió la travesura de los niños y "los de Cafias lapidaron a los muchachos". Artemis vió con desagrado esas muertes y manifestó su enojo castigando a las mujeres del lugar con alumbramientos prematuros, e ignorándose la causa, fué consultado el oráculo y respondió que para hacer cesar la calamidad "enterraran los cuerpos de los niños y anualmente sacrificaran en su honor, porque los habían matado injustamente". (VIII. XIII. 7). Los abortos y las monstruosidades, tanto en los hombres como entre los animales y aún los vegetales, nuestro pueblo los atribuye a los eclipses. Este fenómeno y el de las fases lunares, pudieron influir en los mitos de que la diosa luna se ahorcara.

Pausanias también nos dice que las doncellas de Rodas adoraban a Helena, cuya singular hermosura, según los poetas, fué causa de la destrucción de Troya. Le daban el título de Dendritis, la del Arbol, porque se ahorcó por sí misma colgándose de un árbol, según algunos, o por orden de Polixo, según otros. Es Helena una diosa primitiva que los poetas arrojaron del Olimpo para convertirla en heroína de dudosa y comentada reputación. Representaba a la Luna antes de Hesíodo y Homero, como creen Maury, Roscher, Welcker y otros mitólogos con ellos. Su nombre acaso tiene la misma radical de σελήνη, la luna; pero 'Ελενη, significa antorcha o tea y una canastilla de mimbres que acostumbraban llevar en la fiesta de Artemis Brauronia, así llamada por el lugar donde recibía adoración y que según dice Pausanias, era una de las imágenes de la Virgen del Tauro que se creía traída a Grecia por Ifigenia.

Las imágenes de Hécate, diosa luna que vimos identificada con ella, llevan por lo general una tea o antorcha en la mano y con una tea la describen cuando ayudó a Deméter a buscar a su perdida Core. La misma Hécate se ve en antiguos monumentos con la cestilla de mimbres que lleva el nombre de Ἑλενη, sobre la cabeza. Tea y canastilla eran emblemas sivaíticos en conexión con las funciones atribuidas a la luna. Los espartanos y atenienses adoraban a Helena, celebrando fiestas en su honor las doncellas y considerándola las matronas, como a las diosas representantes de la luna, abogada de los alumbramientos. Aquiles, considerado como un dios solar prehomérico, se pone en conexión con Helena cuando se lee en la Chipria de él que, deseoso de ver a Helena, consiguió, por medio de Thetis y Afrodite, una entrevista con ella: a los que en las costas del Ponto Euxino se les consideraba como celestiales esposos: Sol y Luna.

Hera, hermana y esposa de Zeus, criada y educada según Homero por los dioses acuáticos Océano y Thetis (Il. XIV. 202. 296) era una diosa terrestre cuyo sagrado enlace con Zeus, conmemorado solemnemente en Atenas, se interpreta por antiguos escritores como la unión del Cielo o el Sol con la Tierra. Mas era también desde muy antiguo una diosa Luna y, como tal, se honraba en el novilunio con fiestas y se buscaba su auxilio en los alumbramientos. Esto entendido, Zeus una vez la colgó de las nubes con las manos encadenadas y dos yunques colgados de los pies.

Las diosas luna en Grecia se imaginaban ahorcadas como Huémac entre los aztecas. Entre los dioses mayas dibujados en el códice de Dresden, hay una vieja diosa que no se ha podido identificar aún. Colgada del cielo con un lazo en el cuello, es una diosa ahorcada como Artemis, como Helena y Hera colgada de las nubes por Zeus. Solo que la maya es una diosa vieja, como era viejo el dios Luno de los nauas. "Había una diosa de los ahorcados en Yucatán", dice Cogolludo, y tal diosa no es difícil que sea la que vemos pintada en el códice de Dresden y creo bien puede ser una diosa Luna.

Me parece suficientemente demostrado que se llama gemelo Quetzalcóatl porque representa al sol y la luna, siendo el Sol su papel principal: la Luna, el de su hermano Huémac.

*
* *

Voy a tratar de algo que he leído, mas no recuerdo dónde, ni he podido rectificarlo porque el Sr. Prof. Dn. Antonio Villarreal, elevado al grado de General y Gobernador interino del Estado de Nuevo León por el Primer Jefe Dn. Venustiano Carranza, tuvo a bien que se destruyeran muchos de mis papeles y, con ellos, mis notas y otros muchos manuscritos originales o copias inéditas, papeles casi todos relacionados con nuestra historia: y porque el mismo funcionario hizo donación al Sr. Lic. D. Luis Cabrera y otros personajes, de los más raros y costosos libros de mi biblioteca, manuscritos, libros y apuntes, fruto de treinta años de estudios, pesquisas, trabajos y gastos erogados de mi peculio particular, adquirido por herencia legítima o por mi trabajo. He leído, repito, como prueba del autoctonismo de la cultura de nuestros indios, que las fábulas relativas a Quetzalcóatl no podían ser sino de origen centroamericano porque sólo en la América central se encuentra el ave cuyo nombre lleva como primer componente el nombre del dios que he llamado Ulmeca, derivado según el aludido escritor, de quetzalli, el trogo llamado quetzal como se demuestra por los jeroglíficos que se refieren al dios. Mas hay que notar que si el quetzal aparece entre los atavíos del dios, el modo más común de expresar su nombre en jeroglíficos es con la imagen de una serpiente emplumada o con penacho en la cabeza, proporcionando el fonetismo culebra con plumas, que es la traducción literal del nombre Quetzalcóatl. Discutiremos pues brevemente el primer elemento del nombre como lo hicimos con la doble acepción del segundo.

No fué el quetzal, el ave, el que dió nombre a sus plumas, sino fueron las plumas las que lo proporcionaron al ave. Llamaban quetzalcóatl los nauas a un pájaro de hermosísimo plumaje, el más vistoso y elegante de los trogos, llamado por uno de nuestros naturalistas, el Canónigo Dn. Pablo de la Llave, *pharomacrus mexicanus*. "Las plumas que cría el quetzalcóatl en la cola", dice Sahagún, "se llaman quetzalli, son muy verdes y resplandecientes: son anchas como unas hojas de espadaña, dobléganse cuando las toca el aire, resplandecen muy hermosamente. Tiene

esta ave unas plumas negras en la cola con que cubre estas plumas ricas, las cuales están en medio de estas negras. Estas plumas negras de la parte de afuera son muy oscuras y de la parte de dentro que es lo que está junto con las plumas ricas es algo verde oscuro y no muy ancho ni largo". (Sahagún III. 167).

La palabra *quetzalli* no la tomaron los nauas de las plumas del *quetzaltótotl* para significar con ellas una pluma larga y enhiesta, porque el mismo escritor nos hace saber que las plumas rojas de la cola y alas del alo guacamaya "llámanse *cuetzalin* que quiere decir llamas de fuego" y de unas avecillas que "tienen las gargantas muy coloradas y los codillos de las colas vermejos, el pecho verde, las alas y la cola, y se parecen a los finos *quetzales*", nos dice "que se llamaban *quetzalvitzili,* colibrí, con *quetzales* o plumas que llevaban este nombre". (Vol. III. ps. 171, 172).

La palabra *quetzalli,* con significado de pluma, la encontramos escrita a veces con la letra *q* seguida de *ü* y *e,* lo que denotaría que se debía pronunciar cue, como en efecto la vemos escrita en otros lugares, pero en el texto acabado de citar está con la *u* sin diéresis y así la vemos escrita en otras partes de la obra con la significación de pluma, como también encuentro ortografiado este nombre en el diccionario de Rémi Semeon con el significado que le da Sahagún a cuetzalli.

El adorno característico de los nauas salvajes era "un plumaje a manera de aventadorico redondo de pluma encarnada" que se ponían en la cabeza. (Sahagún III. 117) Entre las varias acepciones del verbo *quetza* está la de enderezar y erguir y el verbo *quetzallani* significa entrar en brama los animales. La raíz de *quetzalli* es seguramente la misma de *quetza* y de *quetzallani,* cuyo significado conviene al simbólico de la pluma como llama de fuego y ardor conyugal. Las plumas llevadas por los nauas salvajes tenían el nombre de *quetzalli* en la significación de cosa derecha o erguida; el segundo probablemente se lo dieron después del trato con los ulmecas. Rios traduce el nombre de Xochiquetzalli "el levantamiento o exaltación de las rosas" dando a *quetzalli* el significado que acabamos de indicar,

Al entrar los nauas a las regiones tropicales encontraron las guacamayas de pluma roja y dieron el nombre de *quetzalli* a sus plumas. Ya sólidamente establecidos en el valle de México, exten-

dieron el nombre a las de otras aves, aunque fueran verdes, y cuando por el comercio que establecieron con las regiones del sur, conocieron los trogos, aplicaron el nombre de *quetzalli* a sus hermosas plumas verdes conservando sólo la significación alegórica de llamas de fuego, que por el color no les convenía, pero sí por los reflejos metálicos. Sahagún nos cuenta la historia de la introducción de esas plumas mucho después de haberse separado las tribus unidas en Tamoanchan.

Establecidos los tlaltelolcas en su islote arenoso, comenzaron a dedicarse al comercio en tiempo de su primer tlatoani Cuaucuauhpitzauauc, muy entrado ya el siglo XIV. Los principales artículos del tráfico eran entonces "plumas de papagallos, unas verdes que se llaman *cuetzal,* otras azules que se llaman *cuitlatexotli* y otras coloradas como grana que se llaman *chamulli*". En tiempo de Tlacatéotl, el segundo de sus tlatoanis, "se comenzaron a vender y comprar las plumas que se llaman *quetzalli*", pero los grandes *quetzales* o sean las plumas del trogo *quetzaltótotl,* no entraron al comercio sino cuando los mexicanos dejaron de tributar a los tepanecas adquiriendo la independencia con el señorío de Itzcóatl en Tenochtitlan y de Coatlatoa en Tlaltelolco; fué entonces, cuando probablemente los isleños del valle extendieron su comercio hacia el sur. (Sahagún II. 335, 336).

Antes de esto ya era el alo o guacamaya y su congénere el papagayo, una representación simbólica del fuego y de los rayos solares, como se puede comprender por una curiosa noticia que se refiere a los nauas que vivían en el territorio que llamaron los españoles reino de Xalisco, puesta en confrontación con otra que cuenta el P. Lizana de los mayas de Yucatán. Al llegar los españoles al pueblo de Xalisco, hoy perteneciente al territorio de Tepic, el adoratorio principal del lugar estaba edificado en la forma piramidal común a todas nuestras tribus que poseían alguna cultura, y, en la plataforma superior, tenía en cada uno de sus ángulos sendos braseros para quemar incienso. Lo que admiró a Francisco Cortés y los soldados que llevaba, fué que después de una pacífica recepción que les hicieron los indios, la soberana que los gobernaba los llevó al templo y un papagayo que estaba en él "descendió a ponerse sobre el hombro de la reina que lo tenía domesticado" (Mota Padilla, Historia de Xalisco ps. 70 y 71).

Algo fuera de lo ordinario debía haber estado encerrado en un hecho que, a la simple vista, nada presenta de extraordinario. Sahagún nos hace saber que los indios tenían en sus casas papagayos domesticados, y verlos que vengan volando a ponerse en los hombros de quienes los alimentan, es cosa de todos los días. Si de un acontecimiento tan trivial se hubiera tratado, los españoles acostumbrados ya a ver papagayos domésticos, no se hubieran tanto maravillado de lo que se dice contemplaron. No creo, pues, que se trate aquí de una cosa que ellos vieron, sino de lo que acaso les fué referido. El cronista Tello, que habla también de la entrada de Francisco Cortés a Xalisco y de la recepción que le hizo la reina, nada dice del papagayo: hecho más parecido a lo que sucedía en Itzamal.

Había también una pirámide "que se llamaba Kinichkakmó; y era la causa, que sobre ella había un templo y en él un ídolo que se llamaba así, y significa en nuestra lengua Sol con Rostro, que sus rayos eran de fuego y bajaba a quemar el sacrificio a medio día; como baja volando la vacamaya con sus plumas de varios colores". Era esta guacamaya, un fuego que decían los indios bajaba "a medio día y quemaba el sacrificio" (Lizana Historia de Yucatán foj. 4. rev. y II) El nombre del ídolo de Yucatán se compone de cuatro elementos: *kin,* sol:*ich,* el ojo o la faz; *kak,* fuego y *moo,* guacamaya. Faz u ojo del sol, guacamaya de fuego era su nombre. Al traducir Lizana los dos últimos elementos del nombre de Kinichkakmoo, rayos de fuego, cuando literalmente significan guacamaya de fuego, nos da a entender que los mayas equiparaban los rayos solares a las guacamayas o más bien a sus plumas. El nombre del dios maya era simbólico y el mismo simbolismo de su nombre relacionado con la pluma de la guacamaya, debemos creer que envolviera el de Quetzalcóatl.

Ya antes de separarse las tribus encerraba el nombre del dios ulmeca este simbolismo de la pluma, como manifiestamente se ve en su nombre quiché Gucumatz, en donde el primer elemento *gug* significa ciertamente pluma, como se puede sacar de un testimonio del Popol Vuh, en que se dice que "estaban cubiertos con plumas verdes, *gug*", el creador y formador "las madres y padres que estaban en el agua, en una claridad abierta", y por eso "se llama Gucumatz". (Ximénez, p. 6). Afines a la raíz quiché *gug* y *gugum* son el tzendal *ghuchul* y el maya *kukul,* elementos de que

se forman los nombres del dios ulmeca en esas lenguas, Ghuchulchan en tzendal y Kukulcan en maya, siendo el segundo en todas ellas, *can, chan* y *cumatz* nombres de las serpientes en general como el naua cóatl.

Maat era una divinidad de la cuenca del Nilo compañera de Thot o Thahuti, uno de los dioses egipcios que más parecido tiene con Quetzalcóatl y era, como él, un dios Luno. Hija de Ra, el dios Sol, se le dan los títulos de Señora del Cielo, reina de la tierra, dueña del mundo subterráneo, que corresponden a la luna y que los griegos concedían a Hécate. Asociada a Ptah y Khnemu, dioses creadores y conservadores del universo, no puede caber duda que, como esposa o contraparte del dios Luno y compañera de los dioses que representaban el poder creador y conservador del universo, Maat hubiera tenido en un principio a su cargo la generación de los seres animados y la fecundidad de la tierra. Ahora bien, el símbolo indispensable de Maat es una pluma que sola, a veces, es la representación de la diosa y que dicen generalmente los egiptólogos, significa la verdad y la rectitud, en tiempos posteriores seguramente; pero al principio, dado el carácter mitológico de Maat con relación a Thot, Ptah y Khnemu, la significación primitiva de su pluma característica y de la pluma enhiesta, en general, debía corresponder, como el quetzalli del dios Ulmeca, a las funciones del numen con relación a la fecundidad y a su carácter lunar.

Dos plumas lleva como tocado el dios de la procreación por excelencia, Amen-Ra, y otros dioses y diosas ligados de algún modo con estas funciones, llevan tocados en que campean las plumas en consonancia con el significado simbólico de la pluma enhiesta, quetzalli, que dió el nombre a Quetzalcóatl. La primitiva significación de Maat, dice el Prof. Budge, es derecho, recto, hasta donde podemos alcanzar, la misma idea que se liga a la palabra griega κανών, es decir, una vara derecha, una regla de albañil, y finalmente una ley, una norma, un canon que gobierna al hombre y regula sus acciones; tales conceptos, primitivo y derivado, pertenecen a la palabra egipcia Maat. ¿Sería la pluma enhiesta en la significación simbólica que le daban los nauas, la que dió el nombre a Maat antes que un objeto derecho como la vara y la pluma enhiesta tuviera entre los egipcios una significación abstracta? Las plumas enhiestas de Amen-Ra me dan motivo para pensarlo así. Entre tanto la pluma de Maat nos hace ver que el

el nombre del dios Ulmeca con su significación simbólica, pudo muy bien haber venido del hemisferio oriental y que el nombre del dios, en vez de ser una prueba del autoctonismo de la religión de nuestros indios, puede muy bien demostrarnos lo contrario.

*
* *

Guiados por los relatos de las crónicas, muchos han querido ver en Quetzalcóatl, no la divinidad tutelar de los tolteca-ulmecas que en último análisis son las tribus mayas del sur, sino la de los tolteca-nauas o tribus que se fijaron al derredor de la cordillera de los Volcanes, deduciéndolo de las historias llamadas de los toltecas, entendidas en el sentido que les dan los antiguos escritores.

No falta quien, prescindiendo de las antiguas crónicas, así lo cree también trayendo como fundamento que Landa dice de Kukulcán haberlo tenido los mexicanos "por uno de sus dioses y llamado Cezalcuati", o sea Quetzalcóatl, como si no añadiera el mismo escritor, "que en Yucatán también lo tuvieron por dios" y no hubiera dicho antes "que con los itzaes que poblaron en Chichén Itzá reinó un gran señor llamado Kukulcán" que, a semejanza de lo que hacía Quetzalcóatl, construyó templos redondos en Mayapán. (Relación cap. VI).

Cualquiera puede ver, por los pasajes citados, que Landa sólo quiso decir que, al dios que los mayas llamaban Kukulcán y que él allí creía que lo adoraban porque los había conducido a Yucatán y allí los había gobernado, era el mismo que llamaban los nauas Quetzalcóatl, o sea un dios adorado por los mayas y los nauas, a quien cada tribu daba en su lengua el nombre que creía más a propósito para él; pero de sus palabras no se puede sacar que fuera naua el origen del dios, ni que adoraran otro los mayas con el nombre de Quetzalcóatl, mitológicamente distinto de Kukulcán, sin pervertir enteramente el sentido de las palabras del cronista yucateco.

Menos convincente todavía es la prueba tomada del Popol Vuh, en donde se dice: "es Tohil su ídolo de los yaqui que llaman Yocut y Quitzalcuat". (Ximenez ob. cit. p. 98) Los yaquis eran los na-

uas: Yolcut y Quitzalcuat era Youalliehécatl Quetzalcóatl y lo único que prueba la relación del Popol Vuh es que el dios quiché no era otro sino el naua, y si de origen se hubiera tratado, éste se habría atribuido a Tohil, como en efecto se lo atribuye el Popol Vuh, en donde parece que los yaquis admitieron como suyo el dios quiché dándole el nombre de Youalliehécatl-Quetzalcóatl.

El primer ídolo que salió fué Tohil, el dios de todas las parcialidades de los quichés: fué él quien comunicó el fuego a los otros pueblos tomándolos bajo su protección si le sacrificaban víctimas humanas, y entre esos pueblos más adelante se nombran a los yaqui-tepeu y a Tulhalha como los que estaban con los quichés y cakchiqueles esperando al sol; después de todo eso es cuando se lee en el Popol Vuh que "es Tohil su ídolo de los yaqui que llaman Yolcut y Quitzalcuat" (Ximenez ps. 86, 87, 90, 97 y 98). No es posible dudar entonces que lo dicho por el autor quiché no fué sino asegurar que los yaquis o nauas tomaron a Tohil por dios y a este dios le llamaron Quetzalcóatl.

Dice Ximenez del dios quiché Tohil, que es el mismo Toh, signo del noveno día del calendario que corresponde al maya *muluc* y al mexicano *atl, agua,* que nos hace recordar ser el agua el albergue del fuego que vive entre las nubes. El dios que domina en la trecena del tonalámatl consagrada a Ce Atl, encontramos en el códice Vaticano A. que era Nauiehécatl, cuatro vientos, dios de los mercaderes conocido con otros nombres, a quien, dice Ríos, hacían gran fiesta. Durán nos dice que el dios de los mercaderes era Quetzalcóatl (II. p. 119) y en los códices que parecen de origen oaxaqueño, lo vemos con su bordón de caminante guiando a los buhoneros, como también sacando fuego con los palillos. En el códice Vaticano B. la divinidad que corresponde a Ce Acatl es el dios del fuego, y en las ceremonias que hacían los mercaderes y describe Sahagún, el fuego es el centro de sus homenajes y podemos creer que este elemento era su dios principal. Yaqui significa en naua mercader, de modo que Youalliehécatl Quetzalcóatl era la advocación del dios ligada con el fuego en que se identificaba con Tohil, y en que lo adoraban los mercaderes nauas o yaquis, como los llamaban genéricamente los quichés. ¿De dónde puede sacarse la prueba que fuera un dios naua Quetzalcóatl?

Lo único que, con ciertos visos de argumento, pudiera aducirse como prueba del origen naua del dios, es lo que dice el Lic. Palacios de los pipiles que tenían pueblos en Guatemala y el Salvador y eran de origen naua, uno de cuyos dioses principales era Quetzalcóatl. En el tratado de los ritos y ceremonias y Dioses que en su gentilidad usaban los indios de esta Nueva España, leemos que "el ídolo llamado Quetzalcóatl, era de los mercaderes de esta tierra, los cuales residían en una gran ciudad que llaman Cholula". Durán dice lo mismo (vol. II. 113). Ahora bien, si los principales mercaderes de entre los nauas eran los cholultecas y el nombre que daban los quichés en general a los nauas era el de mercaderes, podemos inferir con toda probabilidad que el oficio de buhoneros que ejercían fué lo que hizo que fueran conocidos en esas regiones frecuentadas seguramente por los cholultecas, que supuesta la fama de que gozaban de mercadares ambulantes, natural era que llegaran en sus excursiones hasta Centroamérica y llevaran allá el culto de su dios considerado el numen de los comerciantes, y que Yacateutli y Nauiehécatl no fueran sino sinónimos de Youalliehécatl, con los cuales los buhoneros de México y Tlaltelolco entendieran invocar a Quetzalcóatl, el dios de los comerciantes cholultecas que se ve en los códices zapotecas con su bordón dirigiendo las caravanas.

La existencia en la América central de una tribu con el nombre viciado de chorotega en vez de chololteca, que vivía en Nicaragua cerca de la tribu Nicarao o Niquiran de filiación decididamente naua, confirma lo que decimos mejor que las narraciones, de autenticidad disputada, que traen algunos autores de la conquista de pueblos en donde se establecieron en esas regiones los mercaderes de Cholula. Admitidos como hechos ciertos los viajes de numerosas caravanas cholultecas a Centroamérica ¿qué dificultad puede haber en creer que la permanencia allá de alguna de estas grandes caravanas voluntaria o involuntaria, por no haber podido volver, hubiera dado origen a los pipiles del Salvador y Guatemala y a los niquiran de Nicaragua? De esta manera quedaría perfectamente explicada la veneración de esta tribu a Quetzalcóatl y este mismo culto que ellos profesaban al dios de Cholula resultaría una prueba de su origen, y a los mercaderes cholultecas se debería que fuese conocido en el sur el nombre naua de Quetzalcóatl.

Ninguno de los grandes señoríos de los nauas, con excepción de aquellos cuyas ciudades principales se decían fundaciones ulmecas, tuvo como dios tutelar a Quetzalcóatl, pero vemos que este dios era venerado también entre los zapotecas y mixtecas como se demuestra por sus pinturas; entre los tarascos, como se arguye por el mito que referiremos y por los templos cónicos que he visto en Michoacán; no faltan recuerdos mitológicos ni piedras esculpidas en que aparezca su imagen entre los totonacos y matlaltzincas, una de las cuales fué encontrada por mí en el Valle de Toluca, y su nombre lo encontramos traducido con más o menos fidelidad en los dialectos mayas de Guatemala, Chiapas y Yucatán.

Si era un dios naua Quetzalcóatl ¿por qué no lo consideraban como el tutelar de sus pueblos principales? Si ellos derramaron el culto por todas partes, ¿por qué hicieron con este dios lo que no hicieron los chalcas y acoluas con Tezcatlipoca, su numen tutelar, para ellos superior a Quetzalcóatl; lo que no hicieron los aztecas con Huitzilopochtli, los tlaxcaltecas con Camaxtli? Estos númenes son desconocidos fuera de los territorios nauas. De todo esto se deduce que los mixtecas, nauas y demás tribus que veneraron a Quetzalcóatl, si lo hicieron fué porque lo recibieron cuando introdujeron su religión los ulmecas, y con ella, la idolatría y los sacrificios; y esto consta en las leyendas mayas y nauas, que lo hicieron Itzamná y Kukulcán; Tohil y Cucumatz; Votán y Chucumats, que son el mismo Quetzalcóatl y Huémac, con quien se identifica.

Es cierto que en México se conservaron en mayor número los mitos y leyendas de este dios y mejor que en Chiapas, Guatemala y Yucatán: pero no es porque allá no hubieran existido; los pocos que nos quedaron allí demuestran lo contrario; sino porque no hubo cuidado en recogerlos. Remesal, que escribió la crónica de Chiapas y Guatemala, decía refiriéndose a los mitos de los indios "que esta materia está tan llena de cosas sin concierto y que tan lejos está de dar gusto al entendimiento con su substancia ni con su modo, que antes le fatigan y cansan leer cosas tan sin orden y que lo mismo es trasladarlas de la memoria o libros de los naturales o de los que los autores dichos escribieron, que imaginarlos el pensamiento más desconcertado del mundo". (Historia de Chiapas y Guatemala p. 302).

Estas opiniones, por desgracia, prevalecieron en muchas partes, y se habrían quizá despreciado aún en México los mitos de Quetzalcóatl, como se despreciaron muchos otros, si las creencias de los indios en la vuelta de este dios y el haber supuesto que Cortés era la divinidad esperada, no hubieran excitado la curiosidad de los primeros escritores para saber quién era ese personaje que esperaban los indios con tanta solicitud y ansiedad. De manera que, aunque desgraciadamente el concepto erróneo que muchos se formaron de este personaje mitológico, considerado como un hombre mortal, predicador de nuevas doctrinas, cambió enteramente el significado de las leyendas desvirtuando el sentido alegórico de los mitos y desechando como absurdos aquellos que no respondían al concepto que los escritores habían formado del personaje, es, entre los autores que escribieron en México los anales, ritos y ceremonias religiosas de los indios, en donde podemos mejor encontrar lo que se refiere al dios Ulmeca.

No fué ciertamente el dios primitivo de los nauas, que, si lo hubiera sido, no habría perdido la supremacía para dejarla en otras manos, pero lo admitieron con otros cuando recibieron la idolatría, y aunque posponiéndolo a Mixcóatl, Tezcatlipoca, Camaxtli y Huitzilopochtli que algunos creían fuesen hermanos o "Huitzilopochtli el padre de los otros dos", (Mendieta p. 91) Tezcatlipoca y Camaxtli, no por eso se le ofuscó enteramente la aureola de su primitivo y dominante poder. Para trazar su mitología no tenemos en donde elegir y para saber quién era el dios ulmeca, tenemos que recurrir al Quetzalcóatl que conservaron los nauas valiéndonos de los recuerdos de él y de sus mitos que conservó esa tribu.

Aún suponiendo que se hubiera conservado todo el sistema religioso que prevalecía entre las tribus mayas que encontraron los españoles, no por eso habríamos de adelantar más en el conocimiento del dios que trajeron los extranjeros venidos del oriente, ni por eso lo habríamos de ver exento de la influencia naua, puesto que en él de seguro, encontraríamos aquella mezcla de shamanismo que tuvo que infiltrarse en la religión que implantaron los ulmecas por el íntimo y prolongado contacto de éstos con los salvajes que encontraron en el país, especialmente con los nauas. Estos supieron introducir en la religión, que se hizo común a todos, su numen tutelar Huehuetéotl, unido con Tepeyolotli, y aña-

dieron al dios Ulmeca, el atributo de Youalliehécatl, el viento de la noche, sin esfuerzo ninguno, porque un espíritu de fuego o calor invisible, cabía perfectamente en el sol que se oculta por la noche para comunicar fecundidad a la tierra, y podía entrar en combinación con los instrumentos que producen ese fuego, amalgamando así el mito solar de los ulmecas con el sencillo simbolismo de los fetiches nauas, basados en la extracción del fuego del pedernal, que los extranjeros traían en sus palillos envueltos en el mismo simbolismo que antes ellos mismos habían tenido en el pedernal.

*
* *

No puede caber duda que el dios Ulmeca era un representante del luminar del día: lo vimos en el mito de las barbas del sol. Allí aparece el astro como el dios de los popolocas, palabra que significa extranjero, gente de diversa lengua, y bajo esta denominación, en el mito solar se alude a los ulmecas, con quienes habrían entrado en batalla los acoluas de Texcoco, si el dios Sol de los primeros no hacía alarde de su poder con un portento. Las modificaciones que pudieron haber admitido los nauas salvajes de Texcoco y demás pueblos de los lagos, al simbolismo con que ya estaba dotado el dios Sol que recibieron de los ulmecas, tenían que ser insustanciales porque ya venían formados sus mitos, y los salvajes no tenían sino fetiches y hechiceros, así es que, dándole la forma de un fetiche que ya tenía, y atribuyéndole un papel de hechicero con que poderlo concebir a su modo, hicieron del dios Sol un fetiche y un hechicero a la vez.

Estas cualidades de hechicero, que es muy probable haya traído en sí la divinidad ulmeca si por ventura no estaban comprendidas entre sus atributos, no podían influir en un cambio sustancial que afectara su simbolismo, ni con la incorporación de los númenes de las tribus salvajes a su mitológica personalidad. Los cambios accidentales de los mitos se reducirían entonces a las puerilidades propias de gente que no había ascendido aún ni al primer peldaño de la cultura, y éstas se unirían a los conceptos simbólicos de mentes de mayor alcance.

Mientras las tribus permanecían unidas, admitidos los cambios en la mitología y el ritual ulmeca, fué cuando se introdujo la idolatría entre los salvajes que no tenían sino espíritus y fetiches; al dividirse, las manifestaciones de los mitos, ceremonias y figuras sensibles, se fueron desarrollando conforme a las circunstancias que se agruparon al derredor de cada una de las tribus que se separaron en el lugar en donde se estableció de una manera definitiva cada una.

Sustancialmente el simbolismo mitológico permaneció igual en todas, cambiaron las formas y los accidentes. Ya la religión llevaba el sello peculiar que le marcó la unión, y el dios Sol de los ulmecas, con el dios fuego de los nauas y el espíritu de la tierra de los quinametin, que llevaba en sí materializados con las fábulas que les aplicaron los ulmecas, había formado los trazos indelebles del perfil que conservó en México, Chiapas, Guatemala y Yucatán, y podemos reconocer entre los mixtecas, zapotecas, tarascos y totonacos. La comparación que vamos a emprender entre los mitos de todas estas tribus que se relacionan con el dios que podemos pensar y la tradición nos dice que llevaron a México los extranjeros, nos hará ver si estamos en lo justo y son verdaderos nuestros asertos.

Las tradiciones de México, Guatemala, Chiapas y Yucatán están conformes en afirmar que los extranjeros introdujeron la religión entre los salvajes que encontraron en el país, y por las de los mayas y los quichés sabemos también que los extranjeros, o sea Quetzalcóatl, fueron los introductores de los sacrificios humanos; Tohil consintió en ser el dios de todas las tribus, dicen las tradiciones mitológicas de Guatemala y darles el fuego, más habían de darle víctimas para el sacrificio: a Tohil llamaban los nauas Quetzalcóatl. (Ximenez, o. y l. citado.) Los de Motul adoraban un solo dios hasta que llegó a Yucatán "un gran señor con gente llamado Kukulcán, que él y su gente idolatraba y de aquí comenzaron los de la tierra a idolatrar". (Relación de Martín de Palomar). En la relación de Santillana se agrega que éste a quien llamaban en lengua mexicana Quetzalcóatl, introdujo el ayuno, la penitencia y también los sacrificios humanos. Las tradiciones de los tzendales atribuían a Votan la introducción de la idolatría, mas como en Yucatán y en Guatemala según las tradiciones, cuando llegaron los mayas encontraron las tierras despobladas, las

tribus monoteístas y salvajes de quienes nos hablan las relaciones, no estaban en el sur sino fueron encontradas en la Mesa Central, en donde las tradiciones nauas nos dicen las encontró Quetzalcóatl y las quichés, que dicen allí recibieron a Tohil como a dios.

*
* *

En el himno que cantaban los nauas a Xochiquetzalli, se habla de Tamoanchan, la región celestial donde moraba la diosa, como de un mitológico sitio occidental. Era la contraposición de Tlapallan, de donde vino Quetzalcóatl para fundar en el poniente una Tula como la oriental. No confundamos la geografía y la historia con la mitología; vamos a tratar de Quetzalcóatl como personaje mitológico, viviendo y reinando en regiones mitológicas, y vamos a volver a su primitivo ser mitológico las leyendas que encontramos en los anales y crónicas euhemerizadas como tradiciones históricas. Ni Tula ni Tamoanchan están por ahora en el Estado de Morelos, sino en una región imaginaria del oriente o del poniente: porque si tenemos a Tula en Tlapallan, también la tenemos en Tamoanchan, y me parece ocioso, tratándose de una región a donde no tendremos necesidad de ir, ni se puede conocer, por no estar situada en la tierra, investigar dónde está y de cuál de ellas se trata en los mitos de Quetzalcóatl.

"Dicen los indios", escribe Motolinía, de Quetzalcóatl, "que fué natural de un pueblo que se dice Tula". (Memorial, pág. 84). Tanto en la explicación del códice Vaticano A. como en la del Telleriano Remense, el P. Ríos también nos hace saber que "decían que un dios llamado Citlalatónac, que es la señal que se ve en el cielo llamada camino de Santiago o Vía Lactea mandó un embajador del cielo con una embajada a una virgen que estaba en Tulan y se llamaba Chimalman que quiere decir rodela, la cual tenía dos hermanas, Tzochitlique y Conatlique". Quizá escribió Ríos Xochiquetzalli y Coatlicue. "Estando en su casa retiradas las tres, al ver al embajador celestial, se murieron de terror las dos y solo quedó Chimalman, a quien dijo el embajador, que aquel dios quería que concibiese un hijo, a lo que consintiendo ella, el embajador se fué de la casa y luego que escapó, concibió sin obra

de varón un hijo que se llamó Quetzalcóatl: dicen que es el dios del viento y sus templos son redondos a manera de iglesias y él fué el que los inventó". El mito narrado parece que se localiza en el pueblo de Tula y que, como persona real, Quetzalcóatl inventó los templos redondos.

Los que no creen en la sinceridad del escritor, atribuyen a su fantasía la semejanza evangélica de la narración: los que creen que el autor refiere lo que supo de boca de los indios, toman argumento de su relación para probar que el Evangelio fué predicado en México antes de la conquista, y los indios lo trabucaron. Yo creo en la sinceridad del P. Ríos, pero pienso también que, a pesar del colorido bíblico que les da ordinariamente a sus relaciones, estas nada tienen que ver con un pretendido conocimiento que hubieran tenido nuestros indios de la Sagrada Biblia, ni mucho menos esta fábula relación con el Evangelio.

No es raro el envío de embajadores en los mitos indígenas y del hemisferio oriental: los Señores de Xibalba, el mundo subterráneo, el lugar de los muertos de los quichés, los mandaban, y cuatro tecolotes o buhos eran los que nos dice el Popol Vuh, que llevaban sus embajadas; así en la India, el buho llevaba a veces los mensajes de Yama; la mitología griega está llena de embajadores de todas clases y no faltan en la egipcia. De modo que por la sola embajada no podemos deducir que nos demuestre un remedo del Evangelio: tampoco el modo preternatural de la concepción, porque de tales hechos sin concurso de varón no faltan ejemplos en todas las mitologías. En un mito frigio Agditis engulle una almendra y de allí tuvo origen Attis, y en uno quiché, Xquic concibe dos gemelos de la saliva de una calavera.

El mismo autor se encarga de quitar al mito, en otro lugar, aun la más remota semejanza evangélica, diciéndonos que "es Quetzalcóatl el que nació de la virgen Chimalma, en el cielo Chalchihuitztli, la piedra preciosa del sacrificio. Nació en Zivanavítzcatl", tal vez la Ziva de los mayas y el lugar de las espinas en donde estaba la real y mitológica Tamoanchan, al poniente, con relación al mar Atlántico por donde llegaron al país los terceros pobladores; al sur, con relación al Valle de México. "Fué él quien hizo el mundo", continúa Ríos, "y así le llaman Señor del viento porque dicen que Tonacateuctli, cuando a él le pareció, sopló y

engendró a este Quetzalcóatl. A este le hacían las iglesias redondas sin esquina ninguna. Este dicen que fué el que hizo el primer hombre". (Códice Tell. Rem.) Un soplo divino fué lo que produjo a Quetzalcóatl y por eso fué este dios el Señor del viento, engendrado por la suprema divinidad y nacido en el cielo Zivanavítzcatl.

Tonacateuctli y Citlalatónac, que Ríos nos asegura eran nombres distintos de la suprema divinidad, eran conocidos también con el de Ometeuctli. Decían de los dioses, nos hace saber el mismo escritor, que tenían mujer "cada uno la suya, *ancorché non per usare del matrimonio ma solo per compagnia*" (Códice Vaticano A.) No eran esposas, eran como ahora las llaman contrapartes femeninas, y cuando de algún par de dioses se dice que tuvieron hijos, no hay que entenderlo como una verdadera generación, sino como una creación, un producto, una formación, para la cual intervinieron los dos o para mejor decir, intervino el mismo dios con su doble aspecto y doble naturaleza, masculino y femenino. No es por demás advertir que cuando los dioses enteramente se humanizan por el euhemerismo de los autores, entonces, sí se consideran en los mitos como verdaderos esposos.

Las contrapartes femeninas de las tres formas bajo las cuales concebían los nauas al dios supremo: Citlalatónac, estrella resplandeciente: Tonacateuctli, Señor de nuestra carne, y Ometeuctli, dos veces Señor, eran respectivamente, Citlalinicue, Tonacacíuatl y Omecíuatl. Hay que notar de Tonacateuctli, identificado con Ometeuctli, que el autor de la Historia de los Mexicanos por sus Pinturas, hace a este segundo, sinónimo de Mixcóatl, (p. 229) y como Xochiquetzalli, por otra parte, está identificada con Tonacacíuatl, resultan como padres de Quetzalcóatl también Mixcóatl y Xochiquetzalli, que ya sabemos, esta última es Chimalma y Coatlicue, las tres hermanas de Tula que dice Ríos estaban juntas cuando fué concebido Quetzalcóatl y se identifican en una misma, la diosa Tierra. Los padre de Quetzalcóatl fueron entonces, según los mitos y leyendas: Tonacateuctli y Tonacacíhuatl; Citlalactónac y Citlalinicue; Ometeuctli y Omecíuatl; Mixcóatl y Xochiquetzalli, en suma el Cielo o el Sol y la Tierra.

El dios ulmeca tuvo también sus abuelos. Los dioses encargados de la creación, después de algunas cosas que crearon, "hicieron un hombre y una mujer: al hombre le dijeron Uxumuco, y a ella Cipactónal, y mandáronles que labrasen la tierra y que

ella hilase y tejiese y que de ellos nacerían los macehuales y que no holgasen sino que siempre trabajasen y a ella le dieron los dioses ciertos granos de maíz, para que con ellos ella curase y usase de adivinanzas y hechicerías, y ansí lo usan hoy día a facer las mujeres. Luego hicieron los días y los partieron en meses, dando a cada mes veinte días y así tenían diez y ocho y trescientos sesenta y cinco en un año". Luego hicieron los dioses a Mictlan, hicieron los cielos superiores más allá del treceno, criaron el agua y en ella un peje grande que se dice Cipactli "que es como caimán y de este peje hicieron la tierra". Cuando todo esto se comenzó a hacer, nació un hijo de Oxomoco y Cipactonal y le pusieron por nombre Piltzinteuctli. (Historia de los Mexicanos, ps. 229-231).

En todos nuestros cronistas primitivos se nota una marcada propensión al euhemerismo y cierta tendencia al acercamiento de los mitos a las narraciones bíblicas: era muy lógico y natural en quienes tenían, como fundamento, la fe inquebrantable en la divina inspiración de las Sagradas Escrituras. Por eso no hay que admirarse de que antes que se criara la tierra, ya se mandaba a los que dicen los primeros hombres que la trabajaran, y a la mujer que hilase y tejiese. Piltzinteuctli, que poco después se hace esposo de Xochiquetzalli, es siempre un dios de los cantares y las pinturas, y dioses tenían que ser sus padres que en esta redacción del mito se hacen hombres, hechuras de Quetzalcóatl aunque fueron anteriores a otros dioses y se llaman, en otro mito, los abuelos de Quetzalcóatl.

Piltzinteuctli era el dios del fuego doméstico, era igualmente un dios solar, como podemos deducirlo de las pinturas de los códices. En la mitología aparece de su nombre el Señor-niño, como alguno lo interpreta, que era el más joven de los dioses, mientras otro dios del fuego, Huehuetéotl, el Viejo-Dios, era el más antiguo. Así Agni, el dios del fuego entre los hindúes, era el más antiguo y al mismo tiempo el más joven de los dioses. (Keith, o. c. p. 34). Agni a veces se identifica también con el dios Sol. Como dios Sol era Piltzinteuctli, esposo de Xochiquetzalli y su hijo también. Osiris un dios solar de Egipto, que a veces se confunde con Horus y como él se representa con un halcón, fué esposo de Isis. diosa Tierra, mientras Horus, dios solar también se dice fué hijo de la misma Isis. El Sol poniente es el esposo de la Tierra, su hi-

jo es el Sol que nace y por esto Osiris era el sol nocturno y Horus el levante; lo mismo que Piltzinteuctli esposo e hijo de Xochiquetzalli.

Viendo los dioses que había hombres en el mundo, tenemos en otra versión, como no tenían libros que les manifestaran sus destinos, "estando en tierra de Cuernavaca en cierta cueva, dos personajes, marido y mujer, del número de los dioses, llamados por nombre Oxomoco y ella Cipactonal, consultaron ambos a dos sobre esto. Pareció a la vieja sería bien tomar consejo con su nieto Quetzalcóatl que era el ídolo de Cholula, dándole parte de su propósito". (Mendieta. ob. cit. p. 97). Aquí el carácter de Oxomoco y Cipactónal es enteramente distinto: no sólo dejan de ser creaturas de Quetzalcóatl, como en el mito que acabamos de ver, sino, por el contrario, este dios aparece como su nieto a quien consultan acerca de la redacción o arreglo del libro que necesitaban para que se rigieran los destinos de los hombres. Tal versión del mito está muy conforme con las antiguas pinturas, en algunas de las cuales se ve a Oxomoco y Cipactónal en la primera página del tonalámatl, echando las suertes con los granos de maíz. Los que declaraban las venturas de los que nacían, leemos en Sahagún, tenían el oficio de Oxomoco y Cipactónal. (II. 177). La misma Historia de los Mexicanos que hace de ellos indebidamente la primera humana pareja, pone la creación de los días y del calendario inmediatamente después de la de ellos, a quienes de todos los elementos solamente precedió en el sér el fuego, el más antiguo dios de los nauas.

Del arreglo de tonalámatl, el libro que confeccionaron con el nieto Quetzalcóatl, cómputo adivinatorio, cabalístico y astrológico, destinado a deducir los oróscopos de los hombres que nacían y la fortuna próspera, indiferente o adversa que a cada quien se le esperaba, dependía la suerte futura de la humanidad: y como los dioses mismos eran impotentes para cambiarla, si no con las mismas normas en ese libro establecidas, Oxomoco y Cipactónal tenían que ser superiores a las mismas supremas divinidades y por eso se hacen abuelos de Quetzalcóatl.

Entre los nauas de Nicaragua los dioses supremos toman el nombre de Tamagostad, confundido tal vez con el Tonacateuctli de México y Cipaltónal, que no es posible dudar fuera Cipactónal, principales dioses entre ellos, alimentados con la sangre y

los corazones de las víctimas para conseguir los cuales se había inventado la guerra. Entre los indios de Nicaragua la morada de esos dioses estaba en el cielo y en el oriente y se creía que las almas de los guerreros que morían iban a vivir con ellos.

El intérprete del códice Vaticano claramente expresa cuáles fueran las ideas de los nauas con relación a estas divinidades, Oxomoco y Cipactónal, cuando dicen que eran los padres de Tonacateuctli, el padre de Quetzalcóatl; superiores a los dioses supremos, debían de ser los Hados de los antiguos, que habían escrito el libro del Destino; tales eran los abuelos de Quetzalcóatl.

La Historia de los Mexicanos por sus pinturas nos hace saber que Tonacateutli y Tonacacíuatl, por otro nombre Xochiquetzalli, tuvieron cuatro hijos, el tercero de los cuales fué Quetzalcóatl, quien habiéndose caído el cielo se volvió el árbol llamado *quetzalhuéxotl,* sauce precioso, y con el auxilio de uno de sus hermanos y otros cuatro personajes, creados exprofeso para ello, lo pusieron en su lugar. (ps. 228 y 234).

El mito de Quetzalcóatl, en cuanto a su origen, es, por consiguiente, que fué hijo del dios supremo, engendrado de una manera extraordinaria en el seno de una virgen, la Ichpuchtli Xochiquetzalli o Chimalman, pero al mismo tiempo tuvo otros tres hermanos, creados o engendrados por el mismo dios y que era uno de los que sostenían el cielo con sus otros tres hermanos, o por mejor decir, eran los cuatro dioses hermanos, derivados del dios supremo, los que vigilaban los cuatro seres producidos por Quetzalcóatl en unión con uno de sus hermanos, para que estuvieran sosteniendo el cielo por sus cuatro cárdines.

La Historia de los Mexicanos nos hace saber cuales eran sus nombres, cuya corrección ortográfica me pareció sustituir a la viciada de la impresión que es la siguiente: Cotemuc, Izcoaclt, Itzmali y Tenesuche. El señor Orozco propone la corrección: Atémoc, Itzcóatl, Itzmalíyat y Tenoch. En vista de las deidades infernales nombradas, no con mayor corrección, por el intérprete del códice Vaticano y que se relacionan seguramente con los sostenedores del cielo, me parece que la corrección pudiera ser: Tzontémoc, Itzcóatl, Itzmáitl y Tenexuchtli, cuatro seres que podríamos considerar como hijos o creaturas de Quetzalcóatl. En Itzmáitl o Itzmaliyat no veo sino un corrupción náuatl de Itzamná,

dios maya sostenedor del cielo, que veremos no ser sino el representante yucateco de los mexicanos Huémac y Quetzalcóatl.

En resumen: Tonacateuctli y Tonacacíuatl, o Mixcóatl y Xochiquetzalli, dioses supremos, tuvieron cuatro hijos uno de los cuales fué Quetzalcóatl. Este produjo otros cuatro seres que eran los que sostenían el cielo y Quezalcóatl con sus tres hermanos los gobernaban cada quien en el lugar asignado. Tal era el mito esencial; pero veamos algunas otras versiones del origen del dios.

Los texcocanos y los chalcas decían que Tezcatlipoca había creado el viento "que apareció en figura negra como una grande espina sangrienta en señal de sacrificio". (Thévet, o. c. p. 31). Era Quetzalcóatl a quien vimos que lo pintaban negro y que llevaba clavado en la guirnalda el hueso puntiagudo de la penitencia y nació de la piedra preciosa del sacrificio y le llamaban "Señor del viento". Atribuimos a los texcocanos y a los chalcas la versión del mito, porque en el autor citado encontramos otros que él mismo refiere a estas tribus y porque como su dios tutelar era Tezcatlipoca naturalmente tenían que sublimarlo haciéndolo creador de Quetzalcóatl. ¿No vimos además en otros mitos que Tezcatlipoca se identifica con Mixcóatl? Por lo demás, chalca o texcocana, la versión no contradice al mito fundamental que la deidad suprema fué el padre del dios. Otra versión nos enseña que mientras Chimalma barría el templo encontró una piedra fina, chalchíuit, la engulló y así concibió a Quetzalcóatl. (Mendieta, p. 82). Refieren la misma los Anales de Cuautitlán con algunos interesantes adjuntos. "Huémac, el hermano gemelo de Quetzalcóatl, luego que subió al trono, trató de casarse con una señora llamada Coacuye, Coatlicue, la que fué educada por el demonio en el lugar llamado Coacueyecan, en el que tenía su casa. A ésta al estar en cinta le crecieron las caderas una brazada". (Anales de Cuautitlan, p. 24). He aquí la mujer gorda que tanto ha dado qué hablar a los paletnólogos europeos. Estatuitas de mujeres gordas se encuentran en muchas partes del Viejo Mundo en yacimientos prehistóricos y de ellas se han ocupado Piette, Reinach, Virchow y otros muchos entre los cuales Mosso que les dedica un capítulo de su obra "Le origini della Civiltá Mediterranea". Iguales a las encontradas en Malta tenía varias en mi colección encontradas en diversas partes de México, sobre todo en Michoacán y Morelos. De una muy notable por su desproporcionada gordura hago men-

ción en una obra que titulé Tamoanchan (p. 183, 184) encontrada por mí en Zamora, último reducto de los tecos, tribu náuatl, que vivió en Michoacán antes de los tarascos y fueron conquistados y absorbidos por ellos.

La mujer gorda no era el tipo de una raza que tuviera que ver con la esteatopigia de los negros africanos o con la costumbre de los messinecios del Ponto Euxino, de quienes narra Xenofontes que engordaban a sus hijos hasta conseguir que la circunferencia igualara a la altura de la persona. (Anab. V. IV. 12).

El texto de los Anales de Cuautitlan nos hace ver que la gordura no era real sino uno de tantos simbolismos que podemos explicar por lo que dice Proclo en sus comentarios del Trimeo: "La naturaleza inmensa está suspendida en la parte posterior de la diosa que vivifica". Diosa vivificante era Coatlicue, representante de la Tierra, y las estatuitas de las mujeres gordas eran, sin duda alguna, representaciones de esa diosa en México y en el antiguo mundo, indicándose con su desproporcionada gordura sus funciones de madre de la entera naturaleza.

En este mismo año Una Caña, prosiguen los Anales de Cuautitlan "nació Quetzalcóatl: fué llamado el pontífice Topiltzin, ce Acatl. Su madre fué Chimalma que se tragó una piedra preciosa y de allí tuvo a Quetzalcóatl. Se dice que Quetzalcóatl buscó a su padre, cuando ya era más prudente, pues había cumplido nueve años. Dicen que preguntó: ¿en dónde está mi padre? quiero conocerlo, quiero verle el rostro: y le respondieron: ha muerto; ya no existe; ahí está sepultado". Cavó, sacó los huesos y los llevó a enterrar al templo de Quilaztli. (Apen. Durán. p. 70). La fecha del nacimiento de Quetzalcóatl fué por consiguiente el año ce Acatl y por eso le daban este nombre. El intérprete del códice Telleriano nos dice, sin embargo, que Topiltzin Quetzalcóatl nació el año Siete Cañas, "chicome ácatl, y el día siete cañas se hacía una gran fiesta en Cholula y venían de todas las tierras y pueblos a esta fiesta y traían grandes presentes a los señores y Papas del templo y lo mismo hacían el día en que se fué o murió, que fué el día Una Caña. Caían estas fiestas de cincuenta y dos en cincuenta y dos años". Pero se contradice en la interpretación del códice Vaticano, en donde admite la opinión más común que "nació Quetzalcóatl el día que dicen una caña según su cómputo antiguo". (Ríos. Códice Vaticano A.) Admitiendo el año ce Acatl

como el del nacimiento, tendremos que admitir al de chicome Acatl como el de la muerte o desaparición de Quetzalcóatl. Estas fechas eran las que dice Ríos se solemnizaban en Cholula cada cincuenta y dos años, por consiguiente estaban ligadas con el calendario más bien que con el tonalámatl y esto nos podrá servir de clave al conocimiento del origen que tuvo la leyenda, porque si Quetzalcóatl nació sin concurso de varón ¿cómo es que buscaba los huesos de su padre? He aquí la explicación.

Para evitar repeticiones, suplico al benévolo lector crea bajo mi palabra lo que voy a decir, seguro de que si tiene paciencia para seguir leyendo mis escritos, verá que teniendo en qué apoyarse, no carece de fundamento.

Los nauas usaban cuatro símbolos para designar sus años: ácatl, caña; técpatl, pedernal; calli, casa; tochtli, conejo, y cada uno de ellos estaba relacionado con alguno de los puntos cardinales: ácatl, con el oriente; técpatl, con el norte; calli, con el poniente y tochtli, con el sur. Estaban igualmente relacionados con los cuatro elementos: ácatl, con el aire, puesto que en tal signo tuvo origen su dios y por eso se llamó Ehécatl o Ce Acatl, el dios del aire, Quetzalcóatl; técpatl, con el fuego, porque al principio se extrajo del pedernal; calli, con agua, porque la casa sustituyó entre los nauas como habitación a las cavernas de las montañas, en cuyas obscuridades subterráneas suponían encerrada el agua; tochtli, la tierra por el hábito de cavarla que tiene el conejo, su fecundidad y procreación en los agujeros que cava en la tierra. Cada uno de los puntos cardinales y de los elementos tenía un color simbólico que le pertenecía: el amarillo, al oriente y al aire; el rojo, al norte y al fuego; el blanco, al poniente y al agua; el negro, al sur y a la tierra. Los símbolos anuales, finalmente, representaban las estaciones del año: ácatl, la primavera; técpatl, el verano; calli, el otoño y tochtli, el invierno.

En las personificaciones de los elementos, mientras Quetzalcóatl representaba el viento y, por consiguiente, su lugar era el oriente: la tierra tenía varios representantes entre las diosas y dioses, comunmente dibujados, cuando representaban el sur, con una calavera, en vez de cabeza, u otros emblemas relacionados con la muerte. En la sucesión de los años, a I ácatl, el año del oriente representado por Quetzalcóatl, seguía: II técpatl, norte;

III calli, poniente; IV tochtli, sur, representado este último por dioses con emblemas de la muerte, huesos y la calavera ordinariamente. Continuando una nueva serie de años, venía V ácatl, de nuevo el oriente y Quetzalcóatl, y así sucesivamente. Los símbolos de los años correspondían siempre, en la serie, a los puntos cardinales: los ácatl eran siempre del oriente; los técpatl, del norte; los calli, del poniente y los tochtli, del sur; pero parece que no todos los pueblos tenían como inicial siempre el mismo de los puntos cardinales, porque, por ejemplo, se lee en la Historia de los Mexicanos que el primer símbolo era técpatl o el norte; en la relación de Teotihuacan, que era calli o el poniente; en la de Meztitlán, que era tochtli o el sur, y hay razones para creer, según la opinión de Clavijero, que ese mismo punto cardinal era el inicial de los aztecas, ciertamente inexacta si a los años tochtli atribuía el oriente y no el sur.

Imaginémonos una pintura simbólica con la sucesión de los cuatro puntos cardinales relacionados a los cuatro símbolos de los años con las imágenes personificadas de los cuatro elementos: quien ha hojeado nuestros antiguos códices rituales, ningún esfuerzo tendrá que hacer; podrá encontrar allí lo que desea. Comenzando por el sur la lectura de la lámina que vemos en el códice o en nuestra imaginación, allí encontramos un dios con una calavera y los huesos descarnados; de allí, pasando al oriente, que es la figura que vendría en seguida, encontraríamos a Quetzalcóatl. Ahora bien, al reducir la historia a esas dos láminas cronológicas ¿qué haríamos? Lo que hizo el autor de los Anales de Cuautitlán; decir que cuando Quetzalcóatl tenía nueve años sacó los huesos de su padre y los llevó a enterrar, porque como nació en el año I ácatl, el noveno de su vida habría sido IX ácatl, otro año del oriente que vendría después de VIII tochtli, año del sur, expresado con la calavera y los huesos; y no fué el V ácatl que presentaría la misma sucesión de signos, porque estaría entonces muy pequeño y no habría podido ejecutar la exhumación. ¿Pero cuál era el padre de Quetzalcóatl, cuando los mismos Anales de Cuautitlan nos dicen que nació de chalchíuitl engullido por su madre? Eran los huesos del dios del sur, representante de la tierra, y por eso se dice en el original mexicano que fueron enterrados en el templo de Quilaztli, diosa tierra y, como tal, representante del sur.

En los cuatro hijos que dice la Historia de los Mexicanos, tuvieron Tonacateuctli y Tonacacíuatl, encontramos indicada la sucesión de los puntos cardinales, pero conforme al punto de vista enteramente naua o azteca, porque el primer lugar, el oriente, se asigna a Tezcatlipoca; a Quetzalcóatl, como viento nocturno, el segundo; a Youalliehécatl, se le dedica el tercero, el poniente, el lugar mitológico en donde estaba situada Tamoanchán, y el cuarto se deja a Mixcóatl, que los mexicanos llamaban Huitzilopochtli y de los cuatro fué hermano menor, pero "nació sin carne, sino los huesos". (ob. cit. p. 229). Siendo Mixcóatl, a quien los aztecas llamaban Huitzilopochtli, el último de los cuatro hijos de los dioses supremos, el cuarto de los puntos cardinales, tenía que estar adscrito al sur, y por eso Huitzilopochtli, que lo representaba entre los aztecas, se decía que nació sin carne. La tierra era el elemento del sur, al recibir en su seno los cadáveres los vuelve huesos, y los huesos descarnados por eso eran los representantes de la tierra y del sur. Yama, dios de los muertos de la India, tenía también su reino en el sur.

He aquí el origen del extraño mito del nacimiento de Huitzilopochtli: pongamos a Quetzalcóatl en el oriente, el lugar que le corresponde y entonces tendremos la explicación, porqué lo hacían los indios, no sólo enterrar los huesos de su padre que no tuvo, sino lo constituían hijo de Mixcóatl o, como dice el intérprete del códice Magliavecchi, que "fué hijo de otro dios que llaman Mictlantecutli, que es el señor del lugar de los muertos" y, como vimos lo había creado Tezcatlipoca, por eso dice Tezozómoc que Tezcatlipoca era señor del Infierno. (Crónica p. 312). Todo esto con el único fundamento de que, en las pinturas, el sur, punto cardinal dedicado a la tierra, venía antes del oriente, punto cardinal dedicado al viento y a Quetzalcóatl.

Viendo las leyendas de Quetzalcóatl que se refieren a él como rey del señorío geográfico de Tula en este punto de vista, podemos fácilmente explicarnos como siendo de origen natural y estando en el oriente su reino mitológico, se le hace nacer en el sur, en Teohuitznáuac, el lugar de las espinas en vez del lugar de la abundancia y la fecundidad. Es porque en la rueda del calendario, primero está el reinado de los señores, imágenes de la muerte que dominan en el sur. De ellos pasa el reino a los del oriente, al Sol o a Quetzalcóatl. En las leyendas de este dios vuelto un

tlatoani vulgar en Tula, en que se hace hijo de Camaxtli o de Mixcóatl o de otro dios humanizado, se hace ir de otra parte a reinar o buscar los huesos de su padre. Ceácatl, hijo de Camaxtli, fué el primer rey de Tula según la Historia de los Mexicanos "porque los moradores de ella le tomaron por señor por ser valiente". (p. 237). Asesinado Totepeu, cuyo nombre está compuesto de *tó*, nuestro y *tepeu*, palabra de origen maya que significa señor, y nombre del compañero de Gucumatz en la obra de la creación, "dejó un hijo llamado Topilce el cual por honrar a su padre toma sus huesos, que no debía y entiérralos con mucha veneración, e hízole casa o templo como a dios". (Origen de los Mexicanos, 287).

Este fué, a mi parecer, el único origen que tuvieron los mitos relativos a los padres de Quetzalcóatl, fuera del dios supremo: las pinturas de los puntos cardinales, mitos inventados a la vista del simbolismo, que quizá maliciosamente quisieron ocultar a los religiosos misioneros al explicarles las pinturas, o así lo entendían ellos mismos. Tales mitos sólo bajo otros aspectos pueden relacionarse con el dios ulmeca.

Parecido fundamento tiene la fecha XVII ácatl, que se asigna a su muerte y desaparición. El ciclo de cincuenta y dos años estaba entre los nauas dividido en cuatro porciones de a trece años cada una llamada *tlalpilli* y cada uno de ellos comenzaba por uno de los cuatro signos de los años con el numeral I, *ce*, y estaba destinado a aquel de los puntos cardinales al cual correspondía el signo. El primer *tlalpilli*, o período de trece años, comenzaba por *Ce Acatl* y correspondía al oriente; el segundo comenzaba por *Ce Técpatl* y correspondía al norte; el tercero, correspondía al poniente porque comenzaba por *Ce Calli* y el cuarto al sur, porque su año inicial era *Ce Tochtli*. El año VII ácatl se encuentra en el tercer tlalpilli, el del poniente que contiene otros dos años *ácatl*: III *ácatl* y IX *ácatl*, y como los años *ácatl* siempre corresponden al oriente, siendo necesario asignar a Quetzalcóatl uno de los años del tlalpilli que comenzaba con *calli*, símbolo del poniente, se asignó el VII ácatl, por ser el número siete entre los años *ácatl* el de mayor significación simbólica. La muerte o desaparición de Quetzalcóatl significa la caída o puesta del sol o mejor aún el cambio de la estación, y como este acontecimiento fuera la caída del sol o el cambio de la estación había que fijarlo en el poniente; por

eso, para asignar esa fecha, fué necesario tomar un año *ácatl* del tercer tlalpilli *calli* y se escogió el *Chicome Acatl* como fecha de la desaparición de Quetzalcóalt; y tanto su nacimiento como su desaparición eran solemnemente celebradas cada cincuenta y dos años que según el autor de los Anales de Cuautitlan, fué la duración de su reinado o sea un período cíclico solar con relación al planeta Venus. El cambio de las estaciones del año en combinación con los puntos cardinales y los cuatro elementos ligados a ellos fué el perno en donde giraron los mitos del dios Ulmeca y la materia que dió origen al simbolismo de que fueron formados en el lugar de partida de los emigrantes que trajeron el dios.

Los abuelos de Quetzalcóatl fueron los Hados: los padres, el Cielo y el Sol y la tierra: él y sus hermanos, los cuatro soles de las cuatro estaciones, en los cuales estaban refundidos los cuatro elementos: sus cuatro hijos o creaturas, los cuatro puntos solsticiales, los cuatro sostenedores del cielo indentificados a veces con los cuatro hermanos o cuatro compañeros y, por consiguiente, con los cuatro elementos. Como estos cuatro elementos estaban relacionados con los cuatro soles o sea las cuatro posiciones del sol en los solsticios de invierno y verano, relacionados con el oriente y el poniente y confundidos con los dos equinoxios, Quetzalcóatl, como representante del sol, incluía a los cuatro elementos en su representación.

*
* *

Apenas era elegido un nuevo señor entre los indios del Valle de México dirigía un discurso a los principales del pueblo, y luego que terminaba, tomaba la palabra el que por su edad y merecimiento era el más respetable de los que lo habían escuchado y en su respuesta le decía: "Ya han rogado por vos nuestro señor todos los principales, nobles y generosos caballeros que están aquí presentes, y son tan estimables como piedras preciosas, y los hijos y descendientes de señores, reyes, senadores, hijos y criados de nuestro señor Tōpiltzin Quetzalcóatl, los cuales en los tiempos pasados rigieron y gobernaron el imperio y señoríos y para ello nacieron señalados, elegidos de nuestro señor Topiltzin Quetzalcóatl" (Sahagún II. 110). Este mismo Quetzalcóatl,

que daba los señoríos como representante del Sol, en otro discurso que hacían se hace aparecer como el que sitúa a los señores "al lado del dios del fuego, que es el padre de todos los dioses que reside en el albergue del agua y entre las flores que son las paredes almenadas, envuelto en unas nubes de agua. Este es el antiguo dios que se llama Ayamictlan y Xiuhtecutli; o por ventura los hace señores que se llaman Tlacatecutli y Tlocochtecutli" esto es, señores de los hombres, señores de los dardos: "o los pone en otra dignidad alguna más baja". (Sahagún. II. p. 115). Quetzalcóatl, el repartidor de señoríos y dignidades, se confunde con el dios del fuego Xiuhteutli, señor de las turquesas, que está envuelto en nubes de agua fertilizadoras de la tierra y tiene su albergue en el agua con cuyas corrientes se riega y fecunda; Quetzalcóatl, como el fuego así concebido, tiene cuidado de sus hijos, considerados como piedras preciosas, como cuentas de oro muy relucientes y pulidas.

En los ritos matrimoniales colocaban los nauas en los cuatro ángulos de la estera que debía servir de tálamo nupcial, cuatro manojos de cañas y en esa ponían algunas plumas y un chalchihuitl. (Clavijero I. 293). Eran los emblemas de la fecundidad, cuadruplicados por razón de los cuatro elementos que intervenían, y de los hijos que pedían a Quetzalcóatl. Por esto, cuando alguna criatura venía a este mundo, se le dirigía la palabra diciendo al neonato como si lo pudiera entender: "Cuando fuiste criado y enviado a este mundo, limpio y bueno fuiste criado y enviado a este mundo, y tu padre y madre Quetzalcóatl te formó como una piedra preciosa y como una cuenta de oro muy resplandeciente y pulida". (Sahagún II. 60) A Quetzalcóatl se llama padre y madre por representar los dos elementos fecundantes incluidos en los cuatro elementos.

Hace notar el Dr. Seler que cuando Moteuczoma mandó a Cortés las insignias de Quetzalcóatl, entre ellas iban no solo la librea peculiar de este dios considerado como dios del aire, sino también las de los dioses del fuego, del agua y dios Sol, considerando en Quetzalcóatl un conjunto de los atributos de estas divinidades. Hasta cierto punto esta es la idea que me parece estaba embebida en su nombre. La serpiente era símbolo que podía representar no solo a la tierra, sino a cada uno de los cuatro elementos y el quetzalli simbolizaba el fuego en especial y los rayos lumi-

nosos y abrasadores del sol que fecunda y alimenta. Filológicamente Quetzalcóatl significa culebra con ciertas plumas emblemáticas; simbólicamente, el sol que fecunda y rige, el fuego que calienta y los cuatro elementos que fecundan y completan la obra del fuego y del sol. Tenemos que ver si encontramos entre las tribus que suponemos haber recibido en Tamoanchan al dios que trajeron los ulmecas, los caracteres que conservaron los nauas de Quetzalcóatl.

*

* *

"Creían los indios de Yucatán, dice Cogolludo, que había un dios único, vivo y verdadero, que decían ser el mayor de los dioses y que no tenía figura ni se podía figurar por ser incorpóreo. A este llamaban Hunab-Ku", que puede traducirse el dios único, porque *Ku* es en maya el nombre de dios en sentido abstracto y génerico y *hun* es uno o único. De Hunab-Ku decían "que procedían todas las cosas y como incorpóreo, no le adoraban con imagen alguna ni la tenía": sin embargo, se sabía "que tenía un hijo a quien llamaban Hun-Itzamná o Yaxcocahmut". Tenía otro nombre el dios único, porque le llamaban Kinchahau, y fingían "que fué casado y que la mujer de éste fué inventora del tejer las telas de algodón con que se vestían y así la adoraban por diosa llamándola Ixzaluoh". Finalmente, "el hijo del dios único, que como he dicho sentían haber y le llamaban Hun-Itzamná, tengo por cierto, fué el hombre que entre ellos primero inventó los caracteres que servían de letras a los indios: porque a éste le llamaban también Itzamná y le adoraban por dios" (Cogolludo His. de Yuc. lib. IV c. VIII. p. 193-196). Encontramos una variante en el P. Beltrán de Sta. Rosa y es, que "el primero que halló las letras de la lengua maya e hizo el cómputo de los años, meses y edades y lo enseñó todo a los indios de esta provincia, fué un indio llamado Hinchahau y por otro nombre Itzamná". (Arte del idioma maya p. 16).

La dificultad está en si Kinchahau era otro nombre de Itzamná o de Hunab-Ku. Por otros testimonios que tendremos que citar después, se deduce lo segundo y esto me hace pensar que por ventura el P. Beltrán confundió a Kinchahau con Kinichkakmoo.

De todos modos encontramos el padre y la madre del Itzamatul que adoraban en Itzamal, y que es el mismo Itzamná hijo de Hunab-Ku, quien aunque no tan incorpóreo por haber tenido hijo y mujer, está, sin embargo, en las mismas condiciones que Tonacateuctli el padre de Quetzalcóatl, de quien dice Ríos no tenía templos ni altares ni sacrificios, porque no los quería.

En cuanto a la madre de Itzmaná, sucede como con la de Quetzalcóatl, que otras divinidades del panteón yucateco se disputan ese honor. Por de pronto el P. Román nos habla de una diosa que dice fué su mujer, aunque en sus palabras cambia los sexos de los personajes como sucedía en la Mesa Central con Mixcóatl y Xochiquetzalli. Me tomo la libertad de nombrarlos como es más ordinario hacerlo. Hubo en Yucatán "un marido y una mujer que eran dioses, y llamóse el hombre Xtzamná (Itzamná) y la mujer Xchel: a estos daban padre y madre: los cuales engendraron tres hijos". (Rep. Ind. II. 52). Del contexto de todo el mito se deduce que estos tres personajes no fueron los hijos, sino los hermanos de Itzamná: los primeros fueron cuatro también y esto se ve por la comparación de una historia singular que encontramos referida por el Sr. Las Casas.

De paso para Chiapas, dejó en Campeche al clérigo Francisco Hernández para que fuera instruyendo en la fe católica a los indios de esa parte de la Península de Yucatán. Pasó allí el clérigo algún tiempo y cuando volvió a reunirse con el prelado, le contó un portentoso descubrimiento que había hecho: los campechanos creían en el misterio de la Santísima Trinidad. Al Padre llamaban Izoma y éste había creado a los hombres: al Hijo le decían Bacab y su madre era la virgen llamada Chibirias o Chibilias, que estaba en el Cielo con dios y la madre de ella se llamaba Ixchel. El Espíritu Santo tenía por nombre Echuah, que significa mercader, y de él decían que "hartó la tierra de todo lo que necesitaba". El hijo Bacab murió con los brazos tendidos en un palo en donde estaba amarrado y resucitó al tercer día. "Si esas cosas son verdad", concluye su narración el Sr. Obispo de Chiapas, "parece haber sido en aquella tierra nuestra Santa Fe sabida. Pero como en ninguna parte de las indias habemos tal nueva hallado, puesto que en la tierra del Brasil se imagina hallarse rastro de Sto. Tomás Apóstol, así como aquella nueva no voló adelante: ciertamente aquella tierra de Yucatán da a entender cosas

muy especiales y de mayor antigüedad por las grandes, admirables y excesivas maneras de edificios y letreros de ciertos caracteres que en otra ninguna parte se hallan". (Historia Apologética de las indias cap. CXXIII).

No mentía el clérigo que estuvo en Campeche, pero tampoco creían los mayas en el misterio inefable de la Trinidad. El clérigo español adaptó los mitos a sus propias ideas, lo mismo que hacen muchos escritores modernos haciendo de los mayas, que resultaron trinitarios a los ojos de Hernández, dedicados al culto de los animales. Ni lo uno ni lo otro: los mayas no profesaban la fe en la Individua Trinidad, ni en la pasión y muerte del Divino Salvador, pero tampoco fueron zoólatras.

Cogolludo fué el primero que advirtió que Izoma no era sino Itzamná y sobre esa base podemos reconstruir fácilmente el mito. A Chibirias la identifican con la diosa Ixchebelyax "inventora de la pintura y entretejer en las ropas que vestían" (Cogolludo. 1. c.) su nombre se deriva de *chebel,* escoba y brocha o escobeta, y conviene notar que la escoba y la escobeta era un instrumento imprescindible en los ritos y ceremonias no menos que en el tocado de Toci, la madre de los dioses entre los nauas, identificada con otras diosas que representaban la tierra. Su madre Xchel estaba en el cielo y era la diosa Ixchel, que presidía a la medicina y obstetricia, y su nombre viene de *chel* o *cheel,* el arco iris. Siendo la madre de Yxchebelyax, como el dios supremo de quien era hijo Itzamná era uno solo, tenía que ser madre suya también y esposa de Hunab-Ku, identificándose con Ixzalouh. En ese caso las parejas divinas son: Hunab-Ku e Ixchel; Itzamná e Ixchebelyax, sus hijos.

Para el P. Román, Ixchel no fué la esposa del dios supremo sino de Itzamná. Son achaques de los mitos: lo mismo sucede con Quetzalcóatl cuya mujer fué Xochiquetzalli, a quien Ríos y otros escritores de nuestras antiguallas identifican con Chimalma y Tonacacíuatl, esposa de Tonacateuctli y, por consiguiente, madre de Quetzalcóatl. Estas diosas eran la Tierra en diversos aspectos y por eso ya se muestran como madres, ya como esposas de Quetzalcóatl e Itzamná, el dios Sol.

Bacab, el hijo que Hernández había dicho tuvo Itzamná, no era uno sólo: los mayas "adoraban cuatro, llamados Bacab cada uno de ellos. Estos decían eran cuatro hermanos a los cuales pu-

so dios cuando creó el mundo a las cuatro partes de él sustentando al cielo no se cayese". (Landa, ob. cit. p. 216). Tales eran los hijos de Itzamná que nos decía Román fueron tres confundiéndolos con sus tres hermanos que, juntamente con él vigilaban a los Bacab para que cumplieran bien con su oficio. Y con ellos tenemos completa la familia divina de Itzamná, que era, y no Bacab, el hijo del dios; y, para que procediera la semejanza que encontró Hernández y quedara virgen la madre, debía haber habido algún mito entre los campechanos que desgraciadamente no se puede traslucir sino en términos generales, que la concepción de este dios fué análoga a la de Quetzalcóatl, sin concurso de varón.

Echauh, el Espíritu Santo de Hernández, era el dios de los mercaderes, que si lo hace igual a Itzamná, puesto que entre los católicos el Espíritu Santo es igual al Hijo y al Padre en cuanto Dios, era porque en efecto debe haber sido una forma de él, como una forma de Quetzalcóatl era entre los nauas el dios de los mercaderes, al cual entre otros se daba el nombre de uno de los días del tonalámatl Nauiehécatl, cuatro vientos. La confusión entre Bacab e Itzamná, entre los cuatro Bacab y los tres hermanos del dios que encontramos en el P. Román y en la narración de Hernández, tiene su razón de ser, porque en las mismas ceremonias que tenían lugar en Yucatán a fin de año para honrar a los Bacab, se confunden éstos, verdaderos sostenedores del cielo, con los dioses encargados de los puntos cardinales y con las personificaciones de los cuatro elementos. Ahora sólo nos falta investigar de donde pudo haber sacado el clérigo español, la pasión, muerte y resurrección de Bacab al tercer día y no hay duda que fué de donde mismo se sacaron en los mitos de México la muerte y entierro de los huesos del padre de Quetzalcóatl.

Los cuatro símbolos del calendario maya, aún de una manera más patente, estaban relacionados con los cuatro puntos cardinales sus guardianes, los cuatro elementos y los sostenedores del cielo. Allí en Yucatán se solemnizaban el primero de los días llamados *xmakaba-kin,* días innominados, *nenontemi,* inútiles, en México: y eran los cinco que añadían a los 360 días de su año civil para ajustarlo a los 365 del año solar. Està solemnidad era con el objeto de propiciar a Bacab que tenía que reinar el año que se esperaba y alejar las calamidades que pudiera traer.

Al describir el señor Landa las solemnidades nos hace saber sumariamente las ceremonias que se hacían, los nombres que tomaban los Bacab y los dioses que los acompañaban. Además de éstos a cada Bacab correspondía un mal espíritu o demonio, no en el sentido cristiano de tentador, sino en el pagano que tiene la palabra griega de donde viene la nuestra: éste se llamaba Uuayeyab, nombre que ortografiado *u-uayeb-haab,* como lo hace el Abate Brasseur, significa el lecho del año, en donde el año se acostaba para descansar o morir. Preparaban para la solemnidad, entre otras cosas, una imagen de barro hueca del Uuayeyab personificado, correspondiente al año que iba a entrar, y la llevaban a la parte del pueblo situada en aquel de los puntos cardinales que correspondía al año que terminaba para llevarla de allí a la del año que iba a empezar, y "metían la imagen en un palo llamado *kanté,* cuando se trataba de solemnizar el primer Bacab; *chacté,* si se trataba del segundo; *zachia,* si del tercero y *yaxk,* si del cuarto.

La imagen del Uuayeyab, que con el cuarto Bacab tomaba el nombre de Ek-u-uayeyab, o sea el lecho negro del año, llevaba encima "una calavera, un hombre muerto y un pájaro cenicero llamado kuch". (Landa, ob. cit. 210 y sig.) El dios que celebraban como guardián del sur era Uac-Mitun-Ahau; o como otros, quizá más acertadamente prefieren leer, Vic-Mitun-Ahau, el señor de los siete infiernos, representado con una calavera o la quijada inferior descarnada. Esto nos indica el simbolismo de la tierra encargada al Bacab del sur; pero quien ignoraba esos simbolismos y oía contar que el Bacab del signo del día *Cáuac* era un hombre con una calavera por cabeza, que su lecho era negro e iba representado por un cierto palo con una imagen ensartada y un hombre muerto, o veía esta escena fúnebre representada en una pintura maya, ¿no podía pensar que se trataba de una parodia, de una caricatura de la crucifixión que el demonio, el verdadero demonio de los cristianos, hubiese sugerido a los indios? ¡Cuántas de sus ceremonias no creyeron los piadosos misioneros, con menores fundamentos, haber sido diabólicas imitaciones de nuestros ritos y nuestros misterios!

Dibujado en un códice ritual, el Bacab del año *Cáuac,* indicado con un glifo del día del mismo nombre, seguía inmediatamente el Bacab indicado por el glifo del día *Kan;* a éste el del

día *Múluc* y finalmente, el del día *Ix*, tercero después del fúnebre *Cáuac* del sur y año correspondiente al poniente. El lecho del año era entonces blanco, zac-u-uayeyab y el dios que los acompañaba, Itzamná; celebrábase la fiesta de principios de año en honor de Kinchahau-Itzamná, Itzamná, el Señor de la faz del Sol: era la resurrección del Bacab. (Landa, ob. cit. p. 226).

Con las ideas de la predicación del Evangelio en América, nacidas del héroe civilizador de las tribus del Brasil, Zumé o Tomé y las huellas de los pies encontradas en el sur y vistas con toda veneración por los indios; los mitos en Yucatán relativos a la llegada de Kukulcán y de Zamná, la poca inteligencia del idioma y las extrañas pinturas que los campechanos enseñaban y explicaban a su modo al clérigo Hernández, no me admira nada que hubiera encontrado de muy buena fe el misterio de la Sma. Trinidad, la muerte, sepultura y gloriosa resurrección de nuestro Divino Salvador; de lo que me admiro es que no hubiera encontrado íntegro el Credo de los Apóstoles, y aún parte del Evangelio y trozos del Antiguo Testamento como encontraron en México, entre las pinturas, mitos y explicaciones de los indios, otros más aventajados y conocedores del idioma que él.

El resumen de lo dicho demostrará hasta la evidencia que el mito de Itzamná no es parecido, sino enteramente el mismo que el de Quetzalcóatl, y que el nombre del dios naua y el del maya no son sino dos palabras diferentes para significar y denotar al mismo dios. Ixchel, diosa maya, sin concurso de varón, tuvo un hijo por obra del dios supremo Hunab-Ku: el hijo era Itzamná. Chimalma, diosa naua, sin concurso de varón, tuvo un hijo por obra de Tonacateuctli, el dios supremo también: era Quetzalcóatl. Itzamná tuvo tres hermanos y entre los cuatro regían los puntos cardinales. Quetzalcóatl tuvo tres hermanos también, encargados con él del gobierno de los cuatro ángulos del mundo. Hijos de Itzamná fueron los Bacab, sostenedores del cielo. Creaturas de Quetzalcóatl fueron los cuatro personajes que levantaron y sostenían el cielo. La única consecuencia lógica y racional que de la comparación podemos sacar es que Itzamná y Quetzalcóatl eran el mismo dios.

Pero había otro dios en Yucatán que por su nombre, serpiente con plumas, Kukulcán, literalmente se identifica con Quetzalcóatl, serpiente con plumas también. ¿Es Kukulcán otra forma

mitológica de Itzamná de manera que pueda decirse de ambos que no son sino un mismo dios igual a Quetzalcóatl? Estudiamos a este dios con relación a Huémac, en quien encontramos una personalidad tan parecida en sus atributos y operaciones a los de Quetzalcóatl, que no dudamos en opinar, con Ixtlilxóchitl, que Huémac era otro nombre de Quetzalcóatl; pero al mismo tiempo la diversidad y aún la pugna de ambos seres, que los separa y diversifica, nos hace pensar fueran dos distintas personas y los llamamos gemelos, autorizados por la doble acepción de la palabra cóatl, uno de los componentes del nombre de Quetzal-cóatl, la cual lo mismo significa serpiente que gemelo.

Ahora bien; las relaciones de igualdad y diferencia de los dioses nauas se encuentran también en los mayas Kukulcán e Itzamná, el segundo de los cuales, si se confunde con Quetzalcóatl, es también igual a Huémac en sus operaciones y atributos.

Cuando a Itzamná se le preguntaba su nombre respondía "yo soy el rocío y sustancia del cielo y nubes". ¿El rocío y sustancia del cielo y de las nubes, no es figuradamente el padre de los hijos de las nubes como vimos que tal se decía de Huémac? Kabul, nombre de Itzamná, quiere decir mano obradora. ¿Y no es obradora una mano grande y poderosa, significado del nombre de Huémac? ¿De qué otro modo puede manifestar su poder sino en las obras? Itzamná, en la advocación de Kabul, tenía en Itzamal su templo al poniente, aquel de los puntos cardinales que está relacionado con el elemento agua, con la oscuridad de las cavernas o las encrucijadas infernales con que en los monumentos y manuscritos mayas se simboliza en los glifos el día *akbal*, que, como uno de los cuatro símbolos anuales, pertenecía al poniente: y el agua, como elemento, y las cavernas, como habitación, correspondían a Huémac padre de los hijos de las nubes encerrado en la cueva de Cincalco.

Puesto que a Itzamná se le llamaba mano obradora y a Huémac mano grande y poderosa, es indudable que la mano, en sí misma considerada, tenía una significación simbólica; tanto más que en Michoacán se habla de los dioses de la mano izquierda y los de la mano derecha con relación al oriente y al poniente.

El simbolismo de las manos se encuentra también en el antiguo hemisferio.

Los iranios e hindúes parece que ligaban con el poniente y el oriente la mano izquierda y la derecha. Mano de oro era la derecha, mano de plata la izquierda. La mano en el este es un signo peculiar de Siva y aún parece que así lo comprendieron los medos, dice un escritor otras veces citado. Los vedas hablan frecuentemente de Savitri, el Sol de la mano de oro que perdió su brazo debido a los esfuerzos en el sacrificio y permaneció improductivo hasta que la divinidad le dió una mano de oro. (Muller, Science of Lang. p. 379). En el tercer encuentro que los Thuata-de-Dannan, tribu mitológica irlandesa, tuvieron con otra tribu no menos mitológica, los firbolgs, Sreng cortó el brazo de Nauda, rey de los primeros, que Diancerpt le restituyó poniéndole uno de plata, hecho por Creidne, que fué perpetuada en el escudo de Ulster. (Macculloch. Celtic Myth. p. 252). El irlandés Lug, el de la mano larga, y el gaelo Lugus, el de la mano firme, se creen dioses solares celtas llamados también Llew, Llaw y Gyffes en las Islas Británicas. La mitología teutónica nos presenta a Tyr manco por haber sido el único que se atrevió a meter la mano dentro de las fauces del lobo invernal Finris.

La mano de oro y de plata de los iranios e hindues pueden tener su paralelo en la mano poderosa y mano obradora de Huémac y Kabul, como la del escudo de Ulster tiene su compañera en las rodelas de las diosas de la guerra y la fertilidad. Xólotl, dios solar nocturno, y otros dioses solares llevan una mano blanca pintada en la boca y parte de la mejilla que bien puede compararse con el signo de la mano blanca de Siva, aunque algunos dicen no representar sino el numeral cinco llevado en el nombre de algunos dioses distinguidos por esa mano; lo que no se verifica en Xólotl.

El brazo, que vemos en las manos del negro Tezcatlipoca, es probablemente el de las Ciuapipiltin, mujeres que morían al dar a luz a sus hijos y que eran muy procurados por los guerreros y hechiceros. No sin razón juzgan muchos estos signos de las manos relacionadas con el poder fecundante del Sol y de la Tierra o de la luna y, por eso, se llaman de la derecha y de la izquierda, del oriente y del poniente, de oro y de plata o sea amarillas, el color del oriente; blancas, el del poniente: el punto fuerte de los hombres, la derecha; el débil de las mujeres, la izquierda, como lo veremos después.

En Yucatán, Itzamná, con relación a Kukulcán, puede muy bien decirse, que era como Huémac con relación a Quetzalcóatl; pero, para demostrarlo, tendré que meter la piqueta a la historia primitiva de los mayas para ir entresacando los mitos que contiene y así purificarla de las excrecencias que la deforman. Tendremos de nuevo que repetirlo: los mitos están mezclados con las tradiciones históricas.

Al admitir, como una de ellas, la venida de gentes de la parte de oriente con un jefe y la fundación de una colonia con una población llamada Tula, teníamos de nuestra parte la universalidad y constancia de la tradición, que los hechos, en vez de contradecirla, la favorecían. Las circunstancias y adjuntos carecían de la universalidad y no tenían los hechos de su parte. ¿Quién nos habla de los reyes tultecas, la sucesión de su gobierno, sus empresas guerreras, sus leyes y ordenaciones civiles y religiosas? Los autores que de ello tratan se reducen a los Anales de Cuautitlan, que nos dan una nómina descarnada de jefes, extendiéndose sólo en los pretendidos reinados de Huémac y Topiltzin, que, según acabamos de ver, eran personajes enteramente mitológicos.

La nómina de Ixtlilxóchitl no va de acuerdo con los Anales sino en lo que se refiere al mito, diversamente circunstanciado. ¿Qué fe podemos tener en lo demás cuando parece haber sacado sus historias de interpretaciones torcidas de las pinturas? Al solo Quetzalcóatl se reduce el reino de Tula, cuya memoria encontramos consignada en el anónimo autor que tradujo Thévet al francés; en la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, libro del cual decía el doctor Brinton "bajo cierto punto de vista es la autoridad de más valor que tenemos: tomada directamente de los libros sagrados de los aztecas y explicados por los indios más competentes que sobrevivieron a la conquista". (Amer. Hero Myths p. 78. nota 3). En el Origen de los Mexicanos, escrito no menos autorizado que el anterior, a los largos interregnos que sucedieron al de Topiltzin o Ce Acatl, se añaden los señores culuas, como lo hace también el manuscrito traducido por Thévet y el P. Román.

Sahagún y el P. Ríos, intérprete del códice Vaticano A., reducen al único Quetzalcóatl y Huémac, el soberano temporal, todo el reinado de Tula. ¿En cuáles fundamentos entonces podrá des-

cansar la historia circunstanciada del imperio tolteca? Lo mismo tendremos que decir de Yucatán. La única tradición histórica, no contradicha por los hechos y verificada por las tradiciones mexicanas, es que la tribu que se formó en México con los extranjeros que vinieron de oriente, del interior del país, emigró al sur y una parte de ella se estableció en Yucatán; pero era natural que los mismos mitos en que se envolvió la llegada y establecimiento de los extranjeros en México, se aplicara a Yucatán, adoptados a circunstancias especiales de las emigraciones y del país.

Dos fueron, según las crónicas peninsulares, las emigraciones que llegaron a Yucatán. "El cuarto ahau era el nombre del katun: en este llegaron la Gran Bajada y la Pequeña Bajada". (Libro de Chilan Balan de Chumayel). La gente de Yucatán, escribe el P. Lizana, "parte vino del poniente y parte del oriente y así en su lengua antigua nombran al oriente *likín* y es lo mismo que donde se levanta el sol sobre nosotros, y al poniente llaman *chikín* que es lo mismo que caída o final de sol o donde se esconde de nosotros. Antiguamente decían del oriente *cenial* y al poniente *nohenial. Cenial* quiere decir la pequeña bajada y *nohenial* la gran bajada". (ob. cit. fol. 3. rev.)

La más numerosa expedición fué la que llegó por el poniente y de ésta no puede caber duda que fué una emigración histórica, si histórica creemos la tradición que antes de llegar a Yucatán los mayas estuvieron en el interior de México. No tiene todos los caracteres históricos la emigración que leímos había llegado por el oriente, y los historiadores se confunden. Algunos, tomando como punto de partida las supuestas analogías entre el maya y los idiomas de las Antillas, de estas islas hacen venir la emigración oriental: otros, persuadidos que en Yucatán no habitó otra raza sino la maya, a las tribus que se establecieron en Centro América les hacen dar la vuelta por Belice para hacerlas por el oriente llegar a las costas yucatecas. Es posibe que esto aconteciera; pero precisamente el nombre de Bakhalal y Ziyancaan que dan las crónicas al primer establecimiento de los que llegaron por allí, me hace sospechar que no se trata sino de una Tullan-Tlapallan mitológica que en Yucatán se volvió Bakhalal-Ziyancaan, que significa lugar cercado de cañas al pie del cielo. Ni obsta el que se encuentre en esa dirección un punto llamado Bakhalal, como no obsta para considerar que Tullan-Tlapallan sea

un lugar mitológico, el que se hayan encontrado no uno, sino varios lugares con el nombre de Tula en México. Lo que hace sospechoso el nombre de Bakhalal, más bien que esta denominación que como un recuerdo pudieron haber dado los mayas a un lugar geográfico, es la añadidura de Ziyancaan que lo determina. Cuando un cristiano habla de Jerusalén a secas, entiende una ciudad de Palestina: cuando habla de la Jerusalén Celeste, entiende hablar de un lugar que no está señalado en el mapa.

Con los que llegaron por el poniente, dice Cogolludo, "vino uno que era como sacerdote suyo llamado Zamná, que dicen que fué el que puso nombres con que hoy llaman en su lengua todos los puertos de mar, puntas de tierra, esteros, costas y todos los parajes, sitios, montes y lugares de toda esta tierra, que cierto es cosa de admiración si así fué, tal división como hizo de todo, para que fuera conocido por su nombre, porque apenas hay palmo de tierra que no le tenga en su lengua". (Los tres siglos de la dominación española en Yucatán, vol. I. p. 232). Apuntemos de paso, que no salió de México Quetzalcóatl sin haber dejado a todos los lugares con sus nombres. Por ese mismo rumbo nos dice Landa que llegó Kukulcán, y el señor Las Casas, dice que llevaba veinte compañeros, declarados dioses de la pesca, de los campos, de las sementeras y las lluvias, (Historia. Ap. cap. CXXIII) y no sin razón se cree que, a semejanza de los que llegaron a Chiapas, estos dioses que arribaron a Yucatán, fueron los veinte signos del calendario que llevaba consigo Kukulcán. La llegada de Itzamná y Kukulcán por el poniente, es un paso que nos puede llevar a su identificación.

"Con los itzaes que reinaron en Chichén Itzá", agrega el mismo Landa, "reinó un gran señor llamado Kukulcán" (ob. cit. cap. VI). Concilió los ánimos divididos, fundó la ciudad de Mayapán, en donde construyó templos, y al mayor, "que es como el de Chichén Itzá, llamaron Kukulcán, y que hicieron otro redondo con cuatro puertas, diferente de cuantos hay en aquella tierra" ¿Y no fué Quetzalcóatl quien enseñó a fabricar templos redondos en México, y templos redondos le edificaban a él? Finalmente, después de algunos años, se volvió por donde había ido: en Champotón construyó dentro del mar un edificio en memoria suya y no se volvió a saber más de él. Desapareció en el mar, como una de las

versiones del mito nos dice de Quetzalcóatl. Aquí tenemos a Kukulcán reinando en Chichén Itzá con los itzaes.

So color de historia leemos otra variante del mito en el mismo Landa. Según contaban los indios, reinaron en Chichén Itzá "tres señores hermanos, los cuales según se acuerdan haber oído decir a sus pasados, vinieron a aquella tierra de la parte de poniente y juntaron en estos asientos gran población de pueblos y gentes, los cuales rigieron algunos años en mucha paz y justicia". Eran estos hermanos "muy honradores de los dioses y así edificaron edificios y muy galanos". Honorables, honrados y estimados por todos, vivieron hasta que "andando el tiempo faltó el uno de ellos el cual se debió morir, aunque los indios dicen salió por la parte de Bac-halal" (Landa ob. cit. p. 340). En el libro de Chilán Balán de Chumayel leemos que "los itzaes vinieron en cuatro divisiones llamadas los cuatro territorios. Una división vino del este de Kin Colah Peten: otra división vino del norte de Nocacob: otra división vino de las puertas de Zayuna al oeste: otra de las montañas de Canhik, las nueve montañas como se llama la tierra". Nombres mitológicos y no geográficos que aluden a los cuatro puntos cardinales y dan a los itzaes de Yucatán el mismo tinte fabuloso en sus principios, que tuvieron los toltecas.

Con ellos están ligados seguramente los hermanos que reinaron en Chichén Itzá, el cuarto de los cuales debe haber sido o Kukulcán, que también reinó allí, o Itzamná, que en todo caso sería igual. Cuatro fueron estos hermanos, como opina el anotador de la crónica de Chumayel y si juzgo yo que el cuarto debe creerse haber sido Itzamná, es porque tanto su nombre como el de los itzaes, tiene la misma radical *itz, rocío,* y lo más probable es que, en el mito, sea Itzamná de quien los indios decían que se había dirigido a Bac-halal. En Cholula tenemos, no cuatro hermanos, sino cuatro discípulos de Quetzalcóatl. Los de este pueblo, dice Román "por reverencia del gran rey y dios suyo llamado Quetzalcóatl que les hizo mucho bien, determinaron de tomar cuatro de sus discípulos, que entre ellos eran muy famosos y aquellos eran sus gobernadores y jueces, y muertos ellos quedaron sus hijos". De los descendientes de los discípulos "sacaban una cabeza que los regía a ellos, porque no fuesen muchos los que mandasen y así con este género de gobernación se sustentaban en toda paz". (Rep. de Ind. I. 293). Los tlatoanis de Cholula fueron descen-

dientes de los cuatro discípulos de Quetzalcóatl como los ahau de Chichén Itzá, los descendientes de los cuatro mitológicos fundadores del pueblo. Al partir Quetzalcóatl llevóse consigo a Ceteuctli, Matlalxóchitl, Otzomati y Timal "que fueron estos los mayores nigrománticos del mundo en Tula", para que lo acompañaran "a morir a Tlapallan por la mar del cielo arriba" (Tezozómoc ob. cit. 681). Los hermanos de Chichén y los discípulos de Cholula, así como los que acompañaban a Tlapala a Quetzalcóatl, son los cuatro representantes de los cuatro elementos y puntos cardinales que donde quiera van con él y con Itzamná.

En México perseveró el nombre de Quetzalcóatl en el sacerdote principal; en Yucatán, el de uno de los atributos de Itzamná y es por esto por lo que creí que fuera una histórica tradición el que los jefes teocráticos ulmecas llevaron el nombre y la representación de su dios. "Itzamná, llamado también con los nombres de Zamná e Itzamatul, es el que fundó el imperio de este pueblo; él es el primer personaje que se nos presenta como el patriarca o como el rey y sumo sacerdote de los mayas; y su nombre aparece como el primer soberano de esta nación". (Carrillo. Historia Antigua de Yucatán. p. 143). Así debe haber sido; el jefe de la emigración maya llevaría el nombre del dios Itzamná o Kukulcán, es lo mismo: en Chichén Itzá llevaba aún en tiempo de la conquista el nombre de Kinich-kakmoo una de las advocaciones de Itzamná. El año 1542, como se lee en la crónica de Chickulub, "Kinichkakmoo, sacerdote y Ahtutulxiú, señor de Maní se sometieron".

La fiesta de Kukulcán, que tenía lugar el XVI día del mes Kul, 8 de noviembre según el cómputo del P. Landa, llevaba el nombre de Chic-Kaban (ob. cit. 302). Si se lee el nombre Chic-u-Kaba, observa el Dr. Brinton, significa el nombre, la fiesta del fundador, derivando Chic de *chiich* fundar, según el diccionario de Motul, lo que probaría que no solo Itzamná se consideraba como el primer jefe de los mayas sino también Kukulcán: segundo paso para la identificación de los dos personajes. En México, en Texcoco y en otras partes el Sumo sacerdote llevaba hasta el tiempo de la conquista el nombre de Quetzalcóatl.

Filológicamente ya vimos que son iguales los nombres Quetzalcóatl y Kukulcán y todos los antiguos con muchos de los modernos escritores son de parecer que eran el mismo dios o, como

ellos lo creen, el mismo jefe. En cuanto al jefe solo puedo admitir la identidad del oficio y dignidad: en cuanto al dios, las relaciones son tales, tales los mitos que me veo obligado a seguir la opinión general: Kukulcán y Quetzalcóatl eran el mismo dios. La identidad entre Quetzalcóatl y Zamná o Itzamná me esforcé en demostrarla, porque no todos la admiten y tengo las pretensiones de haber conseguido. Admitido por una parte que Kukulcán y Quetzalcóatl son el mismo dios y que el segundo se identifica con Itzamná, cae por su propio peso que Kukulcán era el mismo dios Itzamná, lo que no podrá dejarse de admitir sin negar el principio de Aristóteles *quae sunt aedem uni tertio sunt eadem inter se.*

Esto no obstante, un docto americanista, asegurando que ambos dioses Kukulcán e Itzamná, no son manifiestamente sino diversas versiones del mismo, añade, sin embargo, que "los yucatecos mucho antes del tiempo de la conquista, ciertamente los consideraban distintos". (Brinton. Am. Her. Myths. 145). No lo dudo, pero en su origen fueron indudablemente uno solo o mejor, si se quiere, los gemelos de que hemos hablado: Huémac y Quetzalcóatl del mito naua, que mientras a veces se identifican, se muestran otras veces contrarios y antagonistas religiosos. Estas antítesis descubrió en los dioses yucatecos creyéndolos reales personajes, Dn. Eligio Ancona: admite que sus mitos sean tan parecidos que a veces se les confunda y se crean un solo dios, pero añade que "Zamná y Kukulcán, no solamente son distintos, sino que según todas las apariencias, son los jefes y representantes de dos religiones opuestas que se disputan en el antiguo Yucatán el imperio de las conciencias" (Historia de Yucatán vol. I. p. 42). Lo que sería enteramente exacto si se consideraran personajes históricos como los cree el autor.

Transportados a un terreno mitológico, como pudimos hacerlo con Huémac y Quetzalcóatl aun valiéndonos de las tradiciones creídas históricas, entonces muy bien se podrá concebir el antagonismo y la igualdad. Kukulcán y Quetzalcóatl son el mismo para el Sr. Molina Solis, pero no lo son Kukulcán y Zamná y además de apoyarse en que el P. Landa los distingue al parecer, se funda en las relaciones de Palomar y Santillana: trata históricamente la cuestión, y como históricamente admitimos un jefe sacerdote que

hubiera conducido los mayas a Yucatán, someramente la discutiremos por estar enlazada con el mito.

Decía Palomar, que los indios de Motul "tenían conocimiento de un solo dios que creó el cielo y la tierra y todas las cosas y que su asiento era en el cielo, y que estuvieron un tiempo en el conocimiento de este solo dios, al cual tenían edificado templo con sacerdotes, a los cuales llevaban presentes y limosnas para que ellos las ofrecieran a dios y esta manera de adoración tuvieron hasta que vino de fuera de esta tierra un gran señor con gente, llamado Kukulcán, que él y su gente idolatraba y de aquí comenzaron los de la tierra a idolatrar". El dios único de que trata Palomar, Cogolludo nos lo hizo conocer, es Hun-ab-Ku, y no dudamos que sea él porque cita precisamente el "diccionario grande", que es el de Motul: pero este dios no tenía templos ni sacerdotes, ni se adoraba en imágenes, ni con señales de un culto exterior que exigiera las oblaciones de los fieles.

Puesta en claro esta interesante particularidad, vengamos al testimonio de Santillana. "Después que los mexicanos entraron a ella y la poseyeron", la tierra de Yucatán, "un capitán que se decía Quetzalcóatl, en la lengua mexicana, que quiere decir en lengua nuestra plumaje de culebra y entre ellos a la sierpe le ponen este nombre porque dicen que tiene plumaje, y este capitán susodicho introdujo en esta tierra la idolatría y usó ídolos por dioses". (Molina. Historia de Yucatán p. XLIV. nota). Admite el Sr. Molina que, por lo menos, parte de los que formaron la totalidad de los habitantes de Yucatán, había estado en la Mesa central: "El pueblo que vino en esta primera emigración no se denominaba maya sino *chan* e indudablemente vino del interior de México" (ob. cit. p. XI). Debía entonces conservar no solo los mitos, religión, organización y costumbres que introdujeron allá entre los salvajes, sino algunos recuerdos de lo que en México les había acontecido, lo que fácilmente con el andar de los siglos, pudieron haber creído les había sucedido en Yucatán.

Cuando llegaron al sur las tribus mayas, el país estaba deshabitado, esto es lo que el P. Román nos dice haber sabido de los quichés que poblaron en Guatemala; y los mayas que se establecieron en Yucatán, formaban una familia etnográfica y lingüísticamente tan unida, que de ellos se puede creer lo mismo. "No hay memoria de que en Yucatán hubiese habido ninguna raza diferen-

te de la primera", es decir de la maya, "ni de que se hable en toda ella, y aun en los lugares circunvecinos, otro idioma que el maya o yucateco", nos dice el Sr. Obispo Carrillo, de Yucatán, hijo del país, por cuyas venas corría la sangre de los mayas. (Manual de Historia y de Geografía de Yucatán p. 74).

Si la cultura de Yucatán es maya; si en el país no hubo otra raza sino la maya que llegó allí con la cultura, esto quiere decir que no fué en Yucatán en donde se encontraron salvajes monoteístas sin culto exterior, sino que este encuentro fué donde antes habían estado, y allí fué donde Kukulcán, a quien llamaban los mexicanos Quetzalcóatl, enseñó la idolatría, y el culto exterior de los dioses. Los aztecas o mexicanos nunca se apoderaron de Yucatán; cuando fueron allá los nauas establecidos al sur, en las riberas del Golfo de México, y se suelen llamar nonoalcas y xicalancas, no fué sino a principios del siglo XV o fines del anterior cuando la cultura maya estaba ya en decadencia, y los llamaron los mismos mayas como auxiliares en sus guerras intestinas. Entonces no solo había templos, altares, ídolos y sacrificios en Yucatán, sino quizá no pocos de los monumentos levantados para honrar a los dioses estaban desiertos. Al triunfo del partido contrario al que favorecían los nauas, quedaron éstos en Yucatán viviendo en la provincia de Canul con el consentimiento de los mayas, pero a condición de que se habían de conservar retirados sin mezclarse con ellos. (Landa ob. cit. par. IX.).

Aun suponiendo que estos nauas hubieran ido conducidos por un capitán llamado Quetzalcóatl, ni ellos ni el capitán pudieron haber tenido la menor influencia religiosa entre los habitantes del país. No nos entretendremos en refutar argumentos históricos, porque aquí no consideramos a Itzamná y Kukulcán sino como personajes mitológicos, y si en efecto fueron dos las inmigraciones en Yucatán o históricamente se reunieron en Itzamal de los cuatro puntos cardinales, entonces muy bien pudieron haber tenido los jefes nombres distintos, y uno haber adoptado el de Itzamná, otro el de Kukulcán y Kinich-kakmó y Tutulxiú y llegar en épocas distintas.

Removidas las dificultades, queda establecido que Itzamná y Kukulcán eran para los mayas lo que fueron para los nauas Huémac y Quetzalcóatl, más o menos con los mismos nombres simbólicos y literales, unos en maya, otros en naua; y con mitos igua-

les conforme a la naturaleza de los terrenos. Plano y sin montañas es el suelo de Yucatán y, para desaparecer, Kukulcán se dirige a Champotón; Itzamná o uno de los cuatro hermanos de Chichén Itzá, a Bakhalal: ambos se pierden en el mar. El terreno de México es montañoso y Quetzalcóatl tiene que perforar un cerro para llegar al mar. Huémac, o se ahorca o se encierra en una caverna y permanece encerrado allí. Ambos personajes pueden ser imagen del sol; el uno cuando se levanta por el oriente para alegrar el día: el otro cuando se esconde en el ocaso para iluminar a los muertos. Como personajes distintos pueden tener también otra significación astronómica, el Sol y la Luna; Quetzalcóatl y Kukulcán eran el Sol; Huémac e Itzamná, la Luna.

El nombre de mellizo aplicado a Quetzalcóatl ha dado motivo a las más raras suposiciones. Dídimo se llamó al Apóstol Sto. Tomás y la semejanza del nombre, en cuanto a su significado, con el del dios ulmeca, no tuvo la menor parte en la creencia de que había sido el jefe de los extranjeros venidos por el oriente o el Apóstol u otro misionero católico que hubiera tenido el mismo nombre, Dídimo o Tomás; pero ya dejamos demostrado que los verdaderos gemelos nauas eran Huémac y Quetzalcóatl, los mayas, Kukulcán e Itzamná. Queda, por consiguiente, establecida la identidad del dios Ulmeca, pero nos falta averiguar si también entre los mayas este dios estaba ligado, como Quetzalcóatl, con los cuatro elementos y cuatro puntos cardinales.

*
* *

Kinichkakmoo, de quien hablamos ya, se cree fué un atributo o uno de los nombres que se daban a Itzamná en Yucatán. Yo creo que era una de las formas con que en el famoso santuario de Itzamal se adoraba al dios sol relacionado con los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos. El prototipo de estas formas era Itzamná. Kinichkakmoo estaba por su parte íntimamente relacionado con el fuego: "sus rayos eran de fuego y bajaba a quemar el sacrificio a medio día". Veamos quien era Itzamná y los dioses que estaban con él acompañándolo en el más venerado santuario de los mayas.

"Hay en este pueblo de Itzamal", dice Lizania, "cinco *cuyos* o *cerros* muy altos" en que estuvieron construídos los adoratorios de los dioses principales del pueblo. En uno, que supongo debe haber estado colocado al centro o al oriente de los otros, se veneraba el dios de las lluvias y las tempestades Chac, porque el lugar donde estuvo el templo o edificio destinado al culto, todavía en tiempo del autor, llevaba el nombre de Pop-Hol-Chac, "casa de las cabezas y rayos" y antes "allí moraban los sacerdotes de los dioses", que llevaban el mismo nombre de Chac, y eran, dice Landa, los que sujetaban a la víctima a la hora del sacrificio.

Otra de las pirámides estaba dedicada a Itzamná y también le puede convenir tanto el centro, por ser el dios principal, como el oriente porque le estaba encomendado el primero de los puntos cardinales. De ninguno de estos dos dioses indica Lizana la orientación de sus templos y ambos pueden ocupar cualquiera de los dos puntos que deja sin destinación, el centro y el oriente; por lo que dejamos la noticia como está sin entrar en una inútil discusión.

Al norte estaba la pirámide que ya mencionamos de Kinichkakmoo y al poniente, la de Kalul. Al sur, un poco cargada al occidente, se levantaba la que consagraron a Hunpictok, nombre que traduce nuestro autor, ocho mil pedernales y dice que "su oficio deste era el mayor" y la gente que tenía a sus órdenes "servía de sujetar los vasallos y obligalles a que sustentasen al rey". Kunpic, primer elemento de que se compone el nombre del dios, significa ocho mil; pero en el diccionario de Motul encontramos que *pic* se traduce "naguas de indias que les sirven de saya o faldellin ordinario para cubrir desde la cintura abajo, y son las blancas sin color ni bordado". *Hun* quiere decir uno y es una palabra que tanto entre los mayas cuanto entre los quichés, se suele agregar a los nombres de los dioses. *Tok*, el tercer componente del nombre, significa pedernal. Entonces el significado de la palabra Hun-pic-tok, es unas enaguas de pedernal: y no es nombre de un dios sino de una diosa de la tierra que tendría encomendada la guarda del sur, análoga a la Ciuacóatl de los nauas, cuyo nombre llevaba también la primera dignidad después del tlatoani, con los mismos oficios que dice el P. Lizana estaban encomendados a Hunpictok. El escritor confundió la dignidad y oficio con el dios o la diosa que resultó un capitán con un ejército de ocho mil lanzas. Kinichka-

kmoo y Kalul, si no eran como se cree, meros epítetos, advocaciones o sinónimos de Itzamatul o Itzamná, como más vulgarmente se llama al dios tutelar de Itzamal, estaban tan íntimamente ligados con él, que con toda exactitud podían llamarse diversas manifestaciones del mismo dios.

Tenían los antiguos, continúa Lizana, "un ídolo el más celebrado, que se llamaba Itzamat-ul, que quiere decir el que recibe y posee la gracia o rocío, o sustancia del Cielo: y este ídolo no tenía otro nombre, o no se le nombraban, porque dicen que fué este un rey, gran señor desta tierra, que era obedecido por hijo de Dioses: y cuando le preguntaban cómo se llamaba, o quién era, no decía mas destas palabras: *Itz en Caan, itz en Muyul,* que era decir: yo soy el rocío o sustancia del Cielo y Nubes. Murió este rey y levantaron altares y era Oráculo". Cuando vivía le consultaban acerca de acontecimientos en lugares remotos y tiempos futuros; sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos.

El templo situado al poniente estaba dedicado a él bajo el nombre de Kalul "que quiere decir mano obradora". No era cierto entonces que tuviera un nombre solo. Este era centro de grandes romerías "para lo cual habían hecho cuatro caminos o calzadas a los cuatro vientos que llegaban a todos los fines desta tierra y pasaban a la de Tabasco y Guatemala y Chiapa, que aún hoy se ve en muchas partes pedazos y vestigios della" (Lizana. Hist. de Yucatán, cap. IV). Cierta o no la extensión de las calzadas, su orientación nos enseña que el culto de Itzamná estaba relacionado con los puntos cardinales.

Tal era Itzamná que, como dios principal, dominaba sobre los otros dioses de los cuatro elementos incorporados en él o considerados como otras tantas manifestaciones suyas o atributos; Chac, el rayo, dios del agua, las lluvias y las tempestades: Kinichkakmoo, el ojo del sol, guacamaya de fuego, dios del fuego; Kalul, el mismo Itzamná como la mano obradora de portentos, dios del viento; Hunpictok, la de las enaguas de pedernal, diosa de la tierra. La orientación de sus templos es la que convenía a los elementos que representaban. Lo único que no nos ha quedado de la mitología yucateca para que pudiéramos decir que el dios principal adorado por los mayas era el mismo dios ulmeca reverenciado por los nauas, es el recuerdo de los abuelos de Itzamná, los Hados, que

deben haber existido una vez que su sistema cabalístico era enteramente igual al de los nauas y tenía que estar sujeto al principio fatalista, como este lo estaba. Otra tribu de filiación maya los conservó y en la mitología de los quichés podemos ver cuáles han de haber sido los abuelos de Itzamná, enteramente iguales a los de Quetzalcóatl.

*

* *

Se lamenta Ximenez de que los indios de su tiempo "también introducen en estos cuentos a un viejo llamado Xpiyácoc y a una vieja llamada Xmucané de que trae origen el que el día de hoy en todas las cosas por venir, los tienen como oráculos: y más en los nacimientos de los niños ellos son los que asisten y les dicen lo que han de hacer" (ob. cit. p. 158) y antes había dicho que el demonio se había querido vengar de Dios inspirando a los indios una divinidad suprema, lo mismo poderosa que supeditada "a una vieja llamada Xmucané" (ob. cit. p. 156). Los viejos de Guatemala tenían gran ingerencia en las predicciones de los acontecimientos futuros y en los nacimientos de los niños por el recuerdo que conservaban de un par de viejos llamados Xpiyácoc y Xmucané. Debían entonces haber estos tenido como Oxomoco y Cipactonal una ingerencia muy directa en la adivinación y los oróscopos. A los dioses que a eso atendían en México, los llama Ríos Huehue, los viejos por antonomasia, título que les da Ximenez a Xpiyácoc y Xmucané, a quien si el dios supremo estaba supeditado, era porque en cierto modo los creían superiores a él. Una tal superioridad debía obedecer ciertamente a las mismas razones porque los nauas hacían a Oxomoco y Cipactónal, padres del dios supremo y abuelos de Quetzalcóatl.

Quiere demostrar el P. Ximenez que, por el arte que había tenido el demonio en arreglar los ritos e inspirar las creencias de los indios, éstos malamente aplicaban a sus ídolos las enseñanzas que recibían, y así para ellos Hun-hun-ahpu, era el Dios que los misioneros les predicaban y Hun-ahpu, era el Hijo de Dios y "Xuchinquehali, que es la que en esta lengua llaman Xquic, era María Santísima" (ob. cit. ps. 146, 147). Xquic significa sangre. El caso de los indios de Guatemala y, si hemos de creer a Ximenez, de los

misioneros también, es idéntico al de Hernández en Campeche y nos sirve para deducir las relaciones que había entre las divinidades de los quichés.

Hun-hunahpu y Xquic eran los padres de Hun-ahpu. Ximénez traduce este nombre, un tirador, el Abate Brasseur, derivando el elemento *pu* de *ub* o *pub* cerbatana, añade, un tirador de cerbatana, y su etimología recibe la confirmación de los mitos del dios que aparece en ellos casi siempre armado de cerbatana; pero el Dr. Brintón prefiere la raíz *puz,* poder sobrenatural, como origen del nombre que se traduciría en tal caso: uno que posee un poder sobrenatural y Hun-hun-ahpu, el único que posee el poder sobrenatural. La etimología del Profesor norteamericano me parece más propia, racional y filológicamente más ajustada al idioma, pero a la vez al introducir los indios en los mitos la cerbatana como arma del dios, deben haber tenido presente el que esta arma estaba incluida en su nombre y de allí tomarla para hacer el arma favorita de un dios que mataba con soplos y con soplos destruyó al que se decía el sol y la luna Vocub-Caquix, siete guacamayas.

Hun-ahpu, a la vez que un dios solar, poseedor de un poder sobrenatural, era un dios del viento, que cargaba siempre su cerbatana significando que en su soplo estaba principalmente su poder y podía llamarse muy bien un tirador de cerbatana. Hun-ahpu para el Dr. Seler es la traducción quiché del nombre náuatl Ce Xóchitl, una flor, nombre del último signo del tonalámatl, convertido en el del héroe quiché "que al terminar sus proezas sube al cielo como el sol". (Cod. Vat. B. p. II). ¿Opina el sabio americanista que Ahpu significa flor? Parece que no, y que solo se refiere al signo prescindiendo del significado literal de las palabras.

Hay que tener presente para fijar la personalidad y paternidad de Hun-hun-ahpu conforme a la etimología del nombre que tomamos del Abate Brasseur, lo que dice el intérprete del Códice Telleriano Remense; a saber, que cuando a Tonacateuctli le pareció "sopló y engendró a este Quetzalcóatl". Al padre, como engendrador por medio de un soplido, y al hijo, como dios del viento, les convenía el nombre de un tirador de cerbatana, y para diferenciarlos, al padre se dice Hun-hun-Acpú, el único, podríamos decir explicando la palabra, que engendraba con el soplido y tenía que ser el dios Cielo, mayor que Hun-ahpú, el dios del viento y también el dios sol.

De otro gran dios de los quichés nos habla el Sr. Las Casas; llamábase Xbalenqué y de él decían los indios que fué "a hacer guerra al infierno y peleó con gran número de demonios. Venciólos y prendió al rey del infierno y a otros muchos de los suyos y volvió al mundo victorioso. Llegado cerca de la tierra, el rey del infierno pidió que no se le sacase de su lugar. Exbalenquen, que así se llamaba este gran dios, le dió en empellón y le volvió a su propio reino diciéndole: sea tuyo todo lo malo, sucio y feo. Viniendo vencedor, no le quisieron recibir los de Guatemala y Chiapa con la honra que era razón, por lo cual se fué a otra provincia a donde fué con grandes ceremonias recibido. Refieren que de este vencedor del diablo tuvo principio el sacrificar hombres". (Historia Apologética cap. CXXIV). Añade el P. Román, el cual también dice de Xbalenqué haber sido dios principal de Guatemala: que "Afirmaban que había bocas de infierno y que una estaba en el pueblo de la Vera Paz, llamado Coban y que le había *topado,* el diablo llamado Exbalenqué que fué el demonio que los persuadió a sacrificar hombres". (Rep. Ind. vol. II. 53). La edición reciente del P. Román que consulté trae la palabra *topado* del verbo *topar,* que nuestra gente del pueblo usa aun en el sentido de encontrar casualmente y entonces se indicaría que esa entrada al infierno la encontró Exbalenqué; la edición que vió el Dr. Brintón debe haber tenido *tapado,* puesto que dice que Exbalenqué cerró la entrada al infierno y cita al P. Román.

El nombre de Xbalenqué, que es como rectamente se debe escribir, Ximénez para traducirlo lo debe haber descompuesto así: *x* prefijo, señal de femenino y diminutivo a la vez *balam,* tigre, *quee* venado. Hay que advertir que *balam* significa también hechicero, profeta y cierta categoría superior de sacerdotes, lo mismo que, en cierto respecto, es un sinónimo de Bacab, los sostenedores del cielo. Escogiendo alguno de estos significados o acepciones figuradas de la palabra se podría traducir: el pequeño profeta, hechicero, o sacerdote venado, o el ciervo sostenedor del cielo, aunque ignoro si esta última acepción que se encuentra aún entre los mayas, se extendía también a Guatemala en donde muy pocos recuerdos nos han quedado de los sostenedores del cielo que deben haber tenido en los tiempos antiguos un papel tan interesante como en Yucatán.

En los mitos consignados en el Popol Vuh, Hun-ahpú y Xbalenqué aparecen constantemente como gemelos inseparables en todas las empresas. Los dos viejos primordiales, progenitores, como Ximénez traduce su nombre, Xpiyácoc y Xmucané, tuvieron dos hijos uno de ellos ya lo conocemos, era Hun-hun-ahpú, y el otro Vucub-hun-ahpú, quienes traidoramente fueron asesinados por los señores de Xibalba, el reino de los muertos. Estos señores del infierno Hun-Camé, una muerte, y Vucub-Camé, siete Muertes, entendiéndose por Muerte más bien el esqueleto, "hicieron poner la cabeza de Hun-hun-ahpú en el horcón de un palo en el camino". Apenas la colocaron allí "fructificó aquel palo que antes no tenía fruto" y lo que produjo "es lo que ahora llamamos jícaras", crescencia, quedándose confundida la cabeza entre los frutos del árbol sin que se pudiera distinguir. Es probable que los mayas de Yucatán hubieran tenido un mito por el estilo enlazado con las anonas, anona muricata, llamadas en maya *ob* u *oob,* porque jamás probaban estas frutas. La primera vez que llegaron los españoles a Chichén Itzá les llamó tanto la atención a los indios ver que los extranjeros las comían, que les comenzaron a llamar *ahmakopilob* y *ahdzudzopob,* comedores de anonas, mordedores de anonas. (Crónica de Chicxulub).

La nueva del árbol que maravillosamente había fructificado en Xibalba, llegó a los oídos de Xquic, virgen hija de uno de los habitantes de la región de los muertos, quien deseosa de ver el portento fué a ver el árbol y se le acercó diciendo: "¡qué hermosa fruta y qué hermosamente fructifica este árbol!: no me moriré ni me acabaré si yo cojo una de estas frutas. Entonces habló la Calavera que estaba en las cruces del árbol y dijo: ¿qué es lo que deseas? solo es hueso eso que está redondo en las ramas del árbol, esto, le dijo a la doncella, ¿por ventura lo deseas? Lo deseo dijo la doncella. Está bien, pues extiende tu mano derecha, dijo la calavera. Bien, dijo la doncella y extendió la mano derecha para arriba delante de la calavera". Hun-hun-ahpú cuya calavera hablaba a Xquic, escupióle la mano y esto fué suficiente para que la hija de uno de los habitantes de Xibalba se volviera la madre de Hun-ahpu y Xbalenqué. (Ximénez ob. c. p. 38).

Nacieron en el monte cerca de la casa de la abuela paterna, que no los quiso tener en ella cuando llegaron porque no dormían y dijo "andá arrójalos, y los fueron a poner en un hormiguero

y allí durmieron sabrosamente, y sacándolos de allí los pusieron otra vez sobre espinas". No los recibió en la casa y se criaron en el monte. (ob. cit. 44). Cuando crecieron, invitados a jugar a la pelota por los señores del infierno, éstos no los pudieron vencer y, triunfantes, volvieron a la tierra "y luego se subieron acá al mundo y en un instante subieron al cielo y uno de ellos fué puesto por sol y el otro por luna, cuando se aclaró el cielo, y también subieron los cuatrocientos muchachos que mató el Zipacna y éstos fueron compañeros suyos, y fueron hechas las estrellas del cielo" (Ximénez ob. cit. p. 78).

El Popol Vuh nos presenta constantemente juntos a los dos gemelos Hun-ahpú y Xbalenqué, pero esta no parece haber sido una circunstancia indispensable del mito, porque Ximénez sólo nos habla de Hun-aphú, como el que los indios creían que era el hijo de Dios, y por otra parte Román nos hace saber que era Xbalenqué considerado como uno de los mayores dioses de Guatemala. La relación del Popol Vuh es una de los versiones del mito, la única que nos ha quedado y por ella no debemos juzgar que el aspecto que allí presentan estos dioses fuera el único en que los consideraban los quichés.

Comparemos a esos gemelos con el gemelo Quetzalcóatl. Fueron sus abuelos, Xpiyácoc y Xmucané como Oxomoco y Cipactonal fueron los abuelos de Quetzalcóatl. Su madre Xquic que Ximénez dice era la Xochiquetzalli de los nauas asimilada a Chimalma, los concibió de una manera portentosa como la madre de este último. Su padre fué una calavera como se decía Mictlanteuctli, dibujado con una calavera, haber sido el padre de Quetzalcóatl. Pasaron sus primeros años haciendo penitencia y vagando por los montes como éste los pasó, y finalmente entraron al centro de la tierra para salir victoriosos convertidos en sol y luna, como éste atravesó el anterior de las montañas y se convirtió en el planeta Venus. Son las partes sustanciales del mito, los accidentes varían pero es igual la trama y sobre todo hemos encontrado dos circunstancias interesantes que podemos con certidumbre adjudicar a Quetzalcóatl como dios Ulmeca; tenía un hermano gemelo y sus abuelos eran los más antiguos dioses a cuyos decretos se plegaban los demás: eran los Hados.

*

* *

Las tribus mayas de Chiapas conservaban vivo el recuerdo y la veneración del dios Ulmeca, numen principal de los tzendales bajo el nombre de Votan. Otro dios tenían con el nombre de Chuchulchan, traducción literal de Quetzalcóatl, Kukulcán y Ghucumatz, del cual apenas conocemos el nombre y sólo por analogía podemos creer que sería para los tzendales, lo que fué para los mayas Kukulcán o para los quichés Ghucumatz. Algo mejor informados estamos de Votan y sus presuntos compañeros, y podemos reconocer en él, el trasunto de Itzamná, Huémac o Quetzalcóatl.

Lo que sé de los mitos de Chiapas lo debo al Sr. Obispo Núñez de la Vega, al Canónigo Ordóñez y a Cabrera que vieron, según dicen, un cuaderno escrito en lengua indígena, única fuente de donde tomaron lo que escriben. De ellos los voy a tomar a mi vez demostrando, paso a paso, lo que digo: que Votan no es sino el mismo Itzamná y Quetzalcóatl.

Llegó por mar, mandado por Dios "para repartir y dividir esta tierra de Indias" (Múñoz de la Vega. Constituciones del Obispado de Chiapas). Agrega Ordóñez, que era de la generación de Imox, traía su origen de Chivin y venía de Valum-Chivin, acompañado con otros llamados *tzequiles* porque vestían túnicas o jubones largos.

En el calendario tzendal, el primer día tiene el nombre de *Imox,* que equivale al *cipactli* de los nauas, y siendo que los días entre los tzendales tenían nombres de dioses, fundadamente podemos creer que el dios supremo ocupa el primer lugar del tonalámatl y sea ese el padre de Votan. El signo naua correspondiente a Ce Cipactli, era el que regía la primera trecena de tonalámatl, y en los códices rituales la divinidad que reinaba en él era Citlalatónac, Ometeuctli, Tonacateuctli, el dios supremo de la mitología de los nauas, y por analogía podemos deducir que Imox, el padre de Votan, fuera el dios supremo de los tzendales, como el dios supremo de los nauas era el padre de Quetzalcóatl y como el dios supremo de los mayas era el de Itzamná. Una ceiba era la ima-

gen de Imox, según el Sr. Núñez, y los indios decían que de sus raíces procedían los progenitores de la tribu, que, según Fuentes, eran los hermanos de Votan. El prototipo de la raza dominante en Europa según el Timeo de Platón estuvo incluído y se desarrolló de un grande árbol. Välum-Chivin pudiera ser en ese caso la Tulan-Tlapallan de los nauas, la Tulan-Zuiva de los mayas y los quichés, el oriente mitológico en donde está la casa del Sol. Los tzequiles en sus túnicas largas serían como los tultecas, que dice Durán "andaban con unas opas largas hasta los pies" (vol. II. p. 76)

El país a donde llegó estaba habitado, pero sus moradores eran ignorantes y salvajes y carecían de habitaciones. Tal es la tradición histórica de la llegada de Quetzalcóatl, aquí también envuelta entre los pliegues del mito. Votan los reunió en pueblos, les enseñó el cultivo del maíz y el algodón. Otra histórica tradición, mezclada con el mito, dice que él fué quien inventó los jeroglíficos que aprendieron a esculpir en las paredes de sus templos, cosas todas que, con ligeras variantes, se atribuyen a Itzamná y a Quetzalcóatl. (Ordóñez. Historia del Cielo y de la Tierra).

Era Votan "el Señor del palo hueco que llaman tepanaguaste", en mexicano *teponaxtli,* porque hacían uso de un tal instrumento para llamar a los fieles a ejecutar las danzas sagradas. (Núñez. —Ordóñez ob. cit.). Narra Mendieta que Tezcatlipoca mandó un mensajero a la casa del Sol para que de allí trajera cantores e instrumentos, y Thévet asegura que el enviado fué el dios del viento, o sea Quetzalcóatl. De vuelta de la casa del Sol trajo este dios "el atabal que llaman *néuetl* y el *teponaxtli* y de allí dicen que comenzaron a hacer fiestas y bailes a sus dioses". (ob. cit. p. 80).

El aspecto del dios del viento que se acerca más a Votan es, como lo veremos, el de Youalliehécatl, el viento nocturno, y los nauas adoradores de este dios, "la noche que le velaban, se pasaban en cantar con el atamboril que llaman *teponaxtli*". (Sahagún. III. 121). Daban a Votan los tzendales el nombre de Señor del teponaxtli, lo que manifiesta que no se equivocan quienes, considerándolo bajo distinto aspecto, lo identifican a Youalliehécatl Quetzalcóatl. El palo hueco de Votan no tiene que ver absolutamente nada con el Arca de Noé o las embarcaciones en general.

Cuatro veces volvió a Vallun-Chivin, dice Ordóñez, después de haberse establecido en el país. Los cuatro hermanos fundado-

res de los quichés no volvieron, pero antes de que desaparecieran dejaron dicho a sus hijos que lo hicieran y a su vuelta del oriente trajeron "las señales y signos de su reino" que les dió Nacxit, gran señor que reinaba allá. (Ximénez p. 117). Tezozómoc trae este nombre de Nacxit como un epíteto ó sinónimo de Quetzalcóatl y en ello podemos comprender la unidad del mito quiché y el naua, no como parece, una supremacia imperial del sacerdote y jefe ulmeca. Para Sahagún era Nácxitl uno de los hermanos de Yacatecutli, que no era sino Quetzalcóatl como dios de los mercaderes (vol. I. p. 32).

A Quetzalcóatl solo una vez mandó Tezcatlipoca a la casa del Sol para traer los músicos e instrumentos de que hablamos y allá vió que los músicos estaban vestidos de "blanco, rojo, amarillo y verde" (Thévet ob. cit. p. 32). Moteuczoma decía a Cortés que había venido dos veces; la primera cuando dejó a sus compañeros en México y se volvió al oriente; la segunda cuando los encontró ya establecidos y se volvió porque no lo quisieron recibir. Las cuatro idas de Votan al oriente, los hijos de los cuatro señores de los quichés que allá fueron y los cuatro colores de los vestidos de los músicos son la misma cosa; los cuatro puntos cardinales, que yo preferiría llamar los puntos solsticiales, relacionados al oriente y al poniente, las posiciones del sol que designan la extensión de la eclíptica en el cielo.

En uno de estos viajes Votan "vió la pared grande que se hizo desde la tierra hasta el cielo" y creen haber sido la torre de Babel con la consiguiente confusión de las lenguas, de cuya diversidad se hace mención también en el Popol Vuh: "Detrás de la piedra se les trocó su lenguaje, cuando vinieron de Tulanzú" (ob. cit. p. 99). La pared grande que llegaba al cielo era la peña simbólica, la piedra de que nos ocupamos en otro lugar, hecha por Mixcóatl para que bajasen del cielo "los cuatro hijos e hija que había creado": (Historia de los Mexicanos, 236) era, como lo veremos, el monte fabricado por los dioses Un Ciervo, para colocar en él su palacio, y que nos dice García llamaban los mixtecas "lugar donde estaba el cielo", al pie del cual vivían los gemelos que se llamaban Viento, ligados seguramente en el mito con Votan, y de allí que este dios de los tzendales hubiera visto la mitológica y simbólica pared que no era sino el amor, el vínculo de unión entre el cielo y la tierra, generadores de todo.

Cuando llegaron a México los colonos orientales encontraron las tribus nauas y quinametin, estas últimas ya subdivididas y hablando diferentes dialectos: esta es la diversidad de lenguas a que se alude en las tradiciones tzendales y quichés, tradición histórica que concurre con las otras a demostrar la verdad de su llegada a México, pero nada tiene que ver con la torre bíblica.

Antes de alejarse definitivamente del país, dividió la comarca en cuatro partes y en ellas colocó a los tzequiles que lo habían acompañado. Los cuatro viajes de Votan a Valum-Chivin se relacionaban con los cuatro puntos cardinales del espacio y los equinoxios con relación al oriente y occidente; y las cuatro divisiones del país, con los cuatro caminos de Xibalba. La misma división hicieron al establecerse los mixtecas; de esos mismos puntos llegaron los itzáes, y mitológicamente itzáes, tzequiles y toltecas son los compañeros del dios ulmeca. El mito puede estar de acuerdo con la verdad histórica, y lo creo probable, pero estas particiones en cuatro partes, tienen evidentemente un origen mitológico y no hay que tomarlas como hechos reales, si no se prueban con otros argumentos. En el caso de los tzendales hay una circunstancia que mayormente acentúa el origen mitológico de la división. Según Fuentes, vino Votan con otros tres hermanos y de los cuatro descienden las tribus de origen maya establecidas en Chiapas: (Ap. Pineda. Descripción Geográfica de Chiapas y Soconusco. 9) el mismo caso de los cuatro mitológicos hermanos que dieron origen a las tribus de Guatemala.

En el sepulcro de Seti I se encuentran pintadas cuatro razas, que se relacionan con los cuatro puntos cardinales y cada una de ellas está indicada por un grupo formado por cuatro individuos. Pandu fué un rey de Hastinapura en la India, de un carácter legendario; su nombre significa amarillo claro y se da en el país a la ictericia. Sus hijos los Pandavas, después de su muerte, se fueron a vivir a Indraprastha donde establecieron la capital de un grande imperio, para formar el cual emprendieron cuatro expediciones al este, norte, oeste y sur, que leemos en el Mahabarata, llenas de fabulosos detalles. Los cuatro hermanos y las divisiones de los países en cuatro partes conforme a los puntos cardinales, con un mito de origen solar euhemerizado en todas las naciones arianas, lo mismo que entre nuestros indios. Entre los celtas, los druidas del círculo o de la rueda llegaron de los cuatro puntos cardinales, como los pobladores de Itzamal.

Cuando partió Votan definitivamente, penetró en una cueva debajo de tierra y se dirigió a la raíz del Cielo. Ordóñez ob. cit.) En Yucatán no hay montañas y de los cuatro hermanos de Chichén-Itzá, el que se dirigió a Bak-halal al nacimiento del cielo, lo hizo sin necesidad de penetrar en cuevas. Hay montañas en México, y Topiltzin al dirigirse el mar empezó su camino "pasando por todos los más pueblos de la tierra, dando a cada lugar y cerro su nombre apropiado al pueblo y a la hechura del cerro, siguiéndole de cada pueblo mucha gente y tomó la vía hacia el mar y que allí abrió, con solo su palabra, un gran monte y que se metió por allí". (Durán II. 75, 76). Conforme a Tezozómoc, cuatro compañeros lo siguieron "y al cabo no vinieron a morir que los llevó su rey y señor Quetzalcóatl, ni están ahora en el mundo". (ob. cit. p. 681). Quetzalcóatl llegó en su camino a teoapan-ilhuicaatenco, donde están las divinas aguas, junto al firmamento. (Anales de Cuautitlán).

A esto mismo se reduce el mito quiché de los cuatro hermanos progenitores de las tribus de origen maya de Guatemala. Eran los cuatro hermanos Balam-quiaze, Balam-acab, Mahucutah e Iquibalam, que fueron creados por Tepeuh y Gucumatz, el Quetzalcóatl de los quichés; y en el nombre *balam,* tigre, en sentido figurado adivino, sacerdote, y en Yucatán ligado con los Bacab, puede identificarlos también el mito con los sostenedores del cielo, creados en México por Tezcatlipoca y Quetzalcóatl como en otra parte dijimos. En el mito quiché estos cuatro hermanos son los que conducen las tribus como que en Guatemala, históricamente, estaban divididas y el mismo Tohil, que vimos era la forma nocturna de Quetzalcóatl, Youalliehécatl, tenía diversos nombres según los diversos pueblos que lo adoraban; Aviliz y Hacabitz eran éstos, pero era el mismo dios.

Como estos cuatro conductores fueron creados al mismo tiempo, debían morir al mismo tiempo; pero en realidad no murieron como dice el texto quiché, sino desaparecieron después que los pueblos se habían levantado contra ellos. El mito tomó diversa forma histórica en Guatemala pero es el mismo. "Nos vamos a nuestro pueblo" decían a sus hijos los cuatro, "ya se ajustaron nuestros días", tenemos que volver, "mirad hijos nuestros que nos vamos y no volveremos, esto decían, estando todos cuatro

juntos en uno" y parece que uno en efecto se hicieron los cuatro antes de desaparecer, porque Balam-quitzé, el mayor de ellos, hizo un solo envoltorio, un fetiche, para que lo conservaran y a este fetiche, que representaba a los cuatro, le llamaban los quichés "la majestad y grandeza envuelta". Cantaron, lloraron y se despidieron, lo mismo que leemos en los Anales de Cuautitlan de Quetzalcóatl, recomendando a sus hijos que volvieran al oriente diciéndoles "andad a ver otra vez el lugar de donde venimos". Después "se perdieron de sobre el cerro de Hacabitz, y no se sabe qué se hicieron cuando desaparecieron" (Ximénez ob. cit. p. 114, 115).

El mito conserva un carácter más histórico, quizá lo hayan ajustado a hechos verdaderamente acaecidos y solo adicionados con fábulas y por eso no perforan el monte para desaparecer, lo hacen desde la cima, circunstancia que no contraría el mito en un país montañoso como Guatemala en donde se ve desaparecer el sol por los picos de las montañas. Los cuatro hermanos quichés son los cuatro elementos unificados en el dios Sol, como lo hemos visto ya en los mitos de México y Yucatán. Por eso de los cuatro se forma un solo dios en forma de fetiche.

*

* *

Hemos comparado con los mitos de las otras tribus los principales que se refieren a Votan; de otros nos vamos a ocupar al tratar de él en unión con sus compañeros o mitológicos hermanos, nombrados por el señor Núñez. Fué el primero Been "que dejó escrito su nombre en la piedra parada, que es un sitio que está en el pueblo de Comitán". El segundo fué Chinax "que fué gran guerrero" y lo pintaban con una bandera en la mano, pero "murió ahorcado y quemado en el nagual de otro gentil". De los cuatro "Votan es el tercero gentil que está puesto en el calendario y en un cuadernillo histórico escrito en idioma indio, va nombrando todos los parajes y pueblos donde estuvo". Es el cuarto Lambat, de quien nada dice en particular el señor Obispo.

Los nombres de estos gentiles, como él los llama, no son sino los cuatro símbolos de los años en el calendario de los tzendales y según el orden de los días, sólo a Votan corresponde el tercer lugar, "Been es el tercio décimo gentil del calendario", Chimax

es el décimo octavo y Lambat el octavo. "De los cuatro, nos dice el citado autor, se hace la cuenta por meses y días en los más de los calendarios, porque estos referidos debieron de ser los que más propagaron en estas provincias y así son los más celebrados y venerados como santos para señalar los naguales". (Constituciones. pgs. 9, 10). Como símbolos anuales del calendario, estos dioses tzendales corresponden a los símbolos mayas *Ben, Eznab, Akbal* y *Lamat,* usados en los monumentos y el códice de Dresden, y a los nauas *ácatl,* caña; *técpatl,* pedernal; *calli,* casa; *tochtli,* conejo.

De acuerdo con lo que dice el señor Núñez de los tzendales y se colige de lo que el señor Las Casas escribe de Kukulcán y sus veinte compañeros cuando llegaron a la península yucateca, Foersteman opina, con otros modernos escritores, que generalmente hablando, en todas partes los veinte días de las veintenas estaban dedicados a sendos dioses o señores. Tampoco faltan entre los nauas los veinte compañeros de Quetzalcóatl que deja en el país antes de marchar; porque según Ixtlilxóchitl, después de haber desaparecido Topiltzin, los tultecas que se quedaron se juntaron en Culuacan y allí se dividieron en cinco partes, una, de los nobles que eran *veinte* y tantos "y las cuatro restantes que se fueron hacia las cuatro partes del mundo". (vol. I. 58). He aquí la división cuaternaria de las tribus y los veinte jefes como en la mitología de Chiapas, Yucatán y aún Guatemala.

Ce Acatl entre los nauas, *Hun Batz* entre los quichés y los dioses *Un Ciervo* en las tribus de Oaxaca, con otros ejemplos que pudiéramos citar, demuestran que no sólo los mayas y los tzendales, sino todas las otras tribus tuvieron los símbolos de los días ligados con alguna divinidad que pudo, en los principios, haber sido estelar en conexión con las constelaciones o los planetas.

Los cuatro símbolos, que pudieran llamarse fundamentales porque marcaban los años, deben haber sido, como entre los tzendales, principalmente reverenciados, y como vemos, en ellos estaban incluidos los cuatro sostenedores del cielo, los cuatro dioses sus guardianes y los cuatro elementos con ellos.

A los Bacab "puso dios cuando creó el mundo a las cuatro partes de él sustentando el cielo", y éstos eran entre los nauas los *tzitzimime* Ilhuicatziquique, que dice Tezozómoc eran "ángeles

del aire sostenedores del cielo". (ob. cit. p. 358). Cuando llegaron los españoles a Yucatán, los cuatro símbolos anuales mayas ya no eran los que nombramos sino Kan, Muluc, Ix y Cáuac, correspondientes a los nauas *cuezpallin,* lagartija; *atl,* agua; *océlotl,* tigre y *quiauitl,* lluvia; pero quedaron al parecer asociados a las mismos divinidades, de modo que nos podremos, con toda libertad referir a unos u otros.

La divinidad que se asociaba en Yucatán al primer Bacab, Ben de antiguo compuesto, era Bolon Zacab, que el P. Landa asocia a Kan del nuevo; la divinidad del segundo era Kinchahau; la del tercero, Itzamná; la del centro, Uac-Mitun-Ahau. Vamos, pues, a ver si hay alguna relación entre los dioses tzendales compañeros de Votan y las divinidades mayas de los Bacab u otras que, entre las de los mismos mayas o nauas, pudieran estar ligadas con ellas.

Been, dice el señor Núñez, dejó su nombre escrito en una piedra parada en Comitán. Con todos los Bacab en general, dice Landa, va unida "una piedra que allí tenían de un demonio" o sea, representante de una divinidad, "llamada Acantún"; y esta piedra o imagen de un dios era amarilla, roja, blanca o negra, según el color del Bacab a que se refería o cuya representación era, y Acantún, uno de los nombres de los Bacab, sostenedores del cielo. El Prof. Brinton deriva la etimología de Acantún de *acan,* participio pasado del verbo *actal,* erigir, y *tun,* piedra, dando a la palabra *acantun* el significado de piedra enhiesta y así fué la piedra que Been erigió con su nombre en Comitán. Al erigirla en un determinado lugar, se colige que la piedra de Been no sería la común de todos los Bacab que erigían los mayas en todos los pueblos de Yucatán.

Pineda nos habla de una piedra que estaba cerca de Comitán en Chiapas y él cree pudiera ser la que Been erigió en su nombre, que se borró por las injurias del tiempo. "Been viajó por todo el departamento, dejó señales diferentes en los puntos y pueblos principales por donde pasaba. La más notable que existe hasta el día, es una piedra parada en figura de lengua o lanza, de dos y media a tres varas de largo y dos tercias de ancho, en la cual escribió su nombre. Como a seis leguas hacia el poniente de la ciudad de Comitán, cerca del campo nombrado Quixté, se en-

cuentra una que carece de inscripción, sin duda por el transcurso del tiempo". (Descrip. Geogr. del Dep. de Chiapas y Soconusco. Bolt. de la Soc. de Geogr. y Est. vol. III. p. 346).

La piedra descrita es un verdadero *menhir,* como llaman a esa clase de monumentos los modernos anticuarios. El autor que citamos habla de otros que se ven en Chiapas y muchos por el estilo también existen entre las ruinas de Yucatán y la Huasteca. No dudo que muchas de estas piedras enhiestas se relacionen con el culto de los Bacab, como divinidades que estaban unidas a la fecundidad de la tierra y aumento de los seres vivientes, especialmente el del oriente, punto cardinal favorable a la abundancia, cuyo Bacab tenía el nombre de Hobnil "que era su agüero", dice Landa. La palabra literalmente significa vientre y, en sentido figurado, sustancia y vida, que se aplicaba al cielo y a la tierra en frases como ésta: *u-pan-uleu, u-pan-cah,* que quieren decir en quiché, literalmente, vientre de la tierra, vientre del cielo y, en el Popol Vuh, se aplican a Tohil. "Oh tú Tohil, Avilix y Hacabitz, vientre del cielo, vientre de la tierra y cuatro esquinas, sólo hay paz en tu presencia". (Ximénez. pgs. 31, 32).

La denominación de *cuatro esquinas* que se le da al dios quiché, no puede referirse a otra cosa sino a los puntos cardinales y con ella vimos que a este dios se enlazaba Nauiehácatl y Youalliehécatl Quetzalcóatl; antes habíamos visto también que se enlazaba con una piedra simbólica, el Teocómitl de Mixcóatl, unión de los principios generadores, cielo y tierra o sol y tierra.

Tengo que llamar a la memoria que, tratándose de mitos, hay que dejar olvidada la geografía. Comitán, en donde Been dejó la piedra con su nombre, es una palabra náuatl compuesta de *cómitl,* olla, y se dijo ya que la raíz *com* de donde se deriva es común al maya y al náuatl, con idéntica significación. En náuatl Comitán o Comitlán, que es el verdadero nombre del pueblo, significa lugar de las ollas. Hablé en un capítulo anterior del dios maya Cum-Ahau, el señor de la olla, y la piedra enhiesta colocada por Been en Comitán, responde admirablemente a las piedras enhiestas que, con el nombre de Teocómitl, olla divina, se colocaban en los templos de Mixcóatl como dios de la fecundidad, y al dios maya Cum-Ahau y al nombre de vientre del cielo y de la tierra, que le daban los señores que ayunaban a su dios Tohil en Guatemala.

"Tzutuha, que se ve en Cahbaha, fué el nombre de otro edificio, donde estuvo la piedra, que adoraban todos los Señores y todos los pueblos". Ante esta piedra o ídolo, "se quebrantaban los ayunos", y entonces "quemaban copal ante el ídolo Tohil" (Ximénez. ob. cit. p. 130). Era la dicha piedra una representación de Tohil, que tenía conexión con los elementos fuego y agua, elementos de la fecundidad que por fuerza tenían que estar ligados con Been como signos de los años cuyo correspondiente náuatl era *ácatl,* la caña, símbolo que eminentemente designaba la fecundidad.

El *teocómitl,* olla divina, de que en otro capítulo hablamos ya con mayor extensión, puede tener un paralelo en el Undry de la mitología de los celtas de Irlanda. El Undry era un inmenso caldero siempre lleno, con cuyo contenido se podía alimentar toda la humanidad. Pertenecía a Dragda o Dragodevo, llamado dios de la tierra, que moraba en sus profundidades, que entre los irlandeses era algo semejante a los reinos de Plutón, en cuanto a que se consideraban como el laboratorio de la fecundidad. (Dict. of non Clas. Mythology. ar. Darga). Las inundaciones del Nilo, causa de la abundancia y fertilidad del país, dice Horapolo, que se indicaban con tres ollas "porque según los egipcios, eran tres las causas que las producían". Pintan una porque el terreno egipcio por sí mismo produce agua; otra por el océano, porque en el período de la inundación sube el agua de allí a Egipto, y la tercera para simbolizar las lluvias que dominan en el sur de Etiopía en el tiempo de las inundaciones. Tláloc y otros dioses de la fecundidad y la abundancia producida por las lluvias, se pintaban con ollas en México. La olla y el caldero eran emblemas de abundancia de mantenimientos allende y aquende el mar.

El dios maya Bolon-Zacab, que correspondía a este Bacab, no aparece en ningún otro de los documentos que conozco. Su nombre significa siete granos de maíz, humedecidos primero y calentados después para hacerlos reventar. Los mexicanos le llamaban ízquitl y nosotros esquite, a esa clase de maíz.

El mismo Landa nos hace saber que ofrecían en la fiesta determinado número de esos granos, que llama zacab, y debían ser siete, o siete veces siete, que se quemaban con el incienso: pero no nos dice cuál fuese el simbolismo que encerraban. Es con se-

guridad el dios naua Itzquitécatl, uno de los dioses del vino, y, por consiguiente, de la fecundidad de la tierra. "En el signo que se llama Ce mázatl, en la segunda casa que se llama Ome tochtli, hacían gran fiesta al dios llamado Itzquitécatl, que es el segundo dios del vino". (Códice Telleriano). Su nombre puede decirse, el que corta el maíz tostado y reventado; metafóricamente, el que hace reventar y germinar el maíz por medio de la humedad y el calor como aún se hace entre nosotros el esquite. También podría traducirse persona-esquite o el esquite personificado. Landa nos dice que a Bolonzacab "poníanle un ángel en señal de agua, y que el año había de ser bueno". (Ob. cit. p. 213).

El Dr. Seler encontró que, en el códice de Dresden, la figura que representa al dios del primer Bacab "tenía una notable nariz en figura de rama, cuyo glifo principal sirve en otras ocasiones para designar el animal fulminador, el perro celestial que manda rayos desde las nubes". De aquí concluye que Bolon-Zacab debía ser un dios del agua. Yo lo creo de la fecundidad, enlazado en ese atributo con Tohil, en quien va mezclado el fuego y el agua, y con Youalliehécatl Quetzalcóatl; porque el perro, emblema del fuego y del calor que se relaciona con los puntos cardinales, como los *tzitzimime* nauas, si se relaciona con el primer Bacab es por el calor y la humedad necesarios a las producciones de la tierra y la fecundidad, no porque le corresponda exclusivamente.

En el Códice Borgia hay una lámina en que vemos gráficamente representados los cuatro sostenedores del cielo cargándole en sus manos y en sus espaldas. El primero, que, como señal distintiva, tiene el símbolo *ácatl* de los años que corresponden al oriente, no lleva una precisa e indudable marca que manifieste un dios determinado. Se cree ver en él a Tlauitzcalpanteuctli, un dios estelar o la estrella matutina, o Quetzalcóatl, como señor del planeta Venus y personificación del astro. Pero hay otros dioses, como Mixcóatl por ejemplo, que llevan la librea de los representantes del planeta, y pudiera ser muy bien éste u otro de los dioses crepusculares el que se quiso indicar como cargador del cielo del oriente. Pudiera quizá ser también el olvidado Huémac, gemelo de Quetzalcóatl. En Yucatán, Itzamná está indicado como el dios a quien se hacían los sacrificios del día primero de año y el P. Landa le añade el epíteto de Kanil, interpretado por el Dr.

Brinton como derivado de la raíz *can,* serpiente, amarillo, fuerte, distribuidor de dones; conceptos todos en armonía con Itzamná como custodio del oriente y que nos podrían conducir a pensar que fuera Quetzalcóatl, en su cualidad planetaria, el oriente u otro emblema astronómico en conexión con la fecundidad, v. gr.: un dios Luno. Desgraciadamente de Been sólo podemos decir que, por lo que de él sabemos, no disiente en lo más mínimo de los dioses mayas y nauas que se relacionan con el primero de los Bacab.

El segundo de los compañeros de Votan era Chinax "que fué gran guerrero" y lo pintaban con una bandera en las manos, pero "murió ahorcado y quemado por el nagual de otro gentil". Estos naguales, sobre todo en Chiapas, eran seres maléficos al servicio de algunas personas en cuyo poder estaban, que eran, por lo general, hechiceros, dispuestos a hacer el mal a quien se les indicaba. Esto del nagual, por supuesto no es sino un euhemerismo del señor Núñez o de los indios que le interpretaron el cuadernillo. En las solemnidades que hacían en honor del segundo Bacab en Yucatán, el dios cuya estatua llevaban en procesión era Kinchahau, Señor de la faz del Sol, y debe haber sido un dios guerrero como Chinax, porque su imagen la llevaban "bailando unos bailes de guerra llamados Holcan-okot y Batel-okot". La palabra *okot* quiere decir danza y *holcan* traducían alférez los españoles y era el hombre que tenía el encargo, en los pueblos, de juntar la gente necesaria para la guerra. La fiesta de año nuevo se hacía a Yaxcocatmut, una advocación de Itzamná; el nombre de esta advocación quiere decir, según el doctor Brinton, el primero en escuchar las nuevas, por lo que más se acercaría Itzamná al astrólogo Huémac, única de las divinidades nauas de quien se dice murió ahorcado siendo al mismo tiempo, como astrólogo, un conductor de tribus y un guerrero. No sé que haya algún mito o leyenda en que también se diga que quemaron a Huémac como a Chinax y como se dice de Quetzalcóatl.

Al fuego estaba consagrado el segundo de los puntos cardinales. Por otra parte los dioses solares relacionados con el fuego también lo estaban con la guerra. Kukulcán, dice Cogolludo "que había sido gran capitán". (ob. cit. p. 196). Ce Acatl Quetzalcóatl también fué guerrero "y fué el primer Señor de Tula, porque los moradores della le tomaron por Señor della por valiente". (Hist.

de los Mex. pgs. 237, 238). Siete años había hecho penitencia para que los dioses lo hicieran gran capitán.

Entre los sostenedores del cielo de los nauas el que corresponde a los años del norte y está marcado con el signo *técpatl,* es el dios del fuego, según el Dr. Seler, y el fuego conviene como acabamos de decir a un dios de las batallas, por eso dice Cogolludo del que llevaban a la guerra los mayas que "traía en las batallas una rodela de fuego con que se abroquelaba", y era llamado Kakupacat (ob. cit. p. 196) que quiere decir el del ojo de fuego. Tal vez a la relación de Chinax con el fuego obedezca la historia que fué ahorcado y quemado por el nagual de otro gentil. En el signo *técpatl,* dice Sahagún, solemnizaban los nauas al dios de la guerra (ob. cit. p. 317) y *técpatl* corresponde al segundo de los Bacab.

Si después de lo que dejamos dicho de Votan, quedare aun alguna duda acerca de su identificación con Itzamná y Quetzalcóatl, considerándolo como el tercero de los Bacab, tiene que desaparecer por completo. La fiesta que en Yucatán se destinaba al tercero de los Bacab, que era el del poniente, estaba en su totalidad consagrada de Itzamná. El dios que encontramos en el códice Borgia como sostenedor del cielo y lleva el símbolo *calli* del poniente, el pico y el gorro especial del dios del viento, no nos deja dudar que es Quetzalcóatl y Youalliehécatl, Quetzalcóatl, que fué el tercero de los dioses hijos de Tonacateutli y Tonacacíuatl. (Hist. de los Mex. p. 228).

El Sr. Núñez de la Vega termina los renglones que le dedica a Votan diciendo, que "en algunas provincias le tenían por corazón de los pueblos". Entre los egipcios, dice Max Muller, "la frase *alma de la ciudad,* se usa en vez de su dios tutelar, especialmente por algunas de las más antiguas poblaciones como las viejas capitales Buto y Hieracómpolis" (Egyptian Mythology nota 2 al cap. I). Esto mismo encontramos en México, según Ríos, en donde demostramos que los nauas tomaban la palabra *yolotl,* corazón, para indicar el alma que decían algunos se convertía en un pajarillo llamado *yolotótotl,* ave corazón; y los egipcios simbolizaban el alma con una ave.

Entre los eslavos, las almas, aún durante la vida de las personas, podían salir y entrar en sus cuerpos respectivos durante el sueño y mientras la persona dormía "hacer su morada en los

árboles o, en forma de blancas aves, volar por el mundo y volver a su normal habitación". La forma de pájaro que toma el alma no es siempre la misma, puede ser de paloma, pato, ruiseñor, golondrina, águila o cuervo y también le de una mariposa, una mosca, un ratón blanco, una liebre y aún la de una pequeña llama. (Machal. Slavic Mytology p. 227, 229). En esta creencia de la conversión de las almas en aves se funda la fábula griega del combate anual de los pájaros en el sepulcro de Memnón. Las almas de los guerreros mexicanos, después de haber acompañado al sol hasta el meridiano, se desbandaban en forma de aves, libando las flores de los jardines del cielo y de la tierra.

Horápolo dice de los egipcios que figuraban el alma con la forma de un halcón, porque *baieth,* que era el nombre de esa ave, se componía de *ba,* alma y *eth* corazón, dando a comprender que este órgano era como la envoltura del alma. Καρδια, que es su nombre en griego, lo encontramos en Homero (Il. XIII. 282) como la residencia de la vida o sea como la envoltura del alma. En el juicio a que se sujetaban los difuntos según las creencias de los egipcios, al corazón se hacía un examen especial porque se juzgaba el centro de una vida espiritual y del pensamiento. Su nombre era *ab* y estaba muy estrechamente asociado con *ba,* el alma-corazón y era el que se figuraba con un halcón con cabeza humana. (Budge. Book of Dead p. LX). Leese en un antiguo poema egipcio: Ptah, el grande, es el corazón y la lengua de los dioses. Todo aquello que sale de todos los corazones y todas las bocas. "Es la lengua la que repite los pensamientos del corazón". (Breasted in Zeitschritf fur Aegyptische Sprache XXXIX. 39 ff).

Yólotl viene de *yoli,* vivir, animar, resucitar y, en forma de sustantivo, cosa con vida, el alma. ¿Era de origen náuatl la palabra yólotl? En un diccionario maya manuscrito se encuentra *yol* y se traduce, mente, espíritu, lo que pudiera dárnos a comprender que los mayas usaron la palabra misma no en el sentido material del órgano que hace que circule la sangre, sino únicamente en el abstracto de espíritu y mente que los nauas también atribuían a la palabra yólotl. Aún los otomites, tribu considerada de poca cultura por los nauas, pensaban lo mismo. "Mis oto-

mites", dice Granados. "de una misma manera llaman a la alma que al corazón, aplicándoles a entreambos la voz *muy*".

Con buenos argumentos probó lo mismo el Dr. Brinton con relación a los tzendales, entre los cuales la palabra *uotan* quiere decir alma y corazón y, de aquí Votan el nombre del dios. El diccionario de Motul traduce la palabra maya *puzikal,* corazón del hombre, de los animales y el interior de ciertos vegetales como el *olote,* quizá derivado del mismo *yoli* y significa el núcleo central de las panojas del maíz, agregando que también significa la mente, el alma y los deseos. De *qux* y *gux,* que en quiché y cakchiquel, significan corazón, dice Coto, en su diccionario, que le atribuyen todos los afectos de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, y que toman estas palabras por el alma de la persona y el espíritu vital de todo ser viviente. (Brinton The Names of the Gods in the Kiche Myths p. 13 y 217).

Con el nombre de Corazón o alma del Pueblo, con que los tzendales llamaban a Votán, tenían los mixtecas un idolillo la cual quizá en su lengua, pensó el Dr, Seler, llamaban Iniñuu: así lo describe Burgoa. "Era una esmeralda tan grande como un grueso pimiento de esta tierra; tenía labrada encima una avecilla o pajarillo con grandísimo primor y de arriba abajo enroscada una culebrilla con el mismo arte; la piedra era tan trasparente, que brillaba desde el fondo, donde parecía como la llama de una vela ardiendo; era antiquísima alhaja que no había memoria del principio de su culto y adoración". (Geográfica Descripción cap. XXVIII). Los dos dioses mixtecas hijos del par que tenía por nombre un Ciervo, en sus trasformaciones de hechicero uno tomaba la forma de una águila, el otro la de una serpiente. Ambos dioses se confundían en el solo Quetzalcóatl. El pajarillo pudiera haber sido el águila en que se trasformaba el dios Nueve Cavernas; la culebrilla, la serpiente cuya forma tomaba el dios Nueve Culebras y águila y culebra juntas ser la representación de Quetzalcóatl. El Sr. Orozco y Berra opina "que pájaro y culebra no representaban otra cosa que el nombre de Quetzalcóatl". (Hist. Ant. vol. II. p. 182).

Pudiera suceder que la forma de ave que daban los mixtecas a su dios, llamado Corazón del pueblo, fuera simbolizando en el ave la palabra corazón y la serpiente representar el dios; lo

que no sería un obstáculo para que éste, representado con una serpiente, fuera igualmente Quetzalcóatl. En tal hipótesis los mixtecas pudieron haber convertido su fetiche primitivo en la imagen del dios ulmeca, el hijo de los dioses Un Ciervo, al recibir la religión de quienes les enseñaron la cultura. Los zapotecas, tenían en vez, un Corazón del Reino que adoraban como dios principal por ellos tal vez llamado Lachi Guechi en su idioma; pero no lo podemos describir porque, aunque parece que su numen primitivo fué asimilado también al dios ulmeca, no adoptaron al parecer como los mixtecas figuras o emblemas con que darle forma sensible y siguieron adorándole como el naua Youalliehécatl y considerándolo como invisible e impalpable.

A la distancia de unas cuatro leguas de Tehuantepec había un pueblo llamado Guixipecocha y cerca de él un peñasco muy alto "y cerca de la cumbre una prodigiosa figura de tiempo inmemorial de su antigüedad y entre las peñas a distancia de doscientos pasos, se ve una estatua de un religioso, con hábito blanco como el nuestro. (Burgoa de quien tomó la narración, era dominico y todos saben que el hábito de los domínicos es blanco) sentado en una silla de espaldar, la capilla puesta, la mano en la mejilla, vuelto el rostro al lado derecho, y al izquierdo una india con el traje y vestido que hoy usan de cobija o manto blanco, cubierta hasta la cabeza hincada de rodillas como cuando en este tiempo se confiesan." Restando todo aquello que se creyó ver en las imágenes para figurarse un monje católico, que administra el sacramento de la penitencia, no veo en la capilla del varón sino el gorro peculiar y característico de Quetzalcóatl y la mujer no me atrevería a jurar que no era una Xochiquetzalli o Coatlicue zapoteca; quizá la virgen Pinopiaa convertida en piedra después de muerta como la griega Niobe, y creída hija del *coqui* o soberano Cosijoesa. Todo podía ser, menos una penitente que recibe la absolución de sus pecados.

Poco antes de la llegada de los españoles, nos dice el mismo cronista, rogaron los indios al señor de Tehuantepec Cocijo-pij, rayo de aire, que inquiriera el significado de aquellas figuras, y para obsequiar los deseos de su pueblo, el *coqui* se dirigió a un santuario que estaba en una islita boscosa en forma de pequeña colina, en donde se veneraba en una gruta el dios llamado

Alma y Corazón del Reino, porque creían que esa divinidad llevaba la tierra sobre sus espaldas y cuando temblaba era porque las movía. Era este dios que otorgaba las victorias y los años abundantes de mantenimientos.

Anexo al santuario subterráneo, estaba el oráculo que iba a consultar el *coqui*. Los temblores de tierra no eran una cualidad peculiar del espíritu que se adoraba en el subterráneo de Tehuantepec, sino de todos los dioses sostenedores del cielo. "Los temblores y terremotos que en la tierra había, los atribuían a que los dioses que tenían en peso el mundo, se cansaban y entonces se mudaban y que aquella era causa de los temblores". (Muñoz Camargo 131). La diosa Tierra, uno de ellos, tenía el título de Corazón de la Tierra en su advocación de Toci, y se lo daban "porque cuando quería hacía temblar la tierra" (Durán II. 187).

Entró Cocijo- pij al santuario subterráneo, consultó el oráculo y, en vez de decir el significado de las figuras, salió diciendo a los que ansiosos esperaban su vuelta: "Hijos míos, lo que me ha respondido el gran dios es, que ha llegado ya el tiempo en que lo han de echar de esta tierra, porque presto vendrán sus enemigos de donde nace el sol, y serán unos hombres blancos a cuya fuerza y armas no han de poder resistir todos los reyes de esta tierra". El pontífice de Achiutla, encargado del oráculo de los mixtecas, había dado una respuesta semejante a los enviados de Moteuczoma, que oía voces que salían del santuario, diciendo: "que se acabó ya su señorío". Entre los nauas eran éstas las profecías atribuidas a Quetzalcóatl, cuya imagen de la peña de Guixipecocha debía estar en conexión con el santuario subterráneo y con el dios que, por cargar la tierra y no el cielo, debía ser un Quetzalcóatl nocturno, Youalliehécatl, dios guerrero, puesto que otorgaba las victorias y por ello ligado con el fuego, dios de los mantenimientos también: Son, pues, todos los caracteres de un dios en la forma de Quetzalcóatl Youalliehécatl, adorado en un subterráneo, que había reemplazado al numen primitivo de los zapotecas, cuyo nombre sería acaso el de rayo de aire, Cocijo-pij, que llevaba su muy devoto y confidente el coqui de Tehuantepec, acaso también su sacerdote. Los Cocijos eran, para los zapotecas, como los Chaques y los Bacab en Yucatán.

Después que Cocijo-pij se bautizó, fué acusado de haber vuelto a las prácticas de idolatría y entonces el Vicario de Tehuantepec, para tener las pruebas, se dirigió a la isla donde habían adorado al Corazón del Reino y penetró en la cueva. No vió sino un grande aposento cuadrangular, muy aseado, con unas construcciones a manera de altares a los lados y, en ellas, vasos con incienso, ricas y preciosas ofrendas de vistosas plumas, discos de oro a manera de patenas y collares del mismo metal, muchos de ellos rociados con sangre reciente. De todo lo encontrado se hizo un inventario, pero en él no aparece ídolo, fetiche o amuleto que pudiera haber sido el objeto de la veneración. El Corazón del Reino de los zapotecas era también impalpable e invisible como Youalliehécatl. En el Códice de la biblioteca Bodleiana de Oxford se puede ver que en medio de sus padres reina Quetzalcóatl desde el más alto de los cielos: en los frescos de Mitla se ve, dice el Dr. Seler, que entre los zapotecas tenía Quetzalcóatl, de hecho, el lugar central de su Olimpo. (Burgoa cap. 32, 72 y 75).

El santuario cuadrado subterráneo de Tehuantepec, en cuyos lados había construcciones como altares en donde encontraron plumas preciosas, discos y gargantillas de oro, era como la casa lóbrega que nos dice el Sr. Núñez fabricó Votan a soplos "y allí puso dantas y un tesoro grande". Las dantas o tapires tienen en maya el nombre de *tzimín;* y, cosa curiosa, este nombre daban los nauas a los Bacab, o sostenedores del cielo, y podemos decir de la tierra también. En vez a los tapires llamaban tlaca-xólotl y los zapotecas les decían peche-xolo. *Tlácatl,* primer elemento de la palabra compuesta en náuatl, significa persona, y *peche,* en zapoteca bestia. *Xólotl* se traduce en náuatl, paje, y Tezozómoc llama *xolo* a los enanos y corcorvados, que eran los juglares de Moteuczoma: pero como estos enanos y corcorvados acompañan también a Quetzalcóatl, como nos dice Sahagún, y son los mensajeros que el tlatoani azteca remite a la cueva mitológica de Cincalco para que hablen con Huémac, estoy seguro que tales *xolos* no eran sino seres mitológicos ligados con el reino subterráneo y análogos a los enanos de la mitología escandinava.

El dios Xólotl se pinta con los colores de los puntos cardinales en forma de cruz y adornado con cruces, y así como Tláloc

era el señor de los tlaloques o espíritus atmosféricos, así Xólotl, creo, era el señor de los *xolomes* enanos y corcorvados, espíritus infernales, relacionados con los puntos cardinales o los caminos del Mictlan.

Peco-xolo es, en zapoteco, el perro pelón; xolo-itzcuintli es, en náuatl, el nombre del mismo animal, que si no es el representante del dios Xólotl y su imagen, ignoro como se puedan interpretar las pinturas de los códices en que Xólotl tiene figura o, por lo menos, orejas de perro. Los tapires o dantas que puso Votan en su casa lóbrega, no eran en conclusión, sino los genios o representantes de los puntos cardinales o caminos del Mictlan y éstas eran las construcciones a manera de altares en donde estaban los objetos preciosos encontrados por el Vicario de Tehuantepec en el subterráneo del Corazón del Reino, en perfecto acuerdo con la casa lóbrega fabricada a soplos por Votán, y la conclusión que sacamos es, que el dios que adoraban los tzendales, zapotecas y mixtecas con el nombre de Corazón del pueblo no era sino Quetzalcóatl en su forma *ehthónica* o de dios infernal.

Ríos, intérprete del códice Vaticano A, creía que el dios tutelar de cada tribu o cada pueblo había sido el fundador que adoraban, le hacían sacrificios y decían que era como los dioses tutelares egipcios, el alma, el *Corazón* del *Pueblo* "a quien habían hecho un ídolo, conservado en muy buen lugar y lo tenían vestido y todos los sucesores ponían en ese lugar ricas joyas, como oro y piedras preciosas, y ante este su corazón ardía leña en donde ponían incienso". Muy de acuerdo va lo de las joyas con lo encontrado en el subterráneo de Tehuantepec y lo dice el Sr. Núñez de la Vega le entregaron en Huichutan perteneciente a la casa lóbrega del Corazón del Pueblo. "Este tesoro era de unas tinajas tapadas con el mismo barro y de una pieza donde estaban grabadas en piedra la figura de los indios gentiles antiguos, que están en el calendario con chalchihuites, que son unas piedras verdes macizas, y otras figuras supersticiosas, que todo se sacó de una cueva".

Ríos era religioso dominico y se colige de algunos pasajes de sus escritos que ejerció el ministerio en Oaxaca y es fácil haya estado en alguno de los conventos que tenían su orden en Chiapas. Conocía por consiguiente, lo que sus hermanos de hábito hicieron en la causa de Cocijo-pij en Tehuantepec y la reso-

nancia que tuvo entre los religiosos el subterráneo el Corazón del Reino, cuyos objetos concedió el Virrey de México para beneficio de las iglesias de los dominicos. Esto me hace creer que lo que dice del título que los indios daban a los dioses patrones de *Corazón* del *Pueblo* se refiere principalmente a los mixtecas y zapotecas, porque de los nauas, aunque Mendieta nos refiere que tenían ciertos fetiches llamados *tlalmimiloli,* cubiertos con mantas, que veneraban más que los mismos dioses, ni él, ni ningún otro cronista, sino Ríos y Durán, nos hacen saber que les dijeran *Corazón* del *Pueblo.* De Toci nos lo dice Durán, y de Huehuetéotl, Ríos. Solo nos falta Tláloc para que podamos comprender que los corazones de los pueblos o de la tierra fueran los cuatro elementos, los cuatro puntos cardinales sostenedores del cielo, creídos los fundadores de los pueblos.

Es curioso lo que se refiere al dios ulmeca con relación al título que le daban en Chiapas. "Gli Tepanechi adoravano uno che si diceva Huehueteotl, et li Chishimeche a Quetzalcóatl et li Culue a Ciuacouatl perche d'essi uscirono le generazioni sue". (Códice Vaticano A.). Las palabras del intérprete en su italiano españolizado contienen un nombre de tribu que no existe y es nada menos la que dice procedió de Quetzalcóatl. ¿Quiénes eran los Chishimeche? En la palabra Ciuacouatl el autor conservó a la sílaba *ci* la pronunciación española; lo mismo parece que hizo con la *Chi* inicial de Chishimeche, pero no en la final de esa palabra y de *Tepanechi,* en que las sílabas *chi* y *che* tienen la pronunciación italiana correspondiente a la española *qui, que,* en este caso, y poniendo el plural español a la palabra en cuestión, leyéndola en nuestro idioma, tenemos chischimecas, que cualquiera pudiera decir no era sino *chichimecas.* Pero ¿porqué había de atribuir el P. Ríos a los chichimecas como progenitor a Quetzalcóatl cuando nadie lo ha dicho jamás y él mismo lo hace nacer en Tula y lo nombra soberano a los toltecas? El amanuense que copió las interpretaciones de Ríos en el códice Vaticano A. era muy descuidado y la letra del Padre ha de haber sido difícil de interpretar, por eso las palabras mexicanas a veces resultan ininteligibles: una combinación *is* mal trazada podía fácilmente cambiarse con una *a;* una *p,* con una *h* y de *an* pudo haberse entendido *im;* si así sucedió, la palabra que escribió el

intérprete fué entonces Chapanequi, las tribus que habitaban en Chiapas y entendemos perfectamente como pueda entonces decir que fué su progenitor Quetzalcóatl identificándolo con Votan, como en realidad se debe identificar.

A una importante consideración advertimos nos conduce el texto citado de Ríos: los cuatro elementos, guardianes de los cuatro puntos cardinales eran considerados como el corazón, el alma del mundo y así deben haber entendido que era Quetzalcóatl, el dios ulmeca que les comprendía a todos en sí.

Thoth, Thot o Tahuti era un dios egipcio que, como veremos, tenía muchos puntos de contacto con Quetzalcóatl, entre los cuales cierta supremacía sobre los puntos cardinales. Se dibujaba con cabeza de ibis y esta ave era también el emblema del dios. Horapolo nos hace saber que los egipcios veían en la cabeza de la cigüeña, consagrada a Thoth, la imagen del corazón humano (Hierogl. I. 10. 36), por lo que dice Pettigrew que "el corazón fué visto por los egipcios como la sede del entendimiento; y de esta manera se pensó explicar el atributo del ibis que era nada menos que inspirar toda la sagrada y mítica sabiduría de los sacerdotes egipcios". (History of Aegiptian Mummis. p. 205). Lo que quiso significar Horapolo, a mi parecer, es que si los egipcios escogieron al ibis como símbolo de Thoth, fué porque vieron en su cabeza la forma de un corazón, para ellos, como lo vimos, sede de la inteligencia no menos que de la voluntad y determinación. Thoth, en resumen, simbolizaba estas cosas todas, y bien se podía en este sentido llamar el corazón del mundo. Quetzalcóatl representa las mismas atribuciones de Thoth; siendo el corazón para los indios la sede de la inteligencia y de la voluntad, al llamarlo corazón de la tierra tenemos derecho a pensar que nuestros indios entendieran o hubieran algún tiempo entendido, haber sido para ellos su dios, en ese sentido, lo que fué para los egipcios Thoth, el alma del mundo, la sede de la inteligencia y la voluntad mundial.

Termina el señor Núñez su relación de Votan, diciéndonos que "el cuadernillo histórico escrito en lengua de indios va nombrando todos los parajes y pueblos donde estuvo, y hasta estos tiempos en el de Teopizca ha habido generaciones que se llaman de Votanes". Los mexicanos, dice Clavijero, daban a los sacerdotes "el nombre de Teopixqui, es decir custodio o ministro de

Dios". (vol. I. p. 251). De aquí viene el nombre de Teopizca, que me hace sospechar fuera la generación de Votan en el pueblo, como la de los sacerdotes de Heliópolis que se decían hijos de Ra.

Quetzalcóatl y Zamná tuvieron fama de castos y santos varones que vivieron célibes y cuenta Durán que "rogaron los Señores de esta tierra a este santo varón Hueimac que se casase y respondió que ya tenía determinado de casarse, pero que había de ser cuando el roble echase manzanas y el sol saliese por otra parte contraria y cuando el mar se pudiese pasar a pie enjuto y cuando los ruiseñores criasen barbas como los hombres". (vol. II. p. 77). No es esto lo que dicen de Huémac Sahagún y los Anales de Cuautitlan: en cuanto a Quetzalcóatl, con el nombre de Topiltzin dice Ixtlilxóchitl, que llegó su generación hasta los tlatoanis de Texcoco, y si es cierto que con ellos estuvo emparentado Moteuczoma, entonces penetró la sangre de Quetzalcóatl hasta la familia imperial de Francia, terminando por ese lado su generación en Africa a manos de los zulues con el desdichado hijo de la Emperatriz Eugenia que llevaba en sus venas esa sangre. El Abate Brasseur, que deslindó la sucesión del no menos infortunado tlatoani azteca, no dejará que me llamen mentiroso.

Hay que dejar la personalidad histórica de Quetzalcóatl, Itzamná y Votan, en el único lugar en que se puede racionalmente establecer, es decir: que fueron jefes sacerdotes, representantes de un dios; que rigieron a las tribus primitivas que tuvieron origen de los ulmecas, y nada más. Otras tradiciones que se relacionan con la descendencia o el gobierno y hechos memorables de estos personajes, son mitos o leyendas que de los mismos mitos se formaron.

El signo tercero de los años, que es también el de los días, en tzendal es Votan; en maya y en quiché es *akbal;* en zapoteca, *ela* y en naua, *calli.* Noche significa *akbal* en maya, y *ela* quiere decir lo mismo en zapoteca, mientras *calli* en náuatl es casa. ¿Qué relación puede tener en la mitología la noche y la casa con Votan? La tenemos perfectamente determinada en las palabras del señor Núñez, Votan fabricó una casa: he aquí el signo náuatl *calli;* pero esa casa era *lóbrega,* palabra que indica la obscuridad de la noche, el signo maya y zapoteca *akbal* y *ela;* y como la fabricó a soplos, esto sólo pudo hacerlo un dios del viento, como lo era Quet-

zalcóatl en su advocación de viento nocturno, Youalliehécatl, y tenían que serlo también Votan e Itzamná. Quetzalcóatl sabemos fabricó moradas subterráneas; de Itzamná nada nos dicen los recuerdos que nos quedaron .

La casa es el signo que pertenece al occidente, el lugar donde el sol se pone y comienza la noche; el símbolo tenía que pertenecer a Votan y entonces Youalliehécatl sería al mismo tiempo la personificación del sol poniente o de un astro que desaparece en el ocaso. Ambos dioses, Quetzalcóatl y Votan, para volver al oriente, entraron en las profundidades de la tierra. El glifo maya que representa el día *akbal,* es la apertura de una caverna en los monumentos y códices antiguos: en los libros de Chilán Balán tiene a veces una forma de cruz, que indica la encrucijada de los cuatro caminos infernales. El símbolo naua es el plano de una casa que era donde Quetzalcóatl, en Tula, se retiraba a orar y tomar su baño por la noche.

Hemos visto como Tepeyolotli estaba relacionado con Youalliehécatl, y la consecuencia lógica es que si Youalliehécatl se identificó con Quetzalcóatl, también se haya relacionado con él: y así sucede en verdad. En la tercera división del tonalámatl, cuyo signo inicial es *Ce Mázatl,* nos encontramos en el Códice Vaticano A y en el Telleriano Remense, que las figuras que campean son Tepeyolotli y Quetzalcóatl y esto en la división que domina Un Ciervo, cuyo nombre llevaban en el mito zapoteca-mixteca los padres de Quetzalcóatl. Tepeyolotli primero se transformó en el espíritu del fuego y así se volvió el hechicero Tezcatlipoca; después en la pirita que servía de eslabón para la extracción del fuego y por eso fué Youalliehécatl Tezcatlipoca: ahora tenemos la tercera transformación de Tepeyolótli, el Corazón de la montaña, por medio de Youalliehécatl. Con ella el dios ulmeca asume también la personalidad del elemento tierra y abarca los númenes tutelares de las tribus que encontraron los extranjeros, y como fueron los quinametin la tribu tamaulipeca con la cual emparentaron y la mixteca con la cual vivieron más unidos, de aquí que el Corazón del Pueblo se hubiera transformado en Quetzalcóatl y Votan y que el dios ulmeca hubiera descendido del cielo para habitar en subterráneos y cavernas como Tepeyolótli, el espíritu de las montañas y la tierra, cosa que podía muy bien hacer un dios Sol,

sin degradarse, porque llevaba ya este simbolismo en su ocaso conociendo las regiones subterráneas habitación de Tepeyolótli, durante sus nocturnas excursiones a la región de los muertos en donde hacía que germinara la tierra. El ciervo simbolizaba el poder fecundante de la tierra y de los seres animados y era la trecena, donde domina el ciervo *Ce Mázatl,* donde habían de encontrarse Tepeyolótli, el espíritu de la tierra, y el sol que calienta con su hálito nocturno, que es el fuego, Quetzalcóatl Youalliehécatl. Es una verdad igualmente, que el simbolismo de Quetzalcóatl esté unido al viento con el fuego, y no una mera suposición la que hacemos.

Quij y *laa,* palabras con que en zapoteco se expresa el segundo signo del tonalámatl, significa fuego, mientras *ehécatl* que es el nombre que tiene en náuatl, y es una de las formas de Quetzalcóatl, quiere decir viento. En maya es *ik,* en tzendal *igh* y en quiché *ig,* la misma palabra con ligeros cambios de pronunciación y significa viento también. Pero en el glifo que usaron los mayas para designar el día, cree el doctor Seler encontrar el famoso escudo de Kakupacat, dios de la guerra, que asegura Cogolludo que era de fuego, por lo que dice el entendido americanista alemán que "la unión del viento con el fuego, que presenta en el nombre zapoteca y en la imagen maya del segundo signo de los días, es probablemente la mejor explicación de la doble naturaleza que parece corresponda al dios del viento Quetzalcóatl, que ahora se muestra sólo como el dios del viento y después parece ostentar los verdaderos y propios caracteres del viejo dios del fuego y de la luz". (Mexican Chronology. p. 40). Demostración palpable de la fusión de los númenes tutelares de las tribus que se verificó en Tamoanchan, es lo que yo veo, y, por eso, la vemos en todas ellas; y mayas y nauas aseguraban, en Tula Teotihuacan, haber recibido sus dioses. (Sahagún. III. 144.—Ximénez. p. 86).

Del cuarto de los compañeros de Votan que fué Lambat, nada nos dice el señor Núñez: pero la identidad encontrada en el principal con los dioses correspondientes en los mayas y los nauas, nos hace fundadamente suponer que también existía entre el que ocupaba el cuarto lugar, con razón tanto mayor, cuanto el día maya tiene el mismo nombre *lamat* del tzendal. El ídolo que los mayas hacían para la fiesta del cuarto Bacab, dice Landa, se lla-

maba Uac-Mitun-Ahau, que el profesor Brinton traduce: el Señor de la rueda de los meses, mientras cree el doctor Seler que significa el nombre, el Señor de los seis infiernos, que me parece a mí más en consonancia con los ritos que se llevaban a cabo en Yucatán al entrar los años Lambat o Cauac, en que colocaban sobre la imagen de Ek-u-uayeyab "una calavera y un hombre muerto". Al llevar procesionalmente las imágenes iban bailando un baile que "llamaban ellos Xibalba-Okot que quiere decir baile del demonio" o más bien dicho baile de la habitación de los muertos. (Landa. ob. cit. p. 228).

El cuarto sostenedor del cielo en el Códice Borgia, correspondiente al sur que son los años *tochtli,* conejo, era el señor de las moradas de ultratumba Mictlanteuctli que, en maya, literalmente se traduce Mitunahua, de donde se advierte la semejanza del nombre del lugar de los muertos Mitun o Mitnal, en maya; Mictlan, en náuatl, derivados de una raíz de este segundo idioma encontrada en miquiztli, la muerte. Este signo del sur y del elemento tierra representado en México y Yucatán por el Señor de los muertos, entre los nauas estaba ligado con Quetzalcóatl, de quien nos dice el comentador del Códice Magliavecchi, "que fué hijo de Mictlanteuctli, que es Señor del lugar de los muertos"; paternidad que, como ya está notado, nos indica la sucesión de los signos de los años y de los elementos relacionados con las estaciones y los puntos cardinales.

Los fragmentos mitológicos de los tzendales concuerdan admirablemente con la mitología de los nauas y mayas de Yucatán, relacionada con el dios ulmeca. Entre los mayas tenemos todas las atribuciones de Quetzalcóatl y entre ellos encontramos íntegra su mitológica genealogía, menos en lo que se refiere a sus abuelos, encontrados entre los quichés, entre quienes también encontramos a sus padres, pero no a sus hermanos y creaturas como tales, sino en un mito diverso que los hace conductores de las tribus guatemaltecas. Entre los mayas, los tzendales y los quichés, Quetzalcóatl en su forma simple de dios Sol o en la chthonia de Youallichécatl fué simple dios principal, lo que prueba que fué Quetzalcóatl el dios ulmeca. No era desconocido este dios ni sus mitos entre los mixtecas, totonacos, tarascos y otras tribus de las que

estuvieron representadas en Tamoanchan y nos llegaron algunos mitológicos recuerdos.

*

* *

El único mito relativo a los dioses que nos dejaron las tribus mixteco-zapotecas y en parte ya conocemos, es el que se relaciona con Mixcóatl y nos conservó el P. García. "En aquel tiempo fingen los indios que aparecieron visiblemente un dios que tuvo por nombre Un Ciervo y por sobrenombre Culebra de León y una diosa muy linda y hermosa, que su nombre fué Un Ciervo y por sobrenombre Culebra de Tigre. Estos dos dioses, dicen haber sido principio de los demás dioses, que los indios tuvieron". (García. Origen de los Indios. p. 327).

En esta versión mixteca del nacimiento de Quetzalcóatl el dios del viento, sus padres y a la vez "principio de los demás dioses que los indios tuvieron", ambos con el mismo nombre de *ce mázatl,* un venado, se ve más claramente la igualdad del mito de nuestros indios con el hindú de Prajapati, Señor de las creaturas según los Vedas, "creador del cielo y de la tierra, padre de los hombres y los dioses", (Dic. of non Clas. Myth. 141) convertido en *rishya* ciervo, y su mujer en *rohit* cierva, como ya lo dejamos consignado. Después de varios siglos nacieron de estos dioses de los mixtecas "dos hijos varones muy hermosos, discretos y sabios en todas las artes. El primero se llamó, viento de nueve culebras, que era nombre tomado del día en que nació. El segundo se llamó viento de nueve cavernas que también fué el nombre del día de su nacimiento". El primero de los dos hijos de los dioses se volvió águila; el segundo "en un animal pequeño, figura de serpiente que tenía alas". Estos dos hermanos "acordaron hacer ofrendas y sacrificios", hicieron un jardín para su recreación. "Hacían asimismo oración, votos y promesas" y se sacaban sangre de sus miembros con navajas de pedernal. Los gemelos Viento de Nueve Culebras y Viento de Nueve Cavernas en el mito de los mixtecas no eran sino la doble personalidad de Quetzalcóatl, Ehécatl, el viento invisible que penetra por dondequiera, mago y hechicero, que podía tomar todas las formas y tomaba la de águila, símbolo del fuego, que era la de Chantico, Itzpapálotl y Quilaztli,

o la de culebra, símbolo de la tierra, de Coatlicue y Ciuacóatl. En la primera página de un códice de la biblioteca Bodleiana, de Oxford, encontramos la prueba.

Sobre el último de los cielos vemos allí la bien conocida imagen de Quetzalcóatl con pico de ave y su gorro singular; a su izquierda y derecha están dos ancianos, hombre y mujer, cuyos nombres están representados por la cabeza de un ciervo con el numeral uno: eran los dioses Un ciervo y Quetzalcóatl que reunía en su persona la de los dos gemelos Viento de Nueve Culebras y Viento de Nueve Cavernas, el viento matutino y vespertino que no parece que son sino el aspecto diurno y nocturno del sol o de la luna unidos en la persona de Quetzalcóatl, que atiende a la propagación de los seres con su benéfico calor o su húmeda influencia. Vemos en las siguientes láminas del códice que acabamos de citar, que se hace bajar una chispa, un alma, el fuego, y viene del cielo donde señorea Quetzalcóatl este espíritu, este fuego en la forma simbólica del pedernal, que camina por un sendero bordeado de estrellas hasta las profundidades de la tierra y allí abrasa, enciende y se deposita en una mujer. Es el amor que baja del cielo o la parte vivificante de un ser, mandado por Quetzalcóatl.

Ni hay que admirarse que el pedernal símbolo del fuego, aparezca como emblema del espíritu vital, el alma, para los indios, con residencia en el corazón. El pedernal significa el amor, la concupiscencia, la unión conyugal. Eros, Cupido, el Amor era el numen principal que los griegos adoraban en Tespias, antigua ciudad de Beocia, y la representación primitiva del dios que allí vió Pausanias, era una piedra informe sin pulir: (ob. cit. IX. XXVII. 1) el alma se decía una chispa infundida en el cuerpo.

El simbolismo de la piedra con relación al fuego y ardor de la concupiscencia ya lo estudiamos en un capítulo anterior con relación a Mixcóatl, y viéndolo relacionado ahora con el dios ulmeca y simbolizando al dios griego del amor, podemos conjeturar haber sido los emigrantes orientales los que introdujeron en México los mitos y el simbolismo que envuelven la personalidad de Mixcóatl.

Quetzalcóatl, que manda el pedernal desde el cielo, es el Viento de Nueve Culebras; Quetzalcóatl, que hace llegar ese pedernal

hasta las profundidades de la tierra, es el Viento de Nueve Cavernas. ¿Son esos dos personajes las dos fases mitológicas personificadas en Huémac y Quetzalcóatl, antes que se hicieran personajes históricos? Recordemos la leyenda para poder abrazar una fundada opinión. No sé porqué me viene la sospecha, que el viaje de Huémac con los toltecas comenzado y terminado en un año *ce técpatl*, un pedernal, sea el viaje que hace del cielo al centro de la tierra, de la Tullan-Tlapallan del oriente a la Tullan-Tamoanchan del poniente, el pedernal que manda Quetzalcóatl para fecundar la tierra y fomentar el aumento de la humanidad con su calor; y que el autor acolua, para conformarse con las tradiciones nauas de la venida de la tribu del noroeste, le imprimió una contraria dirección.

Sea lo que fuere, Huémac era el gemelo de Quetzalcóatl comparado ya con su forma chthonia de Youalliehécatl y no cabe duda que los dioses hijos de los supremos Un Ciervo, no eran sino los dos gemelos, el doble aspecto del dios ulmeca. Lo muy poco que sabemos de la mitología totonaca, está de acuerdo con lo que ya conocemos de este dios por las tradiciones mitológicas encontradas en la Mesa Central, en Yucatán y en Centro América.

*
* *

En una solemnísima fiesta que anualmente celebraban los totonacos, dice el P. Román que el gran sacerdote les decía "que supiesen todos que se había creado el cielo y la tierra y todas las alturas y toda la universidad de las creaturas por el gran dios que era el Sol, que en su lengua nombraban Chichibi. Item, que había de venir el hijo del Sol al mundo, para renovallo y producillo de mejores cosas, las cuales ellos ignoraban, para que con menos trabajo pudiesen pasar la vida. Daban por ello a entender que los panes habían de ser más purificados y sustanciales y las frutas más sabrosas. Item, que las vidas de los hombres habían de ser más largas y durar más tiempo y que de allí adelante no había de haber lacería ni dolor, y se les prometía otras mayores cosas". (Rep. de Ind. I. p. 182).

El discurso del sacerdote de los totonacos no era sino una ampliación de la profecía de la Sibila cumana, que había llegado has-

ta México, atribuida también al sol y aplicada al emperador romano por el pueblo de Mantua. (Virg. Ecloga. IV).

La última edad que présaga anunciara
En sus versos, de Cuma la Sibila,
Es llegada; comienza ya de nuevo
El orden gigantesco de los siglos.
Ya retorna la Virgen y retornan
Los tiempos del reinado de Saturno;
Ya una nueva progenie nos envía
De sus tesoros encumbrado el cielo.
Tú, a aqueste niño que es nacido apenas,
Con quien férrea la edad luego fenece
Y de oro la edad ha de iniciarse
En la amplitud del anchuroso mundo,
Quiere favorecer, Lucina casta;
Ya de tu Apolo el reino ha comenzado.

(Sr. Obispo Pagaza. Virg. I. 12).

Motolinía nos dice que los nauas esperaban estos bienes de la vuelta de Quetzalcóatl y es fácil que para los totonacos fuera él, el esperado hijo del Sol. La salutación habitual de estos indios, nos informa el P. Román, era: "El gran Sol y sus dioses te conserven la vida por muchos años". (ob. cit. I. p. 174). Además del gran Sol, su hijo que esperaban y los dioses que de él dependían o eran más bien sus compañeros o hermanos, tenían los totonacos una diosa que llamaban "la gran diosa de los cielos, mujer del sol, cuyo templo estaba encumbrado en lo alto de una alta sierra, cercado de muchas arboledas y frutales y rosas y flores, todas puestas a mano, muy limpio y a maravilla, muy fresco y aereado. Era tenida esta diosa en grande reverencia como el gran Sol; aunque siempre llevaba el Sol en ser venerado la ventaja". (Mendieta. ob. cit. p. 89). Dice Torquemada que esta era la diosa del maíz, Centéotl, pero la descripción del lugar y el ser mujer del Sol y, por consiguiente, madre del hijo que esperaban, conviene mejor a Xochiquetzalli, como los dioses compañeros o súbditos del Sol debían de ser los puntos cardinales.

En Huilocintla, pueblo de los totonacos cerca de Tuxpan, fué hallada una loza esculpida con la imagen de un penitente en bajo relieve que se traspasa la lengua con una larga caña bien dibuja-

da. Pendiente de una cuerda lleva sobre el pecho el joyel del viento, adorno propio de Quetzalcóatl, y como tocado la cabeza de un dragón con una oreja en forma de gancho, adorno peculiar del mismo dios. En la orla del cuadro, en frente de la figura en la parte superior, se ven tres caras, dos de las cuales son narices a la manera de algunos dioses mayas relacionados con los puntos cardinales; la tercera es de una persona de edad avanzada y, a la altura del pecho del penitente, un dragón con la cola estilizada, las fauces abiertas, recibiendo en ella la sangre que cae de la lengua traspasada. A mi entender, la figura es de un sacerdote que representa al penitente Quetzalcóatl, sacrificándose en honor de la diosa tierra para saciar el hambre de sangre humana que Ciuacóatl nos dicen padecía, el punto cardinal del sur, el lugar de las espinas y la mortificación: las otras tres caras, son los otros puntos cardinales. Entre las piernas, hay un pequeño cuadrúpedo, que parece un perro y en ese caso sería el emblema de Xolotl. La figura tiene el cuerpo tatuado. Si no me equivoco, en esta piedra tenemos la prueba del culto que rendían los totonacos al dios ulmeca y un argumento más para creer que fuese Quetzalcóatl el hijo esperado del gran Sol.

*

* *

Los tarascos de Michoacán, a juzgar por su idioma, pertenecían a una raza enteramente distinta de las demás que estaban establecidas en México; pero a la llegada de los españoles poseían la misma religión y la misma cultura de las otras tribus. ¿Habían también estado en Tamoanchan con los ulmecas? Sus tradiciones no lo dicen, ni tenemos otros indicios para creerlo así, mientras no faltan argumentos persuasivos para llegar a la conclusión de que la cultura les vino por intermedio de los nauas. Los tarascos no fueron los primeros en llegar a Michoacán; así encontramos en sus memorias históricas. "Algunas relaciones he tenido, dice el P. La Rea, de personas prácticas que comunicaron a algunos indios muy antiguos, que estos tarascos descienden de los tecos", (Crónica de la Orden de N. P. S. Francisco, de Michoacán. l. I. c. V.) y en un fragmento manuscrito del gran Vocabulario Tarasco-Español, de Fr. Maturino Gilberti, se encuentra, como del idioma de los tarascos, la palabra *teco* con significado de mexicano

o sea naua. (Dr. N. León. Los Tarascos. 1904). El mismo La Rea antes citado, añade, que después de una victoria que los tarascos consiguieron contra los tecos, éstos, "como gente más belicosa fueron llevados a la corte de Calzonzin a la ciudad de Pátzcuaro donde estuvieron y han durado hasta hoy como inferiores o serviles al valor del tarasco;" y el Can. Moreno, refiriéndose a esa servidumbre, los llama *cuitlatecos,* diciendo que "la lengua cuitlateca es hija de la mexicana o la mexicana barbarizada". (Vida de Dn. Vasco de Quiroga. p. 135 nota).

Todo esto se confirma en la relación de Michoacán, donde leemos que "los jefes de los tarascos que llevaban el nombre de *calzoncin,* vinieron a la postre a conquistar y fueron señores de ella, extendieron su señorío y conquistaron esta provincia que estaba primero poblada de gente mexicana, naguatados y de su misma lengua; que parece que otros señores vinieron primero y había en cada pueblo su cacique con su gente y sus dioses por sí; y como los conquistaron, hicieron un reino de todo desde el bisagüelo del Calzontzin pasado, que fué señor de Michoacán". (Relación de Michoacán. p. 129). En toda la relación se patentiza el estado de salvajismo en que llegaron los conquistadores y el de relativo adelanto de los vencidos, que fueron enseñando a sus dominadores poco a poco la agricultura y las artes hasta que, con la fusión de ambas tribus, se unificó el señorío perdiendo los conquistados el idioma, adquiriendo los conquistadores su religión y su cultura.

Curíncuaro era uno de los pueblos donde estuvieron establecidos los primeros pobladores nauas que se posesionaron de los alderredores de la laguna de Pátzcuaro con sus hermosas islas, y el dios de ese pueblo, uno de los principales, era Urendecuavecara, dios del lucero del alba, que podemos creer era Quetzalcóatl representante del planeta Venus, cuyos templos redondos se ven entre las ruinas de Michoacán. (Relación. 27. 193). El último reducto de los tecos, en donde se conservaron independientes y separados de los tarascos después que se habían ya mezclado con ellos sus otros hermanos o habían emigrado a los actuales Estados de Jalisco y de Guerrero, o se habían establecido a las orillas del Pacífico, fué el ameno y fértil valle de Zamora, a muy corta distancia del pueblo principal del señorío tarasco de Xacona, que

lindaba con ellos, y era, como nos dice la Relación, uno de los centros principales que estaban situados en las fronteras. Entre los *tecos* de Zamora fué donde probablemente se conservaba el mito que vamos a referir e ignoraba el *cazonci* y los tarascos de Pátzcuaro, habiéndose localizado en Xacona cerca del territorio que conservan los tecos. (Moxó. Tardes Americanas. p. 349).

Apurado el tlatoani de México por la guerra que le hacían los españoles, mandó una embajada al cazontzi de Michoacán, que era entonces Zuangua, para pedirle auxilio. Llegados a Pátzcuaro los mensajeros aztecas, el cazonci "hizo llamar un intérprete de lengua de México llamado Nuritan que era su navatlato intérprete". El *nauatlácatl* de seguro era alguno de los *tecos* que, con otros de la misma tribu que hablaban náuatl y tarasco, hacían el oficio de traducir al cazontzi los discursos de los embajadores mexicanos. Dieron el recado que llevaban, expusieron la situación a que habían reducido a México los extranjeros que habían llegado, caballeros en grandes venados "que traían calzado *coteras* de hierro y traían una cosa que suena como las nubes y da gran tronido y todos los que topa, mata".

Perplejos quedaron los tarascos al oír estas cosas y una vez que partieron los mensajeros y estuvieron seguros que no obraban con doblez los mexicanos, comenzaron a pensar y discurrir de dónde podían haber venido aquellos extranjeros si no es del cielo "que se junta con el mar". ¿Y los venados? Los nauatlaca que habían estado presentes y escuchaban, al oír esto, terciaron en la conversación y dijeron al cazontzi: "Señor, aquellos venados deben ser, según lo que sabemos por una historia, y es que el dios llamado Cupanzieri jugó con otro dios a la pelota, llamado Achurihirepe, y ganóle y sacrificóle en un pueblo llamado Xacona". Después de muerto, su mujer dió a luz un hijo que se llamó Siratatapeci y "tomáronle a criar en un pueblo como que se le habían hallado y después de mancebo fuese a tirar aves con un arco y topó con una iguana y díjole, no me fleches y diréte una cosa. El padre que tienes ahora no es tu padre, porque tu padre fué a la casa del dios llamado Achurihirepe a conquistar y allí le sacrificaron. Como oyó aquello fuese allá para probarse con el que había muerto a su padre y cavó donde estaba enterrado y sacóle y echóselo a cuestas y veníase con él. En el camino estaba en un

herbazal una manada de codornices y tornóse venado el padre y tenía crines en la cerviz como dicen que traen esos que traen esas gentes y su cola larga, y fuese hacia la mano derecha, que viniera con los que vienen a estas tierras". (Relación de Michoacán. p. 81 y sig.) Es decir fuese al oriente por donde venían los españoles. El oriente era la mano derecha para los tarascos, según parece.

Refiere Ixtlilxóchitl que antes que Topiltzin comenzara la guerra, estando en Tultitlan, "entró por la ciudad un venado con la cola arrastrando por el suelo, dando bramidos; y pasó junto a Topiltzin, el cual estaba en medio de la plaza grande de la ciudad". El venado desapareció entre la gente, sin que se nos diga a donde fue. (vol. I. 57). Hunahpú y Xbalenqué cogieron de la cola un venado y un conejo, pero se les escaparon, dejándoles las colas en las manos "y así sólo son chiquitas sus colas". (Ximénez. p. 51). Los venados de cola larga están mezclados en los mitos de los gemelos quichés y en el de Quetzalcóatl y es un mito relativo a este dios el que contaron los navatlatos al calzonzi de Michoacán, dando nombres tarascos a los dioses que intervienen en él.

En la misma fábula encontrada entre los quichés, el padre de los gemelos que ya conocemos, sucumbe bajo el poder de los señores del infierno Huncamé, una muerte, y Vucubcamé, siete muertes, que en el mito tarasco se reduce a Achurihirepe "el Dominador de la noche o la noche que esconde en su casa al sol", dice el doctor Seler, añadiendo que el hijo de Cupanzieri Siratatapeci designa claramente al primer hombre, "al progenitor de la raza humana o de una familia particular, el cual en las fábulas mencionadas quedó más o menos identificado con el héroe que es la representación del sol o se deriva de él", como sucede con Quetzalcóatl y Mixcóatl en los mitos examinados en otro lugar.

Si la palabra *Cupan-zieri* se deriva de la misma radical de cupan-gurini, podemos estar seguros de que alude su nombre al simbolismo del venado de dos cabezas de Mixcóatl. El citado escritor piensa que el nombre del hijo póstumo de Cupanzieri debe leerse Sira-hta-tahpe-ri. "Esto es, la raíz principal o el tronco del cual brotaron los hombres a modo de ramas laterales". (Die alten Bewohner der Landschaft Michuacan). De Topiltzin Quetzalcóatl hace derivar Ixtlilxóchitl, por línea recta o trasversal, a todos los

señores principales de México y de Votan se derivaron muchos de los más conspicuos personajes de Chiapas.

El juego de pelota que Cupanzieri perdió y la vida con él, lo tenemos en el mito de Hunahpú y Xbalenqué, cuyo poder fué vencido en el juego y decapitado en Xibalba; de allí fué sacado y vuelto a la vida por el vencedor Xbalenqué, hijo póstumo de Hunhunahpú, nacido prodigiosamente por obra de la calavera de su padre. Aunque sin prodigio ninguno que sepamos, Siratatapeci fué también hijo póstumo de Cupanzieri. La exhumación de los huesos de su padre y el haber cargado con ellos, es un mito naua relativo a Quetzalcóatl, que ya conocemos, y se refiere a Mixcóatl relacionado con el ciervo. Finalmente la ida de Cupanzieri vuelto venado, y la creencia que él venía con los españoles y era uno de los caballos que traían, es una circunstancia enlazada con la vuelta de Quetzalcóatl, que tal vez se ligue con los sostenedores del cielo. Los mayas, cuando los conocieron, llamaron a los caballos *tzimín* y los tlaxcaltecas *tlacoxólotl*: ambos nombres son los de tapir, que tenía el oficio de sostener el cielo.

El mito tarasco es muy interesante porque nos proporciona el punto de unión entre la fábula quiché de los héroes simbólicos Hun-hun-acpuh, Vucub-hunacpú, Hun-acpú y Xbalenqué, y la leyenda naua de la invención y entierro de los huesos del padre de Quetzalcóatl. Cupanzieri que va a jugar la pelota con Achurihirepe, representa la dualidad quiché de Hun-hun-acpuh y Vucub-hunacpú, que van también a jugar a la pelota con Hun-Camé y Vucub-Camé, los cuales matan a sus contendientes como lo hace Achurihirepe con Cupanzieri. Siratatapeci fué hijo póstumo de Cupanzieri, como Hun-acpú y Xbalenqué fueron hijos póstumos de Hun-hunacpú y como ellos se ocupan de cazar pájaros.

Hasta aquí los contornos de la fábula tarasca, prescindiendo de las dualidades quichés, están enteramente de acuerdo con los del mito guatemalteco. Sabe Siratatapeci que mataron a su padre; va a desenterrar sus huesos y los lleva para proporcionarles honrosa sepultura y esto es exactamente lo que nos cuenta de Quetzalcóatl la relación del Origen de los Mexicanos, según la cual, habiendo sabido Topiltzin que su padre Totepeuh había sido muerto por Apanécatl, tomó sus huesos y los enterró con mucha veneración. La aparición del venado con larga cola la tenemos entre

los tarascos, los nauas y los quichés, aunque contada en distinto modo, relacionada a la misma leyenda de Quetzalcóatl. La fábula conservada en Michoacán nos da razón cuando dijimos que la leyenda de los hermanos quichés no era sino una versión de origen maya del mito de Quetzalcóatl. El venado mitológico con larga cola une entre sí las leyendas mexicanas y ya tuvimos ocasión de ver que también enlaza éstas con las del mundo antiguo.

Queda demostrado con la igualdad del simbolismo de los mitos, que el dios más venerado en Yucatán, que era Itzamná, en Guatemala Xbalenqué, según el señor Las Casas y el P. Román, y en Chiapas, Votan, al decir del señor Núñez, no era sino el mismo Quetzalcóatl, centro del Olimpo zapoteca y que sin ser universalmente reputado como dios tutelar, tenía sin embargo grande importancia en las ceremonias, mitos y creencias religiosas de los nauas. Como uno de los cuatro elementos, como divinidad en íntima conexión con la tierra, nodriza universal, y como productor de los frutos necesarios para el crecimiento, desarrollo y conservación de los seres vivientes, nos queda lo suficiente para poderlo identificar en lo que llegó hasta nosotros de las creencias religiosas, los mitos y ceremonias de las tribus del sur.

Cuando sabemos ya que al dios ulmeca era al que daban los nauas el nombre de Quezalcóatl, aunque nos falten en el sur todos los detalles para las comparaciones, las creencias que revelan los mitos nauas no deben creerse restringidas a esta tribu, sino debemos juzgar que un tiempo fueron el patrimonio común de todos los pueblos cultos, aunque de las demás no hayan llegado hasta nosotros todos los recuerdos mitológicos del dios que recibieron.

De esas y otras interesantes fases del dios ulmeca, conservadas entre los nauas y casi perdidas entre las otras tribus por no haberse tenido el cuidado de recogerlas, vamos luego a tratar porque con todo derecho le pertenecen y completan la fisonomía del dios tutelar que trajeron a México los que implantaron la religión y la cultura que abrazaron las tribus salvajes que con ellos estuvieron unidos varios siglos. Para esto reuniremos los mitos y símbolos rituales relacionados por los nauas con el dios ulmeca, comparándolos con los que encontramos o colegimos haber sido usados en el antiguo hemisferio cuando allá comenzaba a extenderse el uso del cobre antes de terminar la edad neolítica y empezar el uso del bronce.

CAPITULO IX

MITOS RELATIVOS AL DIOS ULMECA

Un augur entre los romanos, que hubiera querido tomar un auspicio para una empresa importante, pública o privada, lo primero que hubiera tenido que hacer, habría sido dirigirse al campo abierto antes de amanecer, cubrirse la cabeza y allí, con su *lituus,* que era dice Livio *baculum sine nodo aduncum,* (Hist. I. 18) un bastón corto sin nudos, con la punta encorvada, hacer una división en el espacio celestial, declarando solemnemente, con fórmulas sacramentales, cuáles eran los límites que se le marcaban en la tierra, en correspondencia con los del cielo y en relación con las regiones inferiores debajo del suelo. Un tal lugar, así demarcado, se llamaba *templum augurale* y dice Varrón que la palabra *templum* no es sino un diminutivo de *tempus,* el tiempo: (Lin. Lat. lib. VI.) de donde se puede presumir que el *templum augurale* no estuvo sólo relacionado con el espacio sino también con el tiempo y que, como el augur tomaba para sus auspicios una pequeña parte del espacio, en ella estaba incluída una pequeña parte del tiempo.

El adivino dividía por medio de su *lituus* el *templum augurale* en cuatro partes, trazando una línea, de norte a sur, llamada *cardo* y otra, de este a oeste, llamada *decumanus.* La entrada al templum se suponía al sur, el santuario al norte y los signos prósperos para tomar el agüero eran los que se manifestaban al oriente, los adversarios, los que se veían al poniente. (Bulengre. De aururiis. lib. II.) Los romanos tomaban sus agüeros del canto y especie de las aves que se manifestaban en el *templum augurale* y la significación de todos los signos que veían y les servían para formular el agüero los tenían consignados en ciertos escritos que cuidaban con esmero y llamaban *libri augurales,* que aún existían en tiempo de Séneca. (Ed. 107).

También los griegos acostumbraban los auspicios. Apolo enseñó el arte de auspiciar a su hijo Mopso y varias veces los Argonautas a él recurrieron durante su expedición en busca del vellocino de oro. (Apol. Rhod. I. 65.) Ni eran desconocidos a los nauas, porque dice Sahagún que en la primera fiesta que celebraban a principio del año, "tomaban pronósticos de la lluvia y de la helada del año, de la venida de algunas aves y de sus cantos". (I. 86). Los pájaros, dice Macculloch, eran objeto de veneración para los celtas, que de ellos se servían para sus adivinaciones. (Celtic Mythology. 13).

Nuestros indios tenían dividido como los romanos el tiempo y el espacio del cielo, la tierra y las profundidades inferiores, pero no hacían de él pequeñas divisiones para tomar, por el momento, los oróscopos que necesitaban; todo lo tenían ya consignado en sus libros cabalísticos, que los mayas llamaban *anahté* y en ellos estaban incluídos los cómputos que servían para los oróscopos, que los nauas llamaban *tonalámatl,* papel de los días, arreglados conforme a las divisiones del tiempo y del espacio.

La institución de los augures se pierde en los orígenes del pueblo romano; la formación de los libros cabalísticos de nuestros indios y confección del tonalámatl se atribuye a Quetzalcóatl. Los agüeros romanos y los oróscopos de nuestros indios tienen el mismo punto de partida; la división del espacio en cuatro partes con relación al tiempo. No nos dicen los mitólogos romanos cuál de sus dioses hizo la división del cielo y de la tierra en cuatro partes y las relacionó con el tiempo, tomando de ellas los augures su *templum.* Pero como los reducidos espacios que necesitaban para sus agüeros, con sus correspondientes cuatro divisiones, los marcaban mágicamente con su *lituus*, el dios que dividió todo el espacio y todo el tiempo debía haber tenido otro *lituus* que le sirviera de mágico instrumento para la división y no dudamos que Saturno las hizo, porque lleva un instrumento semejante en las manos, que como dios agrícola se ha creído una hoz.

El nombre de Saturno, derivado del verbo *sero* sembrar, nos dice que tenía una ingerencia directa en la siembra, es decir, en la fertilización de la tierra para que germinara, no en la siega: no era un dios autumnal, era un sol de primavera. Para la siega le servía la hoz, para la siembra no le era de provecho, y sí le hubiera servido el *lituus* para asignar los tiempos a los vegetales,

dividiendo el año con él en cuatro partes para que supieran los agricultures cuándo habían de entregar a la tierra sus semillas para que fueran multiplicadas por ella: porque aunque al caer del trono, "Júpiter dividió la eterna primavera que entonces disfrutaba la tierra, asignando cuatro estaciones al año"; (Ovidio Met. I. 115) hay razones para creer que no fué Júpiter sino Saturno el que hizo la división, y la principal de ellas es la superintendencia que tenía Saturno en la fecundidad de la tierra. Era, por consiguiente, no una hoz, sino un *lituus* lo que llevaba en la mano y éste le sirvió para dividir el año en cuatro partes. Entre otras puede verse en una pintura de Pompeya.

Un instrumento curvo como el de Saturno, llevaba Cronos en Grecia y a él asimilaban los latinos a Saturno no sin razón. Los poetas griegos y romanos hacen de Cronos una personificación del tiempo sin más fundamento, se cree, que el cambio de la letra inicial del nombre Κρόνος, que es su verdadero nombre, se deriva, en opinión de algunos de χραίνα cuya afinidad con el verbo latino *creo,* crear, está de acuerdo con el concepto que se tenía del dios, origen de los tres dioses que se dividieron entre sí el imperio del universo. De Κρόνος hicieron Χρόνος tiempo, y de aquí vino que se personificara en el tiempo que todo lo destruye, y el instrumento curvo que lleva en la mano se volviera la inexorable guadaña de la muerte. Ahora pregunto yo ¿para el cambio de la letra inicial del nombre pudo haber influído ese mismo instrumento curvo que, como Saturno, llevaba en la mano para dividir el tiempo, con que dividió el cielo de la tierra y con que pudo haberse dividido el universo en donde reinaron sus hijos?

Un dios egipcio que llevaba un instrumento curvo en la mano era Horus, el dios sol y una creencia primitiva designaba a sus cuatro hijos como los sostenedores del cielo y representantes de los cuatro puntos cardinales "que encuentran un paralelo en el mito de los cuatro Bacab de los indios mayas" (M. Edwards and L. Spence Dic. of non classical Mythology. p. 84) y por consiguiente también con las cuatro creaturas de Quetzalcóatl, hechas con el mismo objeto cuando hizo los cuatro caminos por debajo de la tierra para levantar el cielo. (Hist. de los Mex. p. 234). Al poner Horus a sus cuatro hijos como puntales que sostuvieran el cielo como lo hizo Quetzalcóatl, es presumible que él también haya he-

cho la división del tiempo y del espacio y que el instrumento curvo que llevaba en la mano, él, Quetzalcóatl, Cronos y Saturno, no fuera sino el prototipo del *lituus* que usaron los augures romanos para construír el *templum augurale* y marcar sus divisiones.

En estas divisiones, conformes con los puntos cardinales, era donde aparecían las señales de buena o mala fortuna que había que buscar entre las aves que pasaban por el reducido *templum* de los augures romanos, entre las estrellas que poblaban el firmamento de los posteriores astrólogos egipcios, o en los signos que estaban consignados ya de antemano en los libros cabalísticos de nuestros indios. De modo que, para indagar la buena o mala suerte futura, fué para lo que todos estos dioses hicieron uso del instrumento sagrado que llevaban en la mano, indicando a los hombres la parte en que habían de encontrar las señales de buenas cosechas, numerosa prole, buenos hijos, prósperos sucesos: oróscopos y agüeros directa o indirectamente relacionados con la procreación, aumento y conservación de la raza humana de que en Italia y en Grecia, como en Egipto y México, estaba encargada la luna, y ella mejor que nadie, era la que podía señalar las divisiones donde había que buscar los signos prósperos o adversos.

Los puntos cardinales estaban íntimamente ligados con los elementos y éstos, desde tiempo inmemorial, en las cábalas se representaban con figuras geométricas. La tierra con un cuadrilátero o cuadrado porque era tal la figura que se le supuso en un principio; el agua con un círculo, porque el inmenso río que circundaba mar y tierra, los encerraba como dentro de un anillo; el fuego tenía la figura de un triángulo porque ésta afectaba la llama y el aire se expresaba con una luna en creciente por las relaciones e influencia que a la luna se le suponía con el aire. Los cuatro vientos dividían los puntos cardinales y el aire separaba el cielo de la tierra. La luna debía tener parte en una división y separación semejante y de ella debían valerse los dioses que la hicieron al principio y los que la hacían para colegir los agüeros y auspicios.

El lituus no era, por consiguiente, sino un emblema, una imagen de la luna en su primero y último cuarto, adaptada a un pequeño bastón o prolongada su parte inferior para que se pu-

diera tener fácilmente en la mano, y es este el significado del objeto que lleva en la mano Quetzalcóatl. Al dividir el espacio los augures llevaban cubierta la cabeza y, en un relieve de la colección Inghirami, se ve uno de ellos con el lituus en la mano y un gorro en la cabeza que, para la suya, no habría desdeñado Quetzalcóatl, cuyo birrete ni es, ni puede ser una mitra en el sentido cristiano del objeto y cuyo bastón no tiene el significado del báculo pastoral, aunque se quiera derivar de otros bastones de los paganos. Los colores negro o azul y rojo del birrete de Quetzalcóatl indican norte y sur, divisiones del espacio con relación al ecuador.

La división del mundo en cuatro partes, de donde tomaban su nombre generalmente los vientos y de donde se dirigían, hizo a Quetzalcóatl el dios de los vientos y los torbellinos como le llama Sahagún (vol. I. 237), diciendo que los vientos soplan de las cuatro partes del mundo por mandato de Quetzalcóatl. Al viento del oriente llamaban *tlalocaiutl* porque venía del *Tlalocan* "donde ellos dicen estar el paraíso terrenal". El viento del norte se llamaba *mictlampa ehécatl,* literalmente viento del norte. Al viento del poniente decían *ciuatecaiot,* "que quiere decir viento que sopla de donde habitan las mujeres", o también *Ciuatlampa ehécatl,* viento del poniente. El viento del sur tenía el mismo nombre del punto cardinal de donde venía *uitztlampa ehécatl,* viento del sur. (Sahagún II, 252) Los nombres de las cuatro partes en que el mundo estaba dividido eran, según el mismo autor *tlapcopcopa* o *tlahuilcopa,* oriente; *mictlampa,* norte; *ciuatlampa,* poniente, *uitztlampa,* sur. Molina llama al oriente *tonatiuixco* y al poniente, *Icalaquian.* "Los nombres de las figuras dedicadas a las cuatro partes del mundo son estas", dice el primer autor: "*ácatl,* que es caña y era dedicado al oriente; *técpatl* que es pedernal, dedicado al septentrión; *calli,* que es casa, dedicado al occidente o poniente, y finalmente *tochtli* que es conejo, y era dedicado a uitztlampa, que es medio día", y es el signo con que en este lugar comienza su enumeración el autor. (vol. II. p. 256) *Tlacolcopa* y *tlauilcopa,* como llama él al oriente, los traduce "hacia la lumbre o al sol": *mictlampa* "hacia el infierno" porque creían que hacia la parte del septentrión los difuntos iban: ciuatlampa quiere decir hacia la casa de las mujeres, porque tenían opinión que en el poniente vivían las mujeres difuntas que son diosas y en el oriente viven los hombres

difuntos "que están en la casa del sol": *uitztlampa* se deriva de *uitztli* que quiere decir espina, y vendría a ser hacia las espinas. En los anales de Cuautitlan, a la denominación del norte, *Mictlampa,* se le añade *Teotlalli,* tierra de dios; y al sur *Uitztlampa, Amilpa, Xochitlampa;* tierra de labor hacia las flores. El intérprete del códice Vaticano A. llama al oriente *Tlacpac.* Muñoz Camargo dice *Tlapco* y traduce en la grada o poyo, pero equivocadamente refiere el nombre al mediodía. (ob. cit. 133). El mismo P. Ríos, al norte lo llama *Teutetlapan,* que acaso deba leerse *Teutlalpan*: "que quiere decir lugar de los dioses", al poniente, *tetziuatlan,* lugar de las mujeres divinas y al sur, *uitztlan,* lugar de espinas. Los nombres de los puntos cardinales eran mitológicos y estaban relacionados con los años, como hemos visto, y con las diversas épocas del año porque los signos con que se representaban designaban también las estaciones: ácatl era la primavera, técpatl, el verano, calli, el otoño y tochtli, el invierno, como veremos. La división al sur del espacio estaba relacionada con el tiempo, como la de los augures romanos y en ella muy poco tenían que ver lugares y situaciones geográficas o astronómicas determinadas; a no ser que los nombres ácatl, técpatl, calli, tochtli, designen estrellas o asterismos para nosotros desconocidos.

Acabamos de decir que los nauas relacionaban con el tiempo la división del espacio marcada con los puntos cardinales y designada con los signos ácatl, técpatl, calli, tochtli, que además de los años designaban sus cuatro estaciones, y esta fué la división del tiempo que Júpiter o Saturno hizo entre los romanos. Decían los mexicanos, escribe Gemelli Carreri, que el sol se debía renovar cada siglo de 52 años, siguiendo el sol secular el mismo orden que la naturaleza marca al sol anual. "Con esta analogía del año con el siglo, así como tenían en el año cuatro estaciones diferentes, quisieron adaptarlas al siglo y por eso establecieron tochtli para empezar por la parte del norte como la primavera o juventud de la edad del sol; ácatl, como el estío; Técpatl, como el otoño y Calli, como la vejez o el invierno". (Gire del Mondo VI 40). Las edades del sol no comenzaban en el norte, ni era tochtli el signo correspondiente al septentrión.

Siendo el equinoxio de primavera, como dicen los más antiguos cronistas, cuando más o menos comenzaba el año mexicano, y siendo ácatl el primer signo del calendario, es natural que a

ácatl pertenezca la primavera y siguiendo el orden de las estaciones en combinación con los signos, encontraremos que a técpatl corresponde la niñez del sol y el estío, a calli la pubertad y el otoño y el invierno y la vejez a tochtli. Thévet hace otra distribución de los símbolos anuales relacionados con las estaciones; asignando ácatl al otoño; a la primavera, técpatl, el invierno a calli y a tochtli, el verano. Otra tercera se encuentra en uno de los calendarios publicados por el Dr. Peñafiel, en donde sobre el signo calli vemos que está escrito verano: sobre tochtli, estío; otoño sobre el ácatl e invierno sobre técpatl. El desacuerdo de los tres documentos que consultamos, y el apartarse del orden más comunmente aceptado en la enumeración de los signos, nos fuerzan a no aceptar ninguno de los sistemas sino con la enmienda hecha al de Gemelli Carreri. Son estas preciosas indicaciones en que se encuentran relacionados los puntos cardinales a las cuatro divisiones del año, de acuerdo con lo que dice Ríos de Tláloc, de cuyo nombre los indios ignoran el significado y solo dicen "que significa el buen temporal porque era compañero *de los cuatro vientos y de las cuatro estaciones del año*". (Cod. Vat. A.)

Se relacionan igualmente al período más corto de cuatro años como lo vemos en la cruz que trae Thévet, cuyos brazos están marcados por los símbolos anuales con los numerales uno, dos, tres y cuatro, período que terminaba con una fiesta extraordinaria al dios del fuego; mientras en las ruedas que traen Sahagún y Durán, las divisiones se relacionan con el ciclo de cincuenta y dos años.

Aunque la serie de los años comenzara en esa cruz con ce tochtli, no por eso dejaban de referir esos años al sur, ni de dar al oriente *ácatl* el primero y preferente lugar. La parte oriental, dice Durán "era siempre la principal". (vol. II. p. 255). Más común y ordinario era comenzar la serie de los años por el oriente y así lo hace el mismo Sahagún, que vimos los comenzó por el sur. "Tenían cuatro caracteres puestos en cuatro partes en respecto de un círculo redondo: a uno de estos caracteres llamaban *Ce ácatl,* que quiere decir una caña: este carácter era como una caña verde pintada, y en respecto del círculo estaba hacia el oriente. Al segundo carácter llamaban *Ce técpatl,* que quiere decir un pedernal hecho a manera de hierro de lanza teñida la mitad de él

con sangre; este estaba puesto hacia la parte del septentrión en respecto del círculo. El tercer carácter era una casa pintada que ellos llaman *Ce calli,* está puesta hacia la parte de occidente en respecto del círculo. El cuarto carácter es la semejanza de un conejo que ellos llaman *Ce tochtli,* está puesto hacia la parte de mediodía en respecto del círculo" (vol. I. 339). El mismo orden de los años y los puntos cardinales encontramos en Durán y otros cronistas.

Volvamos por un momento al *templo augurale* de los romanos que recuerda J. Andrieu "consistía en marcar un lugar cuya entrada se imaginaba al sur, el santuario al norte y los signos propicios venían del este, los adversos del oeste". Será una coincidencia tal vez, pero en el templo primitivo que construyeron los aztecas a su dios tutelar, antes que lo modificaran los tlatoanis de México "la principal subida estaba frontera del sur, la segunda al oriente, y la tercera al poniente". (Tezozómoc ob. cit. p. 529, por consiguiente el santuario estaba al norte y en la cruz que trae dibujada Thévet, el norte se llama *Teotlalpa,* lo mismo que dice Ríos, y la palabra significa "lugar de los dioses", no tierra áspera y pedregosa como querría decir si se dijera *tetlalpa.* El oriente dice Durán, tuvieron entre las cuatro partes del mundo y los años que la representaban, por "la mejor y más fértil y fructífera y abundante y así deseaban los años de caña y se regocijaban con ellos". En vez "los años que ellos más temían eran los septentrionales y los occidentales". (ob. cit. ps. 254, 255) ¿Será también una coincidencia?

Los mayas relacionaban de igual modo sus años a los puntos cardinales. Landa atribuye al sur el primer signo siguiendo el mismo orden de los nauas, pero lo contradicen los libros de Chilán Balán que atribuyeron el oriente a los años del signo *Kan* que es el primero y, como vimos, sustituyó a *Ben,* que correspondía al *ácatl* de los nauas. *Muluc* es el norte, *Ix* el poniente y *Cauac* al sur en vez de los primitivos *Eznab, Akbal y Lamat* que van de acuerdo con técpatl, calli y tochtli; pero en la representación y el orden de los puntos cardinales nada se cambió. (Seler. Mexican Chronology).

Los nombres de los puntos cardinales en relación a la estrella de los vientos o rosa náutica, supongo haber sido entre los na-

uas, oriente, *Tlapco* o *Tonatiuixco;* norte, *Teotlalpan;* poniente, *Ciuatlan;* sur, *Uitztlan.* Pero como no se tenían generalmente en cuenta los verdaderos puntos cardinales sino el extremo límite de la eclíptica al oriente y poniente, por eso al norte, cuando el nombre dios, *teotl,* se sustituyó, con el lugar de los muertos, *mictlan,* llamado infierno por los misioneros, se le llamó *mictlampa,* al poniente *ciuatlampa* y al sur, *uitztlampa,* que Sahagún, buen conocedor de las propiedades del idioma, no traduce: el lugar de los muertos, de las mujeres etc., sino *hacia* el infierno, *hacia* la casa de las mujeres, hacia las espinas, indicando únicamente la dirección no el punto exacto del lugar, por lo que el ollin más bien afecta la forma de una cruz de S. Andrés que de cruz griega.

Un indio nuestro, que en uno de los equinoxios hubiera vuelto la cara para observar la puesta del sol, a su derecha habría tenido exactamente el norte y a su izquierda exactamente el sur. Para tomar agüero los mercaderes aztecas, descabezaban una codorniz y dejaban caer el cuerpo al suelo observando en las convulsiones de la muerte, a qéu parte se dirigía. "Si iba volteando hacia el norte *que es la mano derecha de la tierra,* tomaba mal agüero... si la codorniz volteando iba hacia el occidente o hacia *la mano izquierda de la tierra que es el medio día,* alegrábase" (Sahagún II. 366). Estos eran los verdaderos puntos cardinales que, con el oriente y occidente, completaban las coordenadas del mundo; norte, la mano derecha; sur la mano izquierda de la tierra.

Osiris nació en el lado derecho y pereció en el lado izquierdo del mundo, dice Plutarco, porque el Nilo comienza a crecer "en la región del sur que es la izquierda y corre hacia el norte hasta que lo engulle el mar". (Isis y Osiris. 32). En Egipto era entonces como en México, el norte la mano derecha, el sur la mano izquierda del mundo y como en México, el norte era una región de mal agüero, el sur, de bueno. No se me ocurre una razón plausible porqué nuestros indios tuvieron en el mismo concepto que los egipcios al norte y al sur y les llamaron lo mismo.

También como los indios nuestros, contaban los egipcios el centro de la tierra entre los puntos cardinales, porque en una antiquísima inscripción de Pepi se lee: "El no permitirá que se te oiga por los que están en el oeste, los que están en el este, los que están en el sur, los que están en norte y *en medio de la tierra".* Lo-

cuciones que pocas líneas después se vuelven a repetir en la misma inscripción. Derechas e izquierdas llama Ovidio las zonas que están hacia el norte y sur del ecuador. (Met. I. 44). Los antiguos irlandeses llamaban al oriente *Oir* o *Soir*, la parte delantera, y al oeste *Iar*, la parte de atrás. *Deas* significa la derecha y al sur llamaban *Odheas;* la izquierda era *Tuath* y al norte llamaban *Otuath* (Smiddy. Druids. pág. 76).

Para los tarascos de Michoacán, la mano derecha era en vez el oriente, y la izquierda el poniente y así parece que sucedía también con otros pueblos de origen ariano. Las naciones semíticas iban de acuerdo con los irlandeses, porque dice Brugsch "acostumbraban volver la faz hacia el Este, el punto por donde el sol nacía y en conformidad con tal costumbre llamaban al Oriente *la parte de frente,* al Occidente, *la parte posterior* y, por consiguiente, el sur era la derecha ימין y al norte la izquierda שמאל shemol. Al contrario de todo esto los antiguos egipcios consideraban el Oeste como la derecha, *unim,* el Este como la izquierda, *semah*" (Brugich Egypt. I. p. 255 nota). En lo que se pone manifiestamente en desacuerdo con Plutarco. Hubo un tiempo en que en Egipto, dice un escritor inglés "la mano derecha estuvo al Este, ab, la mano derecha y el Este, samili en Asirio, samali en Hebreo. Para que el este estuviera a la derecha y el oeste a la izquierda, quien así los nombraba tenía que volver la faz al norte".

Si en la relación de los puntos cardinales con la derecha y la izquierda, como se encuentra en Plutarco, los egipcios estaban de acuerdo con los nauas, en la que acabamos de ver estaban acordes con los tarascos. Ambas relaciones, dice el autor que acabamos de citar, estaban en uso en Egipto, mas no trae más argumento para probar su dicho que el poco convincente de las citadas etimologías comunísimo en él para probar sus asertos; para nosotros sólo de algún peso cuando van reforzados con otros de índole diversa.

"Los mayas de Yucatán", dice el mismo escritor en otro lugar, "fantaseaban con cuatro progenitores o caudillos llamados Tutul-Xiu. Los Xiu eran espíritus, jefes, y en egipcio *khi* o *khiu* es un espíritu, uno que manda. Además, *khi,* o *khiu* eran los cuatro sostenedores del cielo en los cuatro ángulos, y por consiguiente eran idénticos con los cuatro Xiu de los mayas. Mas el Khu es un

antiguo Keb, como un *Señor del ángulo* o esquina y los cuatro Keb, los Cabiros, eran los cuatro genios representantes de los puntos cardinales". En otras partes los *siete Kabiros* eran los representantes de otras teorías del autor. No dudo que mitológicamente los cuatro Tutul-Xiu de Yucatán fueron los cuatro representantes de los puntos cardinales como los hermanos quichés, los compañeros de Votan y los que acompañaron al oriente a Quetzalcóatl; que tales hayan sido los Cabiros, estoy seguro también. ¿Mas se prueba esto con las razones filológicas aducidas? Los egiptólogos cuyas obras he podido consultar, no están de acuerdo, y no quiero yo meter mi hoz en mies ajena. Solo podré decir que si Xiu es palabra maya, no significa espíritu, si es náuatl, como muchos lo creen, entonces significa turquesa, yerba, color azul o verde, todo, menos espíritu o jefe o cosa que tenga que ver con el egipcio *ka* "por consentimiento general, llamado doble" y que muchas veces "puede con exactitud traducirse con algunas de las acepciones de εἴδωλον. "El *khu,* o alma espiritual, se menciona frecuentemente en conexión con el *ba* o alma del corazón, y parece haber sido un ser etéreo, el alma que puede morir: el *khu* vivía en el *sahu* o cuerpo espiritual". (Budge Book of Dead I. p. LIX LXII). El *ka* y el *khu* no eran sino seres abstractos que nada tienen que ver con los mayas Xiu. Argumentos semejantes son los que usa para probar el citado autor, teorías que no puedo admitir.

No están de acuerdo todos los autores en considerar a los puntos del espacio, llamados ordinariamente cardinales, como los cuatro puntos solsticiales, dos con relación al horizonte oriental y los otros dos al occidental, mas la derecha y la izquierda que caerían entonces exactamente al norte y al sur o al oriente y al poniente de nuestra rosa náutica, mas el cénit y el nadir o el centro de la tierra. En abono de lo que pensamos y enumerando solo cinco de los puntos cardinales, encontramos en Lepsius, que los egipcios consideraban los solsticios siempre en el horizonte y los tenían por consiguiente que referir al oriente y occidente, pero el equinoxio de primavera lo veían "como en el espacio celestial". Yo creo que prácticamente los puntos cardinales se entendían de uno u otro modo, porque considerando el centro como el ombligo de la tierra, según vemos en la cruz de los años conservada en la obra de Thévet, y allí el asiento del fuego, nuestros indios y otros pueblos del

antiguo mundo no referían al cenit el punto central; mientras cuando consideraban al sol como ocupando el centro entonces sí deben haberse referido al cenit.

Los sacerdotes griegos, que ejercían también el oficio de augures volviendo su faz al norte, región de los bienaventurados hiperbóreos, tenían el este a la derecha, de donde venían los buenos agüeros y el oeste, de donde llegaban los malos, a la izquierda; y de aquí viene la locución que ha llegado hasta nosotros, llamando un siniestro a una desgracia o un acontecimiento fatal. Los puntos solsticiales, que eran cuatro, más la mano derecha e izquierda, resultan seis, y éstos eran según vemos en Tezozómoc los sostenedores del cielo, y por esto encontramos en Michoacán los dioses de las cuatro partes del mundo y los dioses de la mano derecha y de la mano izquierda, (Relación de Michoacán p. 67) como los encontramos en Egipto. Anadiendo a éstos el punto central, también reconocido en Grecia, tendremos cinco o siete como el número de los puntos cardinales, normalmente reconocidos cuatro.

Cuando dibujaban los nauas el signo de los cuatro movimientos del sol, llamado por ellos *naui ollin,* con todos los adjuntos que le eran propios, lo hacían representando una aspa que a veces pierde su forma con la estilización y los adornos. Entre los mayas el glifo con que indicaban el sol, es más o menos una X que representa, como se cree ordinariamente, solo los aparentes movimientos del astro, los cuales si se refieren al supuesto paso nocturno del sol por las profundidades de la tierra, forman lo que mayas y nauas llamaban los cuatro caminos de Xibalba o de Mictlan, Mas no eran estos movimientos lo que representaba principalmente el naui ollin. Al aspa añadían una imagen o un símbolo solar en el centro, las dos manos a uno y otro lado cortando el aspa en sentido horizontal, y una flecha con la punta hacia lo alto que verticalmente la dividía y venía a indicar el ecuador. Con todos estos adjuntos, elegantemente esculpidos, se encuentra el *naui ollin* en la parte central del monumento conservado en el museo nacional de México con el nombre popular, aunque impropio, de calendario azteca.

Los brazos del aspa tienen la forma de cuadros que llevan esculpidos los glifos en consonancia con el interesante mito que llaman nuestros historiadores de los cuatro soles, llevando cada uno de ellos la indicación que le corresponde y se designa con uno de

los símoblos del calendario relacionado con cada uno de los elementos y, por referirse al sol, va acompañado del numeral cuatro, acompañante del sol en su signo ollin "el cual vocablo quiere decir cosa que anda o se menea el cual signo aplicaban al sol". (Durán II. 4262) *Naui ollin,* escribe Ríos "dicono essere il sole con le sue trepidazioni e moti al cuale atribuiscono la produzione di tutte la cose ordinarie" (Códice Vaticano A). El Sol, con sus vibraciones o trepidaciones y movimientos simbolizados por las cuatro aspas del naui ollin, era el productor universal. El movimiento del sol bien se podría comprender que fuera designado por el aspa que entonces indicaría los caminos que seguía en el firmamento y por las regiones subterráneas si se tratara de un movimiento de traslación ¿pero las vibraciones y trepidaciones? Tendremos ocasión de explicarlo.

La imagen del astro está esculpida en el centro del signo, que lo es de todas las figuras representadas en el monumento. Su forma de un rostro humano, visto de frente, copia con bastante exactitud el tipo indígena; lleva la lengua de fuera, quizá para indicar la necesidad que tiene de comer y pedir que lo alimenten con sangre humana, creen algunos; yo pienso que la lengua del sol tiene un significado sivaítico. En monedas arcaicas de Eritria se ve una cabeza de frente con la lengua de fuera; juzgan ordinariamente que sea la cabeza de Medusa, pero yo no distingo bien en sus cabellos las serpientes, típica de Gorgona: ¿porqué no podrían representar esas cabezas la imagen del sol? Esa se ve claramente representada en unas monedas de Rodas menos antiguas que las de Eritria: tiene también la cabeza de frente, pero no la lengua de fuera: todos creen que esa cabeza sea la representación del sol. En la piedra mexicana los cabellos lacios caen de la cabeza por uno y otro lado hasta quedar cubiertos con el grande *nacoctli,* u orejera adornada con pendientes en cada una de las orejas. Lleva ceñida a las sienes probablemente la guirnalda de cuero de tigre del guerrero, adornada con tres discos que pudieron ser de chalchihuitl, piedras verdes, a *xíhuitl,* piedras azules, que servían de adorno y eran engastadas en las guirnaldas de los grandes señores y los dioses, signo no sólo guerrero sino de la fecundidad solar. El *ollin* ya lo hemos visto es el sol "con sus trepidaciones y movimientos al cual atribuyen la produc-

ción de las cosas ordinarias", y para conseguirlas de él, era para lo que de día y de noche lo reverenciaban.

Todos los días al salir el sol los tlamacazque le ofrecían sangre de su propio cuerpo y de codornices, que descabezaban, y, al ofrecerla, decían "Señor nuestro, haced prósperamente vuestro oficio". Le llamaban cariñosamente *tonámetl,* maquey resplandeciente; *xiuhpipiltontli,* niñito precioso, *cuauhteoamitl,* flecha divina de los árboles, o de las águilas. De día le ofrecían incienso cuatro veces y cinco de noche, nueve veces al día. A la salida, hacia las nueve de la mañana, a medio día y a la hora de ponerse. De noche le ofrecían incienso al oscurecer; entre nueve y diez al irse a dormir; a media noche, entre dos y tres de la mañana y antes de romper el alba". Cuando a prima noche ofrecían incienso, saludaban a la noche diciendo: "el señor de la noche ya ha salido que se llama Yaualtecutli, no sabemos cómo hará su oficio o su curso". Era seguramente Youaltecutli, el señor de la noche, una advocación del sol nocturno considerado como el primer principio de lo creado y productor de todas las cosas; así es que con ese nombre era con el que se le hacía fiesta en su signo *naui ollin,* considerándolo como los cuatro movimientos o trepidaciones de los elementos en los caminos del Mictlan por donde tenía que pasar en las noches. Para poder penetrar el significado simbólico del naui-ollin, los cuatro movimientos relacionados con Naui-hécatl, los cuatro vientos, conviene detenernos un poco para indagar cómo lo entendían nuestros indios.

*
* *

Desde el horto hasta el meridiano, según la fábula, acompañaban al sol las almas de los guerreros muertos en las batallas y las de los hombres inmolados en los altares. Al medio día recibían al sol las almas de las mujeres que habían perdido la vida en el alumbramiento y se equiparaban a los guerreros, acompañándolo hasta el ocaso, en donde lo dejaban para que fuera a iluminar a los muertos. No hay para que decir que, además de la división del día en cuatro partes diurnas, y cinco nocturnas para la veneración del astro, los indios consideraban tres etapas del sol: una desde el nacimiento al medio día, otra del meridiano al ocaso,

y la tercera, abarcando toda su carrera nocturna, tal como lo hacían los hindúes y los egipcios.

Entre los primeros, el sol en el horizonte del este y de la mañana era Brahma; desde el medio día hasta el ocaso, Siva; por la noche Vishnu. Los tres dioses son uno mismo. (As. Res. I. 267. V. 254). Por esto escribe el poeta Kalidasa que "de Siva, Vishnu y Brahma, cada uno de ellos puede ser el primero, el segundo y el tercero entre los tres dioses". Así mismo el egipcio dios sol en un papiro, dice: "Yo sol Khefera en la mañana, Ra a medio día y Temo en la tarde". Los tres soles, uno nocturno y dos diurnos, y los cuatro anuales, con otros relacionados con ellos, multiplican los soles en las mitologías de Egipto, Grecia, la India y nuestros indios como lo iremos viendo. Las cuatro aspas del Naui Ollin de los nauas, representaban los cuatro soles anuales combinados con las cuatro estaciones del año, pero sobre todo con los cuatro elementos asimilados al sol. El naui ollin representaba el movimiento de los cuatro soles combinados con los cuatro elementos, y como los indios, con el signo naui ollin, expresaban los temblores y terromotos, se sigue que no es un movimiento de traslación del sol el indicado por ese glifo, sino un movimiento simbólico de trepidación y vaivén.

Plutarco, hablando del sistro usado en el culto de la diosa egipcia Isis, dice que la agitación de sus cuatro barras de metal dentro del cerco en forma parabólica, "representaba la agitación de los cuatro elementos dentro del ámbito del mundo, por la cual todas las cosas continuamente se destruyen y se reproducen. El gato figurado en la parte superior del instrumento, era un emblema de la luna, encargada de la fecundidad". (Isis y Osiris ed. Steph. p. 670). El gato era igualmente un emblema solar. Aún hoy día dicen que los chinos se valen de los gatos para saber las horas, observando la contracción del iris, y el tamaño de la pupila de sus ojos. Muchos siglos ha, dice Horapolo, habían observado los egipcios que el gato macho cambia la forma de la pupila de sus ojos según el curso del sol. "Por la mañana, cuando aparece el dios, se ven dilatadas, a medio día aparecen redondas y a la caída del sol se ven menos brillantes; así es que la estatua del dios en Heliópolis, la ciudad del sol, tiene la figura de un gato" (O. c. I. 10).

El libro de los muertos no está en desacuerdo con lo escrito

por el autor griego: "El gato macho, es el mismo Ra", se lee en el capítulo XVI "que se llama Mau por lo que dijo de él el dios Sa". (Book of Dead I, p. 193). De manera que la agitación de las cuatro varillas del sistro, muy bien pueden referirse también al sol de quien los cuatro elementos principalmente dependían. "La verdad es", encontramos en un moderno escritor, refiriéndose al Antiguo hemisferio, "que el emblema de los cuatro puntos cardinales, sirve también para indicar los cuatro elementos", y esto es lo que sucede con el Naui Ollin, los cuatro movimientos del sol, que mejor podríamos llamar, los cuatro movimientos simbólicos de los cuatro elementos relacionados con los cuatro puntos cardinales o sea las cuatro posiciones del sol en la eclíptica al oriente y al poniente.

Para poder mejor comprender el significado del simbolismo representado por el Naui Ollin, y las relaciones del sol y los cuatro elementos en conexión con el astro como origen de la fecundidad determinada por el movimiento, hay que estudiar entre nuestros indios, los ritos más culminantes relacionados con la fecundidad, comparándolos en sus simbolismos y significaciones litúrgicas, con los emblemas y símbolos usados en el antiguo hemisferio, que probablemente traen su origen desde la edad neolítica.

Tláloc era el dios de los nauas a cuyo cuidado estaban las aguas que fecundan la tierra, y una de sus fiestas principales tenía lugar en la séptima veintena, cuyo principio, según el cómputo de Sahagún, era el 13 de mayo. La veintena se llamaba Etzalcualiztli, del nombre de la fiesta principal en ella celebrada, nombre que significa, comida de etzalli, "especie de puchas o poleadas" de color amarillo hechas de maíz cocido. En los días de preparación para la fiesta, que consistían en un grande ayuno practicado por todos aquellos que tenían alguna ingerencia en el templo, usaban un especial instrumento llamado aiotl-chicauaxtli, sonaja tortuga, o también nácatl-cuauitl, árbol de carne.

El nombre del instrumento sonaja tortuga, nos lleva a las orillas del Nilo. La elevación de las aguas en las inundaciones de este río llegaba a su más alto grado cuando el sol estaba en la constelación de Libra y era entonces cuando los egipcios representaban el equinoccio de otoño, que para ellos significaba el punto culminante de las inundaciones del río. Esta es quizá la razón

porque en algunos zodíacos, como en el que se ve pintado en el Rameses en Karnac, la constelación de la Libra se simboliza con dos tortugas, cuyos carapachos son para algunos el prototipo de las balanzas en los zodíacos posteriores. (Pool Horae Aegyp. p. 39).

En una figura que publica Hay y reproduce Prumond en su lámina 13, un momento mitríaco tiene la tortuga en el lugar que corresponde en el zodíaco a las balanzas, y a la estrella gamma de la constelación de Libra dan los árabes el nombre de Sulhifat, que en su lengua significa tortuga. La tortuga, concluye el autor de quien tomamos estos datos, no sólo se consideraba en Egipto como un símbolo del agua, sino de la tierra dentro del agua o empapada en el líquido elemento. Un tal concepto conviene a la sonaja tortuga de los nauas, empleada en la fiesta que hacían a los dioses de las lluvias para que fecundaran la tierra.

La significación simbólica de la tortuga, con relación a las lluvias y la fecundidad, nos hará comprender la conexión del instrumento con el objeto que se proponían los indios al celebrar la fiesta. El aiochicahuaxtli llamado también ayahchicahuaxtli por Sahagún con el significado de sonaja de la neblina, iguala la tortuga a la humedad y pone el instrumento en relación con la fecundidad que produce: pero de la tortuga como símbolo de la fecundidad tendremos que ocuparnos adelante. Era el aiochicahuaxtli un instrumento formado por un madero o tabla "tan larga como dos varas, y de ancho como un palmo o poco más". En este madero, "iban a trechos una sonajas", y combinados con ellas, "unos pedazuelos de madero rollizos y atados a la misma tabla, y dentro de ella iban sonando las unas con las otras".

Tal instrumento lo llevaba a manera de guión agitándolo y haciéndolo sonar, un sacerdote que iba a la cabeza de la procesión de sacerdotes y jóvenes educandos del Calmécac, después de haber ofrecido ante el hogar cada uno de ellos, cuatro bolillas de masa, o cuatro tomates, o cuatro chiles verdes, sobre unas esteras de espadaña de dos colores alternados, blanco, color simbólico del elemento agua, y verde el color del elemento tierra. Las bolillas de masa, blancas, y los tomates, verdes, tenían el mismo significado y el mismo tenían también los chiles verdes relacionados con la fecundidad de la tierra. Ya conocemos el tule como emblema de fertilidad a la par que la caña.

La procesión se dirigía a un lugar destinado al dios de las lluvias, en la ribera de la laguna o en las orillas de las corrientes de agua donde había cuatro edificios orientados "que llamaban *ayauhcalli*" que quiere decir casa de niebla, y allí pasaban cuatro días, tomando en cada una de aquellas casas diariamente un baño ritual. Mientras tanto, en el edificio del Calmécac, quedaban cuatro de los sacerdotes, ocupados "en cantar y tañer en un atabal y menear unas sonajas, estando sentados". Esas sonajas eran llamadas chicaualli o chicauaxtli.

En las pinturas de la primera trecena del tonalámatl, cuyo señor es el dios supremo Tonacateuctli, el creador de todas las cosas, la pareja humana, que simboliza la unión conyugal, tiene entre uno y otro ser un chicauaxtli, un pedernal, una flecha o una caña. Conocemos bien el significado de la flecha, la caña y el pedernal, y siendo el chicauaxtli un símbolo que toma el lugar de cualquiera de los otros, debía tener necesariamente igual representación simbólica refiriéndose a la unión mitológica del sol o el cielo con la tierra, o la real de los seres humanos. Prueba de ello tenemos en el himno cantado a Ciuacóatl la diosa tierra. "Para que se forme el maíz, aquello con que se hizo nuestra carne, en la sementera del dios, la diosa Ciuacóatl, se reclina en el chicauaxtli": o sea, como alguno interpreta, cava la tierra con el chicauaxtli; mas parece que tanto la sementera del dios como el chicauaxtli, tienen un sentido enteramente alegórico, que igualmente se aplica a la tierra como a los seres humanos. Las mismas frases, como estribillo, se repiten en las siguientes estrofas, en donde se alude a la espina, símbolo de la efusión voluntaria de sangre, y a la yerba malinalli, símbolo del ayuno y la abstinencia, cosas necesarias para que el chicauaxtli haga fecunda la sementera del dios produciendo el maíz con que se forma nuestra carne.

Igual en el uso y con el mismo significado alegórico del chicauaxtli, tenemos en el antiguo hemisferio el tímpano de Cibeles del cual nos ocuparemos en otro lugar, y el sistro de Isis llamado así por los griegos tomando el nombre σεῖστρον del verbo σείω, sacudir, mover de un lado a otro, por lo que San Juan Crisóstomo llama σεῖστρον a la sonaja de los niños. Antes que se fabricara de metal, debía haber sido el sistro un verdadero chicauax-

tli, caracterizado enteramente en su significación ritual cuando le pusieron el gato y las cuatro varillas sonoras como lo hacían los egipcios.

Los ornamentos usados por el sacerdote naua al presidir la procesión dirigida al ayauhcalco, lugar donde estaban las cuatro ayauhcalli consagradas a Tláloc, eran "una manta delgada transparente que se llama ayauhquémitl, pintada de plumas de papagayo aspadas o cruzadas". Todos los objetos rituales usados en una fiesta destinada a pedir un año próspero y abundantes cosechas, debían estar en consonancia con el simbolismo de la fecundidad, y con él lo estaban las plumas de papagayo, símbolo del fuego, de la llama y del ardor de la concupiscencia. La forma de cruz o de aspa que colocaban en la manta delgada y transparente que debía tener la forma de uno red sutil, como la usada para el dios del agua, era precisamente la forma que se daba al naui ollin o cuatro movimientos: tenía entonces que expresarse con esa forma de cruz o de aspa que las plumas de papagayo se movían constantemente, como las sonajas en las manos de los sacerdotes y como el aiochicauaxtli llevado en procesión.

A la espalda llevaba el oficiante, "una flor de papel, grande, redonda a manera de rodela". Sea que con esa flor redonda de papel hubieran querido significar en realidad una rodela o sea que entendieran figurar la hoja del nenúfar, u otra ninfácea, como más bien parece, el simbolismo es igual y la misma relación con la fecundidad. Napatecutli, dice Sahagún en otra parte, "era un dios de los que llaman Tlaloques", por consiguiente era uno de aquellos dioses a quienes se destinaba la fiesta Etzalcualiztli. "Por la virtud de este dios nacían y se creaban las juncias y cañas", plantas simbólicas de la fertilidad. "Este dios producía las lluvias; hacíanle fiesta donde le reverenciaban y adoraban y le demandaban que diese las cosas que suele dar, agua, juncias, etc." Entre otros adornos simbólicos con que lo distinguían y caracterizaban sus atributos, llevaba en la mano izquierda un escudo "a manera de ninfea que es una yerba de agua, ancha como un plato grande". Los dioses mexicanos solían llevar en el escudo el emblema del atributo principal que los distinguía. Napatecutli era un dios de la fecundidad y debía simbolizar la ninfea que llevaba en la mano como escudo. (Sahagún I. 33-35).

El loto pertenece a la misma familia de las ninfeáceas a que pertenece el nenúfar o ninfea. Horus, según la leyenda egipcia, nació en un pantano cubierto de papiros, pero en un bajo relieve de Filas, en que se ve la escena del nacimiento, las plantas que cubren el pantano son lotos y no papiros, y Proclo dice que el loto era un emblema del sol, "al cual parecía que adoraba por la expansión y contracción de sus hojas". Era ciertamente, agrega Wilkinson "un emblema de Nefer-Atun", a quien vemos en los monumentos con una flor de loto sobre la cabeza. S. Birch agrega que Atum o Tum representaba al sol poniente, y después de haberse ocultado en el oeste, vivificaba a los habitantes del hemisferio inferior. Además de su carácter solar, era un demiurgo y creador de todas las cosas visibles e invisibles". Como sol nocturno, estaba encargado de la fertilidad. No sólo llevaba en la cabeza la flor del loto sino a veces dos plumas enhiestas como vimos que las lleva Amen y otros dioses encargados de la generación. El loto era entonces un emblema análogo a la pluma enhiesta. Muchas veces, sobre todo ante Osiris, se ve a los cuatro hijos de Horus, los sostenedores del cielo, los representantes de los cuatro puntos cardinales sobre sendas flores de loto y estos dioses, como los Bacab de los mayas, mucho tenían que ver en Egipto con la fecundidad.

Emblema de la fecundidad era también el loto en la India: Brahma tuvo origen de una flor de loto nacida en el ombligo de Vishnu y nadie, que conozca el simbolismo sivaítico, pone en duda la significación de una planta usada profusamente en la ornamentación y esculturas de Egipto y de la India, mientras sus congéneres mexicanas no faltan, aunque usadas con parsimonia, en la de los mayas. Un vaso pintado de Chama en Guatemala lleva dibujada la hoja de una ninfácea como adorno de un dios cuyo carácter está indicando un caracol que tiene detrás. Hojas de estas plantas no son raras en las pinturas de los muros de Chichén Itzá. Pero volvamos a la fiesta de los Tlaloques.

El sacerdote, cuyos ornamentos íbamos comentando, llevaba pintada de azul la parte delantera de la cabeza, "y colgada de la mano derecha una talega o zurrón hecho de cuero de tigre, bordado con unos caracolitos blancos a manera de campanitas que iban sonando los unos con los otros". El color azul en Grecia y

en la India pertenecía al elemento tierra quizá como en México, aunque entre los indios de la Mesa Central a veces este color simbolizaba el elemento agua porque las corrientes se pintaban con ese color: por eso creo probable que en esta y en otras fiestas de México y Yucatán, este color representara la humedad, pero como productora de la fertilidad de la tierra y, por consiguiente, la unión de los dos elementos.

Hefesto, que era uno de los principales dioses fecundantes de Grecia, se decía el de la cabeza cónica azul; y Siva se llamaba Nila-Kanta, el de la garganta azul. (Holwel. Myth. Dic. 122). A Mercurio lo llamaban el dios azul porque tal parece, dicen, es el color del planeta que le estaba dedicado. Siendo uno de los dioses a quienes se atribuía la fecundidad, no dudo que más bien que al planeta, a este atributo debiera su color el dios romano, contraparte del Hermes griego, del cual, dice Keane, que su color era verde, (Tower and Temples of Ireland) y en el simbolismo cromático de uno y otro hemisferio no es raro el intercambio de ambos colores que, aun en el nombre, se confunden en muchas lenguas. La pintura azul del rostro del sacerdote aludía, pues, al objeto principal de la fiesta no menos que el zurrón y los caracolitos con que estaba bordado y que, lo mismo que el color azul, encontramos en los ritos del antiguo hemisferio.

En un cilindro babilónico conservado en el museo Británico de Londres, se ve, dice Layard, que lo describe, "un sacerdote de pie con las vestiduras rituales" llevando en la mano una bolsa, llena tal vez de incienso, porque "delante de él hay un altar con una luna en creciente y otro altar más pequeño detrás sobre el cual está un gallo". Entre el sacerdote y el altar se ve un recipiente sobre una columna que descansa sobre dos pies en forma de cuernos invertidos. (Ninive and Babilonia. 458). Como se puede comprender por las atribuciones que vimos tenía la luna en ambos hemisferios, se puede presumir que el altar está dedicado a un poder fecundante conforme al simbolismo sivaítico del santuario hindú de Som-Nat, dice un escritor inglés conocedor profundo de la India, el cual describe otra escena semejante grabada en una piedra del mismo origen del cilindro anterior, en donde el sacerdote, con la bolsa en la mano, se ve ante el gallo en el altar. Deduciéndolo de sus profundos conocimientos en los ritos

conservados por los hindúes hasta nuestros días, el autor a quien aludimos, atribuye todos los objetos grabados en la piedra y el cilindro babilonio al culto sivaítico relacionado con la fecundidad y, entre ellos, la bolsa que supone lleva incienso en la mano del sacerdote oficiante.

La bolsa del tlamacazqui mexicano que oficiaba en la fiesta que vamos comentando, debía tener la misma significación; el tigre, de cuya piel se formaba, simbolizaba la tierra que es fecundada por el sol poniente; el caracol era un emblema de la luna y los caracolillos que bordaban el zurrón del sacerdote naua tenían que estar de acuerdo con el objeto principal de la fiesta, la fecundidad, encomendada a la luna, en su creciente, objeto de veneración para el sacerdote grabado en el cilindro babilonio en acuerdo con el ritual sivaítico de la India.

Delante del sacerdote mexicano, en la fiesta de que nos estamos ocupando, iba el ministro portador del ayotlchicauaxtli guiando a otros que llevaban en brazos "unas imágenes de dioses hechas de aquella goma que salta y es negra y la llaman ulli: otros ministros llevaban en brazos otros pedazos de copal hechos a manera de panes de azúcar en forma piramidal". Ignoramos la figura de los dioses de hule y no es difícil que tales hayan sido las esferas o pelotas de esta materia que vemos dibujadas en los códices como ofrendas, a veces adornadas y con una larga pluma. Por el color negro de la goma que sabemos estaba especialmente consagrada a Tláloc y con ella embarraban su imagen y los papeles presentados como ofrenda a los dioses del agua, pero más que todo, por la propiedad de saltar que tiene el hule, era por lo que en una fiesta en que tanta importancia tenía el constante movimiento producido por las trepidaciones y sacudidas del aiochicauaxtli y las demás sonajas, se escogió una materia tan elástica que con sus saltos, podríamos decir voluntarios, simbolizara el movimiento exigido en el ritual. Indudablemente los Uliteteo y su movimiento constante debían tener el mismo significado simbólico de todos los otros objetos litúrgicos usados para pedir a los dioses la fecundidad de la tierra de la cual estaban encargados.

Dice un escritor inglés, que los dioses saltadores de los aztecas, "nos sugieren ciertas relaciones de parentela con nuestro

Jak-in-the-box, cuyos progenitores saltarían con el hule antes que se inventaran los muelles"; y una asociación de ideas me hace recordar a la vez, un juego que me divirtió de niño como hoy divierte a los pequeños italianos, españoles, ingleses y franceses, si no es a todos los niños del mundo entero. Aquí, donde esto escribo, una población de Indiana cerca de Chicago, Adelina mi pequeña compañera de recreo, me dice que lo llaman Jakes-and-ball, y nuestros niños mexicanos matatena. En mi país se juega con cinco bolitas, una que salta y se agita constantemente, las otras cuatro que se van colocando en determinadas formas y lugares mientras salta la quinta. La universalidad del juego nos hace comprender que su origen se pierde en la noche de los tiempos. Matatena, no es palabra española, en náuatl podría derivarse de maitl, mano, en relación con las cinco bolitas y atentli, orilla del río o ribera, lugar cerca del agua. Las cuatro bolillas de masa, los cuatro tomates y el ganchito con que veremos las tocaba un sacerdote y eran símbolos rituales de la fiesta podrían relacionarse con la matatena; pues muy bien se sabe que los más antiguos de los juegos tienen un origen ritual simbólico.

Entre las ofrendas que hacían los egipcios a sus dioses había "un emblema de forma piramidal" que Wilkinson no interpreta con seguridad (o. c. III. 422) pero los que, como el Gen. Forlong, están muy bien enterados de los ritos y simbolismo de los hindúes, por la forma igual a la de otros que se ofrecen a Siva, creen que son representaciones de los poderes fecundantes. Lo mismo puede considerarse de los conos de incienso que se llevaban en la procesión junto con los ídolos de hule, precedidos del iaochicauaxtli y seguidos del sacerdote adornado con las plumas cruzadas y aspadas de verde papagayo. Cada uno de estos conos de copal llevaba además "en la parte aguda, una pluma rica que es de quetzal" y esto no deja duda, conocida la significación ritual de la pluma como creemos haberlo demostrado, que el cono estaba en relación con el ardor que significaba.

Ordenada la procesión, tomaban las cornetas y caracoles y partían del Calmécac al Ayaucalco, donde tenían que purificarse de las imperfecciones y faltas cometidas en los días anteriores durante las ceremonias y el ayuno. En los Ayaucalli los habían de zambullir en el agua. Antes de comenzar su deprecación a la

luna, Apuleyo convertido en asno, dice que deseando purificarse *purificandi studio,* zambulló siete veces su cabeza en las aguas del mar. (Met. XI. 1). El zambullirse en el agua debió haber sido entre los griegos y latinos una manera de purificarse y los sacerdotes nauas, para castigar las faltas cometidas por los subordinados en la fiesta de Etzalcualiztli, procesionalmente y con toda solemnidad los llevaban al agua haciéndolos zambullir en cuantos charcos y corrientes encontraban en el camino, hasta llegar al lugar destinado para la purificación o castigo, como creía el cronista.

"El día de la fiesta, luego en la mañana, se ponían en la cabeza color azul, en los rostros, miel mezclada con tinta y todos llevaban colgados sus zurrones con incienso y bordados con caracoles blancos". En los mitos hindúes, la miel estaba en conexión con la luna y por consiguiente con el poder fecundante. El carro de los gemelos Asvinos, en donde se les suplicaba en los ritos matrimoniales que llevaran a la novia, manaba miel. La expresión luna de miel como hoy se llama en muchas partes al mes primero después del matrimonio, obedece con seguridad al antiquísimo simbolismo ariano en que la miel se consideraba como una sustancia ligada con la fecundidad y con ella lo estaba en Grecia, además de la miel, las abejas y los panales. A esto mismo obedece el que los nauas se enmielaran el semblante el día de la fiesta Etzalcualiztli y se pusieran azul la cabeza.

En esta forma se dirigían al templo los sacerdotes y llegados allá "tendían esteras de juncias y también hojas de juncias empolvorizadas con incienso: luego sobre las esteras ponían cuatro chalchiuites redondos a manera de bolillas, y luego daban al sátrapa un garabatillo teñido de azul; con éste tocaba a cada una de las bolillas y, tocando, hacía un ademán como retrayendo la mano y daba una vuelta, y luego iba a tocar la otra y hacía lo mismo y así tocaba todas las cuatro con sus voltezuelas". He aquí el origen neolítico de la matatena practicada por los niños de ambos hemisferios y que no enseñaron los españoles a los mexicanos. Concluído esto sembraba incienso sobre las esteras de aquello que llaman yautli.

"Esparcido el incienso, dábanle luego la tabla de las sonajas y comenzaba a hacer sonido con ella meneándola para que sona-

sen los palillos que en medio estaban interpolados o atados". Toda la noche de este día la pasaban "tocando sus teponaztles y caracoles" en el templo de Tláloc, mientras los que habitaban en las casas destinadas a los sacerdotes y a los niños y jóvenes educandos "tocaban las sonajas que suelen traer en los areitos o danzas". Al día siguiente se inmolaban las víctimas humanas haciendo las ceremonias usadas en los sacrificios. (Sahagún lib. II. cap. XXV. vol. I. p. 111 y sig.) Quien medianamente conozca el ritual hindú practicado en las fiestas de Siva y Vishnu y el modo de venerar a estos dioses en sus santuarios, no podrá menos que reconocer en los movimientos, emblemas y símbolos usados en la fiesta Etzalcualiztli un riguroso sivaísmo. Algo hemos hecho ver; todo me es imposible explicarlo.

Dos cosas campean en la fiesta de los nauas. El número cuatro repetido en los días; en los sacerdotes que se quedan en el Calmécac para tocar las sonajas en las cuatro moradas del ayauhcalco; en las bolas de masa blanca; en los tomates redondos y verdes porque los rojos tienen en México el nombre de jitomates; en los pimientos, cónicos, alargados y verdes; en las bolitas redondas de piedras verdes, chalchihuitl, pero sobre todo en los cuatro brazos de las aspas o cruces de plumas verdes de perico que adornaban el principal ornamento del sacerdote oficiante. La segunda es el movimiento impreso a las sonajas, a los ídolos hechos de materia movediza como la goma elástica, al garabatillo en mano del sacerdote que daba vueltas después de tocar con él las bolitas de chalchihuitl que, como las de masa y los tomates, no se movían, y finalmente al aiochicauaxtli sustitución, como su nombre lo dice, de una tortuga o sea su carapacho que servía de sonaja: oficio que hacían, el rombo, en las fiestas de Cibeles, el tímpano, en las de Isis. Su otro nombre de ayauhchicahuaxtli, sonaja de la neblina, comparado con la significación simbólica de la tortuga, nos enseña desde luego lo que los indios quisieron simbolizar en este instrumento emblema principal de la fiesta, a saber: que la fecundidad de la tierra humedecida se consigue por el movimiento.

Los cuatro brazos de las aspas y las cruces del naui ollin eran entonces los símbolos de los cuatro imaginarios movimientos vibratorios de los cuatro elementos, causa de la fecundidad de la

tierra producida por el sol, al cual se unían estos cuatro elementos. Imaginábanse al sol dotado de cuatro principios de fecundidad al ponerse en movimiento y éstos eran los cuatro elementos; el conjunto formaba el naui ollin, los movimientos del sol, no de traslación por la eclíptica, sino simbólicos e imaginarios de los soles de las cuatro estaciones que representaban los elementos; o los elementos formando en el sol un sér cuádruple, que era el que fecundaba la tierra con su movimiento vibratorio o sea la actividad y vitalidad del astro entendida materialmente: qui potest capere capiat. En algunas fiestas de la India celebradas con el mismo fin que la Etzalcualiztli de los nauas, se coloca un mástil más o menos largo sujetado de modo que pueda moverse a la manera de los semáforos. En ciertas ceremonias se hace mover el brazo por medio de unas cuerdas colocadas en las extremidades del travesaño: así lo dice un escritor inglés versado en los ritos de la India, quien da al aparato una explicación relacionada con la fecundidad. Era entonces el naui ollin de nuestros indios que se mueve; era el aiotl-chicauaxtli que debe haber tenido la forma de una cruz en algunas partes.

Con más verdad de la que acaso pensaba haberlo dicho, escribe Ixtlilxóchitl de Quetzalcóatl que, en México, "fué el primero que adoró y colocó la cruz que llamaron *quiahuitl-teotl; chicaualli-teotl* y otros *tonaca-cuahuitl,* que quiere decir dios de las lluvias y de la salud y árbol del sustento y de la vida". (Ob. Hist. II. p. 23 y 24). Quiauitl-teotl, quiere decir dios de las lluvias, tonacacuauitl, significa el árbol de nuestra carne, pero chicaualli-teotl, o chicauaxtli-teoat no quiere decir dios de la salud, sino en cuanto la sonaja chicauaxtli era símbolo del vigor y de la fuerza generadora, y en ese caso a la cruz formada por el instrumento de que tanto hemos hablado, sólo en un sentido enteramente alegórico y figurado, que no correspondía al que tenía entre nuestros indios, podría habérsele dado una significación cristiana, como lo hacen algunos escritores. No siendo estas cruces sino el naui ollin, se confundieron con la señal del cristiano, que nada tiene que ver ni con el origen ni con el simbolismo de nuestras cruces, sólo en la forma parecidas al signo náuatl.

En Grecia encontramos también la cruz y el movimiento con la misma significación del naui ollin, aunque aplicada no tanto

a la fecundidad cuanto a la concupiscencia. Cuando fueron los Argonautas en busca del vellocino de oro, mito relacionado con la fecundidad de la tierra, tuvieron que atraer primero a su partido el ánimo de Medea. Para conseguirlo, dice Píndaro, "la diosa de los veloces dardos que nació en Chipre, ató a los cuatro rayos de una indisoluble rueda el torcecuello manchado y envió a los hombres desde el olimpo esa ave enloquecedora". (Pyth. IV. p. 214-217). Los cuatro rayos de la rueda son las cuatro aspas o brazos de la cruz en el naui ollin, cuyo movimiento queda indicado por el ave aspada en ellos. El torcecuello, iynx torquilla, es desconocido en México: "tiene el lomo gris ceniciento claro con puntos muy diminutos, y ondulado de gris oscuro; el vientre blanco, con manchas diseminadas triangulares e intensas, la garganta y el cuello de color amarillo, con rayas transversales; una lista negruzca baja de la parte superior de la cabeza hasta el lomo; el resto de este último está sembrado de manchas negruzcas, pardo rojas o de un pardo claro; las rémiges presentan rayas pardo rojas y pardo negras; las rectrices están cubiertas de motas de este color y adornadas además de cinco listas curvas y estrechas". (Brehm. La Creación. vol. III. p. 265). Además del gris que forma el fondo, los colores que adornan el plumaje del torcecuellos son el pardo rojo, el negruzco, el amarillo y el blanco. Amarillo, rojo, blanco y negro eran entre los griegos colores simbólicos relacionados con los puntos cardinales y los elementos. A estos colores debe en parte la inocente avecilla las torturas que le daban para volverla un ensalmo de amor.

"Lo más particular en esta ave", sigue diciendo el doctor Brehm, "es la facilidad que tiene de volver la cabeza en todas direcciones". Así escribe Naumann sus movimientos: "Alarga su cuello, eriza las plumas de la cabeza en forma de moño; abre su cola como un abanico; enderézase varias veces lentamente, o bien se contrae; extiende su cuello hacia adelante, vuelve los ojos, dilata la garganta como una rana, y produce al mismo tiempo un ronquido sordo y gutural. Cuando le domina la cólera, está herido o queda preso en un lazo, y se le quiere coger con la mano, hace tales gestos, que quien lo ve por primera vez se queda estupefacto, si no aterrorizado. Con las plumas de la cabeza erizadas y los ojos medio cerrados, alarga el cuello, le vuelve despacio a

todas partes, cual pudiera hacerlo una serpiente; parece trazar varios círculos con su cabeza y dirige su pico tan pronto hacia adelante como hacia atrás". Las hembras irritadas producen un silbido como las serpientes. La volubilidad del cuello del ave y los colores de su plumaje dieron al torcecuello, atado a los cuatro rayos, el mismo significado simbólico del naui ollin, los cuatro movimientos.

Para producir una pasión amorosa e irresistible, los brujos y hechiceros en Italia y Grecia, hacían con el torcecuello lo que hizo Afrodite con él cuando lo mandó al mundo para que enardeciera a Medea. Ataban las alas y las patas del animal a una rueda que sólo tuviera cuatro rayos, dejándolo con las alas y patas extendidas en la actitud en que vemos el águila en el escudo de Prusia y entonces imprimían un movimiento rotatorio al ave, atada a los cuatro rayos, y moviéndola con la rueda. En otro lugar en donde habla Sahagún de la fiesta Etzalcualiztli, que acabamos de describir tomándolo por guía, dice el cronista franciscano que, en la procesión de que hablamos: "los mancebos tomaban avecillas y atábanlas a unos ramos con hilos y andaban con ellas en la procesión de esta fiesta, y las aves andaban revoloteando alrededor del ramo". (I. p. 216). En una fiesta de la fecundidad, ¿no podemos imaginarnos que las avecillas atadas a las ramas cruciformes, acaso formaran el mismo ensalmo del torcecuello, que giraba atado a los cuatro rayos de la rueda? La única diferencia consistía en que el torcecuello daba vueltas con la rueda cruciforme: las avecillas de México volaban, pero atadas también a la rama. Los árboles entre nuestros indios representaban también a los puntos cardinales, hacían las veces de los cuatro rayos de la rueda mágica de los griegos.

Siva, dios solar y de la fecundidad entre los hindúes, era llamado por los telugos de la India septentrional Pancha-Linga o dios que posee cinco manifestaciones del poder fecundante. Tales manifestaciones reciben los nombres de Pritivi, la tierra; Ab, el agua; Tejo, el fuego; Vayu, el viento y Akasa, el etereo e invisible; el Youalliehécatl, viento nocturno de los nauas que comprendía en sí los cuatro movimientos. (Burguess Arch. Rep. V. 7. 33). Más clara explicación de los cuatro brazos del naui ollin, cuyo centro es el sol, no se podría dar sin saltar las barreras de

la decencia. Los cuatro elementos eran las manifestaciones del poder fecundante del sol, simbolizados por la cruz o el aspa del naui ollin. Al hacer sensibles estas manifestaciones del poder creativo, los adoradores de Siva en sus imágenes, dice Gen. Forlong, las pintaban de blanco, negro o rojo, colores que con el amarillo, completan los simbólicos de los elementos y los puntos cardinales. Cosa digna de notar es que, entre los colores de los adornos de la estatua de Quetzalcóatl que se veneraba en Cholula y con que llevaba pintado el cetro, que antes relacionamos con el lituus de los augures romanos, se enumeran solamente el rojo, blanco y negro con que en la India pintaban ciertos detalles de las imágenes de Siva.

Hay otra especie de cruz que se llama gammada, muy usada en la India, en donde lleva el nombre de suástica, conocida en tiempos antiguos en otras partes de Asia y de Europa, sin que falten ejemplares de ella entre las antigüedades de nuestro país al grado que es uno de los argumentos aducidos para probar el origen asiático de la cultura de Yucatán o, por lo menos, la presencia de misioneros budhistas entre los mayas. En la suástica, según Gerald Massey, "se ven arcos de círculos rotos y reducidos a una forma cuadrada": por consiguiente pudo derivarse muy bien de la rueda mágica que volteaba llevando el torcecuello atado a sus cuatro rayos, y entre las tribus arianas el sol se representaba con una ave y con aves o seres alados los puntos cardinales. Entonces probablemente como la rueda mágica griega no era sino un naui-ollin, el sol con sus cuatro movimientos, lo mismo debe haber sido la suástica.

Entre las ruedas que usaban los indios para disponer en ellas los signos de sus años, interesante es a nuestro propósito la que se encuentra entre las láminas de Durán. Es una rueda cíclica, compuesta de cuatro rayos. En el centro está el sol y en los brazos de la cruz, que forman los cuatro rayos con el arco circular que los unen dejando un espacio antes de llegar al otro brazo, se repite trece veces aquel de los signos que le corresponde según el punto cardinal que representa, significado por el color del rayo y su arco respectivo. Indudablemente la rueda así pintada es una representación del sol con sus cuatro elementos en los puntos cardinales, relacionados a las cuatro estaciones y los

cuatro tlapillis que forman el siglo. En suma es el naui ollin que, en su forma, se iguala a la suástica circular de que habla Massey, derivada de la rueda mágica griega.

Una evolución del naui-ollin, representado así, es la cruz griega con los cuatro puntitos entre los brazos, frecuentemente encontrada en monumentos nauas. En los glifos de documentos pintados significa oro o piedras estimadas preciosas como chalchihuitles y turquesas. Este signo se encuentra así expresado en una suástica que nos presenta el Gen. Forlong, formada por una cruz griega y pequeños discos en los espacios, hechos por líneas espirales. Otras formas del glifo mexicano se observan en los códices. Ordinariamente es un disco relativamente grande, simbólicamente pintado y adornado, o con menores discos o círculos concéntricos, o con rayos curvos o rectos formando una especie de rueda, pero infaliblemente con cuatro pequeños discos tangentes a la periferia y colocados simétricamente a igual distancia. Estos pequeños discos llevan a veces pintado un ojo igual al que, simbolizando el sol, vemos en algunos dibujos del signo ollin y nos persuaden que los cuatro discos pequeños, los cuatro puntos de las cruces que forman el glifo de las piedras preciosas, no son sino los cuatro soles de los elementos y las estaciones, o sea el sol en las diversas posiciones de la eclíptica, cuyos movimientos causan la riqueza con la fecundidad de la tierra.

La palabra sanscrita svasti o las palabras suasti, de donde puede venir el nombre suástica, dice un autor inglés otras veces citado, significan "está bueno" o "así sea", esto es, amén o "nuestra aprobación y bendiciones van con vos" o "sea para bien". Así todo objeto cruciforme, continúa, "puede llamarse una svasti, como la cruz de un camino, un adoratorio en forma de cruz, los brazos puestos en cruz o un hombre que está cruzado de manos y pies". Así es que para el autor inglés la suástica no es únicamente la cruz gammada, como han dicho muchos autores, sino una cruz cualquiera y esto dice basado en la experiencia personal "desde hace muchos años cuando un símbolo tal se nos presentaba diariamente en nuestras peregrinaciones por la India". Para mí es indudable que la suástica de la India tiene el mismo origen y la misma significación del naui-ollin mexicano;

los movimientos supuestos de los elementos en combinación con el sol.

Mr. E. Thomas establece, con el auxilio de varios e importantes dibujos comparados de cruces encontradas en Europa y Asia, pertenecientes a tiempos anteriores al cristianismo, el significado solar de la suástica, cuya evolución se debe a la combinación de círculos y cruces. (London Numis. Chron. I. 1880). Teoría enteramente de acuerdo con los glifos mexicanos del oro y las piedras preciosas, evolución también del naui-ollin.

Decían los persas que la vegetación y la vida comenzaron con el movimiento y esto mismo decían los griegos. El movimiento y agitación del ayacaxtli en México tenía seguramente el doble objeto que dice Plutarco tenía el del sistro de Isis en Egipto: "amedrenta y pone en fuga a Tifón insinuando que así como la corrupción impide las operaciones de la naturaleza y la detiene en su carrera, así la generación la decide y excita por medio del movimiento". Tal era la filosofía de los nauas expresada claramente en el naui-ollin, el sol nocturno que, en compañía de los cuatro elementos, con el nombre de Youalteuctli, el Señor de la noche, suministraba a los hombres la prole y el sustento. Idea anterior a la cultura histórica de los pueblos que habitaban las costas del Mediterráneo y que aparece con un ropaje cristiano en la edad media, cantada por San Francisco en su himno al sol.

Altissimo onnipotente buon Signore:
Tue son le laudi, la gloria e l'onore e ogni benedizione.
A te solo altissimo si confanno
E nullo uomo degno di mentovare.
Laudato sii, mio Signore con tutte le tue creature.

Specialmente messer lo frate sole
Lo quale giorna, e allumini per lui
Ed ello e bello e radiante con grande splendore;
De te, Altissimo porta significazione.
Laudato sii, mio Signore, per sora luna e le stelle,
In cielo l'hai formate chiarite e preziose e belle.
Laudato sii, mio Signore, per frate vento
E per aere e nuvolo e sereno e ogni tempo,

Per lo quale alle tue creature dai sustentamento,
Laudato sii, mio Signore, per ser acqua,
La quale é molto utile e umile e preziosa e casta.
Laudato sii, mio Signore per frate foco,
Per lo quale ennallumini la notte;
Ed ello e bello, e giocondo e robustoso e forte.
Laudato sii, mio Signore per sora nostra madre terra,
La quale ne sostenta e governa
E produce diversi frutti, con coloriti fiori ed erba.

Laudato sii, mio Signore per sora nostra morte corporale
Dalla quale nullo uomo vivente puo scappare:
Guai a quelli che morranno nelle peccata mortali:
Beati quelli che si troverá nelle tue santissime voluntati
Che la morte seconda nol fará male.
Laudate e benedicete mi Signore e ringraziate e servitelo
[con grande umiltate.

*
* *

La fiesta de Youaltecutli, dice Sahagún, caía y se celebraba en el signo que se llamaba *nauiollin,* a doscientos tres días de la cuenta del *tonalámatl.* Cuatro días ayunaban antes de esta fiesta y al medio día tocaban todos los instrumentos para que se sacaran sangre hasta los niños de pecho. "Esto hacían sin decir nada y hacíanlo delante de la imagen del Sol que estaba en un cu que se llamaba cuauhxicalco, pintada y esculpida como ahora se pinta el sol, como una cara humana y con rayos que salen de ella como una rueda". (Sahagún I. p. 224). Muy probable es que la imagen del sol nombrado por el autor, sea la misma que se conserva en el Museo Nacional de México, de que estamos hablando. Interesante noticia para deducir de aquí las importantes funciones que desempeñaban en compañía del dios los elementos sus compañeros, representados en las cuatro aspas, símbolos de las estaciones, de los movimientos del astro en el sentido explicado ya, más bien que sólo considerando el astro en su camino anual por la eclíptica. Los ritos usados en la fiesta nos harán comprender que lo que con ella pretendían del sol, era lo mismo que en la Etzalcualiztli pedían a los dioses del agua. El principal y más significativo era el sacrificio de un cautivo que "llevaba en la

mano un báculo muy galano con sus lazos y ataduras de cuero, enjertas en él algunas plumas; en la otra mano llevaba una rodela con cinco copos de algodón en ella". La lana suelta se usaba en la India y en Grecia como símbolo de fiestas y ceremonias para pedir prole y obtener los frutos de la tierra; el algodón en México debe haber sustituído a la lana en el ritual. Además de la rodela con los cinco copos simbólicos de algodón, el cautivo que iban a sacrificar en México llevaba a cuestas "una carguilla en la cual traía plumas de águila y pedazos de almagre y pedazos de yeso y humo de tea y papeles rayados con ule".

El hule en México estaba especialmente consagrado a Tláloc y a los Tlaloques como dioses encargados de la conservación de los hombres. Lo usaban como resina calentándolo y aplicándolo semilíquido a los papeles que les destinaban a ellos y a otros dioses que, como el sol, tenían la misma incumbencia. En Egipto la resina tenía una gran significación mística; es el jeroglífico con que se designa e indica la preservación. En el libro de los Muertos se lee del difunto que "había sido empapado con resina en el lugar de la preservación". Las vendas con que envolvían a las momias, en vez de almidón o gluten les ponían resina en la cara interior, y de las más antiguas, dice Birch, que al contacto del aire "o se hacen pedazos o exhalan un olor débil de betún". El hule debe haber hecho las veces de la resina entre nuestros indios al principio, tomando después mayor extensión el uso que de él se hacía en el ritual pero sin perder el primitivo simbolismo.

Antes de subir las gradas del templo, estando parado en el primer peldaño le decían: "Señor, lo que os suplicamos es, que vengáis ante nuestro dios el Sol y que de nuestra parte le saludéis y le digáis que sus hijos y caballeros principales que acá quedan, le suplican se acuerde de ellos y que desde allá los favorezca, y que reciba este pequeño presente que le enviamos y dalle heis este báculo, para con que camine, y esta rodela para su defensa con todo lo demás que lleváis en esa carguilla". Oída la embajada, subía el mensajero poco a poco las gradas haciendo tiempo para estar arriba de la pirámide del templo aproximadamente al paso del sol por el meridiano. Entonces, de cara hacia la imagen del sol pero volteándola de cuando en cuando al astro que caminaba en el cielo, decían su embajada y lo sacrificaban degollándolo

primero y sacándole después el corazón, ceremonia que sólo entonces se llevaba a cabo con los varones, a quienes nunca se degollaba antes de sacarles el corazón. Terminado el sacrificio, los tlamacazques tomaban el presente llevado por el cautivo sacrificado y que debía entregar al sol, y colgaban a su imagen el envoltorio con los colores, el báculo y escudo. (Durán ob. cit. p. 157).

Hablamos en un capítulo anterior del sacrificio que hacían los ainos con el mismo fin de mandar un mensajero al sol, pidiéndole mantenimientos y riquezas: era lo mismo que hacían los mexicanos. En todas partes se veía al sol como el que intervenía en la producción de las cosas necesarias para el sustento: él encerraba en sí el calor que proviene del fuego, el espíritu adorado por los nauas salvajes; las diferencias consistían en el modo de pedirlas. Siendo salvajes no distinguían los nauas entre la forma diurna y nocturna del sol; le mandaban su mensajero y nada más. Ahora, con la cultura y ceremonias rituales recibidas, no sacrificaban ya una fiera sino un ser racional y si lo hacían al sol en su forma nocturna, era por haber aprendido que era de noche cuando el sol atendía a las producciones de la tierra.

Del sol poniente, dice Ríos, creían era "el escalentamiento o calor que da el sol a la tierra" para hacerla producir. En el papiro de Harris se dice que Ptah formó el abismo del mundo subterráneo para que el sol pudiera pasar como vivificador de los muertos. El papiro citado, relativamente no es muy antiguo y la creencia primitiva de que el sol nocturno vivificara o hiciera productiva a la tierra ya había evolucionado aplicándose a los muertos, objeto principal de las solicitudes religiosas de los egipcios. Cuenta Herodoto de los getas, tribu tracia, que de cuatro en cuatro años mandaban un mensajero a Salmoxis o Gebeleizis y era uno de ellos mismos elegido por la suerte. Ponían tres jabalinas con la punta hacia lo alto, tomaban el mensajero entre cuatro por las manos y los pies y lo arrojaban al aire para hacerlo caer sobre las puntas de las jabalinas: si moría luego, era buena señal; si no, juzgaban que había de ser un mal mensajero y escogían otro haciéndole sufrir una muerte igual. (IV. 94).

Antes no mandaban nada los nauas al Sol o al fuego; después le remitían dones simbólicos. Pintura negra, blanca, roja, las que llevaba Quetzalcóatl en los adornos de su imagen de Cholula,

colores simbólicos para que se pintara; un escudo para que se defendiera de sus nocturnos enemigos y un bastón para que caminara sin tropezar, si no es que todos estos dones, como parece, tuvieran un significado sivaítico. ¿Quién enseñó todas esas cosas a los salvajes nauas, para hacerlos mandar provisto a su mensajero? Los mismos que les llevaron los ídolos y les enseñaron a esculpir la imagen del sol por el estilo de la que se encontró grabada en la tapa de barro, que vino a luz sacada de los escombros del templo del sol en Sippar. Osiris, considerado como un sol nocturno, tenía enemigos que combatir para salir triunfante por la mañana en la forma de Harpocrates, el Horus niño, dice Stuart Pool, y entonces le habrían podido decir los sacerdotes egipcios *xiuhpipiltontli,* niñito precioso, como decían a su dios Sol los tlamacazques nauas cuando se mostraba en el horizonte del oriente, o Topiltzin como se decía a Quetzalcóatl, acaso considerándolo como el Sol que nace.

El cuarto día de la segunda trecena era cuando los nauas celebraban al sol más solemnemente, y puede en cierto modo decirse que al astro se refirieron también las solemnidades del cuarto día de las trecenas sexta, séptima, undécima y décimasexta que tocaban a los otros cuatro soles representados en las aspas de su ollin y asimilados a los cuatro elementos.

En el mismo Gemelli Carreri encontramos positivamente y sin inducciones como lo hemos hecho, que los cuatro símbolos anuales también servían para designar los cuatro elementos. "Tochtli estaba dedicado a Tehuacayohua, dios de la tierra; ácatl a Tlalocatecutli, dios del agua; técpatl a Quetzalcóatl, dios del aire; calli a Xiuhtecutli, dios del fuego". (ob. cit. VI. p. 40). Boturini, corrigiendo a Gemelli, nos dice en vez que acatl era el símbolo del agua; técpatl, del fuego; calli, de la tierra y tochtli, del aire. (Idea de una nueva Historia ps. 55 y 56). Son las mismas indicaciones que encontramos en un calendario publicado por el Dr. Peñafiel, en que debajo de los signos tenemos las inscripciones siguientes: "Técpatl, pedernal, primer jeroglífico, símbolo del elemento del fuego". El signo está colocado dentro de un marco cuadrado pintado de un gris oscuro, que pudo haber sido claro al principio; en realidad tendrá que representar el color blanco o negro: está situado al sur. "Calli, casa, segundo jeroglífico,

símbolo del elemento de la tierra"; el marco es rojo y la situación al oriente. "Tochtli, conejo, tercer jeroglífico, símbolo del elemento el viento", el color del marco es azul y la situación al norte. "Acatl, caña, quarto jeroglífico, símbolo del elemento de la agua", el marco es amarillo y la situación al poniente. Estamos conformes con el Dr. Gemelli en la designación que hace de tochtli para la tierra y con Boturini, de técpatl para el fuego. Acatl correspondía al viento. ¿Quetzalcóatl el dios del viento no tenía también por nombre Ce Acatl? Calli nos queda para el agua; las razones que tenemos para disentir de estos escritores en otro lugar las exponemos.

Los días cuatro de cada mes, sabemos por Plutarco que los egipcios ofrecían un sacrificio al Sol y le quemaban incienso tres veces al día; resina cuando nacía, mirra a medio día y una mezcla que llamaban *kuphi* al ponerse. El 22 del mes Phaophi le hacían una fiesta llamada de la natividad de los bastones del sol, porque su luz se debilitaba y tenía necesidad de bordón para caminar. (Isis y Osiris, 52 y 80). La razón es de Plutarco, pero pudiera ser que los bastones cuyo nacimiento era celebrado, fueran los sostenedores del cielo, hijos de Horus. También entre los antiguos eslavos del Báltico el sol, aunque tenía caballos, caminaba probablemente a pie y debe haber tenido necesidad de bordón, porque todas las noches Perkune Tete, la Madre de Perkune, lo recibía cansado y polvoso y al día siguiente lo mandaba bañado y fulgurante. (——Machasl, Slavic Mythology. 319). Por eso los nauas, con su mensajero, le mandaban bordón. Los eslavos, como los nauas, creían que el occidente era el lugar de las mujeres.

Los celtas gaelicos ponían al occidente la tierra de las doncellas, donde no había más hombres que el padre de ellas y otros tres hijos suyos. (O. Grady. Silva. Gaelica, II. 198 f.). ¿Serían los cuatro hombres representantes de los cuatro soles o los cuatro elementos? Los celtas de Irlanda y de las islas Británicas, en general, admitían una tierra de las mujeres al otro lado del mar, que era probablemente la que los gaelicos colocaban en el poniente. El cuento que leemos en Apolonio Rhodio de Hypsipyla que salvó la vida a su padre y reinaba en Lemnos, la isla de Hefesto, en donde sólo habían quedado las mujeres, hace creer que las Amazonas de las historias griegas, que aparecen desde

Homero en las obras de los poetas, geógrafos e historiadores helenos, tengan origen en el mito antiquísimo de las mujeres que acompañaban al sol al occidente. Hefesto, dueño de Lemnos, fué un representante del sol poniente y no tanto a Lemnos, la morada geográfica del dios, cuanto al lugar donde cae el sol en el poniente se debe referir la estancia de la mitológica Hypsipyla con sus mujeres las Amazonas de los diversos mitos. Mujeres guerreras que combatían y se unían con héroes representantes de mitos solares como Heracles y Theseo.

El mito teutónico es claro y semejante al naua. Las Valquirias acompañaban al dios sol, eran mujeres guerreras como las mexicanas que morían en el sacrificio, en el alumbramiento o la batalla, mas no sabemos si también moraban al poniente. Esta parte del cielo era en la que se iba debilitando el sol y ya tendremos ocasión de ver que así la consideraban en todas partes. Para caminar en ella el sol necesitaba su bastón. También comenzaba a debilitarse en el otoño y en los países más septentrionales terminaba por morir en el invierno, que era para los nauas la vejez del sol. Esta no puede ser una mitología que tuvo origen en los trópicos ¡y sin embargo eran los mitos, los emblemas religiosos, los símbolos rituales que constantemente aparecen en México! La mitología mexicana es un absurdo considerarla autóctona, más aún, originaria de Yucatán o de la América Central. Las creencias recordadas pudieron haber llegado a la noticia de los que, con la religión, los ídolos, las ceremonias y ritos, las propagaron entre los salvajes de México, pero nunca pudieron inventarlas en nuestro país.

El mito de los soles nauas, a que arriba me referí y tiene conexión con los glifos esculpidos en las aspas del *ollin* del monumento conservado en el Museo Nacional, es el siguiente, que copio de Clavijero. "Distinguían los mexicanos, acoluas y todas las otras naciones de México cuatro edades diferentes con otros tantos soles. La primera llamada *Atonatliuh,* esto es sol o edad del agua: empezó en la creación del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundación general. La segunda *Tlaltonatliuh,* edad de tierra: duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes y los grandes terromotos que dieron fin al segundo sol. La tercera *Ehecaionatliuh,* edad de aire, empezó en la caída de los gigantes y

acabó con los grandes torbellinos que exterminaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonatliuh,* edad del fuego, comprende desde la última restauración del género humano, hasta que el cuarto sol y la tierra sean consumidos por el fuego". (vol. I. p. 265). Agregaré, con el autor traducido por Thévet, que en la catástrofe que sucedió al terminar el *Atonatliuh,* los hombres se volvieron peces; al terminar el *Ehecatonatliuh,* se volvieron monos, y de los hombres que no perecieron con el *Tletonatliuh* "algunos se volvieron aves, otros mariposas y otros perros". (ob. cit. p. 23).

Las tradiciones que nos dejaron los antiguos cronistas relacionadas con las épocas primitivas, fueron que en el sol de aire los hombres que sobrevivieron a los grandes huracanes quedaron convertidos en monos. Los que sobrevivieron al fuego, según Thévet, en *aves, mariposas y perros;* los que no murieron en el diluvio se volvieron *tlaca-michin,* literalmente, personas peces, grandes peces marinos. Tales metamórfosis tienen por fundamento no una creencia zoolátrica sino los emblemas animales con que se representaban los elementos y, por consiguiente, los puntos cardinales, que bien claro está: el oriente, lugar del aire entre los nauas tenía como emblema, el *mono;* el norte, lugar del fuego, *aves, mariposas y perros;* el poniente, lugar del agua, *animales marinos o peces*: y de la tierra la leyenda de los soles no nos dice nada.

Los anales de Cuautitlan nos hablan de animales simbólicos de los puntos cardinales y éstos son cuatro, o cinco incluyendo el centro, a saber; águilas, tigres, culebras, conejos y venados; pero desgraciadamente no nos dicen a cuáles de esos animales correspondía la representación de cada uno de los vientos. El centro, que es el sol, probablemente correspondía al venado; dios sol representante de Quetzalcóatl y Xochipilli: uno claro y otro oscuro, el dios que ilumina de día y opera por la noche, que en forma de ciervo pintaban los indios. El conejo, signo de los años que correspondían al sur, era probablemente el emblema de la tierra, a la cual corresponde ese lugar: la serpiente, símbolo de Quetzalcóatl, el dios del viento con su morada en el oriente podría tener la representación de ese elemento, en vista de los remolinos de polvo, llamados culebras por los indios o bien el agua,

puesto que también se llaman culebras las trombas marinas y el animal tenía que ver en México también con el agua. Para el fuego nos quedan el águila y el tigre y ambos pueden representarlo. Si la serpiente es emblema del agua, entonces será el águila del viento y el tigre del fuego y el ardor. Los animales nombrados en los anales de Cuautitlan no tienen representaciones claras y definidas; a veces simbolizan uno a veces otro de los elementos y puntos cardinales. Están más claros los animales en la leyenda de los soles si les agregamos el conejo, el tigre, el águila o la serpiente, cualquiera de los cuatro como representantes de la tierra.

Además del perro hay otros dos animales que, como él, pueden considerarse fulminadores en los códices yucatecos y consiguientemente ligados con las lluvias, el fuego y los puntos cardinales en general. Estos animales son, dice el Dr. Seler, "un animal de presa, sin manchas, con larga cola, cabeza más bien grande y el signo Akbal sobre su ojo que se indica en el códice de Dresden (p. 36 a) por el jeroglífico principal del tigre y también por un glifo compuesto del signo del día Kan y el glifo kan, amarillo, y probablemente con tales indicaciones se designa un animal de este color amarillo". Creo yo que está indicado el león o jaguar, *coh,* que en zapoteco, por ejemplo, se llama "el animal de presa amarillo", *peche-yache.* El otro animal tiene una cabeza con la trompa alargada a manera de las de los elefantes, y pezuñas; sus signos jeroglíficos son la misma cabeza y un glifo que se compone de una hacha, una pluma, y la abreviación de una cabeza o el signo uinal "el hombre entero" Para mí este animal es un *tzimin,* el tapir. Sabemos que las naciones de la América Central ligaban estrechamente el tapir con las divinidades de los cuatro puntos cardinales. Se nos dice que los itzaes de Peten adoraban un ídolo "de figura de caballo" que llamaban "Tzimin-Chac, Caballo del trueno o Rayo" y lo consideraban como el dios de las tempestades. (Mexican Chronology p. 45).

El *coh* de los mayas, que es el *mixtli* de los nauas llamados leones por los autores españoles, entre los nauas casi fué enteramente sustituido por el *océlotl,* vulgarmente llamado tigre por los cronistas. Con el tapir sucedía una cosa curiosa. Los nauas lo llamaban *tlacaxólotl,* pero conservaron el nombre, que algunos creen de origen maya, *tzimin,* para designar con él los espíritus de los

puntos cardinales. Los Tritzimime, plural en forma náuatl de *tzimin,* eran, dice Tezozómoc, *"ilhuicatzitzique,* ángeles del aire, sostenedores del cielo, que eran según dicen, dioses de los aires que traían las lluvias, aguas, trueno, relámpagos y rayos". El *tlacaxólotl* quedaría reducido al *xólotl* y confundido con el *xoloitzcuintli* o perro pelón, el otro de los animales simbólicos de los puntos cardinales. A ellos hay que añadir, me parece a mí, la tortuga que aparece en los códices mayas como uno de los animales simbólicos de los elementos. Cuáles de estos elementos simbolizaban los cuatro animales, es muy fácil de pensar y no me gusta hacer conjeturas sin algún fundamento. Parece, sin embargo, que todos podían representar a los cuatro elementos.

Considerando los animales simbólicos de los nauas como los encontramos en combinación con los elementos de la leyenda de los cuatro soles y los Anales de Cuautitlan, entonces tendríamos el mono para el aire seguramente y para el oriente; el perro y el águila para el fuego y el norte; la serpiente o animal anfibio para el agua; el tigre para la tierra y el sur. El mono tiene el mismo significado mitológico en México y la América Central y, tomando los otros animales como los hemos considerado, tendremos que, en general, entre nuestros indios representaban el viento y el oriente, el mono; el fuego y el norte, el águila y el perro; el agua, un animal anfibio o el tapir: la tierra, una fiera o el conejo. Tenemos, además de éstos, la serpiente, que puede representar a todos los elementos, y el venado el punto central, juntamente con el fuego.

En Egipto los dioses o genios de los puntos cardinales, que podemos creer y procuraremos demostrar eran al mismo tiempo los representantes de los cuatro elementos, eran Hapi, que se representaba con cabeza de mono; Tuamutef, con cabeza de chacal; Amset, representado con cabeza humana y Qebsenuf, que la llevaba de halcón. El halcón, el chacal y el mono corresponden exactamente al mono, el perro y el águila de nuestros indios. Hapi, con cabeza de mono, sería el viento; Tuamutef, con cabeza de chacal, la tierra y Qebsenuf, con cabeza del halcón, el fuego como una emanación del sol. Como representantes de dioses ligados con los elementos y los puntos cardinales, encontramos el hipopótamo, el caimán, la serpiente, el león y el buitre, que tie-

nen sus paralelos mexicanos en el tapir, el tigre y el águila. Tenemos, lo mismo en Egipto que en México, que los representantes de los genios o espíritus de los cuatro ángulos del mundo estaban ligados con la música y el canto. Tales vínculos en Egipto los vemos puestos en caricatura en el pápiro satírico de Turín. Allí se ve a un asno que toca el arpa y el asno, como sostenedor del cielo en Grecia, corre parejas con el caballo y en Egipto tuvo esta incumbencia. Una leona toca el laud, un cocodrilo la guitarra y un mono, con cabeza humana, un doble instrumento de viento. Al mono es claro que le corresponde el aire, el fuego probablemente a la leona; el agua, al burro y la tierra, al cocodrilo. Anteburro llamaron los españoles al tapir.

En la India los animales representantes de los elementos eran la vaca, el mono, el águila y la serpiente: la vaca representaba el agua, dice un escritor inglés, el mono, el aire; el águila, el fuego; la serpiente, la tierra: añade también que el agua ocupaba el norte; el aire, el oriente; el fuego, el sur y la tierra, el oeste. Desgraciadamente no me ha sido posible verificar la exactitud de esos últimos datos. Yama, dios de los muertos, ligado necesariamente con el elemento tierra, tenía su reino al sur, mas por otra parte Agni, dios del fuego, era el guardián del sudoeste, e Indra tenía su habitación en el monte Meru, al norte.

Los cuatro hijos de Horus, los sostenedores del cielo Hapi, Tuamutef, Amset y Quebsenuf solían esculpirse o pintarse en los cuatro ángulos de los sarcófagos egipcios, pero muchos de los griegos en tiempo de la dinastía Tolomaica, en vez de esculpirlos o pintarlos en la forma acostumbrada, les ponían cabezas de caballos. Esto significa que el caballo entre los griegos era el sostenedor del universo; lo fué probablemente también entre los hindúes y, con toda seguridad, el elefante. Entre los mayas era el tapir el único animal mexicano que tiene cierta analogía con el elefante; los nauas lo llamaban tlacaxólotl y así dice Muñoz Camargo que llamaban los tlaxcaltecas a los caballos de los españoles, y los mayas les decían *tzimin,* como ellos llaman al tapir. Las figuras de Mamoji,—ídolos que aún hoy día colocan los hindúes debajo del árbol llamado por ellos *banian,* especie de higuera silvestre afín de nuestro amate de las tierras calientes y mangle de las costas,—tienen ordinariamente la figura de un elefante con ca-

beza de caballo (Gen. Forlong. Rivers, of Live 71. 72 . Podría decirse que era la concepción de nuestros indios asimilando el tapir americano al caballo europeo. Mamoji significa madre, con el afijo que indica respeto grande y universal; la traducción de la náuatl Nantzin, que con el prefijo to, nuestra, se vuelve Tonantzin, nuestra madre reverenciada bajo este título, se adoraba a la entrada de la calzada de México que venía del norte, en un altar especial formado por cuatro inmensos troncos de árbol clavados en el suelo, que simbolizaban los sostenedores del mundo.

Los animales simbólicos de los puntos cardinales y los elementos están de acuerdo en el nuevo y el antiguo mundo, salvo insignificantes diferencias. Mejor lo tenemos que ver al tratar más detenidamente de los elementos que están en conexión con el sol, y el mito naua de los cuatro soles evidentemente lo demuestra.

Cualquiera que se tome la molestia de consultar las obras y documentos antiguos en que se refiere el mito de los cuatro soles, no puede menos que advertir que "los autores no van conformes en el orden sucesivo de esos soles, ni en su número; aunque están acordes en los hechos mismos". Unos hablan de tres soles que fueron destruídos; otros de cuatro, y todos predicen la misma suerte para el que nos alumbra actualmente. "Las causas de esta confusión son varias, asignando entre ellas la incuria de copiantes de opiniones ajenas; la ignorancia de las pinturas jeroglíficas; la errada idea de corregir por raciocinios y consideraciones los hechos acontecidos, enmendando la plana a los escritores indígenas a fuer de ser ellos hombres civilizados, no pequeña parte en el embrollo tienen quienes por dar novedad a sus escritos, sacan a relucir sistemas no abonados por la verdad y aún tal vez mentirosos inventos". (Orozco y Berra Hist. Ant. I. p. 4). Para no aumentar la confusión y obviar discusiones quiero seguir en el orden de los soles la autoridad irrecusable de un monumento anterior a la venida de los españoles, cual es la piedra del sol.

En una zona circular concéntrica, que rodea el grupo de glifos contenidos en las aspas del signo *naui ollin,* están ordenadamente esculpidos los veinte signos de los días, unidos el último con el primero precisamente donde está la punta de la flecha que verticalmente pasa por detrás del centro de la cara del Sol.

El primero es *naui ehécatl,* consiguientemente primero de los que llamaremos puntos cardinales, el oriente. *Naui ehécatl,* dice Ríos, teníanlo "como dios de los cuatro vientos y éste era el significado de su nombre. Los mercaderes le hacían grandes fiestas". (Códice Vaticano A.) Hemos hablado de él: era una advocación de Quetzalcóatl como dios del viento, relacionado con los cuatro movimientos del sol, con el cual, como elemento aire, concurría en la grande obra de la producción de las cosas. Los tres restantes glifos colocados en las otras aspas, son por su orden: *naui quiahuitl,* cuatro lluvia, *naui atl,* cuatro agua; *nui océlotl,* cuatro tigre. El mismo intérprete del Códice Vaticano A. nos dice cuál es el significado de estos símbolos.

En la explicación que se refiere a las pinturas simbólicas de los cuatro soles, la correspondiente a *naui quiahuitl,* cuatro lluvia, dice que se llamó *Tlequillahuilli,* palabra derivada de *tlequiaui,* llover fuego; así es que *quiahuitl,* la lluvia, no es una lluvia ordinaria sino una lluvia de fuego. Lo encontramos en los Anales de Cuautitlan, en donde leemos que "el símbolo *naui quiahuitl,* cuatro lluvia, hizo sol de lluvia porque llovió fuego y arena por cuya causa se quemó e hirvió la piedra y se formaron peñascos y la piedra enrojecida llamada tezontle". (ob. cit. p. 10). El dios que preside y ocupa la parte principal en la pintura del Códice Vaticano es Xiuhteuctli, dios del fuego, por lo que no se puede dudar que el segundo glifo de la piedra del sol sea el del sol de fuego Tletonatliuh y que el elemento que corresponde al norte, sea el fuego. El tercer glifo *naui atl* no necesita explicación: *atl,* el agua, nos indica cuál era el elemento que estaba relacionado con el poniente.

El cuarto glifo es *naui océlotl.* Leemos en los Anales de Cuautitlan que "*naui océlotl,* cuatro tigre, se dijo que se había cubierto el cielo y oscurecido el sol al llegar a la mitad del cielo y en seguida durante la oscuridad se estaba comiendo el sol". Trátase de un eclipse durante el cual creían los indios que un tigre devoraba al sol; pero la interpretación tratándose del cuarto sol no es enteramente exacta. Diariamente al llegar al ocaso el sol, lo devoraba un tigre, que al día siguiente lo restituía al oriente para que apareciera de nuevo, porque el tigre no era sino una imagen de la tierra donde se escondía el sol, y Ríos lo llama precisamente la

imagen de la tierra, diciendo que era el nombre que se le aplicaba. "Pónenle el nombre de océlotl a la tierra por ser el animal más bravo". (Cod. Telleriano).

Uno de los dioses de la tierra en Egipto era "el gran dios Aker con dos cabezas de león" como se lee en la inscripción del rey Unas: y su glifo era un león con dos cabezas, una por delante, otra por detrás; la que devoraba el sol, al oriente y la que al poniente lo restituía. Stephens en su viaje a Yucatán descubrió una piedra esculpida, de tres pies y dos pulgadas de largo por dos de alto, en la cual "parece que quisieron representar un gato o lince con dos cabezas". (Incidents of Travel in Yucatan I. 182). Vi esta piedra en una hacienda cerca de las ruinas de Uxmal y presenta el mismo aspecto de los glifos del dios de la tierra, Aker. Más significativo aún es el relieve descrito por el mismo viajero, que lo vió en Palenque. "La figura principal está sentada, con las piernas cruzadas en un canapé formado por un leopardo con dos cabezas" y entre los objetos que la adornan, se ve "al derredor de su cuello, una gargantilla de perlas, que lleva suspendido un pequeño medallón que contiene una cara quizá con que se propusieron representar el sol". (Incidents of Travel in Central America. vol. II. p. 318).

No cabe duda para mí, porque veo que la cara que está formando el centro de las cuatro aspas de un *ollin* era la imagen del Sol nocturno que fecunda. La figura es un dios; una mujer,—que está enfrente vestida con el traje reticulado que muchas veces se ve en Xochiquetzalli y alguna otra de las diosas que representan la tierra,—le ofrece dones y entre ellos sobresale un penacho de plumas que pudieran ser de quetzal, y en el lenguaje figurado de los nauas, plumas de quetzal se les decía a los hijos recién nacidos: era también la pluma un emblema de fecundidad. En el ritualismo naua se ofrecía de ordinario a los dioses aquello que se deseaba de ellos; por consiguiente, no me sorprendería el día que se pudieran descifrar los jeroglíficos que acompañan a las figuras del relieve de Palenque, el encontrar que se alude a los amores simbólicos de Xochiquetzalli y Quetzalcóatl. La figura principal es el dios Sol, sentado sobre la imagen de la tierra, cuya representación es el tigre. El cuarto sol por eso se llamó *Tlaltonatliuh,* sol de tierra, el elemento que le corresponde al sur.

Que el tigre fuese un emblema del Sol y de la Tierra, para mí está fuera de duda, pero que la tierra tuviera al tigre por emblema tan sólo, como dice Ríos, por ser el *océlotl* el más feroz animal, no me convence. La razón es clara si el tigre, como emblema, se refiere al Sol, dios guerrero, incansable batallador, sediento de sangre humana, y a la Tierra que pedía esa misma sangre sin saciarse, y recibía en su seno los muertos cadáveres de los hombres. Pero el Sol era también la fuente de la vida, la Tierra era la madre fecunda productora de la fertilidad. En las pinturas de nuestros indios vemos, no raras veces, al tigre o su piel sirviendo de asiento o adorno al dios Sol cuando se designa como el principio de la fecundidad, y a los dioses del amor y la sensualidad representantes de la tierra fructífera y florida, fuente de placer y bienestar como eran Xochiquetzalli y Tlazoltéotl, en donde no puede tener cabida la ferocidad del temido felino, terror de los bosques tropicales. Semejantes pinturas nos demuestran que, además de la ferocidad, los indios aplicaban al simbolismo otra de las cualidades que se habían ya observado en los felinos; la zalamería lasciva. El mismo Ríos nos dice del águila y del tigre, ave y cuadrúpedo paralelos en sus simbólicos significados, que fueron hijos de Petécatl, uno de los dioses principales del vino y de Mayahuel, "que es la diosa de los cuatrocientos pechos que se convirtió en maguey", la Diana efesina de México, diosa de la fecundidad. Tales ascendientes del tigre no denotan su ferocidad seguramente, sino que se le quiso dar un carácter sivaítico de acuerdo con los padres que se le asignan.

Las pinturas y esculturas de la India nos muestran a las diosas del placer y la abundancia sobre tigres y leones, Freya, en la mitología Escandinava, iba en un carro tirado por gatos" y Bast o Bubastis, la Artemis egipcia, llevaba la cabeza de león o de gato. En monumentos griegos vemos a Cibeles y Rhea, diosas de la fecundidad y exuberancia, tiradas o acompañadas por leones, mientras Dioniso, el dios del vino, es llevado o acompañado por tigres, los hijos de Petécatl y Mayahuel, dioses del vino. En un hermoso mosaico de Pompeya se ve a ese dios como un niño con las alas de Cupido, personificación de la concupiscencia excitante, cabalgando sobre un tigre coronado con pámpanos y racimos de uva, y hollando con sus patas un simbólico tirso. Ni

el león ni el tigre en compañía de esas divinidades son animales feroces, ni en Dioniso nos indican sus paseos por el Asia central: son la expresión del simbolismo sivaítico que les convenía, expresado igualmente en la India, en Grecia, en Escandinavia, en Egipto y en México, y ligado por medio de los felinos con la diosa Tierra y el dios del vino entre los nauas y los griegos. En la India, nos dice el Gen. Forlong, buen conocedor de la religión y de las costumbres de los antiguos y modernos hindúes, que el tigre es emblema de la lascivia y, por consiguiente, también pudo haberlo sido allí de la fructífera y exuberante tierra, como lo fué en México.

En la piedra del sol, en donde no hay un solo emblema que no se refiera al concurso del astro con los cuatro elementos para la obra, primaria y principal de los pueblos primitivos en ambos hemisferios, del aumento de la humanidad y de la fecundidad de la tierra, no encontramos un solo signo claro que se pueda referir a las catástrofes, unánimemente apuntadas por casi todos los autores, que nos hablan de los cuatro soles o, como alguien los llama, períodos cósmicos. Sucede lo mismo en todas las mitologías del viejo mundo, en donde encontramos los elementos ligados con los soles, y la razón de las catástrofes, las encontramos claramente expresadas en un pasaje de Plutarco que, refiriéndose a las creencias y simbolismo egipcio, en perfecto acuerdo con las creencias y simbolismo de los mexicanos, dice de ellos, hablando del significado simbólico y los mágicos efectos del sistro de Isis, que hay que considerar los elementos bajo dos aspectos enteramente distintos; como potencias destructoras: (he aquí las catástrofes de los cuatro soles de los autores en general:) y como poderes creadores: (he aquí el aspecto que tienen en la piedra del sol); y por esto el sistro amedrentaba a Tifon y determinaba la producción y la conservación. Los emblemas de los cuatro elementos están de acuerdo con los de los puntos cardinales o sea con el sol en sus cuatro estaciones, y he aquí el verdadero significado mitológico de la destrucción de los cuatro soles de aire, fuego, agua y tierra: las cuatro estaciones son las potencias destructoras de los elementos, que dice Plutarco, con sus alternativas de frío y de calor, de sequía y de humedad.

El frío se destruye para que venga el calor; la sequía, para que venga la humedad y, viceversa.

Las relaciones, que podemos llamar clásicas, entre los puntos cardinales y los elementos en conexión con el sol en los solsticios y equinoccios, indicadas por símbolos y emblemas que los designaban y están fundadas en la leyenda de los soles, tomada de un auténtico documento precortesiano, de cuya legitimidad y antigüedad no es posible dudar, prácticamente no se encuentran invariables en los códices cuando directamente se relacionan con el sol. En estos documentos no son raras las variantes cuando a los puntos cardinales solo se refieren los dioses relacionados con los elementos. Entre los muchos ejemplos que podría citar de esas variantes, quiero escoger uno tomado del Códice Borgia (Kings. 36. 38) en donde abundan las relaciones de los puntos cardinales con los elementos como en todos los códices que nos presentan las divisiones del tonalámatl en grupos cuaternarios.

La primera división del primer cuadrante del tonalámatl señalada con el signo *ce Cipactli*, un lagarto o caimán, tiene la imagen de Quetzalcóatl, el dios del viento, pero no con el pico que lo designa como tal, sino con los atributos del sacerdocio que lleva como dios Sol que atiende a la felicidad del hombre haciendo de intermediario suyo ante los dioses. Descansa sobre una superficie cubierta de agua, quizá para dar a entender que el viento bajo su dominio empuja las nubes que de allí la llevan a otras partes en donde se necesita para que pueda reverdecer y fructificar la tierra. El dios del aire en semblanza de sacerdote, sobre el agua en el oriente, lugar de buen agüero, es el dios que con su elemento procura la fecundidad llevándola de donde nace el sol. Los signos están siempre en relación con el dios que los acompaña en sus trecenas, y en las que comienzan con *ce Cipactli* siempre se ven a los dioses supremos Tonacateuctli y Tonacacíuatl, el cielo y la tierra o alguno de ellos, y es por eso por lo que *Cipactli* es un símbolo de la tierra y del cielo, o del sol y la luna que se identifican con los dioses supremos. Aquí acompaña a Quetzalcóatl como dios Sol relacionado con el oriente y con el viento.

El signo de la segunda división, relacionado con el norte, es *ce Océlotl,* tigre o más bien jaguar, y la divinidad que lo acompaña, por el "espejo que humea" en que descansa el hueso descarnado de la pierna de la figura humana, no cabe duda que es Tezcatlipoca, dios solar y dios del fuego también. El signo *Océlotl,* es un emblema de la tierra y emblema solar al propio tiempo, ligado con Tezcatlipoca como dios Sol, ligado también con el ardor de la concupiscencia carnal. La segunda división, que corresponde al norte, es la del Sol de fuego.

La tercera, perteneciente al occidente, tiene como signo a *ce Mázatl,* un ciervo, y como numen, una diosa representante de la tierra fructífera y fecunda, porque lleva en su tocado y va acompañada de mazorcas de maíz bien desarrolladas. Esta fertilidad le viene comunicada por el agua como se demuestra por los signos peculiares del dios de las lluvias, que lleva en los ojos y la boca. *El yacameztli* adorna su nariz, y el nombre de la prenda y el uso que se hace de ella, nos dicen que las divinidades que la llevan están en conexión con la luna dispensadora de la humedad necesaria para la fertilidad terrestre. *Mázatl,* es el signo acompañante de la divinidad; ya lo vimos como emblema del calor que fecunda y símbolo solar ligado con Piltzinteuctli, dios Sol, esposo de Xochiquetzalli, que dice Muñoz Camargo había sido esposa de Tláloc, el dios de las lluvias antes que la robara Tezcatlipoca. Ella es quizá entonces la divinidad dibujada con los atributos unidos de la tierra fructífera y el dios del agua en su faz mitológica anterior al rapto. El elemento agua es el que domina en esta división, pero considerado como el que ya fecundó la tierra, auxiliado por el calor indicado en el signo *mázatl.* La única indicación solar que encontramos en esta pintura es la que resulta de las relaciones entre el signo y Piltzinteutli, el esposo de Xochiquetzalli. No es raro que el poniente se represente con una diosa que indique la tierra fertilizada por el agua o la humedad. Poniente se dice en náuatl, el lugar de las mujeres; es la parte débil, el elemento pasivo de la creación siendo el sol el activo.

La cuarta división corresponde al sur: tiene una divinidad enteramente solar: el signo acompañante es *ce Xochitl,* una flor o una rosa, último de los signos de los días. Cipactli el primero

de los signos, en el tonalámatl puede creerse el representante del sol que nace de las fauces del dragón: *Xochitl* el último, el sol que desaparece como las flores de un día que cierran sus pétalos y mueren cuando el astro declina. Este doble aspecto del sol, relacionando el poniente con las flores y el oriente con el *cipactli*, lo encontramos mejor designado en el calendario de Meztitlan, pueblo naua que confinaba con los huaxtecas de filiación maya. En el calendario de los mezcas a que nos referimos, el signo correspondiente al *cipactli* de los mexicanos llevaba el nombre de *Tetecli hucauli.* Ignoro si por mala transcripción o por la diferencia del dialecto, estas palabras no llevan la ortografía netamente náuatl que tienen la mayor parte de las otras que designan los días. Son no obstante palabras que pueden reducirse al náuatl tal como las pronunciaban y escribían los mexicanos; podían expresarse entonces *Teoteuctli hueycalli* significando "la gran casa o la antigua mansión del Señor Dios:" y como el Señor Dios por excelencia era para los indios el Sol, tenemos que *cipactli* correspondía a la gran casa del Sol, de donde el astro salía para iluminar el mundo. Las fauces abiertas del dragón que vemos en códices y monumentos de México y Yucatán con la imagen o los emblemas del sol, son las del *cipactli*, el caimán o lagarto, que entonces representa el oriente y el sol levante. El signo que corresponde a *Xochitl* y era el último, entre los mezcas se llamaba *ome xochitonal.* Ome quiere decir dos y *xochitonal* flor del sol o flor de un día, porque tonalli significa sol y día.

Daban a los muertos, conforme escribe Sahagún, ciertos amuletos que les habían de servir para librarse de los peligros que encontrarían en el otro mundo y al darles uno de ellos les decían: "Veis aquí con que habéis de pasar a donde está la lagartija verde que se dice *xochitonal*". (Sahagún I. 262). La lagartija verde era un dragón infernal ¿y quién no percibe en él al dragón que en el ocaso devora al sol y vemos en códices y monumentos con la imagen o los emblemas del sol en las fauces, que llevan los signos de la muerte? La flor como símbolo del sol poniente se advierte en la pintura de un códice Oaxaqueño, que se conserva en la biblioteca imperial de Viena. En esa lámina se ve la imagen del sol resplandeciente en todo su fulgor y de-

bajo de ella el signo *ce Xochitl,* rodeado de los mismos rayos que despide el sol de arriba; es otro sol, ambos colocados sobre las gradas de un templo. El sol de arriba es el que se levanta; el de abajo el que se pone y éste se simboliza con el signo *ce Xochitl.*

En la saga Ecrek se lee que cuando el protagonista hizo un viaje al cielo, llegó a un puente de piedra custodiado por un dragón en cuyas fauces entró valorosamente y por allí pasó al lugar de los bienaventurados: era el dragón occidental.

Dos serpientes con cabezas de dragones, estilizadas y adornadas con emblemas simbólicos, cierran el círculo que forma la piedra del Sol. Las cabezas se observan en la parte inferior, una enfrente de la otra y ambas contienen una cabeza: son el dragón oriental y occidental y las cabezas, el sol que sale del oriental y se oculta en el occidental. El uno es el *cipactli,* el otro el *xochitonal* que, como abrazan el naui-ollin en su círculo, indican las operaciones nocturnas del astro en pro de la humanidad. Un mito egipcio nos dice que el sol en las profundidades de la tierra atravesaba el interior del cuerpo de una inmensa serpiente.

El signo del calendario maya que corresponde a *xochitl* es *ahau* que significa señor y el del tonalámatl de los quichés, que hace las veces del mismo *xochitl,* es *Hun-ahpu,* el héroe que entró en Xibalba, la región de los muertos, combatió con las potestades infernales y al salir victorioso se convirtió en sol. Dice Landa que el Señor de los muertos entre los mayas era Hunhau "que por una simple contracción y elisión se ve derivado de *hun-Ahau,* el correspondiente yucateco de *ce Xochitl*". (Seler, Códice Vaticano B. p. 11). Por donde aparece con toda claridad que el dios sol dominante en la división correspondiente al sur, es el que tenía su señorío en la región de los muertos o sea el interior de la tierra, elemento asignado al sur. Yama, el señor de los muertos entre los hindúes, también poseía sus dominios en el sur. Los signos de los días que comienzan con cipactli y terminan con xochitl nos indican el curso diurno del sol, que nace en el oriente con cipactli y muere en el poniente con xochitl. ¿No habrán sido esos veinte signos los de un primitivo zodíaco en relación con las antiguas 28 casas o mansiones de la luna entre los hindúes?

Piltzinteuctli, el Señor niño o el noble Señor, es el nombre del dios del fuego doméstico y del sol; Xochipilli, el Niño de la flor se llamaba otro dios que si no es el mismo Piltzinteuctli, tiene mucha analogía con él, y ambos se relacionan, en lo cariñoso del nombre, con Topiltzin, nuestro niño, nuestro hijo, título que se daba a Quetzalcóatl; puede, pues, considerarse que todas esas expresiones afectuosas y delicadas tuvieran relación con el sol que nace, como ya lo hicimos notar, con respecto a Topiltzin. Ya el sol nace, decía el sacerdote al aparecer en el horizonte el astro del día: *tonámetl,* el maguey resplandeciente; otros le dan un significado diverso a la palabra; yo la creo compuesta de *tona,* que resplandece, y *metl,* el maguey. Las hojas abiertas de la planta pueden proporcionar ciertamente un símil aceptable con los rayos del sol, tanto más propio, cuanto el maguey era una planta sagrada, bajada del cielo por Quetzalcóatl en la forme de una diosa, en muchos conceptos igual a Xochiquetzalli y era planta que encerraba para los indios el compendio de cuanto era necesario para la vida: podían, pues, los indios saludar muy propiamente al sol que nace diciéndole *resplandeciente maguey.* Le llamaban también, *xiuhpipiltontli,* niñito turquesa; *cuahteoamitl,* divino dardo del águila, entendiendo el cielo bajo el emblema del águila que en realidad lo representaba; o, leyendo *cuahtleoamitl,* el águila que se remonta, tomando entonces el águila como el representante del sol cuya imagen era también Piltzinteuctli, pues el sol naciente, como dijimos ya, tenía por esposa de Xochiquetzalli, a quien Ixtlilxóchitl, en el mito de los amores de Topiltzin, llama simplemente *Xochitl,* la flor. He aquí un pensamiento mitológico delicado y poético: el Sol naciente, el Niño señor esposo de la flor. Varios cronistas traducen *rosa* la palabra *xochitl* tomando el equivalente español no en sentido específico como lo tiene la palabra *rosa* en otras lenguas, sino en el genérico que daban los indios a *xochitl,* que si en realidad significara rosa, coincidiría exactamente el mito mexicano con el griego que hace Rhodon, la rosa, esposa de Helios, el sol.

"Cuando Zeus y los otros dioses inmortales", dice Píndaro, "dividieron el universo entre sí, la isla de Rodas aún no se veía en las aguas anchurosas, porque estaba escondida en las solares profundidades del mar. Entonces Helios, el dios Sol, estaba au-

sente y nadie se acordaba de señalarle una porción. Aunque alguna merecía, nada le tocó. El dios lo hizo presente a Zeus, quien tuvo por hacer nueva partición, mas Helios no lo consintió, porque como un dios que todo lo ve, observó una porción de tierra que surgía del fondo del espumoso mar, destinada a patentizar sus recursos en alimentos para el hombre y pasturas para los animales. Laquesis, la Parca del cintillo de oro, levantó las manos para tomar el grande juramento de los dioses, de acuerdo con el hijo de Cronos, que cuando esta isla se levantara y apareciera a la luz del día, fuera para siempre una merced otorgada exclusivamente a Helios, el dios Sol. Todo esto se cumplió. Se levantó la isla de las aguas del mar y quedó en posesión del Padre de los penetrantes rayos de luz, que dirige los caballos cuyo aliento es el fuego. Helios se unió entonces en matrimonio con Rhodon, la rosa, ninfa de la isla que lleva su nombre, hija de Poseidon y Afrodite, de quien tuvo siete hijos que sobrepujaron en destreza para las artes, si no en poder de los encantamientos, a los sabios que primero la habitaron, los nueve Telquines hechiceros de Rodas, trabajadores en bronce y fabricantes de imágenes de los dioses". (Píndaro Olim. VII. con not. de Sandys). A este esponsalicio del Sol con la Rosa se refieren las monedas de Rodas, que tienen en el anverso la cabeza de Helios, en el reverso una rosa. El mito de Píndaro no es sino un exquisito bordado sobre la burda urdimbre de la entrada del sol a las entrañas de la tierra para fecundizarla; la trama se formó con la flor, como símbolo del sol poniente, y sobre esa tela neolítica, que trajeron a México los emigrantes orientales y desgarraron los que les sucedieron, bordó su mito el poeta griego.

*
* *

Hemos considerado a Quetzalcóatl como el dios Sol en general: considerémoslo ahora como representante del primero de los elementos o el sol de aire, pero en unión con los otros tres, puesto que era Naui ehécatl, los cuatro vientos. Se llamaba Señor del viento, dice Ríos, porque Tonacateuctli "cuando a él le

pareció, sopló y engendró a este Quetzalcóatl", y añade Sahagún que "barría el camino de los dioses del agua". (vol. I. p. 3). Era anterior a los dioses de las aguas, y fué como viento según parece por lo que dice Ríos, el primogénito de los dioses y de allí que en el orden de sucesión, sea el viento el primero de los elementos. En los relieves de la piedra del sol, al viento siguen el fuego, el agua y la tierra en el orden de sucesión de los puntos cardinales, oriente, norte, poniente y sur, y este mismo es el orden de las estaciones que hemos visto ya comenzando por la primavera.

Si reducimos a nuestros meses el año naua, cuyo principio según la común opinión de los primeros escritores era el primero de marzo, lo mismo que el año primitivo de los romanos, encontraremos que en los meses de marzo, abril y mayo dominaba el dios del viento; en el de junio, julio y agosto, el dios del fuego; en el de septiembre, octubre y noviembre, el dios del agua y en diciembre, enero y febrero en que está muerta la naturaleza, los dioses de la tierra que reinaban en la región de los muertos y los pintaban con formas de esqueletos.

Las tres estaciones que tenían los egipcios y varias de las repúblicas griegas obedecían, al parecer, a la división de la eclíptica atravesada por el sol con relación a los dos trópicos divididos por el ecuador, dejando al norte el de cancer, al sur el de capricordio. Poniendo el principio del año en marzo, como lo hacían los nauas y los romanos primitivos, cerca del equinoxio de primavera, los meses más calurosos o sea el verano en el litoral mediterráneo y los más lluviosos en México, correspondían al norte; los más fríos o sea el invierno, en Egipto y Grecia, y los más secos en nuestro país, correspondían al sur. En México propiamente las estaciones eran las aguas y las secas, como ahora todavía decimos; en Egipto, prescindiendo de las inundaciones del Nilo, el invierno y el verano corresponden a nuestras aguas y secas. Tal aparece de un pasaje de Herodoto. "Ramsinitos", dice, "dejó en Egipto como recuerdo una calzada en el templo de Hefesto, Ptah, el Sol nocturno que se pone" la calzada era probablemente una representación del ecuador. De donde arrancaba esta calzada puesta al poniente "elevó dos estatuas de veinticinco codos de alto. A la que estaba al lado del norte llamaban

los egipcios Verano y a la que estaba al sur Invierno. A la que llamaban Verano reverenciaban y hacían oblaciones, pero a la que llamaban Invierno todo lo contrario" (II. 121).

Los cuatro puntos cardinales y por consiguiente los elementos en el viejo y en el nuevo mundo tenían otro simbolismo además de los indicados; el de los colores o cromático, del cual tenían que participar los elementos por las relaciones en que estaban unos y otros. La rueda del calendario, dice Gemelli Carreri, se dividía en cuatro partes: "la primera indicaba el Sur, llamado en aquella lengua *Vuztlampa,* cuyo jeroglífico era un conejo *en campo azul,* llamado *Tochtli.* Más abajo estaba la parte que significaba oriente, dicho *Tlacopa* o *Tlahuilcopa* señalada con una caña *en campo rojo,* llamada *Acatl.* El jeroglífico de la parte del Norte, o *Micolampa* era una espada, con punta de pedernal, llamada *Tecpatl, en campo amarillo".* Hay en los códices y los documentos divergencias en los colores y sus asignaciones, pero ya veremos los que a mí me parecen haber sido los primitivos. (ob. cit. VI 37).

No se ignoraba aún en Italia, en la Edad Media, el simbolismo cromático de los antiguos cuando Dante pintaba con los cuatro colores rituales las tres caras con que dota la cabeza de Lucifer, haciéndolas una roja, otra negra y la tercera, como él dice *tra bianca e gialla.*

O quanto parve a me gran meraviglia
Quando vidi tre faccie alla sua testa
L'una dinanzi, e quella era vermiglia:
Dell'altre due, che s'aggiungeano a questa
Sovresso il mezzo di ciascuna spalla,
E si giungeano al sommo dela cresta
La destra mi parea tra bianca e gialla:
La sinistra a vedere era, quali
Vengon di lá, ove'l Nilo s'avvalla.
Sotto giascuna uscivan duo grand'ali
Quanto si conveniva a tant'uccello:
Vele di mar non vid'io mai cotali.
Non avean penne, ma di vipistrello
Era lor modo: e quelle svolazzava
Si, che tre venti si movean da ello.

(Dante. Infierno. canto XXXIV).

Las imágenes de los cuatro vientos, que quiso el poeta reunir en Satanás, eran horribles entre los caldeos y los egipcios de donde las tomaron para sus cábalas los magos y brujos que en gran cantidad ejercían su arte adivinatoria y anunciaban sus oróscopos en la Edad Media. Dante a la infinita hermosura del dios uno y trino, quiso contraponer la horrible fealdad de Satanás y para ello escogió las más feas imágenes de los libros cabalísticos como eran las de los cuatro vientos de los egipcios y caldeos, pero solo necesitaba tres y siendo cuatro los colores simbólicos de los vientos, amarillo, rojo, blanco y negro, tuvo que unir dos y por eso a una de las tres faces de Satanás la pintó de un color entre blanco y amarillo. Que el poeta en la pintura de Satanás hubiera tenido en la mente las horribles figuras de los cuatro vientos se pone en claro por el último de los versos citados.

He aquí cuales fueron desde los tiempos más primitivos los cuatro colores simbólicos: amarillo, rojo, blanco y negro, y de ellos nos habla Plinio en un pasaje cuya verdadera significación se les ha escapado a varios de sus comentadores. "Quatuor coloribus solis inmortalia illa opera fecere, ex albis Mileno, ex silaceis Attico, ex nigris atramento, Apelles, Echion, Melanthius, Nicomachus clarissimi pictores". Apeles, Equion, Melanthio y Nicómaco, esclarecidos pintores, con solo cuatro tintes hicieron aquellas obras inmortales: con el blanco de Melos, el ocre ateniense, el rojo de Sinope en el Ponto y el negro de tinta u hollín". (Hist. XXXV. 32). Lo que confirma Cicerón en cuanto a los cuatro únicos colores cuando escribe: "In pictura Zeuxim et Polingnotum et Timantem, et eorum qui non sunt usi plusquam quatuorcoloribus, formas et lineamenta laudamus". "Ensalzamos la composición y el dibujo en las pinturas de Zeuxis, Polignoto y Timas que no hicieron uso sino de cuatro colores". (Brutus. c. XVIII). Lo que nos demuestra que los antiguos maestros de la pintura griega pintaron cuadros que no contenían sino cuatro colores: amarillo, rojo, blanco y negro; los cuatro colores de las caras de Lucifer.

El suponer que los antiguos pintores griegos, dice Wornum "estuvieron reducidos a cuatro colores, es desde luego una gratuita suposición, opuesta a la razón y a la evidencia:" y lo es efec-

tivamente; pero tampoco puedo convenir en que Plinio y Cicerón hubieran creído vulgares consejas pudiendo cerciorarse de la realidad del hecho que esos pintores hubieran producido cuadros en que sólo se notaran los cuatro colores referidos. Pausanias nos habla de antiguas estatuas, nada menos que de Afrodite, cuyas formas eran el objeto de los mayores cuidados de los artistas helenos clásicos y, sin embargo, el Bedeker de Grecia nos dice que tenían negra la cara, así como otras estatuas de Dioniso la tenían roja, y verde algunas de Demeter.

Tales contrasentidos artísticos solo tienen razón de ser en que los primitivos genios griegos, un tiempo tuvieron el arte atado al simbolismo ritual, y si los pintores nombrados por Cicerón y Plinio hicieron cuadros usando solo cuatro colores, no fué porque no tuvieran otros de que echar mano, ni mucho menos porque no los pudieran usar, sino porque el ritualismo los ligaba a esos cuatro, y las obras que se les encomendaban para los templos, no pedían sino amarillo, rojo, blanco y negro, según lo requería el asunto religioso que tenían que pintar. Eran, por consiguiente, estos los colores simbólicos de los griegos desde la más remota antigüedad. Pero ¿cuál era su significado simbólico? Para deducirlo con certidumbre tenemos que bajar hasta los principios de la era vulgar.

El Apóstol S. Juan vivió muchos años en Efeso, una de las doce ciudades jónicas que se dice fué fundada por los lidios y escribió su Apocalipsis en la isla de Patmos, una de las Espórades al sudoeste del Mar Egeo. Es presumible que haya estado muy al tanto de los simbolismos griegos del Asia Menor y del Egeo y que, a imitación de Ezequiel que usó los babilonios en sus profecías, él haya usado en la suya los griegos, como imágenes y figuras. En sus visiones proféticas de Patmos vió un caballo blanco, ἵππος ευκός y sobre él un arquero conquistador; un caballo rojo, de fuego, πυῤῥος y su jinete llevaba una espada e iba con él el espíritu de la guerra y la discordia; un caballo negro μέλας y quien lo montaba llevaba unas balanzas y lo rodeaba la abundancia de los frutos de la tierra; finalmente uno bayo, χλαρὸς o sea amarillo, y en él cabalgaba la muerte y a ésta se le dió potestad sobre las cuatro partes del mundo, para matar con la espada, con el hambre, con la muerte y con las fieras de la tierra. (Apoc. VI. 2 y sig.)

El caballo en Grecia tuvo con relación a los puntos cardinales, la misma significación que el tapir entre los indios de Yucatán, en donde se dió al caballo el nombre de este animal. Los greco-egipcios sustituían con cabezas de caballos las imágenes de los cuatro hijos de Horus, los sostenedores del cielo, los puntos cardinales, en las cuatro esquinas de su sarcófago, en donde los egipcios las solían colocar. Supuesto que los caballos representan los puntos cardinales como se desprende del mismo texto del libro sagrado, tenemos que la significación simbólica del blanco, rojo, negro y amarillo, entre los griegos estaba ligada igualmente a los puntos cardinales.

Siva cortó a Brahma una de sus cinco cabezas dejándolo con cuatro, cuya significación serían los cuatro elementos o los seres mitológicos que los representaban, comprendidos en el dios que todo lo abarcaba. En la pintura de un *ragani,* el dios que según el Ramayana "eterno e imperecedero, brotó de la tierra" o conforme al mito épico, del loto que nace del ombligo de Vishnú, vemos que recibe la ofrenda de una mujer delante del fuego sagrado. El fondo, en donde se ve el dios y las llamas, es una faja roja sobre la cual se ven, una amarilla, la del aire probablemente, una blanca, la del agua, con algunos animales acuáticos, y una azul que debe, como elemento, corresponder a la tierra, (Mythology of all Races, vol. VI lam. VI.) y si no me equivoco, los elementos en la India estaban representados con esos cuatro colores como los puntos cardinales. Los cielos de los nauas en el Códice Vaticano están pintados con los colores de los puntos cardinales.

También encontramos en la India los cuatro colores simbólicos de los griegos, amarillo, rojo, blanco y negro. El fabuloso monte Meru tenía en la cima un recinto cuadrado pintado con cuatro colores: blanco de la parte del este; amarillo de la del sur; negro al oeste y rojo al norte. (Williams. Meru). Los colores hindúes nos hacen comprender la orientación de los griegos: el caballo blanco indica el oriente; el rojo, el norte; el negro, el poniente, y el amarillo o bayo, el sur.

Los persas redujeron a metales los colores simbólicos. Cuando Zaratustra o Zoroastro deseó la inmortalidad, observó la raíz de un árbol que tenía cuatro ramas, una de oro, otra de plata, otra de acero y otra de una aliación de hierro, que ignoramos

cuál sea y suponemos más bien un óxido rojo del metal o el bronce. Estas ramas, le dijo Azuramazda, eran los emblemas de cuatro épocas venideras. (Bahman Yashe. c. I. 1. 2. 3.) Aquí tenemos ya los colores de los puntos cardinales y de los elementos reducidos a épocas, como lo hizo Herodoto entre los griegos con sus cuatro edades, amarilla, de oro; blanca, de plata; roja de cobre; negra, de hierro. Las cuatro ramas de un árbol eran los cuatro puntos cardinales, claro se ve en el Yghdrasil de los germanos, y de aquí concluimos que los metales persas y los griegos, que se ligan con ellos en la significación de épocas, no son sino los colores simbólicos de los puntos cardinales y, por consiguiente, de los elementos. Del mismo modo entre las cuatro casas simbólicas de Quetzalcóatl, imágenes de los puntos cardinales, una aparece cubierta de oro y otra de plata, en vez de figurarse una amarilla y otra blanca, como les correspondía.

En algunos documentos egipcios, los semitas que habitaban al oriente de Egipto, se ven con las caras pintadas de amarillo; los libios, que vivían al poniente, de un color rosa muy claro, casi blanco; los etiopes, moradores del sur, de negro, y los mismos egipcios, que con relación a los etíopes moraban al norte, se pintaban de rojo a sí mismos. Amarillo, rojo, blanco y negro, serían entonces los colores que, respectivamente, corresponderían en Egipto al oriente, norte, poniente y sur. Las antiguas pinturas de los habitantes de las orillas del Nilo, dice Wilkinson, nos demuestran la distinta coloración de la piel de las naciones con quienes tuvieron que tratar: el rojo-moreno de los egipcios, el amarillo castaño de los semitas, el color comparativamente más claro de los libios y el negro de los pueblos del interior de Africa. (Ancient Egypt.) Debido a esto no falta quien haya creido que eran esos los colores propios de las cuatro razas en que algunos dividieron a la humanidad,

Los cuatro colores de las razas humanas, dice Gerald Massey, "negro, rojo, amarillo y blanco, se encuentran en todos los monumentos y todos se funden en los tipos egipcios" (Book of the Beginnings I. 17) opinión en que no están de acuerdo los egiptólogos en general, pero no se puede, sin embargo, negar que, aunque los egipcios no hubieran con ellos designado las razas, sí parece que designaron los puntos cardinales y que en realidad el a-

marillo pertenecía al oriente, el rojo al norte, el blanco al poniente y el negro al sur.

De los egipcios es muy probable que hayan tomado los hebreos el simbolismo de los colores aplicado a los elementos correlativos de los puntos cardinales. Sto. Tomás explica los colores del velo del templo de Jerusalén como símbolos de los cuatro elementos. "El Sancta", dice, "quedaba separado del Sancta Sanctorum por un velo que se distinguía por sus cuatro colores, los que designaban los cuatro elementos", a saber: el blanco, que representaba la tierra: el púrpura representaba el agua: el jacinto representaba el aire y el grana, teñida dos veces, significaba el fuego: "y todo esto porque la materia de los cuatro elementos es como un velo interpuesto entre nosotros y las sustancias espirituales". (2ª. 2ae. quaes. CII. ar. IV. ad. VI). Lo mismo encontramos en el historiador Josefo, de quien lo tomó el Doctor Angélico: "También el velo tejido de cuatro distintas especies se refiere a la naturaleza de los elementos, porque la *tela blanca,* llamada βυσσος parece que designa la tierra, de donde nace el lino: la púrpura, el mar teñido con la sangre de los peces: el aire se quiso significar con el jacinto; finalmente se puede tener como símbolo del fuego el carmesí". (Antigüedades Hebr. L. III. C. VII. N°. 33). En el velo del templo, como era natural, el negro hubo que sustituirlo por aquel de los colores que tuviera con él mayor afinidad como el púrpura, y esto mismo a veces hacemos nosotros con nuestros colores litúrgicos. En la India parece que se sustituyó también con el azul. Los demás quedaron lo mismo que los egipcios y los griegos y los primitivos hindúes del monte Meru: blanco, jacinto o sea amarillo, grana o rojo.

Los colores que dice Landa usaban los mayas para designar los puntos cardinales, y el Dr. Seler prueba plenamente que correspondían en su orden a los años del oriente, norte, poniente y sur, eran el amarillo que correspondía al oriente: el rojo, al norte: el blanco, al poniente y el negro al sur. (Mexican Chronology). Los quichés deben haber tenido el mismo simbolismo cromático pero no nos queda más noticia que la de los cuatro caminos de Xibalba, pintados de blanco, negro, rojo y amarillo. De los cakchiqueles sabemos que *cak* significa rojo y como epíteto de *ig* viento, Coto en su diccionario, lo traduce viento norte: por lo que es fá-

cil que esta tribu, estrechamente unida con los quichés, haya designado con el blanco, amarillo y negro los otros puntos cardinales.

Compañeras de los vientos eran las nubes, y ministros del dios de las lluvias, cuya procedencia se denotaba por medio de los colores simbólicos. En Michoacán aparecían personificadas en la fiesta de Sicuíndiro tomando parte en una danza ritual con vestidos de blanco, amarillo, colorado y negro, según el punto que a cada una de ellas correspondía. (Relación de Michoacán, p. 19. 20). Desgraciadamente no dice el autor cuál era el punto relativo a cada color.

En la interpretación del Códice Vaticano A. encontramos cuál era entre los nauas la referencia de los colores a los cuatro elementos y, por consiguiente, a los cuatro puntos cardinales que estaban ligados con ellos. Al sol de aire *ehecatonatliuh*, dice el P. Ríos, llamaban los indios *conuztuque* que significa edad de oro. La palabra mexicana está bárbaramente estropeada y me permito corregirla con la comparación de otras, haciéndola *tzoncúztic*. Una cedilla fácilmente se deja en el tintero y en una palabra de pronunciación no acostumbrada, se pueden muy bien trastrocar las letras. *Tzon* viene de *tzontli*, que significa cabellos o cabeza, y *cúztic* quiere decir amarillo. *Tzoncúztic* significa entonces cabeza o cabello amarillo y sólo en un sentido figurado puede llamarse edad de oro, refiriendo esta primera edad al feliz reinado en Tula de Quetzalcóatl mientras no comenzaron sus desdichas. El amarillo es el color del oriente y del elemento aire.

Al sol de fuego *tletonatliuh* lo llama el mismo intérprete Ríos *tzonchichitulque*, que quiere decir edad roja. Aquí el primer elemento *tzon* está correctamente escrito y justifica plenamente la enmienda anterior; no así el segundo que vemos escrito *chichiliuhqui* en el diccionario Molina y traducido "vermeja cosa o colorada". El color del norte y del elemento fuego era el rojo.

Atonatliuh es el nombre del tercer sol de agua y nuestro intérprete lo llama *conizutal* "que quiere decir la cabeza blanca". El primer elemento que forma la palabra mexicana ya quedó corregido; es *tzon*, y en náuatl, blanco se dice *íztac*, no *izutal*, que no encontramos en ningún diccionario con este o con otro significado. Se debe entonces corregir la palabra *conizutal* por *tzon-*

íztac para que signifique cabeza blanca, como dice el P. Ríos. Es el blanco el color destinado al oeste y al elemento agua.

Del cuarto sol *tlaltonatliuh,* sol de tierra, no encontramos el nombre náuatl en la interpretación de Ríos, pero sí lo llama "edad de los cabellos negros". Al negro Tezcatlipoca, hermano del Tezcatlipoca rojo, lo llamaban los mexicanos *yayauhqui Tezcatlipoca,* de modo que, en consonancia con las otras edades y por analogía con sus nombres, podríamos sospechar que el de la última fuera en náuatl *tzonyayauhqui.* El color del sur y del elemento tierra es el negro. Creemos, por consiguiente, en virtud de la admirable armonía del simbolismo cromático entre todas las tribus de México que lo usaron, que los símbolos de los colores que trajeron los ulmecas fueron: amarillo para el oriente y el aire; rojo para el norte y el fuego; blanco para el poniente y el agua, y negro para el sur y la tierra.

Los caballos del Apocalipsis son símbolos de los cuatro puntos cardinales y, a imitación del Angel de las Escuelas, me veo tentado a interpretar sus cuatro jinetes como símbolos de los cuatro elementos poniéndolos en parangón con los de nuestros indios. El que monta el caballo blanco y lleva un arco para herir con la flecha que camina como el viento, bien podría simbolizar el aire que Santo Tomás, en la explicación del velo del templo, le asigna el amarillo como color, y también nuestros indios quizá por los remolinos de polvo que se forman con el viento, y en el Códice Vaticano A. están pintados de amarillo. Hesíodo llama de oro su primera edad, que en la felicidad que gozaban los que vivían en ella puede compararse a la de Quetzalcóatl en Tula hasta que fué corrido de su reino, como lo fué Saturno y Cronos al terminar la edad de oro.

El caballo rojo de San Juan lo montaba un guerrero armado de espada. Santo Tomás dice que el rojo es el color del fuego: Sahagún nos hace saber que en el signo *técpatl,* que es el del norte y el del fuego, celebraban los mexicanos al dios de la guerra. La edad de Hesíodo, que es la de la plata, por la graduación del valor descendente de los metales que introdujo o era así de acuerdo con los persas, no corresponde, pero sí la tercera, que es la del cobre, roja, de hombres guerreadores de quienes dice Ovidio, que, como Hesíodo, la coloca también en el tercer lugar, que:

Tertia post illam successit aenea proles,
Saevior ingeniis et *ad horrida promtior arma.*

(Mit. I. 125.) En lo que convienen todos. Ya en el capítulo anterior más extensamente hablé, como entre nuestras tribus el norte, que tenía como color simbólico el rojo y estaba ligado al elemento fuego, tenía igualmente estrechas conexiones con la guerra.

El jinete del caballo negro, paseándose con sus balanzas por lugares de abundantes frutos, bien puede representar el agua que es el elemento de la fecundidad de la tierra: y si recordamos la analogía que hay entre la balanza de la constelación de Libra con el emblema acuático de la tortuga, tendríamos otro indicio para apoyar la opinión que el jinete con las balanzas sea un símbolo del agua. Santo Tomás conviene en asignar al agua el color púrpura sustituto del negro, en lo que el Santo Doctor va de acuerdo con el Apocalipsis y con el símbolo de la caverna, la casa y la oscuridad que nuestros indios daban al oeste en vista, no del elemento representado por el color, sino de la puesta del sol que deja al mundo en tinieblas. Simbólicamente es probable que nuestros indios hayan sustituído también el negro, el morado u otro color oscuro al blanco del poniente y del agua. Esta consideración, además de la graduación descendente en el valor de los metales que Hesíodo sustituyó a los colores en sus épocas, hizo que la blanca plata no le pareciera un representante merecido para el tenebroso poniente. Al asignar el blanco como el color del agua, se fijaron los que tal cosa hicieron, de preferencia en las nubes, consideradas como receptáculos del elemento líquido, pues más que las corrientes, las nubes van comunicando a la tierra fecundidad en forma de lluvias. Nuestros tarascos daban a las nubes los colores de los puntos cardinales.

En el cuarto de los caballos apocalípticos, que era bayo, cabalgaba la muerte, en la forma gráfica de un esqueleto y éste tenía que representar el elemento tierra. Hesíodo se vuelve a poner de acuerdo con los colores simbólicos asignando el fierro su cuarta edad; en cambio Santo Tomás, que asignó el púrpura al agua, atribuye el blanco a la tierra. Hemos tenido ocasión de ver como los esqueletos y las calaveras tienen entre nuestros indios el papel más importante en las representaciones de la tierra y del sur, y en ellas creo que no tuvo la menor parte el haber considerado el sur, además de la sede del elemento tierra, la del invierno tam-

bién, representando los cuatro soles, las cuatro épocas o estaciones del año. En el invierno muere la naturaleza, los árboles sin hojas son como descarnados esqueletos y a la tierra, que le tocó estar en el sur, se le dió como imagen el esqueleto y los despojos de la muerte.

Los egipcios despreciaban y dejaban sin honores la estatua que estaba al sur de la calzada occidental del templo de Ptah, el Hefesto de los griegos, y a esa estatua del sur, dice Herodoto, que llamaban Invierno. Yama, Señor de los Muertos en la India, tenía su reino en el sur. (Keith. Ind. Mith. p. 159) De los jinetes que cabalgaban los caballos apocalípticos, ninguno me ha llamado más la atención que el del caballo bayo: y, si no me equivoco en su significado simbólico, y van de acuerdo los simbolismos, griegos y mexicanos en las representaciones cromáticas de los puntos cardinales y los elementos, para explicar tan grandes semejanzas, más bien la identidad, no creo que basten, ni el acaso, ni la psicología, ni las coincidencias más extraordinarias, sino que es indispensable suponer una fuente común de donde hubieran derivado.

Tenemos un argumento directo para colegir que los colores simbólicos de los puntos cardinales entre los egipcios, eran al mismo tiempo el emblema de los cuatro elementos. Así describe Apuleyo el vestido de Isis: "Sus vestiduras eran del lino más escogido, matizadas de diversos colores; aquí, un blanco resplandeciente; allá, un amarillo de flor de azafrán; allá un rojo, que manda destellos como las rosas; y, lo que era incomprensible a mi aspecto su manto oscurísimo resplandecía por su negro tinte. Desde abajo del brazo izquierdo, la cubría al derredor hasta el hombro derecho a la manera de un escudo. Una parte colgaba formando elegantes pliegues hasta la orla del vestido, dejando los bordes graciosamente descubiertos". (Metamor. XI. 3.)

En la descripción que copiamos, podemos ver desde luego que en las vestiduras de la diosa egipcia se usaban los cuatro colores simbólicos, blanco, amarillo, rojo y negro. ¿Por qué? Nos lo explica Plutarco cuando escribe que mientras el vestido de Osiris era uniforme, el de Isis estaba combinado con diversos colores porque "su poder totalmente se extendía sobre la materia que en todo se convierte y todo lo admite: la luz, la oscuridad, el día y

la noche, el fuego y el agua, la vida y la muerte, el principio y el fin". (Isis y Osiris, p. 78). Según las teorías de los antiguos, los cuatro elementos eran los componentes del universo material. Si los cuatro colores combinados en los vestidos de Isis significaban "la materia que en todo se convierte", es claro que significaban los cuatro elementos, y podemos pensar que, si el negro superaba a los otros tres, era porque Isis representaba a la diosa Tierra y el negro era el color simbólico de ese elemento.

Los cuatro señores protectores del mundo, los espíritus o almas de los elementos con relación a los puntos cardinales eran en la India llamados Lokapalas "normalmente reconocidos como Indra Agni, Varuna y Yama, aunque en una versión Kubera toma el lugar de Agni mientras Ravana se designa a sí mismo como el quinto guardián del mundo". Ahora bien, Agni, "como los dioses americanos del fuego, se dice que era de color rojo"; los vestidos de Indra eran blancos; los de Varuna, dios del viento, amarillos y Yama tenía un color oscuro, era "terrible en su aspecto, sus mensajeros llevaban vestidos oscuros al contrario de su señor que los llevaba rojos". (Keith. o. c. p. 159. Dic. of non Clas. Mith. p. 5). Varuna era un dios del viento del tipo de Youalliehécatl, y Yama, como Señor de los muertos, puede considerarse en cierto modo como el dios de las entrañas de la tierra. De esto podemos deducir que los colores simbólicos de los elementos entre los hindúes eran el amarillo para el viento, el blanco para el agua, el rojo para el fuego y un color oscuro o negro para la tierra.

El simbolismo cromático de los ulmecas tenía algunas modificaciones. Entre los quichés vemos introducido el verde como uno de los colores de los cuatro caminos infernales, y azul y verde vemos en los códices nauas representando a los puntos cardinales. No obstante, la estatua de Quetzalcóatl de Cholula no tuvo otros colores como adorno que el amarillo, rojo, blanco y negro. En Egipto sucede lo mismo. Las relaciones de las solemnidades que se hacían en Denderah en honor de Osiris, las tenemos en las paredes de uno de los dos patios del templo que allí le estuvo consagrado, y entre ellas encontramos que en la fiesta llamada Un-per, celebrada el mes Koiak, entre otras cosas se ostentaban cuatro cofres de los cuatro hijos de Horus, o sea los sostenedores del cielo, con cuatro velos, uno azul, uno rojo, uno verde y el otro

blanco (Mariette. Denderah) como se ven indicados los colores de los cuatro puntos cardinales en algunos códices nauas. En la rueda de los años o calendario de Durán, el verde corresponde al oriente, el rojo al norte, el amarillo al poniente y el azul al sur. Estos deben probablemente haber sido los colores adoptados por los tlaxcaltecas porque el mismo autor dice que, en la arquilla redonda donde se conservaban en Tlaxcala las reliquias de Camaxtli, había "plumas de diversas aves, conviene a saber: azules, verdes, coloradas y amarillas". (Durán. II. p. 128).

Un simbolismo cromático como el de nuestros indios ha sido encontrado en las tribus de los Estados Unidos: lo estudió Mr. W. Mathews comparando los puntos cardinales que asignaban a los diversos colores diez tribus y tres subtribus del norte. De todas ellas, ninguna usaba la combinación primitiva o clásica, como la podemos llamar, de los nauas y los mayas a que corresponde con tanta exactitud al simbolismo del antiguo hemisferio. Ninguna de esas tribus usaba el amarillo como representante del oriente: sólo los crikes tomaban el rojo como símbolo del norte, alternándolo con el amarillo. Una subtribu chipewa tenía el blanco para el oeste y los omahas y siouxs el negro para el sur. (Color Symbolism. in H. B. A. I.)

También el Conde Charencey estudió la materia tomando en conjunto muchas tribus americanas, entre ellas las nuestras, y debido a esto sus resultados están más de acuerdo con el simbolismo primitivo nuestro; pero ni aun así salen acordes con las designaciones encontradas, que no cabe duda fueron las primitivas de nuestros indios. (Des Couleurs considerées comme Symboles des Points de l'Horizon chez les Peuples du Nouveau Monde). Cuando estuvieron los nauas en el Norte, como lo tendremos que ver, debe haberse difundido allá el simbolismo cromático que siguieron usando las tribus de Nuevo México y Arizona, pasando de ellas a las de las Praderas y subiendo más al norte como sucedió con otras cosas evidentemente de origen mexicano.

A la unión de Quetzalcóatl con los cuatro elementos se refiere una lámina del Códice Borgia, que vemos en la página 72. Están allí pintados cuatro dioses de los cuatro elementos inclusive Quetzalcóatl como representante del viento. Los cuatro están encerrados en espacios cuadrangulares, circunscritos por los cuer-

pos de otras tantas serpientes de colores y formas diversas, pero adornadas con sendos penachos que las caracterizan a todas como el emblema de Quetzalcóatl. Comenzando por el cuadrante en donde está encerrada la imagen de este dios, a primera vista reconocible por el pico que adorna su faz, y siguiendo la lectura en el mismo orden que lo hicimos con las aspas del *naui ollin* esculpidas en la piedra del sol, sin atender a los signos de los días que se distinguen en algunas de las figuras de los dioses, sin referirse a la orientación; pasamos del cuadrante del dios del viento al del fuego y, en este cuadrante encontramos una imagen que pudiera ser la de Piltzinteutli o Xochipilli, dioses solares ambos y relacionados con el fuego a quien los mercaderes llamaban en una oración "Noble Señor", que en mexicano se traduce Piltzinteutli. Sigue la muy conocida imagen de Tláloc, dios del agua, y la cuarta es la de Tlazoltéotl, diosa tierra: sobre los cuatro caminos infernales, los cuatro movimientos que fecundan y se distinguen por las huellas de pies humanos y los colores simbólicos. La imagen de Tláloc tiene el símbolo *ácatl* que sale de un ojo, y la de Tlazoltéotl un *técpatl*: la fertilidad que proporciona el agua, el calor que para producir necesita la tierra. Son símbolos que aquí no indican el oriente y el norte, sino las funciones que ejercen en la fecundidad el agua como elemento activo que la lleva, la tierra como elemento pasivo que la recibe, por medio del calor, y todo lo lleva el dios del aire Quetzalcóatl, que encierra en sí mismo todos los elementos para proporcionar sustento al hombre. La lámina del Códice Borgia es el resumen de lo dicho acerca de las relaciones de Quetzalcóatl con los cuatro puntos cardinales y los cuatro elementos.

El Gen. Forlong narra haber encontrado en unas excavaciones hechas en la India, una imagen que él cree de Siva en forma de Agni, el dios del fuego, e interpreta que sale el dios por las puertas de la vida. Lleva en cada mano una serpiente cuyas cabezas irradian llamas de fuego, lo mismo que la puerta por donde pasa el dios, significando que "la concupiscencia, el calor, el fuego, el aire y el agua tienen que mandar sus emanaciones en la vida vegetal y animal". Siva encierra en sí mismo todos los elementos como Quetzalcóatl. El mismo dios Siva, mitológica y simbólica expresión de un védico dios solar, aparece en poemas

posteriores con un interesante papel comprendiendo de seguro antiquísimas tradiciones. Siva, dicen buenos escritores, quiere decir benigno, gracioso, propicio. Sus cabellos resplandecían como el sol, esto es, eran sus rayos. En una estatua de Prambanan, en Java, se ve con unos adornos en las orejas enteramente iguales a las orejeras que nuestros indios ponían a las imágenes de sus dioses y además, como la pintura de Quetzalcóatl del Códice Borgia, con la cabeza coronada con una guirnalda formada de serpientes en relación, a no dudarlo, con la reproducción, atributo en que se igualaba con el dios ulmeca. Se le consideraba igualmente como salvador, organizador y protector de las ciencias y las artes. A veces se pinta y se describe con cuatro caras, como el Jano quadrifrons, otro dios solar de los romanos, de que hablan San Agustín (De Civ. Dei VII. 4.) y Kughley, que dice, que "en la captura de Falerio se encontró una estatua la Jano con cuatro caras, y en Roma había un templo de Jano Quadrifrons". (Mythology of Greece and Italy. p. 463).

Siva tenía sus cuatro caras dirigidas hacia los cuatro puntos cardinales. Las que veían al este, norte y oeste eran apacibles, mientras la que miraba al sur era rígida y austera. Con la del este reinaba; con la del norte se regocijaba con su esposa Uma; con la del oeste agradaba y complacía a todos los seres, pero con la del sur, era terrible y destructor. (Keith. Indian Mythology. p. 110). Ya sabemos cómo, entre los nauas, el oriente era el punto destinado al Sol, a Quetzalcóatl como tal, y cómo del Sol y Quetzalcóatl venía la soberanía cuya investidura fueron a buscar a la Tula mitológica los hijos de los cuatro hermanos fundadores de la monarquía quiché. El norte estaba destinado al fuego, emblema de la generación y la familia; el poniente a la abundancia y bienestar, derivados de la fertilidad que produce el agua, con que todos los seres reciben contento y alegría, y el sur era simbolizado con la imagen de la muerte. A los diversos aspectos de los puntos cardinales en sus simbólicas representaciones, se deben sin duda alguna los diversos caracteres que recibe Siva en los mitos y en sus imágenes, porque todos los representaba con sus cuatro caras y así, a pesar de su nombre, como el sur era simbólicamente la imagen de las espinas, la penitencia, la desolación y la muerte, lleva Siva en algunas estatuas y pinturas una gargantilla for-

mada de calaveras y de él se decía haber cortado la quinta cabeza de Brahma, dejándolo con cuatro solas. (Edwards and Spence. Non clasical Mythology).

Los cuatro soles eran reconocidos igualmente por los griegos. Así lo dice Macrobio, refiriéndolos a las cuatro estaciones. "De los dioses que existen el más grande y poderoso es Jao: él es el Hades en el invierno; Zeus al comenzar la primavera; Helios en el calor del verano y Jao, el gracioso en el otoño". (Satur. I. 18). En el fragmento de un himno atribuido a Orfeo se lee: "Uno es Zeus, uno es Hades, uno es Helios, uno Dioniso". Jao, por consiguiente, no es sino Dioniso, que comunmente se ha creído siempre un dios solar como los otros tres: el sol fructífero de otoño. Hades, rey de las profundidades de la tierra, el sol de invierno. Cerca del río Zbrucz, en los límites de la Galicia austriaca y Rusia, se encontró la estatua de una divinidad que creen ser el dios eslavo Svantovit. Sus cuatro cuerpos unidos nos hacen creer que sea una representación solar ligada con los cuatro elementos, o sea los cuatro soles de las estaciones del año, tanto por el gorro cónico que abraza las cuatro cabezas, muy parecido al que usaba Quetzalcóatl y otros dioses arianos relacionados con el sol, como por los cuatro relieves inferiores que pudiera decirse, por su actitud, eran los cuatro sostenedores del cielo. (Machal. Slavic Mythology. lam. XXXI).

En Egipto, como en la lámina del Códice Borgia, Kercher encuentra que los elementos están simbolizados por serpientes; la Tierra por dos culebras cornudas que yacen postradas; el agua, por serpientes ondulantes; el aire, por una serpiente recta, que silba, y el fuego, por el áspid levantado sobre su cola, con un disco sobre su cabeza. En el códice mexicano se puede decir que se compendia en Quetzalcóatl la representación hindú de Siva y la egipcia de las serpientes relacionadas con los cuatro elementos.

*

* *

Ha llegado el momento en que tengo que apartarme de las admirables pinturas que nuestros excelentes misioneros nos dejaron de Quetzalcóatl, el santísimo varón, el castísimo misionero, el sacerdote penitente, entregado a la oración y al recogimiento. En la faz en que lo voy a considerar, se presenta no muy distin-

to del conocido hijo de Semele. Si el dios ulmeca tuvo sus defectos, no fueron mayores que los de Atis, Dioniso, Osiris, Zeus y Ra, representantes del antes también creído inmaculado Sol. Pero después que Fabricio, Galileo y Scheiner descubrieron manchas en el astro (Scheiner le contó más de cincuenta a la vez, Hershel midió una que superaba en magnitud seis veces el diámetro de la tierra y otros más modernos astrónomos han descubierto más grandes y en mayor número), no era posible que el representante del astro Quetzalcóatl, permaneciera limpio, gozando de una aureola inmerecida de santidad. La historia es inexorable y, tarde o temprano, tienen que caer las ficticias y mal adquiridas reputaciones.

Reunido en consejo Quetzalcóatl con sus otros tres hermanos, allí fué acordado que él y Tezcatlipoca según los nauas, o Tepeuh, el Señor, según los quichés, emprendieran la obra de la creación de todas las cosas. (Hist. de los Mex. p. 229. Ximénez. p. 6). No fué célibe Quetzalcóatl como dicen: fué su mujer, Xóchitl, Xochiquetzalli, Quetzalxóchitl, Quetzalpétlatl, que tales son los nombres que le dan; y en honor de la verdad, el personaje de que tratamos no fué de tan depravadas costumbres como su compañero Zeus. Del primero, bajo el nombre de Papantzin, o de su mujer, bajo el de Xóchitl, se dice que inventaron el pulque; y de Xochiquetzalli dice Durán que fué quien, por orden de Tezcatlipoca, fué a poner insidias a su castidad. Los Anales de Cuautitlan confiesan que no se portó tan bien con Quetzalpétlatl, y la verdad de todo es que todos estos euhemerismos de los indios tuvieron origen en un mito que se ha conservado.

Cuando Quetzalcóatl y Tezcatlipoca terminaron la obra de la creación y ésta quedó coronada con la formación de los primeros hombres, se volvieron a reunir en consejo los dioses y dijeron: "He aquí que el hombre está triste, si no hacemos algo para que se regocije y tenga gusto de vivir sobre la tierra y nos alabe y cante y baile". Lo que oído por Quetzalcóatl, Ehécatl, el dios del viento, pensó en su corazón donde podría encontrar algún licor que llevar al hombre para hacerlo alegrar, y pensando en esto se acordó de una virgen diosa llamada Mayaelel o Mayauel, guardada por otra diosa su abuela, que era del número de las que llaman Tzitzimime, y se fué a donde estaban ellas y encontró que dormían. Despertó a la virgen y le dijo: vengo por ti para llevarte al mun-

do. A lo que accedió al instante y descendieron ambos llevándola él sobre los hombros. Apenas llegaron a la tierra, los dos se cambiaron en un árbol con dos ramas, una de las cuales se llamaba Quetzalhuéxotl, sauce precioso, que era la de Ehécatl, y la otra Xochicuahuitl, árbol florido, que era la de la virgen; y cuando su abuela despertó y no la encontró, llamó a todas las otras Tzitzimime y todas bajaron a la tierra en busca de Ehécatl. "Entonces las dos ramas del árbol se rompieron y separaron una de otra: habiendo sido reconocida la de la virgen por la diosa vieja, rompió en pedazos la rama y dió uno a cada una de las otras, que lo comieron, pero dejaron intacta la de Ehécatl, el cual cuando volvieron las diosas al cielo, volvió a su forma antigua, juntó los huesos que habían quedado de la virgen, cuya carne comieron las diosas, los enterró y de ellos salió una planta que los indios llaman *metl,* maguey". (Thévet. ob. cit. ps. 26-28).

Athene fué en sus principios una diosa de la fecundidad a la cual, estudiada en su primitivo simbolismo, encontramos muchas analogías con Mayauel. Pallas, gigante o Titán, pintado en algunos monumentos con extremidades serpentinas, de diversos modos se liga en los mitos con Athene. La fábula, que nos cuenta Apolodoro, de haber la diosa vestido su piel y el que se le llame Pallas Athene se ve por algunos como una señal manifiesta del androgenismo simbólico de la diosa, manifestado de otra manera en una moneda de Ténedos. En tal suposición las relaciones de Quetzalcóatl con Mayauel son las mismas de Athene con el serpentino Pallas, o con Dioniso el dios Sol, que es quien la acompaña en la moneda de Ténedos.

Arda-Nari era un sér andrógino de los hindúes y, con relación a él, dice Wilson: "El supremo espíritu en el acto de la creación por Vayu se duplicó: el lado derecho era el masculino el izquierdo Prakriti, la cual está en la misma forma con Brahma. Es Maya, eterna e imperecedera como el espíritu, como la inherente energía, Sakti, así como la facultad de quemar es inherente a la llama". (Brahma Vaivanta Purana). Vayu era el dios del viento, Prakriti la diosa de la fecundidad: Quetzalcóatl y Mayauel. En la figura que ilustra este sér andrógino vemos que lleva una serpiente en la mano derecha, el lado masculino del principio activo: Vayu es el dios del viento, Quetzalcóatl de nuestros indios, la serpiente abrazadora. En la mano izquierda, el lado

femenino, lleva una flor, Xochiquetzalli, la flor ardiente, asimilada a Mayahuel en el mito de la invención del pulque: Quetzalcóatl y Mayauel, las dos ramas de un árbol simbólico de los puntos cardinales, simbolizando aquí el oriente y el poniente. Entre los tarascos la mano derecha, la viril, era el oriente representado por Quetzalcóatl; la mano izquierda, la débil, era el poniente representado por Mayauel. Al sol de oriente acompañaban, entre los nauas, los guerreros; al poniente, las mujeres. No hay que olvidar esta distinción de la mano derecha y la mano izquierda, referidas al oriente y al poniente, a la parte fuerte y a la débil, al hombre y a la mujer, al principio activo y pasivo de la creación.

Mayahuel era la diosa de la abundancia, Ríos dice de ella, en su interpretación del Códice Vaticano A , que era una mujer que tenía cuatrocientas tetas y, por ser tan fructífera, los dioses la convirtieron en maguey "que es la vid de este país de donde sacaban el vino". Créese que la palabra Mayauel sea de origen naua, porque los indios de México llamaban así un ingrediente, hongo o raíz que ponían al jugo del maguey para determinar la fermentación alcohólica del líquido. La razón no me parece muy poderosa: la sustancia podía haber tomado el nombre de la divinidad. El Dr. Brinton descompone la palabra en dos elementos: *maya* y *ohel* y toma el significado de la lengua de Yucatán, en donde *maya,* conforme al diccionario de Motul, es "cosa no grave ni recia; cosa fácil y no dificultosa de hacer". *Ohel* significa conocer. Libremente se podría traducir el nombre, la que da a conocer las cosas más fáciles, la que allana las dificultades.

En el Códice Vaticano B. y afines, Mayauel es la diosa que domina en la trecena *ce tochtli,* un conejo, símbolo de la tierra, y tal es el papel que la diosa representa en la mitología; pero la tierra exhuberante y fecunda, simbolizada con los cuatrocientos pechos que la identifican con Artemis Efesina, representada con el cuerpo cubierto con estos órganos de la alimentación. Se dibuja con una serpiente a sus pies, con un maguey a sus espaldas, saliendo del centro de la planta, y en el Códice Laud la planta de maguey que está pintada se levanta sobre una tortuga que tiene debajo una serpiente. Todos sin excepción como veremos símbolos de la fecundidad.

Un mitólogo muy versado en las tradiciones de la India dice que Maya, la inspiración, era la diosa de la fertilidad, la que hace que los animales y la tierra sean fecundos. El nombre y los atributos mitológicos son iguales; la palabra pudo haber sufrido alguna modificación en el significado. Maya de la India y de Grecia pudo haber sido en México Maya-huel. Maya en los Vedas "es el poder de la ilusión", un poder oculto, dice Keith, y semejante poder conviene perfectamente a los inexplicables efectos de las bebidas embriagantes. Mas un autor hindú, Babu Ragendralala Mitra, nos dice que los filósofos de su país, "de Uma, la madre concreta, hicieron la abstracta Maya o ilusión o sea el misterio por el cual grande Espíritu desenvuelve el universo del interior de sí mismo". De aquí que fué considerada como la energía creativa del sér creador, *Sakti*, o la consorte del mismo sér, *Prakriti*, o la misma naturaleza plástica. La verdad es que Maya Prakriti y Sakti, concluye el escritor hindú, "son nombres aceptados por todos como sinónimos". Todos se refieren al principio pasivo de donde vienen las cosas creadas y la fecundidad. (Antigüedades de Orissa).

Joly nos hace saber, a propósito de los dos palillos que usaban los hindúes para excitar el fuego, que Twastri, nombre que aplicaban al palillo que servía de agente, y *Maya*, nombre del que servía de paciente, se decían los padres del fuego. (Les Origines du feu dans l'antiquité). Las bebidas embriagantes en México y en la India suelen compararse al fuego que devora, y el calor del elemento en todas partes se considera como una condición indispensable para que produzca la tierra. Dice Sahagún que en el monte Chichiua-uia, en Tamoanchan, el mitológico poniente, rumbo asignado al elemento agua y, por consiguiente, a la humedad y la vegetación, fué donde primero hicieron el pulque guiados por Mayauel y aquí encontramos a Maya, otra antigua diosa tierra de los griegos como creen algunos, en conexión con Maya-uel.

En una profunda y hermosa caverna del alto monte Cilene, en Arcadia, Maya dió a luz a Hermes, dios del viento que, como tal y por otros motivos, mucho se asemeja a Quetzalcóatl. (Him. Hom. IV. 1-3). Chichiua, elemento principal del nombre del monte en donde por primera vez hicieron el pulque, en mexicano significa *nodriza* y cuando Homero habla de Euriclea, que fué la

nodriza de Ulises, le da en griego el epíteto o cualificativo de Maya μαῖα (Odisea. XIX. p. 482) que muchos traducen simplemente *nodriza*, como aparece por claros testimonios de otros autores. Otros en vez traducen *buena madre*, apoyando igualmente su traducción en el testimonio de los clásicos. Ambos significados de la palabra griega ponen en íntima relación también a la Maya griega con la mexicana Maya-uel. El nombre de la Maya hindú, algunos lo derivan de *ma* formar.

Quetzalcóatl y Mayauel convertidos en un árbol con dos ramas, son una figura del árbol con la vid, que ya se ven en el relieve del palacio de Ashurbanipal, en donde hacen sombra a una leona que descansa teniendo en frente un león erguido debajo de una palmera; escena que puede encerrar un simbolismo, el mito de Piramo y Tisbe, v. gr., que dice Ovidio pasó en Babilonia. De todos modos el árbol con las dos ramas no es sino el *ulmisque adiungere vites* de Virgilio, el olmo y la vid, imagen favorita de la literatura clásica para significar dos cosas que mutuamente se auxilian y se completan.

El mito de Quetzalcóatl y Mayauel nos explica todos los puntos de contacto que encontramos en las pinturas de los códices entre el dios ulmeca, la diosa Tierra en varios de sus aspectos, y los innumerables dioses del vino; y nos enseña cuál fué el origen simbólico de las orgías de Quetzalcóatl y sus relaciones con la diosa de las flores y la amenidad de los campos, la Señora que tenía a su servicio "gran número de enanos y corcovados, truanes y chocarreros que la daban solaz con grandes músicas y bailes y danzas" y con ellos "vivía en lugares muy deleitables y de mucho pasatiempo". El lugar donde habitaba Xochiquetzalli, que era esta diosa, se llamaba Tamoanchan Xochitlicacan, en el asiento del árbol florido: (Muñoz Camargo. ob. cit. ps. 154-155) y fué precisamente en Tamoanchan donde tuvo lugar la metamórfosis de Quetzalcóatl y Mayauel.

En el mito que refiere Ixtlilxóchitl con los colores de un suceso histórico acaecido en Tula, Iztaccaltzin recibe la bebida fermentada de manos de Xóchitl o Quetzalxóchitl, mujer o hija de Papantzin, inventor del bebedizo; se prenda de la joven que se la lleva, la recibe como esposa, y al niño que nació de esa unión le dió el nombre de Meconetzin, el niño del maguey. La historia no es sino otra versión, un poco alterada, del mito de Mayauel.

Papantzin, que es Quetzalcóatl, fué quien trajo la bebida, y de Xochiquetzalli ahora resultó el maguey en forma menos mitológica, como se requería en la historia. La diosa de la exuberancia de la tierra se cambia por la diosa de la amenidad: el sentido alegórico es el mismo: el vino que fortalece al hombre, y comunica vigor a los dioses, se produce por la unión del Sol con la Tierra. Los mitos griegos, hindúes, egipcios y mexicanos que se relacionan con el vino, están a mi ver impregnados de una primitiva tradición histórica que, en lugar más oportuno, me esforzaré en demostrar.

El mito toma otro aspecto en los Anales de Cuautitlan; allí la diosa Tierra, con el nombre de Quetzalpétlatl, la estera preciosa, la tierra florida y llena de verdor y de frutos, sólo interviene cuando ebrio Quetzalcóatl por el pulque confeccionado por Toltécatl, uno de los dioses del vino, comienza a cantar:

Quétzal, quétzal no calli
Zacuan no callin tápach
No callin nic ya cáhuaz
Au ya, au ya, au quílmach.

De *verdes* plumas de quetzal mi casa,
De plumas *amarillas* de zacuán,
Mi casa de coral,
Ay! tengo que dejar.

En la enumeración de todas las casas simbólicas de los puntos cardinales hechas en Tula por Quetzalcóatl, sólo faltó la casa blanca. ¿Por qué? Porque era el blanco el color del poniente y allá era donde tenía que ir y por eso llamaba a Quetzalpétlatl, que se la llevaran de Nonoalco, para continuar con ella la orgía. El sol nocturno hemos visto ya que era el que hacía producir los frutos de la tierra. No es improbable que Ixtlilxóchitl haya aprovechado esta casa blanca para hacer de ella el padre de Topiltzin, nuestro hijo, que entra al poniente para salir recién nacido al oriente, la mañana, que sigue a la noche de la orgía.

Tamoanchan era mitológicamente una región del poniente. Allí dice Sahagún que Mayauel inventó el pulque y por vez primera se hizo en el monte Chichiuauia; "y por que el dicho vino hace espuma, también llamaron al monte Popocaualtépetl, que quiere decir monte espumoso". (III. 142). También podría significar montaña humeante. No se encuentran en toda la región que he-

mos asignado a Tamoanchan, nombres de montañas como los referidos ni, por lo que he podido indagar, se encuentran en otra parte. Popocaualtépetl podría ser por consiguiente otro nombre del Popocatépetl y Chichiuauia es un nombre afin a Chichiualcuáuitl, el árbol que producía la leche para el alimento de los niños en el otro mundo. Era, pues, una montaña simbólica, pero con todo, como el mito de Tamoanchan, pudo el monte igualmente haber sido por los indios de México adaptado perfectamente a la circunstancia histórica, que durante la permanencia de los ulmecas en el territorio del Estado de Morelos, allí en realidad hubieran comenzado a fabricar la bebida fermentada con una planta que es propia del país.

Toltécatl, que fué el fabricante de la bebida en el mito de los anales de Cuautitlan, Pantécatl "que primero halló las raíces que echan a la miel", Tepoztécatl, Coatlapanqui, Tliloa, Papaztac y otros que ayudaron a Mayauel en la fabricación cuando lo hizo en Tamoanchan, como lo refiere Sahagún, (ob. cit. III. 142) ligan a Quetzalcóatl con los Tzentzontotochtin, los cuatrocientos conejos, que así se llamaban los dioses del vino; y es necesario tener presente que el conejo es el símbolo de la tierra y que Mayauel dominaba en la trecena *Ce tochtli* destinada al conejo, para comprender que los Tzentzontotochtli, los cuatrocientos conejos, no eran sino los innumerables dioses que atendían, con el dios Sol Quetzalcóatl, a la fecundidad de la tierra.

El principal de los dioses del vino tenía el nombre de *Ometochtli,* dos conejos por el signo del tonalámatl en que tenía lugar la fiesta de esos innumerables dioses, correspondiente a la trecena del tonalámatl que comenzaba con *Ce mázatl* un venado, signo repetidas veces nombrado con relación a la fecundidad, del cual en el mito zapoteca tomaron el nombre los padres de Quetzalcóatl. De Ometochtli, dios principal del vino, tenían un mito interesante los indios de Meztitlan que se refiere en la relación de Gabriel de Chávez, en donde se dice que Tezcatlipoca, mató al dios del vino, con su consentimiento, diciendo que así recibiría la vida eterna, y que si no moría, todos los que bebieran vino morirían. La muerte de Ometochtli era como el sueño de un ebrio que despierta y queda renovado y bueno. (Descripción de la Provincia de Meztitlan).

Quetzalcóatl estaba muy indispuesto: le dolía todo el cuerpo

y no podía mover las manos ni los pies: ya estaba muy viejo y tenía que ir a renovarse. Aparece entonces Tezcatlipoca en forma de un anciano como él, y le presenta el pulque diciendo: "Señor veis aquí la medicina que os traigo, es muy buena y saludable y emborracha a quien la bebe, si queréis beber emborracharos ha y sanaros ha y ablandaros ha el corazón y acordárseos han los trabajos y fatigas de la muerte o de vuestra vida. Quetzalcóatl respondió: oh viejo ¿a dónde me tengo de ir? El viejo dijo: por fuerza habéis de ir a Tullan Tlapallan, donde está otro viejo aguardándoos, él y vos hablaréis entre vosotros y después de vuestra vuelta estaréis como mancebo y aun os volveréis otra vez como muchacho".

Este mito que nos refiere Sahagún, es la ampliación adornada y circunstanciada del mito de Meztital. Aquí es Quetzalcóatl el dios del vino Ometochtli. Se embriaga comienza a llorar tristemente "y se le movió y ablandó el corazón para irse" (ob. cit. I. p. 245) La misma escena, de tal manera está pintada en los anales de Cuautitlan, para no dejar duda en la identidad de Ometochtli con Quetzalcóatl, de quien vendría a ser el dios del vino no otra cosa sino el atributo que, como a dios solar, lo liga con la nocturna fecundación de la tierra para la producción de alimentos que renueven las fuerzas de los hombres y los dioses.

Tres dioses se presentaron a Quetzalcóatl, Tezcatlipoca, Ihuimécatl y Toltécatl. En vez de Ihuimécatl yo leería Ilhuimécatl de *ilhuícatl,* el cielo, y *mécatl,* soga. Mendieta nos hace saber que Tezcatlipoca, antes de comenzar su campaña contra Quetzalcóatl, bajó del cielo por una cuerda fabricada con hilos de araña. Ilhuimécatl, cuerda del cielo, fué el camino por donde bajó el dios y a Tzontémoc y Mictlanteutli, dioses de las profundidades de la tierra, el sol poniente, les pintaban una araña acaso para significar que el insecto les fabricaba las sogas por donde bajaban del cielo. Toltécatl era uno de los principales dioses del vino. Ilhuimécatl y Toltécatl se dedicaron a fabricar el pulque mientras Tezcatlipoca se presentaba a Quetzalcóatl, llevándole su imagen en un espejo.

El espejo contenía dos conejos, Ometochtli: "Tezcatlipoca entró, saludó y dijo: Señor y gran sacerdote te vengo a enseñar a Quetzalcóatl, Ce Acatl, es tu cuerpo, tu propia carne": Quetzalcóatl le preguntó cual era su imagen y entonces Tezcatlipoca le

mostró el espejo con el Ometochtli y en el espejo vió Quetzalcóatl que tenía el cuerpo "lleno de pudrición, su cara llena de arrugas y toda su figura espantosa". Entonces Tezcatlipoca lo arregló; los toltecas le hicieron unos agujeros y le pusieron la barba: lo llevaron a la fuente Apanecayautli, lo asearon, tomó pinturas, y con la roja se pintó los labios; tomó color amarillo y con él se hizo curvas en la frente; se pintó la cara de color verde, y se adornó con plumas de quetzal". Concluído el afeite, se vió en el espejo de los dos conejos, "y se alegró mucho".

Ilhuimécatl y Toltécatl se pusieron a confeccionar un potaje que contenía: "quelites, tomate, chile, ejotes y elotes", los mismos vegetales que Huémac mandó de regalo a Moteuczoma cuando el tlatoani de México pretendía irse con él a la cueva de Cincalco. (Tezozómoc. Crónica. p. 663). Después de haber preparado el platillo fúnebre "hicieron una horadación a los magueyes que estaban cerca de ellos, de donde resultó un líquido que a los cuatro días de conservado hizo espuma y se fermentó". Fué lo que tomó Quetzalcóatl, movido por las insinuaciones de los dioses y, con la bebida, se embriagaron con él todas las personas de su casa y compañía. (Ap. de Durán. pág. 73 y sig.).

El espejo que llevó Tezcatlipoca con Ometochitl como la imagen de Quetzalcóatl, es quizá aquel de que se habla en otro mito. Cierto día fué a Tula Tezcatlipoca y entró al templo de Quetzalcóatl, en donde había un altar, y en él "una efigie de Quetzalcóatl y un espejo que los indios estimaban mucho, porque les había hecho creer Quetzalcóatl que cuando tuvieran necesidad de lluvia y se la pidieran por medio de aquel espejo, se las había de conceder". (Thévet p. 36).

Entre los egipcios e hindúes, dice un mitólogo inglés, el espejo era un emblema de fecundidad, y en la India el símbolo de Maya, la ilusión, la diosa de la fecundidad, parecida con Mayauel hasta en el nombre, de quien por lo que vemos pudiera haber sido igualmente un emblema el espejo. La razón del simbolismo, añade otro autor, es por el reflejo o reproducción de la imagen que se manifiesta en él del mismo modo que aparece en el agua tranquila estancada o de una plácida corriente. En una copa antigua de vidrio se ve pintado a Cupido y Psiquis con una inscripción que dice *anima dulcis, fruamur nos sine bile.* Alma dulce, gocemos

sin enojos. Cupido deja a un lado su aljaba y Psiquis su espejo. El espejo era el correlativo femenino de las flechas en el simbolismo griego y latino. En este sentido hay que explicar el espejo de Quetzalcóatl dándole al simbolismo un significado más amplio.

Tezcatlipoca se robó el que estaba en Tula y es probable que fuera este espejo el que presentó como su imagen a Quetzalcóatl y fuera así mismo un emblema de la luna en donde estaba el conejo. Como antes vimos, Quetzalcóatl fué el representante de la luna y Huémac hermano gemelo de Quetzalcóatl, fué la luna también. En el simbolismo de los nauas el astro de la noche estaba estrechamente relacionado con el agua, la humedad y con los dioses del vino, así como con las funciones de la fecundidad. En su cualidad de luna o gemelo de la luna, sería, entonces, como el dios ulmeca se identifica con los dioses del vino; pero como era tan estrecho el parentesco del dios con su hermano gemelo, que a veces no parecen distintas personas sino una sola, por eso la identidad con Ometochtli a veces se considera como existente con la misma persona de Quetzalcóatl, que a semejanza del Horus egipcio, tenía dos ojos en la cara, uno el sol, el otro la luna y ambos eran parte del mismo dios.

Tezcatlipoca, que mata al dios Ometochtli, porque si no morirían todos los que beben vino, es un mito que, además de estar ligado con Quetzalcóatl como lo acabamos de ver, lo está también con el de los cuatrocientos hombres y cinco mujeres creados por Tezcatlipoca, de los cuales los hombres sólo duraron cuatro años: y con el de los cuatrocientos chichimecas sacados de una peña por Mixcóatl, peña que ya sabemos era el Teocómitl simbólico, por donde se subía y bajaba del cielo.

En ese tiempo, dice la leyenda tlaxcalteca, Camaxtli que había hecho penitencia "inventó el vino de maguey y otras maneras de vinos en que los chichimecas se ocuparon y no entendían sino en borracheras". Los cuatro hijos y una hija de Camaxtli, que había creado y hecho bajar del cielo por la peña para que matasen a los hombres y ofreciesen sus corazones al sol, estaban subidos sobre otros tantos árboles: desde allí los vieron borrachos "abajaron de los árboles y mataron a todos los chichimecas que no quedaron sino tres". (Hist. de lo Mex. p. 237). Con el mito

tlaxcalteca, está relacionado otro al parecer de origen acolua y referido a Quetzalcóatl.

Este dios tenía otros cuatro hermanos que lo querían mal por ser el predilecto de su padre, pero él logró matarlos a todos a flechazos subido en un árbol. Allí vinieron a buscarlo los súbditos que tenía y mucho lo amaban "y tomaron las cabezas de sus hermanos y extrajeron los sesos e hicieron copas para beber y se embriagaron. En seguida se vinieron de allí y vivieron algunos días en un pueblo llamado Tulancingo y de allí se fueron a Tula en donde aún no se sabía que se habían de hacer sacrificios y por esto, como él llevó el uso de los sacrificios, fué considerado como dios, a quienes él enseñó muchas buenas cosas, templos para él y otras cosas, y duró 160 años como dios en ese país". (Thévet. p. 35). Es el mito que aplica Sahagún, de una manera menos salvaje y con más visos históricos, a los huaxtecas que estaban en Tamoanchan, cuyo jefe se embriagó poco tiempo después del hallazgo del modo de hacer el pulque y, por la vergüenza que tuvo, huyó y se fué tras de los tultecas llevándose a los suyos. (vol. III. ps. 142-143).

El pulque va mezclado en los mitos anteriores con los sacrificios humanos instituídos para recibir los favores del Sol. Ya son los cuatro hijos e hija de Camaxtli, que bajan de los árboles para matar a los chichimecas ebrios para dar de comer al sol. Son los cuatro elementos, que consumen el sacrificio desde los puntos cardinales, cuya imagen son los árboles, y el centro de la tierra, la hija de Camaxtli. Representantes de ellos eran los sacrificadores que detenían los miembros de las víctimas y se llamaban *chaques* en Yucatán, *tlamacazques* en México, nombres de los ministros del dios de las lluvias que distribuían el agua de las cuatro partes del mundo. Estos tenían que dar de comer al Sol para que él, a su vez, proporcionara los alimentos a los hombres.

No podía haber víctimas más agradables a los dioses que los mismos dioses y, entre ellos, los que tenían que proveer de alimento a los dioses supremos para que ellos, a su vez, lo proporcionaran a los hombres. En esa consideración los dioses del vino tenían que ser las víctimas más preciosas. En el mito acolua, los sacrificados por el mismo dios, son los hermanos de Quetzalcóatl, los cuatro elementos; los ebrios no intervienen como sacrificadores, pero se embriagan salvajemente en los cráneos vacíos de las

víctimas: son entonces los compañeros de Quetzalcóatl que es el sacrificador, el representante del sol que fecunda. Los dioses tenían que ser las víctimas de los sacrificios: ellos se tenían que inmolar para poder ser los que se propiciaban. Muere la diosa tierra para que pueda producir, ya lo vimos: muere Mayauel, para que se convierta en maguey, y tienen que morir los dioses del vino para que los magueyes tengan jugo.

Los egipcios creían, según Plutarco, que el vino procedía de la sangre de los enemigos muertos mezclada con la tierra, y por eso "bebiendo vino en abundancia, se enloquece el hombre, por llenarse con la sangre de sus propios antepasados". (Isis y Osiris). Aquí tenemos un rayo de luz que nos deja comprender la razón por qué algunos mitos aparecen contradictorios o contrarios, confusos y poco comprensibles. La sangre y los corazones, no cabe duda, eran considerados como los alimentos necesarios a la Tierra y sobre todo al Sol para devolverle las fuerzas perdidas y comunicarle el vigor que necesitaba para atender a la fecundización de la Tierra. Para ennoblecer el alimento había que exaltar la víctima que lo proporcionaba y las víctimas humanas sacrificadas llevaban por eso la representación de los dioses y eran consideradas como una encarnación de la divinidad cuya personalidad asumían. En los mitos mexicanos aparece el sacrificio de los dioses y los dioses mismos eran los sacrificadores. Así también se practicaba en los ritos.

El sacrificador en México llevaba el nombre de Quetzalcóatl y los sostenedores de la víctima eran los representantes de los puntos cardinales que, entre otros, llevaban en México el nombre de *Tlamacazques*, en Yucatán el de *Chaques*. Mas tanto derramamiento de sangre humana como se juzgaba necesario para tener en buenas condiciones el vigor productivo de la Tierra, del Sol y de los otros seres que intervenían en la obra de la fecundidad,—cuando faltaban los prisioneros de guerra o no tenían buenos resultados las irrupciones a los territorios de tribus enemigas, no se podía llevar a cabo sin disminuír el número y, por consiguiente, el poder de la propia tribu; tanto más que a los dioses había que ofrecer lo mejor. Tanta y tan apreciable sangre vertida en los altares tenía que causar repugnancia a los hombres que, poco a poco, iban saliendo de nuevo del salvajismo.

Ya conocían las bebidas fermentadas. La Sagrada Biblia nos dice que Noé, salvado del diluvio, fué el primer hombre que probó los efectos del vino, licor que más o menos tenía el color de la sangre y cuyos misteriosos efectos eran un enigma indescifrable para los hombres que lo bebían, tanto más que notaban en él aquel aumento de vigor que, con su sangre, pretendían comunicar al Sol. El vino sobre todo, pero también las otras bebidas embriagantes podían sustituír la sangre humana como alimento del Sol porque le podían comunicar el mismo vigor y por eso decían los egipcios "que el vino procedía de la sangre de los enemigos muertos", esto es, de la sangre de los prisioneros sacrificados, porque el vino había sido el sustituto de la sangre humana de los sacrificios.

Quetzalcóatl,—cuando flecha a sus cuatro hermanos que dieron muerte a su padre, y sus súbditos los tultecas vaciando las calaveras de las víctimas para llenarlas de pulque y embriagarse con él, o los mismos toltecas con otro nombre pereciendo a los golpes de los cuatro hijos de Mixcóatl o Tezcatlipoca para dar de comer sangre y corazones al Sol,—son mitos que nos enseñan la transición de la sangre como alimento de los dioses, a las bebidas fermentadas como el néctar de la inmortalidad. Quetzalcóatl, que sube al cielo a traer a Mayauel y con ella la bebida embriagante que fortalece, con la cual se rejuvenció el mismo Quetzalcóatl en su carácter de dios Sol, es un mito que ya nos demuestra perfecta la transición y el pulque como un sustituto de la sangre, aunque en México y en otras partes, a pesar de la sustitución, siguieron las víctimas humanas alimentando con su sangre al Sol. Argumento tan interesante como esta sustitución, merece ser tratado con más amplitud y lo haremos expresamente en otro lugar, porque antes hay que dejar bien establecido quienes eran esos míticos compañeros de Quetzalcóatl, que los cronistas llaman ordinariamente tultecas, pero se pueden asimilar con los tzentzon-huitznaua y aún con los tzentzon-totochtli.

El autor anónimo de la Historia de los Mexicanos nos hace saber que antes que naciera Huitzilopochtli, otra vez "resucitaron los cuatrocientos hombres que Tezcatlipoca hizo y murieron antes que el sol se hiciera". A estos, a quienes mató Huitzilopochtli de nuevo, "los habitadores de la provincia de Cuzco los quemaron y tomaron por sus dioses y fasta agora por tales los tie-

nen". La provincia de Cuzco, que no existe en México y no es la del Perú, será probablemente la de Couizco. Sahagún que, al referirse al mismo mito adaptado a su dios por los aztecas, llama a estos dioses los Centzonhuiznahua, dice que los que de ellos escaparon de la muerte "fueron a un lugar que se dice Huitztlampa". Es el sur, geográficamente el Estado de Morelos y el de Guerrero con relación al Valle de México, y en ese rumbo habitaban los couixcas, ocupando un territorio que formaba parte del de Tamoanchan, lugar donde se desarrollan los mitos de Mayauel y Quetzalcóatl y donde se dice haber sido descubierto el vino.

Mayauel, como diosa de la tierra, lleva un adorno nasal en forma de media luna y ya conocemos los símbolos lunares de los atavíos de Quetzalcóatl. Sus compañeros los tultecas, dice Durán, andaban vestidos con opas de colores, a las cuales llamaron los indios *xicolli* "y por razón de las tocas que traían en la cabeza los llamaron *cuateccize,* que quiere decir cabezas de caracoles". (vol. II. p. 77). El adorno semilunar de Tlazoltéotl y la sección de caracol de Quetzalcóatl, no faltan a los dioses del vino, por medio del símbolo del conejo, ya unidos, por una parte a la tierra y a la luna, y por la otra a Quetzalcóatl cuyos compañeros, si llevan caracoles en las cabezas, es para simbolizar los mismos vínculos y que se identifican con ellos a los centzontotochtli.

Xochiquetzalli era la tierra alegre y risueña que toma el lugar de Mayauel en las orgías de Quetzalcóatl. Tlazoltéotl era la tierra que produce frutos y toma en los documentos pintados de los indios, la librea de los dioses del vino. Cuando se esperaba el nuevo sol y se ignoraba por donde había de salir, lo esperaron al oriente Quetzalcóatl, Tótec, su compañero de penitencia, los dioses Mimixcoa, identificados con los tzentzonhuitznaua, y las cuatro hermanas de Tlazoltéotl. (Sahagún. II. p. 246). Estos dioses acompañaban al dios ulmeca, como dice Durán lo acompañaron por todas partes sus discípulos los toltecas. No tenemos, pues, porque maravillarnos de todas las conexiones que se ven entre los dioses del vino y Quetzalcóatl cuando probablemente no eran otros sus compañeros o súbditos, los toltecas mitológicos. Uno de esos dioses llevaba el nombre de Tultécatl, precisamente el que, según los Anales de Cuautitlan, fabricó el pulque para Quetzalcóatl.

En el Códice Magliavecchi, donde encontramos muchas pinturas de dioses del vino, Papástac va pintado de verde todo, con una faja roja que, partiendo de la frente, baja por la nariz a la boca: Tepoztécatl tiene el color negro con la misma faja roja: Yautécatl el cuerpo verde con cara roja: Tultécatl, el que hizo que se embriagara Quetzalcóatl, va pintado del mismo modo: Patécatl, el que encontró la raíz para fermentar el pulque y dice Ríos que dió el arte de hacer el vino y fué el marido de Mayauel, tiene su librea diferente de los demás: los otros, por lo general, llevan escudos cuadrados bipartidos y en el centro el adorno nasal de Tlazoltéotl; éste lo lleva redondo, adornado con el joyel del viento de Quetzalcóatl y en la mano un objeto de punta encorvada como el *lituus* de este dios, como el garabatillo simbólico que en la fiesta de Etzalcualiztli usaba el sacerdote para mover las cuatro bolitas verdes de chalchíuitl: su cara y la mitad del cuerpo es negra, roja la otra mitad, y a veces toda negra se pintaba la cara de Quetzalcóatl. Tlaltecayoa se distingue igualmente de los demás; éste tiene la cara y medio cuerpo rojo, negra la otra mitad; en vez del hacha de cobre que suelen llevar en la mano los otros dioses del pulque, tiene un bastón con motas de algodón flojo y un disco de blanco y negro. En el baile que hacían en su honor, iba delante "un indio vestido con un pellejo de mono que ellos llaman en su lengua ozumatli", dice el comentador del códice. El escudo que lleva el mono tiene pintada una mano haciendo una higa; en la derecha empuña un bastón igual al que lleva el dios. Los colores rojo y negro del cuerpo de estos dioses son los mismos del gorro de Quetzalcóatl, en que el negro a veces se sustituye por el azul. Eran los colores del norte y del sur. (Códice Magliavecchi).

Papástac, Izquitécatl, Tláltecayoa y Patécatl son, entre los dioses del vino, los principales y los más allegados a Quetzalcóatl. En otros códices las caras de estos dioses van regularmente pintadas de dos colores, rojo y negro o negro con manchas amarillas, y llevan siempre el adorno nasal de Tlazoltéotl, tan peculiar en ellos que con él se señalan en los códices los vasos que se quiere dar a entender que contienen pulque. Suelen llevar también el gorro cónico y adorno en forma de abanico de Quetzalcóatl.

Cuando Tezcatlipoca hizo que se engalanara Quetzalcóatl, se pintó la cara de verde como Papástac. Quiso acaso indicar con este color del dios del pulque, que en aquella circunstancia era como un dios de la vegetación tal como aparece Ometochtli en los mitos de Meztitlan, puesto que también iba él a ser una víctima voluntaria de su prepotente competidor Tezcatlipoca. Es singular el mono de que va precedido Tláltecayoa, y una cabecita de este animal suele servir de joyel central en la diadema sobre la frente de estos dioses. ¿Y no fué cuando terminó la época del sol del aire, en que reinó Quetzalcóatl, cuando los hombres que quedaron se convirtieron en monos? Petécatl, según Ríos, esposo de Mayauel, que llevaba los adornos de Quetzalcóatl, era celebrado en la trecena Ce Otzomatli, un mono. De manera que los monos en conexión con el dios del viento, también lo están con los tzentzontotochtli, que a veces llego a pensar fueran sus emblemas animales.

Vemos a Tlazoltéotl en una lámina del Códice Borbónico, cubierta la cabeza con el gorro típico de Quetzalcóatl, el adorno semilunar común a ella y los dioses del vino, y tanto por la actitud que le dió el pintor, como por un niño que desciende de lo alto dejando algunas huellas humanas para demostrar que el lugar de donde viene es el lugar de los niños mandados al mundo por Quetzalcóatl, como por la misma escena representada, podemos comprender que se trata de la aparición de un nuevo sér.

En un lugar de Tlalocan, Campos Elíseos de nuestros indios, estaban los niños destinados a nacer, reunidos bajo la sombra de un árbol que llamaban *chichiualcuáuitl,* árbol nodriza, que Ríos traduce el árbol de la leche, porque leche goteaban sus hojas a sus frutos en figura de mamilas, que vemos en el Códice Vaticano A., donde los niños sentados bajo su sombra están con la boca abierta recibiendo las gotas. A este lugar, dice el intérprete, iban los niños que morían, y allí esperaban para volver a poblar el mundo. Los nauas de Nicaragua creían, según Oviedo, que las almas de los niños que morían antes que fueran destetados o sin que hubieran probado el maíz, estaban destinados a nacer de nuevo en la misma familia. No debían, pues, esperar hasta que se acabara el mundo, como dice Ríos de los nauas de México.

Eran creencias muy parecidas a las que se encontraban entre los griegos y los romanos. Píndaro escribe que las almas de los difuntos que compurgaron sus culpas en el mundo inferior, volvían a nacer sobre la tierra a los nueve años para ser más tarde reyes, gloriosos, atletas y sabios; (Freg. 98). Según Lucano los celtas creían que las almas de los difuntos volvían a informar nuevos cuerpos y, según Virgilio, los romanos pensaban que las almas de los difuntos volvían a los campos Elíseos, y después de purificarse allí, esperaban volver al mundo y volver a nacer.

...Vidit Aeneas in valle reducta
Seclusum nemus et virgulta sonantia silvae
Letheumque, domos placidas qui praenatat amnem
Hunc circum innumerae gentes populique volabant;
Ac veluti in pratis ubi apes aestate serena
Floribus insidunt variis, et candida circum
Lilia funduntur, strepit omnis murmure campus.
(Aen. VI. ps. 703-709,).

(Eneas vió el lugar en donde estaban aquellos que tenían que volver al mundo y andaban como abejas revoloteando entre las ramas de una selva por donde corría el Letéo). Los indios, que sólo poblaban con niños las sombras del árbol de la leche, no tenían necesidad de un Letéo que les hiciera olvidar la existencia anterior, y en sus creencias, comprendemos por las pinturas, que no sólo se aseguraba la vuelta al mundo de los niños que morían, sino la formación de nuevos seres. La pintura materializada del árbol de la leche que alimentaba a los niños, pudo haber inducido en error al intérprete dominico guiado por la opinión de aquellos teólogos que creían que los niños del Limbo volverían a poblar la tierra, entendiendo que era esto lo que creían los indios: muy bien puede ser, pero en el Códice Bodleiano, la representación simbólica del nacimiento nos sugiere distintas ideas. Allí el pedernal, símbolo del fuego que manda Quetzalcóatl desde el último cielo hasta las profundidades de la tierra y allí se convierte en el nuevo humano sér, nos indica que el espíritu vivificador era también para los indios.

Igneus est ollis vigor et coelestis origo. (Virg. Aen. VI. p. 730). La chispa que venía del cielo, el calor que sólo abandona al hombre cuando muere.

Era Tlazoltéotl, la diosa tierra, quien recibía primero los niños del Tlalocan, mandados por Quetzalcóatl y ella les daba el sér. Las insignias del dios del aire y los dioses del vino que la adornan, nos demuestran el participio de estos númenes en la procreación; y los atavíos de estos dioses no faltan a Tlazoltéotl en los otros códices. La embriaguez de Quetzalcóatl antes de meterse en las entrañas de la tierra, tiene el mismo significado mitológico y simbólico de la traída del cielo de Mayauel: la fertilización de la tierra para que produzca los alimentos y el vino que robustecen al dios para que pueda fertilizarla. El águila y el océlotl, los más fuertes y robustos de los animales, el uno, el señor de todos los cuadrúpedos, la otra la reina de las aves, fueron, según Ríos, hijos de Mayauel, y por ser los animales más feroces, eran las insignias de los más valientes guerreros: mas el águila y el tigre eran también emblemas ligados con la fecundidad. Otro hijo de Mayauel fué Cintéotl, principio de los dioses, "dándose a entender que de la vid de la uva, tenía que salir el principio de los dioses, propiamente significa abundancia, saciedad o embriaguez a causa del vino". (Ríos. Códice Vaticano A.) El pulque, como alimento de los dioses, se equiparaba entonces a la sangre de los sacrificados.

Cintli o *centli* significa maíz y el nombre del hijo de Mayauel, dios del maíz, base de la alimentación de los indios, en que se puede decir compendiaban todos los frutos de la tierra. Después de la cosecha del maíz, cuando tenían segados y cogidos sus maizales, se emborrachaban y bailaban invocando a Ometochtli, uno de los cuatrocientos dioses del vino y a otros con él. Los toltecas después de haberse embriagado y bebido salvajemente en las calaveras de los hermanos que mató Quetzalcóatl y haber estado en Tula, perseguidos por Tezcatlipoca, tuvieron que salir de la ciudad y Quetzalcóatl en compañía de estos bebedores de pulque en las calaveras de sus enemigos, a quienes llama Durán hijos del sol y dice de ellos, juzgándolos de muy distinto modo, que "hay de sus hechos, grandes cosas y obras honorables", y no paró, sino "discurriendo por toda la tierra" y "fueron predicadores de los serranos de Tlaxcala, que llamaban chichimecas y de los gigantes". Mucha razón tenía el Conde de Charencey al comparar a Baco con Quetzalcóatl. (Djimoschid et Quetzalcóatl).

*

* *

Se sabía que en su tiempo, dicen del dios ulmeca los Anales de Cuautitlan, "él mismo descubrió el licor que causa un éxtasis de placer".

Recapitulemos lo que se ha dicho de Quetzalcóatl con relación a la bebida embriagante de los nauas. 1°. Quetzalcóatl quedó identificado con el dios del pulque Ometochtli. 2°. Quetzalcóatl, como dios del viento, trae del cielo a Mayauel, se confunde con élla en un mismo sér y despúes la diosa se convierte en la planta productora del pulque. 3°. El objeto con que trajo Quetzalcóatl del cielo a la virgen Mayauel fué para alegrar a los hombres y para que contentos pudieran servir a los dioses con cantos y danzas. 4°. Tanto Quetzalcóatl como Mayauel se asimilan a la Luna y la segunda es ciertamente una diosa Tierra también. 5°. El jugo producido por el maguey rejuvenece al dios Sol Quetzalcóatl. 6°. El pulque, por consiguiente, además de ser una bebida terrenal, era un licor divino que devolvía al dios Sol la juventud y con ella el vigor. 7°. Hay entonces que considerar el pulque bajo dos aspectos; uno divino, la encarnación de Mayauel y Quetzalcóatl asimilado al dios del vino Ometochtli, el licor celestial que rejuvenece al Sol, un verdadero néctar de inmortalidad; y como la bebida terrenal que se usa para el culto de los dioses y alegra a la humanidad.

*

* *

Los indios consideraron al pulque material, verdaderamente como a un dios, lo dice expresamente Durán. "Al vino que beben tuvieron éstos por dios antiguamente y llamábanle Ometochtli y todos los taberneros y taberneras le celebraban sus ritos y ceremonias y ofrendas con toda solemnidad y devoción posible según su uso y bajeza". Al licor material era al que reverenciaban, porque "los taberneros al tiempo que echaban la raíz, y la miel empezaba a hervir, echaban incienso en los braserillos y ofrecíanle comida y de todas las demás ofrendas y ceremonias que a los demás dioses". La divinidad del pulque se manifestaba en el momento de la fermentación cuando comenzaba a hacer su efecto

la raíz que le ponían para producirla. Esta raíz era también un dios que se llamaba Patécatl y era, dice el intérprete del Códice Vaticano A, "El marido de Mayauel que fué la mujer de las cuatrocientas tetas que se transformó en maguey o vid. Era la raíz que ponen en aquel jugo o vino que brota del maguey y se la ponen para que pueda embriagar". La unión de Mayauel con Quetzalcóatl era la fortaleza del pulque, el poder embriagante que se le comunicaba al jugo por medio de la raíz, y esa raíz como el esposo de Mayahuel, se identificaba con Quetzalcóatl. Era, además, Ometochtli el dios de la suerte en el juego, de modo que los jugadores a él se encomendaban diciendo "el dios Ometochtli me dé buen punto" y como el pulque era la representación viva del dios "cuando jugaban ponían un cantarillo de su vino junto al juego y como siempre tenían presentes a los demás dioses cuando les sacrificaban y festejaban, así tenían allí presente al pulque como a dios". Por lo que, dice Durán, no cabe duda que la bebida materialmente considerada se juzgaba como un dios con el nombre de Ometochtli, "y además de tenello por dios, era ofrenda de los dioses y más particular del fuego, unas veces ofreciéndoselo delante de vasos, otras veces salpicando el fuego con él, con un hisopo, y otras veces derramándolo al derredor del fogón". Un dios que se inmolaba y era sacrificado y ofrecido a los dioses. "Era ofrenda de casados y de mortuorios", pero al propio tiempo usaban el pulque "no sólo para sus fiestas y beodeces, sino también lo usaban para sus medicinas como hoy en día lo usan, porque en realidad de verdad es medicinal". (Durán. II. pgs. 237 y sig.)

En la fiesta Panquetzaliztli teñían el pulque de azul, lo bebían los viejos de ambos sexos y los casados llamándolo entonces *matlaloctli*. En la fiesta Atemoztli, en honor de las aguas para pedir lluvias al cielo, ponían ante las imágenes que representaban a los montes donde se formaban las nubes "dos tecomates de calabaza verde que se llama *tzilacayutli*, enchíanlos de pulcre". La espuma formada por la fermentación que divinizaba el licor, podía tener una analogía con las nubes y de aquí la conexión entre las nubes que fecundan la tierra y los dioses del pulque. En esta fiesta, todos, hombres y mujeres, bebían pulque. "Tenían este licor en unos canjilones prietos y lo bebían sacando el pulque de los canjilones con unas tazas negras". Itzcalli era la fiesta del

fuego doméstico, en ella se bebía un pulque especial llamado *texcalceuilo.* Lo tomaban en los templos donde estaban los ídolc de la fiesta que se hacía en los barrios, y los fabricantes del *tlachique* o *tecutlachique,* dos especies de pulque, eran los que voluntariamente se encargaban de hacer la provisión. "Traíanlo en sus jarros o jícaras y echábanlo en un lebrillo que estaba allí delante de la estatua". (Sahagún. I. pgs. 175, 178, 179, 186). Ceremonia parecida se hacía en la fiesta movible que tenía lugar el día del signo ome Tochtli en la trecena Ce Mázatl, en que era celebrada Izquitécatl. (Sahagún. I. p. 77). No se comenzaba a usar una olla de pulque nuevo sin haber hecho antes una libación a Ixtlilton, dios solar nocturno del fuego doméstico y el médico de los niños. Al día siguiente del alumbramiento tenían las mujeres que tomar una ración de pulque. (Torquemada. lib. VI cap. XXIX. y lib. XIV. cap. X). El pulque, por consiguiente, tenía que ver con los matrimonios y los alumbramientos.

De las innumerables clases de magueyes que hay en México, las preferidas para hacer el pulque, según Hernández, eran el *tlacámetl,* maguey de carne, de hojas grandes, verdes y anchas, poco acanaladas, y el *teómetl,* maguey divino de hojas verdes con franjas amarillas. (Historia Plantarum Novae Hispaniae). Sahagún atribuye a ambos magueyes cualidades medicinales sobre todo al primero, del cual dice: "Un maguey de esta tierra, especialmente el que llaman *tlacámetl* es muy medicinal por razón de la miel que de él sacan, la cual hecha pulcre, se mezcla con muchas medicinas para tomarlas con la boca". (III. p. 276). Para hacer el pulque decía Motolinia, "esperan a que el maguey llegue a cierto grado de madurez y entonces le hacen un agujero en el centro de donde arrancan el cogollo y dejan que destile el líquido en la cavidad que queda; lo extraen de allí y guardan en unas cortezas de árbol a propósito". (Memoriales. p. 382). Le ponen las raíces que lo hacen fermentar y a los cuatro días, dice Sahagún, que cuando ya hace espuma lo comienzan a tomar. La miel, de que dice Landa hacían los mayas el vino poniéndole agua y cierta raíz, es la miel que, dice Sahagún, extraían los nauas del maguey. (Landa. p. 122). Pulque no es una palabra que se derive de ninguna de las lenguas de México. En maya se dice *quii* y entre los nauas dos eran las principales clases de la bebida en-

tre otras varias: el *octli*, la más común y ordinaria y el *nauctli*, la más fina y exquisita. Poco amante de las comparaciones fonéticas, no puedo, sin embargo, prescindir de hacer notar una nueva coincidencia no tan digna de llamar la atención como la relativa al nombre de Mayauel. *Octli* tiene algún parecido a οἶνος, nombre no sólo del jugo fermentado de la uva entre los griegos, sino del de otras plantas, porque Herodoto llama οἶνος εκκριθᾶν. vino de cebada a una especie de cerveza y οἶνος φοινικήιος, al licor extraído de las palmas (II. 77. I. 193). *Neuctli* por otra parte se asemeja a νέκταρ, la bebida de los dioses. Creo que entre las palabras nauas y las griegas no hay sino una mera semejanza de pronunciación y nada más: por esto no quiero insistir en la semejanza fonética de las palabras. No obstante el *octli*, considerado como la bebida celestial que rejuveneció al dios Quetzalcóatl en su faz mitológica de Sol, tiene una analogía muy marcada con los licores sagrados de los pueblos arianos, que vamos a considerar.

El Néctar en Homero, Hesíodo, Píndaro y otros de los más antiguos poetas griegos era la bebida de los dioses. Homero lo llama ἐρυθρόν, (Iliad. XIX. 38) nombre de un color que Esquiles aplica a la sangre (Eumen. 265) y por eso aplicado al vino, como se hace en muchas composiciones, comprendemos que significa rojizo o rojo. El néctar, por consiguiente, tenía el mismo color del vino y era como el pulque, sublimado a los honores de una bebida que producía la inmortalidad. En efecto, el néctar se escanciaba como el vino. Hebe, la celestial copera, "sirvió *néctar* en las copas de oro de los dioses reunidos en consejo con Zeus, y ellos brindaron unos con otros dirigiendo a Troya sus miradas". (Iliad. IV. 1 sig.) Por el *néctar* celestial el vino terrestre se volvía de un gusto más exquisito, por lo que decía a Ulises el Cíclope, que el vino ofrecido por el héroe griego era de los que se formaban de *néctar* y ambrosía. (Odis. IX. 359). Los hombres, sin embargo, no podían probar el néctar porque si lo hacían se habrían vuelto inmortales. Tethis ungió con este licor el cuerpo de Patroclo para hacerlo incorruptible y cuando el Sol lo derramó sobre el cadáver de Leucothoe, se esparció una fragancia celestial y el cuerpo de la ninfa se convirtió en árbol. (Iliad. XIX. 38. Ovid. Metam. IV. 253).

Con el *néctar* confunden a veces los poetas la *ambrosía.* Homero los distingue, porque la *ambrosía,* que significa inmortalidad, era para el autor de la Odisea un alimento, mientras el *néctar* era la bebida de los dioses. Calipso sirvió a Hermes ambrosía y el rojizo néctar mezclado probablemente con agua como solían hacer los griegos con el vino. (Odis. V. 39). En un fragmento de la poetiza Safo y en otro de Anaxandrides, la *ambrosía* se presenta como una bebida que tiene las mismas cualidades del *néctar* aún para el mismo Homero, porque para librar a Menelao del mal olor que despedían las pieles de foca que había vestido, Edotea lo ungió con *ambrosía.* Los griegos tenían una terrenal ambrosía, líquido sagrado que usaban en algunas ceremonias y estaba compuesto de aceite, agua y el jugo de algunas frutas. (Atheneo. pg. 479).

Algunos dicen que el águila era el ave que llevaba el néctar a Zeus; de la ambrosía nos dice Homero que las que servían para llevarla al rey del Olimpo eran las palomas. Un número determinado de ellas la llevaba de las fabulosas regiones del poniente, teniendo que pasar entre las rocas movedizas llamadas Planctas: si alguna perecía aplastada en los escollos, era inmediatamente sustituída con otra. (Odis. XII. 59. sig.) La ambrosía no parece haber sido sino una modificación del néctar o un epíteto de este licor.

Soma era para los hindúes una planta, una bebida y un dios, que en su triple aspecto puede mejor que el néctar compararse con la bebida de los nauas, la cual aunque con distintos nombres era un dios, producto de una planta divinizada. El Soma, dice Rájendralála Mitra, es una planta trepadora, la *asclepas acida* o la *sarcosstema viminalis.* El jugo con que se forma la bebida se diluye con agua, mezclándolo después con harina de cebada y de arroz silvestre y manteca de vaca o mantequilla clarificada. Se deja nueve días en una vasija para que fermente. "Debía tener poderosos efectos embriagantes y, por esto, no es de llamar la atención que los Vedas mencionen frecuentemente la alegría que causaba en los hombres y a los dioses". (Indo-Arians. I. p. 419). Los nauas dejaban cuatro o cinco días el jugo del maguey para que se fermentara, y tanto el cinco como el nueve, que son números sagrados pueden tener la misma relación que el cuatro con los puntos cardinales.

No todos los escritores están de acuerdo con el autor hindú ni en la clasificación de la planta, ni en la confección de la bebida. La planta es un misterio para los botánicos que, con toda certidumbre, no han podido identificarla con ninguna de las trepadoras existentes en la rica flora de la India. La bebida, dicen, se fabricaba retorciendo y exprimiendo los cogollos de la planta, o machacándola en un mortero, porque en los himnos se menciona con frecuencia la piedra que debió servir para semejante operación. El líquido extraído tenía un color moreno rojizo y se usaba puro o mezclado con leche, leche agria, agua de cebada y otros ingredientes. Lo ofrecían a los dioses y lo bebían los sacerdotes. Quienes primero fabricaron la Soma fueron Vivasvant, un dios solar, y Trita Aptya, un dios del agua en conexión con la Luna. (Keith. Indian Mythology. p. 46). Diciéndose de Soma como licor, que quien lo gustaba "sentía que el dios estaba en sus venas", debemos considerar que se trataba de una bebida fermentada, tanto más cuanto que se relaciona con Agni, el dios del fuego.

Todo el libro noveno y otros seis himnos del Rigveda tratan del Soma. De estos documentos tomaremos lo que pueda servirnos para comparar el licor hindú con el naua. Soma, como un dios, fué hijo del Sol o del Cielo o de Parjanya, que es el espíritu de las lluvias y de la fertilidad, y tenía su morada en lo más alto de los cielos, donde nació. Mayauel también vivía en el cielo, pero ignoramos su filiación sabiendo tan sólo que uno de los tzitzimime, o sea de los sostenedores del cielo y representantes de los elementos, era su abuela. Las aguas eran hermanas de Soma y la diosa mexicana estaba emparentada con las Tzitzimime, divinidades que se asimilan a los tlaloques encargados del agua.

En una versión del mito hindú el águila fugaz, atravesando el viento, llevó a Soma para Indra con su pie. (Rigveda. IV. 27). Veloz como el pensamiento, el águila voló al castillo de hierro del cielo y bajó los dulces tallos de Soma. (Macdon. 11. Vedic. Mythology. 111). En el mito mexicano no fué un águila ni otra ave, sino el mismo dios del viento el que, mientras dormían sus guardianes, bajó del cielo a Mayauel. Otra versión del Rigveda nos hace saber que Varuna, dios solar, como también lo era Quetzalcóatl, colocó a Soma en una montaña, y en una montaña, en el mitológico Chichiuauia, fué donde se manifestó el dios *octli* Ome-

tochtli. Soma estaba bajo el cuidado de los Gandharvas que, en escritos posteriores a los himnos que citamos, se dice eran los músicos del cielo de Indra, esposos de las Apsarasas, personificaciones de las nubes o espíritus asociados con las lluvias, como lo estaban los tlaloques y las Tzitzimime de los nauas. También los cantores celestiales nauas estaban asociados, como lo veremos, con estos dioses.

En un pasaje se lee que Soma fué el dios exprimido para los dioses, y cuando se unió a Surya la doncella del Sol, lo hizo en las *naksatras* o mansiones de la luna. (Rigv. X. 85,). Esto liga a Soma con la luna, vínculos que más se estrechan en escritos posteriores al Rigveda, como son las Brahmanas, en donde por completo a ella se asimila. Recordemos que en el mito de Meztitlan Tezcatlipoca una vez mató a Ometochtli, dios del vino, porque él se lo pidió creyendo que así se haría inmortal. Este dios estaba, como sus compañeros los dioses del vino y Quetzalcóatl, ligado con la Luna. Ometochtli, el dios octli, dice Durán, era el Baco mexicano y Soma era el Baco de los hindúes, leemos en una obra ya otras veces citada. (Diccionary of non Classical Mythology. pg. 16).

Los iranios como los hindúes, los griegos y los nauas, tenían su licor celestial y terreno a la vez: se llamaba Haoma, nombre que poco se diferencia de Soma, y como éste, fué una divinidad, una planta y una bebiba. Quienes confeccionaron primeramente la bebida fueron Vivanghvant y Thrita, que no son sino los hindúes confeccionadores de Soma, Vivasvant y Trita Aptya, a quienes los iranios añaden Athwya y Pourushaspa. Los primeros que fabricaron el pulque en el mito euhemerizado de Sahagún, si se quitan Mayauel, el maguey, y Pantécatl, la raíz que servía para fermentar el jugo, fueron también cuatro de los innumerables dioses que atendían a la fertilidad de la tierra y llamaban los nauas los cuatrocientos conejos; estos eran: Tepoztécatl, Cuatlapanqui, Tliloa y Papatztactzocaca.

Entre los iranios, como entre los otros pueblos de origen iranio y entre nuestros indios, las aves representaban al viento: ahora bien, el Haoma terrenal, que crecía, según aseguran los persas, en las cumbres de algunas montañas, sobre todo en el monte Alburz, había sido llevado del cielo a ese lugar especialmente por las aves divinas. En el mito persa es más clara la co-

nexión con el mexicano que en el hindú y el griego. Las aves que llevan el Haoma al monte Alburz, son el dios del viento, Quetzalcóatl, que en su advocación de Viento de nueve cavernas, usada entre los mixtecas, solía transformarse en águila, animal engendrado por Pantécatl, dios del vino, y Mayauel, llevada del cielo por Quetzalcóatl a Tamoanchan para que en el monte Chichiuauia se comience a fabricar el pulque terrenal. En el monte Alburz se recogía el Haoma "en una caja que era colocada en un vaso de hierro y después que el sacerdote tomaba cinco o siete fragmentos de la planta y los lavaba en una copa, los machacaba en un mortero, colocaba el líquido extraído en el *vara* y lo mezclaba con otros líquidos rituales mientras se rezaban las oraciones prescritas". (Carnoy. Hiranian Mythology. p. 282).

Cuáles fuesen los efectos del sagrado licor, se puede ver por lo que se le pedía en un himno a Yasht del Korda Avesta. "A ti me dirijo para alcanzar poder y dominio, a ti para conseguir remedios y salud, a ti por aumento y progreso, a ti para que fortalezcas todo mi cuerpo, a ti para que me concedas la sabiduría necesaria en todas las cosas", Haoma alejaba la muerte concediendo una larga vida. "A las mujeres que lo quieren da Haoma hijos despejados, digna prole" y lo que era más interesante para el sexo débil: "las doncellas que han pasado largo tiempo sin marido, si lo quieren, Haoma al instante les concede esposos y protectores perspicaces y llenos de sabiduría". (IX. 17-23). Considerando lo que se ha dicho del pulque como dios, representado por todos aquellos númenes que tenían que ver con él; como licor sagrado y como bebida usada por los hombres, los indios de México pudieron haber dirigido un himno a Ometochtli, igual al que dirigían los persas a Haoma. La palabra *haoma* creen que sea una contracción de dos voces sanscritas *amrita-soma,* que significan *Soma inmortal,* nombre con su calificativo que se ve usado por los hindúes para su licor celestial.

Los helenistas convienen en que la palabra griega *ambrosía,* así como la sanscrita *amrita* estén compuestas de la *a,* prefijo que indica negación, y una radical *mro* o *mri,* contenida igualmente en la palabra latina *mors* de donde *muerte,* y por eso tanto *amrita* como *ambrosía* envuelven la idea de la inmortalidad que se aplicaba al sagrado licor. Con este fundamento expresamos la opi-

nión que la *ambrosía* de los dioses griegos pudo haber sido al principio un cualificativo del *néctar*, la bebida que inmortalizaba y de este cualificativo del licor, hicieron los poetas el alimento de los dioses y seres de algún modo divinizados, como los caballos del Sol.

La bebida de Goibnio, dios de los irlandeses, producía la inmortalidad, era el Néctar o el Soma de los celtas. Goibnio, dice Macculloch, "era como el griego Hefesto, dios artífice, que escanciaba el néctar a los dioses en sus banquetes celestiales y como el védico Twastri que hizo la copa que servía a los dioses para beber". Goba, de donde se puede derivar el nombre del dios, significa herrero en irlandés. El divino licor, encontramos en la misma obra, "era sin duda alguna la forma superlativa de la *cuirm* o *braccat* irlandesa hecha de malta, de la cual tenían los galos una divinidad, Braciaca". (Celtic Mythology. ps. 31 y 120). El *braccat* divinizado en el dios, era entonces análogo u otra forma de Soma de los hindúes y Braciana, el dios galo correspondiente al Ometochtli mexicano. Con el néctar color de sangre, el Soma rojizo, sustituyeron en los pueblos más civilizados de la estirpe ariana la sangre de las víctimas humanas, que probablemente en los tiempos neolíticos fué entre ellos, como entre nuestros indios, el verdadero alimento de los dioses. Lo inducimos por el elixir de la sabiduría y la inspiración como en los últimos tiempos llamaban los germanos a la bebida de los dioses que las producía.

Los Vanir, tres dioses escandinavos, Njordhr, su hijo Frey y su hija Freya, llamados colectivamente con aquel nombre, tuvieron con los Asir, nombre germánico que llevaban los dioses escandinavos, la primera guerra que decían había tenido lugar en el mundo, ocasionada por Guillweig, diosa de la estirpe de los Vanir, diestra en brujerías y encantamientos. Hecha la paz entre los Vanir y los Asir, se ratificó escupiendo las dos partes en un mismo caldero. Ya hemos visto como en la mitología quiché, de la saliva arrojada en la mano de Xquic, la sangre, por la calavera de Hun-hun-aphú, nacieron los dioses gemelos Hun-aphú y Xbalenqué, y de la saliva de los Vanir y los Asir nació Kvaser o los Kvasir, los más discretos de los hombres. Con la sangre de Kvaser o los Kvasir, mezclada con miel por los enanos Fjalar y Galor en el calderón llamado Odhrerir u Odroerer y dos copas llamadas

Son y Bond, hicieron un licor mágico que comunicaba sabiduría, conocimiento de los runos, mágicos poderes y poética inspiración a los que lo bebían.

Odhin, el dios supremo de los escandinavos, conocedor de la potencia del licor, por haberlo probado cuando el calderón estuvo en poder de su tío el gigante Mimir, númen que estaba en conexión con las aguas, se resolvió a tomar todo para sí aquel elixir de inspiración y sabiduría. El calderón y las copas que lo contenían estaban ya en poder de otro gigante llamado Suttungr, cuya hija Gunnlodh tenía el encargo de custodiarlo. Odhin, que podía tomar la forma que le pareciera mejor, se volvió culebra y taladró un camino en la roca para llegar a la gruta donde Gunnlodh estaba sentada en su escabel de oro. Ella dió a beber el licor a Odhin, que, después de haberlo probado, se echó en los brazos de la hija del gigante, estando tres días bebiendo el elixir de la sabiduría hasta que vació el calderón. Cuando lo dejó seco tomó la forma de un águila y voló hasta llegar a Asgardh, la morada de los dioses, en donde arrojó en cuantos recipientes poseían los dioses, el precioso líquido que encerraba en su cuerpo. (Dic. of. non Clas. Myth. Bulfinch. Age of Fable 414).

Odhin, dios solar y dios del viento, como el Quetzalcóatl de nuestros indios, se apodera del licor fabricado por los enanos, simbólicos personajes que veremos relacionados en México con los Tzentzontotochtli, dioses del pulque, cuatro de los cuales tomaron parte en la confección de la bebida. El calderón que contenía el elixir escandinavo estuvo en poder de un gigante, espíritu de las aguas, y la mitología hindú nos dice que Soma fué llevado a Indra el dios del agua por medio de un águila. Odhin mismo tomando primero forma de una serpiente y después la de la reina de las aves, llevó el licor compuesto de sangre a su morada en el cielo para conservar con él la sabiduría. Los hermanos gemelos hijos de los dioses Un Ciervo de la mitología mixteca, identificados con Quetzalcóatl, solían tomar la figura del águila y la serpiente. El águila llevaba a Zeus el néctar, y cuatro hijos y una hija de Tezcatlipoca, dios solar, guardianes de los sostenedores del cielo, bajados de allá, "pusiéronse sobre unos árboles", símbolos de los puntos cardinales, "do les daban de comer las águilas". (Historia de los Mexicanos por sus Pint. p. 237) Estos animales llevaban

también para que comiera el Sol, la sangre y los corazones de las víctimas humanas sacrificadas. El dios del agua fertilizadora de la tierra, el dios del viento que lleva las nubes para que bañen la tierra, están en conexión con las bebidas inmortalizadoras y con la sangre de las víctimas en ambos hemisferios.

El mito escandinavo liga por una parte el elixir de la sabiduría con Soma y el Néctar inmortal por la otra, la sangre humana de que se componía el líquido contenido en el Odhrerir, lo liga con la sangre de las víctimas que recibía como alimento el sol entre los mexicanos. Este salvaje alimento, acá y allá, encontramos convertido en un licor embriagante, dejando trazas entre los escandinavos de su neolítico origen, y el más vivo recuerdo en los sacrificios y creencias de los indios de México, quizá porque ni aquéllos ni éstos tuvieron como los griegos y los hindúes, un líquido fermentado rojizo, que conservando el color, hiciera perder la memoria de la sangre humana vertida en México y los países germanos hasta que en ambos territorios se introdujo la religión cristiana.

El recuerdo estaba perceptible en los documentos de la India. La Kalika Purana nos dice: "Por un sacrificio humano los dioses quedan satisfechos por centenares de años y por el sacrificio de tres hombres por centenares de miles. Por la carne humana el dios Bhairava, el consorte de la diosa Kamakhyá, queda complacido por tres mil años". "La sangre consagrada, inmediatamente se vuelve ambrosía y una vez que la cabeza y la carne complacen a los dioses, conviene ofrecer la cabeza y la carne en el culto de esta divinidad". (Ap. R. Mitra. Ind. Iran. II. p. 106). Es por esto quizá por lo que se dice de Soma que es un dios exprimido para los dioses, un dios que sirve de alimento a los dioses. (Keith. o. c. p. 47).

Un dios alimento de los dioses existía en Egipto también, era Hu, del cual se dice en el libro de los Muertos que de las gotas de la sangre derramada por Ra cuando se mutiló "tuvieron el ser Hu y Sa que iban en la comitiva de Ra y que acompañaban a Tem diariamente todo el día". (Cap. XVII, vol. II. p. 98). Era Tem el sol poniente, el dios del aire a la vez, y estaba ligado con Hu el alimento de los dioses. Así lo estaba con el pulque divinizado Quetzalcóatl, sol poniente y dios del aire. Varios testimonios nos

demuestran que el dios Hu era el alimento de los dioses. En la inscripción de Pepi se dice a Osiris, que hace viajar con él el alma del Faraón en el Campo Espacioso sometido a su autoridad por los dioses, que "es de donde tú, Osiris, te alimentas del anochecer al amanecer, estando en presencia del dios Hu". Pepi estaba convertido en un dios y se dice de él: "El dios Hu es alimento y bebida de Pepi a medio día". (Budge. Osiris. v. I. p. 355) Hu y Tehefau eran los celestiales alimentos. Ra, el dios Sol, se alimentaba con ellos, así se le dice en su Himno. "Tú eres glorioso por tu esplendor y fortaleces tu *ka*, o sea tu doble, con los alimentos Hu y Tehefau". En el Libro de los Muertos se dice del alma del difunto: "El dios Hu está en tu boca: tus pies no se volverán para atrás y tus miembros tienen vida". (Book of Dead III. p. 576). Hu era entonces el alimento que fortalecía al Sol y comunicaba vida al alma de los muertos. Nótese que Hu tuvo origen de la sangre del mismo Ra, dios Sol, para confirmar lo que antes dijimos y que en los primitivos tiempos los cautivos sacrificados representaban la personalidad de los dioses.

Los emblemas con que se rodea la diosa del pulque, Mayauel, a saber: los cuatrocientos o innumerables pechos que le suponían según Ríos; la serpiente que yace debajo de sus imágenes; el maguey que sale de su cuerpo o sirve de fondo a la figura y la tortuga que tiene a sus pies, son emblemas tan interesantes para un estudio comparativo que nos dé a conocer el verdadero carácter de la divinidad con relación al dios ulmeca Quetzalcóatl, que no debo prescindir de tratar de ellos con cierta relativa amplitud dando ahora a conocer aquéllos de que no se me presentará la ocasión de tratar en otro lugar. La imagen de Artemis Efesina, como la llamaban los griegos o Diana de Efeso como le decían los romanos, estaba tan bien caracterizada por las muchas mamilias que por todas partes le cubrían enteramente el pecho, que, con mucha razón, el intérprete del códice Telleriano compara a ella la diosa naua de los cuatrocientos pechos.

De esa estatua tan venerada, que sabemos por las Actas de los Apóstoles, recibía adoración no sólo en Efeso sino en toda Asia y el mundo, (Cap. XIX. v. 27) nos dice Calímaco en su Himno a Artemis: "Debajo de una haya levantó una estatua la raza batalladora de las Amazones, a Ti, en donde Efeso orgullosa

se levanta, desde la altura dominando el mar". Ya veremos como las amazonas no son sino una evolución de las mujeres occidentales, representadas en México por las Tzizimime que devoraron el cuerpo de Mayauel. Pausanias nos habla de la remotísima antigüedad de la estatua efesina; otros nos hacen saber que era de ébano, hecha por un humano escultor; otros dicen que cayó del cielo y al principio la colocaron en una oquedad natural del árbol en forma de nicho, o en una rama de la haya o del olmo como prefiere Dionisio Periergetes, más o menos como en algunos códices nauas se ve pintada Mayauel en un maguey. La extraña forma de la escultura con los muchos emblemas que la adornan cubriéndola de la cabeza a los pies y la vuelven una escultura antiestética indigna del refinado gusto de los griegos, hace pensar a muchos modernos en un origen oriental, ya comparándola con la Ishtar Babilónica, ya con la Bhavani hindú.

Entre los antiguos, los que no creen que cayó del cielo, algunos la juzgaban una reproducción de la Artemis Taurica, la Virgen del Querssoneso, que los griegos decían haber llevado Oreates o su hermana Ifigenia a Esparta, Atenas u otras ciudades de Grecia y Asia Menor, y los latinos a Italia. Hay que tener presente que los antiguos no admitían mejoras en sus primitivas estatuas de los dioses, ni toleraban intentos de reproducir más fielmente las formas de la naturaleza en los dibujos y el colorido que debía ajustarse a las formas rituales. Las concepciones primeras con el colorido simbólico, fueran o no conformes a la naturaleza, se habían de respetar: esto en sustancia dice Wilkinson de los egipcios en su Egipto antiguo y Tennet de los hindúes en su Ceilon, y lo mismo debe haber acontecido con las tribus helénicas antes que el medio fabuloso Dédalo, rompiendo con el convencionalismo simbólico ritual, *hiciera andar* a sus estatuas, es decir, les separara los rígidos miembros y diera movimiento a sus pies y manos con cierta expresión a la faz. No alcanzo a percibir la razón porque las tribus arianas que ocuparon el Asia Menor, no pudieran haber esculpido la imagen de Artemis Efesina.

Los mismos griegos, cuando el arte florecía en Helas, conservaban imágenes arcaicas en sus templos. Pausanias nos habla de una de bronce que a no ser por la cabeza, los brazos y los pies, se habría creído un tronco hecho de metal. De otra de

piedra escribe que era arcaica "porque los pies no están separados y los brazos cuelgan de la parte de las caderas". (VIII. XL 1). Herodoto nos dice que Isis "tenía la forma de una mujer con cuernos de vaca, como los helenos pintan a Io hasta el presente". (II. 42). Por la rigidez de los miembros, Pausanias llama estatuas egipcias a las de los dioses griegos que tenían juntas las piernas y se mostraban sin expresión ni movimiento. También una u otra estatua se conservaba con emblemas antiartísticos, como la de Zeus en un templo de Athene, en Larissa, que tenía tres ojos en la cara, de la cual decían haber sido llevada de Troya por Esteneleo a quien le tocó en el reparto que se hizo del botín tomado en la ciudad. La razón de los tres ojos, decía Pausanias, haber sido porque Zeus reinaba en el cielo, en la tierra, según un verso de Homero, y en el mar donde habitaba conforme con lo que dice Esquilo. "Así el artista, quienquiera que haya sido, representó a Zeus que reina en los tres reinos de la naturaleza como les llaman". Era una estatua simbólica como otra de Artenis Eurinome cerca de Figalia, hecha de madera que "representaba una mujer hasta las caderas, pero la parte inferior era de un pez". (Paus. II. XXIV. 3: VIII. XLI. 6).

Los monumentos esculturales que nos quedan en Fenicia, Siria y Capadocia, no muestran nada semejante a la Diana de Efeso. No tenemos para que discutir el origen probable de la famosa estatua que hizo del templo de Efeso una de las maravillas del mundo antiguo. Para nuestro propósito lo mismo da que sea ariano o semita; nos basta saber que con sus innumerables pechos indicaba las fuerzas productivas que se adscribían a la naturaleza, personificadas en la diosa, a quien se llamaba Artemis, que se asimilaba a la que llama Herodoto Partenos y tuvo un santuario en el Querssoneso. Ixpochtli, virgen, llamaban también a Mayauel, sin que las muestras de una extraordinaria fecundidad fuera un inconveniente, según las ideas neolíticas, para dar el dictado de vírgenes a las diosas que, como Artemis y Mayauel, tenían a su cuidado la fecundidad.

En una lámina publicada por Guigniaut, encontramos una pintura de Maya, la diosa hindú, que comparamos con Mayauel, con los mismos símbolos de la Artemis Efesina, pero más artística y elegante en el dibujo aunque, a decir verdad, no goza, ni mucho menos, la antigüedad atribuida al simulacro de que habla-

mos: y en él se nota muy perceptible una marcada influencia extranjera. De las mamilas normales de Maya se forma un mar de leche sobre el cual flota la diosa que, unida al sol, le sirven sus rayos de nimbo a su cabeza formando con ellos en modo artístico la clásica cruz de los cuatro movimientos, o *naui ollin* de los indios de México, la unión del sol con los cuatro elementos. Sol y elementos que, aunque en forma muy distinta, no faltan en la cabeza a la diosa efesina como nimbo.

El corto delantal de Maya, que apenas baja de la cintura, tiene, en forma de eliotrohpo, la imagen del sol en el centro y, a uno y otro lado, un glifo igual al que simbolizaba el oro en México, a saber: los cuatro soles en forma de puntos entre las aspas de la cruz de los cuatro movimientos. Debajo, en el regazo, tiene un lienzo que afecta la forma de la luna, atado en la cúspide de un gorro cónico que lleva en la cabeza a manera del que se pintaba a Quetzalcóatl en México. Dentro de los pliegues del lienzo que caen en el regazo, se ven cuadrúpedos de diversas especies, como en la ajustada y estrecha vestidura de Artemis. De acuerdo con los descritos, lleva otros emblemas en el pecho, en ambos hombros y a uno y otro lado de la cabeza. Es la imagen más perfecta y simbólica de la fecundidad y la abundancia que producen la unión del Sol y de la Tierra. (Religions de l'Antiquité. Atlas. lám. 18. n. 103).

Los indios pintaban a Mayauel dentro de un maguey y ya hemos visto que, al nacer el Sol, los sacerdotes lo llamaban *tonámetl,* maguey resplandeciente. De la primitiva Artemis Efesina, Pausanias nos dice que estaba cerca de Orcómenos "una imagen de Artemis hecha de madera, puesta en un gran cedro y de allí toma el nombre de la diosa del Cedro", (Paus. VIII. XIV. 2.) como Mayauel en el maguey. No está fuera de lugar el comparar a Mayauel con Artemis en cuanto que a esta diosa estaba encomendado el cuidado de la salvaje vegetación y los árboles de los bosques. "Ipse in aethere sit Júpiter ipse in aere Juno, ipse in mare Neptunus", dice San Agustín, añadiendo después: "Liber in vineis, Ceres in frumentis, *Diana in silvis*". (De Civitate Dei. IV. III.) En las atribuciones de los dioses paganos, las selvas, estaban al cuidado de Diana o Artemis, según el Santo Doctor. Soma que, como Artemis, estaba en conexión con la Luna y tenía admirables cualidades medicinales, era en la India la Señora

de las plantas. (Keith. o. c. p. 46). Haoma, a quien las mujeres persas invocaban como a Diana para obtener hijos y maridos, estaba identificada con el árbol mitológico Gaokerana, llamado Blanco Haoma, creado para comunicar la inmortalidad. Para perjudicarlo mandó el mal espíritu una lagartija, pero Ahura Mazda creó diez peces *kar*, que, como el árbol estaba en medio del Océano, lo cuidaran de la lagartija teniendo que estar siempre uno de ellos con la cabeza fuera de las aguas y los ojos puestos en el animal. Este árbol era el Señor de todos los vegetales. (Carnoy. o. c. p. 281). Soma y Haoma pueden entonces compararse muy bien con Artemis la diosa del Pino, y la cola de pez que tenía Artemis Eurinome no es difícil que haya correspondido a un mito análogo al de los peces defensores del Haoma Blanco, color del licor producido por Mayauel, que se volvió maguey, asemejada en las cuatrocientas mamilas a Artemis Efesina.

Era el maguey entre los mexicanos la Señora de las plantas y bien merecía un tal dominio, además de ser el productor de la sagrada bebida y de curar muchas enfermedades, por lo que dicen de él el P. Román, tomándolo de cronistas anteriores, con quienes está de acuerdo Hernández, y todos los antiguos escritores que hablan de esta planta. Es el maguey, cuyo nombre mexicano es *metl*, escribe Román, "a la manera de la zábila de donde se hace el acíbar, que en griego se dice aloes". Notemos de paso aquí, que Aloes fué una de las hijas de Cadmo, personaje mitológico, representante del sol. Continúa Román: "sólo se diferencia en la altura, porque la zábila no es más de dos o tres palmos de alto y el maguey es de dos estados de hombres. Las utilidades y grandes provechos que este árbol trae no se escriben cierto, porque si miramos de ellos todo lo que la naturaleza pudo dar para vivir todos los hombres, lo puso en este árbol, así para vestir como para calzar, y también para comer, para la salud y para lo demás que quisiéredes saber. De él sacan primeramente pan, vino, vinagre, miel, arrope, azúcar, conservas, papel, lienzo; sacan cáñamo, lana para mantas, calzado; sacan esteras, labran cabestros, xáquimas y cinchas e hilo para coser; agujas, clavos, leña para quemar, ceniza muy fuerte para hacer legía; sacan madera para edificios y coberturas y tablamientos que son las hojas que son fuertísimas. De este árbol sacan zumo con que sanan las llagas; sa-

can la triaca para las mordeduras de los animales ponzoñosos". (Rep. Gent. II. p. 84).

Tantas cualidades bien pueden nobilizar una planta hasta el grado de hacerla representar el espíritu de la fecundidad y la vegetación. Entre las plantas útiles conocidas en el antiguo hemisferio, el maguey puede solamente ponerse en parangón con la palma de los hindúes y el papiro, planta sagrada de los egipcios. Dejando de hablar, para no alargarme de los usos que hacen en la India de la palma, árbol tanto allí como en México y en la antigua Grecia dedicado al Sol, sólo diré cómo utilizaban el papiro los egipcios. Las voces *papiros* y *byblos,* que usaban los griegos para designar esa planta, son de origen egipcio según dicen. Con el nombre de byblos encontramos la mención más antigua de este vegetal que hubieran hecho los griegos. Dice Homero que las puertas del patio del palacio de Ulises, cuando este héroe mató a los pretendientes de Penélope, estaban sujetas con sogas hechas de papiro, ὅπλον βύβλινον (Odis. XXI. 390).

Otros usos encontramos señalados en Theofrasto. De la cabeza o sea de la flor, se hacían guirnaldas y adornos rituales, de las raíces se fabricaban varios utensilios y servían de combustible. Con los troncos construían pequeñas y ligeras embarcaciones, velas de navío, esteras, cuerdas y sobre todo material para escribir. El meollo era un alimento que lo tomaban crudo o cocido. (Hist. Planct. IV. p. 10). Otros escritores griegos nos hablan de diversos usos domésticos y religiosos, entre los cuales de un licor fermentado, hecho con el zumo exprimido de la planta; y Herodoto recuerda que del papiro hacían sus sandalias los sacerdotes, mas no podemos encontrar ninguna referencia que nos haga sospechar que el papiro tuviera alguna representación análoga a la de la Soma mitológica, la palma y el maguey.

Consideremos ahora la tortuga que a veces se pone en los códices a los pies de Mayauel.

La tortuga en maya se llama *coc.* La de mar tenía entre los nauas el nombre de *chimalmichi,* "que quiere decir rodela pez, o pez abroquelado, porque tiene redonda la concha como la rodela, y dícese pez porque tiene adentro pescado". Hay que advertir desde ahora, comprometiéndonos a demostrarlo después, que los pescados simbolizaban la lujuria y deshonestidad. Tan apropiado me parece el nombre de pez con rodela dado en náuatl a la tortuga

marina, que el carapacho de ese anfibio servía en realidad de escudo a los aualulcas habitantes de un pueblo de estirpe naua a las orillas del Golfo de México, al sur del Papaloapan. A las tortugas de tierra o galápagos les decían *áyotl* y con la misma palabran llamaban a las calabazas. (Sahagún. III. pgs. 199, 200).

Ayotl, en el sentido de tortuga, decían al décimo noveno signo de los días los pipiles, tribu de Centroamérica de origen naua, y a ese mismo signo los nauas de México llamaban *quiáuitl*, que significa lluvia. Los mayas de Yucatán le decían *cáuac*, los tzendales de Chiapas, *caogh*, y los quichés de Guatemala, *caok*, palabras derivadas de una misma radical que envuelve la idea de una lluvia tempestuosa. Esto hace pensar a Scellhas, que la tortuga fuese entre los mayas el símbolo de un dios de las tempestades. (Zeitschrift für Ethnologie. 1892. p. 120). Hay que advertir que los dioses de las tempestades, pintados con el rayo en las manos, Chac en Yucatán y Tláloc en México, se consideraban también como los dioses de las lluvias benéficas y fecundantes de la tierra. En la página 17. a. del Códice Cortesiano está pintada la figura de una tortuga que vuela y el Doctor Seler, con razones no despreciables, la interpreta un símbolo de las nubes cargadas de agua. En otros lugares de éste y otros códices se ven tortugas pintadas en corrientes de agua, o con una rana, o que bajan de arriba o que con las fauces abiertas cuelgan de la bóveda celestial. (Seler. Mexican Chronology. p. 53). Los documentos mayas nos hacen ver a veces pintado un cuerpo humano con cabeza de tortuga. Parece, pues, que con la tortuga se quiso simbolizar la virtud o la fuerza de las nubes cargadas de agua, que, mandando las lluvias necesarias a la fertilidad, tenían en su poder las tempestades y el granizo que podían detener para el bien de los sembrados. En un aspecto tal considerada, podía muy bien estar la tortuga a los pies de una diosa de la fecundidad, como hemos ya demostrado que era Mayauel. En la India, la tortuga era la Señora de las aguas. (Keith. o. c. p. 137). En Egipto la tortuga estaba ligada con las inundaciones del Nilo, como en otro lugar lo vimos ya, hablando del significado astronómico del quelonio.

Cerca del mercado de Elis, dice Pausanias, había un templo dedicado a Afrodita. La estatua de la diosa que se veneraba en él, estaba de pie, teniendo una tortuga a una de sus plantas. El

citado escritor, deja al curioso el trabajo de pensar cuál era el significado de la tortuga. La estatua de Elis no es el solo monumento que conocemos en que el pie de Afrodita descanse en un galápago. Además de este modo de representar a la diosa del amor con la tortuga, en un relieve de plata que se guarda en el Museo Británico, se encuentran representadas la diosa y la tortuga, pero esta sirviendo de apoyo a la mano izquierda de Afrodite. De los grupos citados y de lo que dice Pausanias, fácilmente se deduce que la tortuga, con la imagen de la diosa, no era un mero adorno vacío de significación alegórica. Procuraremos encontrarla.

Los de Lamsaco decían que Pan, el dios de la fecundidad, era hijo de Dioniso y Afrodite. En otro lugar del autor acabado de citar, encontramos que en el monte Partenio había tortugas muy a propósito para hacer liras, "pero los montañeses temen cogerlas y no permiten a los extranjeros que lo hagan porque piensan que los galápagos están consagrados a Pan". (VIII. LIV. 7.) La consagración de las tortugas al dios de la fecundidad creo que explica suficientemente el significado alegórico del animal y nos da a comprender el motivo por que acompañaba a la diosa del amor, madre según los de Lamsaco del dios encargado especialmente del aumento de los ganados, a quien singularmente veneraban en esa parte del Asia Menor. Plutarco da una explicación muy distinta a la tortuga de Afrodite diciendo significar, "que las mujeres deben encerrarse en casa y guardar silencio", (Conjug. Praecep. p. 32.) y la misma interpretación encontramos en escritores hindúes que nos dicen ser la tortuga un emblema de la mujer que debe estar encerrada en el hogar. Si un tal símbolo convenía a Hestia con la indicada significación, no de seguro a Afrodite, a la cual no conviene otro mejor que la tortuga de Pan.

No es raro el uso de la tortuga como vasos para contener líquidos o amuletos en pequeños dijes de piedra o de metal, como remates de gargantillas o para colgarse al cuello. En México los he visto de jade y otras piedras lustrosas y conservaba algunas encontradas en Oaxaca y en Guerrero. En Michoacán eran comunes las de cobre, fundidas, al parecer, conforme al sistema que llaman de la cera perdida, o hecha de alambre delgado y soldado en forma espiral con una forma exterior de la manufactura muy parecida a ciertos adornos de metal encontrados en los sepulcros

de Mesenas: llevan dentro una piedrezuela y las tortugas michoacanas suenan como un cascabel. Los cascabeles eran signos sivaíticos, que vemos en los adornos de los dioses hindúes relacionados con la fecundidad, y en el nombre de Coyol-xauqui, diosa que la representaba. Tal emblema debe haber sido el representado por la tortuga, de acuerdo con lo que simbolizaba, según Ríos, el caracol. He tenido y he visto otras tortugas más grandes, de barro, en forma de vasos para contener líquido, y mayores aún encontradas, como las anteriores, en los Estados de Puebla, México y Tlaxcala y en el Distrito Federal.

Una gran tortuga de piedra había en México pegada a la casa de Axayácatl, en donde estuvieron acuartelados los soldados españoles cuando entraron por primera vez a la ciudad. Antes de abandonarla, acosados por los aztecas, allí, sobre esa piedra con la imagen de la tortuga, arrojaron los cuerpos de los desdichados tlatoanis que, según la relación de los indios, habían asesinado los castellanos. Los mexicanos, dice Sahagún, hallaron muertos, "a Mocthecuzoma y al gobernador de Tlaltilulco, echados fuera de las casas reales, cerca del muro donde estaba una piedra labrada como galápago que llamaban Teoaioc". En otra relación, que trata del mismo hecho, dice el autor que el lugar donde encontraron los cadáveres "se llamaba Tortuga de piedra, porque allí estaba una piedra labrada a manera de tortuga". (vol. III. lib. XII. p. 31.) Esa piedra labrada debía haber sido el simulacro de algún emblema divino.

Los cadáveres de los tlatoanis de México sobre la tortuga de piedra me llaman a la memoria un hecho que pudiera relacionarse con los quelonios, considerándolos como animales sagrados de los griegos. Sciro es una isla del mar Egeo; según dicen, tomó ese nombre, no por la escabrosidad de su suelo, sino por un asesino famoso, que alimentaba con cuerpos humanos una tortuga que tenía su habitación en el mar, debajo de un escollo, hasta que allí llegó Teseo y arrojó a Sciro al mar haciéndolo pasto de la misma tortuga. (Paus. I. 44. 8). Hecho mitológico en que se puede encontrar una reminicencia de los sacrificios humanos practicados para alcanzar las lluvias benéficas y alejar el granizo y las tempestades, solicitándolo de un sér sobrenatural, quizá simbolizado en la tortuga que, bajo este aspecto, sería como se le consideraba un emblema de la fertilidad y fecundidad. Un hecho

creído histórico, sugiere la misma idea. Lais, célebre *hétera* siciliana llevada a Tesalia por Hopostrato, de tal suerte excitó los celos de las mujeres de la ciudad con su singular hermosura, que fué lapidada por ellas en el templo de Afrodite y se dice que los proyectiles usados fueron tortugas hechas expresamente de madera. Otra razón no se me ocurre por la cual hubieran escogido las mujeres de Tesalia la imagen de la tortuga y el templo de Afrodite para lapidar a la *hétera* desdichada, sino porque fuera este animal el emblema ya indicado y quisieran, con él, privar de la vida a quien, con la licencia de sus costumbres, indirectamente estorbara que los hombres cumplieran con sus deberes de familia. Del significado y virtudes que se atribuían a la tortuga en la India, cuenta Gen. Forlong, que un amigo suyo, a más no poder, fué obligado a ceder a las mujeres hindúes de las orillas del río sagrado Sarju, una tortuga capturada por él para que con algunas de sus partes, asadas y molidas, hicieran polvos afrodisíacos muy provechosos para otras necesidades mujeriles. (Riv. of Li c. I. p. 52).

El nombre griego de la tortuga es χελυς y χελάνη y se aplica a veces al solo carapacho. Hesiqio da el mismo nombre a una moneda, refiriéndose a las de Egina que tenían una tortuga en el anverso. Es sabido que los antiguos griegos solían poner en sus monedas, la figura o la cabeza de algún dios especialmente venerado en el lugar de donde era la moneda; o las de un héroe en cuyos mitos se distinguiera la ciudad, o algún monumento notable, alguna peculiaridad natural del país, algún emblema convencional o algún glifo que denotara el nombre de la región. La isla de Rodas, v. gr. trae su nombre de *rodon,* la rosa, y sus monedas tenían en el anverso la cara de frente del dios Sol y en el reverso una rosa; por ser el dios Sol el numen protector de la isla, y la rosa porque indicaba su nombre.

La tortuga de Egina puede entonces significar o una antigua divinidad adorada en tiempos primitivos bajo el emblema de la tortuga, como suponemos pudo haber acontecido en Sciro, o porque la imagen de la tortuga estuviera relacionada con el nombre de la isla, como la rosa lo estaba con Rodas. Αἰγίνα, es el nombre griego de Egina y αἰγίς, palabra de donde pudiera derivarse el nombre de la isla, era el escudo de Zeus en cuyas manos, más bien que una defensa, era una arma ofensiva que despedía de sí

relámpagos que pasmaban y causaban terror. (Homero. Ili. V. p. 738). Esquilo da el nombre de *egis* a una violenta tempestad, a un huracán; (Choephoroe. p. 592) el mismo poeta, en un fragmento, usa el verbo αἰγίξα, en el concepto de hacer pedazos y Homero usa el compuesto επαιγίξα dos veces, aplicando el verbo a un viento huracanado en el sentido que se echa encima. (Ili. II. p. 148. Odis. XV. p. 493). Ahora bien, tanto el verbo *aigizo,* como su compuesto *epaigizo* se derivan de *aigis* nombre que dan al arma defensiva que las obras de arte ponen como escudo a Zeus, y a la diosa Athene como peto.

En vista del concepto que Homero y Esquiles nos manifiestan de *egida,* comparado con lo que pensaban de la tortuga los mayas, podemos suponer, considerando la moneda de Egina, que el famoso escudo de Zeus y el peto de Atene, en su origen, pudieron haber sido muy bien una tortuga marina y un galápago; las primeras armas defensivas de los salvajes, que en poder de los dioses se volvían ofensivas. Cuando se volvieron menos salvajes los pueblos, la tortuga marina del dios de las lluvias y las tempestades, se volvió un escudo redondo, hecho de madera, y el galápago de la batalladora diosa tierra se convirtió en una defensa hecha de una piel de cabra, porque a αἰγί la derivaron de ἀίξ, en lo que no están de acuerdo los helenistas que creen probable venga de ἀίσσω, mover con violencia. De la egida de Atene nos ocuparemos después; ahora sólo tenemos que tomar en cuenta el escudo de Zeus, concedido al dios como Sol y como el númen de las tempestades y las lluvias. Mas antes de proceder, recordaremos, como una prueba de lo dicho, que entre los celtas de Irlanda el escudo era uno de los emblemas del dios del agua, y, como vimos, la tortuga simbolizaba este elemento.

Dando por hecho que los carapachos de las tortugas hubieran servido de armas defensivas a los pueblos arianos en la época del salvajismo, como servían a los aualulcas cuando llegaron los españoles a México, fácil es encontrar la transición del escudo de tortuga al carapacho sonoro, como los que dicen los cronistas servían de intrumentos musicales a nuestros indios. Los argonautas habían determinado hacer un sacrificio solemne a Cibeles sobre el monte Dindimo, que le estaba consagrado, para conseguir que cesara el mal tiempo y las tempestades. Orfeo mandó que los más jóvenes de los expedicionarios, armados de punto en blanco, eje-

cutaran una danza guerrera, pero acompasada, durante el sacrificio: y en ella "chocaran los escudos con sus espadas". Desde entonces, continúa Apolonio, "los frigios hacían propicia a Rhea ῥόμβα και τυπάνω " (Argon. I. 1136 y sig.) con el rombo y el *tupano,* que otros transcriben *tympano.*

Era el primero un tamboril pequeño y cóncavo cuya oquedad se cubría con un parche sonoro de piel restirada (Eupolis. Βάπται 15.) o, según Eurípides, una especie de sonaja o instrumento al cual se imprimía un movimiento rotatorio y se hacía vibrar; en los misterios y ritos Dionisianos se hacía uso de él, como en las fiestas de Cibeles. (Helena. 1360). El segundo era un atabal, instrumento igual, cóncavo y dotado de un parche sonoro, pero de dimensiones mucho más grandes que el anterior, lo mismo que nuestros timbales, tímpanos y atabales, voces castellanas que derivan de la misma radical griega τύπτω, herir, golpear, percutir y que indican un instrumento de la misma forma cóncava y con el parche sonoro, al cual Hermes añadió dos cuernos y cierto número de cuerdas para formar la lira.

Interesantes son para nuestro propósito las otras acepciones que dan los escritores griegos a la palabra ῥομβος En Teócrito se da a conocer a la manera de una rueda mágica, usada por las brujas y los hechiceros como auxiliar en sus encantamientos. (Ili. II. 30). A este instrumento de los hechiceros Propercio le llama *rhombi rota* y, en cierto modo, puede compararse a las sonajas que usaban los indios como instrumentos para deshacer las nubes tempestuosas de granizo, convirtiéndolas en benéficos aguaceros. Recordemos los cuatro rayos y el torcecuello atado en ellos, de la rueda de Afrodite. Píndaro usa la palabra no como el nombre de un instrumento material, sino del movimiento giratorio impreso a un proyectil, (Olim. XIII. 132-134) el movimiento orígen de la fertilidad. ¿Qué relación pueden tener todas estas cosas, qué asociación de ideas con lo que nosotros, tomándolo del griego, llamamos ordinariamente un *rombo?* La única que puede encontrar entre ellas es ésta: la figura cuadrangular, bien conocida, que Euclides con otros matemáticos griegos llamó *rombo* y nosotros llamamos además *losange*, es, considerando que el pequeño atabal primitivo, el instrumento que daba vueltas como trompo, usado en los ritos de Dionisio, que bien pudo haber sido una especie de sonaja parecida a la que usaban las brujas y hechiceros,—fué el carapacho de

un galápago formado de escamas con figuras más o menos poligonales, lo que hizo que los naturalistas dieran a una especie de quelonios el nombre de tetudo geométrico. Algunos autores explican el romo y el cuadrilátero que se encuentran en los monumentos hindúes y aún dibujados en la mano de Siva, como un emblema sivaítico derivado de las placas corneas de los carapachos de las tortugas.

Plinio nos hace saber que la carne de la tortuga era eficacísima contra las hechicerías, y sabemos que los antiguos tenían el principio homeopático de *similia similibus curantur,* por lo que los modernos mitólogos y etnólogos llaman *magia homeopática* a ciertas ceremonias supersticiosos con que se procura imitar los fenómenos que deseaban reproducir o querían evitar. Por consiguiente siendo la tortuga un remedio contrario a las hechicerías, éstas se deben producir por medio de la tortuga, o con algo que se relacionara con ella en la forma, en las costumbres, en el color o cualidades imaginadas en el animal; y esto trae a suponer que el *rhombo,* instrumento musical, se hubiera inicialmente formado con el carapacho de un galápago, y el tímpano o timbal, con la concha de una tortuga de mar y por esto los usaron los argonautas como medio para que cesara la tempestad, estando, como vimos ya, ligadas las tortugas con las tempestades. Los instrumentos de percusión así formados, fueron probablemente los precursores de la lira griega y no directamente los carapachos de tortuga.

Cuando Tezcatlipoca mandó un mensajero a casa del Sol para que trajera instrumentos y cantores que celebraran las fiestas de los dioses, dice Mendieta que trajeron el *tlapanhuehuetl* y el *teponaxtli,* atambor y atamboril, como los llama Sahagún, instrumentos de percusión considerados como dioses, del mismo modo que los hindúes concedían honores divinos al tambor. Una de las palabras de orden, o santo y seña de los iniciados en los misterios griegos, era, según Clemente Alejandrino, "yo comí tomando el alimento del timbal". Expresión que deja traslucir no sólo que un tal instrumento se consideraba consagrado, sino en relación con el sustento del hombre que se tomaba del atabal. Era una fórmula ligada al simbolismo de la fecundidad de la tierra, expresada por el timbal y de aquí podemos deducir porqué razón

nuestros indios trajeron el teponaxtli y tlapanhuehuetl de la casa del Sol.

De los instrumentos mexicanos traídos del cielo el *tlapanhuehuetl* era un trozo de árbol hueco, de forma cilíndrica; tenía un parche de piel de venado en la parte superior, tres patas o soportes en la inferior; lo colocaban en sentido vertical y lo tocaban con las manos. El *teponaxtli* en vez, hecho igualmente de un tronco hueco, era colocado horizontalmente sobre un soporte; no tenía parche sino una o dos lengüetas cortadas en el centro del tronco hueco y se tocaba con dos bolillos de madera en cuyas puntas ponían una bola de goma elástica. Los tarascos le llamaban quiringua y los mayas, tunkul. Unos y otros tenían igualmente el *tlapanhuehuetl* y ambos instrumentos eran usados por todas las tribus cultas de México y la América Central. La forma de los instrumentos, la piel de venado, las manos y los bolillos con bolas de hule, eran todos emblemas sivaíticos relacionados con la fecundidad.

El uso del carapacho de tortuga y de galápago como instrumento musical, era común también. De los mayas dice Landa que tenían "otro instrumento de toda la tortuga entera, con sus conchas y sacada la carne; tañendo con la palma de la mano y es su sonido lúgubre y triste". (Historia. p. 125). Inmediatamente después de haber hablado Sahagún del *teponaxtli* y *tlapanhuehuetl,* sigue diciendo que los indios "usaban también unas sonajas de oro y las mismas ahora de palo, y así mismo de unas conchas de tortuga hechas de oro con que iban tañendo, y ahora las usan naturales de la misma tortuga". (II. p. 290.) Siendo de oro tenían que ser pequeñas las tortugas y hablando de ellas después de las sonajas, debían haber sido galápagos usados también como sonajas. No se dice que las tortugas hubieran sido traídas del cielo como instrumentos; pero sí se dice que cuando fueron por cantores a la casa del Sol, las tortugas sirvieron de puentes, y que los míticos nonoalcas, cuando vinieron del oriente, usaron carapachos de tortugas como embarcaciones, o vinieron caballeros sobre los anfibios.

Los cielos rasos de Muklesvara en la India "tienen diversas representaciones de conciertos musicales, en algunas de las cuales la figura central se representa cantando con el acompañamiento de una *dholaka* y címbalos". Entre los instrumentos de

percusión "la dholaka que se toca en una o ambas extremidades, es el instrumento al cual daban diversas formas y donde quiera se ve. Algunas eran de gran tamaño y reducidas extremidades, abultadas en el centro, en forma parecida a la de dos conos truncados unidos por las bases. Otras, menos protuberantes en el centro y con anchas extremidades, y otras de reducidas dimensiones. Los instrumentos de *concusión,* que llama címbalos el autor que citamos, cuando eran grandes se llamaban *karatala,* cuando pequeños *mandira* "son comunes en todas partes y tienen la forma de los usados hoy día". (Rajendralala Mitra. Indo Arians. I. 285 a 289). En Sanchi se ven dibujados los músicos que tocan instrumentos de percusión muy parecidos al teponaxtli y tlapanhuehuetl de los nauas, aunque más pequeños.

Clemente de Alejandría dice que los egipcios marchaban al combate al sonido del tambor, (Paedag. II. IV. 54) aserción plenamente confirmada por los monumentos. No es necesario detenerse en probarlo: el Doctor Burney observa justamente que, en la infancia de la música, no se conocieron otros instrumentos sino los de percusión y éstos fueron "muy poco más que rítmicos". En un monumento de Tebas se ve un instrumento de percusión como los que vemos en los monumentos hindúes y afines a los de nuestros indios. El único tambor representado en las esculturas de Egipto "es uno alargado muy semejante a uno de los *tomtomes* de la India. Tenía de dos a dos pies y medio de largo y se tocaba con la mano, como el tímpano de los romanos. La caja era de madera o de cobre, cubierta en ambas extremidades con parches de piel, sujetos con cuerdas diagonales en el exterior del cilindro, difiriendo en tal concepto de los tambores modernos". (An. Eg. I. 458.) ¿Se usaron estos tambores en las ceremonias religiosas de los egipcios? No lo he podido averiguar con entera certidumbre, mas parece que sí, porque dice Apuleyo que (Aegyptia numina ferme plangoribus, Graeca plerumque choreis gaudent". A los dioses egipcios agrada el ruido, a los griegos las danzas. Los mexicanos se deleitaban en ambas cosas, el ruido del tlapanhuehuetl y el teponaxtli y los bailes a que eran tan aficionados. Como los címbalos egipcios participaban de la forma de los griegos y la tortuga tuvo entre ellos la misma significación simbólica, podemos creer que inicialmente los instrumentos de percusión que

usaron, tuvieron el mismo origen no obstante encontrarlo en Egipto más borrado que en otras partes.

"Un signo de buen agüero" hace decir a Hermes muy poco después de haber nacido, el autor del himno a él consagrado, cuando el neonato dios encontró un galápago. "Yo no lo desprecié. ¡Salve partícipe de las fiestas, gracioso en el aspecto, que acompañas en las danzas: te encuentro con placer! ¿dónde te hallaste esta rica chuchería que te cubre con una concha movediza y tornasol? ¡Un galápago que vive en las montañas! Hermes al dirigirse a la tortuga la llama *partícipe de las fiestas* y le dice que *acompaña las danzas;* ¿se refiere el poeta al animal cuyo carapacho, antes que cayera en manos de Hermes para convertirse en lira, era una simple sonaja, un ruidoso y lúgubre atabal? El dios prosigue: "quiero tomarte y meterte dentro de mi cueva: tú me puedes ayudar y yo no te causaré ningún mal; mientras te vuelves provechosa para mí. Es mejor estar en casa; fuera podrían recibir daño. Viviendo puedes ser un hechizo para las brujas malévolas, pero muerta puedes producir el más dulce de los sonidos". Dicho esto Hermes metió el galápago en su cueva "vació el carapacho, cortó tallos de caña, los midió y arregló, fijando las extremidades por debajo a uno y otro lado de las conchas de la tortuga y extendió diestramente una piel de buey que cubriera todo el hueco. Le puso los cuernos, los unió por medio de un travesaño y tendió siete cuerdas de intestinos de carnero". (Him. Homer. IV. 30). Macrobio dice que las cuerdas no fueron siete sino cuatro, que simbolizan las cuatro estaciones del año. (Saturn. Conviv. 19). Toda la narración no contiene una sola circunstancia que no se refiera al simbolismo sivaítico. Las cañas, los cuernos, la piel de toro y las cuatro o siete cuerdas de intestinos de carnero, todos son emblemas de fecundidad.

No sólo eran las tortugas un antídoto contra las brujerías: la Geopónica las prescribe como amuletos para preservar del granizo los viñedos. (I. XIV. 8.) En el trozo copiado de los himnos de Homero percibimos cómo la tortuga, que de escudo, se había cambiado en instrumento de percusión y sonaja, sin abandonar su carácter simbólico relacionado con las lluvias, tempestades y, sobre todo, la fecundidad de la tierra, cuando las tribus de la familia ariana comenzaron a salir del salvajismo la convirtieron en lira. Esta fase de la evolución del carapacho no llegó hasta

México, en donde como en toda la América, los instrumentos de cuerda fueron enteramente desconocidos. Al volverse lira la tortuga es de suponer que no perdió su primitivo significado simbólico. El dios de la fecundidad Pan, en los mitos de Arcadia, no se consideraba como el hijo de Afrodite y Dioniso, sino tuvo como padre a Hermes, el inventor de la lira.

Análoga a la indicada, y ligada con ella, encontramos otra significación simbólica en la tortuga a este y al otro lado del Atlántico. El escudo romano *clipeus* fué una verdadera rodela en su origen como lo era el de los etruscos, y que llamaban los griegos αδπίς. Los mayas usaron rodelas, y Kucupacat, dios de la guerra, despedía rayos de fuego de su escudo: era la imagen del sol. El *clipeus* en la literatura de los latinos muchas veces lo vemos comparado al sol y es digno de tomarse en cuenta que los griegos hayan dado el nombre *aspis* de su escudo, a la sagrada serpiente de los egipcios. ¿Qué relación puede tener una rodela con una serpiente? Otra no creo yo que pueda ser sino el sol, cuyo símbolo era el egipcio reptil. Si, como lo creemos muy probable, los carapachos de tortuga sirvieron de armas defensivas a las tribus que vivían en las playas del Mediterráneo en su estado salvaje y era la tortuga el emblema de las lluvias y las tempestades, pudo al mismo tiempo, por su forma que se acerca a la circular del sol y por el brillo de sus escamas pulidas, ser también una imagen del astro que despide rayos de luz y produce calor. En el himno de Hermes que citamos, se dice del carapacho de la tortuga que era αἰόλον ὄδτραχαν y hubo necesidad de interpretar "concha movediza y tornasol" por el ambiguo significado de la palabra αἰόλος que, aplicada como nombre propio al Señor de los vientos, Eolo, unos traducen el *Rápido,* otros el *Mutable;* ambas versiones convenientes al viento y probadas ambas con testimonios de autores griegos.

En dos pasajes de la Iliada usa Homero como epíteto de armas, la palabra αἰόλος. Los comentadores y traductores del poeta no están de acuerdo en la interpretación porque los que traducen veloz o ágil, creen que el poeta alude a lo ligero de las armas: pero el escudo de Aiax, αἰόλος le llama οάχος. también, y ésta no podía ser una arma ligera porque estaba cubierta con siete pieles de buey y una placa de metal. (Il. VII. 222). La velocidad, por consiguiente, se refiere a los cambios rápidos producidos por

la luz en el escudo y carapacho de la tortuga, y aquí tenemos que notar que la misma clase de escudo *sacos* que da Homero al héroe griego, con el epíteto de la concha de la tortuga, es la misma que Apolonio atribuye a los argonautas en el pasaje en donde deducimos la transición del carapacho, usado como escudo, al mismo usado como *rombo* y *atabal*. Mucho nos quedaría aún qué decir de este argumento filológico para demostrar que muy bien pudo haberse recibido y usado la tortuga, considerada como un escudo en los albores de la cultura griega, como un emblema solar; pero no es preciso: tenemos otros argumentos para demostrar que, entre los egipcios, la tortuga está relacionada con el sol nocturno y entre algunos de los pueblos arianos, se conservó entre los emblemas solares de igual manera que la tuvieron nuestros indios.

Hun-Ahpú fué un dios Sol entre los quichés: él y su hermano gemelo Xbalenqué, la luna, bajaron a las regiones infernales y allí el murciélago de la muerte, Camatzotz, decapitó a Hun-Ahpú. Consumado el hecho, vino una tortuga "se puso en lugar de la cabeza de Hun-Ahpu y luego se labraron los ojos y muchísimos sabios vinieron del cielo y vino Huracán: a la casa de los murciélagos vinieron. Y así no más se acabó su cara, estuvo muy buena y salió muy hermosa; y así mismo habló y cuando quería amanecer que alumbrara el cielo..." (Ximénez. p. 67). De manera que al amanecer fué cuando de la tortuga se acabó de formar la cabeza de Hun-Ahpú, habiéndose hecho de noche el trabajo. Era entonces la tortuga una imagen del sol nocturno, que completó la persona del dios Sol. Hay en los monumentos egipcios la imagen de un dios o personaje mitológico, que se ve con una tortuga en donde debiera llevar la cabeza. Ignoro si se encuentra un mito entre los griegos, que, como el de Hun-Ahpú, explique la tortuga que ocupa el lugar de la cabeza del personaje, pero sí sé, porque así lo dicen los egiptólogos, que la tortuga, llamada Apes, a veces se sustituye en los textos egipcios a la serpiente Apep, con quien el sol nocturno tenía que combatir. (Lanzoni. Diz. d'Arch. Egiz.)

En un códice mexicano encontrado en territorio de Oaxaca y conservado en la Biblioteca imperial de Viena, se ve a la tortuga en una sección del manuscrito relativa a asuntos astronómicos. Foertemann cree que la tortuga fué también entre los mayas un símbolo astronómico porque cree haber encontrado en los códices de esa tribu que se asignaba a la tortuga el solsticio de ve-

rano, tiempo del mayor calor. En un antiguo monumento náuatl, que alguien llama zodiaco, se encuentran dos cabezas de tortuga, a uno y otro lado de la imagen del sol. (Nebel. Voyage dans la partie la plus intéressante du Mexique) ¿Querrían los nauas significar con esas tortugas los dos solsticios? Para Foertemann, la tortuga y el caracol representaban los dos solsticios entre los mayas: es claro que entre los nauas y los zapotecas el caracol era un emblema lunar, lo mismo parece que sucedía entre los mayas, mas con esto no quiero contradecir al ilustre americanista alemán. Como Xbalenqué, dios Luna aparece en la fábula en que su hermano Hun-Ahpú toma una tortuga viva por cabeza, muy bien puede aparecer el caracol entre los mayas con análoga significación astronómica a la de la tortuga.

Arato llama χλέυς, la tortuga, a la constelación que otros astrónomos griegos llaman la Lira. Parece indudablemente que Pra apati, llamado Señor de los linajes, o del mundo, dice Keith "que no fuese un dios puramente en su origen, sino el poder activo del sol elevado a la categoría de una independiente divinidad" (Indian Mythology. p. 27). Este dios Sol que ejercita su poder activo, tomó la forma de una tortuga y en el Satapatha Brahmana se nos dice que tuvo sucesión después de haber tomado esa forma. El nombre de la tortuga en Sanscrito es *kasyapa* y creyendo que fuera el sol el productor de todo, aún de los hombres, decían los hindúes que su primer padre había sido Kasyapa o sea la tortuga. (Satap. Brahm. VII. V. 1. 5). También afirmaban abiertamente que la tortuga era Aditya, es decir, un dios Sol. (Keith. o. c. p. 75). La segunda avatara de Visnu, otro dios solar, tuvo lugar cuando se convirtió en la tortuga que sirvió de pivote a la montaña, produciendo la rotación de donde procedió lo creado. La tortuga se quedó para sostener la tierra, sustentada a su vez por cuatro elefantes. Símbolo de la tierra era Mayauel y quizá por eso descansa sobre una tortuga.

En el sepulcro de Ramses V, hay una pintura de los pecados capitales, dicen, de los cuáles quedan solamente tres, y entre ellos uno simbolizado por la tortuga, que cree Champolión es la pereza. En vista de lo que antes dijimos y de la extraña lapidación de la *hetera* siciliana en Tesalia, me atrevo a preguntar: ¿No sería la tortuga también en Egipto el símbolo no del séptimo, sino del tercero de los pecados capitales?

De la culebra, que es el último de los emblemas que acompañan a Mayauel en las pinturas, tendremos que tratar detenidamente después. Ahora volvamos a Quetzalcóatl a quien ya vimos que trajo del cielo a la Doncella para que, alegres y contentos los hombres, pudieran con sus cantos y bailes honrar y festejar a los dioses.

Había que hacer nuevo sol, porque no alumbraba bien el que había y "quiso Quetzalcóatl que su hijo fuera sol, el cual tenía a él por padre y no tenía madre". (Hist. de los Mex. 236) Veamos quién era este hijo de Quetzalcóatl. Ixtlilxóchitl nos habla de dos que tuvo Topiltzin, cuya madre no dice quién fué: Pochotl y Xilotzin. El nombre del segundo, sin la desinencia reverencial, *Xilotl,* lo conservamos en nuestro provincialismo *jilote* que son los cabellos de la panoja tierna del maíz, que cuando ya estaba madura llamaban *cintli* los mexicanos, nombre genérico del cereal. El historiador de los chichimecas dice que Xilotzin murió en su tierna edad; y tenemos entre los mitos, el de la muerte de Cinteotl, hijo de Mayauel, según Ríos, dios del maíz que se enterró, y de sus cabellos nació el algodón; algunas semillas comestibles, de sus ojos: la chian, salvia hispanica, de su nariz; los camotes, convulvulus batata, de los dedos; diversas clases de maíz, de las uñas, y de los demás miembros, "las otras semillas y frutas que los hombres siembran y cosechan y por esto fué este dios amado de los otros y lo llamaron *Tlazolpilli,* que quiere decir señor amado". (Thévet. ob. cit. p. 32).

Un dios o diosa Xilonen, tenían también los indios, a cuyo cuidado estaba la germinación y desarrollo del maíz. Cuenta Tezozómoc que el primer Moteuczoma acordó celebrar con toda solemnidad la fiesta llamada Ueitecuilhuitl "que es uno de los dioses sostenedores del cielo". (Cron. p. 364). Debió haber dicho "que es *de* uno de los dioses", etc. porque *Ueitecuilhuitl* significa fiesta de los grandes Señores o de los viejos señores, y no es el nombre del dios, sino el de la veintena en que era celebrada la fiesta. "Al octavo mes" dice Sahagún, "llamaban Veitecuilhuitl. En el primer día de este mes hacían fiesta a la diosa llamada Xilonen, diosa de los *jilotes*". Este era el dios, que dice Tezozómoc era uno de los representantes de los puntos cardinales y, como tal, podía muy bien haber sido hijo de Quetzalcóatl. Su representante era sacrificada cada vez que tenía lugar la fies-

ta de la diosa. Tal era el Xilotzin de Ixtlilxóchitl, hijo de Quetzalcóatl, como emblema del poder que fecunda la tierra productora de maíz.

Pochotl es el nombre de un árbol, que llaman en algunas partes de la República con el mismo vocablo *pochote* y en otras *ceiba* y es el bombax ceiba de los botánicos. Del hijo de Topiltzin, que llevaba este nombre, nos dice el autor aculua que, por la parte femenina, estaban encontrados con él la mayor parte de los principales tlatoanis del país. Cuando se dirigía a Tlapallan, Quetzalcóatl, "tiró con una saeta a un árbol grande que se llama *pochotl* y la saeta era también un árbol que se llamaba *pochotl* y atravesóle con ella y así está hecha una cruz". Los árboles simbólicos de los puntos cardinales tenían un aspecto cruciforme, y uno de ellos debe haber sido el *pochotl,* árbol de ramas horizontales, que dió origen al flechazo de Quetzalcóatl y a todas las suposiciones de los escritores que tienen por fundamento las cruces de Quetzalcóatl.

El tlatoani que regía los destinos del pueblo, en la retórica de los indios, era frecuentemente comparado al *pochotl* que produce una sombra fresca y espaciosa: "sois como el árbol que se llama *pochotl* o *auehuetl* que tiene gran sombra y rueda bajo la cual muchos están puestos a su amparo, que para esto se os ha puesto en este lugar", decían al señor recién electo, y él contestaba; que ciertamente los tlatoanis "son tenidos por padres y madres y por amparadores y defensores de su pueblo y patria donde se amparan y defienden los populares y gente baja como la sombra de los árboles que se llaman *puchotl* y *aueuetl* y se defienden del sol". (Sahagún. II. ps. 87, 100). La imagen retórica se extendía a la protección y amparo de los dioses y así Netzahualcóyotl decía del dios de los aztecas: "Huitzilipochtli nos tiene abrigados con su favor y amparo, que estamos debajo de él, como recibiendo alegría a su sombra como el árbol grande de *ceiba puchotl* o ciprés ancho auehuetl". (Tezozómoc. Cron. p. 288). El *auehuetl* es el cupresus distica.

El Sr. Las Casas calculaba que debajo de una ceiba podían estar gozando de la sombra de sus ramas hasta 500 jinetes. Es, dice, "muy poderoso, grandioso y alegre árbol". Habla de soberbios ejemplares que conoció u oyó decir de ellos y prosigue: "el mástil o tronco principal antes que comiencen las ramas, tenían

dos y tres lanzas en alto; comienzan las primeras ramas no de bajo a alto como los otros árboles, sino extendidas, mucho derechas por lo ancho que parece maravilla, con el peso que tienen no quebrarse, y por esto lo hacen tan capaz y que tanta sombra haga; son tan gruesas comunmente las ramas dichas, como un hombre, aunque tenga más que otros de gordura; las hojas son verdes oscuras, delgadas y arpadas, si bien me acuerdo; no siento que haya en Castilla a que los comparar, si no es, si no me engaño, a las del que llamamos árbol del paraíso". (Hist. Apol. cap. XIII.) El uso frecuente de la imagen tomada del árbol para significar el amparo y protección de los dioses o los tlatoanis, es tal vez la razón por que han creído algunos que los indios eran dendrólatras y que los de Chiapas se creyeran descendientes de las ceibas, en esa región y en otras de Yucatán admirablemente desarrolladas.

Como para los aztecas era la imagen de Huitzilopochtli, para los tzendales de Chiapas era la ceiba imagen de Imox, el padre de Votán y se le tenía la misma veneración que en México. El ser los árboles considerados como símbolos de los puntos cardinales y de las divinidades asociadas con ellos, fué seguramente un motivo de veneración para ellos. En Irlanda dice Haslam "no hubo villa o pueblo antiguamente que no tuviera su árbol sagrado, emblema reverdeciente de una divinidad". (Cross and Serpents. p. 229). Lo que sucedía con los celtas, en parte acontecía también con los eslavos, los germanos, los griegos y los hindúes.

En las partes más calientes, no sólo de Chiapas, sino de Yucatán y otras regiones, solían reunirse a la sombra de los ceibas los del pueblo para gozar el fresco, mientras trataban asuntos de común interés, y como imagen de Imox u otra divinidad, padre de los que creían progenitores de la tribu, decían los tzendales y podían haber dicho otras tribus que habían tenido origen de sus raíces. No era una creencia en la divinidad del árbol considerar el árbol como un emblema, era una figura retórica usada por los nauas también, cuando decían al tlatoani: "Está determinado allá arriba y acá abajo, en el cielo y en el infierno que vos seáis el señor y poseáis la silla, estrado y dignidad de

este reino, ciudad o pueblo, *brotado a la raíz de vuestros antepasados,* que la pusieron muy profunda y plantaron de muchos años atrás". (Sahagún. II. p. 77).

He aquí por qué Ixtlilxóchitl escogió el nombre de Pochotl, para darlo al supuesto tronco de los tlatoanis del país y hacer de él un hijo de Topiltzin Quetzalcóatl. En una hermosa lámina del códice Fejervarij, en donde se indican las cuatro grandes divisiones del tonalámatl, los cuatro puntos cardinales están designados por otros tantos árboles de diverso género como eran los que usaban los mayas para las cuatro fiestas de los Bacab. Uno de ellos, cuyo tronco está cubierto de protuberancias como las que se observan en el pochote, pudiera quizá ser la imagen en que quisieron representarlo. Si el *pochotl* era entre los nauas uno de los árboles simbólicos, como parece, con más razón pudieron Pochotl y Xilotzin ser llamados hijos de Quetzalcóatl, padre mitológico de los guardianes de los puntos cardinales.

Aunque Ixtlilxóchitl no dice cuál fué la madre de Pochotl y Xilotzin, tampoco nos hace saber de una manera positiva que hubieran nacido sin madre, y tendremos que buscar a ese hijo en otra parte. Lo encontramos en el códice Magliavecchi, cuyo intérprete nos hace saber que fué un murciélago, nacido en una piedra del mismo modo que sabemos, por los mitos egipcios, haber tenido origen los negros, creaturas de Ra. Xochiquetzalli frecuentemente se asimila a Ixpapálotl y de este númen o demonio bastantemente nos ocupamos ya cuando dijimos que los anales de Cuautitlán lo llaman *tlacaciuatl,* y sospechamos que a él se refiera en esa forma una imagen con los distintivos de Xochiquetzalli que encontramos en un códice y está pintada con dos cabezas, una de hombre y la otra de mujer. Tal ambigüedad no era vista con buenos ojos por los dioses y para cortar el mal de raíz, mandaron al murciélago, hijo de Quetzalcóatl, para que arreglara las cosas, con Ixpapálotl o Xochiquetzalli, de modo que se normalizara su ser.

Debe haber tenido el murciélago fama de sanguinario: los quichés tenían uno llamado el murciélago de la muerte, Cam-Zotz, que fué quien decapitó a Hunahpú, y en los códices nauas, lo vemos a veces dibujado con una cabeza desprendida del cuerpo, teniéndola en la mano cogida de los cabellos, o bien con un corazón arrancado a una víctima, o con ambas manos ocupadas

en estas muestras de su ferocidad. El hijo de Quetzalcóatl encontró dormida la deidad, ejecutó el mandato de los dioses y pudo llevar al Mictlan el trofeo de su fácil victoria. Lo lavó por el camino y resultaron las flores de mal olor, lo volvió a lavar en el Mictlan y allí nacieron las flores aromáticas. Dicen que esta diosa Xochiqueztalli "hizo floreciera la tierra" y su nombre quiere decir "el levantamiento o la exaltación de las flores". (Cod. Vat. A.).

Y no sabemos más del murciélago de Quetzalcóatl si no es lo que ya dijimos al ocuparnos de este animal, emblema de los crepúsculos que dan muerte al sol cuando vienen las tinieblas, dan muerte a las estrellas cuando aparece el sol. Se llega a confundir con Itzpapálotl, y quien sabe si no sea Izpapaltótec, que llama Ríos: "Pedernal o cuchillo del guerreador o desdichado o dolorido: más propio es decir pedernal ensangrentado del adolorido Izpapali. Propiamente es loza o este asiento de la tierra". Dicen también que significa fetidez grande "piedra sanguinolenta del adolorido o colocado entre navajas que es lo mismo que espada o terror; y por esto pintan a este dios con la boca abierta. El que lo acompaña es el dios del fuego que es el que limpia la tierra y renueva todas las cosas". (Códice Vaticano A. y Telleriano Remense). La trecena que le corresponde es la que pertenece a *Ce Tochtli*, el símbolo de la tierra. Ningún otro autor primitivo, que yo sepa, habla del murciélago, y lo que dice Ríos de Izpapaltótec es muy oscuro; sin embargo, la analogía entre el murciélago, la obsidiana e Ixpapálotl no carecen de fundamento a mi entender.

Hemos visto como Ríos identifica a Itzpapálotl con Xochiquetzalli y la parte principal que tiene esta diosa en las orgías símbolicas de Quetzalcóatl: no es menos notable el papel representado por ella en el mito del murciélago, hijo, sin madre, de Quetzalcóatl, dios solar y dios del vino, encargado de la fecundidad de la tierra. Ahora bien, la única vez que recuerdo haber visto a los murciélagos tomando parte en un mito griego, es precisamente en una fábula relacionada con Dioniso o Baco, dios solar y dios del vino, encargado de la fecundidad de la tierra como Quetzalcóatl. La narración es de Ovidio, un poco larga, porque, como suele hacerlo el poeta, va enlazada con otros mitos, que no he querido desprender porque también se relacionan con las creencias de los indios cuya comparación, con los de los pueblos del mundo antiguo, no queda fuera de nues-

tro propósito general. Oigamos al autor de las Metamórfosis.

Había mandado el sacerdote en Tebas que fuera celebrada una solemne fiesta en honor de Dioniso. "Las siervas y sus amas debían de abstenerse de todo trabajo, habían de cubrirse con pieles, dejar suelto el cabello y ceñidas las cabezas con guirnaldas, llevar en las manos tirsos coronados de yedra: anunciando que la ira del dios sería terrible para quienes despreciaran el mandato". Alcitoe, de la sangre de Atamas, y descendencia de Minyas, y sus dos hermanas no creían en la divinidad de Dioniso, ni estuvieron dispuestas a obedecer. Se pusieron a trabajar, y mientras hilaban y tejían con sus criadas, una de las tres hermanas comenzó a contar historias, relacionadas todas con el simbolismo dominante en los misterios de Dioniso, en las que lo más interesante para nosotros es que no les faltan sus mitos paralelos nauas o su expresión gráfica en las pinturas de nuestros indios y la mitología de los egipcios.

Dersetis cambiado en pez, la Naiade que con su canto mágico y yerbas poderosas vuelve peces a las jóvenes y en pez ella misma se convierte, nos recuerda que el pez entre los egipcios era un símbolo de impureza y que el *oxirrinco,* del género de los esturiones, era un emblema de Hator, la Venus egipcia que dió su nombre a ese pez en la Grande Oasis. (Wilkinson. Anc. Egypt. III. 342). Cuando los dioses griegos huyeron a Egipto perseguidos por Tyfeo, Venus, para esconderse, tomó la forma de un pez. (Ovid. Met. V. 331). Se conservan en los museos, pinturas y estatuas de Afrodite con peces, sobre todo, con delfines, como la Venus de Medici en Florencia, no tanto por el origen marino de la divinidad, cuanto por el significado simbólico del animal. El pez, dice un moderno escritor, tiene una veneración universal por ser el más fecundante de los animales y por vivir en el agua, origen de toda fertilidad. Si el delfín se asocia con Afrodite y otras divinidades que tienen parecida representación mitológica, como Apolo y Dioniso, es, como algunos creen, porque su nombre griego δελφίς, es casi lo mismo que δελφύς, el vientre.

La Venus mexicana, como llama Sahagún a Tlazoltéotl, se ve pintada en un códice amamantando a un pez. Tamoanchan, el país occidental del agua y la humedad, el lugar mitológico de la fecundidad donde habitaba Xochiquetzalli, se llama en algunos himnos *Michóacan,* lugar de pescados. Peces se ven como adornos de

las divinidades en muchos de los monumentos de Yucatán. Mr. Mausdlay nos hace fijar la atención en un motivo maya de simbólica decoración: una planta, probablemente acuática, que nos recuerda el adorno del sacerdote que, en México, oficiaba en la fiesta Etzalcualixtli y el escudo uno de los dioses tlaloques. Entre estas plantas se ven peces que, al parecer, se alimentan de sus flores parecidas a las de las ninfeas, altamente simbólicas en la India y que tienen sus analogías con el loto budhista de los monumentos de Boro Budor y otras ciudades desiertas de aquel país, en donde no faltan representaciones de plantas acuáticas y peces como en las pinturas sepulcrales de Tebas. En las pinturas de los códices mayas se ve una diosa cuya cabeza termina en la de una ave acuática, que lleva un pez en el pico.

No es sólo el pez al que se considera como el único símbolo que une a la diosa griega de la lascivia con la azteca. El aspa de cuatro colores con que vemos pintada en los códices a Tlazoltéotl, es la representación de los cuatro caminos infernales: nos lo indican las huellas de pies humanos, glifo que usaban los indios para indicar el camino. También la veremos en el cielo y en un cielo especial. Tlazoltéotl, que lleva diversos nombres en la mitología y que se identifica con varias diosas, era una divinidad celestial, marina, terrestre e infernal: indicaremos en el lugar que le corresponde su naturaleza celestial y marina; de la terrestre e infernal hemos hablado ya. Sucede lo mismo con Afrodite, en el cielo identificada con el planeta al cual damos el nombre de Venus con que llamaban a la diosa los romanos: en el mar por la protección a los marineros y su nacimiento entre las olas: en la tierra, por su pasión por Adonis, y en el infierno no sólo por su conubio con Hefesto, sino por lo que tenía que ver con los muertos. Esta última relación con las moradas infernales, que más la acercan a la diosa naua de los cuatro caminos, necesita ser demostrada aunque muy brevemente.

Leemos en Atheneo que había un santuario en Corinto dedicado a la negra Afrodite (XIII. p. 586). Plutarco nos habla de una Afrodite Sepulcral τυμβία, en cuyo altar se invocaban en Delfos a los difuntos para que vinieran a participar de las oblaciones que se le hacían. En la fiesta Hueimicailhuitl, que los nauas destinaban a los muertos, se subían a las azoteas y mirando hacia donde creían que se encontraban, ellos también invocaban a

los muertos diciéndoles "venid pronto que os esperamos", para que participaran de las ofrendas. (Códice Telleriano). Holwerda asimila la Negra Afrodite griega a la Venus Libitina romana, que tenía dedicado en Roma el Lucus Libitinae en donde estaban los depósitos de todo lo necesario para los funerales y custodiaban encargados especiales de los sepelios llamados *libitinarii.* El color negro que se aplicaba a la diosa Afrodite en relación con los muertos y con que se pintaba a veces Demeter y Cibeles, llevaban en parte las diosas Tierra mexicanas y era el color del sur, en México, destinado a la tierra, pero al mismo tiempo era el color de la oscuridad que reinaba en el poniente. Los colores rituales de los griegos eran los mismos de los nauas y los mayas. ¿Porqué en los tiempos primitivos no se habían de aplicar en Grecia a las imágenes, relacionando a los dioses con los puntos cardinales y los elementos? El decir que los pintores más afamados no usaron en Grecia sino los cuatro colores rituales, significa a mi entender que de ellos se valían para dar a las imágenes de los dioses el tinte que les correspondía según aquel de los puntos cardinales que le estaba designado, o el elemento que representaba. Afrodite negra era entonces una diosa del sur o del poniente conforme al color negro de su cara. A Tlazoltéotl se asigna el sur en los códices ordinariamente, mas puede verse alguna vez también en el poniente.

Volviendo al simbolismo de los peces, otros hay en los códices que nos demuestran era conocido en México el simbolismo egipcio de la desaparición de uno de los miembros de algún dios devorado por los peces, porque se ven arrebatando la pierna de un dios, probablemente el negro Tezcatlipoca, forma nocturna del dios Sol; y a la pierna dan los hindúes una significación sivaítica cual conviene a la parte del cuerpo de Osiris, que nos dice una versión del mito se comieron los peces del Nilo. Es muy probable, creen autores versados en el culto de los hindúes, que las cabezas con una, dos, tres y cuatro piernas que vemos en monedas, relieves y otros monumentos arqueológicos de Europa y Asia occidental y no faltan en México, no indiquen otra cosa que las energías solares que hicieron se le diera a Siva el nombre de Pancha-Linga.

Las historias de los peces fueron solamente indicadas por la hija de Atamas a las incrédulas en la divinidad de Dioniso: la de Píramo y Tisbe fué referida por completo hasta que la sangre

de ambos se mezcló en un árbol de morera, cuyas raíces le sirvieron de sepultura y tiñó de rojo oscuro sus frutos que eran antes blancos: otra forma griega del mito de Mayauel y Quetzalcóatl en relación con los árboles y, por consiguiente, los sostenedores del cielo y la fecundidad de la tierra, ideas que en los mitos mexicanos se ven enlazadas.

Leuconos, otra de las hermanas, comenzó entonces a contar una de las aventuras del Sol: Hacia el poniente están las cuadras de los caballos del Sol: allí en vez de yerba se apacientan con ambrosía, descansan de sus fatigas y adquieren fuerzas para emprender nuevos trabajos. Mientras la Noche lleva a cabo sus tareas, el Sol entra al aposento donde Leucotoc trabaja con sus doce sirvientes, hilando y tejiendo, y para poderlo hacer mejor, toma el semblante de la madre de la doncella. El mito es claro, y repetidamente lo hemos visto. El sol que, como decían los indios, por la noche presta su calor a la tierra para que produzca. A Leucotoc hilando y tejiendo, bien la podemos comparar con Xochiquetzalli e Ixchel. Es el mito de los amores de Quetzalcóatl, mejor vestido y elegante, más poético y bien presentado, pero envolviendo la misma idea.

Al saber el padre de la doncella lo que había hecho el Sol durante la noche, entierra viva a su hija en una profunda fosa, y levanta sobre ella un cúmulo de arena. Es el simbolismo naua del cerro Zacatepec y mejor aún de Xalixco, lugar de arena, una de las pretendidas estaciones de la peregrinación de los toltecas. ¿Qué hace el Sol cuando esto ve desde la bóveda celestial? Abrir con sus rayos un camino o zanja en el montón de arena hasta encontrar el cuerpo inanimado de la ninfa, derramar ambrosía y hacer que de la cúspide del montículo artificial, brotara un árbol, el árbol del incienso que mandaba su aroma hasta el cielo.

Del cuerpo de la diosa Tierra vemos en los códices nauas que brotan los árboles y hay una diosa en el Códice Vaticano B. que tiene un árbol en vez de cabeza. Los puntos cardinales, los sostenedores del cielo en relación con los elementos, se simbolizaban con los árboles y el árbol que se relacionaba con la tierra, nacía del cuerpo de una diosa. En el mito griego la escena se desarrolla en el poniente y el árbol que nace del cuerpo de Leucotoc bien pudiera haber tenido el mismo significado de los árboles de nuestros indios, porque aunque el incienso es emblema de fecundidad,

ni el árbol que lo produce es uno de los que pueden simbolizarla, ni un montón de arena es una imagen apta para significar un terreno feraz, ni en las tierras del poniente conocidas por los antiguos se producía el incienso. No indica, pues, el árbol que brotó del cuerpo de la ninfa tanto la vegetación que produce el sol, cuanto el emblema vegetal del occidente.

Siguió Alcitoc contando historias y recordando que Dafnis, pastor del monte Ida, se había vuelto piedra como Niobe; que a Sithon le sucedió lo mismo que acaeciera al adivino Tiresias cuando vió las serpientes, que Celmis se convirtió en pedernal, que los curetas tuvieron origen de un aguacero, que Croco y Esmilace fueron convertidos en florecillas. Todos mitos simbólicos relacionados con el culto de los dioses, a cuyo cargo estaba la fecundidad. Contó finalmente cómo el hijo de Mercurio y la diosa Citerea, bañándose en la fuente de Salmasis, se volvió un ser que, como Ixpapálotl, era andrógino.

Apenas había terminado su narración cuando hirió sus oídos el sonido de los tímpanos, las flautas, los cuernos y címbalos, y llegó a su olfato el olor del azafrán y la mirra; sus ojos quedaron espantados cuando

........coepere virescere telae
Inque herede faciem pendent frondescere vestis
Pars abit in vites, et quae modo fila fuerunt
Palmite mutantur; de stamine pampinus exit:
Purpura fulgorem pictis adcommodat uvis.

"Vieron que se volvía verde la trama del tejido que hacían y las orlas se cambiaban en yerbas: los que fueron hilos eran ya los zarcillos y del urdimbre se formaron los sarmientos: el color de púrpura del bordado comunica su tinte a las uvas. El día estaba para terminar y había llegado la hora en que no se sabe decir si es de día o de noche. Se siente un temblor, las lámparas se encienden, la casa se ilumina con relámpagos; se oyen rugidos de fantásticas fieras en el momento en que las tres hermanas huyen del fuego y de las luces escondiéndose en los lugares oscurecidos por el humo".

Dumque petunt tenebras, parvos membrana per artus
Porrigitur tenuique ineludit bracchia pinna.

"Mientras buscan la oscuridad, una membrana se extiende por sus miembros delicados, y unas alas sutiles envuelven sus bra-

zos". Se habían convertido en murciélagos y en la oscuridad aún no podían ver su metamórfosis. (Ovid. Met. IV. 1-415).

La transformación de las hijas de Athamas en murciélagos no tiene más vínculo con el quiróptero hijo de Quetzalcóatl que el simbolismo general del asunto a que se refieren ambos mitos, que podemos comprender en el narrado por Ovidio, por la conversión de los tejidos que estaban haciendo en parras y yedras cuando tenía lugar la solemnidad de Dioniso. Los murciélagos, formados entre el fuego de las lámparas que se encienden solas, los relámpagos y el humo, son más o menos los adjuntos del mito quiché, cuando el murciélago se roba el fuego para los cakchiqueles. La obsidiana y el murciélago hemos visto que se confunden entre los quichés como símbolos del fuego y quizá del espíritu vital que anima al hombre, porque entre ellos, además del lugar infernal en que las navajas de obsidiana hacían ruido refregándose unas con otras, había en Xibalba una morada que era "la casa de los murciélagos, donde sólo había murciélagos, donde estaban chillando y volando encerrados sin poder salir". (Ximénez. o. c. p. 36).

Hay en el Hades de Homero, dice un moderno escritor, "una idea general de inmensidad de oscuridad o media luz crepuscular con espíritus o sombras inmateriales e inarticulados, que chillan y revolotean como murciélagos, entre los cuales aparecen más perceptibles las figuras de los héroes" (Classical Dictionary. p. 375. ar. Hades). En Persia el murciélago era un animal mitológico formado de una ave, por sus alas, de un perro por sus dientes y de un ratón, por la costumbre de vivir en agujeros. (Carmoy. Iranian Mythology. p. 291). ¿Nos indicará el cuento de Ovidio que alguna vez, en tiempos muy remotos, el murciélago fué también en Grecia símbolo del fuego que produce el calor necesario para la vida? ¿O un emblema crepuscular desechado por antiestético?

Para Plutarco las hijas de Athamas enfurecidas mientras atendían a sus trabajos, decidieron tener un banquete de carne humana, comiéndose alguno de los hijos de las tres. Echaron suerte y el designado fué Hippaso, hijo de Leucippe, a quien mataron y devoraron miembro por miembro las tres. Orcomenos y la familia de Athamas no pocas veces se nombran en los mitos que tratan de sacrificios humanos. Si Tohil dió el fuego a las

otras tribus que estaban con los quichés, fué en cambio de víctimas humanas para sacrificar en sus altares. El mito quiché pone en contacto la versión de Ovidio con la de Plutarco en el castigo de la incredulidad de las hijas de Athamas. En Egipto no faltan los murciélagos entre las pinturas sepulcrales: en Beni-Hassan se encontraron representantes en distintos modos, pero se ignora si tuvieron algún papel en la mitología de las orillas del Nilo.

A primera vista los lineamientos del dios ulmeca parecen embrollados y confusos, indecisos y sin rasgos firmes que lo distingan; el análisis de sus mitos prescindiendo del euhemerismo histórico, nos lo demuestra complexo, sí, pero no tan confuso en sus diversos significados simbólicos que no los podamos descubrir. Es el Sol, no solamente como manantial de luz, sino sobre todo como fuente de calor, como el principio que fecunda todo lo creado, que hace que germinen las semillas en la tierra y los árboles produzcan flores y frutos, los animales y los hombres se multipliquen: y como el sol tiene un límite en el firmamento al norte y al sur del ecuador, de donde no se ve que pase en el horizonte cuando se esconde a nuestra vista o se manifiesta de nuevo: las barreras que lo detienen en el este y el oeste, hacia el norte y el sur: los puntos en que se sostiene la alfombra por donde camina en el espacio y las vías subterráneas que tiene que atravesar para mostrarse de nuevo en el horizonte del oriente, son hechuras suyas, partes que completan su sistema, seres que lo auxilian en su importante tarea de fecundizar; los cuatro elementos, situados en los límites de la eclíptica al este y al oeste; los *Petlaacatzique,* sostenedores de la estera de cañas, como llamaban los nauas a la zona por donde camina el sol. (Tezozómoc. p. 358).

La estera y los que la sostienen son pertenencias suyas y los cuatro guardianes de los ángulos forman un cuerpo compacto con el dios, en su único punto objetivo, a donde se dirigían todos los sacrificios y oraciones, todo el culto y ceremonias de los indios: obtener de los dioses el aumento y conservación de los individuos por medio de los frutos de la tierra, proporcionados por el sol. El atributo de la fecundación también pertenecía a la luna y luna era igualmente Quetzalcóatl, como al mismo tiempo el planeta Venus, que es árbitro de los destinos de los hombres y

conoce su futuro. Quetzalcóatl, pues, es el sol y la luna que fecundan y vivifican, y en él están incorporados para auxiliarlo en estas funciones, aire, fuego, agua y tierra. El es, con el planeta Venus, el conocedor de los destinos humanos, autor de las cábalas y adivinaciones.

Cuando llegaron los españoles ¿comprendían los indios el significado simbólico de sus ritos, el oculto lenguaje de sus mitos, la unidad y armonía de su religión? Parece que no: si se conservaron aún inteligibles en medio de las puerilidades en que los envolvieron y no perdieron su primitiva significación en medio de los conceptos absurdos que les añadieron, fué por la fuerza de la rutina que les hacía repetir lo que oían, practicar lo que habían visto hacer a sus mayores, cualidad predominante en el carácter de la raza. "Algunos de los indios daban a entender", dice Mendieta, "que sus dioses o habían sido primero puros hombres; pero puestos después en el número de los dioses, o por ser señores principales o por algunas notables hazañas que en su tiempo habían hecho", creencias derivadas del euhemerismo de los mitos. "Otros dicen que no tenían a los hombres por dioses, sino a los que se volvían o mostraban o aparecían en alguna otra figura en que hablasen o hiciesen alguna otra cosa en que pareciesen ser más que hombres", (ob. cit. p. 84.) sentimientos derivados de la ignorancia en los simbolismos rituales, palabras en que no se descubre la menor traza del origen simbólico que evidentemente aparece en los mitos y ceremonias del culto con que honraban los indios a sus dioses.

Del símbolo, la adoración había probablemente vuelto al prototipo: adoraban al Sol, al astro material, y quizá muy pocos de ellos sabían que había sido Quetzalcóatl un representante del sol. "Tenían por dioses el fuego y el aire y el agua y la tierra y de estos sus figuras pintadas", dice Motolinia. (Hist. 34). Lo mismo sucedía con el sol, y estas figuras eran los recuerdos que aún les quedaban del primitivo simbolismo solar con sus cuatro elementos. Quetzalcóatl era para ellos un primitivo personaje real divinizado, o el dios o espíritu del viento, y estos eran los dos Quet-
vinizado, o el dios o espíritu del viento, y estos eran los dos Quetzalcóatl que menciona Ríos. No fué esta su primitiva religión. eran otros tantos soles o el mismo, con relación a los cuatro elementos y a las cuatro estaciones del año. El sol que viene acom-

pañado de los vientos impetuosos de la primavera: el sol que trae el fuego que hace insoportables los calores del estío: el sol que trajo el agua que hizo producir a la tierra los frutos del otoño: el sol que se esconde en la tierra y por breves horas aparece en el invierno. Estos fueron los cuatro soles, las cuatro épocas que, siendo de pocos meses, se volvieron de centenares y miles de años. Los egipcios, los hindúes y otros pueblos, como veremos, tenían sus cuatro soles y sus épocas y de los griegos encontramos en un himno órfico, que las cuatro estaciones estaban divididas entre cuatro dioses que representaban al sol en sus diversos aspectos. A Zeus correspondía la primavera; a Apolo, el verano; a Dioniso, el otoño; a Hades, Señor de las profundidades de la tierra, el invierno. Aunque el himno de donde tomamos estos conceptos no sea de Orfeo, es no obstante muy antigua la creencia que expresa y su redacción es anterior a nuestra era. Dice el Rigveda del dios Sol: "Los poetas hablan de diverso modo de aquel que no es sino uno: lo llaman Agni, el fuego; Yama, la tierra, Matarisvan", y lo mismo puede decirse de los otros elementos y así de las estaciones que están ligadas con ellos.

Las épocas con sus respectivos soles ya llegaron formadas a México y las conservó la rutina de los indios. El mito, si fuera mexicano, se habría inventado de otro modo; el número y orden de los elementos es más difícil que haya sido una mera coincidencia que un legado común a ellos y a los pueblos del otro lado del Atlántico. En ellos tenían cabida los espíritus que eran los númenes de los salvajes, y de los cuatro soles que trajeron acompañando a su dios los que vinieron, pudieron ceder dos; al espíritu del fuego uno, el otro al agua o al corazón de la montaña, y entonces Tezcatlipoca entrar en competencias con Quetzalcóatl. Los númenes fetichistas de los salvajes tomaron formas e imágenes y robaron, imitaron o cambiaron atributos con las múltiples faces comprendidas en el dios ulmeca.

Así se formó la religión de las tribus que estuvieron unidas en Tamoanchan. El corte y los rasgos principales vinieron de fuera y sirvieron de patrón para que se formara; el núcleo, el perno principal fué el dios tutelar que acabamos de estudiar. Comparémoslo con otras divinidades del viejo mundo, para ver si hay en alguno de lo países orientales otro dios que se parezca y de quien se pudiera decir fué su hermano de origen; si ambos derivan de un mismo tronco, fué uno el pueblo que los concibió.

CAPITULO X

QUETZALCOATL Y CADMO

Uno de los mitos del Mundo Antiguo, en que autores de reputación encuentran claros y precisos caracteres de un simbolismo solar, es el de Cadmo, su establecimiento en Tebas y las historias fabulosas con que está bordada su vida de aventuras. Todas las alegorías que forman el mito pudieron muy bien haberse atribuido a un personaje real, como lo creyeron los antiguos escritores griegos y como pienso que sucedió con nuestros personajes mitológicos Quetzalcóatl, Votan e Itzamná, considerados al mismo tiempo por nuestros cronistas primitivos como los importadores de la cultura y civilizadores de las tribus mexicanas.

En los últimos descubrimientos arqueológicos de las tierras bañadas por el Mediterráneo Oriental se han encontrado suficientes pruebas para demostrar que en las islas y el continente que ocuparon los griegos, con elementos neolíticos están mezcladas inequívocas señales de la cultura asiática y africana. Estas muestras de una primitiva cultura extranjera en el territorio que ocuparon los griegos se deben con toda certidumbre a los intercambios comerciales, y el mito de Cadmo, creído por unos, personaje fenicio, y egipcio por otros, hace suponer que las estaciones comerciales de los egipcios y fenicios en el territorio que se ha dicho, dejaron un antiquísimo recuerdo en el nombre y nacionali-

dad del protagonista de la fábula, a quien los griegos asignaron la nacionalidad de los extranjeros que habían visitado las playas de Hellas aplicando el mito a ellos y confundiéndolo con las tradiciones históricas. ¿Y si esto sucedió en Grecia con el mito de Cadmo, porqué no pudo haber sucedido lo mismo en México con el de Quetzalcóatl? El mito es el mismo, la tradición histórica igual.

En una superficial comparación de ambos mitos que hace el Dr. Brinton, se ve obligado a confesar la semejanza; bien entendido, con todas las protestas y salvedades necesarias para no dar al lector motivo de pensar que él hubiese creído en un origen común de la fábula griega y mexicana: y consecuente con su modo de pensar, a todo atribuye las semejanzas menos a un manantial primitivo de donde hubiera podido fluir el mito de Cadmo y el de Quetzalcóatl. La imposibilidad de una fuente común en las tradiciones mitológicas del Viejo y del Nuevo Mundo, no se ha llegado a probar y por eso la comparación no es ociosa, pero hay que ver los mitos en todas sus fases, con todos sus detalles y tener en cuenta las diferentes variantes.

Diódoro de Sicilia, que no admite en Cadmo sino una personalidad real, era de opinión que "Cadmo, padre de Semele, madre de Dioniso, era oriundo de Tebas en Egipto:" (Bib. I. 23) mientras un autor moderno cree que cuando los escritores griegos quisieron explicar el mito de Cadmo, lo hicieron un héroe fenicio "que introdujo en Grecia los caracteres fenicios, la minería y otras artes e instituciones de pueblos civilizados: pero su nombre es griego más bien que fenicio a la manera del de Cadmilo que, en Samotracia, parece significaba orden de una comunidad". (Art. Cadmus en B. E.)

Pausanias defiende la opinión común entre los griegos, del origen fenicio de Cadmo, cuando escribe: "Contra la opinión de aquellos que piensan que Cadmo vino a Tebas desde Egipto y no de Fenicia, es de tenerse en cuenta el nombre de Athene llamada con palabra fenicia Onca, no con el nombre egipcio de Sais". (ob. cit. IX. XII. 2). Se refiere en la tradición tebana, que fué Cadmo quien fundó el santuario de Athene Onca, en donde sacrificó la vaca que lo guió para establecerse en Tebas. (Escol. en Esquilo. Siete contra Tebas. 474). Los orientalistas no están de acuerdo con Pausanias en dar a la palabra Onca un origen fenicio. Wil-

kinson se inclina a creer en su origen egipcio; pero sí admite que el nombre de Cadmo no se pueda derivar del semítico קֶדֶם, el oriente. Griego, egipcio o semítico el origen supuesto de Cadmo como un personaje real, su nacionalidad pierde toda importancia cuando sólo se considera el simbolismo que representa y los griegos lo pudieron admitir con un nombre tomado de su propio idioma o de una lengua extranjera, siempre que incluyera la idea que creían simbolizar en el mito.

El mito de Cadmo es común entre los escritores griegos, pero no lo tomaremos de ninguno de ellos sino de Ovidio, añadiendo las diversas versiones de la fábula que no menciona el escritor latino. Ya sabemos como Zeus, el rey del Olimpo griego, era además una personificación del Sol que se solía representar por un toro, sobre todo cuando se quería significar el poder fecundante del astro ejercido en la tierra por su calor. El Sol tenía ganado, lo dice Homero en la Odisea y, por haberle comido algunas piezas de sus rebaños los compañeros de Ulises, Helios, hijo de Hiperion, el Sol, el dios que está encima, que camina en las alturas, el hijo de Urano, el cielo, los privó del día de la vuelta a su hogar; esto es, los castigó haciéndoles perder la vida. (Odis. I. 7-9.)

Agenor, hijo de Poseidon y de Libia, reinaba mitológicamente en Sidón, establecimiento fenicio al oriente de Grecia y, como el Sol, tenía también su ganado. Su nombre significa viril, heroico, arrogante: nombre adecuado a uno que, como Hiperion, pudiera llamarse padre del Sol. Telefassa era su mujer y su nombre quiere decir la que reluce, resplandece o aparece de lejos. Hija de este matrimonio, aunque no única, fué Europa, emblema de la aurora según algunos, pero más comunmente considerada como imagen de la luna o el elemento Tierra identificado con ella. Hiperion, padre del Sol, según Hesíodo, lo fué también de Thea, antonomásticamente la diosa, y de la Luna, (Th. 134. 374) y Agenor, padre emblemático del sol, lo más natural era que también tuviera a la Luna si no como mujer, sí como hija. Por esta y otras razones que veremos, lo probable es que Europa fuera la Luna.

Tenía esta hija del monarca de Sidón, el encargo de cuidar el ganado de su padre, como la Luna que se pasea entre las estrellas del cielo; y desempeñaba su comisión cuando Zeus, que como dios Sol también había tomado la figura de un toro, se mostró tan

manso y de buena índole, que la pastora de Agenor se atrevió a montar sobre él y poco a poco la fué llevando hasta entrar con ella en el mar y, sin que Europa lo pudiera evitar, los dos fueron a dar a Creta. Mosco, poeta bucólico griego, describe al toro que llevaba a Europa, de color amarillo, con un disco resplandeciente de plata que colgaba de su frente, y compara sus cuernos a los de la Luna. (Bucolicas II. 84) El amarillo era el color simbólico del oriente entre nuestros indios y muy probable es que lo fuera entre los griegos también, y de aquí el color del toro simbolizando la salida del sol por el oriente llevándose a la luna entre sus rayos: los dos astros que de ocho en ocho años se ponen de acuerdo en su carrera.

En otra versión del mito, Europa se asemeja a Persefone, la tierra florida y fructífera de la primavera, y así la vemos en un fragmento del Catálogo de las Mujeres, obra de Hesíodo, que cita un escoliastes de Homero, recogiendo flores con las ninfas y no cuidando vacas. La luna en los mitos muchas veces se identifica con la tierra. Zeus se prendó de ella, tomó la forma de toro y la atrajo arrojando flores por las narices. (II. XII. 292) Cuando Agenor se dió cuenta de la desaparición de Europa mandó a Cadmo, hermano de la joven que había desaparecido abandonando el ganado, para que la buscara, diciéndole que no pisara el suelo fenicio si no volvía con ella.

Cadmo viajó por toda la tierra y no la pudo encontrar. El sol que camina detrás de la luna, no se encuentra con ella mientras alumbra. Tampoco le permitía su padre a Cadmo que volviera a Fenicia sin su hermana, y para saber en donde se tenía que fijar consulta el oráculo. La respuesta fué, que en un lugar solitario encontraría una ternera que no hubiera trabajado jamás; que la siguiera y donde se echara a descansar, fundara una ciudad y la llamara Beocia, la tierra de la ternera. La vaca que dirigió a Cadmo, dice Pausanias, "tenía a cada uno de sus lados, manchas blancas como la luna llena". (ob. cit. IX. XII. 1) Al toro, como símbolo solar, tenía que corresponder la vaca como símbolo de la luna y de la tierra. El Sol, como principio activo de la fertilización, era el toro; la tierra, como principio pasivo o su representante la luna, tenía que ser la vaca. Tenemos, pues, de nuevo al Sol que va tras de la luna.

Había en el lugar donde se fijó Cadmo conducido por la vaca,

un bosque virgen consagrado a Marte y una cueva en el centro con agua cristalina, custodiada por un terrible dragón. Algunos dioses griegos y egipcios que representan al Sol, tienen que ver con los dragones y las serpientes; y es por que en el simbolismo mitológico, la tierra en general, prescindiendo de su aspecto florido o fructífero, se representaba con un dragón o una serpiente que, al ponerse el sol en el horizonte occidental, simbólicamente se lo tragaba. Tras de la luna había llegado el sol a su ocaso, y era este el dragón que se presenta a Cadmo.

El ocaso era para nuestros indios aquel de los puntos cardinales que estaba relacionado con el elemento líquido; con el agua. ¿Será también esa la razón por la cual en los mitos griegos los dragones y las serpientes constantemente cuidan los manantiales de agua? Parece que también en Grecia el agua que fertiliza tuvo en los tiempos primitivos su residencia al poniente, como también acontecía entre los hindúes quienes llamaban a Varuna dios de las aguas, Señor del agua, Señor de los ríos y Señor de todas las corrientes. Como Señor de las aguas decían que reinaba sobre los Asuras y su reino estaba en el poniente. (Keith. Indian Mythology p. 137). En el supuesto que fuera también en Grecia lugar del agua el poniente, el mito es claro; Cadmo, Sol, llega al bosque en donde está el dragón que cuida el agua, al poniente; y el dragón se prepara para devorarlo: el sol está para desaparecer en el horizonte. Cadmo iba acompañado y el dragón devora a sus compañeros, pero él armado de lanza y llevando una piel de león como defensa, se arroja contra el dragón y

Usque sequens pressit, dum retro cuercus cuncti
Obstitit et fixa est pariter cum robure cervix

empujó al monstruo, cuyas fauces había ensartado con su lanza hasta dejarlo clavado en una encina que le quedaba por detrás.

La lucha con el dragón es la supuesta contienda que tenía que superar el Sol durante la noche para que, triunfador, pudiera salir al día siguiente por el levante y comenzar de nuevo su carrera triunfal por el espacio. La encina era el árbol que entre los griegos, latinos, celtas, germanos y eslavos estaba consagrada a la suprema divinidad. Los indios nuestros tenían un árbol especial dedicado a cada uno de los puntos cardinales y tendremos muy pronto ocasión de ver que lo mismo sucedió probablemente en la primitiva mitología de los griegos. En ese caso está indi-

cado que la encina correspondía al oriente; allí quedó clavado el dragón, vencidas las potestades infernales, pudiendo salir triunfante el Sol.

En Colquis, la región más oriental que conocieron los primitivos hellenos, en el reino de Ectes, hijo del Sol, se quedó clavado en una encina el vellocino de oro, guardado por un dragón que, por medio de los filtros encantados de Medea, adormeció Jason y así pudo apoderarse del precioso objeto que había ido a buscar. No creo que sea solar el mito del vellocino de oro, pero tiene muchas analogías con la parte que vamos narrando del mito de Cadmo y confirma la conjetura que fuera la encina el árbol dedicado al oriente.

La diosa Palas, Athene, ordena a Cadmo sembrar parte de los dientes, que ella misma recogió de la triple hilera del dragón y de allí brotaron hombres armados que combatieron entre sí, se mataron unos a otros y solo quedó Equion con otros cuatro compañeros que, por inspiración de Minerva, se abstuvieron de combatir. Equion trae su nombre de εχις, víbora. Apolonio Rodio, al ligar el dragón de Cadmo en Tebas con el que guardaba el vellocino de oro en Colquis dice que los dientes que Ectes dió al segundo para que sembrara, procedían del mismo dragón muerto en Tebas, que al recoger Athene dividió entre Ectes y Cadmo, que lo mató. (Argon. III. 1176) El dragón que asaltó y mató a los compañeros de Cadmo, era un dragón que podemos llamar occidental porque guardaba un manantial de agua pura y el poniente era el lugar destinado al elemento líquido en donde estaba el reino de Varuna, dios de las aguas en la India (Keith. p. 137) El dragón que fué a buscar Jason para hacer que se adormeciera, era un dragón oriental que no custodiaba ninguna fuente, pero sí la encina en donde estaba el vellocino de oro y la encina era el árbol que probablemente simbolizaba el levante. El dragón de Cadmo, al quedar clavado en la encina, se vuelve por esto un dragón oriental como el adormecido por Jasón. El dragón occidental recibe al sol para devorarlo; el oriental lo restituye al mundo por la mañana. El cipactli entre los nauas era el dragón oriental; la lagartija verde, el Xochitonal, era el dragón occidental como lo demostramos ya.

La siembra de los dientes del dragón que hizo Cadmo por inducción de Athene, se liga con la fecundidad de la tierra si con-

sideramos el nacimiento de los guerreros que en seguida se matan mutuamente; mas nos es imposible demostrarlo sin recurrir a las creencias neolíticas que conservaron nuestros indios. La región del sur que los Anales de Cuautitlan llaman Amilpa Xochitlampa y bien se puede traducir, tierra de pan llevar, jardín florido, o más sencillamente, tierra de las sementeras y las flores, mitológicamente se llamaba Huitztlampa, tierra de las espinas, o sea de las mortificaciones, la penitencia y los sacrificios, ligándose en esto la fertilidad con la sangre de las penitencias y los sacrificios.

A la primera caza que tomaban los chichimecas, le cortaban la cabeza, dice el autor de la Historia Chichimeca, y "mostrándola al sol, como sacrificándole, *labraban la tierra donde se derramaba la sangre* y dejaban puesta la cosa que sacrificaban". (Obras Histor. vol. I. p. 76) Deben haber observado las tribus guerreras que al principio comenzaron a dedicarse a la agricultura, las excelentes cosechas levantadas en un terreno de poca extensión donde hubiera acaecido un terrible encuentro, quedando la tierra bañada de sangre y sembrada con los cadáveres de los guerreros.

Los egipcios creían que la sangre de los enemigos muertos en las batallas o de los que en los tiempos primitivos habían combatido contra los dioses, era la productora del vino. Por eso dice Plutarco que no bebían vino ni lo usaban en los sacrificios. Ahora sabemos todos, que la sangre es buen abono para la tierra, pero los antiguos conocían sencillamente el hecho que los campos ensangrentados, donde se habían deshecho los descompuestos cadáveres insepultos de los muertos en la guerra, eran más fértiles y ese hecho no lo atribuían como nosotros a las sustancias químicas que se disolvían de la sangre y los cadáveres mezclándose con la tierra, sino a virtudes ocultas que poseyera esa sangre derramada en las batallas, para hacer productivos al Sol y a la Tierra o más bien sus espíritus que obraban en los materiales elementos que los informaban. Sucedía lo mismo con el fuego.

Un modo de hacer productivos los campos que tenían las tribus agricultoras de México y aún no se abandona, era el quemar la yerba seca, antes de preparar la tierra para la siembra. Creían y creen muchos aún de nuestros campesinos que no eran las cenizas lo que fertilizaba la tierra, sino la acción misteriosa del fuego. Para que produzca, dicen los indios, hay que calentar la tie-

rra y la calientan incendiando las yerbas secas. Los griegos y los romanos tenían el mismo principio agrícola, creyendo como nuestros indios, en la acción misteriosa del fuego y no en la de los silicatos, carbonatos, fosfatos y demás residuos de la combustión que con las cenizas se mezclaban en la tierra. Así lo dice Virgilio.

Sea que de allí vengan a los campos
Oculta robustez y pingües jugos,
Sea que un vicio que le fuere adverso
Se consuma por medio de la lumbre,
Ya que el calor caminos nuevos abra,
Nuevos respiraderos, y por donde
El jugo suba a la naciente hierba;
Ya que endurezca más, y más constriña
Los conductos, acaso muy abiertos,
Para que no las prolongadas lluvias
Y muy sutiles, y del sol estivo
La fuerza y acritud, o bien del Boreas
El frescor penetrante hiera y queme.

(Pagaza. Ob. de Virg. I. 63).

Tres son las razones que da el Poeta para probar que la combustión de los rastrojos y yerbas aprovecha a los campos. 1ª Las fuerzas misteriosas y el alimento que del fuego recibe la tierra. Era lo que nuestros indios creían de la sangre y del fuego. 2ª. Los elementos nocivos a los cereales que, con el fuego se destruían y los humores inútiles que se hacían desaparecer para que las venas de la tierra pudieran llenarse de jugos que alimentaran a las plantas. 3ª. El hacer que la superficie se volviera capaz de resistir los ataques de las lluvias, el demasiado calor y el rigor del frío. El hecho era real, evidenciado por la experiencia; la tierra donde se quemaban las yerbas se volvía más fértil; debía ser por consiguiente agente fertilizador el fuego. La conclusión era falsa si se considera el fuego como un agente directo, pero pudo parecer verdadera una vez que el calor de la estación, apenas terminaba el invierno, hacía germinar las plantas en la tierra humedecida al descuajarse las nieves.

Los indios creyeron que el sol de noche calentaba y hacía fructífera la tierra. Creyendo los griegos y los romanos en la influencia directa del fuego para la fertilización de la tierra

aún en tiempo de Virgilio, cuando habían llegado a un alto grado de civilización, bien pudieron haber creido cuando eran tribus neolíticas como nuestros indios, que el sol nocturno calentaba la tierra para hacerla germinar. Los filósofos griegos enseñaban que todo ser debía su existencia al calor, al cual los hombres eran igualmente acreedores de su ser. Si es cierto, dice Pausanias, "que los hombres primitivos fueron producidos por el sol calentando la tierra, que desde el tiempo atrás hasta hoy está mojada y llena de humedad, ¿qué tierra es más a propósito para haberlos producido con mayor anterioridad y más grandes, que la India que hasta el día de hoy produce bestias de un tamaño extraordinario y extraña apariencia?" (VIII. XXXI). La fábula del nacimiento de Totli debido a un rayo de sol que hirió la tierra y produjo al progenitor de los acoluas, nos enseña que la teoría recordada por Pausanias era de un origen neolítico puesto que penetró en los mitos hasta México.

Pero ¿porqué la sangre que se derramaba en las batallas había de tener las propiedades del fuego en la fertilización de la tierra? Porque nuestros indios pensaban que comunicaban al Sol la fuerza y el vigor necesarios para cumplir su misión. El descubrimiento de la fertilidad de la tierra causada por la efusión de sangre, se hizo en los campos de batalla, pero en lugares reducidos donde se pudieron amontonar los cadáveres. La consecuencia fué, que era la sangre humana la que el Sol necesitaba para fortalecerse, y sangre humana necesitaba para producir mantenimientos la Tierra y para que se multiplicaran los animales y el género humano se aumentara, puesto que la Tierra atendía también a la multiplicación de unos y otros. Para poder hacer un Sol, lo primero en que pensaron los dioses fué en crear hombres para que combatieran y murieran dando sus corazones y su sangre como alimento al Sol. (Hist. de los Mex. por sus Pint. p. 235). No era en todo rigor el sol material, ni la tierra que pisamos, sino sus espíritus, los seres que los informaban y eran los que regían y gobernaban al astro diurno y al lugar donde habitamos. Unos tales seres mitológicos eran los que necesitaban para vivir, alimentarse con la sangre; si carecían de alimento, la Tierra y el Sol no podrían producir. Siendo así no era de absoluta necesidad que la sangre fuera derramada en el preciso lugar en donde se querían o se necesitaban los frutos de la tierra. El dios, el es-

píritu invisible, podía tomar donde quiera su alimento y la sangre, sea que se derramara en los campos, sea que se ofreciera ante las imágenes de los dioses por medio de los sacrificios o en lugares privados se extrajera con las espinas, producía los mismos efectos; el Sol y la Tierra se fortalecían y podían atender a la producción de los hombres, de los animales y los frutos de la tierra, único objetivo de los sacrificios, de las plegarias y las fiestas que eran celebradas en honor de los dioses y en particular del Sol y de la Tierra.

Los egipcios creyeron lo mismo en un principio. La razón asignada por Horapolo porque escogieron el halcón como la imagen del alma, fué por haber creído que los halcones en vez de agua bebían siempre sangre. *Ba* era el alma del corazón, el órgano del pensamiento, dicen los egiptólogos y si vemos en los textos jeroglíficos donde ocurre esa expresión o esa idea, no encontramos dibujado un halcón sino una garza, una ave zancuda de pico largo por el estilo del simbólico *benu*. El halcón en vez convienen todos que era emblema del sol. Era pues el sol el que se alimentaba con sangre y por eso fué, según sus creencias erróneas, por lo que escogieron los egipcios el halcón como símbolo del sol. El mito de la vejez y debilidad de Ra y el modo como lo curaron los dioses con un diluvio de sangre proporcionado por Hathor, de que tendremos que ocuparnos en otro lugar, no deja duda que entre los egipcios el sol necesitaba sangre humana para robustecerse. ¿Sería porque se alimenta de cadáveres, por lo que escogieron el buitre para simbolizar a las diosas representantes de la tierra? ¿Sería por esa misma razón por la que Apolo, dios Sol y Athene, diosa Tierra, en formas de buitres presenciaron el encuentro de los troyanos y los griegos?

No era por tanto un salvajismo sanguinario ni el amor de la rapiña, la venganza o el deseo de conquista lo que empujaba a la guerra a nuestros indios; la necesidad de alimentar a la Tierra y al Sol los hacía valerosos despreciadores de la muerte. Todos los nauas eran soldados, y soldados nacían no sólo los aztecas como se cree ordinariamente, sacados del salvajismo por los culuas cuyas creencias recibieron con la cultura: lo eran los tepanecas, los aculuas, los chalcas, las tlaxcaltecas y otras tribus de la misma familia naua y aún de algunas otras.

Apenas nacía el niño, entre los nauas, la matrona "daba

unas voces a manera de los que pelean en la guerra y en esto significaba la partera que la paciente había vencido varonilmente y que había cautivado un niño". Al cortarle el cordón umbilical decía al neonato: "Sábete y entiende, que no es aquí la casa donde has nacido, porque eres soldado y criado: eres ave que llaman *quechol*: eres pájaro que llaman *tzacuan* y también eres ave y soldado del que está en todas partes". El *quechol* y el *tzacuan*, cuyos plumajes llevaban los tlatoanis en momentos solemnes, eran aves consagradas al Sol, el que está en todas partes, como también le decían los egipcios y los griegos, y los nauas no sólo aplicaban a Tezcatlipoca el epíteto sino también a Quetzalcóatl, ambos dioses solares.

"Esta casa donde has nacido", continuaba la matrona, "no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo: aquí brotas y floreces, aquí te apartas de tu madre como el pedazo de la piedra donde se corta". Doble alusión a la maternidad de la Tierra como productora de las plantas que florecen, como productora de los hombres cuyo espíritu es la chispa o el fragmento encendido que se desprende de la piedra. "Tu propia tierra otra es: para otra parte estás prometido; que es el campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas; para allí eres enviado; tu oficio y facultad es la guerra, tu obligación es *dar de beber al Sol sangre de los enemigos, y dar de comer a la Tierra* que se llama Tlaltecutli con los cuerpos de tus contrarios: tu propia tierra, tu heredad y tu suerte es la casa del Sol en el Cielo: allí has de alabar y regocijar a nuestro Señor el Sol que se llama *Totonametl in manic*: por ventura merecerás y serás digno de morir en este lugar y recibir en él, *muerte florida*". El morir en la guerra era una dicha porque hacía partícipe al guerrero de la morada del Sol, y la muerte que se recibía en el combate era una *muerte florida*, o sea que proporcionaba a la Tierra la facultad de producir flores.

Desprendida del cuerpo del niño, la cuerda umbilical, se le decía, "es cosa debida a Tlaltecutli, que es la Tierra y el Sol, y cuando se comenzare la guerra a bullir, y los soldados a se juntar, ponerla hemos en las manos de aquellos que son soldados valientes, para que la den a tu padre y madre, la Tierra y el Sol: enterrarla han en medio del campo, donde se dan las acciones de guerra, y esto es señal de que eres ofrecido y prometido al Sol

y a la Tierra, esta es la señal que tú haces de tu profesión de hacer este oficio en la guerra y tu nombre estará escrito en el campo de las batallas, para que no se eche en olvido, ni tampoco tu persona: esa es la ofrenda de *espina de maguey* y caña de humo y ramos de acxoatl, la cual se corta de tu cuerpo y es cosa muy preciosa: con esta ofrenda se confirma tu penitencia y tu voto y ahora resta que esperemos el merecimiento, dignidad y provecho que nos vendrá de tu vida y de tus obras. Deseo que te guíe, te proteja y te adorne aquel que está en todo lugar". (Sahagún. II. 191-196).

Con la ofrenda del cordón umbilical, parte de la carne del infante que apenas nacido se hacía a la Tierra y al Sol en un campo de batalla, no sólo se indica la profesión militar que hacía el niño apenas nacía y a que indistintamente todos sin excepción tenían que dedicarse, sino con ella se querían significar igualmente los sacrificios, mortificaciones, penitencias y actos de adoración al Sol y a la Tierra, a que tenían que atender para conseguir los frutos apetecidos, los mantenimientos necesarios y los muchos hijos que les pedían. Todo esto se liga con el campo de batalla en donde se depositaba el cordón umbilical, primer alimento destinado al Sol y a la Tierra por el recién nacido, prenda de las batallas en que tenía que intervenir para alimentar a su padre y a su madre, el Sol y la Tierra, y símbolo tanto de la espina de maguey que bañada con la propia sangre se dedicaba frecuentemente al Sol, como del cigarro, que es la caña de humo, hecho de tabaco, picietl en mexicano, que decían los indios era la carne de la diosa Tierra Ciuacoatl.

En la oración dirigida a Tezcatlipoca "demandándole favor en tiempo de guerra contra sus enemigos", decían entre otras cosas los indios: "El dios de la Tierra abre la boca con hambre de tragar la sangre de muchos que morirán en esta lucha; parece que se quieren regocijar el Sol y el dios de la Tierra llamado Tlaltecutli; quieren dar de comer y de beber a los dioses del cielo y del infierno, haciéndoles convite con carne y sangre de los hombres que han de morir en esta guerra". La carne y la sangre humana eran la ambrosía y el néctar de los dioses y esos alimentos obtenían los dioses con la guerra. "Tened otro sí por bien" rogaban sus adoradores a Tezcatlipoca, "que los nobles que murieron en el contraste de la guerra, sean pacífica y agradablemente recibidos del Sol y de la Tierra, que son padre y madre de todos,

con entrañas de amor. Porque a la verdad no os engañáis en lo que hacéis, conviene a saber: en querer que mueran en la guerra porque ciertamente para esto los enviásteis a este mundo, para que con su carne y con su sangre den de comer al Sol y a la Tierra". Lo que con más ahinco piden es que "los que mueren en la guerra sean recibidos con entrañas de piedad y de amor de nuestro padre el Sol y de nuestra madre la Tierra". Por esto rogaban a Tezcatlipoca diciéndole: "Hacedlos esforzados y osados y quitad toda cobardía de su corazón para que con alegría no solamente reciban la muerte, sino que la deseen, y la tengan por suave y dulce como a flores y manjares suaves, ni teman ni se espanten de la grita y alaridos de sus enemigos". Unicamente, hacia el fin de la oración piden la victoria diciéndole: "que fascinéis y emborrachéis a nuestros enemigos para que se arrojen en nuestras manos y, sin hacernos daño, caigan todos en las de nuestros soldados y peleadores que padecen pobreza y trabajo". El valor sólo les era necesario para arrojarse gustosos a la muerte, no contra el enemigo que pedían cayese en sus manos por sí mismo. Sangre necesitaban el Sol y la Tierra y había que dársela, la propia, si no era posible conseguir la del enemigo. Concluían la oración suplicando que la tribu o la comunidad que marchaba a la guerra "sea rica, próspera, ensalzada, honrada y afamada en los ejercicios y valentía de la guerra, y que vivan y sean prósperos aquellos en quienes está ahora el ejercicio de la guerra que sirven al Sol: y si en adelante tuviéredes por bien que mueran en la guerra, sea para que vayan a la casa del Sol como los varones famosos y valientes, que allá están y murieron en la campaña". (Sahagún. II. 42-46). De los irlandeses dice Solino que cuando las madres daban a un hijo varón el primer bocado de carne, lo hacían introduciéndolo en su boca con la punta de una espada. Se ve que los irlandeses nacían también soldados.

Son claros los testimonios tomados de las fuentes indígenas conservadas por Sahagún. El objeto de la guerra entre los nauas era el derramamiento de sangre para el alimento de la Tierra y del Sol, de quienes dependía la fecundidad. Los hijos que concedían a los hombres el Sol y la Tierra, era para que con su propia sangre, derramada en el campo de batalla y con la espina de la mortificación, saciaran el hambre del Sol y de la Tierra. "Tengo hambre", decía la diosa Tierra de los tarascos, Cuerava-

peri, a los sacerdotes, "y comenzaron a darle sangre" de la que con espinas y navajas de obsidiana se estaban sacando de las orejas, "y tenía la boca abierta y tragaba aquella sangre que le daban". (Relac. de Michoac. p. 76). Los concedían también para que derramaran la sangre del enemigo en la batalla o del cautivo hecho en la guerra ante los altares de los dioses. Los dioses se alimentaban con sangre y había que dárselas.

Ya con esto podremos entender cómo el derramamiento de sangre en los combates pudo también entre los arianos neolíticos haberse creído necesario para la fecundidad de la tierra. En la leyenda de Cadmo que vamos comparando en la que, como hemos visto, tiene un interesante papel la unión fecundante del Sol y de la Tierra, se nos enseña, cómo del dragón que mató el héroe de la fábula por orden de Athene, diosa de la fecundidad de la tierra, fueron recogidos los dientes y de ellos nacieron hombres armados que combatieron y murieron, quedando cinco solamente. De los hombres que hizo Tezcatlipoca para alimento del Sol, el autor que citamos dice que quedaron tres, pero el cotejo de otros textos paralelos en que toman parte los mismos personajes, nos demuestran que fueron cuatro o cinco los que no murieron entonces. Los cuatro o cinco sobrevivientes eran los representantes de los puntos cardinales, hijos del Sol, Tezcatlipoca, y la Tierra, representada por la peña de donde salieron. Los héroes compañeros de Cadmo, eran lo mismo seguramente. La muerte de los guerreros que combatieron, nacidos de los dientes del dragón, como la de los que nacieron de la piedra, dragón y peña símbolos de la tierra, indica que el mito griego es igual en su significado simbólico al náuatl. La sangre humana de los combates en relación con el Sol y con la tierra, explicada por la creencia neolítica que se conservó en México de que el Sol y la Tierra necesitaban sangre humana para fortalecerse y fructificar. La escena de los guerreros armados que nacen de los dientes del dragón, combaten y mueren, se repite en el mito de los Argonautas, relacionado también con la fecundidad de la tierra; su significación es igual. El Eliseo de los celtas era un lugar donde los dioses combatían. (Macculloch. Celtic Mythology. p. 123). En la región celestial de Odin diariamente los einherjar montados a caballo, unos con otros combatían: los muertos en la batalla resucitaban y los heridos sanaban por la noche para tomar parte en un festín en que abundaba la carne de jabalí y el hidro-

miel. (Dic. of. non Clas. Myth. p. 179). Semejantes batallas celestiales quizá estuvieron en conexión con la sangre considerada como abono para que produjera la tierra.

La guerra y la mortandad eran necesarias para que la Tierra produjera y por eso en México, Ciuacóatl, Xochiquetzalli, Itzpapálotl, Quilaztli, Chicomecóatl, Chimalma y alguna otra de las diosas que representaban la tierra, eran al mismo tiempo diosas guerreras como en Egipto Neit y Hathor, en Grecia eminentemente Athene y aun Afrodite, la dulce diosa del amor. La estatua más antigua que de ella vió Pausanias, dice que fué la que se veneraba en Esparta con el nombre de Afrodite Guerrera. (III. XVII. 4). En Cithera de Lacedemonia, está, leemos en el mismo autor, "el más santo y más antiguo de todos los santuarios griegos de Afrodite. La diosa está representada con armas en una estatua de madera". (III. XXII. 1). Este tipo de Afrodite armada era común en Chipre, en cuyas excavaciones, dice Curtius "han venido a luz entre las numerosas variedades de la divinidad local, algunos excelentes ejemplares de un tipo con yelmo". (Religious Character of Greek Coins. p. 14). A semejanza de Athene, además del yelmo, lleva la diosa del amor lanza y escudo. (Plutarco. De Fortuna Romanorum. p. 4).

La fecundidad de la tierra en México y en Grecia va de acuerdo con los combates, porque aquí y allá se hacían fingidos para celebrar ciertas fiestas con el objeto de obtener de los dioses los frutos de la tierra. En Egipto acontecía lo mismo. Muy posible es que estos combates rituales hubieran sido en un tiempo encuentros verdaderos. En México había una institución llamada la *guerra florida,* que consistía en verdaderos combates periódicos concertados de antemano entre algunas tribus nauas, entre sí enemigas. Dicen que su objeto era el de proporcionar víctimas para los altares: se puede creer en vista del nombre de *guerra florida* que llevaba, que no fuera tan sólo ese, sino el de conseguir los dones de la Tierra, por la difusión de la sangre en los combates. Costumbre tan irracional debe haber tenido un objeto y un fundamento aparentemente plausible y tal pudo ser la creencia que la Tierra para que produjera, el Sol para que cobrara fuerzas, necesitaban sangre humana. La de los combates no bastaba, y vinieron las víctimas de los prisioneros y de los sacrificios y en Grecia y en Egipto y entre los celtas, germanos

y eslavos se sacrificó a los prisioneros. Se necesitaba más sangre y los indios no la ahorraban; ofrecían la propia diariamente sacándola con espinas de todos los miembros de su cuerpo. Así se combina que el lugar de las sementeras y las flores fuera el lugar de las espinas y las mortificaciones. Estas hacían que aquellas se obtuvieran, del mismo modo que alcanzó Quetzalcóatl que en Tula cesara la sequía por medio de la penitencia.

Considerada la sangre humana como elemento necesario para sostener el vigor de los seres conservadores de la humanidad, para conseguir este fin de no dejar perecer la raza humana, era al mismo tiempo preciso calentar la tierra material, porque sin el calor, la tierra nada producía por más que su personalidad divina, su espíritu y el del sol, no dejaran de ser alimentados con sangre y cuerpos humanos. Además del fuego, tenía precisamente que concurrir al mismo objeto el agua, más necesaria que la combustión de los campos para que la tierra produjera, porque, en cuanto al calor, también el sol lo producía. Además, con el agua, llevaban los rayos las nubes, y eran éstos considerados como fuentes de calor, y con razón, puesto que producían incendios en los bosques. Guerra, sangre, fuego y agua se requerían para la feracidad terrestre, y guerra, fuego, sangre y agua se confundían y mezclaban en el lenguaje y glifos de los nauas. La lluvia, *quiauitl,* tanto daba a entender la caída del agua del cielo, como la del fuego: el glifo de la sangre y de la guerra, se encuentran en las pinturas antiguas enlazados con el que simboliza las corrientes de agua. Si se agrega el viento que empujaba las nubes para que regaran la tierra, tenemos a los cuatro elementos naturalmente combinados en la obra de la sustentación del hombre y la razón porqué en el simbolismo concurren con el Sol y con la Tierra.

La muerte del dragón consagrado a Marte o Ares fué el motivo que dió origen a la pena que tuvo Cadmo que sufrir sirviendo a este dios un *año largo,* que, según Apolodoro, equivalía en aquella época a ocho de los nuestros, (Bibl. IV. 2.) circunstancia que nos deja entrever que en este episodio, el mito de Cadmo se relaciona con el período de ocho años en que las lunaciones se vuelven a encontrar en las mismas condiciones con relación al curso del sol y muy probablemente sirvió a los primitivos desconocidos astrónomos para poner de acuerdo con el Sol las fiestas re-

lacionadas con las estaciones que tenían en su calendario lunar. El ciclo de ocho años lo tenemos igualmente en México.

Los juegos establecidos en memoria de la muerte del dragón, tenían lugar de ocho en ocho años como los que tenían lugar en Delfos en memoria de otro dragón matado por Apolo, que dieron origen a las Olimpiadas. Sabemos por Censorino (De Die Natalis 18. 6.) que algunas fiestas de los griegos eran celebradas cada ocho años y entre ellas enumera la llevada del laurel, en Tebas, en memoria de las victorias obtenidas por Cadmo sobre el dragón, como sabemos también por Clemente de Alejandría quien nos asegura que los juegos olímpicos y pitios se establecieron en esas fiestas para conmemorar la muerte del dragón, imagen de la tierra. Para que descansara y después produjera la tierra y no se volviera estéril, los nauas establecieron un rigurosísimo ayuno que cada ocho años se practicaba. La fiesta a la diosa Iznextli, que creemos lunar, tenía lugar en México cada ocho años.

El año olímpico o primero de las Olimpiadas cuando eran celebradas de ocho en ocho años, antes de establecerse el ciclo de Meton, comenzaba siempre con la luna llena, antes o después del solsticio de verano, y esta circunstancia se ve indicada en el mito al referir Pausanias que la vaca indicadora del lugar donde Cadmo tenía que establecer su colonia, llevaba dos manchas blancas en forma de luna llena: una significando la luna antes del solsticia, la otra después del solsticio de verano.

Comparemos con los de Cadmo los mitos ya conocidos de Quetzalcóatl, Itzamná y Votán y los emblemas que les corresponden. Itzamná, el rocío de la mañana, dice el Dr. Brinton, fué hijo de la madre de la mañana que pudiéramos llamar la luz crepuscular, la aurora, traducción libre de Telefassa, la madre de Cadmo. El padre del dios maya era el dios que tiene la faz de sol y más que al nombre, la traducción de la palabra con que se designaba al padre de Itzamná, se refiere a la idea mitológica que envolvía el nombre de Agenor. Cadmo sale de Fenicia, el país de la púrpura: Quetzalcóatl sale de Tlapallan, el país del color rojo. Cadmo lleva a Grecia las letras del alfabeto fenicio, la metalurgia, la minería; establece los misterios, ritos sagrados que se relacionaban con las fuerzas misteriosas de la naturaleza y del espíritu humano en la concepción, el nacimiento, la muerte y la resurrección simbólica de la naturaleza y real del individuo;

y promulga leyes y ordenanzas útiles para el bienestar de la comunidad. Lo mismo se lee en las crónicas que hicieron Quetzalcóatl en México, Votán en Chiapas, Itzamná en Yucatán enseñando los jeroglíficos, el trabajo de los metales, estableciendo la idolatría entre los salvajes y promulgando leyes. De ninguno de estos dioses llegó hasta nosotros un mito que estuviera relacionado con la muerte de alguna serpiente o dragón; pero debe haber existido porque tales muertes de reptiles aparecen en las pinturas de los códices y el Cipactli, verdadero dragón, era entre los nauas un símbolo no sólo del sol sino de la tierra, y como el Xochitonal vivía en la región de los muertos, tenía que ser por fuerza un símbolo terrestre también.

Un dragón o enorme serpiente relacionado con el de Cadmo encontramos en los mitos de los mixtecas. Hay en el pueblo de Petlaltzinco, en la Mixteca baja, un cerro cerca de la población antigua. Dicen que una serpiente de tamaño colosal, "con su cuerpo rodeaba todo el cerro y sobraba mucho cuerpo", estaba pintada en forma de estera *petlatl* y por eso la llamaban *petlacoatl.* Era ligerísima y, como devoraba a cuantas personas veía, la comarca estaba despoblada no osando nadie pasar por esos lugares. Un indio muy valeroso y gran guerrero, cuyo nombre desgraciadamente omite el autor que citamos, desde lejanas tierras llegó allí con intención de poblar y se puso en acecho aguardando que la serpiente saliera de su cueva y, desde un cerro frontero al que tenía la cueva, guarida de la serpiente, casi a un cuarto de legua de distancia, "le apuntó con su arco y flecha y la mató y pobló allí con la gente que traía y del nombre de la dicha culebra, que era petlalcóatl, se llamó su poblazón Petlaltzinco". (Relación de Petlaltzinco).

En Copán se ve un bajorelieve, que lleva esculpido un monstruo con una cabeza a cada una de las extremidades de su cuerpo. La principal puede distinguirse por las extraordinarias dimensiones de la mandíbula superior y por otros detalles comunes en el arte maya para estilizar las cabezas de las serpientes y dragones. En el monumento de Copán y en otros de Guatemala y del sur de México, la boca del monstruo se ve abierta y de ordinario tiene encerrada dentro la cabeza del dios Sol como si saliera del cuerpo del monstruo. Es la cabeza del dragón oriental, de cuyas fauces se libra el Sol. La cabeza posterior tiene marca-

dos símbolos de muerte y ordinariamente la quijada inferior muestra el hueso de la mandíbula descarnado: el monumento de Copán lleva en ella el glifo del sol y un adorno de plumas a manera de llamas, atributos solares: es la cabeza del dragón occidental que engulle el sol. (Joyce. Mexican Archeology. pgs. 232 y 233). En el libro egipcio, llamado Am-Tuat, se lee que la barca del sol, antes de salir por el poniente, en las regiones subterráneas tenía que atravesar por dentro del cuerpo de una inmensa serpiente que tenía 1.300 codos de largo, entrando por la cola y saliendo por la cabeza. (Budge. The Egyptian Heaven and Hell. vol. I).

De los guerreros armados que nacieron de los dientes del dragón sólo cinco quedaron con vida, los que por inspiración de Minerva no combatieron. A estos llamaban los griegos colectivamente Σπαρτοί los que brotaron, siendo Equion el principal. Tezcatlipoca creó o engendró cuatro hijos y una hija: la hija fué Coatlicue, la que lleva el faldellín de serpientes, y Equion, el principal de los Espartos, cuyo nombre significa víbora, tomó por mujer a Agave, hija de Cadmo, una de las cuatro que tuvo. Coatlicue, con las otras creaturas de Tezcatlipoca, eran consideradas afines a los guardianes de los puntos cardinales o los mismos sostenedores del cielo, que si eran cinco era porque, con los cuatro puntos cardinales, se incluía el centro que venía a ser el quinto y este era Coatlicue, la diosa tierra, ligada con las serpientes como pudo estarlo Equion que era vívora. Los tebanos consideraban a los espartos como los troncos de los linajes primitivos de Tebas, los llamados cadmios; y así también decían los tzendales que los linajes de Chiapas descendían de los cuatro compañeros o hermanos de Votán; y los quichés que los de Guatemala venían de los cuatro hermanos Balam.

En el año *ce tecpatl*, un pedernal, dos ciclos nauas o sea 104 años después de la total destrucción de los quinametin "estando pacífica la tierra toda de este Nuevo Mundo, se juntaron todos los sabios Tultecas, así astrólogos como de más artes, en Huehuetlapallan, ciudad cabecera de su señorío". Entre las cosas que en la junta se trataron y pusieron en práctica, una fué que "añadieron el bisiesto para ajustar el año solar con el equinoxio". (Ixtlilxóchitl. vol. I. 14). Tal arreglo del tiempo Mendieta lo atribuye a Quetzalcóatl: y de un arreglo semejante hemos visto se ha-

ce alusión en el mito de Cadmo. No dicen los escritores griegos que Cadmo hubiera hecho la corrección del calendario griego, como tampoco dice Ixtlilxóchitl que lo hubiera hecho Quetzalcóatl, pero con los dos héroes mexicano y griego se enlaza una tentativa de poner de acuerdo el cómputo de los días con los cambios de las estaciones tomando como puntos de comparación, en Grecia, el solsticio de verano: en México, el equinoxio probablemente de primavera. Hasta aquí el mito griego en sus adjuntos y significado simbólico, es exactamente igual al mexicano.

Cadmo, continúa Ovidio en su narración del mito, se casó con Harmonía, hija de Marte y Venus, el dios de la guerra, primitivamente quizá un dios del fuego, y la diosa del amor, la tierra que produce flores y frutos. No todos los mitólogos están de acuerdo en que éstos hubieran sido los padres de la esposa, ni en que las bodas se hubieran celebrado en Tebas, porque algunos dicen que se casaron en Tracia cuando Cadmo se inició en los misterios, y dicen que Zeus y Electra fueron los padres de Harmonía habiendo sido Jasión, su hermano, el fundador de los misterios de Samotracia. Acostumbrados a usar la palabra *armonía* en las últimas acepciones que se le dieron en griego, sólo podremos comprender toda la fuerza del simbolismo que encierra si recurrimos a las primeras. El verbo ἁρμόεα, de donde tiene origen, se encuentra no raras veces en los poemas de Homero: citaremos un pasaje de la Odisea en donde lo usa para que se pueda comprender el valor del significado primitivo. Construía Ulises las embarcaciones que necesitaba para volver a Itaca y Calipso, en cuya isla las fabricaba, le prestaba su auxilio. "Trajo barrenos y él hizo los agujeros y *ajustó* una con otra las tablas καὶ ἥρμοσεν ἀλλήλοισιν, y las aseguró con estacas y grampas". (lib. V. v. 247). Lo que se junta y embona es el significado de Harmonía

Los dioses honraron las bodas con su presencia; cantaron las musas y la desposada recibió preciosos dones, entre los cuales un peplo, palabra que en su origen significó toda clase de lienzo tejido: una tela, una sábana, un cubre mesa, una alfombra, un velo, una cortina y después una especie de chal, hecho por Athene con sus propias manos, y una gargantilla o collar de la fábrica de Hefesto, adorno de mal agüero para todas las mujeres que después de ella lo llevaron y poseyeron. Según el escoliasta de Eurípides, un rapto precedió al matrimonio de Harmonía, veri-

ficado por Cadmo con el auxilio de Athene, del mismo modo que un rapto hizo de la bella Xóchitl, la mujer de Topiltzin Quetzalcóatl. En este caso la desaparición de Harmonía corre parejas con la de Persefone y nace el paralelismo entre Cadmo y Hades. Hades, dice Diódoro Sículo en su euhemerismo habitual, fué inventor de los entierros y de los ritos fúnebres, mientras Quetzalcóatl dió origen a la cremación de los cadáveres. Hades era considerado como el señor de los muertos, el sol nocturno, y como a rey de las profundidades infernales le ponían corona radiada que no era sino un símbolo solar. Hades, como Cadmo, era entonces el sol nocturno que fecunda la tierra; Electra y Demeter, la tierra fructífera que concede los mantenimientos del hombre por medio de los trabajos de la agricultura: Harmonía y Persefone, la tierra que deleita con la hermosura de los campos y la abundancia de flores, significado alegórico de los amores de Topiltzin y Xóchitl, Quetzalcóatl y Quetzalpetlatl. Esta variante del mito acentúa menos el simbolismo solar en su aspecto nocturno, considerándose al sol como el principio y la causa de la fecundidad de la tierra, perno giratorio no sólo de los misterios de Samotracia, enlazados con Cadmo y Harmonía y con los de Eleusis, unidos con Demeter y Persefone, sino con los dionisianos, cabíricos y todos los demás que estaban esparcidos entre los pueblos que habitaban las costas de Italia y todas las del Mediterráneo Oriental.

En ese aspecto de sol nocturno Cadmo viene a ponerse en parangón con Youalteuctli, el señor de la noche de los nauas, Youalliehécatl, una forma reconocida de Quetzalcóatl en que lo adoraban como el sol que baja a la región de los muertos y que conocemos ya. La esposa de Itzamná fué Ixchel, que significa arcoiris y, en la mitología de las tribus germánicas, Freya, diosa Tierra, esposa del Sol, era la diosa del arco iris y llevaba el arco como un collar o guirnalda que le fué fabricado por sus cuatro enanos, como el collar de Harmonía que salió del laboratorio metalúrgico de Hefesto. (Schwartz. Ursprung der Mythology S. 117).

En varias partes aún hoy día cree el vulgo ignorante que el arco Iris muestra los lugares donde hay tesoros escondidos. En México antiguamente no era así: el arco del cielo se podía considerar como de mal agüero y, en tal caso, ir de acuerdo con la mala reputación de que gozaba el collar de Harmonía. "Cuando

el arco del Cielo se ponía sobre algún maguey, decían que le haría secar y marchitar, y también decían que cuando espesas veces aparece, es señal de serenidad". (Sahagún. II. 255). Esto muchas veces indicaba que, como dicen los agricultores, se levantaban las aguas con detrimento de los campos. Ixchel ya sabemos que era la Xochiquetzalli de los nauas que, como Freya, tenía sus enanos que la divertían, y con ella se unió Quetzalcóatl en sus orgías cuando estaba para salir de Tula, ciudad al derredor de la cual se formó un ciclo de mitos que pudieran, con toda exactitud, llamarse los misterios tultecas y están, en cuanto al simbolismo, en un acuerdo perfecto con lo poco que se conoce de los de Samotracia.

En la interpretación del Códice Vaticano, dice Ríos que Xochiquetzalli quiere decir "el levantamiento o exaltación de las flores". Xóchitl es flor, por consiguiente *quetzalli* quiere decir levantamiento y exaltación. Etimología que confirma lo que dijimos en otro lugar hablando del nombre de Quetzalcóatl, en donde asentamos que las plumas enhiestas se interpretan llamas de fuego y, si se aplica a la diosa en un sentido figurado, veremos como conviene exactamente a la Afrodite Urania que Pausanias dice llevó Harmonía. Las flores y el amor puro: la fecundidad de la madre conforme a las leyes de la naturaleza establecidas por Dios: y éste, a mi modo de ver, es el significado de los collares de Harmonía y de Freya con relación a la fecundidad materna que, en un modo universal, se atribuía a la diosa Tierra.

Hefesto, dios del fuego, era el calor que fecunda a la tierra y, como tal, hizo a Harmonía el presente del collar. Entre los indios nuestros la metáfora más usual para expresar el hijo, era no solamente *una rica pluma*, un quetzalli, sino con más frecuencia *una cuenta de oro, una piedra preciosa agujerada*, como lo vemos en los discursos que conservaron los antiguos escritores. De plumas ricas y, sobre todo, de cuentas de oro y de piedras preciosas agujeradas, se formaban los collares; por consiguiente, si cada hijo era una pluma rica una cuenta de oro o una piedra preciosa agujerada, el collar que contenía muchas de ellas debía significar una numerosa sucesión y ser el símbolo de la fecundidad. En muchas de las pinturas de nuestros indios en que encontramos los collares usados como emblema, no como adorno, puede sin esfuerzo entenderse que en ellos se alude a la fecundidad.

Hefesto estaba íntimamente ligado a los misterios, tanto que en Lemnos, donde tenía su morada, se representa en las monedas en una forma que no deja duda de que fuera la fecundidad uno de sus principales atributos. No menos que Hefesto, artífice del collar de Harmonía, estaban consagrados al mismo objeto los enanos que hicieron el de Freya. Este collar era el arco iris proporcionado a la Tierra y destinado a ella por su esposo el Cielo; y debe haber sido también un símbolo de la fecundidad terrestre en relación, con los cuatro elementos, por la multiplicidad de sus colores. Hesíodo hace de la diosa Iris la mensajera de Zeus, hermana carnal de las Arpías, emblemas de los vientos y de los puntos cardinales. Los enanos de Xochiquetzalli eran los seres destinados a fecundar la tierra, que, como en otra parte lo veremos, eran teóricamente cuatro como los enanos de Freya, en combinación con los puntos cardinales y las lluvias de que ellos vienen.

El arco iris se forma, todos lo saben, por la descomposición de los rayos solares que forman el espectro en las diminutas gotas de agua que flotan en una atmósfera saturada de vapor, por consiguiente los seres encargados de la fecundidad de la tierra son los que forman el arco iris, inmenso collar de la diosa Tierra, emblema por una parte de la fecundidad que le comunica la lluvia y la humedad que sólo puede dar ocasión a la formación del arco iris, mas por otra, de desgracia, cuando indica que no ha de venir toda el agua que se necesita.

El regalo de Athene fué un peplo, o sea un lienzo cuadrangular, hecho por ella y entre nuestros indios las nubes se representaban con un lienzo o un papel cuadrangular. ¿No tendría igual significado el peplo de Athene, queriendo dar a entender que la diosa concedía a Harmonía el poder de fecundar la tierra por medio de las nubes que la riegan? El simbolismo de las tribus mexicanas, en acuerdo perfecto con el de los pueblos arianos, unidos, explica los mitos sin esfuerzo, de una manera racional.

Cadmo salió de Tebas con su esposa para no volver y fué Iliria el lugar a donde se dirigieron viviendo entre los enquéleos. (Apolonio Rhodio VI. 516). El nombre de esta tribu se deriva de ἔγχελυς, anguila, que entre los peces es el más parecido a las serpientes y, como tales, considerado por los antiguos que llamaban a los enquéleos un pueblo de serpientes. Los nauas llamaban a la anguila *coamichi* dice Sahagún, "que quiere decir culebra-pez"

(III. 199). Serpientes o sea chanes se llamaban los primeros pobladores que, conforme a las crónicas, se establecieron en Yucatán.

Algunos autores identifican a Cadmo con los Eveos o Hivim, nombre que hacen derivar del siriaco con el significado de serpientes. Bocharto va en cierto modo de acuerdo con ellos cuando dice que los *Hivim* vivían en el monte Harmon y "se les llamaba también cadmitas, esto es, orientales". Si Bocharto tiene razón en la opinión de los que hacen a Cadmo de origen fenicio, resultaría que quienes lo acompañaron a Grecia fué una tribu que tenía el nombre de serpiente, como los chanes que acompañaron a Cukulcan. Tenemos que volver a Ovidio para saber el fin de la fábula. Abrumado Cadmo por las desgracias que le habían acontecido, rogó a los dioses que lo convirtieran en serpiente.

Ipse precor serpens in longam porrigar alvum.
Dixit, et ut serpens in longam tenditur alvum
Durataeque cuti squamas increscere sentit
Nigraque ceruleis variari corpora guttis
In pectusque cadit pronus, commissaque in unum
Paulatim teriti tenuantur acumina crura.

No sólo él recibió lo que solicitó de Zeus volviéndose culebra; sin que lo pidiera, Harmonía tomó la misma forma, porque mientras le daba el abrazo de despedida Cadmo, enroscado en su cuello, ya vuelto completamente una serpiente, ella de repente tomó la figura del mismo reptil.

Et subito duo sunt junctoque volumine serpunt
Donet in adpositi nemoris subiere latebras
Nunc quoque nec fugiunt homines nec vulnere laedunt
Quidque prius fuerint, placidi nominisse dracones.

(Metam. II. 858 sig. III. 1. sig. IV. 563 sig.)

Si el nombre del dios maya Vaclomchaam, que dice Cogolludo adoraban "los muy antiguos de Tihoo", debe ortografiarse Baklum-Chaam y traducirse como lo hace el Abate Brasseur, tendremos explicados todos los eufemismos simbolizados por las piedras, el venado de dos cabezas y la unión de las serpientes, lo mismo entre nuestros indios que entre los griegos primitivos. (Hist. des Nat. Civ. du Mexique II. p. 9 nota 3).

Los espíritus de Cadmo y Harmonía se fueron a la morada de los héroes asegura otro autor, y ellos, en forma de serpientes,

se quedaron en Samotracia vagando al derredor de su propio sepulcro o de la tumba de los Cabiros. Nonno escribe que se convirtieron en serpientes, pero de piedra.

¿Cómo es posible que Cadmo y Harmonía se hubieran vuelto serpientes que vagaban al derredor de su propio sepulcro, mientras sus espíritus se fueron a la morada de los héroes? Esto nos lo explican las creencias conservadas vivas entre los romanos. En una pintura encontrada en las ruinas de Herculano, vemos en un altar, formado por el fuste de una columna, unas oblaciones de alimentos come una serpiente enroscada en el mismo altar, al lado del cual se lee la inscripción *Genius uius loci montis*: El genio de este sitio de la montaña. La pintura contiene también un jovencito desnudo enfrente del altar, pero no es él sino la serpiente el Genio del lugar, como se prueba por un pasaje de Persis que dice: "Pinge duas angues, sacer is locus". (Satir. I. 113) El lugar es sagrado, pinta dos serpientes.

La serpiente, pues, que come las oblaciones del altar y no el jovencito, representante quizá del oferente, es la imagen del Genio del lugar. Claro está entonces que las serpientes que vagaban al derredor del sepulcro de Harmonía y Cadmo y no eran su cuerpo ni su espíritu, eran los Genios de los dos, porque los genios no eran sólo los seres tutelares, sino personalidades adheridas al espíritu y cuerpo de los individuos, tan íntimamente, que se imaginaban con sus mismas formas y se representaban no sólo como serpientes sino con la idealizada figura de la persona misma. Suele decirse que el Genio es una concepción puramente italiana de la cual nada semejante tenían los griegos. (Classical Dictionary p. 359) No lo sé, pero si en las serpientes de que tratamos no se admiten los Genios locales a la vez que los personales de Cadmo y Harmonía, ignoro como se pueda explicar el que éstos, en forma de serpientes, vaguen al derredor de su propio sepulcro, mientras sus espíritus estaban en el lugar de los bienaventurados.

Siendo Cadmo y Harmonía seres representantes de la fecundidad, muy razonable es que sus genios fueran representados por las serpientes, emblemas del poder fecundante, como lo era el fuste de columna de donde la serpiente, símbolo del genio del lugar, toma su alimento ofrecido en el monumento de Herculano. El alimento de las serpientes tenía en Grecia un simbolismo bien

marcado que no fué desconocido en Italia y se relacionaba con las funciones propias de la mujer. De aquí podemos deducir que a esas se refieran los genios de los lugares representados por serpientes, y que su principal incumbencia fuera proporcionar prole y fertilizar la tierra.

En los cuentos árabes hacen un papel muy importante los genios, especie de seres intermediarios entre los ángeles y los hombres: benéficos y maléficos, buenos y malos genios. Los musulmanes los reconocen como criaturas del fuego y ordinariamente aparecen en los cuentos en medio del humo o se forman en él volviéndose visibles o invisibles, según les parece. Tales seres incorpóreos están en el aire y en el agua, y brotan de la tierra y del fuego. Son, dice un escritor inglés, "los cuatro espíritus de la Tierra, del Aire, del Agua y del Fuego" los cuatro elementos auxiliares del sol para la fecundización de la tierra. Fundidos en uno solo, el *genio* que resultó fué el prototipo primitivo del Genio Romano y Griego, del Doble Egipcio, unido en el cuerpo humano, pero separado del alma. Con las formas del cuerpo originaba las energías del humano, compuesto de alma y cuerpo y, por eso, los egipcios y los romanos a veces los representaban con la exacta figura del individuo a quien pertenecía, o con sus brazos y manos los primeros: los segundos también en la forma de una o dos serpientes, tanto cuando se refería a las personas, cuanto para indicar el genio que protegía a los lugares, comunicándoles la fertilidad y las riquezas que reproducían.

Genio viene de *gigno,* engendrar, y se define en el Diccionario Clásico "el poder que concede la fertilidad o fecundidad a cada hombre o a la misma tierra"; y el representar a los Genios como serpientes, "indica la doble conexión del genio con la tierra y sus frutos y con el mundo subterráneo de los muertos", laboratorio a la vez de fecundidad y fertilidad, "siendo las serpientes el símbolo de las divinidades que representan una tal conexión", (O. c. art. Genius) y a la vez emblema de los cuatro elementos. Estoy perfectamente de acuerdo con el sabio escritor.

Por Horacio podemos comprender que el genio de cada uno recibía el ser juntamente con el individuo a quien servía de guía durante la vida, con favorable o adversa fortuna, por lo cual dice el poeta del Genio, que es *albus et ater* blanco y negro, y *vultu mutabilis,* de dos caras. (Epist. II. 2. 187). El genio no termi-

naba con el individuo, era una personalidad inmortal; tal creencia la deducimos de las inscripciones en donde los espíritus de los muertos, *manes,* se asocian al Genio y, por esto, en lápidas sepulcrales se encuentra el Genio a quien se dedican y también en compañía de los Manes: *manibus et Genio.* (Corp. Inc. Latinarum V. 246. VIII. 3696).

El Genio latino puede compararse, y algunos lo asimilan, al *sek hem* o poder egipcio, que hay quien lo considere como una personificación incorpórea de las fuerzas vitales del hombre; o al *khaibit* "unido estrechamente al *ba* o alma", que de seguro se consideraba como parte integrante de la humana economía, alimentándose como el *ka* que, por lo general, traducen *doble* los egiptólogos y era "una individualidad abstracta o una personalidad que tenía la forma y las atribuciones del hombre a quien pertenecía" y que, aunque su residencia habitual después de la muerte del individuo de quien formaba parte, era su sepulcro en donde estaba con el cuerpo del difunto; sin embargo, podía ir a donde mejor le agradaba y siendo independiente del cadáver, habitar en una estatua o en otro lugar cualquiera". (Budge. Book of Dead. Introduction pgs. LIX y LXI). El *ka* egipcio es probablemente lo que representaban las serpientes de Samotracia; y el Genio romano, en su analogía con el *ka,* combina perfectamente con la representación simbólica de esas serpientes que vagaban al derredor del sepulcro de Cadmo y Harmonía.

Algo análogo al *ka* y al *Genio* encontramos en nuestros indios. Uno de los modos que tenían para descubrir las enfermedades de los niños y pronosticar la salud o la muerte, era presentarles un recipiente lleno de agua, arreglado de manera que el líquido reflejara su imagen como en un espejo. Si la imagen reflejada era indecisa o poco perceptible, el caso se consideraba fatal, porque aquello sería decir que el *tonalli* del niño estaba ausente, y cuando se sospechaba una tal ausencia, era cuando se recurría a la prueba de la reflexión del agua para averiguarlo. Frente a un templo de Demeter, en donde la diosa era venerada en Patras, cuenta Pausanias que había un pozo que anunciaba la suerte que correrían los enfermos que lo consultaban. Sobre el agua se suspendía un espejo y en él aparecían ciertas señales por medio de las cuales se podía pronosticar la salud o muerte del doliente que procuraba la consulta. Desgraciadamente no nos dice

el autor si el enfermo hacía reflejar su imagen sobre el espejo y cuáles eran las señales que en él aparecían; mas con todo, la práctica supersticiosa de los griegos era igual a la que usaban los mexicanos.

El *tonalli* debía ser algo que tenía que estar en el niño para que no hubiera peligro de muerte y esto era naturalmente una cosa distinta del cuerpo y del elemento vital, que los indios juzgaban residía en el corazón. *Tonalli*, palabra con que llamaban al día, viene de una raíz que también se encuentra en Tonatliuh, el sol, y envuelve la idea de brillar, resplandecer, estar claro, y, conforme a un tal concepto, el *tonalli* tenía que ser un elemento incorpóreo, que no era ni el cuerpo ni el alma del niño, que se concebía claro o luminoso y era independiente de los otros dos por que se podía ausentar, pero que era indispensable porque su ausencia traía la muerte consigo. ¿Sería algo afín al *Genio* o al ka? Las creencias supersticiosas acerca de los muertos que volvían a las casas me lo hacen creer.

Molina traduce la palabra *tonalli*, calor del sol o tiempo de estío: Remi Simeon, además de estos significados, le da los de alma, espíritu, signo del nacimiento, ración, parte, porción, lo que se destina a alguno. Palabras que se acercan, pero no expresan exactamente el concepto que envuelve la expresión en el hecho de que nos habla Sahagún. No podía ser alma ni espíritu en el sentido que damos a estas palabras refiriéndolas al compuesto humano, porque no por alejarse el *tonalli* del niño se consideraba ya muerto, lo que habría sucedido si de él se alejara el alma o el espíritu. Más se acerca a la verdad la palabra parte, aunque indeterminada, que nos puede indicar un tercer componente, además de los dos, alma y cuerpo, que admitimos nosotros en el hombre, como era el Genio de los romanos, única palabra que, a mi modo de ver y en el concepto explicado antes, traduciría exactamente el *tonalli* de los nauas en el sentido figurado que se aplicaba al hombre. Como genio viene de gigno, engendrar, ese significado etimológico convendría al *tonalli* en la frase *notonal in ipan ni-tlacat*, que traduce Remi Simeon: el signo bajo el cual o con el cual yo nací.

En Roma y Athenas se han descubierto sepulcros prehistóricos que nos demuestran la costumbre antiquísima de enterrar a los muertos en el subsuelo de las habitaciones, tal como lo acos-

tumbraron nuestros indios. El viaje de las almas de los difuntos por las profundidades de la tierra duraba varios años: cuatro entre los nauas, nueve entre los griegos. Durante ese tiempo el cuerpo que se descomponía en el sepulcro producía los gases que se manifestaban en forma de tenues llamas, a que damos el nombre de fuegos fatuos: de allí la superstición de las apariciones de los espíritus, no las almas que viajaban, ni los cuerpos que yacían enterrados, sino otro tercer supuesto componente del cuerpo humano, que por su brillo se llamó *tonalli,* entre los nauas, del verbo *tona,* resplandecer, y genio entre los romanos, representado a veces con una llamita de fuego sobre la cabeza del individuo o con una aureola luminosa que nos indica su origen ígneo como el tonalli de nuestros indios. Los fuegos fatuos dieron lugar a la creencia del genio de los romanos y el Tonalli de nuestros indios.

A propósito de las culebras de piedra en que dice Nonno se convirtieron Cadmo y Harmonía, por Dioniso Periergétes sabemos, que había dos rocas en Iliria llamadas las rocas de Cadmo y Harmonía, que cuando amenazaba alguna desgracia se juntaban y chocaban entre sí. (Orbis Descriptio 390). La conexión entre las serpientes, las rocas y aún las montañas que se manifiesta en las postreras metamórfosis de Cadmo y Harmonía, se encuentra claramente expresada con el mismo significado simbólico en las pinturas y ritos mexicanos.

Una de las veintenas, llamadas meses por los escritores antiguos, tenía en el calendario el nombre de Tepeilhuitl, por la fiesta que en ella tenía lugar en honor de las montañas. En la India moderna las montañas son aún objeto de adoración. Nanda Devi, uno de los picos del Himalaya, se identifica con Parvati, la mujer de Siva, como la Malinche de Tlaxcala se identificaba con Matlalcuéitl. Las Cordilleras de Kaacmur y Vindya se dice fueron hijas del Himalaya y la diosa de Vindya se adoraba con la forma de Maharani Vendhyesvari y era la divinidad principal de los thges. (Keith. o. c. 296). Los nauas las adoraban también como dioses y para ello tenían la fiesta Tepeilhuitl que a todas las abrazaba.

Para celebrarla "hacían a honra de los montes unas culebras de palo o raíces de árboles, y labrábanles las cabezas como culebras. Hacían también unos trozos de palo gruesos como la muñeca, largos, llamábanlos Ehecatotonti: así a éstos como a las culebras los investían con aquella masa que llaman tzoalli". Los

Ehecatotonti, dice Sahagún, eran a manera de niñas, quizá entiende decir el autor alma o núcleo de la figura que tenía la forma de una muñeca y que "la cabeza de cada un monte tenía dos caras, una de persona y otra de culebra". (vol. I. p. 67 y 160). Por el nombre que tenía el palo que servía de armazón a la figura del monte, en el que se incluye la palabra *ehécatl*, el viento cuyo dios era Quetzalcóatl, podemos suponer o que los ehecatotonti fueran una representación del espíritu vivificante, del alma en un sentido análogo al que le damos nosotros, o que con esos palos se quisiera aludir al oficio de Quetzalcóatl con relación a toda clase de fecundidad, pero especialmente a la de la tierra indicada en el monte y en la serpiente.

La serpiente incluída en el nombre de Quetzalcóatl, lo identifica enteramente a Cadmo que se volvió serpiente. En una pintura del códice Telleriano Remense se ve la serpiente de plumas verdes, símbolo de Quetzalcóatl, que engulle a un hombre. El intérprete escribe el nombre del dios, pero en la interpretación dice que, para dar a entender que la fiesta celebrada era de terror, "pintaban este dragón comiéndose un hombre". Tal interpretación no me satisface, porque el dios celebrado en esa trecena, como nos dice Ríos en la interpretación del códice paralelo Vaticano A, era Pantécatl, marido de Mayauel, y esta sería una prueba más de la identidad de Quetzalcóatl con uno de los principales dioses del vino. Ometochtli, dios del vino no inferior en dignidad a Pantécatl, era el numen tutelar de Piaxtla, en la Mixteca, y lo representaban con una imagen de madera recia "a manera de uno que se parecía en unos remolinos de tierra". (Relación de Piaxtla). Los remolinos eran obra de Quetzalcóatl, a quien los de Piaxtla identificaban en su origen con Ometochtli. En la versión del mito relacionado con la traída del pulque, copiado por Thévet, quien se unió a la diosa no fué Pantécatl como asegura Ríos, sino Quetzalcóatl. La fiesta no había motivo para que fuera de terror. La unión del marido y la mujer y transformación en un árbol como reza el mito, antes que los huesos de Mayauel se convirtieran en maguey, nos enseñan con toda claridad el simbolismo de la unión del Sol con la Tierra para que esta produzca, calentada por su calor. El mismo concepto se puede simbolizar en la pintura con el hombre, Quetzalcóatl, que penetra dentro de la serpiente, la Tierra, para asimilarse a ella

calentándola y volviéndola fructífera. No encuentro otra mejor interpretación de la pintura y tanto más me parece adecuada cuanto más nos recuerda la circunstancia en el mito de Cadmo, de su unión indisoluble con Harmonía en forma de serpiente.

Otra figura singular de Quetzalcóatl, que confirma la interpretación anterior, encontramos en el códice Vaticano B., en donde en vez del habitual tocado en forma cónica, tiene el dios dos serpientes amarillas en la cabeza, sobre las cuales, en la figura paralela del códice Borgia, se ve un cielo estrellado símbolo de la noche, indicándonos que se debe tomar al dios en su aspecto nocturno o sea que atiende a la obra de fecundizar a la tierra por medio del calor. Significado simbólico del rapto de Harmonía cuando Cadmo se la llevó auxiliado por Athene, o mejor, cuando en Iliria los dos se convirtieron en serpientes.

De las serpiente amarillas que tenía en el tocado Quetzalcóatl, los indios contaban cosas admirables, que seguramente tenían que ver con el significado simbólico de la figura. Aspides las llama Sahagún, como los griegos llamaban a las serpientes simbólicas de los egipcios, de las cuales dice Cooper hablando del Ureus que "se representa en forma femenina y se usa como un símbolo de la fertilidad". (Se Myths. p. 9). Los mexicanos les decían *tecutlato zauhqui* "que es el príncipe o la princesa de todas las serpientes". Dice Sahagún que era muy venenosa y que cazaba arrojando a distancia el veneno sobre la víctima, pero lo más notable de ella es que "esta serpiente siempre anda acompañada con su hembra y esta con su macho", y todavía más admirable aún es el que "si alguno mata a alguna de ellas, la que queda persigue al que mató hasta que se venga", No anda por el suelo "mas va encima del heno y de las matas como volando; si no le hacen mal, tampoco ella lo hace". (vol. III. p. 210). Como Cadmo y Harmonía que andaban juntos convertidos en serpientes pero sin dañar a nadie. Tales eran las serpientes colocadas como tocado en la cabeza de Quetzalcóatl en sus funciones de sol nocturno. La reina de las serpientes en el Mundo Antiguo no era amarilla sino blanca, y hay que notar el simbolismo de los colores amarillo para el oriente, blanco para el poniente, lugares ambos de fertilidad.

Otra de las pinturas del códice Vaticano A., nos muestra a Totec y Quetzalcóatl enfrente de dos montañas que se juntan por

sus vértices. En la interpretación dice Ríos que las perforaron para poderlas pasar y "otros dicen que se quedaron allí y que se convirtieron en piedras". (Cod. Vat. A. lam. XIII.). También estas montañas se juntaban como las rocas ilíricas de Cadmo y Harmonía. Refiere Ixtlilxóchitl a su manera, con un euhemerismo manifiesto, que los toltecas sacrificaban a Tonacateuctli en ciertos tiempos del año al hombre más criminal y, para ello, "lo llevaban a cierto artificio que llamaban *telimonamiquian,* que quiere decir, lugar del encuentro de las piedras, y allí lo ponían en medio, de suerte que dos piedras con las esquinas se encontraban y lo hacían allí pedazos". (vol. I. p. 38). Un tal artificio como instrumento de castigo es desde luego un absurdo que sólo pudo habérsele ocurrido al escritor texcocano para explicar el mito simbólico de las piedras que chocaban.

En una lámina anterior a las que llevan las mantañas cuyos vértices se chocan, se ven otras dos montañas sobre las cuales está pintado un pedernal y, en medio de ellas, unas figuras humanas cuyos miembros inferiores parecen haber sido cogidos por los montes o hacer esfuerzos por salir de allí. Ríos las llama Tepetlimonamiquia, y traduce, "montañas que se juntan", es casi la misma palabra usada por Ixtlilxóchitl para nombrar el pretendido artificio con que los toltecas mataban a los criminales en honra del dios supremo y que en esta parte del códice se relacionan con las moradas subterráneas. Allí, dice Sahagún, los muertos tenían que pasar "por dos sierras que están encontrándose una con otra" (vol. I. p. 262.) y en Xibalba, el lugar de los muertos de los quichés, no eran dos montañas, sino filosos cuchillos de obsidiana "que estaban haciendo ruido, refregándose unos con otros". (Ximénez. p. 36). Tal fenómeno que en Iliria se verificaba con las rocas o culebras de piedra, metamórfosis de Cadmo y Harmonía, personajes ligados con la fecundidad, en México tenía lugar en los caminos subterráneos del Mictlan, el laboratorio del sol nocturno "que escalentaba la tierra" para hacerla producir los frutos necesarios.

Homero ya nos habla de escollos que se mueven. Vuelto Ulises de su expedición al reino de Hades, Circes le anunció que, pasada la isla de las Sirenas, encontraría "pendientes rocas que los dioses bienaventurados llaman Πλαγκτὰς, errantes". Así fué, y pasado el peligro de las Sirenas, "vieron humo, una extensa ola y

oyeron una gritería". Apolonio Rodio, que aplica este pasaje al viaje de los Argonautas, dice que "las Planetas se movían donde las llamas abrasadoras brotaban de la cúspide de los riscos sobre las rocas encendidas por el fuego y la atmósfera se oscurecía por el humo, sin dejar ver la luz del sol". (Argonautas. VI. 922 sig.) Homero identifica las Planetas a otras rocas que se chocaban y tienen que ver en el viaje de Jasón en busca del vellocino de oro. Al ir por él, Jasón, con sus compañeros, navegando de occidente a oriente, como se suponía que caminaba el sol por el centro de la tierra, tuvo que pasar por el Ponto Euxino por entre las Simplégades, escollos flotantes que chocaban triturando cuanto pasaba entre ellos, de donde les vino el nombre de *rocas que chocan entre sí;* exacta traducción griega de la palabra mexicana *tetlimonamiquia.* La señal que por entre ellas podían pasar inmunes los Argonautas era que antes había de pasar una paloma, ave consagrada a la diosa del amor, sin recibir algún serio daño. (Eurípides. Medea. II. 1263). Decía Homero de las Planetas que "las aves no pueden pasar entre ellas, ni aún las tímidas palomas que llevan la ambrosía al padre Zeus. Los lisos escollos siempre se quedan con alguna de ellas, que el padre Zeus sustituye con otra para completar el número. Ni hombre ni nave alguna ha escapado jamás de entre ellas, porque las olas de mar y las tempestades de fuego destructor hacen desaparecer los hombres y las tablas de los navíos. Sólo se ha podido salvar el Argos, viniendo del reino de Eetes: nave que también se habría estrellado entre las rocas pendientes si por amor a Jasón, no la hubiera salvado Hera". (Odis. Lib. XII). ¿Homero y Apolonio tenían en la mente las islas Siparis al hablar de humo y fuego en conexión con las Planetas? Si fué así, el autor de la Odisea no haría sino adaptar a la geografía un mito simbólico. El fuego es parte del simbolismo y debe referirse también a las Simplégades, que Apolonio Rodio llama Κυανέαι, adjetivo que significa oscuro de color, (Argonautas. II. 318) y conviene a la obsidiana de los cuchillos de Xibalba: la obsidiana era un emblema del dios de la fecundidad que produce el calor causado por el fuego.

Dice de estos islotes Estrabón que son pequeños, uno está en la parte de Europa, otro en el lado asiático del Bósforo; y Tuornefort explica el supuesto choque diciendo que, como son acan-

tilados y están unidos al continente por una especie de estrecho, cuando el mar está alterado, las aguas cubren el pie haciendo aparecer sus picos como dos escollos flotantes. (Clarke. Travels. vol. II. p. 431). En las Simplégades, ahora llamadas Urek Jaki, esto podía pensarse, a pesar de que Apolonio nos hace saber que después de haber pasado entre ellas inmunemente los Argonautas no se volvieron a mover. Mas ¿cómo se podría explicar naturalmente el fenómeno en las rocas de Iliria y en las Tepetlimonamiquia de los nauas? El nombre griego y el mexicano de las rocas que chocan no fué tomado de un fenómeno natural, bien o mal explicado, sino de un simbolismo primitivo ligado con el movimiento y en conexión íntima con la fecundidad.

El origen del simbolismo son los dos pedernales cuyo choque produce la chispa, o la pirita y el pedernal que a los hombres paleolíticos sirvieron para sacar fuego y por eso aparece el fuego en las Planetas de Homero cuyo origen fueron los pequeños fragmentos de rocas que las ceremonias y los mitos fueron poco a poco haciendo crecer hasta convertirlos en rocas inmensas, escollos y montañas. "Después que el cielo fué levantado, sus dioses dieron vida a la tierra, porque murió cuando el cielo cayó". ¿De qué manera fué vivificada la tierra? Tezcatlipoca se volvió Mixcóatl, un dios sol se cambió en el dios del fuego, sacó lumbre de los palos "y fué el principio de sacar lumbre de los pedernales". El fuego restituyó la vida a la tierra y la comunicaba a los seres vivientes. (Hist. de los Mex. 234).

Cuando cesó el reinado de Saturno, cuenta Virgilio que uno de los trabajos que tuvieron los hombres fué sacar el fuego encerrado en el pedernal.

Ut silicis venis abstrusum excuderet ignem,
Y que si el fuego escóndese en las venas
Del pedernal, arránquele industrioso. (Pagaz. I. 65)

y en los Himnos Védicos se lee que Indra engendró a Agni, dios del fuego, entre dos pedernales. Firdusi, poeta persa, nos hace saber cómo encontró el fuego Húshang, personaje mitológico iranio, paralelo de Quetzalcóatl. "Cierto día llegó a una montaña con sus hombres y vió a lo lejos una figura hosca y vivaz, con ojos como charcos de sangre y fauces cuyo humo oscurecía el mundo. El cauto Húshang tomó una piedra, avanzó y la arrojó con maes-

tría, el gusano consumidor del mundo escapó, la piedra hirió a otra mayor y ambas se conmovieron. Brotaron chispas y sus centros resplandecieron. El fuego volvió a salir de su escondite en la piedra, cuando el hierro la percutió. Húshang dió gracias por tan esclarecida merced. Puso una señal con el fuego. Este resplandor es divino, dijo, y si tú tienes inteligencia lo debes adorar". (Shahnamah. I. 124).

Fué la chispa el primer emblema del espíritu vital que reside en el hombre, que el hombre primitivo creía origen del calor residente en el cuerpo que se mueve y está vivo, y abandona al volverse cadáver. La chispa nace del choque de las piedras; éstas tenían que ser el símbolo de los principios que concurren para producir la vida, y el movimiento de las piedras indicaría la acción subterránea y oculta de la naturaleza considerada como si viniera de cuerpos animados. En este trabajo el Sol era la pirita, la Tierra el pedernal, la chispa la vida de la tierra en las plantas, los árboles, los animales y el hombre mismo. Se perdió la primera noción del simbolismo y vinieron los mitos para explicarlo. Claramente se alude a este simbolismo en una antiquísima inscripción geográfica egipcia. "Las dos montañas se abrieron, el dios apareció y tiene el dios el dominio sobre su propio cuerpo. He aquí que Pepi respira el aire". (Inscripción de Pepi en los textos de las pirámides). Pepi, Faraón de la VI dinastía, asegura haber nacido no como un hombre vulgar, sino como nacen las creaturas todas de la naturaleza, del choque de las montañas.

Las palomas que pasan entre las rocas que se mueven para llevar a Zeus y a los dioses el elixir de la inmortalidad; las palomas que atraviesan entre las rocas que chocan y anuncian que pueden pasar a los argonautas que van tras del vellocino de oro símbolo de la fecundidad, representada por el carnero que lo llevaba, siendo las aves consagradas a Afrodite, otra cosa no pueden enseñarnos sino que de aquellas peñas y de su movimiento brotaba la vida en el centro de la tierra, laboratorio de las actividades fecundantes del Sol, en donde nuestros indios conservaban aun esas piedras que chocan y se mueven cuando el euhemerismo griego mucho tiempo ha las había sacado a la superficie y colocado en el Bósforo o en el estrecho de Mesina. En la India y otros lugares de Asia, dice el Gen. Forlong, se acostumbra pasar entre

dos rocas enhiestas para conseguir una deseada prole, y otros escritores piensan con él que lo mismo se acostumbró desde tiempo inmemorial en Inglaterra, en Francia y otras naciones Europeas. Una costumbre tal prueba el significado que damos al simbolismo del choque de las peñas y las montañas.

A la pirita y el pedernal sucedieron en tiempos muy remotos también, los palillos como instrumentos para excitar el fuego y, siendo más fácil de encontrarse donde quiera y pudiendo estar en manos de todos porque sin expensas ni trabajo se podían adquirir, fueron universalmente recibidos por las familias arianas, tal vez antes de su separación, y a los palillos fácilmente se adaptó el simbolismo más antiguo del pedernal y la pirita. Así, en la India, por ejemplo, en donde se dijo que Agni, el dios del fuego, había nacido entre dos pedernales, se decía también que en la tierra se producía el dios por dos palillos, uno de los cuales representaba al padre, el otro a la madre, o eran como dos madres, o como una que no lo podía amamantar. Decían también que diez doncellas lo habían producido y estas doncellas eran los dedos de las dos manos que se tenían que usar en la operación de hacer dar vueltas al palillo superior; y por el esfuerzo que había que hacer para que el fuego se excitara se llama a Agni, el Hijo de la Fuerza. (Keith. Indian Mythology. ps. 41-43).

Prometeo había ido a buscar el fuego, que Zeus tenía escondido, en el pedernal, como dice Virgilio, pero después, Hermes queriendo sacrificar a los dioses algunas de las reses que había robado a Apolo y no encontrando a la mano el fuego para el sacrificio, "hizo una pila de leña y procuró hacer el fuego. Tomó una fuerte rama de laurel y la arregló con un cuchillo", después preparó probablemente una tabla de yedra, que era la otra clase de madera que usaban en sus ceremonias los griegos para excitar el fuego, pero el documento que citamos tiene aquí una laguna y no lo dice, y "teniéndola fuertemente en la mano se levantó el caliente humo". (Himnos Homéricos. IV. 104-110). Quedó inventado el modo de excitar el fuego por medio de los palillos.

Vino más tarde el descubrimiento del hierro y del acero; entonces se pudieron hacer eslabones que sustituyeron la pirita primitiva y se dejaron los palillos como un recuerdo en los usos litúrgicos y el eslabón de acero y el pedernal entraron en el uso

doméstico. Mas como nuestros indios no llegaron a conocer el fierro, entre ellos no pudo volver el uso del pedernal para sacar fuego y siguieron usando los palillos como un medio más fácil y sencillo, en vez de la pirita mineral no tan fácil de encontrar, que habían usado como eslabón.

En otro lugar hemos visto que de las dos piedras simbólicas derivó una tercera que simbolizaba la unión de las dos, y era el *teocómitl* entre los nauas, la peña de los templos de Mixcóatl a la cual puede aplicarse el verso de Ovidio que se refiere a la unión de las dos serpientes, Cadmo y Harmonía, y la expresión bíblica *erunt duo in carne una* materializándola como los pueblos salvajes lo debieron haber hecho, según el verso:

Et subito duo sunt junctoque volumine serpunt.

Símbolo animal en conformidad con el de la tercera piedra que procede de las otras dos, y nos hace comprender la relación entre las piedras y aún las montañas y las serpientes que hemos tenido ocasión de observar en la fiesta que los nauas llamaban *tepeilhuitl* y en la variante del mito de Cadmo y Harmonía, que unos dicen se convirtieron en rocas, otros en serpientes. De aquí derivan, a mi entender, las conversiones de serpientes en piedras que nos presenta Homero antes que otro ninguno. Zeus, para manifestar que Troya caería en poder de los griegos cuando llegara el año noveno del sitio de la ciudad, obró un portento. Habían erigido un altar debajo de un frondoso plátano y el dios hizo salir de él una serpiente que devoró un gorrión con ocho pequeñuelos suyos anidados entre el follaje de las más altas ramas, convirtiendo en piedra al reptil inmediatamente después. El ave anidada en el árbol con ocho hijos, devorados todos por la serpiente que se convierte en piedra, es un enigma muy fácil de adivinar, considerando que las aves son el sol y los árboles los puntos cardinales. Si los pajarillos son ocho, es porque ocho años componían el primer ciclo griego y las primitivas olimpiadas: la serpiente es la tierra que se traga al sol para que la fecunde: el simbolismo es claro y se comprende cómo, después de haber engullido las aves, se convierte en piedra que entonces vendría a representar la unión.

El número nueve es uno de los simbólicos que, en las mitologías de los arianos, egipcios y mexicanos, está ligado con las mis-

teriosas fuerzas de los poderes subterráneos por la reduplicación de los cuatro elementos y el sol que forman nueve, o por las nueve lunaciones completas que se requieren para la formación del cuerpo humano.

Las piedras que proceden de las dos que simbolizan a la tierra y al sol, que son emblemas de su unión subterránea, dieron probablemente origen al *menhir* del Mundo Antiguo y a las piedras enhiestas que se encuentran en Chiapas, en Yucatán y la Huaxteca, de las cuales nos hablan Pineda, Stephens y Prieto, respectivamente.

Los griegos llamaron στήλη, primero a una piedra que probablemente pudo haber sido el símbolo que vamos examinando, porque ya Homero en la Odisea la asocia con los ritos fúnebres y, por consiguiente, con las fuerzas subterráneas que tenían su sede en el Hades, morada de los muertos, de donde subían a la tierra las almas que habían de informar a los que nacían. Dice el poeta que a Elpenor le construyeron un sepulcro y sobre él erigieron una στήλη, (XII. 14) expresión usada en la Iliada en un igual sentido. Tres piedras brutas y sin pulir observó Pausanias en el sepulcro de Melanippo, cerca de Tebas (IX. XVIII. 1.) que eran ciertamente las *stelas* primitivas usadas en los sepulcros por los griegos, las mismas que se encontraban entre los celtas según los versos de Osian: "No has observado tú *una roca* con su cabeza de brezos? Aquí crecen las flores de las montañas, el cardo sólo se encuentra aquí: *dos piedras* medio enterradas en el suelo, enseñan sus cabezas cubiertas de musgo; el ciervo de la montaña huye del lugar, porque observa el espíritu gris que las custodia, porque el poderoso yace en el estrecho espacio de la roca". (Hermes Britanicus. p. 70).

El nombre Menhir lo hacen compuesto de dos palabras celtas, *men*, una roca, una gran piedra, y *hir* larga, grande: στηλη viene de una raíz στα de donde el verbo στέλλω, establecer e ιστέμι estar enhiesto. Es clara la analogía entre los menhires y las estelas. Ἡρακλήια στηλαι y también στῆλαιΔιονυσου llaman Herodoto, Aristóteles y otros escritores griegos a las dos montañas que otros escritores llaman las Columnas de Hércules, a uno y otro lado del Estrecho de Gibraltar, y a las dos montañas de la India hasta donde llegó Dioniso según el mito. Estas cuatro στηλαι, columnas o montañas, dos al oriente y dos al occidente, serían los

representantes geográficos de los imaginarios sostenedores del cielo.

A estas piedras llamaban cippus los romanos y, en tiempos más recientes, ambos pueblos griegos y romanos las usaron para escribir en ellas inscripciones. Con inscripciones y sin ellas se encuentran verdaderas *estelas* o *cippos* y menhires en Yucatán. Algunas vió Stephens en Sihoh que, a cierta distancia, le hicieron recordar los monumentos de Cobán. Eran las de Sihoh, piedras brutas y sin tallar: una de ellas plana, tenía catorce pies de altura, cuatro de ancho hacia el remate y uno y medio de espesor; en general, los que las habían levantado tan sólo se preocuparon, al parecer, de su tamaño. Se veían como señales de muertos desconocidos. (Incid. of Trav. in Yucatán. I. 201). Tal fué el origen de los *acantunes* mayas, de los menhires celtas, de las *estelas* griegas y los cippos romanos, que después se cubrieron de glifos, inscripciones, adornos y relieves, verdaderos símbolos de la fecundidad, que a decir verdad, como se advierte por los menhires celtas y las piedras paradas de Chiapas y Yucatán con grande elevación, si tuvieron origen en los sepulcros, de allí salieron como los obeliscos para ser objetos simbólicos exclusivos de culto y veneración.

En las más antiguas mastabas o sea monumentos sepulcrales de las primeras dinastías egipcias, hacia el oeste, en el departamento destinado al difunto, ponían una puerta fingida y una piedra enhiesta que puede, con probabilidad, conjeturarse fuera un símbolo de la fecundidad, como el que acabamos de decir usaron los griegos y los mayas y estaba ligado con el oficio fecundante del sol nocturno, proveedor del sustento necesario para los vivos y del alimento que los pueblos neolíticos creyeron fuera necesario igualmente a los muertos. Que el simbolismo de las piedras sepulcrales estuviera en armonía con las atribuciones del sol nocturno de la fecundidad lo mismo en Yucatán que en Grecia y en Egipto, se puede conjeturar del hecho que en tiempos posteriores, en estelas fúnebres de las mastabas egipcias, colocadas al poniente, se encuentra escrita una lista de los alimentos y bebidas que pudiera necesitar el difunto, con una invocación a los dioses de los muertos, Osiris y Anubis, suplicándoles lo proveyeran de las cosas necesarias. (Maspero. Manual of Egyptian Archeology. p. 139).

Unidos con las estelas sepulcrales se encuentran igualmente en las mastabas los embriones de los admirables obeliscos que, en tiempo de las siguientes dinastías, adornaron las entradas de de los templos faraónicos, elevados constantemente en parejas aunque, a veces, de alturas desiguales. Las estelas de piedra groseramente talladas llevando el nombre del rey difunto, dice Maspero, que se ponían enfrente de las tumbas de las primeras dinastías y los pequeños obeliscos de piedra calcárea de cerca de tres pies de altura que se encuentran en los sepulcros del fin de la tercera, colocados a la izquierda y derecha de la estela, o sea a uno y otro lado de la puerta que conduce a la habitación del difunto, nos demuestran la conexión entre las tres piedras de que antes hablamos. Pepi decía en una inscripción ya citada, que había nacido al abrirse las montañas. En el orgullo faraónico el rey es todo; los dioses, el sol, la tierra, los elementos: así leemos en sus inscripciones. La estela central lo representa en esta forma universal, los obeliscos laterales son los símbolos del principio activo y pasivo de donde proceden las cosas, el primitivo pedernal y la pirita, padres de la chispa, que iban creciendo hasta volverse obeliscos y montañas como creció la chispa volviéndose estela y menhir.

Los egiptólogos no han llegado a ponerse enteramente de acuerdo en el significado del obelisco: quién los cree una representación de Amon-Engendrador; quién el dedo de Dios; quién un rayo de luz; quién una imagen del sol. De las mastabas salieron los obeliscos a los templos, siendo el más antiguo de los conocidos el de Userbesen I en Heliópolis. Eran objetos que se adoraban porque se ven representados en escarabajos o como dicen, escarabeos, recibiendo la veneración de los hombres y la comparación de estos grabados con otros análogos patentiza haber sido objetos simbólicos de la reproducción. (M. E. Rongé. Etude des monuments de Karnak). Los de Luxor se sabe por las inscripciones que fueron erigidos por Ramses II en honor de Ammón y uno de ellos fué transportado a París. (Pierret. Dic. d'Arch. Egyptiene).

Ammón era el dios de la fecundidad, el sol considerado bajo este aspecto y justo era dedicarle en los dos obeliscos el símbolo del par que se consideraba su principio, imágenes de las montañas que se habrían para dar paso a los Faraones de las primeras dinastías y última evolución egipcia del primer par de piedras

que sirvieron para producir el fuego. Y que en realidad haya sido en México la producción del fuego el sentido que se les daba a los cerros que se movían, queda manifestado por el pedernal símbolo de ese elemento, dibujado en la cima que cada una de ellas tiene en el códice Vaticano A. Ya hablamos detenidamente en otro lugar del simbolismo naua de las montañas y piedras con relación al fuego, enteramente de acuerdo con el que en tiempos prehistóricos se dió a los mismos objetos en el Antiguo Hemisferio.

Los mitos paralelos de Cadmo y Quetzalcóatl no contienen solamente las dos rocas que se chocan como un emblema del poder productivo en el movimiento de la naturaleza, sino las dos serpientes con la montaña o colina sepulcral y los mismos reptiles indisolublemente unidos. Se dice en una de las variantes del mito de Cadmo, que él y su mujer, convertidos en serpientes, vagaban en Samotracia al derredor de un sepulcro, y hay que notar que muchos de los montones de tierra y piedra hechos artificialmente que se encuentran en territorio griego, algunos con las dimensiones de una colina o cerro pequeño, ya desde los tiempos de Homero sabemos que tenían el nombre de sepulcros de los héroes. Tal era, como vimos, la colina cercana a Troya que se llamaba sepulcro de Morrina. Las dos serpientes mitológicas podremos pensar entonces que vagaran en Samotracia al derredor de una de estas colinas artificiales, llamadas sepulcros, que se pueden equiparar a un cerro.

En las leyendas toltecas, principalmente cuando se hace a los aztecas tomar parte en ellas, tiene especial interés una montaña llamada Coatepec, el cerro de la culebra, y el Códice Vaticano A. nos muestra entre las pinturas que se ligan con los mitos de Quetzalcóatl, en Tula una montaña en la forma estilizada que les daban los nauas: debajo de ella, como si nacieran del pie, se ven las cabezas y parte del cuerpo de dos serpientes, y encima los palillos que servían para sacar el fuego y llamaban los nauas mamaloaxtli. De las serpientes y el monte suelen algunos sacar el nombre de Coatepec, que significa montaña de la serpiente, e interpretar la pintura como una designación geográfica de un lugar cerca de Tula en donde los aztecas celebraron la fiesta del nuevo ciclo, indicada, según ellos, con los palillos que se ven sobre

el monte y que en esa fiesta, servían para la extracción del fuego nuevo, que era la ceremonia principal. El intérprete del códice nada dice de todo esto y se concreta a consignar que en ese cerro fué donde cayó el *tecuahuitl.*

Ignoro si con esa palabra también era llamado el *teocómitl,* la piedra simbólica de Mixcóatl y "la piedra grande que se llama techcatl", que dice Sahagún "a los toltecas cayóles del cielo", y en la Historia de los Mexicanos se lee que los habitantes de Tula tenían una piedra por templo y en ella sacrificaban los mexicanos. Esto es muy probable que fuese el Tecuahuitl que dice Ríos cayó en el lugar donde estaba el cerro con las dos serpientes y los palillos para extraer el fuego, y aún me inclino a creer que el glifo a que se alude fuese precisamente ese *tecuahuitl,* caído del cielo. *Titl* significa piedra, *cuahuitl,* quiere decir árbol; por consiguiente, lo que cayó del cielo fué un árbol-piedra o una piedra en forma de árbol, como el teocómitl, la biznaga, cactus, que en las cercanías de Tula tiene enormes dimensiones; la piedra en donde sacrificaban representación del símbolo andrógino de Mixcóatl. ¡Curiosa coincidencia! Encontramos en Pausanias que, en la cámara nupcial de Semele, la madre de Dioniso, dios griego de la fecundidad, con un rayo que mandó Zeus para demostrar su majestad divina "cayó un tronco del cielo, y dicen que Polidoro adornó con bronce este tronco y lo llamó Dioniso-Cadmo". (ob. cit. IX. XII. 4).

El cerro, con las culebras y el instrumento para extraer el fuego, es a mi parecer, en el simbolismo de nuestros indios, ni más ni menos como las dos piedras que se chocaban juntas con la piedra central, la estela, o el *teocómitl* de Mixcóatl y no era otro quizá en sus principios el Dioniso-Cadmo, o sea Cadmo con las atribuciones de Dioniso, que cayó del cielo, como el mito decía, en el aposento nupcial de Semele. Tanto en la representación gráfica del Códice Vaticano A, como en el mito de Cadmo, las dos serpientes y el cerro tienen que estar forzosamente de acuerdo con el árbol de piedra y con el tronco que cayeron del cielo, el uno en el lugar en donde se excitaba el fuego con los palillos, el otro donde lo excitó el rayo de Zeus. El teocómitl,—olla de piedra u olla divina más bien, nombre que llevan las biznagas, en la forma más desarrollada del cactus—, tiene algún parecido

con las pinturas de la famosa piedra de Delfos, llamada por los griegos el omfallos u ombligo de la tierra, y aquí conviene notar, que el árbol Ygdrasil de la mitología germánica, el caballo de Odhin o sea aquel de los puntos cardinales que le correspondía al dios, según Kauffmann el árbol del sacrificio, donde Odhin se ahorcó, era el centro o el ombligo de la tierra y, como la olla divina de Mixcóatl, representaba toda la naturaleza viviente. Nació del cuerpo de Ymir, gigante formado de fuego y agua, sacrificado por los dioses. (Dic. of. non. Clas. Myth. ps. 191 y 193). El caballo en la mitología griega era el emblema de los puntos cardinales, ligado con los dioses que representaban a los elementos y eran guardianes de los puntos cardinales. Si el árbol germánico se llama el caballo de Odhin, considerando a los árboles ligados con los puntos cardinales lo mismo que los caballos, el árbol Ygdrasil, al llamarse el caballo de Odhin, nos daría a entender que correspondía a Odhin como aquel de los elementos y puntos cardinales del cual era Odhin el representante más bien que el árbol del sacrificio. Así opina el mitólogo alemán fundado en que caballo indica un instrumento de suplicio, como nuestra palabra potro, y en que, en ese árbol, estuvo colgado Odhin durante nueve días.

Con el árbol de Odhin está ligado el fuego, como lo está en el monte de Coatepec y en el tronco de Dioniso. Es la chispa o la llama que procede de las dos piedras o los palillos origen simbólico de la vida; el calor, causa de la vegetación de la tierra humedecida por el agua.

*
* *

Emblemas del tronco, el árbol, las serpientes y las piedras expresando las mismas ideas que a esos signos daban nuestros indios, encontramos en gemas y medallas sirias, fenicias y caldeas. En una gema publicada por Lajard, se ve la imagen de un personaje andrógino: a su derecha tiene una serpiente con el cuello erguido, la cabeza radiante y un losange o punta de lanza, como el *técpatl* de nuestros indios, sobre el nudo que forma la parte inferior de su cuerpo. Esta serpiente no cabe duda que, como todos la interpretan, es un emblema solar. Al lado izquierdo

de la imagen andrógina se ve otro reptil enteramente igual, pero en vez de los rayos que salen de la cabeza, tiene la creciente lunar, que lo caracterizan como símbolo de la luna. Otra medalla tiene un fuste de columna sobre el cual arde el fuego y, de uno y otro lado, sendas culebras que salen de la base: exactamente el mismo emblema naua más artísticamente expresado, que suele tomarse por el jeroglífico de Coatepec. Hay a la izquierda otras dos serpientes enlazadas en un bastón como en el caduceo. En otra se ve la serpiente enroscada en un tronco, a su izquierda una palma, árbol que en México y en Grecia estaba consagrado al Sol; a su derecha un caracol, emblema lunar en México y en Grecia probablemente también. En una cuarta, finalmente, se ve la serpiente enredada en una palma y, a uno y otro lado, las dos rocas simbólicas: debajo la cista de los misterios.

Las dos serpientes enlazadas han tenido cierto culto y son aún en algunas partes objeto de supersticiones derivadas del primitivo simbolismo. En ciertos lugares de Calabria, asegura Dorza, que es común la creencia popular que la vara con que mataban las serpientes que se encontraban enlazadas adquiría virtudes mágicas. (La Tradizione Greco-Latina negli usi e nelle credenze popolari della Calabria. p. 141). Culebras enlazadas se ven en los templos de Elora y otros antiguos monumentos de la India, país en donde hasta el presente las mujeres de los alderredores de Bangalor adoran piedras esculpidas con ese emblema de las dos serpientes y en donde en casi todas las aldeas del distrito de Kurbarga se ven lajas de piedra caliza colocadas cerca de los santuarios hindúes con las dos serpientes enlazadas en una vara, groseramente grabadas. (Panjab. Notes and queries. II. p. 446).

Refiere Apolodoro, que cuando el adivino Tiresias vió una vez dos serpientes de esa manera, se convirtió en mujer, y que cuando las volvió a ver tornó a su forma primitiva. (Bib. III. 6. 7). Ovidio atribuye la metamórfosis del adivino a que Tiresias golpeó con su bastón a las serpientes y dice que siete años conservó la forma de mujer que había tomado primero; que el año octavo volvió a ver a las mismas serpientes enlazadas, de nuevo las golpeó con su bastón y entonces,

Forma prior redit genetivaque venit imago.

(Metam. III. 324-331).

volvió a su primitivo estado y tuvo de nuevo la forma que recibió al nacer. De ocho en ocho años se junta el sol con la luna, yendo entonces de acuerdo las diversas posiciones de los dos astros en el espacio acordando el año solar con el lunar; con el acuerdo de los dos calendarios se relaciona la fábula de Tiresias y la unión de las serpientes con la de los astros. Ya sabemos que la luna es la representante mitológica de la tierra. Un antiguo anotador anónimo de Homero en vez nos hace saber que, de las dos serpientes matadas por Tiresias, la primera fué hembra y entonces se volvió mujer; la segunda era el macho y entonces volvió a su ser de hombre. (Escol. en Odis. X. 494).

La vara que ponían los griegos en las manos de Hermes y llamaban κηρύκειον y los romanos en las de Mercurio llamándola *caduceo,* de ordinario lleva dos serpientes enlazadas, porque este dios, dice Higinio, vió que dos serpientes estaban peleándose y las apartó con su vara. De esta insignia del dios mensajero tendremos que ocuparnos en otro lugar; por ahora nos baste saber que las serpientes y la vara se consideran aún como símbolos de fecundidad y no lo contradice la fábula de Tiresias. El símbolo mexicano paralelo tendremos mejor oportunidad de estudiarlo en conexión con el *caduceo* de que hablaremos después.

Tanto entre los griegos como entre los nauas corría la versión que existían serpientes con dos cabezas, una en cada extremidad, de manera que podían indiferentemente moverse a uno u otro lado. Por esta circunstancia los griegos las llamaban αηφίσβαινα y entre otros la mencionan Nicandro y Esquilo (Agamemnon. 1233). Bufón piensa que pudo haberse creído que tenía dos cabezas porque podía moverse a una y otra parte como ciertas lombrices; y antes de él Avicennas había dicho que, por ser de una grosura igual de la cabeza a la cola, era por lo que decían que tenía dos cabezas. Disputan los naturalistas acerca del tipo de serpientes que pudo dar lugar a la fábula y el Prof. Anthon opina que fué probablemente una variedad de la Anguis fragilis de Linneo. Miss Kingsley oyó decir a los negros de Africa que allí existía una serpiente que tenía una cabeza por delante y otra por detrás, pero no dice haberla visto. (West African Travels. p. 161). Así vemos una en la décima división del Om-Tuat, de donde podemos deducir que los egipcios tenían estas serpientes

como un símbolo relacionado con el mundo subterráneo. No hay pues que buscar el tipo de las serpientes de dos cabezas entre los ofidios o reptiles en general, sino entre las creaciones simbólicas de la mitología primitiva, que tienen como fundamento la idea expresada en la unión de las dos serpientes, gráficamente simbolizada de otro modo.

Esta culebra de dos cabezas tenía en mexicano el nombre de *maquizcóatl,* que significa esto mismo y dice Sahagún que, en cada una de las dos cabezas, "tenía ojos, boca, dientes y lengua: no tiene cola ninguna, no es grande ni larga sino pequeña, tiene cuatro rayas negras por el lomo, otras cuatro coloradas en un lado y otras tantas amarillas en el otro". (Sahagún. III. 213). Con seguridad los indios que dieron al misionero la descripción de la *maquizcóatl,* tenían en la mente la culebra mitológica con dos cabezas que se ve en los códices y en las andas en que los aztecas llevaban a Huitzilopochtli procesionalmente. Tanto por los colores de las cuatro rayas, que son los simbólicos de los elementos, cuanto por el contexto de las figuras que la acompañan, ordinariamente divinidades que tienen relación con la fecundidad y con la tierra, se comprende que las culebras de doble cabeza que tenían los mexicanos y los griegos eran una representación abreviada de las culebras enlazadas.

Las amfisbenas de Yucatán toman en los monumentos las formas de dragones diversos, de los que ya describimos, en el cuerpo, que no lo tienen de lagarto sino de ofidio más o menos estilizado pero sin patas, y las fauces, como las de los dragones, abiertas por lo regular y la mândíbula superior exageradamente larga y volteada hacia arriba. Se ve en ellas, como en los dragones, no raras veces los símbolos del sol y de la muerte, o sea la tierra, una vez que la tierra era el receptáculo de los muertos, y los tienen en las cabezas, respectivamente, indicándonos, sin dejar lugar a la duda, que son el símbolo de la unión fecunda de la tierra con el sol como en el mito griego lo fueron Cadmo y Harmonía, unidos en forma de serpientes. (Spinden. Study of Maya art.) La culebra con dos cabezas de dragón, no es raro verla en las manos de una divinidad en los monumentos mayas, como se puede observar en las publicaciones del Peabody Museum y en la estela de Copán, grabada en la obra de Stephens. (Travel in Central America. vol. I. p. 140).

Decíamos que las dos cabezas de dragón en un solo cuerpo de serpiente no son sino la abreviación del simbolismo de las serpientes unidas, y encontramos una prueba entre las pinturas descubiertas en las ruinas de Chichén-Itzá. En una de ellas se ve en la parte inferior, a manera de friso, una enorme figura humana yacente, al parecer de mujer, cuyo vestido está formado de figuras exagonales a la manera de los alvéolos o celdillas de un panal, de las escamas poligonales de un carapacho de tortuga, o de las divisiones de una piña, como las que usaban los que tomaban parte en las orgías de Dioniso poniéndolas en la extremidad superior del bastón que llamaban tirso. Un punto colocado en el centro de los pequeños exágonos con que está decorado el vestido de la figura yacente de Yucatán, me hace recordar las cuatrocientas, o sea innumerables tetas que Ríos dice tenía la diosa Mayauel.

La tortuga, como la piña y el panal, eran en la India y en Grecia, y la primera también en México, emblemas sivaíticos en unión estrecha con el simbolismo de la fecundidad. El panal creen algunos fué un emblema perteneciente a Afrodite. Ciertamente la miel en conexión con muchos ritos griegos, hindúes y aun de nuestros indios, tenía que ver con la fecundidad, sobre todo entre varias tribus arianas, que como los hindúes, la asociaban con la luna y con su carro, en el que se rogaba a los Asvinos llevaran a las recién casadas. Las abejas en Grecia y el Asia Menor proporcionaban los nombres de sus reinas, que para los griegos eran reyes, a ciertos sacerdotes encargados del culto de diosas que tenían a su cargo la fecundidad; y en la India las abejas eran las flechas o estímulos amorosos de Kami, la diosa del amor. Los mayas se dedicaban con empeño al cultivo de las abejas según todos los escritores peninsulares, y entre sus fiestas religiosas, sabemos por el Sr. Landa, que hacían algunas los que se dedicaban a este ramo de la industria. De los nauas asegura Hernández que también las cultivaban. (Hist. Planc. II. 545).

Si el artista que pintó la imagen de Chichén-Itzá no quiso expresar en su vestido con figuras poligonales ni el carapacho de una tortuga, ni los gajos de una piña, ni los alveolos de un panal, sino los innumerables pechos de Mayauel, hay que considerar entonces que a esta diosa puede acercarla también la serpiente que muchas veces le colocan al pie; porque en la figura de la divini-

dad que vamos describiendo se ven salir dos semejantes reptiles como de la cintura, cuyas cabezas de dragones, exageradas en su grandeza, se encuentran dibujadas, una a la cabeza y la otra a los pies.

Una de estas cabezas, no se puede bien comprender si arroja, o recibe en las abiertas fauces, un objeto con la figura que los nauas daban al pedernal y saca o deposita dentro, la figura de una mujer que viste enaguas reticulares. Un vestido dibujado en forma de red lo suelen llevar Xochiquetzalli, Chalchiutlicue y Matlalcuéitl, que no es sino la forma tlaxcalteca de Xochiquetzalli combinada con Chalchiutlicue. Su nombre, a pesar de la opinión de Durán, juzgo que se deriva de *matlactli*, red, y alude al vestido, y, sobre todo, a la red que entre los indios servía para transportar los mantenimientos. De las redes se hace mención en el Popol-Vuh de los quichés. Una de ellas que llevaba Xquic a las sementeras de Hun-Batz y Hun-Choven se llenó maravillosamente de mazorcas de maíz. (Ximénez. p. 43). Sahagún dice que con la red era con lo que desgranaban los indios el maíz y hacían otras cosas. "Los que se llaman Matlaltzincas para desgranar el maíz, echan en una red las mazorcas y allí las aporrean para desgranarlo" (III. 128). Era la red y, por consiguiente el vestido reticular, un ornamento que puede convenir a los dioses de la fecundidad y podía ser un símbolo que la significaba en ellos: pero para poder demostrar el fundamento que apoya nuestra conjetura, tenemos que entrar en una larga, aunque no inútil digresión.

*

* *

Los matlaltzincas, de origen quinametin, habían recibido la misma cultura de las tribus afines, mixtecas y zapotecas, aunque entre ellos, por las circunstancias especiales en que se encontraron, no recibió todo el desarrollo que tuvo entre sus afines del sur. Vivían principalmente en un elevado, espacioso y fértil valle, que, en el siglo XVI, se llamaba indiferentemente de Matlaltzinco y de Toluca y ahora sólo se conoce por el segundo nombre Los matlaltzincas también llevaban indiferentemente este nombre y el de tolucas. El nombre de matlaltzincas, dice Sahagún, "tomose de *Matlatl*, que es la red con la cual desgranaban el maíz y

hacían otras cosas": el de tolucas, "porque decían que en el pueblo de Toluca está una sierra que se llama Tolutzin o Tolotepetl, de la cual toman el nombre los *tolucas* y otros, y aun los mismos del pueblo dicen que se llaman del mismo por ser su nombre Toluca. También se dicen tolucas del *tulli,* que es la juncia de que se hacen petates, porque en el dicho pueblo se dan mucho las juncias". Otros nombres tenían en el idioma que hablan; los que dejamos apuntados eran los que les daban los nauas.

En el valle de Toluca y, en general, en las regiones altas que habitaban los matlaltzincas "solamente se da el maíz y frisoles y unas semillas que son de mantenimientos que se llaman huactli". Su comida se reducía a "tamales y frisoles y su bebida era la masamorra que llaman *xocoatolli.* También en su tierra se hace el maíz tostado que se llama *mumuchtli,* que es como una flor muy blanca cada grano: su ropa era mantas de maguey". (Sahagún III. 130 y sig.) Tenía que ser una tribu eminentemente agrícola y sus dioses, cuando adoptaron la idolatría, tenían que estar en relación con sus hábitos y, por consiguiente, con las operaciones de la agricultura y la fertilidad de la tierra. Así es que los ídolos, que con más frecuencia se encuentran en todas las regiones que habitaron, son Quetzalcóatl, Tláloc, Mixcóatl y Xochiquetzalli o Chalchiutlicue y las fiestas, de que nos hablan los antiguos escritores que hacían, eran a Mixcóatl y Xochiquetzalli.

Encontramos en Clavijero que el cerro de Toluca era uno de aquellos en donde Tláloc, dios de las lluvias fertilizadoras, recibía mayor veneración y Sahagún nos hace saber que, para celebrar la fiesta llamada Etzalcualitztli en honor de Tláloc, iban sacerdotes de México a traer juncias al Citlaltépetl, que es la montaña que llamamos ahora Nevado de Toluca. (Clavij. I. 232. Sahag. I. 57 y 111). En las faldas de esa misma montaña no es raro encontrar ídolos de piedra y barro con la cara peculiar de Quetzalcóatl y hablé ya de una estatua del mismo dios, de dimensiones regulares, hecha de piedra y encontrada en el Valle de Toluca. ¿Era representación de este dios, de Tláloc, de Mixcóatl o de Xochiquetzalli el ídolo que adoraban los tolucas con el nombre de Coltzin? No lo he podido averiguar de una manera que no dejara duda y sólo puedo asegurar que siendo los matlaltzincas una tribu eminentemente agrícola y siendo todos los dioses, que con seguridad nos consta haber tenido culto entre ellos, dioses cu-

ya incumbencia principal era la fecundidad de la tierra, Coltzin tenía que ser uno de ellos.

Un sacrificio peculiar tenían estos indios para obsequiar a su dios y en él tenía que influir ciertamente el deseo de que, en cambio, diera la fecundidad a la tierra. La red, como lo acabamos de ver, era el instrumento que usaban para desgranar el maíz, separando los granos del inútil núcleo central, el olote como le llamaban los nauas, el corazón como le decían los mayas en su lengua. Para sacrificar a Coltzin, los matlaltzincas metían a la víctima en una red, o como dice Sahagún "la estrujaban retorciéndola con cordeles puesto a manera de red y dentro de ellos le oprimían tanto, que por las mallas de la red salían los huesos de las manos y pies y derramaban la sangre delante del ídolo". (Sahagún. III. 128-130) El sacrificio seguía el mismo procedimiento del desgrane del maíz y la víctima era una viva representación del cereal. Muy lógico es entonces que la red tomara parte en el simbolismo de la fecundidad y que, por medio del bárbaro sacrificio, se pidiera a Coltzin que la tierra produjera el maíz.

En la lámina 15 de la obra de Durán se ve una imagen de Tláloc vestido con una especie de jubon con adornos reticulares y otros del mismo género: lleva el escudo que sostiene en la mano. Pomar, describiendo la estatua del dios que veneraban los acoluas en Texcoco, dice que tenía en la mano izquierda, "una rodela de pluma con guarniciones de nácar por encima *a manera de red,* y sobre las vestiduras que también eran de plumas azules, tenía la misma guarnición". El mismo autor nos enseña "que el traje y vestidura significaba a la lluvia y abundancia de frutos". (Relación de Texcoco. p. 11). La red dió el nombre a la diosa Matlalcuéitl, la de la falda de red, y ésta, que Muñoz Camargo dice, fué la mujer de Tláloc en lo que se identificaría con Chalchiutlicue, fué igualmente, según él, la sucesora de Xochiquetzalli y era para los tlaxcaltecas la diosa de las lluvias que fecundan. Era entonces muy probable que la red, como utensilio agrícola, fuese en México un emblema de fecundidad por la razón que no se podía usar de esta red sino cuando el maíz, enteramente maduro, se preparaba para poderse comer. A la diosa Tonacateutli la pintan con un metate, piedra con que se molía el cereal, y era Tonacaciuatl, como lo dice su nombre, la Señora de los mantenimientos y la madre de los dioses, de donde se colige que

también el metate simbolizaba la fecundidad así como en la India se simbolizó con el mortero y el almirez.

Osiris Un-Nefer lleva en una imagen publicada por Lanzoni en la lámina 293 de su obra, un amplio manto que no parece sino una red. Varias explicaciones he leído en las obras de los egiptólogos, pero ninguna me satisface. Osiris, dios solar o dios de la vegetación, en cualquiera de los aspectos que se le considere, todos los escritores convienen en que era un dios encargado de la fecundidad. La red que viste ¿no pudiera en Egipto, como en México, ser un emblema del atributo fecundante del dios? Otras diosas egipcias, Isis y Hathor especialmente, llevan vestidos reticulares que vemos en cilindros asirios y figuras prehistóricas griegas, en personajes femeninos como los de los monumentos antiguos de los mayas. En la India llevaba un vestido reticulado Kandu, personificación de la Luna. Cierto es que ni en Egipto, ni en el Asia ni en Grecia había maíz que desgranar en las redes, pero en todos estos países las redes podían servir para el trasporte de los mantenimientos y servían para la caza y la pesca de que se alimentaban los hombres.

Las redes tienen que ver en Egipto con los difuntos. En el capítulo CLIII del libro de los muertos se habla de ellas y en dos viñetas del papiro de Nu se ven pintadas. En una, la red está sujeta al suelo por una estaca clavada en una punta y tiene una cuerda que maneja el difunto: en la otra, la red está en el agua llena de pescados y la sacan a flote tres cinocéfalos, animales sagrados en conexión con Thoth y con el Sol. Se colige del texto, que, por la recitación de este capítulo, el difunto se hace capaz no solo de librarse de ser cogido en las redes del cazador, cuyos dedos están escondidos, sea que se tiendan las redes en el suelo o se echen al agua; sino de poder con ellas cazar y pescar para socorrer las necesidades de alimento que pudiera tener en la otra vida. La red, las cuerdas, los instrumentos con que se sujetaba o se hacía funcionar, tenían sus nombres mágicos con cuyo conocimiento el difunto, por una parte, se libraba de las redes y, por otra, se hacía capaz de usar aquéllas. (Book of Dead. I. p. CLXXXIII: III, ps. 510. 515.)

Para limpiar el grano y librarlo de la paja, en Grecia usaban el λίκμος o λικμόν en Italia el *vannus* que, para mondar los ce-

reales, hacían un oficio parecido al del *matlatl* de los nahuas ¿Y quién nos dice que en los tiempos primitivos estos utensilios no hubieran estado construidos con mallas como las redes? En el Himno a Hermes dice Apolo a este dios: "Niño que yaces en un λίκα apresúrate y dime qué sucedió con mi ganado" (V. 254) y en un monumento griego que se conserva en el Museo Británico, se ve a Dioniso, infante, llevando en uno de esos utensilios agrícolas, como si fuera una cuna, que llevan en la mano dos bacantes, con pieles; un hombre portando un tirso en la otra mano, y una mujer, una antorcha. Las cunas de nuestros indios eran, y son aún, en forma de red, teniendo el fondo hecho con mallas y su forma es o circular o cuadrada, pero hechas de cuerdas con mallas.

El *licno* griego fué un emblema sagrado que se usaba en las procesiones que tenían lugar en las festividades de Dioniso y Demeter, númenes de la fecundidad de la tierra, que debía simbolizarse en este utensilio por la misma razón que los nauas la simbolizaron en la red. En las procesiones lo llevaban solemnemente los Lignóforos e iban en el *Licno* los instrumentos que debían servir para el sacrificio, cuyo objeto era obtener la fecundidad. El cuchillo de pedernal era el único instrumento sacrificial de los mexicanos y decían los indios que, dentro de una cuna, lo llevaba la diosa Tierra Ciuacóatl. Por el *licno* se daba a Dioniso el epíteto de *Licnites* y llama Virgilio *mystica vannus Iacchi* el instrumento agrícola que servía para acabar de quitar las impurezas del grano. (Georg. I. 160 y sig.)

Dice un escritor griego, asegurándonos tomarlo de Maneton, que en una ciudad egipcia quemaban vivo a un hombre "a quien daban el nombre de Set o Tifon y hacían volar las cenizas pasándolas por una criba o harnero y esparciéndolas en todas direcciones". El sacrificio egipcio es una forma menos salvaje, pero no menos significativa también del sacrificio de los matlatzincas. Los egipcios usaban la criba, los matlaltzincas la rey con el mismo significado. (Plut. Ath. IV. 172) Teniendo en cuenta los progresos de la cultura en el hemisferio oriental y la diferencia de los cereales cultivados a uno y otro lado del Atlántico, es notable la semejanza en el emblema de la fecundidad tomando del instrumento que servía para el trasporte de los mantenimientos y para separar los granos de la paja o del núcleo central del maíz. La red, además, se forma en todas partes con una sucesión de

aspas o cruces formadas por los hilos cuyo centro es el nudo. Es entonces una sucesión del símbolo naui-ollin, ya estudiado, como emblema indiscutible de los poderes fecundantes del sol.

En atención a lo que se ha dicho, creo que no se juzgará fuera de razón el creer, como hemos hecho, que la divinidad con el vestido reticular que se ve enfrente de una de las cabezas del dragón en la pintura mural de Chichén-Itzá, esté relacionada con los dioses que tienen como atributo la fecundidad.

En frente de la cabeza del otro dragón con cuerpo de serpiente, que sale del medio de la figura acostada, y muestra dentro de las fauces un objeto angular a la manera de los cuadriláteros con que en una pintura del códice Vaticano A. se dibujan las nubes, se ve la figura de un hombre sentado, con la barba poblada, que me parece un ἰθυφαλλικος Quetzalcóatl, porque detrás de él hay un bien marcado caracol, símbolo que ya conocemos y se relaciona con la luna y con el dios en su atributo de encargado de la humana generación. Describiendo la imagen de una diosa pintada en la pared de un monumento maya descubierto al sur de Yucatán, en un pueblo de la colonia inglesa de Belice, dice Hagar citando a Joyce: "Dos serpientes están entrelazadas a su alderredor: es indudablemente la diosa Tierra Ciuacóatl o Mujer culebra de los códices Mexicanos". (XIX Intern. Cong. of Amer.) No veo porqué razón no pudiera ser también Mayauel, Xochiquetzalli o Tlazoltéotl, diosas "tierra", adornadas en los códices algunas veces con culebras o acompañadas con ellas.

La idea que las crónicas y los escritores mexicanos, en general, han hecho nacer del dios tutelar de los ulmecas, contradice aparentemente la opinión que acabamos de emitir, que sea Quetzalcóatl la imagen con el distintivo peculiar de Priapo, dibujada en el muro de Chichén-Itzá. En efecto: "este Topiltzin que por otro nombre llamaron estos indios Papa" dice Durán de Quetzalcóatl, "fué una persona muy honorable y religiosa a quien ellos tuvieron en gran veneración y le honraban y reverenciaban como a persona santa". Para ello no les faltaba razón, porque siendo como sigue diciendo el autor "que estaba siempre recogido en una celda orando" dejándose ver pocas veces, siendo "muy abstinente y ayunador" viviendo castamente y ejerciendo la penitencia corporal con la efusión de su sangre, bien se podía considerar un Apóstol, un misionero, un santo Obispo cristiano como muchos lo

han creído atendiendo al euhemerismo de las crónicas. (Durán vol. II. p. 73).

El lugar preferido para sus penitencias era una montaña de Tula, "llamada Tlalcitépetl, que quiere decir montaña que habla y estaba llena de espinas", dice el intérprete del Códice Vaticano A. También dicen, escribe Sahagún "que el dicho Quetzalcóatl hacía penitencia punzando sus piernas y sacando la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey" (I. 244). Colegimos de lo que nos dice Ríos que las penitencias y oraciones eran dirigidas a la diosa Chalchiutlicue, madre de los tlaloques, repartidores de las lluvias, para que estos hicieran llover cuando fuese necesario y "así este Quetzalcóatl comenzó a ofrecer sacrificios con el fin de obtener el agua". (Ríos. Códice Vaticano A.) La Historia de los Mexicanos dice que la penitencia fué para conseguir el que los dioses le hiciesen grande guerrero "y fué el primer señor de Tula". (pág. 237).

Hoshang es una figura mitológica persa que ya conocemos, relacionado con el euhemerizado Quetzalcóatl. Primer legislador y primer organizador del pueblo, introdujo el uso del fuego y los metales. Su reino fué tan próspero como el de Quetzalcóatl, pero la circunstancia que más lo acerca al dios de nuestros indios es que de él se dice haber sacrificado en la cumbre de la montaña Hara Berezaiti, la montaña de fierro que tantas veces se menciona en los mitos persas, a la diosa del agua Ardi Sura Anahita, que deja fluír de las alturas sus aguas benéficas. Esto le consiguió la prosperidad. (Carnoy p. 299).

Los ayunos, las maceraciones, la castidad, el recogimiento y en general, el ascetimismo de Quetzalcóatl tenían por objeto que la tierra fuera productiva y que aumentara su grandeza y poderío. Era como hemos visto, en su carácter divino, prescindiendo del euhemerismo, un dios fertilizador que en su condición de encargado de la fecundidad general, reunía en su ser las funciones del fuego y del agua y los atributos que nuestros indios consideraban encarnados en la Luna y en el Sol. El ascetismo, pues, estaba muy en su lugar considerado en un dios que, como autor de los dones que producen la fecundidad, llevaba las señales exteriores con que los egipcios y los griegos distinguían a las divinidades que entre ellos tenían las mismas incumbencias y con que lo

vemos claramente caracterizado en otra pintura de las mismas ruinas, en que viste una serpiente ricamente emplumada.

El muelle sensualismo a que se entregaron los griegos cuando comenzaron a ser un pueblo culto, manifestado en las costumbres, la literatura, el arte y aun los mitos modificados por los poetas: sensualismo que ya los dominaba en los tiempos anteriores a Homero, hizo casi desaparecer de las leyendas y aun del ritual el auto sacrificio cruento que sólo vemos en alguna fiesta espartana o en alguna otra ciudad helénica en que la flagelación era una de las ceremonias de la fiesta. En Alea de Arcadia, dice Pausanias, hay un templo de Dioniso en donde cada dos años se celebra una fiesta llamada Scieria: en ella "para obedecer un oráculo de Delfos se azotaba a las mujeres del mismo modo que en Esparta a los jóvenes ante la imagen de Orthia" (VIII. XXIII. 1.) En el Peloponeso, nos dice un anotador de Píndaro, que una vez al año todos los jóvenes se azotaban ellos mismos ante el sepulcro de Pelops, hasta que la sangre corría por sus espaldas, como una libación de sangre humana ofrecida al héroe. Ante la imagen de Artemis Orthia primeramente se sacrificaron víctimas humanas, "pero Licurgo cambió la costumbre en la de azotar a los mozos hasta derramar la sangre para que no faltara en el altar la sangre humana. La sacerdotisa que se ponía delante de los azotados teniendo la imagen de la diosa, pequeña y de poco peso, si los que azotaban al mozo lo hacían ligeramente por ser noble o simpático, la imagen se volvía tan pesada en las manos de la sacerdotisa que con dificultad la podían sostener y echaba la culpa a los flageladores". (Pausanias III. XVI).

Los celtas de las Galias en vez, si hemos de creer a algunos de los escritores latinos y griegos que hablan de ellos, se entregaban a la efusión religiosa de la propia sangre casi con el mismo ardor con que lo hacían nuestros indios. La castidad quedó reducida en Grecia a ciertas personas dedicadas a los ministerios del culto y, en la mitología, a las diosas que llevaban el nombre de Partenos, conservándose sólo ciertas formas del ayuno entre los iniciados en los diversos misterios o en las abstinencias, generalmente temporales de alguna clase de frutas o alimentos que apenas pueden compararse con los frecuentes, largos y rigurosos ayunos de nuestros indios. Lo poco que de ascetismo encontramos en los mitos y ceremonias de los griegos, es, no obstante, suficiente

para persuadirnos que antes de volverse un pueblo culto y hacerse esclavas de la sensualidad, las tribus helénicas practicaron la castidad, el ayuno y el auto sacrificio para obtener los dones de la tierra. En cuanto al recogimiento y fuga del consorcio humano, tenemos un ejemplo en Pan, el dios de la fecundidad por excelencia entre los griegos, que vivía en las cumbres de los montes, en las cuevas, en los valles solitarios y bosques yermos, mas no entregado a la contemplación y penitencia, sino a la caza y las danzas voluptuosas con las ninfas de las praderas.

Entre los pueblos arianos, donde mejor se conservó el ascetismo, la castidad, el ayuno y las penitencias corporales como medios de conseguir los frutos de la tierra, fué entre los hindúes y allí es donde encontramos un dios, si exceptuamos la ferocidad como espíritu destructor—, bajo todos los aspectos considerados, igual a Quetzalcóatl: ya otra vez los hemos comparado; este dios era Siva. Sus formas eran el fuego, el rayo, el sol, el agua y la luna. En el Mahabharata se ve a Siva haciendo penitencia como uno de los más fervorosos ascetas hindúes y portándose como uno de los más castos y abstinentes brahmanes. (XIII. 7506) En adición a ese aspecto de un verdadero asceta, Siva se considera como un dios de la fecundidad, cuya adoración estaba unida a los usuales emblemas de los dioses griegos que gozaban del mismo atributo "y su ritual, como el de Dioniso, era esencialmente orgiástico". (Keith. Indian Mythology ps. 112 y 119).

Uma o Devi era una diosa con caracteres mitológicos parecidos a los de Siva; una diosa de la fecundidad. Su hermosura era grande y se decía que era una reencarnación de Sati, que era considerada como hija de la montaña Himavat y de Mena. En una pintura se la ve dibujada en un nicho colocado en la cumbre de una áspera montaña, recibiendo la adoración de Siva y otros dioses. En la montaña no sólo se observan animales feroces que persiguen a otros para hacerlos su presa, sino diversos penitentes esparcidos entre las peñas y las fieras. (Moor. Hindu Pantheon. lam. XXXI). Es, puede decirse, la montaña de la penitencia y la diosa Uma, adorada en ella por Siva y los otros dioses, es acaso la contraparte de Chilchiutlicue, a quien pedía las lluvias Quetzalcóatl para que fecundaran la tierra.

Las dos figuras que vemos pintadas en el muro de Chichén-Itzá y están enfrente de las dos cabezas de las serpientes que

salen de la diosa acostada, si como ella son también dioses relacionados con la fecundidad de la tierra, entonces no puede caber duda que esas dos serpientes que salen del mismo lugar, representen la misma idea de las serpientes enlazadas y son el eslabón que las liga con las serpientes de dos cabezas: esto, suponiendo que sea exacta la interpretación de los símbolos y emblemas que acompañan a las figuras del muro de Chichén-Itzá y que no nos hayamos, dejando llevar en las alas de la fantasía.

M. Maurice en sus "Antigüedades de la India" trae en el frontispicio del volumen V, una lámina que algunos interpretan una encantadora de serpientes, y otros una divinidad de los galos celtas, representante de la fecundidad de la tierra, que llaman la diosa de las serpientes. Esta imagen, dice un escritor inglés, "no dudo que los galos la construyeron y la adoraron más o menos varios siglos antes de Clodoveo". La idea que domina en la diosa de las serpientes es la expresada en el muro de Chichén-Itzá. Las colas de los dos reptiles se enredan en los miembros inferiores mientras las cabezas, pasando por entre ellos por la parte posterior de la imagen, parece que toman el alimento de los pechos. Parvati, diosa hindú de la vegetación, esposa de Siva, va de ordinario, como su esposo y Quetzalcóatl, coronada con serpientes. Las esculturas de diosas hindúes con dos serpientes no son raras en la India: a veces sólo una llevan a la espalda con la cabeza sobre la de la diosa. En una de estas representaciones la diosa está de espaldas y la serpiente sale de su mismo cuerpo. En una imagen de Xochiquetzalli, dibujada en el Códice Bortónico, vemos la serpiente que sale del cuerpo de la diosa.

Este simbolismo de las serpientes que rodean al dios Sol y a la diosa Tierra como principios activo y pasivo de fecundidad, las ceremonias rituales de los griegos lo encerraron en la *cista,* *κίστη* cesta de los misterios de Dioniso, el Sol que fecunda, y Demeter, la Tierra que produce mieses para el alimento de los mortales. También en los códices mexicanos vemos dibujada una especie de *cista,* que pudo haber derivado del prototipo neolítico que sirvió de norma a la griega. En la página 59 del Códice Borgia tenemos un modelo de la *cista mexicana*: allí el dios del hogar doméstico, Xochipilli, un dios solar también, esposo de Xochiquetzalli, se ve cogido de los cabellos por esta diosa y muestra quererse librar para entregarse en los brazos de una *aucanimaqui*

que se ve del otro lado. Debajo de esta escena está pintada una serpiente dentro de una caja cuadrada, de la misma forma de una de las *cistas* que se ven dibujadas en la obra de Millin, y eran llevadas en las procesiones en honor de Dioniso. (Peintures de Vases Antiques).

El lugar que ocupa la cola de una serpiente en el cuerpo del individuo que está entre las dos mujeres, nos hace comprender el significado de la otra que sale de la caja. El mismo significado tenía en el viejo Mundo porque Diodoro de Sicilia y otros antiguos escritores dicen que la serpiente, como símbolo, no es muchas veces sino un eufemismo (III. 144) y los mitólogos, en general, admiten que en el antiguo hemisferio la serpiente simbolizaba la virilidad.

En otras pinturas mexicanas en vez de la caja cuadrada de donde sale la serpiente, se ve un vaso roto, por cuya rotura entra o sale el reptil. La cista era en Grecia la contraparte de la serpiente en los emblemas de la fecundidad, y las pinturas a que aludimos no podían demostrar con un realismo más grosero la existencia de un simbolismo exactamente igual en ambos hemisferios. Daban los griegos el nombre de o ἄγνος λύγος a cierto arbusto que llaman los botánicos *vitex agnus castus*, a cuyas ramas se atribuían la virtud de conservar la castidad. En la fiesta Thesmoforia, las matronas atenienses que deseaban guardarla "ne serpens morderet", como se decía, esparcían en sus lechos ramas de ese vegetal.

En Grecia, al derredor de la *cista,* se solía ligar una cinta purpúrea, dice Plutarco (Focion. 28) y Clemente Alejandrino nos hace saber que dentro había también alimentos emblemáticos sagrados. (Protep. II. 21). De los monumentos se deduce que las cistas no eran siempre cuadrangulares, tenían la forma cilíndrica, generalmente con una tapa. En un relieve de barro, Demeter se ve sentada sobre una *cista* con una serpiente enroscada cuya cabeza descansa en el regazo de la diosa. La *cista* usada en los ritos de Dioniso, es casi cierto que contenía una serpiente o su emblema y figura, porque en las monedas de plata del Asia Menor llamadas cistóforas, la *cista* se representa con la tapa medio levantada y una serpiente que sale de ella.

Mr. Sharpe en su Mitología Egipcia nos presenta el dibujo típico de una de estas monedas, donde se ve la serpiente que sale

de la *cista* rodeada por una guirnalda de hojas cordiformes y flores. La de Tralles, ciudad de Frigia, publicada por Smith en su Diccionario de Geografía Griega y Romana, es otro buen ejemplar. El gran símbolo de las orgías Dionisianas, dice Clemente de Alejandría, es la serpiente consagrada. Un símbolo tal estaba en cerrado en la cista. Los misterios y las orgías eran ceremonias arianas en que dominaba un ritual simbólico enlazado con todos aquellos dioses y seres mitológicos a quienes se atribuía la conservación y aumento del género humano. Sus prácticas y emblemas tuvieron un origen remotísimo que, con la introducción de la cultura intelectual, moral y material, tuvieron que buscar la oscuridad del misterio para poderlas seguir usando, dejándolas traslucir tan sólo al través de ciertos emblemas adoptados. La *cista* y la serpiente que, como los emblemas del principal simbolismo de los misterios, encontramos con el mismo significado en el Mundo Antiguo y en el Nuevo, no puede ser una coincidencia, más difícil de aceptar que un origen común en el culto y los objetos con que se velaba.

CAPITULO XI

ATHENE, QUETZALCOATL Y LOS DIOSES ENCARGADOS DE LA FECUNDIDAD

MINERVA, diosa italiana, y Athene, diosa griega, si fueron diosas de distinta derivación como creen algunos, la semejanza de atributos las identificó de tal manera cuando las tribus italianas admitieron la cultura griega, que de la diosa latina no quedó sino el nombre atribuyéndole todos los mitos de la griega y haciendo la palabra Minerva una simple traducción de la griega Athene, por lo que, aunque para nosotros sea más conocido el nombre latino de la diosa, he preferido usar siempre el griego. De ella dice Coleman: que al principio fué una divinidad sivaítica. (Hindoo Myth. 133). Y así aparece en efecto estudiando los mitos que la alejan del carácter de diosa de la sabiduría y la inteligencia que le atribuyen los ya civilizados poetas, y los monumentos artísticos en que los escultores y pinturas conservaron muchos rasgos que indican su representación primitiva aunque modificada por el refinamiento del arte. A ellos pertenecen entre otros la *cista* y la serpiente, emblemas ya conocidos, que la ligan con los misterios de Dioniso y Demeter, tan estrechamente con esta, que difícilmente se deja de pensar en la derivación de ambas diosas de un tipo primitivo.

Athene lleva en una estatua la cista en su brazo izquierdo y en ella, entreabierta, asoma la cabeza una serpiente. Esto la relaciona, como a Demeter, con el salvaje reptil simbólico de nuestros indios y la acerca a Ciuacóatl o Coatlicue, la culebra hembra o de la que lleva la falda de culebras. No hay que maravillarse de ello cuando vemos el participio tan activo que toma en los mitos simbólicos de Cadmo, ya protegiendo al héroe contra el dragón de Ares, mandándole que siembre sus dientes, ayudándolo en el rapto de Harmonía, asistiendo a sus bodas y regalando a su

esposa un peplo; y si Cadmo en sus mitos y simbolismo está en relación con Quetzalcóatl, ¿porqué no podrá estarlo Athene con Coatlicue o Xochiquetzalli? En un himno órfico se llama a la diosa ateniense αἰολομόρφος δράκαινα la dragona de muchas formas; o mejor, puesto que ἀιόλος significa también movimiento, rápido o ligero, la serpiente a manera de los múltiples movimientos, en náuatl la serpiente del *ollin*, o sea, la serpiente de la fecundidad producida por el movimiento.

La egida que, como arnes militar, atribuye Homero a Zeus raras veces la lleva este dios en las pinturas y estatuas en otra forma que no sea la de un escudo, mientras comunmente se adornan con ella las efigies de Athene en forma de peto o armadura que cubre el brazo izquierdo o el busto: por lo que se podría decir que una era la egida del Señor del Olimpo, otra la de la protectora de Atenas.

"La egida de Zeus brilla sobre el dilatado pecho de Athene y sobre su hombro cuelga terrible escudo, negro, espantoso, tremendo cuyo margen rodea una banda de serpientes silbantes". (Callimaco. Pallas p. 144).

La palabra αἰγίς convertida en egida y como la lleva la diosa, no quiere decir, conjeturan algunos, sino piel de cabra, como νεβρίς piel de cervatillo. Pero ésta ya hemos visto que no es la única etimología que se puede dar a la palabra. La piel de cabra la llevaba Athene, la de cervatillo, Dioniso, pero los acompañantes de éste portaban indistintamente pieles de cabras o cervatillos mientras en Athene nunca vemos enteramente distinta la piel. En un vaso griego del V. siglo antes de la era vulgar, que se conserva en Berlin, se ve extendida la egida, rígida, no flexible, sobre el extendido brazo izquierdo, con la cabeza de Medusa y la orla de serpientes. En su forma, me produce la ilusión de un alargado carapacho de tortuga, más bien que de piel porque en ella veo señales de escamas y no de pelos.

Cuando Athene se armó con las armas de Zeus para auxiliar a los griegos, "se echó al derredor de los hombros la orlada egida"; no era pues un escudo, en "la cual estaba la cabeza de Gorgona" (Hom. II. V. 738). En una estatua de la diosa que se conserva en el museo de Nápoles, se ve sin embargo con el brazo izquierdo extendido, cubierto con la egida anudada en el hombrio derecho;

en otra de la misma diosa, que posee el museo de Florencia, la egida se ve como un peto que cubre todo el busto.

Los griegos neolíticos usaban vestidos de pieles y de los arcades dice Pausanias que hasta muy tarde siguieron vistiendo pieles de cochino; por esto no creo imposible que la egida de Athene, que al principio no fué sino un carapacho de tortuga, con el andar del tiempo se volvió una defensa de piel, orlada con serpientes, que más tarde volvió trasformada a su primitivo empleo de peto. Así de ἀίσσα, su radical primitiva, los poetas la harían derivar de ἀίξ y el peto, formado por una variante concha de galápago, se volvería una defensa de piel de cabra, sin que sufriera el significado, porque la tortuga y la cabra tenían igual valor en el simbolismo.

La ejida nos dice Homero que tenía un fleco y los versos citados, las estatuas y pinturas nos hacen saber que este fleco estaba formado con serpientes. Así lo vemos en la estatua de Nápoles antes citada, en una colosal de Dresden, en la del antiguo templo de Zeus en Egina y entre las de menor antigüedad, en algunas del museo Británico y de Roma. Las serpientes de fleco, que la literatura y el arte añadieron a la llamada egida ¿no serán una supervivencia de una primitiva prenda de vestir, adornada con serpientes simbólicas como las de la estatuita de Creta y las enaguas de la Coatlicue de nuestros indios?

Dice Homero, además, que la egida tenía la cabeza de Medusa, una de las Gorgonas, llamada por antonomasia Gorgona. Esta cabeza tenía los cabellos formados de serpientes: Perseo se la cortó y a este héroe griego hemos relacionado con Mixcóatl. Mitólogos de valía ven una conexión tan estrecha entre la Gorgona Medusa y la diosa Athene que aun llegan a pensar en su identificación. Con el sobrenombre de Pallenis tenía la diosa un templo y en él una estatua de madera, que si se sacaba del santuario, dice Plutarco, destruía la vida humana; (Arat. 32. Herod. I. 62). como Medusa que volvía piedra cuanto se le presentaba. Sófocles da a Athene el nombre de Gargopis (Ajax 450) y como en la isla Africana de Herne se adoraba a la diosa con el nombre de Gorgo, se puede creer que por Medusa da Sófocles este epíteto a la Diosa Athene. Para la salvaguardia de Tegea, ciudad de Arcadia, Athene dió a Cefeo un mechón de los cabellos de Medusa que ella misma cortó de su cabeza. (Paus. VIII. XLVII. 5). Si el enemigo

se acercaba a la ciudad, bastaba que de lo alto de las murallas se enseñara el rizo por tres veces y los contrarios huían. (Apolod. II. VII. 3).

Siendo Medusa la forma antigua de Athene, especie de Ciuacóatl griega: siendo la fábula de su degollación tal vez el recuerdo de algún rito salvaje en que la víctima representaba el sacrificio que se hacía de la diosa tierra, resulta más notable el paralelismo entre Mixcóatl y Perseo, entre Yostlamiyauatl y Athene, en la forma en que se representaba a esta diosa, imagen de la diosa tierra, en la fiesta de Tititl dedicada a la diosa Ilamateuctli, la Vieja Señora. En ella la diosa Tierra era degollada en persona de la víctima que hacía sus veces y su cabeza llevada en triunfo por un tlamacazque que dirigía la danza en que tomaban parte otros con las insignias de los dioses. (Sahagún. 1. 180). Mas sobre todo en la fiesta de Mixcóatl celebrada en Tlaxcala, comentada en un capítulo anterior en donde hablamos de ella en relación al simbolismo de las piedras, que no es sino el mismo de las serpientes, de donde vino quizá la fábula que, a la vista de la cabeza de Medusa, desfigurada con serpientes en vez de cabellos, los hombres se volvieran piedras.

Un hecho fabuloso que nos trasmite Pausanias se considera como un recuerdo de los sacrificios humanos y en este supuesto habría sido también al principio una ceremonia parecida a la que tenía lugar en la fiesta de Tititl y a la decapitación de Gorgona, considerada como un mito originado por un rito sagrado como el que tenía lugar en Tlaxcala en la fiesta de que hablamos. Los desdenes de Callirrhoe para con el ministro de Dioniso, Coreso, en su templo de Colidon, irritaron al dios por las súplicas de su servidor, de tal manera, que hizo que los de la ciudad perdieran la razón y murieran. Consultado el oráculo de Dodona, respondió que no cesaría la calamidad "mientras Coreso no hubiera sacrificado al dios, o a Callirrhoe o a quien voluntariamente se dejara sacrificar en vez de ella".

No encontrando otro modo de librarse de la muerte, la joven recurrió a quienes se habían declarado admiradores suyos, mas ninguno accedió a tomar su lugar y le fué preciso prepararse para el sacrificio. Según las prescripciones del oráculo, Callirrhoe fué llevada al altar como víctima que debía morir y Coreso, el sacerdote de Dioniso que la había de inmolar al dios vengativo, se en-

contraba en su puesto. "Fué más grande el amor que el resentimiento y en vez de descargar el golpe sobre ella lo descargó sobre sí mismo dando pruebas de la más sincera afección que se hubiera visto hasta entonces. Cuando Callirrhoe se dió cuenta de lo que había pasado y vió a Coreso tendido y sin vida, arrepentida, llena de compasión y vergüenza por el modo como se había portado con él, se degolló en un manantial que está en Calidon no lejos del desembarcadero, y de ella tomó su nombre la fuente". (Paus. VII. XXI 1.).

En la fiesta de que hablamos antes, celebrada por los tlaxcaltecas, el joven que representaba a Mixcóatl, dios de la fecundidad, degollaba a la joven que hacía el papel de diosa Tierra, llevando en triunfo su cabeza al templo, en donde lo sacrificaban a él también, ofreciendo su corazón al dios que había representado. Dios y diosa morían; ella, degollada por el dios; él en la piedra de los sacrificios por los sacerdotes. Las diferencias entre la narración de Pausanias y el doble sacrificio de Tlaxcala no son otras sino las introducidas por un pueblo civilizado para volver acontecimiento dramático el sacrificio salvaje de dos víctimas humanas. Los griegos le dieron al rito un efecto más teatral introduciendo el amor entre la sacerdotiza representante de la diosa y el sacerdote ministro y personificación de Dioniso. Ambos mueren, pero suicidas instigados por la pasión y el remordimiento. Así fué como el gusto artístico de los griegos trasformó los salvajes ritos de sus antepasados en hermosas tragedias. En Atenas había otra fuente con el nombre de Callirrhoe de cuyas aguas se hacía uso en las ceremonias como en Tlaxcala de la sangre de la doncella degollada por Mixcoatontli.

El cuento de Pausanias es una prueba de que en Grecia existieron sacrificios humanos de mujeres, y la fábula de la decapitación de Medusa nos conduce a pensar que tales sacrificios se ejecutaran de una manera muy semejante a los que tenían lugar en México para conseguir, por medio del agua, los frutos de la madre Tierra. Athene era una diosa que impartía estos frutos y Athene probablemente fué representada por la víctima humana que sacrificaban para conseguirlos de la divinidad de la Tierra, vestida de serpientes como la naua Coatlicue que las tenía en su saya, como las llevaba Athene en la orla de su egida y Medusa en los rizos de su cabeza.

En algunas de las familias de ofidios se ha observado que al

principio de la primavera, regularmente, se unen y enlazan varios individuos de la misma especie, ocho, diez, y aun mayor número formando un tejido o un rollizo cable viviente. "Hay otro monstruo de culebras", dice Sahagún, "que se llama *petlacóatl;* dizque que se juntan muchas culebras y se entretejen como petate y andan de acá y de allá porque tienen todas las cabezas hacia afuera; aquella tela está cercada de cabezas de culebras". (vol. I. 214). Se puede bien comprender que la *petlacóatl* era una fabulosa serpiente cuyo origen fué la costumbre de enlazarse estos reptiles en ciertos tiempos. *Petlatl* es el nombre náuatl de la estera, que Sahagún llama tela, y no creo inverosímil que de la tela fantástica formada por las serpientes se hubieran construído las prendas de vestir de ciertas diosas que representaban la Tierra y, acaso de la reunión de las serpientes, vino igualmente el simbolismo de la red y del traje reticular de los dioses encargados de fecundar la tierra. La tela cercada, como dice Sahagún, u orlada con las cabezas de las serpientes ¿no es la descripción de la egida que lleva Athene en el combate contra los gigantes, pintado en el vaso griego de Berlín? (Clas. Dic. p. 364).

Athene a quien llama Eurípides Gorgofone, la matadora de Gorgona, está en conexión con la muerte de Medusa, y la Gorgona está unida, como Callirrhoe, con las fuentes. Bajo la dirección de Athene, dice Píndaro, Perseo "mató a Gorgona y volvió con su cabeza, admirable por sus rizos de dragones, para matar a los isleños de Serifo, convirtiéndolos en piedras". (Pyth. X. 46). Volando iba Perseo por las tierras africanas y "llevando la cabeza de Gorgona que acababa de cortar, las gotas de negra sangre que caían en el suelo produjeron la generación de las serpientes". (Apol. Rhod. IV 1515). En agradecimiento a Zeus, Hermes y Athene, que lo ayudaron en la empresa, después que Perseo salvó a Andromaca del dragón que iba a devorarla, erigió altares a los tres y ofreciólës sacrificios en ellos.

Diis tribus ille focos totidem de caespite ponit
Laevum Mercurio, dextrum tibi bellica Virgo
Ara Jovis media est... (Ovid. Metam. IV. 753.)

Para poder llevar a cabo la decapitación de Medusa, Hermes le dió una hoz y Athene un espejo.

La sangre de Medusa, de donde nacen las serpientes africanas, tiene que ser una sangre fecunda, derivada de una diosa tie-

rra, simbolizada por una serpiente madre de serpientes. Es una serpiente hembra, Ciuacóatl, en naua la diosa tierra identificada con Ixquic, sangre en quiché, la madre de los gemelos, representantes guatemaltecos del dios Ulmeca Quetzalcóatl, la serpiente con plumas. Poniendo el mito griego en contacto con el simbolismo de nuestros indios, aparece clara su relación con la fecundidad de la tierra y la necesidad de la sangre humana cuyo derramamiento volvía fructífera a la tierra Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, para formar la tierra, se apoderaron de Tlalteuctli o la diosa Ilamateuctli, en cuya fiesta tenía lugar la decapitación, llevando el sacerdote cogida por los cabellos y ostentando la cabeza de la víctima que representaba la diosa tierra.

Para que del cuerpo de la diosa se formara la tierra, Tezcatlipoca y Quetzalcóatl se convirtieron en dos serpientes inmensas y tanto la estrujaron hasta que la dividieron en dos partes formando de una de ellas la tierra, "que por la noche llora algunas veces... ni quiere conceder frutos, si no se riega con sangre humana". (Thévet 49). Esto decían nuestros indios y esto parece que creyeron los progenitores de los griegos cuando celebraban una fiesta casi igual a la que hacían los nauas a Ilamateuctli, y sirvió de materia más tarde para elaborar el mito de Medusa, ligado seguramente con la fertilidad de la tierra.

Los que intervinieron en la degollación fueron Perseo, que la ejecutó; el Mixcoatontli de Tlaxcala, emblema del fuego, cuyo calor abrasa y esteriliza o hace que broten las plantas en la tierra: Zeus, dios de las lluvias y las tempestades; Hermes, dios del aire, elemento ligado con la luna cuya creciente lleva simbolizada en lo que llaman hoz o espada curva, y en las antiguas creencias tanto tenía que ver con la agricultura. Con un tal instrumento cortó Perseo la cabeza de Medusa. Athene, finalmente, le prestó un espejo emblema del agua fertilizadora, como el que dejó en Tula Quetzalcóatl para que le pidieran lluvias cuando les fueran necesarias. Athene representa la tierra y con ella se completan los cuatro elementos simbolizados marcadamente en México en el ritual usado para las fiestas de la diosa Tierra.

El simbolismo de las piedras, que ya demostramos en el mito de Cadmo, aquí se vuelve a ligar con el de las serpientes y, por esto, la cabeza de Medusa, cubierta de culebras, a todos los que la veían convertía en piedras y a este mismo emblema se re-

fieren las tres elevaciones de césped, *foci de caespite,* o altares, para quemar las víctimas, que Perseo erigió a Júpiter, Mercurio y Minerva. Elevaciones simbólicas que equivalían a las tres piedras.

Que el espejo dado por Athene pudiera significar el agua fertilizadora lo podemos deducir de otras constancias del mito, por que, conforme a otra versión, de la sangre de la cortada cabeza de Medusa brotó Pegaso, famoso caballo que, con una patada en el suelo, hizo brotar las fuentes de Hippocrene en el Monte Helicon, llamada *Fons caballinus* por Perseo (Prol. 1) y las de Troezen y Corinto (Paus. II. XXXI. 9).

Poseidon visitó a Medusa en un mullido prado entre las flores de la primavera, y cuando Perseo le cortó la cabeza, de allí brotó Pegaso "así llamado porque nació cerca de las fuentes o las corrientes πηγαὶ, del Océano". (Hesíodo The 280) En esas mitológicas fuentes o corrientes de agua debe haber sido la decapitación de Medusa, como en una *Hermosa Corriente* fué la degollación de Callirrhoe, porque dice Ovidio que inmediatamente después que la ejecutó Perseo, del torrente de la sangre que brotaba nació Pegaso. (Metam. IV. 786). Otros mitólogos asignan como lugar del nacimiento de Pegaso y, por consiguiente decapitación de Medusa, el Tritonio, lago o río de Libia en donde nació también Athene y, según varios autores, tomó de allí el nombre de Tritonia. La Libia fué la tierra más meridional que conocieron los griegos primitivos y prescindiendo de la geografía, perpetua enredadora de los mitos, y considerando únicamente el simbolismo mitológico, aquí tenemos el sur asignado también en Grecia a una diosa, en un mito que se roza con los emblemas de la fecundidad de la tierra, la sangre y el agua que la produce. Lugar de panes y de flores como leemos en los Anales de Cuautitlan.

Los nauas antes de sacarles el corazón, solían degollar a las mujeres que como, representantes suyas, sacrificaban a las diosas personificaciones de los distintos aspectos de la Tierra. En el mito adaptado por los aztecas a su dios Huitzilopochtli, que trata de su nacimiento, tiene que ver su hermana, una de tantas representaciones de la diosa Tierra, llamada Coyolxauqui, que quiere decir cascabel amarillo o de oro, y los cascabeles, como las sonajas y otros juguetes destinados a entretener a los niños, en Mé-

xico y en Grecia estaban entre los símbolos que acompañaban a los dioses de la fecundidad. Esta diosa que conspiró contra su propia madre y madre igualmente del dios, fué muerta por la serpiente de fuego llamada Xiuhcóatl, la serpiente azul, emblema de la esterilidad de la tierra que hace perecer su fecundidad; pero dice Sahagún que "su cabeza quedó en la sierra de Coatepec" o de la serpiente, la mitológica montaña de la cual nos hemos tenido que ocupar. (vol. I. p. 256).

Una colosal cabeza de esta diosa, perfectamente bien caracterizada por el cascabel y símbolo del oro que, como glifos de su nombre, lleva en ambas mejillas, se conserva en el Museo Nacional de México. Es una pieza completa que no pertenecía a ninguna estatua, de donde se deduce que la cabeza de Coyolxauqui era como la de Medusa: pero ésta no tenía serpientes en los rizos. Su tocado lo forman conchas y el modo especial como solían los indios representar el agua y la fecundidad. El labio inferior y las orejas están adornadas con emblemas solares. Parece claro que la cabeza de Coyolxauqui indica una tierra que se fecunda por el calor y la humedad; los rayos del sol y el agua.

Una cabeza, igualmente, tenían como ídolo de un numen a quien los griegos ligaban con la fecundidad de la tierra. Era Praxídica, especie de demonio, dice Hesiquio. Sus imágenes eran cabezas separadas de los cuerpos y cabezas que se le sacrificaban. En la Argonáutica, obra atribuida a Orfeo, se mencionan las orgías de Praxídica y en un himno órfico, este numen se asimila a Persefone; por lo que aseguramos que Praxídica estaba ligada con la fecundidad de la tierra. Que su imagen como la de Coyolyauqui, fuera una desprendida cabeza, nos lo asegura también Suidas en su diccionario. (Art. πραξιδικη.) Nadie nos dice que fuera su cabellera de serpiente, como no lo era la de la cabeza de Coyolxauqui. ¿Sería Praxídica una personificación de los emblemas de la fecundidad tomados de los trompos, las sonajas, las piñas de los pinos, como el nombre de Coyolxauqui, *el cascabel de oro* nos sugiere haberlo sido el numen mexicano? La personalidad mitológica de Praxídica sufrió una profunda modificación. Se volvió una triade y recibió un carácter enteramente distinto del que parece haber tenido inicialmente.

A Perseo lo creen algunos mitólogos un primitivo dios sol y, si Medusa es la forma más primitiva y salvaje de Athene, tendre-

mos un nuevo paralelo entre la diosa Tierra de los nauas y la de los griegos, por la conexión de la cabeza de Coyolxauqui con la fiesta de Camaxtli en la representación mímica en que su cabeza se llevaba en las manos de Mixcoatontli, el pequeño Mixcóatl, dios que tiene en los códices y en los mitos un lugar entre las divinidades que personificaban el fuego y el sol y, consiguientemente, el principio fecundante de la tierra.

Las serpientes, los montes y las piedras, símbolos relacionados con la fecundidad entre nuestros indios, los encontramos reunidos en otros mitos y ceremonias en que Athene se asemeja a los dioses de nuestros indios.

*

* *

Increpando Ares a Zeus, le hace decir Homero con relación a Athene: "Tú engendraste en ti mismo a esta hija destructora": Il. lib. V). En un himno Homérico, Hera interpela a Zeus diciéndole: "¿porqué osaste tú mismo dar a luz a Athene la de los ojos glaucos? Como si yo no hubiera hecho nacer un hijo para ti?" (Him. Hom. III. 323).

Siendo un representante del cielo Zeus, Athene de la tierra, engendrada por él sin concurso de mujer, es otra faz del mito común en ambos hemisferios de la separación del cielo y de la tierra. Apolodoro da a Poseidon por padre a Athene, nacida en el lago Tritón, lo que acabaría por identificarla con Medusa y demostraría otro aspecto de las creencias cosmogónicas primitivas que hacen emerger a la tierra de las aguas primordiales.

Metis fué una de las esposas de Zeus, que concibió a Athene de Brontes, uno de los cíclopes o del mismo Zeus, pero creyendo que la prole que iba a nacer lo destronaría, Zeus con astutas palabras engañó a su esposa y, antes de ver la luz, se tragó a la madre convertida en mosca, llevando su prole en el seno. Después, el mismo Zeus, en las orillas del Tritón, dió a luz a Athene "la admirable, la agitadora de contiendas, la directora de ejércitos, la incansable, la reina que se deleita en los tumultos, en las guerras y las batallas". (Hesíodo. Theog. 886-928). El embrión tragado por Zeus en el cuerpo de Metis, su esposa, que no falta quien crea pudiera ser la misma Athene, se desarrolló en el muslo del

padre conforme a una vieja tradición mitológica, pero la clásica y más común era que el desarrollo se hubiera efectuado en el cerebro. Para que naciera, "con el arte diestro de Hefesto, al golpe de su hacha de bronce, saltó Athene de la cima de la cabeza de su padre y gritó fuertemente emitiendo un poderoso alarido, mientras el Cielo y la madre Tierra temblaron ante ella". (Píndaro Olim. VII. 34-38). Athene fué entonces, al nacer, productora de terremotos; era uno de los sostenedores de la tierra. Lo mismo se ve en los Himnos de Homero. Vino a luz, "ataviada con una armadura guerrera de oro resplandeciente y, al verla, los dioses fueron sobrecogidos de espanto. Mas Athene saltó violentamente de la cabeza inmortal y se colocó de pie enfrente de Zeus, el que lleva la egida, blandiendo una aguzada lanza. El poderoso Olimpo comenzó horriblemente a temblar bajo la terrible diosa de los ojos *glaucos* y toda la tierra dió un grito de pavor. El mar se conmovió y sus olas purpúreas se agitaron produciendo espuma. El brillante hijo de Hiparión, el Sol, hizo detener sus briosos caballos por largo tiempo hasta que Palas Athene se despojó de la celestial armadura quitándola de sus hombros inmortales. Entonces el discreto Zeus se regocijó". (Himnos Homéricos. XXVIII) De esta diosa se habla también en el Himno a Afrodite diciendo de ella que, entre los tres corazones que no había podido atar o aprisionar en sus redes la diosa del amor, "fué el primero el de la hija de Zeus, portador de la egida, Athene la de los ojos *glaucos,* que no hace caso de la opulenta Afrodite porque toda su complacencia la tiene colocada en las guerras y los hechos de Ares, en las escaramuzas y los combates. Fué ella la que primeramente enseñó a los ingeniosos mortales el modo de construir los carros guerreros y los vehículos adornados con metales; y ella también enseñó a las doncellas delicadas los trabajos domésticos y puso, en las mentes de todos, los conocimientos de las bellas artes". (Him. Hom. V. 7-15).

El modo extraordinario como nació la diosa se puede comparar al de Dioniso, dios de la fecundidad también desarrollado en un muslo de Zeus y nacido de allí, y, aunque con menos parecido, con el de Agsdistis y la hija o hijo de Quetzalcóatl, que nacieron sin madre. Los otros detalles de la fábula, nos pintan los caracteres sobresalientes en el primitivo concepto mitológico, que hacían de Athene, para los hombres, una diosa de la guerra; para

las mujeres, el numen de los quehaceres deméstícos. Estas dos incumbencias del espíritu tutelar de la tribu guerrera establecida primeramente en Atenas, las encontramos mencionadas juntas incidentalmente en Homero. Athene se decide a bajar del Olimpo en auxilio de los griegos en peligro de ser oprimidos por los troyanos, y entonces "deja caer sobre el pavimento de la morada de su padre su elegante vestidura de varios colores, *que ella misma hizo* y *adornó con sus manos*". He aquí a la diosa mujeril que teje y borda sus vestidos. Vistió una simple túnica, se armó con las armas de Zeus, la egida sobre los hombros, con la cabeza de Medusa, y sobre la propia, el yelmo con cuatro penachos y la maciza pesada lanza. Los cuatro penachos del yelmo, *κυνέην ἀμφιφαλον τετραφάληρον*, si traemos de *φάλλος* la etimología de las dos últimas palabras, nos encontraríamos con una significación enteramente sivaítica en consonancia con el nombre Pancha-Linga que se da a Siva en algunas partes de la India; y veríamos a la diosa ligada con los cuatro elementos y los puntos cardinales como el *ollin* de Tlazoltéotl nos indica que lo estaba la diosa Tierra de los nauas. Todos estos adjuntos simbólicos hacen de Athene una diosa varonil y guerrera.

Las diosas mexicanas de la guerra eran también muy diestras hilanderas y, además de esto, de Toci dice Durán que hacía temblar la tierra, como Athene cuando se manifestó en el Tritón por vez primera. Mas ni la guerra ni los trabajos mujeriles les impedían que atendieran principalmente a la fecundidad de la tierra como se demuestra plenamente por sus fiestas y lo mismo sucedía con Athene. La espiga o barbas del trigo, cebada y otros cereales se llaman *αθηρ*, en griego y no creen difícil los helenistas que la diosa, de *ather* hubiera tomado su nombre de Athene, lo que con Demeter la haría partícipe del cuidado en procurar la fecundidad de la tierra y explicaría porqué en la estatua de que hablamos llevaba la *cista* de los misterios de Demeter, cuyo nombre dicen es una forma antigua de *γημήτηρ*, la madre tierra. Por estos y otros motivos que iremos considerando, Stuard Murray dice que, de tal manera se acercan entre sí Athene y Demeter, que muchas veces llegan a identificarse.

Aludiendo a su extraño nacimiento algunos traen su nombre de *α-θηνιον*, sin leche de madre, "interpretándolo activa y pasivamente, refiriéndose en el primer sentido a su nacimiento de

Zeus, sin madre; en el segundo, a su personalidad indefinida con relación al sexo, muy parecida a la de las Amazonas". (Gruppe ap. Fox Greek and Roman Myth. 169).

El epíteto de Pallas, que comenzó a usar en la literatura desde los tiempos de Homero, hasta volverse un sinónimo de su nombre ya en las odas de Píndaro, comunmente lo derivan de πάλλω, equilibrar, blandir y lo relacionan con la lanza, su arma favorita, o con el movimiento, principio de la vida, necesario para la conservación y aumento de las creaturas. Otros piensan que παλλάς sea una palabra antigua que significa virgen o doncella y, tanto en México, como en el Mundo Antiguo, se atribuye la virginidad a la diosa fecundadora de la tierra. No hay porqué entrar en cuestiones de etimología, y las dos significaciones del nombre pueden avenirse con una diosa de la fecundidad de la tierra; pero Athene se liga en la mitología con el gigante παλλας, según Apolodoro, que Pausanias dice era uno de los Titanes. ¿Porqué no pudiera haber tomado de él su nombre? Cicerón y Tzetzes nos hacen saber, entre otros, que fué Pallas el padre de Athene (De Natura Deorum III. 23 y 59: Com. en la Cassandra de Lycophron 355). De un Pallas se hace mención en el Himno a Hermes diciéndolo hijo de Megamedes y padre de Selene, la Luna. (Him. Hom. IV. 99). Hesíodo en vez dice que Pallas fué un titán hijo de Crio, y en su prosapia no hace mención de Selene. Megamedes pudo haber sido un epíteto de Crio y, en ese caso, Athene sería hermana de la Luna y, considerada bajo ese aspecto, podría verse también como una diosa tierra. En la guerra de los dioses contra los gigantes o los Titanes, Apolodoro nos hace saber que Athene mató a Pallas, lo desolló y vistió su piel. (Biblioteca I. 6. 2.) Otros dicen que la causa de la muerte del Titán, fué el haber querido atentar contra la virtud de la diosa. En algunos monumentos encontramos que, en esa guerra, el antagonista de Athene fué Encelados.

El ritual mexicano no permitía en los sacrificios la intervención directa de las mujeres, sino como víctimas en representación de las diosas; así es que en la fiesta de Toci, una de las que representaban a la tierra, un hombre hacía las partes de la divinidad, vestido con la piel de la víctima que, para el sacrificio, se había considerado como la diosa y había sido una mujer. Se cambiaban los papeles: no era la diosa la que vestía la piel del gigan-

te, sino el gigante el que vestía la piel de la diosa, porque para la ceremonia mexicana se buscaba el hombre más robusto que se podía encontrar.

Cuando quiso Moteuczoma tener una entrevista con Huémac, dios infernal, mandó sacrificar y desollar unos cautivos y mandó las pieles al dios.

Es un hecho, asegurado por los escritores, que las víctimas humanas se sustituyeron con animales. En las fiestas de Dioniso, solían vestir, en algunas partes, las pieles de las cabras sacrificadas al dios, y cuenta Herodoto que cierto día quiso Heracles ver a Ammon, pero el dios no quería dejarse ver y entonces Heracles, para conseguir su objeto, mandó matar un carnero, se cubrió con su piel y puso, sobre la propia, la cabeza del animal: solo así pudo satisfacer sus deseos. (Hist. II. 42).

En la fiesta anual que se hacía en Tebas en honor de Amen o Ammon, como lo llamaban los griegos, se sacrificaba un carnero, se desollaba y se vestía la piel el dios. El cuerpo del animal se enterraba en lugar sagrado, pero se conservaba la piel. Las pieles, que en Grecia y en Egipto vestían los sacerdotes o los dioses, muy probablemente fueron humanas como en México, y de animales después.

Al Sol, como elemento de fecundidad honrado en México en la personificación de Xipetotec, en Grecia en la de Dioniso y en Egipto en la de Amen, se ofrecían sacrificios vistiendo después las pieles de las víctimas. La historia de Athene, que mata al gigante Pallas y viste su piel, comparada con los ritos de Dioniso, Amen y Xipetotec, nos muestran a la Athene de los tiempos salvajes como una diosa de la fecundidad de la tierra cuando los habitantes de Atenas sacrificaban hombres y vestían sus pieles como en México.

Mientras reinaba Cecrops, dicen que surgió una disputa entre Athene y Poseidón pretendiendo ambos ser los protectores de su ciudad. Llevada la contienda al tribunal de los dioses, resolvieron que obtendría el dominio quien de los dos produjera el don más útil a los mortales. Poseidon hirió la tierra con su tridente y salió el caballo, mientras Athene hizo brotar el olivo y a ella se le concedió la salvaguardia de la ciudad. (Herodoto VI. 55. Apolodoro III. 14). Fué entonces una diosa de la agricultura y esto se confirma por la conocida ceremonia de los tres arados

en que se confunde con Demeter, quien fué su inventora y los esparció por todas partes. Otras ceremonias que se hacían en su honor acaban de confirmarnos en el carácter primitivo de la representación simbólica de la diosa. Hablaremos de las que se creen más antiguas.

Una de las primitivas fiestas de Athene y la más solemne de todas tenía el nombre de Panathenea y no solo se hacía en Atenas, sino en todas las partes colonizadas o dominadas por los atenienses. La creencia común era que fué Ericthonio quien la estableció y que Teseo le dió ese nombre cuando formó la unidad nacional uniendo las tribus, porque antes de él solo tenía el nombre de Athenea. (Pausanias VIII. II. 1.) Celebraban la grande y la pequeña Panathenea. La grande, que tenía lugar cada cuatro años escogiendo el tercero de las Olimpiadas; y la pequeña, simplemente llamada Panathenea, anualmente. La ceremonia principal consistía en una procesión, solemnísima en la grande, que se hacía al templo de Athene Polia en la Acropolis, donde se adoraba la imagen más antigua y venerada de la diosa como protectora de la ciudad. En esa procesión se llevaba al templo el *peplo* de Athene, que era una vestidura cuadrangular a manera de chal. La procesión del peplo parece que no fué peculiar de Atenas: Homero la introduce en Troya y el lienzo cuadrangular, que llevaba el nombre de *peplo,* no solo se usó como una vestidura, sino que fué destinado a otros oficios que nos dejan comprender que πέπλος significaba en general un lienzo tejido cuadrangular que pudiera servir para cubrir algo. Así dice Homero que, en el palacio de Licaon, "había once carros hermosos, nuevos, hechos últimamente y los cubrían con *peplos*", (Ilid. V. 194) y los asientos del palacio de Alunoo, "estaban cubiertos de sutiles y bien tejidos *peplos*". (Odis. VII. 96). Aun al paño mortuorio que cubría una tumba da el poeta el nombre de *peplo.* (Ilid. XXIV. 796).

El que llevaban en la solemne procesión y se destinaba como vestido de la diosa era morado, púrpura, color de flor de azafrán, y por eso se llama crocopeplo: en él estaba bordada la batalla de los dioses con los gigantes o los titanes, como dice Eurípides, (Hecuba 466) y Platón nos hace saber que se llevaba suspendido en el mástil de una nave, a manera de vela. La procesión se dirigía primeramente al templo de Demeter en Eleusis, de donde

pasando por las murallas pelásgicas y templo de Apolo Pithio, llegaba al Pnix y de allí a la Acrópolis.

Una ceremonia que se llevaba a cabo en la fiesta mexicana Toxcatl, tiene marcadas analogías con la fiesta griega. La de nuestros indios tenía por objeto "pedir agua al cielo al modo que se dirigen nuestras rogaciones y letanías" (Durán. II. p. 101). La víspera de la fiesta los señores principales traían al ídolo, que era Tezcatlipoca, un vestido nuevo que entregaban a los sacerdotes del templo para que se lo pusieran. Lo hacían una jovencitas que, para este fin, se reunían en uno de los departamentos del templo mayor de México, destinado para las doncellas que se dedicaban al servicio de los dioses. Durán nos hace colegir que dos fiestas se hacían con el nombre de Tezcatl, una anualmente y otra cada cuatro años: quizá por eso no combinan en todos sus detalles la que él describe con la que nos hace saber Sahagún. Ríos dice que eran tres las que hacían en honor de este dios anualmente. En una de ellas, el escritor franciscano habla de una ceremonia que calla enteramente el dominico. Quizá esta ceremonia se haría en la solemnidad que tenía lugar cada cuatro años. Construían, dice el primero, un papelón "que tenía veinte brazas de largo y una de ancho y un dedo de grueso. Este papelón lo levantaban muchos mancebos recios delante de la imagen; y por que el papelón no se quebrase, llevábanle entablando con unas saetas que ellos llamaban *teumitl*, saetas divinas"; iban estas una por debajo y la otra por encima del papelón, juntas de dos en dos al medio y a los cabos, y con ellas los principales y hombres de guerra respetuosamente lo conducían en la procesión mientras cantaban y bailaban otros al derredor. Llegando a la pirámide del templo por donde habían de subir, "los que llevaban el papelón subían por delante y los que llegaban primero a lo alto comenzaban a coger el papel enrollándolo; así como iban subiendo lo iban enrollando con gran tiento para que no se quebrase ni rompiese; y las saetas íbanlas sacando y dábanlas a quien todas juntas las tuviese hechas un haz". La imagen se colocaba en el lugar que le estaba destinado "y el papelón que ya estaba enrollado, atábanle muy bien por que no se tornase a desenrollar y poníanle delante del tabladillo en que estaba la imagen". Después bajaban todas las personas extrañas al templo y solo quedaban los sacerdotes que guardaban el ídolo y el papelón.

Otra ceremonia que nos puede guiar al significado simbólico del papelón es, que en la procesión, todas las doncellas llevaban "unos papeles puestos en unas cañas, tendidos que llaman *teteluitl;* el papel era pintado de tinta" es decir de negro. "Otras, que eran hijas de señoras o de personas ricas, no llevaban papel, sino unas mantas delgadas que llaman *canac.* También las mantas iban pintadas de negro a manera de virgulas de alto a bajo, llevando en las manos estas cañas con sus papeles o mantas altas, andaban la procesión con la otra gente en honra de este dios". (Sahagún II. p. 105-108).

La fiesta Tepeilhuitl, dice en otro lugar el autor citado, se hacía "a honra de los montes eminentes que están por todas las comarcas de esta Nueva España, *donde se arman nublados".* (vol. I. p. 67). Era, como la anterior, una fiesta para conseguir del dios del agua las lluvias necesarias, solo que en la otra estas las pedían a la divinidad principal, representante del Sol, pero los ritos tenían de algún modo que coincidir con el simbolismo. Hacían en la fiesta Tepeilhuitl las imágenes que personificaban los montes de la misma masa ritual que usaban, en la fiesta Toxcatl y Panquetzalixtli, para hacer las de Tezcatlipoca y, los aztecas, la de Huitzilopochtli, cubriendo estas estatuas que personificaban los montes con los papeles que dijimos, a manera de banderolas llevaban las doncellas en procesión y se llamaban *teteuitl.* ¿Qué podían significar estos papeles que cubrían los montes en una ceremonia que se hacía en honor de las montañas que se cubren de nubes, o como dice el autor "donde se arman" o "donde se juntan las nubes"? No cabe duda que los papeles que se llevaban a manera de banderolas y cubrían las estatuas de los montes eran el símbolo de las nubes. (Sahagún, I. pág. 160). Y si las banderolas de la fiesta Toxcatl eran las nubes que se van juntando en las montañas, el gran papelón de siete brazas de largo y una de ancho tenía que significar el cielo cubierto de nubes o una nube fecunda que se resuelve en agua para regar los campos. Tal interpretación no sólo está de acuerdo con la ceremonia de la fiesta de los montes, sino con lo que de la misma fiesta Toxcatl, nos hace saber Durán. El nombre que se le daba, dice, "estuve muchos años que no lo entendí por la oscuridad del vocablo; al fin vine a entender de él querer decir cosa seca y que influía sequedad y vínelo a entender por una palabra que un relator de estos me dijo, que

siempre por este tiempo les faltaba el agua y que la deseaban y la pedían al dios que en este día se solemnizaba". La palabra a que se refiere era *tititotoxcauia* que dice, significa "secarse de sed, y así Toxcatl quiere decir sequedad y falta de agua". El objeto pues de la fiesta era pedir agua al dios, e "invocaban a las nubes cuando se detenía el agua", y para implorar y alcanzar lo que pidiesen hacían este día una general petición a los dioses principales entre los cuales al Sol y a la diosa Tierra, Ciuacóatl. (Durán. II. ps. 279-280).

Colocándose en el templo el gran papelón con toda reverencia, la estatua del dios a quien se pedía el agua, no podía ser sino la representación de las nubes, que "se invocaban cuando el agua se detenía". En una de las primeras láminas del Códice Vaticano A., en donde están dibujados los llamados cuatro soles, en la que corresponde al sol de aire, se ven las figuras simbólicas de los vientos, representados por el pico de Quetzalcóatl y, delante de ellas, unos paralelógramos blancos que parecen empujan los vientos con sus soplidos. Estos paralelógramos deben ser sin duda alguna la imagen de las nubes empujadas por los vientos, de las cuales se decía que el dios del viento Quetzalcóatl les barría los caminos para que pudieran llegar. La lámina, en donde se encuentran esos paralelógramos, es la que corresponde a Quetzalcóatl, el dios del viento.

La fiesta de Toxcatl con su procesión, regocijos y bailes, farsas y representaciones, ritos y sacrificios, como la describe Durán (II. 279) igualaba hasta cierto punto a la Panathenea, con su procesión, rejocijos, juegos, carreras, hecatombes, farsas y representaciones; quitándole en la Grecia culta los bárbaros sacrificios que debe haber tenido cuando se instituyó y que nos recuerda el mito de la muerte de Pallas, dibujado seguramente en el Peplo que llevaban procesionalmente. En las esculturas que estaban en el Parthenón de Atenas y ahora se encuentran en Londres, están representadas, con la gran procesión, muchas solemnidades que en esa fiesta tenían lugar. En cuanto a la solemnidad, la Panathenea podía compararse con la Toxcatl; pero creo que con más razón, la comparación debe hacerse entre el peplo, que era la ceremonia culminante y se llevaba procesionalmente en aquella, y el papelón de la Toxcatl, símbolo de las nubes que cubren el cielo, como el peplo, no considerado como una prenda del

vestido de Athene, sino como un lienzo que en su origen sirvió para cubrir toda clase de cosas y que bien pudo ser un símbolo de las nubes que cubrían los montes y el cielo, por lo cual se llevaba procesionalmente a manera de la vela cuadrangular de un navío, pendiente de un mástil.

Athene tiene seguramente que ver por un lado con las nubes, por otro con las embarcaciones, y, por consiguiente, con sus velas. Su participación en la expedición de los Argonautas en busca del vellocino de oro, está marcado por la advocación de Athene Jasonia, con la cual tenía dedicado un templo. (Apol. Rhod. I. 960). El mismo Homero no contraría lo que pensamos si lo ponemos de acuerdo con el autor del poema de los Argonautas. Habla él en la Odisea, de una lisa y acantilada roca "cuyo pico llegaba al vasto cielo y una oscura nube la cubría sin apartarse jamás, ni permitirle que viera el claro cielo" (Odis. XII. 73). Tal montaña, con la nube oscura, estaba entre los límites de la tierra habitada por los hombres, según los conocimientos geográficos del poeta, y los mitológicos de Hades al poniente; pero no era sino un emblema identificado con un lugar fantástico del mar entonces conocido, porque una roca o montaña semejante no se encuentra en ninguna de las playas del Mediterráneo.

La roca altísima, cubierta siempre con la nube negra y que los escritores que siguieron a Homero sitúan entre Italia y Sicilia, contenía la cueva de Scilla, monstruo de que hablaremos en seguida. Ahora bien, la conexión de Athene con esa roca y, por consiguiente, con la perpetua nube negra se puede colegir por el hecho de que, tanto en una moneda del siglo III antes de Jesucristo, perteneciente a Heraclea, ciudad del Golfo de Tarento, en Italia, como en otra del siglo IV perteneciente a Turio, ahora Terra Nova, en Sicilia, encontramos la cabeza de la diosa protectora de Athenas con un yelmo que lleva esculpida la monstruosa imagen de Scilla. Esa roca, además, estaba cerca de las Planetas, islotes que se creían flotantes, por donde Homero dice que pasó Jasón, héroe que fué a la conquista del vellocino de oro, símbolo a su vez de las nubes, como más adelante procuraremos demostrar.

En la expedición capitaneada por el héroe nombrado por el poeta y llamada de los Argonautas por el nombre de la nave que tripulaban, tomó una parte muy activa Athene. Argos dió su pro

pio nombre y fabricó la nave bajo la inmediata dirección de la diosa, o más bien dicho fué un auxiliar de Athene, "porque ella construyó la embarcación y, con una hacha de bronce, cortó la madera cerca de las cumbres del Pelión, y Argos trabajó con la diosa". (Apol. Rhod. II. 1187). La misma Athene trajo una trabe cortada de una encina de Dodona y la colocó en medio de la nave, y quizá también fabricó la vela siendo ella tan hábil tejedora y amante de hacer regalos de peplos, porque en un hermoso relieve de barro, que se guarda en el Museo Británico, se ve que mientras Argos con escoplo y martillo da los últimos retoques a la nave, Athene sentada en su trono ajusta a un mástil la vela, probablemente auxiliada por Jasón: y si cortó y llevó de Dodona la trabe que colocó en la nave, pudo mejor hacer y colocar la vela. Apenas los Argonautas se despidieron del adivino Fineo y levaron anclas, preparados para evitar los peligros de las Simplégades que chocaban entre sí y tenían que pasar entre ellas, Athene "puso su pie sobre una clara nube que la llevara por el aire, poderosa como era, acompañando a los navegantes que caminaban por el mar, inspirándoles confianza en su ayuda amistosa". Al pasar entre las rocas "que se encuentran con irresistible movimiento" como dice Píndaro, (Pyth. IV. 208). Athene aseguró una de ellas con la izquierda y, con la derecha, empujó el navío para que pasara violentamente, y cuando vió que los Argonautas habían salido ilesos del peligro, se remontó al Olimpo. (Apolon. Rhod. II. 537-603).

Tan marcada conexión de Athene con las nubes, la embarcación y la vela en mito que se relaciona precisamente con las nubes que fertilizan la tierra, favorece nuestra interpretación: que vemos en el peplo llevado procesionalmente en la Panathenea como la vela de un navío, la representación de las nubes que mandan el agua para fecundar la tierra.

Entre los símbolos egipcios, las velas de las embarcaciones significaban los vientos (Ronge: Chrestomatie Egyptienne). Efectivamente: en los papiros fúnebres egipcios se hace mención de las velas de navío y las encontramos pintadas en las viñetas que los ilustran. Entre varios sólo citaremos dos ejemplos. En el pápiro de Nu, la viñeta representa a un hombre con una vela de navío izada en el mástil que lleva en su mano izquierda, mientras va armada con un cuchillo la derecha. Debajo de la vela se ven tres serpientes y debajo la explicación, que dice: "El difunto

que lleva en su izquierda una vela, símbolo del aire y que ataca tres serpientes con un cuchillo que lleva en la derecha". Las serpientes pueden ser un emblema de la sequía de la tierra. Más interesante es la viñeta del Capítulo LVII del mismo Libro de los Muertos. Se ve al difunto de pie, en una corriente de agua, llevando la vela de navío como los otros, pero ésta tiene unas manchas negras a la manera de las que hacían en México con las gotas de hule derretido en los papeles usados en la fiesta de las nubes y de los montes, Tepeilhuitl. La recitación de este capítulo, dice Budge "daba al difunto el dominio sobre las aguas, o sea le concedía el poder de obtener una plena y constante provisión de ellas del Hap-ur, el Gran Nilo, y de aire de las cuatro partes del mundo". (Book of the Dead. I. CXXVIII: II. 200).

Si la vela en Egipto se relacionaba con los cuatro vientos, vemos que también se ligaba con el agua y, por consiguiente, no veo fuera de razón el creer que el preciso signicado simbólico de la vela de navío entre los egipcios no fuera sólo el aire, sino más bien las nubes cargadas de agua empujadas de los cuatro puntos cardinales por el viento.

Nubes así empujadas por los vientos encontramos gráficamente representadas en el Códice Vaticano A. que ya citamos, y figurándose las velas en los papiros egipcios, con la forma cuadrangular, más o menos como la debe haber tenido el peplo de Athene, que solemnemente se llevaba en la procesión como una vela ¿Sería la institución de la Panathenea con el objeto de conseguir de Zeus y de Athene que cesara la sequía y las nubes trajeran el agua que necesitaba la tierra, como hacían los nauas con la Toxcatl para conseguir lo mismo de Tezcatlipoca, el dios que representaba el Sol y de Ciuacóatl, la diosa Tierra? Cueravaperi, la diosa Tierra de los tarascos, estaba encargada de mandar las nubes que se necesitaban para el riego de los campos. Las nubes en Michoacán se simbolizaban con personas vestidas con los cuatro colores simbólicos de los puntos cardinales y, como en las fiestas de la diosa tierra de los nauas tomaban parte personas también vestidas con esos cuatro colores, es de presumirse que entre los nauas de la Mesa central también la diosa Tierra fuera encargada de mandar las nubes, puesto que a ella igualmente se le suplicaba que lo hiciera.

Si así fué, la diosa griega era hermana carnal del numen mexicano de la Tierra. Primero Pisistrato y después Pericles

hicieron algunas modificaciones a los ritos de la solemnidad griega, y es natural que en ellas se hubiera suprimido o modificado lo que ya no decía con la cultura de los atenienses. Entonces el *peplo*, un simple lienzo cuadrangular, se convertía en el vestido que se renovaba a la diosa y sería, al principio, otro rito independiente como lo era en México, en donde se renovaban las vestiduras del dios y se llevaba el emblema cuadrangular de papel. Otras analogías que podemos encontrar en el peplo las consideraremos cuando espontáneamente se presenten.

Parte de la Panathenea, según algunos, o fiesta separada, según otros, era la Arrifória que si trae su nombre del verbo ἀρρηφεα, servir como las Arréforas, entonces querría decir una solemnidad en la cual se llevan objetos misteriosos designados con el nombre de ἄρρην o ἄρσην La opinión más común y que nos lleva al mismo resultado, es que ἀρρηφόρια sea derivada de una contracción o síncope de ἀρρητοφόρος que encuentro traducido en los mejores diccionarios griegos "aquel que lleva el peplo y otras cosas sagradas de Athene". En vez de Arreforia algunos dan a la fiesta el nombre de Herreforia o Erseforia, relacionándola con Erse o Herse, hija de Cecrops, hermana de Aglauro, también relacionada con las solemnidades de Athene. Parte o no de la Panathenea, la Arroforia tenía conexión con ella.

Algunas jovencitas escogidas entre las más conspicuas familias de Atenas, de una edad entre los siete y los once años, se designaban anualmente, unas para tejer y bordar el peplo de Athene y a éstas Higinio las llama Ergastinas, de la raíz inusitada ἔργα, hacer una obra; otras para llevar los sagrados vasos de la diosa que encerraban los misteriosos ἄρρητα y éstas eran propiamente las que llevaban el nombre de Arréforas. Un año duraba su empleo y lo pasaban en Arropolis, el Partenón o algún edificio anexo bajo la vigilancia de las sacerdotisas de la diosa. (Aristophanes. Licistrato. 642. Harpócrates art. Δειπνοφόρος) Vestían de blanco y si a los vestidos añadían adornos de oro, quedaban consagrados.

Las funciones de estas jovencitas, o mejor dicho niñas, de donde tomaban el nombre, consistían en que el día designado para la solemnidad, una de las sacerdotisas de Athene les colocaba en la cabeza los sagrados vasos de la diosa, cuyo contenido ni ellas ni la sacerdotisa sabían. Estos objetos, dicen algunos, que los

llevaban procesionalmente por una comunicación subterránea entre el templo de Afrodite y el de Athene: otros, que con ellos descendían del retiro en donde estaban, a una gruta natural en el recinto de la misma Afrodite, colocada en un jardín. Esta procesión era la parte de la solemnidad a que se daba el nombre de Arreforia. Ante la imagen de Afrodite depositaban los objetos que llevaban, tomando otros igualmente desconocidos para ellas y volvían al lugar de donde habían ido. Terminada la solemnidad, volvían a sus casas y otras iban a ocupar su lugar. Dicen ordinariamente los autores que las Arréforas eran cuatro; dos destinadas a la confección y adorno del peplo que, al concluír, se debía presentar al consejo para su aprobación; y las otras dos se empleaban en la conducción de los objetos misteriosos: pero en las listas grabadas en los monumentos donde se mencionan, se ve que su número puede hacerse subir a cien o ciento veinte.

En la misma fiesta Toxcatl y en la Panquetzalixtli hacían los mexicanos una ceremonia singular. Fabricaban la imagen del ídolo celebrado, Tezcatlipoca o Huitzilopochtli, el dios Sol, tutelar de los chalcas o aztecas, de una masa especial que contenía huauctli, el fruto de cierto amaranto, que los españoles llamaban bledos, hecho harina y mezclado con maíz y miel o el arrope negro que fabricaban del jugo del maguey, y la vestían con los atavíos propios de aquella solemnidad, los que principalmente consistían en una manta de forma cuadrangular que cubría toda la estatua de masa y en ella estaban labrados huesos y miembros de una persona despedazada. "A esta manta labrada de esta manera llamaban tlacacuallo", compuesto de *tlacatl,* carne o persona, y un derivado del verbo *cua* morder, comer. (Sahagún I, 104, 105).

Dentro del recinto del templo mayor de México había un lugar en donde se recogían, en número determinado, jovencitas de doce a trece años de edad. Tenían amas, dice Durán, "que eran como abadesas y prioras que las ocupaban en hacer mantas de labores de muchas diferencias para el ornato de los dioses y de los templos y para otras muchas cosas particulares del servicio y ministerio de los dioses. El traje que a la continua traían era todo de blanco, sin labor ni color ninguno" (Vol. II. 88). A pesar de lo que dice, en la lámina que trae y cita el autor, se ven estas niñas consagradas al templo, que llevan en la orla de sus vesti-

dos blancos cenefas angostas que parecen bordadas de color. Un año estaban obligadas a servir y, terminado, salían y "en saliendo aquéllas, luego entraban otras que hacían voto ellas o sus padres de servir un año al templo". Durán sólo nos dice que era fijo el número de estas jovencitas, pero no sabemos cuántas eran sino únicamente que "habían de ser de seis barrios que para este fin estaban nombrados y no podían ser de otros barrios sino de aquellos". (Durán l. c.)

Teniendo presente, por una parte, el refinado gusto artístico de los griegos, su estética y cultura artística en general, y por otra, el salvajismo neolítico mexicano conservado hasta el descubrimiento de América, podemos encontrar los puntos de contacto entre los ritos y símbolos religiosos de ambos pueblos y comparar la macabra manta *tlacacuallo,* devoradora de las personas, con el gentil peplo de Athene en que estaba bordada la batalla de los dioses con los Titanes. La tierra era la devoradora de las personas y los huesos y miembros separados que se dibujaban en la manta del dios nos hacen comprender que, en una solemnidad hecha para obtener del cielo que terminara la sequía, tenía que aparecer la tierra en ese aspecto y no en el de lozana y florida. La manta del dios lo hace aparecer como un Sol relacionado con la tierra que tenía asignado el sur, tal como aparece la diosa Tierra cuando se quiere hacer notar que se refiere a aquel de los puntos cardinales que lleva frecuentemente en los códices las señales de la muerte.

En el peplo de Athene, considerado ahora como distintivo de la diosa, estaba bordada la guerra de los dioses con los Titanes en la que Athene había dado muerte a Pallas vistiendo su piel; y entre nuestros indios la tierra seca y sedienta que se renueva por las lluvias y se vuelve fructífera se simbolizaba en el sacrificio en que el sacerdote, que representaba a la Tierra, vestía la piel de la víctima sacrificada, y el que representaba al dios del maíz, el hijo de la tierra, vestía, como máscara, la piel del muslo de la víctima que representaba la misma divinidad. El peplo de Athene era de color de croco o de la flor de azafrán, y como el tinte que se extraía de los estigmas de esa flor era amarillo, de allí que se le asigne tal color. Homero, que da al peplo de Athene el cualificativo del *croco,* no tiene algún vestigio en sus poemas de donde se pueda comprender que conoció el color ama-

rillo extraído de los estigmas de la flor de azafrán, que probablemente en su tiempo no se había comenzado a extraer porque, cuando Plinio habla de los colores primitivos usados por los pintores griegos, sólo hace mención de sustancias minerales.

La flor del *crocus sativus,* que es el azafrán conocido en el comercio hasta hoy, llamado también *autumnalis* porque en otoño aparece, no es amarilla sino purpúrea o morada, *puniceus crocus,* o roja, *rubrus crocus,* como la llama Ovidio (Fasti I. 342. V. 318). Virgilio le dice rubens, rojizo o carmesí (Georg. IV. 182) y Sibthorp, que lo encontró silvestre en las llanuras de Grecia y montañas que rodean a Atenas, dice que sus flores tienen el color de las violetas. A un tinte entre el rojizo y el morado se refirió Homero cuando asignó el color de las flores del azafrán al peplo de Athene: y ese color está de acuerdo con la manta *tlacacuallo* que ponían los nauas a su dios en la fiesta Toxcatl y renovaban anualmente. Pero si en realidad era amarillo, no por eso perdía su simbolismo cromático porque con el amarillo parece que los griegos simbolizaban el elemento tierra. Tanto el *peplo* elegante como la salvaje *manta* eran tejidos y adornados por las jovencitas que anualmente se escogían en Atenas y en México con ese fin; en la ciudad griega reducido el trabajo exclusivamente al peplo que debían examinar y aprobar los que tenían a su cargo la celebración de la fiesta; en la azteca, no se reducía la obra de las jovencitas a la manta que llevaban los señores al dios anualmente, sino se extendía a todo lo relativo al adorno del templo. (Durán II. 88-90).

El día de la fiesta, en México, una hora antes de amanecer, las jovencitas consagradas al servicio del dios acudían al lugar donde habían colocado el ídolo de masa. Iban con sus vestidos blancos nuevos, adornadas las cabezas con guirnaldas del maíz tostado y reventado que llamaban *momochitl* y un sartal hecho con los mismos granos que, del hombro derecho, les bajaba hasta debajo del brazo izquierdo. Cargaban el ídolo y lo llevaban hasta encontrar a los jóvenes que ayudaban en sus ministerios a los sacerdotes, lo entregaban a ellos y seguían procesionalmente con el pueblo hasta donde comenzaban las gradas de la gran pirámide.

De allí arrancaba una procesión que recorría varios quilómetros como la Panathenea. Esta última, de Eleusis a 12 millas al noroeste de Atenas, iba a pasar por las murallas pelásgicas que

habían encerrado los lugares en donde se establecieron los primeros emigrantes que poblaron la Acrópolis. Los aztecas, del templo de México, iban a Chapultepec, primitiva sede de la tribu y allí sacrificaban una víctima: seguían a Tacubaya y Coyoacán y volvían a México. Las andas en que llevaban al ídolo se formaban, dice Sahagún, con cuatro serpientes de madera, mas en la pintura de Durán no se ven las cuatro serpientes sino dos *anfisbenas,* una en cada uno de los dos largueros que servían para cargarlas y, por esto, las cuatro puntas eran otras tantas cabezas de culebras, reptiles que parece tenían un importante papel en los misterios de Eleusis, de donde la procesión de la Panathenea volvía a Atenas.

Colocado el ídolo mexicano sobre la pirámide "salían todas aquellas doncellas dichas con el aderezo referido y sacaban de allí de su recogimiento unos trozos de masa de tzoalli que es la misma de que el ídolo era hecho a manera de güesos muy grandes y entregábanlos a los mancebos". Conforme a Sahagún los panes de masa en forma de hueso se colocaban a los pies de la estatua y quedaban cubiertos con la manta del dios. En México, donde la fiesta Panquetzalixtli se hacía en honor de Huitzilopochtli, esos panes tenían el nombre de los huesos y carne de ese dios, pero en Texcoco, Chalco y otros pueblos nauas, dice Ríos, la Panquetzaliztli se hacía en honor de Tezcatlipoca y de él seguramente tomarían el nombre los panes.

Para consagrarlos, acudían todos los sacerdotes conforme a su dignidad, entre ellos algunos ataviados con las insignias de los dioses en representación de las divinidades cuyos adornos se ponían. Ordenados convenientemente "hacían cierta ceremonia de canto y baile sobre ellos con lo cual quedaban benditos y consagrados por carne y huesos de aquel ídolo llamado Huitzilopochtli; y luego se apercibían los sacrificadores que tenían por nombre Chalmeca" (Durán II. 90-92). Los chalmeca eran cuatro y, en el sacrificio, representaban a los cuatro sostenedores del cielo. Por Clemente Alejandrino sabemos que a veces, entre los objetos contenidos en las impenetrables *cistas* de los misterios, había panecillos hechos con sustancias especiales y en formas determinadas por los ritos.

Grandes fiestas eran celebradas anualmente en el santuario construído en Denderah en honor de Osiris, los ritos, ceremonias

y misterios de las cuales se encuentran en las paredes de uno de los patreos con largas inscripciones jeroglíficas, que explican los relieves esculpidos. Osiris, según la fábula, fué asesinado por Set y su cuerpo partido en diez y seis pedazos. Esto tenía que figurar en las ceremonias de la fiesta y, en efecto, en las inscripciones de Denderah se trata de la hechura "de diez y seis modelos de otras tantas piezas en que fué despedazado por Set el cuerpo de Osiris". Todas estas piezas que representaban los fragmentos del cuerpo del dios se hacían "con trigo mezclado con cierta pasta preparada en un modo especial" y cada uno de ellos se mandaba a la población que se creía poseedora del miembro representado del dios. (Budge. Osiris. II. p. 21). He aquí los huesos de Huitzilopochtli hechos de una masa especial, que tienen su paralelo en los miembros de Osiris. Los miembros humanos despedazados que se pintaban en la manta del dios mexicano, ¿no tendrían en el simbolismo algo de común con los del dios egipcio?

En el mito naua del dios del maíz, Cinteotl, todos los vegetales comestibles se forman de los diversos miembros del cuerpo sepultado del dios. Tezcatlipoca y Huitzilopochtli eran dioses que tenían cuidado de la vegetación y a los vegetales que tuvieron origen de los miembros del dios pudieran referirse los miembros humanos pintados en su manta. ¿Por qué no se podría decir lo mismo de los miembros de Osiris, dios de la vegetación, que fueran emblemas de los vegetales alimenticios considerados como miembros del dios que provee a la alimentación?

Las ofrendas de panes que se hacían en el templo mayor de México llevaban formas de manos, pies y otros miembros del cuerpo humano y, en las mismas inscripciones de Denderah, encontramos que se hacían tortas de pan divino en forma de cabeza, pies, huesos, brazos, corazones, intestinos, lenguas, ojos, en fin, todos los miembros del cuerpo de Osiris. "Estas tortas se metían en una caja, la cual se ponía en una *cista de plata* que se colocaba debajo de la cabeza del dios para recibir su protección". (Osiris. II. 24-25). Los huesos de Tezcatlipoca o Huitzilopochtli en vez con el mismo fin se metían debajo del dios. Solían también hacer los nauas estatuas de Tezcatlipoca y otros dioses, de masa de maíz y otras semillas. Iguales imágenes de masa con sustancias simbólicas y alimenticias hacían los egipcios de Kenti-Amenti, de Seker y otros dioses. El modo de hacerlas, tiempo, materia-

les, instrumentos y ceremonias se encuentran descritos en las paredes de Denderah. (Budge. Osiris. cap. XV).

Las comparaciones establecidas entre los ritos mexicanos y los griegos en las solemnidades que tenían por objeto pedir a los dioses que produjera frutos abundantes la tierra, nos llevan a la consecuencia muy probable, que las neolíticas muchachas mexicanas, vestidas de blanco, al servicio del dios tutelar de la tribu durante un año, que tejían y bordaban su nueva manta cuadrangular y purpúrea, y sacándolas "de su recogimiento llevaban los panes especiales que se llamaban los huesos y la carne del dios", hubieran tenido origen de un prototipo pelásgico o primitivo, del cual también derivaron las atenienses Arréforas, que vestidas de blanco, servían por un año a la diosa tutelar de Athenas, le fabricaban su peplo purpúreo cuadrangular y llevaban también "de su recogimiento" objetos misteriosos, que nadie ha podido averiguar con certidumbre lo que eran, y pudieron haber sido consagrados panecillos de una forma especial, que representaban objetos simbólicos en relación con la fecundidad de la tierra, como la carne y huesos de Tezcatlipoca o Huitzilopochtli, númenes tutelares de los nauas y de los aztecas, colocados debajo de la manta pintada con miembros humanos cercenados, o las imágenes de los cortados miembros de Osiris hechas de masa y colocadas en la *cista* de plata escondida debajo de su cabeza.

Plinteria fué otra de las fiestas que se hicieron en honor de Athene el día 25 del mes Thargelion, que abrazaba, de la última mitad de nuestro Mayo, a la primera de Junio. Su nombre viene de πλύνειν. lavar, y en ella se lavaban los vestidos que se habían cambiado a la diosa el 19 del mismo mes, en la fiesta llamada Callunteria. El día en que tenía lugar esta fiesta era nefasto en Atenas. La estatua de Athene Aglauro, cuyo templo estaba en la Acrópolis, se despojaba de todas sus vestiduras y el templo se rodeaba con una cuerda. (Pollux. Onom. VIII. 141. Herodoto VIII 53). Tratándose de una fiesta de purificación, puesto que el objeto era el lavado de los vestidos de la diosa, la ceremonia de la cuerda al derredor del templo no parece que debía tener por objeto el impedir la entrada, sino quizá estaba relacionada con un rito purificatorio como el que usaban los mayas. Estos, en la fiesta llamada Pop que también era de purificación, no sólo lavaban o renovaban los vestidos de los dioses, "las

mantillas en que estaban envueltos los ídolos", sino las cosas que a ellos pertenecían en el templo, y las de uso doméstico en las casas. En la fiesta griega dicen algunos que se lavaba la estatua de Erictonio: en cierta solemnidad se lavaba, en México, la de Huitzilopochtli.

Para la fiesta maya de Pop, se juntaban en el templo todos los varones después de haber ayunado algunos días, y acudían limpios y galanos. Comenzaban por la purificación del lugar, para la cual el sacerdote tomaba asiento en medio del patio del templo, teniendo cabe sí un brasero y las tablillas del incienso. "Sentábanse los chaques en las cuatro esquinas y tiraban un cordel nuevo de uno al otro, dentro del cual habían de entrar todos los que habían ayunado, para echar al demonio". (Landa. o, c. p. 278). Cerraban por consiguiente este recinto con cuerdas sostenidas a los cuatro ángulos por los cuatro chaques, que como los chalmecas nauas, eran entre los mayas los sacrificadores y representantes a la vez de los cuatro sostenedores del cielo, para que el mal espíritu de allí arrojado no volviera a tomar lugar en el recinto. Una razón análoga me parece más admisible en la ceremonia griega de rodear el templo con una cuerda que no la de impedir que se acercara la gente; mas difícil de admitir cuando sabemos de una procesión que tenía lugar en esa fiesta llevando una masa de higos secos llamada ἡγητορια en memoria, dicen, de la invención de ese fruto que fué el primer paso hacia una vida menos salvaje (Hesych. art. corr-Athenes. 74) pero, a mi entender, con un significado en armonía con las creencias que tenían los antiguos acerca de los higos, por lo cual empleaban ramas de higuera para fabricar los emblemas que, según Herodoto, usaban en las fiestas bacanales los griegos y los egipcios (II. 48) y en conformidad con el significado sivaítico que se daba en Grecia al fruto de la higuera. Si esta procesión se hacía en honor de Athene, el templo en que la fiesta era celebrada tenía que ser el punto de partida o de arribo y las cuerdas al derredor para impedir la entrada, salían sobrando.

Los mexicanos, el primer día de la división del tonalámatl que comenzaba con Ce-técpatl y era la décima, "sacaban todos los ornamentos de Huitzilopochtli y los limpiaban y sacudían y ponían al sol". (Sahagún, I. 79, 80). Lavaban solemnemente su imagen, como los atenienses limpiaban la de Erictonio. Hacían

una procesión para conducirla al lugar en donde la habían de lavar, llamado Ayauhcalco: se tomaba el agua con una jícara de calabaza pintada de color azul, cuatro veces y la ponían delante con cuatro cañas verdes y le lavaban la cara al ídolo y todo el cuerpo y, después de lavado, uno que iba vestido con las insignias del ídolo, tomaba otra vez la estatua de éste tañendo las flautas y la llevaba hasta ponerlo y asentarlo en el cu". (Sahagún, I. 239). Los totonacos cambiaban vestidos a los ídolos cada veinte días. "Estaba la imagen desnuda un día y entonces le hacían ofrendas de muchos manjares y todo género de caza. Después al otro día le ponían otras ropas nuevas, teniéndole gran reverencia al tiempo que le vestían y desnudaban". (Roman. I. 179). Además de la de Erictonio, lavaban los griegos, con más o menos ceremonias y en lugares determinados, otras estatuas de ídolos.

Ligadas con las producciones de la tierra las fiestas de Athene que hemos bosquejado ligeramente en los puntos en que se tocaban con las de nuestros indios, en ninguna de ellas se comprende mejor el simbolismo que hace de Athene una diosa de la fecundidad de la tierra que en su ritual unión con Dioniso, el dios que simbolizaba esa fecundidad eminentemente demostrada por la fiesta Esquirofória. Dioses hermanos, hijos de Zeus muy semejantes en su nacimiento, puesto que de Athene y Dioniso se dice que nacieron del muslo de su padre, cuando el segundo fué muerto y descuartizado por los titanes, la primera recogió su corazón, lo llevó a su padre y le hizo una entera relación del acontecimiento. (Fírmico Materno. De Horrore Profanarum Religionum 6). Esquirofória o Σκίρα como otros prefieren llamarla, fué una fiesta, según la tradición, instituida por Theseo en honor de Dioniso y Athene. Una de las solemnidades de la fiesta, era llamada Oscofória, de ὄσχη u οσχος que, entre otros, tiene el significado de una rama de parra con el racimo.

Algunos jovencitos, que no habían de ser huérfanos, sino hijos de los más ricos y nobles ciudadanos de Athenas, llevaban en procesión los ramos de parra con los racimos de uva del templo de Dioniso en Athenas, al de Athene Skira en Faleros. Ataviados con vestiduras muliebres caminaban los jovencitos seguidos de compacta muchedumbre que llevaba también ramos de parra, o con racimos, y cantaban himnos en honor de Dioniso y Ariadna,

como escribe Clemente Alejandrino. Tomaban parte en la procesión algunas mujeres representando las madres de los jovencitos y llevando las provisiones necesarias para sus alimentos. Durante el sacrificio se adornaban con guirnaldas las dos serpientes enlazadas en el caduceo. Los efenos de todas las tribus áticas jugaban carreras de Atenas al templo de Faleros, en donde terminaba la procesión, recibiendo como premio una copa con cinco diferentes sustancias a saber: vino, miel, queso, harina y un poco de aceite. (Atheneo XI. p. 495). La fiesta Oscofória en honor de Dioniso, un dios solar, y Athene, en que los protagonistas eran jovencitos con trajes de mujeres llevando ramas de vid con sus racimos y en que, durante el sacrificio, se adornaban con guirnaldas las serpientes enlazadas del caduceo, son indicios suficientes, sin necesidad de atender a la etimología de las palabras y otros símbolos, para comprender que se trataba de personajes andróginos en armonía con el simbolismo de la fecundidad de la Tierra: Dioniso representaba el Sol, Athene, por consiguiente, tenía que ser la representante de la Tierra.

Tezcatlipoca, lo hemos dicho otras veces, usurpó entre los nauas muchas de las atribuciones de Quetzalcóatl, y cuando los aztecas trajeron a su Huitzilopochtli, le asignaron aquellos de los atributos de que estaba investido ya el númen supremo de los nauas y les convino para su dios. Lo mismo sucedió con las ceremonias y los ritos ligados con los atributos de los dioses y, por este motivo, no dudamos en comparar con los de Athene los ritos con que eran celebradas las fiestas de estos dioses. El androgenismo de la fiesta Oscofória puede encontrarse indicado, no tanto en las ceremonias de las fiestas de Tezcatlipoca, cuanto en el mito de Quetzalcóatl y Mayauel, en que ambos dioses se unen en figura de un árbol de una de cuyas dos ramas finalmente nace la planta de maguey, de la cual se produce el vino de los indios. Los jovencitos Oscóforos vestidos de mujer, llevando los racimos de donde el vino se produce ¿no pudieron haber sido el emblema de un mito neolítico, en que Dioniso y Athene representaran el mismo papel simbólico con relación a la fecundidad de la tierra, que Quetzalcóatl y Mayauel?

La isla de Tenedos debió haber tenido cierta conexión con Athene, porque cuando Laocoonte despreció el don traidor que hicieron a Troya los griegos, hiriendo con su lanza el caballo de

madera que engañosamente decían era un substituto del Paladión robado por Ulises, Athene mandó para que vengaran la injuria, dos serpientes, que salieron de Tenedos y, cuando cumplieron su misión, se refugiaron en el templo de la diosa y se escondieron en el concavo del escudo que estaba a sus pies. (Virg. Aen. II. 201-227). Dioniso era venerado en Tenedos bajo el nombre de Omestes, comedor de carne cruda, y la unión de ambos dioses y su significado simbólico se puede ver en una antiquísima moneda de la isla, de que hablan algunos escritores griegos. En el anverso tiene una cabeza con dos caras, una de hombre y otra de mujer, que algunos explican como un Dioniso dimorfo. El reverso lleva en el centro un hacha con dos filos en dos cabezas unidas en el mango, encima, TENEΔΙΩ; debajo, a la izquierda del mango un racimo de uva, símbolo de Dioniso, a la derecha una lechuza, emblema de Athene. Si el racimo y la lechuza son la explicación de las cabezas unidas del hacha, éstas significarían la unión del Sol y de la Tierra personificados en Dioniso y Athene cuyas caras serían las que se ven en el anverso, juntas en la cabeza de un personaje andrógino. Las explicaciones de Aristóteles, Pausanias y Plutarco no satisfacen a los arqueólogos y a la de Ridgeway no le encuentran un sólido fundamento (Origin of metalic currency p. 317). El androgenismo de Dioniso y Athene, expresado en los ritos de la Squira, creo que se puede confirmar con la moneda de Tenedos.

Comparamos ya a las jovencitas servidoras de Huitzilopochtli con las que estaban un año entregadas al servicio de Athene; pero Dioniso en su representación solar, igual a otros dioses solares de los indios, tenía como Tezcatlipoca y Huitzilopochtli mujeres consagradas a su servicio. Había en Olimpia, dice Pausanias, una comunidad compuesta de diez y seis mujeres, que entre otras cosas, cada cuatro años tenían que tejer un vestido para Hera; institución antiquísima que se pierde en los tiempos mitológicos. Estaban divididas en dos coros "uno llamado coro de Fiscoa y el otro de Hipodamia". Fiscoa tuvo un hijo de Dioniso, guerreador y poderoso, quien con su madre "fueron los primeros en reverenciar a Dioniso". de aquí que las diez y seis, nombre que se les daba a las mujeres de que hablamos, le hubieran dedicado uno de los dos coros a Fiscoa. (Paus. V. XV.) También Plutarco habla de estas mujeres pero dice que estaban sólo dedi-

cadas al culto de Dioniso, y pueden ser, como creen algunos, las que invocaban al dios en su fiesta diciéndole que viniera en sus pezuñas de toro. (Virtudes de las Mujeres. Cuestiones Griegas 36.I Isis y Osiris. 35).

La unión del culto de Athene con el de Dioniso favorece las comparaciones que antes hicimos entre la diosa protectora de Atenas y los dioses representantes del sol, patronos de los nauas y aztecas; pero sobre todo nos sirve como argumento para demostrar que la más antigua significación de Athene como diosa neolítica, ni fué ni pudo ser la del numen de la inspiración y de la inteligencia, el símbolo de la atmósfera iluminada por la claridad del sol o por el fulgor de los relámpagos en un cielo tempestuoso, sino la de quien concede las producciones de la tierra, los frutos de la oliva y de la higuera tomada en un sentido emblemático, como Demeter concedía los cereales, y la frigia Cibeles todo lo que de la tierra procede. Cuando Athene fué diosa de la inteligencia y de la luz atmosférica, ya los habitantes de Grecia no comían bellotas ni vestían pieles de cochino, como cuando esta diosa vestía la piel del gigante Pallas, matado por ella misma. Para comprenderlo mejor, conviene hacer notar más bien las relaciones de Athene con las culebras.

*
* *

"Decían los atenienses que vivía en el templo y guardaba la Acrópolis una gran serpiente, y no sólo lo decían sino que mensualmente le mandaban oblaciones como si allí verdaderamente estuviera". (Herodoto VIII. 43). Estuvo en realidad, según el testimonio de los antiguos y lo que se colige del mismo historiador. Era la imagen viviente de Erictonio o Ericteo "a quien la generosa tierra dió el ser, pero Athene, hija de Zeus, primeramente nutrió y colocó en Atenas en su mismo rico templo". (Homero. Il. II. 549-551). El poeta se refiere seguramente al templo de Athene, que estaba en la Acrópolis, porque cuando la diosa enseñó a Ulises la casa de Alcinoo y partió, llegó a la ciudad y "entró a la fuerte morada de Ericteo" (Odis. VII. 78-81). Su padre dicen haber sido Hefesto y su madre, como nos enseñó Homero, "la generosa Tierra", y fué él quien primero hizo sacrificios a la Tierra y le erigió un altar decretando que,

antes de todo sacrificio ofrecido a cualquiera dios, se debía sacrificar a la Tierra. (Suida Sexicon) Cuando el litigio de Athene con Poseidon por la posesión de la Atenas, la oliva que la hizo vencer brotó o fué plantada por ella en el templo de Ericteo. ¿Sería la misma Virgen Athene, esa diosa Tierra que dice Homero fué la madre de Ericteo? Con sus mismas contradicciones y eufemismos lo dan a sospechar los mitos.

Ovidio refiere que, como el murciélago hijo de Quetzalcóatl, nació Erictonio de Hefesto sin haber tenido madre. (Meth. II. 552). En Toke encontramos como fué ese nacimiento, (Pantheon, 157) y en Fox, que la maternidad del héroe se disputaba entre Athene, la Tierra y Atthis, hija de Cranao, sucesor de Cecrops en el reino de Atenas, de quien dicen tomó el nombre de Attica la región antes llamada Cecropia y primeramente Acte, que propiamente significa rompeolas (Greek and Roman Mythology. 66-67). Apenas nació, Athene lo puso en una cesta de mimbres y dió a guardar a las tres hijas de Cecrops, que se dice fué el primer rey de Atenas. Apolodoro, a la noticia que ya teníamos por Homero de que fué Erecteo un hijo de la tierra, añade que su cuerpo era mitad de hombre y la otra mitad de serpiente, exactamente lo mismo que dicen de Cecrops, reputado hijo de la tierra. (Bib. III. 14. 1.) En otro pasaje es donde Ovidio nos hace saber que su padre era Hefesto, diciéndonos que pidió para él a Zeus la inmortalidad. (Met. IX. 423). Cuando Athene hubo entregado el canastillo se dirigió a un lugar que, por el nombre del gigante Pallas, algunos creen que se llamaba Pellene, con el fin de traer de allí una montaña con la cual mejor se pudiera fortificar la Acrópolis de su predilecta ciudad de Atenas. Mientras llevaba el monte en las manos un cuervo le fué a decir que Erictonio estaba expuesto a las miradas de todos. Al escuchar la nueva, Athene dejó caer la montaña que hasta hoy permanece en el lugar y es el pico rocalloso llamado Licabeto, que domina a Atenas por el norte. (Antigono Caristico. His. Mir. 12). Dos de las hermanas habían cumplido religiosamente el precepto de la diosa, guardando con cuidado la cestilla, pero la tercera, "Aglauro llama cobardes a sus hermanas y ella misma desata los nudos que sujetaban la cerradura de la cesta de mimbres y vieron dentro de ella un creatura y detrás un dragón extendido". (Ovid. Met. II. 552-561).

Un pequeño niño y una serpiente eran los objetos contenidos en la cesta según Ovidio; otros dicen que eran dos las serpientes y estaban enroscadas en el niño; otros que era un sér con la mitad superior humana, la inferior serpentina. Para Tertuliano el objeto encerrado no fué sino una pura serpiente, (De Spectaculis 9) y pensaba Pausanias que la tal serpiente no era sino Erictonio, porque describiendo la estatua de Athene que estaba en el Partenon, dice: "A sus pies yace un escudo y, cerca de la lanza, está una serpiente que bien puede ser Erichthonio". (Ob. cit. I. XXIV. 7). El dicho del autor griego en cuanto a la serpiente que yace a los pies de Athene o se encuentra cerca del escudo, queda enteramente confirmado por las estatuas de la diosa, grandes y pequeñas, encontradas en lugares diversos.

Erictonio era, pues, una serpiente y la madre de ella que, para Ovidio no existió y para Homero fué la Tierra, Filóstrato nos hace saber que fué la misma Athene, (véase Apolodoro VII. 24) opinión que nos confirma en la idea de que Athene, en un principio, no fué sino simplemente una diosa que representaba la tierra. Parece, sin embargo, que Erictonio, este hijo de Athene, no era una sino dos serpientes unidas: el símbolo que ya conocemos de la fecundidad y la generación aplicado a la protectora de Atenas. A él y a Cecrops, como muchos creen, el mismo personaje mitológico con nombre diverso, ordinariamente los representan con dos serpientes en lugar de piernas: los pies son las cabezas de los reptiles y el aspecto de los personajes es el que tienen los gigantes vencidos por Zeus, grabados en una hermosísima gema de Nápoles y esculpidos en otros monumentos.

Puesto que a Erictonio lo completaban dos unidas serpientes, recordamos que Athene, al saber que se había descubierto el secreto contenido en la cesta que dió a guardar a las hijas de Cecrops, dejó caer el monte que llevaba para reforzar la Acrópolis. Las dos serpientes entonces tienen que estar en conexión con la montaña y así las encontramos en la pintura simbólica del Códice Vaticano A. en que se ha creído solamente encontrar un glifo fonético que se lee Coatepec, cuando en realidad es un símbolo relacionado con los atributos de Quetzalcóatl como dios de la fecundidad. El mito ateniense nos da a comprender el mismo simbolismo que se podía expresar gráficamente a manera de la pin-

tura del Códice Vaticano A. Ἐριχ θόνιος quiere decir el que está muy abajo de la tierra y hay que notar que, en la pintura del códice, las serpientes aparecen debajo de la montaña: Hefesto, dios del fuego, era su padre y en el vértice de la montaña estaban dibujados los instrumentos para extraer el fuego: la Tierra era su madre y una montaña entre los nauas era llamada la madre Tierra.

Veamos otros puntos de contacto que se conservaron en la diosa de los primitivos griegos o pelasgos a través de tantas generaciones de artistas, filósofos y poetas, para poderla acercar a las diosas de nuestros indios que representaban la Tierra. Uno de los principales atributos que tenía entre los nauas era el de ser uno de los cuatro guardianes de los puntos cardinales o sostenedores del cielo: Tezozómoc lo dice expresamente de Xilonen la diosa que concedía buenas cosechas. Como sostenedores del mundo tenían que producir los terremotos, y esto lo dice Durán de Toci, y vimos como en el Códice Borgia una diosa Tierra está dibujada en el aspa de cuatro colores, símbolo de los cuatro movimientos, los puntos cardinales, o sus correlativos, los cuatro caminos del Mitlan. En la mitología y el ritual, el simbolismo griego primitivo con relación a estos puntos, quedó casi borrado por las especulaciones de los filósofos que siguieron después de la edad neolítica y que tuvieron eco en las obras de los artistas y poetas, pero no de tal manera que no hubieran dejado algún rastro por donde poder colegir que existió en los tiempos anteriores a Hesíodo y Homero. Athene es una de las divinidades en que se conservaron los residuos del antiguo simbolismo y fueron precisamente los artísticos quienes en parte los conservaron, y los recuerdos de los mitos salvajes que se quedaron incrustados en las creencias populares y en los términos del lenguaje.

Símbolos de los sostenedores del cielo, fueron en Grecia los caballos y los asnos y hay mitos en que no se podría comprender qué tiene que ver Athene con esos animales sin considerarla en su cualidad de diosa Tierra, como uno de los guardianes de los puntos cardinales, y como tal, en relación con los caballos que eran los símbolos con los cuales se representaban. Ya en otro lugar prometimos demostrarlo y aquí procuraremos hacerlo cumpliendo nuestra promesa.

*

* *

Cuando dice Homero en la Odisea ὅτε τέτρατον ἦλθεν ἔτος καὶ ἐπήλυθον ὧρκι, "cuando llegó el cuarto año y pasaron las estaciones" (II. 107) por ἔτος traducen comunmente los intérpretes no edades, sino años y por ὧραι no horas, sino estaciones. En un mosaico encontrado en las ruinas de Tegea las estaciones allí figuradas son tres, las mismas que encontramos en Hesíodo y Homero ἔαρ ὥρῃ (Il. VI. 148) la primavera; θέρος ὥρῃ (Hes. Op. 582) el verano: y χειμῶν ὥρῃ, (Hes. Op. 448) el invierno. A éstas añadieron otra los atenienses ὀπώρα, el otoño, mencionada en Homero juntamente con θέρος (Od. XI. 194). Más tarde el número llegó a siete. Las cuatro estaciones ὧραι, en Herodoto tienen el significado de los cuatro puntos cardinales. (His. II. 26).

Personificadas por los poetas, Hesíodo hace que adornen a la primera mujer coronándola de flores primaverales, mientras las Gracias le colocan un rico collar de oro. (Op. 72 y 75). En los Himnos homéricos se dice que las gracias y las Estaciones danzaban con Harmonía, Hebe y Afrodite tomadas de las manos (III. 194). Hebe, antigua diosa de la juventud, según algunos, y de la primavera, bien se puede asociar con Harmonía y Afrodite, diosas de la fecundidad terrestre, para que, enlazadas con las Gracias y las Estaciones, bailaran al son de la lira de Apolo, el dios Sol. Hebe preparaba el carro de Hera, esposa de Zeus, para que pudieran ser enganchados a él los veloces caballos de la Diosa que, azotados por Hera, parten entre las nubes. "Las puertas del cielo se abren con estruendo por sí mismas. Puertas que cuidan las Estaciones ὧραι, los cuatro puntos cardinales, a quienes está confiado el cielo inmenso y el Olimpo cuyas puertas abren y cierran con una espesa nube" (Hom. Il. V. 722. sig.). Volviendo Hera de una expedición, las mismas ὧραι "desengancharon los caballos de hermosas crines y los ataron a los pesebres divinos" sentándose después en las sillas de oro entre los otros dioses. (Il. VIII. 433 y sig.)

Hasta aquí hemos visto que las cuatro estaciones en Homero eran las que cuidaban las puertas del cielo, cerradas con una espesa nube, con que las cerraban y abrían. Estando, pues, ligadas con los cuatro puntos cardinales lo tenían que estar con los cua-

tro vientos que son los que empujan a las nubes para que entolden o despejen el cielo. Mas ellas también tienen que ver con los caballos del carro montado por Hera y por Athene, diosas tierra, la una, esposa, la otra, hija de Zeus.

Al personificar las estaciones había que darles padre y madre y Hesíodo dice que fueron Zeus y Themis y se llamaron Eunomia, Dike e Irene, o sea el Orden, la Justicia y la Paz; con lo que perdieron su primitivo carácter de Estaciones, cambiándose en seres abstractos incompatibles con la mitología prehistórica. (Hesíodo. Theog. 901). Y como se les destinó la vigilancia sobre las humanas operaciones y el empleo de hacer que sus obras prosperaran, por estas y otras atribuciones que tenían, se ven unidas con las Gracias, dice Passow. En la parte superior del trono de Zeus, en el templo de Olimpia, escribe Pausanias: "sobre la cabeza de la imagen del dios, Fidias hizo de un lado las Gracias y del otro las Estaciones". (V. XI. 7). Afrodite se viste con los trajes "que le preparan las Gracias y las Estaciones, teñidos con las flores de la primavera, tales como los llevan las Estaciones; flores de azafrán, de jacinto, de violeta, de rosas, pimpollos celestiales y jacintos con tan perfumadas vestiduras viste Afrodite en todas las estaciones". (Chipria. frag. 6). Mas creo yo que primitivamente las Gracias no fueron sino las Estaciones en combinación con los puntos cardinales y con los cuatro vientos, neolítico prototipo de muchos otros grupos de diosas que tenemos en la mitología griega, caso en que estaban las Hespérides que, en el templo de Hera de la misma Olimpia, se representaban en número de cinco, lo mismo que las estaciones del año, sentadas en tronos y cerca de ellas Themis como madre de las Estaciones. (Paus. V. XVII.)

El número de las Gracias es indeterminado para Homero que hace a Hera prometer al Sueño como esposa a Pasithee, una de las Gracias más jóvenes (II. XIV, 267). Hesíodo las reduce a tres, como las estaciones lo estaban en algunas partes de Grecia, y Píndaro hace lo mismo (Hes. Th. 907. Pín. o. XIV. 19). Homero dice que acompañaban a Afrodite y otros las ligan con Hermes y Athene. Para Píndaro las Gracias habitaban en un país *de hermosos caballos* y tenían sus tronos cerca de Apolo Pitio. Los nombres que les asignan él y Hesíodo son: Aglea, Eufrosina y Thalaia, a las cuales, si añadimos la Pasithee de Homero,

resultan cuatro. Sólo dos estaciones estaban esculpidas en un tablero de Megalópolis. De las palabras de Pausanias: "Carpo no es el nombre de una Gracia sino de una Estación, la otra Estación se adora juntamente con Pandraso por los atenienses bajo el nombre de Thallo", generalmente se deduce que los atenienses también admitían sólo dos Estaciones. En el trono de Apolo en Amicle, sólo dos Estaciones estaban representadas, y dos solas admitían los espartanos. Las de los lacedemonios se llamaban Faena y Cleta; la que da Gloria y la Fama: las de los atenienses Higemone y Auxo; Guía y Educadora (Paus. III. XVIII. 6 y IX. XXXV. 2), Χαρις, la Gracia en singular fué, según Homero, la esposa de Hefesto, mientras Hesíodo dice que fué Aglea, la menor de las tres. En un himno homérico se llama a Demeter *orefore,* la que lleva las Estaciones, como las Gracias acompañaban a Afrodite. Tenemos a las Gracias y las Estaciones en Grecia compañeras de las diosas representantes de la tierra, como en México y el norte de Europa la acompañaban los enanos.

Las Estaciones tenían que ver con los caballos celestiales de Hera, la diosa Tierra, desenganchándolos del carro de la diosa, en donde iba también Athene, para llevarlos al pesebre donde se alimentaban con la divina ambrosía. ¿Las Gracias también tenían que ver con los caballos? Vimos ya que vivían en un país de hermosos caballos y, más aún, el Prof. Max. Müller dice que el nombre griego de las Gracias Χαριτες etimológicamente es idéntico al sanscrito *Haritas,* nombre que los poetas védicos aplican a los caballos del Sol y que, tanto el nombre griego, como el sanscrito, se derivan de una raíz *ghar,* claro, resplandeciente. (Lectures on the Science of Language. II. p, 404). ¿Y qué cosa son los cuatro caballos del sol, sino los cuatro vientos, los cuatro puntos cardinales, las cuatro Estaciones, los cuatro elementos, ministros del dios en su obra de fecundar la tierra? En algunos templos de la India el sol se representa por medio de la imagen de un caballo con siete cabezas, que algunos creen los siete días de la semana, pero yo pienso es el sol bajo el emblema del caballo, no raro en la India, y los cuatro puntos cardinales, y la izquierda y la derecha del mundo.

Los cuatro genios de los egipcios, hijos de Horus, sostenedores del cielo, símbolos de los puntos cardinales y los elementos, preparaban la barca del Sol y acompañaban a Ra, el dios Sol, en

su barca diurna y los vemos en los papiros estirándola durante el viaje del Sol por el mundo subterráneo. Eran, pues, comparables a los caballos del sol entre los griegos, y los de este linaje, que en Egipto habían adoptado los ritos fúnebres de los egipcios, en vez de las estatuas de los hijos de Horus, que éstos ponían en los cuatro ángulos de sus sarcófagos, aquellos colocaban imágenes de caballos. Eran, por consiguiente, los caballos del sol iguales a los hijos de Horus, los puntos cardinales, los sostenedores del cielo y de la tierra y los cuatro vientos y no otra cosa fueron las Gracias en su primitiva concepción mitológica entre los pueblos arianos, acaso recibiendo la palabra la acepción que le dieron los griegos por los beneficios que el sol, acompañado de sus cuatro elementos, inspiraba a la humanidad. Según Ovidio los nombres de los cuatro caballos del sol eran Pirois, Eous, Ethon y Flegon (Met. II. 153) nombres relacionados con el fuego y el ardor más bien que con la velocidad del viento, porque, como ayudaban al sol en su poder fecundante, para esto nada servía la velocidad sino el calor comunicado a la tierra.

Otros seres mitológicos que representaron al principio los vientos y los puntos cardinales, fueron las Arpias. En el verso 77 del libro XX de la Odisea asegura Homero que las Arpias se llevaron a las hijas de Pandarco, mientras en el 66 había dicho ya que fueron los torbellinos, θύελλαι, los que se las llevaron, lo que claramente nos manifiesta que las Arpias eran para Homero la personificación de los vientos tempestuosos. C. Valerio Flacco asigna a Tifón, un dios del viento, como el padre de las Arpias, (Argon. IV. 428) pero Hesíodo dice de ellas que nacieron de Taumas y Electra siendo hermanas de Iris, la mensajera de los dioses, por los múltiples colores de su arco representante de los cuatro puntos cardinales y de los cuatro vientos. Las Arpias eran dos según este poeta: Aclo, veloz tempestad, y Acipetes, voladora ligera "quienes con sus rápidas alas superaban a las ráfagas del viento y el vuelo de las aves, porque veloces como el tiempo se lanzaban por el espacio". (Theog. 265). Del mismo modo que las Estaciones y las Gracias estaban ligadas con los caballos, y es singular que en muchas monedas de los celtas vemos en combinación un caballo y un pájaro, en alguna de las cuales se ve como si el ave hablara al oído del cuadrúpedo. Tales símbolos pudieran relacionarse con los puntos cardinales como la suástica y las cru-

ces que se ven en otras monedas celtas. Caballos mitológicos en relación con el agua, las olas del mar y las corrientes no son raras en la mitología de los celtas. (Macculloch. Celt. Mith. p. 123, 127 y sig.) En la mitología de los eslavos del Báltico claramente se alude a los caballos como emblemas de las nubes que producen las lluvias, y en la griega los caballos también están relacionados con las aguas. (Machal. Slavic Mythology. p. 323).

De la Arpía Podarge, dice Homero que fué visitada por Zéfiro cuando pastaba en una pradera cerca de la corriente del Océano y de ella nacieron Xanto y Balio, dos veloces caballos de Automedonte, que volaban con el viento. (Il. XVI. 147). Virgilio hace una tribu de las Arpias dándoles por jefe a Celeno. Otros poetas hacen mención de tres como, en lo general, se decía de las Estaciones y las Gracias. Acaso en un principio fueron cuatro, no estando de acuerdo ni en su número ni en sus nombres los antiguos escritores. La descripción que de ellas hace Virgilio, nos las da a conocer como horribles monstruos, cosa en que no se ve discordancia con las pinturas de los cuatro vientos que encontramos en los monumentos egipcios.

No hay más rudo
Monstruo que ellas, ni existe peste alguna
Más inhumana o huyó de las estigias
Ondas por el enojo de los dioses.
De una ave aspecto tienen; mas el rostro
Es femenil; el flujo de su vientre
Es fétido sin límite, las manos
Encorvadas, y pálido el semblante
Por la inedia.....

(Pagaza. Obras de Virgilio. En. III. 214).

Horrible la descripción de los tzitzimime, plural de tzitzímitl que nos hace Sahagún, y estos monstruos imaginarios no eran sino los puntos cardinales sostenedores del cielo, los cuatro vientos en su aspecto más aterrador como las Arpias de Virgilio.

Si las Arpias fueron emblemas de los vientos y, por consiguiente de los puntos cardinales, en las Gracias, además de estas representaciones, vemos también la de los sostenedores del cielo, los hijos de Horus, los Bacab de Yucatán, que las comprendían todas y aún las de los cuatro elementos confundidos con las Estaciones, los vientos y las nubes empujadas por ellos desde los

cuatro puntos cardinales y tanto en México, como en Egipto confundidos todos con los mismos emblemas y representaciones, unas con otras identificadas. Los Bacab de Yucatán sabemos que eran simbolizados con piedras brutas; leemos lo mismo de las Gracias. El santuario más antiguo que había en Orcómenos, escribe Pausanias, era el dios de las Gracias. Los naturales adorábanlas en forma de piedras brutas, que decían haber caído a Eteocles del cielo. En mi tiempo, continúa, "se dedicaron las imágenes artificiales y éstas son también de piedra" (IX. XXXVIII. 1). Los sostenedores de la tierra tenían en Grecia mucho que ver con los caballos.

El epíteto γαιήοχος, sostenedor de la tierra, en todas partes lo aplica Homero a Poseidón, que sólo en tiempos menos antiguos fué considerado como el dios del mar. Otro epíteto que le aplica el poeta es de 'εννοσίγαιος, productor de terremotos, y entre nuestros indios se decía precisamente que los terremotos eran producidos por los cuatro dioses sostenedores del cielo y de la tierra, por lo cual se le daba a Poseidón también el epíteto de ἀσφαλεῖος o también 'ασφάλιος el que afirma o asegura, que, en apariencia solo, parece contradictorio del anterior. Acostumbraba Poseidón ir a visitar a los etiopes para que le sacrificaran hecatombes de toros y carneros; y según las nociones etnográficas del autor de la Odisea, los etiopes estaban divididos en dos fracciones que comprendían las partes más apartadas de los hombres: unos vivían al poniente, otros al oriente, donde se pone y nace el sol. (Hom. Odis. I. 20 y sig.) Volviendo de Etiopía no lo hizo por mar como era de suponerse en un dios marino, sino por tierra, puesto que vió las naves de Ulises desde los montes del país de los Solimas, altísimas montañas de la cordillera del Tauro, que dice Estrabón se extienden de Licea a Pisidia. (Hom. Odis. V. 282. Estrab. I. II. 10).

No fué, por consiguiente, al principio un dios del mar sino de las aguas que vienen de las montañas de los cuatro puntos cardinales para inundar la tierra y, por eso, se dice que visitaba a los etiopes habitantes del extremo oriente y occidente: unos lo dicen originario de Libia, al sur de Grecia, otros de Tracia, al norte. Como los cuatro sostenedores del mundo se identificaban a veces con sus guardianes y eran estos los cuatro elementos, a Poseidón le tocaba el agua y por eso lo hicieron dios marino; mas

no hay dios que como él esté más ligado con los caballos, lo que parece absurdo en un dios marino si no se consideran a los caballos como emblemas de los puntos cardinales y, por esto, de los sostenedores del cielo por sus cuatro ángulos, de donde vienen las nubes a precipitar el agua sobre la tierra.

Ἵππιος, el de los caballos, el jinete llaman a Poseidón frecuentemente y Pausanias hace notar que Homero, en la descripción que hace de la carrera de carros, pone en boca de Menelao un raro modo de jurar por ese dios cuando dice: "Pon la mano sobre los caballos y jura por el dios que sostiene y hace mover la tierra, que tú insidiosamente no obstruirás mi carro" (Il. XXIII. 584). Palabras que muy bien indican la conexión que tenían los caballos con Poseidón sostenedor de la tierra en los tiempos de Homero. Píndaro lo llama ἱππάρχος, el señor de los caballos o el que los gobierna (Pyth. IV. 45). Si Pelops ganó la mano de Hipodamia en las carreras fué por haberle prestado Poseidón unos caballos alados. Pero una fábula narrada por Pausanias nos deja enteramente persuadidos de la íntima conexión del dios con los cuadrúpedos que estiraban el carro del Sol. "Cuando Rhea dió a luz a Poseidón, lo colocó en medio del rebaño para que viviera con los corderos y dijo a Cronos que había dado a luz un caballo, y le dió un potro a engullir en vez del niño, precisamente como después le dió una piedra envuelta en pañales en vez de Zeus" (VIII. VIII. 2). En Zeus, el padre de los dioses tenemos la piedra, emblema del origen de las cosas y de los sostenedores del cielo: en Poseidón debemos considerar al caballo, además de esto, como símbolo de los cuatro vientos que empujan las nubes.

Κυανοχαίτης, el de los cabellos oscuros, o sea Poseidón, visitó a Medusa en un apacible prado entre las flores de la primavera y cuando Perseo decapitó a la diosa, brotó de su sangre Chrysaor y el caballo Pegaso "llamado así porque nació cerca del manantial del Océano y el otro por llevar una espada de oro en la mano. Ahora bien Pegaso voló abandonando la tierra, madre de los ganados, y se fué con los dioses inmortales a la morada de Zeus a quien lleva los relámpagos y rayos". (Hist. Theo. 276). Los tlaloques, servidores del dios del agua, representantes de los puntos cardinales y de los sostenedores del cielo, eran los que en la mitología naua le llevaban los rayos y los relámpagos. Hesíodo deriva de πηγή, manantial, el nombre de pegaso y bien conviene la

derivación a un ser íntimamente ligado con el agua. Mas otros, a pesar de Hesíodo, dicen que su nombre mejor se deriva de πηγός, firme, sólido, fuerte, lo que convendría a Pegaso como uno de los sostenedores del cielo, siendo otro de ellos Chrisaor, el de la espada de oro, acaso ligado con el fuego de los relámpagos y rayos.

El Pegaso, pues, debe haber sido en la primitiva mitología de los bordes del Mediterráneo un sér paralelo a los tlaloques como representante de los puntos cardinales, como sostenedor del cielo y como distribuidor de las aguas, porque todavía en la mitología clásica está ligado sobre todo con el agua. La fuente de Hipocrene en Troesen debió su sér a un golpe de la pezuña de Pegaso. En la contienda entre las Musas y las Pierides sobre el monte Helicon, cuando comenzaron a cantar las segundas todo se oscureció, mas durante el canto de las primeras, el cielo, el mar y todos los ríos se pararon para oírlas. El Helicón se levantó hacia el cielo con deleite hasta que Pegaso, por orden de Neptuno, puso término a su ascenso dándole una patada con sus pezuñas; donde esto sucedió brotó la fuente Hipocrene *Fons caballinus* como la llama Perseo. (Prol. I.) En la Fuente Pirene, de Corinto, fué capturado por Bellerofonte con un freno de oro dado por Athene, imponiéndole que antes sacrificara a Poseidón, su padre, según el Catálogo de las Mujeres, quien, leemos en esa obra de Hesíodo, "fué el que le dió a Pegaso para que con la velocidad de sus alas lo llevara por toda la tierra" (Frang. 7. v. 15 y sig.) Bellerofonte es probablemente un dios del viento.

Otros caballos tuvieron origen de Poseidón además del que hizo brotar de la tierra con su tridente para asegurar la posesión de Atenas. "Cuando Demeter, dice Pausanias, andaba buscando a su hija, dicen que en sus viajes fué seguido por Poseidón que deseaba conseguir sus favores". El agua busca la unión con la tierra para que produzca los cereales. Demeter buscando a la perdida Core, representa a la tierra estéril por la ausencia del calor y la humedad. Para evitar la persecución, la diosa se convirtió en yegua y comenzó a pastar entre el ganado de Onco. "Poseidón descubrió el engaño y tomando la forma de un caballo consiguió sus deseos".

De allí procedió una hija cuyo nombre, dice Pausanias, no quieren que se divulgue entre las personas que no están iniciadas en los misterios, y Arión, caballo, que llama Homero divino, por

haber tenido origen de los dioses. (Il. XXIII. 346). Su poseedor fué Adrasto, descendiente de Eolo, el rey de los vientos. Heracles primero lo pidió a Onco cuando estaba en guerra con los de Elis y, cabalgando sobre él, los venció dándolo después a Adrasto, quien como leemos en la Tebaida, "huyó de Tebas vestido de luto y llevando consigo a Arión de oscuro pelo". (Paus. VIII. XXV).

En la antigua mitología de los hindúes, Saranyu se vuelve yegua, Vivasvat caballo, y de ambos nacen los dos Asvinos contrapartes de los Dióscuros griegos, que mucho tienen que ver con los caballos. A. Kuhn y Max. Müller sostienen que el nombre sanscrito Soranyo es etimológicamente idéntico al Griego Erino que tomó Demeter cuando la perseguía Poseidón, y están de acuerdo en la identidad de origen de los dos mitos. La imagen de Demeter bajo la advocación de Erino, dice Pausanias, "lleva la llamada *cista,* cofre sagrado y en su derecha una antorcha". Conocemos la imagen de Athene con la cista, en que se identifica con Demeter, por lo cual el mito de la conversión en yegua puede aplicarse a ella con razón por su epíteto de ἵππια, con que se iguala a Poseidón, y por las muchas conexiones que tienen con los caballos aunque una antiquísima estatua de Demeter la representaba con cabeza de caballo. Había entre los celtas de Francia un dios caballo y una diosa yegua que bien pudieran ligarse con las anteriores metamórfosis. Apolodoro hace a Poseidón padre de Athene, fábula derivada de la antiquísima creencia cosmogónica de la emersión de la tierra de las aguas primordiales, que no falta en la mitología de nuestros indios.

Demeter y Athene si tienen que ver con los caballos no es sino porque la diosa tierra era uno de los sostenedores del cielo, representantes de los puntos cardinales de donde toman su dirección los vientos; de aquí que los caballos tengan que ver con el sol como dios ligado íntimamente con el calor y con el fuego, con el agua, con la tierra y con los vientos que empujan a las nubes para que fecunden la tierra. Si los caballos no se consideraron en la primitiva mitología de los bordes del Mediterráneo como los sostenedores del cielo y los emblemas de los puntos cardinales, ignoro como deba explicarse racionalmente la conexión que vemos tan marcada entre ellos y Poseidón, dios del agua, y las lluvias y Athene, diosa tierra.

En la célebre estatua del Partenon, Athene llevaba esculpido un caballo en el yelmo y, en otras estatuas encontradas en Grecia, lleva cuatro. En una moneda ateniense de principios del siglo II antes de Jesucristo, se ve la cabeza de Athene armada con un yelmo en que están grabados cuatro medios cuerpos de caballos y un caballo alado sobre ellos. Una pintura arcaica griega nos hace ver la escena recordada en la Odisea (III. 135) y descrita magistralmente en la Eneida (II. 402) de la profanación del templo de Athene cuando los griegos se apoderaron de Troya. La diosa está representada en la pintura por un busto sobre un poste cuadrangular a la manera de las representaciones de Hermes. En la diestra lleva una asta, una rodela en la izquierda, con un caballo corriendo pintado en el centro. El legendario caballo de madera que usaron los griegos como un ardid para apoderarse de Troya, dijeron a los troyanos que era para sustituir el Peladión, representante de Athene, y lo ofrecían como un desagravio a la diosa por el sacrilegio que cometieron Ulises y Diomedes al apoderarse de él (Virg. Aen. II. 183). Era entonces el caballo una imagen o símbolo de Athene.

Como un argumento que, con otros varios, nos traen la conjetura de que Medusa se pueda asimilar a Athene, podemos considerar el que la primera esté ligada a los caballos en los mitos en que toma parte también Athene. Medusa, dice Píndaro, era una joven hermosa (Phythi. Od. XII. 16). Poseidón se prendó de ella y profanaron el templo de Athene por lo que airada la diosa convirtió sus cabellos en serpientes. Cuando Perseo le cortó la cabeza, ya sabemos que nació Pegaso de las corrientes de sangre que corrieron. Un vaso arcaico de Rodas trae a Medusa pintada con cuerpo de mujer y cabeza de caballo.

El primero de los mortales que decían haber enganchado a los carros los caballos, fué el hijo de Athene, Erictonio, enseñado por ella, quien solo pudo poner el freno al Pegaso, o enseñó a Bellerofonte el modo de hacerlo. No son estos los únicos ejemplos que nos han quedado en que podamos ver que Athene está en íntimo contacto con el animal que representaba los sostenedores del cielo, o mejor dicho de la tierra, pero los creo suficientes para probarlo.

Parece que antes del caballo o juntamente con él, el asno y la mula tuvieron el mismo empleo de sostener en el cielo o la tie-

rra: en cuanto a Athene, Esquilo entre otros escritores nos hace saber que en Tebas tenía el título de Onka y que una de las puertas de la ciudad se llamaba Pallas Onka. (Theb. 164, 486, 501). Allí mismo había un templo de Athene en el cual Pausanias leyó la siguiente inscripción "Este es el templo de Athene Onca que Cadmo edificó en otro tiempo, y sacrificó una vaca cuando fundó la ciudad de Tebas". Explicado el significado de la palabra, asegura que Ὄγκα era de origen fenicio. (IX. XII. 2) Al no decir que era griega, fué quizá porque no se le pudo ocurrir que la diosa de la inspiración, el ingenio y la sabiduría, como era Athene en su tiempo, hubiera tenido entre los arcades salvajes, súbditos de Pelasgo y comedores de bellotas, un epíteto derivado de los asnos. El verbo ὀγκαομαι. de donde los helenistas admiten que puede derivarse el epíteto de Onca, ὄγκας. dado entre los arcades a la diosa de la sabiduría significa rebuznar!

Onca, personaje que tenía por nombre el epíteto de Athene, fué el primero que llevó buenos caballos a Grecia. Entre su ganado se ocultó Demeter, convertido en yegua para huir de la persecución de Poseidon. De aquí que fuera él quien dió a Heracles el divino caballo Arion, hijo de dioses, que fué a parar a las manos de Adrasto, nieto de Eolo, rey de los vientos.

Como animales en conexión con el Sol y con Poseidon los persas sacrificaban caballos al primero y los lacedemonios al mismo dios en el Monte Taleto, consagrado a él. En Rodas, el Sol recibía iguales sacrificios según Pausanias (III. XX. 5.) y Festo (p. 181). mientras los argivos, en honor de Poseidon, arrojaban caballos vivos enjaezados a un manantial de agua dulce que brotaba del mar. (Paus. VIII. VII. 2). A los dioses se sacrificaban ordinariamente animales que de algún modo estaban en conexión con ellos: ahora bien, sabemos por Píndaro que los fabulosos hiperbóreos inmolaban hecatombes de asnos a Apolo cuando iba a pasar entre ellos una temporada del año; luego también los asnos en Grecia estaban ligados al Sol, y el asno de Sileno, fiel compañero de Dioniso, nos presenta otra prueba. En una gema publicada por Maffei (Gemme antiche figurate III. lam. 40) vemos un altar erigido a Dioniso cuya estatua se eleva sobre una pilastra o columna formada por cuatro piezas. De otras tantas lozas está formado un altar. Un hombre y una mujer llevan las sólitas ofrendas. En el altar, debajo de la columna, se ve una cabeza de asno

que bien pudiera significar, o una víctima ofrecida al dios, o que el altar y columna compuestos de cuatro partes indicaban los cuatro sostenedores del cielo cuyo emblema era el asno.

Estaban ligados con el astro diurno ciertamente en Egipto. Set, el enemigo de Osiris, era un dios solar como Tezcatlipoca, el enemigo de Quetzalcóatl. Este dios en la batalla contra Horus, dice Plutarco que huyó montado en un asno y Set, en el capítulo XL del libro de los Muertos, se llama comedor de asnos. A este animal aludiendo a sus rebuznos quizá, se llama en una inscripción egipcia "el que dice grandes palabras" ¿Qué maravilla entonces que a la diosa de la elocuencia, llamaran los árcades la que rebuzna? Asno se llama a Ra, el dios Sol, en el libro de los Muertos. (Book of Dead II. 17). Que los asnos fueran los sostenedores del cielo en Grecia parece que lo indican unas figuras que, con cabezas de estos animales, fueron encontradas en unos frescos de Creta, llevando un largo bastón en la mano derecha. Los colores son vivos, pero poco se conservó de su cuerpo para poder saber si era humano. Los bastones son análogos a los que algunas veces llevan en las manos los hijos de Horus. Monstruos con cabeza de asnos o de caballos se ven grabados en gemas de Micenas o de Creta y, en una de Figalia, vemos dos de esos animales erguidos sobre sus patas traseras con un hombre en medio que los coge de la mandíbula inferior. Fué precisamente en Figalia donde adoraron una imagen de Demeter, que estuvo en una gruta del monte Elaio, donde decían se había escondido cuando perdió a Core. Estaba sentada sobre una roca, dice Pausanias, y tenía la semejanza de una mujer en todo menos en la cabeza y el pelo, que eran de caballo. Adheridas a la cabeza estaban figuras de serpientes y otros animales salvajes. Vestía una túnica negra que le llegaba hasta los pies; en una de sus manos tenía un delfín y una paloma en la otra. El simbolismo encerrado en la imagen concluye Pausanias "es claro para todo hombre de ordinaria sagacidad versado en las representaciones legendarias". "Dicen que le dieron el nombre de Negra, por el color del traje que llevaba". (Paus. VIII. XLII. 1) También nosotros, por lo que ya se ha dicho, no solo podemos comprender que se trata de una Tierra lujuriosa o fructífera, atribuida quizá al poniente, punto cardinal del agua, sino que el caballo, cuya cabeza lleva la diosa, aquí indicaba elemento tierra, el punto cardinal del sur y la estación del

otoño cuyo color simbólico era el negro, color de la túnica de Demeter que hizo la llamaran negra. Arión, el caballo hijo de Demeter, era de color oscuro y parece que el color negro fué en Grecia también el símbolo del occidente.

Los Centauros eran representados como unos monstruos, mitad hombres y mitad caballos, y no puede dudarse de su afinidad con los puntos cardinales. Homero, en la Iliada, los llama simplemente monstruos, fieras; φῆρες (Il. I. 268; II. 743) pero en la Odisea, aludiendo al desorden causado por ellos enloquecidos por el vino en las bodas de Hipodamia, les da el nombre de Centauros (Od. XXI. 295) palabra compuesta de κεντέω, picar, aguijonear y ταῦρος toro. Seres viciosos, lascivos y desenfrenados en los vicios, no siendo la lujuria la que menos los aguijoneaba como se puede advertir por las otras dos acepciones que dan a la palabra algunos autores griegos. Ixión era padre de los Centauros, su madre una nube con que Zeus formó la imagen de Hera. Castigado por el padre de los dioses, Ixión fué atado a una rueda con cuatro rayos, emblema que ya estudiamos hablando del *naui-ollin* de los mexicanos en relación con la rueda mágica de Afrodite. Su nombre, si como sospecho, se deriva del verbo ἵκω, tiene seguramente relación con el movimiento, principio de las cosas, y los cuatro rayos de su rueda, con los puntos cardinales y los cuatro elementos, como ya lo demostramos hablando de la rueda mágica de Afrodite: Que la rueda de Ixión tuviera cuatro rayos, claramente lo dice Píndaro llamándola τετράκναμον (Pyth. II. 40) Del consorcio de Ixión con la nube nació un monstruo llamado Centauro. Su prole fueron unos seres portentosos, que tenían en la parte superior la figura de un hombre; en la inferior, la de un caballo. (Pin. 1. c.). Otros poetas dicen que los Centauros fueron hijos de Ixión y Nefele, que más o menos viene a ser igual, porque Nefele significa nube. Si Ixión indica movimiento, entonces los Centauros tendrían su origen de las nubes y el movimiento.

En las obras de arte no es raro ver la imagen de los Centauros llevando un vaso en las manos o en la espalda; así se ve en una metopa del Partenon que aún se conserva. Su origen de Ixión atado a la rueda de cuatro rayos, que da vueltas, y de una nube, imagen de una diosa relacionada con el viento; su amor al vino y los placeres de la carne no pueden dejar duda que los Centau-

ros sean la forma humanizada de los caballos como emblemas de los cuatro puntos cardinales, ministros y compañeros del Sol en su obra fecundante, por lo cual se dice que tuvieron origen de una nube y llevan un vaso como los tlaloques mexicanos. A esto quizá también alude su nombre tan distinto de su aspecto, tomando el toro como un emblema del Sol. Así dice Nonno de los Centauros, que eran inseparables compañeros de Dioniso, dios de la fecundidad de la tierra y por eso dios del vino.

La batalla de los Centauros con los Lapitas, recordada primeramente en la Odisea, puede muy bien ser una alegoría mitológica trasladada a la historia. Lapites, el tronco genealógico de los lapitas, eran, según Diodoro, hijo de Apolo, un dios sol. Rey de los lapitas fué Piritoo, hijo de Ixión, y, por consiguiente, medio hermano de los centauros. Sus deseos de unirse con Persefone y su entrada al Hades con este objeto lo hacen ver como un ser en relación con las atribuciones del sol nocturno, y con la lucha de los centauros. Cuando su matrimonio con Hipodamia, alterados por el vino pretendieron los monstruos llevarse a la novia con todas las otras mujeres que asistieron a la boda, origen de la guerra entre ellos y los lapitas, terminada con la destrucción de los primeros. Puede ser esta una alegoría de la lucha entre los elementos y las estaciones. Hipodamia significa domadora de caballos; su nombre, pues, la liga con Athene y el rapto intentado por los centauros, con Persefone: la derrota de los embriagados raptores, los pone en las mismas condiciones de Quetzalcóatl que se embriaga estando para ser derrotado por Tezcatlipoca. A través de los euhemerismos y las galas poéticas, en la batalla de los centauros y los lapitas aparece un fondo mitológico muy lejano que tiene por base el contraste de las estaciones, como la lucha de Tezcatlipoca y Quetzalcóatl, con sus partidarios.

En este supuesto no creo yo que el prototipo de los centauros hubiera sido una tribu salvaje y montaraz, precursora de los griegos, ni mucho menos unos jinetes vaqueros. La circunstancia que se nos cuenta de que habitaban en las montañas, favorece nuestra hipótesis por ser las montañas donde aparecen las nubes y la habitación de los tlaloques de nuestros indios, espíritus que, con las nubes, llevaban las lluvias y la fecundidad de la tierra.

*

* *

Otro de los indicios que nos pueden guiar a la deducción de que Athene tenía que ver con los puntos cardinales es el *peplo,* solemnemente llevado el día de su fiesta principal como una vela de navío. Fué probablemente un lienzo cuadrangular, una imagen de las nubes que, entre nuestros indios tarascos, eran designadas con los mismos cuatro colores simbólicos que también usaron los griegos para designar a la par de los elementos y los puntos cardinales; y la diosa tarasca Tierra, Cueravaperi, tenía las nubes a su disposición. Vimos tratando de este mismo argumento, como había algunos de los colores que se sustituían por otros: el negro, representante de la tierra y del sud o del poniente, por ejemplo, que se cambiaba por el púrpura, el verde y el azul.

En uno de los himnos homéricos vemos que se aplica a las olas del mar un epíteto, purpureas, moradas o rojizas, mientras les convendría mejor el de ceruleas o negras que encontramos comunmente en los poetas. Cambios más radicales observamos en México en la rueda que Durán llama del calendario, en la cual, el amarillo del oriente se cambia por el verde; el rojo permanece invariablemente asignado al norte; el blanco del poniente se cambia por el amarillo y el negro del sur, por el azul. Cambios parecidos observamos en los códices, pero éstos, como se ve, tienen lugar entre colores análogos. Entre los griegos vimos en vez que el amarillo probablemente se asignaba al sur y a la tierra, como el negro. Emblema del sur o del oeste y el elemento tierra pudo entonces usarse el púrpura, sustituto a veces también del negro o el amarillo, si se quiere. Encontramos ejemplos de antiquísimas estatuas que recuerda Pausanias, sobre todo, de Demeter, Cibeles y Afrodite, diosas representantes de la Tierra bajo distinto aspecto o como productora de frutos y distribuidora de dones, que tenían la cara pintada de negro y aún de verde. ¿No conservaría Athene el color simbólico de la Tierra de algún modo en su mismo cuerpo? ¿No será posible encontrar el recuerdo de ese color simbólico si no en alguna estatua, por lo menos en las obras de arte o en los versos de los poetas? Una antiquísima estatua de Demeter supo el diligente investigador de las antigüedades griegas, Pausanias, que había tenido cabeza de caballo: los caballos de Athene, los artistas helenos esculpieron, grabaron o pintaron en su yelmo.

Hera, la Señora de los ojos de buey, βοῶπια πότνια Ἥρη, es una

expresión común en Homero para designar a la esposa de Zeus. ¿Porqué decía el poeta que Hera tenía los ojos de buey? Dicen algunos que porque los ojos grandes y rasgados eran hermosos para los griegos y por eso de otras mujeres decían que tenían ojos de buey. No todos están de acuerdo en ello y algunos, a mi parecer con mejor acuerdo, opinan que los ojos de buey indican el emblema terrestre, y lunar sobre todo, con que primitivamente distinguieron a Hera, adornando su cabeza con cuernos o representándosela enteramente como vaca a la manera que solían los semitas y egipcios con ciertas diosas representantes de la Luna y de la Tierra. Hera fué una diosa de la Tierra, pero sus atribuciones de Luna son tan manifiestas que, más bien que Tierra, la juzgan generalmente diosa Luna y, en ese caso, bien le queda una cabeza bovina, armada de cuernos. De ella solo le quedaron los ojos porque unos ojos grandes y rasgados se juzgaban hermosos. Las figurillas cornudas y con figura de vaca encontradas en estaciones neolíticas de Grecia y del Asia Menor y consideradas como el emblema de la esposa de Zeus, aumentan la probabilidad de que los ojos de buey de Hera, sean una reminiscencia del antiguo emblema neolítico con que se representaba a la diosa.

Los ojos glaucos de Athene han dado materia para discurrir a los escritores. Unos juzgan que los llamaron así por la perspicacia, otros por el brillo y viveza. Yo creo que, como los de Hera, son una reminiscencia, no de la forma sino del color que correspondía a toda su cara como diosa Tierra; y que los poetas sólo se lo dejaran en los ojos llamándola *glaucopis* desde Hesíodo y Homero, no tanto por el brillo, cuanto por el color simbólico que les dieron. No es exacto que γλαυχός en los autores más antiguos se relacionara con el color marino, verde o azul, colores ambos sustitutos del negro como símbolo de la Tierra y del sur o del poniente. Prescindiendo de los ojos de Athene, Homero refiere al mar esta palabra (Ilide. XVI. 34) y Hesíodo añade al mar el epíteto de γλαυχὴ refiriéndose al color de sus aguas alteradas (Theog. 440). Γλαυχός desde entonces era ya el color de las aguas del mar para los griegos y, por eso, con esa palabra los escritores helenos y con *glaucus* los latinos, quisieron significar tanto el azul como el verde que se asemeja a las aguas del mar, color que se dió seguramente a uno de los puntos cardinales confundiéndose el azul con el verde, no menos entre los griegos

primitivos, que entre los nauas y las tribus mayas de Yucatán y Centro América.

*
* *

Para poder fijar mejor porqué llamaron a la diosa Athene Glaucopis conviene analizar aquellos personajes mitológicos más principales que llevaron el nombre de Glauco. Uno de los que llevó este nombre fué un hijo de Sísifo, que logró encadenar a la muerte, y de Merope, hija de Atlas, nieto de Eolo el rey de los vientos. Excitó las iras de Afrodite, con el fin de que sus yeguas fueran las vencedoras en las carreras. Las alimentaba con carne humana. Padre de Bellerofonte, a quien Athene enseñó la manera de domar al Pegaso, murió porque, espantados sus caballos, lo tiraron del carro, o como dicen otros, porque se enfurecieron bebiendo el agua de un pozo sagrado de Beocia. Los caballos, y más claramente su genealogía por parte de Eolo, lo ligan con los cuatro vientos; por la de Atlas, con el sostenedor del cielo: y si vemos en Sísifo al vencedor de la muerte, con el sur, que nuestros indios relacionaban con los esqueletos.

Otro Glauco, hijo de Minos, rey mitológico de Creta, representante del Sol, se liga en vez con el simbolismo cromático de los elementos. Se ahogó en una cuba de miel y en vano lo buscó su padre, hasta que los curetas le dijeron que lo encontraría aquella persona que hallara la comparación más propia de una vaca que pudiera tomar tres colores diferentes, con otro objeto cualquiera. Un adivino de Argos resolvió el problema asemejando la vaca al fruto de la morera que, al principio, es blanco, en seguida rojo y finalmente, negro. (Apolodoro. III. III. 1.- Higinio. Fab. 136). Las vacas en la mitología ariana en general, pero sobre todo en la hindú, son símbolo de las nubes y también de la luna y de la tierra. En el mito de Glauco los colores de las vacas se refieren a las nubes y a los puntos cardinales. Los árboles, como sostenedores del cielo, tienen igual relación y ya tendremos que ver que no son ajenos los curetas al simbolismo de los puntos cardinales. En este mito son tres los colores, falta el amarillo, pero hay que notar que quizá el mito se modificó cuando los griegos sólo admitieron, en muchas partes, tres estaciones; y veremos que a tres redujeron muchos de los símbolos relacionados con los puntos

cardinales, los cuales, en los tiempos primitivos, refiriéndose más que a los verdaderos puntos cardinales, a los equinoxios y solsticios, coincidiendo los dos equinoxios en los mismos puntos del espacio, pudo muy bien ser que el oriente y el poniente se consideraran a veces como uno solo, con relación a los equinoxios y sólo se distinguieran los solsticios por referirse al norte y al sur.

El adivino de Argos encontró al niño Glauco, pero no lo pudo resucitar y entonces Minos lo encerró vivo en el sepulcro en donde colocó el cadáver. Allí vió una serpiente que se acercaba al muerto y la mató: apareció una segunda que, viendo a la primera muerta, volvió con cierta yerba, se la puso encima y la volvió a la vida. Lo mismo hizo el argivo con el cadáver del niño y resucitó Glauco. (Higin. Fab. 136. Apolod. III. 1. 2. Tzetzes. Lyc. 811). Este mito en que toman parte como padres del protagonista, Minos y Pasifae, o sea el Sol y la Tierra o su representante la Luna; los curetas, como dice Ovidio, hijos de las lluvias y, por consiguiente, que tienen que ver con los puntos cardinales de donde vienen las nubes a fecundar la tierra; las vacas y el árbol, otros símbolos también de los puntos cardinales con los colores que se les asigna, y pertenecen a los elementos agua, en el blanco, y fuego en el rojo, tan directamente ligados con la fecundidad de la tierra representada por el negro o, como interpreta el simbolismo cromático Santo Tomás, blanco en la tierra y negro en el agua: todo esto confirma plenamente la opinión de los mitólogos modernos, que el mito de este Glauco de Creta, en su parte final, se refiera a la muerte y vivificación de las plantas, expresada en la muerte y resurrección de la divinidad cretense, obtenida por el ministerio de las dos serpientes. (Smith. Classical Dictionary. Art. Glaucus).

Otro Glauco, siendo un hombre mortal, comió ciertas yerbas y se volvió un dios marino. Glauco cazó una liebre y cerca de una fuente la frotó con una yerba que allí nacía y resucitó el animal. Cuando esto vió Glauco, comió de aquella yerba y le vino la inspiración. Siguió una tempestad, se arrojó al mar y allí se volvió inmortal. (Atheneo. VII. 296). Así él mismo describe su metamórfosis en Ovidio: "Entonces por vez primera yo me vi esta barba de color verde oscuro, esta cabellera que se arrastra por las olas y los hombros vigorosos y los azules brazos, y estas piernas encorvadas como la cola de un pez armado de aletas". (Metam. XIII. 959 y

sig). Glauco, convertido en dios marino por virtud de las purificaciones y fuerza de las fórmulas mágicas a que lo sujetaron los otros dioses del mar, se prendó de Scila "Ausoria, la mortífera, que Hecate, la que vaga por la noche, llamada Crateis, la poderosa, engendró de Forco". Un escoliasta del autor citado dice, tomándolo de una obra perdida de Hesíodo, que el padre de Scila fué Apolo y Hecate su madre. (Apol. Rhod. IV. 827). Ovidio nos hace saber que antes había sido una hermosísima doncella, por lo que, seguida por muchos jóvenes, a todos despreció.

No fué Glauco, a pesar de ser dios, más afortunado que los demás pretendientes de la esquiva beldad. La doncella no se dignó ni aún responder a sus requiebros, y Glauco, irritado por el desprecio y a la par inflamado por el ardor de la pasión, corrió a pedir auxilio a la hechicera Circe, hija del Sol, que se complacía en volver animales a los hombres. (Ovid. o. c. pgs. 904-968). La presencia de Glauco impresionó a la hechicera, mas el dios marino despreció su amor y entonces la hija del Sol, no queriendo y no pudiendo hacer nada contra el dios, se propuso desahogar en Scila toda la rabia del ofendido amor propio de mujer. Había un pequeño depósito natural de agua, lugar de apacible refrigerio para Scila, en donde refrescarse de los calores meridianos que mandaba el cielo y reverberaba la arena de la plaza. Circe envenenó las aguas de la alberca con poderosos filtros mágicos de tal manera que "cuando entró Scila a la fuente y el agua le cubrió los miembros inferiores. observó que las partes que habían quedado dentro del líquido se veían con las figuras de monstruos que ladraban, y no creyendo al principio que fueran estas las partes de su cuerpo, huye sobrecogida de espanto y se esfuerza en evitar el amenazador semblante de los perros. Pero los lleva consigo a donde escapa, y buscando sus miembros, sus piernas y sus pies, en su lugar descubre cabezas de Cerberos. Descansa el busto sobre rabiosos perros que, al derredor de la cintura, le ciñen el vientre". (Ovid. Metam. XIV. 1-71). Servio nos dice que fué Neptuno el pretendiente de Scila, y Amfitrite quien, por celos, la convirtió en un monstruo. (Com. y not. a Virgilio Aen. III. 420). Higinio nos hace saber que Heracles la mató, porque le robó algunos de los bueyes de Gerión, que había llevado de Iberia, pero su padre Forco le devolvió la vida. (Fab. Pref.) Ovidio concluye su narración diciendo que el monstruo fué convertido en piedra.

El nombre de Scila Σχύλλα, o también Σχύλλη, deriva del verbo σχύλλα, destrozar, aplicado por Esquilo en la voz pasiva a los cadáveres despedazados por los peces. (Pers. 577). Scila, por el contrario, diariamente tenía por alimento los peces que acechaba desde la cueva como nos dice Homero. Hacen derivar también su nombre del sustantivo σχύλαζ, cachorro, o perro en general, porque Sófocles llama al Cerbero τριχρανος σχύλαξ, perro de tres cabezas (Trachincae. 1098) y Homero, para calificar un verdadero cachorro o perro de corta edad, dice νεογιλός σχύλαζ, perro joven, no una sino varias veces en la Odisea: de donde podemos inferir que si el nombre de Scila tuvo su origen en σχύλαζ, muy bien puede estar ligada con un mastín u otro monstruo canino como el Cerbero de tres cabezas, o cincuenta según Hesíodo.

El cuento de los amores de Glauco y metamórfosis de Scila que también recuerda Tíbulo (III. 4. 89) no está en desacuerdo con el atributo que vamos estudiando en Athene. La transformación en monstruo de Scila debe haber sido un mito muy antiguo porque en la Odisea encontramos una figura más detallada de la figura complexa de este ser fabuloso, que vimos en Ovidio. Habitaba "en una gruta nebulosa al lado de las tinieblas del reino de la oscuridad, πρὸς ζόφον εἰς ἔρεβος" perífrasis que ordinariamente los intérpretes traducen "el oeste" de acuerdo con Sófocles que llama a Hades ἕσπερος θεὸς, dios vespertino u occidental; el sol poniente: (Oedip. Tyran. 177) "Situada a la mitad de un peñasco, que llegaba al cielo con su aguda cumbre, estaba ceñido por una nube oscura χυανὲη νεφέλη, y no se apartaba de él para dejarle ver el claro cielo en el verano o el otoño; ni podía algún mortal ascender al vértice aunque estuviera dotado de veinte manos y otros tantos pies; porque la roca es lisa como si la hubieran pulido toda". Scila está dentro de la cueva chillando terriblemente "su voz es como la de un perro joven σχύλαχος νεογιλῆς, y ella misma es un monstruo maléfico". Tenía doce pies y seis largos cuellos con una aterradora cabeza en cada uno de ellos y una boca armada de tres órdenes de dientes, apretados y numerosos, llenos de mortífero veneno". (Odis XII. 73-92).

En un bajorrelieve de mármol se nos ha conservado la imagen del monstruo que describe el autor de la Odisea: la parte superior del cuerpo es la de una mujer; la inferior está formada por el medio cuerpo delantero de cuatro perros y dos dragones

que terminan en volutas de serpientes. Este relieve explica mejor el simbolismo del monstruo que las descripciones de los poetas y el euhemerismo de los historiadores y geógrafos antiguos. No tenemos nada que decir de los dos dragones; creemos haber demostrado cuál era su significación relacionados con la mujer. Los cuatro perros, animales infernales en Grecia, en la India y en México, probablemente son los guardianes de los cuatro caminos subterráneos en relación con los cuatro puntos cardinales que podemos creer existieron en la mitología neolítica del antiguo hemisferio. Emblema el perro del ardor estival, tenía ciertas relaciones con el fuego. (Véase el grabado en la Eneide de Virgilio con notas de Frieze, pág. 102 de las notas). Los difuntos, en México, tenían que ir acompañados con un perro que les enseñara el camino y les ayudara a pasar el río del infierno y era igualmente un emblema del fuego y del ardor.

El perro, dice el Dr. Seler, "representa un importante papel en los manuscritos de los mayas. Es el animal fulminador que saetea desde el cielo con una antorcha en la mano (Cod. de Dresd. p. 40 b.) y el significado de corifeo de la muerte se ve aplicado al perro en algunos glifos en que vemos la columna vertebral de un esqueleto o un jeroglífico del mes kan-kin, el amarillo, esto es, el sol abrasador en la altura del cenit". En conexión con el tapir y con Xólotl, dios representado con figura de perro (cod. Vat. B. págs. 4 y 77) o al menos con las orejas recortadas de un perro, como se ve en ese mismo códice, en el Borgia y en otros jeroglíficos recogidos por el señor Ramírez y publicados en su atlas por Orozco y Berra, el perro puede considerarse por uno de los símbolos de los puntos cardinales o de los caminos del Mictlan, porque Xólotl lleva las insignias del dios del viento en el joyel pectoral "y por el hecho de que dos o los cuatro colores simbólicos de los puntos cardinales y el signo del *naui ollin*, los cuatro movimientos, se representan con él". (Seler. Mexican Chronology. ps. 45, 46). El perro, pues, entre los mayas se consideraba como animal fulminador.

Notable es a este respecto lo que leemos en un papiro en combinación con lo que dice Horapolo. "Cuando los egipcios querían significar una voz que viene de lejos, que llaman ellos uaie, pintan la voz o sea el trueno, del cual no hay cosa que tenga una voz más grande y poderosa". (I. 29). Por otra parte, en un pa-

piro mágico de Turin se encuentra "Ea, perro malvado, sea tu faz el firmamento que bosteza, Usaf-Hu tu ladrido;" o sea: el trueno sea tu ladrido. El trueno se compara al ladrido de un perro; esta sería la misma idea que los mayas adhirieron al perro fulminador, en combinación con la del fuego y el calor que también los egipcios le añadían.

En una moneda de Agrigento, sólo dos perros forman los miembros inferiores de Scila, que se juntan en la única cola de un dragón. Tzetzes y Eustathio, en sus comentarios, describen al monstruo con seis cabezas de diversos animales, o como el Cerbero, sólo con tres, (Com. en Lyc. 650. Comen. p. 1719) lo que relaciona a Scila con este guardián infernal, símbolo del ardor y la pasión.

Una escena, en que dos serpientes y un perro aparecen como formando parte del cuerpo de una mujer, encontramos dibujada en un antiguo vaso griego ilustrando la captura de Tetis, la mujer del perro y las serpientes, por Peleo que se apodera de ella en el monte Pelión. Una de las serpientes, con la faz hacia el perseguidor, forma con su cuerpo un nimbo al derredor de la cabeza de Tetis; la otra, en forma de dragón, sale de la cintura de la diosa. El perro sólo muestra la mitad anterior del cuerpo a la altura del muslo. Algunos intérpretes explican la presencia de los animales como formando parte de la diosa, diciendo que, con ella, quiso el artista significar la metamósfosis de la diosa para no dejarse coger. Tales transformaciones, que vemos en un mito semejante de Irlanda y los eslavos, pueden guiarnos para encontrar en la unión de Tetis con Peleo un mito del sol que se oculta entre las variadas formas de las olas movedizas del mar; pero el perro y las serpientes se relacionan con el poder fecundante del Sol poniente y hacen que el simbolismo expresado en el vaso griego y referido a Tetis y Peleo, no sea sino una forma más artística y velada del mismo emblema esculpido en donde se representa a Scila.

La escena de la captura de Tetis, diosa marina, como Scila era ninfa acuática, por un mortal deificado, como eran Glauco y Peleo, tuvo lugar, según Ovidio, en una gruta del monte Peleo, en Tesalia, a la orilla del mar y rodeada de un bosquecillo de arrayanes cuajados de bayas bicolores.

Myrtea silva subest bicoloribus obsita bacis.

El arrayan o mirto era arbusto consagrado a Afrodite y relacio-

nado, como la higuera, con el simbolismo expresado en la fábula de Scila, en la cual tenemos el monte y la gruta a la orilla del mar. Ambos mitos son una repetición más circunstanciada de la metamórfosis de Cadmo y Armonía, en que además de las serpientes tiene lugar el perro como emblema del ardor de la pasión, el monte y la caverna.

Con la peña en que estaba la caverna de Scila, Homero pone en relación otra no tan alta como la primera, al pie de la cual había un vórtice o remolino, cuya personificación no explica el poeta que, en él, coloca "a la divina Caribdis". Scila y Caribdis son llamadas por Homero en la Odisea, dos rocas, δόω σχόπελοι, (Odis. XII. 73). Cuando Circe habla de ellas al héroe del poema, después de darle a conocer a Scila, prosigue: "Tú verás, oh Ulises, la otra roca más baja; las dos están cerca la una de la otra". Hay allí, en la más baja "una frondosa higuera silvestre ἐρινεὸς, *ficus caprinus,* que florece conservando las hojas. Debajo de ella la divina Caribdis absorbe las negras aguas". (Odis. XII. 101-106). Escritores posteriores hacen a Caribdis un monstruo hijo de Neptuno y de la Tierra, una voraz mujer que se robó los bueyes de Hércules, mas, herida por los rayos de Júpiter, fué arrojada en el mar. (Servio en Virgilio. Enei. III. 420). El euhemerismo de los que van a caza de una idea preconcebida trae el testimonio de Tzetzes, el cual dice que, siendo Scila "una mujer demasiado libre con los marineros, se volvió una bestia". La más común interpretación de estas dos rocas es que fueron dos escollos, o un remolino y una costa rocallosa, ordinariamente colocadas en el estrecho de Messina, personificados en dos monstruos de los cuales habla así Virgilio:

Rapaz Escila ocupa el lado diestro
Y el izquierdo Caribdis implacable,
Tres veces ésta, en su profundo abismo,
Sorbe y asila las gigantes olas,
Y tórnalas tres veces a las auras,
A los astros con ellas verberando;
Mientras a Escila, umbrífera detiene
En lóbrego escondrijo su caverna,
Donde sólo la faz sañuda asoma
Para llamar las aves a su escollo.
Figura humana, la primera, quiso

Ostentar: pues su pecho es de una virgen
Y hasta el vientre inferior; de priste rudo
Lleva el fiero animal la parte extrema;
Parece de un delfín la doble cauda
Y al del lobo equipara aquel su vientre.
(Pagaza. Virgilio. p. 280, 281).

La descripción está tomada de Homero, y no se aparta de ella el poeta latino ni para dejar menos indeterminada la personalidad de Caribdis, ni en la pintura que hace de Scila, atribuyéndole tan sólo extremidades inferiores formadas por lobos donde el poeta griego ve simplemente monstruos; pero los lobos están en armonía con los perros y en los mitos arreglados por los poetas no hay que hacer mucho hincapié en las diferencias de los detalles.

No puedo admitir que el origen de la fábula de Scila y Caribdis hubiera sido geográfico. En cuanto a Caribdis, ni los antiguos ni los modernos escritores están de acuerdo en designarle una determinada ubicación que esté conforme con las indicaciones de Homero. Mr. Edward H. Bunbury, que admite el origen geográfico del mito, dice, no obstante, al hablar de Scila que los perjuicios causados a los navegantes por la roca que se creía indicada por Homero "eran mucho más fabulosos de los de su vecina Caribdis, y es difícil de entender cómo, aun en la infancia de la navegación, esa roca pudiera haber ofrecido algún obstáculo más formidable que centenares de otros cabos cuyos nombres quedaron desconocidos a la fama". (Smith Dictionary of Greek and Roman Geography). Para mí las fábulas neolíticas y el simbolismo primitivo que dieron origen a muchos mitos, leyendas y cuentos de los poetas, debido a éstos, tuvieron en Scila y Caribdis un lugar en la geografía, colocando la caverna de Scila y el remolino de Caribdis en dos rocas del Estrecho de Messina, mientras, a mi entender, eran lugares enteramente mitológicos de cuyo origen primitivo encontramos los rastros en los mismos versos de Homero.

Si no fuera tan claro que las Planctas rocas que se movían, no eran sino las simbólicas peñas infernales que chocaban y estaban colocadas en la geografía medio mitológica del libro XII de la Odisea más al poniente de Scila y de Caribdis, me vendría la tentación que esos dos célebres escollos fueran, aunque sin mo-

vimiento, una repetición de las mitológicas Simplégades. Mas no es así, y la posición geográfica que les da Homero a la entrada del Mediterráneo occidental, yendo de Grecia, últimos límites tal vez de las tierras al occidente nombradas por el poeta, me persuaden que Scila y Caribdis estuvieron mitológicamente relacionadas con la entrada a las regiones infernales, colocadas al occidente, sin que se les diera una ubicación determinada en el mapa fuera del rumbo.

La palabra ζόφος, que usa para designar la dirección de la cueva del monstruo como determinante de ἔρεβος, Pasow la traduce "oscuridad o lobreguez del mundo de abajo, tinieblas inferiores", fundándose en otros testimonios del mismo Homero, en que usa esta palabra tanto en la Iliada como en la Odisea. (Ilid. XXI. 56; Odis. XX. 356). Ἔρεβος era un lugar mitológico del infierno, que a veces se confunde con el Hades, a veces parece distinto. En este segundo paso interpretan algunos comentadores el verso 368 del libro VIII de la Iliada y de aquí que se crea el Erebo el punto intermedio entre la tierra habitada y el Hades, la región de los muertos. Derivan la palabra ἔρεβος del verbo ἐρέφω, techar con cañas, una cabaña y vendría entonces a significar cabaña techada con cañas y como tales cabañas sin ventanas tenían que ser obscuras, de aquí que de la misma raíz hagan los helenistas derivar la palabra ὄρφνη la oscuridad. ¡Coincidencia singular! *Calli,* la cabaña techada con cañas que usaban como casa los nauas, era el signo del poniente y *akbal,* la oscuridad, era en maya el signo del mismo punto cardinal.

Sea el mismo Hades o el pasaje intermedio por donde, desde la tierra habitada, se llegaba a esta región, parece que el Erebo comenzaba donde estaba la gruta de Scila y, por consiguiente, el vórtice de Caribdis, que estaba enfrente; y quitándoles a los dos escollos el euhemerismo geográfico, podemos considerarlos como las entradas a las regiones inferiores situadas en el poniente, por donde pasaban los muertos para ir al Hades. La personificación de Caribdis queda en Homero completamente indeterminada como ya lo hemos dicho; pero la de Scila, suficientemente definida, queda en Virgilio resueltamente colocada, no en la cueva, sino en el mismo Tártaro, entre los centauros y otros monstruos infernales. (Aene. VI. 286). Hécate, la luna, madre de Scila; las Greas, las Gorgonas y el dragón que custodiaba las manzanas de

oro en el jardín de las Hespérides y "moraban al otro lado del Océano hacia los confines de la Noche" (Hes. Th. 270) que eran los hermanos del monstruo de que hablamos, por parte de padre, dan razón al poeta mantuano de haber colocado a Scila en el Tártaro, otro nombre que se confunde con el Hades, porque aunque de este lugar dice Homero que estaba tan abajo del Hades, como la tierra del cielo, (Ilid. VIII. 18) sin embargo no es raro que los hagan sinónimos tanto los poetas griegos como los latinos, y no creo que Virgilio haya querido colocar a Scila en las partes más profundas del Hades. Consideremos, pues, a Scila en el Tártaro, después hablaremos de su cueva.

Scila se alimentaba con peces, y este régimen alimenticio de que nos habla Homero, por el significado simbólico del pez entre los egipcios y los griegos, tiene que estar en relación con la representación general del grupo de animales que formaban la parte inferior del cuerpo de la doncella y, sobre todo, con los perros. El simbolismo de ese grupo creo que bien se explica comparando, con el mexicano, el carácter que creemos tuvo al principio el mito de donde Homero tomó los elementos para formar el retrato del monstruo que ya vimos cómo llegó a nosotros en un bajorrelieve.

Ríos llama a la diosa naua Chantico "la Señora del Chile", el capsicum de los botánicos, del cual tratamos hablando de la orgía de Quetzalcóatl, la cueva de Cincalco y las atribuciones del Sol nocturno. Dice igualmente que Chantico significa "mujer amarilla". El dios del fuego asegura Sahagún que, entre otros llevaba el nombre de Ixcozauqui "que quiere decir cariamarillo" (I. p. 16) y por estos motivos y el modo como se ve la diosa en las pinturas, puede asegurarse que Chantico no sólo estaba en relación con el fuego como elemento, sino con el ardor de la concupiscencia simbolizado en el ardor e irritación producidos por el pimiento y la virtud afrodisíaca de que lo creían dotado los indios.

En la interpretación del códice Vaticano A. encontramos que fué Chantico "la primera que ofreció sacrificios *después de haber comido un pescado asado* y por causa de semejante osadía, de sacrificar sin guardar el ayuno, apenas llegó al cielo aquel humo, ofendido Tonacateuctli, la maldijo convirtiéndola en perro, que es el más famélico de los animales y así la llaman *nueve perros*". El día nueve perros en que tenía lugar la fiesta de Chantico, "estaba destinada a los nigrománticos y hechiceros que se transfor-

maban en esos animales". La concupiscencia, representada por el pez que se comió la diosa, fué la causa de su metamórfosis en perro, animal que le convenía, no tanto por su glotonería como Ríos opina, cuanto por sus instintos que hicieron dar su nombre en Grecia y Roma a las personas desvergonzadas, de κύνες, perros, llamándolos cínicos; y en México de *itzcuintli*, perro, llamando *Itzcuina* a la diosa de la lubricidad.

El nombre de Itzcuina, dice Sahagún, se daba a Tlazoltéotl, diosa que representaba a la Tierra fecunda y abundante, "porque eran cuatro hermanas". Es decir, según entiendo, porque eran cuatro las personalidades de la diosa indicadas en cuatro edades en que la mujer es apta para ejercer las funciones de la maternidad, según el misionero deduce de los nombres que se daban a estas cuatro hermanas. Trayendo Itzcuina su nombre del perro, y diciéndose en los Anales de Cuautitlán Itzcuiname, a ciertos enemigos de los toltecas, compañeros mitológicos del dios Sol, que resplandece e ilumina; el plural del nombre de la diosa con que se llama, nos sugiere haberse querido significar con él la cuádruple personalidad de la diosa en relación con los perros, que puede referirse igualmente a los puntos cardinales, o a las diversas edades del sol, las cuatro estaciones.

Hemos visto a Tlazoltéotl pintada con los cuatro caminos infernales por donde los perros servían de guías para conducir a las almas de los muertos, y entonces se nos ocurre que las cuatro personalidades de la diosa, indicadas con el nombre del cuadrúpedo conductor de las almas por las moradas subterráneas, responde perfectamente a la idea que creemos haber encontrado en el simbolismo artístico de Scila, como se ve en el relieve citado antes, en que cuatro perros se ven formando los miembros inferiores de su cuerpo. ¿El nombre itz-*cuin*-tli del perro tendrá la misma radical de donde se derivó el κύνες, plural de κύων griego, y el *canis* latino? La raíz es ariana porque, más o menos modificada, se encuentra casi en todas las lenguas de la familia. El perro fué el único cuadrúpedo que los europeos encontraron doméstico en México.

En cuanto al nombre de *Chantico,* encontramos que los hindúes tenían una diosa *Chandica* llamada también Chamunda "oscura, feroz, sanguinaria, divinidad representada en su forma más terrible, no raras veces adornada con manos humanas, enguirlan-

dada con una hilera de calaveras, llevando por el cabello una calavera en la mano y un sable levantado en la otra". Tal representación hindúe de esta diosa se cree por algunos relativamente moderna, pero el autor hindú que citamos dice que racionalmente no se puede suponer que el culto de Chandica sea tan moderno como se cree. (Rajendralala Mitra. Indo-Aryans. II. 106). La Chantico de nuestros indios se identificaba con otras diosas de la tierra, tan sanguinarias como Chandica, y basta ver la grande estatua conservada en nuestro Museo Nacional, de una diosa Tierra, Ciuacóatl, Coatlicue, Teoayamiqui o cualquiera, para comprender que la descripción que Rajendralala hace de la diosa hindú, puede adaptarse a la mexicana. Chandica se nombra en el Ramayana como una divinidad que reinaba en el mundo inferior y la Chantico de nuestros indios allí tenía su morada. La semejanza entre ambas diosas es admirable. Scila no se puede poner en duda que fuera igualmente una divinidad sanguinaria.

Los nueve perros de Chantico se refieren al día Chicunaui Itzcuintli del tonalamatl en que era celebrada la fiesta de Chantico y pudo haberse escogido en atención al nueve, número que en México y en Grecia tenía relación con el mundo subterráneo, llamando los nauas Chicunaui Apan, nueve aguas al río del infierno: y puesto que, entre los días, uno llevaba el nombre del perro, dedicarle aquel en que, con el perro, se combinaba el número nueve. Por lo que copiamos de Ríos parece que el nombre *nueve perros* que se dió a Chantico, fué independientemente del día en que su fiesta era celebrada. Chantico, diosa del fuego, reconocida como tal por americanistas de nota, (Seler. Cod. Vat. p. 35) está en conexión muy directa con las diosas encargadas de la fecundidad de la tierra. Su insignia, que era una garra de águila en el centro de la rodela que llevaba en la mano, la llevan en sus escudos también a veces Xochiquetzalli, Coatlicue y Ciuacóatl indudables representantes de la tierra, de quienes dice Ríos manifestaban su presencia dejando una huella con la impronta de la garra del águila.

La fiesta que los hechiceros celebraban a Chantico el día nueve perros, nos recuerda la participación que tuvo la hechicera Circe en la fábula de Scila, que comía peces como ella y, fué convertido no en uno, sino en varios perros. La significación mitológica del personaje que representaba Chantico, considerada su conexión

con las diosas de la fecundidad, me parece que sea el emblema de la tierra que fructifica excitada por el calor que procede del fuego, desprendido de los rayos solares, y ésta quizá también pudo haber sido el primitivo simbolismo que dió origen a la fábula de los amores de Glauco y Scila y conversión de ésta en un monstruo, debido a la intervención de una hechicera, hija del Sol. Acabemos de conocer a Glauco, que fué quien nos introdujo en este interesante mito, y veamos si es posible desentrañar cuál fué su primitivo sér neolítico antes de caer en las manos de los poetas.

A este Dios marino lo volvemos a encontrar en el viaje de los Argonautas "intérprete del divino Nereo, que levantando su hirsuta cabellera y el pecho sobre los miembros inferiores, cogió con fuerte mano la quilla de la embarcación". (Apolodoro Rhodio. I. 1310). Nereo, cuyo intérprete era Glauco, fué hijo del Ponto y Gea, el mar y la tierra y debía ser un personaje anfibio. "Es verídico y no miente y los hombres lo llaman el viejo". (Hesíodo. Theo. 233). Los habitantes de Githio hablan de un Viejo que vive en el mar, dice Pausanias: yo encuentro que no era otro sino Nereo. Me lo sugiere un pasaje de la Iliada de Homero (XVIII. 140) en que habla de Thetis: "id ahora al fondo, al ancho seno del mar a ver al Viejo del mar y la casa de nuestro padre". (Paus. III. XXI. 9). Pero ni aquí ni en otra parte menciona Homero a Nereo, que, aunque padre de las Nereides, podía ser distinto del Viejo del mar, título que Homero atribuye a Proteo.

Ambos dioses marinos se derivan ciertamente de un prototipo común. Los dos profetizaban y anunciaban lejanos acontecimientos después de haber sido vencidos en la lucha y tomaban formas muy diversas. Del primero lo dice Apolodoro (Bib. II. V. 11) cuando narra que Heracles se valió de ese medio para saber la ruta que le convenía tomar para ir a las Hespérides, y lo confirma un relieve encontrado en Olimpia, en que se representa al héroe luchando con un hombre barbado cuyas extremidades inferiores son la cola de un pez: una inscripción cerca de él dice: "el Viejo del mar". La lucha de Heracles con Nereo es uno de los argumentos desarrollados en las pinturas de los vasos y grupos esculturales de la Acrópolis. (Colignon. Histoire de la Sculpture Grecque. I. 185). De las luchas, transformaciones y profecías de Proteo nos habla Homero en la Odisea. (IV. 384).

Parece que un monstruo animal marino sirvió de tipo a es-

tos dioses y, como el autor de la Odisea asigna a Proteo como residencia la isla de Faros antes de llegar a Egipto, "tan distante cuanto una embarcación con viento fresco de popa puede caminar en un día entero". Herodoto y Diódoro de Sicilia hacen del dios marino uno de los Faraones de Egipto, cuyo nombre egipcio dicen fué Ketes, y Psamalke el de su mujer. Tales nombres probablemente no son sino χῆτος, un monstruo marino en general, y χαμαθος, la arena de las orillas del mar: de donde colige muy justamente un moderno escritor que estos pretendidos nombres egipcios no sean sino el recuerdo o los residuos de un mito primitivo del cual tuvieron origen los de Nereo, Glauco, Proteo y otros dioses del mar. (Dictionary of Greek and Roman Antiquities).

La mención de la arena nos lleva a sospechar que el monstruo marino de que se trata no sea una ballena ni otro de los cetáceos que viven exclusivamente en el mar, sino un anfibio que salga a las playas y como las barbas y los cabellos largos que adornan siempre las cabezas de esos dioses marinos, fueron probablemente tomados del monstruo marino anfibio y por ellos se dió a estos dioses el nombre de Viejos del mar, desde luego tenemos también que desechar las focas y las grandes tortugas, que ni tienen barbas pobladas, ni mucho menos largos cabellos como Nereo, Proteo y, sobre todo, Glauco que no es sino una variante mitológica de los dos. No encontramos otro amfibio al cual pueda convenir la hirsuta cabeza de los Viejos del mar, que al pulpo; y llamo anfibio al pulpo, pólipo u *octópodo* y lo pongo en la categoría de los monstruos, porque así lo creían los antiguos.

El molusco del orden de los cefalópodos que describe Aristóteles con el nombre de πολύπους, que los latinos llaman *polypus* y nosotros pólipo o más comunmente pulpo, se debe en general relacionar al género *hidra* de Linneo, siendo entre los géneros de moluscos de este naturalista, la *hydra viridis* la especie más notable. *Octopus* llaman ahora los naturalistas al pólipo dejando el antiguo nombre para una tribu de radiados. "Aristóteles, Plinio y de hecho todos los antiguos escritores, aseguran que estos animales salen del agua" dice un naturalista "y que a veces visitan la tierra aunque evitando los lugares lisos. Eliano y Atheneo añaden que pueden trepar en los árboles". (Griffith's Cuvier. vol. XII. p. 289). En cuanto al tamaño que pueden alcanzar los *octópodos,* confiesan los modernos que no se ha podido saber con en-

tera certidumbre hasta hoy. Verani nos habla de un pulpo cogido en Niza que tenía tres metros y pesaba cincuenta libras. Verdaderos monstruos en el tamaño deben haberlos creído los antiguos y aún relativamente modernos escritores que los describen como los *kraken* de los cuentos noruegos, cuyo nombre les dan. Muchas narraciones relativas a estos monstruos fueron recogidas por Buffon y otros naturalistas del pasado siglo, en donde se pueden ver.

En cuanto a los antiguos, Plinio nos habla de un pólipo que tenía la cabeza del tamaño de un barril de la capacidad de quince ánforas, cuyos tentáculos tenían treinta pies de largo, eran nudosos como una clava y tan gruesos que un hombre apenas los podía abarcar; sus ventosas parecían lebrillos o aljofainas, y sus dientes tenían las proporciones debidas. Este monstruo fué visto en un pueblo marítimo de Andalucía, saliendo del agua a devorar las provisiones de pescado salado que estaban almacenadas, a pesar de los altos reparos de madera que habían construído para defenderlas de los ladrones que se creía eran quienes las saqueaban. Descubrióse el monstruo por los ladridos de los perros y, con el auxilio de estos animales, pudieron matarlo.

Las costas de Andalucía eran las más occidentales de Europa y la semejanza de la narración que Plinio tomó de Trebonio, con la de Eliano que nos habla de otro animal como el que describe el naturalista romano, nos hace sospechar que ambos cuentos se originen de algún recuerdo mitológico primitivo en conexión con la oscuridad del oeste y regiones infernales. Dice también Eliano de los *octópodos,* que adquieren con el tiempo un extraordinario volumen, igual en tamaño a los más grandes cetáceos, y Aristóteles nos hace saber que los hay con tentáculos de cinco codos de largo.

Los naturalistas modernos nos hacen saber que los pulpos "viven cerca de la costa y andan más bien que nadan": pero dicen también que "voluntariamente no abandonan nunca su elemento, aunque algunas especies pueden vivir horas enteras fuera del agua", a la cual instintivamente se dirigen, aunque no la vean, trepando por escollos y piedras. (Brehem. La Creación. VII. 125).

Las cabeza y los tentáculos, que son las partes más conspicuas del animal, hicieron que al orden a que pertenecen los pulpos dieran los naturalistas la denominación de cefalópodos, cabezapies, o que tienen las patas en la cabeza. Entre las diversas his-

torios que cuentan de ellos los escritores, los hay de monstruos de esta naturaleza que parecían islas a lo lejos y tenían suficientes fuerzas en los tentáculos para hacer parar una embarcación en medio del mar, como cuenta Apolonio que hizo Glauco con la que tripulaban los Argonautas. El tipo que mejor conviene a los *octópodos* descritos por los antiguos, es el de la *hidra viridis* de Linneo, según Anthon llamada viridis por el color verde-oliva de su piel; tal era el color de las barbas y cabellos de Glauco, según Ovidio, y al color verde oliva, Píndaro lo llama *glauco*.

Era peculiaridad de los dioses marinos del tipo de Glauco la barba poblada y la hirsuta cabellera y así los vemos en antiguas pinturas. (Panopha. Musée Blacas. lam. 20). En Glauco la barba y los cabellos deben haber sido fenomenales porque Esquilo llama a la primera ὑπήνηδαυλος y Pausanias dice que era porque los lugares de matorrales espesos y selvosos se llamaban δαυλα por los antiguos (X. IV. 7). La barba se compara entonces con un bosque o un matorral. Ya vimos como Ovidio dice que, con los cabellos, barría las olas y Apolonio los llama hirsutos, cuando nos hace saber que el dios sacó la cabeza y el pecho fuera de las aguas del mar para detener la quilla del Argos. Tal cabello y tales barbas en la cabeza de Glauco ¿no querrían dar a entender la cabeza y los tentáculos de un cefalópodo que se quiere humanizar? Creyendo que fuera un hombre Glauco, de quienes los habitantes de Anthedon, en Beocia, se decían descendientes porque el mito decía que era Glauco originario de allí, su naturaleza anfibia se demuestra por el mismo mito que lo hace convertir en dios marino después de haber comido ciertas yerbas.

El *octópodo* tuvo con toda probabilidad un carácter mitológico en las edades neolíticas porque aparece frecuentemente pintado en los vasos del arte llamado miceneo, ya en un modo que a primera vista se puede perfectamente reconocer, ya estilizado pero conservando los caracteres propios y peculiares del animal. Sus tentáculos saliendo de la cabeza a manera de rayos formaban un emblema muy propio para simbolizar al sol y Mosso, entre otros, es de opinión que el *octópodo* de los vasos miceneos sea un emblema solar. Tal emblema tomó una forma antropomorfa y entonces en las cabezas de Nereo, Proto y Glauco se combinaron los tentáculos del pulpo con las barbas y los rizos del Sol. Este que todo lo ve, como decían los antiguos, colocado en las alturas y no

como un dios marino en las profundidades, era más apto para profetizar, como esos dioses lo hacían, y las diversas figuras que produce con las sombras de los objetos que ilumina, lo podían hacer ver como un transformista que toma las formas que desea. Una de las cualidades del pulpo vulgar observada por los modernos naturalistas, es un rápido cambio en la coloración de su piel, porque de color gris blanquizco, cuando se irrita presenta tintes pardos, rojos y amarillos (Brehem. l. c.) El Sol era, además, un gran luchador que pasaba las noches combatiendo con los monstruos infernales. Los pulpos dice Collmann "son quizá los animales más velorosos y pendencieros que respiran en el agua; atrevidos y rápidos en el ataque y de una variedad sorprendente en los movimientos, tienen una fuerza enorme en los blandos brazos sin huesos".

Era el Sol, puede decirse, de anfibia naturaleza para los pueblos marítimos, porque si nacía en las alturas de las montañas orientales se ocultaba en las aguas del oeste, o si se levantaba del mar se perdía entre las alturas. Por esta razón de dos maneras se podía penetrar al mundo inferior, o por las cuevas y grietas abiertas en la tierra, o por los vórtices y remolinos del agua. Debido a la naturaleza creída anfibia del emblema solar fué por lo que algunos de los dioses, solares en su origen se volvieron divinidades del mar, otros permanecieron iluminando el mundo desde las alturas del cielo.

El día primero del *tonalámatl* o cómputo astrológico tenía entre los mayas el nombre de Imix, entre los tzendales y quichés el de Imox, que es el mismo con una pequeña diferencia debida a la diversidad de los dialectos. Tratando del nombre de ese día primero, que al mismo tiempo era el de una divinidad, dice Foerstemann: "Puede considerarse como un hecho que entre los mayas, *mox* o *mex* significa barba, que indudablemente sugiere ante todo la barba del Sol, *U mex kin*, o sea los rayos del astro del día". (Brinton, Calendar p. 23). Esto es lo más propio para un dios puesto a la cabeza de la serie de los días por los aztecas y algunas tribus de raza maya. Pero *mex* es también el nombre del *pulpo*, de cuya cabeza se destacan ocho o diez brazos a manera de rayos, diciendo de *mex* un autor que es un pescado que tiene muchos brazos y esta puede ser la más antiguo forma jeroglífica del día (The Day Gods of the Mayas). Foerstemann y

Brinton admiten que con el tiempo, *mex* pudo haberse asimilado a Imix o Imox, que serían el Cipactli de los nauas, nombre que significa un caimán, *crocodilus lucius,* y que, como símbolo del día primero, era un emblema del dios Sol. El animal anfibio que también en Egipto era un representante del sol.

Símbolo antiquísimo del sol entre los egipcios, era el cocodrilo, sebek, que es también el nombre de un dios representado en Berget con la figura del animal, con un disco solar sobre la cabeza y dos plumas de avestruz. Por su carácter solar se llamaba Sebek-Ra. "El culto de esta divinidad es antiguo; de su nombre se servían desde la duodécima dinastía para formar los de los reyes como Sebek-Nefru-Ra, Sebek-Hotep, etc. El dios y su cocodrilo gozaban de grande veneración en las partes al noroeste del Delta, que abrazaban los nomos limítrofes con la Libia. (Lanzoni, o. c.) "El poco conocido pulpo, cuando cayó en olvido la conexión original, se reemplazó por otro animal acuático", sigue diciendo de nuestros indios el autor citado. "En nauatl, cipactli, nombre que se aplica a un animal indefinido que vive en el agua, tenía como jeroglífico un caimán". (l. c.) Si hubo esta transición del pulpo al caimán a que se refiere el autor, esta tuvo que haber sucedido en el Mundo Antiguo, conservándose como se puede ver algún recuerdo en el Nuevo.

Decían los tzendales de Chiapas que Imox había sido el padre de Votan y demostramos ya la conexión entre los mitos de Chiapas y los de Yucatán y cómo en ellos se trata de una verdadera dinastía de dioses solares. Creían además los tzendales que Imox había sido el tronco de donde la tribu descendía. No de otro modo los de Anthedon se creían descendientes de Glauco y se dice que éstos eran de raza distinta de los demás beocios: Licofron los declara tracios. (Cassandra. 154.)

Glauco, considerado como un dios solar derivado de un emblema neolítico del octópodo, en sus amores con Scila, la tierra que, fecundada por el calor simbolizado en los perros, no representa otra cosa sino la ya conocida teoría de los hombres primitivos que creían era el sol quien comunicaba la fecundidad a la tierra por medio de sus rayos o por su pretendido nocturno calor cuando se suponía que pasaba por dentro de sus entrañas: Glauco, según Apolodoro, fué un cazador que flechó una liebre, símbolo lunar entre los hindúes, asimilada al conejo, símbolo de

la luna y de la tierra entre los nauas; y esa liebre resucitó por la virtud de ciertas yerbas. Los dardos de un cazador se comparan a los rayos del sol que, con los calores del estío, mata a la tierra, pero la vegetación de la primavera la resucita. Para Ovidio Glauco era pastor y ya sabemos como el sol tenía ganados. Si tales eran los significados simbólicos de Glauco, Scila y sus amores ¿Cuál es el de la cueva de Scila y el vórtice de Caribdis? Ya lo hemos dicho, eran las entradas a las regiones en donde estaba el presunto laboratorio de la fecundidad humana y de la fertilidad de la tierra.

Los nauas, los zapotecas, los quichés y otras tribus mexicanas creían que por las grutas estaba la entrada al mundo subterráneo; lo mismo creyeron los romanos y los griegos. En México las más nombradas de estas cuevas eran la de Mitla, Xico, Cincalco y la que encontró Xbalenqué en una barranca cerca de Coban, en Guatemala. En Grecia, las de Colono, Hermione y Ténaro y, en Italia, la de Cuma. La palabra Cincalco, nombre de la cueva mexicana por donde se bajaba al lugar de los muertos, se interpreta de dos modos. Unos dicen que significa lugar donde terminan las casas, o sea, donde concluyen las moradas de los hombres: otros la traducen caverna de la abundancia del maíz. Ambas etimologías cuadran muy bien a la entrada del mundo subterráneo porque ésta se encontraba donde comenzaba la parte desconocida de la tierra y porque el interior de la tierra era el laboratorio de la abundancia y de la fecundidad.

La cueva mitológica de Scila, tan profunda que no podía llegar al fondo la flecha disparada por el robusto brazo de un joven arquero, pudo haber sido la entrada que llevaba a esos lugares.

No solo por las cuevas se podía llegar allá; la entrada a Xibalba entre los quichés estaba en una barranca y por una grieta se decía que Heracles había bajado al Hades para sacar el Cerbero con el auxilio de Athene. Los remolinos eran por donde se entraba al reino de los muertos desde el agua; así es que vemos en Pausanias a los argivos diciendo que por el lago Alcionio había bajado Dionisio al infierno para llevar consigo a su madre Semele. El lago no tiene fondo, añade el escritor griego y "se me ha dicho que aunque el agua parece a la vista mansa y tranquila, tiene la propiedad de atraer hacia el fondo a todo aquel que se atreve a nadar en ella: el agua se apodera de él y se lo lleva a las

profundidades". (II. XXXVII. 5). Los efectos que producía el lago Alcionio eran los mismos que en grande producía la vorágine mitológica de Caribdis.

En la laguna de México había un remolino semejante al del lago Alcionio, en donde los mexicanos solían arrojar joyas y objetos preciosos para ellos; echaban también en algunas solemnidades víctimas humanas. Lo llamaban el sumidero de Pantitlan y mitológicamente, decían que allí estaba Tlachtonco, el pequeño juego de pelota, del cual hablamos como ligado con los lugares infernales (Véase Durán II 144 sig.) Para este lugar había citado Huémac, dios infernal, según Tezozomoc a Moteuczoma, que quería irse a vivir con él a Cincalco, "el cual lugar era muy ameno y recreable, donde los hombres vivían para siempre sin morir y que, según la relación que le habían dado, que era lugar de aguas muy cristalinas y claras y de mucha fertilidad de todo género de bastimentos y frescuras de rosas y flores". (Durán. I. 518). Una especie de reino de Osiris, pero para llegar a él había que pasar por la región de los muertos; por esto dice el señor Ramírez, que Cincalco se presentaba a la mente de los mexicanos bajo formas enteramente diversas. Quién veía allí un lugar de tranquilidad, de delicias y de inmortalidad, y quién lo describe como un lugar de privaciones, de pesadumbre y de tormentos. (Notas de Durán. vol. I. p. 229). "Era su opinión que todos iban al infierno", dice Mendieta de los indios de México, "y tenían por cierto que en el infierno habían de padecer diversas penas, conforme a la calidad de los delitos. Y si en lo primero, conformaban con los gentiles antiguos, que a las ánimas de los buenos y malos hacían moradores del infierno, como lo cuenta Virgilio en sus Eneidos describiendo la bajada de Eneas a aquel lugar, y en lo segundo concuerdan también con ellos, pues allí se refiere la diversidad de los tormentos que vió Eneas". (Hist. p. 83). Tales eran también los reinos subterráneos de los egipcios y de los griegos.

Tlachtonco era el lugar por donde se entraba a Cincalco y dice Tezozómoc que estaba en medio de lo más profundo de la laguna de México. (Crónica. p. 678). Allí también estaba el sumidero de Pantitlan y podemos creer que, por ese lugar, se llegaba en México al señorío de Mictlanteuctli como al Hades en Grecia por el remolino del lago Alcionio; así es que por ambas partes se llegaba al lugar de los muertos, o por las cuevas y grietas de la

tierra, o por las vorágines del agua. Scila y Caribdis pudieron haber sido los símbolos de ambos ingresos, creídos lugares geográficos, vecinos como lo estaban ciertamente, según decían los indios de México, la cueva por donde se entraba a Cincalco en la colina rocallosa de Chapultepec y, a poca distancia, el sumidero de Pantitlan en medio de la laguna. Hay que notar que ni la cueva ni el sumidero existen actualmente, ni los antiguos escritores que hablan de ellos están de acuerdo en su exacta ubicación no obstante que se supongan en las goteras de México. ¿Serían los mexicanos, aun considerados geográficamente, lugares tan fabulosos como los griegos?

Como un símbolo de las actividades fecundantes de la tierra, que se llevaban a cabo por la caverna de Scila, tenemos en frente la famosa higuera que da sombra al remolino de Caribdis. En ciertas festividades celebradas en Grecia para conseguir la fecundidad, solían las mujeres azotarse entre sí con ramas de higuera y a σύχον, que es el nombre griego del higo, Aristófanes le da una acepción que muy bien puede relacionarse con esa ceremonia ritual y con lo que en algunas partes entienden por nuestra palabra *higa* y en italiano *fica*. Galeno habla de la propiedad que tenían los higos de aumentar algunas secreciones líquidas, pero es de opinión que no la conservan los higos secos, como el pueblo creía probablemente, y todos sabemos que se llama *leche de higuera* al jugo blanco que mana de las ramas del árbol cuando se rompen. La higuera de Caribdis era el símbolo de la fecundidad que se obraba por el calor en el centro de la tierra, así es que Scila y Caribdis no fueron tal vez, como se ha creído, la personificación de los peligros que los navegantes encuentran en el mar, sino las dos vías por donde las almas, por mar o por tierra, podían penetrar al reino de Hades, el dios occidental, y por donde se unían el Sol con la Tierra.

Las historias de los diversos personajes que llevaban el nombre del color que se daba a los ojos de Athene, relacionados con la fecundidad de la tierra y con los puntos cardinales, si no son argumentos decisivos en favor de nuestra hipótesis, añadidos a los otros, aumentan la probabilidad de que el color que se da con tanta persistencia a los ojos de la diosa, fuera el que simbólicamente le correspondía como diosa Tierra, guardián de uno de los puntos cardinales, probablemente el poniente o el sur. La misma

deducción sacamos del *crocopeplo* de la Panathenea, de color purpúreo, como la manta de Huitzilopochtli o de Tezcatlipoca, dioses mexicanos de la providencia, como algunos escritores llaman sobre todo al segundo, a quienes con otros argumentos se puede demostrar que podría asignarse el sur, como el punto cardinal que les correspondía.

El liso y altísimo peñasco que tocaba al cielo y contenía en el centro la cueva de Scila, cubierto siempre con una nube que dice Homero era *χυανέν*, — oscura,—palabra que usa Apolonio para nombrar a las Simplégades—, no se ha llegado a ver jamás, ni en el estrecho de Messina, ni en otro lugar del cual pudiera haber tenido noticia el poeta. El peñasco y la nube entran, pues, en el mismo simbolismo que envuelve a Scila con su cueva. Esta nube, oscura probablemente, fué lo que se representó en el peplo de Athene. Nube de poniente, punto cardinal asignado al elemento líquido, según Josefo y Santo Tomás, simbolizado con el color de púrpura, que era el color del peplo, con el negro, el azul y el verde, colores en México atribuidos a la tierra, dejando el blanco al agua, pero simbolizando a veces, con la oscuridad, el poniente, color de la noche que velaba el escollo y, para mí, era lo que indicaba el peplo. Tal explicación no es arbitraria porque en una moneda de Heraclea del siglo III antes de la era vulgar se ve la cabeza de Athene con un yelmo que lleva esculpida la figura de Scila, lo que, hasta cierto punto, la liga con ella y del escollo cubierto con la nube y la caverna de Scila hace un escollo y cueva habitación de Athene.

Resumamos las comparaciones entre Athene y las diosas nauas, representantes de la tierra. Xochiquetzalli, díce Ríos, fué la primera que enseñó a los hombres a hilar y tejer y, según Muñoz Camargo, esta era su constante ocupación en el cielo. Athene misma se hacía sus vestiduras y regaló a Harmonía un *peplo*, símbolo de las nubes fertilizadoras, hecho por ella. El autor de la Historia de los Mexicanos identifica a Xochiquetzalli con Tonacaciuatl y a esta diosa se pinta a veces en los códices con una telaraña que puede tener alguna relación con la fábula de Aracne, convertida en araña por Athene. En la lámina 25 del Códice Feyervary vemos a dos diosas representantes de la Tierra. En el centro de una telaraña se ve un raro insecto que no se puede considerar de otro modo sino como el fabricante de la red. Cada

una de estas diosas tiene en sus manos un hilo de tela. En la pintura paralela del Códice Vaticano solamente se ve la araña y por esto podemos pensar que tal insecto fuera entre los nauas un glifo ideográfico que sugiera la idea de los tejidos o el acto de tejer.

Un venado de dos cabezas que cayó del cielo, era Quilaztli, según Durán, quien agrega que Quilaztli era otro de los nombres de Xochiquetzalli: Mixcóatl tuvo el venado en su poder, y mientras lo poseyó, jamás fué vencido. Una intriga amorosa hizo que lo perdiera y entonces lo vencieron. Cuando Ilo fundaba a Troya, Zeus mandó del cielo el Paladión, imagen de Athene que mientras se conservó en la ciudad, ésta fué invencible. Vino la guerra por una intriga amorosa, y la ciudad cayó en poder de los griegos, cuando Ulises y Diómedes se apoderaron del Paladión. En un fragmento de Apolodoro se lee, que habiendo ido Ulises a Troya por la noche con Díomedes, mandó éste que se quedara fuera "mientras él disfrazado de mendigo entró sin ser reconocido. Helena lo descubrió y le ayudó a robar el Paladión: mató a muchos de los que lo custodiaban y, con el auxilio de Díomedes, se lo llevó a las naves griegas".

La misma Xochiquetzalli fué la primera mujer que fué a la guerra. Chimalma, la madre de Quetzalcóatl, otra diosa tierra identificada con ella, significa rodela según Ríos, y dice Motolinía que así le pusieron porque "fué la que hizo la guerra" (Memoriales). El escudo redondo con que la pintan está en armonía con su nombre y sus instintos guerreros. No hay que probar que Athene fué guerrera; nació armada y con el escudo que lleva casi siempre. A Xochiquetzalli, en la página 19 del Códice Borbónico y en otros documentos, le sale una serpiente de debajo del vestido o detrás del trono en que se sienta: y una serpiente acompaña en sus estatuas y pinturas muchas veces a Athene. Ixpochtli, virgen o doncella, es título que dice Ríos se daba a Xochiquetzalli: y Pártenos, virgen o doncella, se llama también a Athene. En sus aspectos mitológicos y simbólicos más antiguos Athene resiste el parangón con la diosa Tierra de nuestros indios.

Erictonio, el ser que está ligado con las serpientes y de quien nada más tenemos ya que añadir, fué como parece hijo de Athene, pero también dicen que de Hefesto. Nos conviene saber algo

de su padre para que veamos si combina en algún punto con los dioses de nuestros indios. Su bajada del cielo, él mismo nos la cuenta en Homero. "Zeus olímpico habiéndome cogido por un pie me echó abajo desde los umbrales del cielo. Un entero día duró mi descenso por el aire y caí en Lemnos al ponerse el sol: poco me quedaba de vida entonces, pero los Sintios, inmediatamente después de mi caída, me recibieron y atendieron". (Hom. Il. I. 588 y sig.) En otro lugar dice Homero que cayó en el mar, y lo mismo pone en boca de Hera el autor del Himno a Apolo Pitio. "Era el más débil de los dioses", dice de Hefesto, su madre, "y tenía encogidos los pies, vergüenza y desgracia para mí en el cielo. Yo misma lo tomé en mis manos y lo arrojé en el gran mar donde Thetis, la del calzado de plata, hija de Nereo, lo recogió y tuvo cuidado de él juntamente con sus hermanas". (Himnos Homéricos. III. 316). La cojera y deformidad que distinguen a este dios ya las tenía cuando cayó: antes bien, esos defectos corporales fueron el motivo que su misma madre lo arrojara del cielo.

Al dios que representaba entre los nauas al sol poniente, le llamaban Tzontemoc, el que cae con la cabeza para abajo.

Con la cabeza para abajo, cogido de los talones por Zeus, descendió Hefesto del cielo: su caída duró un entero día y cayó al suelo o al mar al tocar el sol el borde del horizonte después de haber pasado un día para cruzar el cielo. Cuando los árcades vivían en grutas y miserables cabañas, era el Hefesto el sol poniente, y si se quiere el fuego, pero no el fuego que funde los metales para hacer obras de arte, como lo fué después, sino el que servía para calentar e iluminar de noche el centro de la tierra. Lemnos, donde cayó Hefesto o donde se refugió después de haber caído en el mar, dicen algunos autores que tiene las señales más características de los efectos del fuego subterráneo que encuentra una salida en los volcanes. Las rocas, en muchos lugares, tienen el aspecto de las vitrificadas escorias de los hornos de fundición y de las fraguas. Licofron, Antímaco y otros, narran que de una de sus montañas, llamada Mosiclo, se han visto salir llamas de fuego. (Scol. ad. Nicand. Theriaca. 472). Hay, sin embargo, geólogos modernos que dicen que los fuegos mencionados por el escoliastes de Nicandro, más bien que de una erupción volcánica del monte Mosiclo pudieron haber tenido origen del incendio de gases combustibles. (Classical. Dictionary, Art. Lemnos). De todos modos

Hefesto está ligado con el fuego. Debido a la necesidad del calor que el hombre primitivo había experimentado que era necesario para la vegetación, el dios que representaba el principio fecundante de la tierra, el sol poniente, tenía que concebirse unido con el fuego que producía el indispensable calor. Hefesto, el sol poniente, tenía que concebirse en conexión con el fuego y por esto dice Homero del fuego que es φλὸξ Ἡφαίστοιο, (Il. XVII. 88. Adis. XXIV. 71) brasa de Hefesto. Píndaro, por lo menos en tres lugares, al fuego lo llama Ἁφαίστος, (Pyth. I. 25. III. 40) y no falta quien piense que su caída del cielo es una imagen del rayo, pero esto no se combina con el espacio de un día que tardó en caer como lo dice Homero.

Tal fué el dios que se unió a Athene para dar nacimiento a una serpiente: como Quetzalcóatl, el sol poniente, unido a Xochiquetzalli, de quien nace en las pinturas la serpiente. Tezcatlipoca, otro dios solar mexicano, el antagonista de Quetzalcóatl, se dice que bajó del cielo con un hilo de araña para entrar en contienda con él. No fué así como bajó Hefesto, pero sabía construír tales redes que

.....non illud opus tenuissima vincant
Stamina non summo quae pendet aranea tigno

(Metam. IV. 178) no las pudiera superar en finura ni un estambre sutil, ni el hilo de una araña que pende de los techos. Mictlanteuctli, dios de los muertos en México, se pintaba a veces con una araña. Era también el sol poniente, cuyo sinónimo o epíteto era Tzontémoc, el que desciende con la cabeza para abajo. Dicen los griegos, escribe Pausanias, que no fué Zeus sino Hera quien arrojó a Hefesto del cielo apenas nació porque era un monstruo y muy feo, y que él resentido con su madre le mandó como presente un trono de oro con invisibles ligaduras. Apenas Hera se sentó en él, de tal manera quedó presa, que ya no se podía levantar. Hefesto cerró los oídos a todas las súplicas que se le hicieron para que librara de la prisión a la reina de los dioses: todo fué inútil, y nada se consiguió hasta que Dionisio, su fiel amigo, lo hizo adormecer con vino y lo subió al cielo. (Ob. cit. I. XX. 2). Quetzalcóatl se decía hermano de Xólotl, un dios solar nocturno, deforme y con los miembros encogidos como Hefesto. También los hindúes suponían deforme al dios que representaba al sol poniente. Se narra en el Rig-Veda que Aditi tuvo ocho hijos. Siete fueron por

ella presentados a los dioses y al octavo, que nació deforme, lo arrojó del cielo. Los Adityas lo arreglaron e hicieron de él a Vivasvat, el sol, y lo volvieron a su madre; de los recortes que sobraron se formó un elefante. Hefesto, para volver al cielo, fué preciso que se embriagara, como se embriagó Quetzalcóatl antes de volver a Tlapallan.

Cicerón y Clemente Alejandrino confirman la unión de Athene con Hefesto: el culto de ambos dioses estaba unido en Atenas desde los tiempos más remotos: Pausanias y aún San Agustín hacen mención de la cercanía en que estaban los templos de ambos dioses y ambos eran celebrados con una fiesta antiquísima que se dedicaba a Athene Ergane, en que al principio tomaba parte todo el pueblo, pero después la celebraron los artesanos, sobre todo dedicados a trabajar los metales y por eso se le dió el nombre de Calquea. Los ritos conmemoraban la protección que Athene y Hefesto impartían a los artistas. En México tenía su paralelo en la que los plateros, lapidarios y otros artesanos, en general, celebraban a Xipetotec, dios protector de ellos, en combinación con la que las hilanderas, tejedoras y bordadoras hacían el mismo día a Xochiquetzalli.

Erictonio, hijo de Hefesto y Athene, con las dos serpientes unidas a su cuerpo en vez de piernas, fué un emblema primitivo con que se expresaban probablemente los efectos producidos o que se esperaban de la tierra calentada por el fuego que le llevaba el sol por la noche al penetrar en su seno. En nuestros códices pictóricos encontramos dibujada una mujer, que en vez de cabeza tiene la parte superior de dos culebras, y una de las mayores y mejores acabadas de las estatuas de los antiguos mexicanos que se conservan en el Museo Nacional de México, es la de esa mujer con la cabeza de dos serpientes en vez de la propia y que tienen en su base esculpida la imagen del dios del fuego.

Tales fueron quizá las primeras imágenes simbólicas de la mujer y las dos serpientes que encontramos indicadas en los mitos, esculturas, pinturas y ceremonias rituales de Yucatán, México y el Antiguo Hemisferio. En Egipto se encuentra dibujada en el modo salvaje como la vemos en México. En el arte miceneo encontramos en Creta la mujer con las dos serpientes en una forma artística y no la repugnante de la estatua del Museo Nacional de México, ni la antiestética de los monumentos egip-

cios. Mosso describe una estatua de esta forma micenea encontrada por Evans en Creta. "Tiene los brazos extendidos y en la derecha apuña la cabeza de una serpiente que le baja de los hombros a las espaldas, mientras con la izquierda coge la cola que le ciñe el brazo. Otra serpiente asoma el vértice sobre la cabeza de la diosa, cubierta con un gorro, y baja por el pescuezo resbalándose sobre los pechos que le salen del corpiño". (Mosso. Escurzioni nel Mediterraneo. p. 215).

No son otra cosa los dos dragones uncidos al carro de Demeter que las dos serpientes, símbolo de la fecunda Tierra. El carro, con las serpientes, fué entregado a Triptólimo por Demeter en la ciudad colocada bajo la protección de Athene, para que desde allí difundiera la agricultura y la siembra de los cereales por el mundo entero. Otra vez Athene ligada con Demeter.

En los monumentos y pinturas de los vasos griegos el carro de Tripotólemo no siempre se representa del mismo modo: a veces los dragones que lo llevan tienen alas, a veces están pintados en forma de serpientes y las alas se ven en las mazas de las ruedas. En un vaso griego de Gela el carro no tiene dragones sino las dos ruedas aladas únicamente, pero estas ruedas sólo tienen cuatro rayos formando la cruz del movimiento.

El emblema de las dos serpientes, que hemos comparado entre los indios nuestros y los griegos, es el mismo en su significado, e iguales las relaciones, por una parte, entre las serpientes y Cadmo, por la otra, entre las culebras y Quetzalcóatl; y son palpables las semejanzas entre los dioses mexicanos y griegos que presiden a la fecundidad de la tierra y aumento de la humanidad. El argumento no está agotado y tendremos que volver otras veces en nuestras comparaciones a las serpientes y a los dioses encargados de la conservación del género humano, rueda maestra en el engranaje de los sentimientos religiosos, simbolismo, ritos y ceremonias de los hombres neolíticos de ambos hemisferios. No parece sino que a ese único punto se dirigían las creencias, la religión y el culto de los dioses, no sólo entre los indios de México, como lo dicen los antiguos cronistas misioneros, sino en los pueblos que, cuando iba a rayar la aurora de la civilización, ocupaban las orillas del Mediterráneo Oriental. Esto al menos nos dan a entender los mitos; esto los ritos que podemos considerar de origen más antiguo.

No podemos dejar de hablar de Athene en este pequeño estudio comparativo, sin echar una ligera ojeada a la *lechuza,* su ave simbólica tan familiar sobre todo en los monumentos. Las monedas de Atenas, que llevaban impresa la imagen de una lechuza como símbolo de la ciudad, se llamaban γλαῦχες λαυριωτιχαί, *Glauques,* por la lechuza que tenían en el anverso, *laurioticai,* por el monte Lauricio, famoso por sus minas de plata. De manera que γλαυξ era seguramente el emblema de Athene, y en esto están de acuerdo los modernos con los antiguos escritores. Pero mientras algunos identifican la *glaux* de las monedas con la *srix bubo,* de Linneo,—muy parecida a nuestro *tecolote* común, llamado buho por los españoles, y *tecólotl* por los nauas—, otros piensan que *glaux* era un nombre genérico que abarcaba los buhos mochuelos, lechuzas y demás aves congéneres. Dodwel, al hablar de las aves de esa clase que aún viven en Grecia, dice que hay gran variedad de ellas en Atenas. "La más común es la *stic passerina,* muy pequeña y mansa y la misma que se representa en las monedas atenienses". (Tour. II. p. 43). Los italianos usan de ellas como reclamos y les llaman *civette:* en España llevan el nombre de *lechuzas,* que no corresponde al ave nocturna a la cual los conquistadores dieron ese nombre en México. "El haber escogido la lechuza como un emblema de Minerva, se debe como se piensa a que esta ave tiene un aire particular de inteligencia debido a la elevación de sus líneas faciales". (Dic. of Greek and Rom. Antiq. p. 478). Si esto sucedió cuando los griegos ya eran un pueblo adelantado en la cultura, los que tal piensan pueden tener razón; mas nosotros consideramos la Athene neolítica y, en la época de la piedra pulida, las líneas faciales de la lechuza no deben haberse tomado absolutamente en consideración para haberla declarado un emblema de la diosa.

Entre las diversas clases de buhos que conocían los griegos, Homero nombra una sola, el σχώψ, identificado con la *stix scops* por los naturalistas modernos. El poeta lo hace vivir en los árboles que rodeaban la gruta de Calipso, en compañía de los halcones y cuervos marinos; (Odis. V. 66) pero ni éste ni otro buho, lechuza o mochuelo tienen para Homero nada qué hacer con Athene. En vez, la diosa protectora de Ulises, deja recomendado a Telémaco al viejo Néstor, y "cuando terminó de hablar, Athe-

ne, la de los ojos glaucos, partió tomando la figura de un águila". (Odis. III. 372). Amante de las batallas, la hija de Zeus quería contemplar el choque entre los troyanos y los griegos y para conseguirlo "Athene y Apolo, el que lleva el arco de plata, en figura de buitres los dos, complaciéndose de los héroes, se posaron en las ramas de un frondoso abedul de Zeus, el que lleva la egida". (Il. VII. 59). En el más antiguo de los poemas griegos, la Iliada, Athene toma la forma de un buitre; en el poema que le sigue en antigüedad, la Odisea, toma la de un águila, pero en ninguno de los dos poemas, ni en los de Hesíodo se hace mención de los buhos y las lechuzas con relación a Athene, a pesar de que en esos escritos se le de el cualificativo de *glaucopi,* la de los ojos glaucos, que muchos quieren se derive de γλαύξ y por eso, aplicado a la diosa, traducen *la de los ojos de lechuza.* A mi entender, el águila, y el buitre sobre todo, fueron los primitivos emblemas de la diosa Tierra, representada por Athene. Dejó de serlo el águila cuando fué asignada exclusivamente a Zeus, y el buitre se ha de haber sustituído con la lechuza principalmente por ser el buitre un animal repugnante y poco estético, indigno de ser él el símbolo de Athene cuando comenzó a ser la diosa de la sabiduría, de las bellas artes y de la inteligencia entre los cultos y artísticos atenienses. El buho tiene ciertas afinidades simbólicas con el buitre y nuestros indios suelen a veces en el simbolismo identificar el *cozcacuautli,* cierto buitre, con el tecólotl, el buho. Homero convierte a Athene en buitre: considerémosla con ese emblema para compararla con las diosas afines a ella y a las de los egipcios, que tengan, por el símbolo del buitre y del águila, afinidad con las de nuestros indios.

Cozcacuautli, que por sus hábitos era el menos repugnante de los buitres mexicanos, por su forma aun puede llamarse hermoso. Tenía asignado el décimo sexto día del calendario náuatl en el Valle de México y al otro lado de la cordillera de los Volcanes. Los nauas de Guatemala, conocidos con el nombre de pipiles, a ese mismo día del calendario le llamaban *tecólotl,* el buho, y en los códices mexicanos no es raro ver que se usa promiscuamente como signo el buitre y el buho. *Ahmak* era el nombre que daban a ese día los cakchiqueles y quichés de Guatemala y esta palabra significa el que devora o engulle ojos, cualidad que va muy de acuerdo con la costumbre de los buitres mexicanos, que según me

han dicho nuestros hombres de campo, la parte del cadáver que primero atacan son los ojos. ¿Y sabe V. por qué? me dijo un indio que me acompañaba a caballo por un camino, en donde presenciábamos un repugnante festín de esos animales, a cuya especie más común se da en México el nombre de *zopilotes.* No, le respondí, lo ignoro.

—Nuestros padres decían, replicó mi compañero de viaje, que cierto día, un asno rendido de caminar después de haberlo aligerado de la carga exterior que portaba en el lomo y haber él vaciado la interior que llevaba en los intestinos, se acostó a descansar extendiendo su cuerpo enteramente sobre la grama, pero olvidándose de cerrar la puerta por donde había arrojado lo superfluo. Acertó a verlo un zopilote que volaba por las inmediaciones y creyéndolo muerto, bajó, se acercó y quiso comenzar su almuerzo por la parte más débil, introduciendo el agudo pico por la puerta que se quedó abierta. El dolor del picotazo despertó al dormido borrico, cerró violentamente la puerta, cogiendo dentro la cabeza del zopilote y echó a correr por la pradera aguijoneado por los aletazos de aquel nuevo y extraño apéndice caudal, hasta que rendido del correr y con las fuerzas agotadas aflojó la cerradura y el cautivo zopilote pudo escapar. Desde entonces, los zopilotes advertidos del suceso, primero pican y devoran los ojos para cerciorarse, sin peligro, de que está realmente muerto el cuerpo que tratan de acometer.

La creencia que sean los ojos lo primero que devoran los buitres se encuentra aún viva en otras regiones de América: un amigo argentino me contaba que una de las imprecaciones usadas por los gauchos de su país era: "águilas te arranquen el corazón y caranchos te saquen los ojos". El carancho es nuestro zopilote o un buitre muy parecido a él. El hábito de comenzar a devorar los cadáveres por los ojos quizá no sea exclusivo de los buitres americanos, sino común a toda la familia.

Los antiguos nauas para representar un cielo estrellado pintaban un campo cubierto de ojos. La luz matutina hacía desaparecer a las estrellas y el sol mismo los devoraba dejando el cielo diurno sin ellas. Podía por consiguiente el buitre ser entre los indios nuestros, como el devorador de los ojos, un emblema del cielo diurno y del Sol; y que así fuera lo confirma el calendario de los mezcas, tribu naua que confinaba con los cuextecas. El día correspondiente al *cozcacuautli* y al *ahmak* llamaban ellos *Téotl* y *tónatl,*

el dios del día; lo que puede indicar una personifiación del cielo iluminado o del mismo sol como astro del día. En Homero no sólo Athene se convirtió en buitre, sino Apolo, el dios Sol.

Al haberle sido sustituída la cabeza por una tortuga al dios quiché Hun-ahpú, leemos en Ximénez, que "cuando quería amanecer, que alumbraba el cielo, le fué dicho al zopilote: otra vez señala y oscurece. Y dijo el viejo: está bien y luego se oscureció, cuatro veces señaló el viejo zopilote y así dicen ahora que raya el zopilote cuando quiere amanecer". (Ximénez. p. 67). Rayar el sol decimos cuando aparece el crepúsculo matutino, de manera que cuando el documento quiché nos dice que al amanecer llamaban los indios rayar el zopilote, esto significa que el zopilote o sea el buitre, era el símbolo del sol o su primera claridad.

Hemos dicho ya que los símbolos de los días estaban en íntima relación con las divinidades que los acompañaban en las trecenas del tonalámatl. En la trecena que correspondía a *Ce Cozcacuautli,*—un buitre o un buharro como Durán traduce la palabra,—la divinidad que dominaba según el códice Borgia y el Vaticano B. era Itzpapálotl, el demonio andrógino, tlacacíuatl, de quien hemos suficientemente hablado y a quien Ríos idéntifica con Xochiquetzalli que ya conocemos con relación a Athene. El androgenismo de las dos diosas y su conexión con el buitre son una señal manifiesta de que el ave, no sólo era un símbolo del cielo luminoso, sino también de la tierra por ser el buitre devorador de cadáveres, como la tierra. Era el buitre símbolo también del sol porque el sol devora con su luz las estrellas representadas por los ojos que devora primero el buitre en los cuerpos muertos. Apolo y Athene, el sol y la tierra, toman la forma de buitre en el poema de Homero. Diosa terrestre era Neith en Egipto, que conservó también el símbolo del buitre y la identifican con Minerva y Athene.

Leemos en Cicerón: "Minerva secunda orta Nilo, quem aegyptu Saitae colunt" (De natura Deorum III. p. 248). Este pasaje del grande orador romano nos hace saber que sus compatriotas identificaban a Minerva con una diosa que los egipcios adoraban en Sais. Hacían lo mismo los griegos con su diosa identificada igualmente por los romanos con Minerva. "Hay cierto nomo en Egipto en el Delta", dice Platón, "que se llama Saítico, cuya capital es la ciudad de Sais, lugar del nacimiento del rey Amasis. Quien fundó esta ciudad fué una diosa, a la cual los

egipcios llaman Neith y los griegos Athene. Sus habitantes están muy unidos a los atenienses con quienes se consideran emparentados hasta cierto punto". (Timeo. 1049.). Hesiquio, Esteban Bizantino y otros escritores griegos que hablan de asuntos egipcios, dicen que esta diosa Neit, Neith o Net, como se suele llamar y que indistintamente llamaremos, se adoraba también en Tebas, en el Egipto superior, donde se le daba el epíteto de Onka, y es digno de notar, añade Wilkinson, "que hay una constancia allí, del nombre de Neith con el agregado de Onk o Ank que pudiera ser un título ocasional de la diosa Neith o una corrupción del nombre de Anouga, la egipcia Vesta" (Man. an. Cost. of the Ant. Aeg. III. 41). No se cree que este calificativo de Neit tenga que ver con el Onca de Athene. Plutarco asegura que Isis frecuentemente era llamada Athene, en lo que no va errado, porque si Neit por una parte se identifica con Athene, por la otra, en los documentos egipcios, Isis se asimila a Neit, haciéndola decir, el escritor griego: "yo soy la que fué, la que es, y la que será y ningún mortal jamás levantó mi velo". (Isis y Osiris, I. 9.) "Se dice que los leones le estaban consagrados como a la Cibeles de los frigios", escribe Wilkinson, "y se supone por algunos que el buitre era emblemático de la Minerva egipcia". (Ob. cit. 1. cit.) En efecto citamos en otro lugar y aquí repetimos el paso de Horápolo en que, con el nombre de Athene, dice de Neit que, cuando los egipcios querían pintar la figura de Hefesto, dibujaban un escarabajo y un buitre y que, cuando querían representar a Athene, dibujaban un buitre y un escarabajo. A Hefesto solían los griegos identificar no sólo con Ptah, que era su contraparte en realidad, sino también con Khephera, el disco solar, representado por un escarabajo; y si este insecto se relacionaba con Khephera como el símbolo del Dios, el buitre tenía que referirse a Athene o sea a Neit. Así lo entiende Wilkinson cuando dice: "El grande buitre de Egipto se cree emblema de Neith y dice Horápolo que lo era de Athene, Hera, el Cielo, Urania, el Año, la Madre, etc." Por los monumentos nos damos cuenta de que más de una divinidad femenina tenía el buitre como emblema. Toma parte en el nombre de Mut, aunque parece que no era emblema de la diosa y sólo entraba como un glifo fonético del nombre con el significado de Madre, que en egipcio se dice *mut* o *tmu*. Con los glifos correspondientes a Isis Nephthis, se ven en un papiro, pintados dos

buitres a uno y otro lado de la tumba de Osiris. (Budge. Book of Dead. II. 95).

Cuenta Eliano que entre los buitres no había machos; todos eran hembras: lo mismo se creía de los escarabajos. El mismo autor llama al buitre el ave de Hera y los monumentos están de acuerdo en tomar esta ave como el símbolo de Nekhab, la Eleitia griega, la Lucina latina, diosa de la obstetricia. Urai, que es el nombre egipcio del buitre, significa victoria en los jeroglíficos. (Birch. III. 312). El buitre, como emblema del Cielo, de la victoria, o de las diosas que lo tenían como emblema, "se pinta en los artesonados o cielos de los templos con las alas abiertas y principalmente en aquellos lugares por donde el Rey o los oficiales tenían que pasar para cumplir con los ritos en honor de los dioses. Por esto los encontramos en los techos de los pasillos centrales, de los pórticos y bajo los dinteles de las puertas que conducen a los santuarios". Las diosas y las reinas llevan con frecuencia en los monumentos un buitre como tocado, que tiene las alas colgando, para indicar, dice Birch, que eran madres o protectoras de la humanidad. Se han encontrado en Tebas momias embalsamadas de este animal. (Wilkinson. o. c. III. p. 312 y sig.) ¿Por qué razón en México se liga el buitre con una diosa andrógina? ¿Tendrían la creencia de que los buitres eran todos hembras como los egipcios? No lo sabemos. En el hemisferio occidental, ni el simbolismo ni mucho menos la veneración al buitre tuvo el desarrollo que en Egipto. En Grecia si no es por el verso de Homero que citamos, el buitre sería enteramente ajeno a la mitología. ¿Era en Egipto conocido como el comedor de ojos y, como tal, el símbolo del Cielo y de Urano, como nos dijo Horápolo? Podía haberlo sido, porque no sólo en Egipto sino también en la India los ojos eran, como en México, símbolos de las estrellas. Si en el uno y otro hemisferio fué también un emblema de la diosa tierra, quizá fué debido a sus hábitos de alimentarse con los cadáveres de los que perecían en la guerra quedando insepultos. La tierra fué considerada como la devoradora de los muertos y ese alimento la volvía fecunda.

Una vez que los griegos y los romanos consideraron a la egipcia Neit como a su Athene y su Minerva y hemos visto las analogías de la Athene neolítica con las diosas mexicanas de la Tierra, veamos si esa diosa egipcia tiene, además del símbolo del

buitre, algo que la pueda poner al nivel de las diosas análogas de México, una vez despojada de las especulaciones filosóficas con que la revistió la cultura egipcia y reducida al simbolismo, que podemos juzgar primitivo, no tanto por encontrarse en los más antiguos documentos cuanto porque la acerca más al tipo neolítico conservado en la diosa Tierra por nuestros indios.

Neit era la diosa del Oeste y era una de las más antiguas divinidades de Egipto. Muchas veces la Geografía está de acuerdo con las designaciones simbólicas de los puntos cardinales, y en Egipto creo que este es el caso de la diosa Neit, diosa del poniente, tanto porque su culto principal estaba en la región del oeste, cuanto porque de los cuatro puntos cardinales, a ese correspondía su mitológica significación. La veneración de Neit se remonta a los tiempos predinásticos y no hay duda de que Net o Neit se consideraba como Hathor, la diosa de la fecundidad, la Afrodite egipcia de quien algo dijimos en otro lugar. En los tiempos primitivos juzgan algunos haber sido la personificación de la materia cósmica de donde el cielo se separó y por eso de ella se decía "Neit la grande divina madre", y también "Neit la vaca que dió a luz el sol". (Lanzoni. o. c.)

Como los griegos a Athene, los egipcios atribuían a Neit la invención de los tejidos. El nombre de la diosa "escrito con el determinativo de una lanzadera, nos demuestra que significa la tejedora y se refiere a su carácter de inventora del arte de tejer". A veces se le llama la contraparte femenina de Amen, el dios sol como fecundador, y "el color verde con que la pintan, alude a sus rrestres funciones". (Birch. o. c. III. p. 44). Considerando el nombre de Neit con alguna afinidad con la raíz netet, tejer, dice Budge, "podríamos aceptar el argumento de los que consideran a Neit como la diosa de los tejidos, y la identificación de los signos =×==×= y =[ ]= que se ven con frecuencia sobre su cabeza como una lanzadera".

Es no obstante enterarr.ente claro que los más antiguos y característicos emblemas de la diosa son dos flechas y un escudo, que desde un período muy remoto se hicieron el reconocido símbolo no sólo de Neit sino igualmente de la ciudad en donde estaba situado su templo principal y también sirvió de signo que representara el nomo cuya capital era Sais. Puesto que Net se representa con un arco y dos flechas, no hay una plausible razón para

dudar que en su origen no hubiera sido la diosa de la guerra o de la caza. (Religion of the Aegyptians. p. 450-51).

En su origen igualmente los caracteres de Neit "serían los de una diosa de la naturaleza del Delta o de la Libia y es probable que haya sido honrada con ceremonias con que se quisieran representar los varios procedimientos de la naturaleza en la generación y reproducción. Esta opinión se apoya en muchos de los títulos que se le dan en los textos egipcios, tanto a ella como a otras diosas relacionadas con Neit". (Budge. ob. p. 450-457). La diosa se llama en los textos *la única,* y por esto dice el autor que citamos que Neit "era para las diosas lo que para los dioses era Ra" el dios Sol. En la inscripción de una estatua suya, conservada en el museo egipcio del Vaticano, se dice: "fué Net la poderosa madre que dió el ser a Ra y fué la primera en dar el ser a todas las cosas, lo que sucedió antes que algún ser hubiera aparecido en el mundo y ella misma no había nacido aún". (Revillout. Revue Egyptologique. I. p. 72). Según estos testimonios Neit puede muy compararse a la diosa Ilamateuctli, de cuyo cuerpo, según Thévet, se formó el cielo y la tierra.

Herodoto nos habla de la solemnidad de Isis-Neit y nos la describe como una fiesta nocturna, para la cual todos se preparaban con lámparas encendidas que debían durar toda la noche y no sólo iluminaban el templo de la diosa sino todos los rincones, con innumerables antorchas y candelas, por lo que llamaban a esa, la fiesta de las lámparas. Chicomecóatl, dice Durán, hablando de un numen mexicano, "era la diosa de las mieses y de todo género de simientes y legumbres que esta gente tenía para todo su sustento". Se consideraba una diosa de occidente y llevaba, como tocado en los códices muchas veces, las fauces abiertas de un dragón, de las cuales parece que salía su cabeza. Al anochecer del día en que era celebrada su fiesta "venía toda la gente al templo y henchían todos aquellos patios de lumbres y candelas donde al rededor de aquellas lumbres se estaban sin dormir toda la noche en vela cada barrio por su parte, que llegada la media noche tañían aquellos caracoles y flautillas y bocinas al son de las cuales sacaban unas andas muy aderezadas de sartas de mazorcas, y de chiles y llenas de todo género de semillas". Llevaban a la víctima que representaba a la diosa "con mucho acompañamiento de dignidades y sacerdotes con muchas lumbres e incen-

sarios". Daban gracias a la diosa "por el fruto y año fértil que había concedido al pueblo que presente estaba" y terminada la ceremonia, toda esa noche "quedábase todo el pueblo en vela y a la lumbre como había estado por lo pasado de la noche". A esta vela que pasaban a la luz de las fogatas y luminarias llamaban "*ixtocoztli*, que quiere decir, velar con cuidado y así estaban velando hasta la mañana". (Durán. II. p. 180-182).

Como la fiesta de Isis-Neit se llamaba en Egipto la fiesta de las lámparas, la de Chicomecóatl en México podía haberse llamado la de las antorchas y luminarias. En ninguna otra ceremonia ritual que fuera celebrada por la noche hace el autor citado tanto hincapié en las fogatas y la vela, como en esta de Chicomecóatl, y no se diga que las hacían para calentarse, porque tenían lugar a principios de septiembre, época en que no son frías las noches en México. Chicomecóatl, de quien dice Sahagún que era otra Ceres, "era la diosa de los mantenimientos, así de lo que se come como de lo que se bebe: a ésta la pintaban con una corona en la cabeza, y en la mano derecha un vaso, y en la izquierda una rodela con una flor grande pintada: tenía su cueitl y uipilli y sandalias, todo vermejo: debió ésta ser la primera mujer que comenzó a hacer pan, y otros manjares y guisados". (vol. I. 5). No cabe duda que era una diosa de los mantenimientos y tanto el color rojo de sus vestidos, como las luminarias de su fiesta, la ligan con el fuego que produce el calor necesario para la fecundidad de la tierra. La gran flor de su escudo nos recuerda que *xochitl*, la flor, era un emblema solar en el nombre de Xochipilli, el niño flor, adaptado al Sol levante, al dios del fuego doméstico, al esposo de Xochiquetzalli, la flor del fuego ardiente.

El significado de la fiesta egipcia de Neit era el mismo del de la de Chicomecóatl y podemos decir también de una ceremonia acostumbrada en ciertas festividades por los griegos.

Hacíase en la Panathenea de que hablamos, fiesta principal que se destinaba a Athene. Herodoto la llama λαμπαδηφορια llevada de lámparas, y tenía lugar también en la Prometheia, en honor de quien trajo el fuego a los hombres: en la Hefestea, en honor del dios solar nocturno y dios del fuego; en la que hacían en honor de Pan, dios de la fecundidad de los ganados, y en la de Artemis Bendis, diosa de la fertilidad de la tierra. (Herod. V. 105; VIII. 9; Platón. De Rep. p. 238; Scol. ad Aristophanes. Ran.

131). Dioses todos ligados con la fecundidad en general, por lo que se puede suponer que esta ceremonia tuvo origen en los ritos llevados a cabo para obtener tales beneficios de los dioses. Estos no se podían conseguir sin el calor y de aquí las luminarias y las antorchas. Broensted se acerca a nuestro modo de pensar cuando dice que tal ceremonia aludía al fuego interior que usó Prometeo para vivificar al hombre, y una de las versiones de la fábula de la formación del hombre, o más bien de la mujer, nos dice que en ella tomaron parte Hefesto y Athene. (Voyages. II. p. 286. Nota 2). Esto quizá tuvo a la vista Platón al tomar la Lampadeforía como una imagen de la sucesión en las generaciones y Lucrecio cuando dice

"Et quasi cursores vitae lampada tradunt".

(Leg. p. 776; De Rerum Natura. II. 77).

Refiriéndonos a la Panathenea en que, como una parte de la fiesta, se llevaban lámparas y antorchas, podemos comprender que en esa fiesta se pedía toda la fecundidad en general: del hombre, de los ganados y de la tierra, lo mismo que en la egipcia de Neit, por lo que de ella nos hablan los autores, y en la mexicana de Chicomecóatl, si tenemos en cuenta el fuego de las luminarias como uno de los principales elementos, sin que en ella se vieran de una manera tan patente otros símbolos usados también por ellos en otra de las fiestas de la diosa tierra. La ceremonia griega de la Lampadeforía consistía ya en los tiempos de la cultura de Atenas, en una especie de certamen de velocidad, corriendo con lámparas o antorchas encendidas desde el altar de los tres dioses, Athene, Hefesto y Prometeo, que estaba situado en el Cerámico, barrio de Athenas donde estaban los alfareros, hasta la Acrópolis, a donde habían de llegar con las antorchas o lámparas ardiendo. Un antiguo comentador de Lucrecio nos hace saber que la ceremonia tenía, en ciertas ocasiones, lugar por la noche y podemos creer que las carreras tuvieron su origen en las iluminaciones y paseos nocturnos con antorchas convertidos más tarde en juegos de competencias.

La fiesta de Neit es fácil que se relacionara con la supuesta permanencia del sol durante la noche en las entrañas de la tierra, el laboratorio de la fecundidad, porque leemos de la diosa que "poseía el poder de concebir y dar a luz diariamente al dios Sol por medio de mágicas y divinas fórmulas de que estaba provista". Entre sus títulos primitivos vemos el de Apt-uat, o sea la

que abre los caminos: por lo que parece haber sido considerada como una contraparte de Anubis, el conductor de los muertos. (Budge o. c. p. 454) En un texto de las pirámides que se refiere a Teta, Neit se menciona en conexión con Isis, Neftis y Serquet-Hetu, como una de las cuatro diosas que arrojaban llamas y atendían a la protección del dios Nu cuando estaba sentado en su trono. Estas mismas diosas se ven en textos jeroglíficos en conexión con los cuatro hijos de Horus, a quienes ayudan para proteger con la magia las varias partes de los intestinos humanos colocados en los vasos canópicos. "Entonces dice Isis: Yo conquisto al enemigo, yo atiendo a la protección por Amseth que está en mí. Neftis dice: yo oculto la cosa escondida y atiendo a la protección por Hapi que está en mí. Neit dice yo paso la mañana y paso la noche de cada día atendiendo a la protección por Tuamutef que está en mí. Serquet dice: yo empleo cada día en atender a la protección por Quedhsennuf, que está en mí". Neit con sus tres diosas compañeras incorporan en sí mismas las personalidades de los hijos de Horus y se identifican con los sostenedores del cielo, asimilados a los cuatro puntos cardinales y los caminos del mundo subterráneo que abría Neit. Comparemos.

Neit era una diosa del Oeste geográfico y mitológico. Del oeste mitológico o del sur lo fué la neolítica Athene. De la naua Xochiquetzalli, identificada con Chicomecóatl, tenemos explícito testimonio en un himno conservado por Sahagún: "de la tierra del agua y la neblina yo vengo, Xochiquetzalli, la diosa del amor; de la tierra donde se pone el sol, de Tamoanchan: llora el piadoso Piltzinteuctli y busca a Xochiquetzalli: está oscuro, ah, a donde tengo que ir". (Cantar IX ap. Seler Cod. Vat. B. p. 133) Piltzinteuctli era otra forma de Xochipilli, el dios solar de quien hablamos poco ha. Para los nauas los egipcios y los griegos neolíticos el oeste era un lugar de humedad, neblina y oscuridad: era el punto cardinal asignado al elemento líquido indispensable para que la tierra produjera y, por eso, en conexión con las diosas, Xochiquetzalli, Athene y Neit, diosas de la fecundidad.

Diosa andrógina Neit como Xochiquetzalli identificada con Itzpapálotl, también Athene lo fué, si no es errónea la interpretación que dimos a la moneda de Tenedos. Las tres tuvieron como representante el buitre, ave reputada únicamente hembra entre los egipcios, que para reproducirse no necesitaba del macho. Eran

diosas tejedoras las tres, las tres guerreras y ligadas con los puntos cardinales las tres. ¿Puede ser más completa la semejanza simbólica fundamental entre estas diosas? Otro símbolo primitivo tenemos que considerar para volver a encontrarlas de acuerdo.

En Egipto se concedió al halcón el lugar que tuvo el águila en otras partes. Allí no fué objeto simbólico de adoración el águila como el halcón y otros animales, no sirviendo como emblema de ningún dios por más que lo aseguren escritores griegos confundiendo quizá con el águila el halcón. Esta ave era, entre los egipcios, un emblema solar como a veces aparece haber sido el águila entre los pueblos arianos y entre nuestros indios. Era también emblema de Queadhsennuf, uno de los sostenedores del cielo, como por los Anales de Cuautitlán se colige haber sido el águila uno de los símbolos de los puntos cardinales. Finalmente, era el símbolo a veces de la diosa de la fecundidad cuando, en ese concepto, se identifica con Neit.

Los mitos y los monumentos egipcios nos hacen ver a Isis convertida en halcón sobre la momia de Osiris, y además "hay una diosa que lleva sobre su cabeza un halcón momificado y se supone ser la divinidad de la orilla occidental del Nilo:" esto es, Neit. El halcón se representa como el buitre cubriendo con sus alas al rey en las batallas y en los artesonados y cielos de los templos. (Wilkinson o, c. III. 315) Otra de las formas que Homero nos dice haber tomado Athene, fué la de una águila y sabemos de Xochiquetzalli y otras diosas Tierra, de México, que tomaban la misma forma. El águila y el tigre fueron entre nuestros indios, emblemas tanto del cielo y del sol, como de la tierra, diciéndonos de ambos animales el intérprete del Códice Vaticano A. que fueron hijos de Xochiquetzalli o de Mayauel. Quilaztli, diosa guerrera identificada con Ciuacóatl, por Durán y Sahagún se convierte en águila para engañar a Mixcóatl en cuya compañía, en otra versión, lleva el nombre de Itzpapálotl y la forma de un guerrero flechador. Según Ríos, Itzpapálotl anunciaba su presencia dejando la huella de una garra de águila. Singular es una pintura que se ve en el Códice Vaticano B. Está en ella dibujado un dios con cabeza de águila formando un grupo con otros dos, uno de los cuales en su forma de esqueleto muestra ser el dios de los muertos, Mictlanteuctli, señor de las profundidades de la tierra: el otro es un dios de la tierra fructífera, que el Dr. Seler opina

sea Centéotl. Los tres llevan en la mano el instrumento de labranza que usaban los indios y hoy llaman *coa* y parece que lo introducen en las fauces abiertas de un monstruo que simboliza la tierra: son las tres formas viriles de los dioses terrestres. Mictlanteuctli, representante de lo tierra que recibe los cadáveres en su seno: Centéotl, de la tierra fructífera, y el dios con cabeza de águila será entonces la tierra lozana y florida, la contraparte masculina de Xochiquetzalli, Xochipilli, como un dios de la tierra húmeda y tibia por el calor, que produce flores. Tonacacíuatl, otra forma de la tierra, compañera del cielo: Tonacateuctli asoma su cabeza por el pico y viste las plumas de un águila.

En el emblema del águila volvemos a encontrar de acuerdo la mitología de uno y otro lado del Atlántico. Creese de Neit que hubiera sido la divinidad tutelar de los libios que moraban al poniente de los egipcios y que desde tiempos muy remotos habían entrado en luchas y contactos con ellos, amalgamándose en varias partes ambos pueblos. En los monumentos antiguos de Egipto se dibujan los libios llevando una cicatriz artificial o un tatuado con las flechas cruzadas, símbolo de Neit. Cada año, en la fiesta del dios tutelar de México, los sacerdotes de su templo "daban unas cuchilladas con navajas de piedra a los niños y niñas, en el estómago y en los morcillos de los brazos y en las muñecas. Parece que estas señales eran como hierro o marca del demonio con que herraba a sus ovejas" (Sahagún I. III). Sabemos que las indicadas señales tenían la forma de una aspa o cruz por el estilo del tatuado o cicatrices de los libios, cuya nación, como otras consideradas bárbaras por los egipcios, se representaban con el glifo ideográfico de un arco que "designaba a los pueblos bárbaros" (Pierret. Dic. d'Arch.) Para los nauas los bárbaros eran los salvajes nómadas chichimecas y el glifo con que los designaban era un arco con dos flechas cruzadas, o sin ellas.

CAPITULO XII

CADMO Y LOS CABIROS; QUETZALCOATL Y LOS XOLOMES; OTROS SERES MITOLOGICOS AFINES DE AMBOS HEMISFERIOS

Se dijo de Cadmo y Harmonía que cuando sus espíritus fueron a vivir a las regiones de los bienaventurados, sus genios en forma serpentina quedaron vagando al derredor del lugar en donde sus cuerpos estaban enterrados o al derredor del sepulcro de los Cabiros, en Samotracia; versiones que no están en contradicción porque Cadmo y Harmonía, en las fábulas también se consideran como Cabiros. Quiénes eran estos Cabiros y qué tenían que ver con Cadmo vamos a procurar averiguarlo para que podamos ver si tienen alguna analogía con los enanos y jorobados, pajes y servidores que acompañaban a Quetzalcóatl cuando se retiró de Tula. Dice Sahagún que "al pasar entre las dos sierras del Volcán y la Sierra Nevada, todos sus pajes que eran enanos y corcovados que le iban acompañando, se le murieron de frío y él sintió mucho la muerte de los pajes y llorando muy tristemente, cantando su lloro y suspirando" siguió su camino. (Sahagún. I. 258). A los pajes enanos y corcovados Tezozómoc llama *xolome* y es el nombre mexicano que les conviene y seguiremos dando a estos mitológicos personajes nauas.

Los Cabiros son unos seres de quienes ni entre los antiguos, ni entre los modernos escritores he podido encontrar quién me dijera con precisión cuál era su significado mítico y cuál el papel que representaban en las creencias de los pueblos que los admitían como personajes preternaturales, ni qué relaciones tenían con los otros dioses y semidioses. En cuanto a Cadmo, convienen muchos de los antiguos en que su mujer, Harmonía, era uno de los Cabiros y que el mismo Cadmo no pudo unirse con ella hasta haberse iniciado en los ritos de esos númenes singulares. El principal de los Cabiros se llamaba Camillo que, según Acusilao, tuvo tres hijos Cabiros y tres Ninfas Cabíridas; según

Ferécides, de Cabira, hija de Proteo y Hefesto, nacieron los tres Cabiros y las tres Cabíridas. (Estrabón. l. I. c. IV. p. 416. 21). Sus nombres eran místicos, esto es, estaban relacionados con los misterios. Si Camillo o Camilo se relaciona con Cadmo como algunos pretenden, los Cabiros podrían considerarse como la familia de Cadmo, tomando la palabra familia en el sentido romano en que el *paterfamilias* era el jefe de todos aquellos dependientes directamente de él, que estaban a sus órdenes y eran, como decimos aún nosotros, sus familiares. En las mismas condiciones estaban los xolome con relación a Quetzalcóatl.

También nos enseña Estrabón que los Cabiros eran hijos de Hefesto, Sol nocturno, dios del fuego, que tenía su laboratorio en el centro de la tierra; y Herodoto agrega que este dios era el Cabiro por excelencia. (Hist. II. 51). Noticias de los Cabiros se encuentran en inscripciones de Pérgamo, en la Troade, pero se cree que más bien se refieran a los mitológicos ministros de Cibeles. (Thaemer. Pergamos. p. 263). Samotracia, Lemnos, Imbros, Atenas, Tebas y otras ciudades de Grecia y Asia Menor, de Siria, Fenicia, Arabia, Italia y Egipto, los contaban entre sus númenes. Algunos creen que los Cabiros eran los dioses adorados en Samotracia, aunque ignoran lo que fueran los Cabiros en realidad. (Estrab. I. VII. 50).

Los fenicios los tenían como grandes dioses y eran especialmente venerados en Trípolis y Beirut. En las monedas de la primera ciudad llevan el título de dioses sirios. (Eckel. D. N. V. III. 374). En Egipto estaban unidos con los misterios de Osiris e Isis, así como en algunas ciudades griegas con los de Dioniso y Demeter; en el Asia Menor, con los de Cibeles y Atis, y en Siria, con los de Adonis y Astarté. Todas esas divinidades y sus misterios estaban en conexión con la fecundidad y los productos de la tierra y, al estar ligados con los misterios, los Cabiros deben haber intervenido también en tan interesantes operaciones atribuidas al Sol nocturno y a la Tierra.

Algunos escritores aseguran que los Cabiros eran dos. En las excavaciones de Tebas se encontraron simplemente nombrados Κάβειροι en plural o Κάβειρος y Παίς, contrapartes masculinas de Demeter y Core. Cuando no se indica la filiación, frecuentemente se confunden, sobre todo en las obras de arte etruscas con los Dióscuros, porque como a ellos se les da el dictado de μεγάλοι

θεόι por los griegos: *magni Dei,* por los latinos. No todos los antiguos escritores que hablan de los Cabiros los relacionan con Cadmo o con Camilo, y el número varía. Ocho eran los de Beirut y de ellos sólo el mayor llevaba nombre: se llamaba Eshmeun, hijo de Sydek. Lo más común era fijar su número en cuatro.

Algunos aseguran, dice Estrabón, "que los Cabiros, Curetas, Coribantes, Dáctilos, Ideos y Telquines, eran los mismos; otros que eran parientes entre sí distinguiéndose por diferencias de poca entidad. Todos, en lo general, sobrecogidos por un furor báquico divino, aterrorizan a los hombres en las solemnidades y sagradas ceremonias con danzas armadas tumultuosas y estrepitosas, usando campanillas, cascabeles, tímpanos, armas, flautas y otros instrumentos clamorosos, en forma de ministros de las solemnidades". (Est. l. X. c. III. 7).

Sus nombres eran en algunas partes de Grecia, Cadmilos, Axioquersos, Axieros y Axioquersa. Axieros era la madre; Axioqueros y Axioquersa, hijo e hija de ella, de quienes nació Cadmilo, el ordenador del universo. Axieros es identificada por algunos escritores con Demeter o con Afrodite y Hera; todas diosas que representaban alguno de los aspectos de la tierra: Axioquerso con Hades, con Apolo o con Zeus; dioses que simbolizaban el Sol nocturno, que tiene su morada debajo de la tierra, o el diurno, que camina y brilla en el cielo: Axioquersa con Persefone, la hija de Demeter y esposa de Hades, y con Athene, que ya suficientemente conocemos: Cadmilo, finalmente, con Eros, el deseo, la concupiscencia, o con Hermes, que veremos tiene como Cadmo muchos puntos de contacto con Quetzalcóatl. Mneseas incidentalmente hace mención de ellos. Todos, dice, vivían ocultos en un espeso bosque, al cual sólo se podía penetrar en el silencio de la noche.

En otras partes los Cabiros eran Hermes, Jasion, Dárdano y Harmonía; pero no todos ponen a Hermes entre ellos dejando sólo a los últimos tres, que en una versión se hacen hermanos, hijos de Zeus y Electra; en otra sólo Dárdano y Jasion son los hijos de Zeus. Admitida la primera, nos conviene saber quién era Electra, y entre las varias que se nombran en los mitos sólo nos ocuparemos de la genealogía de dos que quizá hayan sido la misma, vista en diverso aspecto por los poetas. Una dicen haber sido hija de Océano y Thétis, dioses marinos; mujer de Thaumas y madre de Iris y las Harpías. (Hesíodo. Theog. 349). La otra fué

hija de Atlas, el sostenedor del mundo; era una de las Pléyades y de quien se dice haber sido la madre de Dárdano y Jasion. (Apol. III. 12. 1-4.)

Ἤλεκτρον en Homero, Hesíodo y Herodoto probablemente, y con seguridad en el Timeo de Platón, significa ámbar: en otros autores menos antiguos una aliación especial de plata y oro, amarilla como el ámbar, que fué, y no la aliación, el que dió el nombre a Electra. Sabemos el significado del nombre de Harmonía. Algunos etimologistas derivan el nombre de Dárdano del persa, pero no está fuera de razón el que tuviera alguna afinidad con el verbo δαρδάπτα, devorar, derivado de una raíz δαπ, cuya corelativa en sanscrito envuelve la idea de dividir. Jasion puede venir de ἰασιώνη, planta de que habla Teofrasto y se cree una trepadora o enredadera cuyo género no está bien definido, puesto que no están de acuerdo en su identificación los botánicos modernos. Mas que en general se puede decir que era una enredadera o trepadora como la yedra consagrada a Dioniso, es suficiente para deducir el significado del mito de Jasion y Demeter que encontramos en la Odisea.

No hemos buscado aún la etimología del nombre de Cadmo suponiendo que no sea de origen semítico. La cadmia o piedra calaminar, como se le llama en español, es un mineral de zinc muy bien conocido por los antiguos y aprovechado para fabricar el latón. Aristóteles dice que los mossinecios antiguamente prepararon el latón de un color pálido y lustre superior, mezclando el cobre, no con estaño sino con cierta tierra que se encontraba en el país habitado por ellos. (Oper. v. I. p. 1155 B.) Plinio repetidas veces hace mención de la *cadmia* y dice que con ella el cobre se convertía en auricalco o latón; Teofrasto hace alusiones al mineral pero sin nombrarlo. La *cadmia*, que contiene zinc con un corto porcentaje de cadmio, sílice, arcilla y otras sustancias minerales, es sólida, consistente y, por lo general, de un color amarillento lustroso, de apariencia vítrea superficial. Se confunde con la calamina y los antiguos mossinecios no lo deben haber distinguido muy bien fijándose en los caracteres superficiales de peso y coloración.

El nombre de los mossinecios que nos da Aristóteles como los fabricantes del latón usando para ello la *cadmia*, puede ser una indicación que haga remontar el conocimiento y aun el uso

de este amarillento mineral a una remotísima antigüedad y, por consiguiente, que no haya sido Cadmo quien le dió el nombre sino, al contrario, que él lo tomó del mineral.

Vivían los mossinecios en las costas del Ponto. Valiente, y belicosa, era al propio tiempo la tribu más ruda y salvaje de las que vivían en el Asia Menor. El cuarto capítulo del libro quinto de la Anabasis de Xenofonte, contiene buenas noticias de ellos, de quienes hablan también Herodoto, Estrabón, Amiano, Marcelino y en general, todos los geógrafos griegos y latinos. Entre muchas otras costumbres salvajes de los mossinecios, hacen mención del uso de cortar y llevar consigo las cabezas de los enemigos que mataban en las guerras, en medio de danzas y cánticos, y dicen que no usaban unirse en matrimonio. Toda su felicidad la hacían consistir en comer y beber: a los niños los engordaban con castañas y delfines salados hasta que el volumen igualara a la altura. (Xenof. l. c. V. IV. 15, 32, 33.) Tribu tan degenerada no era capaz de haber inventado en ese estado de salvajismo una aliación de metales que de ellos aprendieron los griegos, y si la conocían, es que la recibieron de pueblos más cultos o que la practicaron antes de degenerar; en todo caso hay que remontar el conocimiento y, por consiguiente, el nombre del mineral a los tiempos primitivos.

En la hipótesis de que el mineral hubiera dado el nombre a Cadmo, podríamos interpretarlo entonces "piedra amarilla" y recordar que eran amarillas las serpientes que se ponían como tocado a la cabeza de Quetzalcóatl y que una piedra amarilla simbolizaba en Yucatán al primero de los Bacab o sostenedores del cielo, representante del oriente, que era precisamente, en relación con Itzamná, uno de los nombres que tenía Quetzalcóatl en Yucatán, que podía considerarse como el primero de los sostenedores del cielo. Los significados de los nombres de los Cabiros indican, como ya lo habíamos advertido, personajes mitológicos ligados con los simbolismos de la división de la tierra y de la fecundidad.

De los otros nombres que se les daba, Axioquersos puede derivar de ἄξιος, digno, y del verbo κειρω, trasquilar, podar, devorar, consumir, significados que irían de acuerdo con el de Dárdano tomando la etimología del verbo δαρδάπτω y se relacionaría con las divisiones del Hades y con la Tierra que devora los cuerpos de los hombres que se le confían. Axieros, otro de los Cabi-

ros traería su nombre de ἔρως el deseo, la concupiscencia en relación con el ardor del fuego, principio fecundante. Axioquersa conservó el mismo nombre de Axioquersos significándonos la necesidad del principio activo y pasivo, el hombre y la mujer, necesarios para la conservación del género humano. De Cadmilo podemos decir lo mismo que dijimos de Cadmo si suponemos que su nombre tiene un origen igual.

Considerando a Hefesto como el fuego o el calor necesario para la germinación, justamente puede créersele el padre de los Cabiros o el Cabiro por excelencia si se entiende por estos númenes los espíritus que cooperaban para la reproducción del hombre y de los animales y para la fertilización de la Tierra. Entre los pelasgos, dice W. M. Ramsay, "se consideraba el fuego como el que daba el poder reproductor de la naturaleza, y la divinidad en que estaba encarnado se volvía el principal objeto de la veneración". Como aparece la imagen de Hefesto en las monedas de Imbros, enteramente desnudo y con el signo característico de Priapo y de Pan, bien se nos da a comprender que en un lugar en donde los Cabiros eran honrados de un modo especial, el dios del fuego era considerado como el sér principal, que atendía a la obra de la fecundidad. El fuego tenía necesariamente que estar unido al culto de los Cabiros y lo estaba en realidad.

Llamábanse καβείρια las fiestas celebradas en honor de los Cabiros. En Samotracia nos dice Estrabón que les hacían sacrificios, y muy solemnes eran las de Lemnos celebradas anualmente. Las de esta isla, consagrada a Hefesto, duraban nueve días. Todos los fuegos se mataban y en un sagrado recipiente se tría el fuego de Delos. Las ceremonias tenían lugar por la noche a oscuras, o con la claridad de la luna, no se sabe, pero es probable que hayan esperado para celebrarlas la luna llena. Se inmolaban víctimas en honor de los difuntos y se creía que en ese tiempo habían ido los Cabiros con el sagrado recipiente que llevaban a Delos por el fuego nuevo y volverían con él, trayendo el fuego purificado. (Cicerón de Nat. Deor. I. 42. Scol en Apol. Rhod. I. 608). Eran precisamente nueve días los que debían tardar en llevar el fuego y, si la embarcación en que lo conducían llegaba antes, no se podía acercar a la playa sino que tenía que permanecer en alta mar. (Pholostrato. Heroica. XX. 24). Poco o nada se sabe de las fiestas de los Cabiros celebradas

en otras partes y sólo se puede conjeturar que, como en las de Lemnos el fuego tenía una parte principal, así lo tendría en las demás.

Pausanias nos habla de los Cabiros de Tebas. A cierta distancia de la ciudad estaba el bosque de Demeter Cabiria y la Doncella, Core, divinidades de los mantenimientos, y no muy lejos del bosque se levantaba el templo de los Cabiros. Decían los tebanos "que, en otro tiempo, había estado en aquel lugar una ciudad cuyos habitantes se llamaban Cabiros y que Demeter trabó relaciones con Prometeo, uno de los Cabiros, y con su hijo Etneo y confió alguna cosa a sus cuidados". Pudiera ser que Prometeo y Etneo fueran el Cabiro y el Niño de las inscripciones encontradas en las ruinas del templo de los Cabiros. Prometeo es con seguridad quien encontró el fuego escondido por Zeus y lo llevó a los hombres, y Etneo debe tener alguna relación con el volcán de Sicilia cuyo nombre lleva. Por el padre y el hijo, a quien Demeter confió los misterios, tenemos el fuego.

"Cuando invadieron a Tebas los Epígonos y capturaron la ciudad, los Cabiros fueron arrojados de sus moradas por los Argivos, y por algún tiempo los misterios cayeron en desuso". Los Cabiros eran unos habitantes fabulosos del lugar en donde estuvo el templo que les dedicaron los tebanos cerca del recinto y templo de Demeter Cabiria y, enlazados con ellos los siete héroes que entraron por las siete puertas de Tebas y los Epígonos, sus hijos, vengadores de su muerte, es más que probable que todos estos personajes sean tan mitológicos como los Cabiros y simbolicen las luchas entre el invierno y la primavera y el otoño, entre la fecundidad y la aridez de la tierra, cosas relacionadas con el antiquísimo culto de los Cabiros en Tebas.

En una gema etrusca encontrada cerca de Peruza está grabado Adrasto, héroe principal de los que combatieron en Tebas, pero sus compañeros no son seis sino cuatro solamente y la sustitución de número nos podría quizá guiar al significado simbólico de los héroes. Hemos visto, además, que Adrasto salió de Tebas, vestido de luto, en el oscuro caballo Arión, hijo de dioses, y este es un nuevo dato que, por la significación simbólica de los caballos y los colores, ya estudiados, nos podrá acercar a la inteligencia del arigen del mito reputado de algún valor histórico de que absolutamente carece.

El nombre de los epígonos se deriva del verbo ἐπιγίγνομαι, ser nacido después, hacerse después, y así Epígonos viene a significar los que crecen, los que nacen además, una superfetación en suma, y entonces la leyenda de los Epígonos podría haber tenido fundamento, en conexión con los Cabiros, en el mismo simbolismo creativo y fertilizador de los dioses, por las superfetaciones que produce en los frutos el demasiado vigor de la tierra. "Después de esto Pelarge, hija de Potneo, y su esposo Istmíades instituyeron de nuevo las orgías y las llevaron a un lugar llamado Alexiaro. Mas porque Pelarge celebraba las iniciaciones fuera del antiguo recinto, Telondes y todos los que habían quedado de la raza de los Cabiros volvieron de nuevo a Cabiria". (Ob. cit. IX. XXV. 5 y 6).

Hubo realmente una ciudad con este nombre en el Ponto, en la confluencia del Iris y el Lico. Pompeyo le dió los privilegios de ciudad con el nombre de Dióspolis y, bajo el imperio de Augusto, tuvo el nombre de Sebaste y Neocesarea. Fué la patria de San Gregorio Taumaturgo. A esta ciudad acaso se refiere Pausanias. Telondes se deriva de τέλος, fin, término, complemento de una empresa; su nombre dice muy bien con la supuesta partida de los Cabiros que habitaban en Tebas, como decían, y que de allí partieron para Cabiria.

Los Cabiros tomaron el nombre no de su padre Hefesto o Zeus, sino de su madre Cabira, que así se llamaba, dice Estrabón, por el monte Cabiro en Berencintia de la Gran Frigia, de donde eran los berencintios, fervientes adoradores de la madre Cibeles que de ellos tomó el nombre de Berencinta. Καβειρίδες llama el geógrafo citado a las hermanas de los Cabiros, que eran tres, según él, conforme al número de los Cabiros. Los pelasgos pagaban diezmos a los Cabiros para obtener de ellos buenas cosechas. La comisión alemana que descubrió las ruinas de su templo, en Tebas, encontró allí numerosos objetos votivos de bronce y plomo, centenares de los cuales en figura de toros, pocos de chivos, algunos de una forma especial llamados στροβιλοι en griego, palabra que significa cosa enroscada o que da vueltas, cosa semejante a las piñas de los pinos o a ciertos caracoles y así llamaban al juguete que los niños mexicanos llaman churumbela. Una forma parecida tienen los objetos encontrados en Tebas.

Las churumbelas, con que antes se divertían los niños mexi-

canos, estaban formadas de una esfera hueca, con un agujero y un pie cilíndrico, sólido, de la misma madera de la esfera. Con este pie, se hacía girar rápidamente la esfera por medio de una cuerda, habiéndolo primero introducido en el agujero de una tablilla en forma de palmeta y haciéndolo salir de ahí por medio de un violento tirón a la cuerda envuelta en el pie. Si este juguete es de origen mexicano o español, yo no lo sé, pero todavía en el tiempo de mi niñez era muy usado y su afinidad con los trompos hizo que en algunas partes, les llamaran trompos chilladores. Su forma y modo de usar de él, pueden proporcionar un excelente emblema de las funciones representadas por los Cabiros.

Una inscripción dice que cierta Ocitoa dedicó cuatro dados, un *estrobilo,* un látigo y una antorcha, de plata todos los objetos y con el peso de cinco dracmas. Dados y *estrobilos* se enumeran entre los objetos que sirvieron a los Titanes para engañar a Dioniso. Las figuras de los Cabiros, pintadas en los vasos, eran ridículas y grotescas. En uno de ellos se encuentra un grupo de dos Cabiros. El más viejo, que lleva escrito Καβειρος, en singular, se ve reclinado con una copa en la mano derecha y en frente, puesto de pie, un muchacho παις, su hijo, con un jarro en la diestro con que parece va sacar vino de un gran vaso. (Frazer, notas a Pausanias, l. cit.) Cuando los Cabiros se consideran como señores, Ἄνακτες, ordinariamente se dibujan o describen dos o tres jóvenes divinidades que también se suelen confundir con los Dióscuros. De estos Cabiros, *anactes,* uno mata al otro o dos matan al tercero, que resucita después: escenas que no se describen pero que se ven dibujadas no raras veces en monumentos etruscos. (Classical Diction. Art. Cabiri).

Los Cabiros, dice Passow sintetizando, eran divinidades adoradas por los Pelasgos en Lemnos y Samotracia, cuyo antiquísimo y misterioso culto se derramó por toda la Grecia y se encuentra en Egipto también. Se les representaba como *enanos* ἰθυφαλλικόι, y se les llamaba hijos de Vulcano, considerándoseles como maestros en el arte de trabajar los metales. (Herod. II. 51; III. 35). Eran divinidades eminentemente ligadas con la fecundidad y ésta es quizá la razón por la cual en sus misterios, dice Clemente de Alejandría, en vez de la serpiente, ponían en la *cista* una imagen de Dioniso reverenciado, (Prop. II. 21.) queriendo acaso signi-

ficar que se trataba más bien de la fecundidad de la tierra en unión con la de los seres animados.

Resumiendo todo lo dicho acerca de los Cabiros podemos deducir: 1°. Que los Cabiros, de un modo o de otro, estaban asociados al dios Sol y a la diosa Tierra, fecundada por él. 2°. Que se pueden considerar como los agentes o auxiliares de estos dioses en la obra de la fecundización. 3°. Que tenían, como señales características de su sér personificado, la pequeña estatura de los enanos o pigmeos, un aspecto grotesco y se representaban ἰθνφαλλκσς 4°. Que les dedicaban juguetes simbólicos. 5°. Que su número más ordinario era de cuatro. 6°. Que entre ellos figuran como madre o como hermana o Cabiras, en general, una o varias mujeres. 7°. Que el fuego tenía lugar preeminente en los ritos con que se honraban. 8°. Que eran diestros artesanos y, sobre todo. se distinguían algunos en los trabajos metalúrgicos. 9°. Que se les pedían los frutos de la tierra. 10°. Que no les disgustaba el vino.

Antes de hablar de los *Xolome* mexicanos, veamos aquellos de los seres mitológicos de otros pueblos arianos que pueden haber tenido el mismo origen.

*
* *

En la mitología de los pueblos escandinavos y germánicos encontramos ciertos seres llamados Duergar y Alfar, prototipo de nuestros duendes. Las leyendas éddicas hacen aparecer de dos maneras a estos seres aun conservados hasta cierto punto en las creencias populares. Unos blancos, espíritus de luz, claros y brillantes como el sol, cubiertos con vestiduras delicadas y transparentes, amantes de la claridad, obsequiosos y amables con los hombres. Tenían la apariencia de hermosos y encantadores niños: su lugar de residencia era Alfeim "y estaban bajo el dominio de Freyr, el dios Sol, entre cuyos rayos constantemente se divertían".

Freyr estaba especialmente asociado con la idea del calor del sol que fertiliza la tierra, de las lluvias y una general prosperidad. Se le hacían sacrificios para obtener buenas cosechas y todos los años se llevaban su imagen en un carro por todo el país, en primavera, para que vinieran abundantes las mieses. Su nom-

bre significa Señor. Hermana suya era Freya, la Señora, identificada con Frigga, la mujer de Odin. Considerábanlas los escandinavos y los germanos como las más propicias de las diosas; amantes de la música y de la primavera, las flores eran su encanto. Freya amaba entrañablemente a los Alfar. Ya hemos visto como tenía cuatro enanos a sus órdenes, quienes le hicieron una preciosa gargantilla. Reina del cielo escandinavo era la patrona de las embarcaciones como Afrodite, la diosa del amor, con quien se identifica al tomar el nombre del día que le corresponde a Venus en la semana de los anglo-sajones, Friday. Se representa hilando en una rueca de oro. Era una diosa de la tierra fructífera y florida y, como Hera y otras que representan el mismo elemento, estaba en conexión con la luna.

Los negros o nocturnos Alfar se llamaban comunmente enanos y eran seres de distinta naturaleza, contrahechos y de pequeña estatura, con largas narices y un color oscuro. Odiaban la luz del sol, porque cuando un rayo solar caía sobre ellos, inmediatamente eran convertidos en piedras. Su lenguaje era el eco de las soledades; sus habitaciones, cavernas subterráneas y picachos. Nacieron de las larvas que se formaron en el cuerpo descompuesto del gigante Imir y después los dioses les concedieron formas humanas y grande inteligencia. Conocían las fuerzas ocultas de la naturaleza y los runos, que ellos mismos grababan y explicaban. Fueron los hacedores de las cosas humanas; diestros artesanos trabajaban la madera y los metales. (Bulfink. Age of the Fable pgs. 418, 419, 437, 438). Ellos fueron los fabricantes de los muñecos de madera encontrados por los dioses y de donde formaron la primera humana pareja, y ellos hicieron el licor de la inspiración y de la ciencia. Para ganarse los favores de los enanos, se les hacían oblaciones en ciertas épocas del año.

Los enanos o duendes negros estaban en íntima conexión con los duendes blancos, dice un moderno escritor "como lo demuestra el nombre de aquel famoso enano el rey Alberik-Aelf-Ric-Elf-Rey, que es la prueba porque *elf* significa duende" (Dict. of non Classic. Mythol. p. 7.) y como se deduce de los cuatro enanos compañeros de la hermana Freyr.

Según las Edas cuando los hijos de Bor mataron al gigante Imir, de su sangre se formó el océano "en medio del cual fijaron la tierra y pusieron un enano en cada uno de sus cuatro ángulos".

Los enanos eran entonces los representantes de los puntos cardinales y estos enanos, en las Edas de los escandinavos, son llamados Este, Oeste, Norte y Sur y en esa mitología eran cuatro cuernos los que sostenían la bóveda de los cielos.

La compañía de los dioses Sol y Tierra como productores de las mieses valiéndose del calor y de las lluvias; los conocimientos de las fuerzas ocultas de la naturaleza; la creación de las cosas necesarias a los hombres, atribuida a los Duergar y Alfar, diestros trabajadores metalúrgicos, habitantes de las entrañas de la tierra, los acerca tanto a los Cabiros que casi se identifican con ellos cuando consideramos el aspecto grotesco de los enanos negros en conexión con los blancos duendes, compañeros del sol, que jugaban entre sus rayos. Seres mitológicos muy parecidos a los germanos y escandinavos encontramos entre las tribus afines de origen eslavo, aunque más humanizados que los descritos, y entre los celtas insulares.

Los ludki, tribu mitológica, habían sido los primitivos habitantes de Lusacia y tuvieron que abandonar el país como se cuenta que hicieron los Cabiros de Tebas y de Asia Menor, que, según Estrabón, se establecieron en Samotracia. De pequeña estatura, con cabeza desproporcionadamente grande y los ojos saltados, andaban vestidos con hábitos festivos y llevaban grandes sombreros o un gorro encarnado. Vivían en los bosques y debajo de la tierra. Los Ludki eran familiares con toda clase de oficios, principalmente el de metalúrgicos y fueron ellos los que enseñaron a la humanidad el modo de fabricar casas. (Machal. Slavic Mythology. p. 247).

De los enanos celtas cuenta Gerardo Cambrense una curiosa historia. Dos de ellos por caminos subterráneos se llevaron a un cierto Eliduro cuando era niño, a un delicioso país en donde frecuentemente los visitaba pasando algún tiempo con ellos, hasta que, persuadido por su madre que les robara el oro que poseían en abundancia, ya no pudo encontrar el camino subterráneo que lo conducía al país de los enanos. (Itinerarium Cambriae. I. 8.)

A unos seres tales los celtas insulares de Irlanda llamaban *Side* o Thuata De Danann. Según las crónicas fueron los segundos pobladores que llegaron a las islas Británicas y en un antiguo documento se dice que, desde una nube, se descolgaron en Irlan-

da apoderándose de una parte de la isla. Llevaban cuatro principales tesoros: la espada de Nuada, que mataba con un golpe solo; la lanza de Lug, que combatía sola en las batallas; el caldero de Daga, que siempre estaba lleno de alimentos y la misteriosa piedra del Destino. (Squire Mythology of ancient Britain and Ireland). Los Thuata De Danann, considerados no como una tribu sino como personajes mitológicos, vivían bajo tierra en los lugares a que daban el nombre de Sid, llamándose ellos Side. En el Sid tenían sus palacios llenos de grandes deleites. "He aquí el Side ante vuestros ojos", se lee en un antiguo documento irlandés; "claro aparece a vuestra presencia que esta es una regia mansión, edificada por el fuerte Darga; era una maravilla, un patio, una admirable colina". (O. Curry. Leet. on the Manun. Mat. of the Ancient Irish. I. 505). Los Side, que se llamaban Thuata De Danann, en un antiguo himno litúrgico se lee que los Side eran adorados, teniendo en las leyendas populares el lugar de los duendes y las hadas. (Macculloch. Celte Mythology). Los Siden, aunque en algunos conceptos modificados, en los lineamientos generales eran afines a los Cabiros, Duergar y Ludki.

Según el Rigvedra era Rudra un dios de las tempestades, pero en los Brahmanes lo encontramos asociado con Agni, el dios del fuego entre los hindúes. Los Rudras, ministros del dios, eran numerosos; las letanías Salarudriya nos demuestran su importancia. Habitaban en el cielo, en la atmósfera y en la tierra molestando a los hombres en los caminos y lugares sagrados. Para hacerlos propicios, en las domésticas ceremonias había que rociar sangre a los cuatro puntos cardinales, lo que indica que los Rudras no eran ajenos a las divisiones del espacio. Se concebían como enanos y de ellos se tenía el mismo concepto que las tribus arianas europeas tenían de los seres que hemos venido analizando. (Kith. Indian Mythology. p. 89).

En las cortes feudales de los señores de la Edad Media, era común en todas partes el uso de tener enanos, corcovados y seres contrahechos que acompañaran a los Señores. Hasta aquí hay que traer esta costumbre, antiquísima ciertamente, y como encontramos en todas partes a estos seres contrahechos como ministros de los dioses que proporcionaban los frutos de la tierra, o por lo menos estaban ligados con ellos, muy natural me parece que los jefes,

considerados ministros de la divinidad, los tuvieron en sus cortes desde tiempos muy antiguos como sus compañeros.

El dios egipcio Ptah-Socharis-Osiris de Menfis, dice Wilkinson, "era enano y los enanos o pigmeos y los que tenían alguna otra deformidad como los pies y manos torcidos, eran agregados a la servidumbre de los grandes. A éstos llamaban *moriones* los romanos y eran tan mimados entre ellos, como entre los egipcios. Se deduce de los monumentos en donde se encuentran dibujados, que la costumbre de tener estos seres entre los palaciegos de los grandes era ya común en Egipto más de 3500 años antes de la era vulgar". (Manners and Customs. II. 70).

En el reinado de Assa, Faraón de la IV dinastía, cierto personaje, llamado Baurtet, llevó del Ponto Punt, país de los espíritus, un *tenk,* enano o pigmeo, que sabía bailar la danza del dios y se decía que procedía de la tierra de los espíritus. Assa quedó tan complacido con el personaje que le concedió grandes honores. En la pirámide de Pepi I se hace una mención especial "del enano o pigmeo de las danzas del dios, que regocija el corazón del dios ante su gran trono". (Budge. Osiris. I. 232, 233).

Si no me engaño, el *tenk* traído de *Punt,* el país de los espíritus, debe estar en conexión con un dios egipcio llamado Bes o Bas, cuyo culto se dice haber venido de ese mismo país. En las pinturas, las estatuas, los relieves y amuletos se representa a Bes con aspecto grotesco, cuerpo de enano, desproporcionado, piernas cortas, grande cabeza, ancha cara, ojos saltados, nariz roma y aplastada, lengua de fuera, el símbolo de los dioses que atendían a la fecundidad, y en las manos sendos y grandes ramilletes de flores. Tal es el aspecto que presenta el dios en un relieve conservado en Londres. A este dios enano y contrahecho se le asocia con la música y la danza y se le considera como un amigo de los niños desde su nacimiento. Su íntima conexión con el Sol se demuestra porque a veces llega a identificarse con Horus y con Set; porque se le añade el símbolo del halcón; porque en un bronce del Museo Británico lleva a Horus el niño y se pinta y representa armado y guerrero como era conveniente que lo estuvieran los compañeros del Sol. (Dic. of. non Clas. Myth. p. 27). De Ptah-Socharis-Osiris de Menfis, como dice Wilkinson, y de Bes pudieron tener origen los enanos cortesanos de Egipto porque a Bes no le falta

ninguno de los atributos que de los mitos se desprende poseyeron los Xolome del dios Sol, cortesanos de los tlatoanis de México.

Moriones, como según el autor citado llamaban los romanos a estos seres contrahechos, grotescos y deformes y según Plinio era el nombre de la mandrágora macho; es una palabra griega que indica desde luego que no fué puramente romana sino también griega la admisión de estos individuos en la compañía de los poderosos. Es un diminutivo de μορος, que quiere decir una fracción, un pedazo, una parte o fragmento: se aplicaba a los puntos cardinales con relación a la tierra. (Herod. II. 16.) y a las partes del cuerpo humano que pueden tener alguna conexión con las incumbencias de los Cabiros y eran una de las señales con que se representaban. Desde tiempos inmemoriales también deben haber sido, entre las tribus arianas, los enanos y los seres deformes que acompañaban a los grandes, los representantes de aquellos seres mitológicos compañeros del *Señor* y la *Señora*, como llamaban los escandinavos a los dioses a los cuales hacían la corte los Duergar y Alfar y a quienes los Cabiros se asemejaban.

Moras o Kikimoras llamaban en Rusia a los duendes. Los creen pequeñitos, hembras, y dicen que viven debajo de los hornos; mucho les gusta hilar y van saltando de acá y de allá. Su nombre tiene la misma radical del μόρος griego. ¿Quién que tenga como lengua materna el español no ha oído hablar alguna vez de los duendes e ignora lo que son esos pequeños seres traviesos? Su nombre, si no es celta, es el *duergar* de los países del norte que los españoles convirtieron en duende. Los duendes de todas las modernas naciones europeas deben haber tenido el mismo origen simbólico de los antiguos Cabiros.

Conocemos en cuanto nos ha sido posible a estos seres misteriosos de los griegos y a sus afines de otros pueblos arianos; ya es tiempo de ver quiénes eran los *xolome* de los nauas y mientras los vamos conociendo, los iremos relacionando con los personajes mitológicos afines del mundo antiguo.

*

* *

Encontramos en las relaciones fabulosas que se refieren a la caída de Tula y término del imperio tolteca, que los enemigos

de Quetzalcóatl comenzaron la persecución contra el dios tomando uno de ellos la forma de un viejo con los cabellos blancos y que así se presentó al gran sacerdote de Tula, pero que no fué recibido por él sino por sus pajes. La palabra paje, que usa Sahagún en la versión española añadiendo en otro lugar los epítetos de enanos y corcovados, seres contrahechos y grotescos, la usa Tezozómoc unas veces en español con los mismos epítetos, otras en mexicano, *xólotl,* o en plural, *xolome,* sin epíteto alguno, de donde se sigue que esta palabra nauatl, que encontramos en el diccionario de Molina traducida *paje,* propiamente significa enano, contrahecho, jorobado o ridículo, y tales individuos nos dicen los cronistas españoles acompañaban como cortesanos a los señores aztecas y nauas en general.

Decían los zapotecas que los enanos fueron creados por el Sol, y es indudable que si los señores los admitían en su servidumbre, eran por las mismas razones que los tenían los egipcios, griegos y romanos. La presencia de los xolome en los aposentos de Quetzalcóatl, no es una circunstancia cuyo objeto sea pintarlo como un tlatoani azteca del tiempo de la conquista, es porque así lo requería el mito y los xolome eran personajes legendarios y tan mitológicos como el mismo Quetzalcóatl en sus aventuras de Tula.

En la segunda metamórfosis aparece Titlacaoan, o sea Tezcatlipoca, en una forma en que se puede reconocer su carácter solar, ligado con el fuego y con la fecundidad de la tierra; no era el Tlatlauquitezcatlipoca, el Tezcatlipoca rojo, sino el Yayauquitezcatlipoca, el Tezcatlipoca negro, el nocturno, el *ctóctono* Tezcatlipoca. Se le representa enteramente desnudo, como decían que andaban los cuextecas, y Sahagún dice haberse aparecido en la figura de un *toueyo,* apodo despectivo con que los nauas designaban a los cuextecas, paganos impíos no sujetos a ninguna ley como los llama Durán haciéndose eco de la mala voluntad que indios y españoles manifestaban a esa calumniada tribu. Bustamante, al publicar la obra de Sahagún, no se atrevió a reproducir íntegro el pasaje que se refiere a esta metamórfosis de Tezcatlipoca, por la realítica pintura que hace del dios, en forma de toueyo vendedor de *chilchotli,* fruto que ya conocemos, con el nombre español de *chile verde* y conserva en el lenguaje picarezco de nuestro pueblo un significado en relación con el papel

de Sol nocturno, que representa aquí Tezcatlipoca y que representaba en Imbros Hefesto. La hermosa hija de Huémac se enamoró perdidamente del toueyo, situado con su mercancía en frente de la casa de Huémac. Perdió la salud la moza y, para recuperarla, fué necesario que su padre contra su voluntad, los uniera en matrimonio. Antes de verificarse la boda, el toueyo fué pintado enteramente de negro, color que daban nuestros indios a los númenes infernales y era llevado por Tezcatlipoca cuando se llamaba Yayauqui, el negro.

Los burlados pretendientes de la beldad tolteca se encelaron, murmurando del matrimonio con el afortunado toueyo y, para acallarlos, terminando con él al mismo tiempo, Huémac mandó a la guerra a su mal visto yerno. El lugar escogido para la batalla fué el cerro de Zacatepec, monte de las yerbas, y el de Coatepec, monte de la culebra, que eran montañas simbólicas para los aztecas. Al primero lo llamaban también *Tonatépetl,* cerro de nuestra Madre y decían que de allí venía su descendencia, asimilado a la montaña real y verdadera de Zacatepec en los contrafuertes del Ajusco, cerca de Tacubaya en donde celebraban la fiesta de Mixcoátl, dios del fuego y de la procreación, de la caza y del sustento, y en ella se sacaba fuego nuevo. El segundo era un cerro cercano a Tula en donde decían haber nacido Huitzilopochtli, y cuyo simbolismo, enlazado con la procreación y con el fuego, explicamos en el capítulo anterior: la narración de Sahagún es un mito, no es histórica. Para esperar al enemigo, antes de comenzar la batalla, hicieron los tultecas que el toueyo Tezcatlipoca, pintado de negro, se enterrara, emboscándose juntamente con los pajes, enanos y jorobados, los xolome, que en compañía del yerno había mandado Huémac. La emboscada tiene lugar en los cerros simbólicos de la fecundidad, relacionados con el fuego. Allí se entierra el dios nocturno con los xolome, seres enanos y grotescos que tienen el mismo aspecto de los Cabiros y de los Alfar negros, que como artistas metalúrgicos tienen que estar ligados con el fuego.

El enemigo derrota a los tultecas, pero el toueyo y sus xolome lo vencen y entonces Huémac, perdidas las esperanzas de deshacerse del yerno, lo recibe en triunfo, le da insignias de señor y, entretanto en Tula, iban "bailando y tañendo las flautas y cantando con los dichos pajes con mucha victoria y alegría".

Tanto a Tezcatlipoca como a los Xolomes les pintan el cuerpo de amarillo y la cara de rojo, como dicen Durán y Sahagún se pintaban los que bailaban una danza en honor del dios del fuego y como Sahagún, a quien hemos venido siguiendo, dice pintaban a los capitanes vencedores en las batallas siendo esto una distinción y premio a su bravura.

Existen en Corinto imágenes de madera de Dioniso, el dios Sol, que proporciona la fertilidad, "todas doradas con excepción de la cara decorada con pintura roja. Una de estas imágenes de Dioniso se llama Libertador, la otra Baquio". (Pausanias, o. c.) Tezcatlipoca, vencedor del enemigo con sus xolome, había sido un verdadero Libertador Si los xolome eran músicos y cantores, no lo eran menos los grotescos acompañantes de Dioniso en las fiestas báquicas. Plinio nos hace saber que los antiguos romanos pintaban de rojo las caras de los generales al entrar triunfantes en la ciudad después de haber vencido al enemigo en la batalla. (Hist. Nat. XXIII. 36.) Con ese mismo color rojo pintaban la cara de Júpiter Capitolino en algunas fiestas principales.

Todas las circunstancias de la leyenda, concurren a patentizar que en ella no se trata de un acontecimiento histórico desfigurado, sino de un mito simbólico cuya significación es la fecundización de la tierra, representada por la hija de Huémac, Xochiquetzalli probablemente, como se ve en otros mitos de Tula de igual significación. Los cerros simbólicos de Zacatepec y Coatepec; la pintura negra con que decoran al dios disfrazado de toueyo para mostrarlo en la actitud de un Pan o desvergonzado Priapo; el entierro con sus xolome precisamente en esos cerros relacionados con el fuego, son imágenes manifiestas del sol nocturno que se une en matrimonio con la exuberante tierra. El color negro, que era simbólico en México del sur y de la tierra, referido al sol poniente que se escondía en la misma tierra esparciendo la oscuridad, cuya morada era el poniente, también representaba el occidente como símbolo de oscuridad y se refería a los dioses nocturnos infernales, al sol que muere y a la tierra que lo recibe en su seno.

Los colores oscuros hacen las veces del negro en el simbolismo cromático, lo dijimos ya, y como el poniente era el lugar del elemento líquido que fertiliza, con las nubes y el mar encontramos el color de púrpura cuando hablamos de Athene en

conexión con la nube oscura que cubría el peñasco de Scila, y lo volvemos a encontrar en la *cista* de los misterios, ceñida con una cinta purpúrea según Clemente de Alejandría, y en los misterios de los Cabiros de Samotracia. Los iniciados, dice Diódoro Sículo, recibían una cinta del mismo color, que llevaban ceñida al cuerpo como amuleto contra las tempestades del mar, es decir, contra los peligros del líquido elemento colocado al occidente.

La victoria contra los enemigos de los toltecas, que vendrían a ser semejantes a los duendes blancos de la mitología escandinava pero viviendo entre los rayos del sol, no fué ganada por ellos sino por los xolome, los duendes negros, amigos y habitantes de las tinieblas. Las músicas y cantares que entonan por el triunfo que, en la mitología egipcia, se suponía conseguido por el dios Sol contra las potestades del infierno, auxiliado de sus fieles ministros, son las que suponían los nauas y los egipcios que entonaban aquellos seres que recibían al sol naciente. Tezcatlipoca de Yayauqui, el negro, pasa a Tlatlauquitezcatlipoca, el rojo, el Sol que ilumina el día, Tonatliuh, a quien pintaban de rojo y amarillo nuestros indios, colores del fuego y del oriente. La leyenda del casamiento de Tezcatlipoca con la hija de Huémac, su victoria contra los enemigos de los toltecas compañeros y súbditos de Quetzalcóatl, auxiliado por los Xolome, es un mito solar, relacionado con la fecundidad de la tierra que altamente nos interesa porque pone de manifiesto las atribuciones mitológicas de los xolome como ministros del sol y sus auxiliares en ese ministerio en que los hombres neolíticos veían la principal atribución del astro del día en consorcio con la tierra.

Dijimos con la autoridad de Burgoa, que los zapotecas conservaban la creencia de que los enanos y corcovados eran hijos del Sol, creencia que deben haber tenido igualmente los nauas y los mayas aunque ignoro si hay algún escritor a quien la hubieran comunicado y la recuerde. Cuando el astro se eclipsaba, añade en confirmación de lo dicho el mismo Burgoa, buscaban a cuantos enanos y corcovados podían encontrar y los sacrificaban al sol, porque creían que, como a hijos, los reclamaba. ¿Hefesto arrojado del cielo por su deformidad no fué también el padre de los grotescos y deformes Cabiros?

Los xolomes son al propio tiempo los compañeros de Quetzalcóatl, que lo acompañan en sus simbólicas orgías, porque no

eran otros los servidores que los Anales de Cuautitlán dicen que se embriagaron con él, puesto que Sahagún llama a estos servidores enanos y corcovados. No olvidemos el vaso pintado, descubierto en el templo de los Cabiros de Tebas, en que Pais, escancia el vino al Cabiro. Los xolome esconden los tesoros de Quetzalcóatl enterrándolos y construyen casas subterráneas que llaman *mictlancalco,* casas del país de los muertos, o casas de los lugares subterráneos, y en esto se acercan los xolome a los Ludki escandinavos y a los Side irlandeses, como en lo general a todos los seres mitológicos arianos del tipo de los Cabiros.

Ya hemos visto que los pajes enanos y corcovados de Quetzalcóatl, al pasar por las montañas heladas, murieron de frío. Los duendes negros escandinavos quedaban convertidos en piedras al contacto de los rayos del sol. La vegetación desaparece en México en las alturas por donde dice la crónica que pasó con sus enanos Quetzalcóatl, como en los rígidos climas escandinavos la vida de las plantas sólo se conserva adormecida debajo de la nieve fuera del contacto del sol; era, pues, natural que los agentes de la fecundidad murieran en México en las heladas cumbres y en Escandinavia, al contacto de los rayos del sol sobre las nieves o en los lugares áridos y pedregosos expuestos al sol. (Véase Sahagún. I. pgs. 245-258).

La imagen del dios enano, corcovado y contrahecho, Bes, se encuentra en las excavaciones de Egipto, frecuentemente reproducida en objetos de uso doméstico y en pequeños dijes o amuletos para llevar colgados. Dijes y tal vez amuletos representando seres enanos y corcovados y deformes se llevan aún en todas partes de Europa en las pulseras y collares de las señoras, en las leontinas y cadenas de los hombres, como se llevaron en tiempos muy remotos en las orillas del Mediterráneo. Tales objetos y con el mismo destino, se han encontrado en nuestro país, en partes habitadas por tribus de origen otomite, naua y maya y yo mismo he tenido la fortuna de encontrar hermosos ejemplares de piedra, perforados para suspenderse, en algunas excavaciones hechas en Cuernavaca y Michoacán.

En las leyendas de la destrucción de Tula y los toltecas, narradas por Ixtlilxóchitl, por Durán, por la Historia de los mexicanos por sus pinturas y otros antiguos cronistas, siempre se llama a Quetzalcóatl con el nombre de Topiltzin, nuestro hijo,

nuestro niño, que corresponde al griego παίς, el hijo, el niño, siendo la única diferencia, la expresión cariñosa *to,* nuestro, y la desinencia reverencial *tzin,* de que carece nuestro idioma español y no se encuentra en el griego ni en el latín. *Pilli,* significa hijo o niño. Era παίς el único título del menor de los Cabiros. En los Anales de Cuautitlán, Topiltzin aparece como el hijo de Huémac y entonces a éste le corresponde el nombre de Κάβειρος de las inscripciones tebanas; a Quetzalcóatl el de παις.

Los dos personajes nauas se han considerado también como gemelos y así los veremos comparados con los Dióscuros, confundidos igualmente entre los griegos y etruscos con los Cabiros. Ya conocemos a los Xolome mandados a la cueva de Cincalco por el tlatoani de México. Tratándose de un dios infernal, como dice Tezozómoc que fué Huémac, viviendo en las profundidades de una caverna, los xolome eran los mensajeros indicados aunque no estuvieron de conformidad con la pragmática internacianal de los indios, que ordinariamente escogían como plenipotenciarios y enviados extraordinarios a personajes de importancia o a lo más, se valían de los mercaderes ambulantes, pero nunca mandaban enanos y corcovados. Los xolomes fueron los únicos compañeros que da la leyenda a Moteuczoma en su abortada expedición fabulosa de ultratumba. Los xolomes fueron enviados a Huémac, como presentes, y tenían la costumbre los nauas de que, cuando morían los tlatoanis, "con ellos enterraban vivos hombres corcovados y enanos". (Muñoz Camargo. p. 130; Durán. II. p. 114).

Xólotl, de quien tomaron el nombre los xolome, declarados pajes de los tlatoanis, era un dios nocturno *ctóctono,* en el Códice Magliavecchi declarado hermano de Quetzalcóatl, y de aquel ya demostramos podía haber sido el padre de los xolome, como lo fué de los Cabiros Hefesto, que tenía los pies torcidos como Xólotl. Pero nuestros indios no eran tan aficionados a las genealogías divinas como lo fueron los poetas griegos inventores de la mitología clásica. El nombre de Xólotl, entre otras cosas, se aplica a las deformidades de algunos vegetales y animales, y podría decirse que con él se designan las superfetaciones del maíz, el maguey y alguna monstruosidad como aparece en el *sirenon,* que los antiguos mexicanos llamaban axólotl y nosotros ajolote. Los xolome podrían, en ese sentido, traducirse en griego ʺεπιγονοι, nombre de los siete personajes legendarios que arrojaron de Tebas a los

Cabiros, y pudieron haber sido los mismos Cabiros en el simbolismo mitológico que dió origen a la leyenda creída como un hecho histórico.

Homero y los poetas que escribieron después de él llaman αμφιγυήεις el que cojea con ambos pies, o simplemente cojo a Hefesto, mientras Ríos dice, según pensamos, de Tezcatlipoca, el que combatió en compañía de los xolome, que lo llamaban Itzmintequi, que quiere decir "el diavolo zoppo: el diablo cojo. *Diavolo* es una adición del comentador del Códice Vaticano A: *itzmintequi* sólo significa cojo y Tezcatlipoca se pinta en los códices sin un pie, con el descarnado muñón de la tibia.

Cadmo y Harmonía, los representantes del sempiterno connubio del Sol con la Tierra, ambos estaban relacionados con los Cabiros. Hasta ahora hemos visto a los xolome compañeros del dios Sol, Tezcatlipoca o Quetzalcóatl, y si los xolome tienen la misma representación mitológica de los Cabiros, necesariamente tendrán que estar en contacto con la diosa Tierra. Veámoslo, tomando lo que principalmente encontramos a ese respecto en las pinturas, el ritual y las crónicas. Suelen los documentos mexicanos confundir estos seres mitológicos con otros afines, ni más ni menos como los autores griegos hacen con los Cabiros. Si parecemos oscuros y confusos en el punto que vamos a tratar es por querer desentrañar estos seres de lo que leemos en las crónicas en donde el euhemerismo de los indios y los españoles hizo mayor la confusión. Demostradas las sinonimias, puestos en su lugar los simbolismos, esperamos hacer resaltar que como el Sol tuvo sus ministros que lo ayudaran en la obra de la fecundización, los tuvo también la Tierra. Son los duendes blancos y negros de la mitología escandinava, seres al principio unidos, y separados después, como sucede con los xolome del Sol y de la Tierra, en quienes, hasta cierto punto, se comprende mejor la identidad y diferencia.

Los xolome, como ministros del Sol y de la Tierra, fueron sus auxiliares en la producción de lo necesario a la conservación de la humanidad; mas, para este fin, además del calor del fuego solar que calentaba la tierra, era necesaria el agua de las corrientes y las lluvias, sin la cual no producía la Tierra. Las nubes transportaban el agua de las lluvias y los vientos empujaban a aquellas, llevándolas de todos los cuadrantes del cielo. El dios,

a cuyo cuidado estaba la distribución de las lluvias, debía tener ministros y los tenía, combinados con los vientos, los cuales atendiendo, como los ministros del Sol, a la fecundidad de la Tierra, tenían que confundirse con ellos. Estando los ministros del Sol, de la Tierra y del Agua, destinados al mismo objeto, tenían igualmente que mezclarse entre sí. Tal es la razón porque, desde la época neolítica, los encontramos confundidos y mezclados unos con otros en las mitologías del Mundo Nuevo y del Antiguo. De los xolome o ministros del Sol hemos hablado ya y más diremos después; ahora tratemos de los Xolome o ministros de la Tierra, dejando por de pronto los del agua, de quienes en seguida nos ocuparemos.

Freya amaba tiernamente a los enanos, teniendo a su servicio cuatro de ellos. Demeter confió sus misterios a los Cabiros de Tebas y Harmonía era la Cabira de Samotracia, estando ligada con ellos Cibeles por medio de los berecintios.

Por lo que dice Estrabón, podría deducirse que Cibeles Berecintia fuera la Cabira de quien tomaron su nombre los Cabiros, seres mitológicos de los bordes del Mediterráneo y de los pueblos arianos, que responden en todos sus aspectos a los xolome nauas hasta ahora poco o nada considerados por los americanistas, y que no sólo estaban en conexión con el dios Sol, como los Cabiros con Hefesto, sino en un modo especial, como igualmente lo estaban los Cabiros del mundo Antiguo con la diosa Tierra.

Las fiestas que a esta diosa celebraban los nauas, nos enseñan que eran cuatro los servidores de la diosa Tierra, y en el Códice Borbónico están pintados de tal manera que, con excepción de la parte caprina, en todo lo demás son iguales al hijo de Hermes o de Dioniso y Afrodite, adorado como refiere Tucídides, en una ciudad de Troade, en el Asia Menor, que llevaba su mismo nombre de Pan. (VIII. 117). Por ese aspecto repugnante; por la pintura negra del cuerpo, como Huémac mandó pintar a Tezcatlipoca cuando se apareció como un cuexteca, y por un gorro cónico que llevan como el de Quetzalcóatl en las pinturas de origen reconocido azteca y dicen acostumbraban llevar los cuextecas: cuextecas llama Durán a los pajes de la diosa, mientras Sahagún les da el nombre de Vixtoti, no siendo sino la representación ritual de los ministros de la diosa Tierra, "enanos y corcovados, troanes y chocarreros, que le daban solaz con grandes músicas y

bailes y danzas y de estas gentes se fiaba y eran sus secretarios para ir con embajadas a los dioses a quienes ella cuidaba". (Muñoz Camargo. 155.) El autor se refiere a Xochiquetzalli en su atributo de madre de los dioses, identificada con Tonacacíuatl y, por consiguiente, con Toni, *nuestra abuela,* la madre de los dioses y de los hombres, la diosa Tierra. En las páginas XXIX y XXX del citado Códice Borbónico, se pintan esos negros vixtoti con su gorro cónico, imágenes de los xolome, dibujados con el color y la actitud con que Sahagún, en la edición de Kingsborough, nos describe a Tezcatlipoca convertido en cuexteco o toueyo y en que se encuentra, en un muro de Chichén Itzá, la imagen de que hablé como representación de Quetzalcóatl en una escena que alude a la fecundidad de la tierra. El Dr. Seler encuentra también análogos a los Cabiros a esos servidores de la diosa Tierra.

En la fiesta de Toci, la Madre de los dioses, el corazón de la Tierra, como la llama Durán, mientras la representaban hilando y tejiendo, unos viejos, "vestidos con unas albas blancas largas hasta los pies", acompañaban, haciendo són, de baile que ejecutaban a su alderredor las mozas y los mozos del pueblo. Estos viejos deben haber representado el papel de los mitológicos toltecas que así vestían, según dice Ixtlilxóchitl: y Torquemada asegura que sus vestidos se usaban en las danzas religiosas. Eran los duendes blancos, no niños sino viejos, que de ordinario festejaban al naciente Sol y también a la Tierra mientras trabajaba hilando y tejiendo. Terminada la labor en el templo, la que representaba el papel de Toci fingía que la iba a vender al mercado y entonces la acompañaban "unos indios disfrazados de cuexteca y otros servidores que tenía cuando vivía, que les llamaban Itzactlamacauh, que quiere decir su blanco servidor, y otro que le llamaban Tlilpotoncah, que quiere decir el servidor emplumado de plumas negras". Tlilpotonqui era el título de Quetzalcóatl como jefe del *calmecac,* lugar donde se recogían los jovencitos nobles y educaban los sacerdotes: Itztactlamacauh pudiera ser la personificación del poniente, porque a los ministros de Tláloc, el dios de las lluvias, representantes de los puntos cardinales, los llamaban *Tlamacazqui* e *iztac.* Blanco es el color simbólico del poniente. Pudiera ser también un nombre de Huémac como Tlilpotonqui lo era de Quetzalcóatl, su hermano gemelo.

Los cuextecas la seguían a todas partes y eran cuatro: "el uno

iba vestido de blanco y el otro de colorado y el otro de amarillo y el otro de verde". En el simbolismo cromático, el negro se sustituye a veces con el verde o con el azul. Durán, en su rueda de los años, atribuye el verde al oriente en vez del amarillo; el rojo lo conserva en el norte, usando el amarillo para el poniente en vez del blanco y el azul, en vez del negro, para el sur. Es indudable que los cuexteas, vestidos o pintados con los colores rituales, eran la representación de los cuatro caminos del Mictlan relacionados con la Tierra, por donde pasaba el Sol todas las noches según las cuatro estaciones del año. Tal era entonces el significado simbólico de los xolome de la diosa Tierra, que vemos representada en los códices con una aspa pintada con uno de los cuatro colores simbólicos en cada uno de sus brazos y las huellas de pies humanos que nos dicen son caminos: así vemos también a Xólotl. (Véase Durán II. ps. 188-191).

Los xolome, que podemos llamar con toda exactitud tanto los ministros del Sol y los sostenedores del cielo como los ministros y sostenedores de la Tierra, hemos dicho ya que se confunden con los Tlaloques y los guardianes de los puntos cardinales. Como Durán llama cuextecas a los Xolome, pajes de la diosa Tierra, y dice que eran cuatro y les designa sus colores, así mismo Sahagún, en la fiesta de otra diosa de la vegetación de la tierra, y en especial, del maíz tierno, la diosa Xilomen, nos da a conocer otros cuatro seres simbólicos, que llama Vixtoti, y son sacrificados antes que la diosa para que le sirvan de estrado, sacrificándola sobre sus cuerpos tendidos en el suelo.

Los cuextecas y los vixtoti eran solamente nombres diversos de los cuatro ministros, pajes y servidores de la diosa Tierra, a los que llamamos Xolome. Había entre los vixtoti una mujer: llamábase Vixtocíuatl, la Señora de Vixtoti. Esta, dice Sahagún, era "hermana de los dioses de la pluvia y por cierta desgracia que hubo entre ellos y ella, la persiguieron y desterraron a las aguas saladas". (vol. I. p. 125). Era la diosa de la sal, y como los dioses de las lluvias, o mejor dicho, los hijos del dios de las lluvias o sus cooperadores eran los tlaloques, Vixtocíuatl era uno de los dioses fertilizadores de la tierra; así es que los Vixtoti de Sahagún, los cuextecas de Durán, los Xolome enanos y corcovados de Muñoz Camargo, los mismos seres ministros de la diosa

Tierra con nombres distintos, por Vixtocíuatl la Señora de Vixtoti, resultan los tlaloques, ministros del dios de las lluvias.

Entre las regiones celestiales mencionadas por Thevet el cielo, que sigue al del Sol, es uno en donde moraban "cinco dioses de colores diversos, dichos Tonaleque, los cinco Ciuapiltin". Los cinco Tonaleque son los tlaloques, cinco porque a veces son de igual número los puntos cardinales contando con el centro, y el autor los confunde con los ciuapipíltin, mujeres consideradas como diosas, en cierto modo también ligadas con los puntos cardinales, pero diversas de los tlaloques. Se habla a veces de las Ciuapipíltin como de seres maléficos y dañinos y también se consideran como las compañeras del sol que llevan al astro, festejándolo, del meridiano al poniente. Mujeres que habían perecido en la guerra o se asimilaban a ellas, eran como las Valquirias de los pueblos teutónicos. Dejaremos pues las Ciuapipíltin, y solo consideraremos aquí lo indispensablemente necesario a los tlaloques, habitantes del cielo que sigue al del Sol, de quienes más extensamente trataremos después. Mas los cielos de los nauas parece que si llegaron a evolucionar hasta hacerse concéntricos como los de otros pueblos, puede sospecharse que se quedaron igualmente colocados en el mismo plano y solo se diferenciaban entonces por sus relaciones con los puntos cardinales.

Vemos dibujado en el Códice Vaticano A. el cielo del Sol en un espacio rectangular amarillo, que llama el intérprete *Ilhuicatl Tonatliuh,* cielo del Sol, y no puede haber duda de que lo sea, por el amarillo, color asignado al oriente, con que está pintado y, sobre todo, por la imagen españolizada del astro que ocupa el centro del rectángulo. En el mismo plano y paralelo al espacio rectangular amarillo, hay otro, verde, con una cabeza dibujada en el centro, que pudiera ser de mujer, aunque no está bien determinada. El intérprete lo llama Ilhuica-Hixtutla: la primera palabra significa cielo, la segunda, algo estropeada a mi parecer, es Uixtutla o Vixtotla, y significaría donde están los Vixtoti. Me inclino a creerlo así porque Vixtocíuatl era hermana de los tlaloques colocados por Thevet en el cielo antiguo del Sol, situado en el rectángulo amarillo del oriente: el color del rectángulo contiguo que vamos examinando, es verde: corresponde entonces al sur, cuyo color negro hemos visto que sustituyen el verde y el azul. En este caso, la cabeza que ocupa el centro sería la de Vixtocíuatl, el

quinto de los tlaloques, cuyo número ordinario, digamos ritual, era cuatro, correspondiente a las direcciones de los vientos, y la mujer Vixtocíuatl ocuparía el punto central como lo ocupa el Sol en el rectángulo del cielo anterior.

Al hablar del nacimiento de Quetzalcóatl el intérprete del Códice Telleriano parece que quiso decir que su madre, Chimalma, estaba en el cielo *Chalchiuitztli,* "la piedra preciosa de la penitencia o sacrificio". Esta piedra, preciosa para los indios, era el *chalchiuitl,* especie de jade, piedra verde de un hermoso color: *uitztli* es el nombre de las espinas, principalmente del maguey, que servían a los indios para extraer la sangre de sus miembros, usada como un autosacrificio en honor de los dioses. Uitztlampa, hacia las espinas, era el nombre que daban al sur. Por consiguiente, el lugar celestial en donde estaba Chimalma, la diosa rodela, llamada así porque combatió como dice Motolinía, y que fué la madre de Quetzalcóatl, era un cielo verde del sur, el que le convenía como diosa Tierra, madre del dios que, entre otros atributos, tenía el de procurar la fecundidad. Estaban, pues, en su lugar los vixtoti ministros de Quetzalcóatl, el dios Sol, y de la diosa Tierra, estando en el cielo verde del sur. Si juzgamos a Chimalma moradora de este cielo, a ella se puede también referir la cabeza central dibujada en el Códice Vaticano A.

Otros cielos dibujados en el Códice de Oxford ya citado otra vez, nos hacen mejor entender las atribuciones de los Vixtoti. La diosa Tierra en México, en Grecia y en Egipto estaba en íntima conexión con la luna. En el códice a que nos referimos, paralelo al cielo del Sol, bien determinado por la imagen del astro, está otro rectángulo con la imagen de la luna, dibujada en la forma española de creciente y en la mexicana ideográfica de caracol. La habitación celestial de los Vixtoti entonces el cielo de la luna, el astro encargado de la generación humana, cuyas insignias o distintivos suele llevar la diosa Tierra, Tlazoltéotl. Es de notar aquí que de esta diosa dice Sahagún que se llamaba también Itzcuina "porque decían que eran cuatro hermanas. La primera era primogénita o hermana mayor, que llamaban *Tlacapan*: la segunda era hermana menor, que se llamaba *Teieu*: la tercera era la de enmedio, la cual llamaban *Tlaco*: la cuarta era la menor de todas, que llamaban *Xucutzin.* Estas cuatro hermanas decían que eran las diosas de la carnalidad". (vol. 1. p. 10). Con el nom-

bre de Itzcuina, dice Ríos de Tlazoltéotl, que era la diosa de la sal; era entonces el nombre propio de Vixtocíuatl, la Señora Vixtoti, la hermana de los tlaloques, resultando que eran cuatro las diosas y vendrían a ser entonces las contrapartes femeninas de los tlaloques confundidos, como lo vimos, con los vixtoti.

En los Anales de Cuautitlán se habla repetidas veces de los cuextecas como enemigos de los toltecas y ya podemos comprender que, míticamente, no son sino los xolome, compañeros de Tezcatlipoca, el contrincante de Quetzalcóatl. En esos Anales una vez se menciona la llegada de *los demonios Itzcuiname*, palabra con que se pueden entender las cuatro diosas comprendidas en el nombre de Itzcuina, cuyo plural es Itzcuiname, y volvemos a tener aún, en la versión de Ríos, la íntima conexión de los cuexteca o Vixtoti con la diosa de la sal y la sinonimia de sus nombres, Vixtocíuatl, Itzcuina y Tlazoltéotl, cuyo significado real es la diosa preciosa, más bien que la diosa de los deshechos o la inmundicia, como traducen ordinariamente el nombre Tlazoltéotl los cronistas. *Cuitlacuani* "comedora de cosas sucias", es el nombre que le daban porque era quien perdonaba los pecados carnales, dice Sahagún, y creo yo que principalmente porque la tierra, representada por la diosa, recibe todas las inmundicias en su seno y las purifica convirtiéndolas en yerbas, flores y frutos.

En otro lugar hicimos la comparación de Tlazoltéotl con Afrodite, aquí añadiremos que esta diosa fué mandada por sus hermanos a las aguas saladas o sea al mar, y en el mar tuvo origen Afrodite. Además, fué la diosa de la sal y los que primero adoraron a Afrodite, dice Pausanias, "fueron los asirios y, después de ellos, los habitantes de Pafos, en Chipre, y los fenicios de Ascalón, en Palestina". En Pafos, el centro más antiguo en Grecia de la adoración de Afrodite, en los misterios de la diosa celebrados allí, los iniciados tenían que ofrecer una moneda recibiendo en cambio un objeto simbólico de la fertilidad y una medida de sal, equiparada al objeto simbólico. A Tlazoltéotl, con el nombre de Vixtocíuatl, Señora Vixtoti, convenían ambas cosas, la primera, como distintivo de los Vixtoti; la segunda, como diosa de la sal. Los misterios de Pafos eran orgiásticos, como la fiesta de Vixtocíuatl, que Tezozómoc y Durán describen relacionándola con la sumisión de los tlaltelolcas a los tenochcas, que tuvo lugar cuando la celebraban.

Entre los Cabiros hemos visto que generalmente había una o varias Cabiras, por lo menos la madre de los Cabiros o la madre y la hija o tres ninfas Cabíridas, como las llama Estrabón, contrapartes de los tres Cabiros y hermanas de ellos, que bien pueden compararse a los *demonios Itzcuiname,* si por ellos tenemos que entender a Tlazoltéotl con sus cuatro hermanas, que sospecho fueron las cinco mujeres que, en la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, se nos dice hizo Tezcatlipoca después del diluvio, (p. 235) y que nos dice Sahagún presenciaron lo formación del sol juntamente con Quetzalcóatl. Los que estando al poniente, como se puede creer miraron al oriente para observar la salida del nuevo sol, fueron "Quetzalcóatl, que también se llama *Ecatl* y otro que se llama *Tótec* y por otro nombre Anaoatlytecu, y por otro nombre *Tlatlauquitezcatlipoca*", dioses solares que son ya nuestros conocidos. Estaban con ellos "otros que se llaman Mimixcoa que son innumerables, y cuatro mujeres, la primera se llama *Tiacapan,* la segunda *Teicu,* la tercera *Tlacocoa,* la cuarta *Xocoyotl*". A los mimixcoa conocemos también y las cuatro mujeres son las mismas que, con ligeros errores ortográficos debidos a descuidos del amanuense, encontramos como las hermanas de Tlazoltéotl, como da a comprender el autor, la misma Tlazoltéotl dividida en cuatro personalidades, que acompañaban a los dioses representantes del Sol, con la cara hacia el oriente por donde el astro tenía que aparecer. (Sahagún, II. 248). Identificada esta diosa con Vixtocíuatl, la hermana de los Tlaloque, no queda duda de que las cuatro diosas que acompañaban a Quetzalcóatl y a los demás dioses solares, pueden perfectamente asimilarse a las tres ninfas Cabíridas, hijas de Hefesto y Cabira y hermanas de los Cabiros.

Tlazoltéotl indentificada con Vixtocíuatl, era la diosa que tenía su morada en el cielo verde del sud, donde estaban los vixtoti. Al viento del sur, dice Sahagún, "llámanlo *vixtlampa ehécatl,* que quiere decir viento que sopla de aquella parte donde fueron los dioses Vitznaoa". Estos dioses Vitznaoa, yo creo que en el euhemerismo de los indios tomaron el nombre de Vixtoti, pero mitológicamente son los mismos. El grupo de consonantes *tz,* suele a veces cambiarse por *x* entre los escritores, o porque así se pronunciaba en algunos pueblos, o porque no siendo el sonido representado propio del español, cada quién lo representaba

como mejor le parecía, o por descuido de los escritores. Tal cambio de letras pudo haber sucedido en la obra de Sahagún, cuya ortografía en las palabras mexicanas ni es constante ni precisa y deja mucho que desear.

Si en vez de Vixtoti o Uixtoti, debiera leerse *uitztoti,* entonces podríamos derivar de *utztli* la palabra *Uitztoti* y, como *utztli* significa espina y *uitztlan* o *uitztlampa* sud, explicaríamos fácilmente porqué Sahagún hace a los mixtecas, habitantes del sud de México, descendientes de los vixtoti, míticos surianos, habitantes del cielo del sud, cuando en realidad estos vixtoti no eran sino los xolome colaboradores del Sol y de la Tierra en la obra de la fecundidad, y, en tal concepto, ligados con los Tlaloque y con los puntos cardinales de donde éstos mandaban las nubes a fertilizar la tierra.

*
* *

El agua tenía en los mitos de ambos hemisferios una personalidad divina como el Fuego, la Tierra y el Sol, cuya importancia y atribuciones se confundían muy frecuentemente con las de este último. Tenía ministros auxiliares como el Sol y la Tierra, con quienes se asimilaba y, ayudados por los vientos, estos ministros distribuían el agua de las lluvias por todas las regiones terrestres. Tlaloques llamaban los nauas a estos ministros del dios del agua y ya vimos cómo los confunden con los Vixtoti, servidores de la Tierra, y con los Xolome, del Sol.

Tláloc o Tlalocateuctli, el dios de las lluvias y las tempestades, "de los montes y bosques y de las aguas", se representaba, según Durán, con "una efigie de un espantable monstruo, la cara muy fea a manera de sierpe, con unos colmillos muy grandes, muy encendida y colorada a manera de un encendido fuego, en lo cual denotaba el fuego de los rayos y relámpagos que desde el cielo echaba. Para denotar lo mismo, tenía toda la vestidura colorada". (vol. II. ps. 135 y 140). Este era el Tláloc de los rayos, truenos y tempestades, el *Júpiter Tonans* o *Fulgurator* de los romanos. El que describe Pomar y trae dibujado Durán en una lámina que cita, es más bien el Tláloc, dios "de las lluvias y temporales cuyo traje y vestidura significaba lluvia y abun-

dancia de frutos. El cuerpo tenía tiznado y untado de un licor de un árbol que llaman *olli*". No era, pues, rojo como el descrito por Durán, ni rojas eran sus vestiduras e insignias; podemos más bien decir que era negro. "Tenía en la mano derecha una vara volteada", es decir, hecha con ondulaciones a manera de las que hacen las culebras cuando caminan o nadan. Esta vara "significaba el relámpago". Su rodela y vestidura eran azules y reticuladas. "El rostro era de una figura feísima que ellos en sus pinturas y caracteres figuraban por las lluvias con una larga cabellera y un grande capelete de plumería blanca y verde que significaban los frutos verdes y frondosos". (Relación de Texcoco. 11). Era el *Júpiter Impluvius* o *Pluvius* de los romanos. Antójaseme creer que había dos Tláloc, el rojo y el negro como rojo y negro era Tezcatlipoca. El Tláloc rojo mandaba los rayos, el negro era un Tláloc infernal, que atendía a la fecundidad de la tierra por medio del agua. No faltan ejemplos en los códices de un Tláloc con las insignias del dios de la muerte.

"Las nubes y las pluvias" dice Sahagún, "atribuían estos naturales a un dios que llamaban Tlalucateuctli, el cual tenía muchos otros debajo de su dominio, a los cuales llamaban Tlaloques o Tlamacazques". Se les atribuían los relámpagos y los rayos: y decían que los Tlaloques o Tlamacazques, como auxiliares del dios de las tempestades, "hacían los rayos, relámpagos y truenos y que herían con ellos a quien querían". Como auxiliares de un dios fertilizador, pensaban los indios "que criaban todas las cosas necesarias para el cuerpo como maíz y frijoles, etc.: y ellos enviaban las pluvias para que naciesen todas las cosas que se crían en la tierra". Las nubes negras, cargadas de agua, eran vistas con placer. "Cuando las nubes espesas se veían encima de las sierras altas, decían que ya venían los Tlaloques, que eran tenidos por dioses de las aguas y de las lluvias. Esta gente cuando veía encima de las sierras nubes muy blancas, decían que era señal de granizo, los cuales venían a destruír las sementeras y así tenían muy grande miedo". Son rarísimas las nevadas en el Valle de México, las aguas nieves no lo son tanto; a ellas se refiere el autor cuando dice, que "a la nieve cuando cae casi como agua o lluvia, llaman cepquíautl, casi yelo blanco como niebla, y cuando así acontecía, decían que era pronóstico de la cosecha buena y el año que venía sería muy fértil". A esto anota Busta-

mante diciendo que una observación semejante habían hecho los españoles, enunciándola en el refrán "año de nieves año de bienes". (Sahagún. II. 253-255).

Eran los Tlaloques quienes mandaban las nubes negras fecundas, las nubes blancas tempestuosas, las lluvias y las aguasnieves. En las plegarias dirigidas a Tláloc los indios en tiempo de sequía le decían que los hiciera merecer y gozar "de las verduras y frescor que son como piedras preciosas, que el fruto y la sustancia de los dioses Tlaloques son las nubes que traen consigo y esparcen sobre nosotros la pluvia". Mas estas lluvias "que no vengan con truenos y rayos significadores de vuestro enojo: porque si vienen nuestros Señores Tlaloques con truenos y rayos, como los maceguales están flacos y toda la gente debilitada del hambre, los espantarán y atemorizarlos han". (Sahagún. II. pg. 69).

Al año siguiente al que los dioses levantaron el cielo, Tláloc hizo el agua, las lluvias, y como dicen que las nubes salen de los montes, por eso a los montes llaman Tlaloques, que quiere decir Señores. (Thévet. ob. cit. p. 26). Creían los indios que los montes estaban llenos de agua y por fuera eran de tierra "como si fuesen vasos grandes de agua, o como casas llenas de ella". (Sahagún. III. p. 311). De esta creencia deducían que los Tlaloques, a cuyo cuidado estaban las nubes que regaban los campos, eran los mismos espíritus de los montes que, como grandes tinajas invertidas, dentro contenían el agua.

Sahagún confunde enteramente los espíritus de los montes con los Tlaloques porque al enunciar que va a tratar "de muchos dioses imaginarios a los cuales todos llaman Tlaloques", habla solamente de la veneración y culto que tenían los indios a los montes, personificados en ciertos seres imaginarios, que, por lo que dice en el rubro del capítulo, no pueden ser sino los Tlaloques. Eran entonces estos dioses los que producían ciertas enfermedades, que también tenían poder para sanar. (Sahagún. I. p. 35). La versión culua era que los cuatro dioses demurgos, hijos del Cielo y de la Tierra, habían criado el agua y los dioses que estaban encargados de ella, Tlalocteuctli y su mujer Chalchiutlicue, "y a éstos se pedía cuando tenían de ella necesidad: del cual dios del agua dicen que tiene su aposento de cuatro cuartos, y en medio un gran patio do están cuatro barreñones gran-

des de agua: la una agua es muy buena y de esta llueve cuando se crían los panes y semillas y viene un buen tiempo: otra es mala cuando llueve y no granan o se secan; y este dios del agua, para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de la dicha casa y tienen alcancías en que toman el agua de aquellos barreños y unos palos en la otra mano, y cuando el dios del agua les manda que vayan a regar algunos términos, toman sus alcancías y palos y riegan del agua que se les manda y cuando atruena es cuando quiebran las alcancías con los palos y cuando viene rayo es de lo que tenían dentro o parte de la alcancía". (Hist. de los Mex. 230).

Para Sahagún todos los ríos salían del reino de Tláloc y Chalchiutlicue; el Tlalocan "que es como paraíso terrenal, el cual lugar es de un dios que se llama Chalchivitlycue: y también decían que los montes que *están fundados sobre él,* que están llenos de agua". (III. p. 310). Era entonces un lugar subterráneo, debajo de las montañas y lo confirma una conseja contada por los chalcas cuyo tlatoani, decían, quiso ofrecer un corcovado como víctima a los Tlaloques, "estos criados del dios del agua". Lleváronlo al Popocatépetl "y metieron al corcovado en una cueva y cerráronle la puerta y él por no tener qué comer se traspuso y fué llevado do vió el palacio dicho y la manera que se tenía por el dios; e idos después los criados del señor de Chalco a ver si era muerto le hallaron vivo y, traído, dijo lo que vió". (Historia de los Mexicanos. 230-231).

El palacio de que antes habló el autor, compuesto de un patio con cuatro cuartos que estaba en el Tlalocan, no lo habría podido ver el corcovado metido dentro de una cueva, si no hubiera estado el palacio debajo de la tierra. En una lámina del Códice Borgia, Tláloc está dibujado en cinco cuadrantes, uno central y los otros distribuídos en sus cuatro ángulos. Estos, por la diversidad de los colores que en cada uno de ellos campea y por los símbolos iniciales de los años y de las cuatro grandes divisiones del Tonalámatl, que lleva cada uno de ellos, son indudablemente los cuatro puntos cardinales y el centro, puestos bajo la influencia de Tláloc y sus Tlaloques.

Los santuarios consagrados a Tláloc en las cumbres de las montañas, en los manantiales, en las márgenes de los arroyos y de los ríos y a las orillas de los lagos, estaban arreglados en esta

misma forma y relacionados con los cuatro puntos cardinales. El lugar, en donde se hacían, llamábase *Ayauhcalco,* y las construcciones *Ayaucalli,* casa nebulosa o de neblinas. Un Ayaucalli se componía de cuatro edificios y hallábanse estas casas ordenadas hacia las cuatro partes del mundo. Allí iban a bañarse los tlamacazque a media noche y los fieles arrojaban espinas ensangrentadas con su propia sangre y otros objetos relacionados con el ayuno y las penitencias, "al ídolo que estaba en aquel oratorio de Ayaucalco". (Sahagún. I. ps. 115 y 170).

La relación entre los puntos cardinales y los Tlaloques, se expresa de otra manera en el rito que observaban en una de las fiestas de Tláloc. "Hacían un bosque pequeño en el patio del templo delante de este ídolo Tláloc, donde ponían muchos matorrales y montecillos y ramos y peñasquillos que parecían cosa natural y no compuesta y figurada. En medio de este bosque ponían un árbol muy grande y coposo y al rededor del, otros cuatro pequeños". Al árbol que estaba en medio de los cuatro y era "el más alto que en el monte podían hallar, ponían por nombre *Tota,* que quiere decir nuestro padre, todo enderezado a que aquel ídolo era dios de los montes y bosques de las aguas". (Durán. II. 140).

Los cuatro árboles pequeños que rodeaban al grande ¿qué otra cosa podían ser sino la representación de los cuatro puntos cardinales? El árbol central era entonces el emblema del fuego, cuyo calor concurre con el agua para la germinación y cuyo ardor estivo amortiguan las aguas de las lluvias. El fuego tenía su trono en el centro de la tierra y su conexión con el agua de los cuatro vientos, la vamos claramente a ver en una ceremonia de los mayas. Los nauas llamaban al fuego *padre,* y nuestro padre, Tota, como le decían al árbol, y en la fiesta que los tepanecas celebraban a su divinidad tutelar, el dios del Fuego, un árbol llamado Xocouetzin tenía en las ceremonias el lugar principal.

Ligado con los puntos cardinales tenemos en las sagas escandinavas el árbol Ygdrasill, en cuyas ramas extendidas hacia los cuatro vientos retozaban cuatro ciervos, paciéndose de sus cogollos: eran el emblema de los puntos cardinales. El árbol representaba la naturaleza viviente; de él todo el mundo dependía y con toda exactitud pudo haberse llamado *Tota,* nuestro padre. Brotó del cuerpo de Ymir, de donde se originó la materia creada; y era Ymir "el Gigante primordial de la mitología noruega, for-

mado por el fuego y el agua". (Dic. of non Clas. Mith. ps. 191 y 193).

Un tronco de árbol en forma de columna con cuatro capiteles, representación igual a la del árbol escandinavo, con los cuatro puntos cardinales figurados en los capiteles superpuestos, era *Tatu* o *Tetu*, de los egipcios, emblema de la estabilidad y de Osiris, el dios de la fecundidad producida por las aguas del Nilo. Thévet dice que los Tlaloques eran cinco dioses de distintos colores, y con esto queda demostrado que los Tlaloques de los nauas eran los espíritus fertilizadores de la tierra por medio del agua que llevaban de los cuatro puntos cardinales. Encontramos las mismas creencias y los mismos seres en lo poco que nos ha llegado de otras tribus cultas mexicanas.

Cosiyo o Cosijo, como escriben otros, era el nombre del dios de las lluvias y las tempestades entre los zapotecas. Burgoa dice que su nombre significa rayo y, a juzgar por las representaciones del dios encontradas en Oaxaca, tanto en las pinturas como en los vasos y figurillas de barro, su aspecto era idéntico al de Tláloc en los rasgos característicos de la divinidad. De lo que dice Fray Juan de Córdova y el intérprete del Códice Vaticano A. en su explicación a la lámina LXXVIII de Kingsborough, se puede comprender que los dioses de las lluvias eran cuatro y tenían el mismo nombre de Cosiyo. Al primero y principal lo llama Ríos, Cozigchalla y dice que siempre era celebrado, "pero las otras fiestas de los otros Cazoi", o sea Cosiyos, "las dejaban cuando no tenían necesidad de agua". Eran por consiguiente los Cosiyos quienes, como los Tlaloques, distribuían las aguas. Según Córdova, los cuatro Cosiyos principales, cuyos nombres llevaban las cuatro grandes divisiones del tonalamatl zapoteca, eran: 1°. Cosiyo quiachilla, muy probablemente Cozigchalla, de quien nos habló el intérprete del Códice Vaticano A.; 2°. Cosiyo quialana; 3°. Cosiyo quiagoloo; 4°. Cosiyo quiaguillo. Del dios de las lluvias Cosiyo, tomaron el nombre los Cosiyos, como los Tlaloques lo tomaron de Tláloc, y como vimos que, en el Códice Borgia, las cuatro grandes divisiones del tonalámatl, marcadas por los cuatro signos fundamentales de ese cómputo cabalístico, estaban precedidas por Tláloc y relacionadas con los puntos cardinales por medio de los signos de los años, así podemos estar seguros que lo fué entre los zapotecas. Con lo poco que podemos saber de Cosiyo

y los Cosiyos, tenemos lo suficiente para pensar que éstos no eran sino los nombres zapotecas de Tláloc y los Tlaloques y que, como ellos, estaban íntimamente enlazados a los cuatro puntos cardinales.

Cosiyo significa rayo, y ese nombre, propio para un dios de las lluvias y tempestades, lo llevan algunos seres mitológicos de los quichés, traducido en su idioma y de quienes podemos sospechar que tenían las mismas atribuciones de los Cosiyos y los Tlaloques. Huracán, cuyo nombre se hizo sinónimo de ciclón, vendaval, tifón y así pasó a las principales lenguas europeas por intermedio de los caribes antillanos, era un dios a quien los quichés atribuyeron funciones no solamente destructivas sino conservativas y creativas. Couto, en su diccionario cakchiquel, traduce *diablo* la palabra huracán y *diablo* traducen las palabras caribes Irucan, Jerucan y Hyoracan, que bien se echa de ver que son variantes fonéticas u ortográficas de huracán, la palabra que aprendieron los europeos y usaron como sinónimo de ciclón o vendaval. Supuesta la identidad del dios quiché con el caribe, no es posible dudar que fuera un dios de las lluvias y tempestades, porque decían los caribes de Irucan, que había arrancado las islas del continente, había amontonado los médanos y dunas y sembrado los escollos cerca de las costas. (De la Borde. Relation de l'Origine des Caribes. p. 7). Irucán tenía a sus órdenes el pájaro Savacón que producía los vientos; el mensajero de Huracán era el pájaro *Voc*, o *Vaku*, y aquí encontramos una notabilísima coincidencia fonética, porque en la mitología hindú *Vac* es la personificación del trueno. Hurakan en quiché, dice G. Massey, significa una corriente de agua que baja de arriba. En los geroglíficos egipcios *hura* es el cielo, sobre, encima; *kan* es una tempestad, un tifón con el determinativo de agua que se precipita abajo desde el cielo: *kkan* es el agua. (Natural Genesis. I. 330). Ximénez traduce la palabra Huracán; *un pie*. En zapoteca encontramos *Coqui-miy*, el *Señor del pie* como el nombre de una divinidad, y lo más raro es que en la mitología de la India, Aya Ekanad, *la cabra con una pata*, era un emblema del relámpago. (Keith. o. c. p. 36). Huracán, *un pie*, está seguramente relacionado con la significación de la cabra hindú de una pata, porque sus compañeros en la obra creativa como ministros o colaboradores de Tepeu y Gucumatz, fueron Caculhá, el rayo, Chipi-Caculhá, el más pequeño de los

rayos y Raxa-Caculhá, el rayo verde o precioso. El dios *un pie* fué entonces el dios creador de todas las cosas entre los quichés, el dios de la fecundidad y de la abundancia.

El tipo del egipcio Ptah, el creador, en sus funciones de dios de la fecundidad se representa con una sola pierna y asimismo se representa Osiris cuando se relaciona con las mismas funciones. Khem llevaba igualmente un solo pie y de él dice Wilkinson, que no sólo tenía bajo su incumbencia la procreación y continuación de la humanidad sino "del mundo vegetal sobre el cual presidía y por eso vemos sus estatuas acompañadas de árboles y plantas". (Ant. Egyp. III. 22).

Un entendido americanista encontró ingeniosamente para Huracán el significado de *gigante,* que va en armonía con lo que se dice de Tláloc y de Chac; pero no veo tan claras las deducciones etimológicas del apreciable escritor para abandonar la traducción de Ximénez que encuentra fundada el mismo autor. Una vez en el Popol Vuh, encuentro unido con el de Huracán, el nombre de Caculhá, rayo, y bien pudiera ésto significar que Caculhá es la explicación del nombre simbólico Huracán, que entonces significaría rayo también. Pero no quiero insistir en cuestiones etimológicas; más me interesa saber quiénes eran los compañeros de Huracán.

Encontramos además en el Popol Vuh que las creaturas debían alabar a Huracán, Chipa-Caculhá, Raxa-Caculhá, Ugux-Cah o Qux-Cah, el corazón del Cielo, y Ugux-Leu o Qux-Leu, el corazón de la Tierra, "formadores, creadores, madres y padres"; pero en seguida añade el libro quiché, que Huracán se llamaba el Corazón del Cielo. (Ximénez. o. c. ps. 6 y 9). Entonces los reales compañeros de Huracán, los que en compañía de Tepeu y Gucumatz intervinieron en la creación, fueron cuatro: Caculhá, Chipa-Caculhá, Raxa-Calculhá y Ugux-Leu o Qux Leu, o sea, el Rayo, el pequeño Rayo, el Rayo verde y el Corazón de la Tierra. Podemos, pues, considerar que éstos hubieran sido los Tlaloques de los quichés, entre quienes encontramos a Ugux-Leu, el corazón de la Tierra, como entre los Tlaloques vimos a Tlazoltéotl, la diosa Tierra.

Chac era el dios de las tempestades en Yucatán. Lo pintan rojo, como el Tláloc que describe Durán, y con una nariz exageradamente prolongada a manera de trompa de elefante o de tapir:

también a veces lo pintan negro. Su nombre significa rayo, según Cogolludo. Tenían los mayas un dios, dice este autor "que fué gigante llamado Chac" y cree que lo adoraban por haber inventado la agricultura; a mí me parece más bien que porque "teníanle por dios de los panes, truenos y relámpagos". (Ob. cit. p. 197). Ministros suyos eran los Chaques, dioses de las mieses, a quienes celebraban los indios en la veintena llamada Mac, juntamente con Itzamná. Para su fiesta, dice Landa, "tenían buscados los animales y sabandijas del campo que podían haber". Los cuatro sacerdote, que también llevaban el nombre de Chaques, y eran vivas imágenes de las divinidades, se ponían sentados en las cuatro esquinas del patio del templo "con sendos cántaros de agua que allí les tenían a cada uno. En medio ponían un gran manojo de varillas secas, atadas y enhiestas y quemando primero de su incienso en el brasero, pegaban fuego a las varillas y en tanto que ardían, sacaban con liberalidad los corazones a las aves y animales y echábanlos a quemar en el fuego, y si no podían haber los animales grandes como tigres, leones o lagartos, hacían los corazones de su incienso para quemar en aquel fuego. Quemados los corazones todos, mataban el fuego con los cántaros de agua los Chaques". Esta ceremonia tenía el nombre de Tupp-kak, extinción del fuego, y su objeto era alcanzar buenas cosechas de los dioses de las lluvias. (Landa. ps. 254-256).

La ceremonia es típica: los cuatro Chaques de los puntos cardinales que, con el agua de las lluvias, apagan el fuego estivo: el agua a los cuatro ángulos del mundo: el fuego en la parte central. Esta es la explicación de los cuatro árboles de la fiesta de Tláloc, confirmada por la ceremonia de los Chaques de Yucatán. El sacrificio, con que se honraban, era el mismo que se hacía a los cinco Curetas en el recinto que les estaba consagrado en Messene "comenzando por los bueyes y las cabras y terminando por las aves, arrojándolos a todos en el fuego". (Pausanias. IV. XXXI. 9). Los mayas se contentaban con quemar el corazón, como la parte vital que sintetizaba el animal. Y hay que tener en cuenta que los Curetas nacieron de una abundante lluvia. "Largo que satos Curetas ab imbri". (Ovidio. Met. IV. 230). Los curetas tenían que ser númenes que, por el sacrificio de los animales arrojados al fuego, como en Grecia y en México se hacía con los

dioses encargados de la fecundidad, a ella tenían que atender como los Chaques y los Tlaloques.

Los Chaques mayas, ministros del dios de las lluvias y de las tempestades, dieron su nombre a los cuatro sacerdotes que sostenían las extremidades de las víctimas en los sacrificios humanos. Estos ministros, entre los nauas, se llamaban Chachalmeca o Chalmeca y como *meca* es una desinencia que indica colectividad, *Chal* bien pudiera ser una pronunciación viciada de *Chac.* Vimos además en Sahagún que los Tlaloques se llamaban igualmente *Tlamacazque,* nombre genérico de los ministros de los dioses aplicado a los que intervenían en los humanos sacrificios.

Por la pintura del Códice Vaticano A. que citamos y la explicación del intérprete, hay motivo para creer que los Cosiyos zapotecas fueran del mismo modo ministros encargados del culto y los sacrificios. Llevan el color negro con que se pintaban los sacerdotes y están dibujados de manera que se comprende ser ellos los que ejecutan la ceremonia indicada en la solemnidad de los dioses de las lluvias. Otro punto de semejanza con los Curetas, considerados como los ministros y sacerdotes de Zeus y Rhea.

Dioniso de Halicarnaso compara a los Curetas con los Salios romanos instituídos por Numa, según se refiere, y formando un colegio sacerdotal que tenía a su cargo los escudos portentosamente aparecidos en la casa de Numa y llamados *Ancile* por los romanos. Los Curetas usaban escudos en sus danzas sagradas y debe haber habido, en tiempos lejanos, una reunión de sacerdotes con su nombre puesto que Dioniso compara con ellos a los Salios.

Los Coribantes, también asimilados a los Curetas, eran los sacerdotes de Cibeles y Rhea y de ellos habla Estrabón como de un colegio sacerdotal (Pag. 367. ed. de Tanchnitz). Esto hace decir a Bryant y Holwel, que como las divinidades, los sacerdotes y las tribus tenían muchas veces el mismo nombre, tal homonimía había engendrado en la mitología gran confusión. Así Curetas fueron ciertas divinidades; Curetas ciertos sacerdotes, "y los antiguos habitantes de Etolia, Eubea y Akarnanía se llamaron Curetas y Curecia su país". (Bry. II. 472. Hol. p. 139). La confusión entre los seres mitológicos y las tribus más antiguas de nuestro país ha sido la causa de muchas malas inteligencias en nuestra historia.

Puede muy bien creerse que los Curetas fueron los Tlaloques, los Cosiyos y los Chaques de la neolítica Grecia. Con mayor copia de argumentos vamos a procurar hacerlo ver, pero antes tenemos que conocer no sólo a los Curetas, que tanto se asemejan a los Tlaloques, sino a todos aquellos grupos confundidos con los Cabiros o que se asemejan a ellos en las funciones mitológicas que tenían encomendadas. ¡Cosa singular! Muchos de esos seres como lo fueron en México los toltecas, vixtoti, xicalancas, chalmecas, nonoualcas y otros, fueron también en Grecia, como lo acabamos de ver, confundidos y asimilados con las tribus primitivas. La razón es fácil de encontrar: los seres mitológicos se conservaron en las creencias populares, mientras que las tribus se mezclaron y confundieron unas con otras, dejando sólo un vago recuerdo de su existencia, que se adhirió a los seres mitológicos primitivos, colectivamente considerados. De aquí que se hayan dado sus nombres a tribus de un origen enteramente desconocido, que se creyó habían sido las primeras moradoras de las diversas regiones.

Los Marutas no pertenecen a la mitología griega; son seres imaginarios de los hindúes, pero son tales los puntos de semejanza que tienen con los ministros o compañeros de los dioses de las lluvias y tempestades de nuestros indios, que me ha parecido oportuno compararlos con ellos en este lugar, antes de proseguir con los otros seres mitológicos griegos, que suelen confundirse con los Cabiros.

Los Marutas a veces se asimilan, a veces se suelen confundir con los Rudras que ya comparamos con los vixtoti. La confusión entre Rudras y Marutas es tal que, como los Vixtoti y los Tlaloques, participan unos de las atribuciones de los otros y los amalgamados seres hindúes ya son ministros y compañeros de Rudra, ya de Indra, representando ambos dioses el papel de espíritus o personificaciones de las lluvias y de las tempestades, correspondiendo a Indra más bien las lluvias, las tempestades a Rudra. Este sería entonces la contraparte del Tláloc y Chac rojo aquél la de Chac negro y Tláloc negro o azul. Si Tláloc se llamaba Tlalocateuctli, es porque se creía señor de aquella región de bienaventuranza que se llamaba el Tlalocan y era el lugar de los escogidos.

El cielo de Indra era Swarga y allí se recibían los que ha-

bían sido virtuosos en la tierra, para que se deleitaran y gozaran. La morada de Indra estaba en el monte Meru, entre los picos del Himalaya: la de Tláloc en el cerro de su mismo nombre, en la cordillera de los Volcanes, montañas de las más altas de México. Lo mismo Indra que Tláloc se pintaban llevando el rayo en la mano, y así de Indra como de Chac y Cosiyo, se decía que sostenían el universo y hacían temblar la tierra. Indra, Tláloc y Chac estaban cubiertos o pintados de rojo y tanto Indra como Chac, eran dioses guerreros.

La cabalgadura del primero era un elefante; el segundo se pintaba con una nariz tan prolongada y vuelta hacia arriba, que recuerda las prolongaciones nasales de los proboscidios. En el Códice Vaticano A., en las pinturas de los cuatro soles y de los cuatro elementos, el agua, cuyo dios era Tláloc, está relacionada con el oriente. "Como uno de los guardianes del universo, a Indra le estaba encomendado el oriente". (Dic. of non Clas. Myth. p. 91). Indra tenía sus ministros llamados Marutas. La tierra fué extendida por él y por Agni, el dios del fuego, auxiliados por los Marutas, dioses de las tempestades. Entre los chiqués la tierra fué arreglada por Tepeuh, Gucumatz, Huracán y sus compañeros.

Rudra era un dios a quien se invocaba para recibir los mantenimientos, y considerándose como destructor de los hombres, se creía al mismo tiempo que curaba sus enfermedades. Era como Indra, dios de las lluvias y de las tempestades. Su nombre significa trueno y esto lo acerca a Chac y Cosiyo, cuyos nombres se traducen rayo. Sus ministros llevaban el nombre de Rudras, como los Tlaloques el de Tláloc, los Chaques el de Chac y los Cosiyos el de Cosiyo. En el Rigveda, sin embargo, leemos que sus ministros eran los Marutas, que tenían como madre a Parisni, la nube de las tempestades, y que eran los varones celestiales nacidos entre las carcajadas de los relámpagos.

Los Marutas eran todos de la misma edad, tenían la misma morada y uno era su pensamiento: su número era tres veces siete o tres veces sesenta. Si por una parte se describen terribles y fieros, por la otra se dice de ellos que eran juguetones como niños o becerros. Se les dice cisnes con el lomo negro, javalíes con cuatro colmillos semejantes a los leones. Cuando se acercan hacen temblar a las montañas, desarraigar los árboles y, como feroces elefantes, mascan los bosques. Levantan remolinos de polvo y

todas las creaturas aterrorizadas tiemblan ante ellos. Con todo este su modo aterrador, ellos son sin embargo los que se ocupan en producir las lluvias que benefician los campos.

Indra los hizo crecer mientras cantaban un himno, y mientras cantan hacen ellos brillar el sol y penetrar en las montañas. A veces son malévolos como Rudra, y se les ruega que desvíen los dardos y piedras que ellos mismos arrojan. De los Marutas procedían algunos males, mas ellos daban igualmente los remedios para curarlos. (Keith. o. c. ps. 17, 34 y 39). Soma, la celestial bebida personificada, se lee en los Vedas que era la amiga de los Marutas y se paseaba en el carro de Indra. Hágase abstracción de la poesía hindú y en todo se encontrará a los Marutas iguales a los Tlaloques en sus diversos aspectos atmosféricos.

La comparación de los ministros de Indra con el javalí de cuatro colmillos y el elefante, es muy significativa en relación con los cuatro colmillos que se pintan a Tláloc y la nariz en forma de trompa que llevaba Chac. Leemos en el Kata Sarit Sagara, Océano de Ríos de Cuentos: "El feroz elefante de la estación de las lluvias con el irresistible, fuerte, profundo rugido del trueno y largos colmillos *ketaka,* desciende sobre la caliente selva, bosque cuyas brisas se derraman saturadas con el perfume del jazmín y donde el viajero descansaba sentado bajo la sombra y los pimpollos de las lianas". (Cuento del Rey Vicramaditya y la Princesa Malayavati). La pintura del verano con sus tempestades propias de los países tropicales asemejadas a las correrías de los elefantes, como aparece en el autor hindú cuya obra citamos, nos hace comprender porqué razón a Indra, se le da como cabalgadura un elefante y quizá nos explique también la nariz en forma de trompa del dios de las tempestades en Yucatán.

En México sólo se conocen paquidermos fósiles que no hay razón alguna para creer que hubiesen conocido los indios cuando vivían estos animales, y si quisieron representar una trompa con la prolongada nariz de Chac, tuvieron que llevar la noción de otra parte y, por analogía, tomar la trompa del tapir, el animal mexicano que la tiene más larga. A Tláloc desfiguraron la cara los nauas con un emblema simbólico que suelen llamar los americanistas máscara, y se dibuja de dos maneras: una como se ve en vasos, estatuas y pequeñas cabecitas que representan al dios y consiste en dos serpientes que, con las ondulaciones de sus cuer-

pos, rodean los ojos formando una especie de quevedos. En algunas figuras las formas de las serpientes claramente se perciben, en otras fácilmente se dejan adivinar. La otra manera en que vemos el emblema simbólico, sobre todo en las pinturas, es como dice Pomar "una figura feísima que ellos en sus pinturas y caracteres figuraban por las lluvias". (Relación de Texcoco. p. 11) y que, como vemos en la imagen de Tláloc publicada en la obra de Durán, consiste en una grande voluta extendida de la frente y la nariz a la sien, pasando por el labio superior y dejando descubiertos los cuatro colmillos para bajar a la quijada y subir a la sien. De la juntura de las cejas arranca otra voluta que rodea el párpado superior del ojo, descendiendo a la mejilla, haciendo una onda y volviendo a subir hasta acercarse a la primera en la parte superior de la sien, en donde da la vuelta hacia abajo. Un tercer ramal se desprende al lado opuesto dando una pequeña vuelta hacia abajo sobre la frente.

Por más que torture la imaginación, no puedo ver en semejante adorno facial, ni la estilizada mandíbula superior de un dragón, ni una figura fantástica de las nubes, ni una derivación de las solas ondulaciones de las serpientes. La comparación de la extraña figura que presenta la faz de Tláloc con la nariz proboscidia de Chac, lo único que me hacen ver es la combinación estilizada de las serpientes que rodean los ojos con una proyección de la trompa nasal, que cubre el carrillo y llega hasta arriba de la oreja de la figura del dios.

En la fiesta Etzalcualiztli, dice Sahagún, el sacerdote de Tláloc llevaba una máscara "fea con grande nariz y una cabellera larga hasta la cinta" (vol. I. p. 121) y como los sacerdotes llevaban las máscaras que correspondían a la figura simbólica del dios que representaban, se sigue lo que pensamos, y es que en las pinturas se quiso expresar la proyección de las narices en forma de la trompa del dios. Este singular emblema con el ojo y los colmillos de Tláloc, como dice Pomar, sirvió a los indios como glifo para significar las lluvias y lo vemos en algunos códices como el décimo nono signo del tonalámatl.

*

* *

Confundidos o emparentados con los Cabiros y los Xolome,

hay otros seres mitológicos análogos que debemos considerar comparándolos con ellos para buscar el prototipo neolítico que les sirvió de patrón. Divididos y subdivididos estos seres según el aspecto que fueron tomando en los diversos pueblos que los admitieron en su panteón, hay que hacer de ellos una reseña sumaria, notando lo indispensable para llegar al punto deseado.

Diódoro de Sicilia escribe de los Dáctilos, creídos habitantes primitivos y autóctonos de Creta confundidos con los Cabiros, que "algunos aseguran haber sido cien, otros únicamente diez, conforme al número de los dedos"; (Bibliot. V. 64.) por lo cual Cicerón los llama, *digiti Idei,* dedos del monte Ida, (De Nat. Deor. III. 16.) apelación correspondiente a la griega Δάκτυλοι Ἰδαιôι, tomada de su número y del monte Ida que los había producido. Según Apolonio Rhodio nacieron en una cueva del monte Dicta, también en Creta, en donde aseguraban haber nacido Zeus, dios de las lluvias y de las tempestades. Habla Apolonio de dos, Ticias y Cilleno, diciendo que, entre muchos, ellos solos eran los repartidores de los destinos y auxiliares de la madre Idea. (Argon. I. 1125).

Los que dicen que eran diez, hacen de ellos cinco hombres y cinco mujeres: los que sólo enumeran cinco, a todos los declaran varones. Les dan ordinariamente los nombres de Celmis, el fundidor, Damnameneo, el martillo, y Acmon, el yunque; diciendo de ellos Clemente Alejandrino, refiriéndose a una obra perdida de Hesíodo, que Celmis y Damnameneo, los primeros de los Dáctilos del monte Ida, descubrieron el hierro en Chipre, pero la aliación del bronce fué descubierta por Delas, otro Ideo que Hesíodo llama Scithes. (Srom. VII. LVI. 197). No es preciso hacer notar que el número de los Dáctilos, las ocupaciones a que se dedicaban y sus relaciones con Rhea, Cibeles y Zeus los asemejan tanto a los vixtoti nauas, compañeros y servidores de la diosa Tierra, y a los xolome, con quienes los vixtoti se asimilan, que con mucha justicia los escritores griegos confunden a los Dáctilos con los Cabiros.

Sus nombres muy probablemente se relacionan con el simbolismo de la generación modificado por el descubrimiento y uso de los metales que a ellos se atribuyen; y su número indica que, como el de los nauas compañeros de la diosa Tierra, podría indicar el de los puntos cardinales con el centro, de ordinario entre

los nauas ocupado por el fuego. Su origen en el monte Ida o en la caverna del Dicte, sin que sepamos nada de sus padres, es análogo al de los chichimecas que salieron de la peña de Mixcóatl.

Yunque, Martillo y Fundidor, nombres que recibieron, señalan un posible cambio en el simbolismo primitivo de la generación, tomado de la pirita y el pedernal que está indicado en la peña de Mixcóatl con menos oscuridad que en el monte y la caverna cretense. En el nuevo simbolismo tomado de los metales, el martillo sería el principio activo; el yunque el pasivo y el que hace apto el metal para tomar la forma del molde, vendría a ser como los golpes del martillo sobre el yunque, que modelan el objeto y corresponden a la chispa que arroja el pedernal herido por la pirita. Cuando Hesíodo dice que nueve días tarda un χάλκεος ἄκμων, en caer del cielo en la tierra y otros nueve en descender hasta el centro, la palabra *acmon,* unos la traducen yunque, fundados en que Homero dice que para hacer una cadena, Hefesto tomó un poderoso ἄκμων, lo puso sobre un tronco y allí la forjó: (Odis. VIII. 274) *acmon* no puede tener aquí otro significado que el de yunque. Otros, comparando *acmon* con *acma,* en sanscrito, y *akmu en* lituanio, que significan piedra, traducen de Hesíodo ἄκμων, piedra meteórica o sea aereolito. La cuestión filológica está aquí por demás. Si el *acmon* de Hesíodo era una piedra incandescente que bajaba del cielo, puede encontrar un paralelo simbólico en el *técpatl,* pedernal del códice de Oxford, que, de lo más alto de los cielos, baja hasta las profundidades del Mictlan para convertirse en un niño que la diosa Tierra deposita en el seno de la madre.

Apolodoro nos hace saber que también los griegos tenían años mitológicos o divinos, equivalentes a un período de ocho años de los nuestros, en que las lunaciones vuelven a coincidir con el movimiento del sol. ¿Porqué no habrían podido tener también días mitológicos o divinos, cada uno de los cuales correspondiera a una lunación? En ese caso los nueve días que tarda el *acmon* en llegar del cielo a la superficie y de la superficie al centro de la tierra, laboratorio de la procreación, podrían significar las nueve lunaciones necesarias para la formación de un cuerpo humano. En el caso de que *acmon* signifique yunque, el simbolismo vendría a ser el mismo tomándose la causa por el efecto, el instrumento

por la obra. Piedra o yunque, Acmon con Celmis y Damnameneo están en consonancia con el simbolismo creativo.

Los mismos lazos de unión que tienen los Dáctilos con Rhea, Cibeles y Zeus, los asimilan a los Curetas haciendo sinónimos los dos nombres, como los hacen en realidad algunos escritores. Cuando Zeus nació, dice Pausanias, "Rhea entregó la custodia del niño a los Dáctilos o Curetas como se llaman igualmente: los Dáctilos vinieron de Creta a Olimpia; eran sus nombres Heracles, Peoneo, Epimedes, Jasion e Idas. Siendo Heracles el mayor les ordenó jugar una carrera, coronando de oliva al vencedor". (V. VII. 4.) Los de Messene decían que los Curetas habían llevado a Zeus a su país entregándolo al cuidado de las Ninfas Neda e Itome, quienes lo lavaron en el río y lo tuvieron en el monte que, respectivamente, tomaron los nombres de las Ninfas (Pausan. IV. XXXV. 1.) Según Apolodoro los nombres de las Ninfas fueron Ida y Adrastia. (Bibl. I. 1. 6.) Los cinco Curetas de Olimpia llevan más patentes las señales de la significación mitológica y simbólica de estos seres, que los Dáctilos Ideos. En ellos se echa de ver mejor la colaboración con la tierra y el sol, que tenían las personificaciones de los puntos cardinales relacionados con el interior de la tierra, el laboratorio de la fecundidad, mas bien que con los cuadrantes celestiales.

Heracles estableció los juegos Olímpicos; la primera carrera la jugaron sus hermanos, y él les concedió el premio a los vencedores. Los juegos Olímpicos estaban relacionados con los difuntos, por consiguiente con el reino de Hades. El juego de pelota entre los indios nuestros era un juego simbólico también, relacionado con los dominios de Mictlanteuctli, el Señor de los muertos. El Tlachtli por sus colores simbólicos se relacionaba con los puntos cardinales o, mejor dicho, con los cuatro caminos infernales. Heracles y sus cuatro hermanos podían ser igualmente una personificación de estos cuatro caminos olvidados en la mitología posterior de los helenos, pero que pudieron haber existido entre los neolíticos y legendarios pelasgos.

No pocos de los mitólogos ven en Heracles un representante del Sol y así se puede explicar su enemistad con Hades, según nos dice Pausanias que creían los de Elis (V. XXV) y su bajada a la región de los muertos, juntamente con Athene, para sacar el perro infernal, símbolo del fuego de la concupiscencia, como al-

gunos creen. (Hom. VIII. 368) La enemistad de los dioses es como la de Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Desde tiempos muy remotos los griegos asimilaron a él el fenicio Melcarth. Este dios se honraba entre ellos sacrificando a las víctimas en el fuego y, en Tiro, la víctima era representación del dios como en México, por esto se decía que periódicamente quemaban los tirios a Mercarth. Según Sófocles, Heracles murió arrojándose a una grande hoguera, de donde ascendió al cielo en una nube en medio de un ruidoso estampido. (Trachiniae 1191). Una constelación lleva su nombre en el cielo. Los Anales de Cuautitlan nos refieren que Quetzalcóatl se arrojó también en una hoguera; su alma subió al cielo en una nube y se convirtió en el planeta Venus.

Decían los gaditanos que Heracles había sido enterrado en el santuario donde se le veneraba en Cádiz, no en efigie ni en estatua, sino en el fuego que allí perpetuamente ardía. El Hércules gaditano era también el fuego; bajo esa forma le ofrecían incienso los sacerdotes vestidos de blanco, descalzos y obligados a guardar la castidad. (Pomponio Mela III. 46.) El Heracles Tirio adorado en Cádiz, dice Eudoxio citado por Atheneo, fué hijo de Zeus y de Asteria y se volvió una codorniz; lo que también sabemos por Cicerón. (De Nat. Deor. III-XVI-42.)

En México las codornices estaban consagradas a Tótec, dios solar identificado con Tezcatlipoca y Huitzilopochtli, dioses solares también. A estos se sacrificaban codornices y al mismo sol al aparecer en el oriente. El mismo Eudoxo, antes mencionado, dice que viajando Heracles por Libia lo mató Tifón: he aquí el mito del sol poniente que muere representado por Heracles. Folao, su fiel compañero, lo hizo volver a la vida colgándole de las narices una codorniz. Zenobio asegura que lo que hizo Folao fué quemar viva una codorniz y el héroe apasionado por esas aves, volvía a la vida apenas sintió el olor de un asado que tanto apetecía. (Paroemiographi Graeci I. 143). Los dioses nauas, a los cuales se sacrificaban codornices, estaban también relacionados con el fuego, Tezcatlipoca entre ellos, que en algunas pinturas de los puntos cardinales ocupa la parte central destinada al fuego.

Heracles gaditano no cabe duda que era considerado como el fuego y si el Cureta de Olimpia se identifica con él, podía entonces ocupar el lugar que tenía Tezcatlipoca formando el centro de los puntos cardinales y sus hermanos, los otros cuatro Curetas, serían ciertamente las personificaciones de esos puntos o, como lo hicimos ya notar, de los cuatro caminos del infierno.

Decían los irianos que el dios del fuego había nacido en el ombligo o sea el centro de la tierra; allí también nació Agni, dios del fuego de los hindúes y allí tenía su trono Xiuhteutli, dios del fuego de los nauas. ¿Por qué no habría podido Heracles ocupar este lugar? El era el jefe de los Curetas de Olimpia.

Jasión, uno de los Cabiros, liga con estos seres servidores, compañeros y colaboradores del Sol y de la Tierra en la obra de fecundización a los Curetas que, con razón, se asimilan a ellos. Si el nombre de Peoneo viene de πέος y el de Epimedes se compone de ἔπι y μῆδος, entonces seguramente hay que considerar a estos Curetas como los cínicos Vixtoti o cuextecas de la lámina del Códice Borbónico que acompañaban a la diosa Tierra. Idas está seguramente en conexión con la ninfa Ida, que atendió a la educación de Zeus. Ida era el nombre de una montaña de Creta y de Frigia dedicadas a Zeus y a la diosa Tierra. En la mitología hindú vemos que Ida "es un nombre de la Tierra asignada como mujer a Dyaus, el Cielo". (Cox. Mythology of the Aryans. p. 180). Ἴδη en griego significa bosque y, como nombre geográfico, en algunos pasajes de Herodoto, una altura poblada de árboles. Idas representaría la Tierra; era Vixtocíuatl, identificada con Tlazoltéotl, la mujer Vixtoti hermana de los Tlaloques de los puntos cardinales de la tierra que en sus entrañas tenía los cuartos donde habitaban.

En un fragmento de Hesíodo, conservado por Estrabón, encontramos que de las hijas de Hecatero, "nacieron las divinas Ninfas de los montes, la tribu despreciable de los Sátiros y los divinos Curetas saltarines". (Geog. X. 471). El nombre de Ecatero en su etimología quizá tenga alguna conexión con el adverbio ἑκατέρως, a cada lado, derivado de la misma radical de Hécate, la diosa de los trivios y encrucijadas. Los curetas, cuyo nombre significa jóvenes guerreros según Homero, fueron los más antiguos habitantes de Pleuron, en Etolia. (Il. II. 632; IX. 529. XIII. 217). Emigrados de allí, dice Estrabón, se establecieron los Curetas en Acarnania, territorio el más occidental de Grecia, donde habitaron después de los Lelegas y otras tribus tan legendarias como ellas. El mismo geógrafo habla de ellos como originarios de Creta, en conexión con los ritos de Delos y los confunde con los Coribantes. (Geog. p. 465, 466). No solamente esas regiones sino Samotracia, se les asignaba como patria y por eso, a pesar de

la grande estatura que se les suponía, se asimilaban a los Cabiros. En Samotracia, según Clemente Alejandrino, inventaron la música y enseñaron el canto a Orfeo. Ovidio quizá los coloca en el punto mitológico que les conviene cuando dice que nacieron de las lluvias torrenciales.

Eran los Dáctilos como los Curetas, dotados de mágicos poderes, de extraordinaria estatura y fuerza, y a ellos se atribuía el descubrimiento de los metales, en especial del hierro y del modo de trabajarlo con el fuego. Sabemos por Pausanias que en el recinto que les estaba consagrado en Messene, el modo de honrarlos era sacrificarles toda clase de animales arrojándolos al fuego, como vimos que los mayas hacían en la fiesta que dedicaban a los Chaques. En las antiguas crónicas, si los geógrafos cuextecas se confunden con los legendarios Vixtoti, los pajes y colaboradores del Sol y de la Tierra, éstos a su vez se confunden con los no menos legendarios toltecas, súbditos, compañeros y ministros de Quetzalcóatl como dios Sol y con los mitológicos Tlaloques, ministros del dios del agua, de quienes hablamos ya. Sucede igual cosa con los Curetas y si los pudimos comparar con los Vixtoti, ahora vamos a ver que tienen los mismos caracteres de los toltecas.

Músicos y danzarines eran los Curetas y los toltecas reciben con cantos y danzas al triunfante Tezcatlipoca, el sol que nace; con cantos y danzas despiden a Quetzalcóatl, el Sol que muere. Hijos de las nubes eran los toltecas; los Curetas tuvieron origen de un aguacero. Estos descubrieron los metales; aquellos "con su ingenio descubrieron y alcanzaron a sacar y descubrir no sólo las piedras preciosas, sus calidades y virtudes, sino también las minas de plata y oro, cobre, plomo, oropel natural, estaño y otros metales, que todos los sacaron y dejaron señales y memoria de ellos". (Sahagún. III. 110). Eran los toltecas, "altos, de más cuerpo que los que ahora viven"; de extraordinaria fuerza y estatura eran los Curetas. Estos eran también dotados de mágicos poderes, y los cuatro tultecas que, según Tezozómoc, acompañaron a Quetzalcóatl, eran los más diestros nigrománticos de ellos. En este pasaje los toltecas, a pesar de su estatura y buenas formas, se confunden con los xolome enanos y corcovados que, dice Sahagún, acompañaron al dios, como los Curetas de Samotracia, robustos y forzudos jóvenes guerreros, se confunden con los pequeños y grotescos Cabiros.

Los Coribantes descendían de Coribas, hijo de Jasion y de Cibeles, según algunos; parentesco que los pone en contacto con los Cabiros, uno de los cuales era Jasion, y con la diosa a cuyo culto estaban dedicados. Otros los hacen hijos de Apolo y de la Musa Talia y ésto los acerca a los Curetas, inventores de la música y maestros de Orfeo. Otros llevan su origen hasta Cronos o Zeus y Caliope o alguna otra de las Musas. Estrabón dice que los Coribantes eran ciertos demonios δαίμονες, hijos de Athene y Helios, el sol. (X. III. 19). Finalmente, los hacen también nacer como los árboles, de la tierra; interesante mito que por medio de los árboles simbólicos los liga a los cuatro puntos cardinales.

Eran nueve, lo que indica que se dividían en cuatro parejas y uno que, haciendo de jefe, pudo haber tenido el lugar del centro. En esta forma tenemos en el Códice Feyervary a nueve divinidades en relación con el centro y los cuatro ángulos del mundo. La figura que está en medio es Tezcatlipoca, dios Sol y dios del Fuego, y debajo de cada uno de los cuatro árboles, emblema de los sostenedores del cielo que rodean la imagen central, hay una pareja de dioses. Un principal debe haber habido entre los nueve Coribantes, porque Estrabón nos habla de uno que educó a Zeus y lo tuvo escondido entre los Curetas. Uno nombra Cicerón, padre de Apolo Cretense, que disputó a Zeus la soberanía de Creta. (De Nat. Deor. III. 23). Uno de ellos, pues, sobresalía, y éste pudo ser el jefe de los otros ocho y, en el papel mitológico que representaron, haber ocupado el centro, como lo hizo Heracles entre los Curetas de Olimpia. A la manera de los Cabiros, los Coribantes tenían iniciaciones y misterios. Curaban valiéndose de la magia y gozaban el don de la profecía. De los toltecas, dice Sahagún, que "fueron los primeros inventores de la medicina". (III. 109). Sabían encontrar y trabajar los metales como los Curetas y por ésta y otras propiedades anólogas entre éstos y los Coribantes, Estrabón y Apolonio Rhodio los confunden con ellos. Para mí los Coribantes no son sino una repetición de los Curetas.

Los telquines, confundidos por Estrabón con los mismos Curetas, tuvieron su origen en las aguas del mar. Habiendo en Rodas nueve telquines, dice: "de ellos algunos siguieron a Rhea hasta Creta y allí educaron a Zeus". Más adelante escribe que salieron de Creta, se establecieron en Chipre y después en Rodas. Algunos piensan de ellos que fueron facinerosos y encantadores, que,

mezclando azufre a las aguas estigias, las introdujeron en todo para dañar a los animales y a los hombres: otros, por el contrario, dicen de ellos que fueron diestros artífices a quienes por envidia se calumnió de este modo. (X. III. 25; XIV. II. 7).

Como Zeus fué por su madre Rhea confiado al cuidado de los Curetas, Poseidón, el dios del mar, lo fué al cuidado de los telquines; ellos lo educaron y tomó por mujer a Halia, hermana de ellos. Halia es un nombre adjetivo que significa marina, y como nombre de mujer querría decir el ser marino o la diosa marina, por excelencia. De Poseidón y Halia nacieron seis hijos y una hija llamada Rhode, de quien tomó el nombre la isla de Rodas y de quien hablamos ya diciendo que fué la esposa del Sol. Si enlazamos con los puntos cardinales a los Telquines, hijos de Poseidón, el centro lo formará Rhode, la esposa del Sol: los otros seis, la izquierda, la derecha y los cuatro puntos cardinales. Posesionados de Rodas los Telquines, arrojaron de la isla a Afrodite, y la diosa en venganza los volvió locos. Entonces Poseidón los escondió debajo de la tierra. Con su mirada y aun con su aspecto, así como cuenta nuestro pueblo del fabuloso basilisco, envenenaban cuanto caía a su alcance y Júpiter, dice Ovidio, manifestó el disgusto que le causaban despachándolos en compañía de las olas, de donde habían salido:

"Jupiter exosus paternis subdit undis". (Met. VII. 367.)

Los primeros hombres que creó en el cielo Tezcatlipoca, cuatro hombres y una mujer "cayeron al agua y volvieron a subir al cielo". (Hist. de los Mex. p. 236). Los Telquines se quedaron en el mar. Otra versión dice, que por malignos y maliciosos, βάσκανοι, Apolo los destruyó, tomando la figura de un lobo; (Servio en Virg. Aen. IV. 377.) así como Tezcatlipoca, en la de un tigre, hizo perecer a muchos toltecas, o a los gigantes cuando dejó de ser sol. Los telquines, dice un moderno escritor, toman diversos aspectos en sus operaciones. Son hechiceros y malignos: tienen el poder de traer la lluvia, el hielo y la nieve y toman la forma que les conviene. Se decían los inventores de la agricultura, de artes útiles e instituciones. Cogolludo dice de los Chaques que los adoraron los mayas porque inventaron la agricultura. Eran también los Telquines diestros artesanos trabajadores de los metales: hicieron la hoz de Cronos y el tridente de Poseidón: fabricaban estatuas e imágenes de los dioses. (Classical Dictionary. p. 923).

Los dioses del agua en los nauas, pueblo que vivía internado en un país montañoso a centenares de kilómetros distante del mar, no eran marinos sino pluviales y por eso los Tlaloques, divinidades de las lluvias, destierran a Vixtocíuatl a las aguas saladas. Los Telquines en vez, divinidades marinas de pueblos costeños o insulares, arrojan a Afrodite de Rodas a otra isla. Vixtocíuatl se identifica con Tlazoltéotl y ésta, como hemos visto, con Afrodite, mientras los Telquines tienen afinidades con los Tlaloques y los Chaques. La separación de estas dos diosas del consorcio con seres acuáticos pone de acuerdo el mito naua con el griego y acerca más los Telquines a los Tlaloques, ya en contacto con ellos porque, aunque habitantes del mar, los Telquines tenían el poder de traer las lluvias, que era la misión principal de los Tlaloques. Por otra parte las habilidades artísticas y aptitudes metalúrgicas de los primeros, los hace afines a los toltecas, compañeros de Quetzalcóatl y, por consiguiente, a los Xolome ligados con los Vixtoti.

El caso de los Telquines es enteramente igual al de los Vixtoti; por una parte en conexión con los servidores del dios de las lluvias, los Tlaloques; por otra, con los ministros de la diosa Tierra y del Sol, los enanos y corcovados que los servían. A los Telquines se les hace habitar en el mar y en las entrañas de la tierra. Allí tenían su palacio las Tlaloques y allí fabricaron sus casas subterráneas los Xolome de Quetzalcóatl. No falta nada a los Dáctilos, Curetas, Coribantes y Telquines para que puedan, en todos sus aspectos, compararse con los toltecas, vixtoti, tlaloques y chaques de nuestros indios. Son los mismos aun con las mismas confusiones entre unos y otros.

*

* *

Hay en la mitología griega otros seres que, por su aspecto simbólico singular llevado desde un principio, no se confundieron con los que acabamos de considerar aunque sus funciones sean las mismas e idéntica su simbólica representación. Estos seres tal vez se acerquen más al prototipo que buscamos, de donde se originaron todos los otros. Me refiero a los Cíclopes compañeros de Hefesto, pero auxiliares de Zeus, dios de las lluvias y tempestades; seres representados con sólo un ojo, que colectivamente no

encontramos ni en los mitos, ni en las pinturas de nuestros indios, pero que no por eso nos faltan medios de comparar con otros dotados, en el lenguaje, del emblema llevado por los Cíclopes en el mito y en la artística representación.

Después que nacieron los primeros hijos de Urano y de Gea, llamados los Titanes, siendo Cronos el postrero de ellos, Gea, la Tierra, dice Hesíodo, "dió a luz a los Cíclopes poderosísimos. Brontes, Steropes y el fortísimo Argen, que proporcionaron los truenos a Zeus y le hicieron los rayos. En todo eran semejantes a los dioses, mas tenían un solo ojo a la mitad de la frente: fuertes, poderosos y diestros fueron en sus obras." (Teogon. 139 y sig.) Los Cíclopes hacían los rayos a Zeus como los Tlaloques a Tláloc. Virgilio nombra otro Cíclope Piracmon, pero deja de mencionar a Argen, encontrándose en otros autores el nombre de Acamas.

Cuatro o cinco debieron haber sido entonces los Cíclopes, ministros de Hefesto y constructores de los rayos de Zeus, sin contar otros que no estaban dedicados a este oficio sino más bien a la pastoría de los ganados. Raza impía según Homero; antropófagos sedientos de sangre humana, viviendo en cuevas o miserables tugurios de madera y piedras brutas arrancadas al suelo, sin sembrar ni arar la tierra. Así los describe Homero en el libro IX de la Odisea. El principal de ellos era Polifemo "cuyo poder es grande entre los Cíclopes. Toosa, hija de Forcis, Señor del infecundo mar, lo dió a luz visitada por Poseidón en una profunda cueva". (Hom. Odis. I. 68 y sig.) Dejando por de pronto a los Cíclopes euhemerizados de Homero, con su jefe Polifemo y ateniéndonos sólo a los fabricantes y constructores, veamos si algo se puede sacar en limpio del significado de sus nombres.

Brontes significa fulminador; Steropes, el que produce los relámpagos; Arges, vívido, activo; Acamas, incansable, irrequieto; Piragmon, el fuego que rompe o hiende y si se lee Piracmon, un yunque, un rayo, una piedra metéorica. Notamos desde luego cierta armonía entre los nombres de los Cíclopes enumerados por Virgilio, Brontes, Steropes y Piracmon, con los nombres de los compañeros de Hucarán, Coculhá, el rayo, Chipi-Coculhá, pequeño rayo y Rax-Coculhá, verde o precioso rayo. Nombres unos y otros muy propios para los compañeros o ministros de un dios de las lluvias y de las tempestades como lo eran Zeus y Huracán. Desde

luego no podemos dudar que los Cíclopes hubieran tenido los mismos oficios de los compañeros de Huracán y, por consiguiente, de los Tlaloques como lo advertimos ya.

Eran también los compañeros de Hefesto o Vulcano, como le decían los latinos y con él, dice Virgilio:

Ferrum excercebant vasto Cyclopes in antro
Brontesque Steropesque et nudus membra Pyracmon.

El lugar donde trabajaban y la amplia cueva de los Cíclopes estaba en la casa de Vulcano, en la región vulcánica o sea en la tierra dominada por el fuego, a donde del cielo descendió el dios encargado de ese elemento:

Vulcani domus et Vulcania nomine tellus
Hunc tunc Ignipotens coelo descendit ab alto.

Tal región era una isla movediza πλαγκτῆς, dice Apolonio Rodio. (Arg. III. 42.) Sus obreros los Cíclopes estaban fabricando los rayos de Júpiter, de las nubes y las tempestades; los carros guerreros de Marte y la egida de Pallas, en la cual engastaban escamas de serpientes, y la cabeza de Gorgona. (Aened. VIII. 422 y sig.) No eran sólo los rayos de las nubes y las tempestades y las armas ofensivas y defensivas de los dioses lo que fabricaban Vulcano o Hefesto con sus Cíclopes. Otros objetos hacían para el uso particular del dios, como el palacio fabricado en Chipre para Afrodite "cuando por primera vez del lado de Zeus la llevó como mujer"; (Apol. Rhod. III. 38.) la invisible red de oro en que la aprisionó y el trono de Hera de donde no se podía levantar. De allí salió también el yelmo de Hades, el tridente de Poseidón y otros objetos para el uso de los dioses y aún de los hombres.

Habiendo fabricado Hefesto el palacio de Afrodite, los Cíclopes, sus oficiales, tenían que ser buenos albañiles y canteros. Fabricaron murallas y aún ciudades como dicen de Tirinto y de Micenas, yendo de Licia con este fin. (Eurípides. Hiphigenia in Tauride. 845; Píndaro. Frag. 169, 61; Apolodoro. II. II. 2.) Pausanias escribe de la puerta de los leones en Micenas, que "se dice era obra de los Cíclopes que hicieron la muralla de Tirinto para Proteo". (Ob. cit. II. XV.) Los Cíclopes constructores de ciudades o murallas eran para unos siete, para otros nueve, números que acabamos de ver pueden relacionarse perfectamente con los puntos cardinales. Los que se confundieron con las tribus salvajes primitivas a la manera de los Curetas, Telquines, Coribantes y

Cabiros, conservaron no obstante algunos rasgos fisonómicos que los ligan al simbolismo primitivo y se pueden encontrar en las leyendas que les asignan.

Muy conocido es el episodio de Ulises y Polifemo que narra Homero en el libro IX de la Odisea, que trae Eurípides en sus Cíclopes y que repiten Luciano en sus diálogos de los dioses, Virgilio en la Eneida y otros. Menos lo es el de los amores del Cíclope con la Ninfa Galatea, que cuenta Teócrito en su idilio XI, diciéndonos, en Silio Itálico, cómo, despreciado por la Ninfa, tomó una inmensa roca, la arrojó contra Acis su rival al pie del Etna, lo aplastó con ella y su sangre se convirtió en un río. (Punica XV. 221.) Ovidio hace decir a Galatea, dirigiéndose al Cíclope, que Polifemo, para complacerla, peinaba con un rastrillo sus enhiestos cabellos y arreglaba su hirsuta barba recortándola con una hoz, contemplando su nuevo aspecto y estudiando sus gestos y ademanes en los reflejos del agua tranquila. Por aquella época llegó a Sicilia el famoso arúspice Telemo, "*quem nulla fefellerat ales*", a quien ninguna ave había engañado, y le profetizó que Ulises lo privaría del único ojo que llevaba. Rióse Polifemo y exclamó: "¡Oh el más necio de los adivinos! ya otra me arrebató mi único ojo". Ni las apasionadas palabras, ni la compostura de su persona, ni el sonido de un instrumento fabricado por él con cien cañas, ni promesas ni amenazas bastaron a doblegar la altivez de Galateo. Encontrando entonces al aborrecido rival y enfurecido por los celos, lo persigue el Cíclope, arranca un canto de la montaña que, aunque fragmento de la roca, arrojado sobre él, bastó para aplastarlo. "Debajo de la roca empezó a manar la sangre purpurina, mas a poco el rojo comenzó a desvanecerse y hacerse de un color el líquido, como el agua enturbiada por las lluvias que se va limpiando paulatinamente. El peñasco arrojado se hiende, y por las aberturas se asoman cañas bien formadas y llenas de vida. Por la mayor fisura de la roca salen murmurando las aguas". (Ovid. Metam. XIII. 764-892.) Las cañas, en el Mundo Antiguo y en el Nuevo símbolo de fecundidad, eran señal de la fertilidad producida por la sangre de Acis que primero se vuelve el agua de las lluvias, después una corriente cristalina. En realidad la sangre de Acis, al convertirse en agua, fué la que produjo ese símbolo de fecundidad representado por las cañas. La fábula que acabamos de bosquejar en sus de-

talles, es una confirmación de la hipótesis en otra parte anunciada, que la difusión de la sangre humana se creía necesaria para la fertilidad de la tierra, y de aquí la necesidad del sacrificio humano.

¿Eran Polifemo y los Cíclopes, en general, una personificación neolítica del Sol, siempre sediento de sangre humana? ¿A esta creencia, que conservaron nuestros indios, se debe el que Homero haga le los Cíclopes una tribu de antropófagos? Que los Cíclopes hayan sido los cuatro o cinco soles combinados con los cuatro elementos, que hemos visto entre los nauas y veremos mejor cuando los comparemos con los egipcios, es un pensamiento que nos sugiere su ojo redondo, pues tanto en Grecia, como en Egipto y en México, el ojo era un emblema del Sol.

Entre nuestros indios el aspa llamada *naui ollin*, los cuatro movimientos con que se representaban las diversas posiciones del sol en la eclíptica, solía tener un ojo redondo dibujado en el centro. El quinto Sol, decían los indios que era el del *naui ollin*, los otros cuatro, por consiguiente, podían ser también representados por otros tantos ojos redondos. Los Cíclopes, además, tenían los mismos hábitos del astro humanizado. El Sol poseía ganados, según Homero, en la misma Sicilia habitada por los Cíclopes, donde tenía su cueva Polifemo, nombre que significa literalmente, aquel de quien mucho se habla, famoso, o el que tiene muchos cantos y discursos y ya tendremos ocasión de ver que el Sol era músico. En esa cueva encerraba sus ganados y allí encerró a Ulises con sus compañeros devorándolos ávidamente uno a uno, hasta que el héroe embriagándolo con excelente vino, ya dormido, por medio de un tizón encendido lo privó del único ojo según la profecía del arúspice Telemo, y así se pudo escapar.

Los ganados que guardaban los Cíclopes eran iguales a los que guardaban las hijas del Sol, emblemas de los poderes eminentemente fecundantes supuestos en el astro, de los cuales eran símbolo el toro, el morrueco y el macho cabrío que componían los rebaños del Sol y de los Cíclopes. Tales rebaños no sólo eran guardados para el Sol en Sicilia donde los pastoreaban sus mismas hijas, sino en Rodas, Corinto y otros sitios en donde especialmente se adoraba al Sol. Los ganados que guardaban los Cíclopes, seres mitológicos, los cuatro soles humanizados y multiplicados por los poetas, deben haber tenido la misma significación simbólica que los ganados que pertenecían al Sol.

Si los Cíclopes eran los auxiliares de Hefesto el Sol nocturno, no lo fueron al principio como oficiales de un dios herrero, de un arquitecto, de un admirable artista, sino como del dios que tenía a su cuidado la reproducción y la conservación de la humanidad, incumbencias del sol nocturno que visitaba las profundidades de la tierra para *escalentarla*, como decían nuestros indios. Si los Cíclopes eran imágenes del Sol, representaron seguramente los movimientos o posiciones del astro en los equinoxios y solsticios combinados con los cuatro elementos y, así combinados, estos soles eran los compañeros del quinto Sol, el sol nocturno central, el sol del fuego y del calor, a quien ayudaban en sus trabajos mientras permanecía en su laboratorio del centro de la tierra.

Hablando de los Dáctilos hicimos ver cómo el simbolismo neolítico de la procreación pudo ser modificado cuando se vulgarizó entre las tribus helénicas la técnica metalúrgica. Antes que esto sucediera Hefesto no tenía fragua y sus Cíclopes no eran herreros, ni fabricaban obras de metal. Hay testimonios que lo confirman. Para la formación de Pandora, la primera mujer, dice Hesíodo que Zeus mandó al renombrado Hefesto que pronto *mezclara tierra con agua* y a la estatua que había de hacer pusiera la voz y la fortaleza de los seres humanos, pero le diera las formas suaves y amables de una doncella, igual a las diosas en el aspecto. Así, añade en las Teogonías, "el muy famoso dios cojo *formó de barro* el semblante de una hermosa doncella como quería el hijo de Cronos. Athene la vistió con primor y ricamente la adornó". (Erga Xei Hmera. 60; Theogon. 571).

En la edad neolítica Hefesto no era sino alfarero. El dios del fuego, representante del Sol nocturno, trabajaba con Athene, la diosa Tierra, para hacer a la primera mujer. Hacer hombres y no armaduras de hierro, fué el oficio del dios del Fuego y de la diosa Tierra, que por eso se llaman padre y madre de la humanidad. En otra versión del mito creativo, a Hefesto se sustituye a Prometeo, el que robó el fuego que había escondido Zeus. Aquél con Athene, por mandato de Zeus, después del diluvio fabricaron imágenes de barro para inhalarles el espíritu y darles vida. (Etimol. Mag. Sub vou).

El primitivo oficio de los Cíclopes fué entonces auxiliar a Hefesto no como metalúrgicos, sino como reproductores de la humanidad en el banco del alfarero o en el simbólico yunque, y conservadores de los hombres con la fertilidad de la tierra.

Para esta segunda parte Hefesto no es ya el Señor de los Cíclopes, sino el padre de los Cabiros, el Cabiro por excelencia, y por este motivo se dice a Hefesto el maestro de la humanidad. "Canta, oh Musa de clara voz", se lee en el himno que le estaba consagrado", canta a Hefesto famoso por sus invenciones. Con Athene la de los ojos glaucos, él por todo el mundo enseñó las artes a los hombres que antes acostumbraban vivir en las cuevas de las montañas como animales feroces. Mas ahora, después que ellos les enseñaron las artes por medio de Hefesto, el artífice famoso, viven fácilmente una vida pacífica en sus casas todo el año". (Himnos Homéricos. X.) Los dioses civilizadores como Osiris, Isis, Demeter, Dioniso y Quetzalcóatl eran dioses de la fecundidad de la tierra. Hefesto y Athene lo fueron y así se les conoce a pesar del elevado carácter con que los dotaron los griegos ya civilizados. Los Cíclopes, transformados en Cabiros, fueron los ministros del dios.

En venganza de la muerte de su hijo Asclipis, llamado por los latinos Esculapio, a quien Zeus por celos del maravilloso arte de curar le dió muerte con un rayo, Apolo mató a los Cíclopes que los fabricaban para el dios. Por este hecho, Apolo fué desterrado del cielo por algún tiempo. (Hesíodo. Catálogo de las Mujeres. 64 y 91.) Un dios solar, Apolo Délfico, acabó con esos ministros de las tempestades de Zeus, ¿sería entonces cuando siguieron trabajando en la oscuridad con Hefesto? También los Xolome de Quetzalcóatl murieron, pero entre las nieves de las montañas donde termina la vegetación.

Ptah, el dios enano de los egipcios que conocemos ya tiene un nombre que algunos egiptólogos derivan del semítico פתח, abrir, y bien pudiera decirse que su nombre se refiere a la tierra abierta por él para esconderse en ella como Sol nocturno, como leemos que lo hizo Quetzalcóatl. Lanzoni dice que significa arquitecto, constructor, pero no por eso deja de representar al Sol nocturno. El modeló al hombre con sus propias manos, dice Maspero. En File y en Denderah Ptah se representa amontonando barro plástico sobre su mesa de alfarero, del cual está para formar el cuerpo humano que, a veces, se llama indebidamente el huevo del mundo. En realidad es la masa de barro de donde sacó al hombre en la creación. (Dawn of Civil.) Hemos visto como Wilkinson cree que en honor de este dios enano los magnates egipcios adtitían

a los enanos en sus palacios. Enano y contrahecho era el formador de los hombres también en Egipto, como en Grecia era cojo.

En una leyenda mexicana de la formación del hombre, éste no se hace de barro, como en otras, sino de un hueso que pidieron los dioses a Mictlanteuctli. Quien entró a los dominios subterráneos del dios para pedirlo fué Xólotl, el dios deforme, padre o jefe de los Xolome. Del hueso se formaron un niño y una niña y "los dieron a criar al mismo Xólotl, el cual los crió con la leche del cardo". (Mendieta. lib. II. cap. I.) En Grecia, en Egipto y en México es evidente la participación del dios contrahecho en la formación del hombre. En Grecia es el padre de los Cabiros y Señor de los Cíclopes; en México fué él quien dió el nombre a los Xolome. Los Cabiros parecen haber sido una derivación de los Cíclopes, los cuatro soles en combinación con los cuatro elementos, como los Xolome probablemente lo fueron. ¿Serían los Cíclopes los prototipos de todos estos seres Cabiros, Curetas, Coribantes, etc., y los cuatro soles el origen mitológico de los xolome, toltecas, vixtoti, tlaloques? De ellos trataremos al hablar de los cuatro soles.

*

* *

Los Curetas, según Hesíodo, estaban emparentados con los Sátiros y las Ninfas de las montañas. Nouno y algún otro poeta hacen padres de los Sátiros a Hermes e Ifitima o una de las Náyades. (Deonisiaca o Bassarica. XIV. 113.) Ya veremos las grandes analogías entre Hermes y Quetzalcóatl, que pueden extenderse a los Sátiros. Sileno y Marsyas eran considerados como Sátiros. Marsyas encontró una flauta desechada por Athene, que vió en el agua la fea figura de su semblante cuando soplaba el instrumento. La recogió y el aliento de la diosa le comunicó tan dulces notas que era a todos deleite el escucharlas. Era Marsyas amigo de Cibeles y para consolarla por la muerte de Atis, viajó con ella tocando con su flauta. El éxito alcanzado lo envaneció y tuvo la osadía de desafiar a Apolo a un certamen de música. Mas cuando el dios, al sonido de su lira, pudo añadir la dulzura de su voz, la victoria fué segura y Apolo, en castigo de su audacia, clavó a Marsyas en un pino y personalmente lo desolló vivo. Otros dicen

que esta operación la ejecutó un esclavo escita. (Apolodoro. I. IV. 2.) De su sangre tuvo origen el río Marsyas y Apolo colgó la piel en la gruta de donde sale el río.

En la legendaria historia de Tula leemos que, antes de la salida de Quetzalcóatl, el primer hombre desollado fué un otomite o cuexteca que se encontraba en las orillas de un río y de allí tuvo origen el sacrificio del *tlacaxipeualiztli,* que quiere decir desollamiento. Cuextecas se llamaban los servidores de la diosa Tierra en México, como lo hemos apuntado ya, y de Marsyas se dice haber sido un amigo y servidor de Cibeles. Ovidio, sin embargo, lo hace un Sátiro de nombre oscuro, como eran los otomites la tribu más baja y despreciable, y dice que el río se formó de las lágrimas que derramaron por él las Ninfas, los Sátiros y los Faunos. (Met. VI. 382).

El sacrificio del *Tlacaxipeualiztli* tenía por objeto pedir buenos temporales: Marsyas, en conexión con la diosa dispensadora de los alimentos, pudo haber conservado un recuerdo de semejantes sacrificios, confirmado con el desollamiento de Pallas por Athene. Los mitos de la sangre que se convierten en agua todos, pueden tener una plausible interpretación en la supuesta necesidad de derramar la sangre humana para obtener el agua que hiciera fructífera a la tierra. Más o menos todas estas conversiones de sangre en agua las encontramos en mitos que fácilmente se pueden ligar con la fertilidad de la tierra.

Según algunos autores, Silenos se llamaban los Sátiros que se representaban más viejos. Dioniso, dios que personificaba al Sol que fecunda, en sus giras orgiásticas va acompañado de Sátiros, dotados como los Vixtoti o cuextecas de la diosa Tierra naua, del emblema simbólico de Priapo y de Pan. En monumentos antiguos, sin embargo, su figura es enteramente humana, como se puede ver en el Sátiro de Praxíteles, del Museo Capitolino, y en una *terracotta* del Museo Británico, en donde aparecen apenas perceptibles las señales agrestes de los compañeros de Dioniso. Ociosos y buenos para nada, como los llama Hesíodo, en relieves, estatuas y vasos pintados se ven tocando la flauta y el caramillo, acompañando a las Ninfas en sus danzas. Lascivos y desvergongados perseguían a las Ninfas que tenían la desgracia de agradarles. En la Antología Palatina al mismo Dioniso se le llama Sátiro. (IX. 524.)

Sátiro también era Sileno, fiel compañero de Dioniso, a quien hace decir Eurípedes, que por él había tenido muchos trabajos cuando en el ardor de la juventud lo recibió de las Ninfas que lo educaron. El había sido su escudero en la batalla contra los gigantes, en la que mató a Enceledón, y, ya viejo, había tripulado una embarcación con sus Sátiros para correr en auxilio del dios que se llevaban. (Eur. Cíclopes: al principio). En toda la composición que citamos, aparece Sileno como el jefe de los Sátiros y el fiel compañero de Dioniso que, como su padre de adopción, rodeado de Sátiros, Ninfas y Bacantes, lo acompaña a todas partes, "ebrio el viejo por el vino, apoyando en los estribos sus miembros que bamboleaban, y débilmente se sostiene en el lomo de su borriquillo, pando por el peso". (Ovid. Met. IV. 26).

Como a los Sátiros, también hacen a Sileno los poetas hijo de Hermes, (Servio en Virg. Ecl. VI. 13.) aunque Nouno dice haber sido hijo de Pan, (Dionis. XIV. 97.) y, en este caso, sería el nieto de Hermes. Era originario de Lidia, en donde tenía a su cuidado como dios, las fuentes, manantiales y corrientes de agua; y no sólo ahí sino en Lacedemonia y aún en Italia, hasta cierto punto, puede considerarse como numen enlazado con las aguas, así es que en Malia, ciudad de los espartanos, se creía que Sileno proporcionaba las aguas. (Paus. III. XXV. 2.) Entre los latinos, a las fuentes se les daba el nombre de Sileni, y acaso por esa razón comunmente se adornaban con las cabezas u odres de Sileno de donde manaba el agua, como se puede ver entre otras, en una hermosa estatua que sirvió de fuente y ahora se encuentra en el Museo de Nápoles.

No era uno sólo en realidad, eran varios los Silenos; su número no consta, pero casi puede asegurarse que eran la contraparte masculina de las Nayades, así como los Sátiros de las Ninfas de las montañas. Pero Sátiros y Silenos fueron, quizá en su origen, unos mismos, como las Ninfas de las montañas y las Nayades. En el himno de Afrodite leemos que los Silenos se reúnen con las Ninfas de las montañas, de las cuales se dice "no se comunicaban con los hombres ni con los inmortales, sino vivían larga vida alimentándose con manjares celestiales y, con ellas, se reunían los Silenos acompañándolas en las hermosas danzas que ejecutaban ante los inmortales". (Him. Hom. V. 260).

Bien se ve, los Silenos y las Ninfas de las montañas eran

los danzarines de los dioses, como los enanos y corcovados de Xochiquetzalli que la divertían con danzas, músicas y cantos. Se decía que los Silenos eran los más viejos de los Sátiros: viejos, enanos y corcovados que eran los palaciagos de Quetzalcóatl, al salir de Tula el dios, "iban delante tañendo flautas". (Sahagún. I. 256). Los enanos y contrahechos fueron igualmente los compañeros músicos y danzarines del dios Sol en Egipto.

Hemos dicho, tomándolo de los escritores antiguos, que Hermes fué el padre de los Sátiros y de los Silenos: ahora tenemos que añadir que se reunían con ellos y las Ninfas de las montañas en lo más escondido de las cuevas, (Him. Hom. l. c.) y ya hemos dicho también que Hermes tiene muchos puntos de contacto con Quetzalcóatl. Cuál haya sido el concepto original de donde se derivaron los agrestes Sátiros y Silenos encargados de las aguas, hijos del veloz mensajero de los dioses, Hermes, dios del aire, lo podemos sospechar por algunos pasajes de los autores griegos.

Cierto marinero de Caria me contó, dice Pausanias, "que navegando para Italia, las tempestades lo echaron fuera del camino que llevaba y los arrojaron al otro océano en donde no navegan los marineros. Dice que allí había muchas islas desiertas, mas en otras vivían hombres salvajes. Los marineros se oponían a desembarcar en éstas porque ya antes las habían visitado y conocían a sus habitantes. No obstante fué preciso tomar tierra de nuevo en una de ellas. Tales islas decía que eran llamadas por los navegantes las islas de los Sátiros y sus moradores tenían rojo el pelo y portaban por detrás colas un poco más cortas que las de los caballos". (I. XXIII. 5.)

Algunos comentadores de Pausanias no ven en este hecho sino una señal de la credulidad y candidez del autor que se dejó engañar por las invenciones fantásticas del marino Cario. Otros ven posible en el hecho un fondo de verdad. Los navegantes pudieron haber llegado a algunas islas cercanas a las playas africanas, pobladas de monos, animales no muy bien conocidos en Grecia o en Caria antes de tener los griegos o los carios frecuentes comunicaciones con el Africa. Pudieron entonces haber tomado los monos por hombres singulares, sea que en efecto hubieran llegado los marinos a islas pobladas por alguna familia de cuadrumanos, o que la noticia de ellos hubiera llegado a sus oídos por las narraciones de los navegantes fenicios y cartagineses

que visitaban las costas de Africa aún las bañadas por el Atlántico. Herodoto nos refiere que los habitantes de los desiertos de Libia, en vez de proferir palabras articuladas, chillaban como murciélagos. (IV. 183.) Algún parecido hay entre el chillido de algunos monos y el de los quirópteros y de seguro a monos se refiere Herodoto cuando escribe de esos habitantes del desierto que chillaban.

En Italia misma tenían los griegos recuerdos de los monos. Ischia y Prócida, pequeñas islas cerca de Nápoles, eran llamadas por los romanos Aenaria y Prochyta, pero los griegos les decían colectivamente Πιθηκοῦσσαι, o en singular Πιθηκοῦσσα, refiriéndose a Ischia. Pomponio Mela, sin embargo, nombra Aenaria, Prochyta y Pithecaria como si fueran tres islas distintas. (II. 7.) Plinio deriva el nombre Pithecaria de πίθος, como los griegos llamaban a las grandes vasijas de barro que les servían para tener el vino, y dice que así le decían a la isla porque allí las fabricaban. (Hist. Nat. III. VI. 12.) Pero la etimología más común y popular era tomando de πίθηκος, mono, el nombre de Pitecussa porque dicen estuvo poblada de monos y aún Xenágoras liga esas islas con la estancia de los fabulosos Cércopes, hombres-monos. (Ap. Harpócrates. s. v. Κερκωψ.)

Los antiguos conocieron solamente una clase de monos, dice Buffón, el *pithecos* de los griegos, la *simia* de los latinos: y este único verdadero mono es en el que fundan sus comparaciones físicas y establecen sus relaciones con la humanidad, Aristóteles, Plinio y Galeno. "Este *pitheco* de los antiguos, de una general apariencia humana en las formas exteriores y más aún en sus órganos interiores, difiere sin embargo en un punto esencial. El tamaño normal de la generalidad de los hombres es sobre seis pies, mientras que el del *pitheco* raras veces es mayor de la cuarta parte de esta altura". (Histoire Naturelle) Otros, fijándose en la diferencia de las estaturas, creen encontrar en el género *cinocéfalo* el mono que describen los griegos bajo el nombre de *piteco*, o los latinos con el de *simia* y se fijan principalmente en el *babuino* o en el *mandril*, de larga cabeza canina, largos colmillos y cola corta, con una estatura mucho mayor de la de los monos de Tetuán que, en nuestros días, pueblan el islote de Gibraltar.

Suponen muchos modernos autores que los mayores babuinos fueron los que dieron origen a los mitos de los Sátiros. Pennant

cree en vez que éstos se derivan de la *simia senex* y a mí me parece que, a las fábulas relacionadas con los compañeros de Baco, no fueron extraños los monos de pequeña estatura que vivían en los bordes del Mediterráneo, que bañan las playas africanas, de todos los monos del antiguo continente los únicos afines a los micos americanos. Rolle nos dice que Hefesto fué nutrido por cinocéfalos, lo que haría que en Grecia estuvieran también ligados los monos con el Sol nocturno. (Cult. de Bac.)

Tanto los antiguos, según parece, como los modernos, han creído a los Sátiros derivados de los monos y por eso dice uno de los segundos que, aunque de los Sátiros no se encuentre una mención en Homero, no debe sacarse la conclusión de que las fábulas que los mencionan fueron imaginadas después de él. "Todo lo contrario, es probable que su deformidad se deba a las tradiciones propagadas desde los tiempos más primitivos en que las fuerzas de la naturaleza se simbolizaban con animales de los bosques o de las montañas". (Clas. Dic. p. 842.)

En las obras de arte se representan los Sátiros con híspidos cabellos, narices anchas y levantadas por la punta, orejas aguzadas como las de los animales, cola de figura de las de la cabra o del caballo y a veces pequeños cuernos sobre la frente. El aspecto del mono se encuentra en ellos bastante desfigurado por la ignorancia, casi universal entre los primitivos griegos, de la figura del animal que con ellos se quiso simbolizar, y por los retoques de los artistas que tendían a humanizar la figura más y más hasta quedar casi borrado el recuerdo de la figura del animal, en el Sátiro de Praxíteles. A los contornos de mono, debido al simbolismo, se fueron sustituyendo los de Pan, dios análogo a los Sátiros en sus funciones: les despuntaron los cuernos de la frente y la cola se les volvió de cabra, pero no se perdió su origen de simia enteramente y éste aparece con toda claridad en un mito egipcio helenizado que conservó Diodoro de Sicilia.

Cuando Osiris pasó por Etiopía, dice el griego escritor, "lo obsequiaron con una compañía de Sátiros, que, como se narra, tenían peludos sus miembros de la cintura para abajo. Osiris era un hombre amante de la alegría y el buen humor; le agradaba mucho la música y la danza. Llevó con él, por consiguiente, una compañía de músicos, entre los cuales había nueve vírgenes excelentes cantoras y expertas en muchas otras cosas que los

griegos llaman Musas, de quienes Apolo era el capitán y por esto se llamaba el caudillo de las Musas. Los Sátiros que eran naturalmente inclinados a saltar, danzar y cantar, y a todo género de regocijos, se añadieron a la expedición como parte del ejército". (L. I.c.18).

Diodoro es un autor que se deleita en dar a los mitos una forma natural, o como técnicamente dicen ahora los mitólogos, *euhemerizarlos*. Era Osiris, entre los egipcios, un dios solar y para poder comprender quiénes fueran los Sátiros cantores que lo acompañaban habiéndose reunido con él en Etiopía, la tierra más oriental del continente africano que conocían los egipcios primitivos, tenemos que recurrir a fuentes limpias de toda influencia griega, en donde encontramos al Sol que nace en el Oriente.

En el papiro de Ani encontramos desde luego una pintura emblemática de la salida del sol y en ella, a uno y otro lado de la figura simbólica del astro, vemos tres monos dibujados en actitud de adoración. La escena se observa igualmente en la primera lámina del papiro de Quenna. Los monos, llamados cinocéfalos por tener la cabeza parecida a la de los perros y que están pintados en el papiro de Hun-nefer, en la viñeta que representa la salida del sol son, siete y no seis como en las otras: cuatro están a un lado y tres al otro del naciente sol, y como en éstos, en otros documentos egipcios se ve al sol naciente saludado por los cinocéfalos.

De conformidad con las pinturas se lee en un *Himno a Ra cuando se levanta*: "los cinocéfalos de la aurora te alaban y las fieras y los ganados te adoran en armonía". (Papiro de Quenna, al principio). En el cap. V. del Libro de los Muertos encontramos: "Yo soy el alma divina que vive y conduzco conmigo los corazones de los cinocéfalos". Es decir, anota el traductor inglés, "los seis monos adoradores del Sol, Ra, cuando se levanta; y en el papiro de Hun-nefer, los monos, *amhetet,* son siete". (Budge. Book of Dead I. 52.) En la base del obelisco de Luxor "había cuatro cinocéfalos de pié en actitud de adoración al dios Amen, a quien estaba dedicado el monumento". (Wilkinson Manners and Costumes vol. III. 267.) Finalmente, en el "Libro para perfeccionar el *khu* y hacerlo que camine en la barca de Ra, con los que lo siguen en ella", dice el alma espiritual; el *khu, del difunto.* "Yo

me uní a los divinos monos que cantan al amanecer y yo soy un ser divino entre ellos". (Libro de los Muertos II. 303).

Por los testimonios aducidos se ve que los monos eran los cantores matutinos que alababan al Sol. Dice Darwin que una especie de monos de la familia del Gibbon "produce una octava completa de sonidos musicales, ascendientes y descendientes, con los respectivos semitonos" y el Prof. Owen añade que el mono "es el único de los brutos mamíferos que se puede decir que cante". El Gibbon es un cuadrumano que vive en el sur de Asia. La opinión de muchos naturalistas no va de acuerdo con la de los autores citados en lo relativo al canto de los monos y por eso decía Maspero, con su brillante estilo: "Parvadas de misteriosos cinocéfalos que vagaban por las montañas del Este y del Oeste, concentraban toda su actividad en un determinado momento del día que pasaba. Danzaban y chillaban al Este por media hora cinocéfalos que vagaban por las montañas del Este y del Oeste, lo aclamaban a su entrada en las moradas de la noche. Tal es el sujeto de una lámina del Libro de los Muertos, en donde los cinocéfalos se colocan escalonados en los declives de una colina en el horizonte, a derecha e izquierda del radiante disco solar, al cual tributan adoración con sus ademanes grotescos". (Dawn. of Civilisation. p. 82-83.)

Los cinocéfalos cantores y bailarines no solamente daban al sol armoniosos buenos días cuando se levantaba y con música le auguraban las buenas noches: con su orfeón lo acompañaban por el camino tripulando la barca en que atravesaba el espacio y navegaba por el subterraneo río, asistiendo en el salón de Osiris al juicio de las almas de los difuntos. Allí, en efecto, se ven cuatro cinocéfalos sentados en cada uno de los ángulos del lago o espacio rectangular de fuego o agua hirviendo. "Estos son" dice el Dr. Budge "los cuatro monos que se ven sentados, cada uno con su balanza por delante, en la corniza del gran salón de Osiris". (Osiris I. 329.)

En el Libro de los Muertos se confirma que los cinocéfalos acompañaron al sol en su barca y asistieron al juicio de las almas. Así se dirige a ellos el difunto: "Salve, cuatro monos, que vais sentados en la proa de la barca de Ra, que trasportáis el derecho y la verdad a Nebertcher". Nebertcher, que significa el Señor del Universo, era un título que daban a Osiris. "Vosotros

que estáis sentados para juzgar mis flaquezas y mis fuerzas, que dejáis contentos a los dioses o los hacéis propicios con las llamas de vuestra boca, que hacéis oblaciones a los dioses y procuráis alimentos fúnebres a los *khus*:" y después de suplicarles que arrojasen las malas obras y pecados con que estuviera manchada el alma que hacía la plegaria y allanaran todas las dificultades que pudiera encontrar en la otra vida, seguía diciendo: "Concededme que pueda pasar por el *Ammehet*, el mundo inferior; dejadme entrar en el *Restau*, región mitológica de Menfis en el otro mundo; dejadme pasar por los escondidos pilones de *Amentet*, el reino de Osiris. Haced que allí me sean dadas tortas y bebidas espirituosas y dulces alimentos como se dan a los vivientes *khus*, las almas de los escogidos, y otorgadme que libremente pueda entrar y salir por el Restau". A esta oración respondían los cuatro monos diciendo. "Ven: ya arrojamos tus debilidades y echamos fuera tus pecados y destruímos todo lo malo que hiciste sobre la tierra. Entra, por consiguiente, en el Restau y pasa por los escondidos pilones de Amentet, y allí se te darán tortas, bebidas fermentadas y alimentos dulces; y podrás entrar y salir según tus deseos, como lo hacen aquellos *khus*, que son favorecidos y tú serás aclamado diariamente en el horizonte. (Book of Dead II. ps. 379, 380.)

Eran entonces los cinocéfalos no solo los cantores y bailarines del Sol, sus compañeros de viaje y jueces de las almas, sino personajes importantes que podían conceder libre paso por las regiones inferiores y hacer merced de tortas, bebidas y dulces alimentos a los bienaventurados. Bajemos al euhemerismo de Diodoro de Sicilia: según él la expedición de Osiris tuvo por objeto enseñar la agricultura a la humanidad para evitar el canibalismo; hacer que se cultivaran las viñas para hacer vino y, donde esto no fuese posible por que el terreno no se prestaba para el cultivo de la uva, otras bebidas fermentadas.

Los Sátiros que lo acompañaban, aunque no lo dice el autor, bien podemos suponer que serían sus colaboradores en estos ministerios: pero como los compañeros míticos del dios Sol, que era Osiris, cuando trabajaba por la noche en el centro de la tierra y juzgaba a las almas, no eran sino los cuatro monos que concedían tortas, bebidas fermentadas y dulces alimentos, se sigue que los Sátiros, de que habla Diodoro, eran esos monos colaboradores del Sol.

Los Sátiros y Silenos de la mitología griega, dice el moderno escritor citado antes, eran "divinidades de la naturaleza, seres de un carácter servil o subordinados y, por consiguiente, compañeros de Dioniso como aquel que representaba el poder lujurioso de la naturaleza". Dioniso, que tenía en Grecia las mismas atribuciones que Osiris en Egipto con relación a la fecundidad de la tierra y de los hombres, y con quien lo identifican frecuentemente los antiguos, era como este egipcio dios, un dios solar y por eso, con toda justicia Diodoro de Sicilia identifica a los monos, compañeros del dios egipcio, con los Sátiros y Silenos, compañeros del dios griego.

Probablemente está en lo justo Buffón cuando dice que los pequeños *pitecos* fueron los únicos monos conocidos por los antiguos griegos y entonces al humanizarlos, los pueblos tuvieron que reducir las proporciones del humano cuerpo y se los imaginaron ya como niños, ya como pigmeos o enanos, seres de baja estatura, grotescos, ridículos y contrahechos como les parecían con relación al hombre los *pitecos*. No creo que sea un absurdo el pensar que si los grandes cinocéfalos fueron el prototipo de los Sátiros y Silenos, los pequeños pitecos lo han sido de los Cabiros, Duergar, Side y todas las familias de duendes extendidas por Europa entera, como igualmente de los Xolome de los indios nuestros.

También en la India parece que algo tenían que hacer los monos con el Sol, porque en un relieve de Modhera Gujarat, en que, por la influencia persa que se advierte, parece que representa las creencias iranias e hindúes, se ve a Surya, dios Solar, a cuyos pies están cuatro monos, dos a cada lado. (Burgess and Cousens. The Architectural Antiquities of Northern Giyarat. lam. 56. n. 5.) Vishnú, otro dios solar, en su séptima Avatara, transformado en Ram, el héroe del poema Ramayana, tenía bajo sus órdenes a Haruman, el rey de los monos que, con sus súbditos, le hizo recuperar a Sita, su esposa celestial, cuyo nombre, dicen algunos, significa surco o vaso para guardar semillas, lo que la identificaría con Demeter. Haruman era hijo de Marut, el dios de las tempestades y de los vientos, y de Anjuni, una mujer de las Montañas. Era, por parte de padre, uno de los Marutas.

Los cinocéfalos, en Egipto, no sólo hacían la corte al Sol sino también a la Luna como poder fecundante y reproductor que te-

nía necesidad de su auxilio. Admiten los egiptólogos, en general, que el dios Thoth o Tahuti fuera el representante tal vez más antiguo del astro entre los otros que tenía. Cuando se dice en el Libro de los Muertos que el alma del difunto hace el giro del cielo de Ra, el Sol, y viaja por el firmamento como Thoth, tiene que considerarse a este último como la luna, lo que viene confirmado en la inscripción de Pepi, en donde se lee: "Horus viene, Thoth se levanta y abraza a Osiris en su lugar". Siendo Horus el Sol, Thoth tiene que ser la luna.

Más clara aún se percibe la representación lunar de Thoth en las lamentaciones de Isis y Nephthis, en donde Isis se dirige a Osiris con estas palabras: "Tú te levantas en el cielo para nosotros todos los días y no cesamos de ver tus rayos. Thoth hace las veces de tu protector y procura que tu alma se levante en la barca de Maatet, en el nombre de Aah la luna": por lo cual "tú vienes como un niño cada mes". Al hacer Thoth que Osiris se vuelva luna es porque él ya estaba identificado con el astro de la noche. Por estos y otros testimonios jeroglíficos, que omito para no ser pesado, los modernos establecen la antiquísima representación lunar de Thoth. (Budge. II. 250).

Cuatro cinocéfalos eran los representantes y auxiliares de Thoth en Hermópolis y estos cuatro animales se ven a veces en los papiros, pinturas y monumentos como acompañantes del dios. Los monos obraban a la manera de Thoth, "tenían la forma y reinaban con él como otros tantos babuinos. Cuando con el Señor de Hermópolis èstaban unidas las ocho divinidades de Heliópolis, tomaban el carácter y las apariencias de las cuatro divinidades hermopolitanas, en que se inmergían, y entonces se representaban como ocho monos". (Masp. o. c. 147).

Las divinidades de Heliópolis, compañeras de Ra el dios Sol, eran los cuatro elementos divididos en una dualidad masculina y femenina cada uno y por eso eran ocho, pero tal división no era absolutamente necesaria y, cuando no se hacía, eran sólo cuatro. Las divinidades de Hermópolis eran las mismas, así es que bien pueden ser ocho o cuatro representados en ambas partes por cinocéfalos: mas de ésto tendremos más extensamente que tratar. Estrabón y otros de los antiguos escritores están de acuerdo en la aserción de que el cinocéfalo se adoraba en Hermópolis, centro del culto a Thoth. En el templo de Khons, en Karnak, se

tenían cinocéfalos vivos, pero hay que advertir que este dios, hijo de Amen, se representaba con atributos lunares y entonces llevaba el nombre de Khons-Thoth. En una parte de la necrópolis de Tebas se encontraron momias de cinocéfalos acuclillados como estos animales muchas veces se ven dibujados en los monumentos y papiros. (Wilkinson. o. c. III. 268).

Tal era la intimidad en los monos y Thoth, como representante lunar, que un mono vivo era considerado como el dios en sus funciones lunares. Kaf es un nombre del mono en egipcio, pero Aani se cree designa ordinariamente el cinocéfalo. Bajo ese rubro nos dice Lanzoni en su diccionario, que el mono, como Thoth se consideraba Señor de la escritura, de la música y de las ciencias en general y pronto vamos a ver como un dios mono era entre los quichés invocado por los músicos, pintores y artistas en general. Horápolo nos hace saber que "cuando los egipcios querían simbolizar la luna, lo hacían con el cinocéfalo porque este animal tiene con ella cierta simpatía y durante la conjunción con el sol, es decir, cuando la luna se oscurece, el cinocéfalo no ve ni come, y se inclina al suelo afligido como si se lamentara de su desaparición". Por esto, concluye, los egipcios mantienen los cinocéfalos en sus templos, para poder conocer por su medio el instante de la conjunción de la luna con el sol.

Los textos egipcios dan testimonio de la identificación del cinocéfalo con el dios Thoth. En el papiro de Sutimes, Thoth, en forma de mono, está sentado en frente de la balanza en donde se posa el corazón del difunto en el juicio que se hacía ante Osiris; y en el de Nebseni, los monos que se ven en la sala de las diosas Maat, donde tenía lugar el juicio "representaban a Thoth, el inventor de los números, del cómputo del tiempo y secretario de Osiris". En la cima de la columna de la balanza, donde se pesan los corazones en las láminas en que se representa el juicio de los difuntos, "a veces se pone la cabeza de la diosa Maat, o la de Anubis o la de un ibis, ave consagrada a Thoth, o la figura de un cinocéfalo consagrado al mismo dios y que aun *lleva el nombre de Thoth*". (Bubge. Osiris. I. ps. 316, 327 y 329.) A mi parecer queda demostrado que los cinocéfalos en Egipto no eran sólo los cortesanos del sol sino de la luna también.

La luna estaba en conexión con los vientos entre los irianos y muy probable es que lo haya estado entre los egipcios y

griegos, como lo estaba en México en donde Quetzalcóatl, un dios lunar, era también el dios del viento. Puitika, nombre iriano del Golfo Pérsico, era uno de los tres grandes mares que admitían los persas y era regido por la luna y por el viento: las revoluciones sinódicas de la luna lo hacían, a su parecer, ir y venir, aumentar y disminuír. Dos vientos soplaban cuando se presentaba la luna: al uno llamaban corriente inferior, al otro corriente superior, suponiendo que estas dos corrientes de aire producían el flujo y reflujo del mar. (Carnoy. Irianian Mythology p. 278).

Con esta teoría de las corrientes de aire que se presentaban con la luna, está de acuerdo otra no menos curiosa que encontramos en un autor persa antiguo, musulmán. Según escribe, dos clases de tempestades decían los persas que se formaban en el mar; unas procedían del fondo, mientras la superficie estaba en calma; otras se formaban por la fuerza del viento que soplaba en la superficie del mar. Las primeras podemos pensar que las excitaba la corriente inferior de viento, las segundas la corriente superior. La corriente de aire superior vendría del oriente, del occidente la inferior.

La influencia de la luna sobre los vientos tuvo que haber determinado, que los monos, en íntimo contacto con la luna se relacionaran con los vientos. El húmedo elemento se relacionaba con la luna igualmente y Hapi, nombre que se da al Nilo, era el de uno de los cuatro sostenedores del cielo que se representaba con cabeza de mono. Horapolo hace comprender que el mono podía servir de reloj así como el gato, por la circunstancia especial que se le atribuía de orinar de hora en hora. Que representara al viento no cabe duda. A Kaf que, como dijimos, es uno de los nombres que tiene en egipcio, lo relacionan con este elemento y en los jeroglíficos significa ira o furor, por lo que parece que era el viento impetuoso el que se relacionaba con los monos.

En la India Hanuaman, el hijo del dios del viento, era el rey de los monos, cuyas proezas se cuentan en los poemas Mahabharata y Ramayana. Entre los modernos hindúes Hanuman no ha perdido nada de su antigua veneración. "Su ruda imagen se encuentra en muchos pueblos hindúes de la clase respetable. Lo adoran las mujeres con esperanza de conseguir deseada prole y es la divinidad favorita de los luchadores". Las mujeres estériles

mexicanas pedían sucesión a Quetzalcóatl, el dios del viento, como representante lunar y, como dios Sol, era invocado por los jugadores del juego de pelota. Hanuman, continúa el autor que citamos, "era una divinidad muy popular entre la raza Dravidiana, medio hinduizada, de la cordillera de Vindhya, en donde llevaba su antiguo nombre de *Hijo del Viento*". En el Panjab se le invoca contra los remolinos. Los monos en general son animales sagrados en la India: "los casamientos de monos aún tienen lugar algunas veces con grandes expensas, como una ceremonia sagrada". (Keith. o. c. p. 236).

¿Se ligan en la India los monos con los Gandarvas, como en Grecia con los Sátiros y Silenos? Parece que sí. Los Gandarvas descritos en los Vedas con cabelleras de viento, se creen ministros o espíritus asociados con el dios del aire. Estaban en conexión con Soma y esto los pone en contacto con la luna, de la cual Soma era su representante. Amantes de las mujeres como los Sátiros, en el Atarvaveda se dice que eran como ellos peludos y de un aspecto semianimal. A su cuidado estaba la fecundidad y eran amigos de cantar, tocar y danzar. (Keith. o. c. ps. 59, 94 143).

El papel mitológico de los monos en México era interesante y en todo igual al que representaban en el antiguo hemisferio. Se lee en el Popol Vuh que los hombres, que fueron formados en una de las creaciones, se hicieron de madera, teniendo los varones la carne de corteza de árbol, las mujeres, de corazón de caña. Fueron ingratos a sus hacedores y los dioses los convirtieron en monos. "Señal de esta gente son los monos que ahora andan por los montes y por eso quedaron por señal, porque sólo fueron de palo hechos por el creador y el mono por eso se parece al hombre, porque es señal de otro género de hombres hechos de palo". (Ximénez. p. 14.) Es una variante de la leyenda también conservada por los nauas. "Hicieron tan fuertes vientos en la cuarta edad", leemos en los Anales de Cuautitlán, "que ahogaron a muchas personas y arrojaron por los montes a otras, de donde resultó que éstas se convirtieron en monos". La narración de Ixtlilxóchitl difiere un poco. Los hombres que escaparon de la calamidad de los recios vientos, dice: "hallaron cantidad de monos que el viento había traído de otras partes y dijeron haberse convertido los hombres en esta especie de animales, de donde nació esta fá-

bula tan mentada de los monos". (Hist. Chichim. Obras. II. p. 22.) En otra relación dice el autor que los hombres escaparon de la calamidad metidos en cuevas "y pasados algunos días o tiempo, se salieron de ellas a ver lo que había pasado en la tierra y la hallaron toda poblada y cubierta de monos y estuvieron en tinieblas todo ese tiempo sin ver el sol y la luna que el viento los había traído, (no al sol y a la luna sino a los monos) y de esto inventaron los indios una fábula que dice que los hombres se volvieron monos". (Obras Hist. I. p. 13.) He aquí los monos de México relacionados completamente con el viento y con su dios Quetzalcóatl, en cuya época los trajo el viento o los hombres se volvieron monos. Es la misma relación de los monos con el viento entre los hindúes y su rey Hanuman, el hijo del viento y rey de los monos, como pudiera decirse de Quetzalcóatl. Los monos, dice Brasseur, son en Centro América el símbolo del viento.

La versión quiché de los hombres de madera convertidos en monos puede tener también su paralelo en la mitología de los pueblos arianos. Los hombres de la cuarta edad fueron los que se convirtieron en monos, según los Anales de Cuautitlán, pero según el autor indio de la Historia Chichimeca fueron los de la tercera. Igualmente en la tercera creación fué cuando, según el Popol Vuh, los hombres fueron hechos de madera, la carne de los varones de corteza, la de las mujeres del meollo de las cañas. Los hindúes, aún en el día de hoy, atribuyen sexo al bambú y a la caña. La hembra contiene el meollo, el macho la corteza dura.

Entonces cuando los hombres se convirtieron en monos tanto en la versión naua de Ixtlilxóchitl, como en la quiché "había poca claridad sobre la faz de la tierra y aún no había sol". Estos hombres de madera fueron los que se convirtieron en monos porque "no se acordaron de su creador sino que en vano estuvieron y anduvieron sobre la tierra y no se acordaron más que de Quxcah, el Corazón del Cielo". (Ximénez. p. 12.) La tercera edad, dice Hesíodo, de las edades griegas, la ocuparon hombres perversos "formidables y poderosos hechos de fresno, μελἵαν", expresión con la que va de acuerdo Virgilio cuando dice: "Gensque virumque truncis et duro robore nata" (Aenead. VIII. 315.) y que combina con las creencias de los antiguos escandinavos. Hoenir y Lodhurr, hermanos de Oduin, encontraron dos inanimadas figuras de madera que los enanos habían hecho y les dieron aliento,

inteligencia y buen color: entonces fué creada la primera pareja humana, el hombre se llamó Asks, por estar hecho de fresno y la mujer Embla, porque la fabricaron de abedul o aliso. (Ridberg. Teutonic Mythology. ps. 84 y 85).

Hesíodo no dice que los hombres de fresno de la tercera edad fueran convertidos en monos como los hombres del Popol Vuh, sino que se mataron unos a otros y "pasaron a las oscuras moradas del frío Hades sin dejar nombradía". En vez, respecto a los seres creados en la segunda edad, dice el poeta, "que no se pudieron abstener de pecar y hacerse injusticia unos a otros, no quisieron servir a los inmortales, ni hacer sacrificios en los altares a los dioses, como es preciso que hagan los hombres donde quiera que habiten, y entonces, Zeuz, hijo de Cronos, se disgustó y los arrojó por no haber querido honrar a los seres benditos que viven en el Olimpo". A pesar de su mal comportamiento con los dioses inmortales, a estos seres castigados por Zeus "los hombres los llamaban ὑποχ θόνιοι μακαρες, los bienaventurados de las entrañas de la tierra, y aunque divinidades de segundo orden, también a ellos se les tributaban honores". (Hesíodo. Erga xai Hemerai. ver. 134 y sig.)

A los monos también, aunque fueron en un principio hombres ingratos y desconocidos que no adoraban a su creador, nuestros indios les tributaban honores. El undécimo día del tonalámatl les estaba dedicado bajo el nombre de Otzomatli entre los nauas: Batz, entre los tzendales y quichés: Chuen, entre los mayas y Loo entre los zapotecas, palabras todas que significan mono en las diversas lenguas. La undécima trecena también les estaba dedicada. Los que nacen en el signo Otzomatli, escribe Sahagún, siendo varones "dicen que serían bien acondicionados, regocijados y amigos de todos y además cantores, bailadores o pintores o aprendieran algún buen oficio por haber nacido en tal signo". Estas eran entre los egipcios las cualidades que atribuían a los monos y deben haberlas tenido también entre los nauas puesto que las comunicaban a quienes nacían en su día.

Los dioses patronos de las trecenas del tonalámatl están siempre ligados de alguna manera con el signo dominante en la trecena y por algunas de las divisiones y arreglos de ese cómputo astrológico, por las pinturas de los Códices Borgía, Vaticano B., Feyervary, Bourbon y otros, podemos comprender que

el dios que dominaba en la trecena *un Mono, ce Otzomatli,* era uno de los *Tzentzontotochtli,* cuatrocientos conejos, innumerables dioses del vino. Ante uno de ellos, según el intérprete del Códice Magliavecchi, en el baile que hacían en su fiesta, iba, "un indio vestido con un pellejo de mono, que ellos llaman en su lengua *otzomatli*". Perdiendo el equilibrio y dando traspies pintan a Sileno, que capitanea a los Sátiros en las bacanales de Dioniso, el dios del vino. El otzomatli de la fiesta del dios del vino ¿no es una verdadera imagen de Sileno? El mono en la pintura del Códice empuña un cetro igual al que lleva el dios y un escudo con una mano formando una higa como divisa. (Cód. Mag. fol. 54 ver.) Este escudo liga por medio de la mano a los monos de nuestros indios como estaban en Egipto.

Las empresas de los escudos que llevaban en las manos los personajes mitológicos de los códices mexicanos están siempre relacionadas con las atribuciones del personaje, así es que la mano que lleva en su escudo el mono compañero del dios del vino, indica sus relaciones con el sol fecundante. Kaf es el nombre egipcio de ciertos monos según nos dijo un escritor que citamos, y kaf nos dice es igualmente el nombre de la mano; lo que no tenemos razón para dudar por las muchas palabras semíticas que hay en esa lengua y כת en hebreo quiere decir la mano abierta. Además, cita el mismo autor la undécima división del Libro de Hades, donde se pintan cuatro monos llevando enormes manos. De esto podemos deducir que si los monos se escogieron para simbolizar los elementos compañeros operativos del sol, fué por tener no dos sino cuatro manos, a lo que debieron su nombre genérico de cuadrumanos. Los dioses solares de la India, asegura el Gen. Forlong, se pintan todos con cuatro manos, simbolizando, creo yo, la obra fecundante del sol acompañado por cuatro elementos que los cuatro monos egipcios significaban. Ningún dios Sol era más activo que Dioniso y Quetzalcóatl en su cualidad de dios del vino, Ometochtli.

La conexión de los monos con los innumerables dioses del vino, los Tzentzontotochtli compañeros del dios, se advierte en que muchas veces en los Códices llevan estos dioses una diadema con la cabeza de un mono sobre la frente, como se puede ver en varias láminas del Códice Borgia, Vaticano B. y Feyervary. Esos innumerables dioses del vino con las insignias de los monos

¿no se podría decir que fueran los Sátiros que acompañaban a Dioniso en sus excursiones, los monos compañeros de Osiris?

En una de las láminas del Códice Borgia que se refieren a la trecena *ce Otzomatli,* un mono, se ve un cuadrumano delante de la divinidad que la patrocina la cual va ataviada con la guirnalda que ordinariamente lleva Tonatliuh, el dios Sol, el abanico propio de Quetzalcóatl y el pequeño cuadrilátero polícromo facial, propio de Xochipilli. También este último era un dios solar y su nombre de niño flor o niño precioso, nos indica el sol naciente, mientras Quetzalcóatl con su salida de Tula para dirigirse al oriente, se nos da a reconocer como el sol que cae, y Tonatliuh es el sol resplandeciente, que atraviesa la bóveda celestial iluminando al mundo. El mono ante la divinidad que representa al sol en sus tres aspectos, nos está diciendo que es el compañero del sol durante su carrera por el firmamento, como los monos que caminaban en la proa de la barca de Ra y viajaban por el espacio celestial con el sol.

En una viñeta del papiro de Ani se ve a éste con su mujer, Thuthu, arrodillados ante Khéfera, dios sol representado con un escarabajo en vez de la cabeza, yendo sentado en la barca del Sol que nace: detrás de ella se ven dos monos con las manos extendidas y los glifos que indican el papel que representan. En la línea 124 del texto del cap. XVII se dice quiénes son: "Allí está Khéfera en su barca: es el mismo Ra. Con relación a los que vigilan y dan su juicio, son los monos Isis y Nephthys". (Book of Dead. II. ps. 108 y 109). Estas dos diosas, en compañía de otras dos, se encuentran en otro pasaje del mismo libro que han incorporado en sí a los cuatro hijos de Horus, los sostenedores del cielo. El Cielo y la Tierra, Nut y Keb, "fueron la madre y el padre de cuatro divinidades: Osiris e Isis, Set y Nephthys". (Breasted. History of Egypt. p. 56.) y por el texto anterior acabamos de ver que dos de estos hijos del Cielo y de la Tierra, identificados con los sostenedores del cielo en figura de monos, vigilaban y daban su juicio al ponerse en movimiento la barca que debía llevar al Sol.

Dos monos hijos del Cielo o del Sol y de la Tierra, asimilados a los sostenedores del cielo, encontramos en la mitología de los quichés. Hun-hunahpú, el Cielo o el Sol, como dejé demostrado ya, tenía como esposa a Xbaquiyalo, la que tiene o conserva

juntos los huesos: Ximénez traduce el nombre, huesos atados. El concepto que tenían los indios de la diosa Tierra, no como productora de flores y frutos, sino como receptora de los cadáveres que se convertían en huesos, y la forma que a veces le daban los nauas de calavera o esqueleto, nos asegura que la que tenía los huesos atados o la que conservaba juntos los huesos, Xbaquiyalo, tenía que ser la diosa Tierra. Hun-hunahpú, pues, el Cielo, tuvo cuatro hijos: dos de Xbaquiyalo y otros dos póstumos, portentosamente concebidos por la virgen Xquic, la sangre, la tierra que alimenta y da vida, justamente identificada por Ximénez con Xochiquetzalli, la diosa Tierra florida y fructífera de los nauas. De la madre y de los hijos de Xquic ya hablé también en otro lugar. Los primeros hijos de Hun-hunahpú fueron Hun-Batz y Hun-Choven. El día correspondiente a Otzomatli ya vimos que los mayas de Chiapas y Guatemala lo llamaban Batz y los de Yucatán Chuen, que es lo mismo que Choven; por consiguiente, si no tuviéramos más argumento que éste, podríamos colegir que tanto el nombre de Hun-Batz, como el de Hun-Choven no significan sino un mono, y que los primeros hijos del Cielo y de la Tierra fueron dos monos, como Isis y Nephthys hijas del Cielo y de la Tierra en Egipto, figuradas como monos.

Tenemos otra prueba irrecusable para probar que Hun-Batz y Hun-Choven fueran monos en realidad, si no se admite el argumento de los nombres, y es la leyenda referida a ellos. Hun-hunahpú, que era grande sabio y adivino y "era mucha su sabiduría aquí en la tierra" enseñó a sus hijos Hun-Batz y Hun-Choven "a tocar el calabazo, a cantar, a pintar, a entallar, a labrar piedras preciosas y a plateros": así es que, "Hun-Batz y Hun-Choven sólo entendieron en tocar flautas y cantar, en pintar y hacer obras de talla todo el día". Tenían una milpa o sementera de maíz y "estaba en el camino ancho que habían hecho ellos". He aquí a los hijos de Hun-hunahpú que no eran tan perezosos y buenos para nada como dice Hesíodo de los Sátiros, aunque, como ellos, tocaban y cantaban y, como ellos, atendían a proveer a los hombres de mantenimientos, porque, aunque su milpa no tuviera frutos, apenas los invocaban, las redes se llenaban de mazorcas. Tales eran las redes que usaban los quichés para transportar los frutos, las que dieron origen probablemente a los vestidos reticulados de los dioses de la fertilidad: y tal era

Xquic, madrastra de Hun-Batz y Hun-Choven, que llenó su red portentosamente de maíz en la milpa que no tenía frutos y que habían plantado los hijos de Hun-hunahpú.

Xquic, la madre de Hun-ahpú y Xbalenqué, los otros dos hijos de Hun-hunahpú, se había ido a vivir a la casa del padre de sus hijos después que salió de la región de los muertos, en donde los había concebido de la saliva de la calavera de Hun-ahpú, y allí vivía con Hun-Batz y Hun-Choven. Sus hijos Hun-ahpú y Xbalenqué pasaban los días cazando pájaros con sus cerbatanas, mientras que Hun-Batz y Hun-Choven no hacían otra cosa que tocar y cantar.

Un día los hijos de Xquic convidaron a sus medio hermanos para que les bajaran de los árboles los pájaros que cazaban y se les quedaban enredados entre las ramas y esto lo hicieron con segunda intención, queriéndose vengar del mal que les habían causado. "Por la gran pena y dolor que nos han causado fuimos muertos y perdidos, esto querían nuestros hermanos", dijeron Hun-Ahpú y Xbalenqué. Habiendo pues subido a uno de los árboles para bajar los pájaros, cuando Hun-Batz y Hun-Choven estuvieron arriba, el tronco engrosó de tal manera que no pudieron bajar. "Desatad vuestros bragueros y ceñidores", les decían sus mediohermanos, "y atadlos debajo de vuestros vientres, largad su punta y sacadla para atrás y de este modo podréis andar y bajar, esto les fué dicho por sus hermanos. Bien, dijeron ellos, y luego que sacaron las puntas de sus ceñidores al punto se convirtieron en colas y se volvieron micos, y luego se fueron por la cima de los árboles y sobre los montes, los montes grandes y las selvas, y gritaban y maneaban, y columpiaban de las ramas, y así fué el ser ganados el Hun-Batz y Hun-Choven por Hun-Ahpú y Xbalenqué y sólo por milagro hicieron ésto". (Ximénez. ps. 29 y 47).

La abuela de los que habían sido convertidos en monos quiso volverlos a ver y sus otros nietos lo consintieron con la condición de que no se había de reír. Entonces Hun-Ahpú y Xbalenqué "cantaron y tocaron las flautas y el tambor: cuando tomaron las flautas y sus tambores, asentaron a la vieja consigo y cuando tocaron y cantaron en su canto, se llamó aquel canto Hun-Ahpú-coy, un tirador mico; y tocando llamando a Hun-Batz y Hun-Choven vinieron bailando y viendo la vieja los malos gestos que hacían y sus malas caras, viendo esto se rió, no pudo sufrir la

risa; y en un instante se fueron al monte". Cuatro veces los hicieron volver, pero sus monerías excitaban de tal manera la risa de la abuela que no la podían detener: llamados la cuarta vez y vueltos a los montes, no se les volvió a llamar.

A estos monos se encomendaban e "invocaban los hombres antiguos, los pintores y entalladores, que se volvieron brutos micos porque se ensoberbecieron y maltrataron a sus hermanos y los tuvieron como esclavos". (Ximénez. ps. 47 y 49).

Hun-Batz y Hun-Choven eran entre los quichés los dioses de la música, el canto, la danza, la pintura, la escultura y las artes en general, como entre los egipcios el cinocéfalo, representante de Thoth. En otro lugar hablamos de dos dioses de los mayas de Yucatán, identificados con dos de los cuatro Bacab, los sostenedores del cielo, y a esos dos dioses llama el P. Román, Hun-Chuen, un Mono, y Hun-Ahau, un Señor. Estos dos dioses de Yucatán seguramente son los dos dioses Monos de Guatemala que acabamos de ver, no sólo porque uno de ellos tiene el mismo nombre con una ligerísima diferencia ortográfica sin importancia, sino porque en Yucatán tenían las mismas atribuciones de Hun-Batz y Hun-Choven. "Todos los oficiales que tenían ingenio como pintores, plumeros, entalladores, plateros y los semejantes, honraban mucho a estos dioses", dice el P. Román de Hun-Chuen y Hun-Ahau, "y les pedían favor y ayuda para ser perfectos en sus artes y oficios". (Rep. Gen. II. p. 52.) Los dioses Monos de Guatemala eran pues los dioses artistas de Yucatán.

De Shu, el dios gemelo, leemos también en el papiro mágico que se le dice: "Tú tomaste la forma de un mono". De Quetzalcóatl, el dios gemelo mexicano, no sabemos que hubiera tomado forma de mono en algún mito, pero si que al salir de Tula para volver al oriente, "iban delante tañendo flautas", dice Sahagún. (I. p. 256.) Tezozómoc conservó los nombres de los que acompañaron a Quetzalcóatl y deben seguramente haber sido los que "iban delante tañendo flautas" y se llamaban Ce-Teuctli, Otzomatli, Matlal-Xóchitl y Timal. (Cron. p. 68.) *Ce- Teuctli,* significa un Señor, en maya *Hun-Ahau,* y Otzomatli significa mono, en maya *Chuen.* Eran entonces la traducción en náuatl de los nombres mayas de los dioses artistas, músicos y cantores, que a su vez eran los dos dioses monos de los quichés.

Mas los compañeros de Quetzalcóatl que lo siguieron hasta

Tlapallan eran cuatro y cuatro demostramos que eran los dioses mayas, dos de los cuales eran Hun-Ahau y Hun-Chuen, identificados con los cuatro Bacab, sostenedores del cielo, y cuatro eran los dioses quichés, procedentes de un solo padre pero de dos madres. De los otros dos nombres de los cuatro compañeros de Quetzalcóatl, Matlal-Xóchitl o sea Matlactli Xóchitl, diez flor, es el nombre del décimo signo de la undécima división del tonalámatl, cuyo signo inicial es precisamente *ce-Otzomatli*, un mono, y con el mono está seguramente en conexión Macuilxóchitl, también músico y cantor. El nombre de Timal no recuerdo haberlo encontrado en ninguno de los libros que he leído, ni encuentro la palabra en los diccionarios mexicanos. Como el manuscrito de Tezozómoc era tan defectuoso y el editor lo dejó con sus defectos, pudiéramos por ventura conjeturar que la lectura de esa palabra fuera Temaitl o Teomaitl, mano divina, y entonces relacionarlo con Huémac, mano grande, mano poderosa, y con los monos egipcios con grandes manos de quienes hablamos ya: pero de una simple conjetura nada fundadamente se puede deducir.

También Quetzalcóatl era cantor, porque cuando lo mandó Tezcatlipoca a la casa del luminar del día diciéndole: "me traerás del Sol los músicos con sus instrumentos para hacerme honor;" el dios del aire, mensajero de Tezcatlipoca, para inducir a los músicos del Sol a venirse con él, "los llamó cantando, y uno de ellos inmediatamente contestó y se fué con él y llevó la música, que es la que los indios usan hoy en sus danzas en honor de sus dioses, como nosotros hacemos con los órganos". Los músicos que acompañaban al sol "estaban vestidos de cuatro colores: blanco, rojo, amarillo y verde". (Thevet o. c. p. 32.) Los colores simbólicos de los puntos cardinales, cuyos representantes hemos visto otras veces que eran los compañeros del Sol y ahora aprendemos que también eran sus cantores y músicos. Mendieta dice que fueron dos los músicos del Sol que vinieron con el enviado de Tezcatlipoca y este número iría de acuerdo con los monos cantores y músicos de los quichés, representantes de dos de los puntos cardinales también.

Para terminar el paralelo entre los monos cantores de nuestros indios y los de los egipcios, solo nos falta añadir que Isis y Nephthys en figura de monos, siendo representantes de dos de los cuatro sostenedores del cielo, los hijos de Horus, y siendo dos

de los cuatro hijos del Cielo y de la Tierra, están en perfecta armonía con los dos monos cantores de nuestros indios, la mitad de los sostenedores del Cielo e hijos del Cielo y de la Tierra ¿Más en la mitología del nuevo hemisferio fueron solamente uno o dos los puntos cardinales, que se representaron con los monos? No lo creo: uno o dos quizá conservaron el recuerdo o representación de los demás, pero es probable que hayan sido los cuatro. Lo mismo sucede con los hijos de Horus, los sostenedores del Cielo. "Los vasos canópicos con sus cabezas de halcón cinocéfalo, chacal y hombre, desde la XI dinastía se emplearon para guardar las vísceras que necesariamente había que extraer al cuerpo durante el proceso del embalsamamiento". Tales cabezas representaban "los dioses de los cuatro puntos cardinales, los hijos de Horus; Hapi, Amset, Tuamutef y Kebhsenuf". (Maspero, Mannual of Egyptian Archeology, 191; Ancient Egypt and Assyria, 135). Así se dibujan también en otros documentos y se esculpen y pintan en monumentos egipcios. Hapi lleva cabeza de cinocéfalo; Tuamutef, de chacal; Xesta o Amset, de hombre y Kebhsenuf, de halcón.

Uno solo de los representantes de los puntos cardinales lleva cabeza de mono, Hapi, nombre que se da también al Nilo y al toro, viviente imagen de Osiris. Sólo uno de los compañeros de Quetzalcóatl llevaba el nombre del mono Otzomatli y sólo uno de los dioses mayas, asimilados a los Bacab, llevaba el nombre de Chuen, mono. Dos de los puntos cardinales representados con monos los hemos visto en Egipto y en Guatemala, y como los hijos de Horus se ven a veces en los monumentos llevando todos los cuatro o cabezas de chacal o de halcón o humanas o de mono podemos suponer que al estar repartidos estos cuatro emblemas de los puntos cardinales entre los hijos de Horus, fué porque cada uno de ellos podía representar a los cuatro puntos cardinales o a los dioses que estaban ligados con ellos, estando destinada su representación principalmente a uno de ellos. Lo mismo se podría decir de los nombres diversos que daban nuestros indios a los puntos cardinales y, en ese supuesto, podríamos pensar también que los cuatro o seis tuvieran el mono como emblema, aunque uno solo de ellos llevara el nombre del animal.

El cuento de los dos hermanos quichés, Hun-Batz y Hun-Choven, convertidos en monos en castigo de los malos tratamientos a sus otros dos hermanos y de los hombres de madera convertidos

también en monos por el desprecio con que vieron a su creador, me traen a la memoria los Cércopes griegos, creídos por algunos una generación de hombres perversos convertidos en monos, por otros solo como dos hermanos que sufrieron este castigo. Ovidio trae la primera versión asegurándonos que por los Cércopes, hombres-monos, las islas que están cerca de Nápoles tomaron el nombre de Pithecusas, islas de los monos. "Porque el padre de los dioses, que detesta los fraudes y los perjurios cometidos por los Cércopes, raza pérfida, en cierta ocasión cambió a los hombres en deformes animales, que al mismo tiempo se les asemejaran y fueran distintos de ellos. Acortó sus miembros, acható y volvió su nariz hacia la frente, surcó sus caras con seniles arrugas y los mandó a Pithecusa con el cuerpo todo cubierto de amarillento pelo. Mas antes los privó del uso de la palabra y del uso del lenguaje que habían aprovechado para los perversos perjurios, dejándoles solamente el poder quejarse con roncos gruñidos". (Ovidio. Metam. XIV. 91-100). La pintura que hace el poeta de la faz cambiada de los Cércopes es la que en monedas, estatuas y relieves se da frecuentemente a los Sátiros.

En un poema jocoso que lleva el nombre de Cércopes y se atribuye a Homero, solo conocido por insignificantes fragmentos, son dos hermanos los Cércopes, como los quichés Hun-Batz y Hun-Choven. Eran originarios de Ecalia, en Eubea, o, según otros, de Lidia, la patria de los Silenos. De ellos dice Suidas "que vivían sobre la tierra practicando toda clase de bellaquerías y se llamaban Cércopes, hombres monos, por sus astucias. El uno tenía por nombre Passalo, estaca, el otro Acmón, yunque. Su madre, una hija de Memnón, heroe oriental, hijo de la Aurora, conociendo las artimañas de sus hijos, les aconsejó desbalijar a Melampigo, el de las plantas negras, o sea Heracles. Estos Cércopes eran del linaje de Océano y Thea y se dice que fueron convertidos en piedras por haber tratado de engañar a Zeus". (Dic. s. v. Κερκωπες).

La conversión en piedras nos recuerda que con piedras eran simbolizados los puntos cardinales. "Embusteros y fraudulentos" dice un fragmento del poema atribuído a Homero, "diestros en lo difícil de ejecutarse, consumados bellacos, viajaban constantemente por todo el mundo engañando a los hombres". A Heracles lo robaron mientras dormía, pero él los cogió y unos dicen que

los mató, otros que los entregó a Onfale y otros que los dejó en libertad. Las versiones más antiguas a mi parecer son las de que Zeus los convirtió en monos o en piedras; y creo que son las más antiguas porque mejor convienen a las creencias de los quichés, cuyos hombres convertidos en monos, siendo los Bacab de los mayas, puede también decirse que se convirtieron en piedras. Los nombres de Passalo y Acmón, que llevaban, pueden ligarlos con el simbolismo que ya hemos visto de los representantes de los puntos cardinales y compañeros del Sol, relaciones que se afirman en los Cércopes por la descendencia de la Aurora y los dioses marinos, y su vida errante.

*

* *

En la literatura de casi todos los pueblos antiguos del otro lado del Atlántico, desde los egipcios hasta los árabes, encontramos un cuento de dos hermanos, con el que desde niños nos familiarizamos al leer las "Mil y una Noches". Con cuentos semejantes a éste, como los que nos dejaron los antiguos, pudiéramos hasta cierto punto comparar las pueriles o simbólicas hazañas de los gemelos quichés, Hun-Ahpú y Xbalenqué, medio hermanos de los que fueron convertidos en monos y que, en su metamórfosis, tienen un punto de contacto con los Cércopes: pero hay que notar que en esos antiguos cuentos de los dos hermanos, más o menos mitológicos o novelescos, varían las circunstancias y accidentes, la clase de los personajes, la trama y solución final, pero se conservan tales trazos fundamentales que no puede leerse uno sin que vengan a la imaginación otros. Tales puntos de semejanza no pueden menos que hacernos creer que el cuento de los dos hermanos en sus múltiples formas contiene las variaciones de un tipo primitivo, que los siglos llevaron hasta los más opuestos límites, introducidas por la índole, la educación, el temperamento, cultura o salvajismo de los pueblos, a través de los cuales la historia de los dos hermanos se abrió paso hasta llegar a nuestra noticia. El prototipo pudo haber sido un hecho histórico que, de generación en generación, cuando no había más medio que la memoria para conservar el recuerdo de los pasados hechos, pudo haber tomado una forma simbólica que lo hizo pasar a la mitología,

de donde, por las especulaciones de los teosofistas o por las elucubraciones de los pensadores, le fué posible volver a su forma romántica, primera derivación de la historia.

En Egipto los dos hermanos llevan el nombre de Ampu y Bata. Son dos hombres, pero dice el Dr. Budge que, aunque "se describen como hombres en este cuento, es enteramente manifiesto que al principio fueron dioses". (Osiris I. p. 65.). No tengo la osadía de contradecir a tan ilustre escritor; tan sólo insinúo que los dioses de donde se formaron los hermanos egipcios del cuento, pudieron, a su vez, haber tenido origen de hombres mortales divinizados. El mismo Dr. Budge observa que M. Lefebur nos hace saber haber sido Tem el primer hombre que entre los egipcios, se creyó haberse hecho dios y que a su muerte fué identificado con el sol poniente. (The Gods of the Egyptians. p. 349). En la mitología egipcia y ariana tenemos gemelos mitológicos, cuyas representaciones simbólicas encontramos trazadas desde los tiempos más remotos conocidos, y no pudiendo ir más allá con el auxilio de los documentos puramente humanos que poseemos, compararemos con estos hermanos mitológicos los no menos mitológicos gemelos quichés, relacionados ya en otra parte con los mayas y los nauas, usando en complexo de los mitos conservados por las tres tribus. Comencemos por los egipcios.

El dios Tem, de quien acabamos de hablar, creído por M. Lefebur un mortal identificado con el sol poniente, tuvo dos gemelos, Shu y Tefnut, de cuyo nacimiento, sin concurso de mujer, se nos habla en la inscripción de Pepi II. Tem, Temu o Atem, opinan algunos egiptólogos que fué en su origen el dios local de Annu o Heliópolis y que, "en el período dinástico, de uno o de otro modo se tuvo como una de las formas del gran dios Sol, Ra, y fué la personificación del Sol poniente". (Budge. Gods of the Egyptians p. 352.). El culto de Tem, sin embargo, no es difícil que hubiera existido antes de las primeras dinastías. En el mito de Isis, que quiere arrancar el secreto de su nombre a Ra, se le hace decir al dios: "Yo soy Kheperá por la mañana, Ra a medio día y Temu por la tarde". De aquí se puede colegir que Kheperá y Temu no eran sino otras formas de Ra, relacionadas con el orto y el ocaso del Sol, que era Ra.

Tem además de ser una forma del Sol, era también el viento que lleva refrigerio a los mortales y respiro a los muertos.

"Una de las formas en que Tem se adoró fué la de una inmensa serpiente, y de un texto de las pirámides se desprende que fué también la forma simbólica de los dioses de la fecundidad". (Budge, o. c. p. 354.). Hun-hun-ahpú, el único tirador de cerbatana, demostramos ya haber sido un dios representante del Cielo o del Sol, y su nombre de tirador de cerbatana, nos indica sus relaciones con el viento por ser una arma la cerbatana que solo puede funcionar por medio de soplidos. Este dios Sol, relacionado con el viento, fué el padre de los dos gemelos quichés, Hun-ahpú y Xbalenqué.

"Unido consigo mismo el dios Tem, según una leyenda por lo menos tan antigua como las pirámides, escupió y su saliva fueron los dioses Shu y Tefnut". (Budge. o. y 1. C.) La calavera de Hun-hun-ahpú, escupió sobre la mano de Xquic y de esa saliva procedieron los gemelos Hun-ahpú y Xbalenqué. Tum, dijimos que no era sino la forma del Sol poniente, Kheperá la del oriente, ambos sin embargo eran el mismo dios Sol, Ra, y por esto leemos en el papiro de Nesi Amsu, que "cuando Kheperá creó a Shu y Tefnut y les quiso dar vida, tomó sus figuras entre los brazos y se volvieron vivientes dioses", (Ap. Budge. Osiris. II. p. 86:)y de Shu dice Lanzoni que, "fué hijo primogénito de Ra y de Hathor y hermano gemelo de Tefnut". En el mismo escritor se encuentra que uno de los elementos Shu se identifica con el viento y con el aire, pero tal asimilación se cree por algunos que derive de la personificación de la Aurora, admitida por ellos en Shu, diciendo que el alba trae los vientos frescos. En este caso Shu, como viento, pudiera asimilarse al Alba como el efecto a la causa, sin perder su representación de aire y de viento probada por varios textos en geroglíficos.

Shu es el que levanta al difunto y lo lleva sobre sus hombros para que entre al cielo, se lee en una inscripción de Teta; y en el Himno de Hunefer, el escriba, se dice, fué Thoth el que "trajo el viento del norte, que procede del dios Temu, a tus narices, oh Señor de Ta-Tcheser. El hizo que la luz de Shu cayera sobre tu cuerpo". Thoth "mandó a su hermano *a lo que Shu soporta* para derramar las aguas del firmamento, a establecer las montañas y colinas para hacer germinar la verdura que crece en los eriales incultos y el grano que azota los campos". Entonces *lo que soporta Shu* son las nubes cargadas con el agua del cielo

que hace germinar las plantas y producir frutos a la tierra, azotada por las espigas de grano movidas por el viento: y en ese caso, la luz que cae sobre el cuerpo del Señor de Ta-Tcheser, serán los relámpagos que se producen en las nubes y no la claridad del Alba.

"Homenaje a vosotras, Aguas llevadas por Shu y levantadas por Meteftá, en donde Keb purificó sus miembros", leemos en la inscripción de Pepi: "Hombres y dioses, que vuestras manos estén debajo de Pepi. Levantad a Pepi y elevadlo a los cielos, como las dos manos de Shu que están bajo el cielo y lo levantan: al cielo, al cielo, al Gran Lugar entre los dioses". Para llegar a ese lugar, Pepi camina con las piernas de Shu. "La espalda de Pepi es la espalda de Thoth, las piernas de Pepi son las piernas de Shu. Shu lo lleva al cielo, oh dioses, dad vuestra mano a Pepi". No solamente Shu, Tefnut concurre con él a la exaltación de Pepi. "El padre de Pepi es Shu, la madre de Pepi es Tefnut, ellos levantan a Pepi al cielo en la llama del incienso". La llama que se levanta al cielo, movida por Shu, que es el viento, tendrá que ser Tefnut, porque ambos levantaron a Pepi en la llama del incienso y en efecto, en las inscripciones de Denderah se lee "Shu y Tefnut estaban con él, es decir, con Osiris en los tiempos primitivos". Shu dice: "Yo soy quien doy aire a la garganta cerrada, y de él procede la vida de la garganta", Tefnut dice: "Yo hice la forma del fuego *amit* para desbaratar a los enemigos". Tefnut se ve que estaba en conexión con el fuego.

Los textos jeroglíficos y los mitos nos demuestran que así como Shu llevaba las almas de los difuntos al cielo, así, como viento, como el aire atmosférico, fué él quien levantó el Cielo de la Tierra. Encontramos en una inscripción de Biban-el-Moluc "Shu separó el Cielo de la Tierra, levantó el Cielo por millones de años; sobre el suelo él levanto el Cielo y lo estableció con sus manos". (Lepsius. Denk. III. 234.). Pero no dominaba solo en el firmamento: su hermana gemela Tefnut participaba de su poder, así lo dice una inscripción encontrada en el sarcófago de la reina Maat-Kara donde "se dice que los dos ojos de Horus son Shu y Tefnut; el uno es el de la barca del Sol de la mañana; el otro, el de la barca del Sol de la tarde". La barca matutina del Sol se llamaba Matet, que quiere decir fortaleciéndose: la ves-

pertina Semket, que significa debilitándose. (Lanz. o. c. Budge. The Gods of the Egyptians. I. 324.).

En la mitología de los nauas el sexo fuerte, los guerreros, acompañaban al Sol desde su nacimiento hasta la mitad de su carrera; del meridiano lo acompañaban al ocaso el sexo débil, las mujeres. Shu el hermano dominaba en el oriente; Tefnut, la hermana, en el poniente. Shu era el viento matutino, agradable y fresco; Tefnut, relacionada con el fuego, era el viento caliente de la tarde. Por los dominios de los dos gemelos, se dice a Pepi: "Los dos grandes poderosos dioses que están sobre Sekhet Aru, se sentaron sobre el trono de Horus y son ellos los que colocan a Shu a tu oriente, a Tefnut a tu occidente, a Nu, al sud y a Nenet, al norte". He aquí a nuestros dos gemelos colocados entre los puntos cardinales, representando a los elementos como sucede exactamente con nuestros indios según ya lo vimos.

Shu es el aire; Tefnut, puede decirse el fuego: Nu el elemento líquido puesto que en la ya citada inscripción de Pepi, se dice de él: "Pepi vino a luz por Nu cuando no había cielo, cuando no había tierra, cuando nada estaba establecido, cuando no había lucha, ni el temor que se levantó del ojo de Horus". Y también: "Pepi es la efusión de las aguas celestiales que apareció cuando Nu vino a la existencia". Nu era el elemento acuoso y Nenet debe haber sido un representante de la tierra. (Budge. Osiris and the Egyptians Resurrection, passim).

Shu y Tefnut son los dos gemelos egipcios enteramente divinizados; mas en sus mismos conceptos simbólicos y en sus mismas divinas genealogías, encontramos el parecido de ellos con los dioses gemelos de nuestros indios. Ra, el Sol, Hathor, la diosa Tierra florida y fructífera, la Afrodite egipcia ya comparada con las diosas de nuestros indios que representaban igual aspecto de la Tierra, fueron según la versión del mito que Lanzoni nos dice, los padres de los gemelos egipcios, cuyo admirable nacimiento, según los textos de las pirámides, ya comparamos con la portentosa concepción de los gemelos quichés. Ra y Hathor corresponden exactamente en su significado simbólico a Hun-hun-ahpú y Xquic, los padres de Hun-ahpú y Xbalenqué, cuya diaria ocupación era soplar en la cerbatana para matar pájaros con el bodoque lanzado con los soplidos.

De un pueblo bárbaro e infantil como los quichés encontra-

dos por los españoles, no se podía pedir imagen más elevada para representar un dios humanizado que tuviera poder sobre el viento. Los gemelos con sus soplidos mataban pájaros posados sobre las ramas de los árboles. El mito nació de los monumentos y las pinturas en que se representaba al Sol en forma de ave que se posaba sobre los árboles indicadores de los puntos cardinales. El mito naua tiene una forma menos pueril. Quetzalcóatl el gemelo precioso ya abate, ya eleva al Sol. Su nombre significa también serpiente y, con un inmenso reptil de esta clase, se representaba a Tem el padre de los gemelos egipcios en los monumentos, y también al indio, divino gemelo, en Guatemala, Chiapas, Yucatán y México.

Otros nombres de Quetzalcóatl eran Ehécatl, el viento, y Youalliehécatl, el viento nocturno. Ehécatl en contraposición del viento nocturno, Youalliehécatl, pudiera darnos a entender el viento diurno y así Ehécatl y Youalliehécatl vendrían en cierto modo a conferir al gemelo nauatl, las atribuciones de Shu y Tefnut, tanto más, que Youalliehécatl está entre los nauas identificado con el fuego.

Shu levanta el Cielo de la Tierra; exactamente hace lo mismo Quetzalcóatl; además, en el Libro de los Muertos se lee que "Shu levanta los pilares del cielo" y Quetzalcóatl, para que el cielo no volviera a caer, creó cuatro hombres que lo sostuvieran. En el mismo Libro de los Muertos se nos dice que Ra, el Sol "da la vuelta apenas Shu lo levanta" y, en la Historia de los Mexicanos, leemos que fué Quetzalcóatl quien hizo el Sol, el cual no queriendo caminar, se dice, en el capítulo VII del original en nauatl de Sahagún, que Ehécatl comenzó a soplar y él hizo mover al Sol. Ehécatl, nombre de Quetzalcóatl, referido a él, creemos sea el viento del oriente que fué el que hizo mover al Sol apenas salió. Para poder comparar con Tefnut, hermana de Shu, al mismo Quetzalcóatl o Huémac, que casi se confunde enteramente con él, no obsta que Youalliehécatl con quien se compara, se aplique a un personaje masculino siendo Tefnut mujer, porque se dice haber sido esposa de Thoth de Penubs y Thoth, en sus ministerios divinos que no se relacionan con los muertos, tiene una analogía muy marcada con Quetzalcóatl. (Lanzoni. Diz. di Mitolog. Egiz. s. v. Su e Tefnut; Hist. de los Mex. p. 234, 235.) Thoth es la luna que con el enlace de Tefnut entra a participar de las atribuciones de los divinos gemelos.

Los gemelos egipcios se ligan en el cielo con los gemelos griegos. En el zodiaco de Denderah, Shu y Tefnut representan la constelación de Géminis, mientras que Higinio escribe que Zeus, en premio del amor fraternal con que se veían Castor y Pollux o Polideuces, como los griegos lo llamaban, les dió un lugar en el cielo convirtiéndolos en las dos estrellas principales de la constelación de Géminis. Horacio los llama *lucida sidera,* estrellas luminosas (Od. I. III. 2.) y a su presencia se atribuían los fuegos eléctricos que durante las tempestades se hacían visibles a las extremidades de los mástiles y las antenas. Nosotros les damos el nombre de fuegos de Santelmo. (Plinio. H. N. II. 101.) A Castor y Polideuces se les daba en Grecia el nombre colectivo de Dióscuros Διόσκοροι o Διόσκουροι, palabras compuestas de κορος. hijo, niño y Διος genitivo de Ζεύς, o más bien de Δίς, con lo que indicaban su origen de Zeus, de quien se dice comunmente que eran hijos.

En uno de los himnos que les estaban dedicados se lee: "Canta Musa de esclarecida voz, de los Tindárides Castor y Polideuces que brotaron de Zeus Olímpico. En las faldas del Taigeto, Leda la señora los dió a luz después que el hijo de Cronos, el de la nube oscura, la hizo condescender a sus deseos. Salve hijos de Tindareo, caballeros en veloces corceles". (Him. Hom. XVII.) Un escoliastes de Píndaro nos hace saber que lo mismo pensaba Hesíodo. Del Himno que citamos se deduce, que dándosele a Zeus el epíteto de "el de la nube oscura", su paternidad se considera en cuanto a que era el dios de las lluvias y tempestades; y también que la equitación era la principal ocupación simbólica de los Dióscuros, no haciéndose mención de otra y saludándoseles como "caballeros en briosos corceles".

Pero ¿porqué siendo hijos de Zeus, en el Himno también se les llama hijos de Tindareo? Porque también se reputaban como tales y así lo encontramos en Homero. "Leda, esposa de Tindareo, tuvo de él dos hijos de pensamientos elevados; Castor, domador de caballos, y Polideuces, el más diestro de los hombres en el pugilato. La fructífera tierra tiene vivos a los dos, que, por insigne privilegio de Zeus, en días alternados viven aún debajo de la tierra y a veces también están muertos, habiendo obtenido por suerte un honor igual al de los dioses". (Odis. XI. 298-304).

Las alternativas de vida y muerte se explican en la opinión de aquellos que hacen a uno de los Dióscuros hijo de Zeus, al otro de Tindareo; por consiguiente, uno nació con naturaleza humana y el otro divina; uno era inmortal el otro sujeto a la muerte. (Apol. III. 10. Higin. Fab. 77.) "Castor era mortal", dice Clemente Alejandrino citando el poema Cipria" y le estaba destinada la muerte, pero Polideuces, vástago de Ares, era inmortal". (Prot. II. III. 5.) Píndaro, admitiendo la naturaleza humana de Castor, no hace a Polideuces hijo de Ares, sino de Zeus, y así explica las alternativas entre la vida y la muerte de los gemelos.

Una vez los Dióscuros en unión con Idas y Linceo, hijos de Afareo, se llevaron de Arcadia un ganado que Idas se apropió y se llevó a Messene. Los Dióscuros no sólo recuperaron lo que Idas se había llevado, sino habiendo invadido Messene, recogieron un gran botín. De aquí nació una contienda entre los Dióscuros y los hijos de Afareo, en la cual Linceo hirió mortalmente a Castor antes que pudiera recibir el auxilio de Polideuces, quien, cuando llegó, mató a Linceo y el padre Zeus, indignado, mandó sus rayos contra Idas. Viendo a su hermano con las convulsiones de la agonía, Polideuces se dirigió a Zeus de esta manera: "Oh Padre, oh Hijo de Cronos ¿cuándo, oh, cuándo podrá lograr refrigerio mi dolor? Permíteme morir también, oh rey, con este hermano mío". Zeus le contestó. "Tú eres mi hijo, mientras Castor fué engendrado por el esposo de tu madre, hombre mortal, después que fuiste concebido. Mas, ea concederé liberalmente lo que elijas. Si quieres librarte de la muerte y la decrepitud y vivir conmigo en el Olimpo y con Athene y con Ares el de la lanza sombría, puedes conseguir esta suerte como destinada a ti. Mas si pretendes ser partícipe de tu hermano en lo que le está destinado, entonces la mitad del tiempo podrás vivir bajo la tierra y la otra mitad en las doradas mansiones celestiales. No teniendo Polideuces una doble intención, cuando el dios terminó, Zeus una vez más abrió los ojos y desató la voz del guerrero Castor, armado de bronce". Desde entonces, "los gemelos pasan un día a la presencia de su amado padre Zeus y el otro abajo en las profundidades de la tierra, en los subtérraneos de Therapne, cumpliendo una suerte común desde que, cuando Castor murió en la guerra, Polideuces prefirió su vida a ser enteramente un dios y vivir en el cielo'.. (Píndaro. Nem. X. 55. 90.)

Para Teócrito la contienda entre los Dióscuros y los hijos de Afareo no fué por el ganado, sino porque Castor y Polideuces se apoderaron de Hilaria y Febe, hijas de Leucippo, prometidas a Linceo e Idas. (Idil. XXII. 137.) Córai Leucíppides llama Eurípides a las prometidas de los hijos de Afareo, veneradas por los lacedemonios, y Pausanias nos hace saber que Febe fué una sacerdotisa de Athene, que tuvo un hijo de Polideuces. (Eur. Helen. 1466: Paus. II. XXII. 6.)

La naturaleza terrena y celestial de los Dióscuros, sus muertes y resurrecciones alternadas, han hecho a los mitólogos considerar en los gemelos griegos la personificación de la luz y las tinieblas; los crepúsculos medio claros y medio oscuros; el orto y el ocaso del sol, el sol y la luna y las apariciones y ocultaciones del planeta Venus, como astro matutino y vespertino, corroborada esta última opinión con las monedas antiguas y monumentos de arte en donde los Dióscuros aparecen adornados con una estrella sobre la cabeza, interpretada, no como el fuego de Santelmo, ni las dos estrellas principales de la constelación de Géminis, sino la Estrella matutina y vespertina.

Si la oscuridad y la luz, los crepúsculos, el orto y el ocaso del sol y la representación de los dos grandes luminares del firmamento, pueden convenir en el simbolismo a los gemelos griegos y también a los mexicanos, considerados ya bajo esos diversos aspectos, no menos pueden representar los gemelos mexicanos las apariciones y ocultaciones del planeta Venus y su doble aspecto de estrella de la mañana y de la tarde.

Nadie ha negado racionalmente que fuera Quetzalcóatl una personificación del planeta. Los testimonios de los antiguos son precisos y las pinturas de los Códices lo manifiestan como tal. Los cómputos numéricos del manuscrito de Dresden hicieron ver al Dr. Foertemann, que los mayas supieron que la estrella de la mañana y de la tarde eran la misma. Si sus ocultaciones y apariciones dieron origen al mito de los Dióscuros, con más razón pudieron haber dado el nombre de gemelo a Quetzalcóatl, que cuando se juzgaban distintas las estrellas de la mañana y de la tarde, entonces los gemelos estuvieron muy bien determinados en Huémac y Quetzalcóatl, Cuculcán e Itzamná; mas cuando se creyó una sola, el recuerdo de su doble forma sólo quedó en el nombre de gemelo atribuído a Quetzalcóatl.

Considerando, sin preocupaciones de sistema preconcebido. todas las fases mitológicas de los Dióscuros, me parece ver en ellas que ni la compañía del Sol con la Luna, ni las ocultaciones del planeta Venus, fueron la base primitiva de los mitos aplicados a los dos gemelos. Ya observamos como en un Himno a los Dióscuros se les atribuye como padre a Zeus en su cualidad de dios de las lluvias, los vientos y las tempestades, κελαινεφής, encapotado con nubes negras, negro por las nubes; en fin, una alusión muy directa a una atmósfera tempestuosa atribuída a Zeus.

Tindareo, su padre según Hesíodo, fué hijo de Ebalo: (Catálogo de las Mujeres, frag. 68, 38.) otros lo hacen hijo de Perieres, ambos del linaje de Eola, de quien Tindareo vendría a ser nieto o biznieto. Tres por lo menos son los Eolos nombrados por los autores, más o menos euhemerizados, pero a todos ellos Diodoro de Sicilia los liga con el mismo tronco genealógico de manera que todos ellos pueden considerarse mitológicamente la personificación de un mismo ser. (Bib. IV. 67: V. 7.) Homero nos habla de él: fué hijo de Hippotes "caro a los dioses inmortales, habitaba en una isla flotante πλωτή. al derredor de la cual había una inquebrantable muralla de bronce o latón, χάγκεος y una roca lisa se levantaba en ella". El parecido de esta isla y su roca con la roca de Scila, nos está indicando su origen mitológico transportado, como la roca de Scila, a la geografía. Es inútil buscar entonces la isla de Eolo en el Mediterráneo; flotante como la de Hefesto y tantas otras de origen mitológico, no sabemos a donde pudo haberse ido a asentar.

En esa isla "nacieron a Eolo doce hijos; seis varones y seis mujeres en pleno vigor. A sus hijos concedió como esposas a sus hijas". Zeus, dice después Homero, "lo hizo guardián de los vientos, tanto para apaciguarlos como para excitarlos cuando le pluguiera". (Odis. X. 1. sig.) No alcanzo a comprender como en Eolo no puedan ver algunos escritores un primitivo dios del viento, cuando nos lo están indicando sus mismos hijos, en cuyas seis parejas vemos los cuatro puntos cardinales y la izquierda y la derecha, seis lugares del espacio que también admitieron los griegos, y el testimonio citado puede ser una prueba, porque en las uniones de los hijos de Eolo se ve una dualidad en la representación de los vientos, que ya percibió Ricci cuando dice, comentando el pasaje "quia venti facile conmiscentur", porque los vientos se

mezclan fácilmente". El mismo nombre de Eolo nos indica sus mitológicas atribuciones siendo que el griego Αἴολος significa rápido, ligero, veloz; y el de su padre Ἱππότης, ginete, el que cabalga, por ser los caballos emblemas de los puntos cardinales y los vientos.

A cualquiera de los dos que consideremos como padre de los Dióscuros, Zeus, productor de las tempestades, o Tindareo, del linaje de Eolo, el Señor de los vientos, los gemelos tienen que estar ligados con los puntos cardinales y las corrientes atmosféricas, y esta conexión la encontramos en otro Himno que les estaba dedicado, donde se dice que son "Niños salvadores de los hombres sobre la tierra y de las veloces embarcaciones que navegan cuando ruje la tempestad en el implacable mar. Entonces los marineros claman a los hijos del gran Zeus con votos y sacrificios de blancos corderos, subiendo a la popa, mientras el furioso viento y las olas del mar sumergen la embarcación en las aguas, cuando repentinamente se ve a estos dos que hienden el aire, veloces como saetas, con sus leonadas alas. Prontamente apaciguan la furia de los vientos sin piedad y aplacan las olas sobre la superficie del emblanquecido mar: claras señales aparecen entonces de haberse librado de los trabajos, que cuando las ven los marineros se regocijan y descansan de las zozobras y fatigas". (Him. Hom. XXXIII.) Horacio, cuando recomienda a los dioses que lleven felizmente la embarcación en que navega Virgilio, *dimidium animae suae,* la mitad de su alma, no se olvida de los Dióscuros, hermanos de Helena.

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Helenae, lucida sidera
Ventorumque regat pater
Obstrictis aliis praeter Japyga (Odis. I. III. 1-4).
¡Nave que a los confines de la Acaya,
De la nativa playa
Conduces a Virgilio, así la diosa
Ciprina y los hermanos
De Helena, soberanos
Astros, te alumbren con su luz radiosa
Quiera Eolo, padre de los vientos,
A los austros violentos
Encadenar, y deje el ponto en calma
E impulsándote, o nave,

Sólo el céfiro suave,
Lleves sin riesgo al que es mitad de mi alma.
(Ilmo. Sr. Pagaza. Horacio. p. 9.)

De uno de los Dióscuros dice Píndaro "Castor el del carro de oro, que después de una tempestad hiemal, derrama un destello de calma sobre el dichoso corazón", (Pyt. V. 9.) y en un fragmento de otra composición aprendemos que el mismo Castor inventó el modo de formar parejas o troncos de caballos para uncirlos a los carros. No son raros los testimonios de escritores griegos y latinos en que se nos presentan los Dióscuros como númenes favorables contra las tempestades y los vientos.

Los caballos también los ligan a los vientos y a los puntos cardinales que representan. Castor es de los dos gemelos quien más se les acerca porque ordinariamente lo llaman domador de caballos, mientras a Polideuces lo declaran vencedor en las luchas atléticas. Las estatuas de los Dióscuros que se ven en Roma en el Quirinal y en el Capitolio, a ambos de una manera igual los relacionan con los caballos; ambos reciben los epítetos de λεύκιππος (Ibyco. 16.) o λευκόπωλος (Pindaro Pyt. I. 127.) ginetes o caballeros en blancos corceles. Comunes son las representaciones en monedas, estatuas, pinturas y relieves en que se ven montados en caballos que emprenden la carrera, no siempre blancos, porque en un vaso de Camiro, conservado en el Museo Británico, los caballos están pintados de negro. Eran los patronos de la caballería en varios Estados griegos; los espartanos los honraban con juegos y danzas guerreras, los invocaban al acometer y se los imaginaban vestidos de rojo y a caballo por lo que tal vez era rojo el uniforme militar de los lacedemonios. (Xenof. Rep. Lacedem. XI. 8.) Los caballeros romanos, *equites*, consideraban a los Dióscuros como sus patronos y el 15 de julio de cada año hacían una solemne cabalgata en su honor, pasando por las calles principales de la ciudad y atravesando el Foro, yendo del templo de Marte, al de Castor y Pollux en el mismo foro, situado en el lugar donde se decía haberse aparecido después de la batalla de Regillo contra los tusculanos.

Tienen que ver los Dióscuros igualmente con los árboles, otro emblema de los puntos cardinales. En la pelea contra los hijos de Afareo, cuenta Píndaro, que "Linceo desde el taigate, con vista perspicaz, vió a Castor en la oquedad de una encina". (Nem. X.

61.) "En la Cipria se lee que Linceo", dice el escoliasta del mismo poeta, "con sus temibles ojos vió a Castor, el domador de caballos, y al atleta Polideuces, ambos escondidos en una hueca encina". Algunas de las monedas de Gytheo, ciudad que servía de puerto a Esparta, tienen un árbol en el anverso, con los Dióscuros a uno y otro lado. Aristómenes seguía a los lacedemonios derrotados en la batalla, y en el ardor del alcance Teoclo, el adivino, le mandó que se detuviera cerca de un peral silvestre "porque le dijo que los Dióscuros estaban sentados sobre él". (Paus. IV. XVI. 5.) Testimonios suficientes para demostrar, que si los caballos, emblemas de los puntos cardinales, y los vientos estaban ligados con los Dióscuros, no menos lo estaban los árboles, símbolos de los cuatro sostenedores del cielo.

Se les asigna a los Dióscuros un espíritu emprendedor y guerrero. "Leda mandó de Esparta a los fuertes Polideuces y Castor, diestros en el manejo de corceles de veloces pies", para acompañar a Jason en su viaje a Colquis en busca del vellocino de oro. (Apol. Rhod. Argon. I. 146-150.) Pronto llegaron para unirse a la expedición "los tres hijos incansables en la guerra, que dieron a Zeus, hijo de Cronos, Alemena la de los ojos claros y Leda". (Píndaro. P. IV. 171.) Los hijos de Zeus, incansables en la guerra, fueron Heracles, hijo de Alemena, y los Dióscuros de Leda. En esa expedición Castor y Polideuces combatieron contra los bebricios, y Polideuces venció en la lucha y mató al terrible gigante Amico, hijo de Poseidón. (Argon. II. 1-97.)

En busca de Helena robada por Theseo, combatieron en Afidna, ciudad de Atica, y la saquearon. Allí, dice un escoliasta de Homero: "Castor fué herido en el muslo derecho por Afidno y que a la sazón era rey. Entonces los Dióscuros no pudiendo encontrar a Theseo, saquearon a Atenas". (Scol. en Ili. III. 242.) Si no asistieron a la guerra de Troya con los otros héroes fué, hace decir Homero a su hermana Hela, "o por que se quedaron en la placentera Lacedemonia o por que, si habían seguido a los guerreros en sus naves por el mar, no habían querido tomar parte en la lucha temorosos de una desgracia y muchos reproches que me convendrían a mí". (Il. III. 240.) No hay duda que los Dióscuros eran guerreros. Leda, la madre de los gemelos, era hija de Testio y nieta, para unos de Ares, el dios guerrero, para otros de Agenor, padre de Cadmo, y de Europa a quien ya conocemos. Si por la par-

te del padre los Dióscuros estaban emparentados con las tempestades y el viento, por la materna lo estaban con un Sol de oriente o con Ares, probablemente dios solar estivo que, como el Sol es batallador, se volvió dios de la guerra y a este parentesco con el Sol hay que atribuir los instintos guerreros de los Dióscuros.

Con estos elementos ya podemos conjeturar que los griegos gemelos hijos de Zeus, dios Cielo, dios Sol, dios de las tempestades, tenían el mismo origen que los egipcios gemelos hijos de Tem, dios Cielo, dios Sol y dios del Viento. Los gemelos egipcios eran representantes de los vientos de oriente y occidente, ¿seríanlo los griegos también? Los gemelos griegos, lo mismo que los egipcios, estaban en conexión con los puntos cardinales y los vientos; de esto no cabe duda y en esas mismas condiciones fueron encontrados Shu y Tefnut con relación a Quetzalcóatl, viento diurno y nocturno, de oriente y de poniente. Luego los Dióscuros están en el mismo caso del gemelo mexicano.

Las apariciones alternativas de los Dióscuros en el Olimpo y en las profundidades de la tierra, la muerte y la vida que alternativa y continuamente sufrían, lo blanco y negro de sus caballos son una señal probable de que, siendo la personificación de los vientos, lo fueran de los del oriente y occidente que nacen en la luz y mueren en la oscuridad. En los gemelos egipcios había una parte débil, otra fuerte; la fuerte era la del oriente; la débil, del poniente. En los gemelos griegos Polideuces es la parte fuerte, el inmortal: a él debe corresponder el oriente; la parte débil era Castor, el mortal, el viento del poniente en donde el sol moría. Ehécatl, que empuja al sol para que comience a caminar, era, en el mito de nuestros indios, el viento oriental, el fuerte; quizá la misma creencia tuvieron en su edad neolítica los griegos y por eso Polideuces era el fuerte atleta, vencedor siempre en las luchas de pugilato como el Sol de oriente es el que triunfa de los enemigos nocturnos que lo asaltan. El viento se debilita por la tarde hasta morir en el poniente con el sol; es Castor el domador de caballos que, en los combates, o lo dejan herido o muere; es el Youalliehécatl, el viento nocturno de nuestros indios, el viento del oeste.

Dos símbolos caracterizados tienen los Dióscuros, comunes con los dioses de nuestros indios ligados con los puntos cardinales: uno, las ánforas, que a veces se les pinta, con que se representaba también en México al dios del agua, de quien dependían

las nubes y el agua que cargaba Shu para que fuera regada la tierra; el otro, el gorro cónico que asemejaba los Dióscuros a los Cabiros y, por consiguiente, a los servidores de la diosa Tierra mexicana tal como los vemos pintados en el Códice Borbónico. Este tocado especial de los mitológicos cuextecas necesita alguna explicación.

Los indios que encontraron los españoles en México, fuera de las plumas y divisas militares no usaban nada que les cubriera las cabezas, inclusive los cuextecas históricos, de quienes dice Sahagún que llevaban pintados de diversos colores los cabellos, pero no menciona ninguna pieza de indumentaria que usaran en la cabeza. ¿Por qué entonces los cuextecas mitológicos, los Vixtoti y Quetzalcóatl, llevan un gorro? Contrayéndonos al que vemos en las pinturas en la cabeza de los compañeros de la diosa Tierra y de este dios: en las estatuas y relieves y que muy frecuentemente se encuentra en ídolos de la Huaxteca, podemos decir que, a veces, el gorro tiene la figura de un cucurucho o alcatraz, a veces de un cono truncado, sobre todo en las pinturas de Oaxaca que representan a Quetzalcóatl y en las estatuas de la Huaxteca. Pudo haber sucedido que estos gorros estuvieran en uso en tiempos lejanos y después quedaran como adornos rituales para ciertos dioses y personajes simbólicos que los llevaban. Torquemada nos asegura que, en ciertas danzas, usaban los indios la indumentaria que se suponía habían llevado los toltecas. ¿De dónde trajeron estas gorras?

Créese comunmente que el uso del fieltro fué en el antiguo hemisferio anterior al de los tejidos de lana. Hesíodo habla de "botas forradas de tupido fieltro" y también de "una gorra ajustada de fieltro que preserve las orejas de la humedad". (Obras y días. 542.) Homero nos habla de él como materia para forrar los yelmos. (Il. X. 265.) El uso más común del fieltro entre los griegos y los romanos, fué el de cubrir las cabezas de los varones, porque de πίλος fieltro, se derivó el diminutivo latino *pileolus*, sombrero, y los griegos usaron la misma palabra *pilos* en sentido de sombrero o de una prenda para cubrir la cabeza. Las gorras primitivas no se ven en antiguos relieves y pinturas, las que cubren las cabezas de los Dióscuros, sobre todo en las monedas y monumentos espartanos, tienen una forma semielíptica que varía hasta acercarse al cono, como las vemos en una moneda de Brutium o Brutü, en Calabria, provincia italiana.

Cónicas, dice Dionisio de Halicarnaso, eran las gorras de los Flamines y Salios, sacerdotes romanos de origen antiquísimo, atribuído a Numa. (Ant. Rom. II.) Gorras cónicas llevaban los arúspices y, más o menos modificadas, otros sacerdotes. Un gorro cónico lleva Caronte, el barquero infernal, en un grabado que publica Stackelberg. (Die Graeber der Hellenen. lam. 47.) Así también lo llevan Hefesto y Dédalo. Pero el gorro cónico más parecido al de los cuextecas o vixtoti del Códice Borbónico y del Quetzalcóatl de Durán y de otras pinturas netamente aztecas, lo encontramos en la figura de un segador, en el relieve de una moneda egipcia de la época griega, publicada por Pellerin. Las gorras con que llevan cubiertas las cabezas en los monumentos antiguos los héroes y personajes troyanos, frigios, y, en general, del Asia Menor, Siria y Capadocia, son más o menos cónicas en su mayoría. Los escitas, dármatas y armenios usaban gorros cónicos, puntiagudos o truncados, de las dos formas como los lleva Quetzalcóatl, y se pueden ver en los dibujos de la columna de Teodosio I en Constantinopla, que mandó hacer Mahomed II, y en la columna Trajana, de Roma, lo mismo que en las monedas de Trajano y Varo, acuñadas en los años de 103 y 161 de la era vulgar, algunos de ellos iguales a los *arbush* de los modernos turcos y árabes de Egipto, de Constantinopla y de otros lugares de Asia. Herodoto dice de las gorras de los licios, que estaban rodeadas de plumas. (VII. 92.) A las de forma erecta y puntiaguda, el mismo escritor las llama κυρβασία Esas gorras de forma erecta y puntiaguda a manera de cucurucho, las he visto en las cabezas de algunos dervisches de Constantinopla. ¿Llevarían esas gorras los Coribantes llamados a veces κύρβας en singular, en vez de κορύβας? También eran usadas por los persas y les decían κίδαρις o κίταρις, en latín *citaris* las llama Curcio, o *tiara* τιαρα en griego. (Hesiquio. s. v. Κίδαρις) De allí creen algunos que venga el nombre de Cidaria que dan a Demeter, la diosa Tierra, cuando lleva este tocado algunas veces. Tlazoltéotl, la diosa Tierra naua, se pinta en algunos códices con la gorra cónica de Quetzalcóatl; entonces se asemeja a Demeter Cidaria.

Los reyes persas llevaban la *citaris* o *tiara* erguida, mientras los súbditos las usaban flexibles con la punta inclinada. (Herod. VII. 61.) Las *citaris* o *tiara* del rey, se distinguía además por sus brillantes colores. Cuando Apolo cambió en orejas asininas

las del rey Midas, para esconderlas a la vista de todos

Tempora purpureis temptat velare tiaris.

(Ovid. Met. XI. 181.)

"procuró esconderlas con purpúreas tiaras". Las gorras de Quetzalcóatl o eran de piel de tigre, o del papel de maguey que hacían los indios, quienes no teniendo ovejas, no las pudieron haber hecho de fieltro y las sustituyeron con el papel. Las de papel son probablemente las que vemos en los códices, muy frecuentemente pintadas longitudinalmente, de dos colores: rojo, es siempre uno de ellos: el otro, negro, morado, azul o verde, los colores simbólicos del sud, mientras el rojo pertenece al norte. Las coronas del norte y del sur que lleva en la cabeza Osiris y otros dioses, como los Faraones de Egipto, no faltan textos en que se diga que eran una azul y otra roja, aunque más frecuentemente se pintan una blanca y otra roja.

El significado que dan al gorro cónico o truncado de los asirios, frigios, lidios y los pueblos mediterraneos en general, inclusive las coronas de los Faraones, es el de un emblema sivaítico o solar perfectamente de acuerdo con los personajes mitológicos que los usaban en Grecia y entre nuestros indios de México. Además del gorro cónico, que casi con seguridad podemos llamar asiático y que en la cabeza de los Dióscuros pudo quizá dar origen al mito del huevo de donde vulgarmente se dice que nacieron, se asemejaban a los Cabiros en los títulos de θεοισωτῆρες, dioses salvadores y ἄνακες o ἀνάκτες, señores, que unos y otros llevaban y en la intervención que a los Dióscuros y los Cabiros no les faltaba en los misterios.

Tenían una hermana los Dióscuros como la tenían los Cabiros; era Helena la hermana de los Dióscuros, causa de la guerra de Troya, que ya procuramos demostrar era una personificación de la Luna. Vástago de Zeus como la llama Homero, cubierta con largas vestiduras, blancas y transparentes, divina entre las mujeres, le hace decir el poeta: "no distingo a aquellos dos caudillos de los pueblos, Cástor, domador de caballos, y Polideuces diestro en las luchas atléticas, hermanos gemelos, a quienes la misma madre dió a luz juntamente conmigo". (Il. III. 236, 426.) Siendo los Dióscuros hijos de Zeus, como asienta Hesíodo, y Helena también según el mismo Homero, parece que Cástor, Polideuces y Helena fueron también hijos del padre de los dioses

y hermanos carnales de padre y madre. Sin embargo, dice un escoliasta de Píndaro, que "según Hesíodo, Helena no era hija ni de Leda ni de Nemesis, sino de Zeus y una hija del Océano". (ad. Nem. X. 150.) Mas el mismo poeta en el Catálogo de las Mujeres, hace intervenir muy directamente a los Dióscuros en el casamiento de Menelao con Helena, (Frag. 68. 31.) y ya vimos cómo la recuperaron ellos cuando fué robada por Theseo y la razón porqué en Troya no combatieron al lado de los héroes griegos. Los vínculos entre Helena y los Dióscuros son muy estrechos y serían quizá más fuertes si los poetas posteriores a Homero no se hubieran apoderado de Helena, considerándola solamente en conexión con la guerra de Troya y en sus relaciones con Menelao y con los toros héroes que, en esa mitológica guerra, intervinieron.

Hablamos en otra parte de la metamórfosis de Poseidón en caballo y de Demeter en yegua, y cómo de la unión de los dioses metamorfoseados, nació el caballo Arcón y una hija cuyo nombre dice Pausanias "no quieren que se divulgue entre las personas que no están iniciadas en los misterios". (VIII. XXV. 5.) Hablamos allí mismo del mito paralelo de los hindúes, pero únicamente con relación a los caballos como símbolos de los puntos cardinales y de los vientos. Ahora bien, Saranyu, dice Yaska, tuvo de Vivasvant a Yama y Yami, los dioses de los muertos, que dicen haber sido la primera pareja humana, y dejando con su marido una larva enteramente igual a su persona, huyó tomando la figura de una yegua; pero Vivasvant no se dejó engañar y la siguió en forma de caballo, naciendo al debido tiempo los Asvinos, gemelos cuyo nombre, que colectivamente llevaban, significa ginetes, epíteto que se daba comunmente a los Dióscuros.

Entre los dioses catalogados en la inscripción Mitanni, dice el Prof. Keith, encontramos a los Nasatyas, nombre de los gemelos divinos, que confirma la primitiva existencia de estos dioses en el Avesta iranio, convertidos en un demonio con el nombre poco modificado de Naonghaithya. En el Rigveda se les da normalmente el nombre de Asvinos, y con menos frecuencia el de Dasdra, los obreros admirables. Dasdra y Nasatya, realmente epítetos de los Asvinos, se convirtieron más tarde en los nombres propios de los dos. Se describen en los Vedas como hermosos jóvenes. Rojas y doradas eran sus huellas, y rojos también se

pintan. "Uno resplandece luciente", dice Muir, "el otro es negro". (Sanskrit Texts. Par. IV. c. III).

La genealogía de los Asvinos no es siempre la misma en los escritos hindúes, porque además de Vivasvant, el dios Sol, y Saranya, diosa Aurora o Pushan, se les da como padre el Cielo y el Océano, y aunque inseparables como los Dióscuros, una o dos veces se dice de ellos que nacieron de diverso modo, o uno en un lugar y el otro en otro. Unidos con una divinidad que se describe como Surya o Usas, la doncella o la hija del Sol, quizá por eso su carro tenía tres ruedas, compuestas de tres pinas, y en él había tres sitios. Se les invocaba en los ritos matrimoniales para que, en su carro, llevaran a la novia a su casa y se les suplicaba le concedieran sucesión, puesto que se decía haber ellos concedido un hijo a la mujer de un eunuco, haber hecho que diera leche una vaca estéril y haber concedido marido a una vieja soltera.

Su carro estaba en diversos modos asociado a una bebida llamada *madhu,* que interpretan miel. Todo esto pudiera ligar a los Asvinos con la luna, de la cual dependía la generación, y quizá su compañera inseparable no fuera sino una personificación del astro, como Helena, la hermana de los Dióscuros. Luna de miel decimos en casi todas partes al primer mes o primera temporada que viene después del matrimonio. ¿No sería ésta una de tantas supervivencias de las creencias primitivas, que tengan su origen en la influencia de los gemelos en conexión con la luna para la felicidad de la unión matrimonial?

Eran diestros en el arte de curar las enfermedades, volver la vista a los ciegos y alejar la muerte de los enfermos. Al decrépito Cyavana lo despojaron de su cuerpo inutilizado y le prolongaron la vida, restituyéndole la juventud perdida y haciéndolo encontrar esposas que le concedieran hijos. Pusieron una pierna de hierro a Vispala, que perdió la propia en una batalla, y a Dadhyañc le colocaron una cabeza de caballo. Además del carro que tenían y a veces lo arrastraban aves, poseían una barca alada en la cual salvaron a Bhujyu, hijo de Tugra, quitándolo del tronco en que estaba colgado en medio del Océano. Su nombre de ginetes desde luego nos dice que su más ordinario modo de locomoción era cabalgando. En su carro aparecían al amanecer y seguían a la aurora nacida mientras ellos preparaban su carro

Se invitaban para asistir a los sacrificios matutino, meridiano y vespertino. (Keith. Ind. Myth. ps. 30, 31).

El autor que citamos reconoce en Saranyu a la Aurora personificada y un dios solar en Vivasvant, los padres de los Asvinos. Ambos fueron padres también de Yama, el Señor de los muertos, considerado como el primer hombre, y como en la mitología de muchos pueblos arianos a la tierra se le llama madre no sólo de los dioses, sino aún del género humano, puede entonces Saranyu asimilarse, en ese aspecto, a Pritivi, la diosa Tierra, tanto más que su esposo, Dyaus, se dice también padre de Yama y de los Asvinos.

"La interpretación de estos dioses ha sido un acertijo para los comentadores", dice un escritor moderno, "los más antiguos de los cuales hablan de ellos como del Cielo y de la Tierra, el Día y la Noche, el Sol y la Luna; y uno los describe como viajando por la tierra con la humedad y la luz. Los modernos escritores los identifican con el Lucero del Alba o con la constelación de Géminis, y parece que generalmente se cree en su asociación con la aurora o el crepúsculo matutino". (Dic. of non Clas. Myth. p. 17.) En un zodiaco hindú, la constelación correspondiente a Géminis se expresa con una cabeza de caballo indicando los ginetes Asvinos. La misma variedad de interpretaciones encontramos en el mito de los Dióscuros, y estas variedades mismas en que combinan, acercan al griego al mito hindú, casi hasta igualarlos en sus líneas fundamentales, a pesar de los que dicen, con Barnett, que la conexión de los Asvinos con los Dióscuros griegos "es posible pero muy incierta". Heart of India).

Kuhn y Max Müller sostienen, como vimos, que Saranyu es etimológicamente idéntica a la griega Erino, y la analogía del mito de Poseidón y Erino de Tilfusa con el de Vivasvant y Saranyu es plenamente reconocida por Farnel. (Cult. of the Greek States. III. 50.) Y por esto creen también otros mitólogos que las analogías entre los Asvinos y los Dióscuros son tales que nos puedan llevar a un prototipo ariano de donde se originaron. Y si esto es cierto ¿porqué a las interpretaciones dadas al mito hindú, no se ha de poder añadir que los dos hermanos significan los dos vientos de oriente y occidente, como claro se manifiesta en los gemelos griegos y evidentemente en los egipcios y mexicanos?

Los Asvinos y los Dióscuros eran ginetes: unos y otros usaban también carros y embarcaciones con la diferencia, en favor de los Asvinos, de que su carro a veces iba tirado por aves y su barca tenía alas, circunstancias que más los acercan al viento y hacen que, de las representaciones que tuvieron los gemelos, ésta me parezca haber sido la primitiva simbólica. La creencia de los persas que los dos vientos, el superior y el inferior, o sea el diurno y el nocturno, matutino y vespertino, oriental y occidental, dependían de la luna, explicaría satisfactoriamente la conexión de los gemelos hindúes y griegos con la personificación de la Luna, encargada de la procreación y nacimiento de los hombres y, en general, de la fecundidad. Por eso el mito griego dice haber sido Selene, la Luna, cortejada por Pan, para lo cual el dios tomó la figura de un carnero blanco y el dios y el carnero ya sabemos que eran símbolos del mismo atributo que se le asigna a la Luna.

Cuando dice Tíbulo "Efficiat vanos noctis Lucina timores", (El. III. IV. 13.) acertadamente se cree que el poeta se refiere a Hécate, una de las diosas Lunas, con el nombre de Lucina que lleva muchas veces Diana, generalmente como encargada de los nacimientos, pero también como el astro que ilumina las tinieblas de la noche. Psique, afligida, dice el escritor africano Apuleyo, se dirigió a Juno diciéndole: "Oh Tú adorada en la excelsa Cartago como una doncella, llevada a través del cielo por un león. o venerada dentro de las murallas de Argos, a las orillas del Inaco, donde ya, como esposa del Tonante, presides siendo la reina de los dioses; a quien la parte oriental del mundo entero te venera como Zygia, mientras la parte occidental te llama Lucina, sé en mis necesidades Juno Sospita y mi auxilio y defensa en el temor de los trabajos y peligro eminente en que me encuentro". (Meth. VI. 4).

La alusión del escritor al león que llevaba a Juno por los cielos, y la aserción de que los cartagineses la veneraban como doncella o virgen con el nombre de Lucina, nos persuaden que en Cartago la Juno de los romanos y la Hera de los griegos se asimilaba a una diosa Luna, y no sólo en Cartago, sino en todas las regiones del occidente, como nos dice Apuleyo, mientras en el oriente se le daba el sobrenombre de Zygia derivado de ξύγός o ξυγόν, todo aquello que une dos cosas, cómo un yugo o el travesa-

ño de una cruz: así es que cuando Jason, tomando como testigos a Zeus y a Hera, hace juramento de tomar por esposa a Medea, a Hera la llama Zygia. (Apol. Rhod. IV. 95.) Era la *Juno Jugalis* o *Pronuba* de los romanos. Hera, como representante de la Tierra por su connubio con Zeus, mientras Juno Lucina era Hera representante de la Luna como dejamos apuntado ya.

Otro escritor africano, San Agustín, nos dice en un testimonio citado ya con otro motivo, que Juno era la diosa del aire. Esto nos dice también Fírmico Materno. "Los asirios y parte de los africanos quieren que el aire tenga la supremacía de los elementos, porque lo han consagrado bajo el nombre de Juno"; (De Errore prof. Relig. IV. 9.) y aquí tenemos la Tierra, la Luna y el Aire unidos en una misma divinidad, que personifica al astro nocturno y a los dos elementos, manifestándonos la íntima unión entre el aire y la luna que es lo que procurábamos averiguar y lo que tenemos en México, en donde Quetzalcóatl, el dios del viento, era también un representante de la luna.

Enlazando a la luna con los vientos podemos ver fácilmente porqué, en el himno a ella dedicado, se le diga Luna, *la de las grandes alas, la de las alas extendidas* Μήνμ ταννοίπτερος. (Him. Hom. XXXII. 1.) Entendiéndose decir con esas dos grandes o extendidas alas, no que vuela como un pájaro, puesto que para su curso ordinario le concedían un carro con dos blancos caballos, sino los dos vientos que tenía a su disposición y con sus alas los podía hacer mover.

No faltan los dos hermanos en la mitología eslava de las orillas del Báltico. Llevan allí el nombre de Devo Sunelei, los hijos de dios, exacta traducción de Dioscuroi, los gemelos griegos. Con ellos interviene de una manera interesante y muy romántica, Sáules Duktéle, la hija del Sol, y los mitos en que toman parte los hijos de dios y la hija del Sol y nos refieren las *Dainas,* suelen relacionar los mitólogos modernos con las apariciones y ocultaciones del planeta Venus o con los crepúsculos matutino y vespertino. Mas no veo por qué razón los Devo Sunelei, hijos de Perkunas, dios de las lluvias y tempestades, no puedan ser considerados también como los vientos del levante y del poniente.

Los Devo Sunelei no fueron los únicos hijos de Perkunas, el dios de las lluvias y tempestades, el Tláloc eslavo; su número total era de nueve, pero entre ellos sólo estos dos se distinguían,

permaneciendo anónimos y sin determinada personalidad los otros siete. Si reunimos en parejas a estos nueve hijos del dios de las tempestades y les damos como jefe al que resulta non, tendremos otro ejemplo posible de dioses que, como los tlaloques, estén encargados del centro y los cuatro puntos cardinales de donde mandan las nubes cargadas de agua según la voluntad del dios encargado de las lluvias. Esta probable incumbencia de los nueve hijos de Percunas, pone desde luego a nuestros Devo Sunelei en conexión con los vientos, y de ellos con los del oriente y el poniente, porque aparecen en los mitos con el crepúsculo de la mañana y de la tarde; montan caballos grises, navegan en veloces embarcaciones y desde arbustos de oro, espían a Saule Dukbéle cuando se baña. (Mannhardt. Die Lettishen Sonnenmythen.) Esto que los denuncia como vientos, es lo que en parte hallamos en los gemelos griegos e hindúes, cuyos mitos encuentran los escritores tan parecidos a los de los hermanos eslavos en sus rasgos principales, que uno de los más modernos escribe que los Devo Sunelei y Sáules Duktéle "son las bálticas contrapartes de los védicos Asvinos y Usas y de los griegos Dióscuros y Helena". (Michal. Slavic Mythology. p. 325.) El dios Caballo, Rudiobus, y la diosa yegua, Epona, de los celtas, tal vez tengan algo que ver con los Asvinos y Dióscuros, o con Poseidón y Demeter, o con Vivasvant y Saranyu, convertidos en caballos y yeguas. (Holder. Altceltischer Sprachschat. s. v.) Esto es lo único que pude encontrar en los autores de estos dioses celtas.

Una señal característica de la conexión de los Dióscuros, los Asvinos y los Devo Sunelei con el viento, es el uso que hacían de los caballos o la identificación de alguno de los gemelos o de sus padres con este animal. En la época del descubrimiento de América, ni en el continente, ni en las islas se encontraron las menores trazas de caballos hallados después en estado fósil en muchas partes, inclusive en México, pero sin relación alguna con el hombre. Esto no obstante, aunque sea en penumbra, no falta la circunstancia del caballo al gemelo mexicano, el dios del viento Quetzalcóatl.

En un documento manuscrito que poseía y fué publicado en los Anales del Museo Michoacano con el nombre de "Codex Plancarte", se dice que los indios de Michoacán llamaban *tuices* a los caballos introducidos por los españoles en México, pero en

otros documentos leemos que les decían venados, *achuni* en la lengua tarasca. La misma especie viene insinuada en la Relación de Michoacán. De este documento tomamos en otro capítulo el mito relacionado con la vuelta de Quetzalcóatl, el precioso gemelo, y ahora repetiremos sólo aquello que puede tener relación con los caballos. "Achuhirepe fué a conquistar y allí le sacrificaron". El nombre del conquistador sin fortuna se compone de *achuni*, venado, e *hiré* que significa jefe, principal del pueblo, señor, palabra que exactamente corresponde al tratamiento *teuctli* o *tecutli* de los mexicanos y al *ahau* de los mayas: hirepe viene probablemente de la misma raíz y entonces Achuhirepe se puede traducir el Señor Venado o el Señor del Venado. Era, como lo demostramos, la contraparte tarasca de Quetzalcóatl. Desenterrados sus huesos y llevados por su hijo, al encontrar una manada de codornices, aves consagradas al dios Sol, para cazarlas dejó en el suelo los huesos de su padre "y tornóse venado el padre y *tenía crines* en la cerviz como dicen que tienen esos que traen esas gentes, y *su cola larga* y fuése hacia la mano derecha que viniera con los que vienen a esta tierra". (Relac. de Mich. p. 84.) Quetzalcóatl, con el nombre de Achuhirepe y la figura de un venado con *crines* y *cola larga* como las de los caballos, es el gemelo que, en las tradiciones de Michoacán, se esperaba que había de volver.

En las tradiciones nauas y quichés, ya hemos visto en otro lugar que se encuentra el *venado con larga cola*, referido igualmente a la partida de Quetzalcóatl y los mitos solares de su contraparte en Guatemala. Estando tan distantes los tarascos de los quichés, absolutamente incomunicados en la época de la conquista española, no se puede concebir que tarascos, nauas y quichés inventaran al mismo tiempo la fábula de los venados con cola de caballo, y sin ponerse de acuerdo la aplicaran al mismo personaje mitológico con los nombres de Achuhirepe, Quetzalcóatl y Xbalenqué, tomándola de los caballos españoles que acababan de ver. No encuentro al hecho una explicación más racional, supuestas las otras analogías encontradas entre Quetzalcóatl y los otros gemelos del mundo antiguo, que una reminiscencia del simbolismo ariano expresado con los caballos y adaptada a los venados cuyas largas colas, reminiscencias de las de los caballos, pasaron a la mitología y quedaron incrustadas allí.

El nombre de Xbalenqué, gemelo quiché hermano de Hunahpú, se compone según Ximenez de *x* prefijo que indica o el género femenino o el diminutivo; *balam,* tigre, pero también adivino, sacerdote, guardián o salvador del pueblo, y se aplicaba en Yucatán también a los sostenedores del cielo y a los puntos cardinales; y por último, *qee,* venado. Compuesto con tales elementos el nombre de Xbalenqué, el gemelo quiché, significaría el *venadito adivino,* o *el venadito guardián* o *salvador del pueblo.* Los Dióscuros recibían en Grecia el título de θεοί σωτῆρες, dioses salvadores como el gemelo quiché, o de ἀνάκτς, señores o jefes como el dios tarasco, contraparte de Quetzalcóatl, ambos títulos unidos al nombre del venado sustituto del caballo entre nuestros indios. En la mitología de los escandinavos, los venados eran los símbolos de los puntos cardinales, como vimos hablando del árbol Igdrasill.

Los Asvinos hindúes eran médicos e invocados por los enfermos; lo mismo acontecía con Quetzalcóatl. El día de la fiesta que en su honor celebraban en Cholula, hacían representaciones alegóricas en el gran patio que estaba delante del templo; en ellas salían los actores "fingiéndose sordos arromadizados, cojos, ciegos y mancos, viniendo a pedir sanidad al ídolo". (Tratado de los Ritos y ceremonias que en su gentilidad usaban los indios de esta Nueva España. En Tezoz. Cron. p. 119.) Todo esto dice Durán "no se representaba sin misterio porque iba fundado en que a este ídolo Quetzalcóatl, tenían por abogado de las bubas y del mal de los ojos y del romadizo y toses, donde en los mesmos entremeses mezclaban palabras deprecatorias a este ídolo pidiendo salud y así todos los apassionados de estos males y enfermedades acudían con sus ofrendas y oraciones a este ídolo y templo". (O. c. II. 125). Se le invocaba también para las curaciones difíciles en general. Parece que en todos sus aspectos, los gemelos de nuestros indios están de acuerdo con todos los dioses gemelos del viejo mundo; y como Quetzalcóatl asumió en México la representación de los dos, él reúne en sí todas las atribuciones y símbolos con que fueron dotados los gemelos.

¿Hay que considerar a los gemelos entre los Cabiros? Así lo hacían especialmente los etruscos, en cuyos espejos metálicos grababan frecuentemente estos dioses con sus atribuciones confundidas. Si no eran Cabiros en el sentido de los auxiliares de la Tie-

rra, como en su más estricta significación concebimos a estos seres, no por esto dejaban de concurrir como ellos en auxilio de la humanidad.

Con los gemelos terminamos la comparación más completa que, siguiendo la indicación del Dr. Brinton, nos ha sido posible hacer entre los mitos principales y más caracterizados que se relacionan con Cadmo, y los que se refieren al dios ulmeca Quetzalcóatl. Mas no juzgamos dejar completa la materia si no tratamos de las contrapartes femeninas de algunos de estos seres fantásticos, que se ligan con los poderes fecundantes del sol.

*

* *

Hay algunas diosas en la mitología mexicana cuyas atribuciones no están bien determinadas y cuyo carácter no está perfectamente definido. Ciuateteo las llama Sahagún y los nauas del tiempo de la conquista decían que fueron aquellas mujeres que habían muerto al volverse madres. A éstas equiparaban con las mujeres que morían en la guerra o en el sacrificio y por eso las llamaban también Mociuaquezque, mujeres valientes. ¿Fueron desde un principio estas divinidades las almas de las mujeres que morían en el primer alumbramiento? ¿Eran éstas aquellas diosas que Sahagún llama Ciuapipiltin? Así lo dice este escritor, pero de la arenga de la matrona dirigida a estas mujeres cuando morían, podemos deducir lo contrario. "Idos para vuestro padre el Sol" les decía "y que os lleven sus hermanas *las mujeres celestiales,* las cuales siempre están contentas, regocijadas y llenas de gozo con el mismo a quien ellas dan placer, pues es madre y padre nuestro". Quiénes fueran esas diosas celestiales hermanas del Sol, lo encontramos en la misma alocución donde se les sigue diciendo: "habéis ganado con vuestra muerte la vida eterna, gozosa y deleitosa con las diosas que se llaman Ciuapipiltin, diosas celestiales". (Sahagún. II. 189-190.) Ciuapipiltin era el nombre de las diosas celestiales hermanas del sol, distintas de las Mociuaquezque e iban a reunirse con ellas al lado del Sol.

La palabra Ciuapipiltin es un plural de Ciuapilli, compuesto de Ciuatl, mujer, y pilli, noble, por lo que ordinariamente se traduce las Señoras. Estas diosas, dice Sahagún "andan juntas por

el aire y aparecen cuando quieren a los que viven sobre la tierra y a los niños y niñas los empecen con enfermedades, como es dándolas mal de perlesia y entrando en los cuerpos humanos. Decían que andaban en las encrucijadas de los caminos haciendo estos daños y por esto los padres y madres vedaban a sus hijos e hijas que en ciertos días del año en que tenían que descender estas diosas, no saliesen fuera de casa, porque no topasen con ellas y no les hiciesen algún daño; y cuando a alguno le entraba perlesia u otra enfermedad repentina o entraba en él algún demonio, decían que estas diosas lo habían hecho, por esto las hacían fiesta y en ella ofrecían en su templo o en las encrucijadas de los caminos pan hecho de diversas figuras: unos como mariposas, otros como de figura de rayo que cae del cielo que llaman Tlauitequiliztli y también unos tamalejos que se llaman Xucuichtlamatzoalli y maíz tostado que llaman ellos izquitl. Las imágenes de estas diosas tienen la cara blanquecina, como si estuviese teñida con color muy blanco como es el tizatl, lo mismo los brazos y piernas: tenían las orejas de oro, los cabellos tocados como las señoras con sus cornezuelos. El uipil era pintado de unas olas de negro: las enaguas tenían labradas de diversos colores y tenían sus cotaras blancas".

Las Ciuateteo, identificadas por Sahagún con las Ciuapipiltin, descendían a la tierra cuando recorrían los signos de las trecenas del tonalamatl; Ce Mazatl, un venado; Ce Quiauitl, una lluvia; Ce Otzomatli, un mono; Ce calli, una casa; Ce Cuautli, una águila, signo en que, de las muchas Ciuateteo que, dice Sahagún, había en todas partes, sólo descendían "las más mozas y aquéllas eran las más temibles porque hacían los mayores daños a los muchachos y niñas y se embestían en ellos y les hacían visajes". (Sahag. II. ps. 288, 302, 319, 330.)

Las Mociuaquezque, decía el mismo escritor, residían en la parte occidental del cielo "y así aquella parte occidental la llamaron los antiguos cioatlampa, u ocaso que es donde se pone el sol, porque allí es la habitación de las mujeres". Llegando el Sol al medio día "luego las mujeres se aparejaban con sus armas, y de allí comenzaban a guiarle haciéndole regocijo todos a punto de guerra". Lo llevaban en unas ricas andas y "marchaban delante de él dando voces de alegría, y peleando haciéndole fiesta, dejábanle donde se pone el sol y allí le salían a recibir los del infier-

no y llevaban al mismo". Las mujeres que le habían llevado "se aparecían y descendían acá a la tierra y buscaban husos para hilar y lanzaderas para tejer, petaquillas y todas las alhajas que son propias para tejer y labrar". Considerando bien las atribuciones de las Mociuaquezque y de la Ciuapipiltin y Ciuateteo notamos algunas diferencias por las cuales podemos suponer que, en un principio, no se identificaron con ellas las almas de las que morían en el primer alumbramiento, en el sacrificio, o en la guerra, sino hasta cuando el euhemerismo comenzó a explicar los símbolos antiguos. Esta fué una evolución posterior que confundió, en los mismos seres, a las víctimas de los sacrificios y de la guerra con las Mociuaquezque y las Ciuapipiltin, siendo unas y otras Ciuateteo, diosas, porque las víctimas eran las representantes de las diosas encargadas de la fecundidad de la tierra.

La guerra y los sacrificios humanos fueron instituidos, como ya lo hemos visto, para obtener la fertilidad; la muerte de la madre, equiparada a la de la mujer guerrera y a la que servía de víctima en el sacrificio, tuvo que estar en relación con la fecundidad humana: además las diosas representantes de la tierra no eran solamente guerreras sino tejedoras e hilanderas como hilanderas y guerreras fueron las Ciuapipiltin. La identificación debe haber obedecido seguramente al simbolismo relacionado con la fertilidad y fecundidad, lo que está muy en consonancia con la forma que les daban a los panes que les ofrecían, de mariposa, emblema del fuego y de los rayos; no menos que el esquite o maiz tostado que se usaba en algunas fiestas en que se pedía a los dioses abundancia de mantenimiento.

Las Ciuapipiltin tenían adoratorios en los trivios y encrucijadas de los caminos, y allí se les ofrecían mantenimientos. Este es otro indicio de haber tenido cierta conexión con los dioses encargados del sustento, puesto que a Tezcatlipoca, el dios de la Providencia como lo llaman algunos autores, también se le honraba en las encrucijadas y trivios, y a Mixcóatl en su fiesta se reverenciaba con banquetes en donde se cortaban los caminos. El llamarse las hermanas del Sol no es el menor de los indicios que nos trae la persuasión de funciones fecundantes de las Ciuapipiltin a pesar de su malevolencia y de su incumbencia primitiva, relacionada con la fertilidad, punto casi exclusivo de la religión de los antiguos pueblos. Sacrificios de niños exigían Tláloc y los Tlaloques

y, sin embargo, los Tlaloques, dice Sahagún "son las nubes que traen consigo y esparcen sobre nosotros la pluvia", (II. 69.) y a ellos y a Tláloc rogaban los indios para que la tierra diera sus frutos, fertilizada por el agua. Las Dísires escandinavas eran los espíritus de las madres muertas convertidas en dispensadores del destino. (Machal. Slavic. Myth. 249).

La mujer legítima de los Señores, se llamaba Ciuapilli, dice Torquemada. (Mon. Ind. vol. II. 376.) He aquí una etimología que nos lleva de la mano para poder comparar a estos seres mitológicos de los nauas que andaban en todas partes, como dice Sahagún, con otros del Antiguo Mundo, tan difundidos como los del Nuevo. No sólo se llama νύμφα φίλη en la Ilíade a la joven Elena, esposa legítima de Menelao, sino también a la ya vieja Penélope, mujer de Ulises, se le da ese título en la Odisea (Il. III. 130. Od. IV. 743). y νύμφη, ninfa, en Herodoto tiene el significado de una mujer casada, (IV. 172.) por lo que el primitivo significado de la palabra, era, como dicen los mejores diccionarios griegos, el de una mujer casada, correspondiente al *nupta* de los latinos que creen etimológicamente la misma palabra ninfa. ¿Y no era este el significado que daban los nauas a Ciuapilli, cuando con palabra semejante llamaban a la esposa legítima de los Señores? La palabra Ciuapipiltin de los nauas tenía el mismo significado etimológico de la palabra Ninfas de los griegos; porque ambos nombres significan una *mujer casada.* Comparemos a unas y otras y veremos si también mitológicamente lo eran.

Las Ciuapipiltin, si atendemos a las creencias de los nauas en los últimos tiempos, fueron mujeres mortales deificadas, aunque se les llame hermanas del Sol: y las Ninfas, según los fragmentos de un antiguo poema, aunque hijas de Zeus, no por eso dejaban de ser mortales, asignándoles una edad de cerca de quinientos mil años. (Preceptos de Quiron. Fragmento 3.) Varias clases de Ninfas admitían los griegos y todas de algún modo ligadas a la fertilidad de la tierra. Náyades llamaban a las encargadas de las corrientes de agua dulce. (Theocr. V. 17.) A ellas solas, dice Pausanias, nombra Homero: sin embargo, en la Iliada dice que las ninfas de las montañas eran hijas de Zeus. (VI. 420.) Las ninfas marinas se suelen llamar Nereides; las de los árboles Driades y Melias, y Epimeliades las que tenían cuidado del ganado.

Hay otros indicios que nos guían a considerar a las ninfas

como poderes ocultos encargados de la fecundidad. Pan, un dios a quien estaba esencialmente encomendada, al volver de la caza al anochecer, acompañaba con su flauta a las Ninfas de aguda voz. (Him. Hom. XIX. 19.) Hermes, otro dios que, entre otras muchas, tenía también las atribuciones de su hijo Pan, se reunía con ellas en lo más profundo de las grutas y "Afrodite, amiga de la alegría y sus doncellas, tejen guirnaldas de flores de suave aroma y se coronan con ellas las diosas de radiantes vestiduras, las Ninfas, las Gracias y también la dorada Afrodite, mientras cantan dulcemente en el monte Ida, rico en manantiales". (Cipria frag. 6.) Con buenos testimonios de antiguos escritores prueba Stefani que el epíteto de madre que nutre no sólo se aplicaba a la Tierra, sino a otras diosas de la fecundidad y a las Ninfas. No dejaban de ser maléficas. Las que habitaban en una cueva del monte Citeron, se posesionaban de los cuerpos de muchos de los habitantes del país y a éstos los llamaban *nynpholepti,* cogidos por las ninfas.(Plutarco. Aristides. II.) Así dice Sahagún que hacían las Ciuapipiltin, sobre todo con los niños. Verdaderas diosas Ciuateteo, como las Ciuapipiltin, eran las Ninfas, que acuden con los otros dioses al Olimpo llamadas por Zeus, no faltando ninguna a su llamado "de las que habitan en los bosques hermosos, en los manantiales de los ríos y en las verdes praderas". (Il. XX. 9.)

Entre los modernos griegos, vivo se conserva aún el recuerdo de las Ninfas con el nombre de Nereides, que llevaban sólo las marinas entre los antiguos; hijas del viejo Nereo, que recogieron y educaron a Hefesto cuando su madre lo arrojó del cielo. Con ese nombre abarcan a todas en general, las que tenían cuidado de los montes, de los árboles, de los prados, de las fuentes y corrientes de agua. Se las imaginan alegres y hermosas, aficionadas al canto y a la danza como las Mociuaquezque, compañeras del Sol, al que alegraban con sus bailes y gritos jubilosos. Visten de blanco y blancas llevaban las caras, manos y piernas las Ciuapipiltin; blancas las sandalias como Thetis una de las Nereides, la que llevaba el calzado de plata. En las obras de arte griego más antiguo las ninfas van enteramente vestidas como iban las Ciuapipiltin mexicanas. Son las Ninfas también malignas como las Ciuapipiltin, sobre todo con los niños a quienes se llevan y si se encuentran con hombres que sestean cerca de un manantial, a la orilla de un río, o debajo de los árboles, lo mu-

tilan o lo hacen perder el juicio. Para librarse de su influjo maléfico les hacen oblaciones de leche, miel y dulces manjares a medio día o a media noche, en las encrucijadas de los caminos, lugares a donde nuestros indios ponían las oblaciones de las Ciuapipiltin. (Fraser, notas y Comentarios a Pausanias II. I. 8.) Ninfas llama Estrabón a las contrapartes femeninas de los Cabiros. Si la palabra *pilli* nauatl se traduce en su otra acepción de niño, entonces Ciuapilli vendría a significar la niña. Eran niños los tlaloques según la Historia de los Mexicanos, y entonces podrían haber sido sus contrapartes femeninas las Ciuapipiltin. En la mitología escandinava encontramos a las Rusalkys, temidas por el pueblo como la Ciuapipiltin, por miedo a las cuales nadie salía de noche de su casa sin una urgente necesidad; no se bañaban en los ríos, no batían las palmas y evitaban todo trabajo en los campos que pudiera encolerizarlas, dejando a las orillas de los ríos y los arroyos los jóvenes y las doncellas, pan, queso, mantequilla y otras clases de alimentos. Las Rusalkys eran, por otra parte, amantísima de la música y del canto y su agradable voz conducía a los nadadores a los lugares más profundos, en donde los ahogaban. Amantes de tejer e hilar cuelgan su hilaza en los árboles, y después de lavar las telas que han tejido, las extienden a la orilla de las corrientes para secar". (Machal Slavic. Myth. 255).

Procopio, historiador griego, certifica que los eslavos adoraban ciertos seres semejantes a las ninfas griegas, a quienes ofrecían sacrificios y comunmente se llamaban Vilas. (De Bello Gothico III. 14.) Entre los eslavos hay la creencia de que las Vilas son las almas de las novias que murieron después de los esponsales y, como no encuentran reposo, se ven obligadas a vagar toda la noche.

Tenemos también mujeres occidentales en Grecia, como las que acompañaban en México al sol a su ocaso. Eran éstas las Hespérides de agudas voces, como las llaman algunos poetas. Hesíodo, sin decirnos su número, las hace hijas de la Noche, viviendo en una isla a la extremidad del oeste, en donde estaban encargadas del cuidado de un jardín. (Theog. 215, 275, 518) Otros las hacen nacer, no de la Noche sin concurso de varón, sino dándoles por padre a Herebo o a Héspero, hermano de Atlas, distinto de la estrella Vespertina, el dios de quien nos habla Sófocles (A. T. 178) la Oscuridad, Hades, o el mismo Herebo, Orco o Forco, un antiguo dios marino hijo de Ponto y Gea, o sea el Mar y la

Tierra. Las Hespérides, según algunos, eran tres, cuatro, siete o, de número indefinido, según otros. El árbol del jardín donde vivían, custodiado por el dragón que convirtió en piedra Perseo enseñándole la cabeza de Medusa, no podía ser sino un árbol sostenedor del cielo, colocado al poniente, cuyas manzanas de oro simbolizan las estrellas. Eran, pues, las Hespérides las mujeres que Sahagún nos dice vivían al occidente, por las que este punto cardinal llevaba en nauatl el nombre de Ciuatlampa, lugar de las mujeres.

En la primera página del Códice Feyerbary, en la división del tonalámatl en forma de cruz que corresponde al poniente, encontramos a dos dioses cuidando al árbol que corresponde a este punto cardinal. Son Tlazoltéotl y Xochiquetzalli.

Otras mujeres occidentales había en Grecia, tan mitológicas como las Hespérides; pero el euhemerismo de los poetas e historiadores antiguos apenas deja algún resquicio para conocer su origen mitológico y significación primitiva. Eran las Amazonas, mujeres que tuvieron origen en el poniente; Diodoro Sículo dice que vivieron al oeste de Libia y que conducidas por Mirina, pasando por el Asia Menor llegaron hasta Tracia, en donde fueron derrotadas por Mopso. Con ellas se liga seguramente la fábula que Apolonio Rhodio nos cuenta de las mujeres que habitaban en Lemnos sin varones, cuya capital tenía el nombre de Mirina. (I. 601 y sig.) Lemnos fué la isla donde cayó del cielo Hefesto, el sol poniente, y fué educado por las Nereides; era la isla de los Cabiros, y allí Hefesto, a quien el Sol llevó con sus caballos cuando la batalla entre los dioses y los gigantes, era adorado como el Cabiro por excelencia, como el dios que fecunda.

La narración de Diodoro Sículo enlaza, a mi ver, el verdadero origen mitológico occidental de las guerreras Amazonas con lo que otros mitológos antiguos establecen de su descendencia de Ares y la Náyade Harmonía; de su nacimiento a las orillas del río Termodontes en el Ponto y de sus excursiones guerreras por Grecia, Asia Menor, Colquis, el Cáucaso, Tracia y Escitia. El cuento de Apolonio Rhodio nos hace, por otra parte, comprender cuál fuera el verdadero carácter de las Amazonas, haciéndolas vivir en Lemnos, la habitación del dios representante del Sol poniente. En el cuento que trae Apolonio Rhodio sólo un hombre había en Lemnos, Thoas, padre de Hypsipyle, la que gobernaba a las mu-

jeres, y en esto encontramos un notable parecido entre el cuento griego y una fábula celta que confirma nuestra conjetura de que las mujeres de Lemnos no eran sino las mujeres occidentales de los mitos neolíticos arianos. Leemos en la Silva Gadelica que Feonn y sus compañeros, andando de caza se encontraron con una gigantesca y hermosa mujer, cuyo anillo para el dedo era tan grueso como tres garrochas juntas. Llamábase Bebhionn y venía de *la tierra de las doncellas, en el oeste,* en donde no vivían sino mujeres a excepción de su padre que era el rey y tres hijos suyos. (S. H.O' Grady. II. 238.)

Ya hicimos mención de las Arpías relacionándolas con las Tzitzimime de los nauas, que "eran unas figuras feísimas y terribles que comían a los hombres y mujeres". (Sahagún II. 261.) Se describen y se pintan como descarnados esqueletos, llevando ojos en las articulaciones de los brazos y de las piernas, y como los ojos en los Códices nauas son el glifo de las estrellas, los que están en las articulaciones de estos seres pueden indicarnos su origen celestial o que su morada habitual es el cielo. Su nombre es creído maya e interpretado tapir: ciertamente los mayas llamaban *tzimin* a los tapires, pero esto no indica que fuera maya la palabra; pudiera haber sido adaptada por los mayas para llamar con ella a los tapires por la igualdad del simbolismo entre los tapires tzitzimime.

El anotador del Códice Magliavecchi dice que tzimimitl quiere decir una saeta. Otros, derivando la palabra de *tzitzica,* introtroducir en un agujero, hacer penetrar una cosa con esfuerzo, y *mimitl,* dardo, saeta, traducen la palabra, saeta o dardo que penetra con fuerza. Pudiera ser que figuradamente, Tzitzimitl, quisiera decir rayo, o el rayo que penetra en la tierra y, en este caso, los tzitzimime no serían para los nauas sino lo que eran los Chaques para los mayas, los Cosiyos para los zapotecas, porque Chac, en maya, y Cosiyo, en zapoteca, significa rayo. Los Chaques y los Cosiyos eran los representantes de los puntos cardinales, de las nubes cargadas de agua o conductoras de rayos y tempestades, que venían de los cuatro vientos. En la imagen del tzitzimitl, que se encuentra en la hoja 76 del Códice Magliavechi, vemos que, además de los ojos, lleva una gargantilla y una guirnalda formada de manos y corazones y una corona de banderolas como las que se usaban en la fiesta de los tlaloques y llevaban las víctimas de

los sacrificios, símbolos todos ligados con la fecundidad y el sacrificio. Los tzitzimime estaban ligados con el sur: nos lo indica su forma de esqueleto y el ver unido su nombre al de los dioses infernales, Mitlanteuctli y Mitlancíuatl, en los nombres Mitlantzitzimitl y Mictlancíuatltzitzimitl.

Leemos en la Historia de los Mexicanos que, en el segundo cielo, "dicen que hay unas mujeres que se dicen Tezaucigua y, por otro nombre, Cicinime y éstas estaban allí para cuando el mundo se acabase, que aquellas habían de comer a todos los hombres". (p. 256.) El mundo se había de acabar en un año *tochtli,* del sur, último del período de cincuenta y dos que cerraba el ciclo y entonces, dice Sahagún, que temían que se acabara el mundo y vinieran a destruír y acabar con los hombres los Tzitzimime. *Tetzauhqui* significa lo que causa terror; Tezauhcíuatl es entonces una mujer que aterroriza y mujeres aterradoras, como las Arpías, eran los Tzitzimime según la Historia de los Mexicanos. Más parecido les encontramos con los monstruos griegos si, con el texto citado, confrontamos lo que se lee en Tezozómoc.

Llama el autor tepaneca a los Tzitzimime "Ilhuicatzitziquique, ángeles del aire, sostenedores del cielo", y como los ángeles, en el concepto cristiano que, con la palabra, les da Tezozómoc a los sostenedores, no se conciben sin alas, mas aún estando en el aire, tendremos que las mujeres aterradoras llevaban alas y así es como encontramos dibujadas a las Arpías en un antiguo vaso griego. Telémaco creía que las Arpías se habían llevado a su padre por él buscado en vano, como se llevaron a las hijas de Pandareo. "Traspasando las nubes las Arpías, con sus corvos picos, arrebataban incesantemente, de las manos y de la boca, los manjares con que pretendía alimentarse el viejo Fineo". Zeus les había concedido una incansable fuerza y "siempre las Arpías hendían las ráfagas del zéfiro, viento del oeste, cuando visitaban y dejaban a Fineo". Las Arpías, decía Iris, la mensajera de Zeus, a los hijos de Boreas que las perseguían, "son los grandes mastines de Zeus y no es justo perseguirlas". (Apolonio Rhodio, Argonáutica. II. 274 y sig.)

El perro es un animal simbólico que, entre los mayas, muy especialmente tenía que ver con el fuego, los rayos y las tempestades que se forman en los cuatro ángulos del cielo. Entre los nauas, los griegos y los hindúes el perro tenía que ver con las en-

tradas y los caminos del infierno, los correspondientes de los puntos cardinales o mejor solsticiales del paso solar por las entrañas de la tierra: el perro, pues, entre los arianos y nuestros indios era un animal ligado con los puntos cardinales y así debían estar las Arpías como ya lo indicamos, una vez que se llaman los mastines de Zeus, el que vibra el rayo, el que fulmina. Si aún quedara alguna duda que los Tzitzimime eran el dardo que perfora y estaban unidos con los puntos cardinales siendo los Bacab de los nauas, sostenedores del cielo, ésta nos la acabaría de disipar el Sr. del Paso y Troncoso enseñándonos que como a los Bacab de Yucatán, a los Tzitzimime se les añadían los nombres de los colores simbólicos de los puntos cardinales, llamándose Itzactzitzímitl, Xoxouhquialtzitzímitl, Coztzitzímitl, Itlatlauhcatzitzímitl; a saber, Tzitzímitl blanco, azul, amarillo, rojo. (Códice Borbónico.) Cuando en la incorrecta edición de Bustamante, habla Sahagún de las divisas militares usadas por los Señores, hace mención también de Totzitzímitl, "un monstruo hecho de oro"; xoxouhquitzitzímitl "un monstruo como demonio hecho de plumas verdes"; Iztactzitzímitl", que era como las arriba dichas, salvo que los plumajes eran blancos". (II. 296). Los colores simbólicos denuncian desde luego a los puntos cardinales, a los vientos, a las nubes, a los elementos y dejan más marcadas las analogías de los Tzitzimime con las Arpías, mostrándose, en unos y otras, más bien que el aspecto benéfico, el aterrador que a veces presentan los elementos.

Otra forma de los vientos, las nubes y los puntos cardinales análoga a los Tzitzimine y las Arpías, eran las sirenas, seres que estamos acostumbrados a considerar como unos monstruos marinos, mitad pez y mitad mujer, pero que no fué así como los concibieron los griegos. Hijas de Forco, el río Aquilón, y de alguna de las Musas, suelen llamarlas Ninfas algunos escritores. En un fragmento de Hesíodo encontramos que Zeus les dió para habitar la isla de Anthemesa, la Florida, y eran sus nombres Thelxiope o Thelxinoe, la que arroba con su voz, o la que encanta la mente; Molpe, canto; Aglaofono, la que suena agradablemente. Nombres todos relacionados con el canto de que se valían para la perdición de los hombres. (Catálogo de las Mujeres. fr. 47.) No todos los poetas les dan el mismo nombre, ni el mismo número. Para otros eran dos o cuatro, o no les asignan determinado número.

Eran las ninfas compañeras de Persefone, según Apolonio

Rodio, a quien deleitaban con su canto. (Arg. IV. 896.) Y con ellas, según Ovidio, la doncella hija de Demeter se entretenía recogiendo flores en la primavera. Cuando Core fué arrebatada por Hades, las Sirenas la buscaron en vano por toda la tierra, y queriendo proseguir sus pesquisas por mar, rogaron a los dioses que les dieran alas, y ellos lo concedieron cubriendo su cuerpo con plumas; mas para que no perdieran su armoniosa voz, tan agradable al oído, ni perdieran el uso de la palabra, se les quedó la voz humana y el semblante de doncellas, (Ovid. Met. V. 552.) y desde entonces su aspecto fué, parte de doncellas y parte de aves. (Apol. Rhod. Arg. IV. v. c.) Llegarás a la isla de las Sirenas, decía Calipso a Ulises. "Cualquiera que imprudentemente se acerca y oye el canto de las Sirenas, no volverá a ver a su esposa ni a sus tiernos hijos, ni se alegrará con ellos ni con volver a ver su morada; porque las Sirenas, posadas en el prado, lo arroban con su canto armonioso; y a su alderredor tienen un montón de huesos humanos hacinados, en putrefacción, cercados de pieles que se consumen". (Hom. Odis. XI. 39. sig.) ¿Eran concebidas las Sirenas como buitres que se alimentaban con despojos humanos? Parece que sí. Porque Apolonio dice que acostumbraban a engañar con la dulzura de su canto a todo aquel que tomaba tierra en su isla y lo destruían después. "Siempre en acecho desde la atalaya en el puerto, repetidas veces a muchos privaron del dulce retorno al hogar, consumiéndolos con anhelo de destrucción". (Arg. IV. 900).

Estaba decretado que las Sirenas vivirían mientras no hubiera alguno que, oyéndolas cantar, quedara impasible y pasara sin hacerles caso. Así aconteció con los Argonautas que, atraídos por las melodías de Orfeo, atravesaron impasibles sin poner atención al canto de las Sirenas, que, despechadas, se arrojaron al mar y se volvieron escollos. (Apolod. I. 9. 25; Higin Fab. 141.) Ya otras veces hemos visto la conversión en piedras de algunos seres mitológicos que representaban a los puntos cardinales. Tales fueron, a mi entender, las Sirenas, en sus principios hermanas de las Arpías si consideramos a Forco o Herebo como padre de unas y otras. Una cualidad que sobresale en las Sirenas las hace distintas de las Arpías: el canto, y otra las acerca más a los Tzitzimime, la antropofagia, vicio de que carecían las Arpías. La isla de las Sirenas se llamaba la Florida; eran compañeras de Perse-

fone cuando esta diosa recogía flores primaverales: eran entonces las contrapartes femeninas de los cuatro enanos compañeros de Freya y de los Xolome de Xochiquetzalla, la tierra florida de la primavera; pero al mismo tiempo, sus instintos de buitre las hacen compañeras de Ciuacóatl, deseosa de cadáveres de víctimas y sedienta de sangre humana.

El canto tiene mucho que ver con los puntos cardinales. Los monos que acompañaban al sol eran cantores; los Sátiros eran flautistas y los músicos que vió Quetzalcóatl cuando Tezcatlipoca lo mandó a la casa del Sol, vestían la librea simbólica de los cuatro colores que distinguían a los puntos cardinales. En el Estado de Campeche encontré la explicación y el porqué de esta unión del canto y de la música con los puntos cardinales. Visitaba un pueblo enteramente maya, del distrito de Xcanhá, entonces casi independiente del gobierno del Estado. El pueblo estaba en medio de un espeso bosque, en algunas partes impenetrable por los espesos arbustos y los bejucos. Una noche comenzó a soplar un recio norte y sea por el sonido combinado de las hojas, las ramas y los tirantes bejucos, se percibía en el bosque un ruido armonioso singular y me dejó por algún tiempo suspenso. Un viejo maya que me acompañaba y advirtió la especie de arrobamiento que me había causado la armonía de la selva me dijo: ¿Estás oyendo la música que suena allá lejos? Es el viejo del bosque que canta; mañana en la madrugada le iremos a ofrecer pozol en jícaras colocadas en dirección de los cuatro vientos. Procuré como pude hacerle comprender que lo que oíamos no era sino efecto del viento en las hojas, las ramas, las trepadoras y enredaderas y nada tenía que ver en ello ni el viejo del bosque, ni los espíritus de los cuatro vientos. Al día siguiente vi que, en las partes desmontadas preparadas para las sementeras, había cuatro jícaras con pozol en las extremidades de los campos correspondientes a los cuatro puntos cardinales, como oblaciones a los espíritus de los cuatro vientos.

El rumor del aire en el bosque, el murmullo de las selvas fué lo que dió origen al canto de los monos, identificados con el viento: a la música de los Sátiros y a la voz armoniosa de las Sirenas como alígeras también identificadas con los vientos. Las Sirenas, las Arpías, las Gracias, las Hespérides y otros seres masculinos y femeninos ligados con los puntos cardinales, no siem-

pre son cuatro o cinco, seis o siete, ocho, nueve, doce o trece, números que corresponderían a los puntos cardinales, si a ellos añadimos el centro, la izquierda y la derecha. Los autores nos hablan de dos o tres Gracias solamente, de dos o tres sirenas; la razón podemos fácilmente imaginarla. Las estaciones ὧραι se identificaron en Grecia con los puntos cardinales y éstas se consideraban dos: el invierno y el verano; o tres: la primavera, el invierno y el verano; o cuatro como las tenemos ahora. Las divisiones de las estaciones coincidían también con las de la eclíptica. Las dos con los trópicos, las tres con los trópicos y el ecuador, las cuatro con los puntos solsticiales, considerados al oriente y al poniente. Los colores simbólicos de los puntos cardinales coinciden en México con estas divisiones, en dos, tres y cuatro. En el gorro de Quetzalcóatl y en muchas representaciones del naui ollin,—los cuatro movimientos del sol—, encontramos sólo dos colores: el rojo, que pertenece al norte, siempre con el negro, el verde o el azul, que se sustituyen uno al otro para representar el sur. En ese caso los dos colores indicarían el trópico de Cáncer y el de Capricornio. Otras veces encontramos en los adornos de Quetzalcóatl y en el lituus principalmente, descritos o pintados tres colores solamente, el rojo, el blanco y el negro, correspondientes al norte, poniente y sur, y entonces se indicaría con estos colores los dos solsticios de invierno y de verano y juntamente los dos equinoxios, representando la primavera o el otoño.

CAPITULO XIII

OTROS MITOS DEL SOL Y DE LA TIERRA

NO creeremos completa la comparación entre los mitos de Cadmo y Quetzalcóatl, si no establecemos también los puntos de contacto entre el dios Ulmeca y los otros seres mitológicos representantes del Sol, en sus funciones y atributos de dioses de la fecundidad, análógos al héroe pretendido fundador de Tebas

Adonis brotó de un árbol de mirra en que se convirtió su madre, las Naiades lo reclinaron sobre la blanca yerba y viendo su hermosura Afrodite, la Astarté Siria como la llama Cicerón, desde su infancia lo consignó a Persefone, encerrado en una caja o *cista.* La esposa de Hades abrió el cofrecillo y vió al niño tan hermoso, que se enamoró de él negándose a devolverlo a Afrodite. Medió Zeus en la disputa y decidió que cuatro meses del año Adonis fuera dueño de sí mismo; cuatro estuviera en poder de Afrodite y otros cuatro en el de Persefone. Eran tres las estaciones del año en algunas partes de Grecia y a ellas se refiere la división que hizo Zeus del tiempo con relación a Adonis. Este cedió a la diosa de los deleites los cuatro meses que le pertenecían y entonces estaba una tercera parte del año con Persefone, las otras dos con Afrodite.

Aficionado a la caza, mientras se dedicaba a este ejercicio fué herido por un jabalí, en venganza de una ofensa hecha a la hermana de Apolo. Muerto, fué tan grande la pena de Afrodite que, movidas a compasión las potestades del Hades, le permitieron pasar seis meses con ella. El lugar bañado con su sangre

fué regado por la diosa con ambrosía y de allí brotaron anémonas y otras flores. (Apolodoro III. XIV 39. Ovidio Met X. 503). El culto de este dios estuvo difundido en Asia, Europa y Alejandría de Egipto. Adonia se llamaba la solemnidad con que era celebrado en muchas ciudades griegas, en Biblos y Alejandría. Duraba dos días y sólo la celebraban las mujeres. Estatuas del dios, como cadáveres, se llevaban por la ciudad el primer día celebrándose ritos fúnebres, golpeándose las mujeres, llorando a voz en cuello, lamentándose y gimiendo. El segundo, era de fiestas y alegrías que generalmente pasaban los límites de la honestidad y el decoro, sobre todo en los ἀδώνιδος κῆποι, jardines de Adonis.

Adonis, en su nombre, no es sino el semítico אָדוֹן señor y está en lo justo Cicerón cuando dice de Afrodite que es la Siria Astarté אשׂהיי, la asiria Istar, la Babilonia Meleta de Herodoto (I. 196. 199.) identificada con בעליה, lo mismo que בעלה, femenino del dios semita בעל, el Baal de que se habla en la Vulgata y que dejó su nombre en tantos lugares geográficos de la Palestina. Baal era sinónimo de Adon. Atargatis, la diosa siria cuyo culto nos describe Luciano, y otras divinidades orientales como la asiática Comana, en el culto se ligan con la Artemis Efesina y participan tanto de los atributos lunares de la Artemis griega, como en la obra universal fecundante encomendada igualmente a las diosas semíticas antes recordadas.

Según algunos escritores el culto de Comana se introdujo en Roma adaptándolo a la diosa indígena Bellona que no veo la razón por qué no pueda haber tenido un culto indígena particular, parecido al de la diosa asiática y derivado del mismo origen. Ni hay que maravillarnos que una diosa eminentemente guerrera, como el nombre de Bellona nos lo dice, fuera al propio tiempo una pacífica divinidad de la abundancia de la tierra, en conexión con la luna. Ya hemos visto la razón por que estuvo asociada la fecundidad a la guerra. La forma del culto que se desarrolló después de las guerras contra Mitrídates no sería sino una reversión al culto neolítico primitivo, influenciada por las ceremonias que las divinidades similares conservaban aún en Asia. "Muchas naciones orientales", dice un moderno escritor, "adoraron una divinidad que fué al mismo tiempo una diosa de

la fructificación, de la generación y también de la luna y la estrella Venus". Esta divinidad oriental no sólo estaba unida con la frigia Cibeles y la cretense Rhua, sino con la griega Afrodite cuyo tipo oriental distinguían los griegos con el epíteto de Urania, diciendo de ella Pausanias que "fueron los asirios el primer pueblo que la adoró y, después de ellos, los habitantes de Pafos en Chipre y los fenicios de Ascalón en Palestina" (I. XIV. 7.).

Fué descubierto un interesante cilindro asirio con la imagen de Ashtoret, que tiene nueve estrellas a sus espaldas, una sobre su cabeza, quizá el planeta Venus, y la luna en creciente por delante. Debajo hay un cuadrúpedo, perro al parecer, y enfrente una figura de mujer detrás de la cual un árbol y una cabra rampante en él. Son estos todos símbolos de la fecundidad en los cuales vemos que interviene la luna y el planeta Venus con nueve estrellas, que, o significan una constelación que no podemos identificar, o el centro con los puntos cardinales duplicados y simbolizados como estrellas que acompañan a la diosa, o las nueve lunaciones de la gestación humana. El árbol es un emblema de vida, no sólo vegetal, sino animal, y la cabra indica el alimento que nutre como la vaca, y es emblema de las nubes y de la tierra, como el toro y el macho cabrío son símbolos del sol, el principio activo de la fecundidad.

En una de las versiones del mito de Adonis aparece el dios como un cazador o como un pastor. Oficio de pastor y de cazador tenían algunos dioses solares griegos, Apolo sobre todo: Quetzalcóatl si al principio fué pastor, en México perdió el oficio porque no había animales domésticos que llevar a los pastos y cuidar de las fieras, pero fué cazador también, como se colige por las fábulas que nos cuenta Thevet, aunque no en el grado que se dice haberlo sido Mixcóatl. Los otros puntos del mito de Adonis, en que se demuestra un sol de las cuatro estaciones o, mejor dicho, tres como se consideraban en algunos puntos de Grecia, o dos, el tiempo de aguas y de secas de México, todos ellos relacionados con los movimientos del sol y la vegetación terrestre, ya los estudiamos en el capítulo *El dios Ulmeca,* como los atributos de Afrodite en relación con los de las diosas de nuestros indios que representaban la tierra.

Habían notado ya los mitólogos que las principales diosas asiáticas tienen cierta preponderancia sobre los dioses y, com-

parando uno de ellos, el mito de Osiris e Isis con los de Adonis y Attis, observa que "mientras las leyendas generalmente representan a Adonis y a Attis como unos simples enamorados pastores o cazadores, a quienes el fatal amor de una diosa elevó sobre su humilde esfera en una breve y luctuosa preeminencia, Osiris aparece uniformemente en la tradición como un grande y benéfico rey". La razón es por que en Frigia y Fenicia el culto a la diosa Tierra tuvo el primer lugar que se dió en Egipto al dios Sol. (Frazer. Golden Bough VII. 159.) Aton, como en tiempo de Amenhotef II se llamó al dios sol en Egipto, se quiere directamente enlazar con el frigio Attis. Aten-Ra es un nombre que ya existía entre las divinidades egipcias y este nombre dice Wilkinson "hace pensar en Attin o Attys el frigio sol". (Antiq. Egipt. III. 52.).

Cosa parecida a lo acontecido en Egipto acaeció en México con Quetzalcóatl. No sólo tiene los atributos del sol y de la luna como Osiris, sino aún los del planeta Venus como Afrodite Urania y las diosas asiáticas y por eso las diosas nauas, representantes de la tierra, aunque como Isis y las diosas similares griegas poseen a veces los atributos y ministerios que se asignaban a la luna, nada tienen que ver con el planeta Venus, consagrado en Grecia solamente a la Urania Afrodite, que es la que más conservó el carácter de las diosas asiáticas, representantes de la Tierra fructífera, de la Luna encargada de la generación humana y del planeta Venus. Tal es al mismo tiempo la razón por que ni Attis, no obstante que se le llama sacerdote de Cibeles, ni Adonis aparecen dioses con carácteres de inmigrantes en Frigia o en Siria introductores de la agricultura, las artes, las ciencias, el culto de los dioses y la cultura en general, como Quetzalcóatl que, en la versión más común de los mitos relacionados con él, fué un sacerdote que atendió en Tula al culto de la diosa del Agua, Chalchiutlicue; un caudillo que, con una pléyade de hombres científicos y diestros artesanos, descubrió el maíz y el pulque e introdujo entre los salvajes de México la agricultura, las ciencias, las artes y el modo de trabajar los metales, como Cadmo en Grecia y Osiris en Egipto. Las que se refieren a la cultura son atribuciones de un sol únicamente y en Asia misma, donde la Tierra como diosa fué preferida al Sol, la cultura se le dejó a él; pero cuando en concurrencia con la tierra atiende a la fecundidad, la Tierra lleva la

mejor parte dejando al Sol un secundario papel. De esta manera, por medio de locales evoluciones del simbolismo y preferencias de los dioses, se puede muy bien explicar cómo, siendo iguales los mitos de Attis y de Quetzalcóatl, no se atribuya al dios frigio la cultura que tuvo a su cargo el dios ulmeca.

*

* *

El dios frigio Attis, ligado con los mitos y el culto de Cibeles que, extendido en el Asia Menor, pasó a Grecia, Italia y la parte de Europa dominada por los romanos. Leemos de la divinidad principal de los frigios, que estaba equiparada a Zeus: le daban el nombre de Osogo Bronton, el fulminador, y *Papa* el padre como llama Diodoro de Sicilia al dios principal frigio comparándolo con Zeus (III. 58.). Mas como tal nombre igualmente corresponde a Attis, identificado también con Zeus, podría creerse que Osogo fuera otro nombre de Attis, o que si Osogo y Attis eran dos dioses principales, a ambos favorecieran los frigios con el título de padre, que dicen significa *papa*. Arriano, sacerdote de Persefones y de Demeter en Nicomedia, llama Zeus simplemente al dios frigio, diciendo que los habitantes de Bitinia, su país natal, para invocarlo se subían a la cumbre de las montañas y desde allí lo llamaban simplemente *Padre*: lo que el escritor debe haber escuchado muchas veces. Attis, Atys o Attin en latín; Ἄττις o Ἄττης en griego, es el nombre que dan los escritores al dios frigio, compañero de Cibeles, y este mismo nombre dicen algunos modernos que significa *padre* y por eso correspondía al dios Attis el nombre de *Papa*. Ya indicamos que *Papa* era uno de los nombres de Quetzalcóatl y el título de su sacerdote, el propio nombre del dios. Deben haber tenido también el de Papa que parece fué común a los sacerdotes, porque hablando el intérprete del Códice Telleriano de la fiesta que hacían los cholultecas a Quetzalcóatl, dice que acudían a ella de todas partes llevando "grandes presentes a los Señores y Papas del templo", y el del Códice Vaticano A, dice que el día Ce Acatl hacían fiesta "porque dicen que fué Quetzalcóatl su primer Papa o sacerdote".

Una denominación semejante no agradaba a los misioneros españoles. El primer Obispo de México, dice Román, "mandó que

en las oraciones, a donde añadimos Papa, no se dijese Papa, mas Sumo Pontífice, porque no pareciese a los indios que, en nuestros sacrificios, se hacía mención de sus sacerdotes idólatras y ministros del demonio". (Repúblicas de Indios. p. 94.) Los primeros religiosos y conquistadores que escribieron, usaron casi siempre la palabra Papa nombrando a los sacerdotes de los indios; los posteriores en vez de ella usaron sacerdote, o *sátrapa,* u otra denominación que evitara la homofonía con el título del supremo jerarca de la Iglesia Católica. Las etimologías que los escritores buscaron a la palabra no satisfacen al señor Orozco y Berra, que admite, con los antiguos cronistas, que Papa fué un título de Quetzalcóatl, y muy justas nos parecieron sus razones.

El autor anónimo de la "Historia de Norvegiae" dice que, en lengua teutónica, a todos los eclesiásticos se les llamaba *papas,* y por un antiguo poema frisón sabemos también que, en este sentido, se empleaba la misma palabra. Los húngaros llaman *pap* a los sacerdotes, y *pappi* los llaman los fineses. Podemos agregar que *pope* y *pop,* que usan los rusos y otros eslavos para llamar a sus sacerdotes, no son sino una alteración fonética como la introducida por los ingleses para denominar al Supremo Jerarca de la Iglesia Católica, que las otras naciones llaman Papa. Los misioneros irlandeses, de quienes se dice que tomaron el nombre de *papa* las naciones del norte para llamar a los sacerdotes ¿tomaron este nombre de los latinos o ya lo tenían sus antiguos ministros celtas? Si Papa es un nombre frigio que significa padre, y la lengua frigia, como parece averiguado, era una lengua ariana, no tendría yo inconveniente en admitir que la palabra se usara con tal acepción entre los celtas antes que entraran en comunicación con los romanos y que así llamaran también a sus sacerdotes idólatras.

Tota, dice Durán, significa padre en nauatl; otros llaman al padre tatli, teta o tata. ¿Papa era entonces un mero título del dios y de sus sacerdotes? ¿Pero entonces de dónde tomó su origen si la etimología que le buscan los escritores no es exacta? Pudo haber sido entonces una palabra arcaica con el significado de padre o el título que llevaron a México los extranjeros con el dios, al cual le añadieron el de Quetzalcóatl. En las plegarias que se le dirigían, en los discursos donde muchas veces se nombraba, solían darle los títulos de Nuestro Señor, o Padre, de manera que

resulta de todos modos que, en el título de Papa y el tratamiento de Padre que llevaban Attis y Quetzalcóatl, los dos dioses, el frigio y el ulmeca, son iguales.

Comparemos sus mitos entresacándolos de las diversas versiones conservadas por los antiguos escritores.

Agdistis tuvo un hijo de Zeus que, habiendo nacido andrógino, su padre lo convirtió en almendro. Decían los frigios que todo lo creado había tenido origen de una almendra, fruta cuya flor es la primera que aparece apenas han pasado los rigores del invierno y da la señal de que de nuevo comienza la fertilidad de la tierra. La almendra es una fruta de significación sivaítica y a eso y al temprano aparecer de la flor, se debe que haya sido escogida para dar un origen simbólico al dios frigio; porque, convertido en almendro el hijo de Agdistis, pronto dió frutos de los cuales comió una joven, llamada Nana según algunos, hija del río Sangario, uno de los mayores del Asia Menor, que regaba un antiguo territorio de los frigios, y entonces concibió y dió a luz un hijo de tan singular hermosura que la misma diosa Agdistis se prendó de él. Attis fué el hijo de la almendra. Creció en los bosques entre las cabras sin que esto fuera un obstáculo para que se arreglara su boda con la hija del rey de Pessino o la ninfa Sangaritis. Entre los convidados a las nupcias se presentó la diosa enamorada, aterrorizando de tal modo con su presencia al novio que huyó a los bosques, cortó un jirón de su propia carne y fué por los dioses convertido en un pino. De la sangre derramada por la herida nacieron las violetas, primeras flores primaverales. Agdistis, arrepentida de lo hecho, pidió a Zeus que le devolviera la vida, mas no pudo conseguir otra cosa sino que no se marchitara el pino y que siguiera creciendo su cabello. La diosa se llevó el árbol a su gruta de Pessino y se entregó al dolor. (Ovid. Fast. IV. 223; Diod. III. 58).

Alguna analogía con la primera parte del mito, se encuentra entre los quichés. La cabeza cortada de Hun-hunahpú, colocada en un tronco seco, lo hizo reverdecer y producir frutos parecidos a las calaveras, entre las cuales se confundió la del dios. Era la calavera símbolo del dios de la muerte y de otros, ligados con ellos, que dominaban el cuadrante del sur, lugar del sol de invierno. El reverdecer del árbol al contacto de la cabeza cortada del dios, indica el principio de la primavera como las flores del al-

mendro. La calavera de hun-ahpú escupe en la mano de la virgen Xquic, que se acerca al árbol portentoso, y de allí nacen los gemelos Hun-ahpú y Xbalenqué, dioses principales de los guatemaltecos. Menos elegantes las figuras quichés, menos poéticos los símbolos, el pensamiento que encierran es el mismo que campea en el mito del nacimiento del dios frigio. El sol de primavera vivificante que sucede al muerto sol de invierno.

Mas interesante es la versión de la misma fábula transcrita por Pausanias. "Yo no puedo descubrir quien era Attis, porque esto es un secreto. Hermesianax, poeta elegíaco, dice que fué hijo de un cierto frigio Calao y que nació eunuco. Cuando creció emigró a Lidia y celebró los misterios y orgías de la Madre, tributándole los lidios los mismos honores divinos de Zeus, el cual, airado contra él, mandó un jabalí para que destrozara los campos de los lidios, pereciendo también Attis con algunos de ellos entre los colmillos del feroz animal. De aquí viene que los gálatas de Pessino se abstengan de comer la carne de los cerdos". El euhemerismo de Hermesianax sólo nos enseña que el culto de Attis se había extendido por Lidia, hecho confirmado con los nombres de los reyes lidios más antiguos, en los que se encuentra combinado el del dios frigio. "La creencia popular acerca de Attis", continúa Pausanias, "es diversa, y hay una historia local acerca de él". El mito divulgado en Pessino, según lo narra el autor, comienza por el nacimiento de Agdistis, atribuyéndole un origen a Zeus, igual al que tuvo de Quetzalcóatl el murciélago según el comentador del Códice Magliavecchi: ambos nacieron en una piedra. Del hijo de Zeus, que fué andrógino, continúa el autor griego, "a este demonio ellos llamaban Agdistis". Demostramos que el murciélago era un emblema de Itzpapálotl, monstruo andrógino al cual llaman diablo los cronistas. Por orden de los dioses Agdistis fué reducido al sexo femenino; y por orden de la diosa Xochiquetzalli, que se identifica con Itzpapálotl, sufrió una transformación parecida por ministerio del murciélago. Del agua con que se lavaron los despojos de Xochiquetzalli, nacieron todas las flores; de los despojos de Agdistis "nació un almendro con los frutos maduros", y de su sangre, se dice en otra versión, que nacieron las violetas y otras flores. "Decían los de Pessino, que una hija del río Sangario tomó los frutos del árbol, los puso en su seno e inmediatamente desaparecieron, naciendo después un

hijo varón, a quien, abandonado, se encargó de cuidar un macho cabrío. Cuando hubo crecido en tamaño, su hermosura era más que humana; llamabase Attis y Agdistis se enamoró perdidamente de él; mas apenas llegó a la edad conveniente, lo enviaron a Pessino para que se casara con la hija del rey". (Paus. VII. XVII. 5.) El término y desenlace de esta versión de la fábula, con muy pocas variantes es igual a la que copiamos al principio.

No todos los escritores convienen en las circunstancias de la muerte de Attis. Mientras unos dicen haber sido cambiado en pino por Zeus, otros aseguran que lo mató un jabalí y no falta quien pretenda que murió de las heridas causadas por sus propias manos. Servio nos hace ver en sus escolios que, aunque la muerte fué el resultado de la herida, no fué él quien se hirió sino la diosa exaltada por los celos. Tomando en conjunto las versiones que conocemos del mito de Attis, podemos terminar las comparaciones con el de Quetzalcóatl.

Zeus es padre de Attis, monstruo andrógino; Quetzalcóatl en idéntico modo es padre del murciélago, emblema del monstruo andrógino Itzpapálotl, la misma Xochiquetzalli. Attis en la mitología frigia aparece con el nombre de Papa como el mismo Zeus y el dios principal de la nación: Quetzalcóatl, con el nombre de Papa, aparece el dios principal de los ulmecas. Attis nace de unas almendras que se tragó Nana, hija del río Sangario, o de las mismas almendras que se echó en el seno, como contaban los de Pessino. Narra Sahagún que Huitzilopochtli nació de "una pelotilla de plumas como ovillo de hilo, que su madre Coatlicoe encontró en el templo y se echó en el seno". Pero Torquemada es de opinión que esta fábula no corresponde al dios azteca sino a Quetzalcóatl y ya probamos, con los hechos y el testimonio de Sahagún, que esta tribu al principio salvaje, de origen oscuro no naua, se apropió para su dios los mitos que los nauas contaban de los suyos. El mismo Sahagún, Motolinia, Mendieta y los Anales de Cuautitlán, dicen que Chimalma, madre de Quetzalcóatl, lo concibió después de haber engullido un *chalchíhuitl,* piedra verde singularmente estimada por los indios. (Anal. de Cuau. p. 14.) Cuatro cuentas de esta piedra, se usaban en la fiesta de los dioses del agua para una ceremonia de significación indudablemente sivaítica, como era la de las almendras entre los griegos y debe haberlo sido entre los frigios. No existían almendras en México

antes de la conquista española y fueron sustituídas en el mito por otro objeto, como una bolita de chalchíhuitl o una pelotilla de plumón, que significara lo mismo. Attis se convirtió en pino, Quetzalcóatl en Quetzalhuexotl, para levantar el cielo. El huexotl es un árbol que tiene la forma del ciprés, vegetal mitológico de significado simbólico que se cree tampoco existiera en México, aunque hay varias especies de pinos muy comunes en las tierras templadas y en las frías.

Attis era con toda seguridad un dios fertilizador y por eso se le da el título de fructífero, se le llama madura espiga de grano y se le dan otros calificativos en armonía con sus atribuciones y con el ritual que lo considera como un dios relacionado con las entrañas de la tierra. Una estatua suya, que se conserva en el Museo Lateranense de Roma, prueba el ministerio a que el dios estaba consagrado, porque lleva frutos y espigas en las manos, una guirnalda de granadas y piñas en la cabeza, adornada con el gorro cónico frigio: todos emblemas de atributos fecundantes.

*

* *

Agdistis, según Estrabón, no era sino un epíteto que daban a Cibeles en Pessino, y se deriva del nombre de la montaña donde dice Paussanias que fué enterrado Attis. La misma Cibeles debe su nombre a una montaña de Frigia, Κυβελα, como también asegura Estrabón diciéndonos que estaba cerca de Celene. Cubela, en frigio significa cueva y a poca distancia de Celene había una cueva indicada por la tradición como el teatro de la venganza de Apolo contra el infeliz Marsias, que se atrevió a desafiarlo a un certamen musical. Pausanias llama a Cibeles la madre Dindimene y Estrabón Dindima por el monte Δινδυμος de la misma Frigia en los confines de Galacia y cerca de Pessino, en donde la diosa tenía dedicada una cueva. Por lo que se ve las cuevas y las montañas eran los santuarios de Cibeles. ¿Qué maravilla entonces que un habitante asiduo de las cuevas, el murciélago, fuera el símbolo de su contraparte azteca Itzpapálotl-Xochiquetzalli? La montaña, como una representación de la diosa frigia, se encuentra en el poema de Apolonio Rhodio. Es interesante el pasaje y quiero traducirlo y extractarlo, aunque largo.

Mopso, uno de los compañeros de la expedición de los Argonautas, a quien Apolo había enseñado el arte de auspiciar mejor que a ninguno otro de los mortales, se acercó a Jason que iba en busca del vellocino de oro y le dijo: "Oh hijo de Eson, conviene que subas a la montaña y te hagas propicia a la madre de todos los bienaventurados dioses, sentada en su trono en el templo que es el escarpado Dindimon, y entonces cesará la tempestad". Había en la montaña "un robusto tronco de las lianas que crecen en los bosques, añoso en extremo: lo cortaron y Argos con toda su destreza se encargó de hacer de él la imagen de la diosa. La colocaron debajo de un dosel que formaban las ramas de una frondosa encina, árbol que no tiene otro que le iguale en la profundidad de sus raíces. Al pie de la encina elevaron un altar, amontonando piedras no muy grandes y todos coronaron sus cabezas con hojas del mismo árbol para asistir al sacrificio e invocar a la muy venerable Madre Dindimona que tiene su morada en Frigia". Mientras ejecutaban el sacrificio, sin que diga el autor cuál era la víctima, humana probablemente, acaso una mujer, como lo sugieren las circunstancias de la narración y el modo como se practicó el rito; "por mandato de Orfeo, los jóvenes emprendieron una danza armados de punta en blanco, haciendo resonar sus escudos con las espadas, vociferando y gritando para que los llantos del mal agüero se desvanecieran en el aire". Cuando en México sacrificaban una mujer en las fiestas de la diosa Tierra, era de muy mal agüero que fuera triste y llorando al sacrificio y, para ahogar ese llanto, esforzaban la voz los que cantaban y hacían mucho ruido con los caracoles, atabales y teponaxtles. "Desde entonces los frigios comenzaron a hacer propicia la diosa tierra con el *rombo* y el *tímpano*". Con el tlapanhuehuetl, el teponaxtle y las sonajas la hacían los mexicanos; los egipcios con los cistros. Un portento demostró que la diosa había visto con ojos propicios el sacrificio. "Los árboles produjeron frutos abundantes y, al derredor de su pie, la tierra espontáneamente hizo producir flores a las yerbas: las fieras, saliendo de sus guaridas, alhagaban a los circunstantes moviendo sus colas. Otro portento obró la diosa, porque hasta entonces no existía ningún manantial en el Dindimon y entonces brotó del árido pico una perenne corriente que, con el andar del tiempo, los habitantes del lugar llamaron el manantial de Jasón". (Argonáutica. I. 1092-1148).

A la llegada de los Argonautas no había en el Dindimon ni altar, ni imagen y, sin embargo, ya se adoraba allí a la madre de los bienaveturados dioses. La montaña era entonces su emblema, la montaña era la diosa y una diosa de la fecundidad que hace producir frutas a los árboles, flores a las plantas, agua a las peñas y amanza las fieras: cuyo dosel eran los encinos por ser los árboles que enraízan profundamente y se pueden poner en contacto más inmediato con las profundidades de la tierra. Zacatepec, el monte de las yerbas, era en México el emblema de la diosa Tierra: llamábanlo Ixtlan-Tonan, lugar de la sal, Ixtlan, sustancia afrodisíaca; en México y en Grecia, Nuestra Madre, Tonan, y decían "que es su madre aquel monte", añade Sahagún. Argos para hacer el simulacro de Cibeles usó el añoso tronco de una liana, vegetal anexo al culto de Dioniso en la yedra y símbolo sivaítico por la unión de las lianas con los árboles, como Quetzalcóatl y Mayauel tomaron la forma de las dos ramas de un árbol. Así como al dios Attis daban el nombre de Papa y en las montañas de Bitinia lo aclamaban llamándolo Padre, así sabemos por Arnobio que a Cibeles le llamaban Nana (Adv. Nationes. V. 6.) y Madre Idea le decían los romanos, tomando el adjetivo del monte Ida, de Frigia. Ida quiere decir en griego montaña cubierta de árboles o lugar boscoso, nombre que tiene analogía con el de Zacatepec, cerro de las hierbas, que daban los nauas al monte que decían era su Madre. Canta o Musa, leemos en el himno dedicado a la madre de los dioses: "canta o Musa de la madre de los dioses y de los hombres. Ella se deleita con el sonido de los cascabeles y los atabales; con el sonido de las flautas, los aullidos de los lobos y los rugidos de los leones de ojos brillantes; con los ecos de las alturas y las crestas boscosas". (Him. Hom. XIV.) Tepeyolotli era un dios naua representado en forma de tigre: según el intérprete del Códice Telleriano quiere decir "señor de las animales", no porque esto signifique su nombre, que se interpreta *corazón de la montaña*, sino porque el *océlotl* o tigre mexicano era creído el rey de los animales. Es el emblema del eco o, como dice el intérprete, "del retumbo de la voz cuando retumba en un valle". En México, bien se nota por el ritual de las fiestas, por sus adornos, por el nombre Coyolxauqui, cascabel amarillo, que lleva una diosa representante de la fecundidad, que las diosas que personificaban a la tierra se deleitaban con el sonido de los cascabeles,

sonajas, flautas y atabales como la Madre Idea, pero también deben haberse deleitado con el rugido de las fieras y el retumbo del eco en los valles, porque pintaban los nauas a Xochiquetzalli sentada sobre una piel de tigre y porque en la trecena en que dominaba Yepeyolotli, el citado intérprete del Códice Telleriano nos hace saber que "los cuatro días de ayuno son en reverencia de Suchiquezal": es decir, que a esta diosa la celebraban en compañía del dios tigre, señor de los animales, el eco que repercute en los valles, en la trecena que le estaba destinada.

A la diosa Tierra por excelencia, que, como Cibeles, tenía entre los nauas el título de Madre de los dioses y de los hombres, llamaban los indios Tonantzin: palabra compuesta de *to,* nuestra y *nantzin madre,* derivada de *nantli* con la terminación reverencial *tzin,* o de *nana,* palabra adoptada en nuestro lenguaje familiar para denotar a la mujer que alimenta a un niño, a una nodriza. Nana se toma también en sentido de madre que alimenta y por eso se llamaba madre a la diosa Tierra, que, en su denominación de Nana, combina exactamente con Cibeles. En las fiestas de Toci y de Tonantzin tenían lugar muchas de las ceremonias que Durán describe en la que celebraban a Xochiquetzalli: esto, los mitos y el testimonio explícito de los cronistas nos hacen creer que no era Xochiquetzalli sino una forma de Tonantzin, la diosa Tierra, como otras muchas diosas que se identifican con ella. En esa forma Toci o Tonantzin vendría a ser Cibeles: Itzpapálotl-Xochiquetzalli, Agdistis, que estuvo relacionada con Attis, como ella, reducida al sexo femenino con Quetzalcóatl. Emblema de Itzpapálotl fué la obsidiana, como quedó apuntado, y la historia nos demuestra haber sido esa negra roca una representación de Cibeles.

Los cartagineses habían invadido una parte de Italia y la República Romana estaba en peligro de sucumbir. Consultados los libros sibilinos, se encontró, dice Livo, que sólo abandonarían el país los invasores si se llevaba a Roma el *Niger Lapis,* la piedra negra venerada en Pessino y era nada menos que el simulacro de Cibeles. Los hombres más conspicuos por su probidad, fueron mandados como embajadores y se consiguió el objeto anhelado de Attalo I, rey de Pérgamo, como algún escritor lo dice, pero esto no puede ser si con el Niger Lapis se introdujo en Roma el culto de Cibeles, porque Attalo reinó del 241 al 197 y el culto

de la frigia divinidad, se estableció en el Palatino el año 547 de la fundación de Roma, 207 antes de la era vulgar. (Livio. XXIX. 10. 11; Ovid. Fasti IV. 259.) A fines del siglo pasado, en las excavaciones practicadas en el Palatino, vino a luz una plancha de obsidiana, que pensaron fuera la famosa Piedra Negra llevada hace más de 2.000 años de Pessino, en tiempo de la segunda guerra Púnica. La obsidiana entonces era un emblema de la diosa Tierra, tanto en Frigia cuanto en México, emblema usado en tiempos muy remotos según parece por la veneración con que se veía en todas partes, certificada con el resultado de las exploraciones en estaciones neolíticas de Grecia, Italia, Asia Menor y otros lugares bañados por las aguas del Mediterráneo. A pesar de los instrumentos de hierro conocidos en Egipto desde muy antiguos tiempos, para abrir el cuerpo de los muertos que debían embalsamar, usaban "una filosa piedra de Etiopía" dice Herodoto, o sea un cuchillo de obsidiana. (II. 86.)

En ninguna parte se desarrolló más la veneración a la obsidiana, como símbolo de una divinidad andrógina, tal como Itzpapálotl y Agdistis, como entre los cakchiqueles, tribu de familia maya muy allegada a los quichés. De ellos dice Brinton que, el sagrado Chay-Abah, la obsidiana, "era el oráculo de la nación que revelaba la voluntad de los dioses en asuntos importantes, tanto civiles como militares". (The Annals of Cakchiquels. pág. 43.) "Chay-Abah está enhiesta a la entrada de Tula, de donde venimos", leemos en la crónica Cakchiquel, es decir, este negro vidrio vulcánico era el protector de la ciudad de donde partió la tribu. "Quien fué el creador del hombre fué Chay-Abah", la piedra de donde procedieron los hombres, la Madre de la humanidad y por eso "Chay-Abah salió de Xibalbay, las regiones subterráneas, el laboratorio de la fecundidad, donde los cuchillos de obsidiana chocaban y rechinaban según la expresión quiché; donde hacía un viento que cortaba como cuchillo de obsidiana, según la frase nauatl". (Brasseur de Bourbourg. Memorial de Tecpan Atitlan).

El señor Carrillo, obispo de Yucatán, poseía dos enormes navajones de obsidiana sin pulir, encontrados en su diócesis de donde no es nativa esa roca, que demuestran la veneración que los mayas le tenían, pues el tamaño y el estado de perfecta conservación de los objetos aleja toda idea que pudieran haber tenido

otro uso que no fuera como objetos de veneración. Yo también conservaba un navajón de obsidiana en las mismas condiciones, encontrado en el Estado de México: tenía sesenta centímetros de largo. Otros objetos poseía de la misma roca vítrea, en que la forma de punta de lanza estaba combinada con la de la creciente de la luna, indicándonos la unión de dos símbolos bien conocidos en un mismo objeto, que nos daría razón del personaje andrógino que se quiso representar en la obsidiana.

*

* *

El nombre de Papa que iguala a Quetzalcóatl con Attis y el de Nana que identifica a Tonantzin con Cibeles no pueden considerarse, por sí solos, como argumentos decisivos de la identidad de los dioses. La gran lista de palabras en que se encuentran los elementos, *ta*, *pa*, y *ma*, *na*, para formar las palabras padre y madre, recogida por Bushonann, demuestra, como dice Tylor, "que los tipos *pa*, *ta*, con las formas similares *ap at*, preponderan en el mundo como nombres para designar el padre, como *ma* y *na*, *am* y *an* tienen la preeminencia para designar la madre". (Primitive Culture. I. 223.) De manera que no podemos conjeturar un origen común de los dioses nauas y frigios tan solo por la igualdad de los nombres; pero si a la igualdad se añade la admirable semejanza de los mitos, como lo hemos visto, y de los ritos con que se veneraban los dioses, como lo vamos a ver, entonces el argumento se vuelve poderoso y convincente.

Megaleses ludi y *Megalesia* llamaban los romanos una fiesta en honor de la gran diosa μεγάλη θεος, de quien tomaba el nombre. La fiesta se hacía a principios de abril (Ovid. Fasti. 377.) el día cuatro, dicen algunos, y duraba seis días. Tal vez como preparación a los juegos, o porque no se cite con exactitud la fecha por la diferencia entre el antiguo calendario romano y el juliano, o por las preocupaciones de ciertos escritores, el caso es que el 23 de marzo, escribe el profesor Frazer, para celebrar en Roma la fiesta de Cibeles cortaban un pino en los bosques y lo llevaban al santuario de la diosa en donde "era considerado como una grande divinidad. La obligación de llevar el árbol sagrado pesaba sobre aquel que, por eso mismo, tenía el título de Portador

del Arbol. El tronco se fajaba con fajas de lana, como si fuera un cuerpo, y se engalanaba con guirnaldas de violetas", dice Frazer, y "en medio del tronco se ligaba la imagen de un joven, el mismo Attis, sin duda alguna". Un año se guardaba esta imagen, encontramos en Firmico Materno, y después se quemaba. (De err. prof. Rel. n. 27.) Al día siguiente el sacerdote principal de Cibeles "se sacaba sangre de los brazos y la presentaba como una ofrenda". No sólo él presentaba esta ofrenda sangrienta; otros lo secundaban desgarrando su cuerpo con flagelos o lacerándolo con cuchillos para rociar el árbol y el altar de la diosa con su propia sangre. La causa de la muerte de Attis por las heridas recibidas, se representaba al vivo por los que pretendían el sacerdocio de la diosa". Dedicándose a Cibeles las solemnidades, a ella se dirigían las otras ceremonias. Nosotros entresacamos sólo las que se relacionaban con Attis. (Frazer. The Golden Bough. V. p. 267.) Estas tenían su paralelo en México.

Los nauas y principalmente los tepanecas, celebraban una fiesta a su numen tutelar, que se hacía en la ventena que por el nombre de la fiesta, era llamada Xocohuetzin, que más o menos caía en nuestro mes de agosto. Con muchos días de anticipación "cortaban un grande árbol en el monte, de veinte y cinco brazos de largo: quitaban todas las ramas y gajos del cuerpo del madero y dejaban el renuevo de arriba del aguijón y luego cortaban otros maderos y hacíanlos cóncavos: echaban aquel madero encima de ellos y atábanle con maromas; llevábanlo arrastrando y él no llegaba al suelo, porque iba sobre otros maderos para que no se rozara la corteza". Al acercarse al pueblo los que lo conducían, hombres de cierta representación, "salían las señoras y mujeres principales a recibirle: llevaban jícaras de cacao para que bebiesen los que le traían y flores con que enrosaban a los conductores". Con mucha solemnidad levantaban el árbol en el atrio del templo, dejándolo veinte días. La vigilia de la fiesta lo abatían "muy poco a poco porque no se quebrase o hendiense y así le iban recibiendo con unos maderos atados de dos en dos, que llaman cuauhtomacatl, y poníanle en tierra sin que recibiese daño y dejábanle así". Al día siguiente lo arreglaban y alisaban y los sacerdotes "aderezados con sus ornamentos componían el árbol con papeles y lo hacían con grande solemnidad y bullicio ayudados por los ministros inferiores". Los excesivos cuidados que

se tenían con el árbol, no debían tener el único fin de que no se rompiera, sino cierto tributo de homenaje y veneración con que se veía como cosa santificada por el papel que se le hacía representar.

A este árbol, dice Sahagún, daban el nombre de Xocotl, por el cual llamaban Xocohuetzin a la fiesta y a toda la ventena en que caía, lo que, según el cómputo del autor que vamos citando, comenzaba el 1º. de agosto. Durán, en vez, nos hace saber que Xocotl era el nombre del ídolo que colocaban en el árbol y que tenía una forma singular. "Era una estatua como de un hombre", escribe el misionero franciscano, "hecha de masa de semillas de bledos. El papel con que la componían era todo blanco, sin ninguna pintura ni tintura: poníanle en la cabeza unos papeles cortados como cabellos y unas estolas de papel de ambas partes, desde el hombro derecho al sobaco izquierdo y desde el hombro izquierdo al sobaco derecho, y en los brazos ponían los papeles como alas, donde estaban pintadas imágenes de gavilanes, y también un maxtla de papel". (I. 142. 143.) Distinta es la descripción del ídolo, que hace Durán. "Fabricaban una cabeza de pájaro", dice, hecha de masa de tzoalli, "con su pico muy dorado, y poníanle muy galanas plumas verdes por alas y cola y poníanlo que no parecía sino pájaro muy galano. Luego hacían de otros cuatro trozos de masa cuatro piñas muy pintadas, las cuales le ponían a los pies que le servían como de ramas o rosas en que estaba parado". A este ídolo le llamaban Xocotl "que para decir verdad no sé que romance le pueda dar que nos le declare y dé su propia significación, si no es el nombre de un pájaro a quien representa, y en cuya figura le adoraban; el cual pájaro se debía llamar así". (II. 166, 167).

Los tepanecas dedicaban la fiesta de Xocohuetzin a su divinidad principal, que, según el autor de la Historia de los Mexicanos por sus pinturas, era el dios Ocoteuctli, el señor del pino resinoso, árbol de donde los indios sacaban la trementina, divinizada y personificada en la diosa Zapotlatena, que decían ser su inventora. Adviértase que ya los egipcios y los griegos veían la resina como un objeto sagrado y digno de cierto respeto, si no es que ese respeto pasara a veneración.

Si dice Sahagún que Xocotl era el nombre del árbol y Durán que el del pájaro colocado en él, pueden ambos autores po-

nerse de acuerdo diciendo que árbol e ídolo juntamente tenían el nombre de Xocotl.

Dice Sahagún que ciertas plumas de los papagallos llamados *Toznene* recibían el nombre de *xolotl.* Compárese esto con lo que se dijo de las plumas llamadas *cuetzal,* lo mismo que *quetzal* con relación a Quetzalcóatl, y se podrá de allí deducir cómo, a semejanza de *quetzal-tototl,* ave de Quetzalcóatl, cierta clase de *toznene* pudieron haberse llamado *xolo-tototl,* aves de Xolotl. Por la descripción del pájaro simbólico que hace Durán, diciendo que tenía el pico dorado o sea amarillo, las alas y cola verdes, parece se trata de un papagallo de los que llamaban *toznene* los indios y decía Clavijero que eran los mejores de ellos. "El color de sus plumas es verde, pero en la cabeza y en la parte delantera de las alas, en unos es rojo y en otros amarillo". (I. 51.) Solemos distinguir con el nombre de *pericos* a los que tienen plumas rojas en la cabeza y en la parte delantera de las alas y con el de *loros* a los que las tienen amarillas: estos últimos también tienen el pico amarillo. De xolotl, el loro, y ocotl, el pino tea, se formó probablemente la palabra *Xocotl,* que entonces querría decir *el pino de Xolotl.* El dios que llevaba este nombre era un representante del Sol nocturno, el Sol que fecunda la tierra con sus cuatro movimientos, identificado con el fuego que produce el calor necesario para la fecundidad, al que simbolizaban ordinariamente con un perro, con la cabeza o las orejas del animal. Aquí vemos que lo representaban con un papagallo, ave del fuego que bajaba a medio día en Xalisco, como en Yucatán la guacamaya, a quemar el sacrificio.

En esta fiesta, dice Motolinía, los tepanecas "ofrecían maíz de lo tierno y *perros cochos* y fresoles". La ofrenda de *perros cocidos,* singular de esta fiesta, confirma que Xolotl era el ídolo colocado en el pino. Cuando los tlaxcaltecas necesitaban buen tiempo, llevaban en procesión perros pelones, *xolo-itzcuintli,* los sacrificaban en el *xolo-tecpan,* palacio de Xolotl, y después se los comían cocidos. Cuando Chimalpain dice que los tepanecas se decían palaciegos por la veneración que tenían a su dios y por haberse consagrado a él, es porque *tecpan,* palacio, era nombre que daban a los templos de Xolotl, así identificado por los chalcas con el negro Tezcatlipoca, como identificaban a Tótec con el rojo. Xolotl, como sol nocturno, como dios del fuego, era entonces el dios tu-

telar de los tepanecas y era el señor del pino teo, o del ocote como le llamamos aún, que en las pequeñas aldeas sirve para iluminar las tinieblas de la noche y que sirvió a Demeter para buscar por el mundo a su perdida Persefone.

Las estolas de papel blanco que, según la descripción del ídolo que hace Sahagún, pasaban del hombro derecho a la axila izquierda y del hombro izquierdo a la axila derecha, formaban dos aspas blancas, color simbólico del poniente, punto cardinal del sol nocturno, simbolizando las aspas del *naui ollin,* los cuatro movimientos que acompañaban a este sol nocturno. En muchas pinturas, vemos a Xolotl con las aspas blancas en la frente, en los adornos de su tocado o de su vestido y cerca de su persona. Bandas a manera de estolas, cruzadas en el pecho, con el mismo significado seguramente, llevan en papiros y monumentos de Egipto, sacerdotes y divinidades, entre las cuales Osiris, dios de la fecundidad de los egipcios, como se podría ver en el diccionario de Lanzoni.

En sarcófogo atribuído a Osiris, encontró Amelineau en sus cuatro esquinas a los hijos de Horus, los puntos cardinales, la personificación de los cuatro elementos en figura de halcones. No dice Sahagún cuántas eran las alas que ponían al dios del pino, cuántas las imágenes de gavilanes que le pintaban, pero se puede fácilmente suponer que fueran cuatro, unas y otras, o por lo menos los gavilanes. Si nuestra suposición es justa, fundada como está en el número cuaternario que, entre los nauas, llevaban ordinariamente los emblemas relacionados con los dioses de la fecundidad, encontraríamos que también ellos representarían con aves de rapiña los elementos y los puntos cardinales relacionados con los vientos y, por esto, con las aves o las alas.

La estatua lateranense Attis lleva granadas y piñas en su guirnalda: y el pájaro que describe Durán estaba parado sobre cuatro piñas de diversos colores, quizá los cuatro simbólicos de los cuatro elementos. Los elementos en movimiento, causa de la vida, en combinación con el calor que se desprende de las llamas del pino, sintetizan el significado de la fiesta del árbol Xocotl y de Xolotl como dios del fuego de los tepanecas.

Desgraciadamente la fiesta de Cibeles, con la cual unían la de Attis los romanos, visto en general como una figura secundaria en los ritos de la Madre Idea, no es conocida con la abundancia

de los detalles que tenemos de la fiesta naua de Xocotl; pero los pocos que hemos encontrado, recogidos por el escritor inglés que citamos, son suficientes para probar que eran iguales en el simbolismo. El intérprete del Códice Magliavecchi llama a Xolotl hermano de Quetzalcóatl y con razón, considerando a este último como una personificación del sol nocturno, como Youalliehécatl, el viento nocturno y el dios del fuego. Para este autor, no era una estatua de masa sagrada de bledos, de tzoalli, lo que ponían en la extremidad del árbol, sino un indio con los atributos de la fecundidad y los emblemas del dios del fuego, al cual arrojaban al suelo y, antes de morir, lo sacrificaban asándolo en el fuego. Es lo que hacían después de un año con la imagen de Attis, que ataban al árbol; pero sospechan algunos autores que, en los tiempos primitivos, hubiera sido un cautivo, como aún se acostumbraba en algunos pueblos de México, sustituído en otros por una imagen, como se hacía en Roma cuando fué introducida la fiesta.

Consideremos ahora los pocos detalles que conocemos de la fiesta que corresponde a Cibeles y comparémoslos con los más ricos y abundantes que tenemos de la de Toci o Tonantzin. La fiesta de la diosa frigia se dividía en dos partes: lúgubre la primera, alegre la segunda. Mientras duraban los días lúgubres los tambores, los címbalos y demás instrumentos resonaban con grande estrépito: los sacerdotes y el pueblo cantaban, lloraban y gritaban desesperadamente, golpeándose el cuerpo, desgarrándose las caras y mesándose los cabellos. Cierto frenesí se apoderaba de todos y, entre llantos y alaridos, algunos desgarraban sus carnes y se arrancaban a girones la piel ensangrentada con un látigo compuesto de cuerdas con tabas ensartadas. Otros, y esta era la ceremonia más culminante, armados de cuchillos de piedra, voluntariamente se despojaban de aquello que les podía procurar el nombre de padres, quedando indeleblemente marcados como sacerdotes de la diosa. En la segunda parte cambiaba enteramente el aspecto de la fiesta; los últimos días se pasaban en bailes bulliciosos y danzas desenfrenadas, que de la ciudad pasaban a los campos. El vino se escanciaba con profusión hasta que los devotos de la Madre Cibeles, enervados por la embriaguez y desfallecidos por el cansancio de la orgía, rodaban al suelo amortecidos. (Perrot et Chipiez. Histoire de l'Art dans l'Antiquité. V. 33-36.) La alegoría es bien clara: la primera parte de la fiesta

conmemoraba la naturaleza que muere y que, para revivir, necesita la sangre del sacrificio. La segunda conmemora la resurrección de la misma naturaleza que se manifiesta lozana en las flores de las yerbas y los renuevos de los árboles; el milagro que hizo la Madre Dindimene después del sacrificio que le hicieron en su montaña los Argonautas.

"No ha sido poco de notar", dice Durán, "el modo y la manera que tenían los indios, de honrar a la Madre de los dioses y corazón de la tierra, la cual fiesta los romanos tenían y celebraban a la Madre de sus dioses Berecintia, Cibele por otro nombre". II. p. 191.) Ochpaniztli se llamaba la fiesta que se le hacía y era igualmente el nombre de la XI veintena en que tenía lugar, la cual, según el intérprete del Códice Telleriano Remense, "entra a 12 de septiembre. Aquí celebran la fiesta de aquella que pecó por comer la fruta del árbol". Sahagún compara con Eva, la mujer que pecó, a la diosa Ciuacóatl y, en otro lugar, nuestro intérprete la compara con Itzpapálotl; por consiguiente, a estas diosas identificadas estaba dedicada la fiesta. El citado intérprete continúa: "Suchiquetzatl fué la primera que pecó y aquí la llaman Itzapapalotle, diosa de la basura y pecado y por eso hacían fiesta al fin que el hombre ha de ver después de muerto". Xochiquetzalli es, según el autor, la mujer inocente, Eva antes del pecado en el lenguaje bíblico; Itzpapálotl, la mujer pecadora, Eva después del pecado que trajo la muerte al mundo. Pero en el lenguaje mitológico de los nauas, traduciendo el pensamiento cristiano del autor al pagano, Xochiquetzalli significaría la diosa Tierra que vivifica; Itzpapálotl, la diosa Tierra que destruye; era el murciélago sanguinario de nuestros códices: el Cama-Zotz, murciélago de la muerte de la mitología quiché, mientras Xochiquetzalli era la amante de Quetzalcóatl, madre del mismo con el nombre de Meconetl, el hijo del maguey, o Topiltzin, nuestro noble señor. Xochiquetzalli es la tierra que produce al sol que nace en el oriente; Itzpapálotl la diosa tierra que devora al sol que muere en el poniente. El sol nocturno era el sol que fecundaba la tierra: Itzpapálotl, que lo devoraba, se connaturalizaba él, en el sentido de que, de los dos seres, se formaba uno solo, concebido como un monstruo andrógino por los indios con relación a la fecundidad. Así Quetzalcóatl e Itzapapálotl están en la misma relación mitológica exactamente en que estaban Attis y Agdistis.

Prosigue el intérprete: "Aquí la llaman la fiesta propiamente Otlacoltutly, nuestro principio, o de nuestra madre Tutzin o nuestra vida". La incorrección con que está copiado este trozo lo vuelve casi ininteligible en su significación. Quizá podrá corregirse así: "Aquí llaman a esta propiamente la fiesta, o de Tlazoltéotl, nuestro principio, o de nuestra madre Toci, nuestro fin o cabo de nuestra vida". *Otlacolteutly* es una palabra bárbaramente estropeada que, naturalmente, no se encuentra en ninguna otra parte: la he leído *o Tlazoltéotl,* porque el calificativo de diosa de la basura que da el autor a Itzpapálotl y Xochiquetzalli ni mitológica, ni etimológicamente les corresponde, mientras era este el concepto que los cronistas tenían de Tlazoltéotl y esto lo que puede significar su nombre; en segundo lugar, porque Sahagún explica la múltiple personalidad de la diosa por los distintos estados de la mujer con relación a la maternidad y, finalmente, porque en el Códice Borbónico, en donde gráficamente se describe la fiesta, vemos la imagen de Tlazoltéotl, relacionada en sus adornos e insignias con Quetzalcóatl, en una actitud y con unos adjuntos que demuestran ser ella el conducto del cual el dios se valía para mandar al mundo los hombres. En relación con ella está dibujada la imagen de Toci, nuestra abuela, representante de la árida y devoradora tierra. Tlazoltéotl y Toci representan los mismos conceptos que Xochiquetzalli e Itzpapálotl, las cuales, con relación al sol, pudieran muy bien interpretarse como las personificaciones de la aurora y del crepúsculo vespertino, mientras Tlazoltéotl y Toci serían las personificaciones de la tierra que da la vida y de la tierra que destruye a la humanidad.

La fiesta Ochpaniztli era la principal que hacían a la diosa Tierra en el equinoxio de otoño, mientras la principal que celebraban al Sol la hacían en el de primavera. En ésta consideraban al astro en sus estaciones y todos sus aspectos, como en aquella consideraban a la Tierra. En ambas el objeto no era otro que la consecución de la fecundidad bajo todos sus aspectos. Ochpaniztli, dice el intérprete que vamos citando, "entra el 12 de septiembre". Según el cómputo de Sahagún entraría a mediados de agosto. "Se interpreta *limpiamiento* y así en este mes barrían todos particularmente sus casas y los caminos". Era la purificación necesaria en una fiesta de tal importancia. "Los cuatro días primeros de este mes", así llama el autor a las veintenas, "ayu-

naban y en todo él sacrificaban a las plantas y después de adoradas, las llevaban a sus templos. La razón de este limpiamiento era porque tenían creído que haciendo aquella ceremonia se irían todos los males del pueblo". La escoba era el emblema principal que usaban en la fiesta, no por el aseo general que se hacía de los caminos, calles, casas y aún de las personas, sino por ser la escoba un emblema sivaítico. Los autores que nos hablan del culto tributado a Siva en la India, nos hablan de la escoba y del peine como emblemas relacionados con las ceremonias simbólicas que se usaban en él, relacionadas con la fecundidad. Para el aseo personal nuestros indios no usaban ordinariamente peines, sino unas escobas pequeñitas de fibras de maguey, aún en uso hoy entre ellos y la gente del pueblo, que tienen la forma de una borla y llaman escobetas. Las borlas, que ciertos dioses como Macuilxóchitl llevan como distintivos, no son acaso sino escobetas simbólicas. El intérprete del Códice Magliavecchi dice que la fiesta Ochpaniztli "quiere decir barrimiento", no por el aseo que, como ceremonia purificatoria, se hacía, sino "porque en ella ponían al demonio que ellos llaman Toci, que quiere decir nuestra agüela, una escoba en la mano". (Cód. Magliavecchi. p. 38 rev.) La penitencia, que el otro intérprete nos dice hacían a las plantas y entre ellas a los árboles, consistía en sacar sangre de sus miembros con navajas de obsidiana o espinas de maguey y untar, con ella, las hojas y los troncos. Era esto lo que hacían los sacerdotes de Cibeles con el árbol que representaba a Attis.

La fiesta de la diosa Tierra estaba consagrada para obtener la fecundidad no solamente de los animales y de los hombres, sino también de los campos. Los matlaltzincas, dice Ríos, la dedicaban a Xochiquetzalli y en los cuatro barrios de México celebraban a Centéotl, numen del maíz, que en cada uno de ellos tenía dedicado un adoratorio y en todos ellos sacrificaban a una mujer. "Este día salían los valientes hombres con las armas a cuchilladas y flechazos", y ya sabemos que en ambos hemisferios los fingidos combates tenían íntimas relaciones con la fecundidad. Las mujeres hacían de semillas una especie de muñecos, poniéndoles por ojos granos de maíz "y los ofrecían a los hombres". Llevaban dos cañas de maíz con sus mazorcas atadas o envueltas con un papel, que dejaban como ofrenda. (Motolinía. Mem. p. 46.) La estatua lateranense de Attis lleva en el gorro cónico que

cubre su cabeza, dos espigas de granos que, como las dos mazorcas de maíz con sus cañas y los muñecos de semillas que daban las mujeres a los hombres, tienen un valor altamente significativo en el simbolismo del dios frigio en su relación con la fiesta naua que estudiamos. Dos partes tenían evidentemente: la primera consagrada a Toci, la naturaleza que muere en el invierno; a Itzpapálotl el sol que se oculta en su seno para hacer que la tierra fructifique. La segunda, dedicada a Tlazoltéotl, la tierra que vivifica, la diosa de la lujuria, la Venus mexicana, y a Xochiquetzalli que produce el sol que alumbra, que hace germinar las plantas en la primavera y despierta de su letargo invernal a los árboles.

En el Códice Borbónico ya citado, la parte de la fiesta que se refiere a Tlazoltéotl está dibujada con danzas, músicos y cantores. Sahagún nos hace saber que a honra de Toci bailaban en silencio. (Vol. I. 64.) He aquí las dos partes de la fiesta de Cibeles. No hace mención el cronista franciscano de ninguna repugnante ceremonia, como la que practicaban los que se querían consagrar como sacerdotes a la diosa frigia; pero en el Códice citado vemos dibujadas, con el más obceno realismo, algunas figuras de sacerdotes que, si no practican ese rito peculiar de los sacerdotes que llevaban el nombre de Galos entre los romanos, cree el Prof. Paso y Troncoso fuera una ceremonia análoga que los mexicanos llamaban *motepulizo.* En la fiesta de Toci sabemos por Durán que intervenían ciertos servidores de la diosa, llamados *cuextecas,* los cuales podemos pensar que sean los negros pintados en el Códice, por la descripción que hace Sahagún en la edición de Kingsborough, de Tezcatlipoca cuando en Tula se fingió cuexteco y lo pintaron todo de negro para que se pudiera casar con la hija del rey. Obsérvanse en la pintura, dice el entendido arqueólogo, aquellos que terminaron o están para llevar a cabo la ceremonia, pasando delante de la imagen de la diosa, ostentando fortaleza con llevar en la mano el cuchillo de pedernal que sirvió o va a servir para el auto sacrificio. El rito del motepulizo se practicaba "para ganar opinión de hombres castos y honestos, penitentes y santos: por lo cual no causará extrañeza que cumplieran en público el sacrificio y que hicieran ostentación de haberlo cumplido por medio de un simulacro como el que representa nuestra pintura". (Paso y Troncoso. Códice del

Palacio Bourbon. p. 161.) El mismo o acto parecido llevaban a cabo en público las sacerdotes de Cibeles y otras divinidades asiáticas, no por ostentación de santidad, ni por ganar reputación de castos, sino por exigencias simbólicas rituales. Las representaciones repugnantes que vemos en el Códice citado y que dieron motivo a la interpretación de nuestro amigo y compatriota, el docto director del Museo Nacional de México, tiene una semejanza muy marcada con la de los Cabiros de Lemnos y Samotracia, Grecia, Asia Menor, Siria y Egipto; y más bien que individuos que honran a la diosa con el terrible sacrificio, pudieran representar y creemos que representan a los cuextecas mitológicos, seres relacionados con la fecundidad, compañeros del sol nocturno y de la tierra. No obstante lo que pensamos, es sabido que los sacerdotes zapotecas, serranos y cajonos, se ponían en las mismas condiciones de los galos de Cibeles, mas lo hacían cuando niños sus padres los consagraban al servicio de los dioses, ignorándose si al de todos en general, al de la diosa Huichaana, la Toci de los zapotecas, o si en particular al de alguno otro. De ello nada sabemos por Burgoa de quien tomamos la noticia. (Geográfica Descripción. II parte. p. 58.) La relación de Michoacán nos dice, en vez, que los tarascos llamaban Madres a los sacerdotes de la diosa Cueravaperi, la Toci de Michoacán. (pág. 78.) Entre las figuras del Códice Vaticano A. relacionadas con los acontecimientos mitológicos de Tula y que se suelen interpretar como jeroglíficos de lugares geográficos, relacionados con pretendidos hechos históricos, encontramos uno que tiene la cara de un individuo que llora y lo interpretan, "lugar donde lloraron los cuextecas". El glifo a mi parecer debe referirse no a los históricos, sino a los mitológicos cuextecas que lloraron en el lugar de donde partió Quetzalcóatl, lloroso también; que se embriagaron y alegraron en el lugar a donde llegó haciendo ostentación de su poder. El llanto de los cuextecas compañeros y servidores, según Durán, de la diosa Toci *cuando vivía,* era el llanto y las señales de dolor manifestadas en la primera parte de la fiesta de Cibeles, la naturaleza que llora, con sus elementos, la ausencia de la vegetación en el invierno y los árboles desnudos convertidos en esqueletos.

Durán nos hace saber que la fiesta de Toci comenzaba en el lóbrego adoratorio llamado Tlillan, la negrura, medio subterráneo sin ventanas, con una puerta oscurecida y tan pequeña que sólo

se podía entrar a gatas por ella, en donde tenían a la diosa en el recinto del templo mayor de México; y que terminaba en un adoratorio singular, formado por "cuatro maderos hincados, puestos en cuadro, que cada uno tenía más de veinte y cinco brazas de alto y grueso, que dos hombres no los podían bien abrazar". Sobre estos cuatro altísimos maderos, que probablemente simbolizaban las cuatro columnas que sostenían el firmamento, había un tablado y, en él, una pequeña cabaña con tejada de paja, que contenía el simulacro de la diosa, formado con una piel humana que anualmente se renovaba. Este elevadísimo adoratorio estaba a una parte del camino que, saliendo de la ciudad, quedaba a la mano derecha del principio de la calzada que, del pequeño pueblo de Tepeyacac, ahora Guadalupe, conducía a Tlaltelolco y a Tenochtitlán o México. La fiesta, que comenzaba en la oscuridad y en la ciudad, terminaba en la luz y en el campo. El intérprete del Códice Magliavecchi nos habla de la parte rural. "En esta fiesta sacrificaban indias en los cues que estaban en frente de los caminos, hacían grandes bailes y borracheras y estas indias que sacrificaban las degollaban y otras vestían sus pellejos para bailar delante de este demonio". (Cód. Magliavecchi. fol. 38 rev.)

Las dos fases, con el simbolismo y los ritos de la fiesta de Cibeles, los tenemos más bien marcados y caracterizados en México.

CONCLUSION

Vistos en todos sus aspectos los mitos de Cadmo y Quetzalcóatl, comparados entre sí los más pequeños detalles de unos y otros, las consecuencias derivadas de los cotejos emprendidos sin ninguna preocupación, han producido en mí un raudal de luz. La igualdad no sólo de los tipos que sirvieron para la formación de las leyendas, sino del ropaje simbólico que los cubre y del emblemático que completa sus atavíos con los ritos y ceremonias, no pueden ser en su totalidad el resultado de observaciones aisladas e inconexas, de concepciones fortuitas en una y otra parte, independientemente brotadas. El número, los detalles, insignificantes al parecer, y la concatenación de los símbolos uniformemente encontrados en el Viejo y el Nuevo Mundo, en compañía de las mismas ideas, son tan grandes y extraordinarios, que jamás me dejaré persuadir de que las creencias y símbolos materiales y rituales con que se velan en los mitos y ceremonias acabadas de comparar, hayan brotado iguales, se hayan ido desarrollando iguales, cubriéndose con la máscara del mismo simbolismo, sin más diferencias que las introducidas con la elevación en la cultura y el incremento de la civilización. Tantas y tan admirables semejanzas aún en los detalles, no pueden significar ni pueden derivarse sino de un origen común. El dios Ulmeca era dios oriental, nacido no en México, naturalmente, sino al otro lado del Atlántico. Esta es la conclusión a que he llegado, traída por la comparación plena y no superficial de los mitos de Cadmo y

Quetzalcóatl que me sugirió el Dr. Brinton. ¿Cómo pasó el mito de uno al otro lado del Atlántico?

A pesar del manifiesto simbolismo del mito de Cadmo, los escritores de la Historia Griega no dejan de ver en él un recuerdo de antiguas inmigraciones extranjeras venidas del oriente de Helas. Fué fenicio el alfabeto usado por los griegos: el estaño que usaban en las confecciones del bronce para fabricar armas, utensilios e instrumentos, los fenicios los llevaban de Inglaterra. Ellos mismos trabajaban el oro y plata llevados de España y con él hacían vasos, adornos, objetos para el culto, joyas para las mujeres, hilos para entretejer en los vestidos bordados y teñidos con la púrpura de Tiro. Fué en Tebas, dice Curcius, "donde la cultura de los griegos orientales plantó sus raíces más profundas y la fortalecieron con una colonia numerosa afirmando haberla establecido a pesar de los habitantes del país. Por esta causa Cadmo, más que ningún otro héroe de esta clase, tiene un carácter extranjero y su casa es perseguida por las naciones vecinas con celosa enemistad". (History of Greece. I. p. 103.) A él se atribuyeron las letras y las artes que aprendieron los griegos de los fenicios, haciéndolo el conductor de una colonia oriental.

No porque Cadmo fuera un personaje mitológico dejaron de ser menos verdaderas las primitivas estaciones comerciales establecidas en Grecia y su comercio con los griegos, que del mito de Cadmo hicieron una leyenda histórica. ¿Podrían haber imaginado los salvajes de México una leyenda igual, fundada en un mito también por ellos inventado sin un prototipo real que, así como lo encontraron en la naturaleza para el mito, hubieran encontrado en las tradiciones históricas para la leyenda? En el supuesto que el mito de Quetzalcóatl fuera una invención mexicana, con todo habría que pensar en una emigración oriental llegada a México por mar para que se le aplicara el mito a la tradición.

Cadmo representa dos acontecimientos rigurosamente históricos de Grecia: una emigración oriental y un mejoramiento en las ciencias, el arte, la industria, la navegación y el comercio de las tribus helénicas. Nada importa que la emigración hubiera salido de Frigia o del Asia Menor, de Siria o de Fenicia y que el mejoramiento fuera debido a una u otra de las razas establecidas al oriente de Grecia. Si el mito de Cadmo fué hechura griega y para inventarlo tomaron los helenos el mismo fundamento de los

nauas y lo basaron en los fenómenos solares, nunca lo habrían aplicado a personajes reales si no hubieran tenido tradiciones de emigraciones orientales, que se han encontrado ciertas y probadas con otros argumentos. De cualquiera manera que se considere el mito de Quetzalcóatl, comparado con el de Cadmo, no hace sino confirmar la rigurosa exactitud histórica de la inmigración de hombres que llegaron a México procedentes del oriente y embarcados en navíos.

FIN

BIBLIOGRAFIA

A

Alegre, S. J. R. P.—Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España.
Aguilar.—Bosquejo geológico de México.
Aguilar.—Los volcanes de México.
Alcocer.—Catálogo de los frutos comestibles mexicanos.
Abu-Raihau-Alatar-Albukiya. — Monumentos y vestigios del pasado.
Arlegui.—Crónica de la Provincia de Zacatecas.
Anales del Museo Nacional de Arqueología.
Anales de Cuautitlán.
Anales del Museo Michoacano.
American Museum Journal.
Angrand.—Lettre sur les antiquities de Tiaguanaco.
Acosta. P.—Obras.
Apolonio Rhodio.—Argonautas.
Aston.—Shinto.
Apolodoro.—Obras.
Aristófanes.—Obras.
Alighieri.—Divina Comedia.
Antonio.—Itinerario.

B

Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística.
Bulletin de la societé d'Antropologie de Paris.
Boletín de la Diócesis de Cuernavaca.
Boletín del Museo Nacional de México.
Boletino de paletnología italiana.
Boletín de la Sociedad "Antonio Alzate".
Beristain y Laurencio.—Catálogo de aves mexicanas.
British Enciclopedia, 1900. N. Y.
Belmar. Lic.—La familia mixteco-zapoteca.
Brasseur. Abat.—Histoire des nations civilizees du Mexique.
Brinton.—Myths of the New World.
Brinton.—American Hero-Myths.
Brinton.—Were the Toltecs an Historical nationality?
Brinton.—The Annals of the cakchiquels.
Brinton.—Maya Chronicles.
Brinton.—The names of gods in the kiche myths.
Beyer.—La astronomía de los antiguos mexicanos.
Beyer.—La piedra de los sacrificios.
Barcena.—La descripción de un hueso labrado de llama fósil.
Bandelier.—The gilded man Cibola.
Benavides. R. P.—Memorial a Urbano VIII.
Beaumont.—Crónica de Michoacán.
Basalenque.—Arte y vocabulario de la lengua matlaltzinga.
Burgoa.—Geográfica descripción.
Budge.—The Egyptian resurrection.
Budge.—Osiris.
Budge.—The book of dead.
Budge.—The egyptan heaven and hell.
Bastian.—Oestl asian.
Ballon.—Alaska.
Batchelor.—The Ainu and their folklore.
Bustamante.—La aparición de N. S. de Guadalupe en México.
Bey.—Notice des principiaux monuments de Boulak.
Betancourt.—Theatro mexicano.
Boturini.—Idea de una nueva historia general.
Bandelier.—Report of an archeological tour in Mexico.
Bernard.—De l'origine des cultes Arcadienes.
Brand.—Popular antiquities of Great Britain.
Beltrán de Santa Rosa. R. P.—Arte del idioma maya.
Breasted.—Zeetschrift fur Aegyptsche sprage.
Bulengre.—De auguriis.
Brugich.—Egypt.
Brehem.—La creación.

Burguess.—Archeological Repertoire Yashe.
Babu Ragendralala. — Antigüedades de Orissa.
Burney.—Ancient Egypt.
Bulfiuk.—The Age of fable.
Brasseur.—Memorial de Tecpan Atitlán.
Biblioteca Americana Vetustisima. — Informazione di Bartolomeo Colombo.

C

Casas.—Historia de las Indias.
Clavijero.—Historia Antigua de México.
Clavijero.—Historia de la Baja California.
Cross y Fisher.—Etude sur les mollusques terrestres et fluviatiles du Mexique et du Guatemala.
Cope.—Monografía. Metamórfosis del axólotl.
Casas. Bartolomé de las—Historia de las Provincias de Chiapas y Guatemala.
Cyrus Thomas.—Mexican Languages.
Codex Feyerbary.
Códice Ramírez.
Crónica de la Provincia de N. P. S. Francisco de Zacatecas.
Cogolludo.—Historia de Yucatán.
Congreso Internacional de Americanistas. 1895.
Chavero.—Historia antigua de la conquista de México.
Chapin.—Land of the cliff dwellers.
Códice Borgia.
Códice Vaticano A.
Códice Telleriano Remense.
Charencey.—De ages ou soleils.
Cortés. don Hernando—Documentos y cartas.
Colón.—Cartas de Relación.
Cervantes. Hernando — Relación de Teotzacualco y Amoltepec.
Crónica de la Orden de N. P. San Agustín de la Provincia de Nueva España.
Champollion.—L'Egypte.
Códice Magliavecchi.
Cuoq.—Lexique de la langue algonkine.
Carreño.—Vocabulario de la lengua Mame.
Carrillo.—Historia de Yucatán.
Charencey.—Djemoschid y Quetzalcóatl.
Catálogo de la Colección Plancarte del Museo Nacional de México 1892.
Carrillo.—Las cabezas chatas.
Charencey.—Tula Votanida.
Cook.—The tribes and Castes of the New World.
Colección Auben.
Clemente de Alejandría. — *Protrop-*-Peadag.
Cox.—Mythology of Aryan Nations.
Casas.—Historia apologética de las Indias.
Crónica de Chicxulub. (Yucatán).
Cicerón.—Obras.
Charencey.—Des couleurs considéress comme symboles.
Cicerón.—De Natura Deorum.
Códice Laud.
Chávez. Gabriel de—Relación de la Provincia de Meztitlán.
Códice Mexicano. Biblioteca Imperial de Viena.
Carnoy.—Iranian Mythology.
Curtis.—Religious Character of Greek Coins.
Censorius.—De die Natalis.
Cooper.—Semitic Myths.
Clarke.—Travels.
Coleman.—Hindou Mythology.
Callimaco.—Pallas.
Códice de Dresden.
Colignon.—Histoire de la sculpture Greeque.
Códice Borbónico.
Códice de Oxford.

D

Díaz del Castillo. Bernal—Verdadera Historia de la Conquista de México.
Diccionario Cakchiquel.
Dweght.—Thougts of a Catholic anatomist.
De Roo.—History of America before Columbus.
Darwin.—Descent of man.
Dupaix.—Viaje a Yucatán.
Durán.—Historia de las Indias de Nueva España.
Dall.—Succession in the shell heaps of the Aleutian Islands.
Diódoro.—Biblioteca.
Dozy.—Glossaire des mots Espagnols et portugais derives de l'Arabe.
Diccionario de Motul. (Ms.)

Donison.—The primitive Aryans of America.
Dictionary of non clas. Mythology.
Dionisio.—Periergetes Orbis descriptio.
Dorza.—La Tradizione Greco--latina negli usi e nelle credenze popolari della Calabria.
De la Borde.—Relation de l'Origine des Caribes.

E

Engerrand.—Informe sobre una excursión prehistórica en el Estado de Yucatán.
Estrabón.—Obras.
Eurípides.—Tragedias.
Edwards y Spence.—Dictry. of non clas mythology.
Esquilo.—Agamenon.

F

Freeman.—The Mythical and romantic elements early English History.
Fourth Rep. of the Bureau of Etnography.
Forlong. General.
Leslie Forbes.—Primitivas razas de Escocia.
Flover.—Fashion in deformity.
Frejse.—Historia breve de la conquista de los Estados independientes del Imperio Mexicano.
Festi.—Ignis.
Fuentes.—Descripción geográfica de Chiapas y Soconusco.
Firdusi.—Shahnamah.
Frazer.—Golden Bough.

G

García Cubas Antonio.—Geografía
Gerste R. P. S. J.—Voyage d'exploration dans la Tarahumara.
Galeotti.—Reconocimiento del Itsmo de Tehuantepec.
Gamio Prof. Man.—La geografía arqueológica de México.
Gutschmid.
Galeotti.—La Laguna de Chapala.
Gomara.—Historia.
Gil González Dávila.—La Guerra de los chichimecas.
García del Palacio.—Carta al Rey.
García.—Historia de la guerra de castas en Yucatán.
Gay.—Historia de Oaxaca.
Gilberti.—Vocabulario tarasco-español.
Gemelli Carreri.—Gire del Mondo.
Grady.—Selva Gaelica.
Griffith.—Cuvier.
Gerardo Cambrense. — Itinerarium Cambriae.

H

Humboldt Baron de.—Obras.
Holmes Prof.—Archeological studies among ancient cities of Mexico.
Hernández.—Historia plactarum.
Histoire du Mexique de Thevet.
Hrdlica Dr.—Genesis of the american Indians.
Hervas S. J.—Catálogo de lenguas.
Historia de los Mexicanos por sus pinturas.
Haeckel.—Historia de la Creación.
Hesíodo.—Teogonía.
Harpócrates.—Obras.
Homero.—Odisea| Iliada
Holmes.—Hand Book of Amer. Indians.
Henning.—Apuntes etnográficos sobre los otomíes.
Herodoto.—Historiae.
Hovelaque y Hervé.—Precis d'Antropologie.
Horapolo.—Hierogliph.
Hartley.—North American Mythology.
Haddon.—Magie and Fetichism.
Herrera.—Historia General.
Hopócrates.—De aere, locis et acquis.
Holwel.—Mythological Dictionary.
Himnos Homéricos.
Haslam.—Cross and Serpents.
Horacio.—Epístolas.
Himnos Védicos.
Holder.—Altceltischer Sprachs-schaft.

I

Ixtlilxóchitl.—Obras Históricas.
Internacional Congress of Americanistas Washington 1907.
Informe sobre una excursión a la Baja California.
Informes sobre una excursión prehistórica en el Estado de Yucatán.
Icazbalceta.—Nueva Colección de documentos para la historia de México.
Indian Repertoire U. S. American Museum.
Inscripción de Pepi en las Pirámides.

J

Journal de Americanistas.
Julio César.—De Bello Galico.
Jones.—The Tlingits Alaska.
Joyce.—Mexican Archeology.
Joly.—Les origines du feu dans l'humanité.
Justini.—Phoenicia.

K

Keith Profesor.—The antiquity of Man.
Berreidale Keith.—Indian Mythology.
Keppel.—Expedition to Borneo.
Keane.—Tower and Temples of Irland.
Kugley.—Mythology of Grece and Italy.
Kingsley.—West African Travels.

L

Llave Pablo de la.—(1832) artículos sobre el quetzaltototl.
Landa.—Relación de las cosas de Yucatán.
Lyell.—The Geological evidence of the antiquity of man.
Le Plongeon.—Vestigios de los mayas.
Lumholtz.—El México desconocido.
Labbe P.—Un bagne russe, l'isle de Sakhaline.
Lagrange.—Etudes sur les religions semitiques.
Lanzoni.—Dizzionario de Mitologia Egizia.
Lizana.—Historia de Yucatán.
Libro de Chilán Balán de Chumayel.
La Rea. R. P.—Crónica de la Orden de N. P. Sn. Francisco de Michoacán.
León Dr.—Los Tarascos.
Layard.—Ninive and Babylonia.
Licistrato.—Obras.

M

Marinelli.—La Terra.
Memorias de la Sociedad Antonio Alzate.
Moreno y Anda M.—El Clima de la República Mexicana.
Motolinía.—Historia de los Indios.
Motolinía.—Memoriales.
Muñoz Camargo.—Historia de Tlaxcala.
Muñoz Camargo.—Historia Antigua de México.
Mendieta.—Historia Eclesiástica Indiana.
Muller.—Geo. graec. Min.
Massey.—The Natural Genesis.
Morgan.—Ancient Society.
Milne.—Tlan Asiatic Society of Japan 1880.
Mosso.—L'origini della Civitá Mediterranea.
Maspero.—Etudes de Mithologie et l'Archeologia Egyptienae.
Maspero.—Manual of Egyptian Archeologie.
Masden.—Sumatra.
Molina.—Diccionario.
Molina Solis.—Historia y descubrimiento y conquista de Yucatán.
Manuscritos de la Colección Luis Garía Pimentel.
Movers.—Die Phoenizier.
Macrobio.—Commentario in somnum Scipionis.
Mota Padilla.—Historia de Xalisco.
Muller.—Science of Languages.
Mc. Culloch.—Celtyc Mythology.
Machal.—Slavic Mythology.
Müller.—Egyptian Mythology.
Mythology of all races.
Moreno.—Vida de don Vasco de Quiroga.
Massey.—Book of beginings.
Moxo.—Tardes Americanas.
Macdon.—Vedie Mythology.
Macrobio.—Saturn. Conviv.
Maurice.—Antigüedades de la India.
Mahabharata.
Manhardt.—Die Lethishen Sonnemythen.

N

Nuttal.—Monografías.
Nieto Fr. Pedro.—Relación a la Santa Sede (manuscrito).
Nigra de San Martín.—Plano de Yucatán.
Nájera.—Disertación sobre la lengua Othomí.
Nineteen years in Polynesia.
Nassau.—Fetichism in West Africa.
Navarrete.—Colección de viajes y descubrimientos.
Núñez de la Vega.—Constituciones del Obispado de Chiapas.
Nebel.—Voyages dans la partie la plus interessant du Mexique.

O

Ordóñez.—Las rocas arcaicas de México.
Ocheterena.—Conferencia.
Ocheterena.—Apuntes para la historia de las cactaceas Mexicanas.
Ocheterena.—Plantas desérticas Mexicanas.
Oviedo.—Historia Natural de las Indits.
Orozco y Berra Manuel.—Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México.
Orozco y Berra.—Historia Antigua y de la Conquista de México.
Olmos Fray Andrés.
Origen de los Mexicanos.—Anónimo.
Ovidio.—Metamorphoses.
Ordóñez.—Historia del cielo y de la tierra.
Orian.—Hermes británicus.

P

Peñafiel y Barranco.—La Naturaleza.
Pimentel Francisco.—Cuadro comparativo y descriptivo de las lenguas indígenas.
Powel.—Linguistic families of American Indians.
Pausanias.—Ellados Periegesis.
Pomar.—Relación de Texcoco.
Plancarte.—Tamoanchan.
Plutarco.—Aristides. Focion.
Plinio.—Historia Natural.
Pyndaro.—Olimpiadas. Odas.
Paso y Troncoso.—Catálogo de la sección de México.
Pindaro.—Obras.
Pausanias.—Obras.
Popol-Vuh
Prieto.—Historia de Tamaulipas.
Pierret.—Dictionaire d'Archeology Egiptiene.
Pagaza.—Obras de Virgilio.
Polibio.—Obras.
Plutarco.—Isis y Osiris. De fortuna romanorum.
Pomponio Mela.—Geographia.
Ptolomeo.—Geografía antigua.
Paley.—The Epics of Hesiodo.
Proceso del Santo Oficio contra Tecatetl y Tacuxtetl. 1536.
Palladio.—De re rustica.
Palomar y Santellana.—Relaciones.
Pettigrew. — History of Egyptian Mummies.
Pool.—Horae Aegyptiae.
Plinio.—Historia.
Panjab.—Notes and querries.
Platón.—De República.

Q

Quatrefages.—Histoire générale des races humaines.

R

Romero Matías.—Mexico and the United States.
Revista Antonio Alzate.
Roa Barcena.—Datos para el estudio de las rocas Mezozoicas de México.
Ramírez y Alcocer.—Sinonimia vulgar y científica de las plantas mexicanas.
Rhys.—Studies in Arthurian Legends.
Capitán del Río.—Informe a Carlos III.
Revue generale de l'Architecture.
Robertson.—Religion of Ancient America.
Relación de la genialogía y linaje de los señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España.
Relación de Tepoxtlán.
Rivas.—Triunfos de nuestra Santa Fe.
Relación de Querétaro (manuscrito de don Luis G. Pimentel).
Ríos.—Códice Telleriano Remense.
Ríos.—Códice Vaticano A.
Relación de la S. C. de Propaganda Fide (copia manuscrita).
Rig Veda.—Trad. ing. de A. Hang.
Rajendralala-Mitra.—Indo Arians.
Relación de Michoacán.—Edn. Morelia.
Reyes.—Arte de la lengua Mixteca.
Román.—Repúblicas Indias.
Rojas.—Relación de Cholula.
Robelo. — Diccionario de Mitología Naua.
Remesal. — Historia de Chiapas y Guatemala.
Ramayana.
Rigveda.
Relación de Petlaltzingo.
Relación de Piaxtla.
Rongé.—Etudes des monuments de Karnak.
Revillout.—Reveu Egyptologique.

S

Sahagún.—Historia General de las

cosas de la Nueva España.
Sahagún.—Relación de las cosas de Yucatán.
Sánchez Dr.—Datos para un catálogo de las aves que viven en México.
Stanley.—Viajes en busca de Livingstone.
Sosa Tomás.—Relación al Capitán Antonio del Río.
Schlieman.—*Ilion-Troya.*
Spence.—Mythologies of Mexico and Peru.
Sardo.—Relación Histórica de la Imagen de N. S. Jesucristo, aparecida en una de las cuevas de San Miguel de Chalma.
Seller.—Códice Vaticano B.
Seller.—Wall paintings of Mitla.
Smith.—Dictionary of Greek and Roman Geography.
Stephens.—Incidents of travel in Yucatán.
Smiddy.—The Druids.
Sipson.—Archaic Sculpturing.
Seville.—Precolombian decoration of the teeth in Ecuador.
Seler.—The Bat God of the Maya race.
Scheube.—Der Baerencultus and die Baerenfeste der ainos.
Schreuck.—The Russians of the Armar.
Sternberg.—Die Religion der Gilhaken.
Schooleraft.—Indian Tribes.
Santibañez.—Chiapas.
Seller.—Die alten Beroohner der landschaft Michoacán.
Seller.—Gesamelt Ab-hand-lungen sur Amerikanishen sprach.
Seller.—Mexican Chronology.
Séneca.—Obras.
San Francisco de Asís.—Himno al Sol.
Santo Tomás de Aquino.—Opere.
San Agustín.—De Civitate Dei.
Satapatha Brahmana.
Schwartz.—Ursprung der Mythology.
Spinder.—Study of Maya art.
Smith. — Diccionario de Geografía Griega y Romana.
Squire.—Mythology of ancient Britain and Ireland.

T

Thompson.—The Temple of the Jaguars.
Torquemada Fray Juan de.—Monarquía Indiana.
Tello.—Crónica Miscelánea de la Provincia de Xalico.
Taylor E. B.—Researches into the History of Mankind.
Taylor.—Art. Antropology. Br. Ene.
Thévet.—Histoire du Mexique.
Tezozómoc.—Crónica Mexicana.
Thavenet.—Voyages and Travels.
Troncoso.—Fragmento de la Historia de los Mexicanos.
Tozzer.—The domain of the Aztecs and their relation to the prehistoric culture.
Theophrastus.—De Igne.
Tucídides.—Obras.
Thomas.—London Numismatic Chronic.

V

Violet d'Aoust.—Observation sur le systéme des Montagnes de Anáhuac.
Villada Dr.—La Naturaleza.
Villada Dr.—Descripción de un mamífero fósil del género glyptodon, encontrado en Tequisquiac.
Villa*da.*—El hombre prehistórico en el Valle de México.
Virgilio.—Eneida. Eglogas Georgicas.
Valentini.—The Olmecas and the Toltecas.
Varrón.—Lengua latina.

X

Ximénez.—Las historias del origen de los indios de esta Provincia de Guatemala.

W

Wittich Dr. E.—Morfología y origen de la Mesa Cental de México.
Walch.—Artículo en "América".
Winchel.—Preadamites.
Wilkinson.—Ancient Egypt.
Wendisaman.—Estudios Zorastricos.
Wood.—The hairy man of Yesso.
Wilkinson.—Manners and Custums.
Waterman.—The delineation of the day-signs in the Aztec manuscripts.
Williams.—Meru.
Wilson.—Brahama vaivanta purana
Waldeck.—Descubrimientos y observaciones de Yucatán.

Z

Zenobio.—Centauros.

FIN


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00025 4629